ELISEO RECLÚS

EL HOMBRE Y LA TIERRA



Publicaciones de la Escuela Moderna

Cortes, 596 - BARCELONA

EL
HOMBRE
Y LA
TIERRA

Tomo 1

EL HOMBRE Y LA TIERRA

ÉLISÉE RECLUS

EL HOMBRE Y LA TIERRA

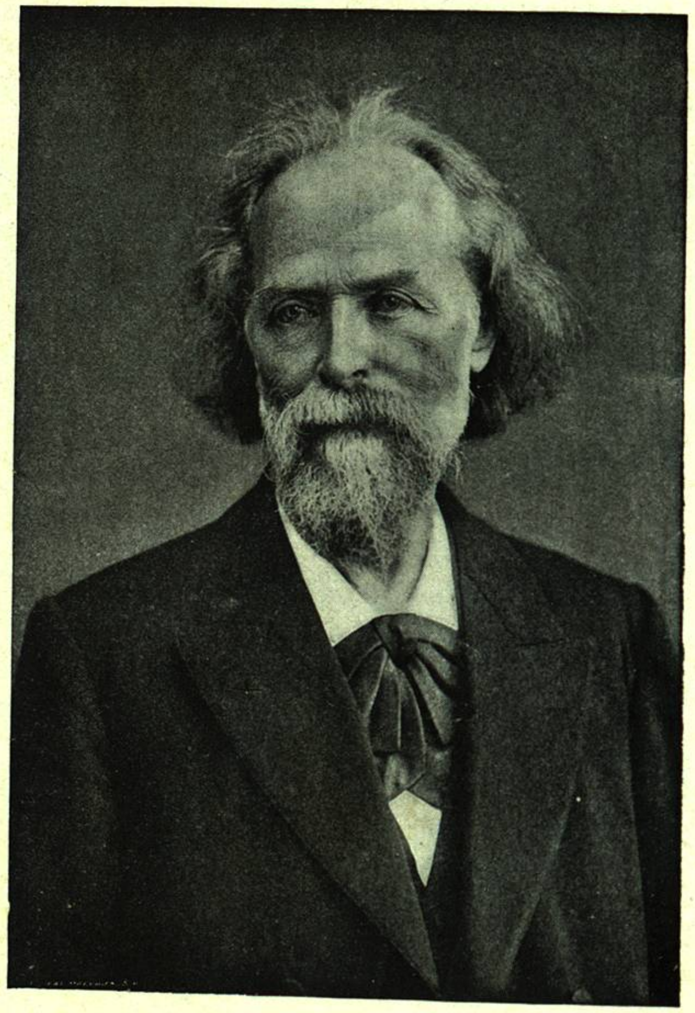


BARCELONA
ALBERTO MARTÍN, Administrador
Calle Consejo de Ciento, 140. — Apartado de Correos, 266.

EL HOMBRE Y LA TIERRA

Materias contenidas en el

PRIMER TOMO



Eliseo Reclus

ELÍSEO RECLUS

EL HOMBRE Y LA TIERRA

VERSIÓN ESPAÑOLA POR A. LORENZO

BAJO LA REVISIÓN DE ODÓN DE BUEN

La Geografía es la Historia en el Espacio, lo mismo que la Historia es la Geografía en el Tiempo.

TOMO PRIMERO

Los Antepasados. — Historia Antigua.

ORÍGENES.
MEDIOS TELÚRICOS. – TRABAJO. – PUEBLOS RETRASADOS.
FAMILIAS, CLASES, PUEBLOS. – RITMO DE LA HISTORIA.
IRANIA. – CAUCASIA. – POTAMIA.



BARCELONA
ESCUELA MODERNA
56, – CALLE DE BAILÉN, – 56
1906

ES PROPIEDAD

IMPRENTA ELZEVIRIANA
DE BORRÁS Y MESTRES
Rambla Cataluña, 14.
BARCELONA : : : 1906

LIBRO PRIMERO

LOS ANTEPASADOS

Orígenes. - Medios telúricos. - Trabajo.
Pueblos retrasados. - Familias, clases, pueblos.
Ritmo de la Historia.



PREFACIO

HACE algunos años, después de haber escrito las últimas líneas de una larga obra, *La Nueva Geografía Universal*, expresaba el deseo de poder un día estudiar al Hombre en la sucesión de las edades, como le había observado en las diversas regiones del Globo y establecer las conclusiones sociológicas á que había llegado. Trazaba yo el plan de un nuevo libro en que se expondrían las condiciones del suelo, del clima, de todo el ambiente en que se han cumplido los acontecimientos de la Historia, donde se mostrase la concordancia de los Hombres y de la Tierra, donde todas las maneras de obrar de los pueblos se explicasen, de causa á efecto, por su armonía con la evolución del planeta.

Este libro es el que presento actualmente al lector.

Sabía de antemano que ninguna investigación me haría descubrir esa ley de un progreso humano quimérico, cuyo espejismo se agita sin cesar en nuestro horizonte, y que huye de nosotros y se disipa para reaparecer modificada después. Aparecidos como un punto en el infinito del espacio, no conociendo nada de nuestros orígenes ni de nuestros destinos, hasta ignorando si pertenecemos á una especie animal única ó si han nacido

sucesivamente varias humanidades para extinguirse y resurgir aún, en vano formularíamos reglas de evolución removiendo la niebla incoercible con la esperanza de darle una forma precisa y definitiva.

No; pero en esa avenida de los siglos, que los hallazgos de los arqueólogos prolongan constantemente en lo que fué la noche del pasado, podemos al menos reconocer el lazo íntimo que reune la sucesión de los hechos humanos y la acción de las fuerzas telúricas, y nos es permitido seguir en el tiempo cada período de la vida de los pueblos correspondiente al cambio de los medios, observar la acción combinada de la Naturaleza y del Hombre mismo reaccionando sobre la tierra que le ha formado. La emoción que se siente contemplando todos los paisajes del planeta en su variedad sin fin y en la armonía que les da la acción de las fuerzas étnicas siempre en movimiento, esa misma música de las cosas, se resiente viendo pasar los hombres cubiertos con sus vestidos de fortuna ó de infortunio, pero todos en estado igual de vibración armónica con la tierra que les lleva y les nutre, el cielo que les ilumina y les asocia á las energías del cosmos. Y así como la superficie de la tierra nos presenta incesantemente bellos paisajes que admiramos con toda la potencia del ser, del mismo modo el curso de la historia nos muestra en la sucesión de los acontecimientos escenas admirables de grandeza que nos ennoblecemos conociéndolas y estudiándolas. La geografía histórica concentra en dramas incomparables, en realizaciones espléndidas, todo lo que puede evocar la imaginación.

En nuestra época de crisis aguda en que la sociedad se encuentra tan profundamente conmovida, en que el remolino de evolución se vuelve tan rápido que el hombre, poseído de vértigo, busca un nuevo punto de apoyo para la dirección de su vida, el estudio de la historia es de un interés tanto más precioso, cuanto su dominio, incesantemente aumentado, ofrece una serie de ejemplos más ricos y más variados. La sucesión de las edades se convierte para nosotros en una gran escuela cuyas enseñanzas se clasifican ante nuestro espíritu, y hasta acaban por agruparse en leyes fundamentales.

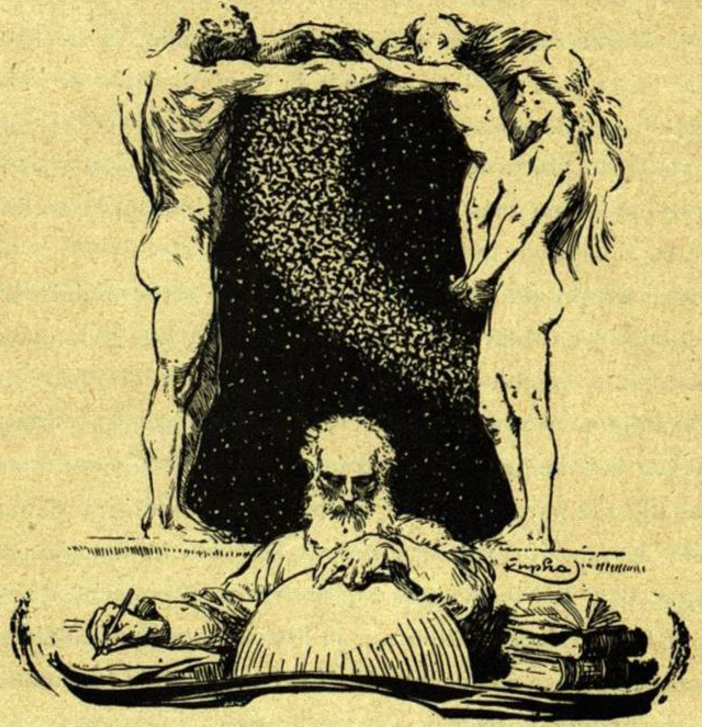
La primera categoría de acontecimientos que observa y comprueba el historiador nos muestra como, por efecto de un desarrollo desigual en los individuos y en las sociedades, todas las colectividades humanas, á excepción de las hordas estancadas en el naturismo primitivo, se desdoblan por decirlo así en clases ó en castas, no solamente diferentes, sino opuestas en intereses y en tendencias, hasta francamente enemigas en todos los períodos de crisis. Tal es, bajo mil formas, el conjunto de hechos que se observa en todas las comarcas del universo, con la infinita diversidad que determinan los lugares, los climas y la madeja cada vez más enredada de los acontecimientos.

El segundo hecho colectivo, consecuencia necesaria del desdoble de los cuerpos sociales, es que el equilibrio roto de individuo á individuo, de clase á clase, oscila constantemente sobre su eje de reposo: la violación de la justicia clama siempre venganza. De ahí, incesantes oscilaciones. Los que mandan tratan de permanecer los amos, mientras que los sojuzgados pugnan por reconquistar su libertad; después, arrastrados por la violencia de su impulso, intentan reconstituir el poder en su provecho. De ese modo, guerras civiles, complicadas con guerras extranjeras, con destrucciones y ruinas, se suceden en un enredo continuo con término diferente según el poder respectivo de los elementos en lucha: ó bien los oprimidos se someten después de agotar su fuerza de resistencia; mueren lentamente y se extinguen, careciendo ya de la iniciativa que constituye la vida; ó bien triunfa la reivindicación de los hombres libres, y en el caos de los sucesos pueden discernirse verdaderas revoluciones, es decir, cambios de régimen político, económico y social, debidos á la comprensión más clara de las condiciones del medio y á la energía de las iniciativas individuales.

Un tercer grupo de hechos, resultado del estudio del hombre en todas las edades y en todos los países, demuestra que toda evolución en la existencia de los pueblos proviene del esfuerzo individual. En la persona humana, elemento primario de la sociedad, ha de buscarse el choque impulsivo del medio, que se traduce en acciones voluntarias para esparcir las ideas y participar en las obras que modificarán la marcha de las naciones. El equilibrio de las sociedades sólo es instable por la dificultad impuesta á los individuos en su franca expansión. La sociedad libre no puede establecerse sino por la libertad absoluta suministrada en su desarrollo completo á cada hombre, primera célula fundamental, que se agrega en seguida y se asocia como le place á las otras células de la cambiante humanidad. En proporción directa de esa libertad y de ese desarrollo inicial del individuo, las sociedades ganan en valor y nobleza:

del hombre nace la voluntad creadora que construye y reconstruye el mundo.

La «lucha de las clases,» la busca del equilibrio y el arbitraje soberano del individuo son los tres órdenes de hechos que nos revela el estudio de la *geografía social* y que, en el caos de las cosas, se muestran bastante constantes para que pueda dárseles el nombre de «leyes.» Ya es mucho conocerlas y poder dirigir según ellas la propia conducta y la parte de acción en la gerencia común de la sociedad, en armonía con las influencias del medio, de aquí en adelante conocidas y escrutadas. La observación de la Tierra nos explica los acontecimientos de la historia, y ésta nos hace volver á su vez hacia un estudio más profundo del planeta, hacia una solidaridad más consciente de nuestro individuo, tan pequeño y tan grande á la vez, con el inmenso universo.



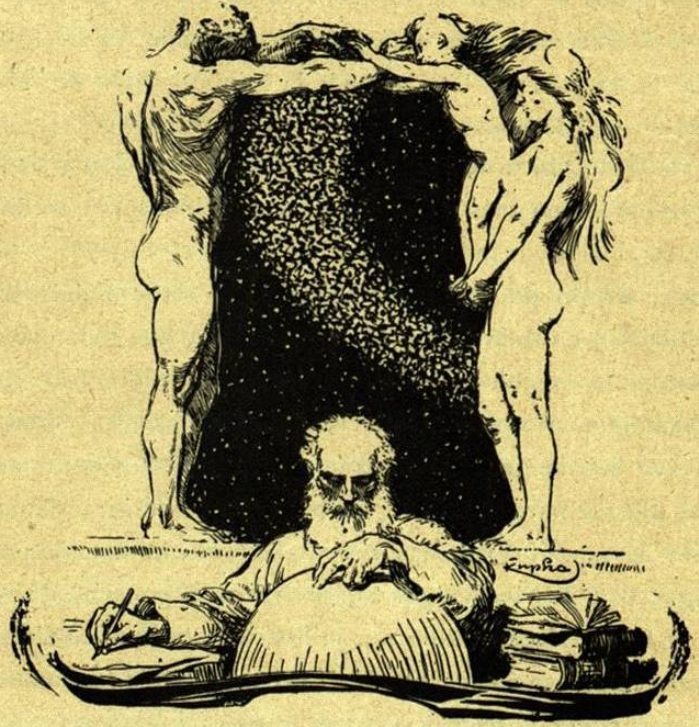
LIBRO PRIMERO



Los Antepasados

del hombre nace la voluntad creadora que construye y reconstruye el mundo.

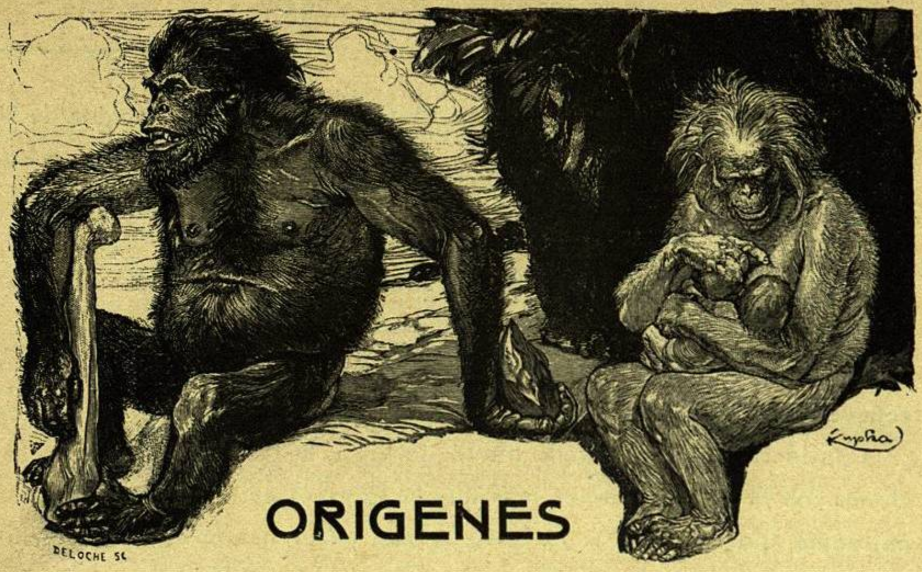
La «lucha de las clases,» la busca del equilibrio y el arbitraje soberano del individuo son los tres órdenes de hechos que nos revela el estudio de la *geografía social* y que, en el caos de las cosas, se muestran bastante constantes para que pueda dárseles el nombre de «leyes.» Ya es mucho conocerlas y poder dirigir según ellas la propia conducta y la parte de acción en la gerencia común de la sociedad, en armonía con las influencias del medio, de aquí en adelante conocidas y escrutadas. La observación de la Tierra nos explica los acontecimientos de la historia, y ésta nos hace volver á su vez hacia un estudio más profundo del planeta, hacia una solidaridad más consciente de nuestro individuo, tan pequeño y tan grande á la vez, con el inmenso universo.



LIBRO PRIMERO



LOS ANTEPASADOS



La sucesión de las edades es para nosotros la gran maestra.

CAPÍTULO PRIMERO

HISTORIA Y GEOGRAFÍA.—ORÍGENES ANIMALES DEL HOMBRE.—NEGRITOS Y PIGMEOS.—MORADAS DEL HOMBRE ANCESTRAL

Los rasgos de la superficie planetaria indican el efecto de las acciones cósmicas á que ha estado sometido el Globo durante la serie de los tiempos.

Los continentes y las islas que surgieron de las profundidades del mar y el Océano mismo, con sus golfos, los lagos y los ríos, todas las individualidades geográficas de la Tierra en su variedad infinita de naturaleza, de fenómenos y de aspecto, llevan las marcas del trabajo incesante de las fuerzas que obran siempre para modificarlas. A su vez, cada una de esas formas terrestres ha llegado á ser, desde su aparición, y continua siendo, en todo el curso de su existencia, la causa secundaria

de los cambios que se producen en la vida de los seres nacidos de la Tierra. De este modo, una historia, infinita por la continuación de las vicisitudes, se ha desarrollado de edad en edad bajo la influencia de los dos medios, celeste y terrestre, para todos los grupos de organismos, vegetales y animales que hacen germinar el mar y el suelo nutricio. Cuando, después del ciclo inmenso de otras especies, nació el hombre, su desarrollo se hallaba ya proyectado en el porvenir por la forma y el relieve de las comarcas en que sus antepasados animales habían vivido.

Considerada desde elevado punto de vista, la Geografía, en sus relaciones con el Hombre, no es más que la Historia en el espacio, del mismo modo que la Historia es la Geografía en el tiempo. ¿No ha dicho Herder, hablando de la Fisiología, que es la Anatomía en acción? ¿No puede también decirse que el Hombre es la Naturaleza formando conciencia de sí misma?

Relativamente á la aparición de la humanidad sobre la Tierra agítanse mucho dos cuestiones que no han sido resueltas aún. ¿Nos hace depender nuestra procedencia del mundo animal de uno ó de varios tipos ancestrales? ¿Cuál es, de las dos hipótesis, el monogenismo y el poligenismo, si no la verdadera, al menos la mejor corroborada por el conjunto de los hechos ya conocidos? Verdad es que se nos dice «toda esa escolástica pertenece al pasado, ahora que el darvinismo ha puesto á todo el mundo de acuerdo[1]», pero ¿qué importa, si el conflicto renace bajo otros nombres y si se nos viene á hablar de «razas» consideradas como prácticamente irreductibles?

Todo individuo tiene una tendencia natural á contemplarse como un ser absolutamente aparte en el conjunto del universo. El sentimiento íntimo de su propia vida, la plenitud de su fuerza personal no le permiten ver iguales en los otros, y se cree favorecido por la casualidad ó por los dioses; pero las necesidades de la existencia le ligan al grupo de la familia, después al del clan ó de la tribu, y no puede figurarse tampoco su origen como absolutamente independiente del círculo de sus allegados, á menos que el orgullo de la soberanía le haga creerse una divinidad, tal como se imaginaron serlo los Alejandro y los César. Resígnase,

[1] G. Vacher de Lapouge, les *Selections socieles*, pág. 11.

pues, á participar con los suyos, pero con los suyos solamente, un origen colectivo: cada tribu, en sus imaginaciones primeras, se crea una descendencia bien distinta. En las primeras edades, tales como nos las han conservado, con cierto parecido, las poblaciones más antiguas, el hombre profesa instintivamente el poligenismo; pero entre todas las especies diversas, hay una, la suya, que, con toda candidez y orgullo, tiene por la raza humana por excelencia.

Es indudable que la lista de los nombres de poblados y de pueblos se compone principalmente de palabras que tienen por significación primitiva el sentido «Hombre», en una acepción exclusiva, como si todos los otros grupos de individuos de faz humana no hubieran sido, á los ojos de los elegidos, más que un compuesto informe perteneciente á alguna animalidad secundaria.

Hasta cuando las denominaciones étnicas tienen una significación especial debida al país, á la procedencia ó á algún rasgo particular, esas denominaciones pierden su sentido originario, durante el curso de los siglos, para tomar, en el pensamiento de los que las llevan, un valor excepcional, único, verdaderamente divino. No hay salvajes—y, á este respecto, ¿qué nación puede considerarse completamente desprendida del primer salvajismo?—no hay salvajes que no miren los pueblos que les rodean desde la altura de la propia dignidad de «pueblo elegido».

Pero el aislamiento no puede prolongarse, y, por la sucesión de los acontecimientos, alianzas y relaciones de comercio, guerras y tratados, aprendieron los hombres que, si no á una misma raza, pertenecen al menos á una agrupación de seres que se asemejan de una manera íntima y que tienen rasgos esenciales, tales como la estación recta, el uso del fuego y la lengua articulada, que les distinguen claramente de todos los otros animales. En momentos de común angustia, y frecuentemente de sexo á sexo por el instinto del amor, se llegó hasta producirse la fraternidad entre gentes de tribus diferentes; después, cuando grandes civilizaciones hubieron puesto en contacto toda una parte considerable de la humanidad, como en la India, en tiempo de Budha, y durante el período del ecumeno griego y latino, bajo los Antoninos, se esparció la idea de la unidad humana: hasta odiándose, los hijos de la Tierra común se gloriaron de pertenecer á una sola y única descendencia; la monogenia encontró sus apóstoles.

Como documento de transición entre las dos teorías netamente contrarias, monogenista y poligenista, el libro del *Génesis,* por otra parte procedente de múltiples orígenes legendarios, puede citarse en favor de una ó de otra hipótesis, puesto que refiere la creación de un Adán, que fué el «dominador de todos los animales vivientes sobre la tierra[1]», y, luego alude á los hombres que poblaban los campos cuando ocurrió el primer asesinato del hermano por el hermano[2]. Desde entonces no ha cesado la moral humana, en su práctica general, de contener análoga contradicción á la que encuentran los cristianos en su libro sagrado.

Por grande que sea el orgullo de la pureza de raza en los pueblos que ponen empeño en evitar todo contacto con los otros hombres, lo mismo que las familias aristocráticas modernas que tienen la pretensión de la «sangre azul», el hecho es que en el torrente circulatorio de la humanidad, mezclándose las tribus de remolino en remolino, como las aguas de un río, la «miscegenación», es decir, la mezcla de las razas, se ha operado á través de todo el mundo. Para los rabinos de la Edad Media, el hombre, creado de arcilla viva, habrá sido formado de siete especies de tierras, para significar sin duda que comprendía en sí los descendientes de todos los colores y todos los miembros de la humanidad futura[3]. Así mismo, el hombre actual contiene en sí los tipos que le han precedido, porque en toda raza mezclada el atavismo conserva sus derechos.

Podría imaginarse que una tribu encerrada en una cárcel de rocas haya quedado pura de todo cruzamiento, pero en cuanto hubo contacto hubo mezcla. De hecho todo los hombres son razas mezcladas; hasta los tipos más opuestos, el negro y el blanco, están unidos hace siglos en compuestos étnicos nuevos, que han conservado más ó menos fielmente los caracteres distintivos que los constituyen en individualidades colectivas y merecen un nombre especial. La mezcla de las cosas se cumple de muy diverso modo de generación en generación: aquí de manera insensible durante la paz; allá bruscamente, con violencia, en la guerra; pero la obra se prosigue siempre. Es en vano que tal ó cual patriota niegue la mezcla de raza con raza: cada hombre, hasta el más orgulloso

[1] *Génesis,* II, 19.
[2] *Ibid.,* IV, 12.
[3] Fr. Spiegel, *Ausland,* 1872, n.º 10.

de la pureza de su sangre, tiene millones y millones de abuelos, entre los cuales se hallan representados los tipos más diversos. Por eso los antropólogos que se aventuran á seriar el género humano en «razas» distintas, sea que crean realmente en orígenes poligénicos, sea que, por una clasificación más ó menos aceptable, quieran facilitar el estudio del Hombre, han ido á parar á singulares errores, según la importancia especial que han atribuído á tal ó cual elemento diferencial: color de la piel, estatura, miembros y esqueleto, forma y dimensiones del cráneo, aspecto de la cabellera, lenguaje y caracteres morales.

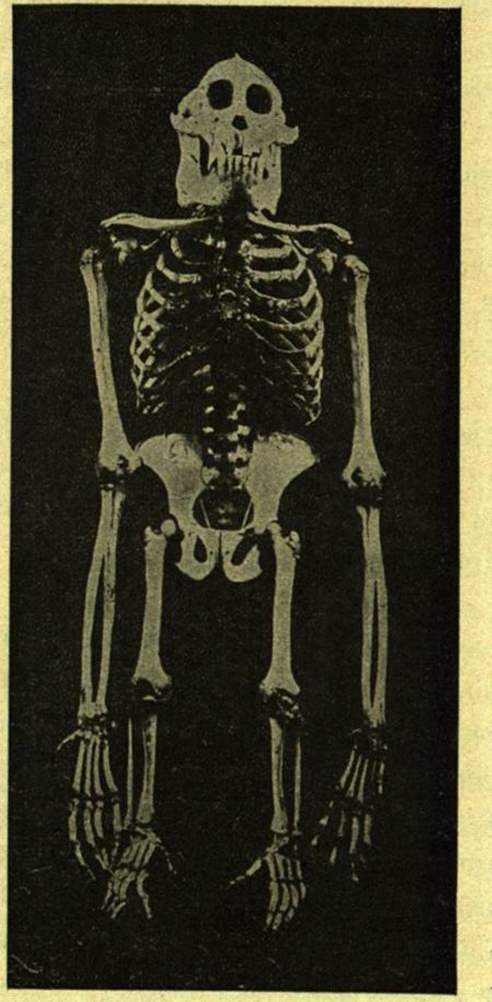
Así, en tanto que Blumenbach distingue cinco razas clásicas, blancos, amarillos, rojos, aceitunados y negros, y que Virey cuenta solamente dos, Topinard enumera dieciséis, después diez y nueve; Nott y Gliddon cuentan ocho, divididas en sesenta y cuatro familias; Hæckel desarrolla una serie de treinta y cuatro razas, y Deniker, admirablemente pertrechado de las medidas que han recogido en todos los rincones del mundo los modernos sabios viajeros, clasifica cuidadosamente veintinueve razas diversas que forman diecisiete grupos étnicos. Mas quedan en duda muchos representantes de la humanidad, y surge la pregunta de si será posible hacerles entrar en una ú otra de las diversas categorías[1].

Sabemos ahora que todas esas construcciones, por ingeniosas que sean, son variables. Desde Darwin, la antigua teoría de las especies que fijaba definitivamente ciertas formas sin mezcla posible con otros tipos de diferente origen, quedó abandonada. Formulada únicamente para acomodarse á las cosas presentes, la idea de especie cambia según los naturalistas: cada uno abarca en su concepción un conjunto de formas más ó menos extenso. Veamos, por ejemplo, ¿cuál es la especie madre del perro? ¿Habrá de verse en él un lobo, una zorra, un chacal, una hiena ó varias otras formas primitivas, que la domesticación y un género de vida diferente han desarrollado y modificado gradualmente en innumerables variedades? El hecho es que lobos y chacales se cruzan con los perros y dan nacimiento á individuos cuya raza se conserva y se propaga al infinito; por otra parte, los perros que vuelven al estado salvaje, según los países toman formas que les aproximan al lobo, al chacal, ó á la zorra.

[1] Colajanni, *Razze superiori, razze inferiori.*

¿Dónde empieza la especie inmutable entre límites absolutos? ¿Dónde la variedad con sus modificaciones incesantes? No se sabe.

Y esas dificultades que se presentan respecto de la raza canina existen también acerca de otros animales domesticados ó no; existen respecto del hombre, en el cual la separación media entre el *Homo europæus* y el *Homo alpinus* es mayor que la que diferencia las diversas especies de cánidos[1]. A pesar de los innumerables ejemplos de «miscegenación», que escandalizan en los Estados Unidos á los hijos de los antiguos propietarios de esclavos, ¿ha de considerarse á los negros como una especie ó una «sub-especie»[2] distinta de la raza llamada «caucásica», ó ha de verse en ellos una simple variedad de la gran especie humana?

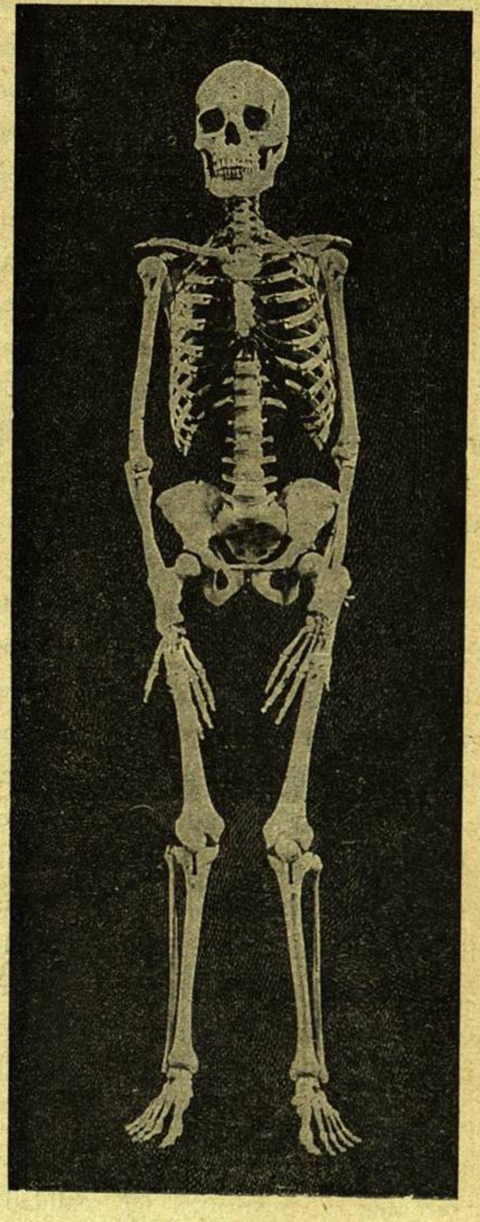


ORÍGENES ANIMALES DEL HOMBRE
(Esqueleto de gorila comparado en tamaño y posición con el esqueleto humano)

Y si negros y blancos deben ser comprendidos en una misma humanidad de origen, ¿qué diremos de los «negritos» de Luzón, de los Andamanes y de los enanos esparcidos en el continente de Africa? Los mismos negros ven en los Akka, los Ba-Binga y los Ba-Bongo seres de otra especie, y los orgullosos blancos los consideran como especies de monos de forma humana. Diversas tribus degeneran y desaparecen quizá por la falta de todo cruzamiento: tal puede ser el caso de los enanos de las riberas del Sangha. Es

[1] Vacher de Lapouge, *Les Sélections sociales*, pág. 12.
[2] Tarde, *Revue Scientifique*, 15 junio 1895.

seguro que entre otros pueblos de pigmeos y tribus de africanos bien proporcionados han ocurrido mezclas de sangre. Donaldson Smith dice que los enanos que ocupaban en otro tiempo toda la región que se extiende al norte de los lagos Stéphanie y Rudolf, han perdido su tipo originario por efecto de matrimonios con tribus de alta estatura, y que los Dume actuales son no más que un resto de la antigua raza[1]. Así mismo los Ua-Tua (Wa-twa) de la región del lago Kivu, los «Hijos de la Hierba», hombrecitos que ciertos negros, los Ua-Hutu, por ejemplo, miran con aversión, son aceptados por otros, especialmente por los Ua-Tussi, como «grandes amigos» y las dos razas se entremezclan de buen grado. Las mujeres pigmeas de la Uganda (Johnston) se consideran dichosas uniéndose á negros de gran estatura.



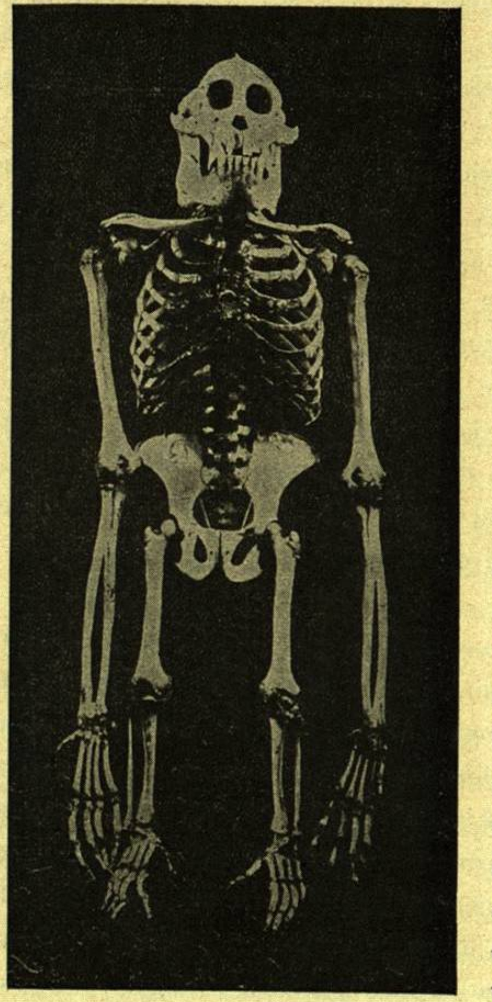
ESQUELETO HUMANO
Comparado con el gorila de la pág. 8.

Es también muy probable que los pigmeos, cuyas osamentas se encuentran mezcladas con las de hombres de razas grandes en tantas cavernas de Europa, especialmente en Francia, Rusia, Sicilia, Cerdeña (Sergi), y tantos *huacas* peruanos, hayan desaparecido por efecto de los cruzamientos, siendo absorbidos gradualmente

[1] *Through unknown African countries*, págs. 274 y 275.

¿Dónde empieza la especie inmutable entre límites absolutos? ¿Dónde la variedad con sus modificaciones incesantes? No se sabe.

Y esas dificultades que se presentan respecto de la raza canina existen también acerca de otros animales domesticados ó no; existen respecto del hombre, en el cual la separación media entre el *Homo europæus* y el *Homo alpinus* es mayor que la que diferencia las diversas especies de cánidos [1]. A pesar de los innumerables ejemplos de «miscegenación», que escandalizan en los Estados Unidos á los hijos de los antiguos propietarios de esclavos, ¿ha de considerarse á los negros como una especie ó una «sub-especie» [2] distinta de la raza llamada «caucásica», ó ha de verse en ellos una simple variedad de la gran especie humana?

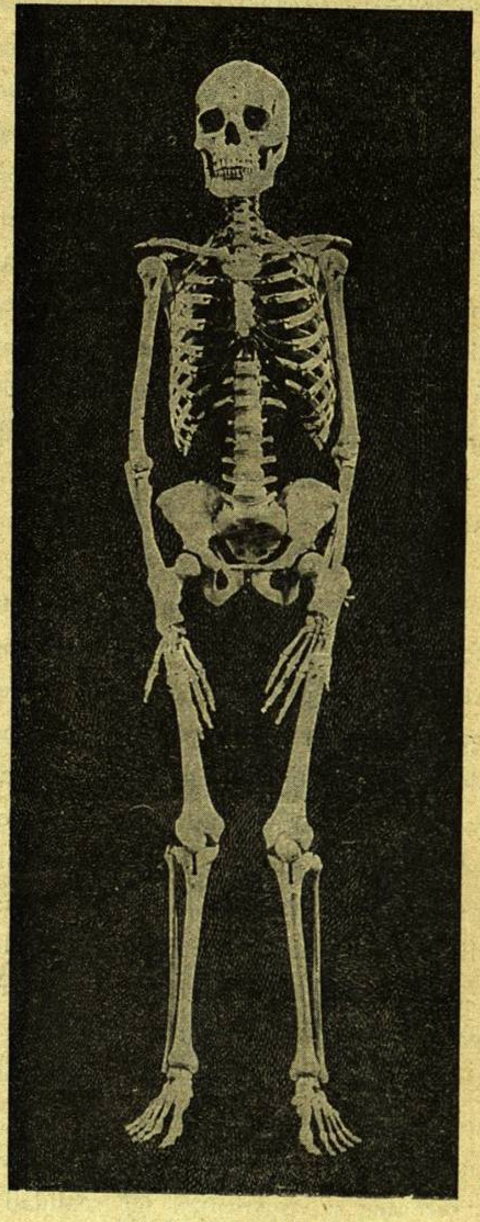


ORÍGENES ANIMALES DEL HOMBRE
(Esqueleto de gorila comparado en tamaño y posición con el esqueleto humano)

Y si negros y blancos deben ser comprendidos en una misma humanidad de origen, ¿qué diremos de los «negritos» de Luzón, de los Andamanes y de los enanos esparcidos en el continente de Africa? Los mismos negros ven en los Akka, los Ba-Binga y los Ba-Bongo seres de otra especie, y los orgullosos blancos los consideran como especies de monos de forma humana. Diversas tribus degeneran y desaparecen quizá por la falta de todo cruzamiento: tal puede ser el caso de los enanos de las riberas del Sangha. Es

[1] Vacher de Lapouge, *Les Sélections sociales*, pág. 12.
[2] Tarde, *Revue Scientifique*, 15 junio 1895.

seguro que entre otros pueblos de pigmeos y tribus de africanos bien proporcionados han ocurrido mezclas de sangre. Donaldson Smith dice que los enanos que ocupaban en otro tiempo toda la región que se extiende al norte de los lagos Stéphanie y Rudolf, han perdido su tipo originario por efecto de matrimonios con tribus de alta estatura, y que los Dume actuales son no más que un resto de la antigua raza [1]. Así mismo los Ua-Tua (Wa-twa) de la región del lago Kivu, los «Hijos de la Hierba», hombrecitos que ciertos negros, los Ua-Hutu, por ejemplo, miran con aversión, son aceptados por otros, especialmente por los Ua-Tussi, como «grandes amigos» y las dos razas se entremezclan de buen grado. Las mujeres pigmeas de la Uganda (Johnston) se consideran dichosas uniéndose á negros de gran estatura.



ESQUELETO HUMANO
Comparado con el gorila de la pág. 8.

Es también muy probable que los pigmeos, cuyas osamentas se encuentran mezcladas con las de hombres de razas grandes en tantas cavernas de Europa, especialmente en Francia, Rusia, Sicilia, Cerdeña (Sergi), y tantos *huacas* peruanos, hayan desaparecido por efecto de los cruzamientos, siendo absorbidos gradualmente

[1] *Through unknown African countries*, págs. 274 y 275.

en la masa general de las poblaciones circundantes[1]: han vuelto á la especie.

Los anatómicos que estudian el esqueleto desde el punto de vista del transformismo, es decir, como un aparato modelado lentamente, de generación en generación, por un trabajo de acomodación al medio y de perfeccionamiento, comprueban por el estudio comparado de los diferentes tipos, que las razas actuales no parecen ser derivadas las unas de las otras por una especie de gradación jerárquica, sino que deben de considerarse más bien como ramas paralelas que se remontan verosímilmente á un antepasado común de origen anterior á los mismos cuadrumanos; quizá sería necesario ver en este tipo primitivo un descendiente de los marsupiales, salidos ellos mismos de las moneras por antepasados anfibios[2].

Pero sepamos limitarnos. No tratemos de remontar con el pensamiento hasta las épocas tan lejanas de nosotros en que el hombre, salido de la animalidad primitiva, constituyó la especie ó las razas humanas. Detengámonos en el período en que nuestros antepasados, realizando la mayor de las conquistas, aprendieron á modular sus gritos, inarticulados antes, y á transformar sus aullidos y gruñidos en un verdadero lenguaje. Pues en ese gran giro de la historia, las naciones estaban constituídas en grupos absolutamente distintos, y las lenguas que tomaron cuerpo se dieron radicales de orígenes completamente diferentes, obedeciendo cada cual á su propio genio para la formación y el acento de las palabras, para la lógica y el ritmo de la frase[3].

Los dialectos arios, semíticos, uralianos, bereberes, bantus y algonquines son mutuamente irreductibles: son los lenguajes de pueblos que, en la época en que se desató su lengua, se encontraban en medios muy diferentes y constituían en realidad especies ó humanidades aparte. Datando de aquellos tiempos antiguos la historia de los hombres, puede decirse que comienza por el poligenisno. A la sazón, las naciones esparcidas sobre la Tierra no podían tener conciencia alguna de su unidad:

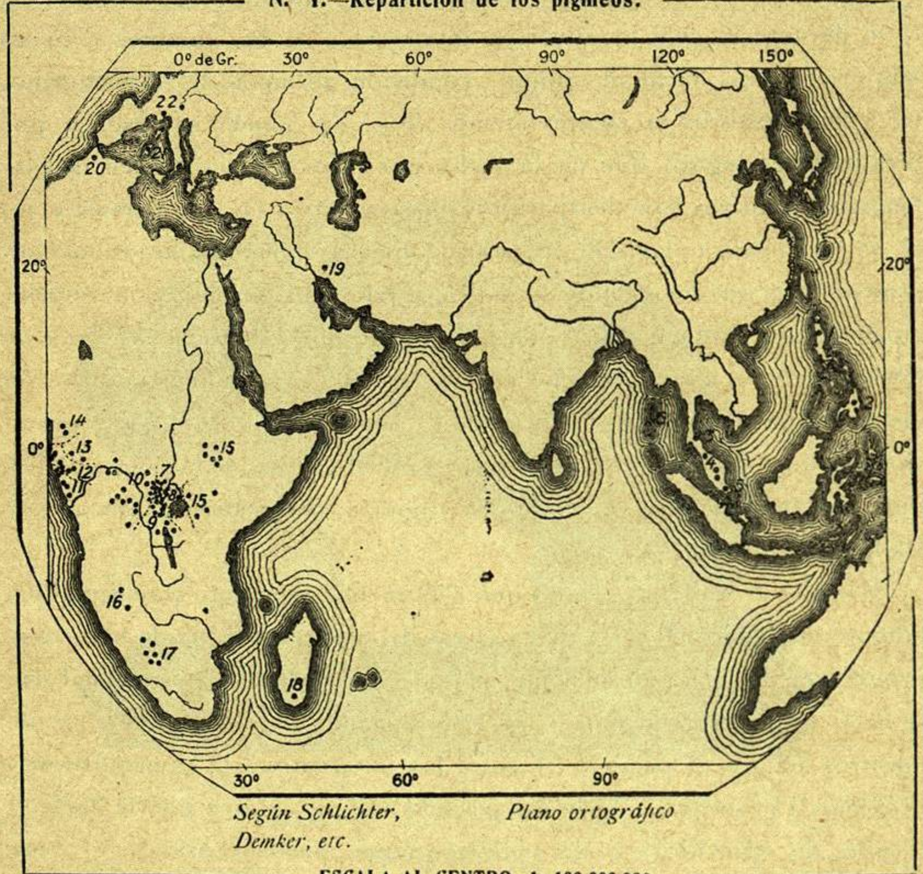
[1] J. Kollmann, *Globus*, n.º 21, 5 junio 1902; Frobenius, *Geographische Kulturkunde*, página 22.

[2] Ernesto Hæckel, *Anthropogenie*, 5.ª edición alemana, 2.º vol., pág. 584.

[3] Renan, *Histoire du peuple d'Israel*, I, pág. 2; Hæckel, *Anthropogenie*, dicha edición, 2.º volumen, pág. 679.

tantos grupos glosológicos, otros tantos mundos humanos mutuamente extranjeros[1]. He aquí, pues, cual es, para la historia de la humani-

N.º I.—Repartición de los pigmeos.



ESCALA AL CENTRO 1: 100 000 000.

Negritos de Asia

1. Negritos Aetas de Luzon.
2. Negritos de Mindanao.
3. Sakai, Península malaya.
4. Muang, Choiya, etc., id.
5. Semang, id.
6. Andamanes.

Negrillos de Africa

7. Akka, Tikki-Tikki (Schweinfurth).
8. Ua-Mbutti, etc. (Stanley).
9. — y otros (Grogan Sharp).
10. Ba-Tua, Ua-Tua, Ba-Topo, etc. (Stanley).
11. Achongo, Ba-Bongo, Ba-Bulu, etc. (Du Chaillu, Marche).
12. Akoa, Ba-Bonco, Adouma (Falkenstein, etc.)
13. Ba-Yaga, Ba-Binga, etc. (Crampel, Crozel y Herr).
14. Ba-Yaeli (Kund).

Pigmeos discutidos

15. Dogbo, Arenga, etc. (cruzados con San) (?).
16. Mossaro y otros.
17. San (Bushmen).
18. Kimo, Madagascar (Flacourt) (?).
19. Lemban, Golfo Pérsico (Wahrmund y Dieulafoy).
20. Raza no denominada, Marruecos (Haliburton).
21. Fósiles Cerdeña (?).
22. Fósiles de Menton y de Schweizersbild.

dad, el punto de partida cierto en la sucesión de los tiempos: el nacimiento poligénico, en diversas partes de la Tierra, de lenguajes irre-

[1] Faidherbe; Hovelacque, *Linguistique*.

ductibles correspondientes á diversos modos de sentimiento y de pensamiento.

¿Cuántos de esos lenguajes nacieron así, y cuál fué la duración del ciclo durante el cual los diversos antepasados de los hombres actuales adquirieron esa facultad capital, condición primera del ser humano, tal como nosotros la comprendemos hoy? No puede saberse, y por otra parte es seguro que en la lucha por la existencia muchas de esas lenguas primitivas han desaparecido: en cuanto á las que persisten, no se ha terminado todavía el inventario; apenas se han clasificado metódicamente más que los grupos de dialectos hablados por las naciones principales. Falta estudiar y fijar con precisión el lugar de todas las series de formas verbales usadas por los diversos pueblos del mundo entero. Sin embargo, puede intentarse el trazado de unos mapas glosológicos provisionales que, poniendo de manifiesto el estado actual de la poligenia lingüística, atestigüen á la vez las prodigiosas conquistas realizadas por las lenguas invasoras.

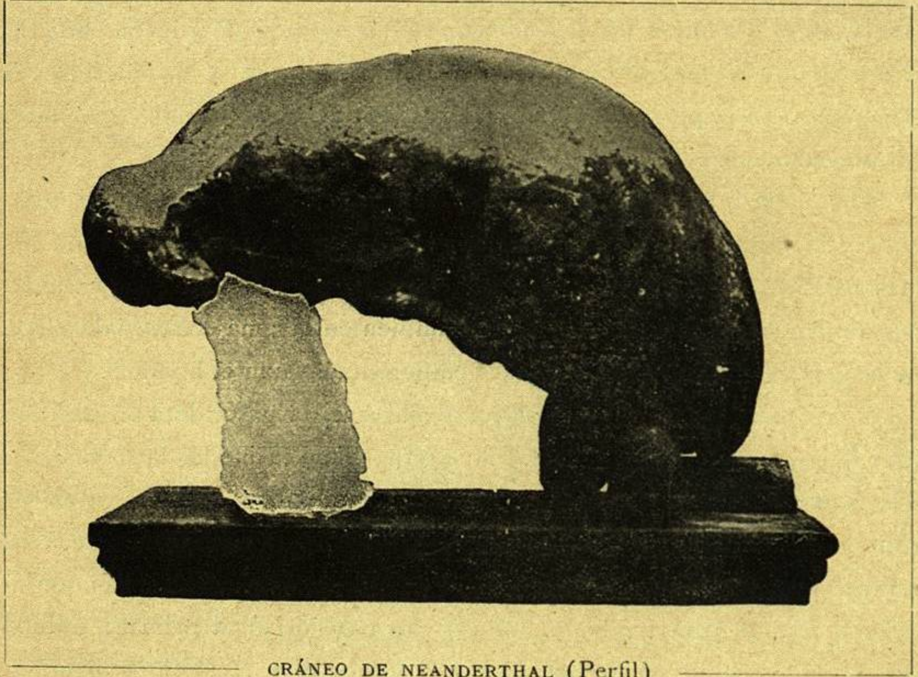
Más allá de aquellas edades que vieron el nacimiento intelectual del hombre verdadero, el ser á quien el uso de la palabra había de hacer que progresara tan maravillosamente no era en realidad sino un animal que se hacía entender por gestos, ladridos y maullidos semejantes á los de nuestros amigos el perro y el gato, los candidatos á la humanidad más próximos á nosotros [1]. Todo ese período antiguo, al que podría darse el nombre de «pro-lalia» ó de «pre-lenguaje», puede considerarse como anterior á la humanidad especial: el Hombre no constituyó la especie nueva sino cuando cesó de ser *alalus* [2].

El estudio de las formas animales que nos unen á los cuadrúpedos y á los reptiles pertenece á la era preantropológica, caracterizada por el *Pliopithecus antiquus*, del cual se ha encontrado un fragmento de mandíbula cerca de Sansan, en el valle de Gers, y que parece ser el animal más próximo al hombre que se conoce; de ahí, sin duda, sea repugnancia instintiva que tenemos hacia el mono: nos reconocemos demasiado en él. Ya lo dijo el viejo Ennius:

Simia quam similis turpissima bestia nobis.

[1] Condorcet, *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'Esprit humain.*
[2] H. Drummond, *Ascent of Man.*

Quizá el pithecanthropo [1] fósil que descubrió el médico Eug. Dubois en 1894, en las cenizas volcánicas del cuaternario antiguo de Java, cerca de Trinil, en compañía de animales fósiles, algunos de los cuales pertenecían á géneros hoy desaparecidos, sea el intermediario buscado, el «eslabón que faltaba de la cadena» que une el hombre á sus antepasados



CRÁNEO DE NEANDERTHAL (Perfil)
Epoca paleolítica.
(Este fragmento de cráneo está colocado sobre soportes para darle la posición exacta que ocupa en la cabeza reconstituída).

del mundo animal: por su actitud y por su estatura (1m,657), que es la del hombre medio; por su cráneo, cuya capacidad (900 á 1,000 centímetros cúbicos), excede cerca de la mitad á la mayor cabida cerebral de los cráneos pertenecientes á los más grandes antropoides conocidos, el pithecanthropo parece realmente formar parte de nuestra estirpe humana, uniéndonos á los hilobatos ó «gibbons», monos que se acercan más á nosotros por la conformación y que descenderían como nosotros de los mismos antepasados animales [2].

[1] Eug. Dubois, *Pithecanthropus erectus, Eine menschenæhnliche Uebergangsform aus Java,* Batavia, 1894; Manouvrier, *Revue Scientifique,* 30 noviembre 1895; 7 marzo 1896.
[2] Ernesto Hæckel, *The last Link,* pág. 22 á 28.

Según Manouvrier, sería probable que ese «mono-hombre», el *Homo javanensis*, no poseyese el lenguaje articulado, ese carácter el más preciado de la humanidad propiamente dicha.

La estrechez frontal, que se prolonga mucho sobre el cráneo de Trinil, permite negar que la «circunvolución de Broca» haya sido más desarrollada en el pithecanthropo que en los antropoides[1]. Cerca de Bahía, en el Brasil, se ha descubierto en un montón de conchas un cráneo humano de caracteres muy primitivos, en el que se ha querido ver semejanza con la pieza de Trinil[2], pero cuya edad no ha sido suficientemente establecida.

Esos hallazgos parecen indicar que el hombre, bajo su forma actual, habría nacido en las regiones de vida exuberante, donde el sol lanza sus más ardientes rayos y donde la lluvia cae más copiosamente; las variedades de negritos se han desarrollado también en la zona ecuatorial, patria de las grandes especies antropoides emparentadas con el hombre.

A tal nacimiento, era necesario, al parecer, la naturaleza tropical en todo su poder creador (Hæckel, Johnston). Si en casi todas las comarcas, á lo menos fuera de las llanuras, cuentan los hombres que sus primeros abuelos descendían de las altas montañas que limitan su horizonte, esas leyendas provienen de un puro efecto de óptica. Las altas cimas que se dirigen al cielo rompiendo las nubes, ¿no parecerían al primate, animal privilegiado, la morada de los dioses, á cuyos pies vería en su imaginación el nacimiento de sus primeros padres?

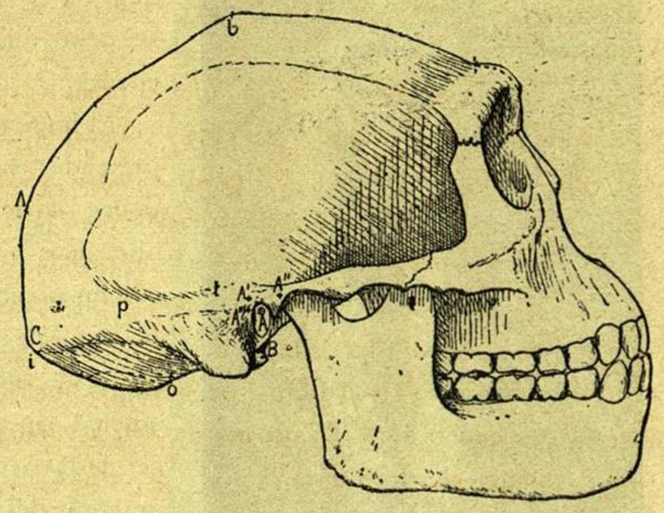
¡El hombre es un dios caído que se acuerda de los cielos!

así cantaba Lamartine. No es un «dios-caído», porque sube más bien, pero recuerda todo un infinito. Salido de generaciones sin número, otros hombres ó antropoides, animales, plantas, organismos primarios, recuerda por su estructura todo lo que sus antepasados han vivido durante la prodigiosa duración de las edades; resume bien en sí todo lo que le precedió en la existencia, del mismo modo que en su vida embrionaria presenta sucesivamente las formas diversas de las organizaciones más sencillas que la suya. No es, pues, únicamente en las tribus salvajes don-

[1] *Sociedad de Antropología*, sesión del 19 noviembre 1895.
[2] A. Nehring, *Naturwissenschaftliche Wochenschrift*, 17 noviembre 1895.

de ha de buscarse al hombre antiguo, sino, todo lo lejos posible, entre sus abuelos, los animales, allá donde irradian los primeros resplandores de la inteligencia y de la bondad.

Las sociedades animales nos muestran, en efecto, sea en germen, sea en estado de realización ya muy avanzada, los más diversos tipos de nuestras sociedades humanas, siéndonos posible buscar en ellas todos nuestros modelos: en sus grupos tan variados encontramos ese mismo juego de los intereses y de las pasiones que incesantemente solicitan y modifican nuestra vida y determinan las marchas progresivas ó retrógradas de la civilización; pero las manifestaciones del animal, más cándidas, menos complejas, desprovistas de la envoltura de frases, escritos, leyendas y comentarios que disfrazan nuestra historia, son más fáciles de estudiar, y el observador logra ver en su derredor los pequeños y diversos mundos en el corral, en el matorral vecino, en la atmósfera y en las aguas.



ENSAYO DE RECONSTITUCIÓN DEL CRÁNEO DEL PITHECANTHROPO POR EL DR. MANOUVRIER EN 1895

«En el tiempo en que las bestias hablaban», los hombres las comprendían. Los seres de dos y de cuatro patas, de piel lisa, de plumas y de escamas no tenían secretos los unos para los otros, y el acuerdo era tan completo, que el pueblo, superior á los filósofos por la justa aunque subconsciente inteligencia de las cosas, continuó mucho tiempo, continúa todavía aquí y allá, entreteniéndose con los animales en esos cuentos que constituyen una parte tan importante de la literatura, hasta la más importante de todas, porque es ciertamente la más espontánea: ignora su propio origen.

El hombre se inclina á creerse el «rey de la creación», y sus religio-

Según Manouvrier, sería probable que ese «mono-hombre», el *Homo javanensis,* no poseyese el lenguaje articulado, ese carácter el más preciado de la humanidad propiamente dicha.

La estrechez frontal, que se prolonga mucho sobre el cráneo de Trinil, permite negar que la «circunvolución de Broca» haya sido más desarrollada en el pithecanthropo que en los antropoides[1]. Cerca de Bahía, en el Brasil, se ha descubierto en un montón de conchas un cráneo humano de caracteres muy primitivos, en el que se ha querido ver semejanza con la pieza de Trinil[2], pero cuya edad no ha sido suficientemente establecida.

Esos hallazgos parecen indicar que el hombre, bajo su forma actual, habría nacido en las regiones de vida exuberante, donde el sol lanza sus más ardientes rayos y donde la lluvia cae más copiosamente; las variedades de negritos se han desarrollado también en la zona ecuatorial, patria de las grandes especies antropoides emparentadas con el hombre.

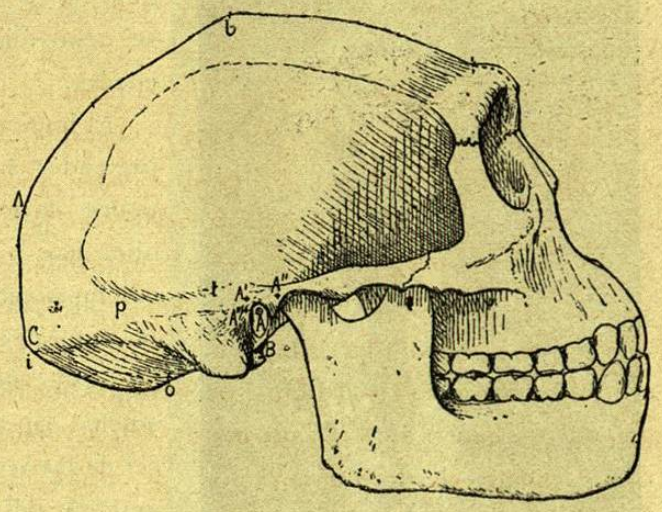
A tal nacimiento, era necesario, al parecer, la naturaleza tropical en todo su poder creador (Hæckel, Johnston). Si en casi todas las comarcas, á lo menos fuera de las llanuras, cuentan los hombres que sus primeros abuelos descendían de las altas montañas que limitan su horizonte, esas leyendas provienen de un puro efecto de óptica. Las altas cimas que se dirigen al cielo rompiendo las nubes, ¿no parecerían al primate, animal privilegiado, la morada de los dioses, á cuyos pies vería en su imaginación el nacimiento de sus primeros padres?

¡El hombre es un dios caído que se acuerda de los cielos!

así cantaba Lamartine. No es un «dios-caído», porque sube más bien, pero recuerda todo un infinito. Salido de generaciones sin número, otros hombres ó antropoides, animales, plantas, organismos primarios, recuerda por su estructura todo lo que sus antepasados han vivido durante la prodigiosa duración de las edades; resume bien en sí todo lo que le precedió en la existencia, del mismo modo que en su vida embrionaria presenta sucesivamente las formas diversas de las organizaciones más sencillas que la suya. No es, pues, únicamente en las tribus salvajes donde ha de buscarse al hombre antiguo, sino, todo lo lejos posible, entre sus abuelos, los animales, allá donde irradian los primeros resplandores de la inteligencia y de la bondad.

[1] *Sociedad de Antropología,* sesión del 19 noviembre 1895.
[2] A. Nehring, *Naturwissenschaftliche Wochenschrift,* 17 noviembre 1895.

Las sociedades animales nos muestran, en efecto, sea en germen, sea en estado de realización ya muy avanzada, los más diversos tipos de nuestras sociedades humanas, siéndonos posible buscar en ellas todos nuestros modelos: en sus grupos tan variados encontramos ese mismo juego de los intereses y de las pasiones que incesantemente solicitan y modifican nuestra vida y determinan las marchas progresivas ó retrógradas de la civilización; pero las manifestaciones del animal, más cándidas, menos complejas, desprovistas de la envoltura de frases, escritos, leyendas y comentarios que disfrazan nuestra historia, son más fáciles de estudiar, y el observador logra ver en su derredor los pequeños y diversos mundos en el corral, en el matorral vecino, en la atmósfera y en las aguas.

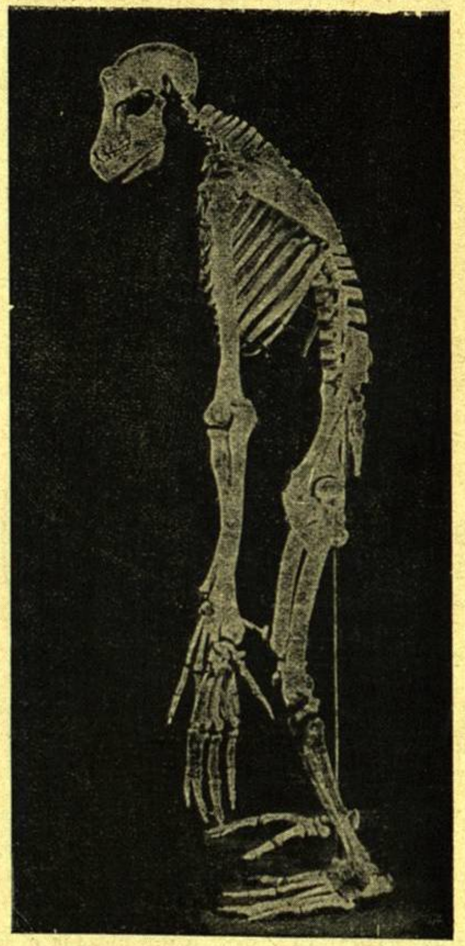


ENSAYO DE RECONSTITUCIÓN DEL CRÁNEO DEL PITHECANTHROPO POR EL DR. MANOUVRIER EN 1895

«En el tiempo en que las bestias hablaban», los hombres las comprendían. Los seres de dos y de cuatro patas, de piel lisa, de plumas y de escamas no tenían secretos los unos para los otros, y el acuerdo era tan completo, que el pueblo, superior á los filósofos por la justa aunque subconsciente inteligencia de las cosas, continuó mucho tiempo, continúa todavía aquí y allá, entreteniéndose con los animales en esos cuentos que constituyen una parte tan importante de la literatura, hasta la más importante de todas, porque es ciertamente la más espontánea: ignora su propio origen.

El hombre se inclina á creerse el «rey de la creación», y sus religio-

nes parten de esta idea fundamental. Se comprende: el ser que ve todos los rayos converger á su morada, todas las apariencias tomar una realidad en su cerebro, ha de considerarse forzosamente como el centro de todo y como superior á todo: por la prolongada reflexión y el examen constante de la vida, llega á conocer el valor y el lugar relativo de los seres, lo mismo que la igualdad virtual, en la evolución general, de todas las formas que se desarrollan á través de las edades.



ORÍGENES ANIMALES DEL HOMBRE

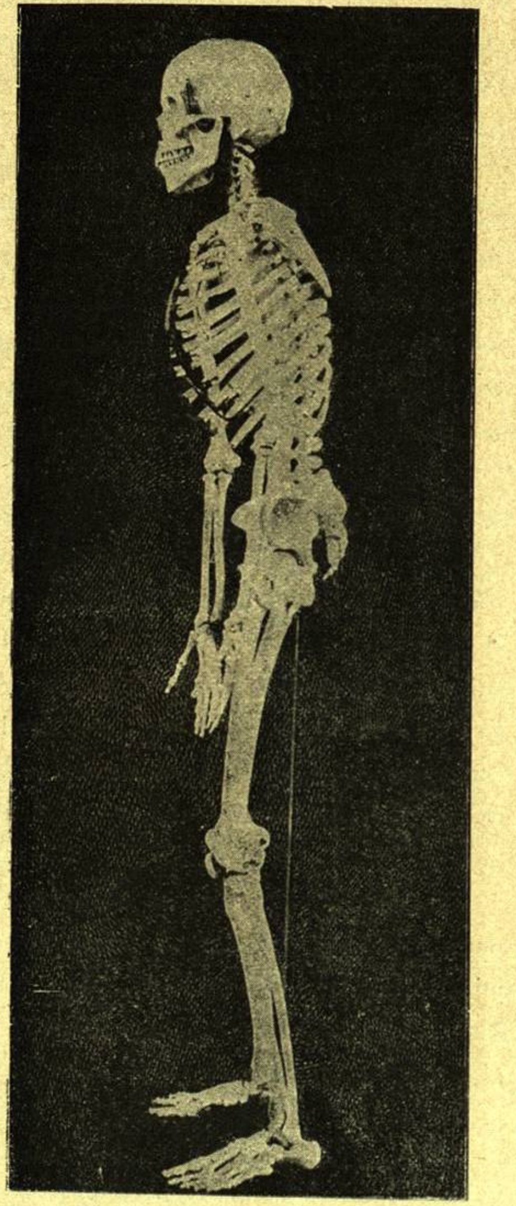
(Esqueleto de chimpancé comparado en tamaño y posición con un esqueleto humano)

El hombre ni siquiera puede pretender la superioridad que podría darle el hecho de ser la obra más recientemente brotada del funcionamiento de las fuerzas naturales.

Desde las épocas remotas, muchas especies han podido nacer de las acciones físicas y fisioquímicas del medio terrestre modificado incesantemente; sabido es que, según Quinton, todo el mundo de las aves, por su formación, corresponde á un período posterior á la del hombre. Por último, entre las especies pertenecientes á familias que existen desde las edades más lejanas, muchas, evolucionando en una vía diferente de la que el hombre ha seguido, ¿no se mueven en el sentido de una vida social que no es ciertamente inferior al caos en que bregan los humanos en constante lucha? Las hormigas, las abejas, los castores, los perros de las praderas que, salidos de sus madrigueras, viven en repúblicas dichosas; las grullas, que dibujan en el aire azul los dos rasgos concretos de su vuelo convergente; todos

esos animales tienen también su civilización que quizá equivalga á la nuestra.

Si el hombre no hubiera tenido á la vista más que los ejemplos dados por sus compañeras las bestias; si no hubiese obtenido su apoyo en las luchas de la existencia; si, por otra parte, no se hubiera ingeniado para sustraerse á la acción de los enemigos ó para triunfar de ellos, hubiera permanecido un bípedo salvaje entre los cuadrúpedos, sin más bienes que su herencia de bestia, y ningún progreso se hubiera cumplido en su destino; quizá hubiera sucumbido. No faltan comarcas, aun en nuestros días, en que el hombre no ha podido sostenerse contra sus rivales en la batalla de la vida.



ESQUELETO HUMANO

(Comparado con el esqueleto de chimpancé de la página 16).

Ciertas plantaciones en las inmediaciones de Singapour quedaron desiertas á causa de las terribles visitas del tigre real; en diversas partes de Africa se han dispersado los espantados indígenas, viendo las huellas de los elefantes, que se fraguan caminos á través de los bosques, aplastando las ramas bajo el peso de su ancha pata, hasta que comienza el blanco la guerra de exterminio contra el animal de colmillos de marfil. En Costa-Rica, en Guatemala, sobre la vertiente del Pacífico, tales distritos visitados por los murciélagos vampiros han sido forzosamente abandonados por el

hombre, impotente para guardar su rebaño, y amenazado él mismo de muerte cuando una abertura de su cabaña permitía la entrada al temible chupador de sangre. En fin, los infinitamente pequeños, sin hablar de los microbios del aire, son á veces adversarios á los que ha de ceder el colono.

En las regiones en que los mosquitos, arremolinados formando nubes, caen sobre los aterrorizados seres vivientes, era imposible la lucha antes que los médicos entomólogos descubriesen el poder de los mosquitos anofeles respecto del transporte de los microbios, y enseñaron y propagaron los medios de combatirlos bajo su forma larvaria. En las riberas del lago Pontchartrain y de muchos lagos de la Luisiana, en los islotes herbosos del Bahr-el-Ghazal que habitan los Nuêr y los Denka sería imposible vivir y permanecer si no se embadurnasen con arcilla, de ocre ó de ceniza.

En tales sitios, apenas podría el hombre pasar y huir; pero en la mayor parte de las extensiones terrestres ha podido luchar, acomodarse al medio, y, sea por sus fuerzas aisladas, sea por la alianza con otros animales, ha logrado hacerse en el mundo esa gran plaza que presupone, en su lucha por la existencia, el dominio efectivo sobre gran número de especies animales y la superioridad incontestable sobre los otros, excepto, por limitado tiempo, sobre los invisibles microbios.

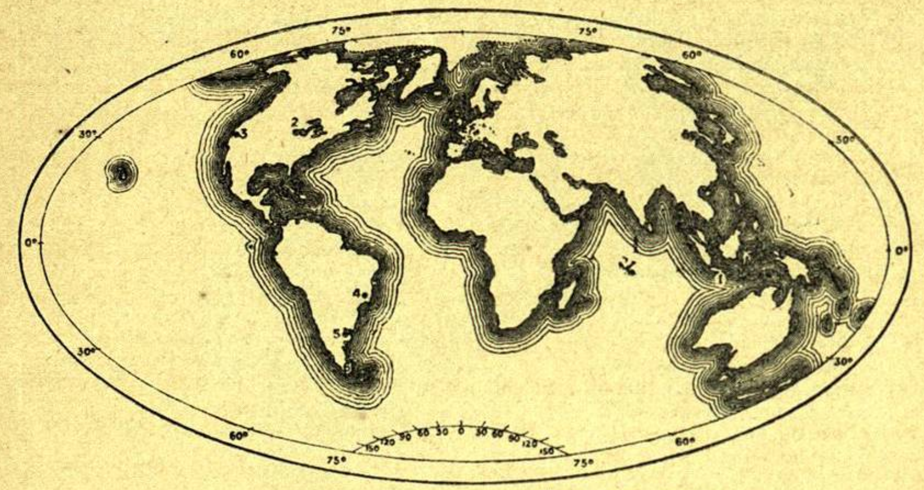
Respecto de las edades obscuras, desprovistas de fechas precisas, parece que ha de faltar el hilo conductor, y, no obstante, aun en esas mismas tinieblas, los hombres que vivieron y se sucedieron en numerosas generaciones han dejado suficientes huellas de su existencia para que el sabio haya podido constituir con ellas una ciencia nueva: la prehistoria.

En efecto, si los pueblos anteriores á la escritura carecen de anales propiamente dichos, si hasta se ignoran los nombres que llevaban y las lenguas por las cuales emitían su pensamiento, al menos se han encontrado en la tierra innumerables documentos huesos de hombres y de animales domésticos, instrumentos, armas, amuletos, joyas, piedras talladas de toda especie, cuyo estudio y clasificación han revelado en sus grandes rasgos, las civilizaciones de nuestros antepasados prehistóricos. Hasta es posible que se llegue un día á fijar de una manera general la sucesión de los períodos cronológicos en el desarrollo de esas poblacio-

nes primitivas, y muchas veces se ha intentado ya: al menos los arqueólogos pueden desarrollar la serie de las edades de la prehistoria con una amplitud y una lógica superior á la de los escritores que, al impulso de la ola de los detalles de la historia escrita, cesan de percibir el movimiento de las grandes ideas regeneradoras.

La prehistoria, como conjunto de estudios que unen el hombre actual con el hombre de los tiempos pasados y nos permite asistir á la evolu-

N.º 2. Fósiles humanos encontrados en el Mundo



Plano homalográfico.

1:325000000

0 5000 10000 15000 kil.

1. Trinil, fragmento de cráneo y fémur de pithecanthropo, hallado por M. Eugenio Dubois.
2. Chickasaw, frag. de cráneo (edad discutida). Túmulos de Illinois, dos huesos frontales, id.
3. Calaveras, cráneo (discutido). Carson City, id.
4. Laguna Santa, id.
5. Pontimelo, id.
6. Ultima Speranza, id.

(Véase mapa n.º 3 para los fósiles humanos encontrados en Europa).

ción continua en el tiempo, constituye una ciencia de origen muy reciente: la proclamación oficial de su nacimiento data de la segunda mitad del siglo XIX, cuando Lyell estableció en el congreso inglés como hecho indiscutible la existencia del hombre y de su industria durante el período cuaternario, es decir, en una época en que las tierras y las aguas estaban distribuídas de una manera muy distinta de la actual y en que prevalecía un clima diferente. Pero antes que la verdad forzase las puertas de los congresos y de las academias, gran número de trabajadores aislados, de

pensadores independientes, habían reconocido ya claramente restos de una edad de piedra y habían interpretado su sentido.

Desde la primera mitad del siglo XVI el romano Mercati había comprobado la v rdadera naturaleza de las armas y de los instrumentos que la preocupación universal designaba bajo el nombre de «piedras de

N.º 3. Osamentas paleolíticas humanas de la Europa occidental

(Véase el mapa de la página 21)

1. Arpino (Italia), 2 esqueletos (E).
Isola del Liri, cráneo (E).
2. Orvieto, fragmento craneano (C).
3. L'Olmo, cráneo (C).
4. Castenedolo, muchas osamentas (C).
5. Savona, esqueleto (C).
6. Barma Grande, muchas osamentas (E).
7. Perales (España), cráneo (E).
8. Sordes (Francia), 2 esqueletos (E).
9. Aurignac, 17 esqueletos (B).
Aubert, hueso frontal (E).
Malarnaud, mandíbula (A).
Mas d'Azil (E).
10. Sallèles-Cabardès, maxilar (A).
11. Bruniquel (E).
12. Chancelade, esqueleto (B).
Laugerie basse, esqueleto (A).
La Madeleine, esqueleto (B).
Cro-Magnon, esqueleto (B).
13. Placard, cráneo (B).
14. Marcelly-sur-Eure, frag. craneano (A).
Bréchamps, cráneo (A).
Grenelle, esqueleto (B).
Clichy, esqueleto (B).
15. Moulin-Quignon, mandíbula (D).
16. Chalons-sur-Marne, osam. diversas (C).
17. Arcy-sur-Cure, mandíbula (E).
18. Gravenoir (E).
19. La Denise, muchas osamentas (E).
20. Meyrueis, cráneo (C).
21. Le Bau de L'Arbusier (E).
22. Beausemblant, cráneo (E).
23. Solutré, muchas osamentas (D).
24. Dolémont (Suiza), esqueleto (D).
25. Thayngen (E).
26. Nagy-Sap (Austria), cráneo y fragmento craneano (C).
27. Brünn, cráneo y osamentas (B).
28. Predmost, 10 esqueletos (B).
Sthipka, mandíbula (E).
29. Podbaha, cráneo (B).
Brüx, cráneo (E).
30. Voisec (Lituania) (E).
31. Egisheim (Alsacia), (A).
32. Lahr (Alemania), osamentas (B).
33. Cannstadt, fragmento craneano (C).
34. Gailenreuth, osamentas (C).
Taubach, molar (E).
35. Neanderthal, esqueleto (A).
36. La Naulette (Bélgica), mandíbula (A).
Furfooz, cráneo (B).
37. Spy, 2 esqueletos (A).
38. Engis, restos de osamentas (B).
Engihoul (B).
Smeermass, mandíbula (B).
39. Galley Hill (Inglaterra) (E).
40. Tilbury, esqueleto (A).
Bury-Saint-Edmunds, cráneo (A).
41. Kirkdale (C).
42. Settle, peroné (C).
43. Hamilton (Irlande), frag. craneano (E).

Según M. ENGERRAND

A: Antigüedad cierta. — B: Edad discutida. — C: Edad dudosa. — D: Fósiles reconocidos de edad reciente. — E: Faltan informes.

rayo», y, dos siglos después, Antonio de Jusssieu publicó una memoria decisiva adelantándose ciento cincuenta años á la ciencia oficial[1]. Buffon pronunció también algunas palabras manifestando sus presentimientos á este respecto.

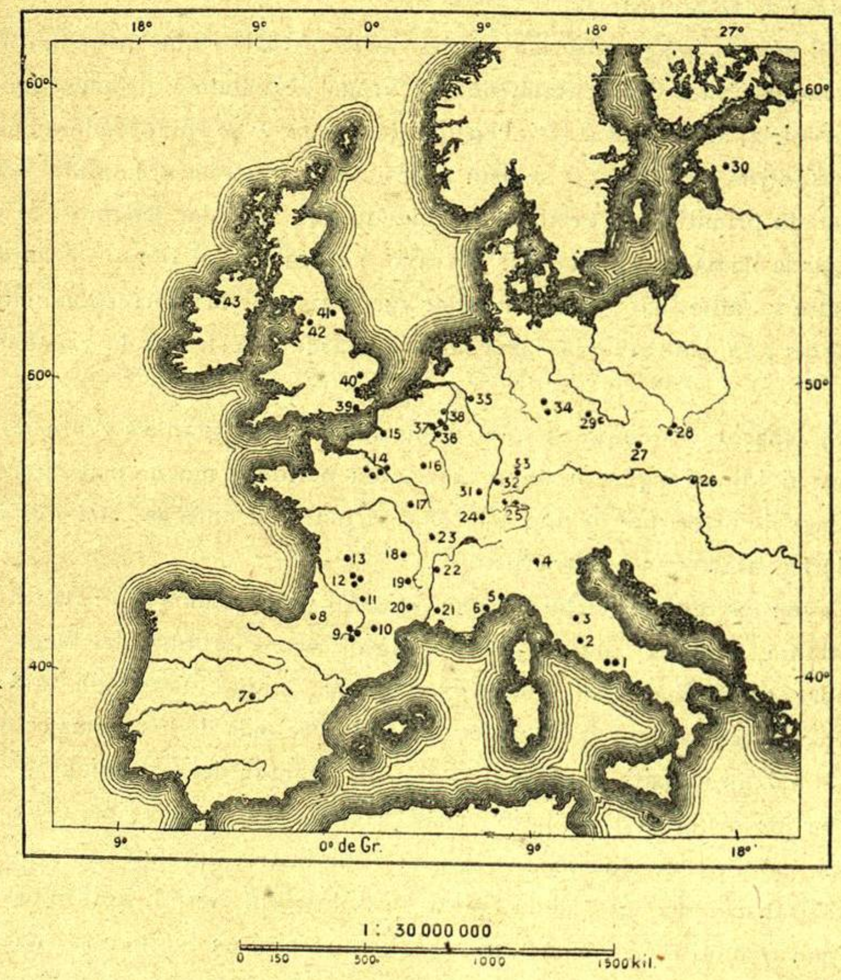
Y mientras Cuvier y sus discípulos se atravesaban obstinadamente al

[1] Hamy, *Precis de paleontologie humaine*; — Fr. Lenormand, *Les premieres Civilisations*.

paso de todos los innovadores que no admitían con humildad los dogmas de ciencia contrastada oficialmente, la multitud de observadores á quienes el estudio de los terrenos conducía á reconocer los fósiles del hombre y los testimonios de su industria en la época cuaternaria, era cada vez más numerosa y activa. Al fin los Aymard, los Ami-Boué, los Tournal,

N.º 3. Osamentas paleolíticas humanas de la Europa occidental

(Véase la leyenda de la página 20).



los Schmerling, los Christol, los Marcel de Serres y los Boucher de Perthes triunfaron del obscurantismo representado por la escuela de un sabio, que, no obstante, había también dejado una magnífica herencia en la historia del pensamiento; tanto es cierto que todo progreso, hecho dogma, se cambia gradualmente en obstáculo.

pensadores independientes, habían reconocido ya claramente restos de una edad de piedra y habían interpretado su sentido.

Desde la primera mitad del siglo XVI el romano Mercati había comprobado la v rdadera naturaleza de las armas y de los instrumentos que la preocupación universal designaba bajo el nombre de «piedras de

N.° 3. Osamentas paleolíticas humanas de la Europa occidental

(Véase el mapa de la página 21)

1. Arpino (Italia), 2 esqueletos (E). Isola del Liri, cráneo (E).
2. Orvieto, fragmento craneano (C).
3. L'Olmo, cráneo (C).
4. Castenedolo, muchas osamentas (C).
5. Savona, esqueleto (C).
6. Barma Grande, muchas osamentas (E).
7. Perales (España), cráneo (E).
8. Sordes (Francia), 2 esqueletos (E).
9. Aurignac, 17 esqueletos (B). Aubert, hueso frontal (E). Malarnaud, mandíbula (A). Mas d'Azil (E).
10. Sallèles-Cabardès, maxilar (A).
11. Bruniquel (E).
12. Chancelade, esqueleto (B). Laugerie basse, esqueleto (A). La Madeleine, esqueleto (B). Cro-Magnon, esqueleto (B).
13. Placard, cráneo (B).
14. Marcelly-sur-Eure, frag. craneano (A). Bréchamps, cráneo (A). Grenelle, esqueleto (B). Clichy, esqueleto (B).
15. Moulin-Quignon, mandíbula (D).
16. Chalons-sur-Marne, osam. diversas (C).
17. Arcy-sur-Cure, mandíbula (E).
18. Gravenoir (E).
19. La Denise, muchas osamentas (E).
20. Meyrueis, cráneo (C).
21. Le Bau de L'Arbusier (E).
22. Beausemblant, cráneo (E).
23. Solutré, muchas osamentas (D).
24. Dolémont (Suiza), esqueleto (D).
25. Thayngen (E).
26. Nagy-Sap (Austria), cráneo y fragmento craneano (C).
27. Brünn, cráneo y osamentas (B).
28. Predmost, 10 esqueletos (B). Sthipka, mandíbula (E).
29. Podbaha, cráneo (B). Brüx, cráneo (E).
30. Voisec (Lituania) (E).
31. Egisheim (Alsacia), (A).
32. Lahr (Alemania), osamentas (B).
33. Cannstadt, fragmento craneano (C).
34. Gailenreuth, osamentas (C). Taubach, molar (E).
35. Neanderthal, esqueleto (A).
36. La Naulette (Bélgica), mandíbula (A). Furfooz, cráneo (B).
37. Spy, 2 esqueletos (A).
38. Engis, restos de osamentas (B). Engihoul (B). Smeermass, mandíbula (B).
39. Galley Hill (Inglaterra) (E).
40. Tilbury, esqueleto (A). Bury-Saint-Edmunds, cráneo (A).
41. Kirkdale (C).
42. Settle, peroné (C).
43. Hamilton (Irlande), frag. craneano (E).

Según M. Engerrand

A: Antigüedad cierta. — B: Edad discutida. — C: Edad dudosa. — D: Fósiles reconocidos de edad reciente. — E: Faltan informes.

rayo», y, dos siglos después, Antonio de Jusssieu publicó una memoria decisiva adelantándose ciento cincuenta años á la ciencia oficial[1]. Buffon pronunció también algunas palabras manifestando sus presentimientos á este respecto.

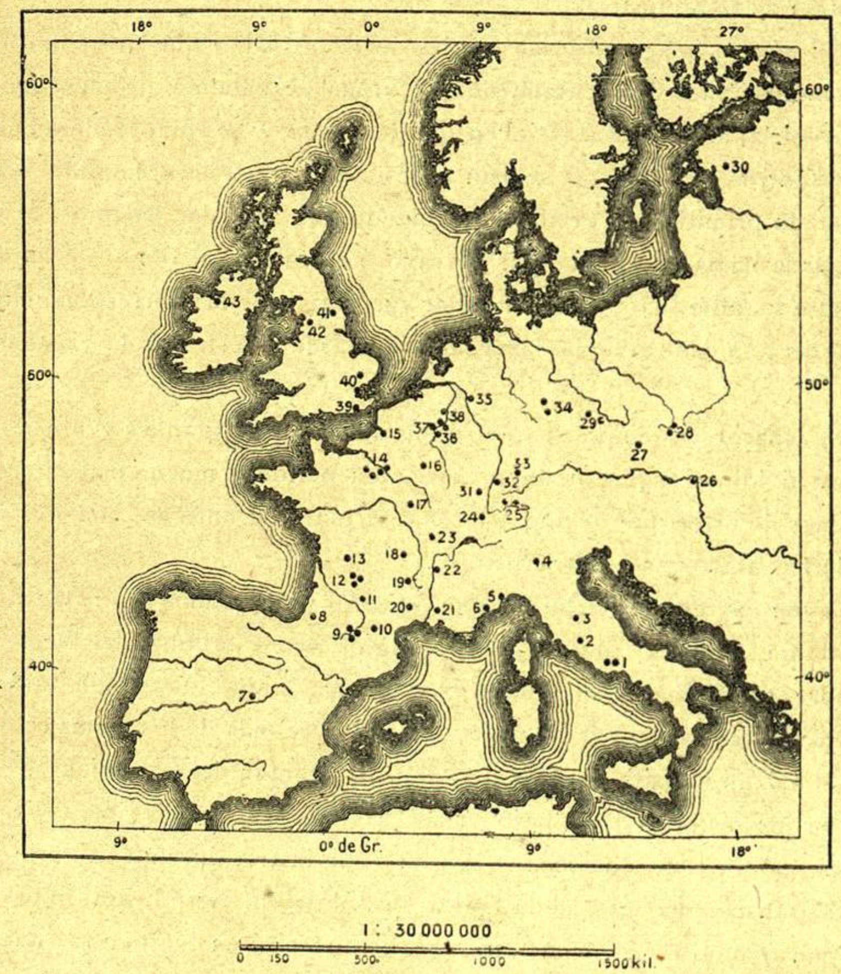
Y mientras Cuvier y sus discípulos se atravesaban obstinadamente al

[1] Hamy, *Precis de paleontologie humaine*; — Fr. Lenormand, *Les premières Civilisations*.

paso de todos los innovadores que no admitían con humildad los dogmas de ciencia contrastada oficialmente, la multitud de observadores á quienes el estudio de los terrenos conducía á reconocer los fósiles del hombre y los testimonios de su industria en la época cuaternaria, era cada vez más numerosa y activa. Al fin los Aymard, los Ami-Boué, los Tournal,

N.° 3. Osamentas paleolíticas humanas de la Europa occidental

(Véase la leyenda de la página 20).



los Schmerling, los Christol, los Marcel de Serres y los Boucher de Perthes triunfaron del obscurantismo representado por la escuela de un sabio, que, no obstante, había también dejado una magnífica herencia en la historia del pensamiento; tanto es cierto que todo progreso, hecho dogma, se cambia gradualmente en obstáculo.

En lo sucesivo no habrá ya historiador que niegue la antigüedad del Hombre y que lo represente nacido ó creado de repente de la tierra roja ó de la espuma del mar hace unos cinco ó seis mil años; la continuidad de la raza humana por lentas evoluciones, desde los tiempos más antiguos, es el hecho capital reconocido de una manera universal, y admira la prodigiosa serie de siglos que han debido transcurrir para dar tiempo á que se cumplieran los inmensos progresos que se han realizado durante el curso de la prehistoria.

En efecto, imagínense las edades de la pro-lalia, que precedieron á las modulaciones del pensamiento en forma de palabra; después los de la pro-piria, anteriores á la invención del fuego, y se comprenderá cuantos esfuerzos y conquistas se han necesitado para traer al hombre desde su estado primitivo de bestia, no sabiendo aún articular palabras, ni alimentar la llama encendida por el rayo ó el volcán, al rango de animal primate y sabio, hábil para formular sus ideas por las correspondientes palabras y cuidadoso de la llama santa que arde en el hogar de su cabaña.

El espacio de tiempo en que se sucedieron esas grandes evoluciones puede dividirse, según su importancia, en períodos mucho más diferentes unos de otros que lo que son las divisiones de antigua, medioeval y moderna, usados en nuestra historia.

Desde los remotos ciclos en que nuestros antepasados se iniciaron en la palabra, después, pasados muchos siglos, en la captura del fuego, el hombre, determinado por el medio cambiante, cambió él también durante la serie de las edades, diferenciándose cada vez más de los animales que con él habían tomado su origen en el centro común del movimiento.

Por los vestigios de su paso en las cavernas y sobre las riberas de las aguas, por los variadísimos restos de su industria durante la serie de siglos transcurrida antes de la época de la historia escrita, los arqueólogos han podido referir sumariamente su existencia en las diversas partes del mundo y en sus modos numerosos de civilización sucesiva, llegando hasta el intento de describir esos diferentes pueblos prehistóricos, clasificarlos según sus parentescos y sus contrastes, trazar sobre el mapa sus caminos de emigración y de conquista y buscar su filiación á través del caos de los pueblos entremezclados.

El hecho culminante que resulta de las investigaciones proseguidas

con gran celo, es que los diversos representantes de la humanidad, en su evolución necesariamente complicada con retrocesos parciales, van elevándose de período en período, por el arte cada vez más ingenioso y sabio de completar su individuo, de acrecentar su fuerza por medio de objetos exteriores sin vida: piedras, maderas, osamentas y cuernos. Primeramente, el primate, de quien descendemos, se limitaba á recoger las ramas muertas y las piedras, como lo hacía su hermano el mono, y se servía de ellas como de armas é instrumentos. Era aquella la edad de la humanidad que, bajo ciertos aspectos, perpetúa todavía el feroz Seri del Méjico que lleva aún la piedra redonda que le sirve de maza.

Vino después el período «eolítico» ó de simple utilización de la piedra, período que comenzó quizá sobre la base del «landemiano», en pleno eoceno medio (Cels). Algunos innovadores, los herejes de la época, aprendieron á emplear los guijarros de forma desigual: mazas, puñales, sierras, punzones, cepillos, raspadores y otros instrumentos naturales, que se limitaban á retocar con otras piedras para aumentar su corte ó su punta; quizá hasta se servían de los dientes para morder el sílex, si no se engañó Castañeda en su descripción de los indios cazadores del siglo XVI.

Ese empleo de los instrumentos primitivos, que se continúa todavía en diversas comarcas bajo la forma antigua, fué el verdadero principio de la industria propiamente dicha: ya se modelaban las piedras de sílex que los arqueólogos han encontrado en los mismos sitios donde los antepasados las abandonaron después de usarlas, y que permanecieron entre los restos, en tanto que las maderas y otras materias perecederas se convertían en polvo, como se revela, en la cuenca anglo-franco-belga, la edad «reuteliana», en que el hombre vivía en compañía del *Elephas antiquus* y del *Rhinoceros Merkii*[1].

Después nuevas revoluciones y cambios graduales trajeron la sucesión de las edades durante las cuales se aprendió á tallar las piedras y á darles todas las formas útiles para hacer de ellas instrumentos de trabajo ó armas de combate; vinieron á continuación los siglos en que hubo artistas que se ocuparon en transformar sus instrumentos y sus armas en verdaderos objetos de lujo: ese fué el tiempo precursor al período que

[1] Rutot, *Sur l'Homme préquaternaire*, pág. 19.

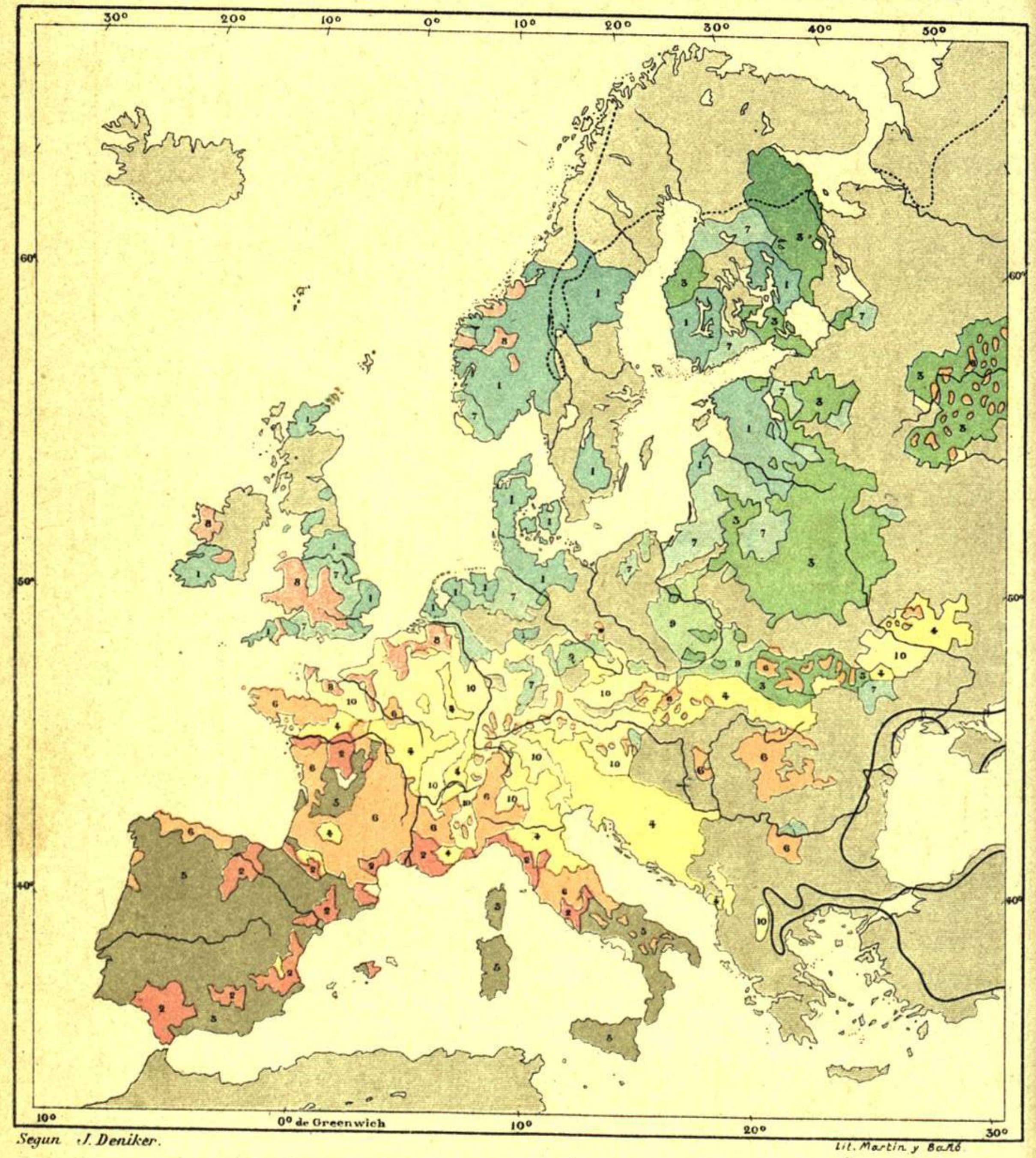
vió nacer la industria de los metales. Esas dos últimas etapas de la piedra tallada y de la piedra pulimentada son las que se designan comunmente bajo el nombre de «paleolítico» y de «neolítico».

Mas ¿cuáles fueron las etapas del progreso entre los períodos sucesivos de la humanidad primera? Todavía no puede responderse más que por hipótesis diversas, porque en plena prehistoria, en el curso de los ciclos de duración desconocida—miriadas ó millones de años—transcurridos desde que el *Homo sapiens* tomó posesión del planeta, los cambios del medio han sido frecuentemente tan considerables que han constituído verdaderas revoluciones, ora bruscas y violentas, ora á largo período y tanto más seguras en sus efectos. En consecuencia, los indígenas han tenido que sufrir en su historia las vicisitudes correspondientes: tan pronto les ha sido preciso cambiar de residencia como modificar su género de vida en el mismo lugar; á veces la raza, destruída casi por completo, ha debido comenzar nueva existencia, reconquistar penosamente los progresos adquiridos ya por sus antepasados, como si diversas humanidades se hubiesen dedicado sucesivamente á ensayar la vida.

De modo que erupciones de lavas, terremotos y hundimientos, inundaciones de ríos é invasiones del mar han cambiado frecuentemente la forma exterior del relieve terrestre, destruyendo los pueblos en parte ó hasta en totalidad. ¡Cuán numerosas son, por ejemplo, las tradiciones de diluvios que recubrieron todo el mundo habitable! Á la historia caldea del diluvio universal, reproducida en el *Génesis*, se unen tradiciones análogas venidas de China, de la India, de Egipto, del Nuevo Mundo, especialmente de todas las comarcas bajas expuestas á la devastación por las crecidas de los ríos. En otras partes, especialmente en las regiones volcánicas, en los «países del fuego», otras leyendas, igualmente justificadas por los acontecimientos anteriores, refieren las lluvias de piedras, los desprendimientos de montañas, las apariciones ó desapariciones súbitas de lagos, el enterramiento de ciudades.

La alternación de los períodos glaciares, ó más bien, el vaivén del frente de hielo, que trae consigo el cubrirse zonas terrestres bajo las nieves, los hielos y los restos pedregosos, se ha producido también después que el hombre salió de la animalidad primera. En realidad, la historia de la Tierra no contiene más que un solo período de los hielos, el

CARACTERES SOMÁTICOS DE LOS EUROPEOS OCCIDENTALES



Segun J. Deniker.

Lit. Martin y Baño

RAZAS PRINCIPALES

Raza	N.º
Nórdica	1
Litoral ó Atlanto-Mediterr.	2
Oriental	3
Adriática ó Dinárica	4
Ibero Insular	5
Occid. ó Cevenola	6
Caracteres mezclados ó insuficientemente conocidos	

Límite Oc. de los Turco-Mongoles

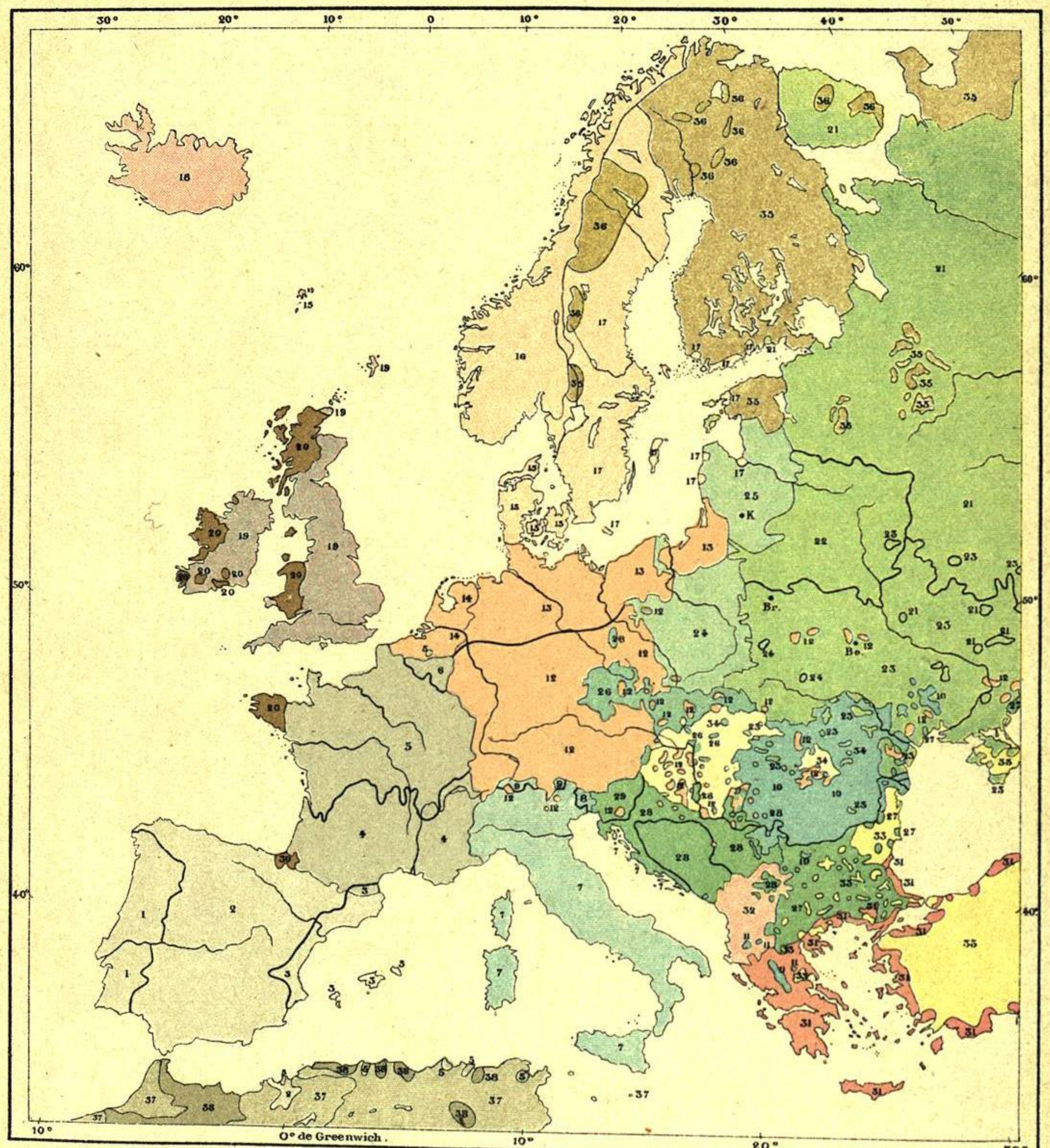
„ S. de los Lapones Samoyedos

RAZAS SECUNDARIAS

Raza	N.º
Sub-Nórdica	7
Nor-Occidental	8
Vistuliana	9
Sub Adriática	10

ESCALA 1:25.000000 — 0 250 500 1000 Kilom.

LENGUAS DE LOS EUROPEOS OCCIDENTALES



S. Poch. Gbo

LATINOS

Lengua	N.º
Portugués y gallego	1
Español	2
Catalán	3
Languedoc	4
Francés	5
Walón	6
Italiano	7
Friulandés	8
Romanche y Ladino	9
Rumano	10
Zinzaro	11

GERMANOS

Lengua	N.º
Alemán	12
Bajo alemán	13
Holandés y flamenco	14
Dinamarqués	15
Noruego	16
Sueco	17
Islandes	18

INGLESES

	19

CELTAS

Lengua	N.º
Bretón, galo, gaélico, erse	20

ESLAVOS

Lengua	N.º
Gran ruso	21
Blanco „	22
Pequeño „	23
Polaco	24
Lituanio	25
Tcheque, moravo, wende	26
Búlgaro	27
Serbio, bosniaco	28
Eslobeno, slovaco, croata	29

VASCOS

	30

PELASGOS

Lengua	N.º
Griego	31
Albanés	32

URALO-ALTAYÄNOS

Lengua	N.º
Turco	33
Magyar	34
Finlandés, este, lıve	35
Lapón, samoyedo	36

ARABES

	37

BEREBERES

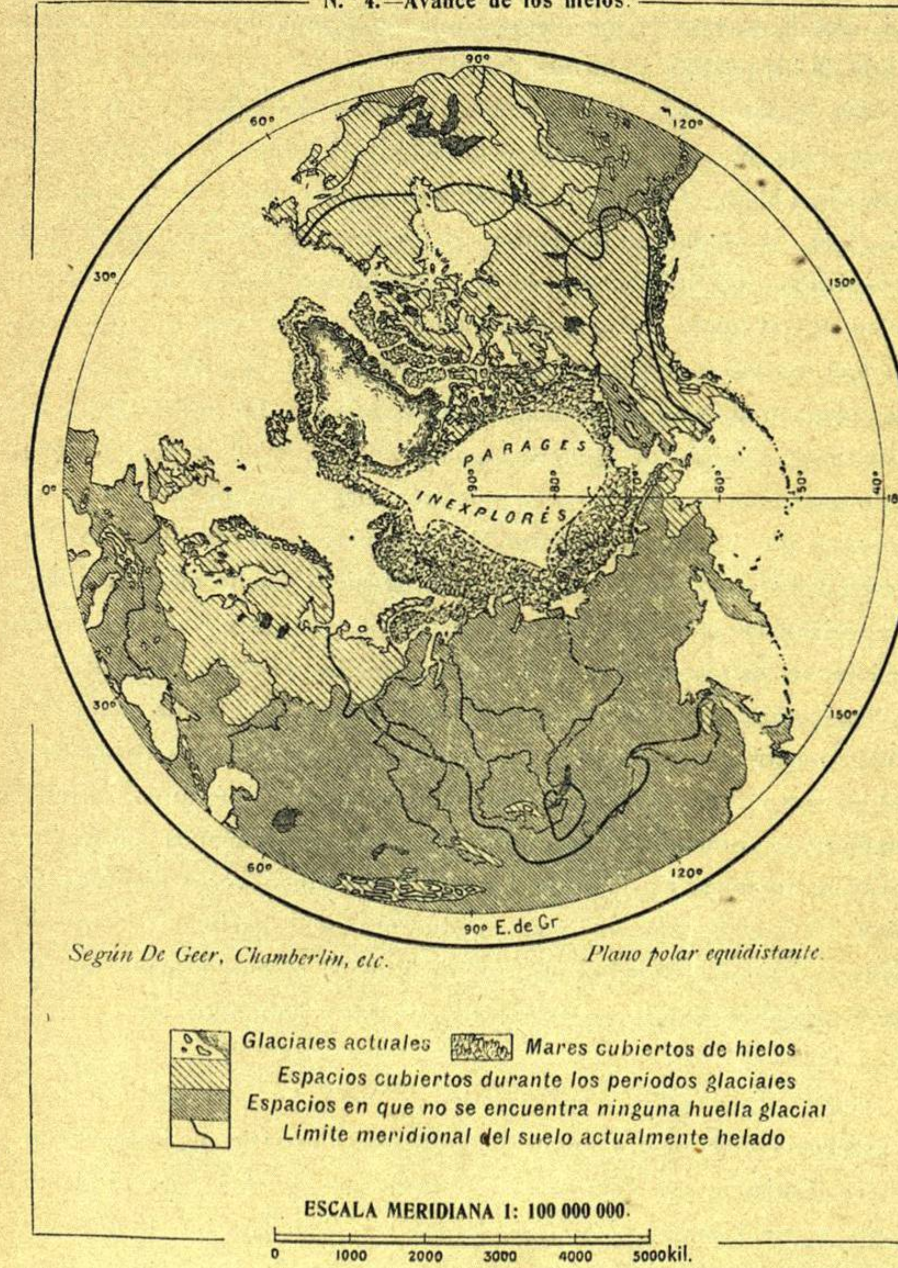
	38

JUDIOS: Las 3 ciudades de Kovno, Brest-Litowsky y Berditchef son las principales ciudades de Europa que tienen mayoria judía

ESCALA: 1:25.000.000 — 0 250 500 1000 Kilom.

que dura aún para la Groenlandia y los archipiélagos polares; pero siguiendo las alternativas del clima, su masa congelada avanza ó retrocede,

N.º 4.—Avance de los hielos.



y así es como, de estación en estación, de ciclo en ciclo, cada lugar de la zona que bordea los hielos puede tener su «período», encontrarse invadido por un tiempo, luego desprenderse de nuevo.

Los progresos y los retrocesos del hielo determinan, pues, revoluciones para el conjunto de las plantas y de los animales, que han de retirarse ó que pueden emprender la marcha hacia adelante. De ese modo, cada una de esas oscilaciones marca una etapa muy diferente en la civilización de los pueblos limítrofes del glaciar.

Mas, si las fechas de los diversos avances del glaciar polar es aún desconocida, el límite preciso que las morainas terminales han alcanzado en su viaje hacia el Sud está en muchos puntos marcado de la manera más clara: se reconocen los avances pedregosos del «Gran Norte», de la Groenlandia, del Spitzberg y de la Escandinavia bajo los aluviones más recientes y el tejido de las raíces del bosque y del césped. Los mapas que han trazado diversos geólogos en Europa y en la América del Norte coinciden notablemente, y demuestran cuán estrecho era relativamente entonces el dominio del género humano en el hemisferio septentrional, en comparación de lo que es en nuestros días. Lo era tanto más, si se considera que los grandes macizos de montañas como los Alpes, los Pirineos y el Cáucaso tenían entonces ríos de hielo mucho más extensos, y que eminencias menores, Vosgos, Morvan, Cevennes y Karpatos vertían también en los glaciares sus corrientes de hielos, de rocas y de barro.

Tomemos como ejemplo una de las comarcas de Europa mejor estudiadas por los geólogos y los arqueólogos, la región de los Países Bajos que recorren el Escalda y el Mosa en sus llanuras inferiores. En esas comarcas, la coincidencia de períodos industriales humanos con fenómenos de irrupciones glaciares se ha producido cinco veces distintas, nos dicen los sabios: por cinco veces, durante ese espacio de tiempo, los glaciares árticos invadieron el norte de Europa rechazando ante sus muros de cristal las aguas, los bosques y sus claros habitados [1].

No es indispensable el hallazgo de osamentas humanas para afirmar á la presencia anterior del hombre: el descubrimiento de sus instrumentos, de sus habitaciones, de todas las huellas de su vida basta á demostrarlo, y aun á dar una idea psicológica más completa que la que suministraba el encuentro de cráneos bien conservados. Las edades primiti-

[1] Rutot, *Etat actuel de la question de l'Antiquité de l'homme*, «Boletín de la Sociedad belga de Geología», 1903.

vas del «bastón» permanecerán desconocidas, porque esta arma se ha reducido á polvo, pero la edad de la «piedra» se revela todavía á nuestros ojos.

Es verdad que la industria del oligoceno superior llamada «de Thenay», según los objetos estudiados por Bourgeois en el valle del Cher, está considerada como no habiendo sido perfectamente establecida: se conservan dudas acerca de la procedencia de las piezas más bellas «de ese yacimiento» que posee el museo de San Germán. Pero otros documentos muy antiguos, los sílex del Puy-Courny, encontrados cerca de Aurillac, por Rames, son incontestablemente auténticos, reconocidos como tales por los arqueólogos de Europa, y esas piedras, admirablemente utilizadas por nuestros remotos antepasados, pertenecen á la edad miocena superior: son actualmente los más venerables testimonios de nuestro pasado [1]. Los sílex que descubrió Pretswich sobre las mesetas cretáceas del Kent son también considerados por la mayor parte de los geólogos como indudablemente antiguos, de la edad media del plioceno, que precedió á las cuatro últimas progresiones glaciares. Sucediéronse después otras industrias eolíticas, de Saint-Prest, de Reutel, de Mesvin [2], hasta las industrias clásicas de Chelles, de Saint-Acheul, de Moustier, tan conocidas por la multitud de las armas y de los instrumentos que han suministrado las excavaciones de la Europa media, desde el valle del Ródano hasta el del Dnieper.

La Francia meridional, en las cuencas del Garona y del Aude, en la vertiente de las altas tierras centrales, presenta una serie continua de producciones industriales durante el vaivén de los avances y retrocesos del hielo: las revoluciones debidas, en los países del Norte, á las progresiones y á las retiradas sucesivas de la masa cristalina causaron ciertamente también, por una especie de choque hacia atrás, modificaciones muy importantes en la cultura de las comarcas del Sud, pero no la suprimieron por completo. No hubo «hiatus», según la expresión de los arqueólogos; pero en diversos puntos de la Europa media hubo detención completa y la civilización hubo de comenzar de nuevo por agrupaciones de colonos venidos de países no devastados [3].

[1] Rutot, Capitán, Klaatsch, etc.
[2] A. Rutot, memoria citada.
[3] Moriz Hœrnes, *Der diliviale Mensch in Europa*, págs. 7 y 8.

En diversas comarcas de Europa, los hallazgos arqueológicos y el aspecto del suelo donde se han operado las excavaciones permiten asistir, por decirlo así, al combate del hombre contra el glaciar. Así se han descubierto, á la mitad del siglo XIX, en las llanuras del Suffolk y del Bedfordshire, vestigios indudables del trabajo del hombre, flechas de sílex y otros instrumentos, pertenecientes á las capas de terreno depositadas inmediatamente después de la retirada de los hielos, cuando los ríos actuales no habían tenido tiempo aún para ahondar su cauce en el suelo donde se encontraron esos restos de la industria humana [1]. En Suiza es principalmente donde los Alpes seguían armónicamente las oscilaciones de los hielos polares y se comprueban mejor los esfuerzos del hombre para conquistar el suelo sobre los hielos en regresión.



PUNTAS RASPADORAS
Valle del Vezere
1/3 tamaño. (*Col. Vibraye*).



HACHA DE SÍLEX
hallada en la gruta del Moustier, valle del Vezere.
1/3 tamaño. (*C. Vibraye*)

Según Rütimeyer (1875), el testimonio más antiguo de la estancia del interglaciar en los Alpes proviene de las orillas del lago de Wetzikon, donde descubrió y estudió lo que creyó ser un resto de cestería, es decir, tres palillos cortados en punta en su extremidad inferior y entretejidos con mimbres partidos [2].

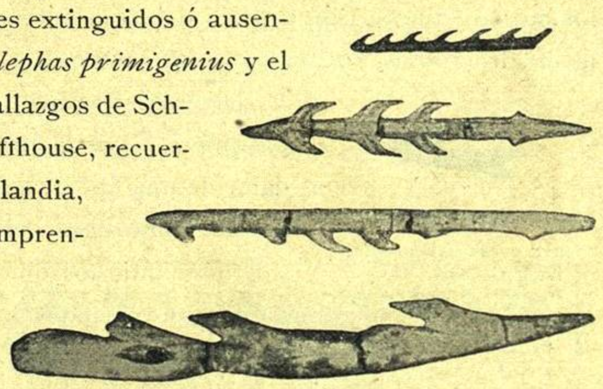


PUNTA Y RASPADOR DOBLE
Valle del Vezere
1/3 tamaño. (*Col. Vibraye*).

Se ha hecho notar después que los castores, muy numerosos en tiempos pasados en los lagos de Suiza, podían haber sido los obreros que labraron esos palillos y que los mimbres partidos podían haberse enredado por el esfuerzo de las olas que vienen á romperse á la orilla. Otros no han visto en esos «cestos» más que ramitos de pinos roídos por el tiempo [3].

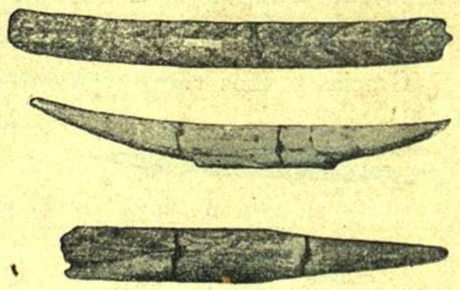
[1] Ch. Lyell, *Antiquity of Man*, cap. XII y XIII.
[2] Albert Heim, *Gletscherkunde*.
[3] Carl Schrœter, *Vierteljahrsschrift der naturforschenden Gesellschaft*, 1876.

Como quiera que sea, otros recuerdos evidentes del hombre antiguo se han hallado en el último período de los glaciares, en las edades en que vivían dos grandes animales extinguidos ó ausentes de la Suiza actual, el *Elephas primigenius* y el *Cervus tarandus*. Los hallazgos de Schweizersbild, cerca de Schafthouse, recuerdan esta antigua Groenlandia, siendo además fácil de comprender que las huellas de la estancia del hombre hayan desaparecido en las comarcas montañosas, donde muchas veces descendieron los glaciares de los grandes campos de nieves de los Alpes, arrastrando en su carrera las rocas desprendidas de las paredes, empujándolas ante sí hasta formar morainas enormes que cubrían el suelo en una extensión de miles de kilómetros cuadrados, ó labraban profundamente la tierra dejándola cubierta de restos.



TIPOS DE HARPONES DE ASTA DE RENO
Resguardo bajo la roca de Laugerie, (valle Vézere)
1/3 tamaño (*Col. Vibraye*).

Aunque los fósiles humanos se conservan difícilmente en las capas superficiales de los terrenos y sólo en condiciones muy favorables, especialmente en las grutas, bajo capas protectoras de concreciones calcáreas, los exploradores han encontrado algunas osamentas muy antiguas de aquellos artesanos que tallaban los sílex, las obsidianas, las astas y los marfiles en las edades interglaciales y las épocas más recientes. Por desgracia, gran número de esos restos han sido desenterrados por excavadores incompetentes, que no se han rodeado de las garantías suficientes para poner la autenticidad de su hallazgo al abrigo de toda sospecha, y no han sabido dar una descripción suficientemente precisa de su procedencia.



PUNTAS DE ASTA DE RENO TRABAJADA
Resguardo bajo la roca de Laugerie (bajo Vézere)
1/3 tamaño. (*Col. Vibraye*).

«Miles de sepulturas prehistóricas han sido destruídas.» (Manouvrier). Sus fragmentos han sido dispersados, y los documentos osteológicos de los museos son escasos, á pesar del gran número de exploraciones más ó menos fructuosas, realizadas en las cavernas.



ANZUELO DE ASTA DE RENO
cuya punta ha sido rota.
Laugerie (bajo Vézère)
$^1/_3$ tamaño. *(Col. Vibraye)*

Diversos fragmentos encontrados en las capas inferiores de la formación pampeana parecen datar de una época anterior á los tiempos glaciales de la Europa occidental, y, en todo caso, son más antiguos que los objetos de la misma naturaleza revelados hasta nuestros días por los investigadores en las comarcas de Europa. Sin embargo, parece incontestable que dos molares humanos, hallados en el yacimiento de Taubach, cerca de Weimar, pertenecen á la época templada del fin del plioceno, antes de las edades del mammut y del reno, en los tiempos del *Elephas antiquus* y del *Rhinoceros Merckii:* huellas de fuego, sílex y osamentas talladas, restos de comidas en las que la caza de entonces había suministrado los manjares, atestiguan la existencia del hombre terciario europeo.



PUNTAS DE FLECHA DE ASTA DE RENO
Resguardo bajo la roca de Laugerie (bajo Vézère)
$^1/_3$ tamaño. *(Col. Vibraye).*

Otros fragmentos humanos procedentes de Krapina, en Croacia, han permitido á los arqueólogos precisar sus afirmaciones sobre esas épocas lejanas: el hombre de la raza local poseía entonces una dentadura que se asemejaba mucho á la de los grandes antropoides [1].

Gracias á esos restos y á otros hallados anteriormente, los sabios especialistas han creído poder dividir los hombres de la época paleolítica en varias razas, de las cuales, la más antigua, llamada de Neanderthal-Spy, por los dos lugares de hallazgo de los fósiles humanos, se distingue por el considerable abultamiento de las bóvedas superciliares, verdadero resguardo del



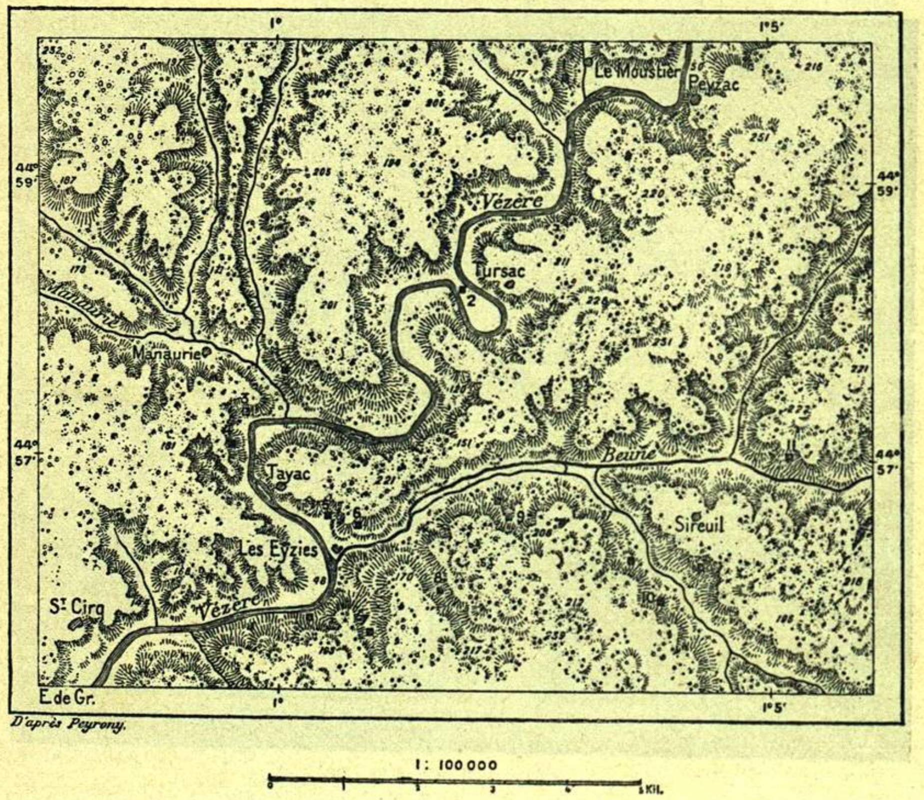
PUNTA DE ASTA DE RENO
Con incisión para el mango
Laugerie (bajo Vézère).
$^1/_3$ tamaño. *(Col. Vibraye).*

[1] Albert Heim, Gorjanovic'-Kramberger, Klaatsch, Moriz Hœrnes, etc.

ojo, y por el aplanamiento del cráneo, que indica mucha semejanza con los monos: según Schwalbe, habría de considerársele más bien como una formación intermedia entre el hombre y el pithecanthropo, que como un antepasado del hombre actual: en el árbol genealógico de las especies superiores, esta raza constituiría una rama especial.

Wilser propone también clasificar una nueva raza, la de Voisek, se-

N.º 5. Grutas del bajo Vézère



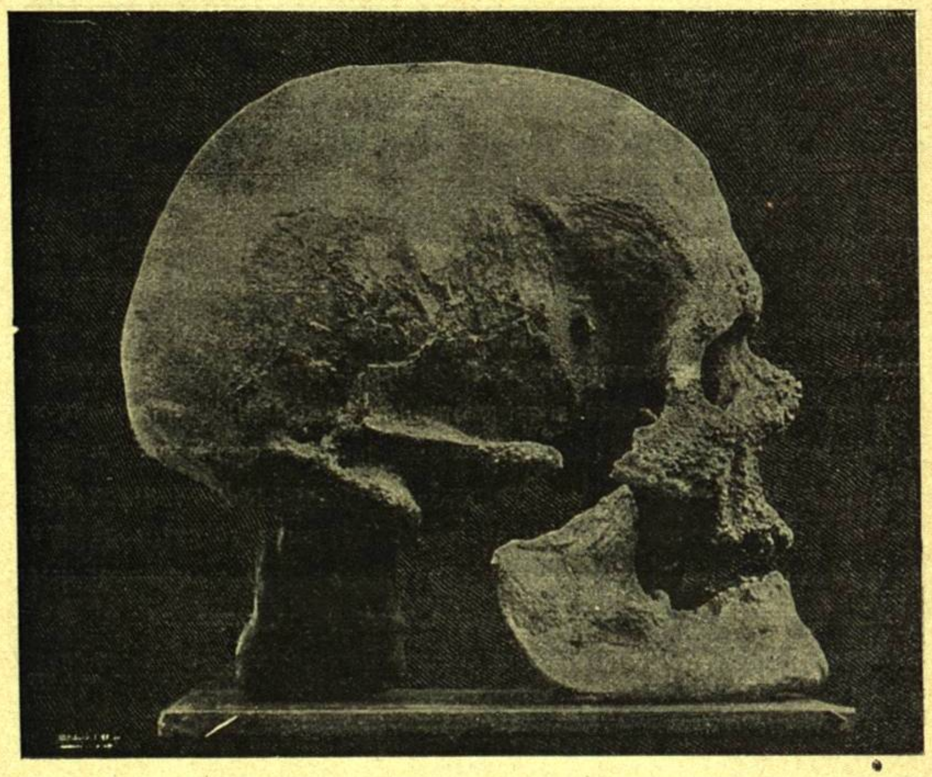
1	El Moustier.	7	La Mouthe.
2	La Magdalena.	8	Font de Gaume.
3	Laugerie alto.	9	Combarelles.
4	Laugerie bajo.	10	La Calévie.
5	Cro-Magnon.	11	Les Grèzes.
6	Les Eyzies.		

Las grutas no enumeradas son menos importantes

gún un esqueleto fósil de Livonia, encontrado en 1902, que excede todos los otros tipos humanos en dolicocefalia (0'67).

En cuanto al hombre de Cro-Magnon, que vivía en la época magdaleniana, en las cavernas de Perigord y del Limousin, era verdaderamente

un hombre de elevada estatura, frente alta, cráneo noblemente redondeado y notable por sus cualidades artísticas: hasta se puede sospechar si la raza de Cro-Magnon, aunque parece haber sido violenta y bárbara, pronta á dar y recibir la muerte, había llegado, bajo ciertos aspectos, á alcanzar un grado de cultura culminante: desde el punto de vista del arte, todas las generaciones siguientes, durante las edades neolíticas, representan un periodo de gran retroceso.



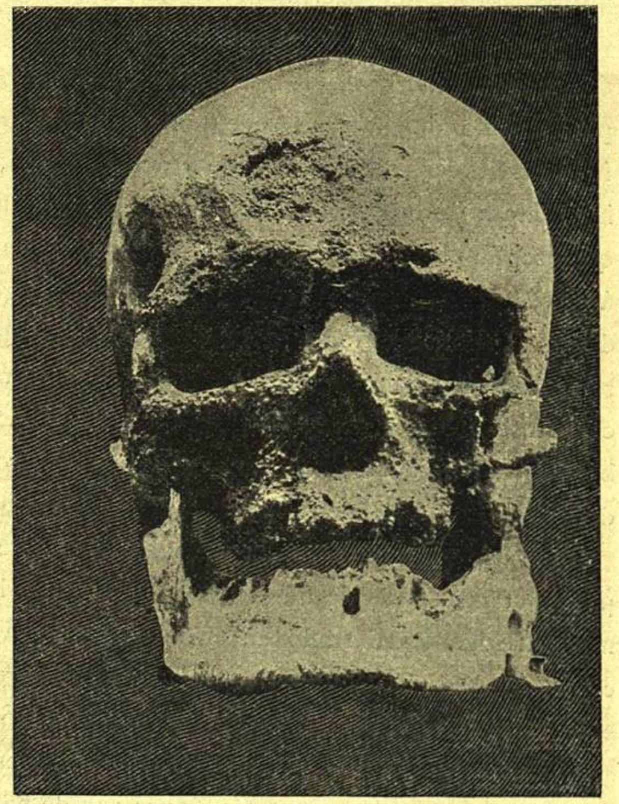
CRÁNEO DEL HOMBRE DE CRO-MAGNON (Perfil)
Epoca magdaleniana

(*Museo de Historia natural de París*, Antropología)

Los autores que se ocupan de las hipótesis relativas á estas razas prehistóricas, procuran adivinar las condiciones de procedencia y de medio en que se encontraban los diversos poblados cuyos campamentos han descubierto; pero la parte de las opiniones personales es harto grande en las teorías diversas para que puedan arriesgarse afirmaciones precisas en materia tan incierta. En todo caso, nada prueba que haya habido

progreso continuo en el hombre, desde el punto de vista de las dimensiones del cerebro y de la forma del cráneo. Hasta es muy probable que haya sucedido de muy diferente modo.

A pesar de la opinión común, la capacidad del cráneo no se habría aumentado desde los tiempos paleolíticos: la mayor parte de los cráneos fósiles son superiores en capacidad al término medio de los craneos actuales, debido á que los antepasados de los tiempos cuaternarios no podían vivir como muchos de nuestros contemporáneos: la lucha por la existencia era más áspera, más variada, pedía esfuerzos más constantes, más presencia de ánimo, ingenio é inventiva [1]. La historia de la humanidad supone una evolución continua con alternativas de ganancias y pérdidas en fuerzas, destreza, agudeza de los sentidos, vigor intelectual, y en esa fermentación de las sociedades, los progresos de conjunto pueden coincidir con un valor nuevo de los individuos.



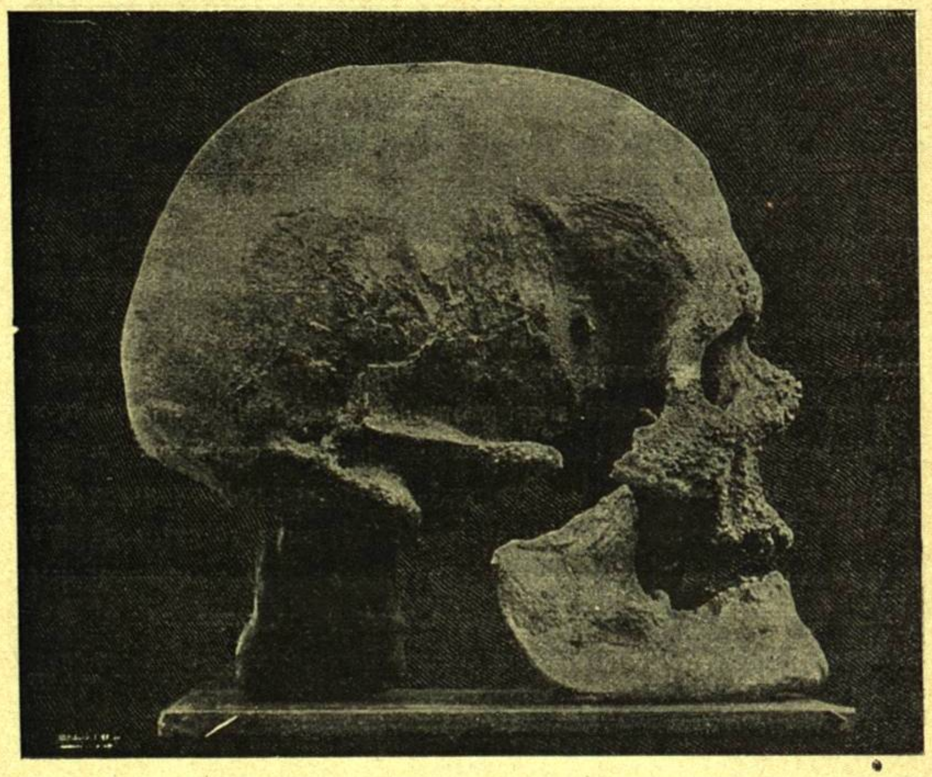
CRÁNEO DEL HOMBRE DE CRO-MAGNON (Frente)
Epoca magdaleniana

(*Museo de Historia natural de París*: Antropología)

El misionero Fisher, que vivió largo tiempo entre los pigmeos de Wa-twa (Africa Ecuatorial), comprobó que aventajan mucho á los negros de gran talla, en presteza y en agudeza intelectual [2].

[1] Vacher de Lapouge, *Les Selections sociales*, págs. 113 y 119.
[2] *Western Uganda*, Geogr. Journal, 1904.

un hombre de elevada estatura, frente alta, cráneo noblemente redondeado y notable por sus cualidades artísticas: hasta se puede sospechar si la raza de Cro-Magnon, aunque parece haber sido violenta y bárbara, pronta á dar y recibir la muerte, había llegado, bajo ciertos aspectos, á alcanzar un grado de cultura culminante: desde el punto de vista del arte, todas las generaciones siguientes, durante las edades neolíticas, representan un período de gran retroceso.



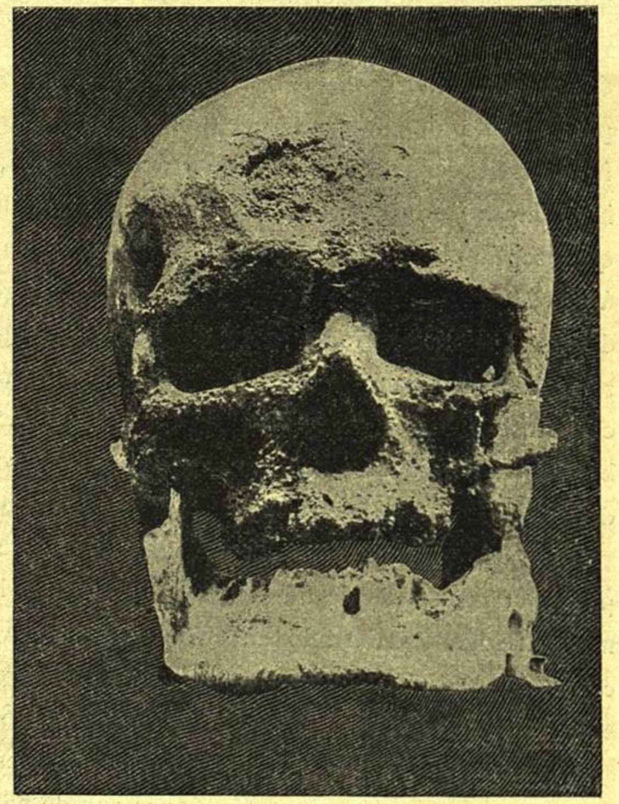
CRÁNEO DEL HOMBRE DE CRO-MAGNON (Perfil)
Epoca magdaleniana

(Museo de Historia natural de París, Antropología)

Los autores que se ocupan de las hipótesis relativas á estas razas prehistóricas, procuran adivinar las condiciones de procedencia y de medio en que se encontraban los diversos poblados cuyos campamentos han descubierto; pero la parte de las opiniones personales es harto grande en las teorías diversas para que puedan arriesgarse afirmaciones precisas en materia tan incierta. En todo caso, nada prueba que haya habido

progreso continuo en el hombre, desde el punto de vista de las dimensiones del cerebro y de la forma del cráneo. Hasta es muy probable que haya sucedido de muy diferente modo.

A pesar de la opinión común, la capacidad del cráneo no se habría aumentado desde los tiempos paleolíticos: la mayor parte de los cráneos fósiles son superiores en capacidad al término medio de los craneos actuales, debido á que los antepasados de los tiempos cuaternarios no podían vivir como muchos de nuestros contemporáneos: la lucha por la existencia era más áspera, más variada, pedía esfuerzos más constantes, más presencia de ánimo, ingenio é inventiva[1]. La historia de la humanidad supone una evolución continua con alternativas de ganancias y pérdidas en fuerzas, destreza, agudeza de los sentidos, vigor intelectual, y en esa fermentación de las sociedades, los progresos de conjunto pueden coincidir con un valor nuevo de los individuos.



CRÁNEO DEL HOMBRE DE CRO-MAGNON (Frente)
Epoca magdaleniana

(Museo de Historia natural de París: Antropología)

El misionero Fisher, que vivió largo tiempo entre los pigmeos de Wa-twa (Africa Ecuatorial), comprobó que aventajan mucho á los negros de gran talla, en presteza y en agudeza intelectual[2].

[1] Vacher de Lapouge, *Les Selections sociales*, págs. 113 y 119.
[2] *Western Uganda*, Geogr. Journal, 1904.

Se han arriesgado algunas medidas del tiempo que permiten obtener unos primeros puntos de apoyo para la historia del Hombre bajo nuestros templados climas del hemisferio septentrional.

Los cálculos aproximativos hechos sobre el depósito de los aluviones en el lago de los Cuatro Cantones y en el de Thoune han dado dieciséis mil años al geólogo Heim, y quince mil á Brückner y á Bek, como el período probable transcurrido desde la última retirada de los hielos helvéticos[1].

En los Estados Unidos, los restos de un depósito glacial, terminado por una moraina frontal, se extendían como una muralla, desde Long-Island hasta las riberas del Ohio y del Michigan, después al Oeste, hasta la frontera de la Puissance, al pié de las montañas Rocosas, y resulta que, según el trabajo de erosión que las lluvias y los ríos han realizado á través de esos montones de restos, los geólogos han evaluado de muy diverso modo el período en que los hielos del «gran invierno» comenzaron á retirarse hacia el norte, abandonando la moraina depositada oblicuamente á través de la América. Las evaluaciones más recientes hablan de cerca de diez mil años antes que nosotros, y Winchell, precisando el número, le fija en setenta y ocho siglos[2].

Los aluviones de los ríos,—medida por lo demás muy incierta,—han podido también servir de medida á la vida de la humanidad. De este modo, se han encontrado en el delta del Nilo cacharros cubiertos por capas de depósito anuales, unos contados, otros solamente evaluados, según los cuales esos restos del trabajo humano se remontarían á 15000 años[3]. Observaciones análogas se han hecho en las capas aluviales del Mississipi; pero tales comprobaciones son de naturaleza demasiado vaga para que se pueda, antes de nueva discusión, concederles grande importancia.

Como quiera que sea, los períodos de tiempo que nos indican los observadores de la morfología terrestre como transcurridos durante las edades de la geología moderna—retirada de las llanuras y formación de los ríos actuales — son muy poca cosa en comparación de las decenas y centenas de miles de años con que puede decirse que juegan los arqueólogos de la prehistoria, cuando nos hablan de la duración probable de los tiempos empleados por nuestros abuelos para elevarse gradualmente desde el estado de civilización eolítica al conocimiento de las letras, sin contar que proceden en sus cálculos como si la Naturaleza se hubiera contentado con un primer ensayo de humanidad, para proseguirle sin tregua y sin retoque á través de la sucesión indefinida de los pithecanthropos y de los hombres. Pero ¿quién nos dice que la energía terrestre no ha debido rehacerse varias veces para triunfar y llevar á estado viable esta especie humana que, de progreso en progreso, ha acabado por tener conciencia de sí misma y de todo lo que le rodea, hasta el punto de poder considerarse como el «alma de la Tierra?»

[1] Albert Heim, *Ueber das absolute Alter der Eiszeit*, Vierteljahrsschrift der Gesellschaft in Zürich, XXXIX, 1894.

[2] N.-H. Winchell, *American Geologist*, vol. X, 1892, pág. 80; Mac Gee, *American Anthropologist*, vol. V, octubre 1892, pág. 337.

[3] Mac Gee *Earth, the Home of Man*, pág. 15, Anthropological Society of Washington

Un hecho es cierto, que atestigua la larguísima duración de la existencia humana sobre el planeta: la especie se nos presenta como habiéndose propagado de un extremo al otro del Mundo desde tiempos inmemoriales.

En los principios de la historia escrita, principios que varían desde algunos siglos á diez millares de años para los diversos países, según la sucesión de los descubrimientos hechos por los civilizados, arios, semitas ó turanios, los continentes estaban poblados en casi toda su extensión, lo mismo que las grandes islas situadas en la proximidad de las costas: los únicos espacios completamente desiertos eran, como en la actualidad, las ásperas regiones de las montañas, las superficies nevadas ó heladas, las turberas temblorosas, las arenas y las rocas desprovistas de toda vegetación.

En Asia apenas hay comarca donde los nómadas, árabes, baloutches ó mongoles no se hayan aventurado y hasta habitado temporalmente después de las lluvias tempestuosas que producen la súbita germinación de las hierbas.

Sin embargo, quedan algunos desiertos de Arabia, especialmente al norte de Hadramaut, donde nadie osa aventurarse, vista la soltura de las arenas en las cuales puede enterrarse el hombre en pocos instantes.

En Africa quedaron inaccesibles vastas extensiones del Sahara durante todo el período conocido de la historia: tales al oeste del Egipto y de sus últimos oasis, Farafreh, Kargeh, Dakhel, las formidables hileras

de dunas que se desarrollan sobre una anchura de mil kilómetros en la dirección de Tibesti.

Las dunas de Iguidi en el Sahara occidental, son también cuidadosamente evitadas por las caravanas, y el Djouf, ó «Vientre del desierto», al noroeste de Timbuctu, es una depresión, tal vez salina, que defienden así mismo los peligros del hambre y el terror de lo desconocido contra todas las violaciones de las arenas por los pasos humanos.



ESTATUA COLOSAL PREHISTÓRICA
DE LA ISLA DE LA PASCUA (OCCEANÍA)

(Vista de la cara posterior) *(British Museum, Londres).*

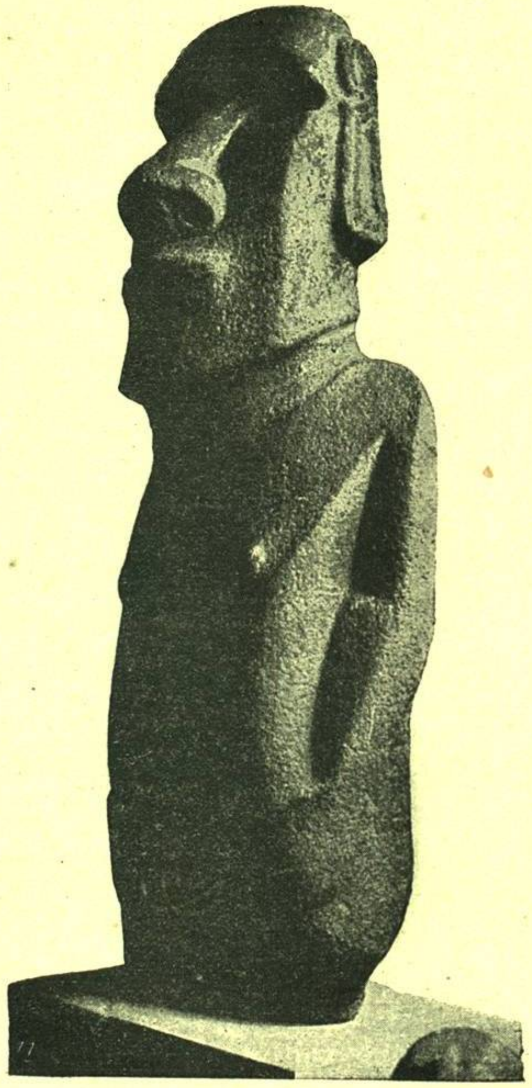
Pero, fuera de esas regiones verdaderamente inhabitables, los hombres se habían esparcido por todas partes, seguidamente, sobre todos los continentes del Antiguo y del Nuevo Mundo, hasta los promontorios extremos, hasta los «fines de las Tierras», y más allá del Océano, en la mayor parte de las islas y de los archipiélagos.

La vía láctea de la Polinesia había recibido habitantes seguidamente hasta los grupos de las islas Bajas, invisibles de lejos sobre el vasto mar, hasta la solitaria isla de la Pascua, donde se han encontrado huellas de una civilización prehistórica casi grandiosa.

La población completa de los espacios continentales atestigua la larga duración de las edades durante las cuales las diversas razas del género humano se propaga-

ron á través del mundo. Es difícil imaginarse cuán penosa había de ser la colonización antes de trazarse los caminos en los bosques y los pantanos, antes que se poseyesen barcos y balsas para los brazos de mar.

Y, sin embargo, la expansión de los hombres se hizo de un confín al otro del Mundo, sea lentamente, por el crecimiento de las familias, sea, en muchas ocasiones, por éxodos rápidos á grandes distancias del lugar de origen. Admira ver, en las dos masas continentales, como las agrupaciones del mismo tronco y de lenguas hermanas se encuentran separadas unas de otras, á miles de kilómetros de distancia y sin ninguna relación mutua que atestigüe el antiguo parentesco.



ESTATUA COLOSAL PREHISTÓRICA
DE LA ISLA DE PASCUAS (OCEANÍA) (Perfil)

(British Museum, Londres).

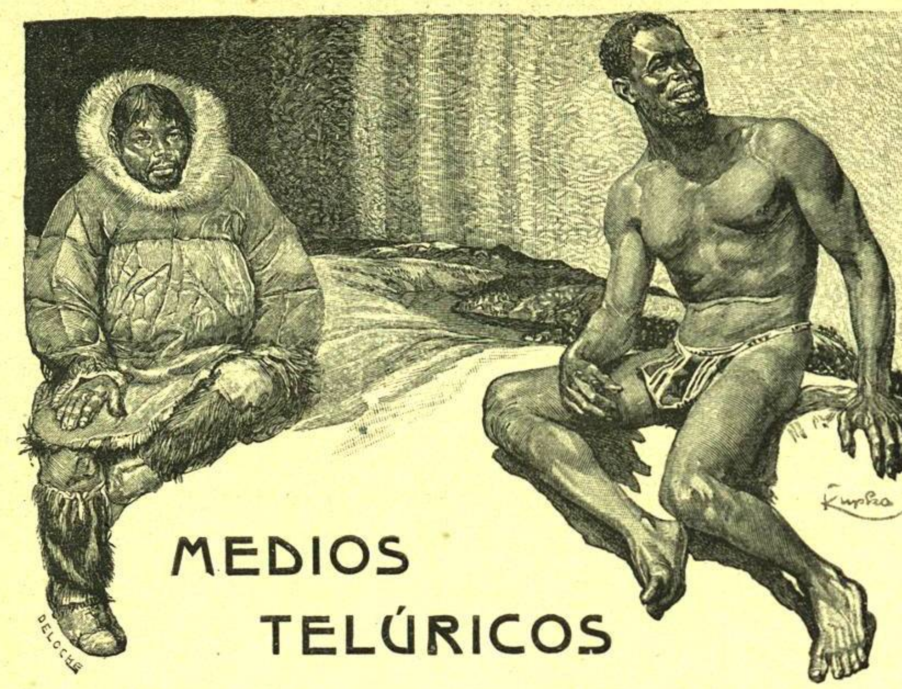
Pero existen también numerosos grupos étnicos cuya residencia en una misma región se ha perpetuado durante un número indefinido de siglos y que pueden considerarse prácticamente como verdaderos aborígenes: tales son las tribus americanas, que el naturalista Agassiz imaginaba habían sido objeto de una «creación distinta» de la del Mundo Antiguo.

Estos grupos de indígenas, de gentes «nacidas de la tierra», habitan

comarcas cuyo medio está caracterizado de una manera completamente especial por el clima ó por el suelo: en ese ambiente particular, los residentes han de adoptar un género de vida muy distinto del de los vecinos más inmediatos.

Conviene, pues, estudiarlos aparte, para hacer constar bien los efectos poderosos y duraderos de un medio que no se modifica sino con gran lentitud y, por consiguiente, obrando lo mismo sobre los grupos calificados de razas como sobre el individuo. El conjunto del grupo étnico sometido á esas influencias constituye, por decirlo así, un ser humano de proporciones enormes y que vive durante períodos prodigiosamente prolongados.





Cada período de la vida de los pueblos corresponde al cambio de los medios.

CAPÍTULO II

Clasificación de los hechos sociales. — Frialdad y calor. Sequía y humedad. — Montañas y estepas. — Bosques. Islas, pantanos, lagos. — Ríos. — Mar. — Contraste de los medios. El Hombre mismo es un medio para el Hombre.

La desigualdad de los rasgos planetarios ha producido la diversidad de la historia humana» y cada uno de esos rasgos ha determinado su acontecimiento correspondiendo al medio de la infinita variedad de las cosas [1]. Más brevemente nos dice de Greef que «la vida es la correspondencia con el medio.» Por último Ihering se expresa así: «El suelo es todo el pueblo».

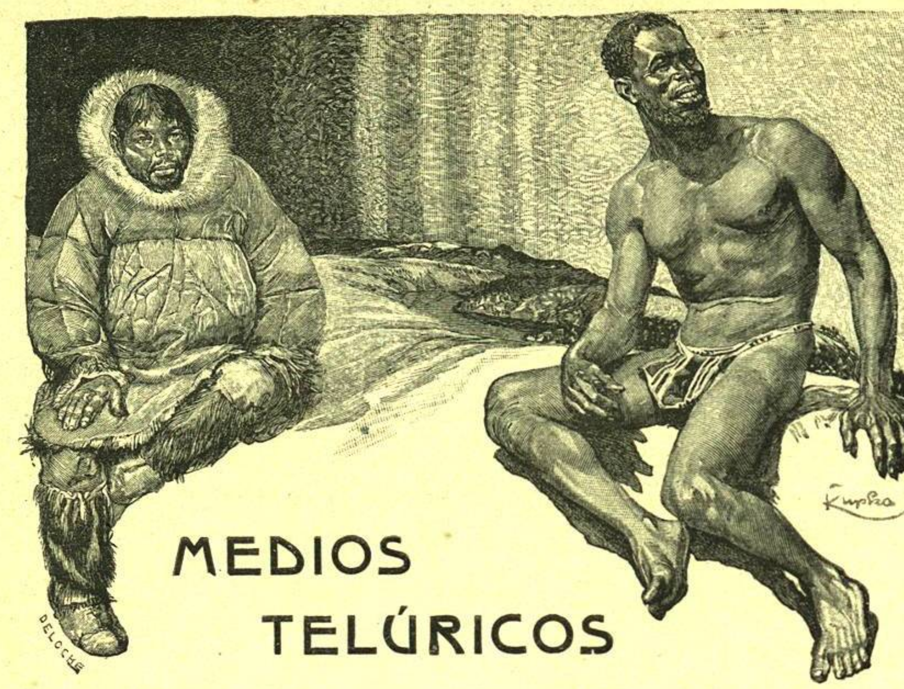
Tal es el principio fundamental de la mesología ó «ciencia de los medios», que, hace más de dos mil años formulaba ya Hipócrates ante sus

[1] H. Drummond, *Ascent of Man.*

comarcas cuyo medio está caracterizado de una manera completamente especial por el clima ó por el suelo: en ese ambiente particular, los residentes han de adoptar un género de vida muy distinto del de los vecinos más inmediatos.

Conviene, pues, estudiarlos aparte, para hacer constar bien los efectos poderosos y duraderos de un medio que no se modifica sino con gran lentitud y, por consiguiente, obrando lo mismo sobre los grupos calificados de razas como sobre el individuo. El conjunto del grupo étnico sometido á esas influencias constituye, por decirlo así, un ser humano de proporciones enormes y que vive durante períodos prodigiosamente prolongados.





Cada período de la vida de los pueblos corresponde al cambio de los medios.

CAPÍTULO II

CLASIFICACIÓN DE LOS HECHOS SOCIALES. — FRIALDAD Y CALOR. SEQUÍA Y HUMEDAD. — MONTAÑAS Y ESTEPAS. — BOSQUES. ISLAS, PANTANOS, LAGOS. — RÍOS. — MAR. — CONTRASTE DE LOS MEDIOS. EL HOMBRE MISMO ES UN MEDIO PARA EL HOMBRE.

LA desigualdad de los rasgos planetarios ha producido la diversidad de la historia humana» y cada uno de esos rasgos ha determinado su acontecimiento correspondiendo al medio de la infinita variedad de las cosas [1]. Más brevemente nos dice de Greef que «la vida es la correspondencia con el medio.» Por último Ihering se expresa así: «El suelo es todo el pueblo».

Tal es el principio fundamental de la mesología ó «ciencia de los medios», que, hace más de dos mil años formulaba ya Hipócrates ante sus

[1] H. Drummond, *Ascent of Man*.

discípulos de Atenas. Las verdades generales que enunció fueron repetidas y amplificadas después por diversos escritores tales como Montaigne, Bodin, Montesquieu, pero con tan escasa precisión en los hechos que sus advertencias quedaron sin aplicación seria en el dominio de la geografía y de la historia. En el siglo XIX comenzaron las observaciones metódicas cuyo conjunto ha tomado el nombre de «ciencia» aun antes de merecerlo: al menos, los medios por los cuales se trata de determinar los orígenes históricos de los pueblos de Judea, de Grecia y de Italia han sido descritos en admirables monografías.

No basta reconocer de una manera general la influencia de la Naturaleza sobre el Hombre, se necesita también hacer que conste la parte que corresponde especialmente en esta influencia á cada una de las condiciones particulares del medio. Reconociéndolo así, durante la época moderna ha habido sabios que se han entregado al más ingenioso análisis y á la más laboriosa investigación de los hechos para clasificar cada uno según la acción determinante más ó menos considerable que ejerce sobre los hombres.

La escuela de Le Play se ha distinguido sobre todo en este esfuerzo de clasificación de los agentes que regulan la actividad del hombre, y M. de Tourville, desarrollando la obra de su maestro[1], ha formulado la clasificación de todos esos agentes, lista que su escuela considera como un «instrumento de trabajo que ha dado á la ciencia social un impulso comparable al que la química debe á su nomenclatura», como un «instrumento preciso y completo que permite analizar exacta y rápidamente las sociedades más complicadas». Es decir demasiado: ese instrumento, de la mayor utilidad en las manos del que le emplea en vista de informes sobre grupos sociales ya conocidos, puede ser muy peligroso manejado por los investigadores que no subordinan su uso al conocimiento detallado de la geografía y de la historia locales; porque la importancia de los hechos no se presenta siguiendo un orden regular, siempre el mismo: varía en todo tiempo y en todo lugar, para todo pueblo y todo individuo. Aquí la frialdad, las tempestades, las olas son los grandes impulsores de los hombres; allá es el sol espléndido, la brisa suave.

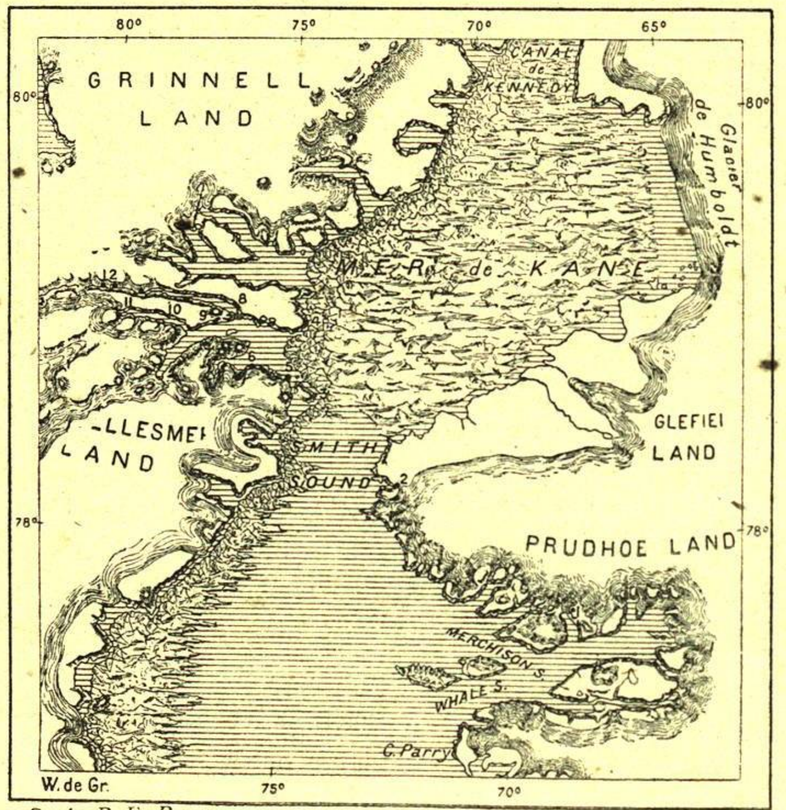
La clasificación de los hechos sociales debida á M. de Tourville está

[1] *Science Sociale*, tomo II, págs. 502 y siguientes; — Edmond Demolins, *Les Français d'aujourd'hui*, págs. 431 y siguientes.

dividida en veinticinco títulos, y admira notarse á primera vista que ese cuadro no establece diferencia entre las condiciones á las que todos los

N.º 6. Habitaciones de Esquimales

(Véanse págs. 42 y siguientes)



Según R. E. Peary. *Plano cónico.*

1 : 4000000

0 20 50 100 150 200 Kil

1 Anniversary Lodge. Invernada de Peary en 1896.
2 Etah ó Ita. Campamento semipermanente. Invernadas de Peary en 1897 y 1898.
3 Cabo Sabine. Invernada desastrosa de la expedición Greely en 1890.
4 Cabo Albert. Campamento abandonado.
5-12 Campamentos abandonados encontrados por M. Sverdrup, en su expedición de 1898 y años siguientes.

hombres están sometidos indistintamente, cualquiera que sea su estado de cultura, y las que se aplican solamente al hombre moderno.

Hay, sin embargo, una distinción bien marcada que señalar entre los hechos de naturaleza, que no pueden evitarse, y los que pertenecen á un mundo artificial, que se pueden rechazar ó ignorar completa-

mente. El suelo, el clima, el género de trabajo y de alimento, las relaciones de sangre y de alianza, el modo de agrupación, he ahí hechos primordiales que tienen su parte de influencia en la historia de cada hombre, lo mismo que de cada animal, en tanto que el salario, el patronato, el comercio, la circunscripción de Estado son hechos secundarios á los cuales no fueron sometidas las sociedades en los tiempos primitivos. Verdad es que muchas veces, la parte artificial de la existencia supera en los individuos las condiciones naturales de la vida; sin embargo, una clasificación que tiene un carácter general ha de colocar ciertamente en primer término el medio de origen que ejerció la acción determinante sobre las poblaciones primitivas. Ante todo ha de estudiarse el medio estático, después hay que informarse del medio dinámico.

Como elemento primordial, conviene evidentemente colocar á la cabeza los fenómenos de la temperatura, con sus considerables desniveles, á veces igualmente mortales del frío extremo y del extremo calor, y su acción directa: la sequedad del suelo ó la producción de humedad. Los mapas estáticos demuestran con perfecta claridad que el clima reparte los hombres sobre la superficie del Globo, agrupándolos en masas densas en las regiones templadas, siempre que estén suficientemente regadas, y en las de la zona tropical, rarificando, por el contrario, los habitantes en las tierras heladas, y hasta haciendo el vacío absoluto en espacios demasiado fríos para que el hombre pueda mantener en ellos su calor vital.

En general, la densidad kilométrica de los hombres, es decir, el mayor número de habitantes por kilómetro cuadrado, reproduce por sus contrastes los constrastes mismos del clima: del lado de los polos, la línea isotérmica de cero coincide casi exactamente con el límite de habitabilidad que la naturaleza ha trazado al género humano. Casi todas las islas desiertas del Norte se encuentran en los parajes polares ó subpolares, bajo el áspero clima de las nieblas y de las escarchas, de las nieves y de los hielos: por instinto, las poblaciones emigrantes, rechazadas por las revoluciones terrestres ó por otros hombres, han retrocedido ante esas terribles regiones, ó han perecido sin haber tenido tiempo de acomodarse á ese demasiado áspero medio, donde, no obstante algunos sitios excepcionales, revestidos de una capa de estiércol depositada por millones de

palmípedas, tienen una flora rápidamente desarrollada de gramíneas que alcanzan hasta 5 metros de altura;[1] familias de esquimales viven al Norte hasta el campamento de Etah (Ita), á 1,300 kilómetros del polo, y el viajero Peary se ha hecho acompañar por ellas mucho más al Norte en sus expediciones; al S, los representantes del género humano son detenidos por el mar á una distancia mucho menor del Ecuador, en la Tierra del Fuego, á 3,800 kilómetros del polo antártico.



ESQUIMAL EN SU KAIAK

(Museo de Etnografía).

¿No es evidente, respecto de ambos lados del Globo, que si las islas polares son evitadas por el hombre, á causa de los fríos se puede hacer constar en este caso la influencia decisiva del medio? Antes que el Hombre, emancipado relativamente por la ciencia, hubiese asociado sus esfuerzos para librarse algo de la dominación del clima, ninguno de sus representantes hubiese sabido penetrar más allá de los pequeños territorios de los esquimales en esas regiones terribles del frío polar, cuya entrada estaba mejor defendida que la del antiguo paraíso caldeo. La teoría según la cual el Hombre, disponiendo de una fuerza innata, sería

[1] Hermann G. Simmons, *Etudes botaniques de l'expedition Sverdrup*, La Géographie, 15 febrero 1904.

completamente independiente en su medio, está en absoluto desacuerdo con los hechos observados, y nadie tiene ya el derecho de repetir las palabras de Gobineau: «Bastaría que el grupo blanco más puro, más inteligente y más fuerte, residiese, por un concurso de circunstancias invencibles, en el fondo de los hielos polares ó bajo los rayos del ecuador para que todas las ideas, todas las tendencias, todos los esfuerzos convergiesen á él»[1]. La experiencia ha desmentido tan atrevidas aserciones y se han visto recientemente, en las regiones polares, expediciones compuestas de viajeros pertenecientes á la raza que Gobineau exalta sobre todas, entregarse á la antropofagia y hasta apresurar la muerte de los famélicos. Las relaciones oficiales han disimulado ligeramente esos incidentes lúgubres.

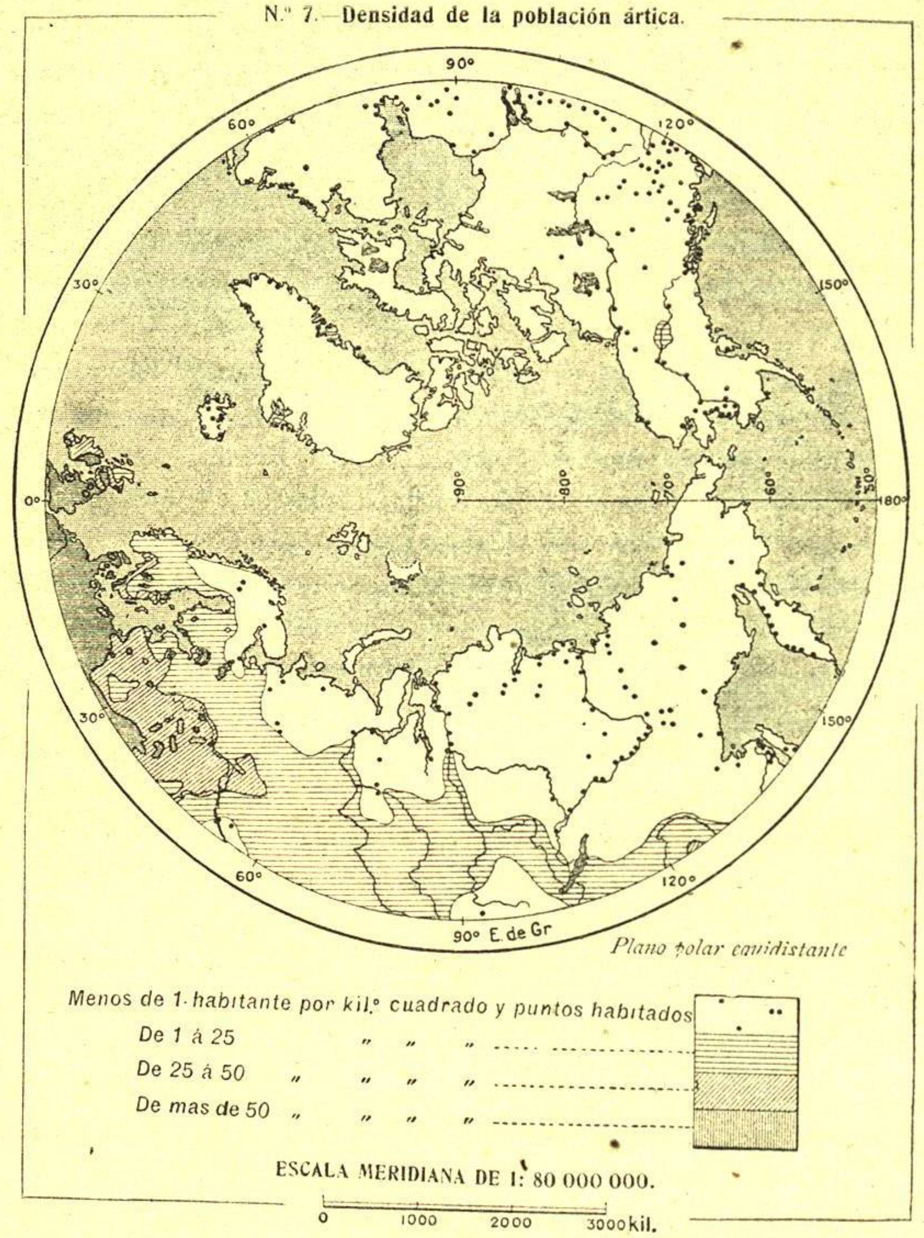
Los Esquimales ó Innuits, es decir, los «Hombres» de la América del Norte, lo mismo que los Lapones de Europa, los Samoyedos y los Tchuktchis de Asia, llevan en toda su persona y su género de vida el testimonio evidente de la acción dominante del frío. En primer lugar son pocos, lo que proviene de la pobreza de recursos que les ofrece la tierra ártica, cubierta de hielos en la mayor parte de su extensión. En un espacio de unos 7,000 kilómetros de Este á Oeste, desde la costa oriental de la Groenlandia hasta el territorio de los Tchuktchis, en la Siberia,—región de unos veinte millones de kilómetros cuadrados, igual á cuarenta veces Francia,—hay menos de cincuenta mil esquimales de raza pura ó cruzada, y, entre ellos los indígenas que, habiendo quedado completamente separados del mundo europeo, han conservado su pureza de sangre, no exceden seguramente de quince mil: el país de los Esquimales es, proporcionalmente, cuatro ó cinco mil veces menos poblado que el resto de la Tierra.

Tan clara y poco densa es la población de esos hiperbóreos, que en muchos puntos los grupos se han perdido de vista, ignorando los unos la existencia de los otros. Tal sucedía con la banda más septentrional de los Groenlandeses, compuesta de una veintena de individuos errantes en las heladas soledades del Norte, entre el estrecho de Smyth y el mar Paleocristico. Cuando los encontró Ross, en 1818, en la playa de Etah, al norte de la bahía de Melville, aquellas gentes quedaron estupefactas de ver otros hombres, y los creyeron descendidos de la luna ó ascendidos de los abismos: se habían imaginado constituir por sí solos la humanidad entera.

[1] *Inégalité des Races.*

Pero esas extensiones tristes, donde los Esquimales acampan en medio de los hielos, les suministran muy escasamente los recursos necesarios á la existencia. No es, pues, probable que esas tribus hayan tenido

N.° 7.—Densidad de la población ártica.



por lugar de nacimiento las comarcas de gran frialdad que actualmente habitan, á menos que el clima local se haya enfriado poco á poco, obligando á los aborígenes á modificarse incesantemente, á cambiar su género

de vida para acomodarse á la naturaleza ambiente. Se presume que los habitantes del Gran Norte han sido rechazados gradualmente de las regiones más templadas hacia las costas del Océano Polar, y muchos arqueólogos ven en ellos Magdalenianos que siguieron la retirada de los hielos en la dirección del Norte. En sus viajes, los Esquimales fueron evidentemente guiados por las facilidades de la caza y de la pesca: acompañaron á los bueyes almizclados, las ballenas, las morsas y las focas. Allí donde faltaban esos animales, allí falta también todo vestigio de habitaciones innuits, especialmente en el archipiélago polar del Noroeste [1].

Cuando la historia menciona por primera vez los esquimales, varias de sus agrupaciones ocupaban aún comarcas de un clima menos áspero. Hace nueve siglos, cuando los normandos desembarcaron muy al sud del país de los innuits actuales, sobre las costas del Helluland y del Vinland, los hombres con quienes tuvieron que combatir no eran Algonquines, cazadores de piel roja, sino Skrœllingers, es decir, Karalits, puros Esquimales, emparentados con los del archipiélago polar.

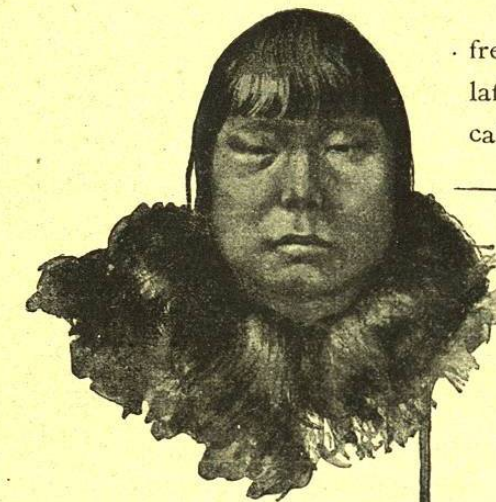
En nuestros días está casi en todas partes bien marcado el límite entre las dos razas y corresponde con los rasgos de la naturaleza: «Donde están los árboles están los indios; donde comienza el musgo comienza el esquimal» dice el proverbio. En la América oriental las guerras de exterminio han dado á esta frontera natural la consagración de la sangre vertida. «La tierra es demasiado pequeña para contener las dos razas», decía un Innuit al viajero Boas [2]. ¿No es ese el lenguaje que se repite entre enemigos de raza y de clase en todo el mundo?

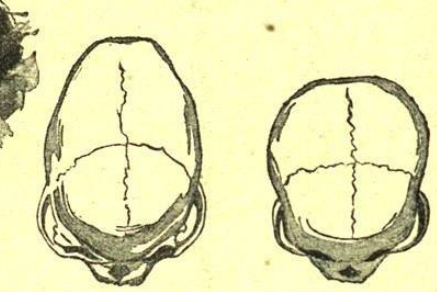
La acción del medio se muestra con evidencia en la apariencia física de los Innuits puros, porque es más difícil de hacer constar en los Groenlandeses del sur, que son casi todos mestizos de Dinamarqués y están sometidos á instituciones religiosas y políticas de origen extranjero. Los verdaderos Innuits tienen la cabeza alargada [3], pero sin fuertes relieves; sus orejas están pegadas á la cabeza, bajo una cabellera áspera y grasa; su nariz es ancha y poco abultada, excediendo apenas de la redondez de las mejillas; sus ojillos se ocultan bajo párpados espesos y ligeramente tirantes; los pies y las manos, de forma redondeada, no permiten dibujarse

[1] Gunnar Isachsen, *Petermann's Mitteilungen*, VII, 1903.
[2] *Petermann's Ergänzungsheft*, n.º 80.
[3] Indice cefálico medio de los esquimales, según Ripley, Deniker, etc.: 76,8 en el vivo.

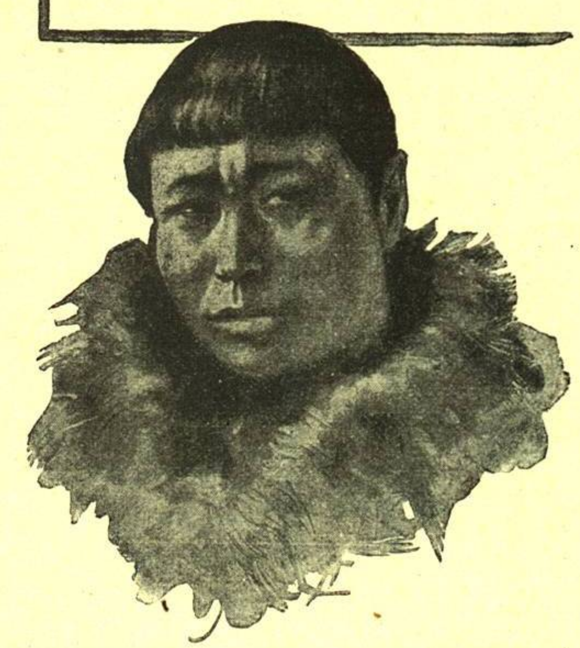
exteriormente los músculos. Ellos mismos, bajo sus espesos y peludos trajes de pieles, semejan bolas y parece que ruedan cuando andan.

Así como el hombre en contacto frecuente con el caballo, chalán, palafrenero ó jockey, toma un aspecto caballar, el Esquimal pescador de cetáceos, ofrece de una manera admirable la fisonomía de la foca, rostro aplastado con los escasos pelos del bigote erizados, expresión dulce, ligeramente azorada y un conjunto oleoso. Tiene también las costumbres de la foca, alternando largas perezas á una actividad forzada. Ampliamente vestido al exterior, el esquimal ha de atiborrarse al interior con masas de comida de que los europeos no pueden formarse idea. Se habla de 10, 12 y 14 kilogramos de grasa, aceite y carne embutidos y tragados, de una sentada, por un solo innuit ó «come-crudo»; tal es el significado de la palabra «esquimal» dada por los Algonqui-

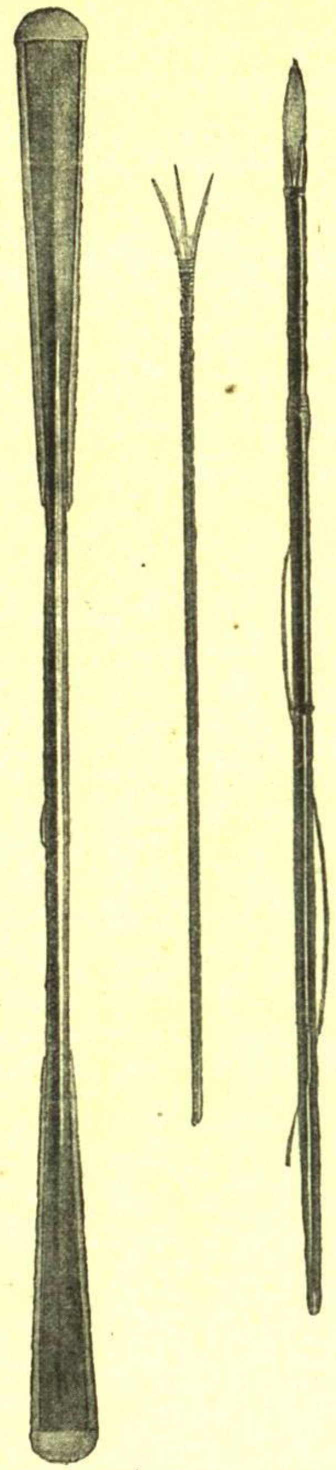




CRÁNEO DE INNUIT — CRÁNEO DE ALGONQUIN



TIPOS COMPARADOS DEL VERDADERO INNUIT Y DEL PIEL-ROJA ALGONQUIN DEL LABRADOR



ARMAS É INSTRUMENTOS
DE LOS ESQUIMALES
Pagaya y harpones.

nes á sus vecinos del Norte; pero esas prodigiosas francachelas se compensan frecuentemente por ayunos muy prolongados y menos peligrosos para la salud [1].

Entre los Innuits del Labrador, la gran prueba de los jóvenes, el examen final que les permitía entrar en la compañía de los hombres consistía en un ayuno de varios días: teniendo á su disposición una comida abundante y suculenta, preferían desfallecer; no la tocaban.

La forma de las habitaciones, lo mismo que el vestido y el alimento, es impuesta por las condiciones del medio. En ciertos sitios, especialmente en la Groenlandia meridional, los árboles de deriva que aporta la corriente permiten emplear la madera en la construcción de sus cabañas; en la Groenlandia oriental se utilizan las piedras; pero la exigencia del clima obliga á los constructores á fabricar su *iglou* en la profundidad del suelo: las paredes se forman con montones de barro cubierto de césped ó con capas de musgo, revestidas exteriormente con nieve. En algunas regiones del país esquimal septentrional se construye sólo con nieve la choza redonda, á la que se entra arrastrándose por un estrecho corredor, y allí, durante varios meses de invierno viven hasta diez familias, absolutamente en cueros, sin más fuego que el de la lámpara, en una atmósfera sofocante que llega gradualmente á ser horrible por la acumulación de las inmundicias. Parece imposible que el hombre viva en semejante medio, pero ¿á que no es capaz de habituarse el hombre?

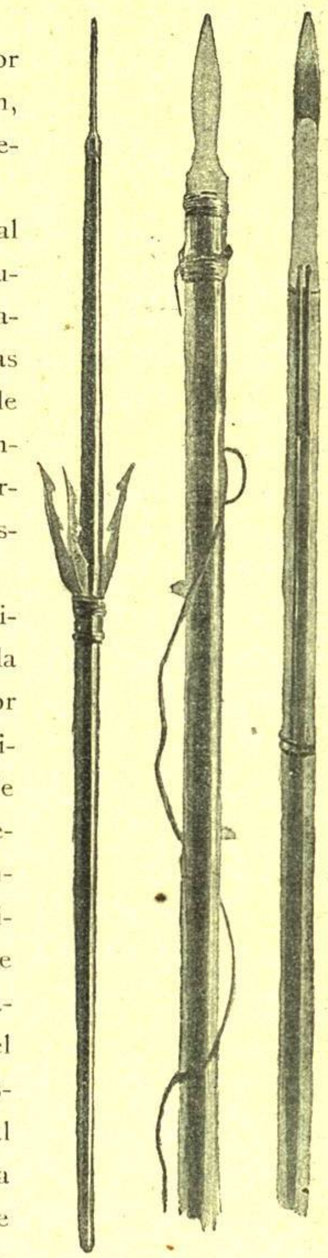
[1] Elie Reclus, *Les Primitifs*, pág. 31; *passim*.

Tratantes en pieles y misioneros, como Petitot, han vivido durante meses en esas horribles madrigueras [1].

Cuando esos prisioneros quedan libres por el sol de estío, derriban el *iglou*, lo destrozan, y pronto la fusión de la nieve hace desaparecer los innobles restos.

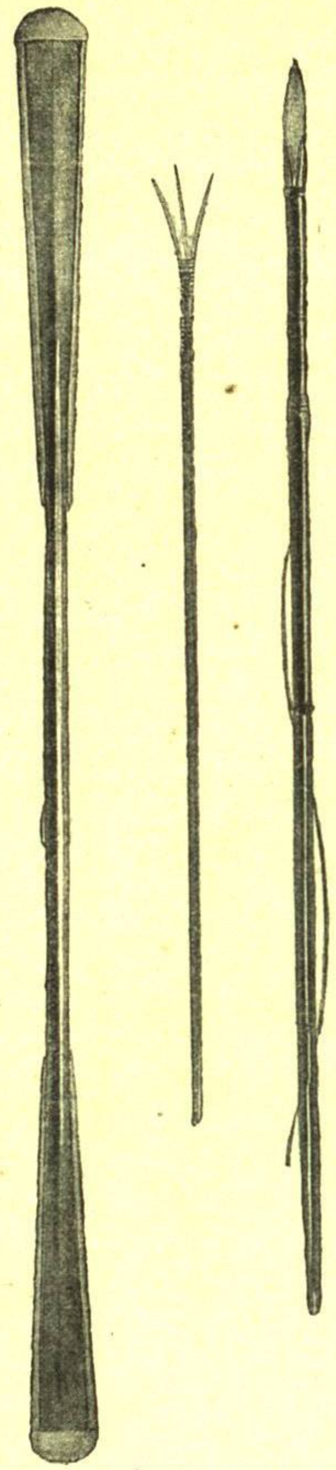
Naturalmente, el clima impedía antes al Innuit toda agricultura, penosamente introducida después en algunos jardines: los naturales no tienen más alimento vegetal que bayas y frambuesas, y, en tierra firme, la «tripa de roca», liquen de gusto amargo; como también, á manera de verduras, las materias verdes no digeridas que encuentran en los intestinos de los renos.

Casi todo el alimento de los Innuits es animal, obtenida por la cría de ganado ó por la caza y la pesca. Los Tchuktchis del interior tienen grandes rebaños de renos; los Esquimales del Labrador viven principalmente de la caza, y los de la Tierra de Baffin se ven frecuentemente obligados, durante semanas enteras, á perseguir la caza de las llanuras; caribus y bueyes almizclados, porque el «frazis» de las costas, ó hielo ribereño, se extiende demasiado á lo largo de las orillas, impidiendo el empleo de los barcos de pesca. Pero los Esquimales de la Groenlandia, que habitan al borde de mares profundos á los que limpia la corriente costanera, son casi exclusivamente pescadores de focas, y sabido es con qué destreza, qué maravilloso instinto saben desplegar para alcanzar su presa, sea en estío en las aguas libres, sea en invierno debajo del hielo agujereado por una especie de estrecha chimenea por el cálido aliento del animal.



ARMAS É INSTRUMENTOS
DE LOS ESQUIMALES
Harpones diversos.

[1] *Quinze ans sous le cercle polaire.*



ARMAS É INSTRUMENTOS
DE LOS ESQUIMALES
Pagaya y harpones.

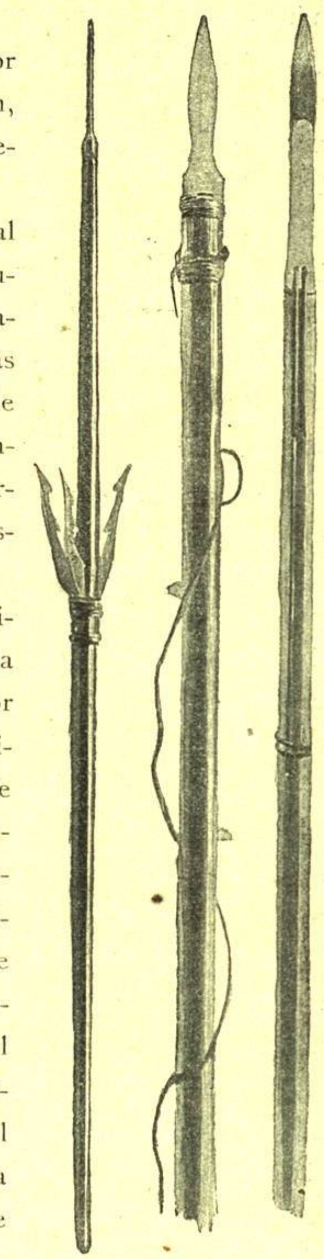
nes á sus vecinos del Norte; pero esas prodigiosas francachelas se compensan frecuentemente por ayunos muy prolongados y menos peligrosos para la salud [1].

Entre los Innuits del Labrador, la gran prueba de los jóvenes, el examen final que les permitía entrar en la compañía de los hombres consistía en un ayuno de varios días: teniendo á su disposición una comida abundante y suculenta, preferían desfallecer; no la tocaban.

La forma de las habitaciones, lo mismo que el vestido y el alimento, es impuesta por las condiciones del medio. En ciertos sitios, especialmente en la Groenlandia meridional, los árboles de deriva que aporta la corriente permiten emplear la madera en la construcción de sus cabañas; en la Groenlandia oriental se utilizan las piedras; pero la exigencia del clima obliga á los constructores á fabricar su *iglou* en la profundidad del suelo: las paredes se forman con montones de barro cubierto de césped ó con capas de musgo, revestidas exteriormente con nieve. En algunas regiones del país esquimal septentrional se construye sólo con nieve la choza redonda, á la que se entra arrastrándose por un estrecho corredor, y allí, durante varios meses de invierno viven hasta diez familias, absolutamente en cueros, sin más fuego que el de la lámpara, en una atmósfera sofocante que llega gradualmente á ser horrible por la acumulación de las inmundicias. Parece imposible que el hombre viva en semejante medio, pero ¿á que no es capaz de habituarse el hombre?

[1] Elie Reclus, *Les Primitifs*, pág. 31; *passim*.

Tratantes en pieles y misioneros, como Petitot, han vivido durante meses en esas horribles madrigueras [1].



ARMAS É INSTRUMENTOS
DE LOS ESQUIMALES
Harpones diversos.

Cuando esos prisioneros quedan libres por el sol de estío, derriban el *iglou*, lo destrozan, y pronto la fusión de la nieve hace desaparecer los innobles restos.

Naturalmente, el clima impedía antes al Innuit toda agricultura, penosamente introducida después en algunos jardines: los naturales no tienen más alimento vegetal que bayas y frambuesas, y, en tierra firme, la «tripa de roca», liquen de gusto amargo; como también, á manera de verduras, las materias verdes no digeridas que encuentran en los intestinos de los renos.

Casi todo el alimento de los Innuits es animal, obtenida por la cría de ganado ó por la caza y la pesca. Los Tchuktchis del interior tienen grandes rebaños de renos; los Esquimales del Labrador viven principalmente de la caza, y los de la Tierra de Baffin se ven frecuentemente obligados, durante semanas enteras, á perseguir la caza de las llanuras; caribus y bueyes almizclados, porque el «frazis» de las costas, ó hielo ribereño, se extiende demasiado á lo largo de las orillas, impidiendo el empleo de los barcos de pesca. Pero los Esquimales de la Groenlandia, que habitan al borde de mares profundos á los que limpia la corriente costanera, son casi exclusivamente pescadores de focas, y sabido es con qué destreza, qué maravilloso instinto saben desplegar para alcanzar su presa, sea en estío en las aguas libres, sea en invierno debajo del hielo agujereado por una especie de estrecha chimenea por el cálido aliento del animal.

[1] *Quinze ans sous le cercle polaire.*

Los instrumentos y las armas del Esquimal, destinados á herir el ser que huye bajo las aguas, son obras maestras de destreza. Los artistas esquimales rivalizan en celo para dibujar, tallar y, sobre todo, grabar y esculpir (Payne). Hasta se dice, que el ingenio de los Esquimales del Alaska se ha revelado por el descubrimiento de la hélice; en mecánica habrían ido más allá que los griegos como inventores. A las puntas de sus flechas, aplicaban la corta hélice uniformemente encorvada hacia la izquierda[1].

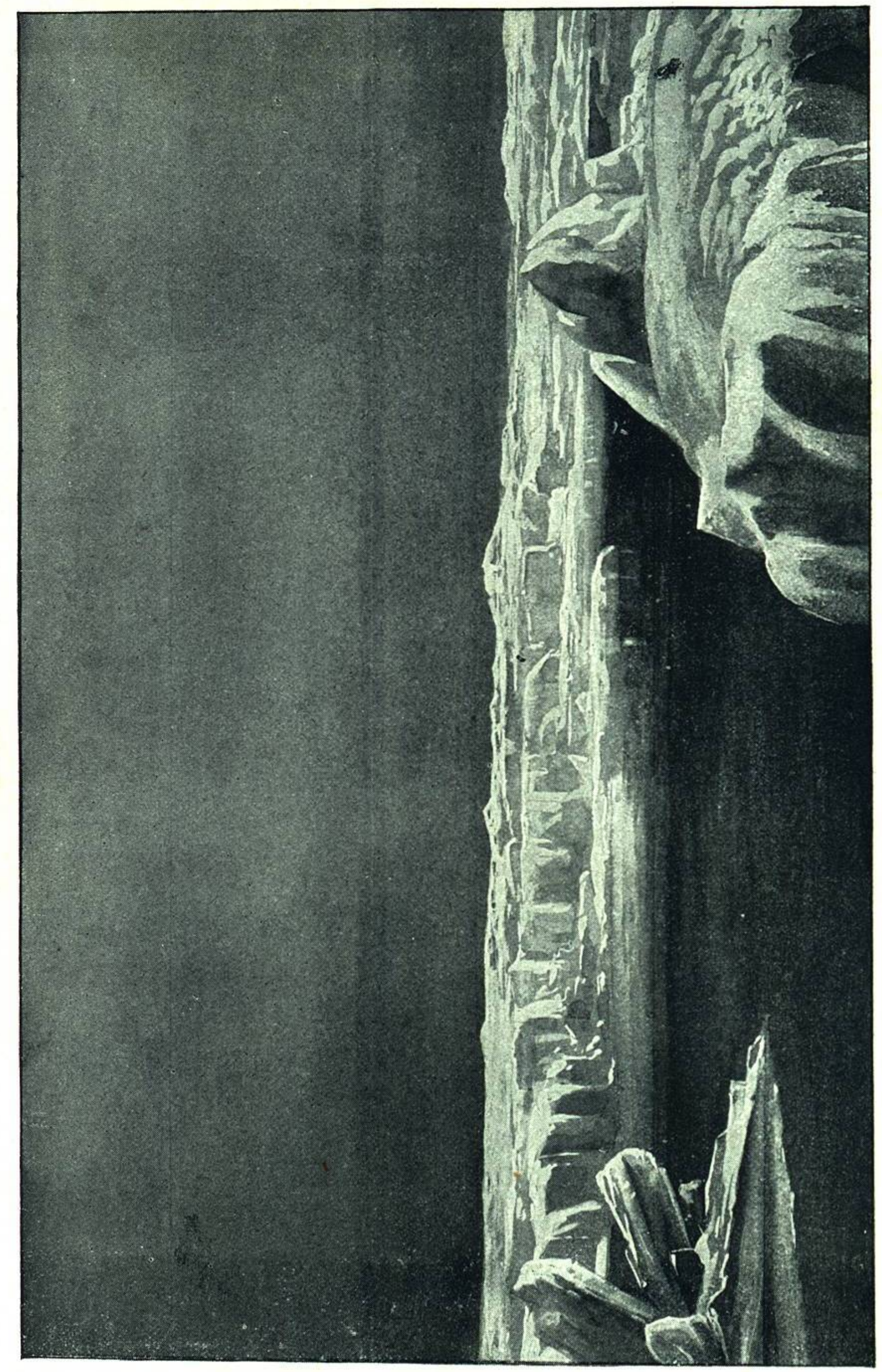
Sin embargo, á pesar de la maravillosa sagacidad del cazador, suele faltar la caza; el hambre, el hambre terrible, domina á veces, y esa calamidad, inminente siempre, explica rasgos de costumbres que no comprenden las poblaciones sedentarias que cuentan con sus cosechas anuales. Así los lazos de familia se atan y desatan forzosamente según las necesidades de la pesca y de la caza.

Si una mujer del campamento Point-Barrow, resulta débil para llevar carga en una expedición, queda por eso mismo divorciada y permanece en la colonia con los ancianos y los niños; el marido se hace acompañar por una mujer más fuerte, capaz de sufrir todas las fatigas y de exponerse á todos los peligros del viaje.

Otras veces, la salud común obliga á los pescadores á dejar tras de sí un compañero enfermo ó herido, lo mismo que, durante las tempestades los marineros europeos abandonan, desesperados, el compañero que cae al mar. Como en todos los países del mundo, en el Gran Norte han ocurrido escenas de antropofagia durante los períodos de hambre absoluta; pero en muchas comunidades innuits se han regulado previamente los sacrificios por el interés común. Con frecuencia los padres se dejan morir de hambre para que los hijos coman; hay madres que, en bien de la gran familia, entregan sus criaturas de pecho.

Hace algunos años que el descubrimiento de unos yacimientos de oro en el Klondyke, en las márgenes del Yukon y en el cabo Nome, ha cambiado toda la economía política de las poblaciones innuits, encargada de suministrar en lo sucesivo á los mineros blancos, pescados, aceite y grasa. Los Tchuktchis del litoral, especialmente, se han enriquecido[2] y pueden mantener bien á sus padres; pero antes, los ancianos, incapaces

[1] Ed. Krause, *Globus*, vol. LXXIX, n.º 1, 3 enero 1901.
[2] Eberli, *Petermann's Mitteilungen*, XI, 1903, pág. 258.



CAMPO DE HIELO



LA CAZA DE LOS MARES POLARES: FOCAS RECREÁNDOSE

de seguir á los hombres fuertes en sus cazas y amenazados de perecer de inanición en los campamentos aislados, pedían su fin, y llegado aquel caso, los hijos y los amigos más queridos se veían obligados, por la costumbre á la vez que por su afecto, á cumplir este deber homicida; á ellos correspondía dar al padre ó al compañero el narcótico anestésico, cortarle después la carótida y extenderle después sobre su lecho de musgo. En Point-Barrow se continúa la terrible ceremonia, entregando á los perros la carne del anciano, los cuales, á la vez, son devorados por la comunidad, para que el alma del ser que ha dejado de existir se libre de los malos espíritus y sea útil á los vivos. Después de estos ritos lúgubres, se ayuna mucho tiempo, todos observan silencio, y, cuando empiezan de nuevo las conversaciones, se evita toda combinación de sílabas que pueda recordar el nombre del muerto.

A pesar de esos dramas que hace inevitable la amenaza del hambre, no hay poblaciones donde la necesidad absoluta de la ayuda mutua sea más solidaria que entre los esquimales. Muy habladores, fáciles á las confidencias, se visitan de cabaña en cabaña y de pueblo en pueblo; cuando están bien provistos de alimentos y la caza y la pesca les deja tiempo libre, emprenden viajes de centenares de kilómetros para visitar á los amigos. Todo extranjero tiene derecho á cobijarse en su *iglou*.

Esa bondad natural, ese espíritu de perfecta solidaridad, que llevan el hombre hacia el hombre, son la regla entre los Aleutas y los Groenlandeses.

Nuestros antepasados, durante el período greco-romano y en la Edad Media, se imaginaban que el calor era demasido fuerte en la región tropical, para que pudieran vivir los hombres: se repetía que el clima, verdaderamente «tórrido», era bastante abrasador para asarlos, y el color de los africanos parecía indicar, en efecto, un principio de cocción.

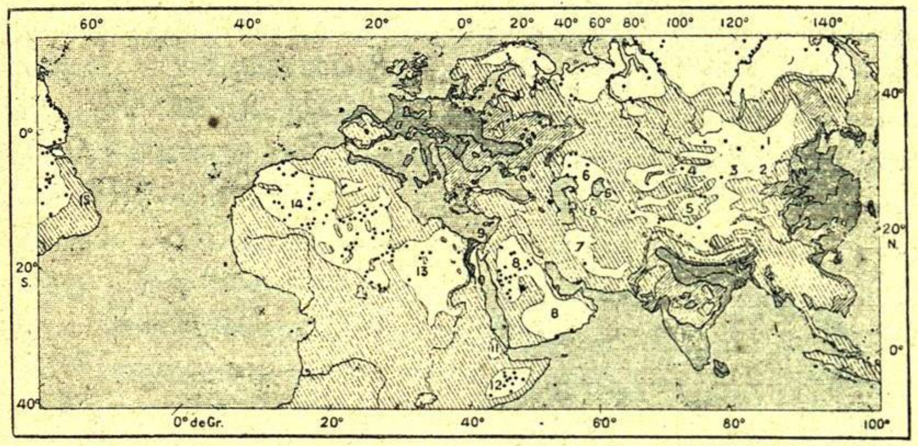
Los grandes viajes de descubrimiento emprendidos por los Gama, los Colón y los Magallanes, dos mil años después de la circumnavegación del Africa por los fenicios de Necho, probaron que no es así, y que el hombre puede habitar y vivir sobre las tierras iluminadas por el Sol zenital. El calor no opone, pues, como el frío, un obstáculo infranqueable á la extensión de la raza humana, ó, por mejor decir, el extremo de las altas temperaturas, que haría el medio insoportable al hombre, no se presenta sobre el planeta terrestre. El mapa de las líneas isotérmicas ofrece territorios climáticos donde la temperatura media pasa de 30 grados; en muchas comarcas los calores estivales se elevan frecuentemente, ó hasta con regularidad, á una cuarentena de grados, y á veces, allí donde el ardor del sol es reverberado por las rocas ó las arenas, el termómetro indica, aun á la sombra, como un soplo de incendio que parece intolerable, pero que el hombre, habituado, soporta, no obstante, sin sentirse perjudicado orgánicamente.

Si en la zona tórrida hay vastas extensiones más ó menos completamente deshabitadas, no es debido á un exceso de calor, sino, unas veces al exceso de vapor de agua, otras á la falta de humedad en el aire. Los climas que agradan al hombre ofrecen una proporción de vapor aéreo que representa á lo más las nueve décimas y á lo menos los dos tercios de la que indica el punto de saturación: en cuanto la proporción desciende al cuarto, al quinto ó á menos aún, las condiciones se hacen desfavorables á la existencia. Por lo demás, las comarcas que ordinariamente carecen de la cantidad suficiente de vapor están igualmente privadas de agua en el suelo: son espacios casi desprovistos de vegetación, sin animales y, por consiguientes, sin hombres.

Debido á la sequedad del aire y de la tierra, desde la Mongolia hasta

el Adrar se extiende un inmenso arco de regiones sin habitantes ó casi desiertos, que comprenden el Gobi, la Kachgaria, el desierto de Karman, la Arabia y el Sahara; hasta la Ceara, en el territorio del Nuevo Mundo, se encuentra á veces englobada en el dominio de la atmósfera demasiado seca, á pesar de la vecindad del Atlántico, y los habitantes

N.° 8. Regiones de sequedad



Plano cilíndrico equivalente

Menos de 1 habitante por kil. cuadrado y puntos habitados.
De 1 á 25 » » »
De 25 á 50 » » »
De mas de 50 » » »

1: 160 000 000.

0 — 3000 — 6000 kil.

1 Khalka mongol, mar de las Hierbas.
2 Meseta de los Ordos.
3 Gobi.
4 Dzungaria.
5 Taklamakan.
6 Estepas de los Turkmenios.
7 Desiertos del Iran.
8 » de la Arabia.
9 Sinai
10 Desierto arábigo
11 Eritrea.
12 Desierto de los Somalis.
13 » de Libia.
14 Sahara.
15 Ceara, región de despoblación intermitente por causa de sequedad.

NOTA.—Las altas mesetas y las montañas elevadas del Asia, del Altai al Himalaya, permanecen inhabitadas por el frío. Las estepas de los Kirghiz, en las inmediaciones del lago Balkhach, pobladas en otro tiempo y que se repueblan hoy, habían sido desvastadas por las guerras. El dominio de las selvas explica la débil densidad de las poblaciones de la Amazonia.

se ven obligados á emigrar temporalmente hacia la Amazonia. En el espacio de unos doce millones de kilómetros cuadrados que comprende la zona desierta del Mundo Antiguo con los oasis intermediarios, la población alcanza solamente un millón de individuos, ciento veinte veces menos que el término medio de los continentes.

Los Innuits, que hemos tomado como tipo de las poblaciones sometidas á la acción del clima más áspero, no son ciertamente unos «primitivos» desde el punto de vista de la raza, porque durante el infinito de los siglos de crecimiento, los medios han cambiado continuamente; pero en comparación de las agrupaciones diversas de la zona tropical, esos habitantes del «Gran Norte» pueden ser considerados como aborígenes, «salidos del suelo», por decirlo así. Al contrario, los grupos étnicos más aislados de las regiones tórridas, los Touaregs del Sahara, por ejemplo, ó los Nubios, los Bedjas, los Danakiles, ó los Somalis, costeños del litoral ardiente del Mar Rojo ó del Océano Índico, son poblaciones ya muy mezcladas, que, desde luengos siglos, pertenecen al mundo histórico.

Por sus abuelos, estuvieron en relaciones frecuentes con la India, Egipto y Fenicia y formaron parte del dominio de la civilización himiarita; Meroé, sobre el Alto Nilo, fué una de sus capitales y un centro de gran cultura; desde hace lo menos treinta y seis centenas de años, conocen el bronce y el hierro, puesto que en un templo de Tebas existen pinturas murales que representan Puntis ó Somalis que llevan armas semejantes á las usadas actualmente por sus descendientes. Después del nacimiento de las religiones modernas, los Bedjas se convirtieron al cristianismo y después al mahometismo; los Danakiles y los Somalis se han cruzado con los Arabes y confiadamente se dan el título de compatriotas del profeta, lo mismo que el de fieles de su dios; algunos hasta pretenden pertenecer á la misma familia de Mahoma. Sin embargo, esos pueblos que han sido modificados de modo tan diverso, pueden, lo mismo que los Esquimales, presentarse como ejemplos típicos de la acción del clima.

Obsérvase, en primer lugar, cuanta semejanza física ofrecen entre sí, en la estructura y en el movimiento, esas gentes del litoral tórrido, ya sean de raza árabe, galla ó nigricia. Muy diferentes de los hiperbóreos, pequeños y gruesos de rostro mofletudo, de vientre abultado y de movimiento de balanceo, los hijos del Sol son flacos y nerviosos, ágiles, diligentes, de admirable velocidad en la carrera; tienen los rasgos firmes y precisos; el ojo vivo se destaca atrevidamente del párpado, y la cabellera, única protección del cráneo contra los rayos de fuego, cae como crin sobre los hombros. Por vestido, Danakiles y Somalis no usan

más que unas blusas, mantos ó taparrabos; las cabañas en que se recogen por la noche están formadas por esterillas de mimbres entretejidos, sin necesidad, como los Esquimales de conservar una llama. El alimento de esos Afer ó «Errantes» es de lo más sencillo, porque la temperatura no les obliga á activar la combustión interior: un poco de mijo, leche, manteca, la carne de carnero, la de pescado si viven á la orilla del mar; con eso basta. El Bedja y el Dankali son la sobriedad personificada, saben ayunar como el Innuit, pero sus comidas serían un ayuno para el comedor de focas. Volney, pesando el alimento del sirio, hizo constar que no excede de seis onzas—170 gramos—diarios, y el del bedja no es ciertamente más abundante.



TIPO DE SOMALI

Los Beduinos, — nombre que se da á todos los nómadas musulmanes — tienen cantos en alabanza de su sobriedad, como los europeos modernos los tienen para glorificar la vida y la buena comida: «Si el hambre me aprieta, dice un héroe árabe, no la escucho, la engaño, la olvido, la paseo, la mato» [1].

También en el Nuevo Mundo, el Papago de la Sonora permanece fácilmente sin beber dos ó tres días bajo un sol implacable. Y, no obstante, á pesar de las tablas sabias de los médicos que dosifican la cantidad de ázoe, de carbono y de agua que se supone indispensable á todo organismo humano, Beduinos y Papagos tienen una fuerza y una destreza admirables. Los Papagos son corredores prodigiosos: jugando al ka-

[1] *Schanfara*, poema traducido por F. Fresnel.

chanekon, es decir, á la «pelota de pie», corren de 50 á 65 kilómetros en una tarde [1].

El carácter desnudo y monótono de los paisajes, rocas, arcillas ó arenas grises, interrumpidos por raros oasis de verdura, ó que no ofrecen sino malezas y hierbas raras, ha de encontrarse también en el carácter intelectual y moral de las agrupaciones humanas que viven en esas comarcas de sequedad y de calor. La vida apenas puede cambiar muy débilmente ese medio formidable y violento: los pensamientos y las costumbres quedan casi idénticos de siglo en siglo, muy sencillos, sobrios, precisos, imperativos en su uniformidad.

Pero en cabezas calentadas por los rayos de un sol ardiente, nacen fácilmente las cóleras y los furores. En esas comarcas las venganzas se persiguen con una rabia feroz, y en los grandes movimientos nacionales, en las guerras de independencia ó de invasión, los naturales fanatizados llevan la intrepidez hasta los extremos límites de lo posible, hasta lo imposible ha podido parecer durante ciertos períodos de la historia, especialmente cuando las primeras invasiones mahometanas y en la repentina rebelión de los madhistas contra los invasores ingleses.

El contraste absoluto de esas regiones secas por la atmósfera, áridas por el suelo, nos le suministran las comarcas en que la humedad del aire y la abundancia de las lluvias hacen casi imposible la estancia del hombre. A este respecto, la costa occidental del Nuevo Mundo presenta notables contrastes.

Mientras que en ciertas partes del litoral, así como la península mejicana de la California, es decir, el «Chaud Four», y las playas del Perú meridional, apenas tienen más habitantes que mineros, pescadores de perlas y rudos comerciantes en metal y en sales químicas, las dos regiones lluviosas del norte y del sur, por un lado el litoral del Alaska y por otro el archipiélago de los Chonos, han permanecido igualmente desiertos, á pesar de la riqueza forestal de la comarca, la fertilidad natural del suelo y la excelencia de puertos resguardados.

La ciudad de Juneau, que, aparte de los lugares auríferos, alternativamente invadidos y abandonados por los buscadores y los mineros, es, como aglomeración normal, la más considerable de los parajes del

[1] Mac Gee, *The American Anthropologist*, octubre 1895.

norte, permanece, á pesar de todo, siendo un pequeño centro industrial y administrativo, aunque convertida en capital del Alaska (1903) y, á pesar de que la explotación de las minas, de los bosques y las pesquerías de salmones permiten enriquecerse allí rápidamente, consideración primaria á los ojos de los americanos y de otros muchos.

Saliendo de la villa de Sitka, edificada en otro tiempo para los funcionarios rusos y que actualmente sirve de factoría á algunos negociantes, toda excursión es tenida por imposible. El agua se acumula en charcos en las desigualdades del suelo; hasta en las pendientes más empinadas, las raíces entretejidas de las coníferas retienen el agua de lluvia que hincha los musgos como enormes esponjas; caen las gotas de rama en rama; venas líquidas descienden por los huecos de los árboles; las ramas tronchadas, viscosas y medio podridas, cubren el suelo granítico convertido en fango corriente: que los aguaceros atraviesen el ramaje ó que el lodo suba de la tierra, ello es que se está siempre en un baño de agua ó de vapores. Desciendan las nubes ó suban las nieblas, entremezclándose incesantemente, el hombre se encuentra aprisionado en el fluído elemento que le empapa y le penetra. En tal medio, no es extraño que los residentes, harto escasos, lleven una vida monótona y falta de animación juvenil. La principal preocupación es buscar dónde refugiarse.

En muchas comarcas que bañan constantemente las aguas y las nieblas, no ha podido el hombre fijar su residencia, á pesar de las ventajas que podría reportarle: este es el caso, entre otras tierras del Océano Indico, de la gran isla de Kerguelen, que antes se creyó ser la punta avanzada de un continente austral; es de una superficie evaluada en cuatro ó cinco mil kilómetros cuadrados y ofrece superficies cubiertas de verdura que podrían fácilmente cultivarse; los rebaños, según las experiencias practicadas por el navegante James Ross, se desarrollarían allí tan bien como en las Falkland de los mares americanos, situadas bajo una latitud más próxima al polo. La posición geográfica de Kerguelen, —bajo el grado 49,—correspondiente á la de París, en el hemisferio septentrional, no es para espantar á los viajeros, y la temperatura media de la isla, de unos 4 grados centígrados, es la de Cristianía y de Moscou, ciudades cuyo clima es muy favorable á un vigoroso desarrollo del hombre. Además, Kerguelen, que posee excelentes puertos, perfectamente

chanekon, es decir, á la «pelota de pie», corren de 50 á 65 kilómetros en una tarde[1].

El carácter desnudo y monótono de los paisajes, rocas, arcillas ó arenas grises, interrumpidos por raros oasis de verdura, ó que no ofrecen sino malezas y hierbas raras, ha de encontrarse también en el carácter intelectual y moral de las agrupaciones humanas que viven en esas comarcas de sequedad y de calor. La vida apenas puede cambiar muy débilmente ese medio formidable y violento: los pensamientos y las costumbres quedan casi idénticos de siglo en siglo, muy sencillos, sobrios, precisos, imperativos en su uniformidad.

Pero en cabezas calentadas por los rayos de un sol ardiente, nacen fácilmente las cóleras y los furores. En esas comarcas las venganzas se persiguen con una rabia feroz, y en los grandes movimientos nacionales, en las guerras de independencia ó de invasión, los naturales fanatizados llevan la intrepidez hasta los extremos límites de lo posible, hasta lo imposible ha podido parecer durante ciertos períodos de la historia, especialmente cuando las primeras invasiones mahometanas y en la repentina rebelión de los madhistas contra los invasores ingleses.

El contraste absoluto de esas regiones secas por la atmósfera, áridas por el suelo, nos le suministran las comarcas en que la humedad del aire y la abundancia de las lluvias hacen casi imposible la estancia del hombre. A este respecto, la costa occidental del Nuevo Mundo presenta notables contrastes.

Mientras que en ciertas partes del litoral, así como la península mejicana de la California, es decir, el «Chaud Four», y las playas del Perú meridional, apenas tienen más habitantes que mineros, pescadores de perlas y rudos comerciantes en metal y en sales químicas, las dos regiones lluviosas del norte y del sur, por un lado el litoral del Alaska y por otro el archipiélago de los Chonos, han permanecido igualmente desiertos, á pesar de la riqueza forestal de la comarca, la fertilidad natural del suelo y la excelencia de puertos resguardados.

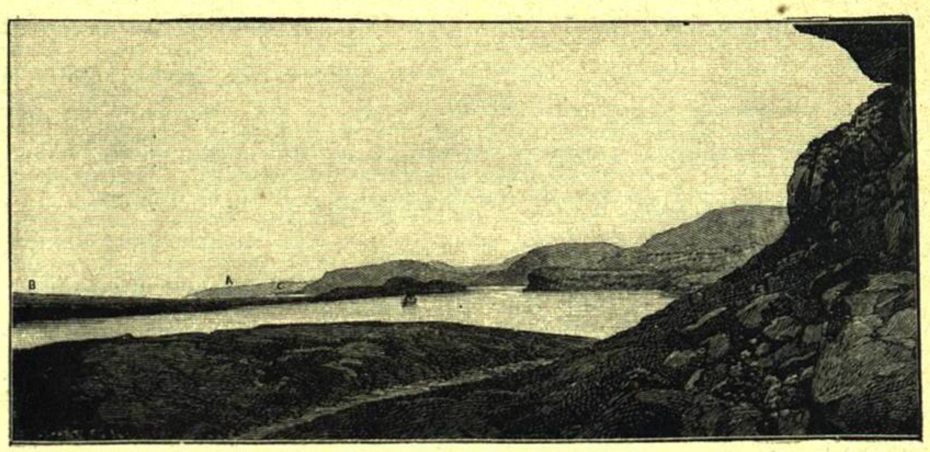
La ciudad de Juneau, que, aparte de los lugares auríferos, alternativamente invadidos y abandonados por los buscadores y los mineros, es, como aglomeración normal, la más considerable de los parajes del

[1] Mac Gee, *The American Anthropologist*, octubre 1895.

norte, permanece, á pesar de todo, siendo un pequeño centro industrial y administrativo, aunque convertida en capital del Alaska (1903) y, á pesar de que la explotación de las minas, de los bosques y las pesquerías de salmones permiten enriquecerse allí rápidamente, consideración primaria á los ojos de los americanos y de otros muchos.

Saliendo de la villa de Sitka, edificada en otro tiempo para los funcionarios rusos y que actualmente sirve de factoría á algunos negociantes, toda excursión es tenida por imposible. El agua se acumula en charcos en las desigualdades del suelo; hasta en las pendientes más empinadas, las raíces entretejidas de las coníferas retienen el agua de lluvia que hincha los musgos como enormes esponjas; caen las gotas de rama en rama; venas líquidas descienden por los huecos de los árboles; las ramas tronchadas, viscosas y medio podridas, cubren el suelo granítico convertido en fango corriente: que los aguaceros atraviesen el ramaje ó que el lodo suba de la tierra, ello es que se está siempre en un baño de agua ó de vapores. Desciendan las nubes ó suban las nieblas, entremezclándose incesantemente, el hombre se encuentra aprisionado en el fluído elemento que le empapa y le penetra. En tal medio, no es extraño que los residentes, harto escasos, lleven una vida monótona y falta de animación juvenil. La principal preocupación es buscar dónde refugiarse.

En muchas comarcas que bañan constantemente las aguas y las nieblas, no ha podido el hombre fijar su residencia, á pesar de las ventajas que podría reportarle: este es el caso, entre otras tierras del Océano Indico, de la gran isla de Kerguelen, que antes se creyó ser la punta avanzada de un continente austral; es de una superficie evaluada en cuatro ó cinco mil kilómetros cuadrados y ofrece superficies cubiertas de verdura que podrían fácilmente cultivarse; los rebaños, según las experiencias practicadas por el navegante James Ross, se desarrollarían allí tan bien como en las Falkland de los mares americanos, situadas bajo una latitud más próxima al polo. La posición geográfica de Kerguelen, —bajo el grado 49,—correspondiente á la de París, en el hemisferio septentrional, no es para espantar á los viajeros, y la temperatura media de la isla, de unos 4 grados centígrados, es la de Cristianía y de Moscou, ciudades cuyo clima es muy favorable á un vigoroso desarrollo del hombre. Además, Kerguelen, que posee excelentes puertos, perfectamente



ISLAS KERGUELEN
Panorama de Port-Gazelle, cerca de la cascada de la Pointe-Duck
A; montaña, península, observatorio. — B; depósito de víveres.
C; cabo Ashfeld, entrada de Port-Gazelle.

resguardados contra el formidable viento noroeste, se encuentra exactamente á la mitad del camino en la línea de navegación entre el Cabo y y Melburne: compréndese fácilmente que el Gobierno francés haya tenido empeño en asegurarse la posesión de una tierra que, si se utilizase, podría tener grandísima importancia en la economía general del planeta; pero los marinos, los balleneros y los escasos naturalistas que han visitado Kerguelen para pasar allí algunos meses, entre la lluvia y las tempestades, no han referido su estancia de modo que animara á las tentativas de colonización, al menos en las costas occidentales, expuestas á tempestad eterna, rodeadas de una niebla intensa; ni los albatros encuentran donde anidar entre las rocas. Los hombres viven allí muy á su pesar y siempre con el deseo de abandonar cuanto antes aquella «Tierra de Desolación», así denominada por Cook en su viaje de 1776. Para acomodarse al clima, los insectos de la isla, especialmente las moscas, y la única mariposa indígena, han perdido las alas, porque sólo les servían de estorbo, ya que se verían arrastrados por el viento sin tener tiempo de abrirlas[1].

Por razones análogas, muchos valles tropicales, admirablemente fértiles ó muy ricos en metales, permanecen abandonados por el hombre, que se niega á vivir bajo lluvias continuas. Por esa causa han sido

[1] Studer, *Ausflug auf der Insel Kerguelen*, Berner Taschenbuch, 1881.

abandonadas las abundantísimas minas de oro de Caravaya, sobre la vertiente oriental de los Andes peruanos, durante todo el curso del siglo XIX, por los buscadores españoles, á pesar de su afán para la rebusca de las pepitas. Del mismo modo, las pendientes andinas del Ecuador, que se inclinan al Este hacia el surco profundo que recorre el Amazonas, permanecen casi sin habitantes, no obstante el valor de sus yacimientos y la variedad de sus preciosos vegetales.

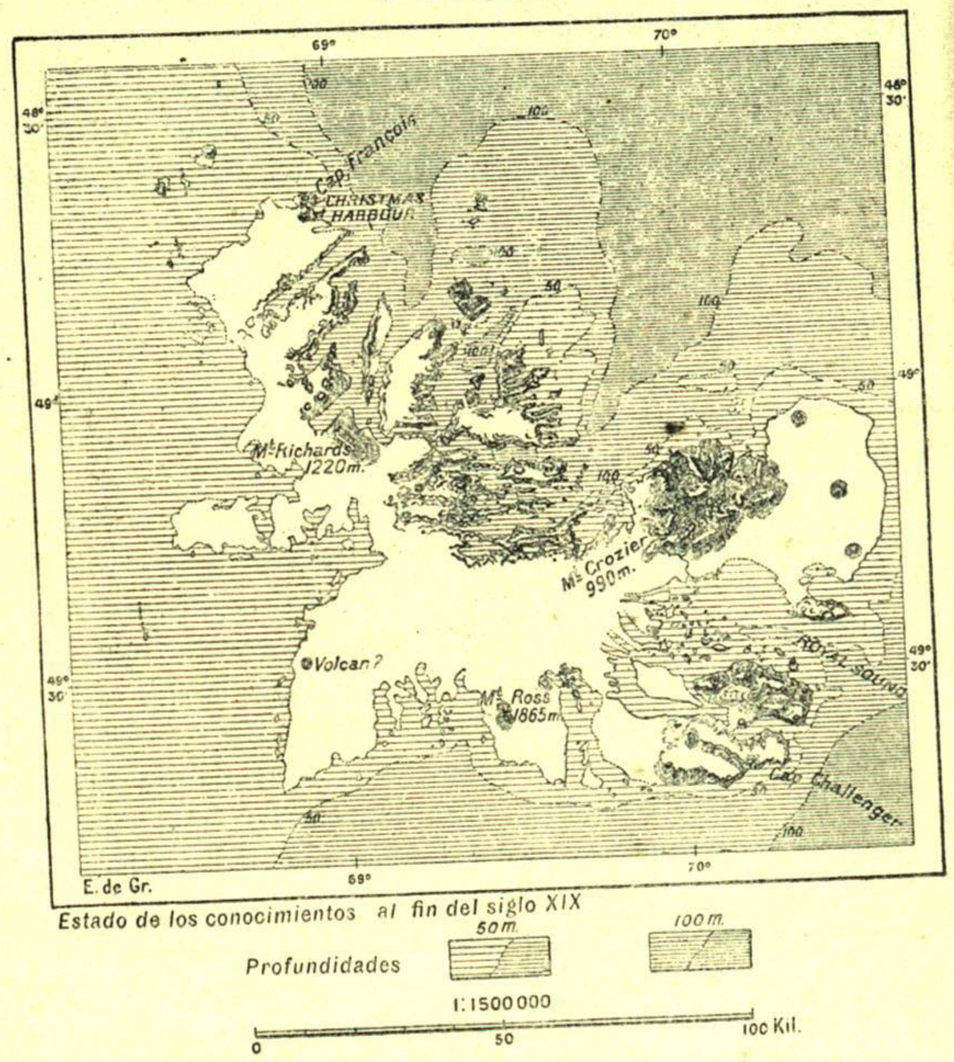
Muchas veces se han atrevido los aventureros á llegar á las torrenteras orientales de la Sierra Nevada magdaleniana, entre Río Hacha y Santa Marta, con la esperanza de recoger allí una gran cosecha de oro; pero las lluvias, que no faltan cada día, forman baches que son un medio favorable al desarrollo de los mosquitos y otros insectos, chupadores de sangre y portadores de microbios, acaban siempre por desanimar á los mineros. Por lo demás, es indudable que los obreros de mañana, con mejores instrumentos que los de ayer, más avisados científicamente y más hábiles para combatir las calamidades, se establecerán triunfalmente sobre los mismos lugares de donde sus antecesores huyeron.

En muchas comarcas donde la humedad del aire no es suficiente para impedir la residencia del hombre, la humedad del suelo pone en entredicho el país. Por eso en Irlanda los *quaking bogs* ó «turberas temblorosas» y, en muchas regiones del Nuevo Mundo, los *tremendales* y *tembladeras* son evitados cuidadosamente por los viajeros y no pueden dedicarse al cultivo sino después de mucho tiempo de haber dejado secar el suelo.

Recientemente aún, el interior de la gran isla de Terranova era país desconocido, á pesar de sucederse en el litoral muchas ciudades y villas á la orilla de las bahías pescadoras ó de las ensenadas resguardadas. Se hablaba de aventureros audaces que se habían atrevido á hacer viajes de exploración de una ribera á la otra, á través de las rocas, lagos, charcas, pantanos y los espacios cuajados de coníferas enanas, de tal modo entremezcladas que era imposible andar sobre el suelo; no había más remedio que andar sobre el mismo bosque, que forman una red compacta de ramas desiguales en las que el viajero puede guardar penosamente el equilibrio. Para hacer accesible la comarca, ha sido preciso abrir, á costa de grandes gastos, carreteras y ferrocarriles en los que, durante las tormentas invernales, los viajeros corren el peligro de verse bloqueados por las nieves.

Entre las regiones que parecerían inhabitables á la mayoría de los hombres, pero que, siendo habitadas, dan á sus residentes un género de vida completamente excepcional, ha de citarse la parte lacustre del alto Nilo, donde el río, detenido por el ribazo denominado el «Yugo de los

N.° 9. Kerguelen



ríos», formaba en otro tiempo, durante la estación de las crecidas, un lago de dimensiones variables, sembrado de *sedd* ó grandes islas de hierbas.

Viviendo, si no en el agua, al menos en las riberas pantanosas ó en los sedd medio consolidados, los negros Denkas, y especialmente aquella

de sus tribus conocida con el nombre de Nuer, son ridiculizados por todos sus vecinos, á causa de su actitud de ave pescadora: muy altos, de piernas largas y delgadas, se les llama zancudos, y, como las garzas, suelen estar con una pierna fuera del agua, apoyándola sobre la pantorrilla de la otra pierna por la planta del pie, pudiendo permanecer á lo menos una hora en esa extraña postura. Ponen con precaución el pie bajo el agua fangosa, por el temor de aplastar un ser viviente, y retiran en seguida el otro pie al aire sobre las ramas de las hierbas, y aun cuando el suelo esté seco conservan esa marcha habitual de zancudo. Para pescar, suelen colocarse en la cima de uno de esos nidos de hormigas blancas que se elevan en forma de obelisco en la llanura, más alto que en las regiones no inundadas, porque aquí las hormigas blancas se han visto obligadas á construir varios pisos, para subir, de tramo en tramo, en su morada de arcilla, según la altura de las aguas. Cuando se ve de lejos una larga forma viviente, inclinada hacia la cima de la cabaña rojiza, no se sabe si aquel ser extraño es un pescador, con su cesto lleno de pescado, ó el gran zancudo



TIPO DE DENKA

Balæniceps rex, «el padre del zapato», como le llaman los árabes, á causa de su enorme pico en forma de calzado.

Los Denkas y los Nuers van siempre desnudos; los vestidos les incomodarían para andar por el agua, y las telas húmedas conservadas sobre la piel, serían causa inevitable de fiebres. Y, como sucede siempre, el uso se ha transformado en moral, por lo que los Nuers se avergonzarían de vestirse: les bastan las cicatrices del tatuado, los anillos, los brazaletes y las sortijas. Los cuidados del cuerpo exigen que se unten la piel para defenderse de la humedad: el Denka suele revolcarse alegremente por la ceniza, después de quemar hierbas secas, como hacen las mulas cuando se les quita el aparejo, y se levanta después todo gris, ó de gris azulado, cuando el color de la piel se transparenta bajo el polvo; pero el pastor rico, propietario de muchos rebaños, se unta todo el cuerpo con una substancia oleosa que cubre con boñigas regularmente aplicadas.

En muchos otros países del mundo, en la India y en la Indo-China, y sobre todo en el Matto Grosso brasileño, en el Gran Chaco del Paraguay y de la Argentina viven otras gregarias de hombres anfibios, análogos á la de los Nuers, que, como ellos, andan en el agua y disputan el pescado á las aves buceadoras, llegando á constituir su familia sobre un suelo tembloroso, formado de cañas podridas, que ocultan aguas profundas. Estos seres, separados de los demás hombres, son verdaderos prisioneros del pantano, donde todo natural que no estuviera gradualmente acostumbrado al medio perecería irremisiblemente.

Los Uaraún ó Guaraunos, que Humboldt describió después de otros viajeros y á quienes hizo célebres, son también cautivos de la naturaleza que les rodea. En la época en que les visitó el gran viajero, es decir, en los primeros años del siglo XIX, los Uaraun, cuatro ó cinco veces más numerosos de lo que son en la actualidad, habitaban aún en las cimas de los árboles en el período de las inundaciones, cuando todas las islas del bajo Orinoco, entre los cuarenta brazos fluviales, estaban cubiertos por el manto gris de las aguas desbordadas. Uniendo por sus extremidades terminales las ramas de cinco ó seis palmeras euterpe, establecen bajo ese múltiple techo de hojas un ligero suelo para sostener su morada aérea, dominando varios metros la extensión de la lámina

líquida[1]. Este sistema de habitación no ha subsistido hasta nuestros días[2]. En relaciones constantes con los europeos, de origen castellano al oeste, de lengua inglesa al este, los Uaraun poseen actualmente sólidas embarcaciones, que les sirven de casitas en cuanto la cabaña ordinaria es invadida por el río; cuando las aguas suben y se desbordan, no tienen más que entrar en sus barcos para dejarlas derivar hasta el fondeadero. Su género de vida se ha modificado también en cuanto á la industria y al alimento, que se limitaban casi exclusivamente á los productos de un solo árbol, la palmera mauricia. Pero, aunque medio civilizados, los Uaraun no dejan de verse obligados, por su medio, á proceder de un modo diferente al de las gentes de tierra firme en las mil circunstancias de la vida.



LANDESCOT

Así es que, para hacer caminos, no se limitan, como sus vecinos de los países emergidos, á abrir una trocha en el bosque, sino que después de derribados los árboles, los colocan transversalmente sobre la vía y los atan con cuerdas de fibras de palma; de este modo,

[1] *Voyage aux regions équinoxiales.*
[2] Plassard, *Bulletin de la Société de Géographie de Paris*, junio 1868.

cuando viene la crecida, todo el camino se levanta de un extremo á otro, sin modificarse, y se cambia en balsa flotante, y conforme ha subido, con el descenso de las aguas, baja y se fija nuevamente en el suelo. En cuanto á sus muertos, los Uaraun, repugnándoles enterrarlos en el fango, los envuelven en una espesa capa de arcilla y les suspenden en las ramas de los árboles, cerca de sus cabañas, ó los atan á sus barcos y los pasean por el río. En pocas horas quedan los cadáveres perfectamente disecados por los peces, y los restos de los padres se depositan piadosamente en cestos funerarios.

Hasta en la Europa civilizada, en medio de poblaciones urbanas, perfectamente acomodadas á las prácticas modernas, se han mantenido costumbres extrañas, impuestas en otro tiempo por el medio y justificadas, además, por las condiciones locales, aunque muy modificadas por los cambios generales que introduce la civilización. De ese modo, en la vecindad misma de la poderosa Hamburgo, el primer puerto comercial de Alemania y del continente de Europa, se ve á los jardineros y otros labradores de las tierras bajas ribereñas del Elba, atravesar aún la campiña empinados en zancos. En el este de la isla Noirmontier, hay salineros que viven á la orilla de los canales de las salinas, en chozas que construyen con barro mezclado con pedacitos de cañas, que recubren después con juncos y capas de barro para resistir el viento del mar. Aquellos habitantes no pueden caminar en la llanura sino sirviéndose de largas perchas que les permiten salvar los canales de un salto.

Respecto de los Lamusquets ó Landescots de Gascuña, en la proximidad de los lagos que bordean el litoral, ofrecen, andando, un espectáculo único en el mundo, dada la altura de sus zancos, algunos de más de dos metros. En aquellas praderas llenas de charcos sin profundidad, les hubiera sido imposible seguir sus rebaños de carneros si no hubieran añadido á sus piernas aquellos esbeltos zancos. Cuando se ve por primera vez un grupo de esos zancudos de las Landas, se siente una emoción extraña como á la vista de un prodigio. Vestidos con pieles de carnero, de oveja de lana raída por el tiempo, pasan gravemente haciendo media ó retorciendo hilo sobre los matorrales de helechos y juncos, como si fueran magos que tuvieran el poder de deslizarse sobre los tallos de las plantas sin doblarlas, y mientras el espectador queda casi sumergido en la maleza; ellos, por el contrario, parecen andar en pleno cielo sobre los bordes del horizonte. Y parecen tanto más extraños cuanto más de cerca se les ve; porque, á pesar del razonamiento, la vista, lógica á su manera, no puede menos de tomar los zancos por verdaderas prolongaciones de las piernas, y las que parecen rodillas se doblan hacia atrás y no hacia adelante, como en los otro mortales. El gran bastón que los Lamusquets manejan con gran destreza, y que en ocasiones les sirve de balancín, de brazo ó de sostén, contribuye á la extrañeza de su aspecto: diríase que son gigantescas langostas. En algunos distritos aun no transformados en bosques por las plantaciones, todos los habitantes usan los zancos: hasta los niños no temen aventurarse sobre los zancos paternales, y con frecuencia vénse mujeres andando sobre la maleza, casi siempre vestidas de negro, que parecen grandes cuervos subidos sobre ramas secas.

La montaña es, entre los distintos medios que presenta la Tierra, uno de los que, por su conjunto de condiciones físicas, determina, con la mayor fuerza en sus habitantes, un carácter particular, hábitos y costumbres propias de singular y notable originalidad. Esos montes, levantados como murallas sobre las llanuras, contrastan bruscamente con los desiertos y las estepas que invitan al hombre al libre curso, al cambio de lugar en un espacio ilimitado. El mundo parece completamente cerrado por esos bruscos muros, y, frecuentemente, en efecto, el límite es tan preciso que parece marcado por las cortaduras de las rocas que forman la raíz de la montaña. Las poblaciones se aglomeran en su base, numerosas, activas, llenas de vida, como las aguas de un lago que baten el pie de los acantilados; pero más lejos, inmediatamente encima, comienzan las asperezas pedregosas, los espacios desnudos y desiguales evitados por el hombre.

Pero la presión de las poblaciones en busca de alimento hace penetrar en muchos sitios enjambres sociales por las puertas de sus muros, y aquellas regiones, en apariencia inaccesibles, se pueblan en las extensiones favorables á la estancia de los colonos.

Los países montañosos encierran, ocultos por los muros exteriores, espacios perfectamente limitados, mundos aparte bien distintos, que son bastante amplios y provistos de recursos para subvenir á las necesidades de una gran población, y destinados, por su mismo aislamiento, á

cuando viene la crecida, todo el camino se levanta de un extremo á otro, sin modificarse, y se cambia en balsa flotante, y conforme ha subido, con el descenso de las aguas, baja y se fija nuevamente en el suelo. En cuanto á sus muertos, los Uaraun, repugnándoles enterrarlos en el fango, los envuelven en una espesa capa de arcilla y les suspenden en las ramas de los árboles, cerca de sus cabañas, ó los atan á sus barcos y los pasean por el río. En pocas horas quedan los cadáveres perfectamente disecados por los peces, y los restos de los padres se depositan piadosamente en cestos funerarios.

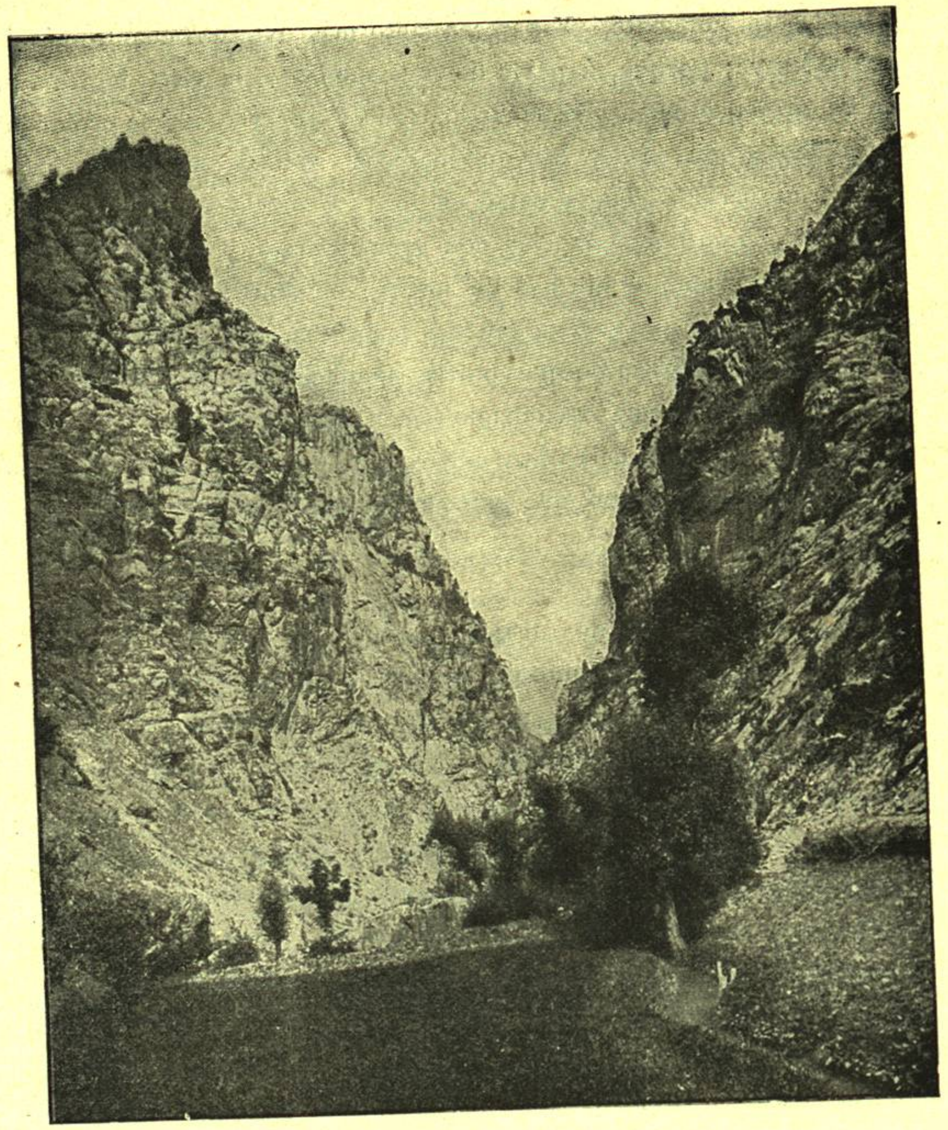
Hasta en la Europa civilizada, en medio de poblaciones urbanas, perfectamente acomodadas á las prácticas modernas, se han mantenido costumbres extrañas, impuestas en otro tiempo por el medio y justificadas, además, por las condiciones locales, aunque muy modificadas por los cambios generales que introduce la civilización. De ese modo, en la vecindad misma de la poderosa Hamburgo, el primer puerto comercial de Alemania y del continente de Europa, se ve á los jardineros y otros labradores de las tierras bajas ribereñas del Elba, atravesar aún la campiña empinados en zancos. En el este de la isla Noirmontier, hay salineros que viven á la orilla de los canales de las salinas, en chozas que construyen con barro mezclado con pedacitos de cañas, que recubren después con juncos y capas de barro para resistir el viento del mar. Aquellos habitantes no pueden caminar en la llanura sino sirviéndose de largas perchas que les permiten salvar los canales de un salto.

Respecto de los Lamusquets ó Landescots de Gascuña, en la proximidad de los lagos que bordean el litoral, ofrecen, andando, un espectáculo único en el mundo, dada la altura de sus zancos, algunos de más de dos metros. En aquellas praderas llenas de charcos sin profundidad, les hubiera sido imposible seguir sus rebaños de carneros si no hubieran añadido á sus piernas aquellos esbeltos zancos. Cuando se ve por primera vez un grupo de esos zancudos de las Landas, se siente una emoción extraña como á la vista de un prodigio. Vestidos con pieles de carnero, de oveja de lana raída por el tiempo, pasan gravemente haciendo media ó retorciendo hilo sobre los matorrales de helechos y juncos, como si fueran magos que tuvieran el poder de deslizarse sobre los tallos de las plantas sin doblarlas, y mientras el espectador queda casi sumergido en la maleza; ellos, por el contrario, parecen andar en pleno cielo sobre los bordes del horizonte. Y parecen tanto más extraños cuanto más de cerca se les ve; porque, á pesar del razonamiento, la vista, lógica á su manera, no puede menos de tomar los zancos por verdaderas prolongaciones de las piernas, y las que parecen rodillas se doblan hacia atrás y no hacia adelante, como en los otro mortales. El gran bastón que los Lamusquets manejan con gran destreza, y que en ocasiones les sirve de balancín, de brazo ó de sostén, contribuye á la extrañeza de su aspecto: diríase que son gigantescas langostas. En algunos distritos aun no transformados en bosques por las plantaciones, todos los habitantes usan los zancos: hasta los niños no temen aventurarse sobre los zancos paternales, y con frecuencia vénse mujeres andando sobre la maleza, casi siempre vestidas de negro, que parecen grandes cuervos subidos sobre ramas secas.

La montaña es, entre los distintos medios que presenta la Tierra, uno de los que, por su conjunto de condiciones físicas, determina, con la mayor fuerza en sus habitantes, un carácter particular, hábitos y costumbres propias de singular y notable originalidad. Esos montes, levantados como murallas sobre las llanuras, contrastan bruscamente con los desiertos y las estepas que invitan al hombre al libre curso, al cambio de lugar en un espacio ilimitado. El mundo parece completamente cerrado por esos bruscos muros, y, frecuentemente, en efecto, el límite es tan preciso que parece marcado por las cortaduras de las rocas que forman la raíz de la montaña. Las poblaciones se aglomeran en su base, numerosas, activas, llenas de vida, como las aguas de un lago que baten el pie de los acantilados; pero más lejos, inmediatamente encima, comienzan las asperezas pedregosas, los espacios desnudos y desiguales evitados por el hombre.

Pero la presión de las poblaciones en busca de alimento hace penetrar en muchos sitios enjambres sociales por las puertas de sus muros, y aquellas regiones, en apariencia inaccesibles, se pueblan en las extensiones favorables á la estancia de los colonos.

Los países montañosos encierran, ocultos por los muros exteriores, espacios perfectamente limitados, mundos aparte bien distintos, que son bastante amplios y provistos de recursos para subvenir á las necesidades de una gran población, y destinados, por su mismo aislamiento, á

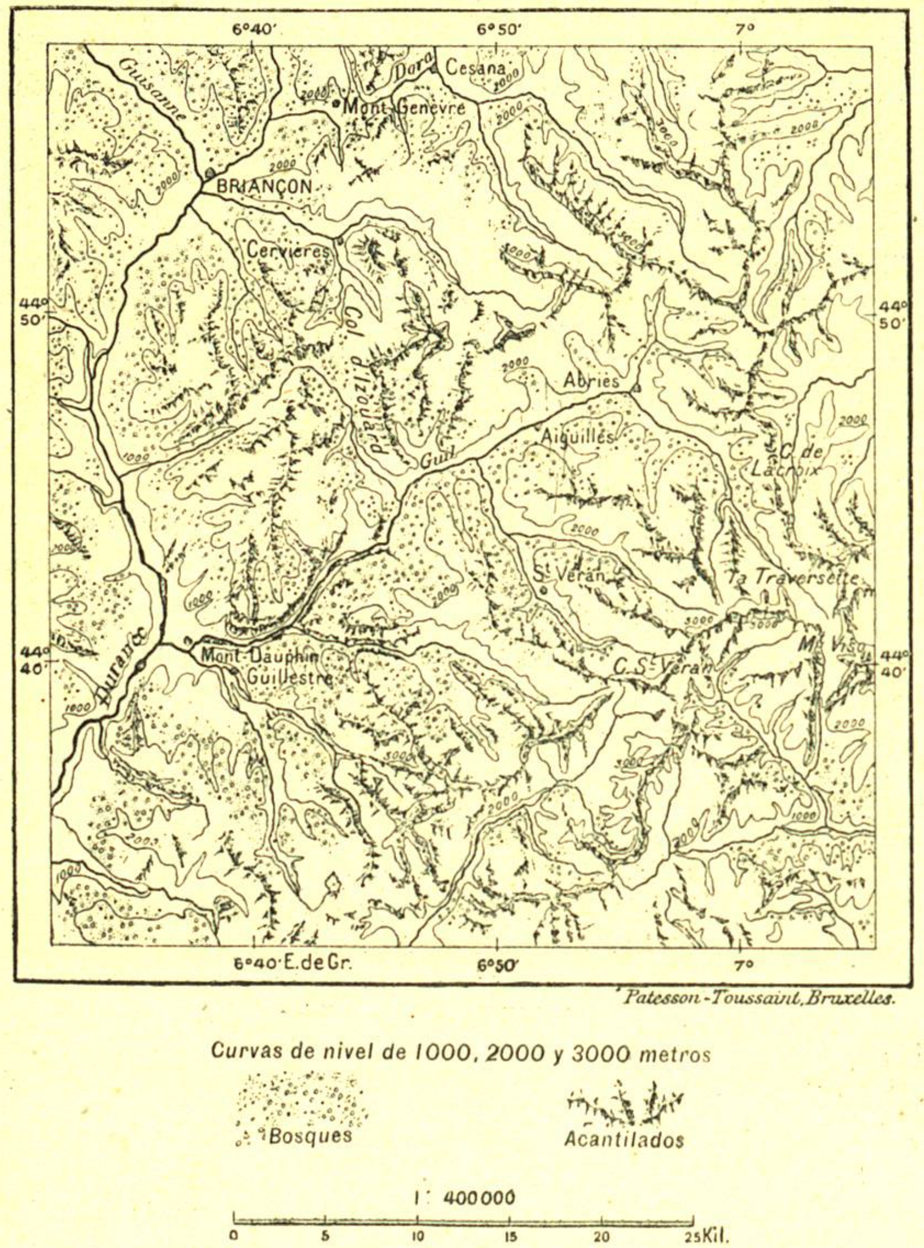


ENTRADA DEL VALLE QUEYRAS

ser cuna de una civilización particular. Así se constituyeron en el Nuevo Mundo los conjuntos étnicos claramente determinados de los Nahuatls mejicanos, de los Muyscas, los Quichúas y de los Aymaras. Diversos valles, rodeados de soberbio anfiteatro de montes nevados que les vierten abundantes aguas, son otros tantos jardines: tal es el maravilloso valle de Kachmir, con sus grandes lagos, sus praderas apenas emergidas. La misma Suiza, en una mitad de su extensión, es una banda de pra-

deras y de campiñas arboladas, que el múltiple muro del Jura oculta al noroeste y transforma en un valle interior.

N.° 10. Valle Queyras



Pero si los pliegues de las montañas encierran vastas comarcas habitables, dando asilo á naciones compuestas de millones de hombres, la mayor parte de las altas regiones ocultan sus habitantes en estrechos

valles, fondos cerrados que rodean rocas, y que ordinariamente, entre breñas grises, sólo se ve un pobre tapiz de verdura, manchado frecuentemente de piedras rodadas y á veces amenazado de rocas pendientes.

Estas prisiones comunican muy difícilmente con el resto del mundo, y hasta en muchas regiones montañosas, su centro natural de atracción se halla, no sobre su vertiente más inclinada, sino sobre la vertiente opuesta, en una cuenca fluvial diferente. De este lado, sólo facilitan el paso umbrales accesibles por pendientes herbosas, que recorren los rebaños, mientras que del lado por donde corren las aguas, la única salida es una estrecha y peligrosa fisura, y el viajero suele preferir el riesgo del escalo de rocas enormes á meterse en aquella garganta, donde las aguas descienden en cascadas, alternando con profundos estanques entre paredes abruptas. Así, antes de la construcción del camino moderno, costosamente abierto á través de las rocas que dominan el Guil, el *nant* furioso del valle Queyras, este hoyo estaba unido al mundo por la garganta de Isoard, que se abre al norte hacia Briançon.

De tal modo son difíciles los pasajes, que se les da, en los Alpes de la Francia meridional, el nombre de *clus* ó *cluses,* atestiguando que son verdaderos hoyos sin comunicación con el mundo exterior: hay que aprisionarse ó escoger otro camino de salida. Todo mapa detallado de las montañas muestra á centenares Valles del Infierno, Fines del Mundo, Valchiusas, Vaucluses, Klemmes, Klissuras, conteniendo cada uno su pequeña humanidad perdida, su lugar de asilo para algunas familias, enclaustradas en un estrecho recinto de rocas y de nieves.

Si las cabañas están cerradas, los hombres y las ideas lo están también[1]. Reducidos á sus solos recursos, muy escasos, las poblaciones aisladas de esos *vaucluses,* ó valles cerrados, no pueden evidentemente presentar una civilización compleja como la de los habitantes de la llanura inferior. Han de atenerse á una industria rudimentaria, al cultivo de su pequeño hoyo de tierras arables, al cuidado de sus rebaños, á la caza de los animales rupestres.

Según una leyenda que muchos historiadores adoptaron sin reflexión, obedeciendo á la rutina del lenguaje, las gentes de la llanura habrían descendido de la montaña, siguiendo el curso de los ríos; pero el movimiento de emigración se hace en sentido inverso. Los habitantes de los altos circos montañosos son indudablemente gentes de la llanura que se vieron obligadas á dirigirse á las alturas, huyendo de los enemigos ó del hambre, buscando retiro seguro ó terrenos vírgenes. Los valles superiores de los montes son excelentes lugares de refugio; á ellos acudieron de las regiones más opuestas restos étnicos pertenecientes á las más diversas razas acomodadas primitivamente á los medios más distintos.

[1] Gustave Droz, *Autour d'une source.*

Entre tantas y tan distintas gentes acantonadas en los valles cerrados de las montañas, ninguna podría ser considerada como típica, puesto que esas huídas, esos éxodos, han tenido lugar en diversos períodos de la historia, con acompañamiento de vicisitudes diversas; pero, aunque sean diferentes por su origen y costumbres los habitantes de los altos valles, se parecen por ciertas condiciones del medio, y, por consiguiente, presentan muchos rasgos comunes. En primer lugar, la rarefacción del aire les impone fenómenos de respiración análogos: en efecto, el hombre que vive á 2,000 ó 3,000 metros sobre el mar no recibe en una misma aspiración la misma cantidad de oxígeno que en las regiones bajas, y esta insuficiencia de gas vivificante le expone, durante el ascenso, á ese «mal de las montañas», que proviene de la no eliminación de los principios tóxicos que quedan en el organismo.

A consecuencia de la «anemia barométrica»[1], los visitantes de las altas mesetas están expuestos á enfermedades particulares, diferentes de las que se desarrollan en las bajas llanuras. Pero, el ser humano puede aclimatarse, merced á una modificación fisiológica: los glóbulos rojos, de los que se cuentan unos cinco millones por milímetro cúbico de sangre, en los hombres que viven en los campos del litoral marino, se elevan á ocho millones y más en los que residen á 4,000 metros de altura. No solamente la sucesión de las familias, sino el individuo mismo puede acomodarse muy rápidamente, por el aumento de los glóbulos sanguíneos, á la existencia en el aire rarificado de las alturas[2]. El resultado de esos cambios ha permitido á los montañeses distinguirse

[1] Tyndall, Bert, Jourdanet, *Du Mexique au point de vue de son influence sur la vie de l'Homme.*

[2] Freshfield, Whymper, Tyndall;—Viault, *Société de Géographie commerciale de Bordeaux.* Sesión del 4 de marzo de 1895.

uniformemente de las gentes de la llanura por las dimensiones de la caja torácica. Los Quichúas y los Aymaras, lo mismo que los Tibetanos, admiran por la estructura maciza del tronco, al cual se unen miembros que á las gentes de las llanuras les parecen deformes. Hasta los descendientes puros de los españoles que se establecieron hace tres ó cuatro siglos sobre las mesetas de Colombia y de Méjico difieren singularmente de sus hermanos de raza castellana por las dimensiones del busto.

Todos los viajeros que visitamos las montañas durante la bella estación y que nos complacemos en respirar el aroma de las hierbas, en coger las brillantes flores de las laderas, en pasear á orillas de los torrentes, bajo las ramas de los álamos, no solemos tratar de imaginarnos lo que fué la vida de los montañeses primitivos, lo que es la de sus descendientes encerrados en esos altos reductos, tan pintorescos y agradables en verano.

Caminos sinuosos, trazados serpenteando sobre precipios, hasta ferrocarriles atravesando promontorios en galerías bajo las rocas, nos conducen á esos pequeños universos, cerrados en otro tiempo, donde, cansados de la vida, rendidos de cuerpo y de espíritu, vamos á restablecer nuestro equilibrio físico, intelectual y moral. Sobre esas alturas todo nos parece bello, pero los naturales saben cuán dura es la existencia en esos estrechos dominios. Lo mismo que en las regiones polares, hay valle de los Alpes privado de sol durante una parte del año, y la claridad de invierno no da un rayo directo, una luz franca: no se nota sino una disminución de la obscuridad nocturna. A lo lejos, detrás de las altas crestas, se extiende el reflejo del astro amado, y al medio día las gentes del valle siguen con mirada ansiosa el resplandor de aurora que allá arriba toca el perfil de la montaña, después se debilita y se extingue poco á poco, dejando una triste penumbra sobre las formas cadavéricas de los bajos fondos. En los altos valles de los montes, lo mismo que en los archipiélagos del océano Glacial, «la obscuridad es más difícil de soportar que el frío».

¡Qué alegría para esas gentes de la sombra cuando el astro, en la primavera, muestra su limbo superior, después su disco entero, apareciendo como un dios, y seguramente adorado como tal! En el Valle

Godemar, los habitantes de la villa de los Andrieux se reunían en otro tiempo al fin del verano en el puente de su torrente, y después, pasados los 102 días de desaparición, — desde el 1.° de noviembre al 10 de febrero, — cuando el sol mostraba nuevamente su disco de oro, le ofrecían una tortilla redonda, como para imitar, lo mejor posible, por aquella grosera imagen, la forma y el color de la divinidad y hacérsela así favorable para todos los pobres productos de su infecundo suelo [1].

A la falta de luz, corresponde la falta de salubridad: el hombre se desarrolla mal al pie de las pendientes siempre sombrías y húmedas; sus articulaciones se entumecen, se vuelve raquítico y frecuentemente se le desarrollan paperas, puede descender hasta el cretinismo. Los países de montañas son siempre los que cuentan mayor número de achacosos de toda especie: escrofulosos, cojos, ciegos y sordos. Hay villa en los Alpes que tenía antes, y con justicia, el nombre de «Villard-Goîtreux»; los perros, hasta las gallinas, andan pesadamente, arrastrándose. El estado higiénico de la población ha cambiado completamente durante la segunda mitad del siglo XIX, porque la instrucción, con sus consecuencias prácticas, ha penetrado ampliamente en el valle, quizá las industrias químicas han contribuído algo á modificar la constitución del aire [2].

El Himalaya, los Pirineos, el Cáucaso, los Andes americanos tienen también sus poblaciones de enfermizos: la mayoría de los habitantes tienen bocio ó papera, en el largo valle colombiano del Cauca. Y no son solamente las desgraciadas poblaciones de los altos valles cerrados las que padecen por la prolongada ausencia del sol: las gentes de las poblaciones situadas fuera de la montaña, que viven asimismo á la sombra de sus muros, sufren también por la misma causa. La disminución de la luz y del calor solares trae forzosamente consigo una limitación proporcional en la amplitud de las ideas y en la libertad de espíritu.

A las ya temibles condiciones del medio, se junta, en los altos valles de las montañas, la claustración impuesta por las nieves del invierno. Los cautivos de esas regiones se encuentran entonces en pleno país polar: las nieves se amontonan en los fondos, se arremolinan sobre las alturas y se acumulan al borde de los precipicios, amenazando descender en violentas avalanchas y aplastar los grupos de cabañas ocultas en las hondo-

[1] Ladoucette, *Histoire... des Hautes-Alpes*.
[2] Louis Cuisinier, *Notes manuscrites*.

nadas. Para no morir aplastados, hay que refugiarse en cuevas, naturales ó artificiales, y por medio de galerías, bajo las nieves, mantener la libre comunicación del aire con el exterior. Los víveres acumulados durante el buen tiempo, rara vez son suficientes á las familias trogloditas, que no tienen, como las marmotas, el recurso de dormirse alimentadas por su exceso de grasa; ordinariamente, los hombres adultos abandonan en su infecta soledad á los ancianos, las mujeres y los niños, y descienden hacia la llanura para ver si en ella logran medios de existencia, al mismo tiempo buscan aventura, porque el montañés encerrado siente la necesidad de ensanchar su prisión: de lo alto de los promontorios que rodean su valle, ve el mundo á sus pies, ve abrirse ante sí el infinito, y desciende, camina siempre más allá, impulsado por la alegría del espacio.

Son los suizos, de todos los habitantes de Europa, los que se encuentran, no en mayor número, sino más metódicamente distribuídos en todas las partes de la Tierra, debido á que la expansión gradual de las industrias, viajando en todas las comarcas hacia las cuales irradian sus ríos, el Rhin, el Ródano, el Tessino y el Danubio les enseña el arte de distribuirse los campos de explotación: en ninguna parte ha sido mejor comprendida la ciencia de la expatriación.

La emigración parcial de los montañeses, durante la estación de los fríos, ha debido producirse en todos los tiempos hasta regularizarse con un ritmo perfecto; los habitantes de las llanuras inferiores, así visitados periódicamente, se han acostumbrado á esos pasajes de extranjeros, de la misma manera que al vuelo de las aves de paso. Los acogían con benevolencia, puesto que les traían los productos de la tierra natal, cosas útiles ó bellas, como cristales, plantas preciosas, animales raros, y les ofrecían también su trabajo temporal á cambio de pan. La necesidad les había ingeniado á crearse oficios especiales; sabían hacerse indispensables, y, merced á sus servicios, pasar de población en población sin ser molestados. Recientemente aún, antes que la inmigración europea y la construcción de los ferrocarriles hubiesen cambiado toda la economía social de la América del Sur, la tribu boliviana de los Collahuayas, que forma parte de la nación de los Apolistas, en las montañas de Apolobamba, enviaba todos sus adultos á las comarcas de las inmediaciones hasta Lima, Valparaíso, Buenos Aires y hasta el mismo Río Janeiro para vender drogas simples, piedras imantadas y remedios. Los más hábiles, que

se les reconocía por su gran crucifijo, gozaban de gran reputación como médicos. Tras años de vida errante, esos *indios del Perú* volvían á su país, llevando orgullosamente su saco de dinero, á veces acompañados de una caravana de mulas cargadas; entonces reconocían los hijos nacidos durante su ausencia y adiestraban á los jóvenes para continuar su vida de amoladores [1].

Ignorantes de los odios locales, los mercaderes de la montaña, que recorrían países en plena guerra, no tomaban partido por unos ni por otros; mas considerando buena toda industria, llegaban hasta venderse temporalmente para guerrear. Tales eran los suizos de la Edad Media, *quei villan' bruti*, de quien habla Ariosto: matar y saquear, había llegado á ser su función social.



ATALAYA: VILLA DE TROGLODITAS (GRAN CANARIA)
De una fotografía *(Sociedad de Geografía)*

Alábase el valor de los montañeses, otra consecuencia del medio que habitan y de su género de vida. Habiendo quedado libres y hermanos en su estrecho dominio, merced al muro de defensa que les protege, esas gentes de los altos lugares pueden imaginarse, por una ilusión natural al hombre, que los privilegios del medio son debidos á su propia virtud, y tienen en escasa estimación á la multitud esclavizada que pulula debajo de ellos en la llanura. Cada uno de sus valles constituye una pequeña república, frecuentemente aliada en federación con los valles de las inmediaciones, formando así un mundo inatacable tanto tiempo como dure la unión contra los enemigos de abajo.

[1] Lina Beck-Bernard, Hugo Reck, Bollaert, etc.

nadas. Para no morir aplastados, hay que refugiarse en cuevas, naturales ó artificiales, y por medio de galerías, bajo las nieves, mantener la libre comunicación del aire con el exterior. Los víveres acumulados durante el buen tiempo, rara vez son suficientes á las familias trogloditas, que no tienen, como las marmotas, el recurso de dormirse alimentadas por su exceso de grasa; ordinariamente, los hombres adultos abandonan en su infecta soledad á los ancianos, las mujeres y los niños, y descienden hacia la llanura para ver si en ella logran medios de existencia, al mismo tiempo buscan aventura, porque el montañés encerrado siente la necesidad de ensanchar su prisión: de lo alto de los promontorios que rodean su valle, ve el mundo á sus pies, ve abrirse ante sí el infinito, y desciende, camina siempre más allá, impulsado por la alegría del espacio.

Son los suizos, de todos los habitantes de Europa, los que se encuentran, no en mayor número, sino más metódicamente distribuídos en todas las partes de la Tierra, debido á que la expansión gradual de las industrias, viajando en todas las comarcas hacia las cuales irradian sus ríos, el Rhin, el Ródano, el Tessino y el Danubio les enseña el arte de distribuirse los campos de explotación: en ninguna parte ha sido mejor comprendida la ciencia de la expatriación.

La emigración parcial de los montañeses, durante la estación de los fríos, ha debido producirse en todos los tiempos hasta regularizarse con un ritmo perfecto; los habitantes de las llanuras inferiores, así visitados periódicamente, se han acostumbrado á esos pasajes de extranjeros, de la misma manera que al vuelo de las aves de paso. Los acogían con benevolencia, puesto que les traían los productos de la tierra natal, cosas útiles ó bellas, como cristales, plantas preciosas, animales raros, y les ofrecían también su trabajo temporal á cambio de pan. La necesidad les había ingeniado á crearse oficios especiales; sabían hacerse indispensables, y, merced á sus servicios, pasar de población en población sin ser molestados. Recientemente aún, antes que la inmigración europea y la construcción de los ferrocarriles hubiesen cambiado toda la economía social de la América del Sur, la tribu boliviana de los Collahuayas, que forma parte de la nación de los Apolistas, en las montañas de Apolobamba, enviaba todos sus adultos á las comarcas de las inmediaciones hasta Lima, Valparaíso, Buenos Aires y hasta el mismo Río Janeiro para vender drogas simples, piedras imantadas y remedios. Los más hábiles, que

se les reconocía por su gran crucifijo, gozaban de gran reputación como médicos. Tras años de vida errante, esos *indios del Perú* volvían á su país, llevando orgullosamente su saco de dinero, á veces acompañados de una caravana de mulas cargadas; entonces reconocían los hijos nacidos durante su ausencia y adiestraban á los jóvenes para continuar su vida de amoladores [1].

Ignorantes de los odios locales, los mercaderes de la montaña, que recorrían países en plena guerra, no tomaban partido por unos ni por otros; mas considerando buena toda industria, llegaban hasta venderse temporalmente para guerrear. Tales eran los suizos de la Edad Media, *quei villan' bruti*, de quien habla Ariosto: matar y saquear, había llegado á ser su función social.



ATALAYA: VILLA DE TROGLODITAS (GRAN CANARIA)
De una fotografía (*Sociedad de Geografía*)

Alábase el valor de los montañeses, otra consecuencia del medio que habitan y de su género de vida. Habiendo quedado libres y hermanos en su estrecho dominio, merced al muro de defensa que les protege, esas gentes de los altos lugares pueden imaginarse, por una ilusión natural al hombre, que los privilegios del medio son debidos á su propia virtud, y tienen en escasa estimación á la multitud esclavizada que pulula debajo de ellos en la llanura. Cada uno de sus valles constituye una pequeña república, frecuentemente aliada en federación con los valles de las inmediaciones, formando así un mundo inatacable tanto tiempo como dure la unión contra los enemigos de abajo.

[1] Lina Beck-Bernard, Hugo Reck, Bollaert, etc.

Antes de la construcción de los caminos, los montañeses podían garantirse contra toda agresión, gracias á sus escondrijos naturales, al laberinto de sus cortaduras y de sus vallecillos, á sus ásperas rocas, cuyos pasos y puntos de acceso sólo ellos conocían. Las fortalezas naturales de los montes les bastaban, sin necesidad de recurrir al arte vil de las murallas; así se explica el sostenimiento de las comunidades independientes en medio de los grandes Estados políticos. Los Guanches de la Gran Canaria, ocultos en los agujeros de las rocas, se han defendido mucho tiempo contra los ojeadores españoles. Los Abor y otros Himalayos del Este, no solamente protegidos por sus rocas, sino también por los aguaceros que riegan sus montañas durante el período de los monzones, no tienen amos todavía, aunque sea Inglaterra la nación conquistadora con quien tienen que habérselas.

No existe región montañosa, Pirineos, Alpes, Balkanes, Cáucaso, cordillera de los Andes, que en su historia moderna y hasta presente, no dé ejemplo de sociedades distintas, constituídas en repúblicas, independientes de las agrupaciones políticas de la llanura inferior. La posición de Lhassa en el país de las grandes Nieves, al otro lado de la doble hilera del Himalaya y del Trans-Himalaya, ha hecho que sea una de las últimas ciudades que haya profanado una expedición militar.

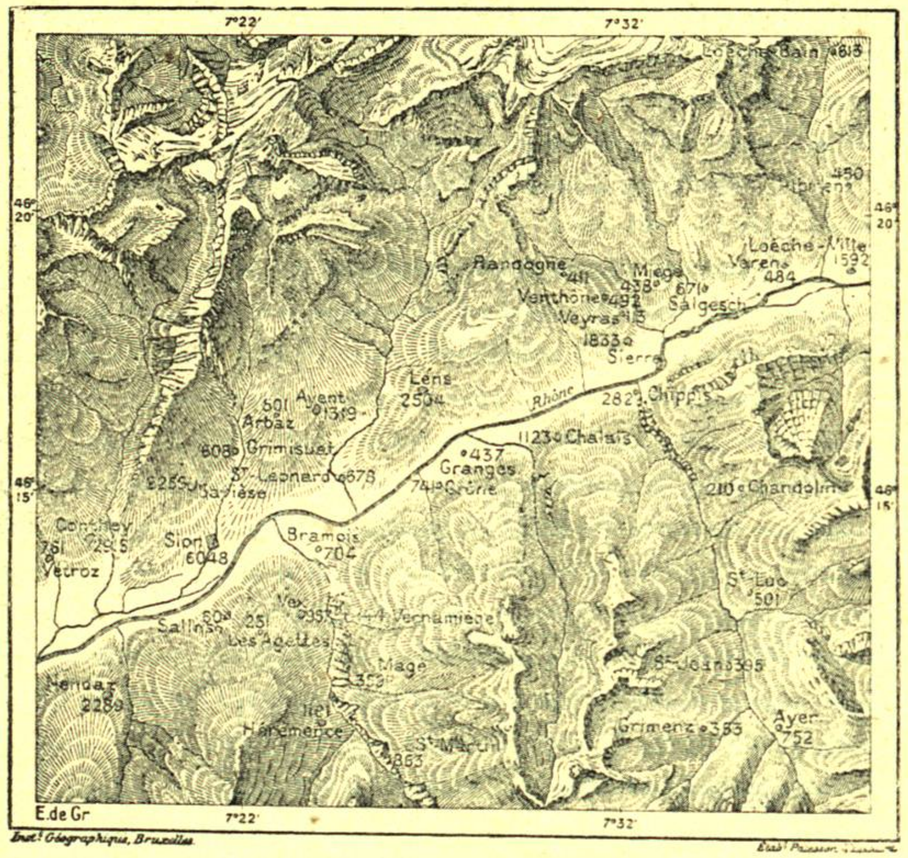
Muy fuertes para la defensa, cuando no han sido enervados por el monaquismo, como lo son los Tibetanos, los montañeses se muestran comunmente muy débiles para el ataque: relativamente poco numerosos, forman tantos clanes distintos como valles existen; su separación había sido trazada de antemano en la estructura de la montaña. Frecuentemente fueron los montañeses saqueadores, pero no conquistadores. Todas las guerras en que se ha visto comprometida la vida de naciones enteras, se han desarrollado en las llanuras[1].

Por lo demás, cada macizo de montaña forma un conjunto tan grande y tan vario que puede ofrecerse como en resumen de toda la Tierra, pues en él se encuentran todos los contrastes procedentes de la diferencia de latitudes, de los terrenos, de las pendientes, de las calorias. Los grupos de habitantes se forman naturalmente en razón del clima, de la exposición del suelo, á menos de una causa especial de atracción, tal como las

[1] R. von Ihering, *Les Indo-Européens avant l'Histoire.*

minas ó las canteras. Las poblaciones se resguardan contra el frío ó contra el calor de las pendientes calcinadas; huyen de la roca desnuda ó demasiado escarpada y buscan las cuencas graciosas, regadas, defendidas

N.° 11. Las dos vertientes del Valais



1: 250 000

0 1 5 10 kil

La cifra que acompaña cada uno de los nombres de pueblo, es la de la población en el censo de 1900. En los límites del mapa, la población residente al norte del Ródano, sobre la vertiente expuesta al sól, comprende 24,890 habitantes, repartidos en 19 centros. El número de los habitantes de las 19 villas situadas al sur del Ródano es de 12,066, siendo de notar que algunas de estas villas, como Hérémence, Chandolin y Saint-Luc se hallan instaladas sobre el lomo de montañas bien expuestas al sol del medio día.

por murallas de rocas. En algunas comarcas de Etiopía, por ejemplo, las cortaduras de separación, formadas por los torrentes, son de tal modo profundas, que resultan prácticamente infranqueables y limitan los reinos. El volcán Kilimandjaro no tiene menos de 83 Estados independientes en un espacio de 800 kilómetros cuadrados, que habitan unos sesenta mil individuos: los límites naturales formados por los

profundos barrancos de la montaña han cerrado las poblaciones como si fueran rebaños[1].

En grandes valles, como el del Ródano superior, se observa claramente que las casas se acumulan en los fértiles taludes de deyección, formados por los arrastres de los torrentes. Esos conos son tanto más populosos cuanto más amplia es su masa, correspondiendo á una vertiente torrencial más rica en aguas corrientes; además el lado del valle que da cara al sol, y por tanto el mejor cultivado de especies más apreciadas, como la vid, ofrece una guirnalda de poblaciones más aproximadas unas á otras[2].

En las llanuras y periplanicies, cada macizo de colinas, cada relieve aislado representa en menores proporciones el teatro de las vastas montañas, y las mismas oposiciones del medio influyen sobre los residentes en una medida proporcional. Así las rocas escarpadas que dominan las poblaciones y sus cultivos han favorecido la construcción de los castillos-fortalezas y de las guaridas muradas y almenadas donde se ocultaban los caballeros bandidos de la Edad Media, y también sobre los puntos dominantes se construyen en nuestros días las obras de guerra. Así mismo las cavernas, las sinuosas galerías de las grutas han podido ofrecer mucho tiempo, durante las edades de civilizaciones primitivas, las ventajas de la seguridad, como los altos valles cerrados de las montañas, y ciertas poblaciones, especialmente las magdalenianas de los tiempos paleolíticos, parecen no haber tenido otras viviendas.

A veces la naturaleza del suelo no permite grande extensión á los trogloditas: la fuerza de población y el dominio pertenecen á los hombres que viven sobre la tierra libre de todos esos laberintos misteriosos. En épocas anteriores, la raza humana, representada por sus variedades diversas, se desarrollaba tanto más ampliamente cuanto el suelo era más abierto y más templado, á la vez menos estéril y menos cubierto de vegetación frondosa, menos obstruído por rocas ó pantanos fangosos, mejor provisto de aguas claras y corrientes. Un término medio general de altura, de fecundidad y de clima presenta las condiciones más favorables para el sostenimiento y la prosperidad de la humanidad primera. Pero ¿son esas condiciones de bienestar, las más convenientes para aguzar el genio del hombre é impulsarle en la vía del descubrimiento y del progreso intelectual? No ciertamente; se necesita una parte de obstáculos para solicitar un esfuerzo incesante; si las dificultades son demasiado grandes, la especie sucumbe; mas también perece allí donde la adaptación al medio se cumple con demasiada facilidad. La lucha es necesaria, pero una lucha que se ajuste á las fuerzas del hombre y de la que éste pueda salir triunfante.

[1] Hans Meyer, *Kilimandjaro*, pág. 235.
[2] Maurice Lugeon. *Archives de la Société Vaudoise des Sciences naturelles*, 15 junio 1901.

En comparación de las montañas con valles cerrados, las estepas, las praderas sin fin, con sus débiles relieves del suelo, sus arroyos y lagunas sin profundidad y sus escasos ríos, son el país por excelencia del libre curso y del horizonte ilimitado; se extienden indefinidamente como el mar, y como sobre el mar es fácil convencerse de la redondez del planeta por la forma de los objetos que se perfilan á lo lejos sobre el cielo.

En parte alguna se siente más la alegría del espacio que en esas llanuras sin límites, descritas con tanta dulzura por los Gogol y los Tourgeniev y cantadas con tanto entusiasmo por los Petöfi. La tierra uniforme, gris, sin objeto saliente que detenga la mirada, deja vagar la imaginación libremente, y, en ese mundo ilimitado que no detiene en ningún sitio el curso del pensamiento, podría uno creerse hijo del aire como el antílope ó como el pájaro. Por lo demás, el viento es siempre el gran monarca de esas regiones bajas: allí sopla como sobre el mar, llevándose la arena, arrancando hasta el césped. En muchos puntos, el Mongol de la estepa se apresura á recoger su tienda de fieltro en cuanto la tempestad se anuncia, porque sabe de antemano que no tardaría en ser derribada y rota por los remolinos de la ráfaga[1].

Libres de ir y venir á su antojo, las gentes de la estepa no se diseminan por eso al azar, sino que, conformándose con los atractivos locales de las fuentes ó de los fondos herbosos, se agrupan voluntariamente en familias y en tribus, según sus afinidades: la necesidad de la ayuda mutua y el llamamiento espontáneo del hombre al hombre, fundan comunidades semejantes á los rebaños de herbívoros, asociados ahora á su suerte por la domesticación. Pero las fuentes pueden agotarse; las hierbas comidas hasta la raíz, no suministran ya alimento al ganado; la

[1] James Gilmour, *More about the Mongols*, pág. 187.

caza huye á otros sitios: se impone entonces la necesidad de emigrar hacia regiones de la estepa más favorablemente situadas, y poco á poco se establece una especie de ritmo en las idas y venidas de la tribu, regulado por las estaciones. Los cambios de lugar, de pasto en pasto, son los únicos que se realizan en la vida normal del Hombre de las Hierbas.

La vida en la llanura libre, pero desnuda, sin árboles, sin variedad de aspectos, resulta, pues, demasiado monótona, demasiado unificada para que los habitantes de la estepa puedan modificarse y progresar espontáneamente bajo la influencia del medio. A menos de sacudidas violentas causadas por las incursiones de extranjeros, por largas sequías, por incendios ú otros acontecimientos que les fuercen á la emigración, se mantienen en el mismo grado de civilización durante un período indefinido de siglos. Pero esas revoluciones imprevistas pueden producirse repentinamente, y entonces la población entera de la estepa, con hijos, mujeres y ancianos, con animales y objetos de campamento se retira en conjunto. El éxodo es completo.

Agregaciones de agricultores que viven separadas unas de otras, en medios diversos, unas en los valles de las montañas, otras en las márgenes de los lagos, á la orilla de los arroyos ó en los claros de los bosques, no podrían reunirse en grandes ejércitos, y quedarían retenidas por la fuerza de atracción de sus intereses locales, por ese espíritu conservador que ha esclavizado todas las sociedades agrícolas. Pero los pastores nómadas, unificados por las ocupaciones, las costumbres, el género de vida, lo mismo que por el aspecto de la naturaleza ambiente, no tienen semejantes lazos que romper: acostumbrados á la carrera á través de las estepas, pueden reunirse fácilmente; no dejando rezagados tras de sí; una nación entera puede agruparse en un solo pliegue de la estepa.

Si ciertas regiones de la Tierra, como la llanura herbosa, facilitan los cambios de lugar y hasta comunican al hombre el instinto de emigración, hay, por el contrario, lugares de residencia que pueden ser considerados como verdaderas prisiones, de tal modo se halla bruscamente limitado el dominio de la habitación. Tal es el bosque primitivo, no el bosque que se ha talado transformándole en parques, con paseos, campos de tiro y de carreras, sino la selva, cuyos árboles gigantes, misteriosos, seculares, ha respetado el hombre hasta el presente.

La enredada masa de las plantas tropicales, húmeda y sombría, no se parece á los templos solemnes de los bosques septentrionales, á las hayas, á los pinos ó abetos regularmente espaciados. No se penetra allí con el mismo sentimiento de emoción religiosa, sino más bien con una especie de terror: el matorral de espeso ramaje entretejido de bejucos, no recibe al visitante en paseos naturales de suelo liso cubierto de hojas, tapizado de musgo y alegrado con florecillas. Si se abandona la pista estrecha todo es obstáculo: el tronco, la raíz, las cuerdas entremezcladas de parásitos. Apenas desde la cima desciende algún vago reflejo de luz en el caos de las ramas y de las hojas. A cuarenta metros sobre el suelo, el bosque se expansiona á veces en una superficie de bellísimas flores, y las aves vuelan alegremente en el aire libre, rozando con sus alas las ondas de aquel mar de follaje [1], mientras que abajo, en la obscuridad profunda, el hombre camina penosamente, tropezando con las raíces, á menos que tome una senda abierta por los elefantes ó los tapires.

El bosque continuo, la selva sin límites, amazónica, india ó congolesa, constituye sobre la Tierra el elemento conservador por excelencia: las agregaciones se mantienen allí, sin cambios apreciables, en su estado primitivo, mucho mejor que los habitantes de los oasis, de las montañas ó de las regiones heladas, porque el medio se modifica en su derredor con extremada lentitud, y, pueden vivir durante largos siglos completamente apartados de los otros hombres, á causa de la obscuridad que les rodea y á la dificultad de los caminos que penetran en sus retiros [2]. En esos bosques se encuentran aún, si no primitivos, los que más se acercan al tipo originario, tal como procuramos concebirle. En muchas regiones, los nombres de «salvaje», «selvático», «hombre de los bosques», —*orang-utang*—son completamente sinónimos. Que se suprima el bosque y por ello mismo desaparecerá la tribu, de tal modo ésta es dependiente de su medio. «Quien mata una encina, mata un servio», decía un proverbio de la Balkania, cuando las villas del país se ocultaban aún en estrechos valles, bajo la sombra de los grandes árboles.

Viviendo como en cuevas, bajo la tibieza de un aire húmedo, las tribus selváticas tienen generalmente un matiz mucho más blanco que las gentes de las sabanas, tostados por el sol. Los rasgos de los selváticos

[1] Marcos Jiménez de la Espada, *Notas manuscritas*.
[2] Green, *Influence of the Forests in checking Invasions*.

son más suaves, más redondeados que los de los indígenas vecinos pertenecientes á la región de las sabanas; el carácter es también menos sólido y vigoroso; es observación general que los hombres que viven al aire libre tienen el espíritu más firme, la inteligencia más clara, la actitud más atrevida, la acogida más noble y benévola que los tímidos retirados á los bosques.

La más ignorante de las tribus del Nuevo Mundo, la de los Aimores ó Botocudos, que habitaba en la profundidad de las selvas del Brasil, sobre el Doce y el Jequitinhonha, no sabía construir chozas, ni tejer hamacas, ni trenzar cestos, ni modelar cacharros, ni cultivar el suelo; pero viviendo con las bestias de la selva y participando, por decirlo así, de sus costumbres, esos indios y sus congéneres tienen un conocimiento singularmente preciso de todo el mundo animal que les rodea; en ninguna parte se ha llevado tan lejos el instinto de la comprensión mutua, y, no obstante, no se ha practicado la cría de animales, sea para alimento, sea para servicios directos, como tracción, transporte de fardos ó colaboración en la caza; porque las condiciones materiales del medio se oponen absolutamente á ello. ¿Cómo conducirían el ganado en los espesos matorrales donde apenas es posible deslizarse, donde las gentes de algunas tribus, los Coroados—«coronados» ó «tonsurados»—se cortan el cabello por temor de enredarse en las ramas?

Por la naturaleza de su vida, las gentes de los bosques han de dividirse al infinito, en grupos poco numerosos, hasta en simples agregaciones de familias, procurando por la cosecha y la caza, acaso por una agricultura rudimentaria, sostener su vida. Hay nación, evaluada por los viajeros en miles de individuos, que se halla esparcida por vastas extensiones que en atravesarlas se emplearían varias jornadas; familias aisladas, recogidas en bosques, ó bien, los días de fiesta ó de *palabre*, tantas gentes reunidas como se encontrarían en las aldeas de Europa, he ahí todos los naturales que los exploradores encuentran en las selvas del Nuevo Mundo.

Las lenguas se fragmentan, como las razas, en semejante medio. Cada una de esas pequeñas humanidades modifica gradualmente su hablar, y, en el curso de un corto número de generaciones, el lenguaje se divide en varios dialectos muy distintos. A consecuencia de un combate desgraciado, de una inundación fluvial, puede desaparecer una lengua

con la tribu que la hablaba. Bien conocida es la historia de la tribu venezolana de los Atuses, que se extinguió, no dejando más que un loro para perpetuar su idioma[1]. Este hecho raro inspiró á prosistas y poetas, y toda una literatura gravita alrededor de esa ave de los Atuses. Pero lo que se ha visto principalmente en esta historia es la melancolía de las cosas, la cruel ironía del destino, haciendo de un volátil sin pensamiento el único heredero del genio y de la vida moral de un pueblo. Vese además la suerte fatal de todos los que, viviendo aparte sin ayudarse los unos á los otros, se encuentran á merced de los acontecimientos, y destinados á la servidumbre ó á la muerte.

No solamente tienen los aislados que temer todo del destino, á causa de su corto número y de la falta de cohesión, sino que son inhábiles para modificarse, su apartada vida les hace conservadores.

Entre los selváticos es donde se encuentran los individuos que representan los tipos más antiguos por la forma del cuerpo y por la concepción de las cosas. Las poblaciones enanas del Africa y de la Insulinda únicamente subsisten en los bosques más espesos: su vida misma está ligada de una manera absoluta á la duración de la selva primitiva. ¡Qué poco cambiarán las ideas en ese medio en que apenas penetran otros hombres!

Hasta en la Europa civilizada, surcada en todos sentidos por tantos caminos, los leñadores, los carboneros y los resineros, que acampan bajo los árboles, son siempre los guardianes fieles de las tradiciones del tiempo viejo, de los cuentos y de los poemas que las gentes de la campiña abierta han olvidado ya. Ellos son también los decididos mantenedores de las libertades antiguas: los almadreñeros de Lyons, los leñadores de la Chaux, los taponeros de la Garde-Freinet fueron siempre, aun antes de la República, fervientes republicanos, y si no constituyen poblaciones independientes, les basta vivir apartados de los aldeanos y ciudadanos de las inmediaciones para conservar un modo de pensar mucho más antiguo. Hay tenaces católicos, á quienes la duda invade á pesar suyo, que celebran con envidia la inquebrantable «fe del carbonero».

Cualesquiera que sean las causas geográficas de su aislamiento, las familias ó las tribus dejadas fuera de la humanidad, siempre activa y en

[1] Alex. de Humboldt, *Voyage au regions equinoxiales.*

son más suaves, más redondeados que los de los indígenas vecinos pertenecientes á la región de las sabanas; el carácter es también menos sólido y vigoroso; es observación general que los hombres que viven al aire libre tienen el espíritu más firme, la inteligencia más clara, la actitud más atrevida, la acogida más noble y benévola que los tímidos retirados á los bosques.

La más ignorante de las tribus del Nuevo Mundo, la de los Aimores ó Botocudos, que habitaba en la profundidad de las selvas del Brasil, sobre el Doce y el Jequitinhonha, no sabía construir chozas, ni tejer hamacas, ni trenzar cestos, ni modelar cacharros, ni cultivar el suelo; pero viviendo con las bestias de la selva y participando, por decirlo así, de sus costumbres, esos indios y sus congéneres tienen un conocimiento singularmente preciso de todo el mundo animal que les rodea; en ninguna parte se ha llevado tan lejos el instinto de la comprensión mutua, y, no obstante, no se ha practicado la cría de animales, sea para alimento, sea para servicios directos, como tracción, transporte de fardos ó colaboración en la caza; porque las condiciones materiales del medio se oponen absolutamente á ello. ¿Cómo conducirían el ganado en los espesos matorrales donde apenas es posible deslizarse, donde las gentes de algunas tribus, los Coroados—«coronados» ó «tonsurados»—se cortan el cabello por temor de enredarse en las ramas?

Por la naturaleza de su vida, las gentes de los bosques han de dividirse al infinito, en grupos poco numerosos, hasta en simples agregaciones de familias, procurando por la cosecha y la caza, acaso por una agricultura rudimentaria, sostener su vida. Hay nación, evaluada por los viajeros en miles de individuos, que se halla esparcida por vastas extensiones que en atravesarlas se emplearían varias jornadas; familias aisladas, recogidas en bosques, ó bien, los días de fiesta ó de *palabre*, tantas gentes reunidas como se encontrarían en las aldeas de Europa, he ahí todos los naturales que los exploradores encuentran en las selvas del Nuevo Mundo.

Las lenguas se fragmentan, como las razas, en semejante medio. Cada una de esas pequeñas humanidades modifica gradualmente su hablar, y, en el curso de un corto número de generaciones, el lenguaje se divide en varios dialectos muy distintos. A consecuencia de un combate desgraciado, de una inundación fluvial, puede desaparecer una lengua

con la tribu que la hablaba. Bien conocida es la historia de la tribu venezolana de los Atuses, que se extinguió, no dejando más que un loro para perpetuar su idioma[1]. Este hecho raro inspiró á prosistas y poetas, y toda una literatura gravita alrededor de esa ave de los Atuses. Pero lo que se ha visto principalmente en esta historia es la melancolía de las cosas, la cruel ironía del destino, haciendo de un volátil sin pensamiento el único heredero del genio y de la vida moral de un pueblo. Vese además la suerte fatal de todos los que, viviendo aparte sin ayudarse los unos á los otros, se encuentran á merced de los acontecimientos, y destinados á la servidumbre ó á la muerte.

No solamente tienen los aislados que temer todo del destino, á causa de su corto número y de la falta de cohesión, sino que son inhábiles para modificarse, su apartada vida les hace conservadores.

Entre los selváticos es donde se encuentran los individuos que representan los tipos más antiguos por la forma del cuerpo y por la concepción de las cosas. Las poblaciones enanas del Africa y de la Insulinda únicamente subsisten en los bosques más espesos: su vida misma está ligada de una manera absoluta á la duración de la selva primitiva. ¡Qué poco cambiarán las ideas en ese medio en que apenas penetran otros hombres!

Hasta en la Europa civilizada, surcada en todos sentidos por tantos caminos, los leñadores, los carboneros y los resineros, que acampan bajo los árboles, son siempre los guardianes fieles de las tradiciones del tiempo viejo, de los cuentos y de los poemas que las gentes de la campiña abierta han olvidado ya. Ellos son también los decididos mantenedores de las libertades antiguas: los almadreñeros de Lyons, los leñadores de la Chaux, los taponeros de la Garde-Freinet fueron siempre, aun antes de la República, fervientes republicanos, y si no constituyen poblaciones independientes, les basta vivir apartados de los aldeanos y ciudadanos de las inmediaciones para conservar un modo de pensar mucho más antiguo. Hay tenaces católicos, á quienes la duda invade á pesar suyo, que celebran con envidia la inquebrantable «fe del carbonero».

Cualesquiera que sean las causas geográficas de su aislamiento, las familias ó las tribus dejadas fuera de la humanidad, siempre activa y en

[1] Alex. de Humboldt, *Voyage au regions equinoxiales*.

constante esfuerzo, tienen ese mismo espíritu tenaz de conservación. Por lo demás, en igualdad de circunstancias, la evolución del pensamiento se hace más rápida en proporción del número de individuos que de ella participan. Así es que una isla perdida en el Océano, habitada sin embargo, sea á consecuencia de un naufragio, sea por colonización voluntaria, se convierte siempre en un microcosmo muy distinto de las tierras más próximas por las costumbres y las instituciones de los individuos que le componen.

Una de las islas del pequeño archipiélago de Hirt ó Saint-Kilda, situada al largo de las Hébridas, posee una comunidad de ese género, compuesta de una veintena de familias que viven en un verdoso valle, ocupada únicamente en la cría de carneros y en la caza de aves marinas; durante los inviernos rigurosos aquellos habitantes morirían de hambre si de Escocia no se les enviasen barcos con provisiones. El medio de ese pequeño mundo aparte difiere tanto del de la Gran Bretaña, que la llegada de un barco era suficiente, antes de que las comunicaciones fuesen tan frecuentes, para que se extendiera un contagio de catarros entre los Gaels de Saint-Kilda. Además, los niños recién nacidos sucumben allí con gran frecuencia á la «enfermedad de los ocho días», especie de tétanos que proviene probablemente de que los habitantes toman de las aves marinas su principal alimento, su calefacción, su alumbrado y el plumón de su lecho.

En las islas Vestmaneyar, cerca de la costa meridional de Islandia, el mismo régimen produce los mismos terribles efectos [1].

En cuanto á los insulares encerrados en la prisión natural más temible, la tierra de Tristán de Acunha, rodeada de fríos y de tempestades, gozan cumplidamente de la salud que dan todas las buenas condiciones de higiene, hasta poseen lo que vanamente reclaman los trabajadores de Europa: la comida asegurada; pero, sin embargo, se sienten tan estrechos, que cada año reclaman del gobierno británico el don de otra patria. A su alrededor el espacio es demasiado amplio y falta la solidaridad moral. Sabiendo que la humanidad existe, quieren sentir su influencia y su solicitud.

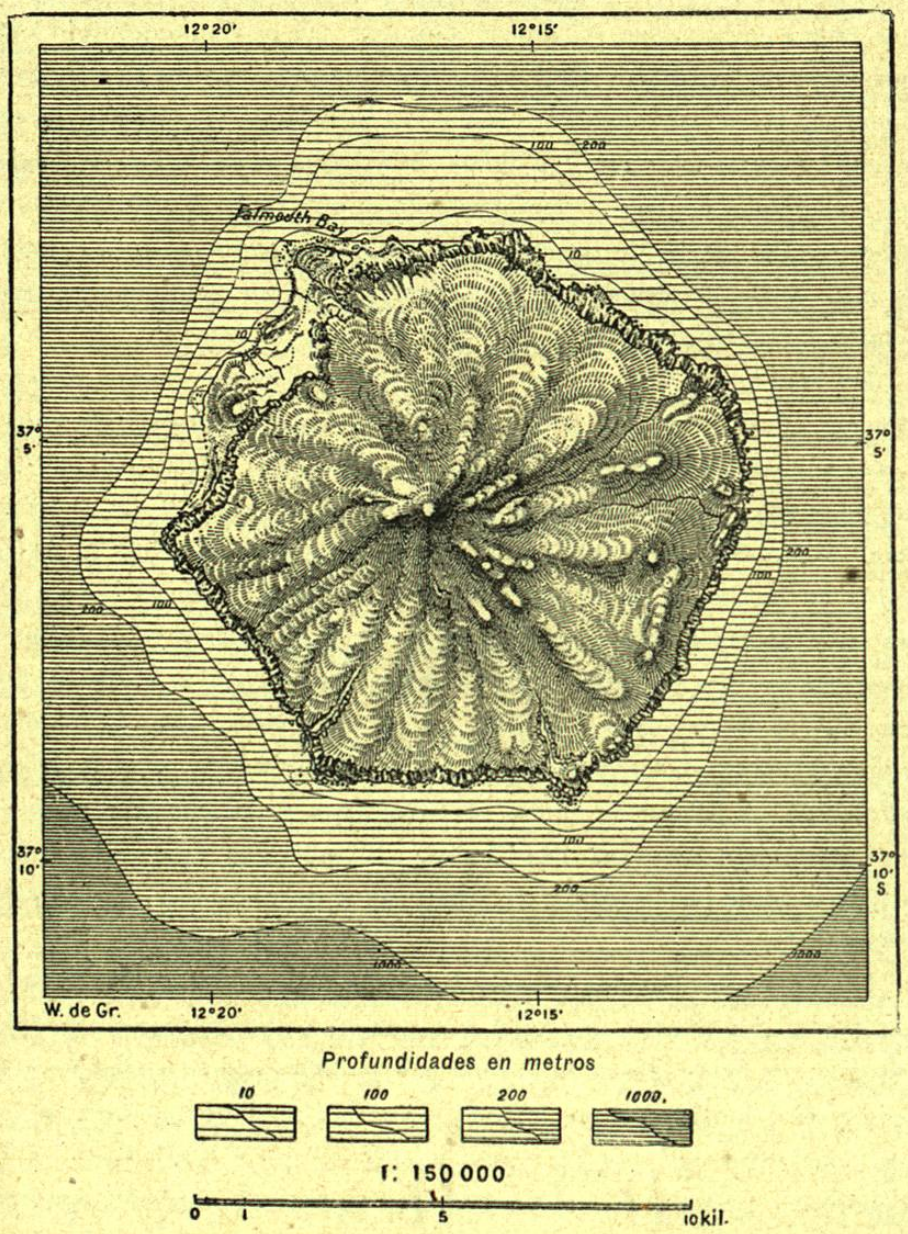
Más al Sur, otra isla, Gough ó Diego Alvarez, tiene graciosos valles, encantadores paisajes, y los marinos náufragos han vivido allí sin pena;

[1] H. Labonne, *Du tetanos des noveau-nes*. (*Gazette hebd. de Médecine*... 1888).

pero la soledad ha convertido para ellos aquel país en un lugar de horror.

Lo mismo que los insulares, las gentes de los pantanos y de

N.º 12. Tristão de Acunha



Los pocos habitantes de la isla (64 en 1897) están instalados en la proximidad de Falmouth Bay, bien expuestos al sol del mediodía.

los lagos pueden encontrarse completamente aislados, y, en ese

caso, conservan las viejas costumbres durante siglos: los cambios que se operan en el mundo exterior se cumplen á lo lejos sin tocarles.

Como ejemplo de una de esas poblaciones que quedan enteramente fieles á las costumbres antiguas, puede citarse la gregaria de los Urus, que bogan en balsas en el lago de Titicaca. Al principio del siglo XVII nos habla el historiador Herrera de esos hombres que no tienen, para morada y las necesidades de su existencia, otros materiales que la *totora*, ó sean las cañas que crecen y flotan en espesos lechos sobre las bahías poco profundas del lago. Según relaciones que reposan probablemente sobre simples juegos de palabras, los Urus, despojados de todo orgullo de raza, decían en otro tiempo á los Quichúas que no eran hombres, sino simples «gusanillos».

De tres siglos acá, la vida de los Urus no ha cambiado: todavía residen sobre balsas de totora, en chozas bajas, formadas de cañas y parcialmente cubiertas de arcilla. Comunmente sujetan su embarcación á una roca ó á un grupo de hierbas de la orilla, y no se aventuran á distancias sino en buen tiempo. Entonces tienden su vela, tejida de juncos, y gobiernan muy hábilmente el lecho de cañas que les sirve de embarcación. El fondo de su alimentación está también suministrado por la totora, cuyas raíces comen con la carne de los pescados y de las aves acuáticas. Una parte de su caza la venden á los Quichúas y á los Aymaras de la orilla, pero jamás, dice Basadre, consienten en habitar en chozas en tierra firme ni en contraer uniones con otros que con sus contribulos. Cuando una contrariedad les obliga á andar por la orilla, se balancean y caen como si estuvieran embriagados.

En los mismos Estados Unidos, donde las fuerzas industriales modernas dan al «civilizado» una verdadera omnipotencia en materia de destrucción, los Semínolas de la Florida han podido escapar parcialmente á la captura y al asesinato por los soldados de la Unión, gracias á los pantanos, á las corrientes y á las tierras blandas de los Everglades. En la actualidad se visitan sus campamentos por curiosidad siguiendo amplias vías bien conservadas.

Si el agua estancada ó tranquila aisla los hombres, el agua corriente

suele unirlos. Los valles cerrados de las montañas, los bosques y los pantanos, los islotes y los lagos son elementos conservadores en la historia de la humanidad; los ríos son, comparativamente, los principales agentes de la vida por la navegación, por los progresos agrícolas, por las emigraciones continuadas, y esto es lo que se denomina con la palabra de significación amplia: «civilización».

Pensando en los beneficios de toda especie, asegurados al hombre por el movimiento de los ríos, preciso es repetir la frase de Píndaro: «¡El agua es lo mejor que hay!»

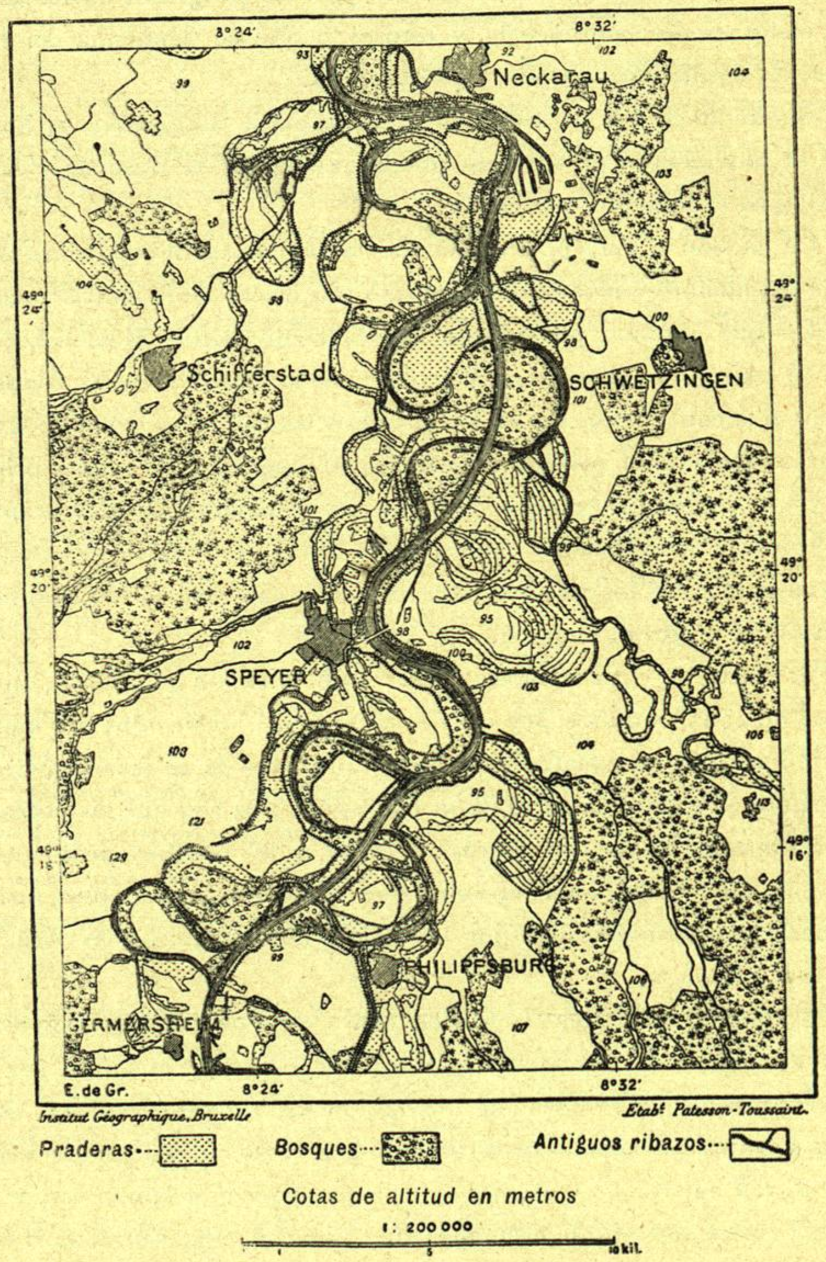
Tal ha sido la influencia capital de las aguas corrientes sobre la historia del hombre—movilizado él mismo por efecto de la inconstancia del nivel,—que algunos pensadores, especialmente León Metchnikoff, en sus *Grandes Ríos históricos*, han descuidado indebidamente todos los demás elementos del medio en sus estudios sobre el desarrollo de las naciones. Durante el período transitorio i que siguió á las edades primitivas y que abarca los grandes períodos de civilización ya muy avanzada del Egipto y de la Potamia caldea, de la China, del Indus y del Ganges, para terminar en los tiempos helénicos, sólo han visto á los ríos como agentes del progreso humano.

Por efecto de circunstancias diversas en el medio geográfico, ciertos cursos de agua, cortados por cierres naturales, ú obstruídos por hierbas y extendiéndose en pantanos, se hallan privados de su acción favorable al hombre en todo ó en parte de su trayecto. Los hay que las poblaciones del interior no pueden abordar, á causa de los bosques medio anegados ó de cañaverales impenetrables que defienden las indecisas orillas, constantemente modificadas por la lentitud de sus aguas y las oscilaciones de la corriente.

Hay todavía gran número de ríos, sobre todo en las regiones tropicales, de vegetación frondosa, que son forzosamente evitados por las tribus ribereñas diferentes de los poblados de bateleros; en otros tiempos, antes que comenzara el trabajo de arreglo del planeta, la mayor parte de los cursos de agua, hasta los que tuvieron después mayor influencia en los destinos de la humanidad, como el bajo Eufrates, el Nilo y el Yangtsé fueron mucho tiempo inabordables á los habitantes de las tierras emergidas. Green cita el ejemplo de los ríos de Inglaterra, que han tenido una importancia tan considerable en el organismo na-

cional, y de los cuales se apartaban los ribereños cuidadosamente antes de la época romana y la de los pueblos marinos invasores: las antiguas

N.º 13. Antiguo y moderno cauce del Rhin



ciudades estaban edificadas sobre las colinas del interior, lejos de los pantanos y de los bosques que bordeaban las aguas corrien-

tes [1]. Así es como Viena, una de las ciudades más grandes del mundo, ha huído mucho tiempo de las márgenes del Danubio, casi hasta nuestros días. Sobre las márgenes del Rhin sinuoso, retorciéndose como una serpiente cortada, Schifferstadt, una «ciudad de bateleros» hubo de establecerse hasta lejos del río, sobre un ribazo ribereño.

El río normal, tal como se mostraba acá y acullá en algunos países privilegiados, y tal como en otros sitios le ha orientado el hombre acercándose á sus orillas, se ha convertido por eso mismo en el creador de los grandes movimientos históricos. Corre libremente, con una onda, si no igual, al menos continua, y los que residen en sus márgenes ven pasar constantemente los islotes de espuma, las hierbas y las ramas de los árboles entremezclados por la corriente.

No hay medio de sustraerse á la obsesión de ese río, vencedor del espacio y del tiempo; de esa agua profunda y ancha, siempre corriente, reflejando las generaciones en su espejo, inmutable como el destino y, sin embargo, tan variada, tan cambiante por sus crecidas y sus descensos, sus olas, sus ondulaciones y sus arrugas, el reflejo de sus rayos y los visos de sus aguas. ¿De dónde viene ese río poderoso? Los primitivos, acampados en sus márgenes, no podían formarse de ello idea alguna.

¿Cuál fué el «misterio del Nilo» y de tantos otros ríos, cuya procedencia ignoraban los ribereños, imaginándoseles, en consecuencia, salidos del altar de un dios, ó bien siendo ellos mismos dioses?

Si veían montañas á lo lejos, allí colocaban naturalmente el origen de la corriente, pero no bajo la forma de simples manantiales brotando entre las piedras: la aparición del agua se hacía con acompañamiento de prodigios. Así, la epopeya del *Râmayâna* nos muestra la «divina Ganga cayendo de los cielos sobre la cabeza de Siva»; luego, después de haber corrido sobre el cráneo del gran dios, «sumergiéndose á través de los tres mundos» y despertando la alegría en el universo entero.

¿Dónde va ese río? Tampoco lo sabe el primitivo, pero la onda que huye siempre atrae su mirada, y se siente arrastrado á seguirla para visitar con ella los países desconocidos. La corriente le solicita incesantemente al viaje, lo mismo que las aves que ve cruzar el valle en largas bandadas.

[1] John Richard Green, *The Making of England.*

¡Cuántos símbolos trágicos suscitaron los poetas en la Sirena ó en la Lorelei, en la ninfa encantadora que surge del agua cristalina y nos atrae á lo profundo! Pero antes de haber tomado una significación temible, la leyenda tenía el sentido más sencillo del mundo: la diosa que atraía á la muerte á tantos jóvenes fuertes y valientes era la onda pura y rápida con sus reflejos cristalinos, sus finísimas arenas y sus remolinos insidiosos!

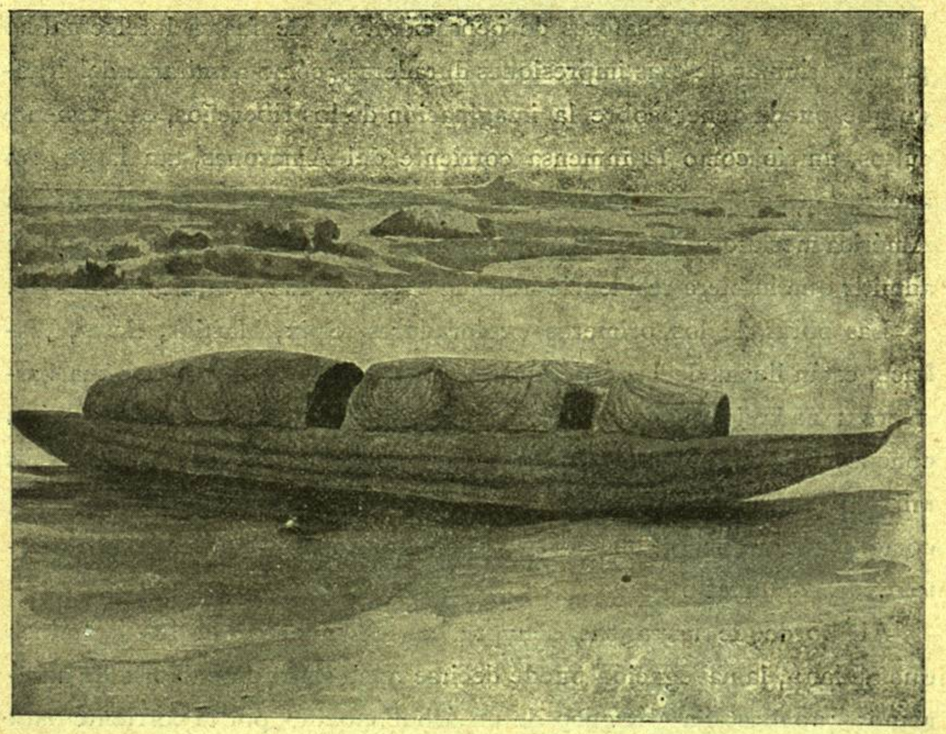
La vista del agua corriente impone una parte del ideal en la existencia de todo hombre, hasta en el de inteligencia menos abierta. Un hermoso trabajo de erudición debido á Curtius[1] pone de manifiesto como el pueblo griego, algo despojado del naturismo primitivo, ve todavía en las aguas vivas, seres que obran y trabajan apasionadamente, tomando parte con amor ó con odio en los múltiples acontecimientos de la existencia de los hombres de los países que le rodean. Y si vive la fuente, si fecunda como el Eurotas, ó mata como el Estigio, como la hidra de Lerna, ¡cuánto más poderoso, ora como aliado, ora como enemigo, puede ser el río que arrasa las ciudades, anega los campos y detiene los ejércitos en sus riberas!

Por eso la travesía de un río fué considerada siempre como un acto de gravedad positiva que exigía plegarias, sacrificios y acciones de gracias. Se hablaba al río como á un dios, ó al menos como á un genio; pero, aliándose con otros dioses, podíase también tomar venganza de los ríos malos que habían ahogado hombres. De ese modo, según la leyenda, Ciro castigó al Gindos, un afluente del Tigris, haciendo trabajar todo su ejército durante un año para dividirle en trescientos sesenta canales[2]. Desde ese punto de vista, Xerxes, condenando el Helesponto á ser azotado, obedecía á las ideas de su tiempo; porque el estrecho de olas rápidas no era á sus ojos más que un curso de agua como el Tigris y el Eufrates.

Los civilizados modernos, cuya vida se ramifica al infinito en mil pequeñas preocupaciones y en impresiones múltiples que se borran mutuamente, apenas pueden formarse idea del atractivo, del poder ejercido por la vista de una corriente continua, que parece en la Naturaleza como el

[1] Ernst Curtius, *Beiträge der Terminologie und Onomatologie der alten Geographie*. Akademie der Wissenschaften zur Berlin, 1886.
[2] Herodoto, *Histoires*, I, 189-190.

ser viviente por excelencia y que es al mismo tiempo el dispensador de la vida. Sin embargo, la influencia de este agente, de este trabajador incansable, no deja jamás de impresionar profundamente, aun á aquellos que no están habituados á un solo paisaje, sino que, por la amplitud de sus impresiones y de sus conocimientos, abarcan, por decirlo así,



TIPO DE BARCO DJENNÉ (DE CORTEZA DE ARBOL) SOBRE EL NIGER (Véase pág. 91)
Dibujo de George Roux, según una fotografía comunicada por el Museo de Historia natural.

el universo, y se han hecho ciudadanos del mundo entero. Por ello el gran naturalista Hudson, que vivió mucho tiempo en la ribera del Río Negro de Patagonia, trataba en vano de representarse, en sueño ó en sus fantasías imaginativas, paisajes diferentes de aquellos cuya imagen había penetrado en su cerebro: siempre y en todas partes se le representaba la meseta silvestre, la pendiente rápida que descendía á la ribera y la amplia corriente que desaparecía á la vuelta de un promontorio en la luz ó en la sombra[1].

Cuanto más sencillo es el paisaje fluvial, más domina el espíritu como

[1] Hudson, *Idle days in Patagonia*.

el único que pueda concebirse. Los que residen en las márgenes del Mississipí, uno de los ríos que mejor conservan su individualidad en el conjunto del curso por la anchura del cauce, la regularidad de la ola, la uniformidad de las riberas y el sombrío muro del bosque lejano ó «cipriera», apenas pueden rechazar la idea de que aquella masa líquida, descendiendo con potencia irresistible, sea el eje central de todo el mundo habitable. Y si los hombres de pensamiento y de fuerza intelectual no pueden triunfar de esas impresiones duraderas ¿cómo admirarse del arraigo que pueda tener sobre la imaginación de los ribereños, escasamente cultos, un río como la inmensa corriente del Amazonas, tan largo, tan ancho, tan poderoso, que corta en dos, como un ecuador visible, toda la América meridional? No ha mucho, los Tapuyos amazonianos no podían admitir que hubiera residencia humana fuera de una ú otra orilla del río.

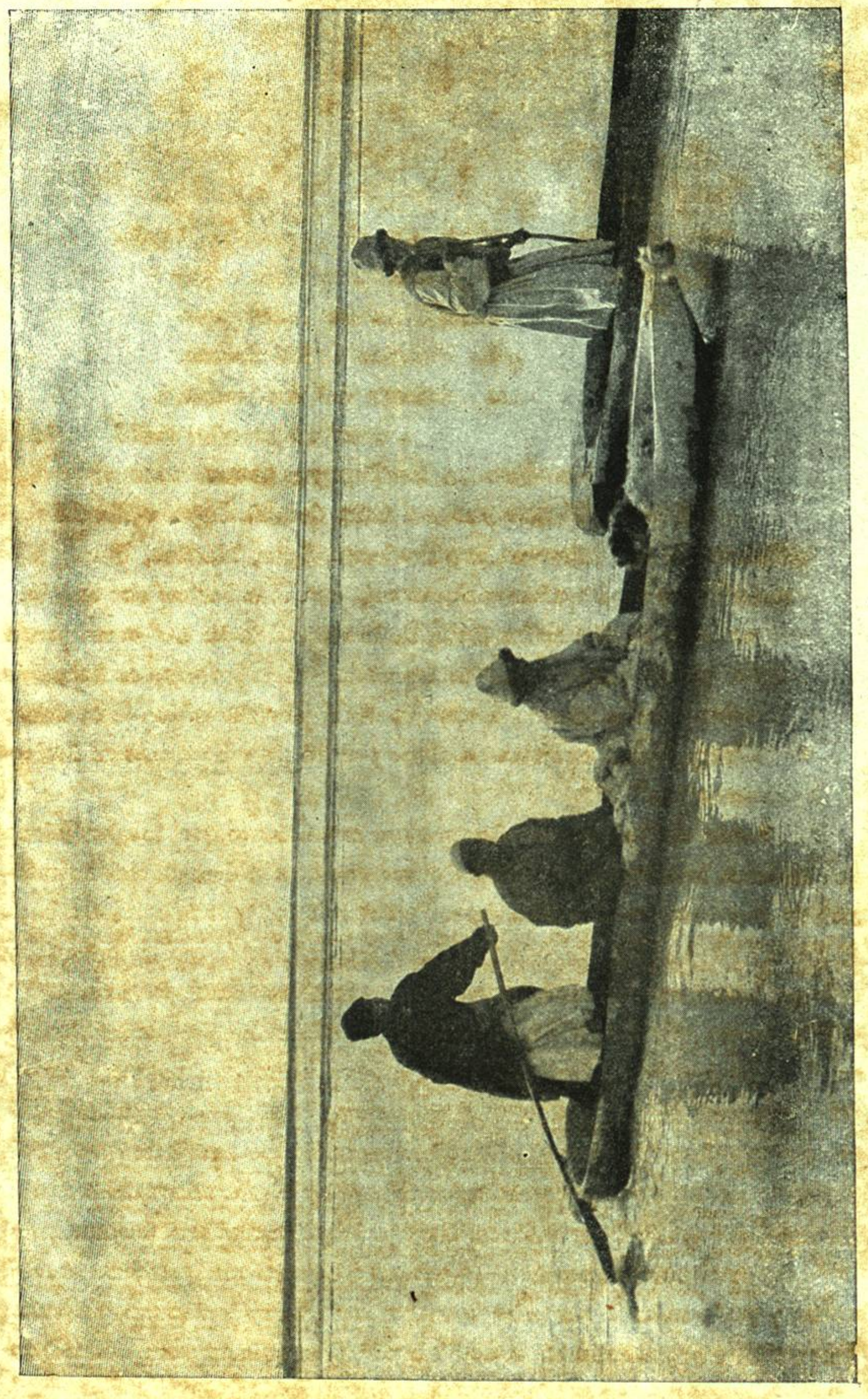
Las obras de los primeros exploradores, Spix, Martius, Bates, Wallace, están llenas de las observaciones más extrañas hechas por sus barqueros: nada de lo que se les decía de la naturaleza de los otros países concordaba con su comprensión de las cosas. Los egipcios de hace seis mil años concebían el mundo á semejanza de su valle nilótico, es decir, como una larga fisura, ocupada en el eje por un río y bordeada de desiertos y de montañas[1].

Al borde de las aguas siempre en movimiento, de los «caminos que andan», la navegación puede decirse que estaba descubierta de antemano: ¿no bastaba el tronco de un árbol movido por la corriente para atraer los niños que se solazaban en la orilla; no se aprovechaban las aves pescadoras y á veces un animal silvestre de ese vehículo natural?

Así mismo, arrastrado á su pesar por la súbita avenida de los ríos, el hombre ha viajado muchas veces sobre la corriente de las aguas, transportado sobre alguna isla flotante de terrenos ó de árboles entretejidos por sus ramajes, ó hasta en su misma morada levantada á flote.

La fuerza de la necesidad se convirtió así en la educadora del salvaje: la balsa suministrada por la Naturaleza y sobre la cual se había asociado por el espanto á los animales de la sabana ó del bosque quedó en su memoria, y pudo imitarle sin peligro en cuanto el agua se mostró propicia. Y cuando un árbol flotante, quizá ahuecado por un lado por la caries de

[1] Bonola, *Bulletin de la Société khédiviale de Geographie*, 1896, n.º 10.



PIRAGUAS INDÍGENAS, HECHAS DE TRONCO DE ÁLAMO, SOBRE EL TARIM MEDIO
Según una fotografía de Sven-Hedin.

la madera, vió que constituía naturalmente una barquichuela bien estable sobre el agua que no rodaba al azar por la corriente, ¿no se sentiría la necesidad instintiva de retenerle cerca de la población y servirse de él en ocasión oportuna, sea para dejarse llevar por la corriente, para atravesar el río y hasta para remontarlo?

Los alegres experimentos de los niños y de los jóvenes les enseñarían regularmente que, nadando medio suspendidos en los troncos flotantes y golpeando el agua con los pies, ó empleando las manos, ramas de árboles ú objetos de otra especie, podían practicar instintivamente el trabajo que se convirtió después en el arte del remo y del virado, transformando su esquife en un ser de apariencia animada, aunque siempre dócil al impulso del amo. De ese tronco ahuecado por la Naturaleza al que tuvo cavidades ensanchadas por el hombre, por medio del fuego ó por un instrumento, la transición era fácil, y debió de hacerse á las orillas de muchas corrientes por innumerables individuos: de ahí esos barcos monoxilos que se encuentran en todas las comarcas de la Tierra.

Hasta sin proponérselo, el hombre primitivo aprendió á proveer sus barcos de velas, merced á las hojas y espesas ramas que plega el viento, dando velocidad al conjunto del aparato. Esta embarcación del salvaje puede considerarse como perfecta, en atención á los materiales de que está construída: tales son el barco de corteza de árbol del Niger, el tronco ahuecado de álamo del Tarim, la piragua de abedul empleada por los Hurones y los Odjibways del gran Norte. El hombre blanco no tiene esquife que pueda luchar con ese barco primitivo, por la ligereza, la facilidad de conservación y reparación y la abundancia de materiales empleados; el «viajero» indio ó mestizo encuentra á la orilla de todos los ríos lo que necsita para construirse un barco; merced á esa piragua portátil, puede atravesar, sin detenerse, todas las regiones canadienses, desde los grandes Lagos á las montañas Rocosas.

Lo admirable es, pues, no ver casi todas las tribus salvajes conocer el arte de la navegación, sino encontrar algunas que, viviendo en las orillas de los ríos, no se arriesguen sobre sus aguas. En este caso se encuentran los Botocudos, que ni se atreven á nadar y no saben construir barcos[1]. Se comprende que, en ciertos ríos de las cuencas del Orinoco

[1] Paul Ehrenreich, *Petermann's Mitteilungen*, 1891, Heft V.

y del Amazonas, donde abundan las *pirangas,* temibles pececillos que se lanzan ávidamente sobre el hombre para desgarrarle con sus agudos dientes, las poblaciones ribereñas, temiendo fundadamente á las aguas, se abstengan de aprender la natación; pero ¿cómo explicarse que no naden ni naveguen unos indígenas en las corrientes donde la inmersión casi no ofrece peligro? Evidentemente ha de haber en este caso una superstición religiosa persistente á través de las edades, á pesar del cambio de medio: habiendo vivido en otro tiempo en las márgenes de corrientes prohibidas, por la necesidad de la defensa, y por demasiado peligrosas, han hecho de esta prohibición un precepto inviolable que han conservado en todas sus emigraciones, de río en río.

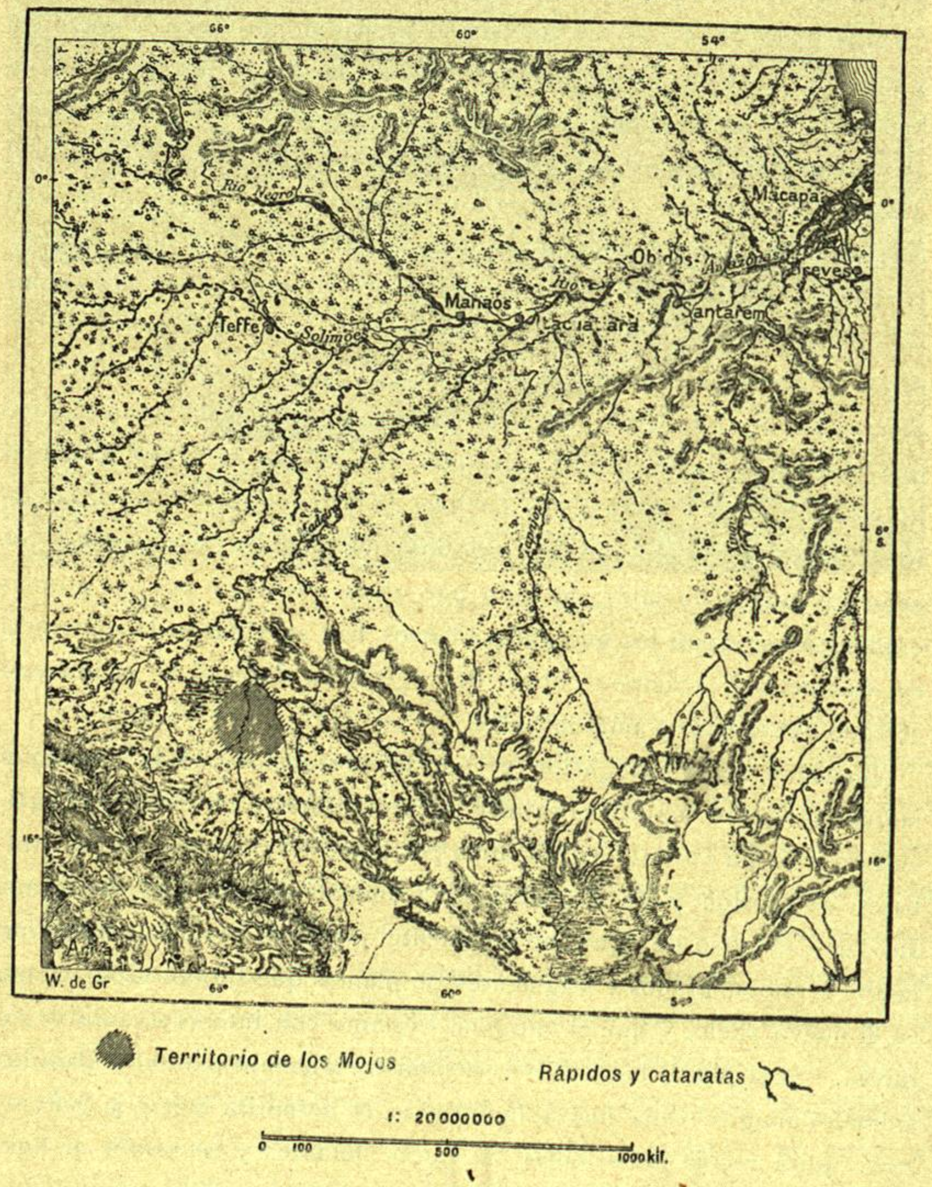
Así, á pesar del ejemplo contrario que presentan algunas tribus, y á pesar del absurdo lógico de las potencias militares que, volviendo á la barbarie primera se imaginaron todavía que los profundos cursos de agua son límites entre los hombres, entre los pueblos, semejantes á los torrentes de agua salvaje que corren por el fondo de las cortaduras y desfiladeros, se puede considerar el descubrimiento progresivo de la navegación sobre los ríos del planeta como un hecho de orden general realizado sobre mil puntos diversos.

¡Cuántos progresos se hallan comprendidos de antemano en este maravilloso invento, que añade al movimiento del hombre el de la Naturaleza, y que completa la potencia individual del ser nuestro infinitamente pequeño, con la de un dios poderoso, de fuerza incomparable, infinita, relativamente á nosotros, como la del Mississipí ó del río de las Amazonas! Y, no obstante, los primeros navegantes, sacudidos sobre un tronco de árbol que rueda y zozobra, debieron de ser objeto de risas despreciativas: los sensatos, los prudentes, que quedarían á la orilla se burlarían alegremente de aquellos aventureros, de aquellos locos, que, arriesgando su vida, se alejaban de la tierra dura, del suelo firme que pisaron sus abuelos.

Dueños del infinito por la navegación, al menos en su dirección lineal, los ribereños, desde su período primitivo, pudieron aprovecharse ampliamente de su conquista. Sobre los altos afluentes del Amazonas, en la Bolivia, viven tribus, como los Mojos, que no osarían penetrar en el bosque vecino más de un tiro de flecha ó á mayor distancia que la que alcanza el ladrido de un perro, pero que conocen en miles de kilómetros

el río y sus afluentes, sus bifurcaciones, sus *furos* ó *paranamirim;* esos «salvajes» han visitado otra naturaleza que no es la suya, saben tratar con otros pueblos y se hallan bien en medio de civilizaciones muy

N.° 14. Caminos amazónicos de los Mojos



diversas. Esos remeros no tiemblan á la aproximación de los rápidos y cascadas; cuando, llevados por la corriente, oyen mugir la ola á sus pies, saben virar á tiempo para deslizarse entre las rocas, evitar los re-

molinos y ganar de desvío en desvío la sabana de agua tranquila, el remanso que se extiende al pie de las caídas. Donde el desnivel de la corriente es demasiado fuerte, utilizan las grietas de las peñas, los bejucos entrelazados sobre la orilla, las pendientes naturales de los ribazos y las playas arenosas para llevar su barco río arriba ó río abajo.

Más abajo, en el gran río convertido en mar en movimiento, aprenden á huir de las tempestades, refugiándose en medio de los arrastres de hierba ó *cannarana*, que amortiguan las olas; y también á resistir al viento, que les rechazaría río arriba, atando su barco á un tronco de árbol flotante que se sumerge á varios metros de profundidad en la corriente y continúa corriendo con un movimiento igual siempre.

Para la subida por el río, que dura meses y meses, saben utilizar los vientos alisios, que soplan en sentido inverso de la corriente, y los ramajes laterales que, cuando las avenidas, se llenan contra corriente. En esos viajes, los bateleros no ganan solamente en fuerza y destreza, sino que aprenden también las industrias locales, se habitúan á hablar lenguas diversas y traen á sus familias conocimientos y enseñanzas de toda clase. Pero ignoran los espacios que podrían recorrerse á pie entre los cursos fluviales; ha sido por otros pueblos ó por sus propias exploraciones como los geógrafos blancos han averiguado la existencia de «sabanas» ó «campos» libres de vegetación florestal en el inmenso cercado del territorio amazónico [1].

Iniciador de la navegación y, por la navegación, de la enseñanza mutua, el río fué también el primer agente natural para enseñar la agricultura, casi sin esfuerzo de iniciativa por parte del ribereño. En sus trabajos de erosión y de depósito, la acumulación incesante de tierras aluviales, el curso de agua, no solamente aporta el suelo nutricio, sino también raíces, granos y fragmentos de plantas que brotan rápidamente en el nuevo suelo, y que el indígena examina con interés á causa de su rareza. Si la planta le conviene, si sumistra alimento para él y para los animales amigos, cada nueva inundación le permitirá imitar la Naturaleza: quizá recoja las semillas, las raíces flotantes y las confíe al limo virgen que depositan las aguas. Seguramente este trabajo, para el cual basta bajarse, se hizo en mil puntos de la tierra, y poco á poco aprendió

[1] Spix y Martius; Gibbon; Herndon; Bates; Wallace; H. y O. Coudreau, etc.

el hombre á repetirlo, no sólo á la orilla de las aguas corrientes, sino también sobre las colinas y en los claros de los bosques. Esos humildes principios de la agricultura pueden verse como se renuevan en nuestros días sobre las playas emergidas de los grandes ríos americanos.



CANOA DE CORTEZA DE ÁLAMO BLANCO SOBRE LOS RÁPIDOS DE LA AMÉRICA DEL NORTE
Dibujo de George Roux, según una fotografía.

¡Cuánto debemos, pues, á las aguas corrientes, á todos esos dioses tópicos! Ellos nos han arrancado á la inercia primitiva, nos han invitado al movimiento, nos han transformado en una humanidad progresiva que se renueva sin cesar, nos han enseñado, por la aproximación á los otros hombres, las mil diversas industrias y, finalmente, han contribuído á darnos el pan. Estamos así adheridos á los ríos por la memoria consciente ó insconsciente de innumerables acontecimientos: sabemos que sus valles fueron las vías históricas de los pueblos en marcha y que la vida de las naciones se ha desarrollado sobre sus riberas.

Las grandes civilizaciones de que hemos salido y sin las cuales no habría humanidad en el sentido moderno de la palabra, no hubieran vivido si no hubiera habido río Amarillo, río Azul, Sindh ni Ganga, Eufrates ni río de Egipto, Níger ni Senegal. Con piedad filial pronuncia el hombre pensante tan grandes nombres.

Durante el curso de las edades, la acción primera de un elemento del

medio se cambia, pues, siempre en su contraria. En el origen, el gran río separaba los hombres; las faunas difieren parcialmente sobre las dos orillas del Amazonas; así, en una época histórica reciente, ciertas tribus, inhábiles para vencer la corriente, no pasaban jamás de una orilla á la otra: el enorme foso lleno de agua en movimiento formaba un límite lo mismo para los hombres que para los animales. Y sin embargo, ese obstáculo, infranqueable para los ribereños primitivos, se ha convertido en el gran vehículo de los civilizados, el medio de transporte para las cosas, los hombres y las ideas. Seguidamente el batelero de los ríos se hace el viajero por tierra, el comerciante, el hombre múltiple y diverso que se encuentra bien en todos los pueblos; tal es el Diola del Sur, que se encuentra en todas partes, hasta más allá del Níger, y que hizo su primer aprendizaje en las marismas del litoral.

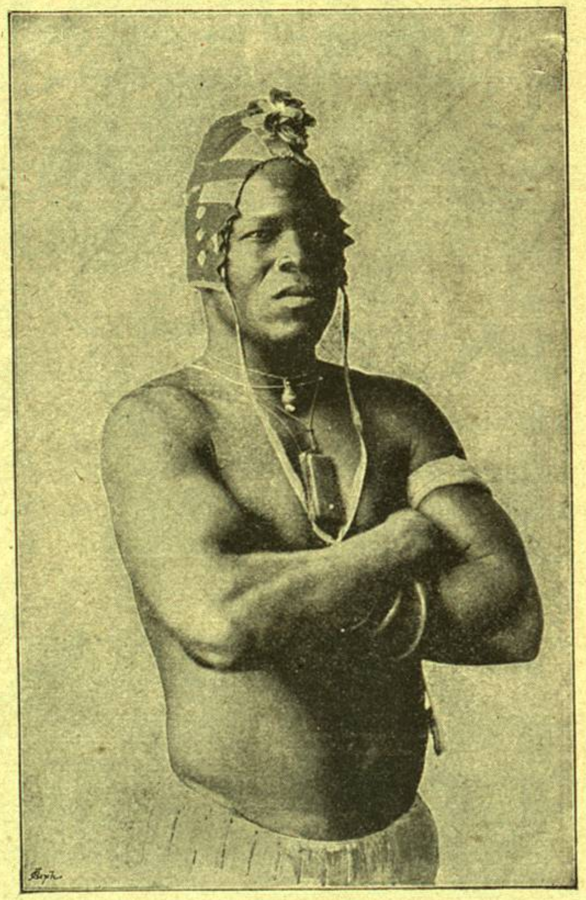
Los mismos fenómenos históricos se observan respecto de las relaciones de los pueblos con el mar. ¡Cuántas tribus, venidas de la estepa, de la montaña, de los bosques ó de los ríos, han tenido que detenerse sobre la playa ó sobre el acantilado extremo, sobre el «Fin de las tierras»—Finisterre ó Landsend,—espantadas por la extensión de las aguas, sin límites visibles, por el monstruoso estruendo del choque de las olas! El mar, que había de llevar un día de mundo en mundo los orgullosos buques, fué para los hombres de las tierras un límite infranqueable, dominados por el terror.

Por lo demás, ciertas partes del litoral marino habían de ser para sus habitantes verdaderas prisiones, no menos cerradas que los hoyos de las montañas ó los claros perdidos en los bosques profundos. Además de las islas y los archipiélagos de la costa, la zona litoral comprende espacios claramente separados de la tierra firme, dunas, pantanos ó rocas que permanecen casi inabordables del lado de las extensiones continentales. Los residentes, privados así de toda relación fácil con el país de más allá, quedan forzosamente recluídos en su estrecho territorio. Son como plantas á las que falta el suelo nutricio: tales fueron largo tiempo los *maraichins* de la Vendée.

Las poblaciones estrictamente marítimas, que quedaron casi completamente separadas de las continentales, lograron, sin embargo, en varias comarcas obtener espacios y recursos suficientes para vivir en socieda-

des independientes, sabiendo acomodarse bien á su medio para sacar de él su subsistencia y su cultura; pero allí donde los ribereños del Océano guardan sus libres comunicaciones con el interior del continente, sea por llanuras desecadas fáciles de atravesar, sea por cursos de agua de régimen normal, pueden gozar al mismo tiempo de las ventajas del continente y apropiarse gradualmente las que ofrece el mar.

En ciertos parajes, la ola se presta benévolamente á las tentativas de los hombres. Allá donde el río se continúa en estuario y el estuario en golfo, la navegación sigue naturalmente la misma dirección en la vecindad de las costas, unas veces espontáneamente por la voluntad de los remeros que persiguen su caza, sea involuntariamente por el capricho de los vientos ó de las corrientes. La transición se hace así, del río al mar: el aprendizaje del agua salada comienza en las aguas dulces. Bahías protegidas contra el viento ó pasos garantidos contra la marejada por islas ó cadenas de escollos, especialmente á lo largo de las costas dálmatas, aseguran á los ribereños facilidades de navegación análogas á las que se tienen en los ríos, y esquifes del mismo género hubieron de construirse en sus orillas.



DIOLA DE LAS RIBERAS DEL SUD

Según una fotografía

La navegación fluvial se cambia así poco á poco en costera, y ésta en marítima. Con frecuencia el batelero es impulsado hacia alta mar;

medio se cambia, pues, siempre en su contraria. En el origen, el gran río separaba los hombres; las faunas difieren parcialmente sobre las dos orillas del Amazonas; así, en una época histórica reciente, ciertas tribus, inhábiles para vencer la corriente, no pasaban jamás de una orilla á la otra: el enorme foso lleno de agua en movimiento formaba un límite lo mismo para los hombres que para los animales. Y sin embargo, ese obstáculo, infranqueable para los ribereños primitivos, se ha convertido en el gran vehículo de los civilizados, el medio de transporte para las cosas, los hombres y las ideas. Seguidamente el batelero de los ríos se hace el viajero por tierra, el comerciante, el hombre múltiple y diverso que se encuentra bien en todos los pueblos; tal es el Diola del Sur, que se encuentra en todas partes, hasta más allá del Níger, y que hizo su primer aprendizaje en las marismas del litoral.

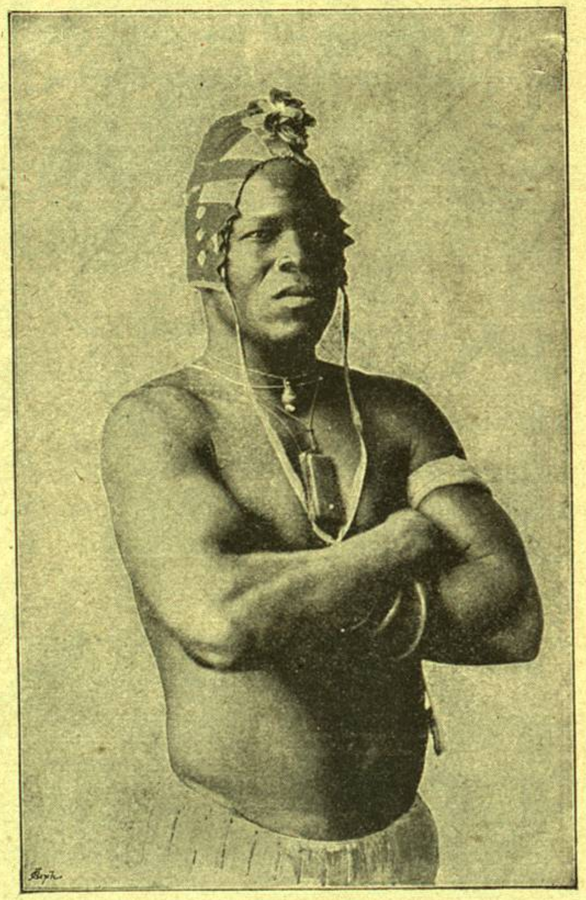
Los mismos fenómenos históricos se observan respecto de las relaciones de los pueblos con el mar. ¡Cuántas tribus, venidas de la estepa, de la montaña, de los bosques ó de los ríos, han tenido que detenerse sobre la playa ó sobre el acantilado extremo, sobre el «Fin de las tierras»—Finisterre ó Landsend,—espantadas por la extensión de las aguas, sin límites visibles, por el monstruoso estruendo del choque de las olas! El mar, que había de llevar un día de mundo en mundo los orgullosos buques, fué para los hombres de las tierras un límite infranqueable, dominados por el terror.

Por lo demás, ciertas partes del litoral marino habían de ser para sus habitantes verdaderas prisiones, no menos cerradas que los hoyos de las montañas ó los claros perdidos en los bosques profundos. Además de las islas y los archipiélagos de la costa, la zona litoral comprende espacios claramente separados de la tierra firme, dunas, pantanos ó rocas que permanecen casi inabordables del lado de las extensiones continentales. Los residentes, privados así de toda relación fácil con el país de más allá, quedan forzosamente recluídos en su estrecho territorio. Son como plantas á las que falta el suelo nutricio: tales fueron largo tiempo los *maraichins* de la Vendée.

Las poblaciones estrictamente marítimas, que quedaron casi completamente separadas de las continentales, lograron, sin embargo, en varias comarcas obtener espacios y recursos suficientes para vivir en socieda-

des independientes, sabiendo acomodarse bien á su medio para sacar de él su subsistencia y su cultura; pero allí donde los ribereños del Océano guardan sus libres comunicaciones con el interior del continente, sea por llanuras desecadas fáciles de atravesar, sea por cursos de agua de régimen normal, pueden gozar al mismo tiempo de las ventajas del continente y apropiarse gradualmente las que ofrece el mar.

En ciertos parajes, la ola se presta benévolamente á las tentativas de los hombres. Allá donde el río se continúa en estuario y el estuario en golfo, la navegación sigue naturalmente la misma dirección en la vecindad de las costas, unas veces espontáneamente por la voluntad de los remeros que persiguen su caza, sea involuntariamente por el capricho de los vientos ó de las corrientes. La transición se hace así, del río al mar: el aprendizaje del agua salada comienza en las aguas dulces. Bahías protegidas contra el viento ó pasos garantidos contra la marejada por islas ó cadenas de escollos, especialmente á lo largo de las costas dálmatas, aseguran á los ribereños facilidades de navegación análogas á las que se tienen en los ríos, y esquifes del mismo género hubieron de construirse en sus orillas.



DIOLA DE LAS RIBERAS DEL SUD

Según una fotografía

La navegación fluvial se cambia así poco á poco en costera, y ésta en marítima. Con frecuencia el batelero es impulsado hacia alta mar;

otras veces la busca él mismo, para evitar ser arrojado sobre la playa ó

N.° 15. Fondeaderos de la costa dálmata



Curvas de nivel de 100, 200; 500 y 1000 metros

1: 3000000

0 25 50 100 150 kil

contra el acantilado. Así aprende que el mar, con sus abismos no sondeados, es menos peligroso que la costa con sus bajo-fondos, sus rocas, sus

bancos de arena, y adquiere confianza bogando sobre las olas inmensas[1].

Los mares tienen, además, una fuerza de atracción muy particular, procedente de la alternativa del flujo y del reflujo, invitando dos veces por día á los habitantes del litoral á andar sobre el lecho momentáneamente abandonado por la marea: da gusto avanzar persiguiendo las olas y huir delante de ellas cuando se lanzan de nuevo al ataque de la orilla.

Se habitúa al conocimiento del mar, á adivinar los abismos que encubre, á estudiar su acción sobre las plantas y los animales. Para las gentes de costa, el alimento habitual consiste casi exclusivamente en pescados y otros «frutos de mar» que se encuentran principalmente entre los charcos, entre las piedras de los arrecifes, ó en medio de los fondos de arena ó del fango.

Pero la difícil persecución de la caza marina y, en los jóvenes, el espíritu de aventura arrastraría á los ribereños del Océano á traspasar la zona sometida á las mareas. ¿Cómo hubieran podido escapar los niños al entusiasmo del juego y de la lucha contra las olas? Ven las ondas alinearse en largos rizos, hincharse cada vez más á la aproximación de la orilla, avanzando como las columnas de un ejército en batalla; pronto se erizan en agudas crestas, se curvan en crines de espuma y se desploman sucesivamente, añadiendo cada una el ruido de su pesada masa al trueno continuo de las rompientes, al silbido de las chispas que se lanzan oblicuamente á la playa. Este movimiento, este tumulto dan nueva embriaguez al adolecente, ebrio ya de su fuerza: se precipita en el hervor de las aguas; se bate contra la ola que le levanta, le derriba y le arrastra sobre los guijarros, pero, valiéndose de un brusco reflujo, reaparece en la superficie al otro lado de las aguas que caen, y vésele, en fin, jugando como un tritón sobre la rizada onda que se desarrolla á lo largo.

Gracias á esos juegos de fuerza y de destreza, luchando el hombre desde su infancia con el poderoso mar, llega á moverse en él como un anfibio.

Lo que cuentan los viajeros de los Carolinos, de los Polinesios y otros insulares que viven en las aguas tibias de los mares tropicales toca en lo maravilloso. Durante horas, hasta días enteros, los nadadores oceánicos se mantienen sobre las olas como en su elemento natural.

En el siglo XVIII cuando los viajes que nos revelaron las costumbres

[1] Breusig, *Die Geschichte der Nautik bei den Alten.*

de los habitantes de la mar del Sud, los buques echaban el ancla á muchos kilómetros de la orilla de las islas por temor de los arrecifes, y pronto se encontraban circundados de toda la población de las tierras vecinas, hombres, mujeres y niños, que rodeaban las monstruosas embarcaciones dando gritos de alegría.

La navegación no tardaría en aliarse á la natación, y en un principio por los medios más rudimentarios. Así los «gran Batangas», gentes de piel negra, de origen Bantu, que viven en el litoral africano, entre el Kamerun y el Gabon, se sirven de esquifes que no pesan más de siete á ocho kilógramos, que el batelero toma bajo el brazo cuando desembarca; por la forma general, esas embarcaciones largas, estrechas, apenas ahuecadas, pueden compararse á los caballos de madera. Los Batangas se sostienen sobre ellos á horcajadas, maniobrando con sus piernas para dirigir, equilibrar el barco y evitar los golpes de las olas que podrían llenarlo. Los europeos veían con admiración aquellos caballeros y sus extrañas cabalgaduras deslizarse como insectos sobre el agua, dominando con movimientos bruscos aquellas olas tan temidas del quebrado litoral donde los marineros más experimentados no se aventuraban sin temor.



CANOA DE BLANCHE BAI (MELANESIA)

Según una fotografía.

En mares en que la rompiente no es menos formidable, sobre las costas de Coromandel, por ejemplo, los ribereños se sirven de *catamaram* ó almadías, sobre los cuales se desarrollan libremente las olas, amenazando á cada asalto llevarse á los remeros. Así mismo sobre las costas brasileñas, á lo largo de Bahía y de Pernambuco, suele encontrarse, muy lejos de tierra, una *jangada*, simple construcción provista de una vela, pobre reunión de madera ligera, sobre la cual voltea la ola, rociando al remero, que ordinariamente suele verse obligado á amarrarse á su aparato fijando en él también su cantimplora y su pesada piedra de ancla.

A bordo de embarcaciones de esa clase, unos marinos de la costa americana, pertenecientes al grupo étnico de los Quichúas, descubrieron



JEFE SIOBAN Y SUS ARTEFACTOS DE PESCA (SUMATRA)

Según una fotografía

los Galápagos lo menos dos siglos antes de la llegada de los españoles, y llegaron probablemente hasta la isla de Pascua, donde, según algunos autores, dejaron como testimonio de su visita las extrañas esculturas transportadas hace poco al peristilo del *British Museum*. En los mares donde soplan vientos regulares, alternando del día á la noche ó de una estación á otra, las gentes audaces y aventureras se encuentran particularmente solicitadas, siendo naturalmente impulsados á viajar de isla en isla, en los sitios que surgen las tierras á poca distancia unas de otras; de ese modo hubo de hacerse la navegación en el mar Egeo, donde las etapas están marcadas de antemano, y la navegación debía de hacerse como por la atracción de imanes sucesivos.

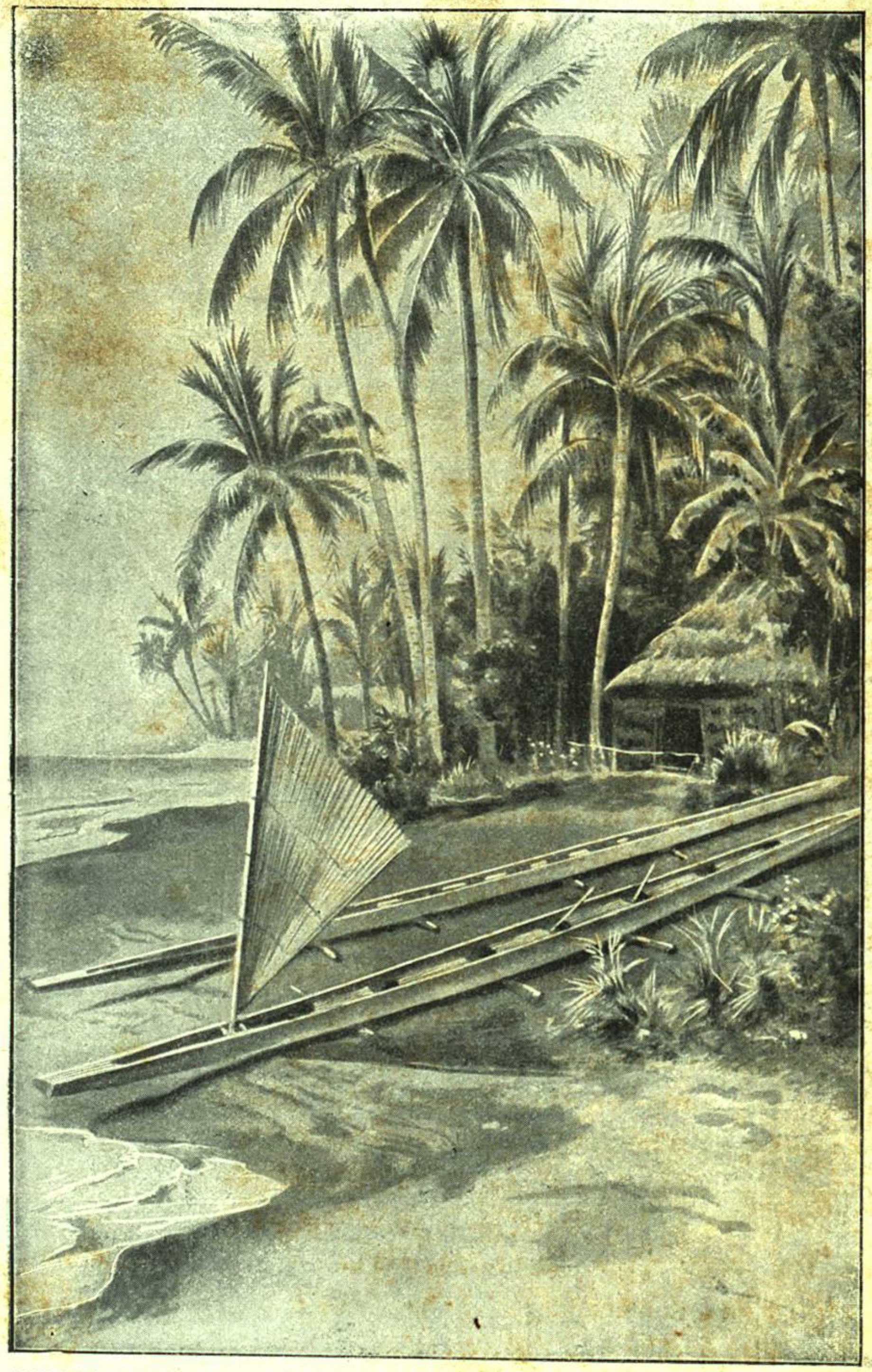
Pero no todos los mares son benignos ni todos los vientos propicios, y son escasos los parajes que merezcan realmente el nombre de *Golfo de*

las Damas que los primeros pilotos españoles dieron al «Pacífico» mejicano, porque, como decían, el brazo de una mujer bastaba para dirigir la embarcación. Ciertas partes del Océano, situadas en el recorrido de los vientos rápidos, de las ráfagas y de los ciclones, se elevan y se hunden en ondulaciones poderosas donde, á veces en un caos hirviente de olas entrechocadas, parece que todo esquife habría de desaparecer rápidamente. Y, sin embargo, tal es la fuerza de atracción que ejerce este mar siempre en movimiento, y tal es, por otra parte, la necesidad y el hambre que sienten muchos pueblos establecidos sobre una costa estéril, cerca de las aguas de pesca abundante, que, hasta en esos peligrosos sitios el marino sea ventura sobre débiles tablas industriosamente reunidas.

Sobre el contorno de los continentes, en las islas y en los archipiélagos, no hay lugar que no conserve en su nomenclatura toda una historia siniestra de naufragios y desastres. Para los ribereños de la costa bretona, el nombre de «bahía de los Muertos» no es un término geográfico como tantos otros, y al pronunciarlo piensan en la serie de dramas que allí se han realizado en la epopeya terrible de las existencias humanas devoradas por el mar: se les representan los buques con los mástiles rotos, las velas desgarradas, empujados de modo irresistible hacia la costa; oyen el choque de la quilla rozando la arena, el arrastre de las anclas y de las cadenas sobre las piedras; durante las noches tempestuosas, paréceles oir los gritos, los lamentos de los desesperados, de los moribundos, hasta de los muertos, sobre los mugidos de las olas.

Y si el mar obra tan poderosamente sobre los espíritus de las poblaciones costeras más ó menos civilizadas y hasta de los marineros de nuestras marinas modernas, á pesar de las nuevas invenciones, de las maravillas de la máquina, de los itinerarios razonados, cuánta mayor debiera de ser su influencia determinante sobre insulares alejados de la costa, viviendo, como las gentes de las Hébridas, de las Orkney, de las Shettland ó de los Färöer, sobre rocas casi sin árboles, revestidas de un musgo escaso, cortadas bruscamente en acantilados por la erosión de la ola y sin otra comunicación con la playa y el mar mugiente que estrechas fallas ó chimeneas casi verticales por donde se desciende por medio de cuerdas.

La vida de los ríos obra poderosamente sobre el hombre, pero ¡cuán poca cosa es un Mississipí, un río de las Amazonas, sin hablar de un Rhin



TIPO DE CANOAS NEO-ZELANDESAS, HECHAS DE TRONCOS DE PALMERAS

(La vela es de palmas reunidas)

Dibujo de G. Roux, según una fotografía del Museo de Etnografía

ó de un Escalda, en comparación de las extensiones oceánicas! Siguiendo la forma y el contorno de las orillas, las latitudes, el régimen de los vientos y de las corrientes, el mar es benigno ó terrible, manso ó formidable, pero siempre aparece vivo, activo, apasionado, dotado aparentemente de una voluntad á la vez colectiva y múltiple en su conjunto y en cada una de sus olas, en cada rompiente, en cada copo de espuma.



UNA «JANGADA» BRASILEÑA

Dibujo de G. Roux, según un documento fotográfico.

Todas nuestras leyendas, todas nuestras literaturas, desde la *Odisea* celebrando la temible y poderosa vida del Océano «de las mil voces», nos hablan de él, pero los marinos sienten de muy distinta manera su grandeza. No habiendo de limitarse, como los hombres de tierra, á gustar sencillamente los goces estéticos, viven por y para el mar: es su generador, su compañero y con frecuencia su asesino; le aman, le adoran, pero se sienten fascinados, hechizados, aterrorizados por la vista de las aguas, y viéndolas, piensan que dormirán un día en una capa de algas ó

de arenas. Su constante impresión da seriedad á la existencia: el marinero conserva siempre en su plácida mirada como un reflejo de la muerte que tantas veces ha desafiado.

El gran contraste de los medios—campiñas del interior y playas marinas—determina una singular oposición entre las gentes de tierra y las de mar. Del uno al otro ambiente todo ha cambiado, la naturaleza y los individuos con ella. Se necesita formar parte de una humanidad ya muy avanzada para abarcar en su espíritu y fundir en una unidad más alta las impresiones tan diferentes y las ideas frecuentemente tan contradictorias que sienten y profesan las gentes de la tierra firme y las de la costa estremecida por el choque de las olas: por todas partes, en los orígenes, se manifiesta como un desdoblamiento entre los dos grupos de poblaciones actualmente unidos en el conjunto mundial. «La historia se ha engrandecido por grados con la grandeza de los mares»[1] y se hace una cuando todas las cuencas marítimas se han unido en el inmenso Océano.

Una marcha de guerra, á menudo desviada por las incursiones y las conquistas, separaba los enemigos. Establecidos en islas ó peninsulas, los rudos marinos querían reservarse la posesión de sus pesquerías de peces, de conchas, quizá de corales, de ámbar, de perlas y se proveían para el tráfico de los objetos preciosos con los países lejanos. Según las circunstancias, eran comerciantes ó piratas: en tal lugar de cambio donde no hubieran podido ser los más fuertes, se presentaban como mercaderes honrados, cambiando sus géneros de conformidad con las reglas convenidas del derecho de gentes que imponen los intereses recíprocos; en otras partes se presentaban como enemigos, saqueando ciudades, matando los hombres y llevándose mujeres y niños para reducirlos á la esclavitud.

El odio tradicional entre primitivos que difieren por el medio, la profesión y la comprensión general de las cosas, justificó durante mucho tiempo esas atrocidades.

Los Fenicios y los Cartagineses en los tiempos antiguos, los Vikings en la Edad Media y recientemente los Berberiscos y los corsarios malayos y chinos son ejemplos de esos pueblos marítimos, enemigos de las gentes

[1] Ratzel, *Anthropogeographie*, I, pág. 273;—La Réveillére, *Conquête de l'Ocean*.



FARO DE LA ISLA DE UNST, EL PUNTO MÁS AL NORTE DE LAS ISLAS SHETLAND
Dibujo de G. Roux, según una fotografía.

de la tierra firme. Alternativamente traficantes ó piratas, según las conveniencias del momento, eran á la vez destructores por el estrago, la muerte y la esclavitud; civilizadores porque traían mercancías, por las ideas nuevas que sembraban en su camino, á veces también por los cruzamientos que hacían nacer familias más aptas para la modificación y para el progreso.

Es ciertamente indispensable estudiar aparte y de una manera deta-

de arenas. Su constante impresión da seriedad á la existencia: el marinero conserva siempre en su plácida mirada como un reflejo de la muerte que tantas veces ha desafiado.

El gran contraste de los medios—campiñas del interior y playas marinas—determina una singular oposición entre las gentes de tierra y las de mar. Del uno al otro ambiente todo ha cambiado, la naturaleza y los individuos con ella. Se necesita formar parte de una humanidad ya muy avanzada para abarcar en su espíritu y fundir en una unidad más alta las impresiones tan diferentes y las ideas frecuentemente tan contradictorias que sienten y profesan las gentes de la tierra firme y las de la costa estremecida por el choque de las olas: por todas partes, en los orígenes, se manifiesta como un desdoblamiento entre los dos grupos de poblaciones actualmente unidos en el conjunto mundial. «La historia se ha engrandecido por grados con la grandeza de los mares»[1] y se hace una cuando todas las cuencas marítimas se han unido en el inmenso Océano.

Una marcha de guerra, á menudo desviada por las incursiones y las conquistas, separaba los enemigos. Establecidos en islas ó penínsulas, los rudos marinos querían reservarse la posesión de sus pesquerías de peces, de conchas, quizá de corales, de ámbar, de perlas y se proveían para el tráfico de los objetos preciosos con los países lejanos. Según las circunstancias, eran comerciantes ó piratas: en tal lugar de cambio donde no hubieran podido ser los más fuertes, se presentaban como mercaderes honrados, cambiando sus géneros de conformidad con las reglas convenidas del derecho de gentes que imponen los intereses recíprocos; en otras partes se presentaban como enemigos, saqueando ciudades, matando los hombres y llevándose mujeres y niños para reducirlos á la esclavitud.

El odio tradicional entre primitivos que difieren por el medio, la profesión y la comprensión general de las cosas, justificó durante mucho tiempo esas atrocidades.

Los Fenicios y los Cartagineses en los tiempos antiguos, los Vikings en la Edad Media y recientemente los Berberiscos y los corsarios malayos y chinos son ejemplos de esos pueblos marítimos, enemigos de las gentes

[1] Ratzel, *Anthropogeographie*, I, pág. 273;—La Réveillére, *Conquête de l'Ocean*.



FARO DE LA ISLA DE UNST, EL PUNTO MÁS AL NORTE DE LAS ISLAS SHETLAND
Dibujo de G. Roux, según una fotografía.

de la tierra firme. Alternativamente traficantes ó piratas, según las conveniencias del momento, eran á la vez destructores por el estrago, la muerte y la esclavitud; civilizadores porque traían mercancías, por las ideas nuevas que sembraban en su camino, á veces también por los cruzamientos que hacían nacer familias más aptas para la modificación y para el progreso.

Es ciertamente indispensable estudiar aparte y de una manera deta-

llada la acción especial de tal ó cual elemento del medio, frío ó calor, montaña ó llanura, estepa ó bosque, río ó mar, sobre tal ó cual pueblo determinado; mas por un esfuerzo de abstracción pura es como puede presentarse ese rasgo particular del medio como si existiera separadamente, y así es como se trata de aislarle de todos los demás para estudiar su influencia esencial.

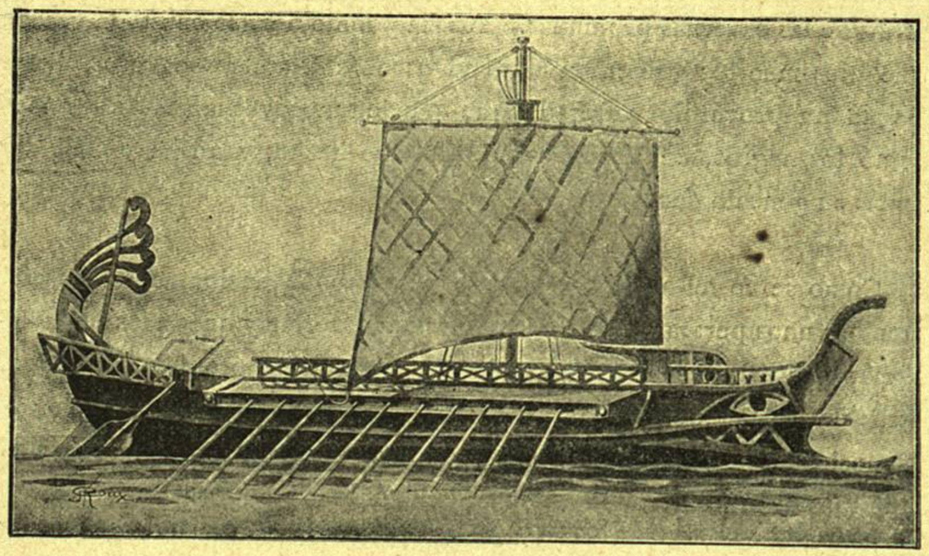
Aun allí donde esta influencia se manifiesta de una manera absolutamente preponderante en los destinos materiales y morales de una sociedad humana, no deja de mezclarse á una multitud de otros incentivos, concomitantes ó contrarios en sus efectos. El medio es infinitamente complejo, y el hombre, por consiguiente, se ve solicitado por miles de fuerzas diversas que se mueven en todos sentidos, añadiéndose las unas á las otras, unas directamente, otras siguiendo ángulos más ó menos oblicuos, ó contrariando mutuamente su acción.

De ese modo, la vida del insular no está únicamente determinada por la inmensidad de las olas que le rodean: es preciso tener en cuenta el grado de latitud bajo el cual pasa su existencia, la marcha anual del sol que le ilumina, las oscilaciones de la temperatura, la dirección y el ritmo de los vientos, la acción, menos conocida, pero no menos positiva, de las corrientes magnéticas con todos sus fenómenos de declinación, inclinación y de intensidad; conviene también consignar, alrededor del grupo social que se estudia, la estructura de las rocas, la consistencia y el color del suelo, el aspecto y la variedad de las plantas y de los animales, el conjunto de los paisajes circundantes; en una palabra, todo lo que en la Naturaleza exterior puede obrar sobre los sentidos. Cada uno de nosotros es, en realidad, un resumen de todo lo que ha visto, oído y vivido, de todo lo que ha podido asimilarse por las sensaciones.

Todavía ese medio primitivo constituído por el ambiente de las cosas, no es más que una débil parte del conjunto de las influencias á que el hombre está sometido. Las necesidades de la existencia determinan un modo de alimentación que varía según las comarcas; así la desnudez ó el vestido, la vida al aire libre ó las diversas habitaciones, grutas y techos de hojas, cabañas y casas, obran y reaccionan sobre el modo de sentir y de pensar, creando así, en gran parte, lo que se llama «civilización», estado incesantemente variable de adquisiciones nuevas, mezcladas á supervivencias más ó menos tenaces. Además, el género de vida, com-

binado con el medio, se complica con muchas enfermedades, contagios repentinos que cambian de conformidad con el país y las latitudes, y se propagan al infinito en el conjunto de las fuerzas que determinan la humanidad.

Al medio-espacio, caracterizado por los mil fenómenos exteriores, ha de añadirse el medio-tiempo, con sus transformaciones incesantes y sus



GALERA FENICIA

Dibujo de G. Roux, según una reconstitución del Museo del Louvre

infinitas repercusiones. Si la historia comienza por ser «toda geografía», como ha dicho Michelet, la geografía se vuelve gradualmente «historia» por la reacción continua del hombre sobre el hombre. Cada nuevo individuo que se presenta, con acciones que admiran, con inteligencia innovadora, con pensamientos contrarios á la tradición, resulta un héroe creador ó un mártir; pero, feliz ó desgraciado, obra y el mundo se encuentra cambiado. La humanidad se forma y se reforma con sus alternativas de progresos, de retrocesos y de estados mixtos, cada una de las cuales contribuye de diverso modo á modelar, amasar y reamasar la raza humana.

¿Cómo enumerar todos esos hechos cuya acción se sucede con las sociedades y las remueve constantemente? Las emigraciones, los cruzamientos, las proximidades de pueblos, las idas y venidas del comercio, las revoluciones políticas, las transformaciones de la familia, de la pro-

piedad, de las religiones y de la moral, el aumento ó la disminución del saber, son otros tantos hechos que modifican el ambiente y al mismo tiempo influyen sobre la parte de la humanidad bañada en el nuevo medio. Pero nada se pierde: las causas antiguas, aunque atenuadas, obran aún de modo secundario, y el investigador puede hallarlas en las corrientes ocultas del movimiento contemporáneo, lo mismo que el agua, desaparecida del lecho primitivo de la superficie, se vuelve á encontrar en las galerías de las cavernas profundas. Así ha podido decirse con toda verdad que «los muertos gobiernan á los vivos». «El muerto coge al vivo». Según un proverbio cafre, de que pueden aprovecharse los blancos como los negros, «el hecho es hijo de otro hecho, y no ha de olvidar jamás su genealogía».

Como se ve, el medio general se descompone en innumerables elementos: unos pertenecientes á la naturaleza exterior y que se les suele designar como el «medio» por excelencia, el ambiente propiamente dicho; otros de orden diferente puesto que provienen de la misma marcha de las sociedades y se han producido sucesivamente, aumentando hasta el infinito, por multiplicación, la complexidad de los fenómenos activos.

Este segundo medio dinámico, unido al medio estático primitivo, constituye un conjunto de influencias en el que es siempre difícil, frecuentemente imposible, reconocer las fuerzas preponderantes, tanto más cuanto que la importancia respectiva de esas fuerzas primeras ó segundas, puramente geográficas ó ya históricas, varía según los pueblos y los siglos. Aquí son los fríos intensos que causan la despoblación de una comarca, la muerte de la raza, ó que, obligando á los hombres á ingeniarse para acomodarse á un medio demasiado rudo, contribuyen indirectamente al progreso; allá, el mar ó el río es el agente principal de la civilización; acullá es el contacto repetido con pueblos extranjeros, de diferente cultura, lo que fué la causa determinante del adelanto.

El cruzamiento de un pueblo ya muy avanzado en la ciencia y en las artes con elementos de otra procedencia y de cultura inferior es necesariamente el punto de partida de un nuevo retoño progresivo ó regresivo: se ha visto respecto de Roma bajo la influencia de los griegos, y, de una manera general, respecto de todas las tribus del mundo bárbaro que visitan los civilizados.

Como quiera que sea, las adaptaciones diversas de los pueblos, siempre complicadas con luchas y combates, no deben, sin embargo, ser consideradas como el resultado de la guerra contra la Naturaleza ó contra otros hombres. Casi siempre, en perfecta ignorancia del verdadero sentido de la vida, nos complacemos en hablar del progreso como siendo debido á la conquista violenta: no hay duda que la fuerza del músculo acompaña siempre á la fuerza de la voluntad, pero no puede reemplazarla. En lenguaje ordinario se emplean las palabras «lucha», «victoria» y «triunfo», como si fuera posible utilizar otra vida que la de la Naturaleza para llegar á modificar las formas exteriores: es preciso saber acomodarse á sus fenómenos, aliarse íntimamente á sus energías y asociarse á un número creciente de compañeros que la comprendan para hacer obra que dure.

Pero todas esas fuerzas varían de lugar á lugar, de edad á edad: en vano, pues, ha habido geógrafos que han tratado de clasificar, en un orden definitivo, la serie de los elementos del medio que influyen sobre el desarrollo de un pueblo; los fenómenos múltiples, entrecruzados de la vida no se dejan numerar en un orden metódico. Harto difícil es la obra, y no tiene más que un valor de convención y de apreciación personal cuando se trata de un solo individuo. No hay duda que éste ha de tratar de «conocerse á sí mismo», como le han enseñado y repetido los filósofos; mas para conocerse á sí mismo, necesita conocer también las influencias exteriores que le han modelado, estudiar la historia de sus ascendientes, examinar en detalle los medios anteriores de su raza, adivinarse en el estado subconsciente, recordar las palabras ó las acciones decisivas que le ha hecho escoger, como Hércules, entre los dos ó mejor dicho entre los mil caminos de la vida. Y cuanto más grandes son las dificultades de estudio, cuando el pensamiento abarca vastas comunidades, naciones enteras que hasta han cambiado de nombre, de dueño, de fronteras y de dominio durante el curso del tiempo[1], se engañan absolutamente sobre el origen de sus abuelos.

También los historiadores, hasta investigadores como Taine, tan notable por su penetrante sagacidad, se limitan ordinariamente á describir los medios y las edades inmediatamente próximas para interpretar

[1] Mougeolle, *Statique des Civilisations*.

los hechos y los caracteres, método parcialmente bueno para dar ideas generales y medias, pero muy peligroso cuando se estudian genios originales, es decir, precisamente aquellos cuyo carácter, determinado por elementos distintos del medio ordinario, reacciona contra su ambiente. Tan difíciles son los problemas de la historia relativos á la sucesión de los medios, que de ordinario se les separa sumariamente, arguyendo una pretendida diferencia esencial de lo que se llama las «razas». Después de haber tratado de comprender las influencias inmediatas que obran de una manera evidente, se ponen todos los demás rasgos del carácter nacional á cargo de la supuesta raza. ¿Pero qué es la raza misma con todas sus características de estatura, de proporciones, de rasgos, de amplitud cerebral, sino el producto de los medios anteriores mutiplicándose al infinito, durante todo el período transcurrido desde la aparición de los troncos iniciales del género humano[1]? Lo que se llama «herencia de los caracteres adquiridos»[2] no es más que esta acción sucesiva de los ambientes. La raza está determinada como el individuo, pero ella emplea el tiempo necesario.

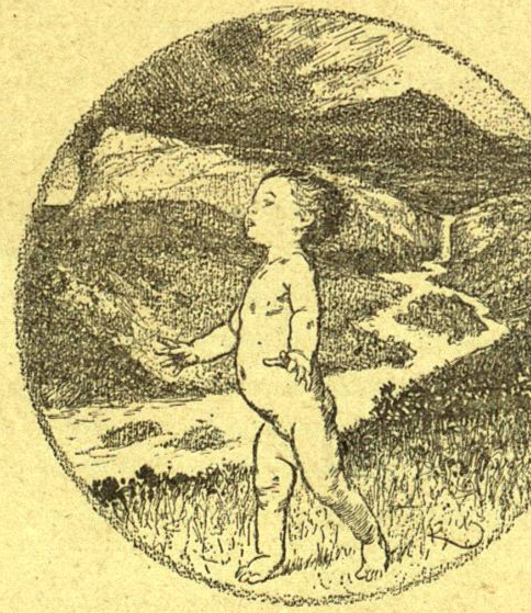
La historia de la humanidad, en su conjunto y en sus partes, no puede, pues, explicarse sino por la adición de los medios con «intereses compuestos» durante la sucesión de los siglos; mas para comprender bien la evolución realizada, es necesario apreciar también en qué medida los medios mismos han evolucionado por el hecho de la transformación general, y modificado su acción en consecuencia. De modo que tal montaña que antes extendía grandes glaciares en las llanuras, y cuyas formidables pendientes nadie se atrevía á subir, ha cesado de detener el movimiento de las naciones cuando amplios desfiladeros, apenas obstruídos por las nieves ó hasta completamente libres, han abierto un camino entre las breñas, y vías subterráneas han franqueado el paso, que han recorrido carruajes llenos de ociosos y durmientes. Así también, tal río que pudo ser un poderoso obstáculo á tribus débiles é inhábiles para la navegación, se ha convertido después en la grande arteria de vida para los bateleros de sus márgenes.

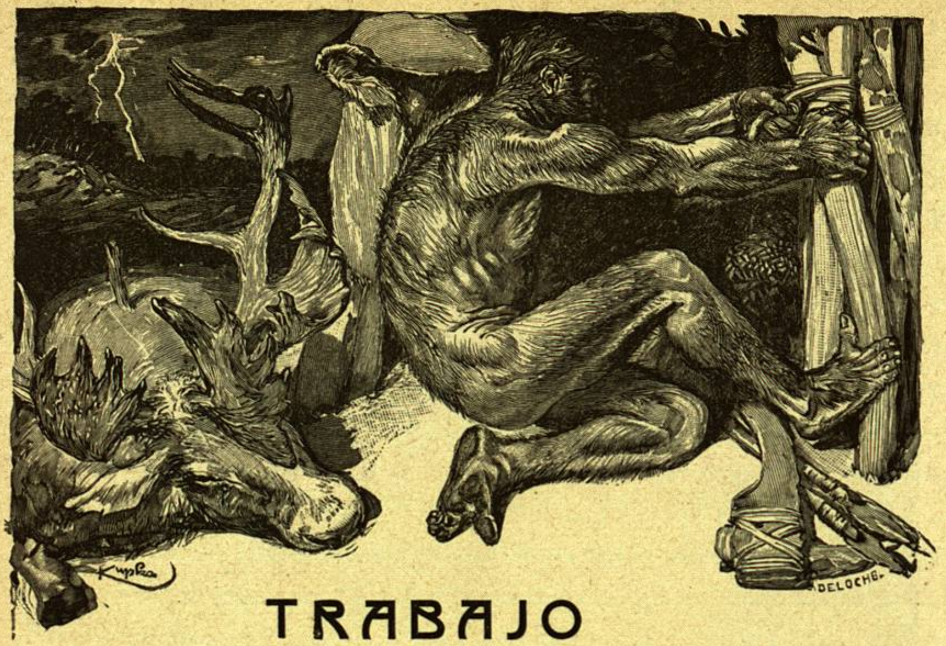
A la orilla del Océano, tal «Fin de las Tierras», como el promontorio

[1] Friedrich Ratzel, *Völkerkunde*, II, pág. 5.
[2] Matteuzzi, *Les Facteurs de l'Evolution des Peuples*, pág. 19.

de Sagres, se transformó en un punto de partida para el descubrimiento de los continentes desconocidos. La llanura constituye, para el movimiento de la civilización, un mundo completamente diferente cuando está cubierto de árboles, cuando en ella brotan hierbas silvestres ó las mieses, cuando la entrecruzan los caminos ó se destinan á la edificación de viviendas humanas.

Hay también rasgos de la Naturaleza que, sin haber cambiado en nada, ejercen una acción muy diferente por el efecto de la historia general que modifica el valor relativo de todas las cosas. La forma de Grecia, por ejemplo, ha quedado la misma, excepto algunos detalles resultado de las erosiones y de los acarreos; pero ¡cuán diferente significación tuvieron esos mismos contornos y esos mismos relieves cuando el movimiento de la civilización se dirigía hacia Grecia viniendo de Chipre, de Fenicia, de Egipto, ó, después, cuando el centro de gravedad de la historia se situó en Roma! Entonces se produjo un contraste de los acontecimientos, comparable al de la luz que se esparce á la aurora sobre la vertiente de una montaña y de la sombra que le invade al anochecer. ¿Y no hacen surgir la vida de la Naturaleza triste, inerte en apariencia, la proximidad de una capital, la de un puerto, de una mina, de un filón de hulla? El mismo desarrollo de las naciones implica esa transformación del medio: el tiempo modifica incesantemente el espacio.





TRABAJO

Del hombre nace la voluntad creadora
que construye y reconstruye el mundo.

CAPÍTULO III

El trabajo.—La imitación.—Ayuda mutua.
Discusiones, guerra.—Iniciación del cultivo del suelo.
Asociación con los animales.

La diversidad principal que presentan actualmente los hombres es la del género de trabajo determinado por las necesidades de la vida. Originariamente, el antropopiteco vivía de semillas y de frutos, como lo atestiguan sus uñas, sus dientes, sus músculos, toda su anatomía[1]; pero el aumento de las familias, la extensión del territorio poblado, la falta de los alimentos habituales y el hambre, terrible consejera, cambiaron las costumbres del hombre al mismo tiempo que cambiaba su medio. En su consecuencia, púsose el hombre á perseguir al animal para comerle, y se hizo cazador, pescador, matador de animales, obedeciendo á las condiciones de la Naturaleza ambiente.

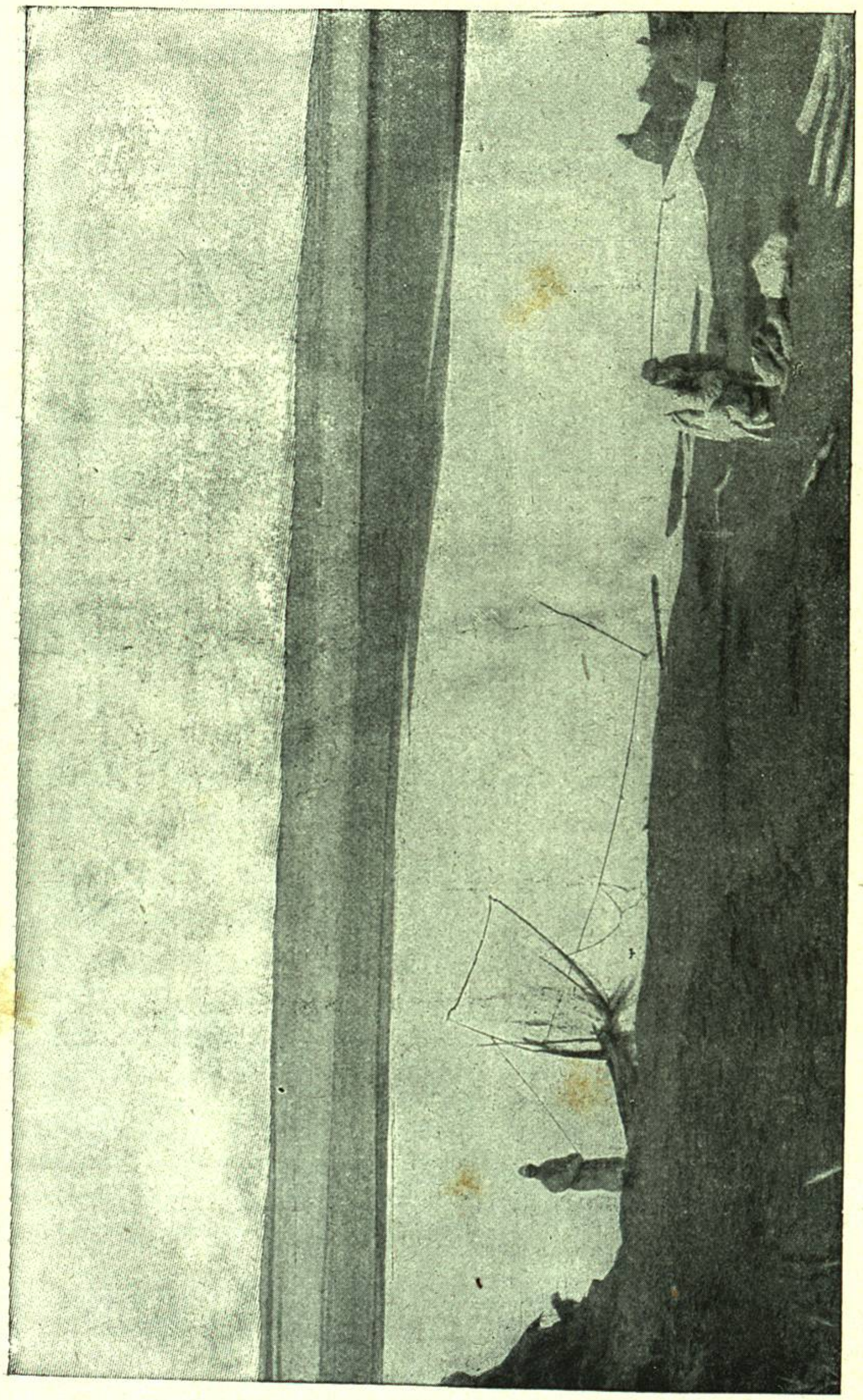
Esta acomodación al medio se ha hecho de las maneras más diversas,

[1] Cuvier;—Fr. Houssay, *Les Industries des Animaux*, pág. 14.

digan lo que quieran la mayoría de los autores, que nos dan á este respecto un orden de sucesión preciso y riguroso. Confiado en ellos, el público admite fácilmente como verdades adquiridas las hipótesis cómodas y plausibles que dispensan de reflexionar. En virtud de esta rutina, se nos dice que la humanidad ha pasado sucesivamente por estados de civilización muy distintos, pero de ritmo regular. Los tiempos primitivos para todos los hombres serían aquellos en que se sustentaban con la recolección al día de los frutos silvestres, la caza y la pesca; vendría después el período de la vida pastoril, y la agricultura seguiría á su vez á las edades de la existencia nómada dedicada á la guarda de rebaños. Condorcet, enumerando los «diez períodos» que distingue en la historia de la humanidad, designa expresamente la «formación de los pueblos pastores» y «el paso al estado agrícola» como las dos primeras etapas del gran viaje del progreso realizado hasta nosotros [1]; pero el estudio detallado de la Tierra prueba que esa pretendida sucesión de los estados es una pura concepción del espíritu en desacuerdo con los hechos. La diferencia en los medios de conquistar el alimento tuvo en todas partes por causa determinante la diferencia misma del ambiente natural. El hombre del bosque abundante en caza, el ribereño del río y del mar abundantes en pesca, el habitante de las estepas infinitas donde abundan los rebaños, y el montañés encerrado en un estrecho valle, debían de tener géneros de vida diferentes, resultantes de las condiciones dominadoras del medio.

Sin mencionar las costumbres particulares procedentes en tal ó cual tribu, carnívora ó frugívora, de las tradiciones y del atavismo heredados de la animalidad anterior, puede decirse de una manera general que el estado, si no universal, al menos normal, fué el de la recolección, comprendida en su más amplio sentido, es decir, la utilización de todo lo que al buscador famélico parecía conveniente. El hambre hace omnívoro: el individuo perdido en el bosque llega á tomar por alimento toda clase de insectos y despojos; comerá hierba y gusanos, gustará con más ó menos repugnancia las bayas y las setas, con peligro de envenenarse, pero ordinariamente con la prudencia común á los animales salvajes. Y lo que el individuo se ve obligado á hacer, en nuestros días lo mismo que

[1] *Esquisee d'un tableau historique des progrès de l'Esprit humain.*



PASTORES DE TELLPEL DEDICÁNDOSE Á LA PESCA EN LA RIBERA DEL TARIM
Según una fotografía de Sven-Hedin.

en tiempos antiguos, tribus enteras y hasta naciones se han visto obligadas á practicarlo igualmente, sea de una manera permanente antes de haber arreglado la tierra para satisfacer sus necesidades, sea para una estación ó durante todo un período de hambre [1].

Según los países, el modo primitivo de la recolección de frutos silvestres puede ser determinado por las circunstancias de un medio especial, de modo que tome un carácter único en el mundo. Los indígenas que viven en el desierto arenoso de la Australia nord-occidental, y que se ven obligados á recorrer la comarca en busca de los «puntos de agua», que agotan sucesivamente, comienzan por quemar en su derredor, á veces en un espacio de ocho ó diez kilómetros de radio, la maleza de *Spinifex* y otras plantas secas; después extinguido el incendio, hombres y niños, armados de un palo puntiagudo, exploran cuidadosamente las cenizas para recoger en ellas los lagartos, sierpes, ratas, lombrices y semillas que el fuego, pasando rápidamente sobre el suelo, ha asado ligeramente sin carbonizarles. Después, consumida la despensa, ó agotada el agua, la tribu se dirige hacia otro sitio, donde repite el mismo procedimiento, cumpliendo así regularmente, por un viaje circular, el ciclo del año de manantial en manantial y por una rotación de incendios parciales prudentemente estudiados de antemano [2].

En la maleza y en los bosques, el hombre que en ellos estaba reducido á la recolección primitiva hubo de buscar en el mismo suelo los granos, los bulbos y las raíces, trabando así conocimiento con los primeros elementos que habían de ayudarle un día á descubrir la agricultura. Veía germinar las semillas en plantas nuevas, cogía los brotes que nacían en la base de una rama envejecida, y tal tubérculo que encontraba en el suelo había levantado la tierra con su débil tallo [3].

La agricultura estaba, por decirlo así, en estado de prefloración en su espíritu; no le faltaba para obrar más que la paciencia, la larga previsión, la alianza con el tiempo.

El estado nómada, que suele colocarse en una etapa de civilización anterior en el tiempo á la agricultura, parece, al contrario, exigir más larga preparación.

[1] Link, *Urwelt und Alterthum.*
[2] David W. Carnegie, *Scottish Geographical Magazine,* March 1868, pág. 116.
[3] Fd. Hahn, *Demeter und Baubo,* pág. 5.

El ejemplo del Nuevo Mundo en toda su extensión, desde el archipiélago Artico hasta las islas que dirigen sus puntas hacia la Antártida, atestigua de manera clarísima que la agricultura para nacer no necesitó suceder al estado pastoril, puesto que se practicaban por gregarias ó naciones que vivían en diversas partes del doble continente, en tanto que en ninguna parte se encontraban pastores nómadas. Es cierto que los Quichúas poseían un animal doméstico, la llama, pero la empleaban únicamente para el transporte de las mercancías, y la masa de la nación permanecía estrictamente sedentaria y agrícola: nadie podía abandonar su campo sin orden de los amos.

Ningún hombre de genio había descubierto todavía en América el arte de adiestrar las hembras para suministrar leche abundante fuera del período de la cría, y, hasta en el Mundo Antiguo, existen varias naciones que tienen horror á la leche. Los chinos y los japoneses, que tan diversos conocimientos han recibido del Occidente, é indirectamente su misma civilización [1], no han aprendido jamás á alimentarse con la leche de la vaca doméstica. Es además probable que esta conquista de la humanidad exija muchos esfuerzos y tiempo, quizá también condiciones fisiológicas excepcionales en el animal, porque, en estado natural, los animales no tienen leche más que para sus crías; la secreción cesa en cuanto se les quita sus pequeños. Hahn expone la hipótesis que el primer empleo de la leche consistió en hacer con ella homenaje á los dioses [2]; acaso se derramaría en libación, implorando el perdón por la suerte de los terneros quemados sobre los altares.

El desarrollo de la industria humana no se ha realizado, pues, siguiendo el orden antes imaginado, sino que ha debido modificarse de diverso modo según la naturaleza del medio. Tomemos como ejemplo algunas de las poblaciones del Mundo Antiguo. Las tribus de enanos que en el Africa central viven á la sombra de los bosques ilimitados, ¿podían tener otra industria dominante que la de la recolección silvestre y la caza rudimentaria, á menos que las poblaciones vecinas, sus superiores en fuerza física, no les permitieren ó vinieren á enseñarles la agricultura y los cambios?

[1] Terrien de la Couperie, *Chinese and Babylonian Record.*
[2] Ed. Hahn, obra citada, págs. 23 y siguientes.

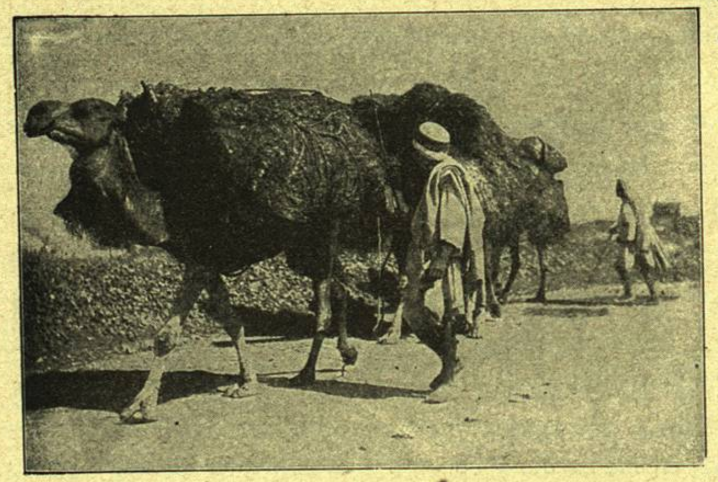
Así los Nuers, acantonados en los pantanos y sobre las islas flotantes del Bahr-el-Djebel y del Bahr-el-Zeraf, ¿no están condenados al trabajo exclusivo de la pesca de semillas y de pescado, mientras permanezcan privados de comunicaciones fáciles con las tierras desecadas del continente? ¿No estaban también, en una parte del mundo distante de la cuenca nilótica, los insulares de las Lofoten dedicados forzosamente á la pesca marítima antes que la circulación de los vapores hubiese unido este litoral al resto de Europa?

En otros sitios, cuando los agricultores hubieron ya domesticado animales y aprendido á utilizar la leche de las hembras, la misma Naturaleza asignó el estado pastoral á los habitantes de extensas comarcas, inhabitables ya para los cazadores á causa de la escasez de la caza, ó no utilizables para los labradores, á consecuencia de la insuficiencia de las lluvias: esas tierras no se prestan sino al paso de los ganados que, después de haber comido la hierba de un distrito, se transportan rápidamente hacia otras partes de la estepa igualmente ricas en pastos. El labrador que se ha instruído en el arte de hacer pacer los animales alrededor de su vivienda y que requiere, sea su ayuda en el trabajo, sea su leche, sea hasta su misma carne, y consiguientemente los protege contra las fieras, ese puede atrevidamente hacerse pastor y abandonar la región de los bosques ó las riberas del mar ó de los ríos para seguir á sus animales domesticados á las praderas sin límites, hasta los pastos de las montañas próximas, al lado opuesto de las rocas y de los torrentes. Unos terrenos de otro carácter, aquí espacios de arenas, de arcillas, de rocas ó de guijarros; allá mesetas nevadas ó desfiladeros que forman zonas intermediarias entre países de producciones diferentes y permanecen vedados por la Naturaleza á los labradores y á los pastores; entre dos territorios utilizados, esas regiones difíciles no pueden recorrerse sino por traficantes solos ó agrupados acompañados de animales de carga.

En toda región natural, los contrastes del suelo, de la vegetación y de productos se completan por otros contrastes, el de las poblaciones y su industria. El ambiente explica el origen de esas diferencias entre los hombres, y por qué tal forma inferior de civilización puede conservarse de siglo en siglo, independientemente de los progresos que modifican más ó menos rápidamente las naciones agrícolas, nacidas en las

regiones en que, condiciones favorables, han permitido la domesticación de los animales y el cultivo de plantas alimenticias. En todo tiempo la playa marítima y la ribera fluvial, la floresta ó la estepa, el desierto y el oasis, la áspera meseta y la montaña tuvieron habitantes adaptados á la industria que imponía el medio.

Lo que admira principalmente en la diversidad de los medios empleados por el hombre para la conquista del alimento, es que las civilizaciones particulares correlativas á esas condiciones, se acercan en el espacio mucho más que en la sucesión del tiempo: se ve en esto hechos de orden geográfico más que históricos. Los indios Tinehs del «Gran Norte» americano son cazadores, pescadores ó agricultores según los recursos que presentan las comarcas, florestales, lacustres ó aluviales[1].



ÁRABE AGRICULTOR DE ARGELIA YENDO AL MERCADO

De una fotografía.

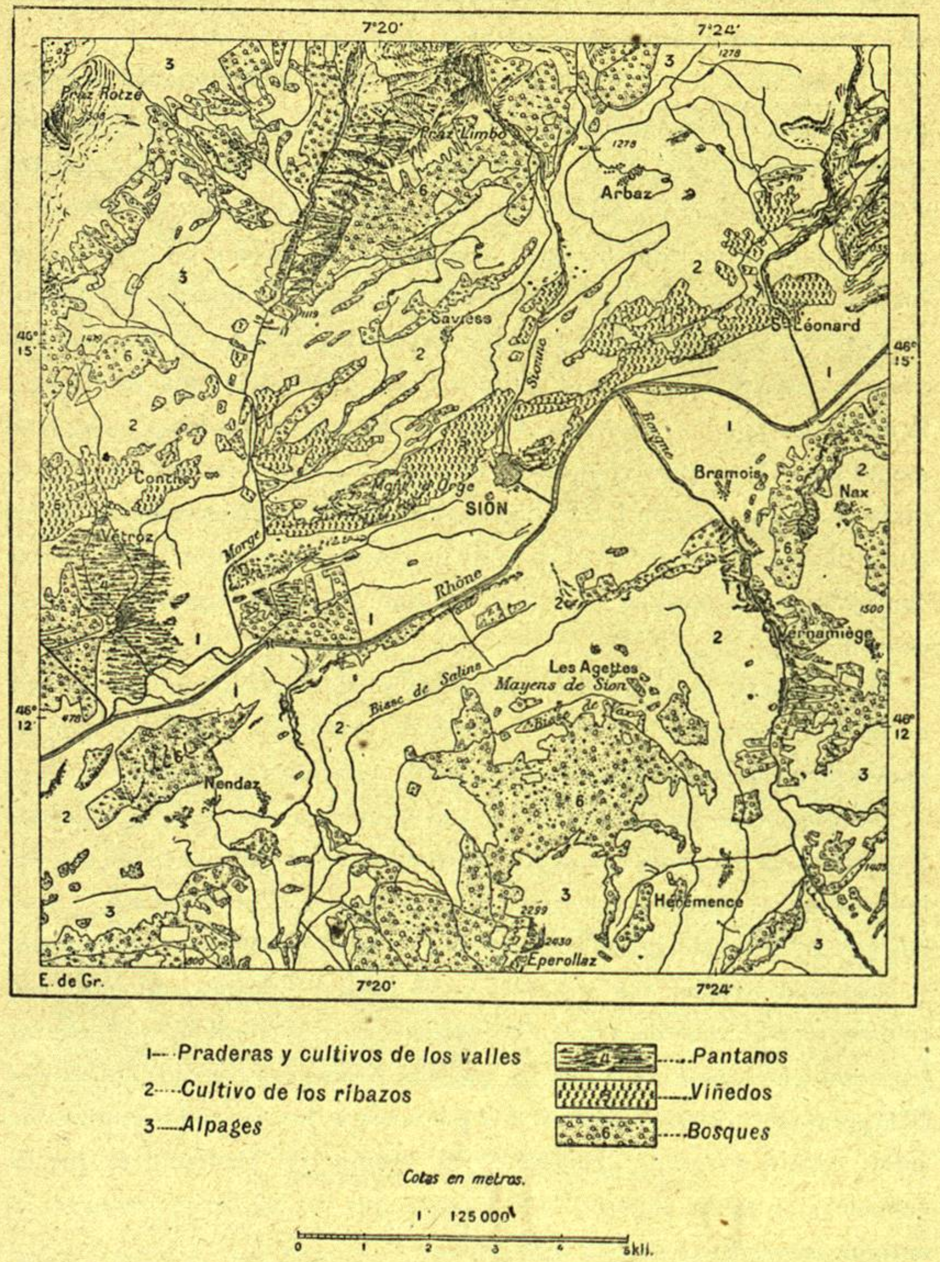
En el norte del Africa los nómadas son caballeros, camelleros, cabreros ó boyeros, según las diversidades del suelo y del clima[2].

Suele suceder que en un país donde se entremezclen dos regiones naturales, el desierto y las campiñas más ó menos regadas, la población pertenezca simultáneamente á dos estados: cada individuo, á la vez agricultor y pastor, adquiere una sagacidad notable, una singular agudeza de los sentidos y un raro espíritu de previsión en virtud de su doble industria. Llegada la época de las labores, monta en el camello, llevando su ligero arado y su saco de semillas, en busca de una tierra fecunda y suficientemente húmeda para que no haya que temer el efecto de las

[1] P. Hermann, *Bull. de la Soc. belge de Géographie*, 1904, n.º 5, pág. 342.
[2] A. de Preville, *Les Sociétés africaines*.

sequías prolongadas. La vegetación espontánea del suelo, el aspecto del terreno y algunos ensayos practicados con el arado le indican los

N.º 16. Yuxtaposición de territorios diversamente explotados



sitios favorables; siembra allí su grano, y si el espacio utilizado no es suficiente, va más lejos á la descubierta de otro campo temporal. Para el paso de los rebaños, necesita conocer el país en una gran extensión,

miles y miles de kilómetros cuadrados; ha de saber por tradición ó por estudio personal cuántas semanas ó meses podrá permanecer sobre el campo escogido; si existe fuente ó arroyo en las inmediaciones; qué tribus, pacíficas ó guerreras, encontrará; qué caminos, qué días del año se le ofrecen para la «trashumancia» [1].

Las modificaciones políticas y sociales debidas al conjunto del progreso humano dan también por resultado el cambio de las fronteras entre los estados de civilización: siguiendo las vicisitudes de los conflictos y las invasiones de los pueblos se ve, como en la América del Norte y en la Mongolia meridional, que los agricultores invaden las comarcas de los pueblos cazadores ó pastores y los anexionan al dominio del arado; otras veces, al contrario, se produce una vuelta ofensiva de los nómadas que, reconquistando el suelo sobre los residentes, dejan que la hierba y la maleza se apodere nuevamente de los campos cultivados y, completamente impotentes para conquistar su pan por la siembra, han de alimentarse con la caza ó con la carne de los animales que se presentan en los barbechos incultos: ese es el caso de un retroceso de civilización, de que son ejemplos la antigua Caldea, el Haurán y ciertas regiones del Asia central.

En el Nuevo Mundo, donde faltan los pueblos pastores, la transición no puede hacerse sino desde el estado de primitivos que se ocupan de caza ó de pesca al de civilizados, pastores, agricultores é industriales.

Ningún grado de civilización es absolutamente uno, porque la misma Naturaleza es diversa y las evoluciones de la historia, especialmente determinadas, se cumplen por todas partes de una manera diferente. Apenas hay sociedad de agricultores en que no haya cazadores y pescadores.

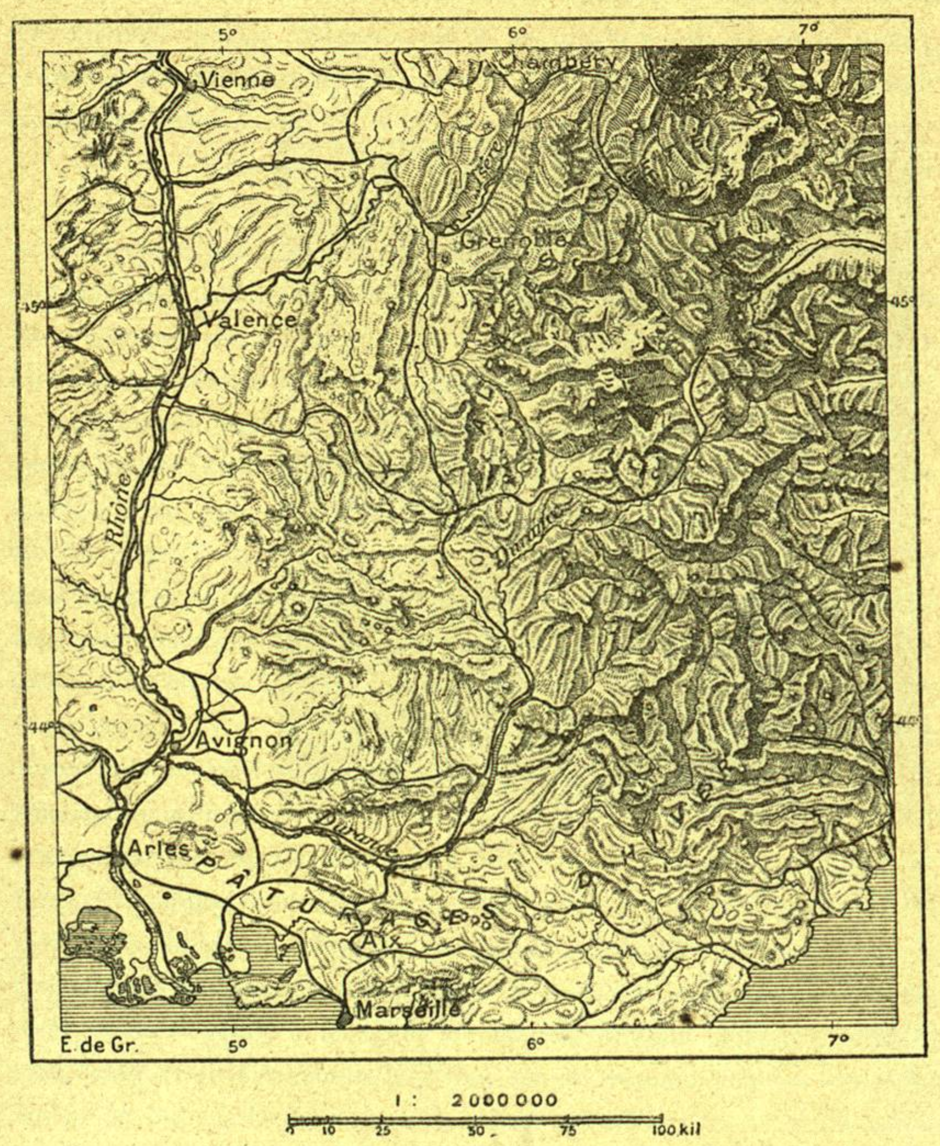
Los Pieles Rojas, tan ardientes en la caza del bisonte, eran también celosos recolectores de arroz, casi agricultores: sembraban y recolectaban también el maiz. Una de las grandes fiestas era para los Odjibewas (Chippeway) la recolección en los pantanos y los lagos las espigas de arroz salvaje *(zizania aquatica)*. El nombre de Menominec, que se encuentra en tantos lugares de la cuenca alta del Mississipí, recuerda la antigua importancia de esta recolección [2].

Por lo demás, los mismos individuos pueden pertenecer á estados

[1] *La Tunisie* (publicación oficial), I, págs. 58 y 59.
[2] A.-E. Jenks, *19th Report of the Bureau of Ethnology*, págs. 1013 y 1137.

diferentes de la civilización según la estación del año. Los Khotonts, que viven en medio de los Mongoles y que, probablemente, han inmigrado del Turkestán, no se entregan á la vida nómada sino después de

N.° 17. Trashumancia de la Provenza al Delfinado



haber sembrado sus campos. Los Cosacos de la Transbaikalia, ricos en campos bien cultivados, entran en estío en el interior de la Mongolia, dichosos por vagar durante varios meses en aquellas vastas soledades. Y ¿qué otra cosa es la «vida de los Alpes» para los aldeanos suizos, que

una rotación del estado de agricultura al de pastor[1] á la manera de los Kalmukos, de los Kalkhas y de los Buriatos? En cuanto la vegetación se inicia, riegan sus praderas, escardan sus cultivos; después suben hacia sus viñas, de las cuales recomponen sus fosos y sus muros de sostén: el estío se anuncia y los rebaños se elevan alegremente hacia los altos pastos, la hierba fresca y sabrosa de las montañas; cuando los fríos descienden hacia las llanuras, hay que bajar deprisa, pero los leñadores quedan en los bosques y los troncos de árbol corren sobre los planos inclinados y viajan arrastrados por la corriente de los ríos.

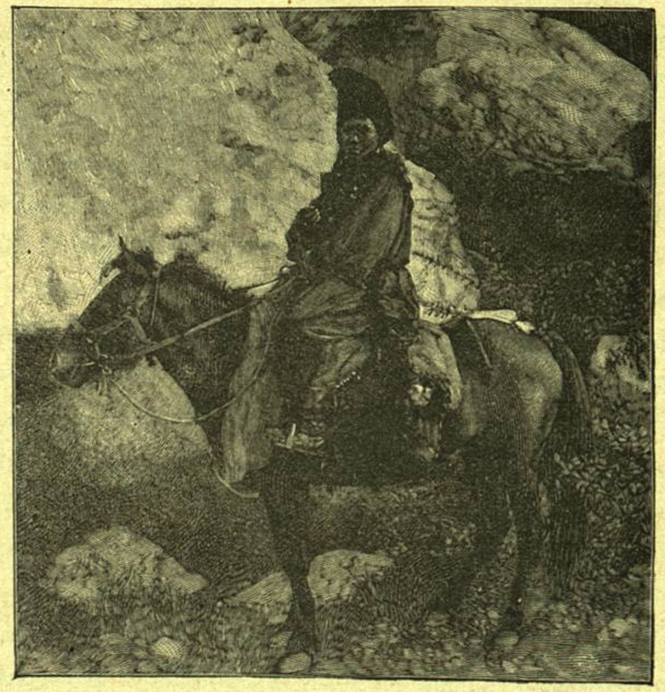
Siguiendo los medios secundarios de cada país, las poblaciones se distribuyen en sociedades parciales: el conjunto de la humanidad se resume en cada uno de sus grupos. Hasta puede decirse que cada semilla ofrece en cierta medida ese resumen del género humano, porque los diversos trabajos, desde los que se practican en la choza de un salvaje,—tal como la preparación de un manjar tradicional,—hasta los más refinados, como la lectura y la escritura, es decir, la comunión de los pensamientos á distancia, se cumplen bajo un mismo techo. Todo estado de la civilización comprende una infinidad de supervivencias que datan cada una de períodos históricos diferentes, pero que se unen en un organismo armónico, gracias á la vida que incorpora las tradiciones de todo origen y de toda edad en una sola concepción general.

Las fuerzas necesarias á la producción de la regeneración en el hombre y en la sociedad son debidas siempre á un impulso procedente del exterior, hasta en el mismo niño genial animado por un sentimiento de rebeldía contra las prácticas ó las obligaciones hereditarias. A veces el impulso procedente de la naturaleza inorgánica es brutal, imperioso, sin apelación. Una explosión volcánica, una inundación fluvial, una invasión del mar, los estragos de un ciclón, han obligado en distintas ocasiones á los habitantes de un país á abandonar la tierra natal para refugiarse en comarcas hospitalarias. En ese caso el cambio del medio trae consigo forzosamente cambios de ideas, otra concepción de la naturaleza ambiente, otra manera de asociarse á las circunstancias, diferentes del medio anterior. Puede suceder, pues, que, á pesar de la catástrofe

[1] A. A. Klemenz, Soc d'Anthr. Pétersbourg, 1901.—*Globus*, 21 noviembre 1901, pág. 310.

y de todas las desgracias consiguientes, que el acontecimiento sea para la población que lo ha sufrido una causa poderosa de progreso. No hay duda que los individuos han sufrido, han perdido quizá el producto de su trabajo y sus provisiones; ¿pero qué son esas pérdidas en comparación de las adquisiciones intelectuales que puede dar la adaptación á un nuevo medio?

Es verdad que á veces el desastre trae algo más que ruinas materiales; ha habido poblaciones que han sido diezmadas ó exterminadas por esas catástrofes de la Naturaleza, y en ese caso es preciso que la tribu herida se reconstituya con gran pena; que, por una especie de reviviscencia de la cual halle en sí misma las huellas atávicas, vuelva á las instituciones del pasado, y vuelva á tomar penosamente las costumbres antiguas en su lucha por la vida, lucha en la cual es, además, posible que el grupo de hombres amenazado sucumba definitivamente. En el eterno esfuerzo hacia lo mejor de la existencia y del bienestar, el hombre resulta algunas veces el más débil y retrocede entonces hacia el salvajismo primitivo; otras veces triunfa de los obstáculos y progresa tanto más hacia un estado más elevado.



KALMURO DE LA TRANSBAIKALIA

De una fotografía.

A las causas exteriores de cambio procedente de la naturaleza inanimada, se juntan, en los grupos humanos, las que provienen del impulso dado á la inteligencia por la enseñanza mutua, cuya forma ordinaria es el

juego. La libre diversión es uno de los mayores educadores del hombre[1]. Lo que llamamos el juego y que distinguimos con tanto cuidado del trabajo, fué, después del alimento, la forma más antigua de la actividad de los hombres[2]. Así como la madre se divierte enseñando á su hijo de pecho los movimientos, los ademanes y los sonidos que le acomodarán gradualmente á su medio, así también los niños y los jóvenes entre sí sienten profunda alegría haciendo en todos sus juegos el ensayo de la vida.

Es tal su potencia de imaginación, que, estando solos, se complacen en representar escenas en las que son á la vez actores, pacientes y espectadores; ¡pero con cuánta mayor pasión, con qué desenfrenado entusiasmo, con qué sinceridad en la fantasía se entregan á sus juegos cuando participan muchos en él y cada uno tiene su papel en el drama ó la comedia! Son alternativamente cazador y caza, vencedor y vencido, juez y víctima, culpable é inocente; pasan por todas las fases imaginables de la existencia, sienten todas las emociones, y, siguiendo las tendencias naturales de su ser, aprenden á desarrollar tal ó cual de sus cualidades directoras: lo que adquieren tiene en su ser raíces tanto más fuertes cuanto su manifestación se ha hecho inconscientemente; entonces se imaginan ser creadores. Prodúcese en ellos como una especie de ritmo entre la vida práctica ordinaria y la vida de imaginación que da el juego, y esta última existencia suele parecer la más real porque en ella ponen toda su fuerza con la mayor intensidad. No es un simple recreo, como lo practican las gentes gastadas, privadas de su impulso natural, es la realización misma del ideal de infancia ó de juventud. Por lo demás, este ideal del hombre que se divierte no difiere del que ve flotar ante sí en el reposo de su pensamiento. Hay quien en sus juegos aprende á quedar libre, á ser un compañero franco y bueno; hay quien se ingenia para mandar ó se habitúa á servir. En las diversiones, como en la vida seria, se ven tiranos y esclavos.

Aun sin saberlo, el hombre, juegue ó trabaje, se deja siempre arrastrar por el ejemplo de otro; la mayor parte de las espontaneidades aparentes no son sino imitación. Asi como historiador puede hacerlo constar en el origen mismo de la humanidad, el mundo de los animales á

[1] Karl Groos, *Die Spiele der Tiere; Die Spiele der Menschen.*
[2] G. Ferrero, *Les Formes primitives du Travail.*

que pertenecemos y que continuamos es nuestro gran educador y nos ofrece preciosos ejemplos para todos los actos de la vida.

En primer lugar, la ciencia por excelencia, la que consiste en buscar y en encontrar el alimento, ¿no ha sido admirablemente enseñada al hombre por sus hermanos mayores, vertebrados é invertebrados? Si el hombre, animal también, sufría por ignorar las artes de la recolección, de la caza y de la pesca, ¿no se multiplicaban los ejemplos que debía seguir á su alrededor? En la playa, los cangrejos y otros crustáceos indican los puntos de la arena ó del limo donde se ocultan determinados «frutos de mar»; todo animal que iba á recolectar frutos, á la excavación en busca de raíces, al cebo ó á la pesca fué cuidadosamente observado por el famélico, y éste probó á su vez las comidas más diversas, bayas y frutas, hojas y raíces, animales chicos y grandes que veía servir de alimento á sus hermanos inmediatos. Además, el hombre ha podido preguntar á sus educadores el arte de almacenar sus víveres para los tiempos de escasez: los térmitas, las hormigas, las abejas, los gerbos, las ardillas y los perros de las praderas le han enseñado á construirse silos para conservar en ellos el excedente de alimento recogido en las estaciones de abundancia: hay villa de térmites, construída con un método arquitectónico muy superior al de las villas humanas de la misma comarca; ofrece un conjunto maravilloso de galerías, de graneros, de secaderos y de almacenes que constituyen un mundo[1]. Por último, ¡cuántos medios terapéuticos, hojas, maderas ó raíces, ha visto emplear á los animales el enfermo ó el herido!

Hasta es posible que en varias comarcas deba el hombre los principios en agricultura al ejemplo de los animales. Según el naturalista Mac Gee, el trabajo de la tierra americana dirigido á obtener una cosecha anual parece haber tenido origen en pleno desierto, especialmente en el país de los indios Papajos ó Papagos, parte del Arizona próxima al golfo de California, donde los indígenas tienen á la vista el trabajo de las hormigas «laboriosas», cuyas colonias se extienden por la llanura en decenas de millones, y han puesto en producción la cuarta parte si no la tercera de toda la Papaguería. Cada colonia tiene su campo de cereales bien conservado y el aire bate el grano con una limpieza perfecta.

El natural amor propio, suscitado á la vista de esos prodigios, había

[1] Tuckey, Schweinfurth, etc.

juego. La libre diversión es uno de los mayores educadores del hombre[1]. Lo que llamamos el juego y que distinguimos con tanto cuidado del trabajo, fué, después del alimento, la forma más antigua de la actividad de los hombres[2]. Así como la madre se divierte enseñando á su hijo de pecho los movimientos, los ademanes y los sonidos que le acomodarán gradualmente á su medio, así también los niños y los jóvenes entre sí sienten profunda alegría haciendo en todos sus juegos el ensayo de la vida.

Es tal su potencia de imaginación, que, estando solos, se complacen en representar escenas en las que son á la vez actores, pacientes y espectadores; ¡pero con cuánta mayor pasión, con qué desenfrenado entusiasmo, con qué sinceridad en la fantasía se entregan á sus juegos cuando participan muchos en él y cada uno tiene su papel en el drama ó la comedia! Son alternativamente cazador y caza, vencedor y vencido, juez y víctima, culpable é inocente; pasan por todas las fases imaginables de la existencia, sienten todas las emociones, y, siguiendo las tendencias naturales de su ser, aprenden á desarrollar tal ó cual de sus cualidades directoras: lo que adquieren tiene en su ser raíces tanto más fuertes cuanto su manifestación se ha hecho inconscientemente; entonces se imaginan ser creadores. Prodúcese en ellos como una especie de ritmo entre la vida práctica ordinaria y la vida de imaginación que da el juego, y esta última existencia suele parecer la más real porque en ella ponen toda su fuerza con la mayor intensidad. No es un simple recreo, como lo practican las gentes gastadas, privadas de su impulso natural, es la realización misma del ideal de infancia ó de juventud. Por lo demás, este ideal del hombre que se divierte no difiere del que ve flotar ante sí en el reposo de su pensamiento. Hay quien en sus juegos aprende á quedar libre, á ser un compañero franco y bueno; hay quien se ingenia para mandar ó se habitúa á servir. En las diversiones, como en la vida seria, se ven tiranos y esclavos.

Aun sin saberlo, el hombre, juegue ó trabaje, se deja siempre arrastrar por el ejemplo de otro; la mayor parte de las espontaneidades aparentes no son sino imitación. Asi como historiador puede hacerlo constar en el origen mismo de la humanidad, el mundo de los animales á

[1] Karl Groos, *Die Spiele der Tiere; Die Spiele der Menschen.*
[2] G. Ferrero, *Les Formes primitives du Travail.*

que pertenecemos y que continuamos es nuestro gran educador y nos ofrece preciosos ejemplos para todos los actos de la vida.

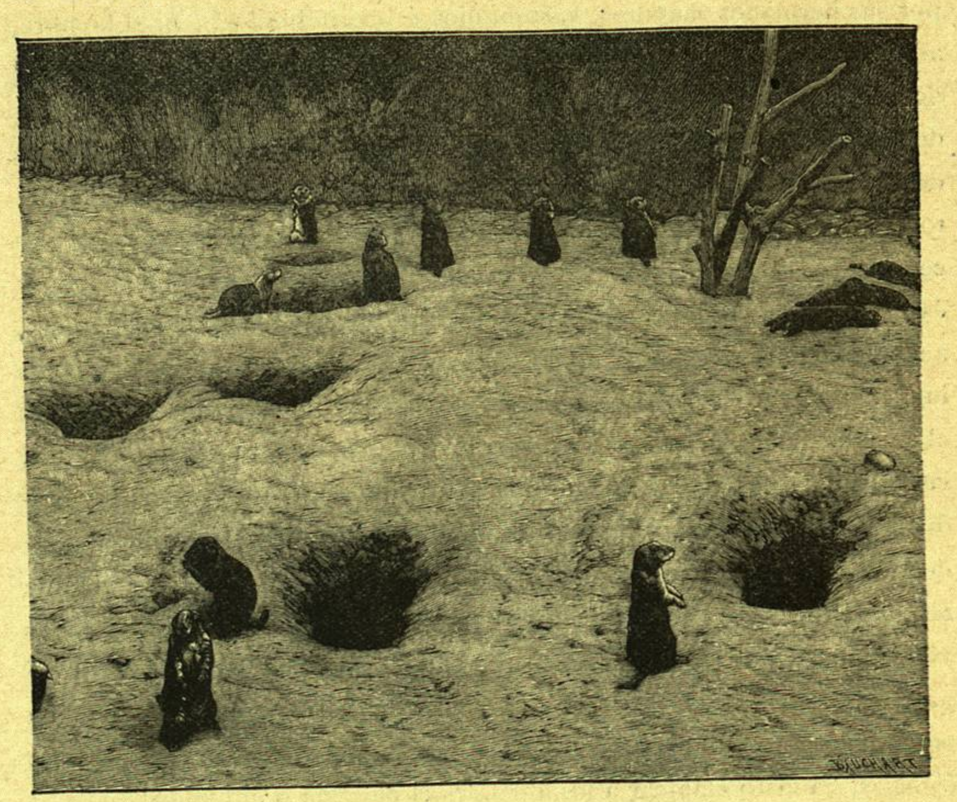
En primer lugar, la ciencia por excelencia, la que consiste en buscar y en encontrar el alimento, ¿no ha sido admirablemente enseñada al hombre por sus hermanos mayores, vertebrados é invertebrados? Si el hombre, animal también, sufría por ignorar las artes de la recolección, de la caza y de la pesca, ¿no se multiplicaban los ejemplos que debía seguir á su alrededor? En la playa, los cangrejos y otros crustáceos indican los puntos de la arena ó del limo donde se ocultan determinados «frutos de mar»; todo animal que iba á recolectar frutos, á la excavación en busca de raíces, al cebo ó á la pesca fué cuidadosamente observado por el famélico, y éste probó á su vez las comidas más diversas, bayas y frutas, hojas y raíces, animales chicos y grandes que veía servir de alimento á sus hermanos inmediatos. Además, el hombre ha podido preguntar á sus educadores el arte de almacenar sus víveres para los tiempos de escasez: los térmitas, las hormigas, las abejas, los gerbos, las ardillas y los perros de las praderas le han enseñado á construirse silos para conservar en ellos el excedente de alimento recogido en las estaciones de abundancia: hay villa de térmites, construída con un método arquitectónico muy superior al de las villas humanas de la misma comarca; ofrece un conjunto maravilloso de galerías, de graneros, de secaderos y de almacenes que constituyen un mundo[1]. Por último, ¡cuántos medios terapéuticos, hojas, maderas ó raíces, ha visto emplear á los animales el enfermo ó el herido!

Hasta es posible que en varias comarcas deba el hombre los principios en agricultura al ejemplo de los animales. Según el naturalista Mac Gee, el trabajo de la tierra americana dirigido á obtener una cosecha anual parece haber tenido origen en pleno desierto, especialmente en el país de los indios Papajos ó Papagos, parte del Arizona próxima al golfo de California, donde los indígenas tienen á la vista el trabajo de las hormigas «laboriosas», cuyas colonias se extienden por la llanura en decenas de millones, y han puesto en producción la cuarta parte si no la tercera de toda la Papaguería. Cada colonia tiene su campo de cereales bien conservado y el aire bate el grano con una limpieza perfecta.

El natural amor propio, suscitado á la vista de esos prodigios, había

[1] Tuckey, Schweinfurth, etc.

necesariamente de impulsar al Piel Roja á imitar la obra de la hormiga: cada año visita las regiones del Sur para traerse maíz, pepitas de calabaza y judías, que á su vuelta, al principio de la estación de las lluvias, tira en las tierras regadas y en el suelo de los barrancos húmedos. Esa



PERROS DE LAS PRADERAS Y SUS SILOS

De una fotografía.

práctica de siembra data probablemente de las edades más antiguas y hasta parece haber sido en ese país la principal causa de la organización de los papagos en tribu[1]. La agricultura, dice Mac Gee, en otra memoria[2], fué en sus orígenes una «industria del desierto». Es esta, sin duda, una afirmación demasiado categórica; pero al menos es cierto que la antigua hipótesis, relativa al nacimiento del cultivo en las tierras más fecundas, ha de ser también revisada.

Si el hombre debe mucho á su educador el animal respecto al modo

[1] Mac Gee, *The American Anthropologist*, X, 1895.
[2] La misma recopilación, VII, 1897.



DEPÓSITOS DE TRIGO DE LOS OVAMBOS (AFRICA SUD-OCCIDENTAL)

De una fotografía.

de buscar y conservar el alimento, á él también, ó á sus propios antepasados, no menos debe el arte de escoger una vivienda ó de hacerse un abrigo. Más de una caverna le sería desconocida si no hubiese visto al murciélago rodear la fisura de la roca en cuyo fondo se abre la puerta secreta de las galerías subterráneas. Muchas buenas ideas le fueron dadas por el ave constructora de nidos, tan hábil en el arte de entretejer fibras, lanas y crines y hasta de coser las hojas. El mundo de los insectos pudo enseñar diversas industrias, sobre todo la araña, que teje entre dos ramitas tan maravillosas redes, á la vez dúctiles, elásticas y firmes. En el bosque se complace oyendo el ruido rítmico que hace el gorila golpeando una calabaza[1]; sigue los caminos abiertos por el jabalí, la danta ó el elefante; observando las huellas del león, sabe hacia qué lado encontrará el agua en el desierto, y el vuelo de las aves elevado á gran altura, le hace adivinar el paso más fácil para la travesía de la montaña, y, sobre la re-

[1] Karl Groos, *Die Spiele der Menschen*, pág. 49.

dondez del mar, el estrecho más corto, la isla invisible desde la costa.

Frecuentemente el instinto común al animal y al hombre enseñó á éste el arte de fingir, de huir ó de disfrazarse en el momento de peligro, y los ejemplos del animal lo mismo que los recuerdos de la propia raza, le habían enseñado á «hacer el muerto», es decir, á permanecer inmóvil para no atraerse sobre su cabeza el picotazo ó el zarpazo. Las madres pueden también aprovechar, para la educación de sus hijos, el arte con que las aves dan la comida á los suyos, de medir el alimento y el tiempo del vuelo y de soltar los pajarillos ya dueños del espacio. Finalmente, el hombre ha recibido del ave el inestimable sentido de la belleza, y, más aún, el de la creación poética. ¡Cómo olvidar la alondra que se lanza recta á la altura dando gritos de alegría, ó al ruiseñor que, durante las noches de amor, llena el sonoro bosque con sus modulaciones ardientes ó melancólicas! En la actualidad aprende á imitar al ave para construir aereonaves; lo mismo que antes imitó al pez para modelar esquifes con una espina dorsal que sirviera de quilla, aristas convertidas en jambas y aletas transformadas en remos y en timón [1].

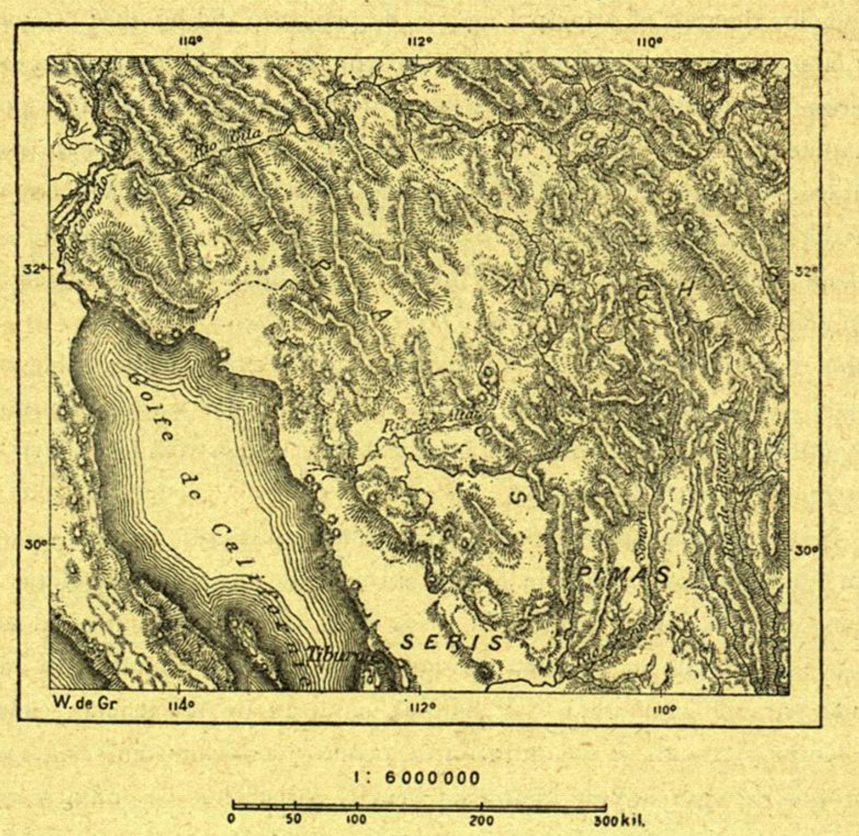
El dominio de la imitación comprende el mundo de los hombres lo mismo que el de los animales. Basta que una gregaria esté en contacto con otra para que la necesidad de parecerse por tal ó cual carácter se haga pronto sentir. En un mismo grupo étnico, el individuo que se distingue de los otros por algún rasgo notable ó por algún trabajo personal se convierte también en un modelo para sus compañeros, y por ello cambia en otro tanto el centro de gravedad intelectual y moral de toda la sociedad. Ordinariamente la imitación se hace de una manera inconsciente, como por una especie de contagio, pero no por eso deja de modificar á aquel á quien afecta y queda modificado en todo su ser. Las imitaciones conscientes tienen una parte menos importante en la vida, pero todavía muy considerable, puesto que el hombre deseoso de hacerse semejante á los otros puede ser impulsado por las facultades diversas de su ser, sea por simpatía, cuando se trata de un amigo, sea por obediencia, respecto de un amo, ó por fantasía, por moda y también por el deseo y la comprensión razonada de lo mejor [2].

La mayor parte, si no todas las funciones de orden intelectual, el

[1] R: von Ihering, *Les Indo-Européens avant l'Histoire*, trad. de Meulenaere, pág. 197.
[2] Guibert, *Societé d'Anthropologie de París*, sesión de 18 abril 1873.

lenguaje, la lectura, la escritura, el cálculo, la práctica de las artes y de las ciencias suponen la preexistencia y la cultura de la aptitud para la imitación: sin el instinto y el talento de imitar, no habría vida social ni vida profesional. ¿No ha comenzado la literatura primitiva por la danza,

N.° 18. Territorio de los indios Papajos



es decir, por pantomimas, actitudes rítmicas, acompañadas de la cadencia de los instrumentos y del sonido de la voz humana? ¿Y la primera forma de la justicia, es decir, del talión: «¡ojo por ojo y diente por diente!» no es imitación pura? Todo el código de las leyes no fué en otro tiempo más que la costumbre: se había convenido tácitamente en repetir sin cesar, bajo la forma antigua, lo que había sido hecho desde tiempo inmemorial, y á este respecto la ley inglesa, que procura con tanto empeño apoyarse en los «precedentes» se repite como una campana cuyo sonido es siempre el mismo. La regla de las conveniencias sociales es devolver visita por visita, comida por comida, regalo por

regalo, y la moral misma ha nacido en su esencia de la idea del deber, del pago, de la restitución de un servicio al hombre, á un grupo colectivo, á la humanidad [1].

La imitación se confunde en muchas circunstancias con la ayuda mutua, que fué en el pasado, que es aún en nuestros días y que será en todos los tiempos el principal agente de progreso del hombre. Cuando en la segunda mitad del siglo XIX Darwin, Wallace y sus émulos expusieron tan admirablemente el sistema de la evolución orgánica, por la adaptación de los seres al medio, la mayor parte de los discípulos no miraron más que el lado del asunto desarrollado por Darwin con más detalles y se dejaron seducir por una hipótesis simplista, no viendo en el drama infinito del mundo viviente sino la «lucha por la existencia». Sin embargo, el ilustre autor de *Origin of Species* y de *Descent of Man* había hablado también del «acuerdo para la existencia»; había celebrado «las comunidades que, gracias á la unión del mayor número de miembros asociados, prosperan bien y llevan á buen término la más rica progenitura» [2].

Pero ¡cuántos pretendidos «darwinistas» quisieron ignorar completamente todos los hechos de ayuda mutua y se pusieron á vociferar con una especie de rabia, como si la vista de la sangre les excitase al asesinato: «El mundo es un circo de gladiadores...; toda criatura está adiestrada para el combate!» [3] Y bajo la cubierta de la ciencia, ¡cuántos violentos y crueles se encontraron de pronto justificados en sus actos de apropiación egoista y de conquista brutal; satisfechos de contarse entre los fuertes, cuántas veces han lanzado el grito de guerra contra los débiles: «Ay de los vencidos!»

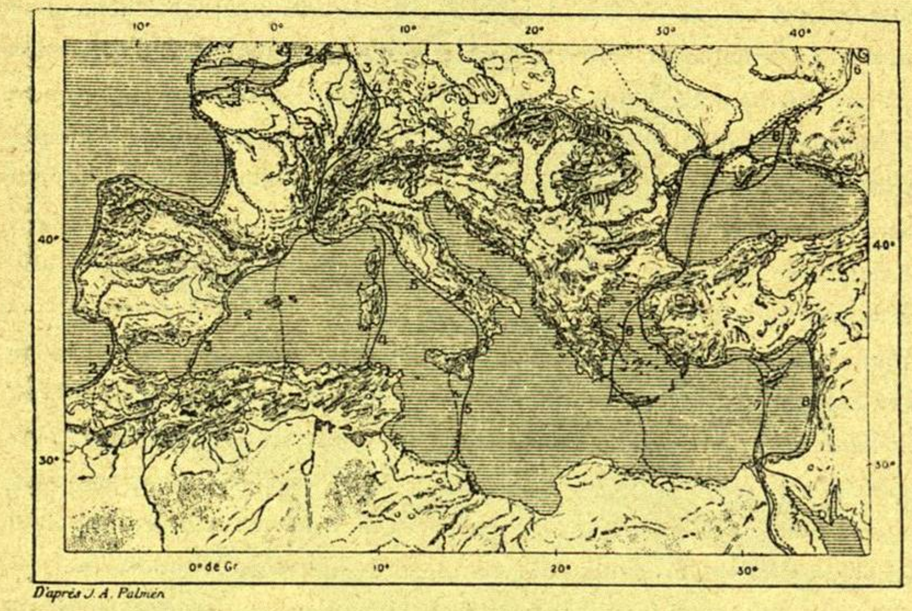
No hay duda que el mundo presenta al infinito escenas de lucha y de carnicería entre todos los seres que viven sobre el globo, desde las semillas en conflicto por la conquista de un terruño y los huevos de pescado que se disputan el mar, hasta los ejércitos en batalla exterminándose con furor por el acero, las balas y los obuses; pero los cuadros opuestos son todavía más numerosos, puesto que la vida predomina, y

[1] G. Tarde, *Les lois de l'Imitation.*
[2] *Descent of Man,* 2.ª edición pág. 163.
[3] Huxley, *Struggle for Existence, and its bearing upon Man.*

que sin la ayuda mutua la vida misma sería imposible. Toda vez que las plantas, los animales y los hombres han logrado desarrollarse en tribus, en pueblos inmensos, y que entre ellos un gran número de individuos han recorrido su espacio normal de vida durante días, meses ó

N.° 19. Pasos de las aves

(Véase pág. 127)



D'après J. A. Palmén

1: 40000000.

0 150 500 1000 1500 kil

La configuración de los continentes es el factor predominante en los itinerarios de las aves de paso. Ciertas especies siguen, cada una con sus preferencias, las vías pelágicas (numeradas de 1 á 8 en rasgos plenos) y quedan á la vista de las costas; otras aves vuelan todo lo posible sobre las tierras, á poca distancia del litoral y después penetran en el interior á lo largo de los ríos (itinerarios puntillados).

años, es prueba de que los elementos de acuerdo han predominado sobre los elementos de lucha. El sencillo «buen día» que en todos los países del mundo se cambia bajo las formas más diversas, indica cierto acuerdo entre los hombres, procedente de un sentimiento al menos rudimentario de buena voluntad de los unos respecto de los otros. Un proverbio árabe lo expresa de la manera más noble: «Una higuera mirando otra higuera aprende á dar frutos.» Si bien es verdad que otro proverbio, lleno todavía de los antiguos odios, limita esa buena voluntad á los

regalo, y la moral misma ha nacido en su esencia de la idea del deber, del pago, de la restitución de un servicio al hombre, á un grupo colectivo, á la humanidad [1].

La imitación se confunde en muchas circunstancias con la ayuda mutua, que fué en el pasado, que es aún en nuestros días y que será en todos los tiempos el principal agente de progreso del hombre. Cuando en la segunda mitad del siglo XIX Darwin, Wallace y sus émulos expusieron tan admirablemente el sistema de la evolución orgánica, por la adaptación de los seres al medio, la mayor parte de los discípulos no miraron más que el lado del asunto desarrollado por Darwin con más detalles y se dejaron seducir por una hipótesis simplista, no viendo en el drama infinito del mundo viviente sino la «lucha por la existencia». Sin embargo, el ilustre autor de *Origin of Species* y de *Descent of Man* había hablado también del «acuerdo para la existencia»; había celebrado «las comunidades que, gracias á la unión del mayor número de miembros asociados, prosperan bien y llevan á buen término la más rica progenitura» [2].

Pero ¡cuántos pretendidos «darwinistas» quisieron ignorar completamente todos los hechos de ayuda mutua y se pusieron á vociferar con una especie de rabia, como si la vista de la sangre les excitase al asesinato: «El mundo es un circo de gladiadores...; toda criatura está adiestrada para el combate!» [3] Y bajo la cubierta de la ciencia, ¡cuántos violentos y crueles se encontraron de pronto justificados en sus actos de apropiación egoista y de conquista brutal; satisfechos de contarse entre los fuertes, cuántas veces han lanzado el grito de guerra contra los débiles: «Ay de los vencidos!»

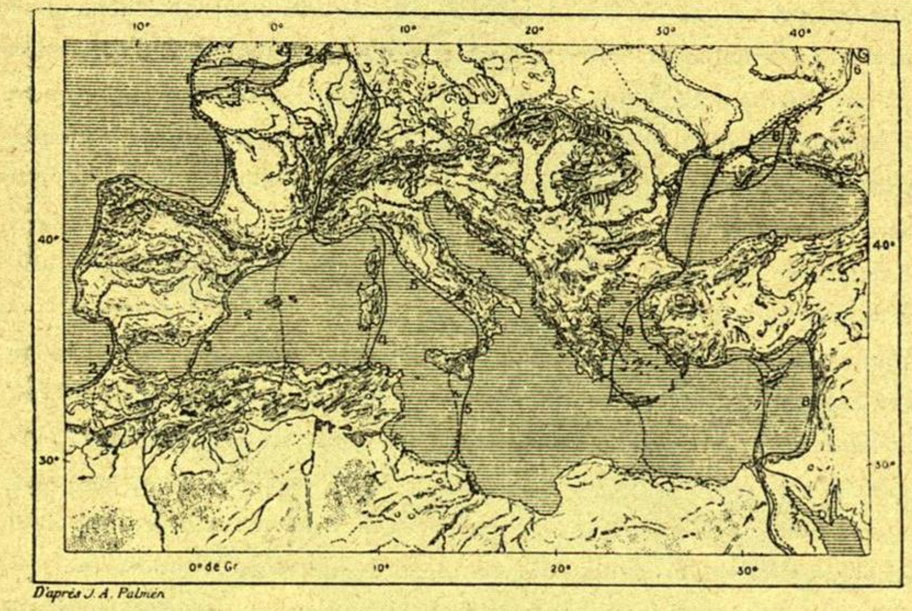
No hay duda que el mundo presenta al infinito escenas de lucha y de carnicería entre todos los seres que viven sobre el globo, desde las semillas en conflicto por la conquista de un terruño y los huevos de pescado que se disputan el mar, hasta los ejércitos en batalla exterminándose con furor por el acero, las balas y los obuses; pero los cuadros opuestos son todavía más numerosos, puesto que la vida predomina, y

[1] G. Tarde, *Les lois de l'Imitation.*
[2] *Descent of Man,* 2.ª edición pág. 163.
[3] Huxley, *Struggle for Existence, and its bearing upon Man.*

que sin la ayuda mutua la vida misma sería imposible. Toda vez que las plantas, los animales y los hombres han logrado desarrollarse en tribus, en pueblos inmensos, y que entre ellos un gran número de individuos han recorrido su espacio normal de vida durante días, meses ó

N.º 19. Pasos de las aves

(Véase pág. 127)



La configuración de los continentes es el factor predominante en los itinerarios de las aves de paso. Ciertas especies siguen, cada una con sus preferencias, las vías pelásgicas (numeradas de 1 á 8 en rasgos plenos) y quedan á la vista de las costas; otras aves vuelan todo lo posible sobre las tierras, á poca distancia del litoral y después penetran en el interior á lo largo de los ríos (itinerarios puntillados).

años, es prueba de que los elementos de acuerdo han predominado sobre los elementos de lucha. El sencillo «buen día» que en todos los países del mundo se cambia bajo las formas más diversas, indica cierto acuerdo entre los hombres, procedente de un sentimiento al menos rudimentario de buena voluntad de los unos respecto de los otros. Un proverbio árabe lo expresa de la manera más noble: «Una higuera mirando otra higuera aprende á dar frutos.» Si bien es verdad que otro proverbio, lleno todavía de los antiguos odios, limita esa buena voluntad á los

miembros de una misma nación: «No mires á la palmera, dice el árabe, porque la palmera no habla al extranjero.»

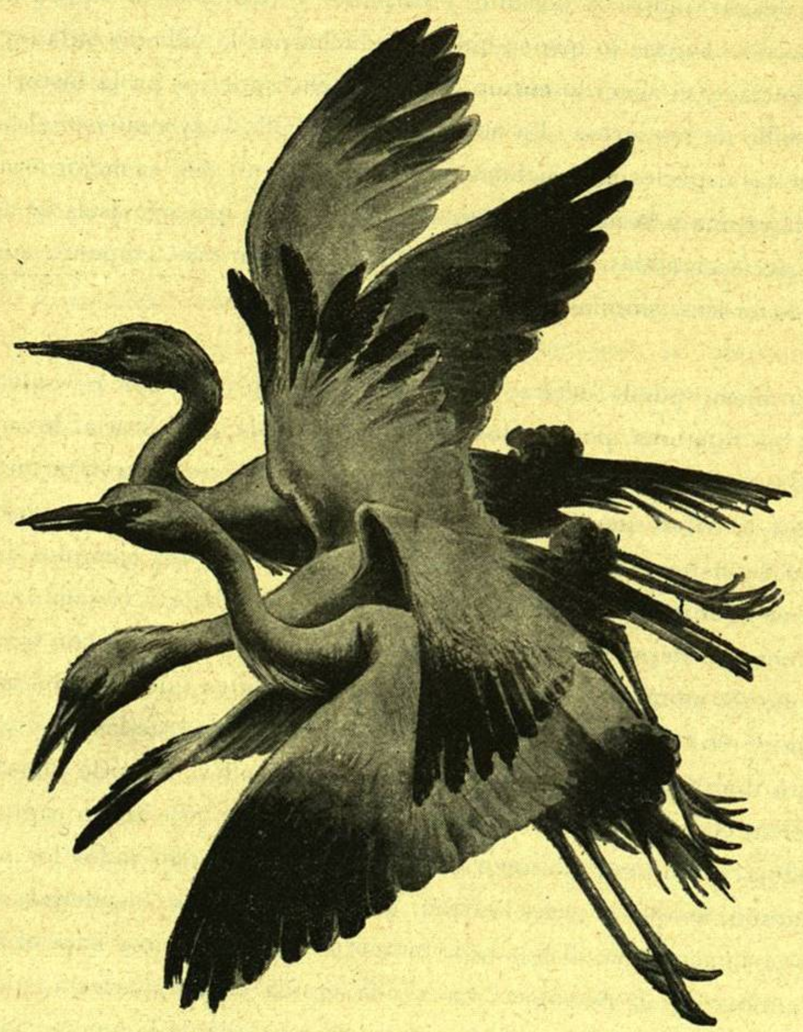
Son inumerables los ejemplos de ayuda mutua citados en las obras de los naturalistas, y no hay uno solo que no pueda encontrarse bajo formas poco diferentes entre los hombres[1]. Las hormigas y las abejas suministran á este respecto hechos tan elocuentes, que admira el olvido momentáneo en que los han dejado los protagonistas de una lucha constante y sin compasión entre todos los seres que combaten por la existencia. No hay duda que se producen guerras entre tal ó cual especie de hormigas; también entre las hormigas hay conquistadores y propietarios de esclavos; pero hay que reconocer igualmente que se ayudan entre sí hasta el punto de nutrirse mutuamente en caso de necesidad y de dedicarse á trabajos agrícolas y hasta industriales, tales como el cultivo de ciertos hongos y la transformación química de los granos y, por último, que se sacrifican las unas por las otras con una devoción absoluta. Hay colonias de hormigas, que comprenden hasta millones de hormigueros habitados por especies aliadas, que presentan escenas de buena inteligencia y de paz cordial[2]. A la vista de todas esas maravillas mentales, se siente inclinación á repetir las palabras de Darwin: «el cerebro de la hormiga es tal vez un prodigio superior al del cerebro del hombre».

Y entre las aves, los cuadrúpedos y los bimanos, ¡cuántos hermosos ejemplos de solidaridad que une ciertas especies! La confianza mutua entre individuos de la gran familia es tal, que ninguno tiene necesidad de aprender el valor: los más pequeños pajarillos aceptan el combate con un ave de rapiña; se ha visto á la nevatilla hacer frente á un alimoche y al gavilán. Los grajos, conscientes de su fuerza, dan cara al águila y la acosan con sus burlas. En las tierras arcillosas que dominan el río Colorado, en el Gran Oeste americano, se establecen tranquilamente colonias de golondrinas debajo de la roca donde pasa el halcón. Ciertas especies no tienen casi más enemigo que el hombre, y en las condiciones ordinarias viven en paz con todo el universo, protegidas por su perfecta unión, tales son los «republicanos» del Cabo, las cotorras y papagayos de los bosques americanos y hasta hace poco las ban-

[1] P. Kropotkin, *Mutual aid among the Animals*, «Nineteenth Century», 1890.
[2] Forel, Bates, Romanes, etc.

dadas de pájaros de la isla Loysan al Oeste del archipiélago havayano.

Entre esos animales, la solidaridad va hasta la bondad y el sacrificio, tal como el hombre las concibe y las practica, aunque no siempre. Cuando un cazador tira, para recrear su ociosidad, sobre una banda de grullas y hiere una de ellas, la cual no volando más que con un ala corre



GRULLA HERIDA SOSTENIDA POR SUS COMPAÑERAS

Dibujo de G. Roux.

peligro de caer, se reforma inmediatamente la banda, y dos compañeras, una de derecha y otra de izquierda, sostiene con su vuelo el fatigado é ineficaz de la amiga desgraciada. Hasta pequeños pajarillos se unen á los emigrantes para acompañarlos sobre el Mediterráneo: se han visto

alondras descender con bandadas de grullas después de haber atravesado el mar[1]; si han sido auxiliadas ó no directamente, lo cierto es que al menos deben de haber sido acogidas para el gran viaje.

Es, pues, contraria á toda verdad la aserción de los pesimistas que hablan del mundo animal como si se compusiera únicamente de destructores desgarrándose á bocados y zarpazos y bebiendo la sangre de las víctimas[2]. Dígase lo que se quiera, la lucha por la vida no es la ley por excelencia, y el acuerdo mutuo es con mucho superior en la historia del desarrollo de los seres. La mejor prueba de ello la tenemos en el hecho de que las especies más dichosas con su destino no son las mejor armadas para la rapiña y la matanza, sino al contrario, las que provistas de armas poco perfeccionadas, se ayudan mutuamente con más empeño: no son las más feroces, sino las más amantes.

Lo mismo puede decirse respecto de los «primitivos» ó «salvajes» entre los hombres, porque los testimonios de la prehistoria, lo mismo que el estudio de las poblaciones contemporáneas, nos muestran un gran número de tribus que viven en paz y hasta en la armonía de una posesión común de la tierra y de un trabajo también común; los ejemplos de poblaciones guerreras armadas solamente para el combate y viviendo exclusivamente de depredaciones son muy raras, aunque citadas con frecuencia. Es de moral constante entre los participantes que el individuo, si la escasez se hace sentir, debe ponerse á ración para que las provisiones puedan durar más tiempo, y á menudo los grandes, lejos de abusar de su fuerza, se privan en beneficio de los pequeños. El hecho capital de la historia primitiva, tal como se nos presenta en casi todos los países del mundo, es que la *gens,* la tribu, la colectividad, es considerada como el ser por excelencia, al que cada individuo da su trabajo y hace el sacrificio entero de su persona. La ayuda mutua es tan perfecta, que en diferentes circunstancias se extiende hasta más allá de la muerte: así en las Nuevas Hébridas, cuando moría un niño, su madre ó su tía se mataban voluntariamente para ir á cuidarle en el otro mundo[3].

Hasta el asesinato ó, por mejor decir, la muerte voluntaria de los

[1] L. Buxhaum, *Der zoologische Garten,* 1886, pág. 133.
[2] P. Kropotkin, *Nineteenth Century,* noviembre 1890, pág. 702.
[3] Gill, en Waitz et Gerland, *Anthropologie,* pág 641.

ancianos que se practica en diversos países — entre los Battas, de Sumatra, y antes entre los Tchuktchi siberianos ya mencionados — es un hecho que convendría citar más como ejemplo de ayuda mutua que como testimonio de la barbarie de las poblaciones donde tienen lugar tales sucesos. En una comunidad en que todos viven para todos, en que la prosperidad del grupo entero es el objeto principal de cada uno y en que la dificultad de vivir es á veces grande á consecuencia de la falta de alimento ó del frío excesivo, al anciano, que recuerda su vida pasada en el esfuerzo de la lucha común y que se siente ya impotente para continuarla, comprende perfectamente la lógica de las cosas: la vida le pesa de modo diferente que al anciano de las naciones civilizadas, que, por los hábitos morales y las relaciones de sociedad, continúa siendo útil en cierta medida, ó al menos puede imaginárselo. «Comer el pan de los otros», cuando se comprende tan bien la indispensable necesidad del alimento por excelencia para los colaboradores más activos de la comunidad, acaba por convertirse en un verdadero suplicio, y por eso las personas de edad, ya inutilizados, escandalizados y horrorizados de sí mismos, piden á los suyos les ayuden á partir hacia el país del reposo eterno ó de una nueva vida eternamente joven. ¿Son verdaderamente mejores las familias modernas con sus padres envejecidos, cuando sufriendo éstos enfermedades atroces, piden llorando que se les libre del suplicio continuo ó de los dolores agudos, y que, so pretexto de amor filial ó conyugal, se les deja gemir lamentablemente durante semanas, meses ó años?

La forma comunitaria de la propiedad, que prevaleció en casi todos los países del mundo y que se mantiene acá y allá, hasta en las comarcas más completamente acaparadas por propietarios individuales, permite hacer constar que la ayuda mutua fué el ideal y la regla en los pueblos agrícolas que alcanzaron un grado de civilización muy avanzada. Allí también el cuidado de cada uno debió de ser la propiedad de todos, como lo atestiguan las mismas palabras que sirven para designar la colectividad de los aldeanos asociados. Tales son las «universidades» de los Vascos, los «mir» ó pequeños «universos» de los Rusos, las «zadrughi» ó «amistades» de los Serbios, las «fraternidades» de los Buriatos.

El término de «comuna» que el uso del latín y de sus lenguas derivadas ha generalizado en el mundo, se aplica á todos los hombres «que

toman parte en las cargas», es decir, á todos los que se ayudan mutuamente. Y de la comuna nace la comunión, la participación en el festín y el cambio de los pensamientos íntimos; porque el «hombre no vive solamente de pan», y la ayuda mutua no ha cesado de producirse por la comunicación de las ideas, la enseñanza y la propaganda. No hay un hombre, ni el más egoista, que no se esfuerce en inculcar en la inteligencia ajena su manera de concebir las cosas, y cuanto más la sociedad progresa, más aprende el individuo aislado, aun inconscientemente, en ver semejantes en los que le rodean. La vida, que fué simplemente vegetativa, en los tipos inferiores de la animalidad, lo mismo que para los hombres que vivían en la brutalidad primera, toma un carácter muy diferente y mucho más amplio en aquellos en quienes la inteligencia y el corazón se ha engrandecido. Adquiriendo la conciencia de vivir añaden un nuevo objetivo al objetivo primero, que se limitaba á la conservación de la existencia: el círculo infinitamente desarrollado abarca para lo sucesivo el bienestar de la humanidad entera[1].

Pero hay retrocesos, terribles á veces, en la marcha del progreso humano. La ayuda mutua, que tanto ha contribuído á desarrollar de hombre á hombre y de pueblo á pueblo todos los elementos de mejora mental y moral, suele ceder frecuentemente el puesto á la lucha intestina, al feroz desencadenamiento de los odios y de las venganzas. Ese furor de exterminio entre los hombres nació casi en todas partes entre los cazadores, los matadores de profesión. La caza que hace el carnívoro á los animales, que es ya una verdadera guerra, desarrollando en el hombre como en el animal los instintos de crueldad y astucia, pudo llegar á ser indirectamente la causa de la guerra propiamente dicha, de las empresas de enconado odio dirigidas al exterminio de los semejantes; porque el cazador, preocupado siempre con la idea de encontrar alimento suficiente, no puede menos que ver con desagrado al rival que le disputa su presa: llega el momento en que el odio estalla y en que el hombre vuelve las armas contra el hombre[2]. Esta primera guerra nacida de la caza, tiene por objeto la supresión de concurrentes, ¡y cuántas otras le siguen, todas inspiradas por el mismo rudo deseo de captura y de dominio!

[1] A. Comte, *Philosophie positive*, 1869, pág. 494.
[2] G. de Molinari, *Grandeur et Décadence de la Guerre*, pág. 6 y 7.

Por un singular trastorno de las cosas, el choque brutal entre los hombres, la «guerra mala», como la llama Homero, es lo que muchos escritores afectan celebrar y hasta á veces glorifican sinceramente, como la mayor educadora de la humanidad. Preciso es ver en ello la supervivencia de las antiguas creencias en la virtud del sacrificio, causadas por el terror de lo desconocido, por el miedo á los espíritus malos que van por los aires, á los manes insaciables que quieren renacer haciendo morir los vivos. «Sabe que se necesita sangre para que viva el mundo y los dioses, sangre para conservar la nación entera y perpetuar la especie». Si no se hubiera derramado sangre, ni pueblos, ni naciones, ni reinos conservarían la existencia. «¡Tu sangre vertida, oh mediador, extinguirá la sed de la tierra, que se animará con nuevo vigor!» Así cantaban los Khonds de la India Central, degollando una víctima propiciatoria para repartir la carne, fecundar los campos y santificar sus hogares[1].

Ninguna ciudad, ninguna muralla se fundó en tiempos pasados entre ciertos pueblos, sin que la primera piedra hiciese derramar la sangre de una víctima. Según la leyenda, el Radjahdhava, pilar de hierro que indica el centro de las ciudades que se sucedieron en el solar en que actualmente se eleva la ciudad de Delhi, se baña continuamente en sangre; fué plantado en el mismo sitio donde el innumerable ejército de los hombres serpientes, es decir, de los indígenas, fué enterrado vivo, á la gloria de Youdichtira, hijo de Pandou.

Es cierto que las guerras, fenómeno histórico complejo que abraza toda la sociedad en el conjunto de la vida, pueden haber sido, en virtud de su misma complejidad, ocasión de progreso, á pesar de la destrucción, de las ruinas y de los males de toda especie que directamente han causado. No hay duda que tal conflicto entre tribus ó naciones, precedido de viajes de exploración que suministraron interesantes noticias sobre comarcas poco conocidas, después, terminada la lucha, tuvo por conclusión tratados de alianza y relaciones frecuentes de comercio y de amistad. Esas relaciones fueron favorables, por cuanto ensancharon el horizonte de pueblos que antes se ignoraban, aumentaron su haber y desarrollaron sus conocimientos; pero la verdad es que, lejos de ser resul-

[1] Elie Reclus, *Les Primitifs*, pág. 374.

toman parte en las cargas», es decir, á todos los que se ayudan mutuamente. Y de la comuna nace la comunión, la participación en el festín y el cambio de los pensamientos íntimos; porque el «hombre no vive solamente de pan», y la ayuda mutua no ha cesado de producirse por la comunicación de las ideas, la enseñanza y la propaganda. No hay un hombre, ni el más egoista, que no se esfuerce en inculcar en la inteligencia ajena su manera de concebir las cosas, y cuanto más la sociedad progresa, más aprende el individuo aislado, aun inconscientemente, en ver semejantes en los que le rodean. La vida, que fué simplemente vegetativa, en los tipos inferiores de la animalidad, lo mismo que para los hombres que vivían en la brutalidad primera, toma un carácter muy diferente y mucho más amplio en aquellos en quienes la inteligencia y el corazón se ha engrandecido. Adquiriendo la conciencia de vivir añaden un nuevo objetivo al objetivo primero, que se limitaba á la conservación de la existencia: el círculo infinitamente desarrollado abarca para lo sucesivo el bienestar de la humanidad entera[1].

Pero hay retrocesos, terribles á veces, en la marcha del progreso humano. La ayuda mutua, que tanto ha contribuído á desarrollar de hombre á hombre y de pueblo á pueblo todos los elementos de mejora mental y moral, suele ceder frecuentemente el puesto á la lucha intestina, al feroz desencadenamiento de los odios y de las venganzas. Ese furor de exterminio entre los hombres nació casi en todas partes entre los cazadores, los matadores de profesión. La caza que hace el carnívoro á los animales, que es ya una verdadera guerra, desarrollando en el hombre como en el animal los instintos de crueldad y astucia, pudo llegar á ser indirectamente la causa de la guerra propiamente dicha, de las empresas de enconado odio dirigidas al exterminio de los semejantes; porque el cazador, preocupado siempre con la idea de encontrar alimento suficiente, no puede menos que ver con desagrado al rival que le disputa su presa: llega el momento en que el odio estalla y en que el hombre vuelve las armas contra el hombre[2]. Esta primera guerra nacida de la caza, tiene por objeto la supresión de concurrentes, ¡y cuántas otras le siguen, todas inspiradas por el mismo rudo deseo de captura y de dominio!

[1] A. Comte, *Philosophie positive*, 1869, pág. 494.
[2] G. de Molinari, *Grandeur et Décadence de la Guerre*, pág. 6 y 7.

Por un singular trastorno de las cosas, el choque brutal entre los hombres, la «guerra mala», como la llama Homero, es lo que muchos escritores afectan celebrar y hasta á veces glorifican sinceramente, como la mayor educadora de la humanidad. Preciso es ver en ello la supervivencia de las antiguas creencias en la virtud del sacrificio, causadas por el terror de lo desconocido, por el miedo á los espíritus malos que van por los aires, á los manes insaciables que quieren renacer haciendo morir los vivos. «Sabe que se necesita sangre para que viva el mundo y los dioses, sangre para conservar la nación entera y perpetuar la especie». Si no se hubiera derramado sangre, ni pueblos, ni naciones, ni reinos conservarían la existencia. «¡Tu sangre vertida, oh mediador, extinguirá la sed de la tierra, que se animará con nuevo vigor!» Así cantaban los Khonds de la India Central, degollando una víctima propiciatoria para repartir la carne, fecundar los campos y santificar sus hogares[1].

Ninguna ciudad, ninguna muralla se fundó en tiempos pasados entre ciertos pueblos, sin que la primera piedra hiciese derramar la sangre de una víctima. Según la leyenda, el Radjahdhava, pilar de hierro que indica el centro de las ciudades que se sucedieron en el solar en que actualmente se eleva la ciudad de Delhi, se baña continuamente en sangre; fué plantado en el mismo sitio donde el innumerable ejército de los hombres serpientes, es decir, de los indígenas, fué enterrado vivo, á la gloria de Youdichtira, hijo de Pandou.

Es cierto que las guerras, fenómeno histórico complejo que abraza toda la sociedad en el conjunto de la vida, pueden haber sido, en virtud de su misma complejidad, ocasión de progreso, á pesar de la destrucción, de las ruinas y de los males de toda especie que directamente han causado. No hay duda que tal conflicto entre tribus ó naciones, precedido de viajes de exploración que suministraron interesantes noticias sobre comarcas poco conocidas, después, terminada la lucha, tuvo por conclusión tratados de alianza y relaciones frecuentes de comercio y de amistad. Esas relaciones fueron favorables, por cuanto ensancharon el horizonte de pueblos que antes se ignoraban, aumentaron su haber y desarrollaron sus conocimientos; pero la verdad es que, lejos de ser resul-

[1] Elie Reclus, *Les Primitifs*, pág. 374.

tado de la guerra, provenían, por el contrario, del movimiento producido después en sentido inverso, y si las matanzas no se hubieran perpetrado, si las alianzas hubieran antecedido á la efusión de sangre, no se hubieran obtenido á costa de ningún sacrificio. Sucede que el pueblo no recuerda los hechos pacíficos, los acontecimientos que no han provocado terror ni desesperación: sólo recuerda los «años terribles» y refiere á esas fechas fatales los resultados de todas clases, malos ó buenos, que es necesario distinguir claramente unos de otros y repartir de otro modo, según las causas que los han determinado. No hay que hacerse ilusiones: el odio nace de la guerra y le engendra; el amor entre los hombres tiene por causa la armonía de los esfuerzos. A la ayuda mutua han de referirse una vez más las felices consecuencias que parecen derivarse de las luchas intestinas.

¡Pero cuántas veces la guerra ha llevado sus consecuencias hasta su límite extremo; cuántas veces ha sido lógica hasta el fin, produciendo el exterminio completo de una tribu y hasta de un pueblo, de una raza, suprimiendo así toda posibilidad de progreso, puesto que no quedaban ya seres vivientes que pudieran gozar de él! El odio, como el amor, se inicia fácilmente entre los hombres; estalla en pasión súbita entre los jóvenes que cortejan una misma mujer; lanza igualmente una contra otra las tribus que quieren poseer un mismo sitio de caza, de pesca ó de existencia. Y no es sólo el conflicto de los intereses lo que inspira el odio: basta que las diferencias de aspecto, de estatura, de color y de aptitudes sean muy marcadas para que broten espontáneamente las enemistades. Las hormigas negras y las hormigas rojas realizan terribles batallas; hombres negros, rojos, amarillos, morenos y blancos entrechocan también fácilmente impulsados por la imaginación natural de pertenecer á otras razas, quizá á otras humanidades.

Se odia también á causa del contraste que forman los géneros de vida: desde el origen, al segundo día de la creación, la leyenda bíblica muéstranos dos hombres, un pastor y un labrador, que se disputan hasta la muerte de uno de ellos. Verdad es que, según la misma leyenda, ese odio provenía de Dios, quien, rechazando la ofrenda del labrador, hizo nacer el rencor contra el hermano privilegiado. Y los odios, avivados sin cesar por las narraciones, por los cantos guerreros y por la renovación de los conflictos se prolongan mucho tiem-

po después de las causas que los originaron: toman carácter atávico. ¿No han dado, con toda sinceridad, los profesores alemanes al pueblo de Francia el nombre de «enemigo hereditario»? Y, dicho sencillamente, ¿no es verdad, que durante mucho tiempo, fué costumbre,



EL PILAR DE HIERRO «RADJAHDHAVA» EN DELHI

Dibujo de G. Roux, según una fotografía.

en el lenguaje corriente á través del estrecho, tratarse de «cerdo inglés» y de «rana francesa»? También existe el odio de villa á villa. ¿Por

qué? Porque se odiaron los padres y los abuelos. La ferocidad se transforma en deber [1].

La esclavitud, consecuencia de la guerra, no se comprende sino por el desconocimiento absoluto de todo derecho en el hombre dominado. El esclavo no tiene ya las cualidades humanas, no tiene «alma», no existe. Y lo que es verdad del esclavo que se tiene bajo la mano se convierte también en verdad para el esclavo eventual ó futuro, del enemigo ó del que pertenece á una tribu extranjera: no puede tener derechos, no puede esperar ningún respeto. Las excepciones que se producen respecto de las necesidades del comercio, de las práticas tradicionales de la hospitalidad ó la recepción de embajadores se separan de la moral corriente, se ponen al abrigo de sanciones religiosas; pero no por eso deja de considerarse justo hacer «presa» contra el enemigo, el «hombre de nada» [2].

La unión de los hombres por el trabajo en común se completa naturalmente, desde las edades de la animalidad, por la utilización y aun por transformaciones de la Naturaleza. Así hubieron de asociarse los primitivos para hacerse, como los monos y tantos otros animales, camas de hierbas y techos de ramas yuxtapuestas y hasta entretejidas. ¿No se construyen nidos las aves y algunos peces? ¿No edifica el castor esclusas que contienen una morada para su familia? ¿No tiene el mono una vivienda bien acomodada, á la altura media de los árboles, con techo y suelo de ramas? [3] Como ellos, el hombre aprendió espontáneamente á proveerse con amplitud de los productos vegetales de la tierra: ¿no le habían enseñado, marmotas, abejas y hormigas á hacer provisiones en verano para el invierno?

La diversidad de medios y la diferencia de circunstancias originaron formas especiales de agricultura, debidas, no á la iniciación del hombre por sus «hermanos inferiores», sino á su propio genio, á su espíritu de observación, guiado por las necesidades de la existencia. Las explosiones de semillas que se hacen con violencia, hasta con ruido, no podían menos de atraer la atención de los hombres; cuando el salvaje de los

[1] León Cladel, *La Fête native de Saint-Barthélemy Porte-Glaive.*
[2] Eduard Meyer, *Die Sklaverei im Alterthum*, pág. 10.
[3] Tylor, *Anthropology*, pág. 229.

bosques brasileños veía caer de un gran árbol *(Bertholetia excelsa)* una pesada nuez, gruesa como la cabeza de un hombre, que, rompiéndose sobre el suelo ó sobre una raíz, lanzaba sus semillas á lo lejos, ¿cómo no había de comprender que aquellos granitos contenían en germen otros tantos árboles semejantes al que acababa de despojarse de ellos? Frutos de menores dimensiones, como la balsamina «impaciente», se desembarazan de sus semillas de una manera análoga; mejor aún, el cacahuete se entierra él mismo, y al niño que le observa le da una lección directa de agricultura; por último, las hierbas rastreras que, de distancia en distancia, muerden el suelo y plantan en él sus raicillas como verdaderos dientes, y los vegetales de tubérculos, que se rodean en la tierra de una enjambre de otras tantas bolsas nutricias, enseñan también al hombre, de la manera más evidente, los procedimientos que han de seguirse para renovar de año en año la generación vegetal. Hay pocos niños campesinos, entre los que disponen de algún tiempo ocioso, en quienes no se haya desarrollado espontáneamente el amor del cultivo. ¿Quién de nosotros no ha plantado su árbol frutal? Y lo que actualmente hace cada niño, lo hicieron también los pueblos niños en las diversas regiones de la Tierra, bajo diferentes formas, según los contrastes de los medios.

La agricultura nació, pues, en mil puntos diferentes; pero se comprende bien que muchos primitivos hayan sido más inclinados á procurarse el alimento por la caza y por la guerra que por el cultivo del suelo; porque el labrado de las tierras y los trabajos de la siembra y de la recolección, cuando se hacen en grande, exigen una aplicación sostenida, reflexión y paciencia, mientras que la persecución de la caza ó del hombre es principalmente una obra de pasión: aunque impulsado por el hambre, el primitivo ve en la caza una verdadera diversión que la perspectiva de un accidente cualquiera, hasta la misma muerte, hace más intensa y más excitante. En este caso la excitación acaba por transformarse en locura: en la lucha el hombre ya no raciocina; no tiene más que un deseo: morder su presa; desgarrarla á dentelladas; dividirla en trozos [1].

La domesticación de los animales ha de ser en muchas ocasiones más fácil que la utilización de las plantas, puesto que muchos de ellos se pre-

[1] Guillaume Ferrero, *Des Formes primitives du Travail*, «Revue Scientifique», 14 mayo 1896.

sentaron al hombre[1], y viviendo la misma vida, las especies se comprendían mutuamente. En el territorio de Carnot, en el Africa ecuatorial, los animales de la selva, domesticados fácilmente, constituyen una especie de república de lo más curioso; entre aquellos numerosos comensales del hombre, distinguíase en 1898 un gran mono amarillo, que por su propia autoridad se había constituído en vigilante: llevaba á pacer los carneros, como lo hacen los perros de Europa, y mordía enfurecido las patas de los que se apartaban del rebaño. Después, cuando los animales pacían tranquilamente, montaba sobre el que tenía más cerca y le despojaba de parásitos; evidentemente mostraba interés en hacerse el asociado del hombre, y si se concluyó el trato, fué por su iniciativa personal[2].

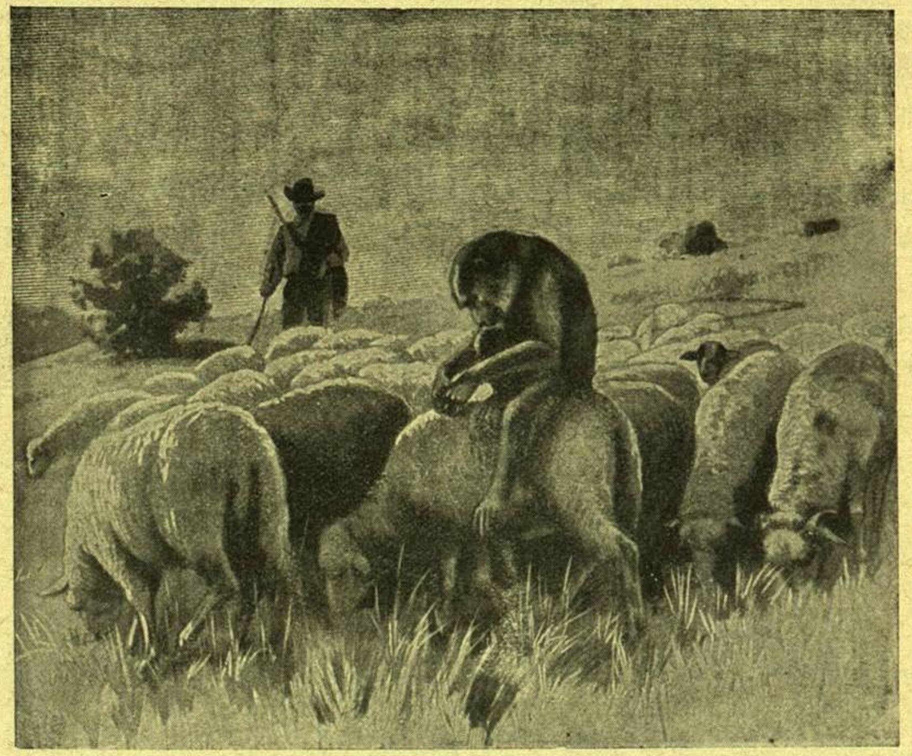
Hay comarcas en que puede decirse que esta asociación es forzosa, ya que el suelo y el clima colocan al hombre y los animales en condiciones de estricta interdependencia. En los *ranchos* y *corrales* de Nuevo Méjico, del Arizona y de la Sonora, los buitres «basureros» se hacen necesariamente comensales de la familia, y de una parte y de otra, entre las aves y los hombres nace un sentimiento colectivo de propiedad común y de solidaridad; cuando se presenta un extraño, el buitre se mantiene á cierta distancia con aire sospechoso, después, cuando sale el intruso, el buitre se acerca con satisfacción manifiesta: como las aves domésticas, pertenece á la gran familia del corral.

La paloma gusta también de la vecindad del hombre, y frecuentemente cuando el águila ó el halcón se ciernen en el espacio, busca un refugio cerca de la cabaña del hombre y hasta bajo su techo. El lobo *coyote*, menos familiar, es, si no un comensal, al menos un parásito del indio mejicano. Sabido es que viene por la noche á rodear el hogar para recoger las sobras de la comida, y se evita con cuidado espantarle; se le reconoce como una vaga parentela, y en cambio de la tolerancia que se le asegura durante sus visitas nocturnas, se espera de él una protección eficaz contra los genios malechores de las noches.

La domesticación de los animales no es más que un grado superior de la familiaridad primera, procedente del cambio de servicios y del hábito. En la Sonora y el Arizona el pavo es tan doméstico como en

[1] Victor Meunier, *Les Singes domestiques*.
[2] Blom, *Mouvement géographique*, 6 noviembre 1898.

los corrales de Europa, y todo induce á pensar que ese volátil comenzó, como la paloma, por pedir refugio y alimento al hombre, y que al fin, habituados completamente á ese nuevo medio, temió aventurarse en la selva ó sobre las abrasadoras arenas[1]. La industria del hombre no tuvo que ejercerse en esta evolución del animal: bastaron la simpatía, la bondad natural y la comunidad de intereses.



UNO DE LOS MONOS DEL TERRITORIO CARNOT (AFRICA ECUATORIAL) MONTADO SOBRE UN CARNERO PARA DESPOJARLE DE PARÁSITOS

Dibujo de G. Roux, de una fotografía.

Por un fenómeno análogo, el hombre y el animal se comprendieron á menudo recíprocamente en otros medios para buscar el alimento común. Así, los cuclillos del Africa meridional y los Hotentotes han sabido asociarse perfectamente para la explotación de las colmenas de abejas: los primeros se encargan de descubrir el nido, después lo indican por medio de gritos penetrantes al hombre, quien responde por un

[1] W. J. Mac Gee, *The Beginning of Zooculture*, «American Anthropologist», 1897.

sentaron al hombre[1], y viviendo la misma vida, las especies se comprendían mutuamente. En el territorio de Carnot, en el Africa ecuatorial, los animales de la selva, domesticados fácilmente, constituyen una especie de república de lo más curioso; entre aquellos numerosos comensales del hombre, distinguíase en 1898 un gran mono amarillo, que por su propia autoridad se había constituído en vigilante: llevaba á pacer los carneros, como lo hacen los perros de Europa, y mordía enfurecido las patas de los que se apartaban del rebaño. Después, cuando los animales pacían tranquilamente, montaba sobre el que tenía más cerca y le despojaba de parásitos; evidentemente mostraba interés en hacerse el asociado del hombre, y si se concluyó el trato, fué por su iniciativa personal[2].

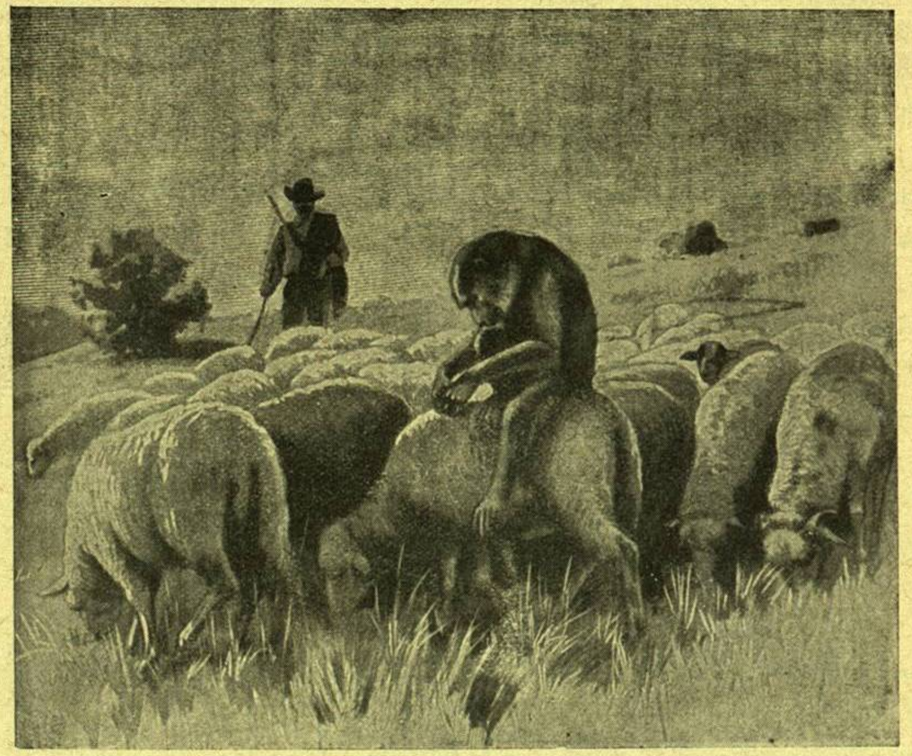
Hay comarcas en que puede decirse que esta asociación es forzosa, ya que el suelo y el clima colocan al hombre y los animales en condiciones de estricta interdependencia. En los *ranchos* y *corrales* de Nuevo Méjico, del Arizona y de la Sonora, los buitres «basureros» se hacen necesariamente comensales de la familia, y de una parte y de otra, entre las aves y los hombres nace un sentimiento colectivo de propiedad común y de solidaridad; cuando se presenta un extraño, el buitre se mantiene á cierta distancia con aire sospechoso, después, cuando sale el intruso, el buitre se acerca con satisfacción manifiesta: como las aves domésticas, pertenece á la gran familia del corral.

La paloma gusta también de la vecindad del hombre, y frecuentemente cuando el águila ó el halcón se ciernen en el espacio, busca un refugio cerca de la cabaña del hombre y hasta bajo su techo. El lobo *coyote*, menos familiar, es, si no un comensal, al menos un parásito del indio mejicano. Sabido es que viene por la noche á rodear el hogar para recoger las sobras de la comida, y se evita con cuidado espantarle; se le reconoce como una vaga parentela, y en cambio de la tolerancia que se le asegura durante sus visitas nocturnas, se espera de él una protección eficaz contra los genios malechores de las noches.

La domesticación de los animales no es más que un grado superior de la familiaridad primera, procedente del cambio de servicios y del hábito. En la Sonora y el Arizona el pavo es tan doméstico como en

[1] Victor Meunier, *Les Singes domestiques*.
[2] Blom, *Mouvement géographique*, 6 noviembre 1898.

los corrales de Europa, y todo induce á pensar que ese volátil comenzó, como la paloma, por pedir refugio y alimento al hombre, y que al fin, habituados completamente á ese nuevo medio, temió aventurarse en la selva ó sobre las abrasadoras arenas[1]. La industria del hombre no tuvo que ejercerse en esta evolución del animal: bastaron la simpatía, la bondad natural y la comunidad de intereses.



UNO DE LOS MONOS DEL TERRITORIO CARNOT (AFRICA ECUATORIAL) MONTADO SOBRE UN CARNERO PARA DESPOJARLE DE PARÁSITOS

Dibujo de G. Roux, de una fotografía.

Por un fenómeno análogo, el hombre y el animal se comprendieron á menudo recíprocamente en otros medios para buscar el alimento común. Así, los cuclillos del Africa meridional y los Hotentotes han sabido asociarse perfectamente para la explotación de las colmenas de abejas: los primeros se encargan de descubrir el nido, después lo indican por medio de gritos penetrantes al hombre, quien responde por un

[1] W. J. Mac Gee, *The Beginning of Zooculture*, «American Anthropologist», 1897.

silbido; en seguida van de acuerdo al pillaje del botín, á la repartición de los víveres, porque el hombre, obligado al reconocimiento por su interés, deja siempre á su compañero una parte suficiente del hallazgo.

Existe el mismo género de asociación para la pesca. La golondrina de mar, guía al batelero lapón sobre el Pallajerri, probablemente también sobre los otros lagos de la comarca, y, mediante participación en el festín, le designa los bancos de pescados donde el pescador podrá tender sus redes con toda seguridad. Otros muchos tratados sin palabras, lo que no impide su observancia, se celebran también entre el hombre y las aves pescadoras.

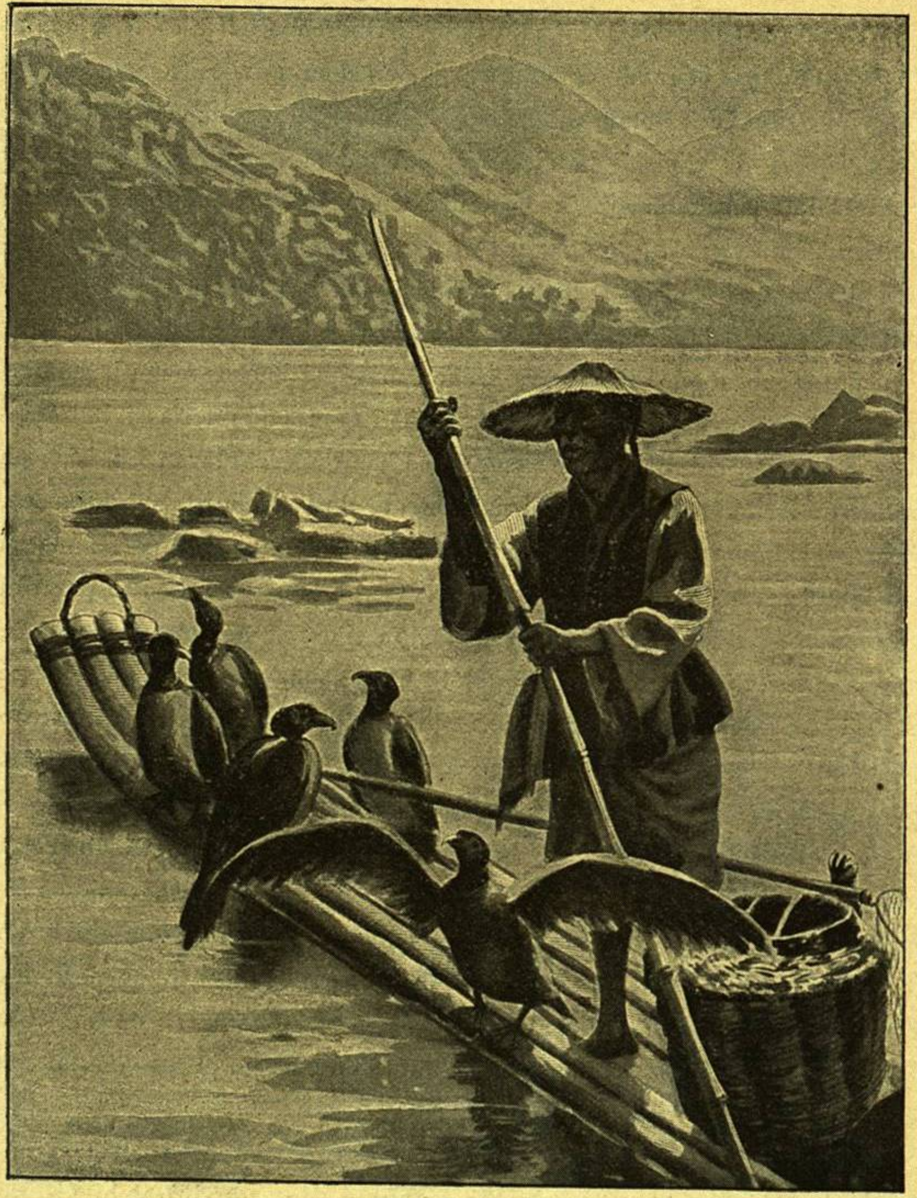
Antes que el chino aprendiera á domesticar el Cormorán y á estrecharle el cuello con un anillo para impedirle la deglución del pez capturado, fué comensal del volátil, pescando juntos en los ríos y en los lagos. En muchos ríos del interior, la alianza libre — partes iguales entre el hombre y el ave — no ha sido violada aún en beneficio del más fuerte. También se han formado ligas, no para el alimento, sino para la defensa, especialmente contra las serpientes.

En la Martinica, en Sainte Lucie, las aves de la selva se reunen tumultuosamente para señalar al hombre la presencia del trigonocéfalo, y celebran con gritos de triunfo y cantos de felicitación, á la gloria del vencedor, la muerte del detestado enemigo.

Nuestra alianza con el perro, el compañero principal del hombre en la lucha por la existencia, presenta análogo origen. Se ha observado frecuentemente que perros salvajes, ó vueltos al estado libre, se asocian hasta por docenas para obligar á la carrera á un animal que sería harto temible ó demasiado rápido para uno solo de sus perseguidores.

Así mismo, en ocasión de hallarse unos hombres cazando animales grandes por su propia cuenta, se han visto cánidos tomar también parte en la caza, contando con que después de la captura el jefe de montería no dejaría de darles un trozo de la presa que habían ayudado á capturar. Así se selló el tratado de alianza entre los cazadores, hombres y perros, y de la asociación debió de nacer, tarde ó temprano, la servidumbre del animal, menos fuerte por la inteligencia y la voluntad. De esa manera llegaron los pueblos cazadores á domesticar los halcones.

La amistad primera, espontánea, tuvo también su importancia en la



CHINO PESCANDO CON LA AYUDA DE LOS CORMORANES

Dibujo de G. Roux, según documento fotográfico.

obra de cooperación del hombre con los animales; para ciertas especies fué la única razón de alianza. Las gacelas y otros rumiantes, que se asociaron á los ribereños del Nilo, son en su mayor parte comensales que, antes de ser animales domésticos utilizados por el hombre como alimento, eran verdaderos amigos, protegidos por un contrato tácito escrupulosamente observado.

A este respecto, los Denkas, pastores ribereños del alto Nilo, en las regiones en que vagando el río á través de las llanuras es frecuentemente obstruído por islas flotantes, pueden ser considerados como hallándose en la época de transición. La cría del ganado, que pace en el mar onduloso de largas hierbas, es la única ocupación de aquellos negros, su único ideal; el animal compañero es para ellos, como para los Brahmanes hindus una especie de dios; no hay juramento más fuerte y más respetado que la palabra jurada por los antepasados de la vaca.

Para sí mismos los Denkas no tienen más que chozas ó simples albergues, mas para las vacas enfermas construyen enfermerías admirablemente limpias sobre tierras siempre secas, que se elevan en islas en medio de la llanura; viven casi únicamente de la leche de sus animales, vacas y cabras, que se dejan ordeñar complacientemente, y no matan jamás animales sanos. Las vacas denkas, graciosos seres que parecen antílopes, son respetadas todo el tiempo que es posible; sus amos, muy sobrios, aunque muy fuertes, sólo comen una vez al día, al ponerse el sol, y se alimentan con la carne de los bóvidos enfermos ó heridos; no obstante, sucede á veces, en tiempo de escasez, que sangran sus animales para beber su sangre, que mezclan con la crema. La comunidad de costumbres les ha hecho venerar las serpientes inofensivas que saben son muy golosas de la leche, y cada vivienda tiene varios de esos ofidios familiares á los que se conoce individualmente y se llama por su nombre [1].

Del mismo modo, los civilizados del vecino Egipto domestican los cocodrilos. En la Antigüedad, las gentes de Denderah dícese que eran muy hábiles para encantar esos animales, comunes en el Nilo en aquella época, y se servían de ellos como de monturas.

Antes que unos mal aconsejados europeos ejerciesen su destreza matando los saurios del lago de Pir Mangho, cerca de Karatchi (Kurachee), aquellos animales sagrados acudían fielmente al llamamiento de sus guardianes y se dejaban montar por pintores piadosos que adornaban sus hocicos con pinturas [2]. Los chiquillos de Palembang juegan también con los cocodrilos, que se hallaban bien alimentados por los restos de cocina que caen de las casas sobre pilotes edificados en el río.

[1] Georg Schweinfurth, *Im Herzen Afrikas*.
[2] Richard Burton, *Sind revisited*; Hermann von Schlagintweit, *Reisen in Indien und Hochasien*.

En muchas poblaciones, sobre todo en la América meridional, los jóvenes, y más aun las mujeres, tienen un talento maravilloso para encantar los animales. Hay cabaña de indio rodeada de una colección de animales diversos entre los cuales hay dantas, corzos, didelfos y hasta jaguares; vense allí monos que saltan por las ramas sobre la cabaña, pécaris hocicando por el suelo, tucanes, papagayos que posan aquí ó allá. Las grandes aves agamis y los perros son los defensores de toda la gran familia, y un extranjero no logrará penetrar en la cabaña si no es introducido por los mismos huéspedes.

Con todos esos familiares, un europeo moderno proveería su cocina, pero el indio respeta la vida de los animales criados por él: pertenecen á la casa, y si prestan servicios domésticos para la guarda ó para la vigilancia, la violencia no tuvo en ello participación: de la libre asociación nació la comunidad de vida.

Por lo demás, es cierto que, gracias á ese compañerismo, la evolución de los animales que se adhieren al hombre se hace mucho más rápida, del mismo modo que en la sociedad humana la inteligencia del alumno se desarrolla en proporción de las cualidades correspondientes de sus educadores.

Lo que es verdad para nuestra especie lo es también para las otras. Se comprende difícilmente que los mismos partidarios de la teoría de la evolución hayan podido pretender, después de haber visto á los animales domésticos asociados al hombre, que la progresión intelectual de los seres, desde el estado rudimentario de los microbios hasta el organismo complicado y á la astucia sutil del chacal y de la zorra, á la prudencia del elefante, esté marcada por una ley fatal de fijación.

Según esa hipótesis, el animal permanece encerrado en un círculo del que no puede salir. Los perros de caza y la pieza perseguida no pueden variar sus astucias, los insectos y los vertebrados industriosos no aprenderán jamás un nuevo procedimiento, y ningún pájaro cantor modificará sus acentos. Es posible que la evolución de la inteligencia animal se haya hecho con mayor lentitud que la del hombre, desde que éste se poseyó de instrumentos, pero se continúa en todas las especies prósperas. Hay similitud de evolución entre el hombre y sus hermanos inferiores.

Donde quiera que se han constituído pequeñas sociedades, mundos

A este respecto, los Denkas, pastores ribereños del alto Nilo, en las regiones en que vagando el río á través de las llanuras es frecuentemente obstruído por islas flotantes, pueden ser considerados como hallándose en la época de transición. La cría del ganado, que pace en el mar onduloso de largas hierbas, es la única ocupación de aquellos negros, su único ideal; el animal compañero es para ellos, como para los Brahmanes hindus una especie de dios; no hay juramento más fuerte y más respetado que la palabra jurada por los antepasados de la vaca.

Para sí mismos los Denkas no tienen más que chozas ó simples albergues, mas para las vacas enfermas construyen enfermerías admirablemente limpias sobre tierras siempre secas, que se elevan en islas en medio de la llanura; viven casi únicamente de la leche de sus animales, vacas y cabras, que se dejan ordeñar complacientemente, y no matan jamás animales sanos. Las vacas denkas, graciosos seres que parecen antílopes, son respetadas todo el tiempo que es posible; sus amos, muy sobrios, aunque muy fuertes, sólo comen una vez al día, al ponerse el sol, y se alimentan con la carne de los bóvidos enfermos ó heridos; no obstante, sucede á veces, en tiempo de escasez, que sangran sus animales para beber su sangre, que mezclan con la crema. La comunidad de costumbres les ha hecho venerar las serpientes inofensivas que saben son muy golosas de la leche, y cada vivienda tiene varios de esos ofidios familiares á los que se conoce individualmente y se llama por su nombre [1].

Del mismo modo, los civilizados del vecino Egipto domestican los cocodrilos. En la Antigüedad, las gentes de Denderah dícese que eran muy hábiles para encantar esos animales, comunes en el Nilo en aquella época, y se servían de ellos como de monturas.

Antes que unos mal aconsejados europeos ejerciesen su destreza matando los saurios del lago de Pir Mangho, cerca de Karatchi (Kurachee), aquellos animales sagrados acudían fielmente al llamamiento de sus guardianes y se dejaban montar por pintores piadosos que adornaban sus hocicos con pinturas [2]. Los chiquillos de Palembang juegan también con los cocodrilos, que se hallaban bien alimentados por los restos de cocina que caen de las casas sobre pilotes edificados en el río.

[1] Georg Schweinfurth, *Im Herzen Afrikas*.
[2] Richard Burton, *Sind revisited*; Hermann von Schlagintweit, *Reisen in Indien und Hochasien*.

En muchas poblaciones, sobre todo en la América meridional, los jóvenes, y más aun las mujeres, tienen un talento maravilloso para encantar los animales. Hay cabaña de indio rodeada de una colección de animales diversos entre los cuales hay dantas, corzos, didelfos y hasta jaguares; vense allí monos que saltan por las ramas sobre la cabaña, pécaris hocicando por el suelo, tucanes, papagayos que posan aquí ó allá. Las grandes aves agamis y los perros son los defensores de toda la gran familia, y un extranjero no logrará penetrar en la cabaña si no es introducido por los mismos huéspedes.

Con todos esos familiares, un europeo moderno proveería su cocina, pero el indio respeta la vida de los animales criados por él: pertenecen á la casa, y si prestan servicios domésticos para la guarda ó para la vigilancia, la violencia no tuvo en ello participación: de la libre asociación nació la comunidad de vida.

Por lo demás, es cierto que, gracias á ese compañerismo, la evolución de los animales que se adhieren al hombre se hace mucho más rápida, del mismo modo que en la sociedad humana la inteligencia del alumno se desarrolla en proporción de las cualidades correspondientes de sus educadores.

Lo que es verdad para nuestra especie lo es también para las otras. Se comprende difícilmente que los mismos partidarios de la teoría de la evolución hayan podido pretender, después de haber visto á los animales domésticos asociados al hombre, que la progresión intelectual de los seres, desde el estado rudimentario de los microbios hasta el organismo complicado y á la astucia sutil del chacal y de la zorra, á la prudencia del elefante, esté marcada por una ley fatal de fijación.

Según esa hipótesis, el animal permanece encerrado en un círculo del que no puede salir. Los perros de caza y la pieza perseguida no pueden variar sus astucias, los insectos y los vertebrados industriosos no aprenderán jamás un nuevo procedimiento, y ningún pájaro cantor modificará sus acentos. Es posible que la evolución de la inteligencia animal se haya hecho con mayor lentitud que la del hombre, desde que éste se poseyó de instrumentos, pero se continúa en todas las especies prósperas. Hay similitud de evolución entre el hombre y sus hermanos inferiores.

Donde quiera que se han constituído pequeñas sociedades, mundos

en miniatura que tienen por sus intereses comunes una individualidad colectiva, esos grupos tienden á utilizar las condiciones exteriores del medio para crearse un grupo geográfico bien determinado: los hombres tratan de adaptarse á los rasgos de la Naturaleza ambiente de manera que formen un todo, tribu ó nación, con su fisonomía particular.

Frecuentemente sus límites son muy claros y hasta han determinado ó dictado la elección del lugar de residencia. Una isla, un islote ó una península, un valle de montañas rodeado de altas rocas, una meseta circunscrita por precipicios, una llanura fecunda dominando estériles escarpas, los contornos lujuriantes de un manantial, son otros tantos cuerpos preexistentes de que se ha hecho el alma un grupo humano.

La sociabilidad natural del hombre fué el origen vital de todas esas células distintas. En todo tiempo, hasta en las épocas en que las tribus primitivas erraban en las selvas y en las llanuras, la sociedad naciente ensayaba la producción de esos grupos que más tarde habían de agrandarse hasta formar ciudades: las yemas destinadas á brotar en tan poderosos ramajes apuntaban ya en la superficie del tallo.

En pleno salvajismo, pues, han de estudiarse las fuerzas creadoras obrando para el nacimiento de las aglomeraciones humanas que habían de constituir un día ciudades, metrópolis, grandes repúblicas. En parte alguna encontramos poblaciones en las que el ideal sea el completo aislamiento, á menos que vivan en un terror constante del extranjero: su existencia se convierte en un lento suicidio.

La necesidad de soledad perfecta es una aberración que pueden permitirse, en un estado de cultura avanzado, unos desgraciados locos por el delirio religioso ó destrozados por los delirios de la vida, como los Fakires y los Anacoretas, y todavía obran así porque á pesar de todo se sienten solidarios de la Naturaleza ambiente, que les trae cada día el pan necesario en cambio de rezos y bendiciones. Si el devoto estuviera enajenado en un éxtasis perfecto, exhalaría el alma en el lugar mismo de su postramiento, y el desesperado se dejaría morir como el animal herido que se oculta en la sombra del bosque.

Pero el hombre sano de la sociedad salvaje, cazador, pescador ó pastor, gusta de encontrarse con sus compañeros. El cuidado de su labor le obliga con frecuencia á acechar solitariamente la caza, á perseguir el pescado en un estrecho esquife batido por las olas, á alejarse del



FALCONERO DE BEG D'ARRAT (TIBET)

SEGÚN FOTOGRAFÍA DE SVEN HEDING

albergue común para buscar mejores pastos; pero en cuanto los amigos pueden reunirse, provistos de víveres en abundancia, vuelven al campamento común, punto inicial de la ciudad.

Según las interesantes investigaciones de los etnólogos americanos, en las comarcas mejicanas del Norte se encuentran las poblaciones que mejor han logrado hasta nuestros días mantenerse apartados de los otros hombres, á causa de la cintura de desiertos que les rodea del lado de la tierra y del estrecho que limita la isla del Tiburón, la parte más importante de su dominio. Como viven fuera de los caminos de emigración de los pueblos, ignorados de los mercaderes, vigilando siempre para huir de todo ser viviente que no sea pieza de caza, los Seris han conservado también las condiciones primitivas de la humanidad, que hace poco no habían alcanzado aún el período eolítico: no sabían siquiera retocar una piedra rota, aunque se servían de un guijarro en bruto atado con una cuerda de bejucos ó raíces.

Estaban, pues, en un estado social anterior á las «edades de piedra», pero tenían sobre todos los demás hombres, y poseen todavía sobre sus contemporáneos, la ventaja de la velocidad, puesto que no hay animal al que no cansen á la carrera: gracias á esa rapidez de marcha han podido vivir á pesar de todo, escapando á las matanzas en masa que practicaron sucesivamente los españoles y luego los mejicanos «civilizados».

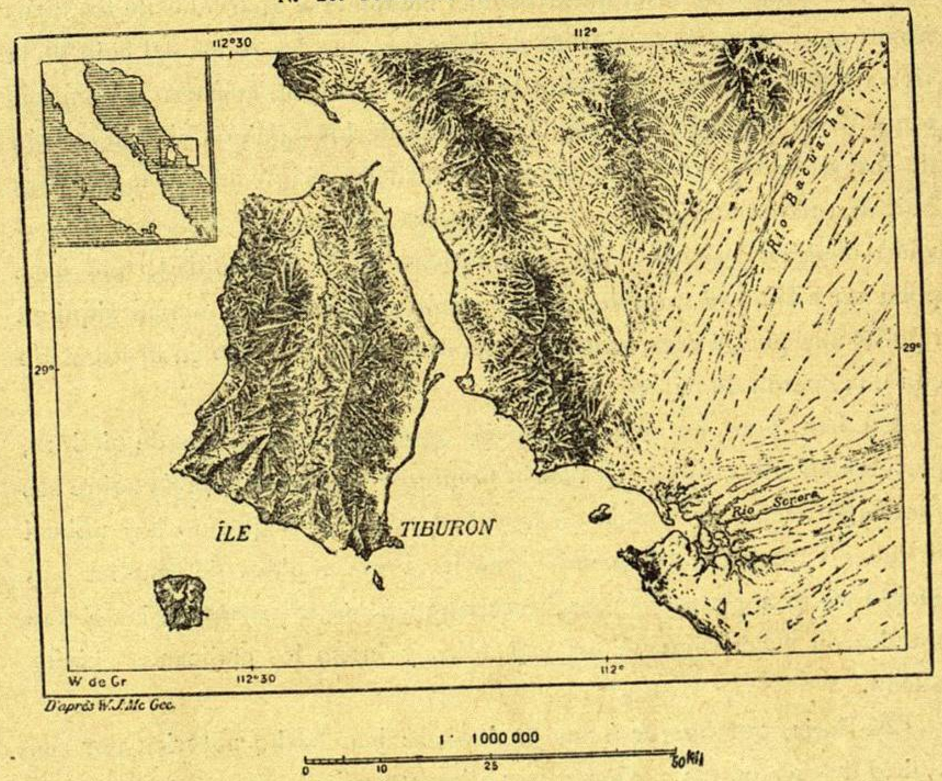
Los Seris, por horror á sus vecinos, se han hecho notorios por sus hábitos de escatofagia. Tienen por alimento principal durante una gran parte del año el higo chumbo ó *tuna*, y como una parte de esos frutos, que comen en cantidades enormes, pasan á través del organismo sin haber sufrido modificación, el indio puede volver, durante la estación de la escasez, al lugar de la antigua abundancia, á recoger los restos de las comidas y molerlos para hacer de ellos un nuevo alimento. Se ensalza esta harina como teniendo una virtud nutritiva muy adecuada, especialmente para los guerreros [1].

Cada una de las pequeñas sociedades primitivas que encuentran en un círculo estrecho las condiciones materiales de su vida y de su evolu-

[1] Mac Gee, XVII, *Report of the Bureau of Ethnology*, pág. 209.

ción, tendería naturalmente á mantenerse en su forma primera si los mil contactos, suaves ó violentos, de todos esos diversos organismos políticos y sociales no cambiasen incesantemente el equilibrio, modificando la Naturaleza misma por continuas mezclas y fenómenos de penetración

N.° 20. Territorio de los indios Seris



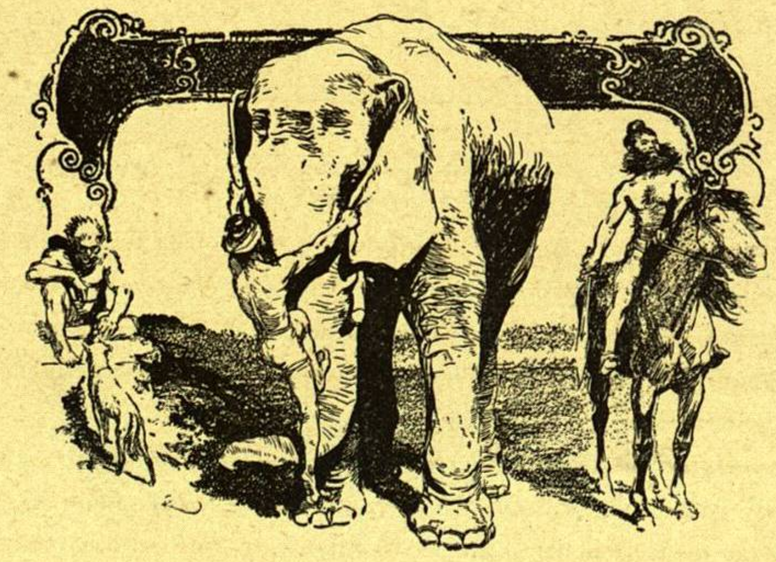
y de intususcepción. Así se han producido en la vida de la humanidad movimientos sucesivos de integración que han arrancado cada tribu, cada nación, después cada población continental del aislamiento de su existencia primitiva y han acabado por constituir el género humano en su integridad.

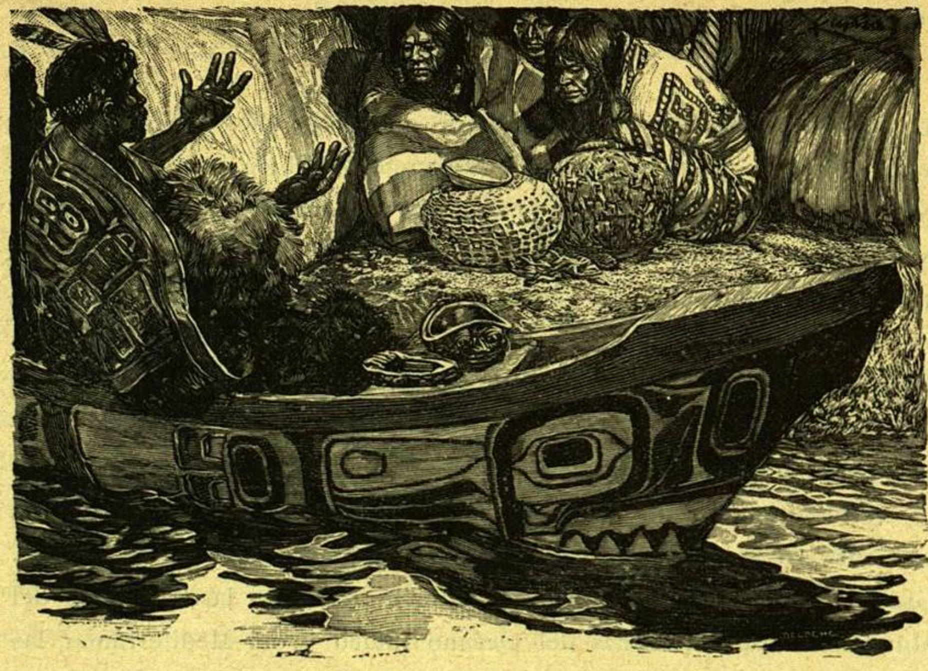
Pero durante la larga evolución, ¡qué confusión de acontecimientos diversos, qué caos aparente de fuerzas entrecruzadas añadiéndose las unas á las otras ó neutralizándose mutuamente, qué acción confusa de causas simultáneas y múltiples que traen consigo innumerables efectos de complejidad admirable, mezclas pacíficas y luchas guerreras, asociación para la obra común y destrucción de trabajos que parecerían hechos para siempre, población de regiones desiertas y devastación de territo-

rios fértiles, torbellino infinito donde los hombres y las cosas nacen y desaparecen como la polvareda que atraviesa un rayo de sol!

De ese conflicto incesante entre la vida y la muerte, tan pronto parece dominar la una como la otra, según el punto de vista en que uno se coloca; mas ¿la perpetua transformación del universo no lleva consigo la equivalencia de las dos fuerzas, su identidad perfecta, siendo toda vida un conjunto de vidas?

Pero limitándose á la sola perspectiva que presenta la evolución especial del hombre y de los animales que le rodean, es cierto que desde los orígenes conocidos hasta la época actual, nuestro mundo humano se ha desarrollado de manera que ha reunido sus grupos esparcidos en una sociedad general cada vez más coherente, y ha formado con la Tierra que le sostiene un todo cada vez más íntimo. Eso es lo que, en su concepción particular y subjetiva, llaman los hombres el «progreso».





PUEBLOS RETRASADOS

Los iniciadores fueron ellos mismos iniciados por la Naturaleza.

CAPÍTULO IV

PREHISTORIA CONTEMPORÁNEA.—ALIMENTOS.
VIVIENDAS Y FORTALEZAS.—VILLAS LACUSTRES.—LUGARES DE CITA.
SENDAS Y CAMINOS.—DISTRIBUCIÓN DE LAS VILLAS.
INDUSTRIAS.—ORNAMENTOS.

Los múltiples cambios que se han producido entre los hombres desde su origen y que, en el conjunto, son designados en el lenguaje corriente como el «progreso», como la marcha de la civilización misma, no nos son conocidos de una manera directa sino en el período de la historia propiamente dicha, es decir, de los monumentos escritos, con fechas y nombres propios. Pero antes de esos tiempos en que la humanidad, ya consciente de sí misma, al menos por sus diversas naciones representantes, cuidaba de transmitir á las edades futuras los acontecimientos sucesivos de su existencia, una aurora anunciaba el día, y en esta media luz se perciben algunos restos de edificios y de institu-

ciones, se comprueba la existencia de ciertos pueblos cuyos éxodos y conflictos se siguen vagamente; se recogen también tradiciones y leyendas cuyo verdadero sentido se trata de interpretar, y esos restos sirven para establecer narraciones sumarias en que las suposiciones plausibles llenan las lagunas dejadas por documentos incontestados, á la manera que, en una inscripción mutilada, intercala el sabio las letras que faltan. Esta historia incompleta, primitiva, es la Protohistoria[1], cuyos límites indecisos retrocederán gradualmente hacia los orígenes más antiguos á medida que la ciencia proyecte en el pasado una luz más intensa.

Prehistoria y protohistoria acaban, y la historia propiamente dicha comienza en períodos muy diversos, según los pueblos y los lugares. Gracias á la floración precoz de la civilización en las comarcas del Mundo Antiguo, ribereñas del Océano Indico y del Mediterráneo, las miradas de la ciencia histórica penetraron allí mucho antes, cinco, seis y diez mil años anteriormente al período actual, mientras que en otros países, donde no se han descubierto documentos, las relaciones de los indígenas no permiten remontar en la historia más allá de algunas generaciones. Así el Nuevo Mundo, en su conjunto, no nos es históricamente conocido sino desde hace cuatro siglos, y algunos vislumbres nos revelan solamente, antes de la llegada de los europeos, la sucesión de los acontecimientos principales en el pasado de las naciones más civilizadas.

Puede decirse, además, que la prehistoria se continúa todavía para las poblaciones de una grandísima parte de la Tierra, que, á pesar de su unión oficial al resto del mundo, no dejan de estar sumergidas en plena civilización tradicional y se mantienen en su aislamiento intelectual y moral. Hasta en las naciones de la Europa occidental, en los círculos más brillantemente iluminados por el esplendor de la cultura moderna, los buscadores de costumbres, de tradiciones, de cantos populares, descubren incesantemente supervivencias y huellas de la antigua prehistoria. Gracias á esta coexistencia de las edades sucesivas de la humanidad, á esa penetración de las épocas, y sobre todo al estudio de los pueblos llamados «primitivos» ó más bien «retrasados», muy debilmente influídos todavía por los grandes pueblos conquistadores, se aprende á conocer por análisis los hombres de otro tiempo, nuestros antepasados, y se

[1] Palabra creada por G. de Mortillet? ó por Wilson (*Prehistoric Annals of Scotland*)?

trata de reconstituir su evolución en los antiguos medios geográficos más ó menos diferentes del ambiente actual.

Difícil es, ciertamente, ver por el pensamiento, con precisión suficiente, el género de vida seguido en tiempos pasados por las poblaciones primitivas cuyos huesos y armas se recogen; pero en muchos sitios la Naturaleza ha cambiado poco desde esas edades lejanas, y por otra parte, se tiene siempre como elemento de comparación los países donde se encuentran actualmente tribus que tienen costumbres análogas á las de las poblaciones que han desaparecido sin dejar más que testimonios de su forma particular de civilización.

Las distancias corresponden al tiempo: de comarca á comarca se viaja tan bien como de siglo en siglo. El hecho es que Miklucho-Maklai se hallaba, en un pasado remoto, escuchando á aquellos ancianos de la Nueva-Guinea que le hablaban de la época, poco alejada de ellos, en que el fuego era desconocido para su tribu, y en que no habían llegado á saber reproducirle artificialmente: cuando un carbón se apagaba en una choza había que ir á buscar una brasa á otra choza. ¿No están los Ta Olas, descubiertos en la espesura de los bosques de Celebes, más profundamente sumergidos en la sombría noche de los tiempos antiguos, anteriores al conocimiento de todo lo que, aparte del alimento, se nos ha hecho indispensable? Además, si hay progreso para gran número de grupos étnicos y especialmente para aquellos de que nosotros, los civilizados, hemos salido, ¡cuántas poblaciones retrogradan, volviendo hacia las viviendas de otro tiempo sin aire y sin fuego!

En primer lugar, ¿cuáles fueron los alimentos de nuestros antepasados? La observación de nuestros contemporáneos «primitivos» nos responde suficientemente. El alimento de los incultos difiere aún según el clima, la naturaleza del suelo y el grado de civilización alcanzado por los indígenas en la sucesión de las edades prehistóricas. Los insulares, aun aquellos para quienes la Naturaleza no se ha mostrado avara, como en muchos archipiélagos oceánicos, debían, todavía recientemente, limitarse á las frutas, á las semillas y á los brotes verdes de las plantas indígenas, á menos que añadiesen á sus comidas alguna caza suministrada por los escasos representantes de la fauna terrestre y los pescados ó frutos de mar que las aguas daban en abundancia.

En las proximidades del desierto, en las tierras pedregosas del clima uniforme, el régimen de los habitantes había de ser también muy poco variado, en tanto que las comarcas continentales, muy ricas en especies diversas, ofrecían á los residentes todos los elementos posibles de la alimentación más escogida. El medio hace el alimento del animal lo mismo que el del hombre, y, según los lugares y los tiempos, las diferencias pueden ser tan considerables, que el manjar más suculento de un individuo es para otro el más repugnante: hay gastrónomo que prefiere los insectos y los gusanos, otro la manteca rancia, la carne podrida ó las materias verdes y medio digeridas que se encuentran en el estómago del reno. Un mongol, compañero de Prjvalskiy, vomitaba de asco viendo á unos europeos comer pato, y él se alimentaba con tripas de carnero no lavadas. Naciones enteras se contentan con semillas y frutas, mientras que otras necesitan carne sanguinolenta, y muchas poblaciones, en diversos países de la Tierra, hasta beben sangre humana, sea por crueldad guerrera, sea por respeto al enemigo, para hacer pasar á su propio cuerpo el alma de un valiente—como lo hacen los malayos de Singapur, comiendo carne de tigre,—sea por alguna otra ilusión religiosa ó patriótica, sea también á consecuencia de hambres que cambiaron al hombre en animal de presa. ¡Cuántas veces se ha dado el caso de que unos marinos extraviados en el Océano han recurrido al sorteo para que uno de ellos sirviera de alimento á los otros! Dunmore Lang atribuye la gran proporción de caníbales entre los insulares polinesios á la frecuencia de tales casos: sin embargo, el carácter religioso domina en las prácticas de la antropofagia. Ciertos alimentos y condimentos que son necesarios á la mayor parte de los hombres son inútiles para otros: la sal, de que no puede prescindir el civilizado de Europa, repugna á ciertas tribus del centro africano, que quizás se satisfacen con las sales de potasa ó de sosa que encuentran en sus alimentos de origen vegetal.

Los «restos de cocina», montones de conchas que se encuentran en las costas dinamarquesas, lo mismo que las *ostrerías* de la América española, los *sambaqui* del litoral brasileño y los montículos de desperdicios acumulados bajo las ruinas de las poblaciones lacustres, son restos de comidas continuadas de generación en generación, que se continúan todavía; en ciertas ciudades se acumularían por millones de metros cúbicos,

si esos fragmentos no fuesen utilizados de mil maneras, en los terraplenes, las construcciones y los abonos agrícolas. Se les hace desaparecer, pero el festín se prosigue incesantemente bajo formas cada vez más variadas, puesto que á cada comida se juntan los manjares exóticos importados por el comercio de una extremidad á otra del mundo.

Algunos de los «montones de conchas» dejados sobre el litoral de numerosas riberas marinas tienen dimensiones prodigiosas, atestiguando gran cultura



HABITACION DE SUMATRA (Véase pág. 159.)

Dibujo de G. Roux, de una fotografía.

entre los ribereños del mar, porque no son individuos aislados, familias dispersas, quienes pueden haber elevado esos montículos de conchas de ostras y otros moluscos que tienen hasta 300 metros de largo sobre 30 á 60 metros de ancho y 3 metros de altura. No se cuentan menos de 69 *sambaqui* en las costas de mar Pequeño, en el Brasil meridional (A. Löfgren). Reuníanse, pues, los pescadores en gran número en aquella época para sus comidas de conchas, á las cuales añadían pescados de diversas especies, como también ciervos, corzos, cerdos, bueyes, perros, gatos, castores y nutrias, cuyos huesos roídos se ven en los montones de restos.

Desde las épocas en que se amontonaron aquellos lechos de conchas, muchas especies y variedades animales han desaparecido ó al menos se han modificado notablemente. Por otra parte se ha podido observar que varias formas animales existían ya en regiones de las que los historiadores las creían ausentes. Respecto de las especies vegetales se han hecho análogas observaciones: hay árboles frutales que se creían importados de Asia durante la dominación romana que existían libremente en la Europa occidental mucho antes de los tiempos históricos. A juzgar por los huesos de frutas encontrados en las grutas, los trogloditas del Mas de Azil conocían dos variedades de cerezas y tres de ciruelas en la época en que se formaban las capas de «guijarros coloreados». El nogal existía ya en las Galias en la época terciaria. Por último, al principio del período magdaleniano, el hombre conoció el trigo, puesto que esculpió en relieve las espigas[1]. La viña existía también en la Europa occidental, porque se la encuentra en las *terramare* de las llanuras italianas durante la edad del bronce. En aquella época los italianos bebían verdadero vino de uva, cuyo uso se extendería probablemente de Oeste á Este y no al contrario, como antes se creía. En las mismas edades prehistóricas y hasta en los principios de la historia propiamente dicha, los hombres de los palafitos alpinos, en Varese y en Lubliana bebían vino del cornejo ó sanguino, y sobre la vertiente septentrional de los Alpes, desde Saboya al Austria, la bebida fermentada en uso era la que se fabricaba con frambuesas y zarzamoras[2]. Todos esos líquidos producían la embriaguez, porque sabido es que el hombre sabía sentir la

[1] Ed. Piette, *Bull. de la Soc. d'Anthropologie de Paris*, sesión del 18 de abril de 1895.
[2] G. de Mortillet, *Les Boissons fermentées*, «Bull, Soc. de Anthropologie», 1897, fasc. 5



CAFRES CONSTRUYENDO UNA CABAÑA

Según una fotografía.

necesidad de huir de sí mismo por una locura temporal cuyo uso ordinario reglamentaron las supersticiones y los cultos.

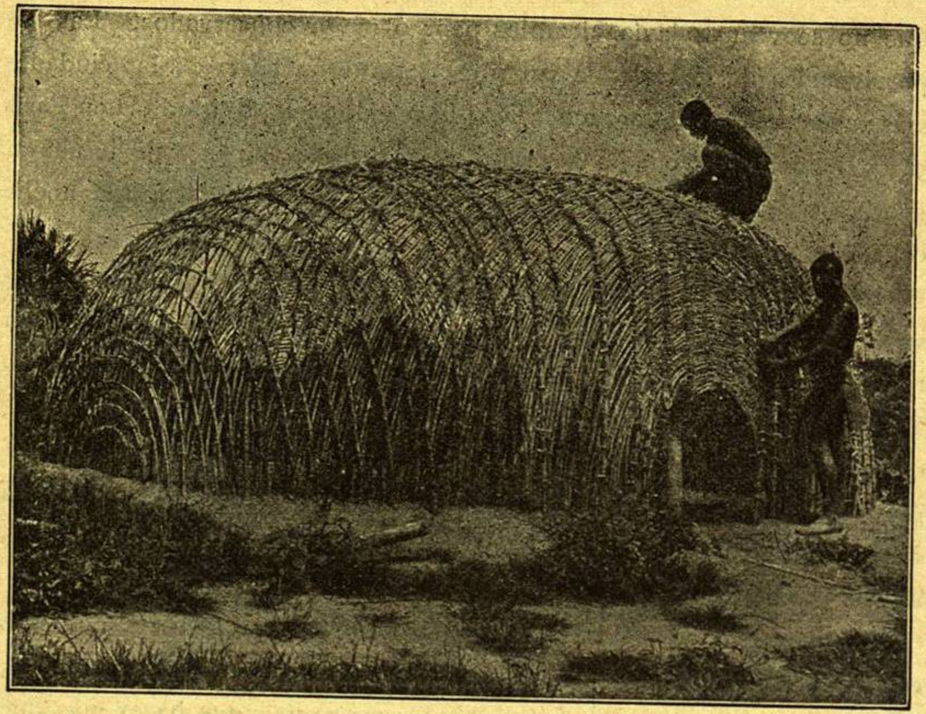
Antes de la historia, las viviendas no eran menos variadas que los alimentos, puesto que dependían del medio, y todas las formas de habitaciones de otros tiempos se conservan en nuestras edades de civilización acelerada. El suelo cubierto de nieve daba al Esquimal materiales de construcción muy diferentes que el desierto pedregoso ó el frondoso bosque suministraban al árabe ó al hindu. Hasta cuando los hombres, ya ricos y cultos, han tenido empeño en construirse bellos monumentos de madera, ladrillo, piedra ó mármol, la naturaleza ambiente queda grabada sobre el palacio. «El clima se escribe en la arquitectura: un techo puntiagudo prueba la lluvia; plano, el sol; cargado de piedras, el viento»[1]. Pero no hay edificios romanos ó góticos, ni una sola habitación, ni un mal cobertizo utilizado en las primeras edades de

[1] Victor Hugo, *Le Rhin*.

entre los ribereños del mar, porque no son individuos aislados, familias dispersas, quienes pueden haber elevado esos montículos de conchas de ostras y otros moluscos que tienen hasta 300 metros de largo sobre 30 á 60 metros de ancho y 3 metros de altura. No se cuentan menos de 69 *sambaqui* en las costas de mar Pequeño, en el Brasil meridional (A. Löfgren). Reuníanse, pues, los pescadores en gran número en aquella época para sus comidas de conchas, á las cuales añadían pescados de diversas especies, como también ciervos, corzos, cerdos, bueyes, perros, gatos, castores y nutrias, cuyos huesos roídos se ven en los montones de restos.

Desde las épocas en que se amontonaron aquellos lechos de conchas, muchas especies y variedades animales han desaparecido ó al menos se han modificado notablemente. Por otra parte se ha podido observar que varias formas animales existían ya en regiones de las que los historiadores las creían ausentes. Respecto de las especies vegetales se han hecho análogas observaciones: hay árboles frutales que se creían importados de Asia durante la dominación romana que existían libremente en la Europa occidental mucho antes de los tiempos históricos. A juzgar por los huesos de frutas encontrados en las grutas, los trogloditas del Mas de Azil conocían dos variedades de cerezas y tres de ciruelas en la época en que se formaban las capas de «guijarros coloreados». El nogal existía ya en las Galias en la época terciaria. Por último, al principio del período magdaleniano, el hombre conoció el trigo, puesto que esculpió en relieve las espigas[1]. La viña existía también en la Europa occidental, porque se la encuentra en las *terramare* de las llanuras italianas durante la edad del bronce. En aquella época los italianos bebían verdadero vino de uva, cuyo uso se extendería probablemente de Oeste á Este y no al contrario, como antes se creía. En las mismas edades prehistóricas y hasta en los principios de la historia propiamente dicha, los hombres de los palafitos alpinos, en Varese y en Lubliana bebían vino del cornejo ó sanguino, y sobre la vertiente septentrional de los Alpes, desde Saboya al Austria, la bebida fermentada en uso era la que se fabricaba con frambuesas y zarzamoras[2]. Todos esos líquidos producían la embriaguez, porque sabido es que el hombre sabía sentir la

[1] Ed. Piette, *Bull. de la Soc. d'Anthropologie de Paris*, sesión del 18 de abril de 1895.
[2] G. de Mortillet, *Les Boissons fermentées*, «Bull, Soc. de Anthropologie», 1897, fasc. 5



CAFRES CONSTRUYENDO UNA CABAÑA

Según una fotografía.

necesidad de huir de sí mismo por una locura temporal cuyo uso ordinario reglamentaron las supersticiones y los cultos.

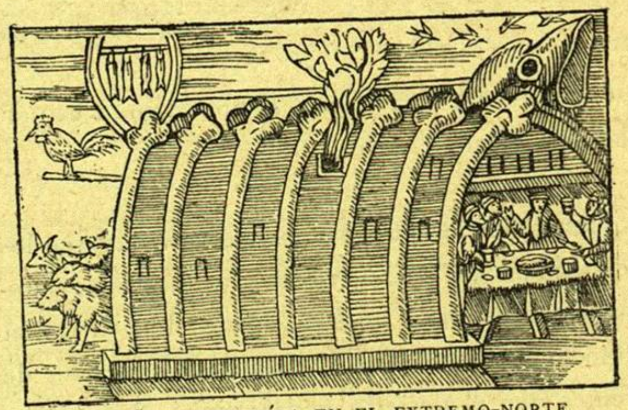
Antes de la historia, las viviendas no eran menos variadas que los alimentos, puesto que dependían del medio, y todas las formas de habitaciones de otros tiempos se conservan en nuestras edades de civilización acelerada. El suelo cubierto de nieve daba al Esquimal materiales de construcción muy diferentes que el desierto pedregoso ó el frondoso bosque suministraban al árabe ó al hindu. Hasta cuando los hombres, ya ricos y cultos, han tenido empeño en construirse bellos monumentos de madera, ladrillo, piedra ó mármol, la naturaleza ambiente queda grabada sobre el palacio. «El clima se escribe en la arquitectura: un techo puntiagudo prueba la lluvia; plano, el sol; cargado de piedras, el viento»[1]. Pero no hay edificios romanos ó góticos, ni una sola habitación, ni un mal cobertizo utilizado en las primeras edades de

[1] Victor Hugo, *Le Rhin*.

que no se vean todavía ejemplos peor ó mejor conservados. Las supervivencias de la vivienda primitiva se muestra hasta en las ciudades más suntuosas. ¿No se encuentran, buscando bien, trogloditas en París y en Londres? ¿No se ven también gentes que viven bajo la choza, grosera morada de ramas y restos, sin contar los que pasan la noche echados en tierra?

En las comarcas de temperatura tropical, donde sin duda el hombre se desarrolló en su juventud primera, las espesuras de la maleza sirven todavía de habitaciones comunes á poblaciones numerosas. Antes se apreciaban como viviendas perfectas las cimas de los grandes árboles, que ofrecían un suelo natural en el punto de divergencia de las principales ramas, extendiéndose sobre la parte superior una espesa cubierta de follaje que resguardaba de los ardores del sol y la violencia de las lluvias y de las tempestades.

Como sus primos, los cuadrumanos, los bimanos habitaban lo más cerca posible de las frutas y de las bayas que les servían de alimento, y, en caso de defensa contra los asaltantes, no tenían que hacer más que romper las ramas de su fortaleza viviente y emplearlas á guisa de dardos, lanzas ó mazas.

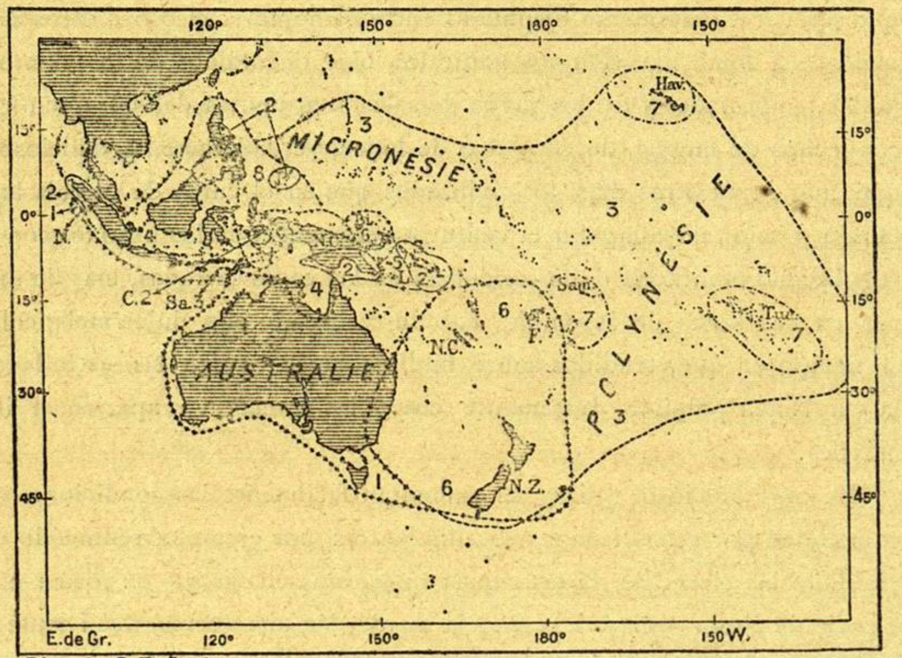


CABAÑA CONSTRUÍDA EN EL EXTREMO-NORTE CON HUESOS DE BALLENA

Según un grabado de Olaüs Magnus.

Cuando era grande la espesura y estaba formada de árboles unidos en una sola masa por las ramas entrecruzadas y por los cables de las plantas parásitas, podía suceder que se librasen batallas en el follaje, entre los arborícolas y los invasores llegados por senderos aéreos. Pero en la sociedad contemporánea, en que los medios de ataque tienen un efecto inmediato y fulminante, se ha hecho imposible á las tribus selváticas conservar sus viviendas de ramaje. Sabido es que los Uaraun del delta del Orinoco no habitan ya las cimas de sus palmeras durante las crecidas del río, y que las tribus saras, que vivían, como los monos, sobre las elevadas ramas del eriodendron, han sido desalojadas á tiros por los baghirmios mercaderes de esclavos [1].

N.º 21. Habitaciones de Oceanía



D'après L. Frobenius.

1: 150 000 000

0 1000 5000 10000 Kil.

1 Tipo nigricio (La mayor parte de Australia, Tasmania, Nias, etc.).
2 Tipo Barla (Islas Salomón, sudeste de la Nueva-Guinea, Ceram, Palaos, parte de las Filipinas, noroeste de Sumatra).
3 Tipo malo-asiático (la mayor parte de la Polinesia y de la Micronesia.—Sawoe).
4 Tipo sobre estacas (Sumatra, Java, Borneo, Célebes, etc. Australia septentrional, Nueva-Guinea norte-occidental).
5 Tipos 1 y 2 mezclados (Luisiadas).
6 Tipos 1 y 3 mezclados (Archipiélago Bismarck, Nueva-Caledonia, Fidji, Australia oriental, Nueva-Zelandia).
7 Tipo 3 con elementos del tipo 1 (Samoa, Tuamotu, Havaï).
8 Tipos 3 y 4 mezclados. (La mayor parte de las Filipinas, Halmahera, Timor-Laoet).

El tipo de habitación nigricia se compone de una sola superficie curva que forma los lados y el techo; el tipo malo-asiático se caracteriza por un techo con dos pendientes que reposa sobre paredes laterales. El tipo Barla está construído sobre estacas, pero se distingue del tipo n.º 4 por la presencia de vigas longitudinales sujetas entre dos filas de estacas verticales.

ABREVIATURAS

Bi. : Archipiélago Bismarck.
C. : Ceram.
F. : Fidji.
Hav. : Havaï.
L. : Luisiadas.
N. : Nias.
N. C. : Nueva-Caledonia.
N. G. : Nueva-Guinea.
N. Z. : Nueva Zelanda.
S. : Islas Salomón.
Sa. : Sawoe.
Sam. : Samoa.
Tua. : Tuamotu.
P. : Palaos.

Todavía son muy numerosas las madrigueras en que viven grupos de familias á la manera de los animales en los bosques. Es esa una especie

[1] G. Nachtigal, *Sahara und Sudan*.

de albergue perfectamente indicado en una gran extensión de la Tierra, en países de bosques, de malezas ó de cañaverales: hay lugares que presentan á la vez ventajas para el refugio, la defensa y la salubridad, que sería frecuentemente disputado entre el hombre, el oso ú otros animales; así como hay refugios naturales, bien defendidos de los vientos, de las tempestades y de los rayos demasiado ardientes del sol, que ofrecen lechos de musgo, de césped ó de hojas, verdaderamente deliciosos, que, aun en nuestros días, los civilizados que en el curso de su vida han tenido ocasión de comparar la venturosa existencia en los bosques con la regularidad monótona de la residencia en las casas cerradas, más de una vez, en sus horas de insomnio, habrán recordado con dulce melancolía el tiempo en que, tendidos sobre mullida hierba, veían las estrellas y la vía láctea palpitar dulcemente entre las ramas en apariencia inmóviles.

En esos deliciosos retiros, se aumentan fácilmente las condiciones de comodidad por sencillísimos procedimientos: por ejemplo, reuniendo en ramillete las cimas de varias ramas dispuestas en círculo se forma una especie de choza cónica, á la que se puede dar una abertura suficiente y formar paredes por medio de ramas entrecruzadas[1]. Partiendo de aquí se llega fácilmente á construcciones de concepción más inteligente: troncos de árboles reunidos en forma de paredes exteriores; palos y haces para las divisiones interiores; hojas dispuestas en espesas capas para los techos; troncos aislados que sirven de columnas; ramaje espinoso que rodea la vivienda para protegerla contra los ataques de las fieras ó de otros hombres; tal fué el principio de la cabaña, que cambió naturalmente de proporciones y de arquitectura según la especie de la vegetación local. En todos los paises del Oriente asiático, el bambú, esa planta de rápido crecimiento, tan notable por su forma, su ligereza y su facilidad de empleo, es el principal elemento de que disponen los arquitectos rústicos. En las regiones templadas y sobre los declives de los montes donde falta el bambú, la madera propiamente dicha sirve para la construcción de las cabañas, islas ó chalets.

Las dos formas típicas de esos edificios rudimentarios, el círculo y el cuadrado ó rectángulo, dependen naturalmente de los materiales que se

[1] Viollet-le-Duc, *Histoire de l'Habitation humaine*, pág. 67.

tienen á mano y del trabajo que exige su manipulación. El tipo curvilíneo suele ser el más fuerte: recuerda las chozas del castor, los hormigueros y termiteros, los nidos de las aves, de los peces, de los insectos y hasta las telas de araña[1].

A ese tipo de choza, para el cual bastaba encorvar las ramas que forman círculo, atarlas por el extremo á modo de bóveda primitiva, y á veces empastarlas con arcilla para darles mayor consistencia, sucedió el tipo rectilíneo, para cuya realización había que derribar árboles y colocar longitudinalmente los troncos unos sobre otros. Ese modo de construcción tiene la gran ventaja de prestarse á todos los crecimientos necesarios: las «casas largas» que construían los Iroquis y otros indios de América, lo mismo que los edificios de igual clase construídos en muchas islas de la mar del Sud para recibir los jóvenes ó los huéspedes de la tribu, no hubieran podido edificarse bajo forma diferente. Pero allí mismo donde el arte del constructor está bastante desarrollado para dar á las cabañas todas las formas que se deseen, el espíritu de conservación y la tradición de raza bastan para mantener de siglo en siglo los tipos hereditarios. En tal concepto, Africa está dividida en dos mitades, aunque entremezclando sus fronteras: el grupo del país de las cabañas redondas y la región de las chozas angulares[2]. Otras comarcas prefieren, unas las cúpulas, otras las puntas[3]. La arquitectura de las tumbas obedece á las mismas leyes que las de las casas, porque se supone que los muertos han de tener las costumbres de los vivos[4].

Además de sus bosques y sus malezas, la Naturaleza ofrece también sus cavernas á los contemporáneos para que establezcan en ellas su residencia. Lo mismo para el hombre que para el animal, la gruta y la oquedad vaciada por la erosión de las aguas al pie de la roca saliente, son albergues naturales perfectamente indicados. En ciertas comarcas, sobre todo en las regiones calcáreas atravesadas por galerías y antros ramificados, todas las poblaciones eran trogloditas: se hubiese podido observar el país en grandes extensiones sin ver un solo individuo, ocultos

[1] Elie Reclus, *Notas manuscritas*.
[2] Frobenius, *Petermann's Mitteilungen*, 1897, pág. 265.
[3] Besset, *Bull. Soc. Géogr.*, 4.º trim. 1904.
[4] Elie Reclus, *Notas manuscritas*.

todos en la profundidad de las rocas. Por el trabajo asociado, los habitantes de aquellos lugares tenebrosos los apropiaban á sus necesidades, obstruyendo la entrada por rocas ó troncos de árboles móviles, nivelando el suelo ó rompiendo los resaltos de la bóveda.

Pero allí también tuvieron nuestros antepasados que luchar en un principio contra las fieras, sea para expulsarlas, sea para entenderse tácitamente para la partición del domicilio, porque la gruta era una habitación tan deseable para los unos como para los otros. Los arqueólogos han encontrado muchas huellas del cambio de propietarios: algunos de esos subterráneos constituyen verdaderas ciudades por el desarrollo de sus galerías, donde encontraron asilo tribus enteras con sus rebaños, sin que les atemorizara un sitio, sobre todo cuando disponían de varias puertas de salida, desconocidas por los sitiadores, y podían tomar sus provisiones en el campo. Mas también ¡cuántos subterráneos poco extensos se convirtieron en sepulturas de sus habitantes, cuando un enemigo superior en número cerraba la entrada de la caverna para matarlos de hambre, ó encendía fuego de paja ó de hojas húmedas para ahogarlos con el humo! Tan atroces hechos de guerra no pertenecen exclusivamente á las edades prehistóricas; aun en nuestros días y por medio de abominaciones de esta especie ha habido pretendidos civilizados que han creído cubrirse de gloria.

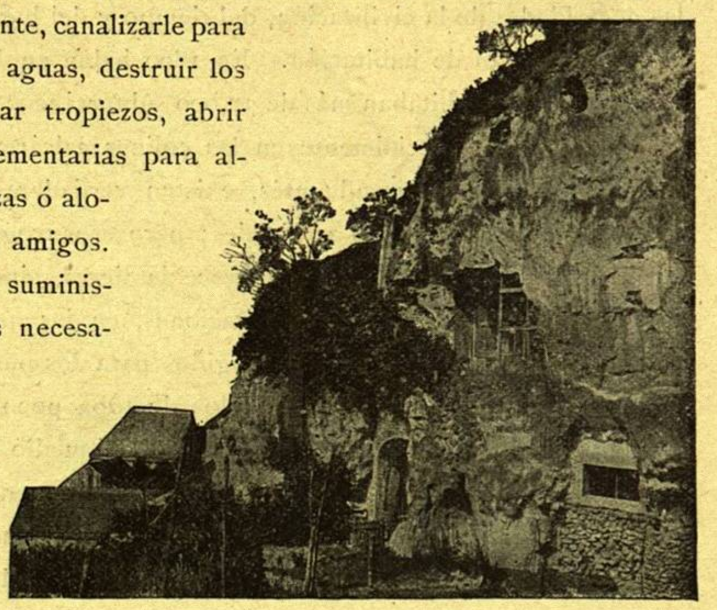
Ni aun en tiempo de paz están seguros los trogloditas de vivir tranquilamente en sus viviendas rocosas: el agua que destila en la piedra, decorando el techo con sus blancos ornamentos, hace inhabitables ciertas partes de la gruta, en tanto que otras, con el techo agrietado, amenazan hundirse á la menor sacudida de temblor sísmico. Hay muchas grutas, habitadas en otro tiempo, que actualmente son inaccesibles á causa de los desprendimientos; otras están expuestas á la invasión de las aguas, como la del Mas de Azil, en la Francia pirenaica, cruzada por un río, el Rize (Arise) engrosado á veces por las ondas de crecidas que se elevan 13 y 14 metros sobre su nivel ordinario[1]. Así ha sucedido que por cinco veces los hombres de la edad del reno, instalados en la gruta, sobre la orilla izquierda del Arise, fueron expulsados por las inundaciones y huyeron sobre las altas anfractuosidades exteriores de la

[1] Ed. Piette, *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, 18 abril 1895.

roca, al abrigo de algún cobertizo natural que medio les protegiera contra la intemperie.

A pesar de todos esos inconvenientes y peligros, las cavernas se contaron ciertamente y se cuentan aún en el número de las habitaciones más utilizadas. Hay grutas en que las concreciones calcáreas depositadas sobre el suelo primitivo han sido excavadas en un espesor que ha alcanzado en varios puntos hasta ocho metros, y esta masa enorme de escombros se componía por completo de huesos, residuos y carbones: gracias á los fragmentos recogidos en esas cavernas, los arqueólogos han podido adivinar y reconstituir después las edades prehistóricas[1].

Una vez instalado en su fisura de roca, el hombre, accesible siempre á la pasión de lo bello, supo transformar su medio: nivelar el suelo para reposar cómodamente, canalizarle para que corrieran las aguas, destruir los resaltos para evitar tropiezos, abrir habitaciones suplementarias para almacenar sus riquezas ó alojar los hijos y los amigos. La roca misma le suministraba los recursos necesarios para ese trabajo de acomodación, tales como corredores, salas, piedras para las escaleras, etc. Ciertamente que en los progresos de la vivienda, gracias á la arquitectura al aire libre, no han sido todo ventajas; cada mejora se adquiere á costa de inconvenientes. Los trogloditas, abandonando sus antros para instalarse en albergues artificiales expuestos al sol y al aire libre han perdido bajo diferentes aspectos: la



CASAS EXCAVADAS EN LAS ROCAS EN TRÔO (VALLE DEL LOIR)

Fotografía sacada de *Sites et Monuments*.

[1] Julien Fraipont, *Les Cavernes et leurs Habitants*.

todos en la profundidad de las rocas. Por el trabajo asociado, los habitantes de aquellos lugares tenebrosos los apropiaban á sus necesidades, obstruyendo la entrada por rocas ó troncos de árboles móviles, nivelando el suelo ó rompiendo los resaltos de la bóveda.

Pero allí también tuvieron nuestros antepasados que luchar en un principio contra las fieras, sea para expulsarlas, sea para entenderse tácitamente para la partición del domicilio, porque la gruta era una habitación tan deseable para los unos como para los otros. Los arqueólogos han encontrado muchas huellas del cambio de propietarios: algunos de esos subterráneos constituyen verdaderas ciudades por el desarrollo de sus galerías, donde encontraron asilo tribus enteras con sus rebaños, sin que les atemorizara un sitio, sobre todo cuando disponían de varias puertas de salida, desconocidas por los sitiadores, y podían tomar sus provisiones en el campo. Mas también ¡cuántos subterráneos poco extensos se convirtieron en sepulturas de sus habitantes, cuando un enemigo superior en número cerraba la entrada de la caverna para matarlos de hambre, ó encendía fuego de paja ó de hojas húmedas para ahogarlos con el humo! Tan atroces hechos de guerra no pertenecen exclusivamente á las edades prehistóricas; aun en nuestros días y por medio de abominaciones de esta especie ha habido pretendidos civilizados que han creído cubrirse de gloria.

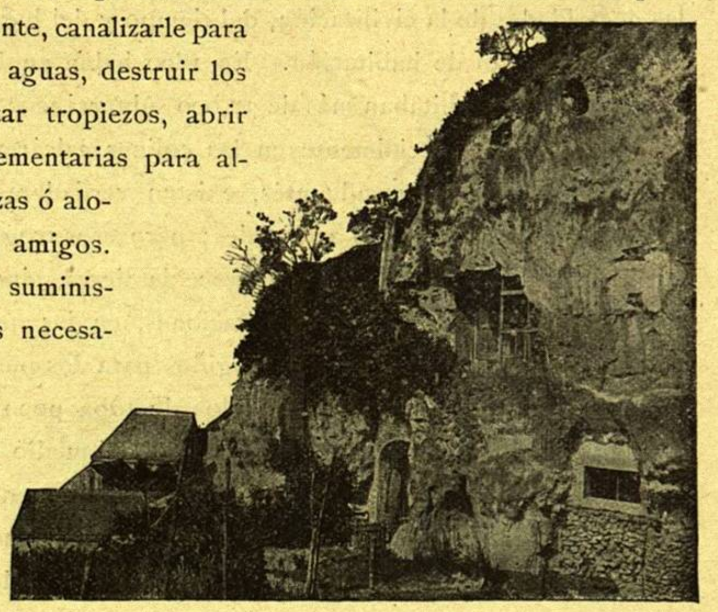
Ni aun en tiempo de paz están seguros los trogloditas de vivir tranquilamente en sus viviendas rocosas: el agua que destila en la piedra, decorando el techo con sus blancos ornamentos, hace inhabitables ciertas partes de la gruta, en tanto que otras, con el techo agrietado, amenazan hundirse á la menor sacudida de temblor sísmico. Hay muchas grutas, habitadas en otro tiempo, que actualmente son inaccesibles á causa de los desprendimientos; otras están expuestas á la invasión de las aguas, como la del Mas de Azil, en la Francia pirenaica, cruzada por un río, el Rize (Arise) engrosado á veces por las ondas de crecidas que se elevan 13 y 14 metros sobre su nivel ordinario [1]. Así ha sucedido que por cinco veces los hombres de la edad del reno, instalados en la gruta, sobre la orilla izquierda del Arise, fueron expulsados por las inundaciones y huyeron sobre las altas anfractuosidades exteriores de la

[1] Ed. Piette, *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, 18 abril 1895.

roca, al abrigo de algún cobertizo natural que medio les protegiera contra la intemperie.

A pesar de todos esos inconvenientes y peligros, las cavernas se contaron ciertamente y se cuentan aún en el número de las habitaciones más utilizadas. Hay grutas en que las concreciones calcáreas depositadas sobre el suelo primitivo han sido excavadas en un espesor que ha alcanzado en varios puntos hasta ocho metros, y esta masa enorme de escombros se componía por completo de huesos, residuos y carbones: gracias á los fragmentos recogidos en esas cavernas, los arqueólogos han podido adivinar y reconstituir después las edades prehistóricas [1].

Una vez instalado en su fisura de roca, el hombre, accesible siempre á la pasión de lo bello, supo transformar su medio: nivelar el suelo para reposar cómodamente, canalizarle para que corrieran las aguas, destruir los resaltos para evitar tropiezos, abrir habitaciones suplementarias para almacenar sus riquezas ó alojar los hijos y los amigos. La roca misma le suministraba los recursos necesarios para ese trabajo de acomodación, tales como corredores, salas, piedras para las escaleras, etc. Ciertamente que en los progresos de la vivienda, gracias á la arquitectura al aire libre, no han sido todo ventajas; cada mejora se adquiere á costa de inconvenientes. Los trogloditas, abandonando sus antros para instalarse en albergues artificiales expuestos al sol y al aire libre han perdido bajo diferentes aspectos: la



CASAS EXCAVADAS EN LAS ROCAS EN TRÔO (VALLE DEL LOIR)

Fotografía sacada de *Sites et Monuments*.

[1] Julien Fraipont, *Les Cavernes et leurs Habitants*.

gruta, tibia en invierno, deliciosamente fresca en verano, ofrece excelentes condiciones higiénicas que se encuentran en muy pocas casas. Flinders Petrie, el famoso excavador del suelo egipcio, hallándose en los palacios de Europa, echaba frecuentemente de menos las salas de la tumba que había escogido como residencia durante sus excavaciones de las pirámides de Gizeh [1]. Los burgueses de Chuster, en el antiguo país de Elam, comprenden también esos goces, puesto que sus casas tienen todas cuevas excavadas en los conglomerados de antiguos cantos rodados procedentes de las montañas del Zagros: en esas cavernas artificiales, algunas de veinte metros de profundidad bajo los edificios, pasan las familias los veranos.

En todos los países del mundo, hasta en los más acomodados á las formas de la civilización moderna, hay trogloditas que, adaptándose á las necesidades de la civilización, del tiempo y del lugar, han conservado el antiguo modo de habitación. En 1890 había en Italia unos cien mil trogloditas que habitaban más de 37,000 subterráneos.

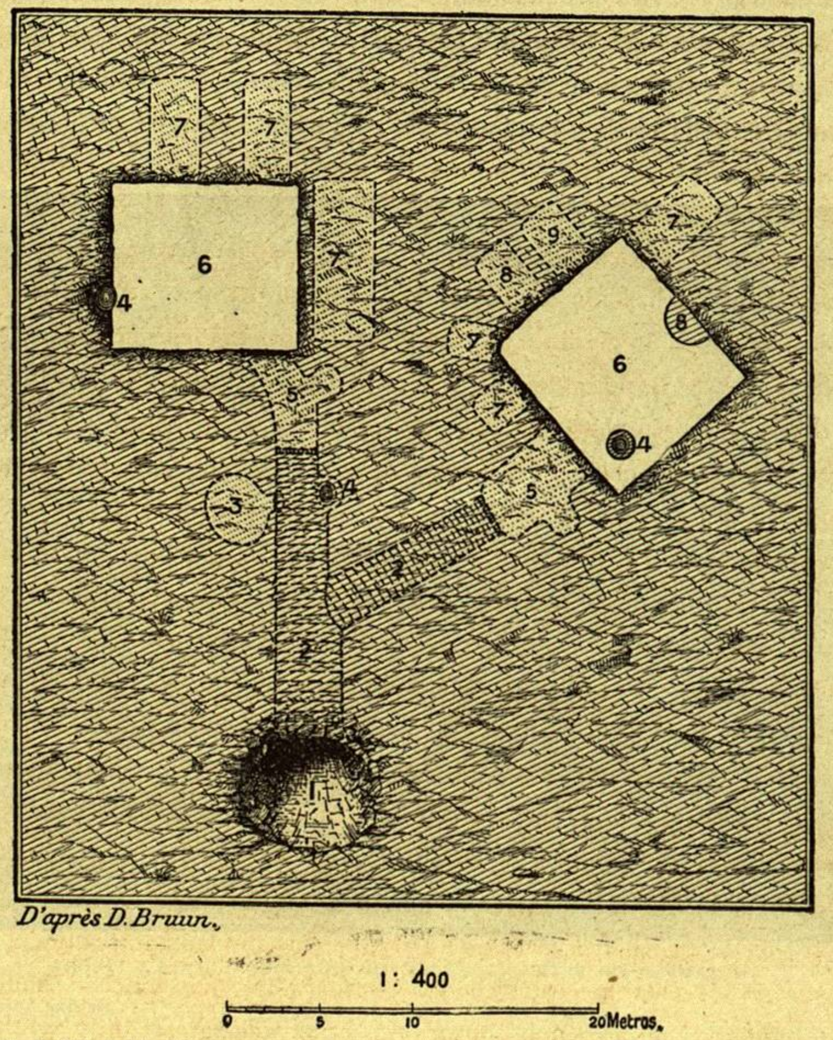
En Francia, especialmente en las colinas calcáreas que bordean el Garona, el Loira y sus afluentes, existen verdaderas poblaciones que ocupan grutas naturales ó artificiales; pero esos trogloditas no se limitan al grosero albergue que les ofrece la tierra, sino que amueblan y adornan cuidadosamente sus habitaciones, en las que se ven relojes, cuadros y libros. Los lugares escogidos para los pueblos subterráneos suelen ser en todas partes acantilados de toba poco elevados, situados á lo largo de los ríos y dando frente al sol del medio día. Hay municipios, especialmente en la margen del Loir, que tienen más habitantes de las cuevas que de las casas al aire libre, siendo aquéllas más cómodas que millones de edificios construídos en la superficie de la tierra [2].

Tal sucede en Roches, cerca de Montoire, donde las habitaciones, las bodegas y los establos están mejor conservados que muchas habitaciones modernas de aquellos contornos: hasta una iglesia, hoy arruinada, había sido excavada en la roca. La ornamentación entra por mucho en esas grutas artificiales: hay esculturas romanas, góticas y del Renacimiento que manifiestan á los arqueólogos la edad de los trabajos de excavación. El mamelón del Trôo, como la villa de Roches, tiene muchas

[1] *Ten Years' Digging in Egypt*, pág. 12.
[2] Capitan, *Revue de l'Ecole d'Anthropologie*.

habitaciones subterráneas, pero además constituye un conjunto completo por las galerías que enlazan unos con otros los pisos de las casas, y los hacen comunicar, abajo con las fuentes, arriba con la ciudadela.

N.° 22. Plano de galerías subterráneas en un pueblo de Túnez meridional
(Véase pág. 178)

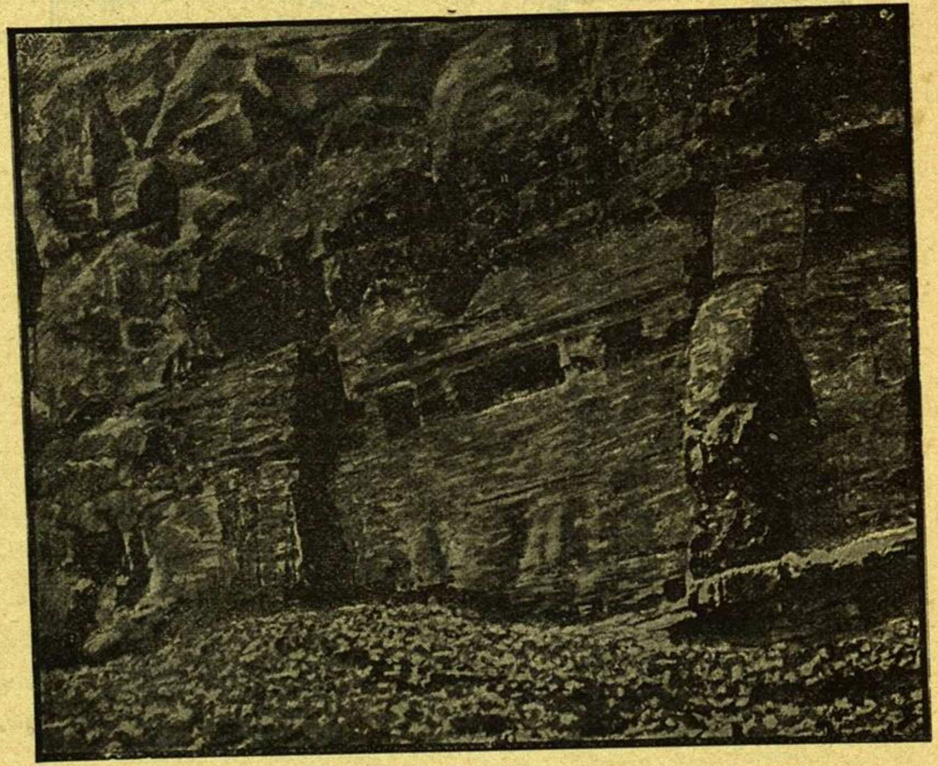


1 Entrada á la habitación.
2 Rampas de acceso.
3 Cuarto para alojar los extranjeros.
4 Cisternas.
5 Establos.
6 Patios.
7 Dormitorios.
8 Cocinas, una al aire libre.
9 Almacén de trigo.

Hay higueras y almendros que deslizan sus raíces entre las grietas de las rocas, y el acantilado está bordeado de jardinillos en terraplenes donde abundan plantas aromáticas como el tomillo, el romero y la

salvia[1]. Puede citarse el Trôo como el lugar en que la supervivencia de la vida de las cavernas se ha conservado más tiempo, progresando hasta adaptarse á las costumbres modernas.

Se hacen extraños acomodamientos en esos países de trogloditas: el pasaje cubierto de Pont-Touchard, cerca de Saumur, se ha convertido en una taberna, donde los bebedores saborean el vino espumoso bajo las enormes piedras del dolmen. También existen en la India templos suntuosos excavados en la roca. La antigua ciudad de los muertos divinizados se halla junto á la ciudad de los vivos. Petra, la «Ciudad de la



UN TEMPLO DE PETRA EXCAVADO GRADUALMENTE EN LA PIEDRA

De una fotografía.

Piedra», con sus maravillosos laberintos decorados con estatuas é inscripciones, no es sino un inmenso sepulcro, después de haber sido una capital de lujo y de fausto real, hace mil ochocientos años, bajo unos dueños que querían imitar á Roma; pero no necesitaban transportar la

[1] Ardoin-Dumazet, *Voyage en France.*



CASA BLANCA.—CAÑÓN DE CHELLY, ARIZONA (Véase pág. 174)

De una fotografía.

piedra, les bastaba excavar poco á poco la roca, descendiendo de piso en piso.

Más al norte, en el Hauran, se habían excavado grandes ciudades subterráneas en cenizas de volcanes, y los habitantes, disponiendo de varias salidas en las grietas ignoradas de la meseta, se encontraban absolutamente inatacables: hasta se habían establecido allí mercados y tiendas. Los trogloditas de los Trichones embellecían sus hipogeos, y todavía se ven allí bellísimas esculturas que datan de las primeras edades de la humanidad civilizada[1]. Algunos de esos subterráneos están todavía habitados, pero apenas se utilizan las cisternas más que para abrevar los rebaños.

Había en Europa criptas de palacios y catedrales que rivalizaban en belleza arquitectónica con los edificios construídos encima. Los siglos se han ido superponiendo como los sillares de piedra: ocultos antes en la tierra, los edificios se han ido desarrollando al sol.

Pero si la roca dura de ciertas grutas se ha prestado á los trabajos de

[1] Wetzstein, *Hauran und die Trachonen.*

embellecimiento hasta permitir que en ellas se hicieran grutas y palacios, las excavaciones practicadas en la tierra movediza han quedado siendo las humildes viviendas de los salvajes ó de los cavadores todavía despojadas de toda comodidad. Los Algonquines y los Hurones de la América septentrional, que vivían fuera del bosque y no podían construir cabañas, se cavaban agujeros en la llanura y después los cubrían en su mitad con un techo de césped. Los Pieles-Rojas, reemplazando á los cavadores europeos de toda raza que han conquistado el país sobre los indígenas, han recurrido al mismo procedimiento para hacerse una vivienda al menos provisional: el *dug-out*, el simple «escombro», análogo á los *weems* de las Hébridas y de Escocia[1], ó á aquellos agujeros que cavan los mineros de las altas mesetas tibetanas para ponerse al abrigo de los rudos vientos del Norte que arrasan furiosamente el suelo hasta levantar los guijarros como si fuera polvo leve. Recientemente los ejércitos ruso y japonés han reproducido ese trabajo en proporciones gigantescas por el cavado de galerías aspilleradas en la dura tierra de las llanuras de Hun-ho. A ese mismo orden de trabajos corresponden las chozas de nieve sabiamente construídas en que se cobijan los Esquimales durante los largos meses de invierno.

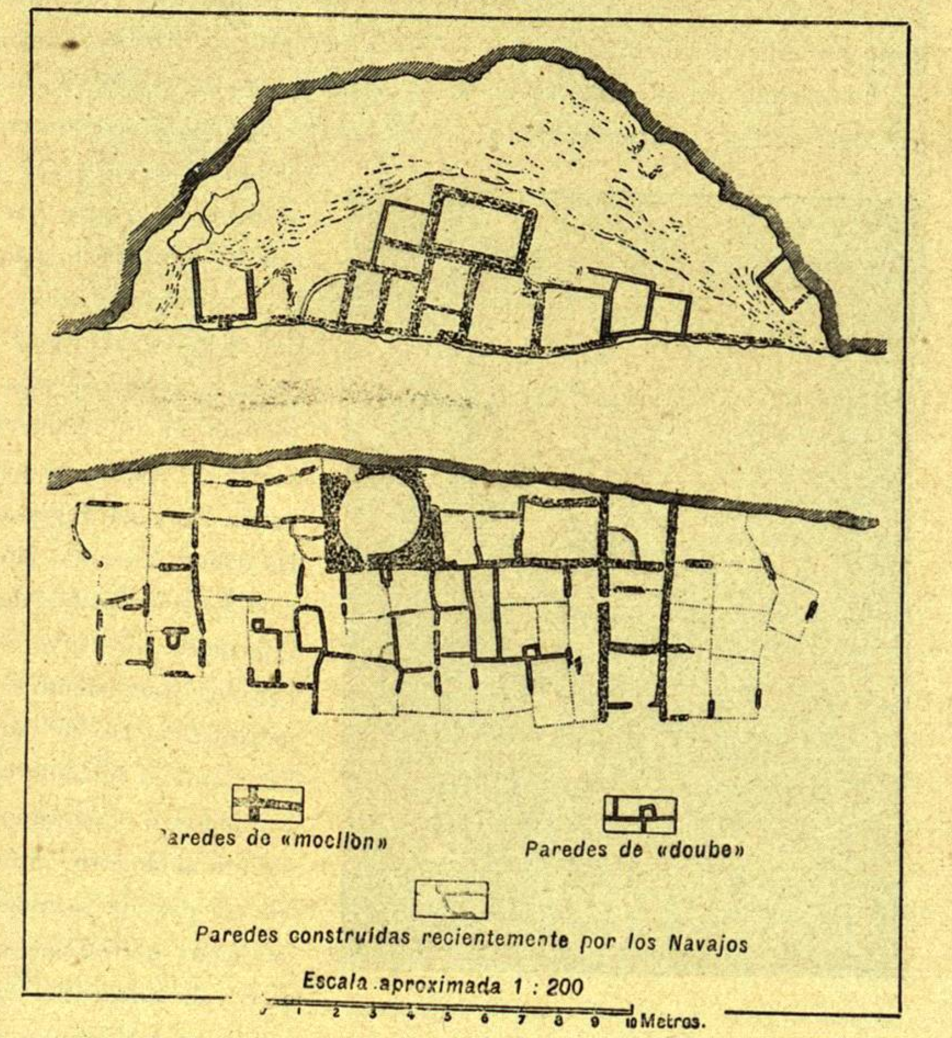
Pasadas las primeras edades de la infancia humana, nuestros antepasados aprendieron, por la experiencia, por preocupaciones de arte y bajo el cúmulo de la necesidad, á modificar la forma de las viviendas primitivas bajo los árboles ó en la espesura de las selvas, en las rocas, en la tierra ó en la nieve. Mucho antes de los tiempos consignados en la historia, sabía el hombre elevar construcciones sobre el suelo, pero muy diferentes unas de otras, según los materiales que ofrecía la naturaleza del lugar. En cuanto supo cortar instrumentos de piedra y torcer cuerdas poderosas, pudo serrar ramas de los árboles, desarraigar los troncos y aun cortarlos por su base, colocar unos sobre otros, cubrirlos con techos, ponerles puertas, ventanas y tabiques. De ese modo se elevaron izbas sármatas, en todo semejantes á las que en el día habita como heredero el mujik ruso.

En otros países, en las montañas del Kachmir, del Nepal, del Sikkim,

[1] Fr. Garnier, *L'Habitation humaine*.

del Tirol y de Suiza, donde concurren condiciones análogas y donde los pastores tienen también á su disposición piedras de todas formas para los cimientos y las hiladas, árboles para la armadura y el mueblaje, se

N.º 23. Casa Blanca en el Cañón de Chelly, Arizona
(Véase pág. 174)



El plano superior es el de las construcciones instaladas en la roca, á 30 metros sobre el nivel del valle; el plano inferior, el de las construcciones de la llanura.

han edificado chalets de semejante arquitectura, cuyos diversos materiales se combinan de un modo pintoresco. Cuando algunas poblaciones aprendieron á vivir de la carne de los animales domésticos, tuvieron

embellecimiento hasta permitir que en ellas se hicieran grutas y palacios, las excavaciones practicadas en la tierra movediza han quedado siendo las humildes viviendas de los salvajes ó de los cavadores todavía despojadas de toda comodidad. Los Algonquines y los Hurones de la América septentrional, que vivían fuera del bosque y no podían construir cabañas, se cavaban agujeros en la llanura y después los cubrían en su mitad con un techo de césped. Los Pieles-Rojas, reemplazando á los cavadores europeos de toda raza que han conquistado el país sobre los indígenas, han recurrido al mismo procedimiento para hacerse una vivienda al menos provisional: el *dug-out*, el simple «escombro», análogo á los *weems* de las Hébridas y de Escocia[1], ó á aquellos agujeros que cavan los mineros de las altas mesetas tibetanas para ponerse al abrigo de los rudos vientos del Norte que arrasan furiosamente el suelo hasta levantar los guijarros como si fuera polvo leve. Recientemente los ejércitos ruso y japonés han reproducido ese trabajo en proporciones gigantescas por el cavado de galerías aspilleradas en la dura tierra de las llanuras de Hun-ho. A ese mismo orden de trabajos corresponden las chozas de nieve sabiamente construídas en que se cobijan los Esquimales durante los largos meses de invierno.

Pasadas las primeras edades de la infancia humana, nuestros antepasados aprendieron, por la experiencia, por preocupaciones de arte y bajo el cúmulo de la necesidad, á modificar la forma de las viviendas primitivas bajo los árboles ó en la espesura de las selvas, en las rocas, en la tierra ó en la nieve. Mucho antes de los tiempos consignados en la historia, sabía el hombre elevar construcciones sobre el suelo, pero muy diferentes unas de otras, según los materiales que ofrecía la naturaleza del lugar. En cuanto supo cortar instrumentos de piedra y torcer cuerdas poderosas, pudo serrar ramas de los árboles, desarraigar los troncos y aun cortarlos por su base, colocar unos sobre otros, cubrirlos con techos, ponerles puertas, ventanas y tabiques. De ese modo se elevaron izbas sármatas, en todo semejantes á las que en el día habita como heredero el mujik ruso.

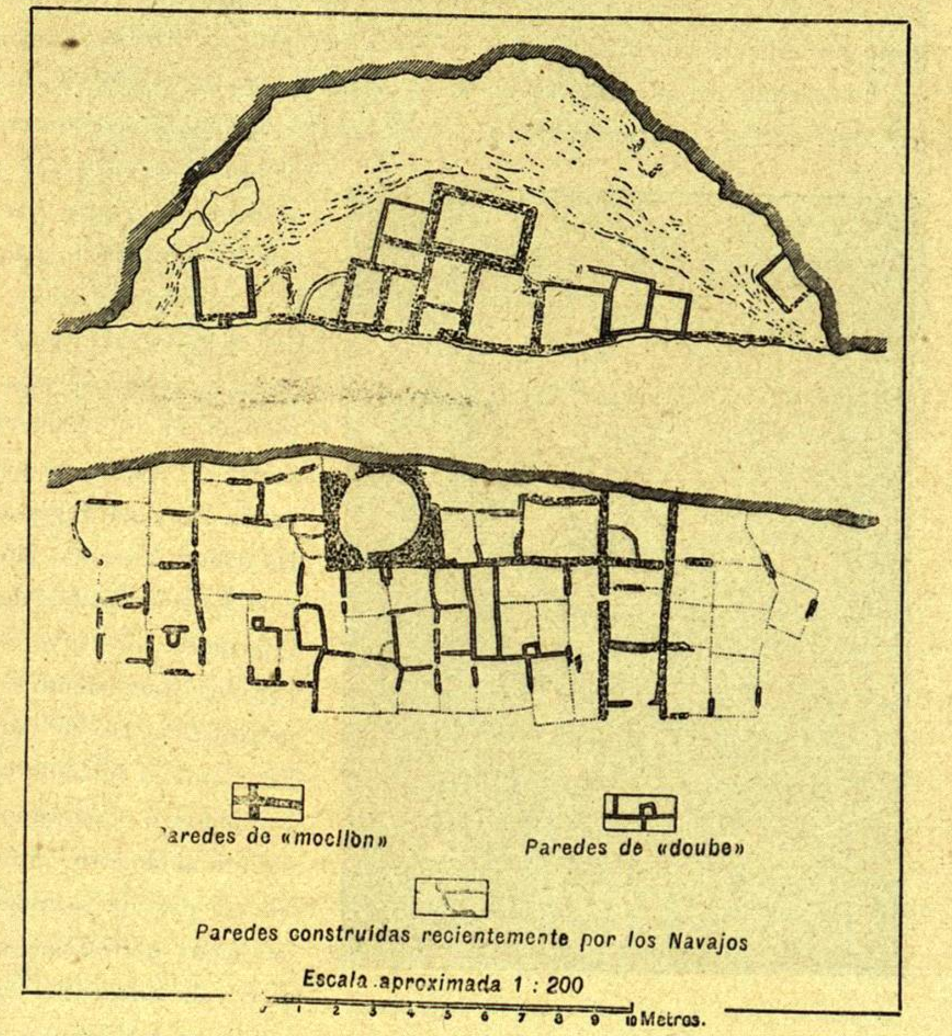
En otros países, en las montañas del Kachmir, del Nepal, del Sikkim,

[1] Fr. Garnier, *L'Habitation humaine*.

del Tirol y de Suiza, donde concurren condiciones análogas y donde los pastores tienen también á su disposición piedras de todas formas para los cimientos y las hiladas, árboles para la armadura y el mueblaje, se

N.° 23. Casa Blanca en el Cañón de Chelly, Arizona

(Véase pág. 174)



El plano superior es el de las construcciones instaladas en la roca, á 30 metros sobre el nivel del valle; el plano inferior, el de las construcciones de la llanura.

han edificado chalets de semejante arquitectura, cuyos diversos materiales se combinan de un modo pintoresco. Cuando algunas poblaciones aprendieron á vivir de la carne de los animales domésticos, tuvieron

también á su disposición las pieles de los animales sacrificados y se sirvieron de ellas para tender abrigos sobre sus cabezas en las llanuras. Después, cuando las tribus descubrieron el arte de tejer las telas, por ese medio encontraron la manera de erigir tiendas; en otras partes adquirieron los hombres la habilidad de endurecer la tierra por el sol ó por el fuego, y conocían el medio de preparar ladrillos y de colocarlos formando muros, hiladas ó pirámides; por último, en esas diversas formas de habitación, primitivas ó secundarias, nacieron modos intermediarios de construcción, caracterizados todos por algún rasgo distintivo concerniente al medio local y al medio de origen, porque al cambiar de país los constructores recuerdan siempre el aspecto de las viviendas que habitaban en su primera patria[1]. Así se ve que en la Guyana inglesa, las tribus Arecuna, Macusi y otras Caribes del interior se construyeron cabañas exactamente semejantes á las de sus hermanos ó iniciadores Uaraunos ó Guaraunos del litoral fangoso. Aunque su país de savanas, de suelo perfectamente seco, se encuentra en condiciones diferentes al delta del Orinoco, edifican también cabañas sobre estacas, y los palos que emplean pertenecen á la misma especie de palmera *(Euterpe oleracea)* planta muy ávida de humedad y relativamente escasa en sus llanuras; sólo la encuentran en bosquecillos distantes unos de otros, pero el instinto de conservación les lleva á imitar á sus abuelos que vivían en las orillas y sobre el agua[1]. Así también en la Papusia, el estilo de arquitectura de las casas elevadas sobre las tierras húmedas de la costa se ha conservado en el interior, y acaso también deba explicarse de esta manera la erección de viviendas de dos pisos, en las que el piso bajo, guarnecido de hojas ó de esterillas, se aprovecha para establo ó para depósito de provisiones[2]. Por análogo fenómeno de supervivencia de las formas y de acomodación al medio se explica el origen del chalet suizo.



MURALLAS CICLÓPEAS DE BASALTO EN METALANIM
ISLA PONAPÉ, CAROLINAS

Según una fotografía del *Geographical Journal*

[1] Viollet le Duc, *Histoire de la Habitacion humaine*, pág. 358.



RUPESTRES EN LA GRAN CANARIA

De una fotografía comunicada por la Sociedad de Geografía.

Las necesidades de la defensa se cuentan en el número de las causas mayores en la manera de construir las habitaciones humanas. La idea de seguridad hizo que se escogiera la vecindad de las rocas como elemento de murallas protectoras: se quiso imitar las defensas naturales

[1] E. im Thurn, *Journal of the Anthropological Institute*, vol. XI, 1883.
[2] Moseley, *Notes by a Naturalist on the Challenger*, pág. 396.

suministradas por los desfiladeros y las cavernas. En muchos países del mundo, lo mismo en Asia y en Europa que en América y hasta en algunas islas de la Oceanía, se han encontrado murallas de las llamadas «ciclópeas», porque instintivamente se les atribuye á cíclopes, á unos gigantes que precedieron á nuestra débil humanidad. Esos fragmentos de rocas fueron primeramente empleados en el estado que los suministra la Naturaleza, y el constructor se limitaba á juntarlos artísticamente con argamasa: la costumbre tomó en esto, como en toda práctica antigua, un carácter religioso; el hombre primitivo hubiera considerado una impiedad mancillar la santidad de la piedra derribando los resaltos de las rocas é igualando las superficies [1].

En toda comarca se aumenta la fuerza de la defensa por la posición escogida para los lugares sagrados donde la tribu había reunido sus tesoros, donde había puesto su «alma». En los países muy accidentados, cubiertos de rocas, llenos de pantanos, misteriosos por sus bosques ó espesas malezas, los indígenas procuraban ocultar el reducto central, colocándolo lejos de las sendas, de modo que el enemigo pasase á distancia, sin verle, acechado, guiado por falsas vías, y donde la ocultación era imposible; se hacía difícil el acceso al lugar defendido, con empalizadas, puertas falsas, trampas, celadas, caminos pérfidos que retardaran ó hasta impidieran completamente los asaltos: el interior de Africa es muy rica en laberintos de esta naturaleza [2], y el arte moderno los imita aún en los jardines.

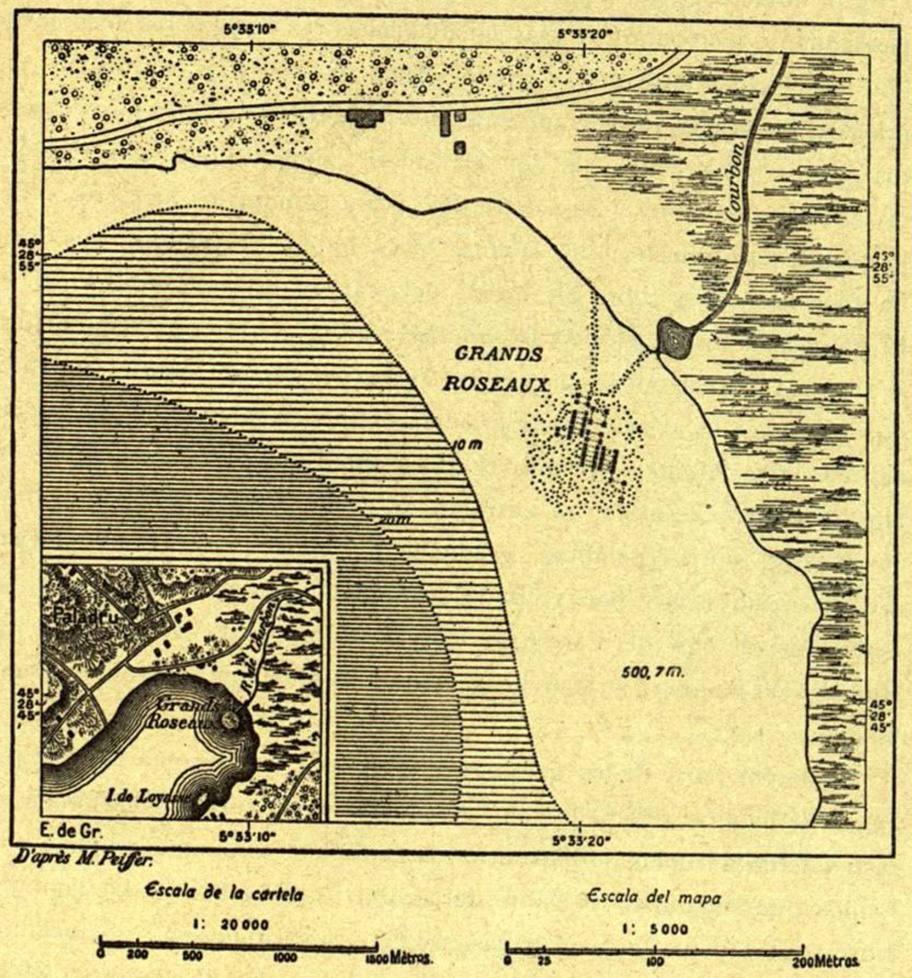
En las comarcas descubiertas se colgaban ordinariamente los fuertes sobre rocas de difícil acceso, y aunque vivamos aún en una época de combates y de asaltos, y que, en cada país se encierren miles y miles de hombres en ciudadelas edificadas sobre rocas abruptas, no dejó de ser grande la admiración que se produjo cuando viajeros arqueólogos descubrieron en América tribus que vivían absolutamente aisladas sobre enormes peñascos, limitados por acantilados verticales, que únicamente comunicaban con la llanura por entalladuras practicadas en la roca. ¿Qué diferencia hay, pues, en el fondo entre esos rupestres, que suben escalando sus rocas y que bajan con la destreza de verdaderos monos, entre los Zuñis y los Moquis del Arizona, los Tunebos de

[1] De Gobineau, *Histoire des Perses*, tomo I, pág. 31.
[2] Véase *Bull. de la Soc. de Geographie belge*, 1905.

Colombia y los ingenieros que construyen plazas de guerra? Sobre este asunto, el presente se liga estrechamente al pasado.

Lo mismo sucede respecto de las ciudades lacustres «Palafitos» ó «Terramares», descubiertas en diferentes comarcas del mundo, especialmente en nuestra Europa occidental. Durante el invierno de 1853

N.º 24. Villa lacustre de Paladru



á 1854, en ocasión de un descenso extraordinario de las aguas del lago de Zurich, se encontraron cerca de Obermeilen los restos de una antigua población construída sobre estacas á cierta distancia de la orilla;

desde aquella fecha los investigadores han descubierto en centenares de sitios los vestigios de otras poblaciones lacustres, que contenían en número incalculable objetos trabajados por nuestros antepasados durante los siglos de la prehistoria. Una sola población acuática, la de Concise, en las márgenes del lago de Neuchâtel, suministró á las colecciones de Suiza, desde el primer año, más de veinticinco mil ejemplares de la industria pasada, y todavía faltaba excavar en el fondo del lago una capa fangosa de más de un metro de espesor.

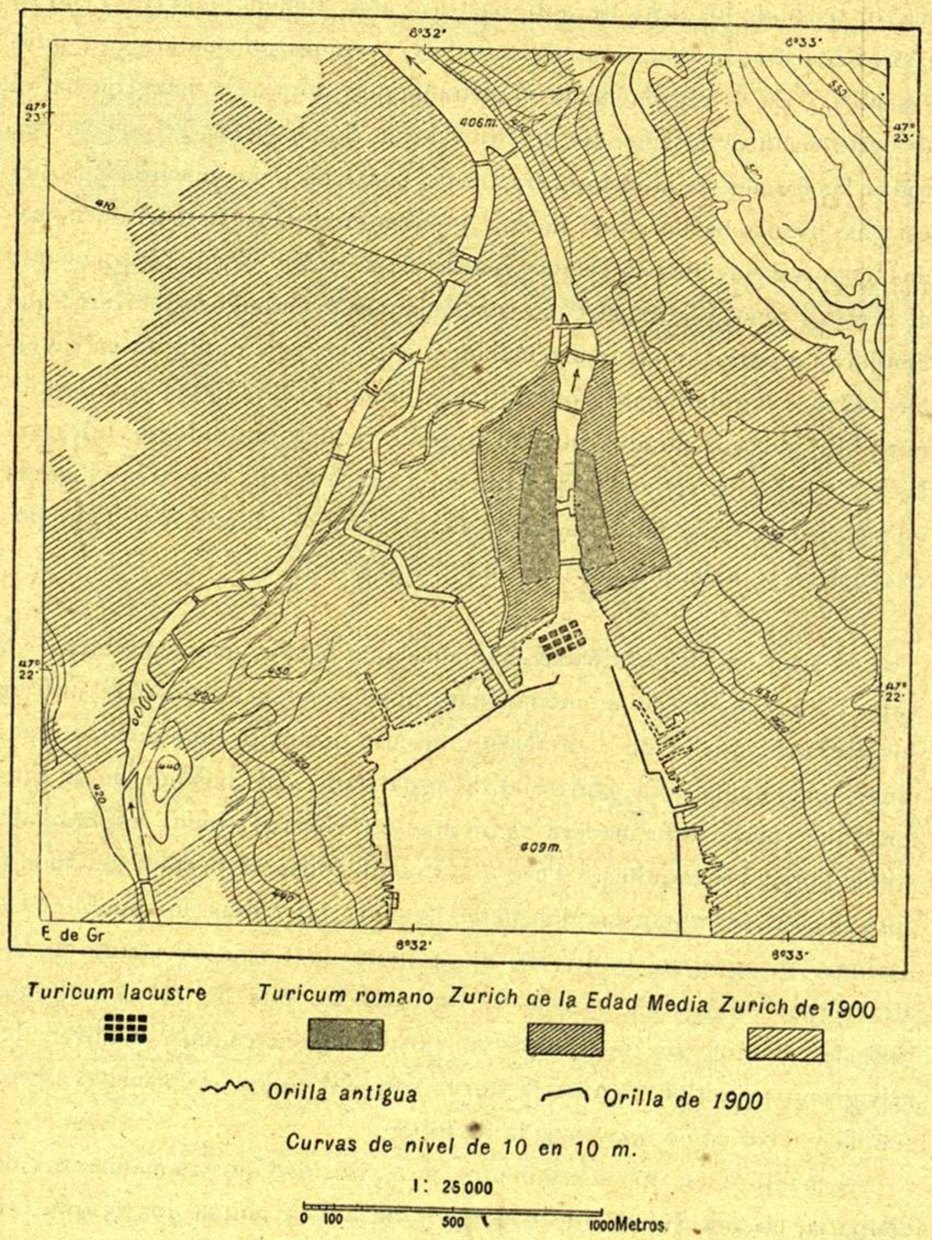
Tan numerosos han sido los hallazgos, que es fácil reconstruir con el pensamiento los grupos de esas cabañas lacustres con sus barcos amarrados, sus escalas colgantes sobre el agua, los sencillos mobiliarios del interior, las armas, las herramientas, los amuletos y las joyas, los cestos, los granos y las frutas que les servían de alimento, los animales que vivían con el hombre y aquellos cuya carne comían los lacustres. Por lo demás, para rehacer esas cabañas basta imitar las que todavía existen en diferentes sitios sobre las orillas del mar en Billiton, en Borneo, en la Papusia y sobre el litoral sud-americano, no lejos de Maracaibo. Y cuantas poblaciones, que en un principio fueron simples palafitos ó poblaciones lacustres, se desarrollaron poco á poco, sin que sea difícil encontrar el núcleo primitivo: tales son Nidau, en las márgenes del lago de Bienne, Zurich, al extremo de la hermosa cascada que lleva su nombre. Otros palafitos, gradualmente consolidados y transformados en tierra firme, han recibido fortalezas ó casas de recreo, como Isoleta en el lago de Varese, ó Roseninsel, en el de Starnberg. Las ciudades de Bamberg y Wurzburg comenzaron también siendo ciudades fluviales[1].

La mayor parte de los grupos de estacas se reunieron á la costa por efecto de haberse rellenado con los aluviones, las turbas y hasta con los restos de las antiguas poblaciones, los estrechos comunmente poco profundos que separaban el islote del litoral. Los palafitos del lago Paladru soportaban aún sus cabañas en la época carlovingia[2]. Semejantes fenómenos han tenido lugar á la orilla del mar, y por causas análogas; la antigua Tiro, el Pharos de Alejandría, la Djezireh de Argel, Venecia y Chioggia son de ello los ejemplos más conocidos. El estudio de los pa-

[1] Jeitteles, *Ausland*, 1872, n.° 45.
[2] Chantre, *Comptes-rendus de l' Académie des Sciences*, 1872, n.° 3.

lafitos y de su flora demuestra cuán poderosa ha sido desde aquella época la toma de posesión del hombre sobre la Naturaleza: las plantas que

N.° 25. Villa lacustre, Turicum, Zurich



el hombre cultivaba entonces han sido mejoradas ó reemplazadas por otras variedades, más productivas, mientras que las especies salvajes,

desde aquella fecha los investigadores han descubierto en centenares de sitios los vestigios de otras poblaciones lacustres, que contenían en número incalculable objetos trabajados por nuestros antepasados durante los siglos de la prehistoria. Una sola población acuática, la de Concise, en las márgenes del lago de Neuchâtel, suministró á las colecciones de Suiza, desde el primer año, más de veinticinco mil ejemplares de la industria pasada, y todavía faltaba excavar en el fondo del lago una capa fangosa de más de un metro de espesor.

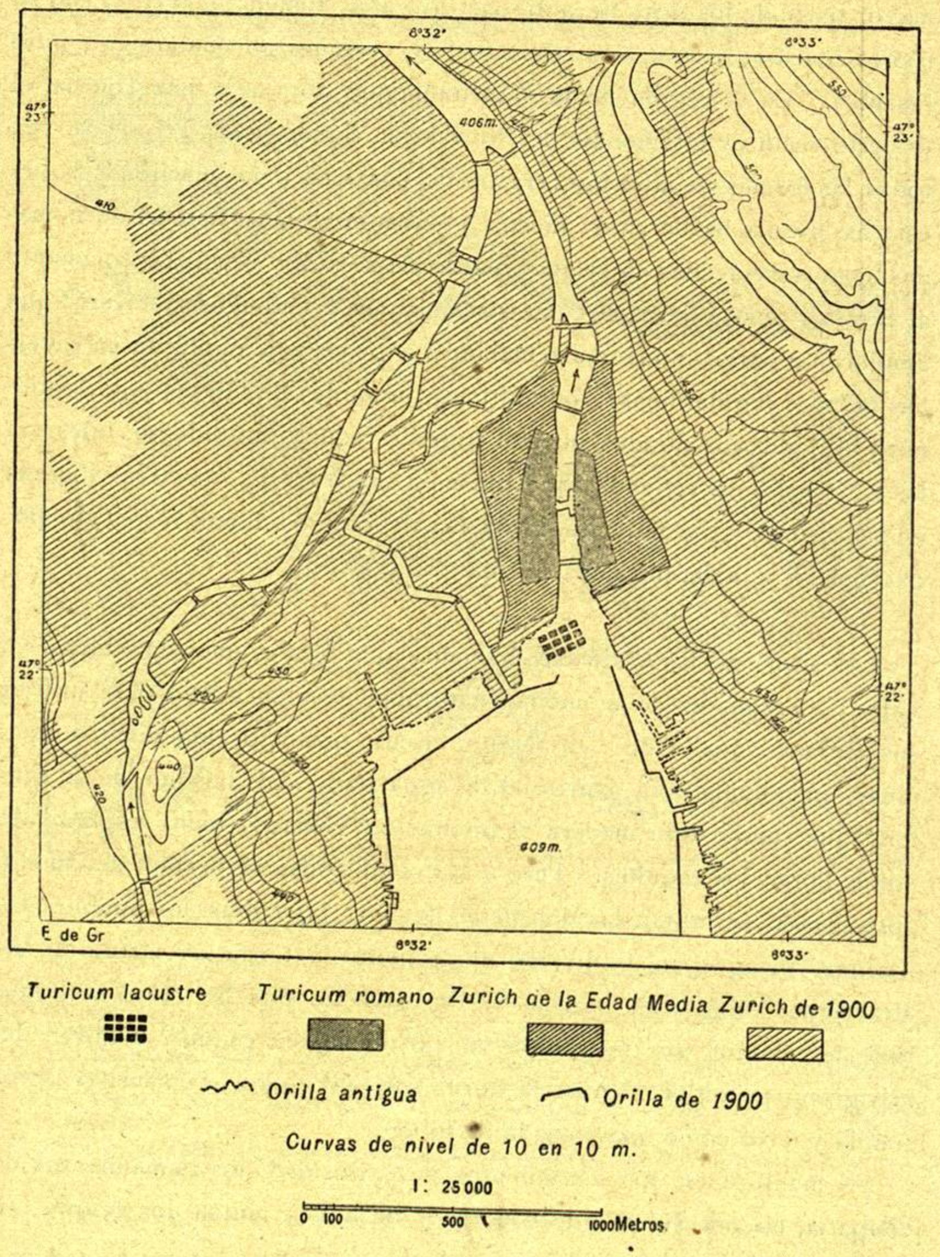
Tan numerosos han sido los hallazgos, que es fácil reconstruir con el pensamiento los grupos de esas cabañas lacustres con sus barcos amarrados, sus escalas colgantes sobre el agua, los sencillos mobiliarios del interior, las armas, las herramientas, los amuletos y las joyas, los cestos, los granos y las frutas que les servían de alimento, los animales que vivían con el hombre y aquellos cuya carne comían los lacustres. Por lo demás, para rehacer esas cabañas basta imitar las que todavía existen en diferentes sitios sobre las orillas del mar en Billiton, en Borneo, en la Papusia y sobre el litoral sud-americano, no lejos de Maracaibo. Y cuantas poblaciones, que en un principio fueron simples palafitos ó poblaciones lacustres, se desarrollaron poco á poco, sin que sea difícil encontrar el núcleo primitivo: tales son Nidau, en las márgenes del lago de Bienne, Zurich, al extremo de la hermosa cascada que lleva su nombre. Otros palafitos, gradualmente consolidados y transformados en tierra firme, han recibido fortalezas ó casas de recreo, como Isoleta en el lago de Varese, ó Roseninsel, en el de Starnberg. Las ciudades de Bamberg y Wurzburg comenzaron también siendo ciudades fluviales [1].

La mayor parte de los grupos de estacas se reunieron á la costa por efecto de haberse rellenado con los aluviones, las turbas y hasta con los restos de las antiguas poblaciones, los estrechos comunmente poco profundos que separaban el islote del litoral. Los palafitos del lago Paladru soportaban aún sus cabañas en la época carlovingia [2]. Semejantes fenómenos han tenido lugar á la orilla del mar, y por causas análogas; la antigua Tiro, el Pharos de Alejandría, la Djezireh de Argel, Venecia y Chioggia son de ello los ejemplos más conocidos. El estudio de los pa-

[1] Jeitteles, *Ausland*, 1872, n.º 45.
[2] Chantre, *Comptes-rendus de l'Académie des Sciences*, 1872, n.º 3.

lafitos y de su flora demuestra cuán poderosa ha sido desde aquella época la toma de posesión del hombre sobre la Naturaleza: las plantas que

N.º 25. Villa lacustre, Turicum, Zurich



el hombre cultivaba entonces han sido mejoradas ó reemplazadas por otras variedades, más productivas, mientras que las especies salvajes,

las «malas hierbas» son todavía idénticas á las que pululaban hace miles de años [1].

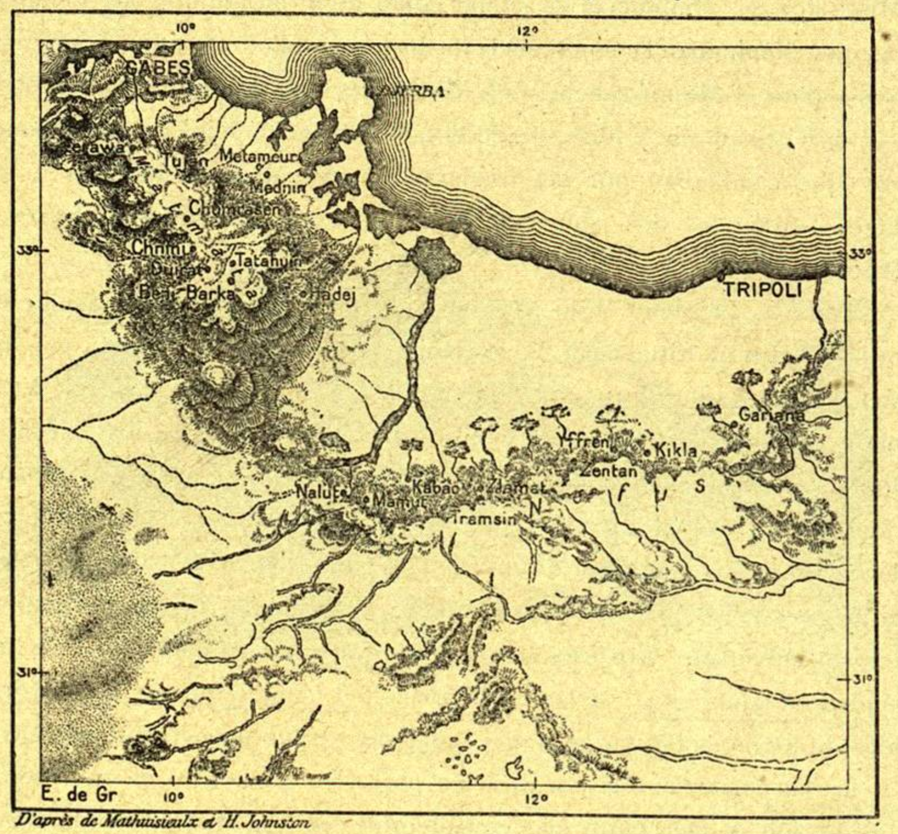
Estudiando cada comarca en detalle, se podría observar que la mayor parte de los tipos de antiguas viviendas tienen todavía en ella su representación, pero á este respecto hay regiones particularmente interesantes. En la región de la Mauritania que abraza la isla Djerba, el desierto vecino y los montes del litoral, en Túnez y en Trípoli se ven todas las formas de albergue: restos de construcciones marítimas sobre estacas, ksours berberiscos, fuertes y casas modernas, tiendas de nómadas, grutas excavadas en largas galerías en la roca y reveladas solamente al exterior por agujeros circulares semejantes á embudos, aberturas que conducen á patios interiores semejantes á pozos y se ramifican en cavernas talladas regularmente; por último, pirámides de fuertes y de bastiones por donde los sitiados pueden huir de reducto en reducto, tales son las variedades de viviendas que presenta esa estrecha comarca ribereña de las Sirtes [2]. En Matmata, la oficina de correos, lugar respetado por excelencia, se halla instalada en una gruta.

Los sitios de las viviendas humanas que se agrupan en aldeas, en villas y en ciudades se acomodan naturalmente á su medio para utilizar sus ventajas: cualidades del terreno, círculo protector de colinas ó montañas, proximidad del manantial de agua pura, del bosque, de la cantera que suministran madera y piedra, del remanso bien resguardado donde flotan los esquifes. Pero á las condiciones favorables del medio aproximado se juntan las del medio lejano: las tribus, los pueblos, las naciones se agrupan de diverso modo sobre la tierra en virtud de sus atracciones recíprocas, guiadas instintivamente por las relaciones mutuas de cambios que necesitará su existencia, en cuanto se libren del salvajismo primitivo en que la horda sólo vive para sí misma, á la vez tímida y feroz como una manada de lobos.

Al manifestarse los sentimientos de curiosidad, los llamamientos de simpatía, las necesidades de socorro y de ayuda mutua, los grupos humanos tienden á verse, á medir los intervalos que los separan del vecino, á abrir una senda en la dirección de su cabaña. Aparte de los Seris y de diversas poblaciones de la gran selva del Amazonas, donde las condiciones del medio, privándoles de todo contacto con los vecinos, se

[1] Kolb, *Culturgeschichte*, I, pág. 46.
[2] Mahier de-Mathuisieulx, *Notas manuscritas;* Henry M. Johnston, *Geogr. Journal*, enero 1898.

N.º 26. Villas de Troglodites en Túnez y en Trípoli



D'après de Mathuisieulx et H. Johnston

1: 4000000

0 20 100 200 Kil

Metameur, Mednin, Howaya (cerca de Chumrasen): villas que contienen ksours ó almacenes de trigo, de varios pisos y terminados por una serie de bóvedas en plena cimbra.
Duirat, Beni-Barka y Getoffa (cerca de Beni-Barka): construcciones difíciles de distinguir de los acantilados rocosos en que esas villas están situadas.
Chnini, Chumrasen: cavernas naturales, adaptadas ó artificiales, en el flanco de los ribazos.
Nalut, Namut, Kabao: poblaciones situadas en la cima de escarpes rocosos.
Zerawa, Matmata Kabira, Hadej, Nalut, Zentan, alrededores de Gariana; trogloditas de llanuras y mesetas.
Tatahuin (Fum-Tatahuin), Tujan: casas de piedras, exteriores á la superficie del terreno.

han hecho por eso mismo hostiles á toda aproximación, los grupos étnicos de que la Tierra está poblada gustan de verse y de reunirse á intervalos más ó menos cortos.

La mayor parte de las tribus limítrofes tienen lugares de cita, esco-

gidos comunmente en sitios fácilmente accesibles por caminos naturales, ríos, gargantas ó desfiladeros de montañas: allá se celebran las fiestas, se cumplen las palabras y se cambian los objetos que faltan á unos y sobran á otros. Los Pieles-Rojas que en el siglo pasado recorrían todavía libremente las extensiones selváticas y las praderas de la cuenca del Mississipi, se complacían en tomar como lugar de reunión las penínsulas que dominaban la confluencia de los ríos—tal era la punta triangular que separa el Monongahela y el Allegheny,—ó colinas bien descubiertas, de vista amplia y libre, desde donde se veía de lejos á los compañeros que caminaban por las praderas ó navegaban en los ríos ó los lagos—como los dos islotes de Manitou, entre los lagos Michigan y Huron.

Todavía en pleno siglo XIX, en cada primavera se veían acudir de todas partes multitudes de Pieles-Rojas al *Gran Campamento,* que son vastas llanuras herbosas que dominan al Oeste las montañas del Wyoming meridional, cerca de la cumbre de separación entre los Océanos. Podía considerársele como el Nijni-Novgorod de América. Habíase adoptado la tregua entre los guerreros; todos cambiaban sus géneros, luchaban en los combates de fuerza y de destreza, arriesgaban su haber al juego y se servían admirablemente del lenguaje de los signos como de idioma universal. Los fríos del invierno impedían el nacimiento de una ciudad en aquel sitio; si las condiciones del clima hubiesen sido favorables, hubiera nacido ya en aquel lugar favorecido una ciudad moderna.

En las comarcas ricas en caza, en pesca, en ganados ó en cultivos, la agrupación se hace tanto más considerable, en igualdad de condiciones, cuanto mayor es la abundancia de víveres. El emplazamiento futuro de las ciudades se indica en el lugar de encuentro natural entre los diversos centros de producción: las distancias se miden en proporción de la fuerza de atracción y el movimiento seguirá la línea de menor esfuerzo para la mayor suma posible de cambios [1]. Pero sucede también que los lugares escogidos para los cambios de géneros y los encuentros pacíficos sean precisamente aquellos que se sabe han de quedar deshabitados, sin dueños, eriales, lindes de bosques, crestas de montañas estériles. Así la famosa feria de la Latiere, entre Saintonge, Perigord y Angoumois

[1] E. Cammaerts, *J.-G Kohl et la géographie des communications.*

se celebra en medio de matorrales y pinos jóvenes de colinas desiertas: la soledad se puebla de repente, después se abandona á la caza salvaje. Mejor aún, los montañeses, supuestos enemigos hereditarios, aunque buenos amigos en el fondo, los vascos españoles de Roncal y los vascos franceses de Baretous se reunen en mercado solemne sobre la cumbre del Pirineo, en la Piedra de San Martín, el dominio de las nieves y de la lluvia [1].



PORT TAMPA, MODERNA CIUDAD LACUSTRE

De una fotografía.

Esos primeros cambios suelen ser acompañados de una industria incipiente: bancos de sílex para el corte de armas, y de instrumentos de trabajo, de arcilla para la fabricación de cacharros, tierras á propósito para la construcción de pipas, venas de metal para el forjado y la fundición de joyas, conchas elegantes para servir de adornos y monedas, son otros tantos motivos para reunirse en tales sitios, los cuales, si ocupan una situación favorable como centro de alimentación, reunen todos los elementos para la formación de un grupo permanente.

Pero el hombre no se guía solamente por sus intereses inmediatos en

[1] Arduin-Dumazet, vol. XLI, págs. 157 y 158.

la dirección de su vida: el miedo á lo desconocido y el terror del misterio fijan también las poblaciones en la proximidad de los lugares temidos, sintiéndose atraídas por el objeto mismo de su temor. Si se elevan vapores de las grietas del suelo como de una fragua donde los dioses forjan el rayo; si se oyen repercutir extraños ecos sobre las rocas como voces de genios burlones; si un fenómeno inexplicado ilustra algún rincón de la Tierra, sea un fragmento de hierro caído del cielo, sea una llama ó un manantial vivo que brota de la roca, sea una nube misteriosa que toma forma humana y vuela por los aires, la religión consagra el lugar, se elevan santuarios, acuden los fieles, y si el terreno sagrado se encuentra bien situado bajo otros aspectos, puede salir de ellos una Meca ó una Jerusalén.

Por último, el odio entre los hombres, el miedo al saqueo y al pillaje dieron también nacimiento á grupos de habitaciones, y hasta en nuestros días débese á las mismas causas la construcción de ciudades poderosas. Una de las preocupaciones constantes de nuestros antepasados consistía en precaverse de las incursiones enemigas; hay comarcas donde no podía concebirse la existencia de una población sino rodeada de troncos y de una empalizada, y en que se utilizaban todas las ventajas del terreno para establecer una residencia que fuera al mismo tiempo un refugio. Con esa idea, un islote separado de la tierra firme por un estrecho profundo ofrecía sitio á propósito para la construcción de una ciudad marítima ó lacustre, desde donde se podía á la vez acechar la aproximación de los enemigos y presentar buena acogida á los amigos. Las rocas escarpadas y de paredes perpendiculares, desde donde, en caso de ataque, pudiera destrozarse á los asaltantes bajo lluvia de piedras, constituían también fortalezas naturales muy apreciadas para la vigilancia dominando el espacio á la manera de las águilas.

En los países quebrados, en que rasgos bruscos, paredes de montañas, profundos barrancos, ríos caudalosos ú orillas del mar limitan las pequeñas sociedades primitivas, son muy desiguales las distancias que separan los diversos focos de la actividad humana. Lo contrario ocurre en las comarcas que presentan un carácter uniforme sobre vastas extensiones, por el suelo, el relieve y el clima: allá las poblaciones ó campamentos de las tribus ocupan el espacio á intervalos regulares, á una jornada de camino en los países de población escasa, á media jornada ó á

menores fracciones en regiones más populosas; un verdadero ritmo regulado por el paso del hombre preside á la distribución de los grupos humanos.

Examinando los mapas detallados, se nota fácilmente el contraste que presentan los lugares de habitación de espacio normal y aquellos otros á los cuales han impuesto un desorden aparente las modificaciones del medio. Durante mucho tiempo la jornada habitual de un caminante, con sus reposos necesarios para comer y dormir, fué la única medida de distancia que marcaba sobre el terreno los lugares de etapa y de bifurcación; pero la domesticación de los animales de carrera permitió al hombre alargar la extensión de una jornada de viaje, y, como consecuencia, los lugares de reposo que se suceden sobre las vías históricas alternaron por orden de importancia, según que los viajeros que en ellos se detienen sean simples peatones ó peatones y jinetes.

Es evidente que otros animales de montura ó de carga diferentes del caballo, como el camello en el Asia central y las regiones mediterráneas, el elefante en las Indias orientales y el buey en el Africa meridional, modificarían ligeramente, según la velocidad de su marcha, las distancias normales entre los puntos de parada y, por consiguiente, entre los grupos de viviendas humanas. Las etapas son relativamente cortas en los países en que los animales sirven con preferencia al transporte de las mercancías, por ser su paso más lento que bajo el peso del hombre, que les espolea con impaciencia.

Otras distancias entre los grupos de habitaciones, como aldeas, villas ó ciudades, determinadas de antemano por las condiciones del relieve, del litoral, del clima, de la flora, de la fauna ú otras condiciones del medio, fijan la longitud de los caminos naturales ó se trazan gradualmente por el paso del hombre. Así, respecto de los pueblos pastores, el vaivén trashumante entre los pastos escasos de la montaña y las praderas abundantes de la llanura, fija los lugares de residencia temporales ó permanentes para una parte de la población local. Viendo un mapa bien hecho, que indique las posiciones respectivas de cada centro de actividad humana, el que sabe interpretarle puede decirse que tiene á la vista todo un curso de historia general, al mismo tiempo que mil historias locales y particulares: comprende las relaciones que se establecen de causa á efecto y de efecto á causa entre los lugares de la montaña y

la dirección de su vida: el miedo á lo desconocido y el terror del misterio fijan también las poblaciones en la proximidad de los lugares temidos, sintiéndose atraídas por el objeto mismo de su temor. Si se elevan vapores de las grietas del suelo como de una fragua donde los dioses forjan el rayo; si se oyen repercutir extraños ecos sobre las rocas como voces de genios burlones; si un fenómeno inexplicado ilustra algún rincón de la Tierra, sea un fragmento de hierro caído del cielo, sea una llama ó un manantial vivo que brota de la roca, sea una nube misteriosa que toma forma humana y vuela por los aires, la religión consagra el lugar, se elevan santuarios, acuden los fieles, y si el terreno sagrado se encuentra bien situado bajo otros aspectos, puede salir de ellos una Meca ó una Jerusalén.

Por último, el odio entre los hombres, el miedo al saqueo y al pillaje dieron también nacimiento á grupos de habitaciones, y hasta en nuestros días débese á las mismas causas la construcción de ciudades poderosas. Una de las preocupaciones constantes de nuestros antepasados consistía en precaverse de las incursiones enemigas; hay comarcas donde no podía concebirse la existencia de una población sino rodeada de troncos y de una empalizada, y en que se utilizaban todas las ventajas del terreno para establecer una residencia que fuera al mismo tiempo un refugio. Con esa idea, un islote separado de la tierra firme por un estrecho profundo ofrecía sitio á propósito para la construcción de una ciudad marítima ó lacustre, desde donde se podía á la vez acechar la aproximación de los enemigos y presentar buena acogida á los amigos. Las rocas escarpadas y de paredes perpendiculares, desde donde, en caso de ataque, pudiera destrozarse á los asaltantes bajo lluvia de piedras, constituían también fortalezas naturales muy apreciadas para la vigilancia dominando el espacio á la manera de las águilas.

En los países quebrados, en que rasgos bruscos, paredes de montañas, profundos barrancos, ríos caudalosos ú orillas del mar limitan las pequeñas sociedades primitivas, son muy desiguales las distancias que separan los diversos focos de la actividad humana. Lo contrario ocurre en las comarcas que presentan un carácter uniforme sobre vastas extensiones, por el suelo, el relieve y el clima: allá las poblaciones ó campamentos de las tribus ocupan el espacio á intervalos regulares, á una jornada de camino en los países de población escasa, á media jornada ó á

menores fracciones en regiones más populosas; un verdadero ritmo regulado por el paso del hombre preside á la distribución de los grupos humanos.

Examinando los mapas detallados, se nota fácilmente el contraste que presentan los lugares de habitación de espacio normal y aquellos otros á los cuales han impuesto un desorden aparente las modificaciones del medio. Durante mucho tiempo la jornada habitual de un caminante, con sus reposos necesarios para comer y dormir, fué la única medida de distancia que marcaba sobre el terreno los lugares de etapa y de bifurcación; pero la domesticación de los animales de carrera permitió al hombre alargar la extensión de una jornada de viaje, y, como consecuencia, los lugares de reposo que se suceden sobre las vías históricas alternaron por orden de importancia, según que los viajeros que en ellos se detienen sean simples peatones ó peatones y jinetes.

Es evidente que otros animales de montura ó de carga diferentes del caballo, como el camello en el Asia central y las regiones mediterráneas, el elefante en las Indias orientales y el buey en el Africa meridional, modificarían ligeramente, según la velocidad de su marcha, las distancias normales entre los puntos de parada y, por consiguiente, entre los grupos de viviendas humanas. Las etapas son relativamente cortas en los países en que los animales sirven con preferencia al transporte de las mercancías, por ser su paso más lento que bajo el peso del hombre, que les espolea con impaciencia.

Otras distancias entre los grupos de habitaciones, como aldeas, villas ó ciudades, determinadas de antemano por las condiciones del relieve, del litoral, del clima, de la flora, de la fauna ú otras condiciones del medio, fijan la longitud de los caminos naturales ó se trazan gradualmente por el paso del hombre. Así, respecto de los pueblos pastores, el vaivén trashumante entre los pastos escasos de la montaña y las praderas abundantes de la llanura, fija los lugares de residencia temporales ó permanentes para una parte de la población local. Viendo un mapa bien hecho, que indique las posiciones respectivas de cada centro de actividad humana, el que sabe interpretarle puede decirse que tiene á la vista todo un curso de historia general, al mismo tiempo que mil historias locales y particulares: comprende las relaciones que se establecen de causa á efecto y de efecto á causa entre los lugares de la montaña y

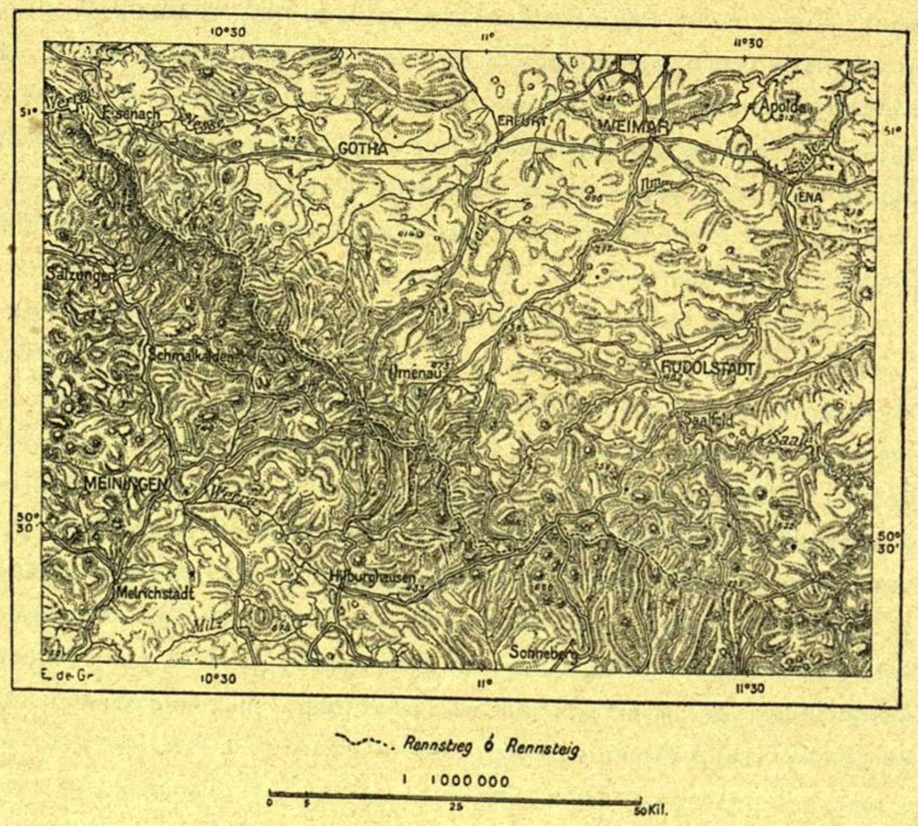
los de la llanura, entre orilla é isla, estuario y promontorio, oasis y valle fluvial. No hay estudio más instructivo que el de los puntos en que el hombre ha dejado sus huellas sobre la superficie de la tierra habitable; pero es preciso que la representación de la superficie planetaria sea perfectamente semejante; de lo contrario, conduce á explicaciones ilusorias que desmiente la realidad.

En cuanto dos ó más grupos de individuos establecieron relaciones mutuas, comenzó la red de las vías de comunicación, muy indeterminada y modesta en su origen, pero suficiente para modificar en algo el aspecto de la Naturaleza, y sobre todo para darle un encanto particularísimo, una intimidad muy dulce á los ojos del que vive en ella y conoce todos sus misterios. La senda, necesariamente sinuosa, á causa de la desigualdad de las pendientes, de los obstáculos pequeños ó grandes que se hallan en el espacio que ha de recorrerse, serpentea por curvas desiguales, muy prolongadas en la llanura, cortas y bruscas en los declives, que el caminante sigue gozando inconscientemente del ritmo perfecto de las sinuosidades que se suceden, como armonizándose por una geometría natural con todas las ondulaciones del suelo. Por un acuerdo tácito, acomodándose á la ley del menor esfuerzo, los pies de cada uno de los pasajeros, contribuyen á trazar la misma vía; cuando las condiciones se mantienen sin cambio notable, el camino guarda su trazado inmutablemente de siglo en siglo, en tanto que se suceden las generaciones de los pueblos, conquistadores y conquistados. Hay sitios en que las lluvias, formando lagos temporales, obligan al pasajero á trazar por los lados sendas que se ramifican al infinito en elegantes curvas. En otros sitios, sobre colinas terrosas ó compuestas de rocas desmenuzables, se ahonda el camino profundamente como una torrentera entre declives herbosos sobre los cuales los árboles entrelazan sus ramas. Abajo, á través del arroyo, vense piedras echadas de distancia en distancia para que el viajero pueda pasarle á pie seco. Todos esos accidentes, en que el hombre encuentra su acción sobre la Naturaleza, añaden á la existencia una poesía infinita.

En muchos sitios los hombres no tuvieron más que seguir los vestigios ó las indicaciones de los animales para establecer la red de los caminos. En los bosques tropicales, el indígena utilizaba simplemente los agujeros practicados por el elefante, el tapir ó algún otro animal feroz; en la isla de Java, el volcán Gedé, sobre Buitenzorg, hubiese sido inabordable si los rinocerontes no hubiesen abierto anchas sendas hasta el

N.º 27. Rennsteig

(Véase pág. 186)



borde del cráter. También en el desierto se encuentra la dirección de las fuentes ó de los vados fluviales observando las huellas de los animales.

En el mar los insulares guiaron primeramente sus barcos por el vuelo de las aves para alcanzar otras tierras, y alguna cima de montaña hubiera permanecido infranqueable si la línea constantemente seguida por las aves de paso no hubiese indicado claramente la posición del desfiladero. Para los caminos marítimos también se guiaban los marineros por el vuelo de las aves, lo mismo que por los vientos regulares donde domi-

nan los alisios, los monzones y las brisas alternas. El mar, antes del período del vapor, que dió independencia al barco, tuvo, como la tierra, sus vías históricas trazadas sobre las olas movedizas [1].

Los monumentos más antiguos del trabajo del hombre son las sendas: en su comparación, los más venerables montones de ladrillos encontrados en Caldea ó sobre las riberas del Nilo, son obras de ayer. Trazadas por el paso de todos, y compuestas en realidad de mil variantes ligeramente distintas que han acabado por confundirse, esas pistas deben tomar tal desfiladero, tal curva del valle, tal declive de la colina, desarrollándose entre esos puntos fijos indicados por el relieve del suelo. El más sabio ingéniero no lo haría mejor, y la senda trazada por él no tendría seguramente el arte de acomodarse de modo pintoresco á la Naturaleza contorneando ó superando los obstáculos por graciosas sinuosidades.

Sin embargo, seco el suelo de los valles, en muchos sitios se ha cambiado el trazado de esas pistas: para evitar los pantanos, los charcos, las masas de vegetación frondosa y las emboscadas, los viajeros preferían seguir las cimas de las colinas, lo que les permitía vigilar las dos vertientes. El Rennsteig de la Turingia es el tipo más notable de esos caminos históricos, abandonados desde que pudieron establecerse los caminos en todos los valles cuyos bosques fué gradualmente cruzando el hombre: al presente, por una especie de piedad histórica, trátase de reconocer todos los vestigios del antiguo trazado, pero el nuevo modo introducido por la civilización moderna tolera muy escasamente la existencia de esos caminos de las cimas.

Hay poblaciones, llamadas salvajes, que han sabido dar pruebas de ciencia y de audacia arquitectónicas construyendo puentes y deslizaderos sobre torrentes, precipicios y aun valles enteros.

En muchas comarcas, especialmente en el Tibet oriental y en América, en el país de los Incas, las *oroyas, tarabitas* y diversos tipos de «funiculares» empleados para la travesía de gargantas profundas y de un acantilado á otro, deben considerarse indudablemente como construcciones heredadas de pueblos que gozaron antes de una cultura

[1] Georg Schweinfurth, *De l'Origine des Egyptiens.*

superior á la de los habitantes actuales de la comarca. Algunas tribus americanas que han vuelto al salvajismo — entre otras los Aruacos de la Sierra Nevada de Santa Marta — han conservado formas de construcciones ciertamente primitivas, como los puentes compuestos de árboles vivos que se inclinan uno hacia otro entrelazándose las ramas principales, añadiendo redes de enredaderas y bejucos al piso rudimentario.

El hombre civilizado, que tiene actualmente grandes exigencias para sus vías de comunicación, caminos, canales y ferrocarriles, se inclina á creer que sus antepasados los primitivos carecían casi por completo de medios de recorrer el mundo, y eso es un error: no poseyendo vehículos, nuestros abuelos los cazadores ó los pastores nómadas, se servían perfectamente de sus miembros, y las hazañas pedestres que ahora se consideran como excepcionales eran entonces cosa corriente y sin importancia, como se ve en el norte de Méjico entre los Seris, los Yaquis y los Tarahumara.

Tribus enteras abandonaban una residencia para buscar otra, seguidas de sus enfermos y sus heridos, y eran alcanzadas en el camino por las parturientas que se habían detenido algunos días en cualquier sitio de refugio. No pocas veces ha sorprendido á viajeros que recorrían á caballo caminos bien trazados, verse durante toda la jornada acompañados por indios que caminaban saltando á través del ramaje en la espesura, salvando todos los obstáculos y deslizándose como serpientes entre los bejucos. Gracias á esa facilidad de traslación, tanto mayor cuanta menor era la fortuna adquirida que ligaba á las poblaciones á su primera residencia, los indígenas emigraban frecuentemente en masa á cientos, á miles de kilómetros á veces, á países diferentes por las producciones y el clima. Las investigaciones de los etnólogos americanos han dado el resultado admirable de hallar tribus del mismo origen y de la misma lengua dispersas sobre todo el inmenso territorio que se extiende desde la isla Vancover á la Florida y desde el Mediterráneo canadiense hasta la Sierra Madre. Diríase que la casualidad había presidido á la dispersión de los grupos étnicos, de tal modo habían sabido triunfar del espacio los emigrantes en sus viajes de conquista, de huída ó de simple capricho. Toda la mitad occidental del Mundo Antiguo fué teatro de un movimiento análogo cuando ocurrió la ruptura

del equilibrio romano; ¿no se vió entonces en las Galias, en la península de Iberia y hasta en los mismos límites del desierto africano, pueblos venidos del Cáucaso y del Tian-Chañ?

De ese modo la red de los caminos — en unas partes sendas de escalo en las montañas, en otras simples pistas sobre las peñas, huellas profundas excavadas en los caminos, cintas entremezcladas en la hierba de las estepas, caminos líquidos del mar borrados por el viento — comprendía el mundo entero, y nuestros abuelos, decididos caminantes, aunque sin conocer exactamente la posición respectiva de los lugares, no ignoraban la dirección que habían de seguir para llegar al país maravilloso cuya leyenda habían oído[1].

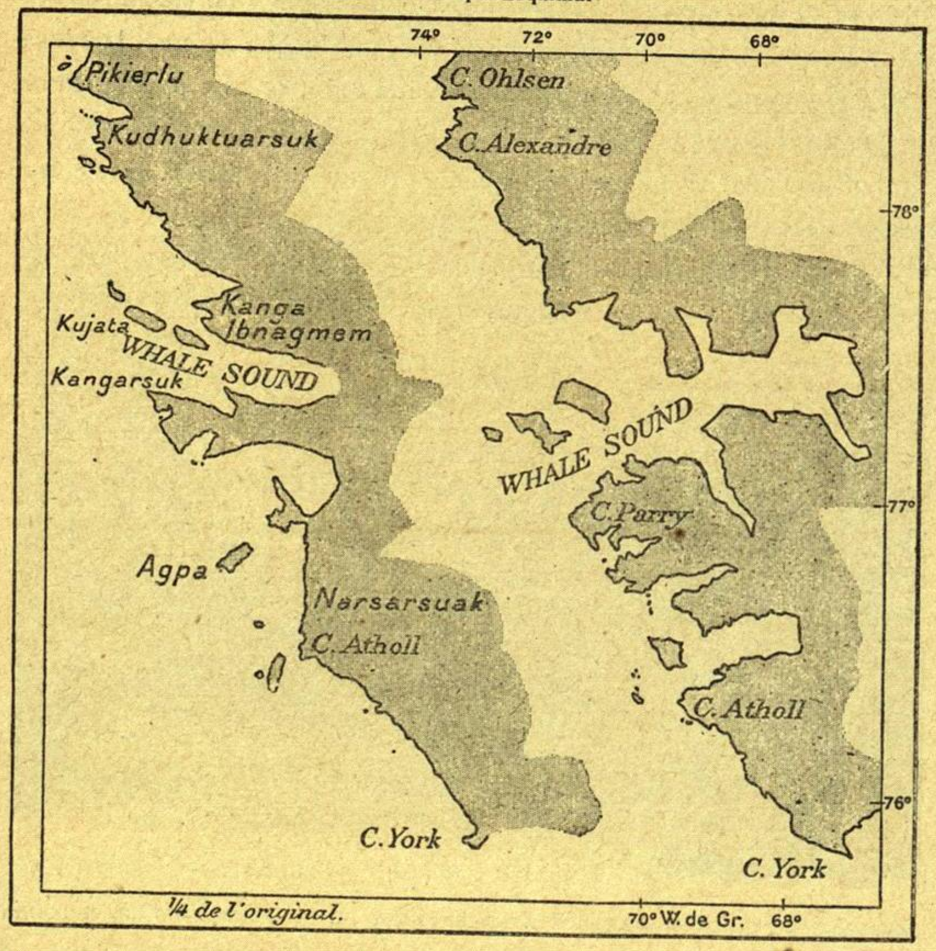
Por lo demás, las poblaciones primitivas de numerosas comarcas se habían sin duda elevado á nociones geográficas suficientemente precisas. Los viajeros modernos han encontrado frecuentemente salvajes quienes, para explicarles el camino que habían de seguir, han sabido trazar perfectamente, sobre la arena ó sobre el papel, mapas de aspecto muy artístico á veces, señalando caminos y distancias aproximadas. Los mejores mapas de los países todavía poco conocidos, los que contienen mayor número de indicaciones, son debidos á indígenas, geógrafos sin saberlo. Los Aruacos, ya mencionados, se consideran «orgullosos de ser cartógrafos», dice de Brettes: los sacerdotes enseñan á los niños la religión, la genealogía de las familias y la geografía[2]. Medio siglo antes, casi toda la cartografía del Sahara, entre el Níger y los montes del Atlas, había sido hecha por negros, Árabes y Tuaregs que dibujaban sobre piedra ó sobre arena[3]. En otro tiempo, y quizá todavía en la actualidad, los pilotos de las Carolinas y de las islas Marshall poseían *medos*, verdaderos mapas compuestos de conchas ó guijarros, que representaban las islas, y varillas colocadas en diversos sentidos para indicar el ecuador, el meridiano, las jornadas de navegación, las corrientes y el itinerario que había de seguirse[4]. El estrecho de Torres, lleno de escollos, se recorre aún con mucho riesgo, y el único documento que se posee para guiarse, especialmente en el peligroso estrecho abierto

[1] Edmond Demolins, *Les Grandes Routes des Peuples.*
[2] De Brettes, *Bull. Soc. d'Anthr.*, n.º 3, 1903 p. 335 y *passim.*
[3] Henry Duveyrier, *Les Touareg du Nord.*.
[4] Hernheim, *Beitrag zur Sprache der Marshall Inseln;* — Kubary, *Mitteilungen der geographischen Gesellschaft in Hamburg*, 1880.

entre las islas de Mabuiag y de Buron, se debe á un navegante indígena[1].

El tráfico mantenía constantemente las relaciones, aun entre tribus muy sedentarias: los cambios de productos, de mercancías, de mitos y

N.º 28. Mapa Esquimal



Este mapa fué trazado de un rasgo por el esquimal Kallihuera, en 1850, á bordo del vapor *Assistance*, capitán Ommanney. Sirviéndose de un lápiz, que manejaba por primera vez, dibujó la costa de Pikierlu al Cabo York, indicó las rocas, glaciares y montañas y dió los nombres por los cuales conccía los puntos notables.

de ideas se han hecho siempre de poblado á poblado, no sólo por los prisioneros de guerra, cuya mayor parte acababan por ser más ó menos miembros adoptivos de la tribu victoriosa, sino también por

[1] Haddon, *Report of the Anthr. Expedition to Torres Straits*, vol. V, 1902, p. 60.

del equilibrio romano; ¿no se vió entonces en las Galias, en la península de Iberia y hasta en los mismos límites del desierto africano, pueblos venidos del Cáucaso y del Tian-Chañ?

De ese modo la red de los caminos — en unas partes sendas de escalo en las montañas, en otras simples pistas sobre las peñas, huellas profundas excavadas en los caminos, cintas entremezcladas en la hierba de las estepas, caminos líquidos del mar borrados por el viento — comprendía el mundo entero, y nuestros abuelos, decididos caminantes, aunque sin conocer exactamente la posición respectiva de los lugares, no ignoraban la dirección que habían de seguir para llegar al país maravilloso cuya leyenda habían oído[1].

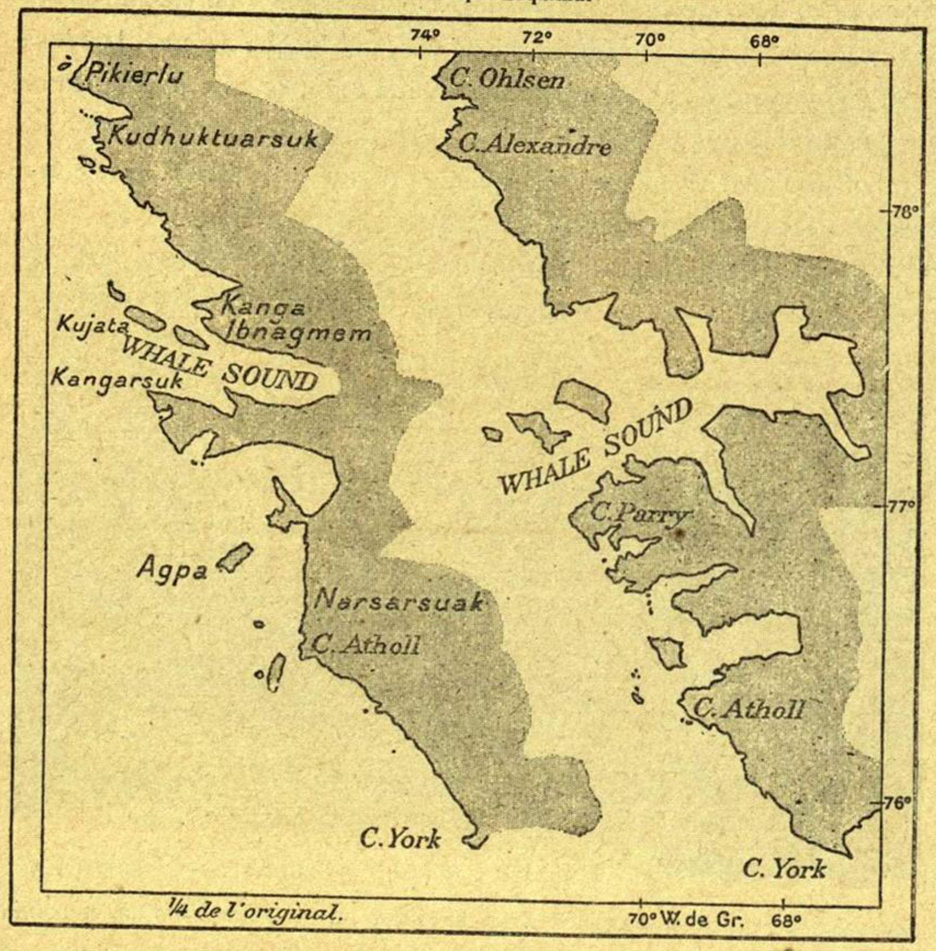
Por lo demás, las poblaciones primitivas de numerosas comarcas se habían sin duda elevado á nociones geográficas suficientemente precisas. Los viajeros modernos han encontrado frecuentemente salvajes quienes, para explicarles el camino que habían de seguir, han sabido trazar perfectamente, sobre la arena ó sobre el papel, mapas de aspecto muy artístico á veces, señalando caminos y distancias aproximadas. Los mejores mapas de los países todavía poco conocidos, los que contienen mayor número de indicaciones, son debidos á indígenas, geógrafos sin saberlo. Los Aruacos, ya mencionados, se consideran «orgullosos de ser cartógrafos», dice de Brettes: los sacerdotes enseñan á los niños la religión, la genealogía de las familias y la geografía[2]. Medio siglo antes, casi toda la cartografía del Sahara, entre el Níger y los montes del Atlas, había sido hecha por negros, Árabes y Tuaregs que dibujaban sobre piedra ó sobre arena[3]. En otro tiempo, y quizá todavía en la actualidad, los pilotos de las Carolinas y de las islas Marshall poseían *medos*, verdaderos mapas compuestos de conchas ó guijarros, que representaban las islas, y varillas colocadas en diversos sentidos para indicar el ecuador, el meridiano, las jornadas de navegación, las corrientes y el itinerario que había de seguirse[4]. El estrecho de Torres, lleno de escollos, se recorre aún con mucho riesgo, y el único documento que se posee para guiarse, especialmente en el peligroso estrecho abierto

[1] Edmond Demolins, *Les Grandes Routes des Peuples*.
[2] De Brettes, *Bull. Soc. d'Anthr.*, n.° 3, 1903 p. 335 y *passim*.
[3] Henry Duveyrier, *Les Touareg du Nord*.
[4] Hernheim, *Beitrag zur Sprache der Marshall Inseln*; — Kubary, *Mitteilungen der geographischen Gesellschaft in Hamburg*, 1880.

entre las islas de Mabuiag y de Buron, se debe á un navegante indígena[1].

El tráfico mantenía constantemente las relaciones, aun entre tribus muy sedentarias: los cambios de productos, de mercancías, de mitos y

N.° 28. Mapa Esquimal



Este mapa fué trazado de un rasgo por el esquimal Kallihuera, en 1850, á bordo del vapor *Assistance*, capitán Ommanney. Sirviéndose de un lápiz, que manejaba por primera vez, dibujó la costa de Pikierlu al Cabo York, indicó las rocas, glaciares y montañas y dió los nombres por los cuales concecía los puntos notables.

de ideas se han hecho siempre de poblado á poblado, no sólo por los prisioneros de guerra, cuya mayor parte acababan por ser más ó menos miembros adoptivos de la tribu victoriosa, sino también por

[1] Haddon, *Report of the Anthr. Expedition to Torres Straits*, vol. V, 1902, p. 60.

tribus especiales á las que su trabajo útil protegía eficazmente en todos sus viajes. Hasta en el curso de las guerras de exterminio, esos viajeros francos, hombres y mujeres, tenían un carácter sagrado, porque toda costumbre se transforma gradualmente en ritos religiosos. En todos tiempos fué conocido lo que los obreros franceses llaman el *grand trimard* y los ingleses *tramp-sistem,* especie de obrero ambulante y aventurero que trabaja donde puede, vive miserable y no fija su residencia, y gracias á esos nómadas se hizo, más que lo que se cree, la educación del mundo; de uno á otro se transmitía todo, cosas y pensamientos, de un extremo á otro de la tierra[1].

Difícilmente se puede comprender en nuestros días la parte que tomaron las tribus de mercaderes en la historia de la humanidad, porque los buhoneros é industriales errantes han



CARAVANA DE GITANOS ACAMPADA A LA ENTRADA DE UN PUEBLO EN EL MEDIODÍA

De una fotografía.

perdido casi toda su importancia como transmisores de noticias, desde que los correos, las estafetas, la posta, los telégrafos y los teléfonos les han reemplazado, no representando ya más que la supervivencia despreciada ó hasta aborrecida de una clase antes venerada; pero en otro

[1] A. F. Bandelier, *The Gilded Man,* 1893, p. 7.

tiempo tuvieron una influencia capital en el desarrollo humano, porque merced á ellos aprendieron los hombres su parentesco común. Hubo un tiempo en que esos transeuntes, yendo y viniendo de pueblo en pueblo á través de la Tierra, representaban con sus idas y venidas la circulación sanguínea y nerviosa en el inmenso cuerpo social. Como lo hace notar muy justamente un misionero, hablando de las costumbres tan hospitalarias de los Mongoles, ¿cómo no había de acogerse con alegría al extranjero, que es á la vez un periódico respecto de las noticias del exterior y un mensajero por los saludos que transmite y las comisiones que realiza? El cumplimiento de esos pequeños servicios, podía tardar meses y años, pero acababa por verificarse[1]. Del mismo modo, en Méjico, antes que el país se cubriese de una red de vías férreas, los indios no vacilaban en emprender un viaje pedestre, que durara meses, desde las orillas del golfo de California al istmo de Tehuantepec, para hacer un simple encargo y satisfacer un capricho, el tiempo no les costaba nada.



ZÍNGAROS ITALIANOS CAMINO DE ESPAÑA

Según una fotografía.

El ejemplo de los Romanichel ó Bohemios, conocidos en toda Europa con nombres diversos, nos muestra la evolución extraordinaria que se cumple en el destino de las tribus de viajeros desde que los pueblos no necesitan esos intermediarios de tráfico y de ciencia, porque esos nómadas sabían cuidar el ganado y hasta los hombres: hemos mencionado

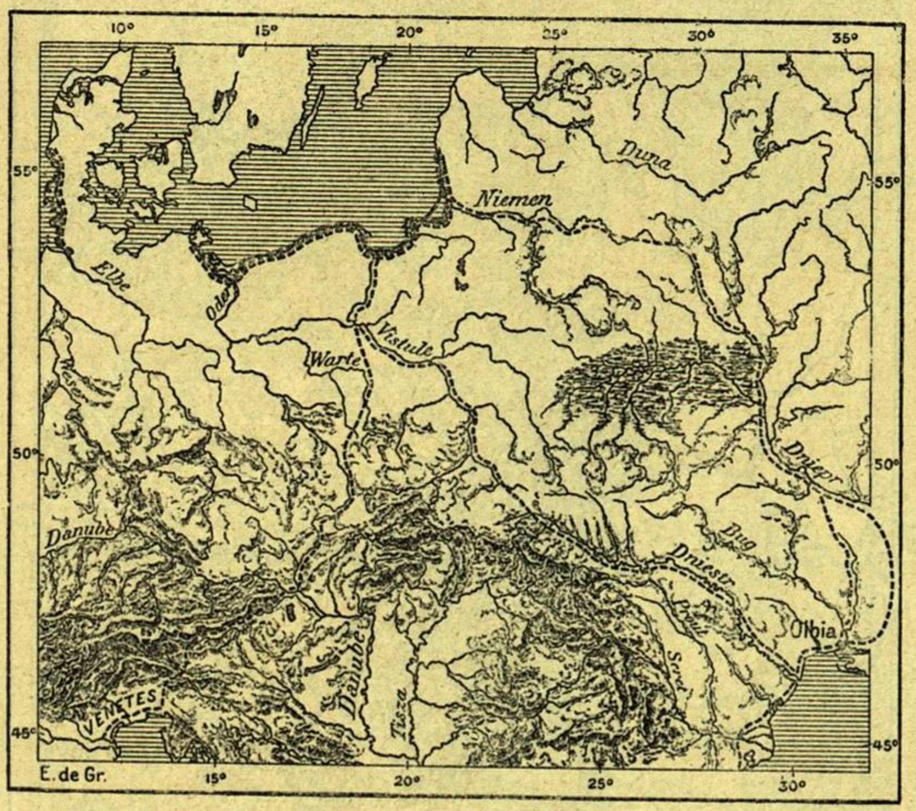
[1] James Gilmour, *More about the Mongols,* pág. 12.

los Apolobambas de Bolivia, que recorren toda la parte meridional del continente americano y á quienes se acoge bien en todas partes. Los caminos son la muerte de esos hombres errantes, que antes se esperaban con impaciencia en los plazos acostumbrados. Sin discutir aquí la época en que los zíngaros penetraron en Europa, pueden estudiarse indirectamente las costumbres de esos grupos de familias viajeras entre sus congéneres de la India, tales como los Bandjaris y los Povindahs. Los eminentes servicios que en otro tiempo prestaban á la sociedad les hacían amigos de todos: se acudía á ellos, se les interrogaba después de haber cambiado con ellos bendiciones y saludos; luego, en tanto que los padres trataban con sus visitantes los negocios de comercio, los hijos jugaban con chucherías que se les había regalado, y las jóvenes, tendiendo la mano á las mujeres, les pedían la buenaventura. En los países civilizados de Europa, por el contrario, los Bohemios, á quienes su género de vida nómada ha diferenciado completamente de las naciones sedentarias cuyo territorio recorren, han acabado por ser considerados como no pertenecientes á la humanidad: como si fueran apestados se les deja fuera de poblado; se inventan para ellos reglamentos de policía sospechosos y brutales; se les prohibe el legítimo comercio, se les empuja casi forzosamente al robo y al merodeo, y en ciertos puntos hasta se les deporta en masa. Tal es, para vergüenza de esta sociedad moderna impotente para hacer el bien, la medida que se tomó á mediados del siglo XIX en el país Vasco y en el Bearn.

Aun en nuestros días están indicados los caminos en otros tiempos seguidos por los francos viajeros, no sólo por el relieve del suelo al cual había que conformarse, sino también por objetos de comercio descubiertos en las antiguas etapas y en los lugares de mercado. Así como en la América del Norte los «cazadores de pieles» y otros viajeros practican en distintos sitios escondrijos donde ocultan armas y provisiones, así también los caravaneros prehistóricos de Europa y de Asia dejaban de trecho en trecho, á lo largo de los caminos, provisiones escondidas en subterráneos que se encuentran actualmente. Debido á esos descubrimientos, puede trazarse un mapa sumario de Europa indicador de las vías que los pueblos anteriores á la historia habían fraguado de un extremo á otro del continente: tales son el camino del Cáucaso al mar Báltico, el de los Palus Meótides al valle del Danubio, el camino

del Adriático al país del ámbar por el paso entre Alpes y Cárpatos, la travesía de las Galias por los dos valles del Saona y del Sena, la entrada de la península Ibérica por los desfiladeros que existen á lo largo de la concavidad del mar de los Vascos. Por lo demás, las mismas ventajas que aseguraban la preeminencia á ciertas vías para el lento movimiento

N.º 29. Caminos del ámbar



Excavaciones de ámbar amarillo ------ Caminos de los mercaderes

1: 15 000 000

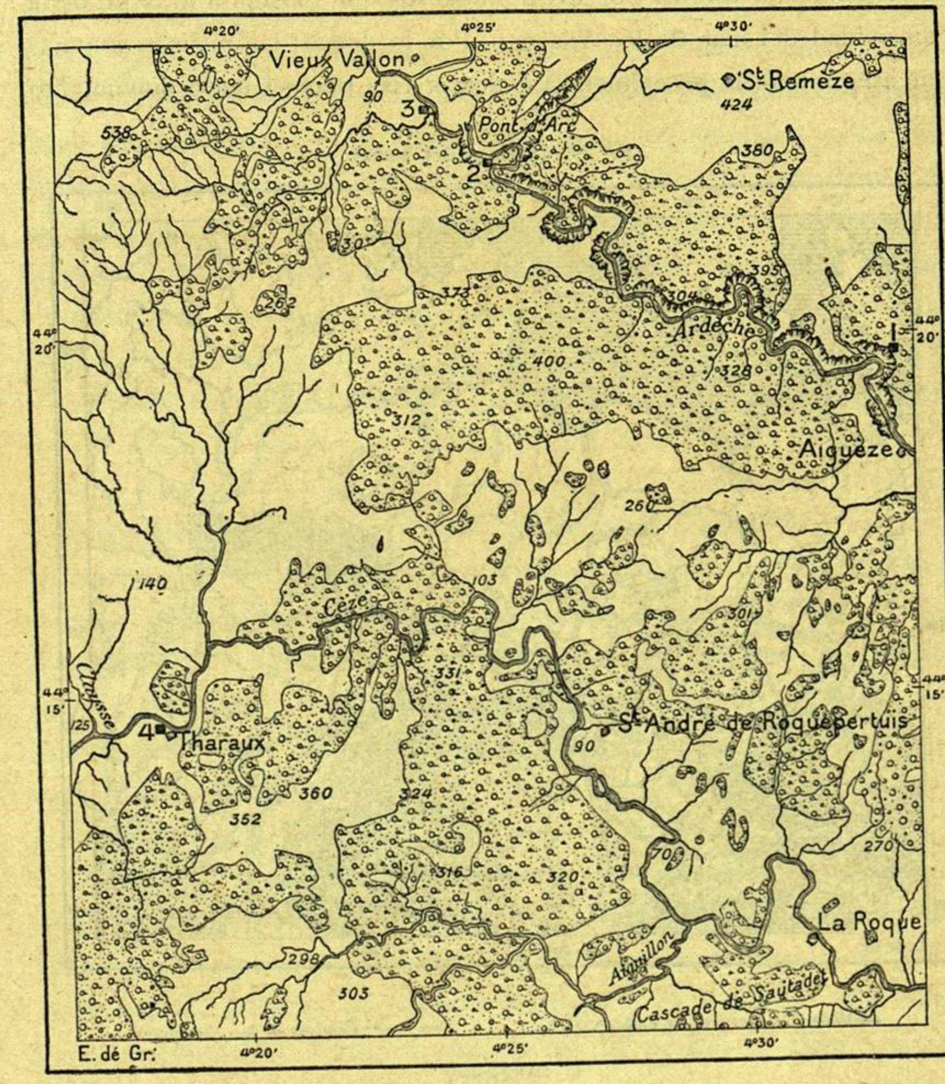
0 100 500 1000 Kil.

de los cambios durante las edades prehistóricas, debían darle también el primer lugar en los tiempos de la historia escrita, y á lo largo de esos caminos se fundaron las ciudades populosas ó se desarrollaron los grandes acontecimientos en la vida de las naciones.

Así como hubo francos viajeros, libres de traficar entre los pueblos en lucha, existirían también lugares francos en cuyas inmediaciones quedaban prohibidas toda clase de hostilidades por común acuerdo.

La razón íntima de esta elección era sencillamente la necesidad, porque

N.º 30. Ardèche y Cèze



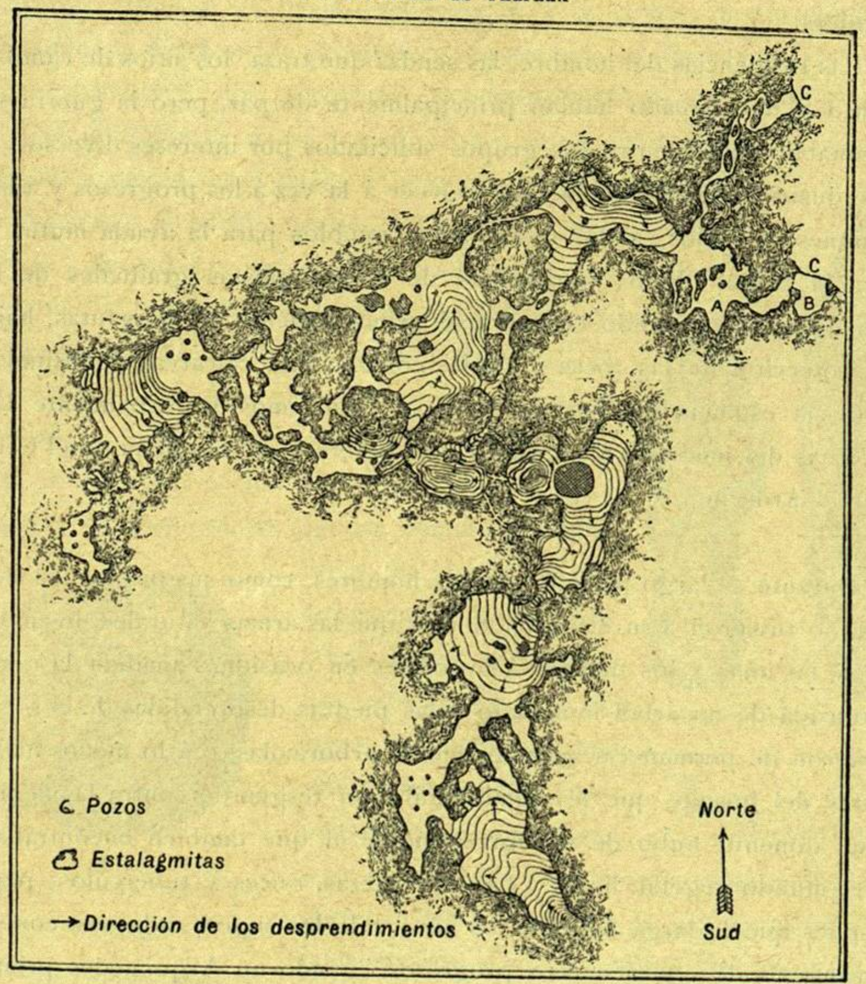
1: 200000

Atravesando la cadena del Bouquet, el Ardèche, desde Vallon hasta Aiguèze, el Cèze, desde la confluencia del Claysse hasta la cascada de Sautadet, están bordeados de acantilados donde se hallan gran número de grutas, la mayor parte inexploradas. Se han señalado: 1 gruta de Saint-Marcel, más de dos kilómetros de longitud, cacharros y osamentas; 2 gruta de Ebbe hasta el istmo de Pas-de-Mousse; 3 boquete de Foussoubie; 4 gruta de Tharaux. Hay también muchas excavaciones sobre la meseta de Saint-Remèze. (Martel, Mazauric).

era preciso á toda costa encontrarse pacíficamente en un mercado para obtener los objetos indispensables á la existencia; pero las circunstan-

cias especiales que daban este favor á tal ó cual punto geográfico diferían según las comarcas y los tiempos. Tal sitio favorablemente situado se había escogido en virtud de una convención formal, pero casi siempre

N.º 31. Gruta de Tharaux



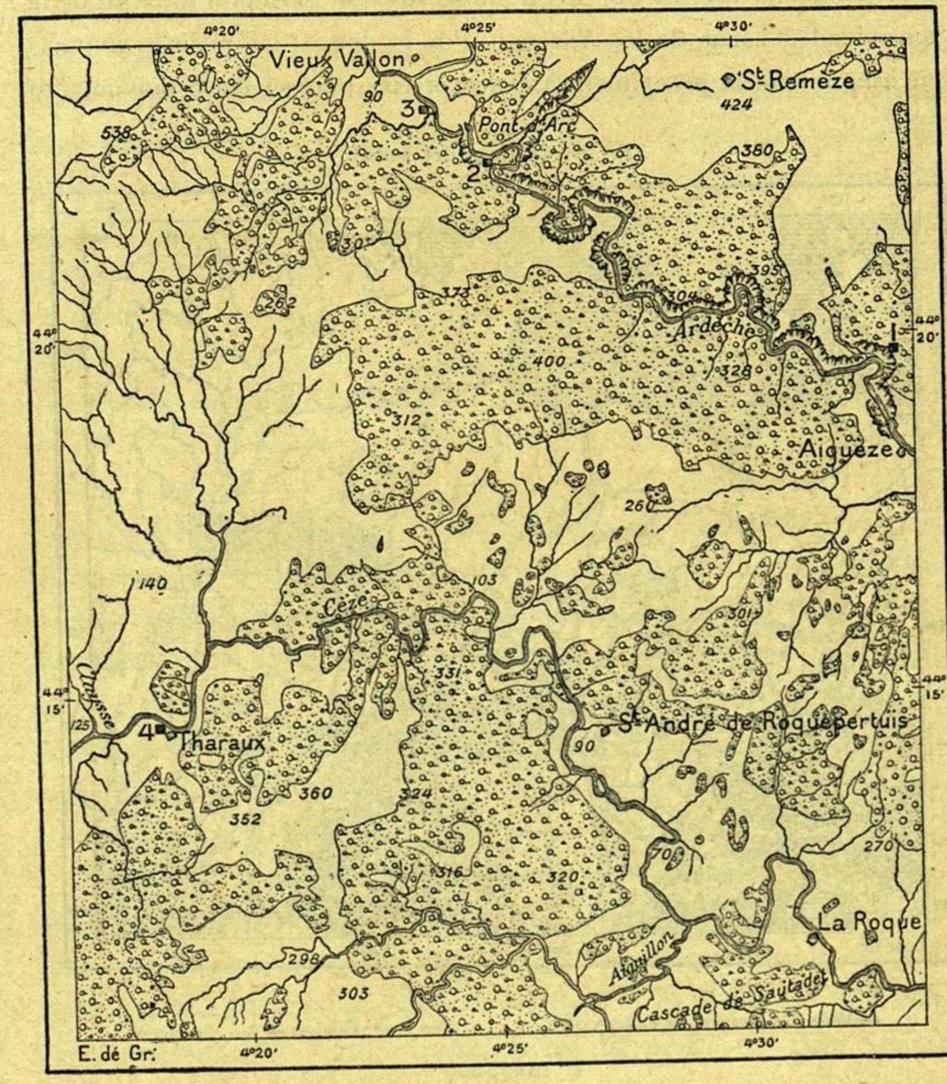
1. 1800

A Sala prehistórica, osamentas y restos de cacharros.
B Sala utilizada en la Edad Media como leprosería; una reja de hierro la separa del resto de la gruta.
La caverna ha sido completamente explorada hace unos sesenta años por M. J. de Mallos; el trazado preciso y completo se efectuó en 1893 por M. F. Mazauric.
C Entradas de la gruta.

debió de producirse el hecho espontáneamente en el lugar que la Naturaleza indicara como más á propósito: el consentimiento tácito responde al carácter reservado y justamente receloso de los pueblos primitivos,

La razón íntima de esta elección era sencillamente la necesidad, porque

N.° 30. Ardèche y Cèze



1: 200 000

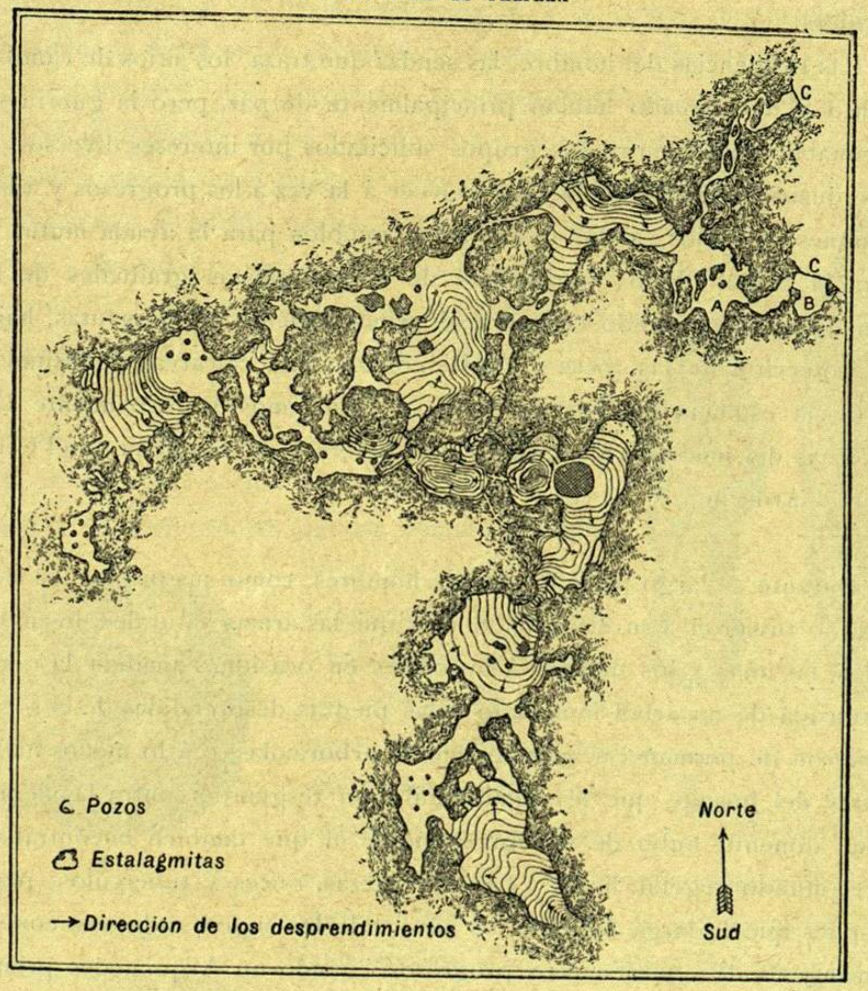
0 1 2 3 4 5 10 kil

Atravesando la cadena del Bouquet, el Ardèche, desde Vallon hasta Aiguèze, el Cèze, desde la confluencia del Claysse hasta la cascada de Sautadet, están bordeados de acantilados donde se hallan gran número de grutas, la mayor parte inexploradas. Se han señalado: 1 gruta de Saint-Marcel, más de dos kilómetros de longitud, cacharros y osamentas; 2 gruta de Ebbe hasta el istmo de Pas-de-Mousse; 3 boquete de Foussoubie; 4 gruta de Tharaux. Hay también muchas excavaciones sobre la meseta de Saint-Remèze. (Martel, Mazauric).

era preciso á toda costa encontrarse pacíficamente en un mercado para obtener los objetos indispensables á la existencia; pero las circunstan-

cias especiales que daban este favor á tal ó cual punto geográfico diferían según las comarcas y los tiempos. Tal sitio favorablemente situado se había escogido en virtud de una convención formal, pero casi siempre

N.° 31. Gruta de Tharaux



1. 1800

0 10 25 50 75 100 M

A Sala prehistórica, osamentas y restos de cacharros.
B Sala utilizada en la Edad Media como leprosería; una reja de hierro la separa del resto de la gruta.
La caverna ha sido completamente explorada hace unos sesenta años por M. J. de Mallos; el trazado preciso y completo se efectuó en 1893 por M. F. Mazauric.
C Entradas de la gruta.

debió de producirse el hecho espontáneamente en el lugar que la Naturaleza indicara como más á propósito: el consentimiento tácito responde al carácter reservado y justamente receloso de los pueblos primitivos,

decididos á romper á la primera alarma. En todo país y en todas las épocas han tenido lugar, en esos sitios francos para los cambios, los encuentros y la alegría de verse aún entre enemigos. En el Sus marroquí la regla admitida prohibe toda venganza en un día de mercado (Brides).

Las residencias del hombre, las sendas que traza, los sitios de campamento y de mercado hablan principalmente de paz, pero la guerra se enconaba también entre los grupos solicitados por intereses diversos, y la industria naciente tenía que proveer á la vez á los progresos y á las pasiones de todos, á dar fuerza á los pueblos para la ayuda mutua ó para la lucha. Estos testimonios de las conquistas graduales de la humanidad han podido conservarse principalmente en las grutas, bajo la protección de las rocas y de las concreciones calcáreas depositadas desde la estancia de los trogloditas. Señalemos principalmente las cavernas del mediodía de Francia, del Vezere y del Dordoña en el Cere y en el Ardeche.

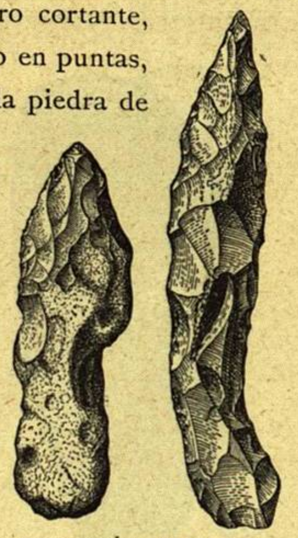
Durante el largo período que los hombres, como sus primos los monos, no tuvieron á su disposición más que las armas naturales, los músculos, las uñas y los dientes, á los cuales en ocasiones añadían la rama arrancada de un árbol inmediato ó las piedras desprendidas de la roca, debieron de permanecer principalmente arborícolas, ó á lo menos habitantes del bosque que les suministraba un resguardo contra las fieras, y su alimento hubo de ser forzosamente el que también encontraban en el mundo vegetal, hojas y bayas, cortezas, raíces y tubérculos; pero después que la larga serie de los años y de los siglos, cada uno con su contingente de experiencias y progresos, cuando un Arquímedes primitivo hubo aprendido á distinguir el arma cortante, el sílex agudo de la piedra tosca é informe, el hombre se hizo á su vez el igual de las fieras, y pudo descender de su habitación colgante para combatirlas sobre su terreno y en perfecta igualdad de armas: á las garras y á los colmillos podía oponer el hacha. Ya no tenía necesidad de huir, podía luchar, y sus costumbres y su destino cambiaron en consecuencia.

Convertido en el rival de las fieras, hábil ya en derramar la sangre, el hombre pudo aprender á beberla, como lo veía hacer al *Machairodus* y á otros animales; supo despedazar las carnes para alimentarse con

ellas, preparar las pieles para hacerse tapices y vestidos, reemplazar las ligaduras de hierbas ó de bejucos por aquéllas, mucho más fuertes, que le suministraban las tripas y los tendones. Tanto si permanecía herbívoro por gusto, por costumbre y gracias á la abundancia del alimento vegetal, como si se hacía carnívoro, ó á lo menos omnívoro, pudo dominar la tierra en su provecho y llegar á ser un Teseo, un Hércules, un destructor de los monstruos cuyo imperio había aprendido á disputarles: acababa de nacer una nueva edad de la humanidad. Cuando el hombre añadió otras armas á la piedra, al guijarro cortante, á la maza y al hacha; cuando las hubo modelado en puntas, lisas y dentadas, y cuando tuvo á su disposición la piedra de honda, la flecha, la javalina, el dardo y la cerbatana, poseyó, y de una manera definitiva, la fuerza material: á pesar del mamut y del mastodonte, del oso y del león de las cavernas, de los cocodrilos y de los ofidios, él se hizo el amo, salvo, no obstante, en algunas comarcas, donde tenía que luchar con nubes de mosquitos ú otros infinitamente pequeños; hay especies de murciélagos vampiros que hacen algunos países completamente inhabitables: para escapar á la muerte unos colonos de Costa-Rica han tenido que huir de las costas occidentales situadas al sud del monte Herradura.



HACHA
DE LA ÉPOCA CHELEANA
Osinche.
(Colección Rutot.)



EVOLUCIÓN DEL PUÑAL
Epoca de Strepy — Epoca cheleana
(Colección Rutot.)

La génesis del instrumento primitivo empleado por el hombre desde los orígenes de la industria, parece ser muy sencillo. En cuanto aprendió á servirse de objetos exteriores, como armas é instrumentos, guardaría seguramente con cuidado los palos y las piedras que había apreciado; se daría cuenta en el empleo de los objetos suministrados por la Naturaleza, de la ventaja que le proporcionaba una forma determinada para aumentar su fuerza y su destreza; aprendía á comparar las diversas ramas ó raíces por la flexibilidad ó la fuerza de resistencia de la madera, por sus cualidades como dardo, como maza ó

como arma arrojadiza; descubrió, por ejemplo, el bumerang que emplean los salvajes de Australia y que los civilizados de nuestros días, á consecuencia de una regresión parcial, son incapaces de utilizar. Así mismo, el hombre primitivo veía la diferencia de los guijarros con que armaba su mano y que tiraba con mayor precisión y con un conjunto de movimientos mejor coordinados que los del mono. En muchos países el salvaje se sirve todavía de la piedra, y la tira á lo lejos con temible seguridad. De ahí, en la leyenda judía, la muerte del gigante Goliat, que cayó con la frente abierta de una pedrada, y, en los países de Oriente,



HACHAS DE SÍLEX TALLADO (Época paleolítica)
Saint-Acheul, cerca de Amiens (Somme)

1/3 tamaño.

los pastores de la Susiana, que no se aventuran en los terrenos de pasto sin llevar la honda al hombro, creyéndose cada uno un David por el tino y la destreza[1].

Cuando la piedra, el arma primitiva, se rompía sobre la roca inmediata, el que la había arrojado observaba con satisfacción el corte de las aristas y las recogía para nuevos usos, tales como el golpe, el corte y el raspado. Transcurrieron muchos siglos, ciclos, como sabemos, durante los cuales los hombres aprendieron á servirse de los sílex, de las obsidianas ú otras piedras de fragmentos cortantes, para hacer de ellas sus

[1] Frédérich Houssay, *Annales de Géographie*, año III.

instrumentos usuales, utilizados al infinito, como nosotros empleamos actualmente los clavos, las agujas, los alfileres y los raspadores. Por miriadas y miriadas extraería del suelo que circundaba su vivienda por el trabajo incesante de la vida, esas piedras cortantes y punzantes, que se desechaban en cuanto el corte se embotaba. El obrero inteligente, retocándolas con habilidad por medio de nuevos golpes dados sobre el corte ó sobre la punta, consiguió utilizarlas mucho tiempo, como antiguas amigas (Rutot).

Tales fueron los objetos de transición entre el peñasco ó el guijarro primitivos lanzados por el hombre y el arma tallada con arte. Los más bellos instrumentos pulimentados, y, de progreso en progreso, las obras maestras de la estatuaria, nacieron del empleo de la piedra apropiada, procedente ella misma de la piedra informe[1]. Pero el uso de esta piedra tosca se practica aún, y el campesino vuelve á él con una especie de fervor piadoso, especialmente para la delimitación de los campos y de los caminos. En las islas Arran, en medio de la bahía irlandesa de Galway, los pescadores usan todavía anclas de piedra; hasta las viviendas construídas con peñascos, los *cloghan*, en forma de colmenas, continúan siendo allí frecuentes[2].



HACHA-MARTILLO
Estaciones lacustres suizas
(*Col. Vibraye.*)

HACHA PULIDA
Robenhausen
(*Col. Vibraye.*)

1/3 tamaño.

Los arqueólogos han clasificado según las piedras los diferentes períodos de civilización durante la prehistoria: edades eolíticas, paleolíticas, neolíticas. La mayor ó menor destreza empleada en formar los instrumentos de piedra, primeramente sencillos fragmentos, después una talla cada vez más inteligente y, por último, un pulimento que llegó á ser perfecto dió los elementos de la división cronológica primitiva, y se comprende, porque la piedra puede durar siglos y aun atravesar los períodos geológicos, mientras las industrias paralelas: escultura en madera, marfil ó cuerno, fabricación de telas y vasos y otros diferentes

[1] G. de Mortillet, *Le Préhistorique*.
[2] Haddon and Brown, *Proceedings Geogr. Soc.*, julio 1894.

como arma arrojadiza; descubrió, por ejemplo, el bumerang que emplean los salvajes de Australia y que los civilizados de nuestros días, á consecuencia de una regresión parcial, son incapaces de utilizar. Así mismo, el hombre primitivo veía la diferencia de los guijarros con que armaba su mano y que tiraba con mayor precisión y con un conjunto de movimientos mejor coordinados que los del mono. En muchos países el salvaje se sirve todavía de la piedra, y la tira á lo lejos con temible seguridad. De ahí, en la leyenda judía, la muerte del gigante Goliat, que cayó con la frente abierta de una pedrada, y, en los países de Oriente,



HACHAS DE SÍLEX TALLADO (Época paleolítica)
Saint-Acheul, cerca de Amiens (Somme)

1/3 tamaño.

los pastores de la Susiana, que no se aventuran en los terrenos de pasto sin llevar la honda al hombro, creyéndose cada uno un David por el tino y la destreza[1].

Cuando la piedra, el arma primitiva, se rompía sobre la roca inmediata, el que la había arrojado observaba con satisfacción el corte de las aristas y las recogía para nuevos usos, tales como el golpe, el corte y el raspado. Transcurrieron muchos siglos, ciclos, como sabemos, durante los cuales los hombres aprendieron á servirse de los sílex, de las obsidianas ú otras piedras de fragmentos cortantes, para hacer de ellas sus

[1] Frédérich Houssay, *Annales de Géographie*, año III.

instrumentos usuales, utilizados al infinito, como nosotros empleamos actualmente los clavos, las agujas, los alfileres y los raspadores. Por miriadas y miriadas extraería del suelo que circundaba su vivienda por el trabajo incesante de la vida, esas piedras cortantes y punzantes, que se desechaban en cuanto el corte se embotaba. El obrero inteligente, retocándolas con habilidad por medio de nuevos golpes dados sobre el corte ó sobre la punta, consiguió utilizarlas mucho tiempo, como antiguas amigas (Rutot).

Tales fueron los objetos de transición entre el peñasco ó el guijarro primitivos lanzados por el hombre y el arma tallada con arte. Los más bellos instrumentos pulimentados, y, de progreso en progreso, las obras maestras de la estatuaria, nacieron del empleo de la piedra apropiada, procedente ella misma de la piedra informe[1]. Pero el uso de esta piedra tosca se practica aún, y el campesino vuelve á él con una especie de fervor piadoso, especialmente para la delimitación de los campos y de los caminos. En las islas Arran, en medio de la bahía irlandesa de Galway, los pescadores usan todavía anclas de piedra; hasta las viviendas construídas con peñascos, los *cloghan*, en forma de colmenas, continúan siendo allí frecuentes[2].



HACHA-MARTILLO
Estaciones lacustres suizas
(*Col. Vibraye.*)

HACHA PULIDA
Robenhausen
(*Col. Vibraye.*)

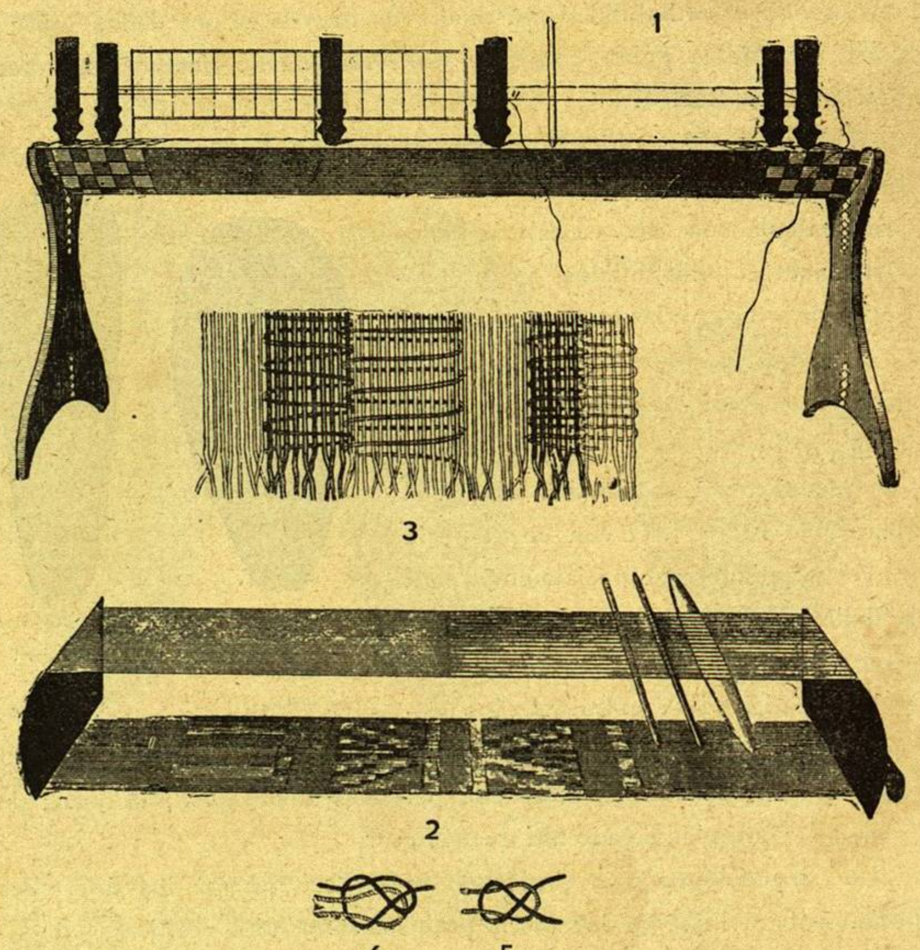
1/3 tamaño.

Los arqueólogos han clasificado según las piedras los diferentes períodos de civilización durante la prehistoria: edades eolíticas, paleolíticas, neolíticas. La mayor ó menor destreza empleada en formar los instrumentos de piedra, primeramente sencillos fragmentos, después una talla cada vez más inteligente y, por último, un pulimento que llegó á ser perfecto dió los elementos de la división cronológica primitiva, y se comprende, porque la piedra puede durar siglos y aun atravesar los períodos geológicos, mientras las industrias paralelas: escultura en madera, marfil ó cuerno, fabricación de telas y vasos y otros diferentes

[1] G. de Mortillet, *Le Préhistorique*.
[2] Haddon and Brown, *Proceedings Geogr. Soc.*, julio 1894.

trabajos se aplican á substancias que perecen en el curso de las edades y no pueden indicar períodos generales.

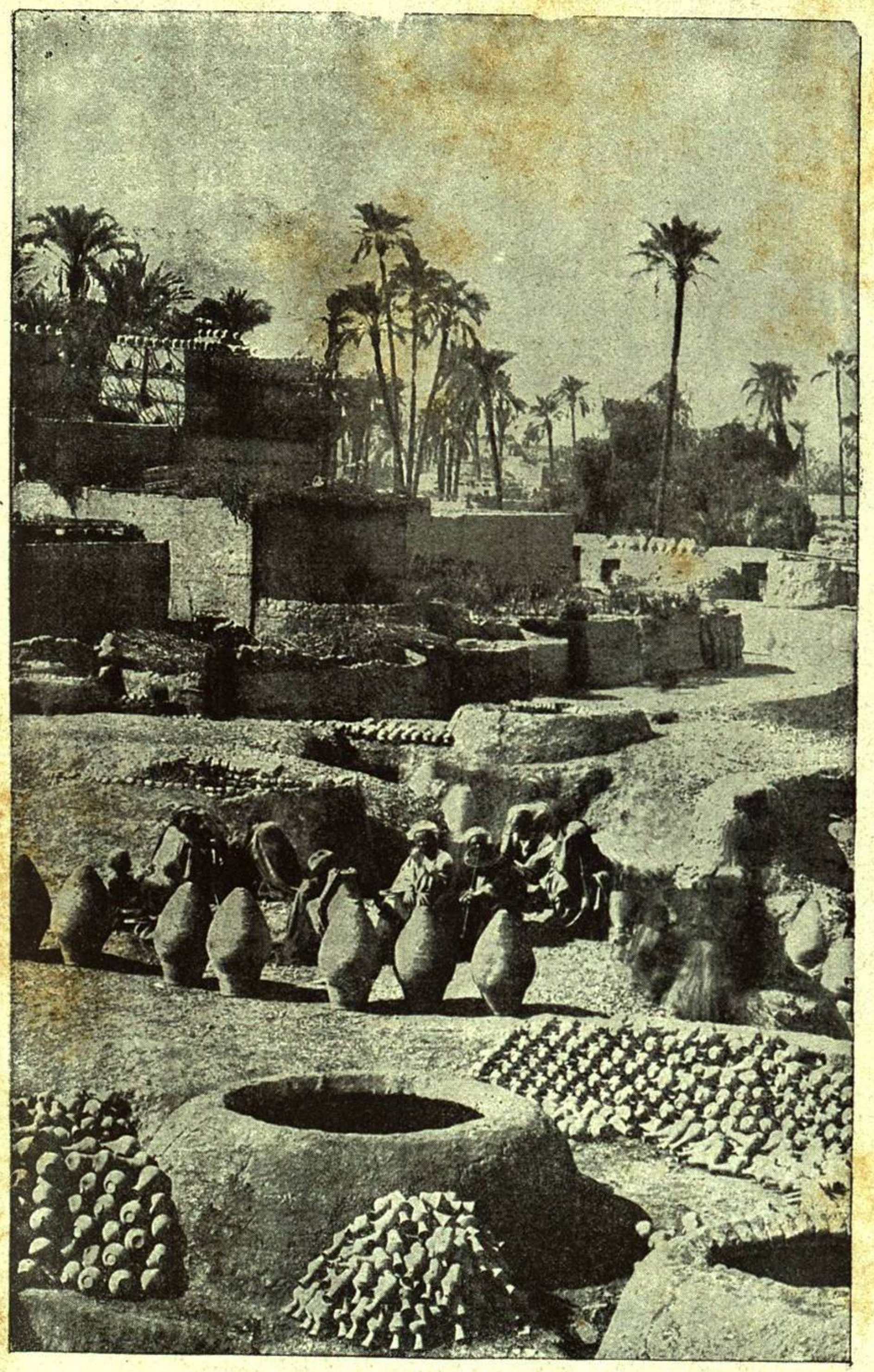
Suministrando guijarros, el suelo ofrecía armas; del mismo modo puede decirse que el primitivo tampoco tuvo necesidad de inventar las



TELAR PARA TEJER DE LA ISLA UALAN, ARCHIPIÉLAGO DE LAS CAROLINAS RECOGIDO CUANDO EL VIAJE DE *La Coquille* (1822-1825)

1. Urdidor.—2. Telar.—3. Trabajo de coloración, aumentado.—4. Nudo de los tejedores indígenas.—5. Nudo de los tejedores europeos

telas, puesto que la Naturaleza las da gratuitamente, á lo menos en las comarcas tropicales donde se presume que nacieron las razas humanas. Allí existen ciertas especies de cactus, de bananos y otras plantas de gruesas ramas que se rodean en la base en telas naturales de fibras entre-



ALFARES EN LA CIUDAD DE KENEH, SOBRE EL NILO

Según una fotografía.

cruzadas, que son realmente tejidos, modelos de aquellos con que el hombre se envuelve en el día. Esos tejidos pueden imitarse hoy fácilmente, consolidados y comprimidos por la mano del hombre; no falta más que hacerlos duraderos, sea batanándolos para despojarlos de cuerpos extraños, sea empapándolos en una agua mordiente para librarlos de la descomposición. Ya en los tiempos prehistóricos hubo jóvenes audaces que aprendieron á imitar á la Naturaleza, entrelazando fibras escogidas y preparadas; después vinieron sucesivamente todas las simplificaciones de la industria, el telar en que se tienden se cruzan y se entrecruzan los hilos dejando pasar en el entredós la trama que lleva la lanzadera, naciendo á continuación todos los esplendores de los tejidos, desde el lino, al algodón y á la seda.

Así también puede decirse que comenzó la alfarería sin la intervención del hombre, dado que ciertas placas curvadas de arcilla que se forman por efecto de la desecación solar, y las capas de barro depositadas por el agua entre las mallas de las redes [1], eran ya verdaderas vasijas de tan cómodo empleo como las grandes conchas recogidas sobre las orillas. El agua vertida sobre un suelo apisonado lleva consigo á veces partículas finas de tierra que, una vez secas, presentan una cohesión suficiente para formar baldosillas utilizables. Natural era, pues, darles la consistencia deseada, extraerlas el agua por la presión é igualarlas con la palma de la mano. Según la dimensión de las construcciones proyectadas, la cantidad de materias ó el volumen de agua que había de contener el vaso, se medía el tamaño del ladrillo ó la capacidad del recipiente, luego se exponía al sol el objeto fabricado, que se endurecía poco á poco. La habilidad práctica y la experiencia, precisadas durante los años y los siglos de generación en generación, acaban por asegurar al trabajo toda la perfección que podía adquirir por la sola industria manual: lo plano del suelo daba el ladrillo, la redondez de la pierna formaba la teja.

Tarde ó temprano había de unirse un poderoso auxiliar á la mano del alfarero. La mujer no estaba lejos del sitio en que su marido trituraba la arcilla; de cuando en cuando caerían por casualidad sobre el

[1] Elie Reclus, *Notes manuscrites.*

suelo, sobre los moldes y las vasijas de tierra ascuas y ramas encendidas; además el mismo hogar podía haber sido construído con ladrillos, y después de millares de observaciones voluntarias ó involuntarias, no podría menos de notarse la acción del fuego y la diferencia producida por la cocción en la materia arcillosa: el arte del alfarero se había, pues, completado en sus elementos primitivos. En cuanto á la invención mecánica del torno, que tanto facilita el trabajo para dar precisión y elegancia á las redondeces de la vasija, sabido es que fué precedida por un movimiento de rotación que los alfareros daban á la bola de arcilla que amasaban entre las dos manos; tal es todavía el método practicado por las mujeres uolof para tornear sus escudillas[1]. En diversas comarcas y pueblos se ha conservado la antigua industria de las edades líticas entre los alfareros, especialmente en Ornolac, en los Pirineos, y en las márgenes del Nilo.

Un descubrimiento esencial, el punto de partida de toda la mecánica, fué la invención de la rueda, acontecimiento capital cuyo mérito ignoran los arqueólogos á quién pueda ser atribuído. Lo cierto es que el Nuevo Mundo no conoció el carro hasta la llegada de los españoles; no se conocía allí más que el trineo, mientras que en el Mundo Antiguo vemos aparecer por todas partes, en los orígenes de la historia, el maravilloso aparato en que el hombre se coloca con su equipaje, compuesto de la caja montada sobre un eje entre dos ruedas que rechinan á cada tracción del motor, hombre ó animal.

Esa conquista, junto con la de los metales, es la verdadera aurora del mundo moderno.

Los trabajos metalúrgicos no se han sucedido en todas las comarcas por el mismo orden, habiendo debido variar los métodos según la abundancia y la naturaleza del mineral, como también según los progresos anteriormente realizados por las diversas poblaciones. Así se observa que los salvajes ribereños del lago Superior, en la América del Norte, aprendieron á batir el cobre nativo de los yacimientos de Ontonagon y de Keweenaw para fabricar con él adornos y armas. También los Es-

[1] Lajard y Regnault, *Bull. Soc. d'Anthrop.* sesión de 19 diciembre 1895, pág. 737.



HERREROS NEGROS DEL SENEGAL

De una fotografía (*Museum d'Histoire Naturelle*).

quimales de la Groenlandia, que no sabían fundir los metales y que, por su industria habitual, estaban todavía en la edad de la piedra y de los huesos, utilizaban, no obstante, algo los trozos de hierro meteórico ó nativo que encontraban en sus costas. Mientras que en la Europa occidental el orden de sucesión normal en el empleo de los metales se hizo del cobre al hierro pasando por el bronce—aleación de cobre y estaño,—los negros y los Uralianos comenzaron por el uso del hierro, y fueron quienes, por dos vías, las del Sud y del Este, fueron, como herreros, los imitadores de los «Arios» de Europa y de Asia.

Por lo demás, como observa Lenormant[1], el hierro meteórico, el fragmento de astro caído del cielo y que en un principio pudo creerse haber sido un presente especial enviado á su pueblo por un dios benéfico, debió de ser en muchos países el punto de partida de los trabajos de metalurgia. Ese metal que no necesita afinarse y que basta fundir

[1] *Les Premières Civilisations.*

suelo, sobre los moldes y las vasijas de tierra ascuas y ramas encendidas; además el mismo hogar podía haber sido construído con ladrillos, y después de millares de observaciones voluntarias ó involuntarias, no podría menos de notarse la acción del fuego y la diferencia producida por la cocción en la materia arcillosa: el arte del alfarero se había, pues, completado en sus elementos primitivos. En cuanto á la invención mecánica del torno, que tanto facilita el trabajo para dar precisión y elegancia á las redondeces de la vasija, sabido es que fué precedida por un movimiento de rotación que los alfareros daban á la bola de arcilla que amasaban entre las dos manos; tal es todavía el método practicado por las mujeres uolof para tornear sus escudillas[1]. En diversas comarcas y pueblos se ha conservado la antigua industria de las edades líticas entre los alfareros, especialmente en Ornolac, en los Pirineos, y en las márgenes del Nilo.

Un descubrimiento esencial, el punto de partida de toda la mecánica, fué la invención de la rueda, acontecimiento capital cuyo mérito ignoran los arqueólogos á quién pueda ser atribuído. Lo cierto es que el Nuevo Mundo no conoció el carro hasta la llegada de los españoles; no se conocía allí más que el trineo, mientras que en el Mundo Antiguo vemos aparecer por todas partes, en los orígenes de la historia, el maravilloso aparato en que el hombre se coloca con su equipaje, compuesto de la caja montada sobre un eje entre dos ruedas que rechinan á cada tracción del motor, hombre ó animal.

Esa conquista, junto con la de los metales, es la verdadera aurora del mundo moderno.

Los trabajos metalúrgicos no se han sucedido en todas las comarcas por el mismo orden, habiendo debido variar los métodos según la abundancia y la naturaleza del mineral, como también según los progresos anteriormente realizados por las diversas poblaciones. Así se observa que los salvajes ribereños del lago Superior, en la América del Norte, aprendieron á batir el cobre nativo de los yacimientos de Ontonagon y de Keweenaw para fabricar con él adornos y armas. También los Es-

[1] Lajard y Regnault, *Bull. Soc. d'Anthrop.* sesión de 19 diciembre 1895, pág. 737.



HERREROS NEGROS DEL SENEGAL

De una fotografía (*Museum d'Histoire Naturelle*).

quimales de la Groenlandia, que no sabían fundir los metales y que, por su industria habitual, estaban todavía en la edad de la piedra y de los huesos, utilizaban, no obstante, algo los trozos de hierro meteórico ó nativo que encontraban en sus costas. Mientras que en la Europa occidental el orden de sucesión normal en el empleo de los metales se hizo del cobre al hierro pasando por el bronce—aleación de cobre y estaño,—los negros y los Uralianos comenzaron por el uso del hierro, y fueron quienes, por dos vías, las del Sud y del Este, fueron, como herreros, los imitadores de los «Arios» de Europa y de Asia.

Por lo demás, como observa Lenormant[1], el hierro meteórico, el fragmento de astro caído del cielo y que en un principio pudo creerse haber sido un presente especial enviado á su pueblo por un dios benéfico, debió de ser en muchos países el punto de partida de los trabajos de metalurgia. Ese metal que no necesita afinarse y que basta fundir

[1] *Les Premières Civilisations.*

para emplearle en la fabricación de toda especie de instrumentos, suministró á los inventores de aquellas lejanas épocas la ocasión «providencial» de tomar sus primeras lecciones sobre el tratamiento de los metales, como lo indican el nombre egipcio del hierro, *ba-en-pse*, «materia del cielo», y la antigua doctrina relativa al «firmamento», que se imaginaba como una bóveda de hierro cuyos fragmentos caen á veces á la tierra. También los griegos dieron al hierro un nombre *(sideros)* derivado indudablemente de una palabra aplicada al mundo «sideral»: para ellos, el hierro era un pequeño astro desprendido del empíreo. Este metal era conocido en Egipto desde los orígenes de la historia, puesto que se ha encontrado una barra de hierro fundido en el interior de la pirámide de Cheops; pero sea por desconfianza, relativamente á un objeto de fabricación moderna, sea por temor á los dioses lanzadores de meteoritos, los egipcios consideraban impuro el hierro; Typhon mató á Osiris con un arma de ese metal, y la herrumbre que, en un clima húmedo, corroe pronto el cuerpo metálico, era considerada como sangre condensada de aquel dios. Uno de esos antiquísimos instrumentos fabricados de hierro meteórico ha sido hallado por Schliemann en las ruinas de Troya [1].

Pero esos diversos trabajos del minero y del herrero permiten ya determinar, en la mayor parte de las civilizaciones locales, una edad bastante aproximada de los siglos conocidos ó á lo menos entrevistos por el historiador: los arqueólogos tratan de fijar sus fechas, y este trabajo se les facilita cada vez más por la multitud de documentos que se reunen en las colecciones. Buena prueba es Glasinaï, en Croacia, quien nos suministra objetos en cantidad de veintenas de millar de piedra, bronce y hierro.

Los progresos industriales de toda especie que se han realizado durante el período prehistórico, exceden seguramente con mucho en importancia á todos los que registra la historia propiamente dicha, y debían naturalmente solicitar la pasión, la alegría artística del trabajador, y, por consecuencia, dar nacimiento al arte, compañero necesario del trabajo libre.

[1] Stanislas Meunier, *Revue scientifique*, 7 mayo, 1896, pág. 584.

En aquellas primeras edades en que las clases no estaban aún separadas y en que el gran cuerpo social sólo había parcialmente diferenciado sus órganos, el arte no tenía probablemente sus adeptos especiales que vivieran fuera de la comunidad. Cada cual era su propio decorador, su propio artista, del mismo modo que, respecto de todas las necesidades de la existencia, cada cual era su propio abastecedor, y en el peligro su propio campeón.

Cuando el primitivo se hallaba de acecho en la maleza esperando una presa para atravesarla de un flechazo, ó se deslizaba arrastrando á través de las hierbas y las ramas para sorprender la caza en reposo, cuántas veces vería cuadros conmovedores que se grabarían fuertemente en su memoria: el poderoso felino avanzando prudentemente la zarpa y mostrando sus colmillos dispuestos á morder; el paquidermo que rodea un árbol con su trompa y le desarraiga de un tirón; el ciervo que hiergue con orgullo su ramosa cornamenta en el claro del bosque. Cuando soñaba por la noche cerca de los tizones que despedían vagos resplandores, se le representarían de nuevo aquellas violentas impresiones, y para recordarlas siempre ó representarlas á otros, las reproducía por el dibujo.

Un fragmento de sílex le servía para grabar la escena sobre el mango ó el puño de su arma, cuyo precio aumentaba así indefinidamente; pero ese precio era completamente moral en aquella época: el arte, sincero y desinteresado, era por eso mismo el gran arte; el artista había aprendido á trabajar tan solo para su propia alegría y la de los suyos: esculpía figuritas para la mujer que amaba y suspendía en el poste de la cabaña la efigie del abuelo ó del animal tutelares, saliendo, como se ve, de las condiciones mismas de la vida y no tenía «super-hombres» por creadores, como se complacen en imaginar artistas contemporáneos infatuados con la idea de su propio mérito. Los iniciadores fueron iniciados por la Naturaleza, no mortales de origen distinto pertenecientes á un mundo «supraterrestre» [1].

En los momentos de ocio que les permitía el acecho de la caza y la satisfacción del hambre, buscaría el hombre otras manifestaciones del arte aparte de la escultura ó el grabado del asta, del hueso, de la ma-

[1] Patrick Geddes, *Every Man his own Critic*, pág. 40.

dera ó de la piedra: unos colores, el ocre rojo ó amarillo y el jugo espeso de ciertos frutos se encontraban á su disposición, y supo aprovecharse de ellos para pintar sobre las paredes lisas de las rocas los objetos que veía ó las formas que complacían su vista.

Apenas hay pueblos primitivos que no hayan recurrido á la pintura para satisfacer su inclinación al arte ó bien, utilitariamente, para manifestar á aliados ó á hermanos los hechos que necesitaban conocer para el común beneficio. Sin embargo, la mayor parte de esas pinturas, expuestas á las destructoras influencias de los meteoros, á la lluvia, al viento, al sol, al hielo y al deshielo de la roca, no han podido conservarse durante el curso de las edades, y casi todas se han borrado ó desconchado, mientras que los objetos esculpidos ó grabados se conservaban como en un joyero bajo los montones de tierra ó de piedras. Hay comarcas en que la falta de rocas que ofrezcan lienzos al pincel del hombre y la extrema humedad impidieron á los naturales practicar el arte de la pintura, y, en este caso, perpetuaban sus pensamientos ó transmitían sus mensajes á los pasajeros marcando los árboles ó entrecruzando las ramas, pero, de todos modos, el arte y la necesidad de hablar á distancia quedaban satisfechos.

En el período cercano á nosotros las tribus, que suelen citarse como ejemplos de gregarias con civilización casi rudimentaria, se cuentan precisamente, gracias á la sequedad del clima y á la existencia de masas rocosas, en el número de los grupos humanos que han recurrido á la pintura.

En las márgenes del Grenelg, en la Australia nord-occidental, el ilustre George Grey ha visto verdaderos cuadros en varios colores—blanco, negro, amarillo y rojo,—revestidos de una goma que forma barniz; pero el arte indígena ha desaparecido actualmente, puesto que hasta los artistas han sido asesinados.

Tampoco suelen verse ya en el Africa meridional pinturas permanentes sobre las rocas ennegrecidas—las obras han perecido con la raza de los artistas, Sañ ó «gente de la maleza» (Bosjesmannen, Bushmen),—pero varias de esas obras de arte han sido transportadas á los museos de Maritzburg y de Bloemfontein, y reproducciones se encuentran en las importantes colecciones de Europa. La mayor de esas composiciones

comprende treinta y ocho figuras de hombres y animales, pintados en cuatro colores. La escena representa una razzia de rebaños hecha por los Bosjesmanes, perseguidos por cafres armados de escudos y de azagayas: las gentes de la maleza tienen arcos y flechas, y, según el cuadro se sirven de ellos con buen éxito; todo parece indicar que éstos han de obtener la victoria[1].



UN CAFRE Y SUS ADORNOS

De una fotografía.

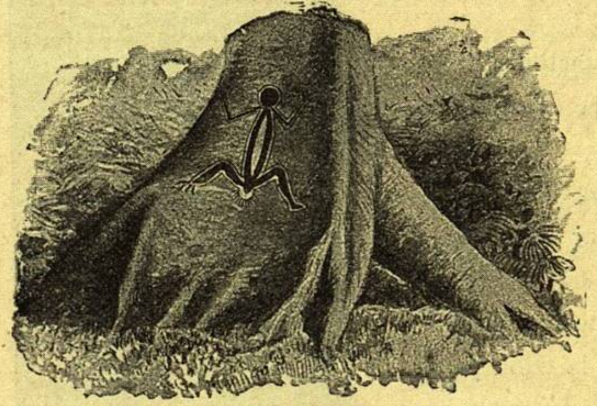
En sus diversas manifestaciones, la pintura, como el grabado y la escultura, debían servir á varios fines. Primeramente á la necesidad de vivir con la naturaleza ambiente, de hacerla resaltar por sí misma después de haberla conquistado; fué también la relación de los acontecimientos, sea para el círculo estrecho de la tribu y para un corto período de la vida, sea para constituir verdaderos anales durante un largo período de tiempo. Además, la pintura, particularmente sobre las pieles trabajadas por los salvajes de América del Norte, fué á veces una nomenclatura, un medio de contabilidad, como lo emplean todavía en muchos países civilizados los panaderos y proveedores diarios. Las formas pintadas tienen también un sentido simbólico y se refieren á las imaginaciones del pueblo relativamente al más allá. Por último, es muy probable que en muchas circunstancias las figuraciones diversas practicadas sobre las pieles y las rocas constituyan una verdadera escritura ideográfica; desde este doble punto de vista han de ser especialmente estudiados como expresión del lenguaje.

Según el arqueólogo Piette, gran excrutador de cavernas, las pinturas de «la capa de cantos coloreados» que existe en los depósitos pre-

[1] Weitzecker, *Atti del primo Congreso geografico*, vol. II, págs. 290 y siguientes.—Frédérich Christol, *Bull. de la Soc. de Géographie de Neuchâtel*, tomo IX, 1896-97.

históricos de la gruta del Mas d'Azil, sucediendo inmediatamente á la edad del reno, serían una especie de jeroglíficos; son en su mayor parte bandas y círculos de color rojo, que parecen haber indicado nombres y representaban también hechos é ideas [1].

Del mismo modo, las inscripciones grabadas sobre las rocas del valle del Infierno y del valle de Fontanalba, inscripciones que habían valido á unos lagos vecinos el nombre de «lagos de las Maravillas», no han dejado la menor duda en los que las han descifrado: las imágenes grabadas, que representaban instrumentos, animales, trabajos de agricultura y que atestiguan las costumbres pacíficas de aquella antigua población de las montañas, no constituyen solamente un conjunto artístico interesantísimo, ha de verse también en ellas una especie de escritura simbólica [2]. Como lo hace notar muy justamente von Ihering [3], la escritura nació con la propiedad del ganado. Las marcas de color sobre la piel del buey vivo fueron los primeros signos de escritura, y las primeras tablillas de escribir se paseaban vivas por la pradera. La aplicación de la marca sobre la piel del buey viviente condujo al empleo de la piel del buey muerto para inscribir en ella hechos que se tenía empeño en recordar. El cuero se revistió de documentos escripturales: en él se consignaron los tratados entre las naciones y se escribieron leyes. De esos groseros materiales, que sirvieron á los primeros Judíos y á los prim eros Romanos, nació después el uso del pergamino entre los letrados de Pergamo.

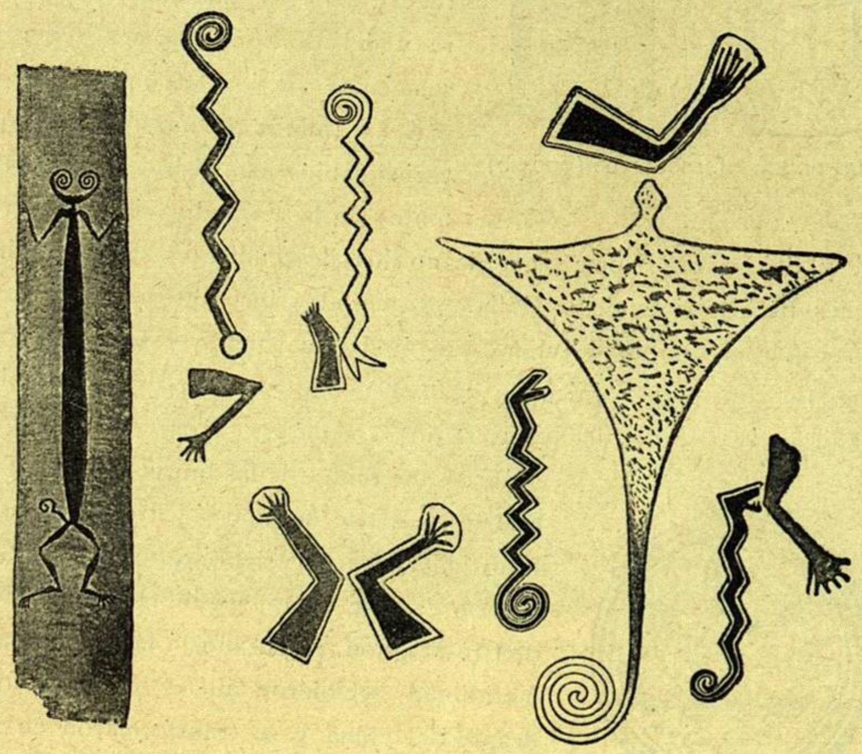


COMO LOS INDÍGENAS DE NEU-LAUENBURG (ARCHIPIÉLAGO BISMARCK, MELANESIA ALEMANA) REPRESENTAN LOS FANTASMAS

Según una fotografía.

[1] Ed. Piette, *Bull. de la Soc. d'Anthropologie de Paris*, sesión de 18 de abril 1895.
[2] Arturo Issel, *Le Rupi scolpite nelle alte Valli delle Alpi Maritime*, pág. 242.
[3] *Des Indo-Européens avant l'Histoire*, trad. por O. de Meulenaere, pág. 29 y siguientes.

Indirectamente, las obras de arte dejadas por nuestros antepasados de la prehistoria han contribuído también á hacernos conocer algunos rasgos de la civilización durante aquellas edades lejanas. En ellas puede aprenderse vagamente cuáles eran los tipos físicos de los personajes puestos en escena; puede tratarse de clasificarlos según sus tipos y referirlos á tal ó cual de las razas convencionalmente designadas como los elementos distintos del género humano. De ese modo, durante el primer período «glíptico», en los tiempos en que numerosos elefantes recorrían los verdes campos, la orilla de los lagos y de los ríos y hasta los altos valles que acababan de abandonar los hielos, derretidos por el tibio soplo del Mediodía, los artistas cincelaban el marfil con figuras de mujer, que en su mayor parte eran velludas y presentaban caracteres esteatopígicos como las «Venus hotentotes».



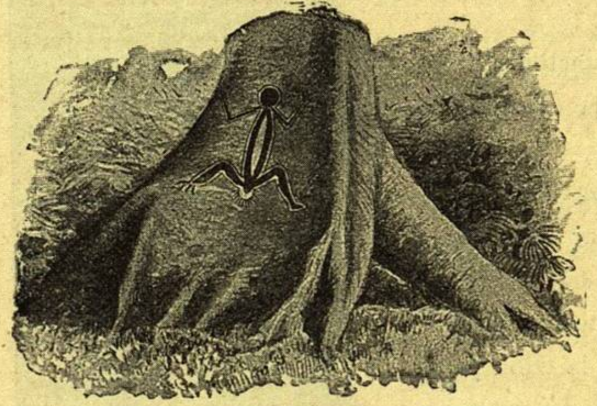
DIBUJOS Y PINTURAS PRIMITIVAS DE NEU-LAUENBURG (ARCHIPIÉLAGO BISMARCK MELANESIA ALEMANA)

De una fotografía.

En época posterior, las poblaciones de los tiempos magdalenianos

históricos de la gruta del Mas d'Azil, sucediendo inmediatamente á la edad del reno, serían una especie de jeroglíficos; son en su mayor parte bandas y círculos de color rojo, que parecen haber indicado nombres y representaban también hechos é ideas[1].

Del mismo modo, las inscripciones grabadas sobre las rocas del valle del Infierno y del valle de Fontanalba, inscripciones que habían valido á unos lagos vecinos el nombre de «lagos de las Maravillas», no han dejado la menor duda en los que las han descifrado: las imágenes grabadas, que representaban instrumentos, animales, trabajos de agricultura y que atestiguan las costumbres pacíficas de aquella antigua población de las montañas, no constituyen solamente un conjunto artístico interesantísimo, ha de verse también en ellas una especie de escritura simbólica[2]. Como lo hace notar muy justamente von Ihering[3], la escritura nació con la propiedad del ganado. Las marcas de color sobre la piel del buey vivo fueron los primeros signos de escritura, y las primeras tablillas de escribir se paseaban vivas por la pradera. La aplicación de la marca sobre la piel del buey viviente condujo al empleo de la piel del buey muerto para inscribir en ella hechos que se tenía empeño en recordar. El cuero se revistió de documentos escripturales: en él se consignaron los tratados entre las naciones y se escribieron leyes. De esos groseros materiales, que sirvieron á los primeros Judíos y á los prim eros Romanos, nació después el uso del pergamino entre los letrados de Pergamo.

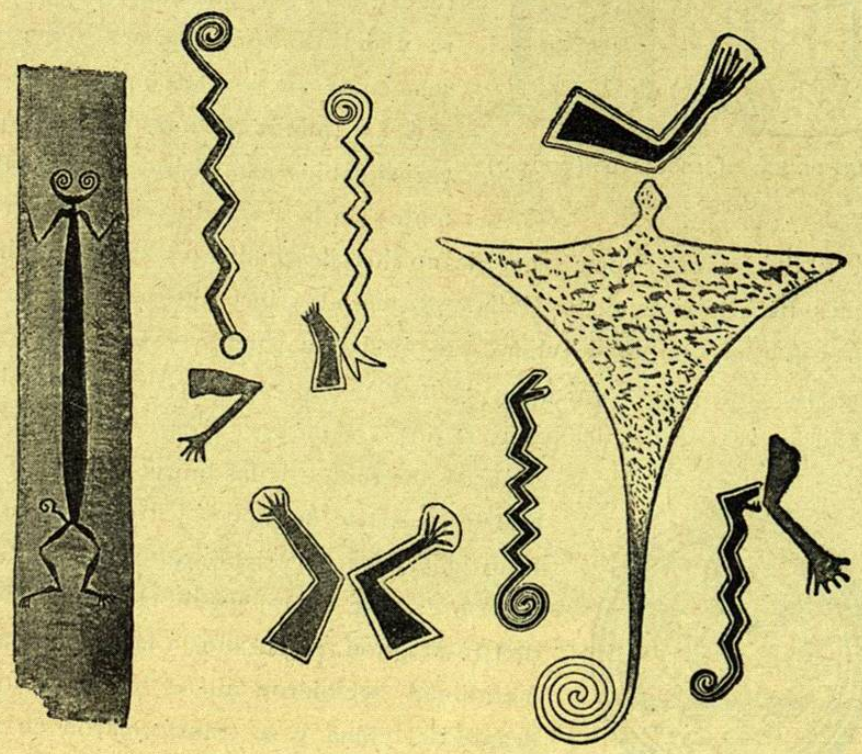


COMO LOS INDÍGENAS DE NEU-LAUENBURG (ARCHIPIÉLAGO BISMARCK, MELANESIA ALEMANA) REPRESENTAN LOS FANTASMAS

Según una fotografía.

[1] Ed. Piette, *Bull. de la Soc. d'Anthropologie de París*, sesión de 18 de abril 1895.
[2] Arturo Issel, *Le Rupi scolpite nelle alte Valli delle Alpi Maritime*, pág. 242.
[3] *Des Indo-Européens avant l'Histoire*, trad. por O. de Meulenaere, pág. 29 y siguientes.

Indirectamente, las obras de arte dejadas por nuestros antepasados de la prehistoria han contribuído también á hacernos conocer algunos rasgos de la civilización durante aquellas edades lejanas. En ellas puede aprenderse vagamente cuáles eran los tipos físicos de los personajes puestos en escena; puede tratarse de clasificarlos según sus tipos y referirlos á tal ó cual de las razas convencionalmente designadas como los elementos distintos del género humano. De ese modo, durante el primer período «glíptico», en los tiempos en que numerosos elefantes recorrían los verdes campos, la orilla de los lagos y de los ríos y hasta los altos valles que acababan de abandonar los hielos, derretidos por el tibio soplo del Mediodía, los artistas cincelaban el marfil con figuras de mujer, que en su mayor parte eran velludas y presentaban caracteres esteatopígicos como las «Venus hotentotes».

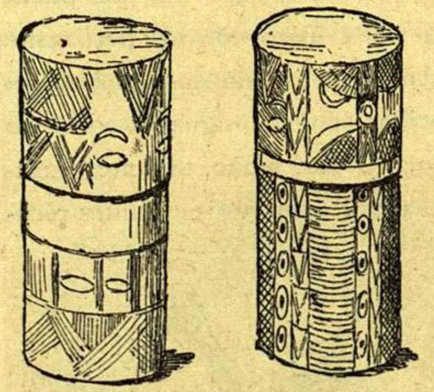


DIBUJOS Y PINTURAS PRIMITIVAS DE NEU-LAUENBURG (ARCHIPIÉLAGO BISMARCK MELANESIA ALEMANA)

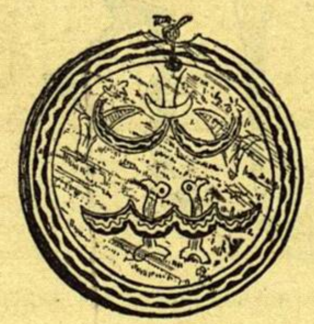
De una fotografía.

En época posterior, las poblaciones de los tiempos magdalenianos

presentaban un tipo más aproximado al de los habitantes actuales[1]; pero sus esculturas, muy groseras é incompletas, no pueden suministrar indicaciones muy precisas, y muchos antropólogos hacen sus reservas acerca de esas tentativas de identificación entre las razas prehistóricas y las razas actuales. Juzgando sólo por su industria y el género de existencia que revela, los «Magdalenianos» del Vezere y del Dordoña parecen tener tal semejanza con los Lapones ó Esquimales ó Innuits de nuestros días, que varios sabios han visto en esos habitantes de la Escandinavia septentrional y del «Gran Norte» americano los descendientes de las poblaciones prehistóricas de la Galia. Rechazados incesantemente hacia el Norte por el cambio de clima que fundía los hielos y las nieves, los Magdalenianos, resto único de naciones en otro tiempo considerables, seguirían á los renos hacia las regiones polares, cuyos contornos geográficos, diferentes de las líneas actuales, facilitaban el paso de uno á otro continente. Ludwig Wilsen, el célebre autor de los *Germanen*, expone como, según él, los hombres de Cro-Magnon, rechazados á la Escandinavia meridional, recibieron allí el bautismo fortificante del clima y se transformaron en una raza esencialmente privilegiada, la de los Arios, que después han civilizado el mundo[2].



CAJAS DE MARFIL ESCULPIDO (OGOWÉ)
Congo francés

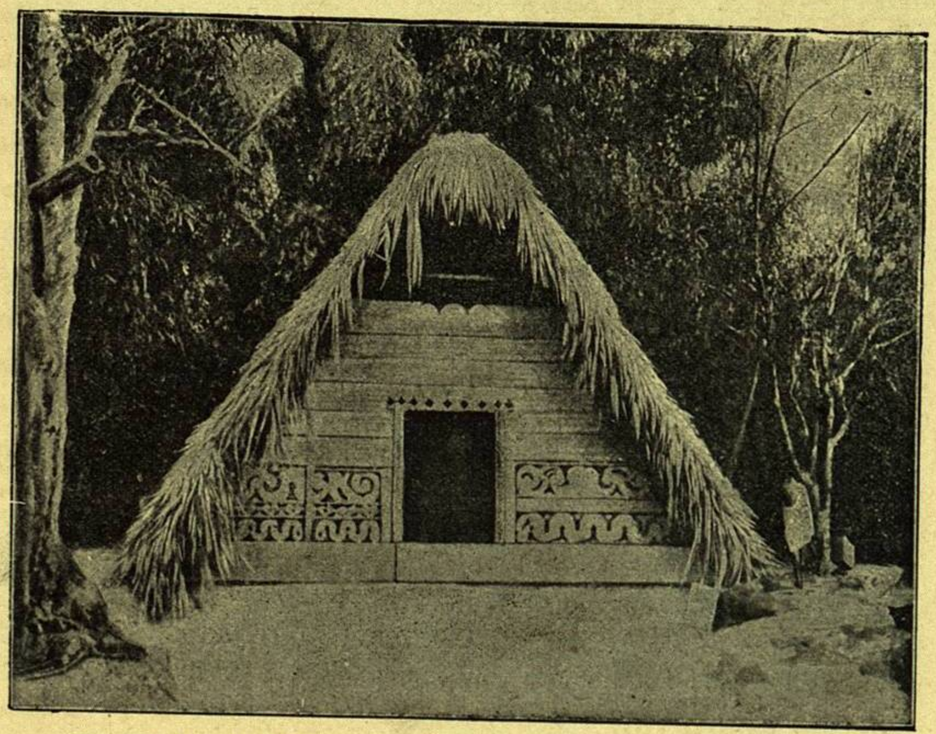


CONCHA DE LAS ISLAS SALOMÓN
en que están esculpidos ornamentos que representan una cara: los ojos están formados por dos aves y los dientes por sus alas.

El estudio de los antiguos marfiles permite también darse cuenta de cuáles eran la caza del primitivo y sus asociados entre todos los animales que esculpió ó grabó el sílex de los artistas. Así se sabe que en la época de Solutré, todavía durante el período paleolítico ó de la piedra tosca, el caballo estaba domesticado, á lo menos para aprovechar su carne, puesto que se le representa con su cabestro, primero en escultura, en bajo relieve, después en rasgos grabados.

[1] Ed. Piette, *Bull. de la Soc. d'Anthr.*, sesión de 3 de mayo 1894.
[2] *Globus*, 13 abril 1905.

Después, en la época cervidiana, cuando el clima se hizo más húmedo y la duración de las nieves obligó á dejar el caballo, se domesticó el reno. Por último, cuando las lluvias sucedieron á las nieves, los aborígenes aprendieron á domesticar una especie de buey, revestido de una cubierta ó ceñido de una amplia cincha[1].



UNA CHOZA DECORADA EN EL LUGAR DE APATOE (INDIA NEERLANDESA)

De una fotografía holandesa.

Junto á la pintura propiamente dicha, qne representaba personajes y objetos de la naturaleza circundante, los primitivos practicaban también la simple decoración por medio de figuras diversas, de colores de matices sencillos, de líneas rectas ó curvas, sencillas ó entrecruzadas. A este respecto se observa entre las tribus un desarrollo artístico mayor ó

[1] E. Piette, memoria citada.

menor según el número de las formas de ornamentación que han sabido descubrir. Los australianos primitivos no se habían elevado hasta el conocimiento de la espira ó de la greca [1]; los negros no influídos por los musulmanes ignoran también las espiras y las volutas, en tanto que los polinesios y los americanos, aun aquellos que por la civilización general son muy inferiores á los africanos, poseen un arte ornamental de una evolución muy avanzada; los salvajes de la Guyana y del Amazonas conocen la espira y la greca, les agradan las figuras polígonas, saben entrelazar las formas, ocultarlas, inscribir las unas en las otras de una manera muy compleja. Por medio de la alternancia y del doble plano de simetría, obtienen dibujos que agradan tanto á la vista como el arte árabe [2]. Como hubiera podido citarse de antemano, la gran variedad de las formas exteriores en el mundo de las plantas, de las aves y de las conchas contribuye singularmente á desarrollar el gusto artístico de los indígenas. Los Papuas de la Nueva Guinea, bañados en el medio de la más suntuosa naturaleza, saben adornar maravillosamente sus instrumentos y sus cabañas de modo que apasionan á los antropólogos [3].

En la época magdaleniana, la que los prehistoriadores citan más frecuentemente por sus producciones de arte, los elementos geométricos de la ornamentación son todavía muy rudos: los grandes progresos comienzan á manifestarse con la época del bronce.

Entre los instrumentos que se encuentran en las excavaciones de las residencias primitivas y que subsisten todavía entre los pueblos atrasados, hay varios que se destinan á alegrar los ocios con la música, acompañada del ritmo de los movimientos corporales y de los pasos, pero en las grutas no se ha encontrado más que un solo instrumento musical propiamente dicho, el silbato [4]. Buscando los orígenes de este arte, hemos de remontarnos al mundo de las aves, en que algunas se hallan maravillosamente dotadas para el canto, y en el que varios géneros á lo menos, entre otras diversas especies de grullas, practican muy graciosamente la

[1] Brough Smith;—F. Regnault, *Bull. de la Soc. d'Anthropologie*, feb. VI, pág. 536.
[2] F. Regnault, memoria citada, pág. 540.
[3] De Clercq, *Ethnographie de la Nouvelle-Guinée hollandaise.*
[4] Ch. Letourneau, *Evolution littéraire*, pág. 308.



MÚSICOS DE BA GOBO

De una fotografía.

danza. Sabemos que muchos animales son muy sensibles á la música bajo sus diversas formas, aun como simple medida, y que más de un prisionero ha podido de ese modo encantar arañas, ratas y otros compañeros de cautiverio. Por las dulces modulaciones de la voz, del silbido y los instrumentos de viento, el hombre atrae las serpientes y las hace balancearse rítmicamente sobre la cola. La ruidosa música militar arrastra consigo los caballos, y, según los Mongoles un violinista que saca de su instrumento sonidos lastimosos, hace correr lágrimas por los ojos del camello [1].

[1] James Gilmour, *Mongolia.*

No hay leyenda más verdadera que la de Orfeo, cuya lira hace salir las fieras de sus madrigueras, las cambia en fraternales compañeras del hombre y llega hasta dar vida durmiente á la piedra para transformar los peñascos en murallas que por sí mismas se yuxtaponen y se erigen en ciudades. Orfeo es una personificación perfecta del arte en las edades prehistóricas, y podemos afirmar con toda certidumbre que su lira ha hecho más para el progreso humano que la maza de Hércules. No sabemos lo que resta de aquellas lejanas épocas, pero no puede dudarse que los aires silbados por el campesino que lleva el ganado al abrevadero y la mayor parte de los ritmos campestres á que se adaptan nuevas palabras de siglo en siglo y de país en país son una herencia de los tiempos anteriores á la historia. ¿Y qué son los cantos sino los moderadores de las pasiones, los ordenadores de la vida diaria y los reguladores del pensamiento y de la acción? Con la danza, la pantomima y los cuentos de formas tradicionales, los cantos fueron en todas partes el principio de la literatura; por ellos se inició la humanidad en las artes.

Desde las primeras edades, la música, cuyos progresos han sido tan portentosos en la expresión de los sentimientos y en la evocación del ideal humano, ha perdido mucho, sin embargo, como auxiliar del trabajo en todas las ocupaciones ordenadas de la vida, y apenas si todavía se canta aquí ó allá para algunos trabajos de fuerza, como la virada del cabrestante á bordo de los grandes barcos, ó el amasado del pan en algunas tahonas de provincias; casi en todas partes, el ritmo de los pistones, de las bielas y de las ruedas ha reemplazado al canto del hombre y al sonido de la flauta ó del violín. La mujer no canta ya haciendo girar el huso, el ruido de las máquinas cubriría ahora su voz en el estruendo de la filatura. Antiguamente se acompañaban las operaciones dolorosas con una cantinela que adormecía el sufrimiento: el taraceo, la circuncisión y la infibulación hacían sufrir menos al paciente por la dulce cadencia de las voces[1], y, durante las ceremonias fúnebres, ascendían y descendían alternativamente los lamentos rítmicos de las plañideras; elevándose y bajando sucesivamente, mecían y calmaban la desesperación ó la amargura del duelo. Frecuentemente la música no servía sino para adormecer el pensamiento, para cambiar el estado consciente del

[1] Karl Bücher, *Arbeit und Rythmus*.

hombre en una vaga inconsciencia, dejando solamente la agradable impresión de vivir: así es como el negro toca su tam-tam ó su marimba. El indígena se comunicaba también con sus amigos lejanos; se entretenía con ellos, sabiendo que el golpe de su tambor era comprendido á lo lejos por un compañero ó por su amada[1].

Cuando los misioneros jesuitas, profundos conocedores del corazón humano, subían ó bajaban por las márgenes de los ríos de América, cantaban constantemente, á la cadencia de los remeros, sus más vehementes y armoniosos himnos, esperando que los indios, ocultos en las espesuras de la orilla, serían sensibles al encanto de sus voces: la obra de conversión que dió por resultado la fundación de la comunidad teocrática del Paraguay, comenzó por cantos cuyo eco repercutía de playa en playa por las soledades fluviales. Desde aquella época, no pocos viajeros, á quienes sus armas perfeccionadas no hubiesen salvado, han debido la vida á su caja de música, á su acordeón y hasta á una simple trompeta[2].

> Wo man singt, da lass dich ruhig nieder
> Böse Menschen haben keine Lieder[3].

Cuando los negros esclavos, que hablaban los idiomas más diversos, hubieron sido transportados á las plantaciones americanas, desde todas las comarcas de Africa, pronto perdieron el uso de los acentos maternales y aun entre ellos se vieron obligados á emplear la lengua de sus amos; por lo mismo se encontraron sin voz en sus relaciones con los indígenas del Nuevo Mundo en los lugares donde éstos no habían sido exterminados por completo. El odio, hasta el horror, separaron á los representantes de las dos razas, negra y roja: entre oprimidos nacen fácilmente los rencores; agrada vengarse de los ultrajes del poderoso sobre el compañero de sufrimiento. No obstante, en diversas comarcas de América se hizo una reconciliación inconsciente entre las dos razas, gracias á la música. A pesar de la aversión de hombre á hombre, los instrumentos africanos se esparcieron en medio de las selvas primitivas;

[1] E. de Habich, *Vías del Pacífico al Marañón.*
[2] Jacques Arago, *Voyages d'un aveugle autour du monde.*
[3] Adaptación popular de un poema de Seume, 1804: «Detente sin miedo donde te acojan cantares. Al unísono de las voces no hay malhechores».

No hay leyenda más verdadera que la de Orfeo, cuya lira hace salir las fieras de sus madrigueras, las cambia en fraternales compañeras del hombre y llega hasta dar vida durmiente á la piedra para transformar los peñascos en murallas que por sí mismas se yuxtaponen y se erigen en ciudades. Orfeo es una personificación perfecta del arte en las edades prehistóricas, y podemos afirmar con toda certidumbre que su lira ha hecho más para el progreso humano que la maza de Hércules. No sabemos lo que resta de aquellas lejanas épocas, pero no puede dudarse que los aires silbados por el campesino que lleva el ganado al abrevadero y la mayor parte de los ritmos campestres á que se adaptan nuevas palabras de siglo en siglo y de país en país son una herencia de los tiempos anteriores á la historia. ¿Y qué son los cantos sino los moderadores de las pasiones, los ordenadores de la vida diaria y los reguladores del pensamiento y de la acción? Con la danza, la pantomima y los cuentos de formas tradicionales, los cantos fueron en todas partes el principio de la literatura; por ellos se inició la humanidad en las artes.

Desde las primeras edades, la música, cuyos progresos han sido tan portentosos en la expresión de los sentimientos y en la evocación del ideal humano, ha perdido mucho, sin embargo, como auxiliar del trabajo en todas las ocupaciones ordenadas de la vida, y apenas si todavía se canta aquí ó allá para algunos trabajos de fuerza, como la virada del cabrestante á bordo de los grandes barcos, ó el amasado del pan en algunas tahonas de provincias; casi en todas partes, el ritmo de los pistones, de las bielas y de las ruedas ha reemplazado al canto del hombre y al sonido de la flauta ó del violín. La mujer no canta ya haciendo girar el huso, el ruido de las máquinas cubriría ahora su voz en el estruendo de la filatura. Antiguamente se acompañaban las operaciones dolorosas con una cantinela que adormecía el sufrimiento: el taraceo, la circuncisión y la infibulación hacían sufrir menos al paciente por la dulce cadencia de las voces[1], y, durante las ceremonias fúnebres, ascendían y descendían alternativamente los lamentos rítmicos de las plañideras; elevándose y bajando sucesivamente, mecían y calmaban la desesperación ó la amargura del duelo. Frecuentemente la música no servía sino para adormecer el pensamiento, para cambiar el estado consciente del

[1] Karl Bücher, *Arbeit und Rythmus*.

hombre en una vaga inconsciencia, dejando solamente la agradable impresión de vivir: así es como el negro toca su tam-tam ó su marimba. El indígena se comunicaba también con sus amigos lejanos; se entretenía con ellos, sabiendo que el golpe de su tambor era comprendido á lo lejos por un compañero ó por su amada[1].

Cuando los misioneros jesuitas, profundos conocedores del corazón humano, subían ó bajaban por las márgenes de los ríos de América, cantaban constantemente, á la cadencia de los remeros, sus más vehementes y armoniosos himnos, esperando que los indios, ocultos en las espesuras de la orilla, serían sensibles al encanto de sus voces: la obra de conversión que dió por resultado la fundación de la comunidad teocrática del Paraguay, comenzó por cantos cuyo eco repercutía de playa en playa por las soledades fluviales. Desde aquella época, no pocos viajeros, á quienes sus armas perfeccionadas no hubiesen salvado, han debido la vidà á su caja de música, á su acordeón y hasta á una simple trompeta[2].

Wo man singt, da lass dich ruhig nieder
Böse Menschen haben keine Lieder[3].

Cuando los negros esclavos, que hablaban los idiomas más diversos, hubieron sido transportados á las plantaciones americanas, desde todas las comarcas de Africa, pronto perdieron el uso de los acentos maternales y aun entre ellos se vieron obligados á emplear la lengua de sus amos; por lo mismo se encontraron sin voz en sus relaciones con los indígenas del Nuevo Mundo en los lugares donde éstos no habían sido exterminados por completo. El odio, hasta el horror, separaron á los representantes de las dos razas, negra y roja: entre oprimidos nacen fácilmente los rencores; agrada vengarse de los ultrajes del poderoso sobre el compañero de sufrimiento. No obstante, en diversas comarcas de América se hizo una reconciliación inconsciente entre las dos razas, gracias á la música. A pesar de la aversión de hombre á hombre, los instrumentos africanos se esparcieron en medio de las selvas primitivas;

[1] E. de Habich, *Vias del Pacífico al Marañón*.
[2] Jacques Arago, *Voyages d'un aveugle autour du monde*.
[3] Adaptación popular de un poema de Seume, 1804: «Detente sin miedo donde te acojan cantares. Al unísono de las voces no hay malhechores».

pronto el tam-tam y la marimba reconciliaron á los hombres á quienes la diferencia de piel, más aun que la guerra, había hecho odiarse mutuamente. Los *ladinos* de Guatemala, de quienes sorprenderá saber que aprendieron á tocar el instrumento sirviéndoles de maestros los negros despreciados, tocaban con no menos entusiasmo que los negros del Congo, aunque con menos gracia. «El genio artístico, dice Gobineau, nació del enlace de los blancos con los negros».

Además, como lo demuestra el economista Karl Bücher en su memoria sobre el «Trabajo y el Ritmo», la música y la danza han hecho más aún: rimando el trabajo han impulsado al trabajador, le han animado á trabajar bien, le han dado la alegría creadora que renueva incesantemente la iniciativa y la energía. Como factor económico sobre todo ha tenido importancia el ritmo musical en la historia de la civilización. Júzguese por las supervivencias en los trabajos de formas primitivas, en este siglo de máquinas, en que el obrero se convierte en servidor de la madera y del metal, en vez de ser su dominador. El buen trabajador realiza siempre su tarea con ritmo y medida: el herrero se goza haciendo caer y recaer cadenciosamente el martillo sobre el yunque; el carpintero clava los clavos y cepilla las tablas á tiempos iguales; el tonelero hace resonar sus barricas como tambores. Ya el hombre aislado se excita y se complace en el trabajo por el sonido mesurado y regular de su herramienta; hasta el ligero y casi imperceptible rumor que producen las agujas haciendo media ó el movimiento de un objeto brillante y silencioso bastan para dar animación al trabajo, para hacer de él una función normal de la vida.

El efecto del ritmo es mucho mayor cuando muchas personas, unidas por una tarea solidaria juntan al ruido mesurado los sonidos de sus herramientas de trabajo; en este caso ninguno entre los obreros puede sustraerse al esfuerzo común; los músculos se distienden por el llamamiento mismo de la cadencia; se trabaja en conjunto y no se puede reposar sino en conjunto. Los empedradores concuerdan siempre las alternativas de sus pisones de hierro ó de madera, y por una asimilación de las más naturales les dan el nombre de «señoritas», como si se balanceasen danzando con muchachas bellas sobre el empedrado. Y los trilladores que pronto dejarán de oirse hasta en los más apartados rincones de Europa, habían imaginado, en la sucesión de sus golpes de trillo, siempre

tres por tres, un acorde gratísimo al oído, que armonizaba admirablemente con todos los otros rumores de la Naturaleza, y, sobre todo, en el Mediodía, con el canto de las cigarras.



MÚSICOS SUDANESES

De una fotografía.

En los ríos, como en el Océano, los remeros sumergen sus remos y los retiran del agua en un conjunto perfecto, regulado por los movimientos del que tiene la barra, y en los buques, los que izan los cables, los viradores del cabrestante, unen el efecto armónico de las voces al esfuerzo

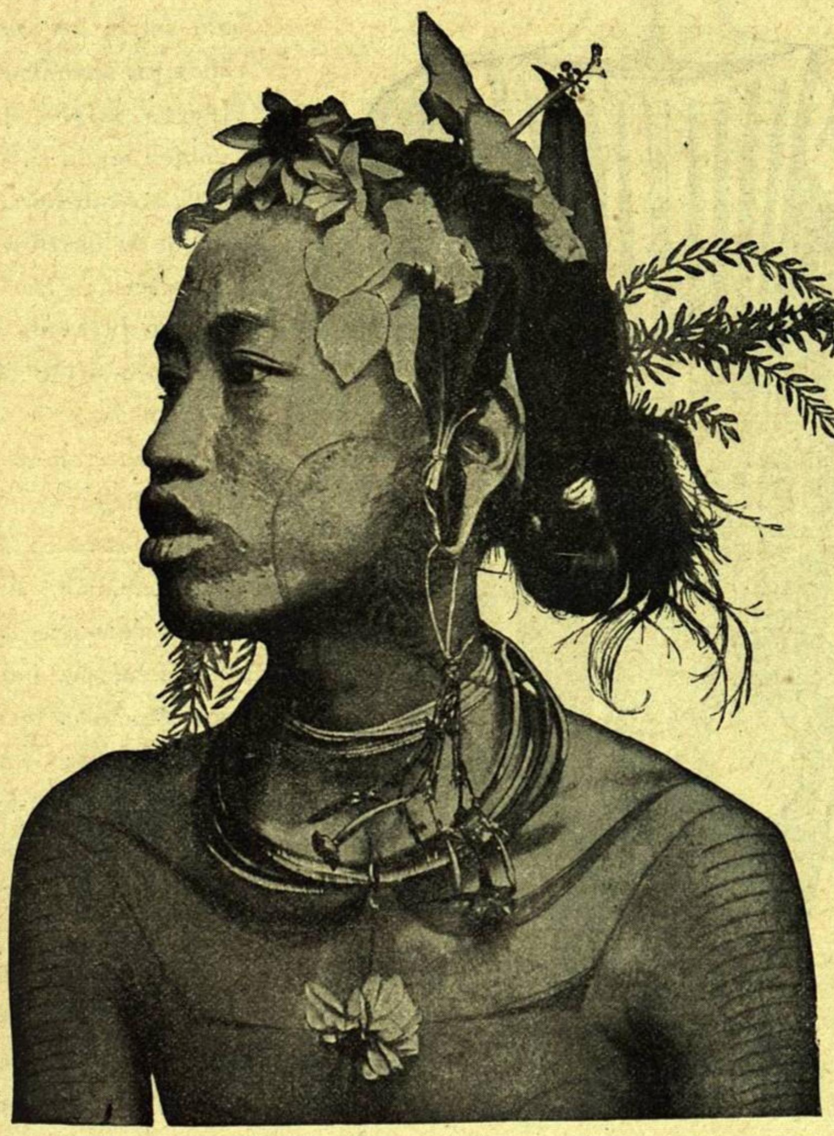
solidario de los músculos para doblar su fuerza colectiva. Los gritos, los suspiros, los sonidos breves y las notas prolongadas alternan y se suceden armoniosamente, á veces se desarrollan hasta en verdaderos cantos. En la actualidad, los cultivadores de la tierra, en Oriente, cavan la tierra por grupos, sirviéndose de la herramienta, siguiendo una medida que regulaban antiguamente la flauta y el tambor, el canto y la danza de una muchacha en las épocas de libertad y alegría, ó el palo y el látigo en las edades de opresiones asirias ó faraónicas.

Por último, se mide la marcha del soldado por la caída del paso, el balanceo del cuerpo y el juego alternativo de los músculos: según un proverbio militar frecuentemente sometido á prueba, los soldados ganan las batallas, no por sus armas, sino por sus piernas. Se sabe también que los animales que llevan campanillas ó cascabeles son más persistentes á la fatiga que los que no los usan: la música del cobre que resuena les ayuda al trabajo tanto como el orgullo de haber sido escogidos por el hombre como conductores de rebaños ó de recuas; el asno que resuena sus campanillas delante de los caballos tiene algo de Tirteo. Por todas partes se comprueba, pues, la feliz influencia de ese pulso del trabajo dado por la medida, los sonidos alternados y la música, y por las vías inconscientes de la vida, esta cadencia está determinada sin duda por otro pulso, el ritmo de las arterias, el latido del corazón que ponen en actividad el organismo entero como el vaivén de un pistón en la máquina de vapor.

El primitivo aplicaba también el arte á su propia persona. Existen gregarias en que van desnudos, pero jamás se ha encontrado pueblo alguno que no haya cuidado de adornar su cuerpo, y si la humanidad ha contado aquí ó allá seres aislados que no hayan tratado de embellecerse, pertenecen evidentemente á los malditos y á los desesperados. En la vida habitual, antes como ahora, el hombre procura siempre agradar ó al menos agradarse.

No posee en su propio organismo recursos semejantes á los del animal, ave, reptil ó cuadrúpedo, que se embellece por las plumas ó los colores brillantes durante el período del amor. Las alegres miradas, el encanto de la sonrisa, el aire de fuerza y de salud no le bastan: necesita galas y adornos exteriores; no hay duda que los primitivos cuidan tanto

del embellecimiento de su persona como los presumidos de la sociedad civilizada; suelen pasar largas horas elevando el edificio de su cabellera, y la moda para la elección de las plumas, de las espinas, de las cuentas



MALAYO DE LA ISLA PAGAI Y SUS ADORNOS FESTIVOS

y de las telas que han de brillar sobre su cuerpo suele apasionarles más que la caza ó la guerra. ¡Con qué cándida piedad se exhibe el salvaje para mostrar en todo su esplendor los colores hermosos, vivos y contrastados con que ha revestido sus miembros! Las tierras grasas, las arci-

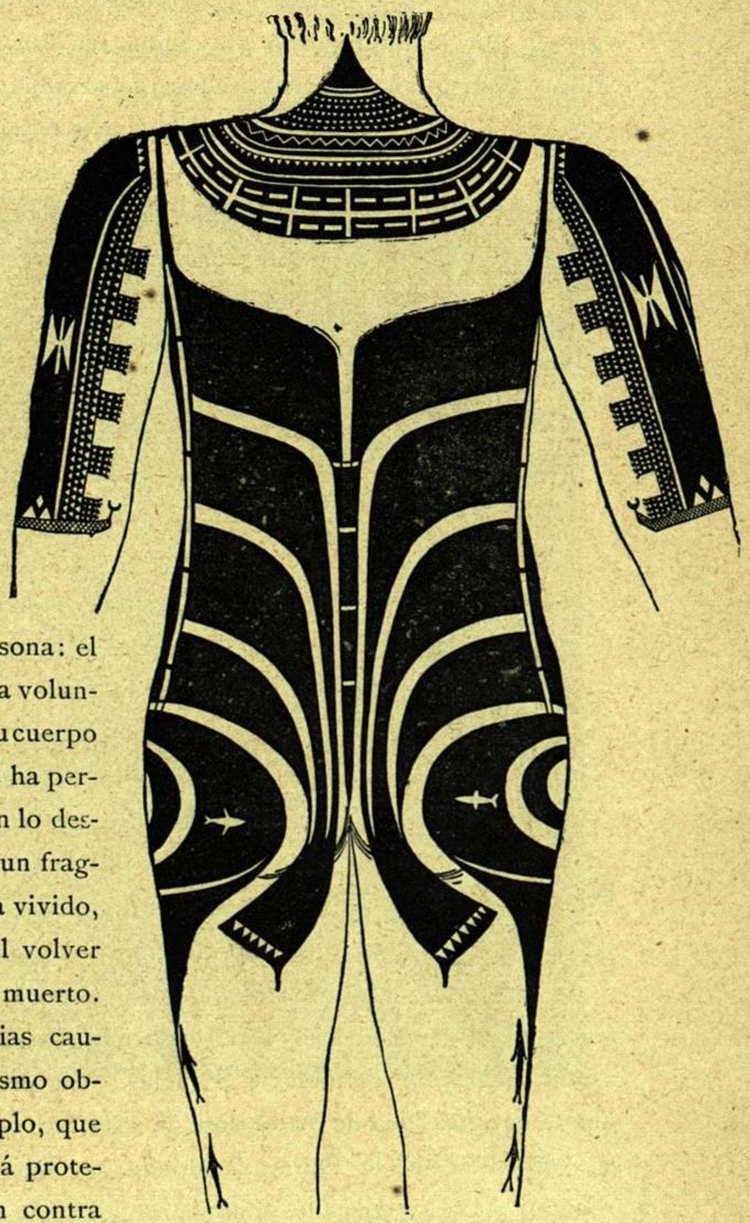
llas, los ocres, y, en las regiones tropicales, especialmente en la América del Sud, los frutos que tiñen el cuerpo como el janipabeiro y el achiote, son, entre los objetos de tráfico, los más solicitados. Los adornos y las pinturas no difieren sólo según los materiales que suministran ciertos países, sino también según la forma de las cabelleras y el color de los rostros: los artistas juzgan con sabia coquetería el efecto producido por sus artificios. A los medios exteriores de hacerse bello, ó, según las ocasiones, terrible, los primitivos añadían y añaden aún, en muchas comarcas, las marcas indelebles del cuerpo: heridas, muescas, escarificaciones ó supresión de miembros, tatuages ó taraceos, pinturas y dibujos. El deseo de agradar ó de aterrorizar no fué la única razón de esos sufrimientos voluntarios, de esas torturas y hasta de esas mutilaciones: la mayor parte de las tribus y en ellas cada persona tenían que precisar su individualidad, exponer su origen, proclamar su gloria, exponer sus ambiciones, eternizarse en la memoria de los siglos.



HOMBRE TATUADO DE MOGEMOK
(ISLA MACKENSIE, CAROLINAS)
(Delante)

El hombre culto de nuestros días tiene su pasaporte, su cédula, su libreta ó sus insignias; el hombre de los tiempos pasados exponía sus títulos á la vista de todos sobre su cara ó sobre su cuerpo. Por lo de-

más, en semejante asunto, la distinción buscada ocasionaba una afeamiento de la persona, porque así como por jactancia el civilizado se alaba de sus vicios ó de sus crímenes, el salvaje se envanece de que á sus manos les falten falanjes, de sus mandíbulas melladas, de sus labios distendidos por anchos aretes ó de las cicatrices de su frente. Con frecuencia también, el hombre que se desfigura ó se mutila puede tener otras razones aparte de la vanidad ó la identificación de la persona: el que está en duelo sacrifica voluntariamente una parte de su cuerpo al amigo ó pariente que ha perdido, sea para seguirle en lo desconocido, al menos por un fragmento de su ser que haya vivido, sea para reconciliarse al volver al hogar el espíritu del muerto.



HOMBRE TATUADO DE MOGEMOK
(ISLA MACKENSIE, CAROLINAS)
(Detrás)

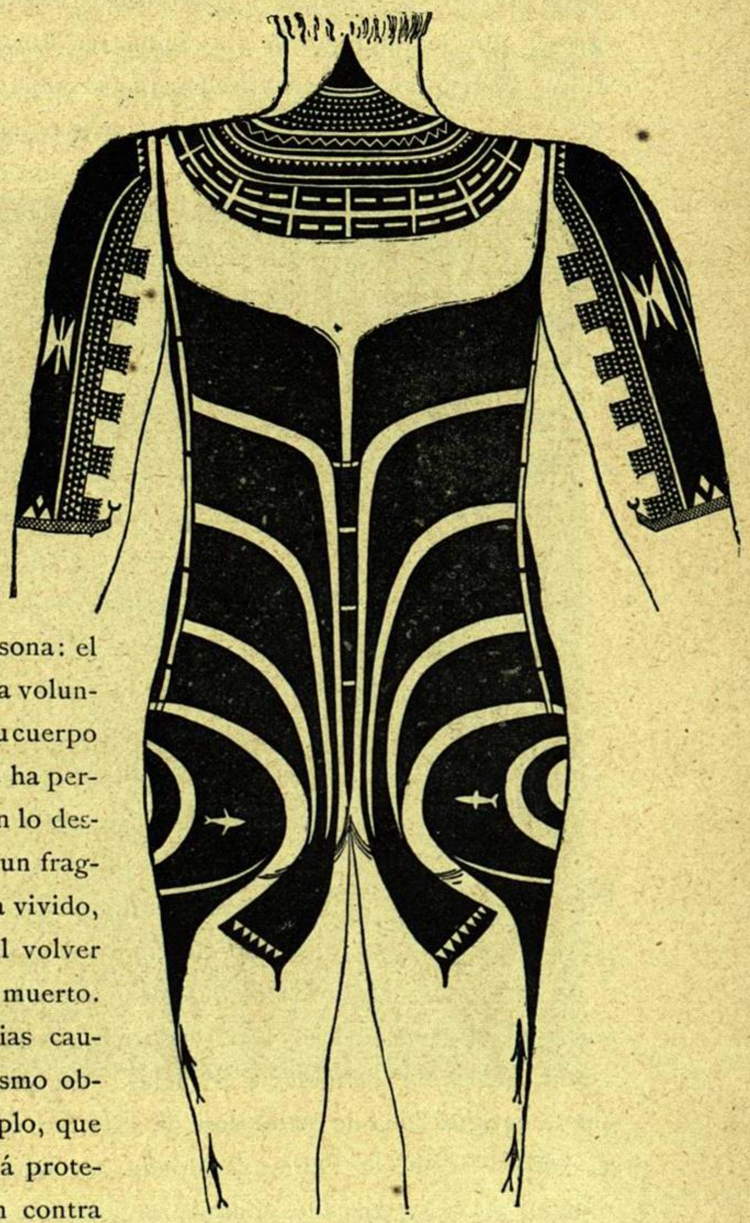
Se entremezclan varias causas que conducen al mismo objeto. Vemos, por ejemplo, que los amuletos destinados á proteger á los que los llevan contra todo sortilegio, son al mismo tiempo alhajas: el collar de coral que la elegante mundana se pone al cuello, la defiende contra los malos espíritus, pero ella hace valer, además, la blancura de su tez y la opulencia de sus hombros.

llas, los ocres, y, en las regiones tropicales, especialmente en la América del Sud, los frutos que tiñen el cuerpo como el janipabeiro y el achiote, son, entre los objetos de tráfico, los más solicitados. Los adornos y las pinturas no difieren sólo según los materiales que suministran ciertos países, sino también según la forma de las cabelleras y el color de los rostros: los artistas juzgan con sabia coquetería el efecto producido por sus artificios. A los medios exteriores de hacerse bello, ó, según las ocasiones, terrible, los primitivos añadían y añaden aún, en muchas comarcas, las marcas indelebles del cuerpo: heridas, muescas, escarificaciones ó supresión de miembros, tatuages ó taraceos, pinturas y dibujos. El deseo de agradar ó de aterrorizar no fué la única razón de esos sufrimientos voluntarios, de esas torturas y hasta de esas mutilaciones: la mayor parte de las tribus y en ellas cada persona tenían que precisar su individualidad, exponer su origen, proclamar su gloria, exponer sus ambiciones, eternizarse en la memoria de los siglos.



HOMBRE TATUADO DE MOGEMOK
(ISLA MACKENSIE, CAROLINAS)
(Delante)

El hombre culto de nuestros días tiene su pasaporte, su cédula, su libreta ó sus insignias; el hombre de los tiempos pasados exponía sus títulos á la vista de todos sobre su cara ó sobre su cuerpo. Por lo demás, en semejante asunto, la distinción buscada ocasionaba una afeamiento de la persona, porque así como por jactancia el civilizado se alaba de sus vicios ó de sus crímenes, el salvaje se envanece de que á sus manos les falten falanjes, de sus mandíbulas melladas, de sus labios distendidos por anchos aretes ó de las cicatrices de su frente. Con frecuencia también, el hombre que se desfigura ó se mutila puede tener otras razones aparte de la vanidad ó la identificación de la persona: el que está en duelo sacrifica voluntariamente una parte de su cuerpo al amigo ó pariente que ha perdido, sea para seguirle en lo desconocido, al menos por un fragmento de su ser que haya vivido, sea para reconciliarse al volver al hogar el espíritu del muerto.



HOMBRE TATUADO DE MOGEMOK
(ISLA MACKENSIE, CAROLINAS)
(Detrás)

Se entremezclan varias causas que conducen al mismo objeto. Vemos, por ejemplo, que los amuletos destinados á proteger á los que los llevan contra todo sortilegio, son al mismo tiempo alhajas: el collar de coral que la elegante mundana se pone al cuello, la defiende contra los malos espíritus, pero ella hace valer, además, la blancura de su tez y la opulencia de sus hombros.

El tatuado, muy grosero en su forma rudimentaria, como se practica aún en muchas tribus, ha llegado á ser un arte de los más refinados, pero sólo en las comarcas cuyas poblaciones pueden, á la vez que progresar por la inteligencia y la industria, librarse de la tiranía del vestido. El Esquimal no se tatúa porque se cubre completamente de pieles.



TATUADO DE MUJER MOGEMOK (CAROLINAS)

Rasgos, líneas ó sencillamente puntos, luego círculos y cruces son ordinariamente las marcas indelebles introducidas en la piel por los artistas tatuadores. Florecillas grabadas en la frente, en las mejillas, en la barba, el brazo ó el pecho de las jóvenes, son graciosos ornamentos que atestiguan con frecuencia un arte verdadero, y después de pasada la impresión de extrañeza que causa su vista, se admiran aquellos conjuntos de dibujos, grecas, rombos, cruzamiento detriángulos y de círculos, que se armonizan de modo maravilloso con la estatura de los individuos, hombres y mujeres, de ciertos poblados africanos en la parte occidental del continente. El triunfo del tatuado es el que nos presentan, en un estilo bien diferente, pero no menos interesante, los insulares de varios archipiélagos polinesios y los Japoneses.

Parece extraño que el tatuado haya llegado á su perfección artística en esas islas oceánicas, en su mayor parte de escasa extensión y, por consiguiente, privadas de una población densa donde pudieran nacer espontáneamente verdaderas escuelas. En primer lugar se reconoce que la antigua zona de extensión de este arte comprendía sólo los parajes tropicales de la Polinesia, donde los árboles frutales, las plantas alimenticias y los pescados suministran alimento muy abundante y donde el artista gozaba, en consecuencia, de muchas horas diarias para la continuación de su trabajo: la ociosidad en una naturaleza bella y fecunda, que daba al hombre fuerza, agilidad y belleza, dejaba al trabajador ingenioso, exceptuado del trabajo forzado por la existencia, el tiempo necesario para emprender sobre el paciente, también sin la preocupación del

mañana, una obra cuya ejecución exigía años, con frecuencia todo el período de la juventud. La larga y penosa operación podia poner alguna vez la vida en peligro, pero en ciertas tierras oceánicas sólo á ese precio se era hombre ó mujer: ninguna mano impura, es decir, no tatuada, hubiera podido servir la comida; ninguna figura que hubiera quedado en estado natural hubiese podido imponer respeto. El tatuado era para el hombre el símbolo de la libertad.



TATUAGE JAPONÉS EN LA ESPALDA DE UN SOLDADO INGLÉS

De una fotografía.

Y ciertamente, el Maorí y el Marquesiano, soberbiamente tatuados, presentaban un bello espectáculo de orgullosa desnudez, tan historiados, teniendo sobre el fondo rojo del cuerpo rasgos azules que se desarrollaban en elegantes curvas, diferenciando el dibujo según la forma del relieve, aquí acusando los rasgos, allá suavizando los contornos, añadiendo la nobleza y la gracia al bello equilibrio de las dos mitades correspondientes de la persona, para imponerle una anatomía nueva, que fijara la mirada.

En el Japonés, que sin duda es parcialmente de origen oceánico, el tatuado, modificado según el modelo de la pintura nacional, ha tomado un carácter muy diferente del de los polinesios: se ha emancipado de la simetría que parecía imponer las formas armónicas, ó por mejor decir,

ha abandonado la geometría corporal, sustituyéndola por la unidad de su dibujo, formando notables é imprevistos cuadros en que serpentean libremente los dragones y se entrevén aves y rostros femeninos á través de la florida enramada.

El tatuado, desaparecido casi de la sociedad contemporánea que se respeta, ó á lo menos cobardemente oculto bajo los vestidos, era una verdadera vestidura que respondía al genio del individuo, y no sufría la influencia de la moda sino de una generación á otra; pero esa investidura incorporada á la persona habrá evidentemente de perder toda su importancia en una sociedad nueva que adopta el uso de un vestido exterior, móvil, fácil de cambiar á cada momento según las alternativas de la temperatura, la diferencia de las ocupaciones, los caprichos y las pasiones del individuo. Los rasgos grabados sobre el cuerpo se habían hecho para ser vistos, para inspirar la admiración, el amor ó el terror; es, pues, natural no darse ya la pena ni someterse al peligro de trazar sobre el cuerpo imágenes destinadas á permanecer ignoradas, y por tanto, el tatuado había de caer fatalmente en desuso, desde los tiempos prehistóricos, en todos los pueblos que habían adoptado la costumbre de endosarse pieles, clámides, togas y calzado, y signo de casta ó de cofradía entre gentes que no querían revelar á todos la asociación de que forman parte, como pasaporte ante amigos lejanos ó como testimonio simbólico de algún voto de cólera ó de amor; de ese modo se ha conservado hasta nuestros días entre los Bosniacos del culto católico, como entre los peregrinos de Loreto[1], quizá porque en ellos el tatuado convencional comprende siempre una cruz[2]. Pero el origen de esta costumbre, mucho más antigua que el Cristo, se refiere á las religiones de la Naturaleza, y no se somete á ella sino antes del solsticio de primavera y cuando se ha entrado en la edad de la pubertad. Al perder su carácter de gran arte, honrado por todos, para convertirse en una práctica de misterio y aun de despreciable vanidad, el tatuado hubo necesariamente de envilecerse poco á poco y volver á las formas rudimentarias de su principio. Ya no es lo que fué en sus bellos días, la historia de la raza y la alegre celebración de su ideal[3]. Cuando un individuo cometía un

[1] Enrico Ferri, *Notes manuscrites*.
[2] Ciro Trushelka, *Les restes illyriens en Bosnie*.
[3] Watke, *Ausland* 1873, núm. 4.

acto juzgado contrario al honor, se le tachaba el tatuado con marcas innobles.

La vestidura, que vino á reemplazar los adornos grabados sobre la piel, debía en gran parte prestar al hombre el mismo servicio de adornar, de satisfacer su vanidad personal y de señalarle á la admiración de todos. Sin embargo, la mayor parte de los moralistas, obedeciendo á las preocupaciones del tiempo presente y transportándolas al pasado, han convenido en ver en un sentimiento de pudor la razón primera de los vestidos de toda especie que usan los hombres[1]; sobre este asunto, aceptan la leyenda de la Biblia, que nos muestra la primera pareja humana viviendo en el paraíso en su bella desnudez, vistiéndose después de hojas en cuanto comieron un fruto que da el conocimiento del bien y del mal[2].



CANACA DE LA NUEVA-CALEDONIA Y SUS ADORNOS NATURALES

De una fotografía.

Si tal hubiera sido realmente el móvil á que obedeció el hombre al cubrir su cuerpo, ¿por qué muchos pueblos primitivos, Australianos, Mincopios y Botocudos muestran su desnudez sin vergüenza? Y sobre todo, ¿por qué otros salvajes decoran sus formas naturales con franjas, conchas, perlas, cuentas rojas y cristalería, atrayendo así la atención en lugar de evitarla? ¿Por qué los Canacas de Nueva-Caledonia y otros insulares melanesios; por qué los cafres de Lourenzo-Márquez, no usan otra pieza de vestido más que una sencilla envoltura á la extremidad del miembro viril, sea una vaina de hojas puntiagudas ó un pequeño turbante de

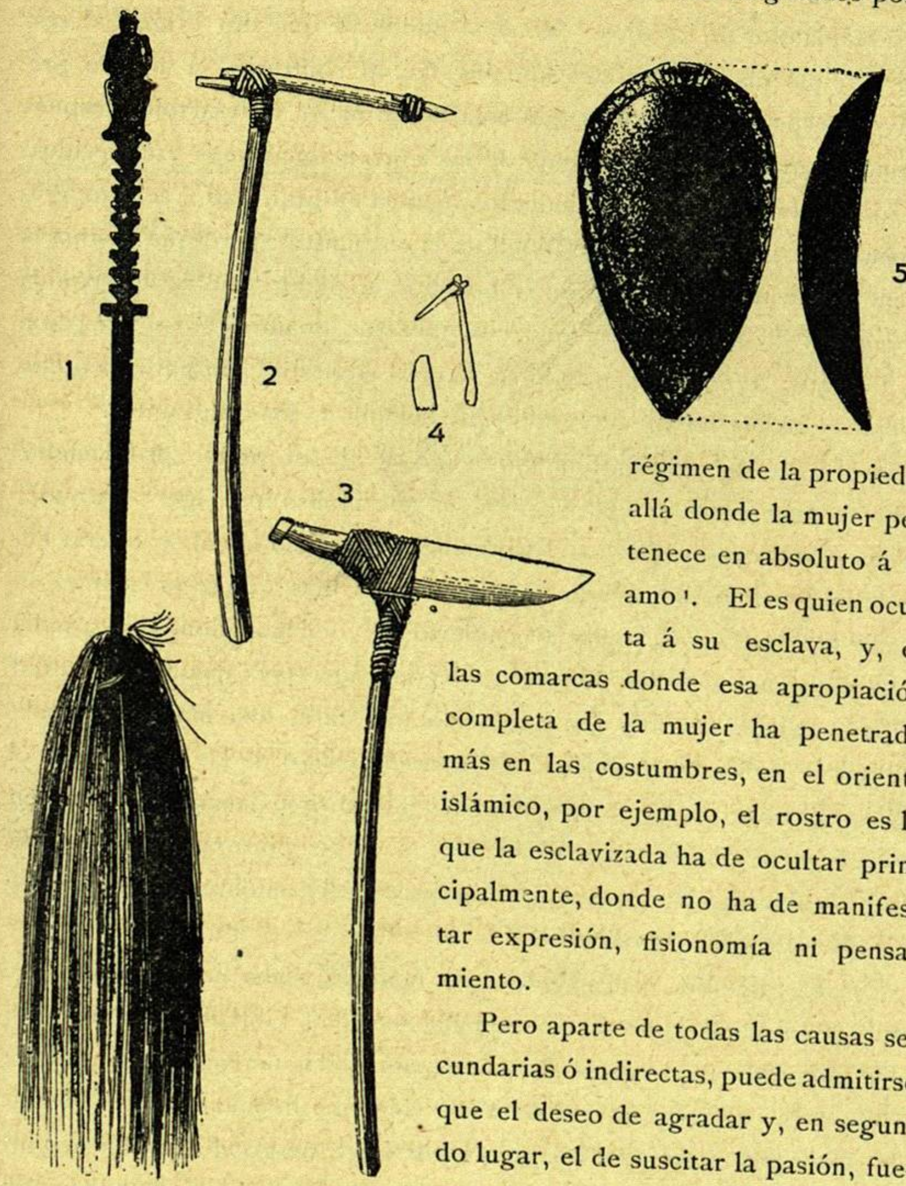
[1] Schurtz, *Grundzüge einer Philosophie der Tracht*, págs. 9, 10.
[2] *Génesis*, III, 2, 7.

tela, sea una concha ó una verdadera caja de madera, y hasta en los cafres ricos, de marfil ó de oro[1]? Se comprende que en muchas comarcas de malezas espinosas, proteja cuidadosamente el habitante la parte expuesta de su cuerpo por una funda ó un paño, como llevan casi todos los pueblos salvajes; pero no pueden considerarse como un vestido protector, ni menos como un velo púdico esos adornos breves que no pueden tener otro resultado que atraer las miradas hacia los órganos sexuales: algunas franjas de color y una concha brillante atraen igualmente la atención del hombre hacia la mujer. La potencia de atracción de los sexos, el uno hacia el otro, se aumenta naturalmente en proporción de los ornamentos que ocultan y revelan al mismo tiempo el hombre á la mujer y la mujer al hombre. El pudor ha de ser vencido, y con frecuencia se realza con coquetería: es la historia de la ninfa que huye hacia los sauces, medio ocultándose á medias, quizá inconscientemente, para excitar hasta el límite el ardor del amante que la persigue.

Sin embargo, no hay un hecho de orden social que no tenga orígenes múltiples, y tal es el caso del empleo del vestido: según las circunstancias, ha podido servir para desviar la atención, mientras que comunmente sirve para fijarla, y el mundo animal nos suministra ejemplos en ambas direcciones. Si el ave se adorna para atraer la hembra, la perra se sienta, es decir, oculta su órgano sexual cuando quiere alejar el macho, es natural que la mujer se cubra también parcialmente cuando le convenga rechazar las caricias del hombre. La tendencia á vestirse provendrá también, en muchas tribus, de la repugnancia que naturalmente causa la vista de los excrementos, y que se refiere hacia la parte del cuerpo que funciona como órgano excretor. Ocúltase espontáneamente lo que pueda inspirar cierta repugnancia, y se observa, en efecto, sobre todo en Africa, donde la esteatopigia es más amplia que en ninguna otra parte, la generalizada costumbre que tienen las mujeres de cubrirse las posaderas. Por lo demás, se comprende que la vista de los órganos de manducación, boca, dientes, lengua, desgarrando y chupando las carnes, puedan causar asco también, y muchos salvajes se guardarían bien de comer en público[2], quizá también para evitar que los males espíritus se aprovechen para entrar en el cuerpo. Por último, el

[1] Waitz et Gerland, *Ethnographie*, passim.
[2] P. Haan, *Bull. de la Soc. d'Anthr.* sesión 15 julio 1897.

pudor y los vestidos que impone pueden también ser originados por el



INSTRUMENTOS USADOS EN LAS ISLAS DE LA SOCIEDAD Y RECOGIDOS DURANTE EL VIAJE DE *La Coquille*, 1822–1825

1. Espanta moscas.
2. Azuela de hierro.
3. Azuela de basalto.
4. Instrumentos para el tatuage
5. Vaso de madera

régimen de la propiedad allá donde la mujer pertenece en absoluto á su amo[1]. El es quien oculta á su esclava, y, en las comarcas donde esa apropiación completa de la mujer ha penetrado más en las costumbres, en el oriente islámico, por ejemplo, el rostro es lo que la esclavizada ha de ocultar principalmente, donde no ha de manifestar expresión, fisionomía ni pensamiento.

Pero aparte de todas las causas secundarias ó indirectas, puede admitirse que el deseo de agradar y, en segundo lugar, el de suscitar la pasión, fueron entre los primitivos las causas primeras de esa necesidad de adornos que, durante el curso de los siglos, ha creado la costumbre de los pueblos civilizados y acabado por cubrir por completo el cuerpo, hasta no permitir que se vea—como sucede entre

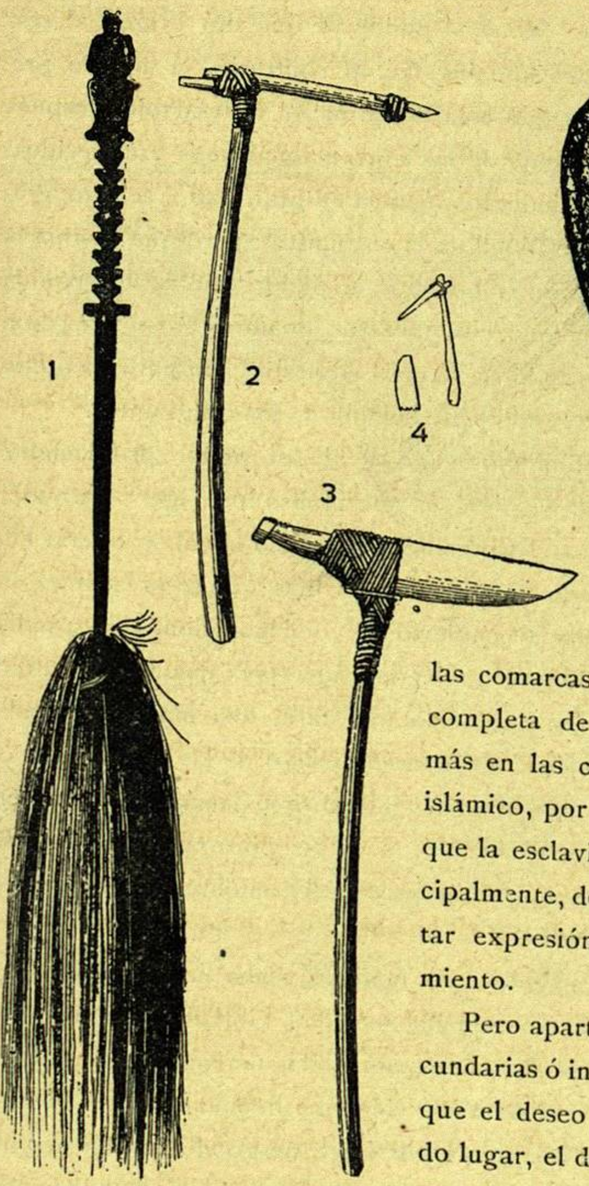
[1] Kar von der Steinen, *Central-Brasilien.*

tela, sea una concha ó una verdadera caja de madera, y hasta en los cafres ricos, de marfil ó de oro[1]? Se comprende que en muchas comarcas de malezas espinosas, proteja cuidadosamente el habitante la parte expuesta de su cuerpo por una funda ó un paño, como llevan casi todos los pueblos salvajes; pero no pueden considerarse como un vestido protector, ni menos como un velo púdico esos adornos breves que no pueden tener otro resultado que atraer las miradas hacia los órganos sexuales: algunas franjas de color y una concha brillante atraen igualmente la atención del hombre hacia la mujer. La potencia de atracción de los sexos, el uno hacia el otro, se aumenta naturalmente en proporción de los ornamentos que ocultan y revelan al mismo tiempo el hombre á la mujer y la mujer al hombre. El pudor ha de ser vencido, y con frecuencia se realza con coquetería: es la historia de la ninfa que huye hacia los sauces, medio ocultándose á medias, quizá inconscientemente, para excitar hasta el límite el ardor del amante que la persigue.

Sin embargo, no hay un hecho de orden social que no tenga orígenes múltiples, y tal es el caso del empleo del vestido: según las circunstancias, ha podido servir para desviar la atención, mientras que comunmente sirve para fijarla, y el mundo animal nos suministra ejemplos en ambas direcciones. Si el ave se adorna para atraer la hembra, la perra se sienta, es decir, oculta su órgano sexual cuando quiere alejar el macho, es natural que la mujer se cubra también parcialmente cuando le convenga rechazar las caricias del hombre. La tendencia á vestirse provendrá también, en muchas tribus, de la repugnancia que naturalmente causa la vista de los excrementos, y que se refiere hacia la parte del cuerpo que funciona como órgano excretor. Ocúltase espontáneamente lo que pueda inspirar cierta repugnancia, y se observa, en efecto, sobre todo en Africa, donde la esteatopigia es más amplia que en ninguna otra parte, la generalizada costumbre que tienen las mujeres de cubrirse las posaderas. Por lo demás, se comprende que la vista de los órganos de manducación, boca, dientes, lengua, desgarrando y chupando las carnes, puedan causar asco también, y muchos salvajes se guardarían bien de comer en público[2], quizá también para evitar que los males espíritus se aprovechen para entrar en el cuerpo. Por último, el

[1] Waitz et Gerland, *Ethnographie*, passim.
[2] P. Haan, *Bull. de la Soc. d'Anthr.* sesión 15 julio 1897.

pudor y los vestidos que impone pueden también ser originados por el





INSTRUMENTOS USADOS EN LAS ISLAS DE LA SOCIEDAD Y RECOGIDOS DURANTE EL VIAJE DE *La Coquille*, 1822–1825

1. Espanta moscas.
2. Azuela de hierro.
3. Azuela de basalto.
4. Instrumentos para el tatuage
5. Vaso de madera

régimen de la propiedad allá donde la mujer pertenece en absoluto á su amo[1]. El es quien oculta á su esclava, y, en las comarcas donde esa apropiación completa de la mujer ha penetrado más en las costumbres, en el oriente islámico, por ejemplo, el rostro es lo que la esclavizada ha de ocultar principalmente, donde no ha de manifestar expresión, fisionomía ni pensamiento.

Pero aparte de todas las causas secundarias ó indirectas, puede admitirse que el deseo de agradar y, en segundo lugar, el de suscitar la pasión, fueron entre los primitivos las causas primeras de esa necesidad de adornos que, durante el curso de los siglos, ha creado la costumbre de los pueblos civilizados y acabado por cubrir por completo el cuerpo, hasta no permitir que se vea—como sucede entre

[1] Kar von der Steinen, *Central-Brasilien*.

las mujeres musulmanas, rodeadas de un verdadero sudario—más que el vago resplandor de los ojos. No es el pudor lo que dió origen al vestido y le dió sus dimensiones actuales, fué, al contrario, el adorno primitivo y especial del sexo lo que localizó primero y desarrolló después el pudor, evolución subsecuente de los convencionalismos establecidos. La susceptibilidad de los sentimientos, ficticia en gran parte, se hizo agudísima en virtud de la universalidad de la costumbre; pero que cambia la forma del vestido por efecto de la moda, y el pudor cambia en seguida de lugar[1]: la misma mujer que descubre sus hombros y su garganta en un baile, aunque guardando su natural modestia, consentiría en morir antes que presentarse así en la calle delante de los transeuntes.

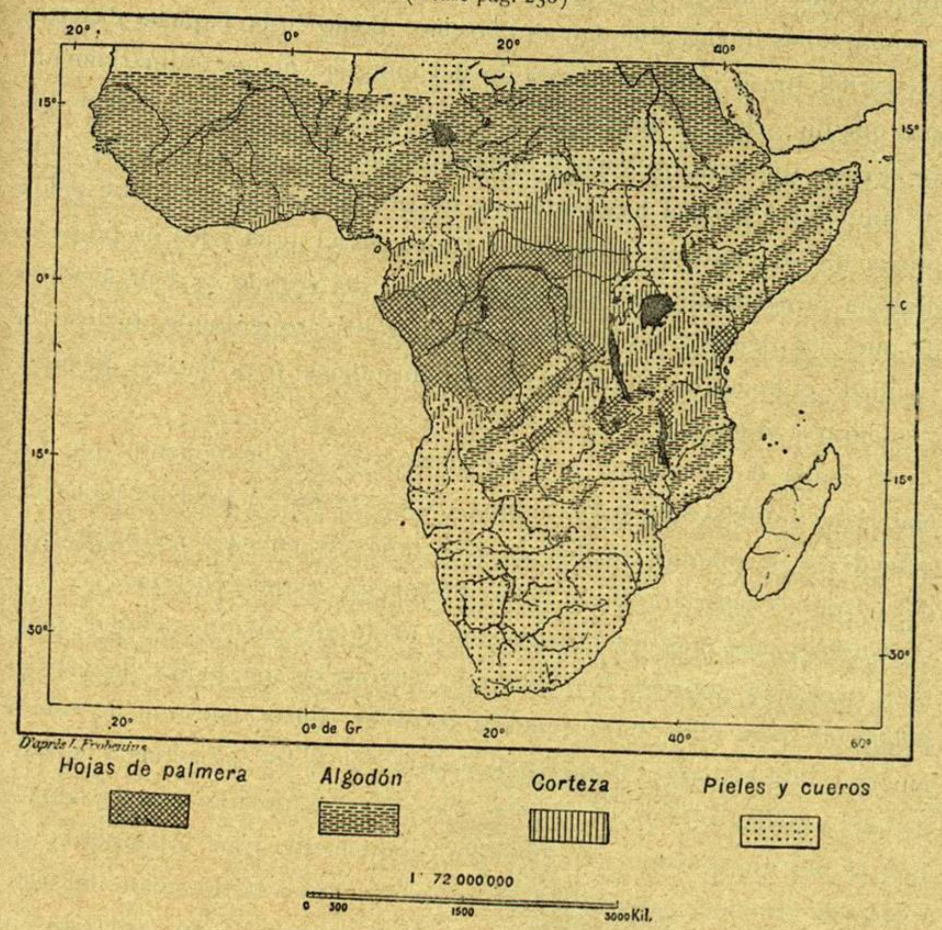
Por lo demás, un sentimiento análogo al del pudor propiamente dicho se manifiesta en toda ocasión en que él uso lo exige. La mujer lengua ó botocudo á quien se sorprendiera sin disco labial se creería tan deshonrada como un chambelán de nuestros días que se presentara en una fiesta oficial sin su uniforme cubierto de condecoraciones. La india de las márgenes del Río Negro, poniéndose una saya delante de Alfred Wallace, estaba tan avergonzada como lo estaría una mujer civilizada quitándose la suya en público. En el archipiélago de las Filipinas es el ombligo el centro del pudor, y no debe descubrirse jamás; así como en China es inconveniente hablar del pié, y en las pinturas decentes está siempre cubierto por el vestido; se desprecia á las mujeres que dejan ver las pantorrillas ó las rodillas[2].

En otro tiempo, especialmente el hombre usaba adornos sexuales para embellecerse, porque en aquella sociedad violenta en que cada mujer encontraba varón que la conquistase, todas tenían la seguridad de ser esposas, en tanto que el hombre, viéndose frecuentemente adelantado por otros raptores de mujeres, corría el riesgo de quedar mucho tiempo sin compañera; necesitaba agradar, hacerse desear á toda costa; del mismo modo que el gallo hiergue su cresta roja y ostenta su cola de plumas multicolores, así el macho humano trata de hacerse bello por medio de pinturas de ocre, de achiote, de janipabeiro, de franjas y de telas brillantes, de alas de águila, de garras de animales, de cabelleras de enemigos vencidos, de tautados y de cicatrices.

[1] Elie Reclus, *Notes manuscrites*.
[2] Havelock Ellis, *Humanité nouvelle*, 10 octubre 1899.

En la isla de Flinders, cerca de Tasmania, los naturales estuvieron á punto de rebelarse porque los ingleses les habían prohibido pintarse con ocre rojo mezclado con grasa: «¡Nos hacéis así odiosos á las mujeres!»

N.º 32. Vestidos de Africa
(Véase pág. 230)



exclamaban los adolescentes, muertos después sin haber sido jamás sensibles á la higiene y á la limpieza, tal como lo comprendían los amos del país, en la actualidad sus únicos habitantes.

En nuestros días no es el hombre el que pone más empeño en adornarse, es la mujer, expuesta en los países civilizados, más que el varón, á llevar una vida solitaria; á ella corresponde, pues, buscar las sedas finas y delicadas, las joyas, las piedras brillantes, dedicar al tocador lar-

[1] Westemark, *History of Human Marriage*, pág. 192;—Ernst Grosse *Anfänge der Kunst*, pág. 94 y siguientes.

gas horas y á veces someter su cuerpo á verdaderas torturas con la esperanza de ser admirada.

Sin embargo hay circunstancias, en las que, á no dudarlo, el hombre toma vestido ó abrigo para garantirse contra el tiempo. En las comarcas en que las lluvias abundan en extremo, como en la Papusia y ciertas partes del Brasil interior, el vestido del indígena no es ordinariamente más que un techo. Como lo ha notado von der Steinen, la fuerza de los aguaceros, que arrastra hojas y ramas desprendidas de los árboles, suele ser un peligro para el habitante que no protege su cabeza y su espalda por medio de conos de hojas sobre las cuales el agua y los despojos se deslizan rápidamente. A este origen local del vestido se han añadido después las demás causas enumeradas por los arqueólogos, incluso la vanidad: el hombre utiliza todas las circunstancias para hacerse admirar y admirarse él mismo.

El mapa de la página anterior demuestra suficientemente que los materiales no faltan en parte alguna para cubrirse; á falta de pieles de animales ó de plantas textiles, se usan hojas de palma y los habitantes del bosque ecuatorial utilizan maravillosamente simples cortezas.

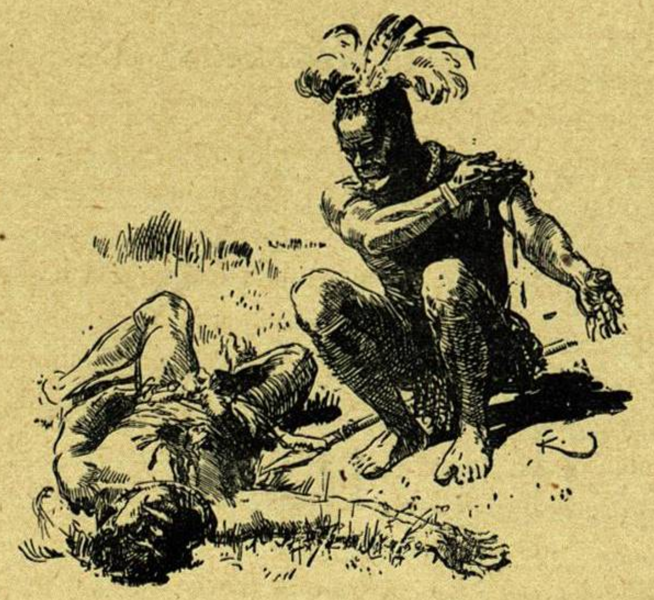
En los países muy fríos, expuestos á los fuertes vientos del mar, también necesitan cubrirse los hombres: envolverse en pieles de espeso pelaje era para ellos, bajo aquellos terribles climas, cuestión de vida ó muerte. Sin embargo, la fuerza de resistencia de los indígenas á la frialdad de aquellas regiones próximas á los círculos polares ártico y antártico es tal, que pueden exponerse frecuentemente á las intemperies en estado de desnudez. No sólo parecen indiferentes á la sensación del frío, sino que se mueven cómodamente en condiciones que no tardarían en causar la muerte de un europeo. Darwin y otros viajeros han visto varias veces fueginos desnudos que caminaban bajo la nevada ó la granizada; mujeres que amamantaban sus hijos al pleno aire de invierno, sin que las criaturas pareciesen sufrir por ello, alejándose con precaución de un fuego cerca del cual unos blancos desembarcados en la costa todavía temblaban de frío [1]. La práctica usual, para los fueginos que han podido procurarse pieles de guanaco ú otras cubiertas calientes, es

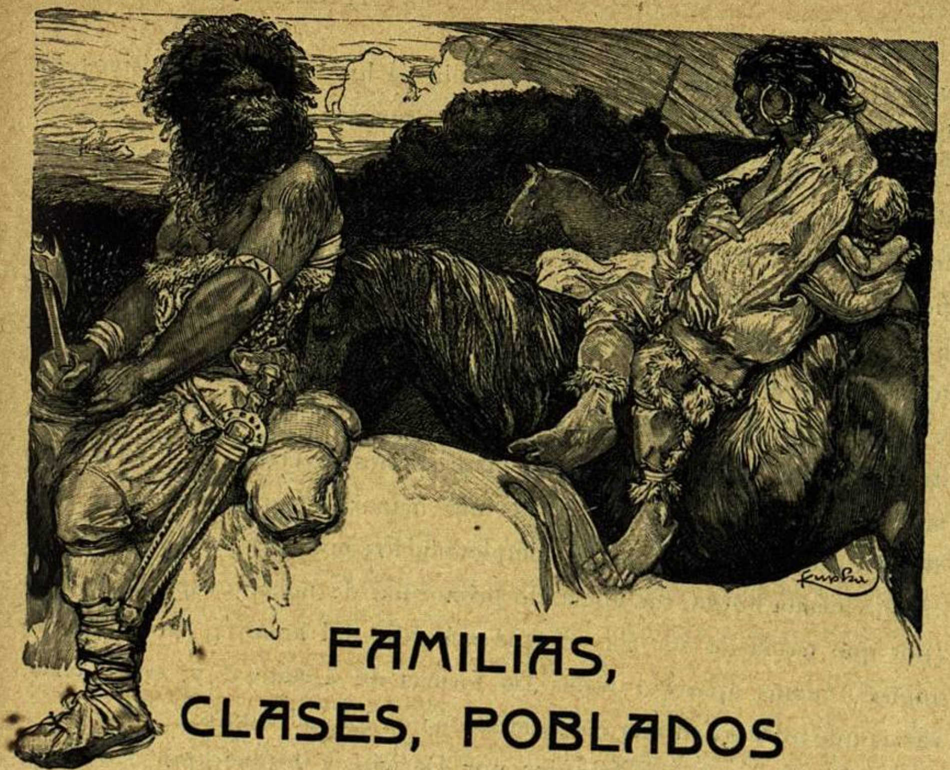
[1] Ch. Darwin, *Voyage of a Naturalist round the World.*

volverlas del lado de donde sopla el viento, pero sin darse la pena de garantir la parte del cuerpo naturalmente abrigada.

En ese caso, como respecto de las modas de los países cálidos y templados, es evidente que el pudor natural no es la causa primera de la costumbre del vestido adquirida por los hombres de los tiempos históricos. Por lo demás, el origen utilitario de los vestidos usados contra el frío no impide manifestarse los sentimientos de coquetería; los efectos son los mismos que respecto de los vestidos procedentes de otro origen. Los jóvenes groenlandeses, por ejemplo, saben dar un aspecto muy elegante á sus pantalones bordados, á sus chaquetas, botas y capuchas con flecos de color, y además han podido, en los lugares no gobernados por los misioneros, conservar ligeros adornos tatuado sobre la barbilla, las mejillas y las manos. Los esquimales del Alaska occidental, entre los cuales hay ciertas tribus particularmente coquetas, saben también componer sus trajes de piel de pelo y de colores variados, cuyo conjunto alcanza un aspecto perfectamente artístico.

Pero con vestidos aceitosos, difíciles de obtener, á la vez preciosos y duraderos, es imposible conservar limpio el cuerpo. Es seguro que los pueblos desnudos, considerados en general, son mucho más escrupulosos, en cuanto á la higiene de su piel, que los pueblos vestidos. En las futuras edades de razón, la limpieza será el adorno por excelencia.





FAMILIAS, CLASES, POBLADOS

El punto de equilibrio es la perfecta igualdad de derechos entre los individuos.

CAPÍTULO V

GRUPOS FAMILIARES. — MATRIARCADO Y PATRIARCADO. — PROPIEDAD. CONSTITUCIÓN DE LAS CLASES. — MONARQUÍA Y SERVIDUMBRE. LENGUAS. — ESCRITURA. — RELIGIONES. — MORAL.

EL móvil, es decir, el deseo de agradar, que impulsaba á cada individuo primitivo á adornar su persona tenía por sanción natural la unión de los sexos, y, por consecuencia, había de producir la constitución de los grupos familiares. Pero, así como los adornos varían según los medios y los materiales de que el hombre podía disponer, así también las formas sociales determinadas por la unión entre los sexos han cambiado singularmente en diferentes lugares y en épocas sucesivas. En los animales de especies diversas se encuentran todos los modos de

unión; se hallan igualmente en el mundo de los hombres primitivos, en la protohistoria y en la historia misma: promiscuidad sin regla precisa, comunidad práctica siguiendo ciertas condiciones, poligamia y poliandria, jerarquía de las esposas y de los esposos, levirado, es decir, herencia impuesta ó facultativa de la mujer dejada por un hermano primogénito; por último, monogamia temporal ó permanente. Sin embargo, se imagina fácilmente que existiera en general una misma manera de vivir para todos esos hombres primitivos, de quienes no ha quedado memoria alguna, y que se parecerían probablemente á las poblaciones salvajes de nuestros días, entre las cuales se observan instituciones diversas. Así ha habido muchos sociólogos que admitían de una manera general, pero sin prueba alguna, que «la promiscuidad completa de los hombres y de las mujeres, en una misma horda, fué el estado primordial de nuestra especie». Mas ¿por qué había de ser así, ya que más allá del hombre, en el mundo animal, vemos aparecer todas las formas de «gamia», y, entre ellas, varias que atestiguan una elección mutua de los individuos?

Los experimentos instituídos por Darwin, y después por Houzeau, Espinas, Romanes y tantos otros, han puesto fuera de duda que la «familia» existe realmente, aunque bajo aspectos muy diversos, en los grupos antepasados de la animalidad. Hasta en varias especies se encuentran ejemplos de esa familia monogámica de amor constante é inalterable que los moralistas oficiales consideran como la única que tenga derecho al título de «matrimonio». Sin embargo, es indudable que ese género de unión se encuentra entre los menos comunes, y que la mezcla de los sexos, produciéndose en apariencia de una manera caprichosa, es el hecho más ordinario. Parece, pues, muy probable que las mismas costumbres han prevalecido entre la mayor parte de los hombres. En una sociedad distinta, expuesta á todos los peligros por parte de los elementos, de los animales y de las tribus enemigas, la personalidad colectiva comprendía todos los individuos, hombres, mujeres y niños, de una manera tan íntima que la propiedad privada no podía constituirse para separar los unos de los otros: todos formaban igualmente parte de la gran familia.

Como dice Oscar Browning [1], hubo ciertamente un período de la

[1] *Transactions of the Royal Historical Society*, vol. VI. 1892, p. 97.

historia en gran número de comarcas en que la apropiación de una mujer por un hombre fué considerada como un atentado contra la sociedad. Del mismo modo que ha podido repetirse en todo tiempo, en recuerdo de la apropiación del suelo por algunos individuos: «La propiedad es el robo», así también ha debido exclamarse: «el matrimonio es el rapto». El hombre que quitaba una mujer á sus conciudadanos para hacer de ella su cosa, su adquisición personal y privada, no podía menos de ser considerado como un raptor, como un traidor á la comunidad.

Pero en asunto de esta índole, las modificaciones bruscas de las costumbres, las revoluciones habían de ser muy numerosas. La pasión no se acomoda á las prácticas tradicionales, sino que oponiéndose á ellas, transforma todo y acaba por crear instituciones nuevas, resultando que los hermanos de la horda primitiva, que no osaban apoderarse personalmente de una «hermana», es decir, de una mujer de su misma tribu, no tenían escrúpulo en hacer capturas en tribus extranjeras; frecuentemente el enamorado, oculto entre la maleza cerca de la fuente donde la joven iba á tomar agua, caía sobre su presa para llevarla en triunfo á la villa natal y poseerla como único dueño, no como marido societario.

Tal fué el principio de los matrimonios exogámicos, primeramente realizados á la fuerza, por raptos, antes de que las frecuentes reincidencias les diesen un carácter normal aceptado por todos. No falta país en nuestros días donde los raptos de las jóvenes y mujeres se hacen con positiva violencia, sin tácita complicidad de la víctima ó de los padres. Ante todo ha de tenerse en cuenta el estado de guerra que existió entre tantos grupos humanos en todas las partes del mundo; cuando todas las pasiones impulsivas están exasperadas, cuando la vida y la libertad del semejante están á la merced de quien quiere tomarlas, y las mismas artes de captura y asesinato son consideradas como gloriosas y dignas de elogio, el raptor puede apropiarse las cautivas creyéndose en el pleno goce de su derecho; Aquiles reivindica como suya á Briseis, y, hasta en las naciones que se titulan civilizadas, el soldado, entregado al atavismo feroz de sus instintos, se permite toda licencia de violación y de pillaje.

Pero entre muchas poblaciones de primitivos que se hallan en paz, sea por cierto tiempo, sea de una manera permanente, no ha dejado de ser sancionada por la costumbre la práctica del rapto de mujeres. Así, los

Siah-Poch, ó «Negro-Vestidos», del Hindu-Kuch estaban estrictamente obligados por la tradición á tomar mujer en una tribu diferente de la suya, y al efecto, deslizándose cerca de la cabaña donde dormía la joven deseada, el amante lanzaba al interior una flecha ensangrentada, dispuesto, si era preciso, á verter verdaderamente la sangre de quienes se opusieran á su deseo. Tal fué también el caso de los antiguos Germanos, que empleaban la palabra *brut-luft* (carrera de la novia), en el sentido de matrimonio [1].

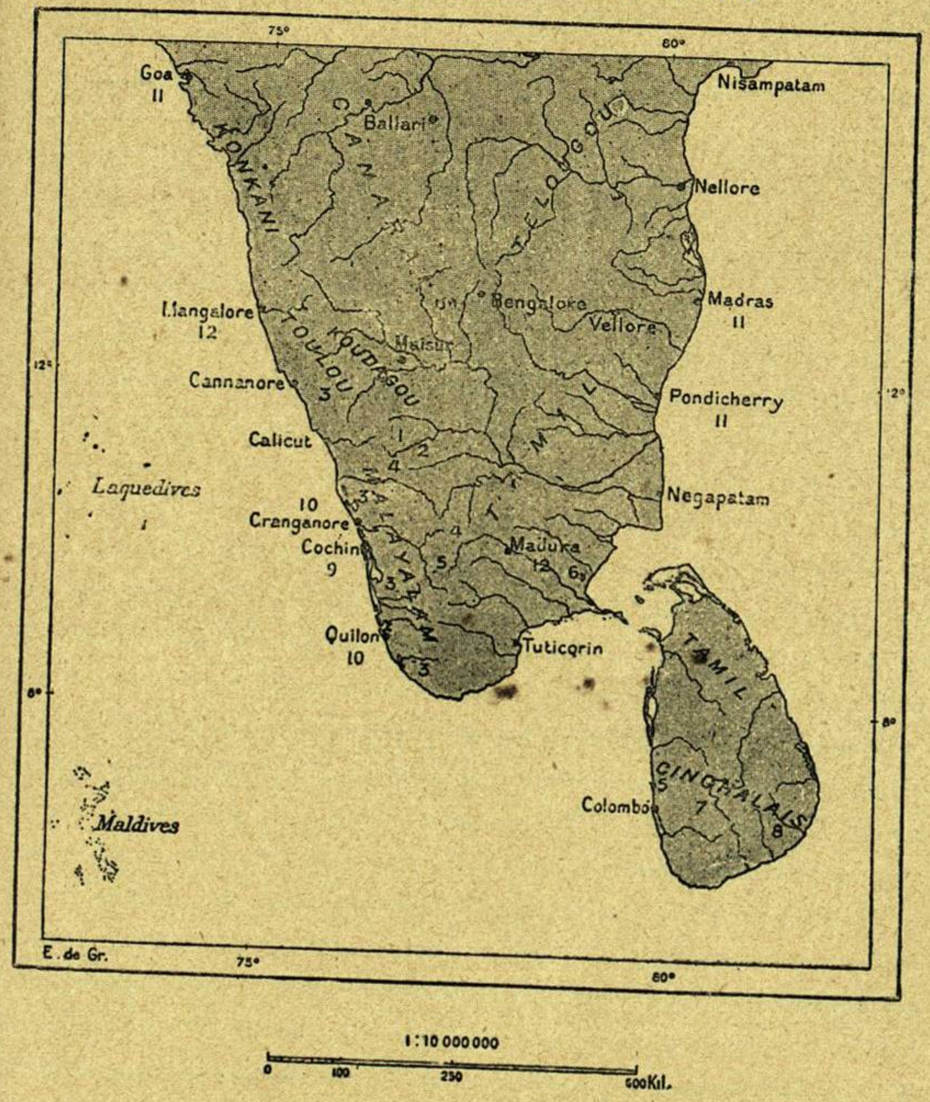
Así mismo, en la Balkania occidental, el Mirdite, ó «Buen-Vividor», de religión cristiana y de costumbres republicanas, consideraba como una deshonra no tener por esposa una mujer raptada al musulmán de la llanura, el enemigo hereditario. Este solía defender valientemente su hija ó hermana que se trataba de arrebatarle; pero, sabiendo que el rapto de mujeres era para los montañeses una regla tradicional, una «ley de la naturaleza», aceptaba ordinariamente con tranquilidad el hecho consumado, considerando además que, en una de esas treguas que interrumpen de tiempo en tiempo las guerras de frontera, podía contar casi con seguridad con el pago de un precio de compra, fijado por la costumbre. En este caso, la fuga vino á ser la forma intermediaria entre el rapto primitivo y la pura compra—como se practicaba en otro tiempo entre los Tcherkesses del Cáucaso;—de ahí derivan las ceremonias más ó menos complicadas del matrimonio de dinero, que, por las condiciones de la propiedad, es naturalmente la regla en las sociedades cultas del mundo europeo.

Si todavía existe el rapto positivo, mucho mejor subsisten los ritos tradicionales que atestiguan la forma primitiva de los matrimonios exogámicos [2]. Los ejemplos de esta supervivencia se aglomeran en la historia. En Grecia y en la India se recuerda aún el matrimonio «heroico», unión practicada por el procedimiento denominado Rakchassa; en todas las partes de la Tierra se hallan tribus que simulan la forma primitiva del rapto; el robo de las Sabinas por los Romanos se reproduce en todas partes por juegos y fiestas en que se echa mano á las espadas y todavía se blanden las mazas pero en que ya no se derrama sangre. Quién sabe si, por efecto de un trabajo continuo de evolución, los mozos

[1] Max Müller, *Essais de Mythologie comparée*, trad. de G. Perrot, p. 307.
[2] Mac Lellan, *Primitive Marriage*.

que en los matrimonios actuales acompañan novios y novias, representan

N.º 33. Algunas formas de matrimonios en las Indias



1. Toda, antes matrimonios polígamos y práctica del infanticidio.
2. Iroula, promiscuidad.
3. Nair, matrimonios complejos sobre la base del matriarcado.
4. Poliyar, poliandria.
5. Moplah, poligamia (mahometanos).
6. Sabbai, id. id.
7. Rodiya, poliandria exogámica.
8. Veddah, matrimonio con la hermana menor, poligamia endogámica.
9. Judíos de Cranganore, monogamia estricta.
10. Nazarenos de Quilón, monogamia religiosa.
11. Católicos de Goa, Saint-Thomas, Pondicherry, etc.
12. Protestantes de Mangalore y Madura.

Tamils y Cingalianos, matrimonios por las flores.

sin saberlo los hombres de armas que de una parte y de otra combatían

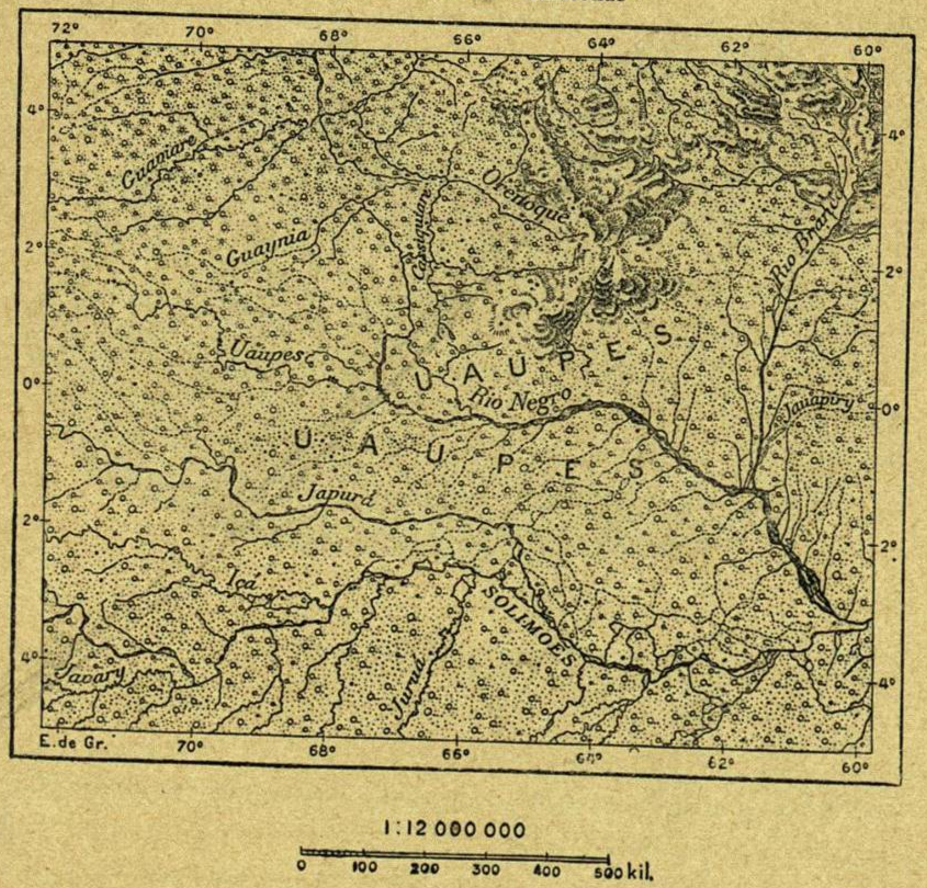
en tiempos pasados por conquistar ó guardar la presa amorosa. Pero las instituciones, como los pueblos, tienen múltiples orígenes: supervivencia de odios y cariños se entremezclan en un mismo drama en que á los actores sólo les inspira el placer. En todo tiempo, dígase lo que se quiera, unas atracciones mutuas han debido originar directamente la unión entre el hombre y la mujer. Un capítulo del Mahâ-Bhârata contiene la descripción de todos los modos legales del matrimonio en número de ocho, que responden evidentemente á las costumbres de naciones distintas que se han fundido en diferentes épocas en el gran crisol del Hindostán.

Las diversas formas de unión sexual, desde el régimen de la promiscuidad hasta el libre contrato por consentimiento mutuo, no serían comprendidos si se olvidase que en el matrimonio el hijo es el tercer término de la trinidad familiar; él es quien, en el conjunto social, tuvo la parte de acción más importante, el que modeló el hombre á su imagen [1], el que dió su cohesión primera al grupo de individuos de ambos sexos que vivían á la aventura, lo mismo que más tarde dió su razón de ser á la familia monogámica. Sin la influencia preponderante del hijo no podría explicarse el período de matriarcado, cuya existencia era aún ignorada hasta no hace mucho tiempo y que tantos documentos recientemente estudiados y tantos hechos de observación prueban haber prevalecido durante muchos siglos en gran número de pueblos. Algunos autores [2] hasta han querido establecer que la humanidad entera, en una evolución primitiva, habría pasado por esta fase: el gobierno de las madres; pero lo que hace más que dudosa esta hipótesis es que no se encuentra la institución del matriarcado entre los pueblos primitivos muy inferiores, tales como las tribus más atrasadas del Brasil y los indios de la costa californiana, y para buscar las formas de la familia matriarcal hay que dirigirse á grupos étnicos que tengan tras de sí un largo pasado de civilización [3]. El estado más bárbaro de la sociedad es aquel en que el hombre domina, no por ser el padre, sino porque es el más fuerte, el que aporta la mayor cantidad de alimento y reparte los golpes, sea á los enemigos, sea á los débiles de la horda. Por lo demás, los hijos

[1] Guyau, *Moral d'Epicure*, p. 160.
[2] Bachofen, *Mutterrecht*.
[3] Heinrich Cunow, *Bases économiques du Matriarcat (Devenir social*, enero 1898).

pueden dejarse á la madre, para que conserve su carga y dirección, sin que el padre se crea obligado á respetarla y tratarla como igual: ella es generadora, nodriza, sirviente; pero él resulta siempre el dueño absoluto.

N.° 34. País de las "Amazonas"



Según Coudreau, las mujeres uaupés son las que han dado origen á la leyenda de que toma su nombre el gran río de la América del Sud.

El matriarcado propiamente dicho implica ya cierto refinamiento de costumbres, es muy superior á las edades de la fuerza bruta y de la promiscuidad, si existieron alguna vez, del mismo modo que el período de la propiedad poseída en común por todos los derecho-habitantes de un grupo familiar. Aun en la época en que la horda arrastraba consigo todo el rebaño de los hijos, éstos se agruparían naturalmente detrás de su generadora, contribuyendo así á darle poco á poco la dirección de la familia, que circunstancias felices desarrollarían en poder social y hasta político. Siendo desconocido el padre, ó al menos no tenido en cuenta

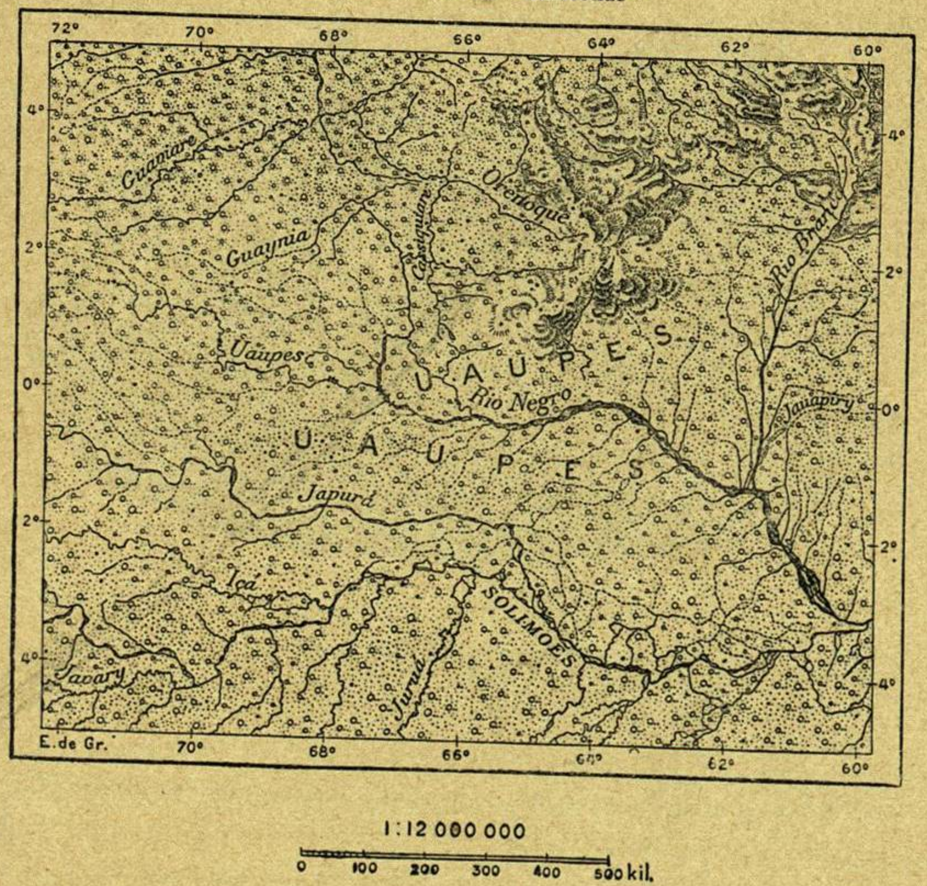
en tiempos pasados por conquistar ó guardar la presa amorosa. Pero las instituciones, como los pueblos, tienen múltiples orígenes: supervivencia de odios y cariños se entremezclan en un mismo drama en que á los actores sólo les inspira el placer. En todo tiempo, dígase lo que se quiera, unas atracciones mutuas han debido originar directamente la unión entre el hombre y la mujer. Un capítulo del Mahâ-Bhârata contiene la descripción de todos los modos legales del matrimonio en número de ocho, que responden evidentemente á las costumbres de naciones distintas que se han fundido en diferentes épocas en el gran crisol del Hindostán.

Las diversas formas de unión sexual, desde el régimen de la promiscuidad hasta el libre contrato por consentimiento mutuo, no serían comprendidos si se olvidase que en el matrimonio el hijo es el tercer término de la trinidad familiar; él es quien, en el conjunto social, tuvo la parte de acción más importante, el que modeló el hombre á su imagen [1], el que dió su cohesión primera al grupo de individuos de ambos sexos que vivían á la aventura, lo mismo que más tarde dió su razón de ser á la familia monogámica. Sin la influencia preponderante del hijo no podría explicarse el período de matriarcado, cuya existencia era aún ignorada hasta no hace mucho tiempo y que tantos documentos recientemente estudiados y tantos hechos de observación prueban haber prevalecido durante muchos siglos en gran número de pueblos. Algunos autores [2] hasta han querido establecer que la humanidad entera, en una evolución primitiva, habría pasado por esta fase: el gobierno de las madres; pero lo que hace más que dudosa esta hipótesis es que no se encuentra la institución del matriarcado entre los pueblos primitivos muy inferiores, tales como las tribus más atrasadas del Brasil y los indios de la costa californiana, y para buscar las formas de la familia matriarcal hay que dirigirse á grupos étnicos que tengan tras de sí un largo pasado de civilización [3]. El estado más bárbaro de la sociedad es aquel en que el hombre domina, no por ser el padre, sino porque es el más fuerte, el que aporta la mayor cantidad de alimento y reparte los golpes, sea á los enemigos, sea á los débiles de la horda. Por lo demás, los hijos

[1] Guyau, *Moral d'Epicure*, p. 160.
[2] Bachofen, *Mutterrecht*.
[3] Heinrich Cunow, *Bases économiques du Matriarcat (Devenir social*, enero 1898).

pueden dejarse á la madre, para que conserve su carga y dirección, sin que el padre se crea obligado á respetarla y tratarla como igual: ella es generadora, nodriza, sirviente; pero él resulta siempre el dueño absoluto.

N.º 34. País de las "Amazonas"



Según Coudreau, las mujeres uaupés son las que han dado origen á la leyenda de que toma su nombre el gran río de la América del Sud.

El matriarcado propiamente dicho implica ya cierto refinamiento de costumbres, es muy superior á las edades de la fuerza bruta y de la promiscuidad, si existieron alguna vez, del mismo modo que el período de la propiedad poseída en común por todos los derecho-habitantes de un grupo familiar. Aun en la época en que la horda arrastraba consigo todo el rebaño de los hijos, éstos se agruparían naturalmente detrás de su generadora, contribuyendo así á darle poco á poco la dirección de la familia, que circunstancias felices desarrollarían en poder social y hasta político. Siendo desconocido el padre, ó al menos no tenido en cuenta

como ser aventurero, la madre reunía alrededor de su hogar aquellos á quienes había criado y adiestrado para la vida. La maternidad se desarrollaba así en medio de la barbarie primitiva y daba el primer impulso á la civilización futura [1]. Sobre las costas de la América meridional,



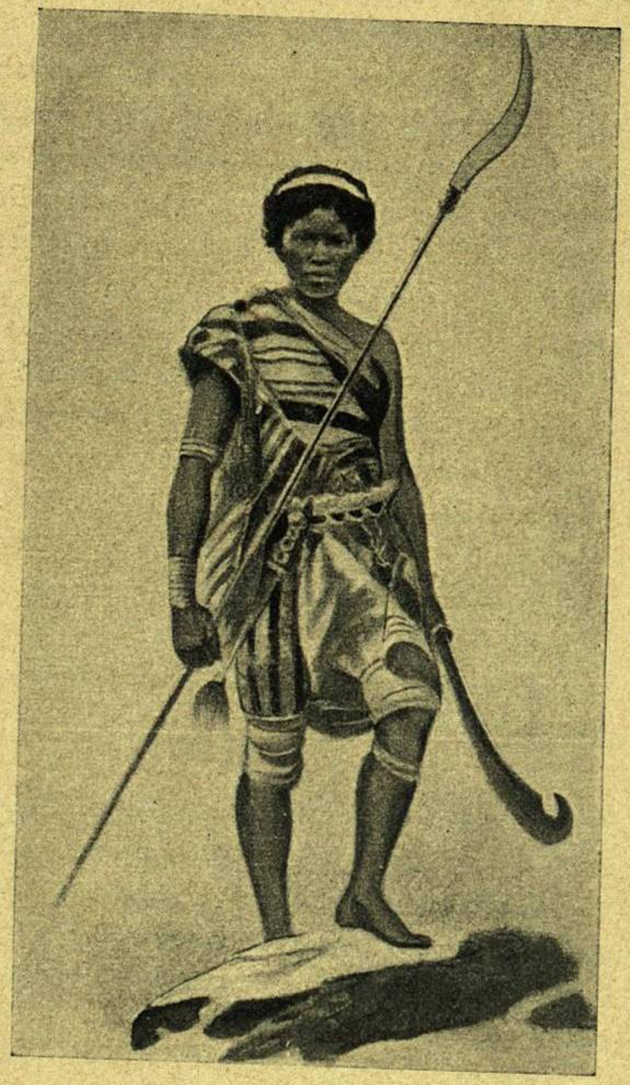
COMBATE DE LAS AMAZONAS
Bajo relieve antiguo.—Fragmento de un escudo
(*Museo del Louvre*)

donde los lazos de la familia se hallan muy relajados para la mayor parte de los hombres y donde prevalece una semipromiscuidad, el matriarcado se organiza naturalmente [2].

Quedando fuera de duda la influencia capital del hijo sobre la constitución del matriarcado, es cierto que la acción del medio geográfico ha de haber tenido también alguna parte en esta evolución social. Así es que en los países donde el principal medio de encontrar el alimento consistía en recoger los frutos y en rebuscar las raíces, las mujeres, á quienes sus funciones de madres y de nodrizas indicaban desde luego para ocupar el primer lugar, tenían además otras probabilidades en su favor como dispensadoras de la vida material. Esas probabilidades aumentaban todavía en las regiones poco amenazadas por la guerra, donde el hombre no se elevaba repentinamente al primer lugar en cali-

[1] Elie Reclus, *République française*, 23 febrero 1877
[2] Liard-Courtois, *Après le Bagne*, p. 117.

dad de defensor ó de conquistador [1]. Sin embargo, no es cierto que la misma guerra haya dado siempre la supremacía á los hombres, porque la leyenda relativa á las amazonas, en el Antiguo y en el Nuevo Mundo, es harto general para que no se admita el hecho de una antigua dominación política de tribus guerreras mandadas por mujeres. Por lo demás, no se trata sólo de leyenda; los ejemplos de mujeres que fueron verdaderos jefes no faltan en la historia.



AMAZONA DAHOMEYANA
De una fotografía.

Pero hayan ó no existido amazonas en tribus políticas distintas, es incontestable que diversas poblaciones han reconocido en absoluto la supremacía de las mujeres, y que en otras, los hombres, aun ejerciendo el poder, se consideraban dependientes de la familia maternal. Herodoto, en un pasaje célebre [2], dice que los Licios llevaban el nombre de la madre en lugar del del padre, y que su estado se regulaba por el de su generadora. Las inscripciones licias confirman la afirmación del gran viajero historiador, no mencionando más que los nombres de la

[1] Ernst Grosse, *Die Anfänge der Kunst*, p. 36.
[2] Libro I, 173.

madre [1]. A los ejemplos de matriarcado en la antigüedad recogidos por Bachofen, Mac Lellan y otros muchos viajeros han añadido los hechos pertenecientes al mundo contemporáneo entre las poblaciones incultas.

Para no escoger más que una forma típica de ese estado social, pueden citarse los montañeses del Assam, al sud del Brahmaputra, los Garros y los Khasias, que aun en nuestros días, á pesar de la influencia de los Hindus y de otras poblaciones de tipo patriarcal, se dividen en clanes que han conservado el nombre de *mahari*, es decir, «matrias». Emparentados con los Tibetanos, que también conservan restos de ginecocracia, esos pueblos ven siempre en la mujer el jefe de la familia. La virgen garo ó khasia hace al joven la proposición de tomarle por marido, y ella procede al rapto del esposo escogido, acompañada de sus amigos y de los servidores del clan materno. El divorcio pertenece á la mujer; á ella corresponde, cuando le place, tirar cinco conchas al aire para que la separación sea pronunciada y vuelva el marido á su matria primera, abandonando los hijos á la dominadora.

Hasta cuando el hombre haya sido tolerado durante toda su vida, es preciso que se divorcie el día de su muerte: sus cenizas son enviadas á su lugar de origen, mientras que la mujer es quemada con honor en su matria; después, las urnas de los hijos serán colocadas al lado de la urna materna [2].

Clasificando todos los hechos relativos á la constitución de la familia primitiva en las diversas comarcas del mundo, Cunow ha podido demostrar claramente que existe una estrecha dependencia entre la constitución familiar y las condiciones económicas del medio. Debido á eso, no se han encontrado jamás instituciones francamente matriarcales en los pueblos pastores.

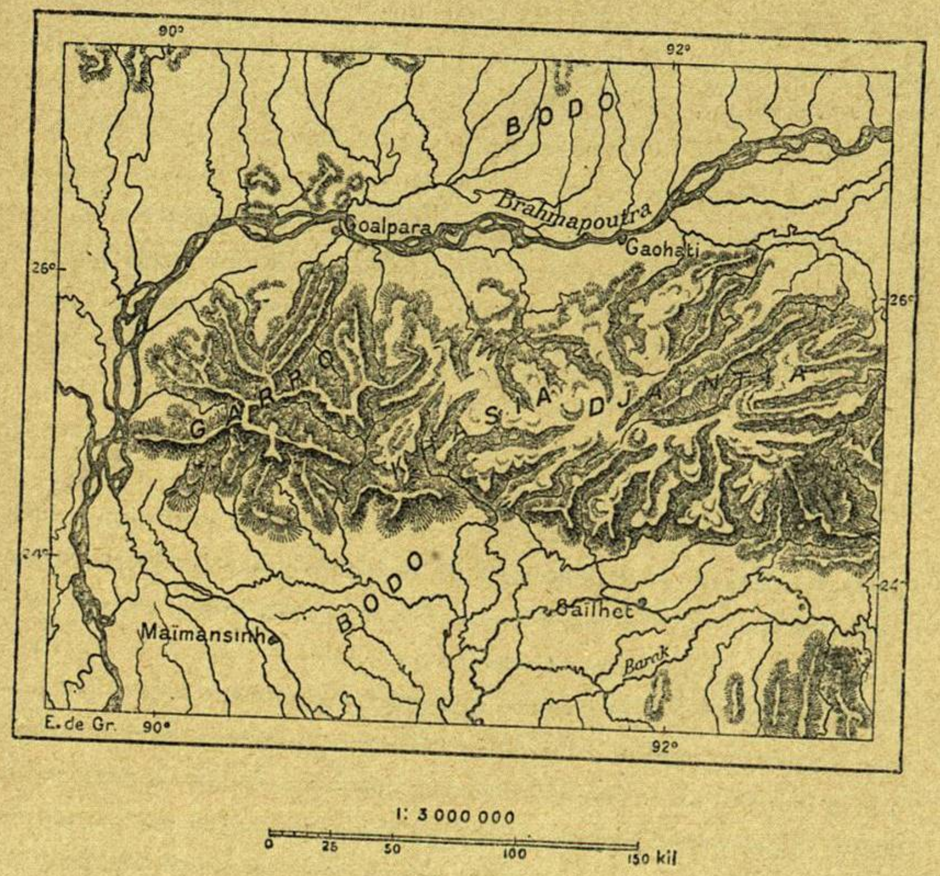
Hasta en las hordas errantes en que la descendencia se regulaba por la familia maternal, como entre los Ova-Herreros del Africa meridional antes que la conquista — quizá hasta la destrucción por un ejército colonial de Europa — no haya modificado sus costumbres, la mujer distaba mucho de llevar el cetro: la mujer obedecía, porque la fortuna procede

[1] Bachofen, *Mutterrecht*; M. Kowalewsky, *Tableau des Origines et des Evolutions de la Famille et de la Propriété*.

[2] Dalton, *Ethnology of Bengal*.

casi por completo del trabajo del hombre, que es quien conduce los animales al pasto, quien los cuida y protege contra el enemigo, animales feroces y merodeadores; quien ordeña las vacas y fabrica los quesos; quien posee á la vez la fuerza y la superioridad en el grupo económico:

N.° 35. Países del Matriarcado



las supervivencias matriarcales del pasado no impiden el dominio efectivo del hombre.

Pero allí donde la agricultura llega á ser el trabajo exclusivo de las mujeres, donde los maridos y los hijos están casi siempre ocupados fuera, en la caza, la pesca ó la guerra, la situación es absolutamente diferente, allí corresponde á la mujer la misión útil por excelencia en la economía general de la tribu. La agricultura le suministra cosechas de cantidad casi constante, en tanto que los productos aportados por el

hombre varían según las aventuras, los azares y el tiempo. La prosperidad común depende en absoluto de la buena gestión de las madres, de su espíritu de orden, de la paz y de la concordia que introducen en el hogar. El afecto natural que les dedican los hijos agrupados á su rededor se desarrolla en una especie de religión. No puede tomarse decisión alguna sin ser antes consultadas; dispensadoras absolutas de la fortuna familiar, acaban por ser las reguladoras de todos los asuntos sociales y políticos: aunque los más fuertes, los hombres se inclinan ante la soberanía moral.

Entre los Wyandot de la América del Norte [1], el gran consejo de la nación se componía de 44 mujeres y 4 hombres, los cuales en realidad no eran más que los agentes ejecutivos de la voluntad femenina [2]. Pero en las sociedades más desarrolladas, en que la agricultura ha tomado tal importancia que el hombre abandona casi por completo la caza y la pesca para labrar con fuerza el surco, el eje social cambia en el grupo de los individuos, y de la gran familia matriarcal evoluciona la gran familia patriarcal, como la encontramos entre los antiguos chinos, los japoneses y los romanos (H. Cunow).

Por lo demás, la palabra «matriarcado» se presta á confusión. Imagínase fácilmente que la autoridad de la madre sobre los hijos implica la dominación en la familia, ó á lo menos la igualdad de la mujer con el padre; pero esas son cosas muy diferentes.

El poder maternal no impide de ningún modo la brutalidad del marido: no hay en esto, por decirlo así, más que simplificación del trabajo en el gobierno de la familia. De ese modo, en los Orang-Lauts, que habitan la península de Malacca, los hijos pertenecen á la madre sola, lo que es verdaderamente el régimen del matriarcado, y, sin embargo, la mujer lleva una existencia desgraciadísima: el marido la pega y no le permite comer en su presencia [3].

También en Bearn, lo mismo que en el Japón, el marido de una heredera, la mayor de los hijos, va á vivir á la casa de ella y de la misma recibe el nombre, que es á la vez el de la tierra y que se convierte en el de toda su familia: podría concluirse de esto en la existencia de un

[1] Heinrich Cunow, *Le Devenir social*, abril, 1898, págs. 335 á 341.
[2] J. W. Powell, *Wyandot Government*.
[3] Laloy, *Anthropologie*, t, VIII, 1897, pág. 116.



EL GRAN CONSEJO DE LAS MUJERES ENTRE LOS WYANDOT
Dibujo de Georges Roux según una fotografía.

verdadero matriarcado; pero el marido, cualquiera que sea la deferencia hacia la heredera que le da fortuna y nombre, no por eso deja de ser el jefe, el dueño positivo [1].

La poliandria es una forma de unión que deriva naturalmente del matriarcado. En la unión del hombre y de la mujer, los dos elementos tienden á mantener á pesar de todo su personalidad y por consecuencia á predominar según que el uno ó el otro se halle favorecido por el medio. Pues la mujer, dueña absoluta de sus hijos, subordinado el hombre á su poder y siendo su voluntad única en la familia, no tenía que combatir una opinión hostil, tomando sucesivamente, ó á la vez, varios favoritos: como reina, no tenía más que escoger; pero siendo su corazón voluntariamente fiel conservador de las primeras impresiones, aun en plena poliandria, solía tomar la costumbre de conservar la cohesión familiar, dándose por esposos comunes todos los hijos de una misma madre. Tal era la forma de matrimonio que prevalecía antiguamente

[1] Jacques Lourbet, *Revue de Morale social*, 1899, pág. 164.

hombre varían según las aventuras, los azares y el tiempo. La prosperidad común depende en absoluto de la buena gestión de las madres, de su espíritu de orden, de la paz y de la concordia que introducen en el hogar. El afecto natural que les dedican los hijos agrupados á su rededor se desarrolla en una especie de religión. No puede tomarse decisión alguna sin ser antes consultadas; dispensadoras absolutas de la fortuna familiar, acaban por ser las reguladoras de todos los asuntos sociales y políticos: aunque los más fuertes, los hombres se inclinan ante la soberanía moral.

Entre los Wyandot de la América del Norte [1], el gran consejo de la nación se componía de 44 mujeres y 4 hombres, los cuales en realidad no eran más que los agentes ejecutivos de la voluntad femenina [2]. Pero en las sociedades más desarrolladas, en que la agricultura ha tomado tal importancia que el hombre abandona casi por completo la caza y la pesca para labrar con fuerza el surco, el eje social cambia en el grupo de los individuos, y de la gran familia matriarcal evoluciona la gran familia patriarcal, como la encontramos entre los antiguos chinos, los japoneses y los romanos (H. Cunow).

Por lo demás, la palabra «matriarcado» se presta á confusión. Imagínase fácilmente que la autoridad de la madre sobre los hijos implica la dominación en la familia, ó á lo menos la igualdad de la mujer con el padre; pero esas son cosas muy diferentes.

El poder maternal no impide de ningún modo la brutalidad del marido: no hay en esto, por decirlo así, más que simplificación del trabajo en el gobierno de la familia. De ese modo, en los Orang-Lauts, que habitan la península de Malacca, los hijos pertenecen á la madre sola, lo que es verdaderamente el régimen del matriarcado, y, sin embargo, la mujer lleva una existencia desgraciadísima: el marido la pega y no le permite comer en su presencia [3].

También en Bearn, lo mismo que en el Japón, el marido de una heredera, la mayor de los hijos, va á vivir á la casa de ella y de la misma recibe el nombre, que es á la vez el de la tierra y que se convierte en el de toda su familia: podría concluirse de esto en la existencia de un

[1] Heinrich Cunow, *Le Devenir social*, abril, 1898, págs. 335 á 341.
[2] J. W. Powell, *Wyandot Government*.
[3] Laloy, *Anthropologie*, t. VIII, 1897, pág. 116.



EL GRAN CONSEJO DE LAS MUJERES ENTRE LOS WYANDOT

Dibujo de Georges Roux según una fotografía.

verdadero matriarcado; pero el marido, cualquiera que sea la deferencia hacia la heredera que le da fortuna y nombre, no por eso deja de ser el jefe, el dueño positivo [1].

La poliandria es una forma de unión que deriva naturalmente del matriarcado. En la unión del hombre y de la mujer, los dos elementos tienden á mantener á pesar de todo su personalidad y por consecuencia á predominar según que el uno ó el otro se halle favorecido por el medio. Pues la mujer, dueña absoluta de sus hijos, subordinado el hombre á su poder y siendo su voluntad única en la familia, no tenía que combatir una opinión hostil, tomando sucesivamente, ó á la vez, varios favoritos: como reina, no tenía más que escoger; pero siendo su corazón voluntariamente fiel conservador de las primeras impresiones, aun en plena poliandria, solía tomar la costumbre de conservar la cohesión familiar, dándose por esposos comunes todos los hijos de una misma madre. Tal era la forma de matrimonio que prevalecía antiguamente

[1] Jacques Lourbet, *Revue de Morale social*, 1899, pág. 164.

en el Tíbet — el país de los Bods — y en todas las poblaciones del mismo origen.

La poliginia es, en el patriarcado, la institución correspondiente á la de la poliandria en el matriarcado. Sin embargo, no siempre es absoluto el contraste entre los dos tipos de matrimonio que caracterizan la dominación de las madres y la de los padres, y así, el ejemplo que los autores se complacen en citar como testimonio del antiguo matriarcado indica, no obstante, la transición entre los dos sistemas: Draupadi, la esposa de los cinco hijos de Pandu, es la «reina», no la dueña de la familia; á pesar de haberse dado varios maridos, no ha conservado el gobierno de la casa, sino que obedece. La forma patriarcal se mezcla, pues, en este caso particular, á la forma matriarcal.

Otro ejemplo que suele citarse es el de los Nairs de la costa de Malayalam ó Malabar; pero también en ese caso los dos regímenes se entremezclan. Verdaderamente las mujeres nairs, perteneciendo á la antigua nación guerrera y dominadora, escogen y varían sus esposos, pero están obligadas á tomarlos entre los brahmanes, la casta invasora venida del Norte, armada de ciencia y de astucia, hábil para gobernar amparándose bajo los homenajes tributados á una soberanía oficial.

Los tipos de estas uniones varían según la mayor ó menor influencia de los elementos étnicos representados, pero todos ofrecen el carácter de un compromiso entre instituciones diversas y se arreglan de una manera extraña y complicada. El ejemplo más original de semejantes matrimonios es quizá la «gran unión» colectiva: hombres brahmanes y mujeres nair se agrupan en sociedades de varios individuos, hasta de doce por sexo, en la que cada individuo, hombre y mujer, tiene derecho sobre los otros individuos del sexo opuesto [1]. No es esto el matriarcado ni el patriarcado, sino un sistema doble de poligamia y de poliandria, un sabio retroceso hacia la promiscuidad, pero bajo una forma estrictamente regulada entre propietarios asociados. Se ha necesitado toda una mezcla de astucia y de depravación teológicas para llegar á semejantes combinaciones. Los tipos sociológicos son tan entremezclados como las razas.

El patriarcado, que, bajo diversas formas, fuera de la unión libre, ha

[1] Mac Lellan, *Primitive Marriage.*

venido á ser el tipo casi universal del matrimonio en las sociedades modernas, como el matriarcado ha debido tener su origen, no sólo en la prehistoria, sino aun en la prehumanidad. La diferencia de los medios y de la evolución ha hecho surgir necesariamente numerosísimas divergencias de detalle; sin embargo, puede decirse de una manera muy general que el matriarcado se explica por un hecho natural, «el nacimiento del hijo», y que el patriarcado tiene por origen un acto de fuerza, el rapto, la conquista, hechos de orden histórico [1].

No ha sucedido el patriarcado por una evolución lenta á las primeras formas matrimoniales de la agrupación natural de los hijos, como supone Mac Lellan, sino que, por el contrario, esta institución proviene de causas violentas, de acontecimientos bruscos y la evolución ha sido completamente distinta, independiente, lo que no ha impedido combinaciones y mezclas hasta lo infinito entre los dos tipos de matrimonios.

El origen de la primera «familia» en el sentido patriarcal, familia muy diferente de lo que en nuestros días se entiende por esta palabra, fué exactamente el mismo que el origen del Estado. El jefe vencedor se apodera de un país y de todos los habitantes que en él se hallan: es un fundador de imperio. A cada guerrero que forma parte de la banda conquistadora le toca su parte de botín, tierra, cosas y hombres. Todo el que en lo sucesivo obedezca en calidad de esclavo ó de concubina forma parte de la «familia», término que primitivamente designó el conjunto de los bienes, muebles é inmuebles, hijos y servidores [2].

Y el mismo *pater-familias,* el cabeza de la familia, no era considerado en su origen como el generador, sino únicamente como el protector de todo el pequeño Estado que le había tocado por conquista ó por herencia: el «padre» podía llegar á serlo por mediación de un servidor ó de un pariente; hasta después de muerto adquiere hijos legítimos por la institución del «levirato», que obliga al hermano á casarse con la mujer del hermano difunto.

Además de la guerra, hecho capital en la fundación de esta primera familia patriarcal, las otras condiciones del género de vida contribuyeron á la toma de posesión del poder por el hombre. Entre los grupos

[1] Ludwig Gumplowicz, *Neue deutsche Rundschau,* vol. I, 1895, pág. 1143 y siguientes.
[2] Michel Bréal y Anatole Bailly, *Dictionnaire etymologique latin.*

que viven únicamente de la caza, el varón lleva el alimento al albergue, en tanto que la mujer cuida de los hijos y se ocupa de los trabajos de la casa. Es, pues, inevitable que en tal situación goce el padre de la mayor autoridad: como dios dispensador de la carne y de la sangre, puede creerse que tiene algún derecho á la adoración de los suyos. Entre los pueblos nómadas, los varones, como más fuertes, capturan, doman y matan el ganado, y por lo mismo toman todos los derechos sobre las mujeres, más débiles, designadas por la Naturaleza para la preparación de la comida y para el cuidado de los hijos del hombre y de los pequeñuelos de la bestia. En igualdad de condiciones el patriarcado debe, en consecuencia, afirmarse singularmente entre esos pastores, sobre todo cuando al mismo tiempo son guerreros y tratan de sojuzgar otras poblaciones, cada nueva remesa de cautivos reacciona sobre la familia del vencedor y rebaja proporcionalmente los derechos de la esposa.

A consecuencia de la lucha entre los dos principios, derivados, uno de la solidaridad natural entre el hijo y la madre, otro de la violencia ejercida por los raptores varones, los dos tipos de matrimonio, el matriarcado y el patriarcado se han desarrollado uno junto al otro en la serie de las edades y siguiendo las vicisitudes de los hombres, tomando ó perdiendo fuerza relativa, sin conservar jamás como institución el punto de equilibrio consistente en la perfecta igualdad de derechos entre los individuos, y, por consiguiente, entre los sexos.

Sin embargo, en Sumatra eran claramente reconocidas las tres formas de matrimonio: el *jugur*, por el cual el hombre compraba la mujer; el *ambel-anak*, por la cual la mujer compraba el hombre, y el *semando* ó matrimonio de los *iguales* [1].

Así también entre los Hassanyés y los Hamites del Alto Nilo se reconocía frecuentemente á la mujer casada su parte en los productos del cultivo. En el antagonismo continuo de los regímenes, el patriarcado es, como lo demuestra la historia, el que solió prevalecer, en vista de las dificultades de la lucha por la existencia, que exige el empleo de la fuerza, y del resultado de los conflictos que se producen en las mismas familias.

La mezcla de las tradiciones y de las ideas demuestra que en todas

[1] Lubbock, *Origines de la Civilisation.*

partes, entre las poblaciones esencialmente patriarcales, se conservan aún algunos restos del antiguo matriarcado, rarísimos á veces, como entre los Ba-Lubas del Kasai, en que las mujeres son verdaderas esclavas, adquiridas por dinero, pero donde presiden como «antiguas» á la bendición de las siembras [1]. En otras partes, especialmente en las sociedades bereberes, la mujer, aunque sierva, protege al extranjero como una divinidad. Asimismo, en nuestra Edad Media, la mano de la mujer reemplazaba el contacto de un altar; pero de tal modo se han debilitado las huellas de eso en las sociedades modernas, fundadas sobre el derecho del marido ó del padre, que la virtud misma, *virtus*, era antes considerada como el monopolio del varón [2]. Y naturalmente, esa pretensión exclusiva á la virtud hubo de engendrar todos los males: celos feroces del marido propietario, brutalidad en la educación de los hijos, cremación de las viudas, práctica y finalmente deber del infanticidio.

Sabido es que ciertas comarcas de la India guerrera se habían sometido á ese régimen. ¿No hemos visto en el curso mismo de nuestras muy recientes civilizaciones, hasta en pleno «siglo de las luces», los Radjputas ó «Hijos de Reyes», tipos del honor tradicional, casarse invariablemente por la vía del rapto, dejar que ardieran sus madres sobre la hoguera paternal, y matar casi siempre sus hijas, temerosos de no poder casarlas con el suficiente esplendor y riqueza?

En este caso se evidencia que el grupo social formado por el clan, la tribu ó la nación y consolidado por la moral tradicional, tiene más influencia que los sentimientos naturales manifestados en el matrimonio y en el parentesco. Estas afecciones, estas conveniencias personales han de adaptarse á las convenciones dictadas por la opinión pública ó son cruelmente desatendidas. La voluntad común del grupo se impone por dictadura, con tanto mayor poder cuanto la tradición es de origen más remoto y menos razonada: «¡Así se ha hecho siempre!» Habría, pues, muerte rápida de toda asociación por falta de renovación si las vicisitudes de la vida no se encargasen de modificar las agrupaciones por asociaciones cruzadas ó rupturas violentas.

Bajo su forma primitiva, la sociedad principiante de los hombres

[1] Garmijn, *Bulletin de la Société belge de Géographie*, nov. 1905.
[2] G. de Greef, *Le Transformisme social.*

á quienes las necesidades de la ayuda mutua y de la lucha han ligado en una sola banda, no ha tenido aún tiempo de constituirse en un conjunto bien definido y los individuos no se han sujetado todavía de una manera muy sólida. La extensión de esas agrupaciones varía: entre los Aetas de Luzón, Blumentritt los evaluaba en 20 ó 30 asociados; en la Australia central, son de 30 á 50 (Fison); en el Brasil, los Botocudos se asociaban de 80 ó 100 compañeros; los Bushemens del Africa meridional eran más numerosos, de 100 á 200 (Burchell).

Pero la horda no es, por decirlo así, más que la materia humana de que la sociedad más sabia, agrupada en clans, en tribus y en naciones extrae sus elementos para organizarse, conforme á las mil combinaciones que convienen al género de vida y al ideal de las comunidades en formación.

A este respecto, la variedad de las constituciones es infinita y los individuos han de acomodarse á ellas de la manera más diferente, según los medios, los cruzamientos, las alianzas y las conquistas. La integración de los grupos secundarios en las unidades nacionales más extensas tiende á hacerse siempre de manera que salve las individualidades étnicas tradicionales, pero la herencia del pasado se modifica constantemente.

Sabido es como las tribus de los Pieles Rojas y las de la Australia tratan de conservar la memoria y el orgullo de su origen por los *totem* y los *kobong*, es decir, por los símbolos de los animales ó de las plantas cuyo nombre venerado llevan las diversas tribus [1].

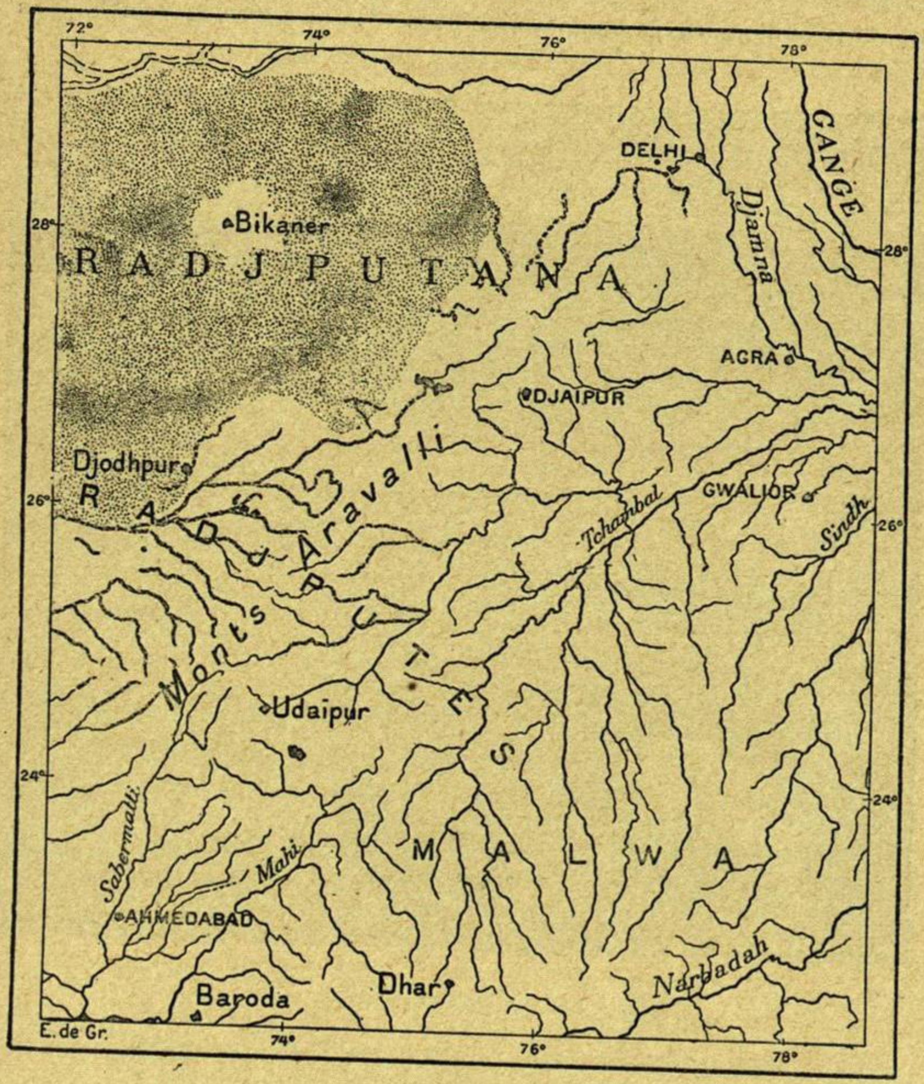
Principalmente entre los pueblos cazadores es donde la tradición totémica se conserva mejor, porque el representante del clan está frecuentemente expuesto á encontrarse en el bosque ó la sabana con el animal de que se dice hermano.

Ciertas naciones se han dedicado por completo á algún dios protector: tales son los Liebres, los Serpientes, los Lobos, los Zorros; otros se componen de una multitud de clanes ó hasta de familias que viven al lado unos de otros como animales de especies diversas en una colección de fieras [2]: tales son las villas de los indios Moquis y Zuñis en las provincias de Tusayan y de Coriba (Arizona y Nuevo Méjico). En otras partes especialmente en Africa y en Oceanía, las tradiciones de herencia

[1] Fison and Howitt, *Anthrop. Institute*, 1884; Starcke, *Famille primitive*.
[2] Schurz, *Die Speiseverbote*.

se indican sobre todo por los dibujos del tatuage, las marcas cicatriciales

N.° 36. País del Honor y del Infanticidio



1: 6000000

y los adornos de la piel; pero en esto la religión y los orígenes se mezclan de diverso modo con el arte.

El instinto de apropiación que, desde los orígenes se había manifestado en la animalidad y la prehumanidad entre los padres y las madres,

á quienes las necesidades de la ayuda mutua y de la lucha han ligado en una sola banda, no ha tenido aún tiempo de constituirse en un conjunto bien definido y los individuos no se han sujetado todavía de una manera muy sólida. La extensión de esas agrupaciones varía: entre los Aetas de Luzón, Blumentritt los evaluaba en 20 ó 30 asociados; en la Australia central, son de 30 á 50 (Fison); en el Brasil, los Botocudos se asociaban de 80 ó 100 compañeros; los Bushemens del Africa meridional eran más numerosos, de 100 á 200 (Burchell).

Pero la horda no es, por decirlo así, más que la materia humana de que la sociedad más sabia, agrupada en clans, en tribus y en naciones extrae sus elementos para organizarse, conforme á las mil combinaciones que convienen al género de vida y al ideal de las comunidades en formación.

A este respecto, la variedad de las constituciones es infinita y los individuos han de acomodarse á ellas de la manera más diferente, según los medios, los cruzamientos, las alianzas y las conquistas. La integración de los grupos secundarios en las unidades nacionales más extensas tiende á hacerse siempre de manera que salve las individualidades étnicas tradicionales, pero la herencia del pasado se modifica constantemente.

Sabido es como las tribus de los Pieles Rojas y las de la Australia tratan de conservar la memoria y el orgullo de su origen por los *totem* y los *kobong*, es decir, por los símbolos de los animales ó de las plantas cuyo nombre venerado llevan las diversas tribus [1].

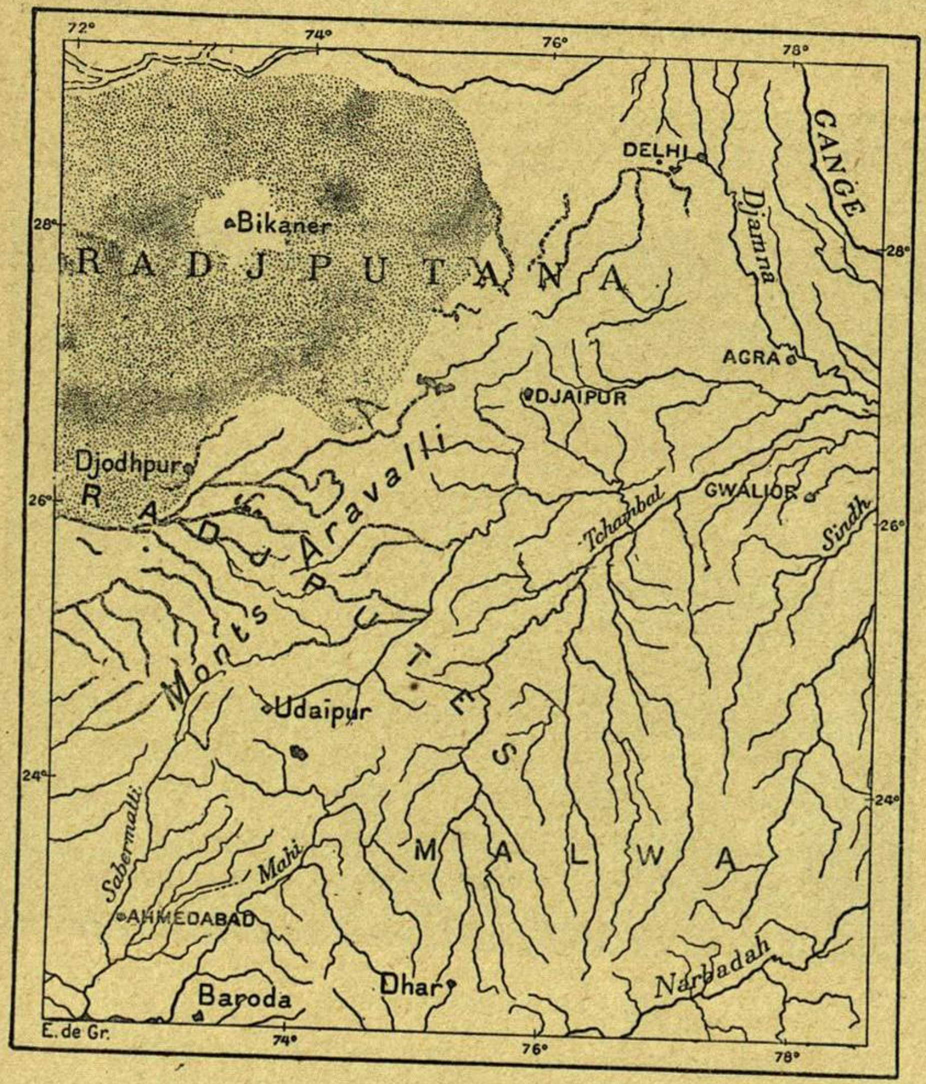
Principalmente entre los pueblos cazadores es donde la tradición totémica se conserva mejor, porque el representante del clan está frecuentemente expuesto á encontrarse en el bosque ó la sabana con el animal de que se dice hermano.

Ciertas naciones se han dedicado por completo á algún dios protector: tales son los Liebres, los Serpientes, los Lobos, los Zorros; otros se componen de una multitud de clanes ó hasta de familias que viven al lado unos de otros como animales de especies diversas en una colección de fieras [2]: tales son las villas de los indios Moquis y Zuñis en las provincias de Tusayan y de Coriba (Arizona y Nuevo Méjico). En otras partes especialmente en Africa y en Oceanía, las tradiciones de herencia

[1] Fison and Howitt, *Anthrop. Institute*, 1884; Starcke, *Famille primitive*.
[2] Schurz, *Die Speiseverbote*.

se indican sobre todo por los dibujos del tatuage, las marcas cicatriciales

N.° 36. País del Honor y del Infanticidio



1: 6000000

y los adornos de la piel; pero en esto la religión y los orígenes se mezclan de diverso modo con el arte.

El instinto de apropiación que, desde los orígenes se había manifestado en la animalidad y la prehumanidad entre los padres y las madres,

entre los generadores y los hijos, en el conjunto de los clanes y de las tribus no podía limitarse á las personas; se extendía también á las cosas.

La propiedad se constituyó; sin embargo, no fué la propiedad tal como los economistas la comprenden hoy. Los primitivos se inclinaban



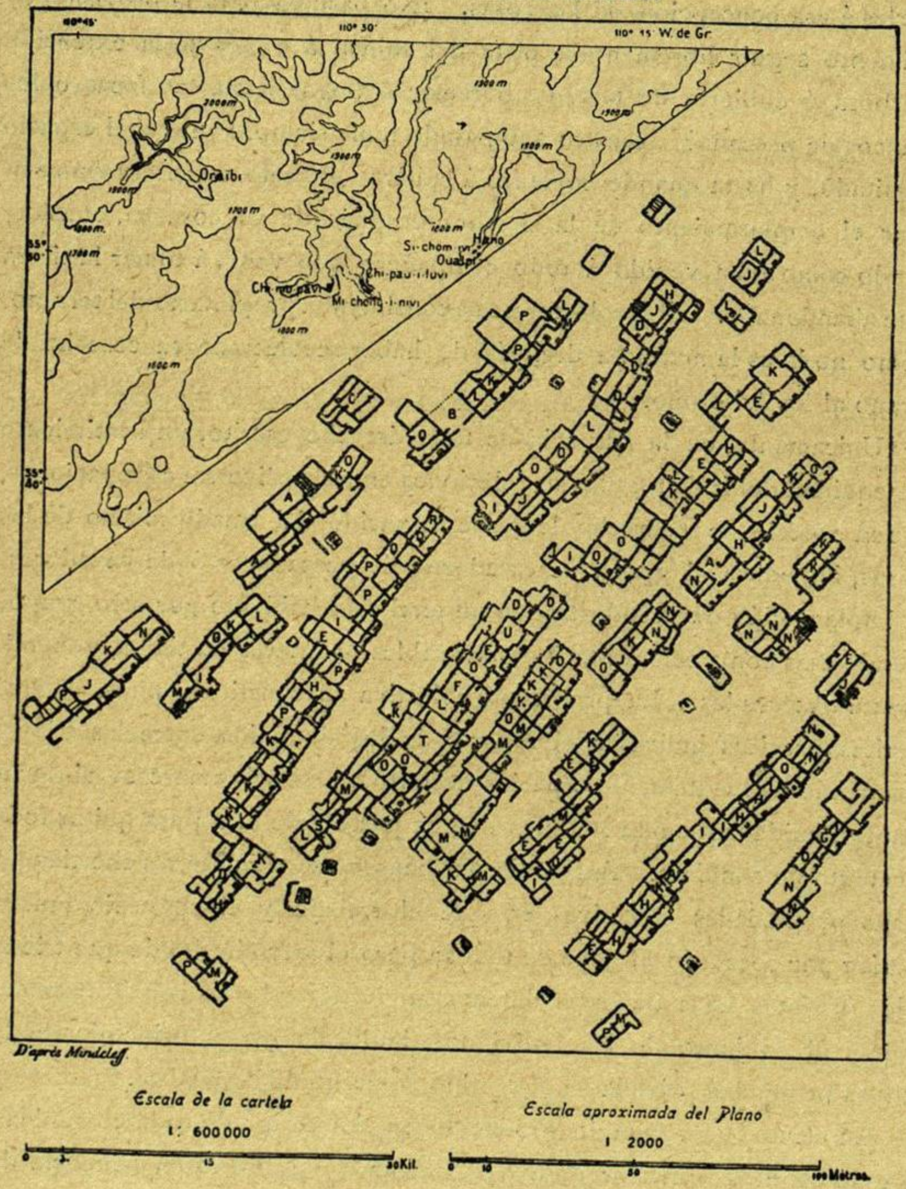
ALDEA DE ORAIBI, ARIZONA

Nótese la entrada de las cámaras subterráneas, las *Kiva*, cuyo uso es principalmente la celebración de los ritos.

naturalmente á considerar como perteneciéndoles la piedra que habían tallado ó el vaso que habían formado por sus manos, y hasta cuando daban á otros ese objeto fabricado por ellos, el libre don establecía claramente su calidad de propietario, pero no se imaginaban que la cantera de donde habían extraído el sílex ó el campo de lava que les había suministrado la obsidiana necesaria á su industria pudiesen ser su propiedad personal.

No se atribuían el llano, el río ó el bosque como su dominio parti-

N.º 37. Clanes de la aldea de Oraibi



A. Oso.
B. Araña.
C. Serpiente.
D. Aguila.
E. Sol.
F. Halcón.
G. Katcina.
H. Loro.
I. Hurón.
J. Trigo.
K. Caña.
L. Lagarto.
M. Conejo.
N. Arena.
O. Coyote.
P. Buho.
Q. Arco.
R. Melón.
S. Mita (mariposa).
T. Grulla.
V. Mescal (jugo fermentado de la pita).

cular, ni siquiera hubieran podido figurarse que tal apropiación fuera

posible, porque en las costumbres de la tribu materna ó en las de otras agrupaciones que recorrían la Tierra no había nada que pudiera prepararles á esa concepción de las cosas. ¿No bastaba para la provisión de alimento seguir libremente la pista del animal á través de la extensión herbosa ó cubierta de bosque, ó remar ó bogar hacia las focas ó los bancos de pescado? Nuestro antepasado tenía siempre ante sí el espacio ilimitado, y hasta cuando comenzó á cultivar el suelo, se reservaba cambiar el emplazamiento de la siembra después de su cosecha, considerando como bien venido á todo compañero que venía á tomar la tierra que abandonaba. El recolector no se consideraba propietario del terreno, como no lo es la marmota después de haber recolectado su cosecha de grano al fin del otoño.

Unicamente, en la ausencia de todo derecho escrito, un sentimiento de equidad debía de regular las relaciones entre las diversas agrupaciones, y una especie de «derecho de gentes», nacido del estado mismo de las cosas, impediría al grupo de cazadores, de pescadores ó de cavadores, la implantación de su industria en un territorio habitado por otro grupo, siendo esas convenciones tácitas, favorables al interés de todos, generalmente observadas. La propiedad colectiva se constituía, pues, sin que límites precisos indicasen el reparto de los dominios entre las tribus, quedando frecuentemente espacios desiertos, lindes ó «marcas» sin ocupantes, cuidadosamente evitados de una parte y de otra para quitar todo pretexto de conflicto. Así pudieron mantenerse durante mucho tiempo unas propiedades colectivas en que el trabajo y el convenio mutuo tenían por corolario el goce de todos; pero el mero hecho de que tribus bien distintas unas de otras detentasen cierto territorio común perteneciente al conjunto de los individuos, implicaba ya el principio de la futura propiedad privada en el sentido moderno de la palabra.

En efecto, todo cambio producido en el interior de cada comunidad ó todo conflicto exterior podían modificar el equilibrio en beneficio de un miembro particular del pequeño cuerpo social, clan ó tribu. Una distinción especial concedida á un gran cazador, á un guerrero afortunado, á un hábil profeta ó médico, solía permitirle acaparar una parte mayor de animales, del suelo ó de los productos para sí y para todos los suyos, clientes ó esclavos. O bien, por haber disminuído en su distrito el espacio que se había reservado el clan por el aumento de la población, la lucha por la existencia resultante produjo combates, y, como consecuencia, tal individuo que se había distinguido, capturando, por ejemplo, todos los habitantes de una cabaña, pudo creerse autorizado por eso mismo á emplear sus nuevos esclavos, sea en la guarda del rebaño que hacían pacer en la sabana circundante, sea en el cultivo del campo que habían roturado. Habiendo parecido á la comunidad su bravura digna de una recompensa especial, se le había dejado el botín conquistado.

Una de las palabras sanscritas más comunmente empleadas en el Veda para dar el sentido de «batalla» es *gavishti*, que literalmente significa la «lucha por las vacas»[1].

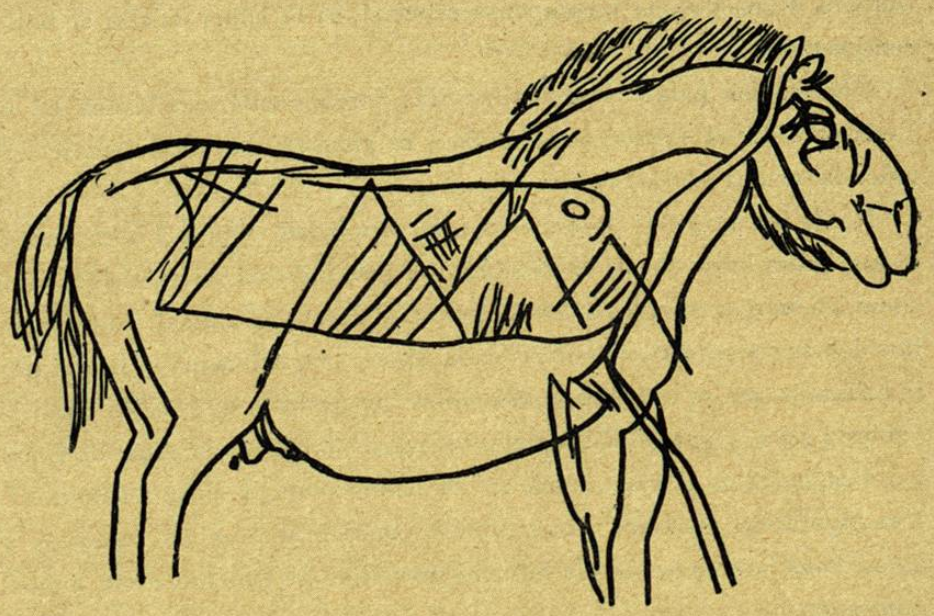
Desde los períodos prehistóricos, la propiedad, debida á la captura ó á cualquiera otra causa, se manifestaba por indicios de posesión, tales como las marcas trazadas sobre el pelo ó la carne del animal. Los caballos debían ya seguir al hombre en la época magdaleniana, á juzgar por la cabezada que se ve representada sobre un grabado de caballo y por la cubierta rayada que se distingue sobre otro dibujo, en la gruta de Combarelles, cerca de Eyzies, donde se ha hallado tan precioso testimonio[2]. Una figura de mammut parece llevar también señales de cubiertas y en ese caso la enorme bestia hubiera precedido al elefante como animal doméstico.

La guerra bajo sus mil formas fué una de las grandes causas, la más importante de todas, que produjeron la constitución de la propiedad privada. Antes la mayor parte de los economistas se complacían en atribuir á la apropiación del suelo el más noble origen, el trabajo; pero la observación de lo que sucede entre los primitivos actuales demuestra que ese punto de partida hubo de ser muy excepcional. La labor realizada en una comunidad por uno de sus miembros beneficia naturalmente el conjunto de sus co-participantes, sin que por ello piensen éstos en conceder á su celoso compañero un privilegio que le distinga absolutamente de los contribuyentes. Las diferencias de poder producidas por las luchas intestinas y las guerras explican mucho mejor las desigualdades de posesión que se introdujeron en el gobierno de las sociedades.

[1] Max Müller, *Essais sur la Mythologie comparée*, traducción Perrot, págs. 36-37.
[2] Capitan y Breuil, *Comptes rendus de l'Académie des Sciences*, 9, dic. 1901, pág. 1038.

Pero cualquiera que sea la forma que haya tomado en la historia la apropiación de un campo, de un distrito ó de una provincia por un solo individuo, quedan siempre en el recuerdo de los hombres y en el derecho tradicional ó escrito huellas de una forma anterior de propiedad colectiva.

En muchas comarcas los propietarios de terrenos particulares traba-



REPRESENTACIÓN DE UN CABALLO (GRUTA DE COMBARELLES)

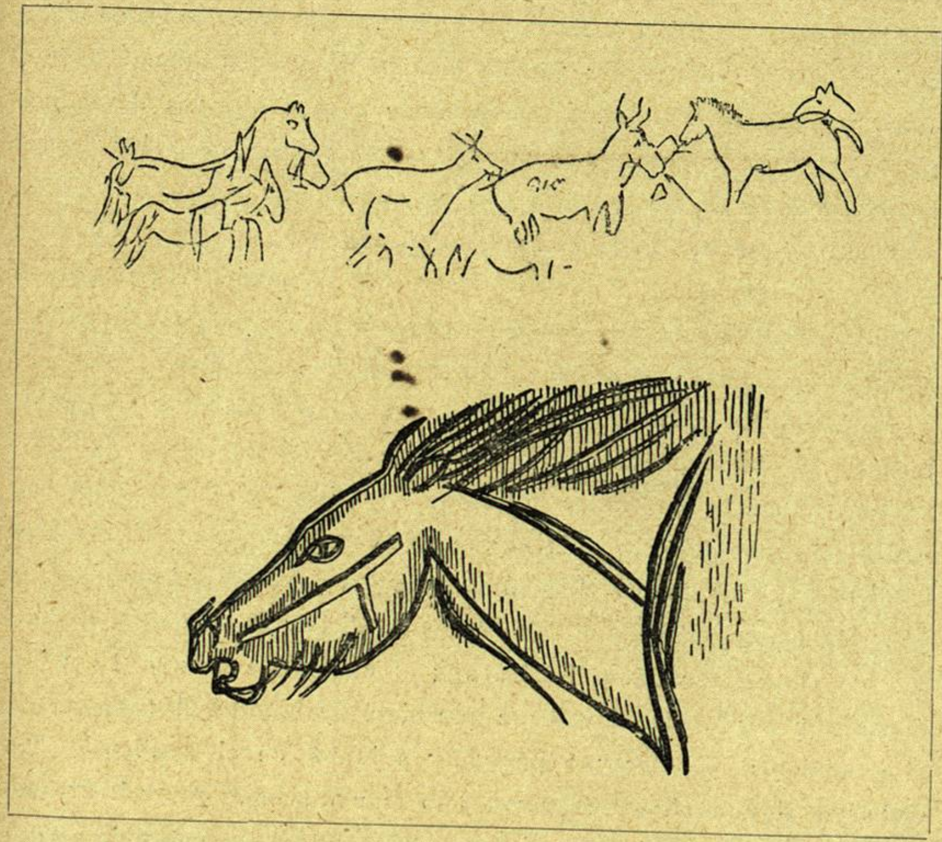
$^{1}/_{8}$ del tamaño del dibujo prehistórico.

jan juntos los días festivos, y la tierra vuelve á ser común, especialmente en Guam, la isla principal de las Marianas[1]. La ilusión del pasado renace alegremente: ¡qué júbilo en los pueblos del antiguo Bearn, cuando todos, desde el anciano hasta los niños, se reunen en las granjas para deshojar las espigas de maíz, escuchando las historias de la abuela ó los cantos de las jóvenes!

Allí donde las tierras están divididas según su naturaleza y donde los campos cultivados se han convertido estrictamente en propiedades particulares, la comunidad conserva aún algunos derechos colectivos sobre los bosques y los pastos, y las tierras sin valor quedan propiedad de todos, y hasta donde la expropiación de los pobres ha sido completa,

[1] *National Geogr. Magazine*, Mayo 1905, pág. 236.

consérvase la tradición. El lord inglés que recorre sus dominios de Irlanda comprende perfectamente el sentido oculto de las miradas que le lanzan los campesinos.



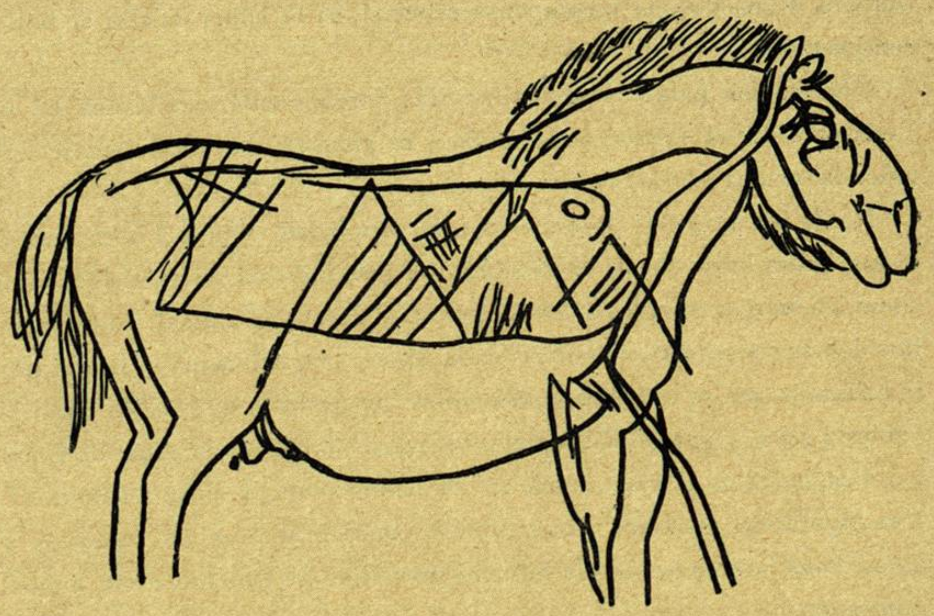
REPRESENTACIONES DE ANIMALES (GRUTA DE COMBARELLES)

El grupo de animales es la representación, á la escala aproximada de 1 : 40, de una parte de la pared de la gruta; la cabeza de caballo es el $^{1}/_{8}$ de tamaño del dibujo prehistórico; las líneas del sombreado son rayas de pintura negra.

La guerra, pues, por sus consecuencias, es el factor más temible de la desigualdad entre los hombres. Un joven guerrero más fuerte, más ágil, más diestro, más astuto que los otros y poco cuidadoso del respeto tradicional debido á los ancianos y á las costumbres, tenía grandes probabilidades de elevarse sobre sus compañeros y de ser reconocido como jefe, no sólo durante las expediciones guerreras, sino también de una manera permanente en las treguas y en la paz. Ese fué el principio de la institución que tomó su forma definitiva en la monarquía, es decir, el gobierno de uno solo, colocado de derecho ó de hecho, sobre las leyes. Millones de Luis XIV en germen precedieron al «Rey-Sol».

Pero cualquiera que sea la forma que haya tomado en la historia la apropiación de un campo, de un distrito ó de una provincia por un solo individuo, quedan siempre en el recuerdo de los hombres y en el derecho tradicional ó escrito huellas de una forma anterior de propiedad colectiva.

En muchas comarcas los propietarios de terrenos particulares traba-



REPRESENTACIÓN DE UN CABALLO (GRUTA DE COMBARELLES)

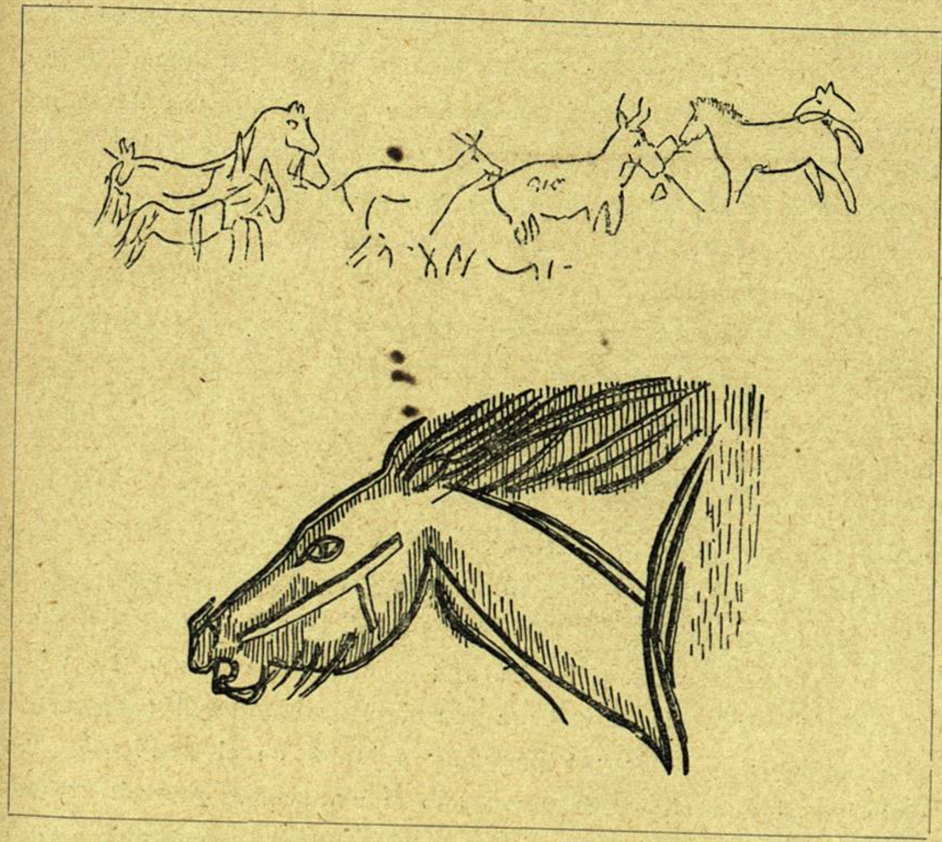
$^1/_8$ del tamaño del dibujo prehistórico.

jan juntos los días festivos, y la tierra vuelve á ser común, especialmente en Guam, la isla principal de las Marianas[1]. La ilusión del pasado renace alegremente: ¡qué júbilo en los pueblos del antiguo Bearn, cuando todos, desde el anciano hasta los niños, se reunen en las granjas para deshojar las espigas de maíz, escuchando las historias de la abuela ó los cantos de las jóvenes!

Allí donde las tierras están divididas según su naturaleza y donde los campos cultivados se han convertido estrictamente en propiedades particulares, la comunidad conserva aún algunos derechos colectivos sobre los bosques y los pastos, y las tierras sin valor quedan propiedad de todos, y hasta donde la expropiación de los pobres ha sido completa,

[1] *National Geogr. Magazine*, Mayo 1905, pág. 236.

consérvase la tradición. El lord inglés que recorre sus dominios de Irlanda comprende perfectamente el sentido oculto de las miradas que le lanzan los campesinos.



REPRESENTACIONES DE ANIMALES (GRUTA DE COMBARELLES)

El grupo de animales es la representación, á la escala aproximada de 1 : 40, de una parte de la pared de la gruta; la cabeza de caballo es el $^1/_8$ de tamaño del dibujo prehistórico; las líneas del sombreado son rayas de pintura negra.

La guerra, pues, por sus consecuencias, es el factor más temible de la desigualdad entre los hombres. Un joven guerrero más fuerte, más ágil, más diestro, más astuto que los otros y poco cuidadoso del respeto tradicional debido á los ancianos y á las costumbres, tenía grandes probabilidades de elevarse sobre sus compañeros y de ser reconocido como jefe, no sólo durante las expediciones guerreras, sino también de una manera permanente en las treguas y en la paz. Ese fué el principio de la institución que tomó su forma definitiva en la monarquía, es decir, el gobierno de uno solo, colocado de derecho ó de hecho, sobre las leyes. Millones de Luis XIV en germen precedieron al «Rey-Sol».

Como lo ha hecho notar muy justamente Gumplowicz, la monarquía es tan antigua como la humanidad: hasta es más antigua, puesto que existía ya en el mundo animal[1]. Como la mayor parte de las instituciones humanas, ésta había nacido entre nuestros antepasados los animales de la sabana y del bosque: muchas familias de animales tenían su rey, como refieren las fábulas. Especialmente ciertas especies de monos tienen jefes reconocidos, debiendo á su fuerza física, al poder de sus brazos, al vigor de sus mordiscos el respeto de que le rodean los otros monos de la banda. Las mismas pasiones tienen de una parte y de otra consecuencias análogas, y durante el curso de las edades las prácticas se han continuado siempre de generación en generación y de abuelo animal á herederos humanos, conforme al natural atávico.

Por otra parte, las lenguas, intérpretes del pensamiento, nos muestran de una manera evidente la génesis de la realeza: en casi todas las lenguas humanas, los títulos aplicados á los jefes y á los nobles han salido del hecho de la lucha[2]; el «emperador» es el que manda y dirige la batalla; el «dictador» dicta órdenes á sus soldados; el mariscal, el general, el condestable, son encargados de dirigir la caballería, el «duque» ó «herzog» conduce las bandas; el «jarl» ó «earl» es el hombre fuerte por excelencia, el valiente que hiere de muerte, el «caballero», el «escudero», el «lacayo» permanecen juntos en el combate[3]. Sin embargo, algunos títulos expresan sólo de una manera general el hecho simple de la dominación, en paz ó en guerra, tal es el nombre de «rey». En las lenguas germánicas las palabras *koning, könig, king* atribuyen al que manda una inteligencia y un conocimiento superior de las cosas. Ya el súbdito se humilla ante su amo; corresponde á generaciones avasalladas durante mucho tiempo convertirse en cortesanas.

La monarquía ha podido consolidarse fácilmente por cuanto el hombre mismo es un animal «domesticable[4]» como el perro y tantas otras especies. Domado, por el halago ó por el temor, mantenido después en la servidumbre por el hábito, el hombre abandona sus fuerzas y su vida al que posee la voluntad; pero, aunque despojándose de la dignidad

[1] Ludwig Gumplowicz, *Neue Deutsche Rundschau*, vol. 1895.
[2] Brehm, *Thierleben*.
[3] Thomas Carlyle, *Sartor Resartus*.
[4] Ludwig Gumplowicz, artículo citado, pág. 6.



VACA MARCADA Y ADORNADA (PAÍS DE LOS MASAIS, ÁFRICA ORIENTAL)

de su persona, queda hombre por el afecto, los sentimientos de respeto y de veneración, y precisamente al que le ha arrebatado su dignidad acaba frecuentemente por amar, respetar y venerar más que á todos los otros; como «perro humillado» se arrastra á los pies del amo, que le insulta y le pega.

En el mundo anterior al hombre nació y se desarrolló ese espíritu de obediencia y de abandono moral que permitió el nacimiento de las monarquías en tantas sociedades humanas, y que, durante el curso de la historia, facilitó la fundación de esos famosos imperios donde millares de hombres se sentían dichosos prosternándose en el polvo ante el paso de uno de sus semejantes. ¡Cuántas veces el último homenaje de los que perecían por el capricho de un monarca se ha elevado hacia el que con un signo les enviaba á la muerte! *¡Cæsar, morituri te salutant!* no era la suprema ironía de la desesperación, sino el último acto de la adoración.

En uno de los pequeños Estados de las islas Palaos, los jefes llevan el título de *mad*[1] ó «muerte»: nadie, según creen, puede mirarles sin morir instantáneamente.

La tendencia á la imitación es también uno de los fenómenos naturales que más han contribuído á desarrollar el espíritu monárquico en la humanidad: el débil quiere modelarse sobre el fuerte, el pobre sobre el rico, el feo sobre el hermoso y aun el hermoso sobre el horrible que es soberano.

Era, pues, inevitable que el hecho de imitación espontánea fuese por grados erigido en ley, en deber. ¿Qué súbdito osaría sustraerse á la obligación de copiar á su amo, allí donde la fuerza está sólidamente constituída? La imitación se hace lejana, respetuosa, por la población entera, y esa imitación, cambiándose poco á poco en una especie de estupor, convierte en serviles el pensamiento y la palabra.

Así en las islas Fidji, cuando un jefe caía caminando sobre un sendero escabroso, todos sus acompañantes fingían caer, y si uno solo quedaba en pie sus compañeros le maltrataban como insolente y rebelde[2]. Del mismo modo, cuando el «Gran Rey», anciano y cacoquímico, se quejaba del peso de los años, ¿qué cortesano renunciaba al mérito de ser como su señor débil y achacoso? Si una reina tiene la desgracia de ser fea, semejarse á su fealdad es la gran belleza; si es deforme, conviene aparentar una deformidad parecida.

Hay sólidos privilegios que se reservan los soberanos y que están prohibidos al común de los mortales; pero éstos tienen siempre el recurso de remedar á sus amos por medio de gestos permitidos como de buen gusto.

Un viejo instinto humano conduce á la bajeza. (HUGO)

Paralelamente hay otras pasiones que obran en medios diferentes é impulsan á la insurrección, suscitando el heroismo. En parte alguna son idénticas las circunstancias, y, por consiguiente, los resultados políticos de la lucha entre diferentes grupos de hombres sometidos á una voluntad superior y tal otro grupo cuyos miembros, en diversos grados, conservan todo ó parte de su voluntad individual, han de variar en todos

[1] Miklukho Maklaï, *Izvestiya Rousskavo Geograf. Obchtchestva*, 1877.
[2] J. Soury, *Études historiques sur... l'Asie antérieure*, pág. 321.

los lugares y en todas las edades. No obstante, conviene saber cómo corresponden normalmente desde el punto de vista geográfico las formas políticas de las sociedades á las diversas formas terrestres en la evolución primitiva de la humanidad, y á este respecto pueden establecerse reglas generales, que prevalecieron en tanto que la constitución de los grandes Estados centralizadores, teniendo á su disposición formidables medios coercitivos, no llegó á borrar los contrastes originarios.

Tomemos, por ejemplo, un país montañoso, cuya población, forzosamente esparcida, se reparte en débiles comunidades en valles de escasa extensión, bien limitados por gargantas de paso difícil y por aristas de rocas frecuentemente obstruídas por las nieves y los hielos: en esos pequeños mundos cerrados, cada uno tiene su trabajo definido por las condiciones del medio, y las jornadas se cumplen bien; siega y cercado, horticultura, corte de leña, pastoreo del ganado y fabricación del queso son las tareas que se imponen durante toda la parte viviente del año, y para un gran número de los naturales del país, el trabajo continúa durante la estación fría, á causa de la emigración temporal. La defensa es fácil en atención á lo escarpado de las rocas y á lo inaccesible de los caminos, y en el caso en que estas condiciones no impidieran el ataque de los enemigos, la táctica que ha de seguirse no tiene complicaciones que obliguen á los montañeses á someterse á un jefe único en interés de la patria minúscula: cada individuo, por sus costumbres y la conducta de su vida, confía en sí mismo; puede entenderse bien con el «primero de los pares», con el combatiente reconocido por todos como el más valiente ó el más astuto, y esto mismo constituye para éste una especie de autoridad efectiva en tiempo de peligro público, pero que no sancionaría la opinión en tiempo ordinario y que, por consiguiente, es casi nulo. El peligro del mando no toma un carácter de gravedad temible sino cuando las tribus de montañeses descienden en masa de sus alturas para conquistar las llanuras bajas y fundar imperios en ellas, donde cambian rápidamente de costumbres y acaban por perderse en las naciones próximas más civilizadas.

Los valles de Himalaya y del Hindu-kuch, los del Szetchuen, del Cáucaso, de los Alpes, de los Pirineos, de los Alpes meridionales ofrecen muchos ejemplos de esas pequeñas democracias locales que subsistieron durante miles de años, conservándose varias de ellas bajo formas moder-

nas. En la península de Malacca y en las grandes islas indo-malayas, en las islas china de Haïnan y japonesa de Formosa, las regiones del interior, irradiando sus valles alrededor de un macizo en forma de espina dorsal, están también, ó al menos lo estaban antes, habitadas por poblaciones republicanas cuyas instituciones se determinaban por la división de las tierras altas en dominios distintos.

Sin embargo, la arquitectura del macizo ó de todo el sistema de montañas puede tender á facilitar la constitución de un imperio. Así los valles lacustres en que están situadas las ciudades de Tezcuco y de Méjico y que sirven de apoyo á todo un círculo de mesetas debían dar por su posición misma una gran preponderancia á las poblaciones que las habitaban, y éstas se aprovecharon de ello para sojuzgar los habitantes de los valles divergentes, mucho más débiles y sin cohesión natural. Asimismo, las familias gobernantes de los Incas, á las cuales se habían sometido las naciones de los Aymaras y de los Quichúas, viviendo sobre las alturas andinas, entre las dos cordilleras, poseían, gracias á la forma del relieve continental, una potencia de ataque verdaderamente formidable, de que no dejaron de usar contra todos los poblados vecinos que habitaban sobre las pendientes exteriores de los montes, de un lado la vertiente del Pacífico, del otro los bosques de la Amazonia.

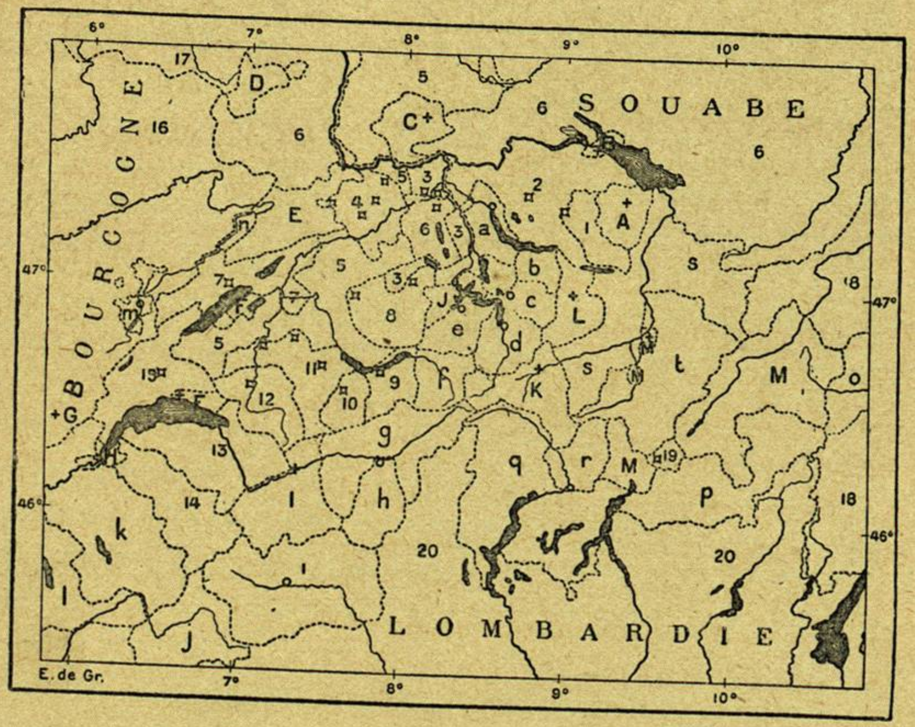
En Europa mismo, un país de montañas y de amplios valles intermediarios, Suiza, que presenta un carácter mixto desde el punto de vista geográfico, ofrece también una doble evolución en su historia: de una parte la defensa victoriosa de su independencia, gracias al acantonamiento de los pastores en depresiones de difícil acceso á las gentes de la llanura; de otra, la extensión conquistadora de la comunidad sobre las campiñas inferiores. Por eso la poderosa Berna, á la vez llanura y montaña, oligarquía y república, se apoderó del país de Vaud, que oprimió duramente hasta el fin del siglo XVIII, y los pequeños Estados asociados que rodean el lago de los «Cuatro Cantones» tuvieron bajo su dominación política el Tesino y durante mucho tiempo la Valtelina, á la manera que las águilas aterran á los carneros.

Diversas comarcas no montañosas ofrecen á sus habitantes condiciones análogas á las que presentan los valles de escasa extensión, sea que se ramifiquen alrededor de un macizo ó estén dispuestas á ambos lados de una larga arista. Hasta en llanuras continentales, en regiones panta-

nosas, en costas marítimas y en archipiélagos se encuentran distritos que

N.° 38. Fragmentación de un territorio montañoso, hace 600 años

(Véase pág. 262)



1: 3 500 000

50 100 150 kil.

Territorios eclesiásticos

A. Abadía de Saint-Gall.
B. Obispado de Constanza.
C. Abadía de Saint-Blasien.
D. Obispado de Estrasburg.
E. Obispado de Bale.
F. Obispado de Lausana.
G. Abadía de Saint-Claude.
H. Obispado de Ginebra.
I. Obispado de Sión.
J. Abadía de Murbach.
K. Abadía de Dissentis.
L. Abadía de Glaris.
M. Obispado de Coire.

Territorios democráticos ó dudosos

a. Zurich.
b. Rapperschwyl.
c. Schwytz.
d. Uri
e. Stanz.
f. Haslithal.
g. Alto-Valais.
h. Viege (Visp).
i. Valle de Aosta.
j. Tarentaire.
k. Ginebrés.
l. Saboya.
m. Barochage de Pontarlier.
n. Francas-Montañas (1383).
o. Tirol.
p. Valtelina.
q. Valles del Tesino.
r. Bellinzona.
s. Bludenz, Sargans, etc.
t. Prattigau, Razunes, etc.

Territorios feudales ó dudosos

1. Toggenburg.
2. Kyburg.
3. Habsburg.
4. Falkenstein, Thierst, etc.
5. De Freiburg á Soleure y Brisgan (Zahringen).
6. Lenzburg y Alta-Alsacia (Hohenstaufen).
7. Neuchatel.
8. Brandis, etc.
9. Unspunnen, etc.
10. Tellenberg.
11. Wissenberg, etc.
12. Gruyere.
13. Chablais.
14. Faucigny.
15. Cossonay, etc.
16. Bourgogne.
17. Lorraine.
18. Maison de Wittelsbach.
19. Bergallia.
20. Lombardía.

por sus condiciones naturales favorecen el nacimiento de pequeñas comu-

nas. En la península de Malacca y en las grandes islas indo-malayas, en las islas china de Haïnan y japonesa de Formosa, las regiones del interior, irradiando sus valles alrededor de un macizo en forma de espina dorsal, están también, ó al menos lo estaban antes, habitadas por poblaciones republicanas cuyas instituciones se determinaban por la división de las tierras altas en dominios distintos.

Sin embargo, la arquitectura del macizo ó de todo el sistema de montañas puede tender á facilitar la constitución de un imperio. Así los valles lacustres en que están situadas las ciudades de Tezcuco y de Méjico y que sirven de apoyo á todo un círculo de mesetas debían dar por su posición misma una gran preponderancia á las poblaciones que las habitaban, y éstas se aprovecharon de ello para sojuzgar los habitantes de los valles divergentes, mucho más débiles y sin cohesión natural. Asimismo, las familias gobernantes de los Incas, á las cuales se habían sometido las naciones de los Aymaras y de los Quichúas, viviendo sobre las alturas andinas, entre las dos cordilleras, poseían, gracias á la forma del relieve continental, una potencia de ataque verdaderamente formidable, de que no dejaron de usar contra todos los poblados vecinos que habitaban sobre las pendientes exteriores de los montes, de un lado la vertiente del Pacífico, del otro los bosques de la Amazonia.

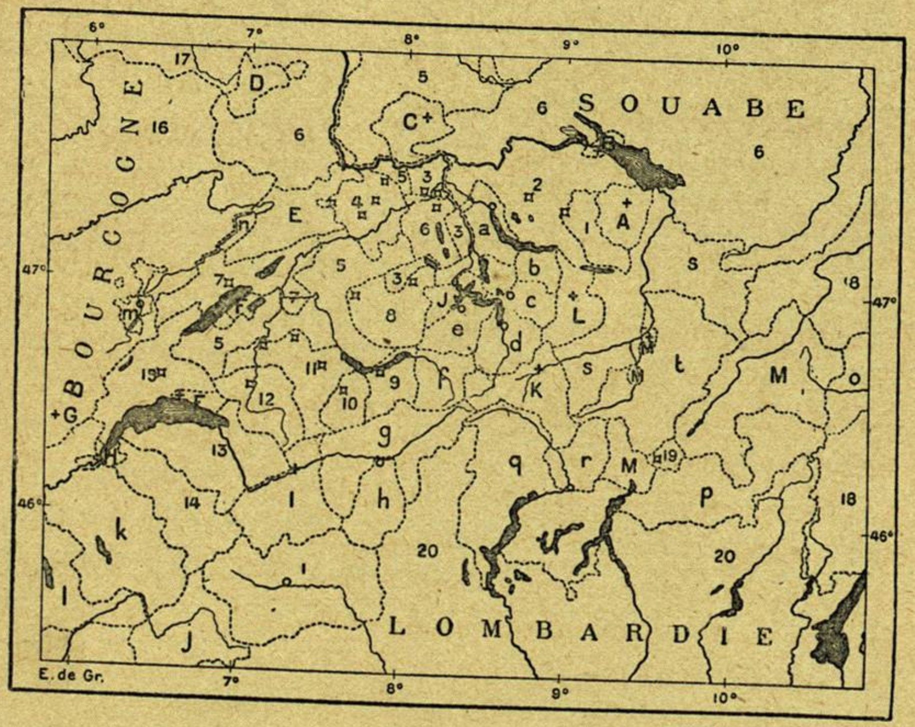
En Europa mismo, un país de montañas y de amplios valles intermediarios, Suiza, que presenta un carácter mixto desde el punto de vista geográfico, ofrece también una doble evolución en su historia: de una parte la defensa victoriosa de su independencia, gracias al acantonamiento de los pastores en depresiones de difícil acceso á las gentes de la llanura; de otra, la extensión conquistadora de la comunidad sobre las campiñas inferiores. Por eso la poderosa Berna, á la vez llanura y montaña, oligarquía y república, se apoderó del país de Vaud, que oprimió duramente hasta el fin del siglo XVIII, y los pequeños Estados asociados que rodean el lago de los «Cuatro Cantones» tuvieron bajo su dominación política el Tesino y durante mucho tiempo la Valtelina, á la manera que las águilas aterran á los carneros.

Diversas comarcas no montañosas ofrecen á sus habitantes condiciones análogas á las que presentan los valles de escasa extensión, sea que se ramifiquen alrededor de un macizo ó estén dispuestas á ambos lados de una larga arista. Hasta en llanuras continentales, en regiones panta-

nosas, en costas marítimas y en archipiélagos se encuentran distritos que

N.° 38. Fragmentación de un territorio montañoso, hace 600 años

(Véase pág. 262)



1: 3 500 000

50 100 150 kil.

Territorios eclesiásticos

A. Abadía de Saint-Gall.
B. Obispado de Constanza.
C. Abadía de Saint-Blasien.
D. Obispado de Estrasburg.
E. Obispado de Bale.
F. Obispado de Lausana.
G. Abadía de Saint-Claude.
H. Obispado de Ginebra.
I. Obispado de Sión.
J. Abadía de Murbach.
K. Abadía de Dissentis.
L. Abadía de Glaris.
M. Obispado de Coire.

Territorios democráticos ó dudosos

a. Zurich.
b. Rapperschwyl.
c. Schwytz.
d. Uri
e. Stanz.
f. Haslithal.
g. Alto-Valais.
h. Viege (Visp).
i. Valle de Aosta.
j. Tarentaire.
k. Ginebrés.
l. Saboya.
m. Barochage de Pontarlier.
n. Francas-Montañas (1383).
o. Tirol.
p. Valtelina.
q. Valles del Tesino.
r. Bellinzona.
s. Bludenz, Sargans, etc.
t. Prattigau, Razunes, etc.

Territorios feudales ó dudosos

1. Toggenburg.
2. Kyburg.
3. Habsburg.
4. Falkenstein, Thierst, etc.
5. De Freiburg á Soleure y Brisgan (Zahringen).
6. Lenzburg y Alta-Alsacia (Hohenstaufen).
7. Neuchatel.
8. Brandis, etc.
9. Unspunnen, etc.
10. Tellenberg.
11. Wissenberg, etc.
12. Gruyere.
13. Chablais.
14. Faucigny.
15. Cossonay, etc.
16. Bourgogne.
17. Lorraine.
18. Maison de Wittelsbach.
19. Bergallia.
20. Lombardía.

por sus condiciones naturales favorecen el nacimiento de pequeñas comu-

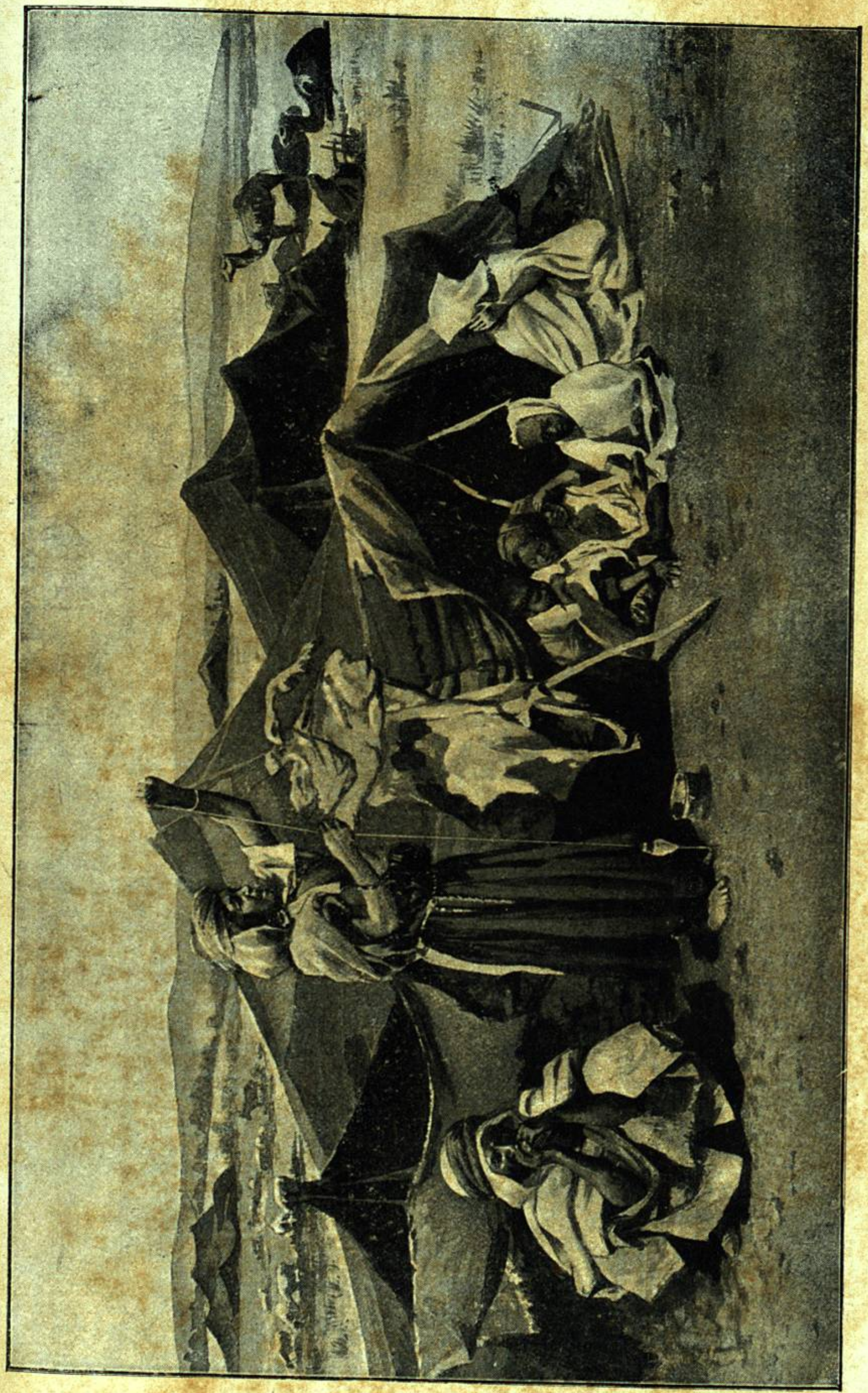
nidades distintas que gozan de una positiva autonomía en un organismo federal.

De ese modo, el régimen primitivo determinado por la naturaleza misma de los lugares, había de conservarse hasta en los tiempos modernos en países como el de los Frisones, donde las comunicaciones se habían hecho difíciles, del lado del mar por la falta de profundidad y la violencia de las tempestades, del lado de tierra por los pantanos y las praderas temblorosas. Los espacios secos y fértiles que ocupan la zona intermediaria eran otros tantos islotes respetados por el vaivén de las conquistas y estaban poblados por gentes que de siglo en siglo habían adquirido la práctica de la libertad: podían esperar el olvido, á menos que el desastre de un diluvio les forzase á salir de sus retiros para tomar parte en las guerras de sus vecinos.

Algunos oasis esparcidos en las arenas, como los de Egipto y de Arabia, lo mismo que ciertas islas vecinas unas de otras y poco diferentes en extensión y en recursos, especialmente las del mar Egeo y de ciertos pasajes insulindianos ofrecían ventajas análogas para facilitar una constitución republicana de sus habitantes. Poblaciones de pastores que viven cada una en un pliegue de la estepa han podido también conservarse durante largos siglos en un bello equilibrio de paz y de libertad; pero en cuanto un conquistador los reunía en una horda, es decir, en un «campo de guerra», ó rechazados en masa por alguna revolución de la Naturaleza ó de la historia, se veían forzadas de rechazo á extenderse violentamente por el mundo, todo cambiaba bruscamente en su género de vida y en su influencia sobre los otros hombres.

No hay azote comparable al de una nación oprimida que hace recaer la opresión, como por furor de venganza, sobre los pueblos que oprime á su vez. La tiranía y la opresión se ordena jerárquicamente en la inmensidad de las multitudes que tienen á su cabeza un amo universal, en su base una masa envilecida de esclavos, y como intermediarios una turba de subordinados de una parte y sobreimpuestos de otra, que imponen rabiosamente á sus inferiores las violencias que ellos mismos habían sufrido antes.

La organización política de un conjunto considerable de hombres depende en gran parte de su número, porque la dominación de un amo misterioso sobre desconocidos por mediación de «lugartenientes», de



TRIBU DE PASTORES ÁRABES QUE VIVEN EN LAS ESTEPAS

Dibujo de G. Roux, según documentos fotográficos.

«procónsules» ó de «virreyes» es mucho más difícil de conservar que los privilegios de un camarada, de un compañero de existencia sobre las centenas ó miles de hombres que le rodean.

Es de toda evidencia que las vicisitudes y las rebeldías locales sólo tienen un escaso valor histórico en comparación de las revoluciones que abrazan naciones enteras por una serie de reacciones directas ó indirectas. De ahí el resultado capital cumplido en la evolución por todos los hechos que rompieron el aislamiento de las tribus, para mezclarlas con otras sociedades, próximas ó lejanas, ó unirlas en una sola masa por federaciones ó conquistas. Los cambios del relieve y de los contornos terrestres procedentes de conmociones volcánicas, derrame de lavas, desprendimientos, inundaciones y tempestades tuvieron su influencia en el cambio de residencia de los pueblos y en su reconstitución, lo mismo que los contagios y las plagas de todas clases, las guerras, las persecuciones y las retiradas. Los descubrimientos de pasos á través de las montañas, los bosques, los ríos, los brazos de mar se cuentan también en el número de los grandes acontecimientos ocurridos en la prehistoria. Verdad es que estos últimos hechos pasarían en su mayor parte desapercibidos, cumpliéndose en detalle por mil iniciativas locales.

Diferentes por las costumbres, los usos, el color y el matiz de la piel, el cráneo, la estructura de los órganos que contribuyen á la emisión de la voz, los grupos humanos que el medio separaba en hordas, tribus y naciones, se han encontrado tan absolutamente aislados los unos de los otros, que la boca no se ha acomodado á pronunciar los mismos sonidos ni el oído á percibirlos. Las lenguas se han formado como los tipos nacionales, y, como esos mismos tipos, han buscado su estado de equilibrio, los unos sencillamente para conservarse, los otros para ganar poco á poco en extensión.

Alrededor del mundo histórico actual, constituído por las civilizaciones conscientes, se dibuja el mundo prehistórico de las lenguas no escritas, ó recogidas solamente por las sociedades de evangelización religiosa francesas, alemanas y principalmente anglo-sajonas; y esos diferentes modos de hablar, cuyo número se eleva á muchos miles, evolucionan de muy diferente modo según las condiciones que les rodean: el aislamiento, las relaciones amistosas con los vecinos ó las presiones laterales

que les obligan á cambiar de lugar, á transformarse y hasta á perecer.

En Oceanía, en las numerosas tierras de la Insulindia, se ha producido la lucha entre las lenguas generales de gran extensión, tales como el maori, el malayo y los idiomas locales. El contacto y los cambios comerciales, que han tenido por consecuencia definitiva unir y unificar los individuos, resulta que después de los millones de años de curso recíproco, las grandes lenguas de tráfico han extendido su área sobre grandes superficies; sin embargo, no faltan pequeñas tribus, en Celebes, en la Nueva Guinea y en Australia, que poseen cada una, como nidos de pájaros, su hablar diferente. Del mismo modo, en el continente de Africa, las grandes lenguas conquistadoras, el árabe, el suaheli, el haussa, varios idiomas bantus y en la actualidad las jergas inglesas y otras se imponen sobre los lenguajes naturales; ¡pero cuántas pequeñas comunidades hay donde se entienden aún por medio de palabras desconocidas en otro lugar!

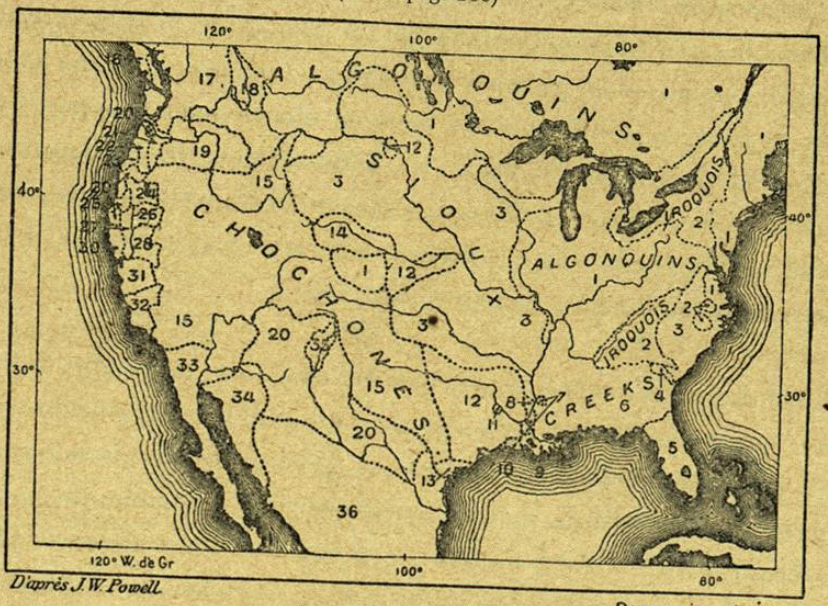
La América meridional es el continente donde la población primitiva está todavía más esparcida, y donde, por contraste, está más ampliamente representada la serie de los vocabularios distintos. Hay miles de grupos amazónicos cada uno con su dialecto, gracias á la paz establecida entre unas tribus de cultura equivalente y sin ascendiente especial. Sin embargo al Oeste, en las montañas, el quichúa, el aquara, el tahuelche tuvieron en tiempos pasados un gran poder de absorción, y, en el Brasil central, el vaivén de los bateleros sobre los ríos hizo del guarani una lengua que mereció ser llamada *lingoa geral*. Por último, en la América septentrional, las lenguas de los Pieles-Rojas estaban en guerra como las mismas tribus, y se comprueba que muchas de ellas parecían hallarse en vía de desaparición: en California, en el Oregón, sobre todo en la vertiente del Pacífico, la presión de los conquistadores ha reducido á las naciones indias en un espacio cada día más estrecho.

Así como la lengua transmite fugitivamente el pensamiento emanado del grupo, la mano trata de defenderla, de conservarla, hasta de eternizarla, puesto que en todas partes encontramos signos grabados: marcas simbólicas, pictografías y jeroglíficos cuyo objeto es la escritura en que los rasgos responden á los sonidos. Todos los arqueólogos nos muestran dibujos rupestres, elementales en su mayor parte, pero perfectamente escogidos para responder á ideas sencillas. La cruz, el círculo,

la cúpula, la greca, el laberinto se encuentran en todas partes [1]; pero lo difícil es hallar la filiación entre los primeros signos y nuestros alfabetos. Los indios de la América del Norte, los Quichúas con sus nudos

N.º 39. Lenguas de los Pieles-Rojas

(Véase pág. 266)



D'après J. W. Powell. Bosquejo cónico

1 : 50 000 000

0 250 1000 2000 kil

1. Algonquinos,
2. Iroqueses,
3. Siux.
4. Uchean.
5. Timuquanan.
6. Muskugies ó Creeks.
7. Tonikan.
8. Natchez.
9. Chitimachan.
10. Attacapan.
11. Adaizan.
12. Caddoan.
13. Karankawan.
14. Kiowan.
15. Chochones.
16. Wakashan ó Chimakuan.
17. Salichan.
18. Kitunahan.
19. Chahaptian.
20. Athapascan.
21. Chinkokan y Wanlatpuan.
22. Kalapooian y Salichan.
23. Yakonan y Kusan.
24. Takilman, Lutuamian y Sastean.
25. Quoratean, Weitspekan, Chimarikan y Wichoskan,
26. Palaihnihan y Yanan.
27. Copehan.
28. Pajunan y Wachoan.
29. Kulanapan, Yukian.
30. Moquelumnan.
31. Costanoan, Mariposan, Esselenian y Moquelumnan.
32. Salinan, Chumachan y Mariposan.
33. Yuman.
34. Piman, Seri.
35. Tañoan, Keresan.
36. Zuñi, Coahuiltecan y Athapascan.

Se han conservado los nombres americanos por carecer de nombres usados en francés.

de cuerdas, los Dahomeyanos de la Guinea con sus sécadas ó signos

[1] Georges Courty, *Sur les signes rupestres de Seine-et-Oise*; Charles Letourneau, *passim*, etcétera.

que les obligan á cambiar de lugar, á transformarse y hasta á perecer.

En Oceanía, en las numerosas tierras de la Insulindia, se ha producido la lucha entre las lenguas generales de gran extensión, tales como el maori, el malayo y los idiomas locales. El contacto y los cambios comerciales, que han tenido por consecuencia definitiva unir y unificar los individuos, resulta que después de los millones de años de curso recíproco, las grandes lenguas de tráfico han extendido su área sobre grandes superficies; sin embargo, no faltan pequeñas tribus, en Celebes, en la Nueva Guinea y en Australia, que poseen cada una, como nidos de pájaros, su hablar diferente. Del mismo modo, en el continente de Africa, las grandes lenguas conquistadoras, el árabe, el suaheli, el haussa, varios idiomas bantus y en la actualidad las jergas inglesas y otras se imponen sobre los lenguajes naturales; ¡pero cuántas pequeñas comunidades hay donde se entienden aún por medio de palabras desconocidas en otro lugar!

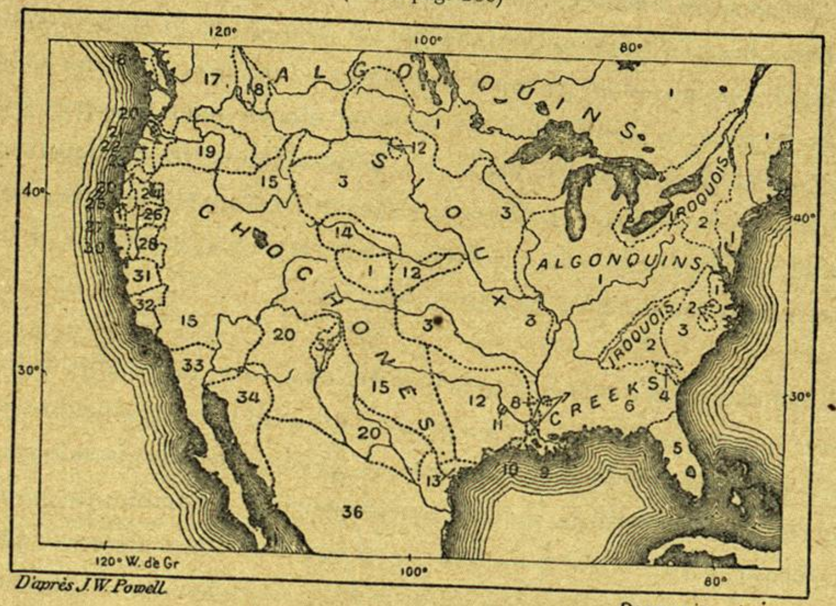
La América meridional es el continente donde la población primitiva está todavía más esparcida, y donde, por contraste, está más ampliamente representada la serie de los vocabularios distintos. Hay miles de grupos amazónicos cada uno con su dialecto, gracias á la paz establecida entre unas tribus de cultura equivalente y sin ascendiente especial. Sin embargo al Oeste, en las montañas, el quichúa, el aquara, el tahuelche tuvieron en tiempos pasados un gran poder de absorción, y, en el Brasil central, el vaivén de los bateleros sobre los ríos hizo del guarani una lengua que mereció ser llamada *lingoa geral*. Por último, en la América septentrional, las lenguas de los Pieles-Rojas estaban en guerra como las mismas tribus, y se comprueba que muchas de ellas parecían hallarse en vía de desaparición: en California, en el Oregón, sobre todo en la vertiente del Pacífico, la presión de los conquistadores ha reducido á las naciones indias en un espacio cada día más estrecho.

Así como la lengua transmite fugitivamente el pensamiento emanado del grupo, la mano trata de defenderla, de conservarla, hasta de eternizarla, puesto que en todas partes encontramos signos grabados: marcas simbólicas, pictografías y jeroglíficos cuyo objeto es la escritura en que los rasgos responden á los sonidos. Todos los arqueólogos nos muestran dibujos rupestres, elementales en su mayor parte, pero perfectamente escogidos para responder á ideas sencillas. La cruz, el círculo,

la cúpula, la greca, el laberinto se encuentran en todas partes [1]; pero lo difícil es hallar la filiación entre los primeros signos y nuestros alfabetos. Los indios de la América del Norte, los Quichúas con sus nudos

N.° 39. Lenguas de los Pieles-Rojas

(Véase pág. 266)



D'après J.W. Powell.

Bosquejo cónico

1 : 50 000 000

0 250 1000 2000 kil

1. Algonquinos,
2. Iroqueses,
3. Siux.
4. Uchean.
5. Timuquanan.
6. Muskugies ó Creeks.
7. Tonikan.
8. Natchez.
9. Chitimachan.
10. Attacapan.
11. Adaizan.
12. Caddoan.
13. Karankawan.
14. Kiowan.
15. Chochones.
16. Wakashan ó Chimakuan.
17. Salichan.
18. Kitunahan.
19. Chahaptian.
20. Athapascan.
21. Chinkokan y Wanlatpuan.
22. Kalapooian y Salichan.
23. Yakonan y Kusan.
24. Takilman, Lutuamian y Sastean.
25. Quoratean, Weitspekan, Chimarikan y Wichoskan,
26. Palaihnihan y Yanan.
27. Copehan.
28. Pajunan y Wachoan.
29. } Kulanapan, Yukian.
30. } Moquelumnan.
31. Costanoan, Mariposan, Esselenian y Moquelumnan.
32. Salinan, Chumachan y Mariposan.
33. Yuman.
34. Piman, Seri.
35. Tañoan, Keresan.
36. Zuñi, Coahuiltecan y Athapascan.

Se han conservado los nombres americanos por carecer de nombres usados en francés.

de cuerdas, los Dahomeyanos de la Guinea con sus sécadas ó signos

[1] Georges Courty, *Sur les signes rupestres de Seine-et-Oise*; Charles Letourneau, *passim*, etcétera.

inscritos sobre fragmentos de calabaza sostenían correspondencias muy vivas y detalladas á través de todo el país.

En todos los pueblos se calificó la lengua de «maternal» en todo tiempo y con buen derecho: las madres fueron siempre las pacientes educadoras de la infancia. El padre se calla, pero la madre repite las palabras, hace la cotorra para animar al hijo á que lo haga también. La mujer suministra el primer vocabulario, el primer cuaderno de canciones, la primera recopilación de cuentos; ella es quien conserva y permite así el desarrollo de todas las adquisiciones de la humanidad. Además, «todo lo que hay de verdaderamente indispensable para el régimen de la vida nos ha sido enseñado por las mujeres: la sonrisa, la bella expresión, la urbanidad y el arte de agradar [1].»

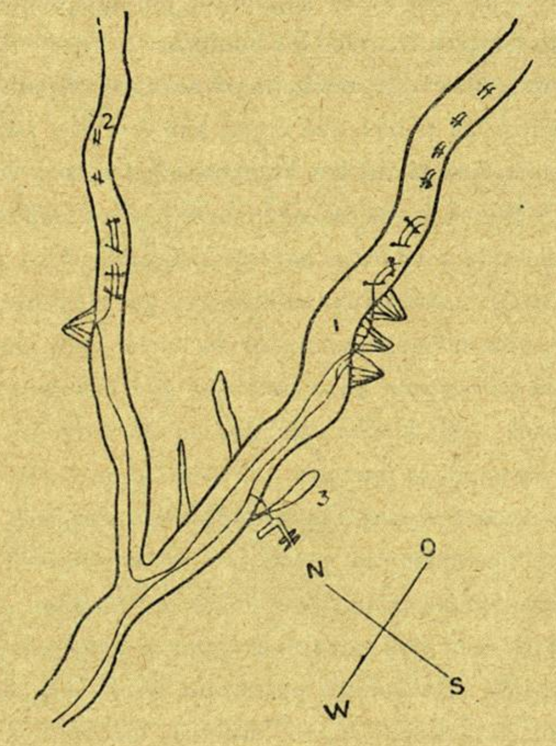
Las influencias directas del suelo y del clima que el hombre sufre en primer lugar y que aprende á combatir creando y desarrollando industrias, acomodando de diverso modo su género de existencia á medios diferentes y ayudándose mutuamente de hombre á hombre, de poblado á poblado y de nación á nación, se complican con reacciones que se producen en su inteligencia, sugiriéndole explicaciones ingenuas de todos los hechos del mundo exterior. El niño, hombre ó pueblo no puede admitir la menor vacilación respecto á la causalidad de todo lo que impresiona sus sentidos: exige una respuesta á todos los problemas que se le ponen delante; pero, no teniendo aún ciencia positiva, para comprender el universo ha de contentarse con alucinaciones de su vista, con sueños inciertos de su pensamiento, con interpretaciones que le dan su miedo ó su deseo: no sabe, pero cree, y se sentiría irritado si se expusiera la menor duda sobre el objeto de su fe, de que participan con la misma seguridad los amigos y los compañeros de clan, todos los que se encuentran bajo la acción de un medio idéntico. Este conjunto de creencias ilusorias y de esperanzas quiméricas, esas leyendas incoherentes sobre el mundo visible é invisible, esas narraciones primitivas que la tradición recoge y que el poder de la herencia transforma en dogmas absolutos son lo que se llama la «religión».

Por odio á determinado culto dominante, cuyos poderosos intérpretes

[1] Remy de Gourmont, *Le Chemin de Velours;* Patrick Geddes.

querían imponer sus prácticas aun á los no creyentes, ciertos escritores han creído que podrían afirmar que algunas poblaciones, viviendo sin religión, carecían por completo de la idea de un más allá; que, sencillamente ocupadas de los intereses inmediatos de su vida diaria, se limitaban á buscar su bienestar material sin preguntarse la causa de los fenómenos que les rodeaban, sin cuidarse de su origen en el mundo desconocido.

Un viajero que tenía una cita con unos Jukaguires en la confluencia del Kolyma y del Korkodon (Siberia oriental) encontró, no los indígenas, sino esta carta grabada en la corteza de un abedul, y la leyó así: Este verano han remontado cuatro familias el Korkodon (1); un hombre (designado por su signo totémico) murió y fué enterrado en 3. Las familias se establecieron más arriba en tres tiendas; después dos de ellas, comprendiendo cuatro pescadores, partieron hacia el origen del Korkodon en dos barcas grandes, en tanto que las otras familias, que no contaban más que con dos pescadores y no tenían más que una tienda remontaron el afluente Ras'socha (2).



PICTOGRAFÍA DE LOS JUKAGUIRES

Aseguran que existen pueblos esencialmente irreligiosos: tales son los Ta-Ola ú «Hombres de los Bosques» que los dos Sarrazin han descubierto en las profundidades silvestres de Celebes.

Para dar cuerpo á esta afirmación, se cita el ejemplo de excavaciones practicadas en terrenos donde existieron poblaciones prehistóricas, donde no se ha hallado ningún objeto que pareciese haber servido para las ceremonias de un culto: en medio de tantos instrumentos, muchos de los cuales tuvieron un uso todavía inexplicado, no se ve ninguno que pa-

rezca haber sido empleado por los sacerdotes para evocar los dioses benéficos ó para conjurar los genios malos. Aunque el hecho fuera incontestable y las herencias legadas por nuestros antepasados no hubiesen contenido—cosa poco probable—ni fetiches, ni amuletos, ni varillas mágicas, no se estaría autorizado para deducir de ello que el hombre primitivo, simple máquina de funciones corporales, no hubiese sido solicitado por la curiosidad de lo desconocido. Ignorar la causa de un hecho y, no obstante, suponerla por imaginación pura es un contrasentido natural de todos los hombres.

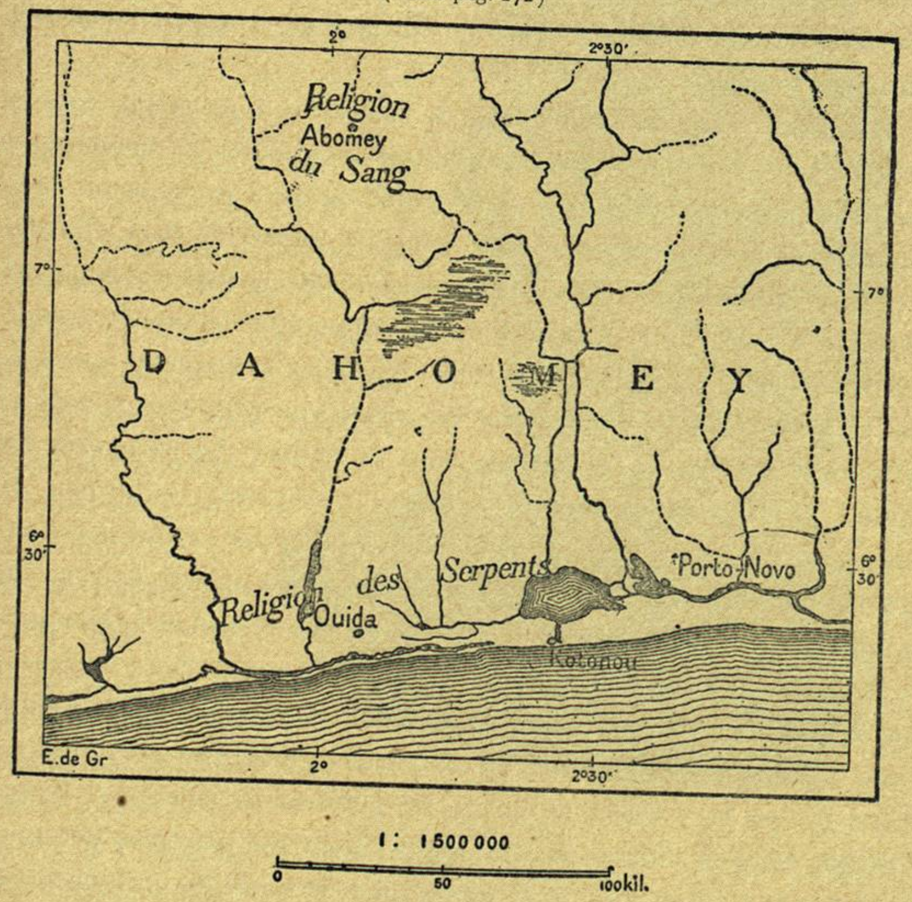
Pero ¿sobre qué testimonios se apoyan para exponer la opinión de que, entre las tribus que viven aún ó vivían recientemente fuera de la influencia directa de los blancos, muchas son extrañas á toda idea religiosa? Sobre los de los misioneros ú otros viajeros cristianos que habían de tener una tendencia natural á considerar su propia religión como la única real: cuando á la enunciación de sus creencias, católicas ó protestantes, eran acogidas con risas de burla ó por una admiración estúpida, sacaban en seguida en conclusión que sus interlocutores no eran seres religiosos. Así fueron juzgados en un principio casi todos los pueblos de civilización no europea. Australianos, Cafres, Hotentotes y Polinesios, á pesar de tener una mitología tan completa y cuyo estudio ha sido tan útil en todas las cuestiones de mentalidad comparada, fueron en tiempos pasados clasificados entre los pueblos desprovistos de religión. Por lo demás, hay salvajes á quienes agrada desatender las preguntas indiscretas. Un viajero encuentra en la isla de Ceylán unos jóvenes Veddah de aspecto digno, sólidos, melenudos y barbudos, y les pregunta: «¿Hay un Dios?—No lo sabemos—¿Viven el sol y la luna?—¡Quién lo sabe!—¿Qué es del alma después de la muerte?—Lo ignoramos.—¿Tenéis miedo de los demonios en el bosque?—No». Semejantes hechos no prueban más que una cosa, la incompatibilidad de humor entre los Veddah y sus interlocutores blancos [1].

Otro origen de confusión proviene de la calificación de «ateas» que filósofos y teólogos han dado á las sectas, aun siendo profundamente religiosas, que no ponen á la cabeza del panteón, en la cima del Olimpo

[1] Rütimeyer, *Globus*, n.º 13, 2 abril 1903.

ó del Meru un dueño supremo, un dios único, á la vez creador, conservador y destructor. Así, por una extraña contradicción, los budistas, cuya doctrina ó más bien las diversas doctrinas atestiguan un estudio concienzudo y profundo de la naturaleza presente y del otro mundo, han

N.º 40. Religiones del Dahomey
(Véase pág. 272)



sido declarados antireligiosos, porque el exceso mismo de sus sentimientos suscitaba en ellos el deseo de perderse en el infinito de las cosas.

Es cierto que hay tribus ó poblaciones que, viviendo en un medio favorable de paz y de bienestar, se han cuidado relativamente poco de los misterios de la vida y de la muerte, y, celosas de su libertad, no han dejado que sobre ellas se constituyera una casta de sacerdotes, pero no por eso dejaban de estar compuestas de «animales religiosos» [1], como

[1] A. de Quatrefages, *L'Espèce humaine*, págs. 349 y siguientes.

todos sus otros congéneres humanos. Por esta definición de animal religioso dada al hombre, Quatrefages tenía la intención de constituir un «reino humano» aparte, suspendido, por decirlo así, entre el cielo y la tierra; pero por eso mismo los «hermanos menores» del hombre se hallaron colocados en la misma categoría del hermano mayor. Muchos filósofos modernos, entre otros Comte, están dispuestos á admitirle, al menos en cierta estrecha medida, y Tito Vignoli reconoce el origen del mito en el animal lo mismo que en el hombre [1].

Las obras antiguas están llenas de historietas ó de relatos graves, mostrándonos la firme creencia de nuestros antepasados en la semejanza originaria de las concepciones entre todos los seres organizados. Los animales pasaban por iguales desde todos los puntos de vista, y podían ser hasta nuestros superiores, ya que muchos de ellos fueron escogidos como objeto del culto. ¿No se adora en mil pueblos del mundo, y especialmente en el país africano de Uidá (Whydah), la serpiente que nace de la Tierra y que, arrollándose en círculo y mordiéndose la cola es el ser que no tiene fin, el símbolo de la Eternidad? En la leyenda hebraica, la serpiente representa la misma inteligencia, la ciencia del Bien y del Mal. En las religiones hindas, tan ricas en transformaciones de toda especie, de la planta al animal y del animal al dios, ¿no es Ganesa, es decir, el Elefante, el que llegó á ser el tipo de la sabiduría, y, en la isla de Bali, no han hecho de él, con Durga y Siva, la tercera persona de la Trinidad? ¿No son el mono Hanuman y sobre todo la vaca sagrada de los Brahmanes las divinidades grandísimas hacia las cuales se dirigen las miradas de doscientos millones de hombres? Apis y Anubis reinaron durante muchos siglos sobre los ribereños del Nilo, y el dios de los Judíos no dió la fuerza soberana entre los que inmediatamente le rodeaban á unos toros alados ó «querubines», y á unos «serafines» ó grandes saltamontes? También rindieron un culto religioso las tribus primitivas á los animales del bosque, de la sabana y del mar, al ciervo, al carabao, al corzo, al antílope, al castor, al oso, al bisonte, al casuario, á la foca y á la ballena, todos animales que grupos de familias reivindicaban orgullosamente como antepasados. Por una especie de atavismo, unos negros de Haiti — y se les achacaba á gran crimen — adoraban al dios de sus antepasados del Dahomey, la serpiente Vodu.

[1] Tito Vignoli, *Myth and Science*.

Hasta los cristianos, en cuyo nombre niegan ciertos filósofos la religiosidad á esos animales, á pesar de que su nombre significa «poseedores del soplo» ó «que tienen un alma», han solido faltar á la lógica en su historia religiosa, puesto que algunas asambleas de la Iglesia, afirmando la responsabilidad de tal ó cual animal, le condenó á la hoguera, á la horca ó al hacha. ¿Y no va acompañado cada evangelista de su animal emblemático? En realidad cada pueblo se inclina fácilmente á dotar á los seres vivientes de sus propias creencias. Los concilios cristianos conjuraban á los animales en nombre de la «Santísima Trinidad», y la mitología de la Edad Media, haciendo de los animales los intérpretes de la Virgen ó de Satanás, santos ó demonios, les atribuía siempre el más seguro conocimiento de la «santa religión».



GANESA, EL ELEFANTE, TIPO DE LA SABIDURÍA
(Museo Guimet.)

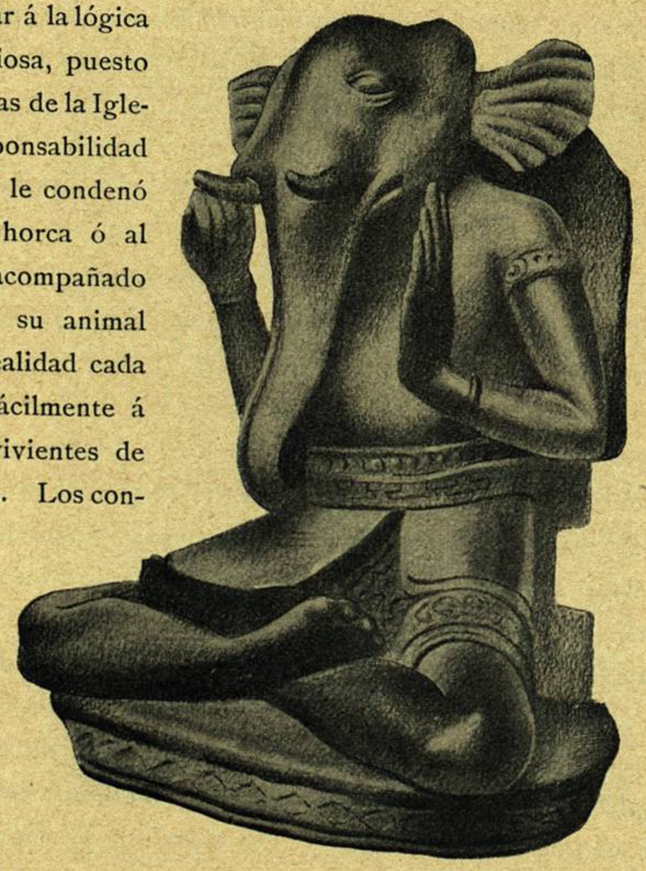
Del mismo modo, los Peruanos, hijos de los Quichúas y de los Aimaras, que fueron ellos mismos adoradores del Sol, han conservado mucho de su antiguo culto para imaginarse que las llamas, sus animales de carga, no dejan nunca, á la salida del astro, de volverse hacia él y de saludarle con ligeros balidos. Demasiado tímidos para atreverse, á pesar de sus sacerdotes venidos de ultramar, á prosternarse ante el orbe sublime que de repente abrillanta los montes, los Andinos

todos sus otros congéneres humanos. Por esta definición de animal religioso dada al hombre, Quatrefages tenía la intención de constituir un «reino humano» aparte, suspendido, por decirlo así, entre el cielo y la tierra; pero por eso mismo los «hermanos menores» del hombre se hallaron colocados en la misma categoría del hermano mayor. Muchos filósofos modernos, entre otros Comte, están dispuestos á admitirle, al menos en cierta estrecha medida, y Tito Vignoli reconoce el origen del mito en el animal lo mismo que en el hombre [1].

Las obras antiguas están llenas de historietas ó de relatos graves, mostrándonos la firme creencia de nuestros antepasados en la semejanza originaria de las concepciones entre todos los seres organizados. Los animales pasaban por iguales desde todos los puntos de vista, y podían ser hasta nuestros superiores, ya que muchos de ellos fueron escogidos como objeto del culto. ¿No se adora en mil pueblos del mundo, y especialmente en el país africano de Uidá (Whydah), la serpiente que nace de la Tierra y que, arrollándose en círculo y mordiéndose la cola es el ser que no tiene fin, el símbolo de la Eternidad? En la leyenda hebraica, la serpiente representa la misma inteligencia, la ciencia del Bien y del Mal. En las religiones hindas, tan ricas en transformaciones de toda especie, de la planta al animal y del animal al dios, ¿no es Ganesa, es decir, el Elefante, el que llegó á ser el tipo de la sabiduría, y, en la isla de Bali, no han hecho de él, con Durga y Siva, la tercera persona de la Trinidad? ¿No son el mono Hanuman y sobre todo la vaca sagrada de los Brahmanes las divinidades grandísimas hacia las cuales se dirigen las miradas de doscientos millones de hombres? Apis y Anubis reinaron durante muchos siglos sobre los ribereños del Nilo, y el dios de los Judíos no dió la fuerza soberana entre los que inmediatamente le rodeaban á unos toros alados ó «querubines», y á unos «serafines» ó grandes saltamontes? También rindieron un culto religioso las tribus primitivas á los animales del bosque, de la sabana y del mar, al ciervo, al carabao, al corzo, al antílope, al castor, al oso, al bisonte, al casuario, á la foca y á la ballena, todos animales que grupos de familias reivindicaban orgullosamente como antepasados. Por una especie de atavismo, unos negros de Haiti — y se les achacaba á gran crimen — adoraban al dios de sus antepasados del Dahomey, la serpiente Vodu.

[1] Tito Vignoli, *Myth and Science.*

Hasta los cristianos, en cuyo nombre niegan ciertos filósofos la religiosidad á esos animales, á pesar de que su nombre significa «poseedores del soplo» ó «que tienen un alma», han solido faltar á la lógica en su historía religiosa, puesto que algunas asambleas de la Iglesia, afirmando la responsabilidad de tal ó cual animal, le condenó á la hoguera, á la horca ó al hacha. ¿Y no va acompañado cada evangelista de su animal emblemático? En realidad cada pueblo se inclina fácilmente á dotar á los seres vivientes de sus propias creencias. Los concilios cristianos conjuraban á los animales en nombre de la «Santísima Trinidad», y la mitología de la Edad Media, haciendo de los animales los intérpretes de la Virgen ó de Satanás, santos ó demonios, les atribuía siempre el más seguro conocimiento de la «santa religión».



GANESA, EL ELEFANTE, TIPO DE LA SABIDURÍA

(Museo Guimet.)

Del mismo modo, los Peruanos, hijos de los Quichúas y de los Aimaras, que fueron ellos mismos adoradores del Sol, han conservado mucho de su antiguo culto para imaginarse que las llamas, sus animales de carga, no dejan nunca, á la salida del astro, de volverse hacia él y de saludarle con ligeros balidos. Demasiado tímidos para atreverse, á pesar de sus sacerdotes venidos de ultramar, á prosternarse ante el orbe sublime que de repente abrillanta los montes, los Andinos

admiten á su benigno compañero de viaje por suplente en esta obra religiosa [1].

Los caravaneros musulmanes de Persia y de Arabia, habiendo observado que los animales del convoy, camellos, caballos y mulas se paran en cuanto oyen la voz del muezín, que, á la cabeza de la caravana invita á los fieles á la oración, deducen que hasta los animales conocen su deber hacia Allah [2].

Pero sin recurrir á las fábulas, basta estudiar los animales que viven con nosotros para ver funcionar en ellos el sentimiento religioso casi tan claramente como entre los hombres, y si carecen de la palabra para expresar sus sensaciones, tienen los movimientos del cuerpo, los ademanes, las miradas, las diferentes entonaciones de la voz y ese estremecimiento misterioso que manifiestan los sentimientos y los pensamientos. Es cierto que entre los «candidatos á la humanidad» el perro, el gato y demás animales domésticos participan frecuentemente de los terrores súbitos de que el hombre, el jefe de la familia, se siente poseído: seres religiosos como su amo, sienten también el terror de lo desconocido, y su imaginación suscita fantasmas, tratan de remontar del efecto á la causa, pero no saben interpretar el suceso y se dan de él explicaciones espantosas [3].

¿No se ha observado también entre los animales una inexplicable pasión por objetos determinados que no les son de utilidad práctica? Es que en ellos ven como una especie de amuleto, como un fetiche, análogo á los que usan los negros. Por último, la afección profunda, victoriosa de todas las rutinas, resistente á todas las pruebas que tal animal dedica al hombre, su amigo, ¿no lleva en sí un verdadero culto religioso exactamente de la misma naturaleza que aquel en que nos abrasamos por los que diviniza nuestro amor?

En el fondo, todas las religiones, las del animal como las del hombre, todos los cultos, por diferentes que aparezcan, por hostiles que recíprocamente puedan ser, tienen orígenes análogos y se desarrollan siguiendo una marcha paralela. Cada ser humano, arrastrado en el torbellino general de la vida y deseoso, no obstante, de salvarse, de desarrollar su

[1] P. Germain, *Actes de la Société scientifique du Chili.*
[2] Hermann Vambery, *Sittenbilder aus dem Morgenland.*
[3] Girard de Rialle, *Origine des Religions.*

fuerza individual, busca un sostén en el mundo exterior para asegurarse cuando le asalten los temores, separar los peligros que le amenazan y realizar las aspiraciones que le trabajan.

Que sea el temor el sentimiento inicial, como dicen los libros sagrados y clásicos—«el temor de Dios es el principio de la sabiduría»—ó que sea, de una manera más amplia, el deseo de lo mejor, la aspiración á la felicidad, como lo demuestra Feuerbach [1], el hombre quiere unirse á todo lo que, fuera de él, parece á su imaginación un medio de auxilio eficaz y que le hace tal por el ardor de su pasión. Tal es ciertamente el principio original de la religión, siempre el mismo.



LOS EVANGELISTAS SAN LUCAS Y SAN MARCOS Y SUS ANIMALES EMBLEMÁTICOS

Escultura del pórtico de la iglesia de Saint-Gilles (Vaucluse) (siglo XIII)

La creencia del individuo, del grupo, de la comunidad ó de la nación toma en seguida el carácter especial que le imponen el medio geográfico primitivo y el medio histórico, secundario y complejo. Es un hecho de significación profunda que el nombre dado por los antiguos Germanos á su más alta divinidad sea precisamente el de Oski ó «Deseo»: dos mil años después la filosofía viene á atestiguar esta etimología, reconociendo que el dios creado por el hombre es seguramente la personificación de

[1] *Das Wesen des Christenthums;—Das Wesen der Religion.*

sus aspiraciones. Lo que queremos, ha de concederlo una potencia ideal imaginada por nosotros: se crea para satisfacernos.

Todas las religiones tuvieron también en su origen un elemento nutricio de importancia capital, la necesidad de reposo intelectual, que se manifiesta de dos maneras: por el reposo y por la embriaguez.

Es una fatiga pensar, comparar, raciocinar, conducir su vida, encadenar sus acciones, transformar lógicamente voluntades en realizaciones, y ¿qué ha de hacerse para evitarse esa fatiga, sino desatinar á placer, dejarse arrastrar por la voluptuosidad de la imaginación desarreglada, por la del misticismo, que hace posible toda imposibilidad, por las delicias de la locura ó hasta por las de la muerte, que suprime todo saber y todo querer? A la actividad sucede el sueño por un ritmo normal; del mismo modo es natural la alternativa de la vida racional á la que desprecia toda razón y busca otra justificación de su existencia. De ahí esa necesidad de los licores fermentados ó de los venenos enloquecedores que se encuentran bajo mil formas en todos los pueblos de la Tierra y que marcan tan agradablemente la vida de los desgraciados y aun la de los dichosos. El famélico se da así los dulces sueños de los eternos festines: el que no es amado se procura la felicidad inmensa de la adoración apasionada, y viene la tranquilidad al que desea reposo.

Ese cansancio del esfuerzo y esa necesidad de éxtasis que se manifiestan más ó menos en todos los hombres toman en todo tiempo y en todo país un carácter general por el hecho de la semejanza de los medios, del contagio, de la imitación, y así es como nacen las asociaciones religiosas, que ocupan á veces grandes extensiones de apariencia unitaria. Cada una de esas multitudes que, por un movimiento colectivo, se encuentra arrastrada por la misma pasión, obedeciendo al mismo viento de angustia, de desesperación, de delirio, de locura, se complace en conformarse á las mismas prácticas, á procurarse las mismas alucinaciones ordinariamente por los mismos medios.

Miles de religiones han alcanzado bastante importancia para constituirse en corporaciones con sus oficiantes, sus sacerdotes; algunas tienen hasta sus semidioses ó sus dioses visibles, cuyas palabras, ademanes y hasta las acciones más insignificantes reemplazan los razonamientos del



UN FUMADERO DE OPIO

De una fotografía.

fiel y hasta al testimonio de sus sentidos, se celebran ceremonias colectivas durante las cuales el individuo abdica completamente; hay horas impuestas en las cuales es necesario levantarse, sentarse, inclinarse, pronunciar ciertas palabras, obedecer á ciertas ondulaciones, á estribillos tradicionales, respirar ciertos olores, embriagarse con ciertas bebidas, vivir y moverse conforme á movimientos impuestos por un jefe ó por tradiciones inmemoriales. Así aprende á hacer piruetas como un derviche danzante, ó se vuelve anestésico como un Aisagua atravesado por agujas, ó «sube al séptimo cielo» como un Pablo ó un Mahoma, ó se hace «asesino» para obedecer la voluntad de un Viejo de la Montaña. La vida ordinaria del hombre de salud moral se reemplaza por una vida nueva de sueño y de locura.

La manera con que el ser humano conquista su alimento constituye el eje de su enajenamiento religioso lo mismo que de todos sus pensa-

mientos, de su género de vida, de sus costumbres, de su ciencia y de su arte. Alrededor de su modo de ganar el pan se mueve el círculo de su actividad mental [1]. El cazador y el pescador introducirán siempre en sus cuentos y poesías el animal que persiguen y le colocarán entre sus dioses; el nómada, caminando incesantemente con sus rebaños, se verá siempre sobre esta tierra ó en el lejano mundo que sueña, acompañado de sus camellos, bueyes ú ovejas, y mantendrá entre ellos el orden de presencia acostumbrado; por último, ¿podría haber nacido la parábola de la inmortalidad del alma, que desde hace miles de años tuvo constantemente por elemento primordial la semilla nutritiva echada en la tierra, fuera de una nación de agricultores? Si un pueblo cambia de patria por fuerza de guerra ó por emigración voluntaria, sus leyendas y sus tradiciones se acomodan en seguida al nuevo medio, y hasta en nuestras grandes religiones modernas, budismo y catolicismo, el código de las creencias oficiales más estrictamente arreglado por los sacerdotes acaba por modificarse, aunque conservando su antiguo cuadro de ceremonias.

Espontáneamente el hombre primitivo, sintiendo fermentar la vida en sí, atribuye á todos los objetos que le rodean una vida análoga á la suya. Si una piedra viene á darle un golpe, odia á la piedra que cree animada de intenciones enemigas; si tropieza contra un saliente del suelo, se vuelve contra esa aspereza como si hubiera sido mala para él; ama la rama que le acaricia con sus hojas, la flor que le regocija con su perfume, é injuria al ramo que le azota al paso, la espina que le desgarra, la baya amarga que engaña su deseo.

Cada impresión, agradable ó desagradable, suscita en seguida placer ú odio; se siente sujeto á todo su medio por un cúmulo de sentimientos que le entretienen en una constante ilusión religiosa relativamente al mundo exterior. Bajo su forma rudimentaria, muy fácil de observar entre los animales, y entre los niños, que golpean ó rompen furiosamente las cosas de que se quejan, ese animismo parece ridículo á los que ven perfectamente la relación de causa á efecto entre la piedra indiferente y la mano hostil que la arrojó; pero la concepción errónea de la vida universal continúa hallándose hasta nuestros días en las ideas morales y en la historia religiosa.

[1] Ernst Grosse, *Die Anfänge der Kunst*, pág. 35.



UN CLÉRIGO TAOISTA.—CONSAGRACIÓN DE UN ÍDOLO
Dibujo de G. Roux según documentos del Museo Guimet.

Los mil accidentes de la vida diaria son en su mayor parte de una génesis difícil de comprender: como el conocimiento de los fenómenos no se ha revelado aún más que en nuestro muy próximo horizonte, y, sin embargo, la necesidad de explicarse todo obra necesariamente bajo una forma á lo menos rudimentaria, el hombre primitivo se siente naturalmente inclinado á buscar en los objetos que le circundan las causas mis-

mientos, de su género de vida, de sus costumbres, de su ciencia y de su arte. Alrededor de su modo de ganar el pan se mueve el círculo de su actividad mental [1]. El cazador y el pescador introducirán siempre en sus cuentos y poesías el animal que persiguen y le colocarán entre sus dioses; el nómada, caminando incesantemente con sus rebaños, se verá siempre sobre esta tierra ó en el lejano mundo que sueña, acompañado de sus camellos, bueyes ú ovejas, y mantendrá entre ellos el orden de presencia acostumbrado; por último, ¿podría haber nacido la parábola de la inmortalidad del alma, que desde hace miles de años tuvo constantemente por elemento primordial la semilla nutritiva echada en la tierra, fuera de una nación de agricultores? Si un pueblo cambia de patria por fuerza de guerra ó por emigración voluntaria, sus leyendas y sus tradiciones se acomodan en seguida al nuevo medio, y hasta en nuestras grandes religiones modernas, budismo y catolicismo, el código de las creencias oficiales más estrictamente arreglado por los sacerdotes acaba por modificarse, aunque conservando su antiguo cuadro de ceremonias.

Espontáneamente el hombre primitivo, sintiendo fermentar la vida en sí, atribuye á todos los objetos que le rodean una vida análoga á la suya. Si una piedra viene á darle un golpe, odia á la piedra que cree animada de intenciones enemigas; si tropieza contra un saliente del suelo, se vuelve contra esa aspereza como si hubiera sido mala para él; ama la rama que le acaricia con sus hojas, la flor que le regocija con su perfume, é injuria al ramo que le azota al paso, la espina que le desgarra, la baya amarga que engaña su deseo.

Cada impresión, agradable ó desagradable, suscita en seguida placer ú odio; se siente sujeto á todo su medio por un cúmulo de sentimientos que le entretienen en una constante ilusión religiosa relativamente al mundo exterior. Bajo su forma rudimentaria, muy fácil de observar entre los animales, y entre los niños, que golpean ó rompen furiosamente las cosas de que se quejan, ese animismo parece ridículo á los que ven perfectamente la relación de causa á efecto entre la piedra indiferente y la mano hostil que la arrojó; pero la concepción errónea de la vida universal continúa hallándose hasta nuestros días en las ideas morales y en la historia religiosa.

[1] Ernst Grosse, *Die Anfänge der Kunst*, pág. 35.



UN CLÉRIGO TAOISTA. — CONSAGRACIÓN DE UN ÍDOLO
Dibujo de G. Roux según documentos del Museo Guimet.

Los mil accidentes de la vida diaria son en su mayor parte de una génesis difícil de comprender: como el conocimiento de los fenómenos no se ha revelado aún más que en nuestro muy próximo horizonte, y, sin embargo, la necesidad de explicarse todo obra necesariamente bajo una forma á lo menos rudimentaria, el hombre primitivo se siente naturalmente inclinado á buscar en los objetos que le circundan las causas mis-

teriosas de los sucesos que le sorprenden. En el inmenso teatro de la vida, cada ser le parece tener un papel especial de utilidad ó de daño para su propia persona, «centro del universo»; cada uno le parece habitado por un espíritu favorable ó adverso: cada fuente tiene su náyade; cada árbol su dríada; todo está maravillosamente animado, y se convierte en fetiche hasta el guijarro, hasta la brizna de hierba. Todo oculta un alma, que dormita quizá, pero que es fácil despertar ó que despierta por sí misma. Es la edad del pandemonismo, de donde después había de surgir el panteismo [1].

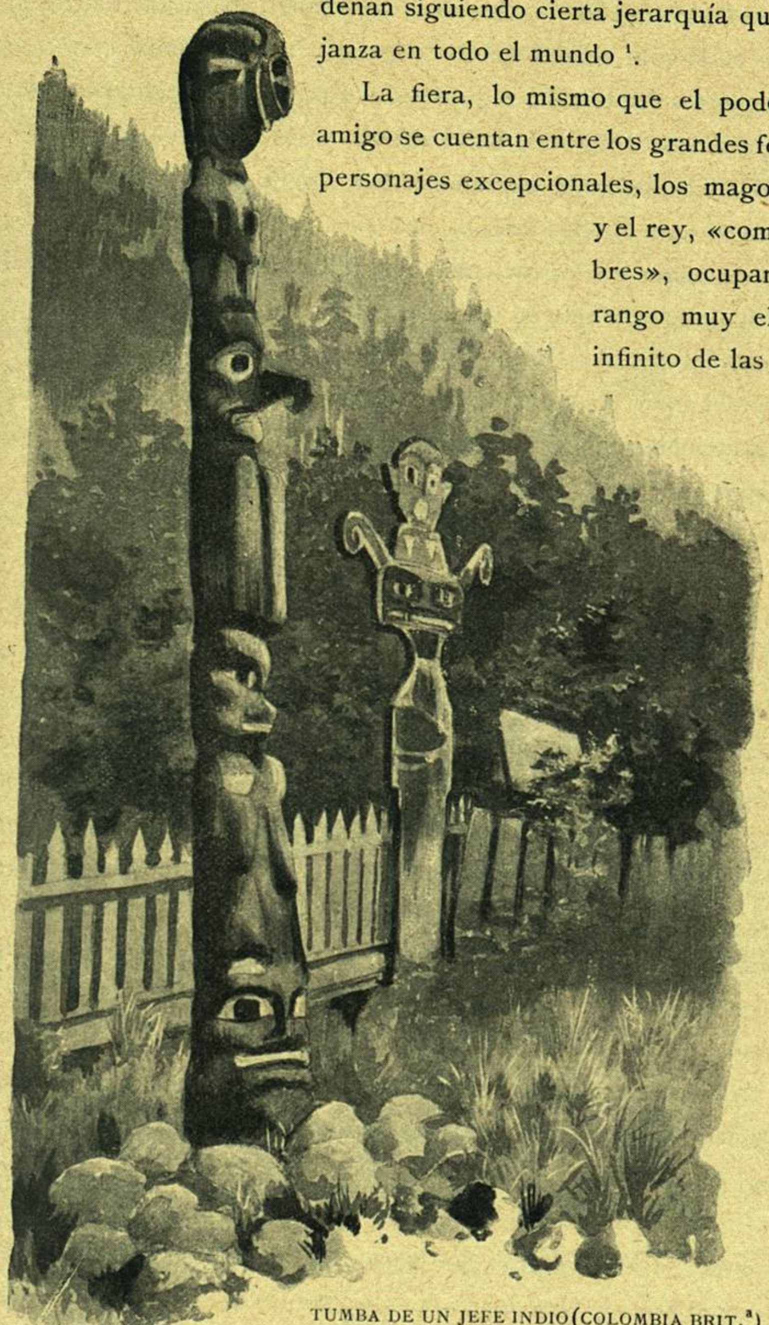
El hombre, rodeado por los espíritus como por una nube infinita de mosquitos, pasa, pues, su existencia en una plática constante, profiriendo reproches por un lado y acciones de gracias por otro.

Creyéndose el núcleo inicial del mundo, el salvaje ha de imaginarse que todos los fenómenos de la Naturaleza se cumplen para él, se unen para espantarle ó se animan para hacer su alegría. «¡Esto sólo á mí me ocurre!» exclama todavía el cándido egoista. Alternativamente, y á veces en el intervalo de algunos instantes, le parece que unos espectros se levantan en su derredor en forma de arbustos y de piedras, después le sonríen las estrellas y las hojas le murmuran dulces palabras. Puesto que todo en derredor del hombre puede, según las circunstancias, aterrorizar ó tranquilizar, convertirse en genio favorable ó demonio, le será imposible clasificar por orden lógico las divinidades, ora benévolas, ora malignas, que se mueven alrededor de él. Por lo demás, las mitologías se entremezclan de tribu á tribu, de pueblo á pueblo, y, á consecuencia de la diferencia de los nombres que se convierten en otros tantos personajes diversos, aunque se apliquen al principio á los mismos seres de imaginación, el todo forma un conjunto absolutamente inextricable [2].

Tal ó cual coincidencia rara, tal ó cual circunstancia extraña, produciendo lo que se figura ser un «milagro», puede dar á un objeto particular una importancia de primer orden en las alucinaciones del hombre; sin embargo, los seres adorados, verdaderos ó imaginarios, los «fetiches»—muy bien llamados así por los portugueses, *feitiços* ó «facticios»—se ordenan siguiendo cierta jerarquía que tiene semejanza en todo el mundo [1].

[1] Elie Reclus, *Notas manuscritas*.
[2] Draper, *Histoire du Développement intellectuel de l'Europe*.

La fiera, lo mismo que el poderoso animal amigo se cuentan entre los grandes fetiches. Los personajes excepcionales, los magos curanderos y el rey, «comedor de hombres», ocupan también un rango muy elevado en el infinito de las personas divinizadas, así como también los seres colectivos de la Naturaleza que, aunque componiéndose de un número infinito de moléculas independientes, aparecen, no obstante, como individuos gigantescos: los Ríos, las Montañas, los Promontorios, el vas-



TUMBA DE UN JEFE INDIO (COLOMBIA BRIT.ª)

Figuras á que los naturales dan el más terrible aspecto posible para rechazar á los malos espíritus que impiden á los muertos pasar al otro mundo.

Dibujo de G. Roux, según documentos fotográficos.

[1] De Brosses, *Du Culte des dieux-fétiches*, Paris 1760.

to Océano, las Nubes, la Lluvia, los Rayos solares, la misma Tierra, la fecunda Gaya de la cual hemos salido todos y á la cual hemos todos de volver. Los puntos cardinales, regiones del espacio indefinido, son también dioses para los Mongoles, los Yakutes, y los rusos yakutizados [1]. Por último, el Cielo, en toda su inmensidad, no es para aquellos cuyo planeta abraza en su redondez infinita más que un sólo y gran individuo á quien se ha de temer y suplicar como cualquier otro cuerpo con el cual el hombre se halla igualmente en contacto. En toda lógica se ha podido, pues, considerar al pueblo chino, no ha mucho adorador de los genios de la Tierra y del Cielo, como habiendo pasado apenas en su evolución el período del fetichismo, y, en verdad, qué adoradores podrían imaginarse desarrollados fuera de esta religión universal [2]?

Los millones y millares de millones de seres temidos que representan las almas de tantos cuerpos distintos, pueden resumirse en un inmenso fetiche como la Tierra ó el Cielo. Las dimensiones prodigiosas de esos dioses superiores no impiden que se crea también en la influencia de los torbellinos de diosecillos infinitamente pequeños, y precisamente los chinos, que celebran la fiesta del Cielo en tan minuciosas ceremonias, dedican todavía mucha mayor solicitud en las mil observancias que exige el culto del *fang-choui*, es decir, de la multitud infinita de los espíritus del aire y del agua; en parte alguna ha tomado el arte mágico de hacerse favorables los genios mayor importancia que en la «Flor del Medio».

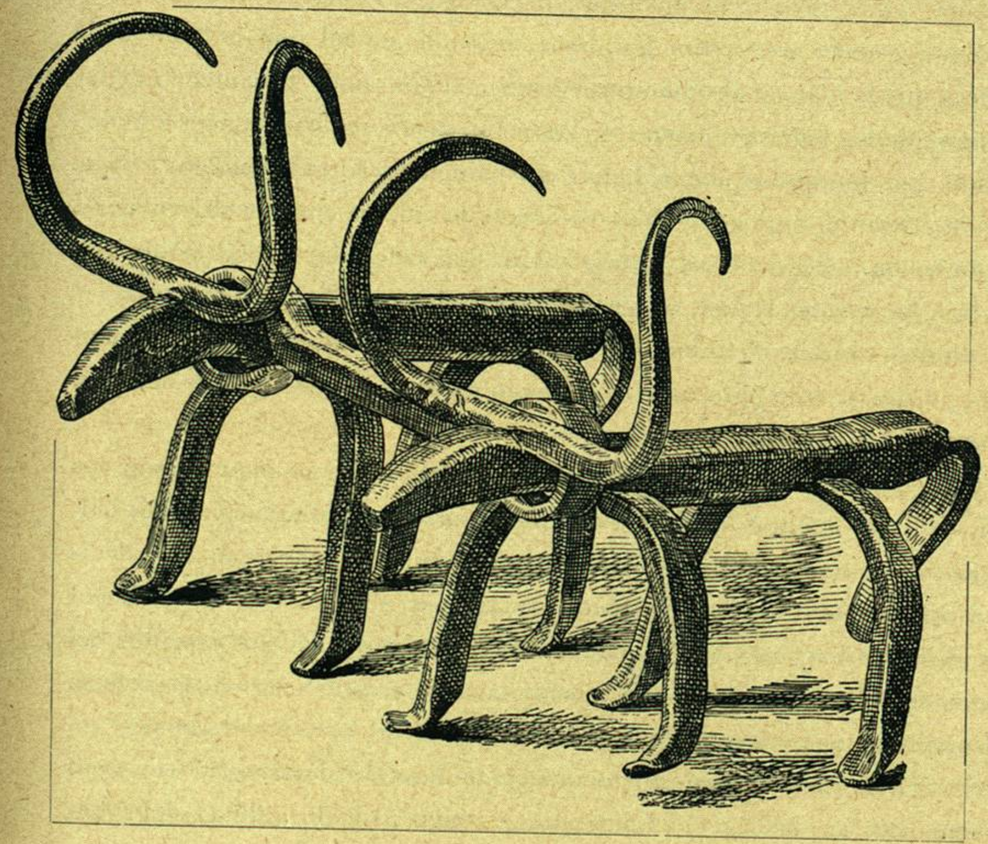
La historia moderna del mundo chino ha sido determinada en gran parte por la resistencia del pueblo «amarillo» á la brutalidad del ingeniero europeo que viene con insolencia y sin respeto á remover la tierra sagrada y á violar sus espíritus. Entre nosotros, europeos, ¡qué revolución se operaría si de repente se privase á nuestros hijos de sus muñecas y juguetes [3]!

El «naturismo» es esa religión que nace espontáneamente de la creencia en los innumerables genios representantes de las fuerzas activas de la Naturaleza: todo vive, como lo atestiguan la mayor parte de nuestras lenguas, que dan carácter sexual, «él», «ella», á todos los objetos.

[1] *Deutsche Rundschau*, Jahrgang XVII; Heft, 12.
[2] Pierre Laffite, *General View of Chinese Civilisation*.
[3] Lubbock, *Anthropological Review*, oct. 1869.

Antes de la invención del neutro, que es de origen moderno, toda forma exterior estaba representada por un sustantivo masculino ó femenino [1].

A esas almas de la Tierra que asedian al hombre por todas partes se juntan las almas de los que han vivido, de los que no han nacido aún:



EX-VOTO DE HIERRO FORJADO EN SAINT-LÉONARD (TIROL)

el naturismo se convierte en «animismo» ó más bien se confunde con él, porque la muerte hiere incesantemente en su rededor, y los soplos misteriosos, las «almas», los «espíritus» de los seres expirantes van á confundirse con las energías, de naturaleza igualmente desconocida, que salen de la tierra y de los árboles.

El hombre se ve constantemente rodeado por esas fuerzas de diverso origen pero de poder igual; sin embargo, las enfermedades y la muerte, interviniendo en su existencia por súbitas y á veces terribles apariciones,

[1] Max Müller, *Essais de Mythologie comparée*, trad. G. Perrot, pág. 72.

hacen que se deje llevar fácilmente por su instinto á reconocer en ellas las más temibles diosas. Los Georgianos tratan á los azotes pestilenciales de «grandes señores» y se dirigen á ellos en lenguaje adulador [1].

El salvaje quiere conjurar la muerte cuando se presenta como enemiga, para quitarle compañeros, amigos y parientes, y la invoca como aliada y como protectora para que hiera al animal que persigue, á la fiera que le ataca ó al odiado adversario. Cree sentir el contacto de las almas de los muertos, salidas de todos los cadáveres caídos en su derredor; percibe que se arremolinan en el aire en una proximidad propicia ó inquietante, según el estado de paz ó de guerra que prevalece en la población. Se ven esas almas, se las oye tan bien, que para huir de ellas, los que las temen, tratan de extraviarlas en el bosque, cerrando los caminos, cambiando el emplazamiento de las cabañas, tapiando las puertas, disfrazándose para no ser reconocidos, hasta abandonando el antiguo lenguaje para hablar otro nuevo [2].

Entre esas almas en pena, había felizmente muchas que llegaban á tener un cuerpo que habitar. Los parientes del muerto solían ser advertidos en sueños del sitio en que se hallaba aquel cuerpo y de la transformación que había sufrido: unas veces oían su voz en un árbol y comprendían que allí se había refugiado; otras se revelaban en un animal del bosque, que había tomado la semejanza del ser desaparecido. Cumplíase una transmigración de las almas de la vida precedente en otras vidas nuevas, todo objeto de la naturaleza circundante, la roca ó el manantial, la planta ó el animal podían convertirse en asilo del fugitivo. Una sola cosa era cierta, la continuidad de la vida, hecho que los salvajes comprendían de la manera más sencilla; sin poder estudiarle desde el punto de vista del desprendimiento de los gases de la combinación orgánica en formas nuevas, nuestros antepasados conservaban la invencible certidumbre de que las almas de los muertos les acompañaban siempre y se encontraban con ellos, como en el tiempo de su existencia anterior, en relaciones de amistad ó de odio.

Así, aunque teniendo miedo de la muerte, esa transformación prodigiosa que retira el soplo del pecho y hace pudrir las carnes, creían en la persistencia de la vida bajo mil formas. El difunto no estaba muerto,

[1] Sakhokia, *Bulletin de la Société d'Anthropologie*, sesión de 16 de abril de 1904.
[2] Elie Reclus, *Les Primitifs*.

desaparecía, pero sólo en apariencia y si no había encontrado refugio en otro cuerpo [1]; la parte más sutil de su ser, convertida en más invisible que el aire, se movía aquí ó allá alrededor de la antigua morada, sobretodo en las agitadas hojas. Aun en nuestros días, en el país de Verviers, se prohibe á los niños tirar piedras en los cercados, en la fiesta de los Muertos, para no herir las almas.

Pero vivientes como son, ¿cómo pueden esas almas sostenerse fuera de las condiciones necesarias á la conservación de su existencia? Ahí comienza el milagro. Se creía que los espíritus errantes privados de su cuerpo le habían perdido á su pesar, por efecto de alguna astucia de brujo, de alguna violencia de los genios malos [2]. Por tanto, era preciso combatir resueltamente esos enemigos. La piedad filial y esa solidaridad humana que algunos pesimistas niegan, aunque liga los vivos á aquellos que ya no existen, exigían, pues, del primitivo que tratase de reponer la muerte en un medio que le conviniese.

Primeramente se trataba de darle una morada que pareciese ser de su gusto; sobre todo en esta ocasión los ritos funerales habían de variar según la naturaleza de las comarcas y las industrias locales: en tal población se enterraría el muerto cerca de la piedra de su hogar; en otra se encerraría su alma en un muñeco de madera ó en una efigie de cera, en un girón de tela que se colgaba en el techo de la cabaña. La rama de un árbol sagrado, una armazón de madera, la proa de un barco eran también lugares de residencia atribuídos á los muertos. Del mismo modo la llama santa debía, en muchas poblaciones, destruir el cuerpo y unirse íntimamente al soplo del hombre, su alma verdadera. Los más bravos daban á sus muertos la más digna de las sepulturas. Su propio cuerpo. Los Battas, de Sumatra, los Tchuktchi, de Siberia, y otros se comían sus ancianos.

Una manera más refinada de incorporarse el alma de los muertos consistía en beber los líquidos que corren del cadáver descompuesto: así era como en muchas tierras de la Insulindia debían proceder las esposas para permanecer fieles á sus esposos; de ese modo absorbían en detalle el cuerpo del dueño hasta que no quedase en la cabaña más que una mo-

[1] Eug. Monseur, *Cours d'Histoire religieuse*, pág. 8.
[2] Elie Reclus, *La Mort*, «Société Nouvelle», 1895.

hacen que se deje llevar fácilmente por su instinto á reconocer en ellas las más temibles diosas. Los Georgianos tratan á los azotes pestilenciales de «grandes señores» y se dirigen á ellos en lenguaje adulador [1].

El salvaje quiere conjurar la muerte cuando se presenta como enemiga, para quitarle compañeros, amigos y parientes, y la invoca como aliada y como protectora para que hiera al animal que persigue, á la fiera que le ataca ó al odiado adversario. Cree sentir el contacto de las almas de los muertos, salidas de todos los cadáveres caídos en su derredor; percibe que se arremolinan en el aire en una proximidad propicia ó inquietante, según el estado de paz ó de guerra que prevalece en la población. Se ven esas almas, se las oye tan bien, que para huir de ellas, los que las temen, tratan de extraviarlas en el bosque, cerrando los caminos, cambiando el emplazamiento de las cabañas, tapiando las puertas, disfrazándose para no ser reconocidos, hasta abandonando el antiguo lenguaje para hablar otro nuevo [2].

Entre esas almas en pena, había felizmente muchas que llegaban á tener un cuerpo que habitar. Los parientes del muerto solían ser advertidos en sueños del sitio en que se hallaba aquel cuerpo y de la transformación que había sufrido: unas veces oían su voz en un árbol y comprendían que allí se había refugiado; otras se revelaban en un animal del bosque, que había tomado la semejanza del ser desaparecido. Cumplíase una transmigración de las almas de la vida precedente en otras vidas nuevas, todo objeto de la naturaleza circundante, la roca ó el manantial, la planta ó el animal podían convertirse en asilo del fugitivo. Una sola cosa era cierta, la continuidad de la vida, hecho que los salvajes comprendían de la manera más sencilla; sin poder estudiarle desde el punto de vista del desprendimiento de los gases de la combinación orgánica en formas nuevas, nuestros antepasados conservaban la invencible certidumbre de que las almas de los muertos les acompañaban siempre y se encontraban con ellos, como en el tiempo de su existencia anterior, en relaciones de amistad ó de odio.

Así, aunque teniendo miedo de la muerte, esa transformación prodigiosa que retira el soplo del pecho y hace pudrir las carnes, creían en la persistencia de la vida bajo mil formas. El difunto no estaba muerto,

[1] Sakhokia, *Bulletin de la Société d'Anthropologie*, sesión de 16 de abril de 1904.
[2] Elie Reclus, *Les Primitifs*.

desaparecía, pero sólo en apariencia y si no había encontrado refugio en otro cuerpo [1]; la parte más sutil de su ser, convertida en más invisible que el aire, se movía aquí ó allá alrededor de la antigua morada, sobretodo en las agitadas hojas. Aun en nuestros días, en el país de Verviers, se prohibe á los niños tirar piedras en los cercados, en la fiesta de los Muertos, para no herir las almas.

Pero vivientes como son, ¿cómo pueden esas almas sostenerse fuera de las condiciones necesarias á la conservación de su existencia? Ahí comienza el milagro. Se creía que los espíritus errantes privados de su cuerpo le habían perdido á su pesar, por efecto de alguna astucia de brujo, de alguna violencia de los genios malos [2]. Por tanto, era preciso combatir resueltamente esos enemigos. La piedad filial y esa solidaridad humana que algunos pesimistas niegan, aunque liga los vivos á aquellos que ya no existen, exigían, pues, del primitivo que tratase de reponer la muerte en un medio que le conviniese.

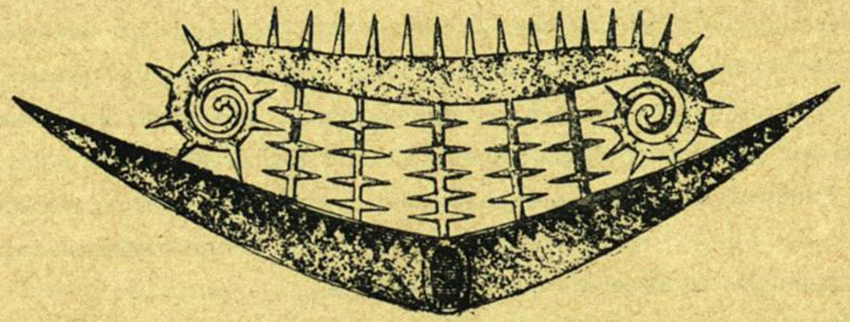
Primeramente se trataba de darle una morada que pareciese ser de su gusto; sobre todo en esta ocasión los ritos funerales habían de variar según la naturaleza de las comarcas y las industrias locales: en tal población se enterraría el muerto cerca de la piedra de su hogar; en otra se encerraría su alma en un muñeco de madera ó en una efigie de cera, en un girón de tela que se colgaba en el techo de la cabaña. La rama de un árbol sagrado, una armazón de madera, la proa de un barco eran también lugares de residencia atribuídos á los muertos. Del mismo modo la llama santa debía, en muchas poblaciones, destruir el cuerpo y unirse íntimamente al soplo del hombre, su alma verdadera. Los más bravos daban á sus muertos la más digna de las sepulturas. Su propio cuerpo. Los Battas, de Sumatra, los Tchuktchi, de Siberia, y otros se comían sus ancianos.

Una manera más refinada de incorporarse el alma de los muertos consistía en beber los líquidos que corren del cadáver descompuesto: así era como en muchas tierras de la Insulindia debían proceder las esposas para permanecer fieles á sus esposos; de ese modo absorbían en detalle el cuerpo del dueño hasta que no quedase en la cabaña más que una mo-

[1] Eug. Monseur, *Cours d'Histoire religieuse*, pág. 8.
[2] Elie Reclus, *La Mort*, «Société Nouvelle», 1895.

mia desecada. Los Alivuru (Alfuru) de las islas Aroe, al oeste de la Papuasia, mezclan á sus tortas de sagú los fragmentos de los cuerpos de sus parientes y se les asimilan así en el espacio de algunas semanas; en los banquetes fúnebres hacen circular una copa de honor en que el arrak se mezcla al jugo del cadáver, y todos beben un sorbo para comulgar con el muerto[1].

Pero hay tribus que, habiendo abandonado por sí mismas la repugnante práctica, la han impuesto á sus esclavos: comen sus muertos por



ORNAMENTOS SAGRADOS DE LAS PIRAGUAS DE LA ALDEA DE SIKILIKI (ISLA DE UALÁN CAROLINAS), RECOGIDOS CUANDO EL VIAJE DE *La Coquille* (1822-1825)

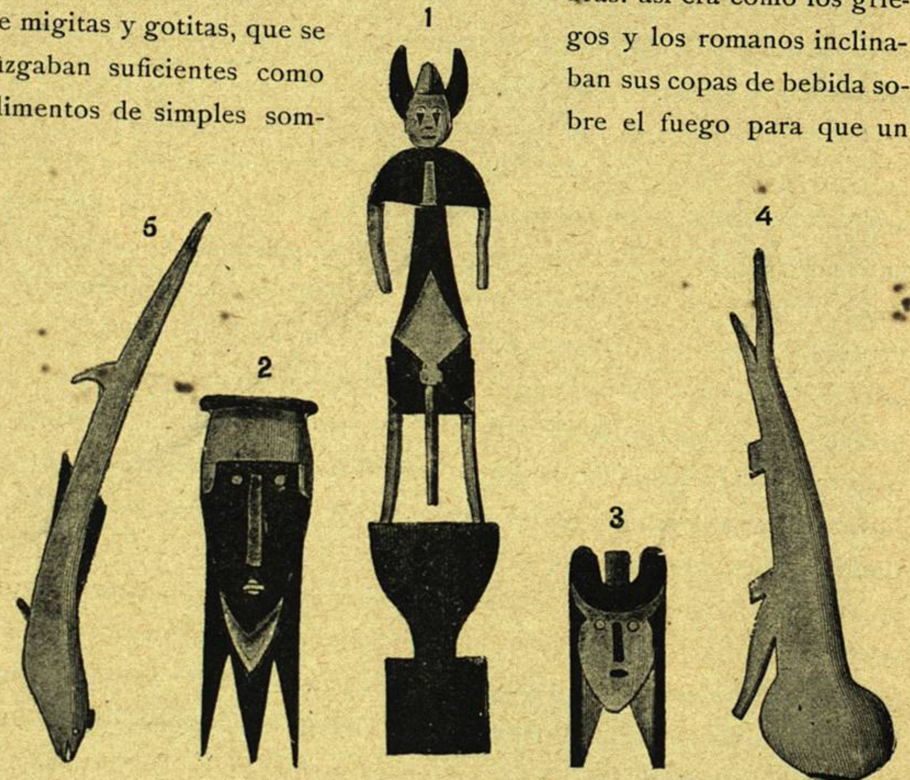
delegación. Por una substitución análoga, los Tibetanos entregan á los perros los cadáveres de sus deudos, y los Parsis restituyen los cuerpos á la madre Naturaleza por medio de los buitres y otros animales aficionados á la carne putrefacta. Los antiguos Etiopes pintaban sobre su cuerpo la imagen de los parientes ó amigos desaparecidos[2], que es lo que nosotros hacemos llevando sobre nosotros medallones, cabellos ó recuerdos de nuestros muertos.

La manducación de los cadáveres, aunque procedente de un sentimiento de solidaridad de los más íntimos de parte de los sobrevivientes, es muy rara entre los hombres, y por lo común se deja á los muertos que vuelvan á los elementos primitivos por vía de descomposición lenta. Las carnes son casi siempre sacrificadas, en tanto que, en muchas tribus se conservan los huesos, sobre todo los cráneos y las tibias; los ribereños del Orinoco entregan los cadáveres á los dientes de los peces, en otras

[1] A. Bastian, *Rechtsverhältnisse der Völker*; — Elie Reclus, *Revue internationale des Sciences*, n.º 12, 1881.
[2] Lecky, *Rationalism in Europe*.

partes se les remite á las hormigas para que el esqueleto limpio en seguida pueda ser conservado como fetiche[1].

Bajo cualquier forma que persistan los cuerpos, no deja de suponerse que viven siempre, y conviene alimentarlos regularmente, sea por grandes comidas, que pueden resultar muy costosas á la familia ó á la comunidad, sea por la ofrenda de migitas y gotitas, que se juzgaban suficientes como alimentos de simples sombras: así era como los griegos y los romanos inclinaban sus copas de bebida sobre el fuego para que un



ÍDOLOS PRINCIPALES DE LA ALDEA DE SIKILIKI, (ISLA DE UALÁN, CAROLINAS)
1, 2, 3. Ídolos principales. — 4, 5. Ídolos inferiores.

hilillo del precioso líquido les conciliase los dioses y los genios. Se proveía al muerto de un báculo para que al otro lado de la tumba continuase el viaje de la vida, quizá por sitios más dichosos; en las comarcas en que el hombre había sabido ya domesticar animales de carga, se le daba el caballo ó el buey por compañero, y el Viking de las costas septentrionales recibía un barco para continuar sus viajes de descubrimiento y de conquista sobre las nuevas riberas.

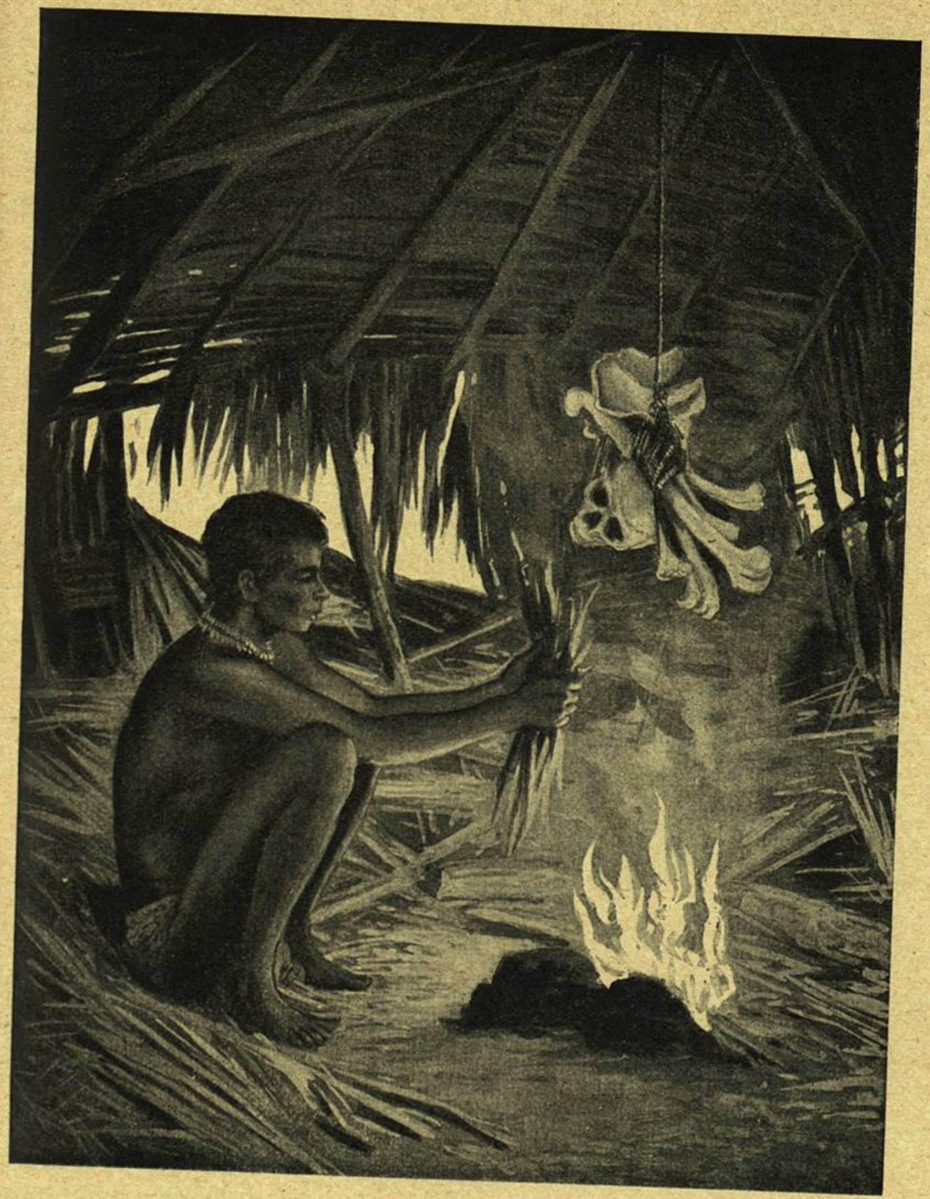
[1] Félix Regnaul, *Bulletin de la Societé d'Anthropologie*, sesión de 9 de enero de 1896.

Si el numerario era conocido entre los amigos del muerto, se le daba una moneda á lo menos para que traficase todavía útilmente con las gentes de ultratumba; por un respeto supersticioso de las antiguas costumbres, los contemporáneos de Sócrates y de Séneca observaron, como muchos europeos observan todavía en diversos puntos, esa práctica funeraria. Por último, cuando el difunto era un gran jefe, se le hacía acompañar en la hoguera ó en la fosa sangrienta por toda una corte de guerreros, de mujeres y de esclavos.

De ese modo, en la inmensa multitud de muertos que llenan el espacio, tan numerosos como las hojas de los árboles ó que los granos de arena de la orilla, se establece una jerarquía análoga á la que prevalece en la sociedad de las diversas tribus: entre las poblaciones igualitarias, los desaparecidos son considerados por iguales; entre aquellas en que el poder de los unos se ha fundado sobre la servidumbre de los otros, el tratamiento de los muertos varía desde la apoteosis al absoluto desprecio. La creación de un cuerpo sacerdotal debió de acusar la diferencia de acepción reservada á los muertos, puesto que magos y sacerdotes se erigen en jueces, en dispensadores de los castigos y de las recompensas de ultratumba. Mas, á pesar de los juicios que pronuncia el hombre de religión, una duda subsiste siempre. Los calvinistas, como se sabe, proclamaban, según san Pablo y san Agustín, el dogma de la predestinación: la suerte de los hombres está fijada de antemano, echada á suerte; como en Taiti, las almas ciegas, saliendo de los cuerpos al azar, encuentran dos piedras, la una abre el camino de la vida eterna, la otra el de la eterna muerte[1].

Los sacerdotes, como los jefes, se habían elevado sobre la multitud por una selección natural: los hombres de inteligencia excepcional ó de gran experiencia, lo mismo que los astutos compadres, los mejores y los peores, habían de adquirir un ascendiente considerable por las explicaciones verdaderas ó plausibles que habían sabido dar de los prodigios de la vida y por los consejos que habían distribuído en tiempo oportuno. Hasta este punto su influencia era legítima; pero nada deprava tanto como el éxito, y su consideración misma había de arrastrarlos á hipócritas pretensiones de saber. La magia se convirtió en un oficio, sea

[1] Marillier; Remy de Gourmont, *Chemin de Velours*, p. 18.



INDÍGENA DE LAS ISLAS NICOBAR SECANDO LOS HUESOS DE SU PADRE AL HOGAR DE SU CHOZA

Dibujo de G. Roux según un documento fotográfico.

para curar las enfermedades físicas del hombre, sea para apartar de él la mala suerte echada por otros brujos ó por los genios, y este oficio fué retribuído, porque sin presente al dios y á su intérprete no hay salvación. La parte de ciencia verdadera, mezclada á la supuesta ciencia,

gracias á la cual podían atraer el favor de las divinidades de lo alto y conjurar el odio de las potencias del aire, tuvo sus maestros y sus discípulos: se constituyeron sociedades formadas con períodos de noviciado y grados de iniciación, y poco á poco se estableció así en cada tribu un grupo de privilegiados, tanto más temibles cuanto que á sus trapacerías conscientes ó inconscientes mezclaban más conocimiento real de los hechos. El *medicus* latino conjuraba la enfermedad por sus imprecaciones [1]. El brujo algonquin consulta los animales del totem rodeándose de tortugas, cisnes, cornejas y urracas (Schoolcraft); otros se ocultan para hablar directamente con el Dios del Cielo.

Esta institución de una sociedad superior, imaginándose ó pretendiendo conocer las cosas del más allá, entregó las poblaciones y las naciones al régimen del terror incesante, porque era inevitable que la casta, subdividida en cofradías secundarias, especulase, aunque inconscientemente, sobre la credulidad de los cándidos, su espanto de la muerte y de lo desconocido, para aumentar su poder y su riqueza. Convertida en intermediaria entre los hombres y los espíritus, por deber y por interés tenía que representar á éstos como muy malos para justipreciar su intervención en una tasa tanto más elevada. «El gran Kalita—dicen los brujos de Palaos, hablando del genio que gobierna los insulares—gusta de comer hombres» [2]. Complacerse en derramar sangre, repiten los Taitianos cuando practican sus infanticidios, es «tener entrañas de Dios» [3]. ¿No es también un «Dios fiero y celoso» el amo aislado en el cielo de los Judíos? Y en una augusta indiferencia, Zeus se sienta en la cima del Olimpo para regocijarse con la lucha de esos pueblos perecederos, los Troyanos y Acayos, que se degüellan mutuamente á sus pies [4].

Ese odio sanguinario, esa terrible envidia de los infinitos genios ó del amo de los genios, sólo podía tener un medio único de ser conjurados, el sacrificio: así como en un incendio destructor de los bosques, el salvaje favorecía el fuego, del mismo modo daba un poco de sangre al dios ávido que quería beberla á mares; al menos así ganaba tiempo. Pero donde quiera que la población vivía bajo el terror inspirado por el

[1] Pictet, *Aryas*, t. II, pp. 644-645.
[2] Miklukho-Maklay, *Bulletin de la Société de Geographie russe*, 1878.
[3] William Ellis, *Polynesian Researches*.
[4] Iliade, XX.

mago, no bastaba un poco de sangre, se necesitaba mucha y la sed del dios no estaba jamás satisfecha: de ahí el deber para el adorador de sacrificar lo que le era más querido. Antes que el ángel del Eterno detuviera la mano de Abraham, pronto á degollar á su hijo Isaac, muchos otros padres debieron matar sus hijos, dando al temible espíritu las primicias de toda existencia animal que naciera en sus dominios. El padre no podía rescatarse sino por la muerte del hijo. Al este del lago Ste-



SEPULTURA DE UN JEFE GALO

A sus pies, vasijas y pequeños recipientes contienen provisiones y plantas aromáticas destinadas á la curación de las heridas. El cuerpo reposa sobre el carro, del cual únicamente ha respetado el tiempo el cubo y las yantas de hierro.

phanie, los Boranes satisfacen al dios Wak, el «Cielo», abandonándole los hijos nacidos durante los primeros años de matrimonio, cuatro años entre los unos, ocho entre los otros; los recién nacidos son expuestos en la maleza y devorados por las fieras. Después de este período de purificación, los Boranes, convertidos en Rabas, se consideran en paz con su dios: un sacerdote los circuncida y procrean hijos á quienes quieren [1].

La leyenda de Abraham indica una etapa de la humanidad; simboliza la dulcificación de las costumbres que se produjo en la historia del pue-

[1] Maud, *Geogr. Journal*, mayo, 1904, p. 568.

gracias á la cual podían atraer el favor de las divinidades de lo alto y conjurar el odio de las potencias del aire, tuvo sus maestros y sus discípulos: se constituyeron sociedades formadas con períodos de noviciado y grados de iniciación, y poco á poco se estableció así en cada tribu un grupo de privilegiados, tanto más temibles cuanto que á sus trapacerías conscientes ó inconscientes mezclaban más conocimiento real de los hechos. El *medicus* latino conjuraba la enfermedad por sus imprecaciones[1]. El brujo algonquin consulta los animales del totem rodeándose de tortugas, cisnes, cornejas y urracas (Schoolcraft); otros se ocultan para hablar directamente con el Dios del Cielo.

Esta institución de una sociedad superior, imaginándose ó pretendiendo conocer las cosas del más allá, entregó las poblaciones y las naciones al régimen del terror incesante, porque era inevitable que la casta, subdividida en cofradías secundarias, especulase, aunque inconscientemente, sobre la credulidad de los cándidos, su espanto de la muerte y de lo desconocido, para aumentar su poder y su riqueza. Convertida en intermediaria entre los hombres y los espíritus, por deber y por interés tenía que representar á éstos como muy malos para justipreciar su intervención en una tasa tanto más elevada. «El gran Kalita—dicen los brujos de Palaos, hablando del genio que gobierna los insulares—gusta de comer hombres»[2]. Complacerse en derramar sangre, repiten los Taitianos cuando practican sus infanticidios, es «tener entrañas de Dios»[3]. ¿No es también un «Dios fiero y celoso» el amo aislado en el cielo de los Judíos? Y en una augusta indiferencia, Zeus se sienta en la cima del Olimpo para regocijarse con la lucha de esos pueblos perecederos, los Troyanos y Acayos, que se degüellan mutuamente á sus pies[4].

Ese odio sanguinario, esa terrible envidia de los infinitos genios ó del amo de los genios, sólo podía tener un medio único de ser conjurados, el sacrificio: así como en un incendio destructor de los bosques, el salvaje favorecía el fuego, del mismo modo daba un poco de sangre al dios ávido que quería beberla á mares; al menos así ganaba tiempo. Pero donde quiera que la población vivía bajo el terror inspirado por el

[1] Pictet, *Aryas*, t. II, pp. 644-645.
[2] Miklukho-Maklay, *Bulletin de la Societé de Geographie russe*, 1878.
[3] William Ellis, *Polynesian Researches*.
[4] Iliade, XX.

mago, no bastaba un poco de sangre, se necesitaba mucha y la sed del dios no estaba jamás satisfecha: de ahí el deber para el adorador de sacrificar lo que le era más querido. Antes que el ángel del Eterno detuviera la mano de Abraham, pronto á degollar á su hijo Isaac, muchos otros padres debieron matar sus hijos, dando al temible espíritu las primicias de toda existencia animal que naciera en sus dominios. El padre no podía rescatarse sino por la muerte del hijo. Al este del lago Ste-



SEPULTURA DE UN JEFE GALO

A sus pies, vasijas y pequeños recipientes contienen provisiones y plantas aromáticas destinadas á la curación de las heridas. El cuerpo reposa sobre el carro, del cual únicamente ha respetado el tiempo el cubo y las yantas de hierro.

phanie, los Boranes satisfacen al dios Wak, el «Cielo», abandonándole los hijos nacidos durante los primeros años de matrimonio, cuatro años entre los unos, ocho entre los otros; los recién nacidos son expuestos en la maleza y devorados por las fieras. Después de este período de purificación, los Boranes, convertidos en Rabas, se consideran en paz con su dios: un sacerdote los circuncida y procrean hijos á quienes quieren[1].

La leyenda de Abraham indica una etapa de la humanidad; simboliza la dulcificación de las costumbres que se produjo en la historia del pue-

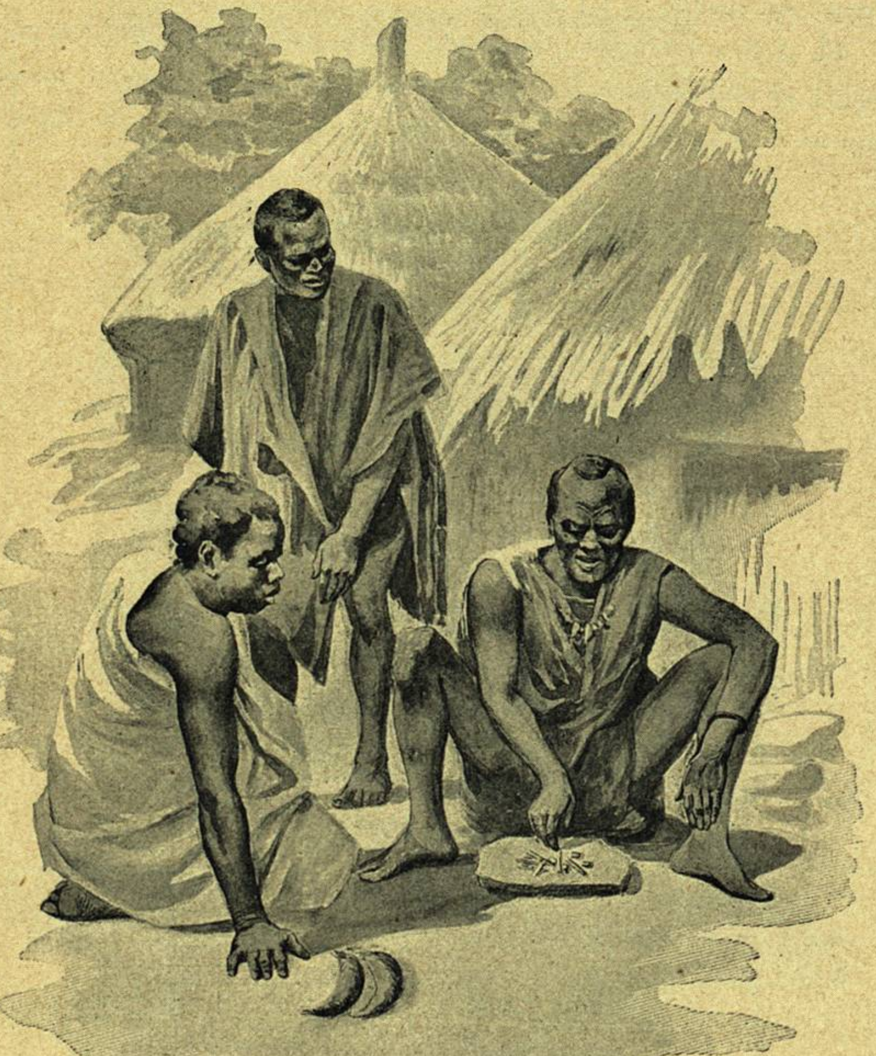
[1] Maud, *Geogr. Journal*, mayo, 1904, p. 568.

blo judío é hizo sustituir los degüellos y los holocaustos de animales en los sacrificios humanos, pero después de esta época, cuántas veces aun el miedo al dios llevó á los genitores á clavar el cuchillo en el cuerpo de sus hijos. Tanto es así que en las ciudades fundadas por Josué aplastaban en los dinteles de sus puertas los cadáveres de los jóvenes; del mismo modo Agamenon, el «rey de los reyes», ofreció al dios su hija Ifigenia, y Jefté entregó al verdugo la niña que se adelantaba con sus compañeras para recibirla con danzas y canciones. Más aún, el «santo» rey David sacrificó á su pueblo para hacerse perdonar una desobediencia al dios vengador: «Puesto que he pecado contra tí, toma mi pueblo y mata hasta que te hartes».

Sin embargo, no siempre era necesario derramar la sangre de los suyos: la guerra suministraba el medio de apagar la sed de los dioses y los genios á expensas de tribus ó de naciones enemigas, y se ve, en efecto, desaparecer pueblos enteros para satisfacer la venganza de los espíritus encarnizados. Así ofrecieron los Judios á su Yahveh los habitantes de toda la «tierra de promisión» y en las escasas circunstancias en que, por un movimiento de piedad instintiva ó á consecuencia de una promesa hecha inconsideradamente, tuvieron que librar de la muerte á algunos indígenas, se acusaban de ello como de un crimen. Si se puede remontar hasta los orígenes de las sociedades para sorprender en él esta idea de sangre ofrecida en sacrificio á los genios, se comprueba, por otra parte, la supervivencia de ella hasta nuestros días, puesto que después de las batallas los vencedores cantan sus *Te Deum* al dios de los ejércitos.

No existe antigua forma de religión primitiva que, bajo la acción de las mismas causas, no haya persistido más ó menos en nuestras civilizaciones modernas. Tal es el culto de las cabezas cortadas que prevaleció entre tantas tribus prehistóricas y que se encuentra todavía entre ciertos Dayaks de Borneo. El salvaje que limita á su propio clan la parte de la humanidad hacia la que tiene deberes morales, se cree obligado en estricta virtud á ir á cortar cabezas en las tribus extranjeras para presentarlas á la mujer que ha escogido ó á la tribu que representa: sin asesinato de que gloriarse ni siquiera es considerado como hombre: verter sangre humana es el primer deber de un candidato á la virilidad. Y la educación que ha recibido este hijo del bosque, que no obstante es muy

bueno y muy noble con sus compañeros de tribus, ¿no es precisamente la de nuestros jóvenes contemporáneos, á quienes se enseña que es glorioso



BRUJOS SUDANESES INVOCANDO UN ORÁCULO SEGÚN LA POSICIÓN DE LOS PALILLOS Y DE LOS GUIJARROS

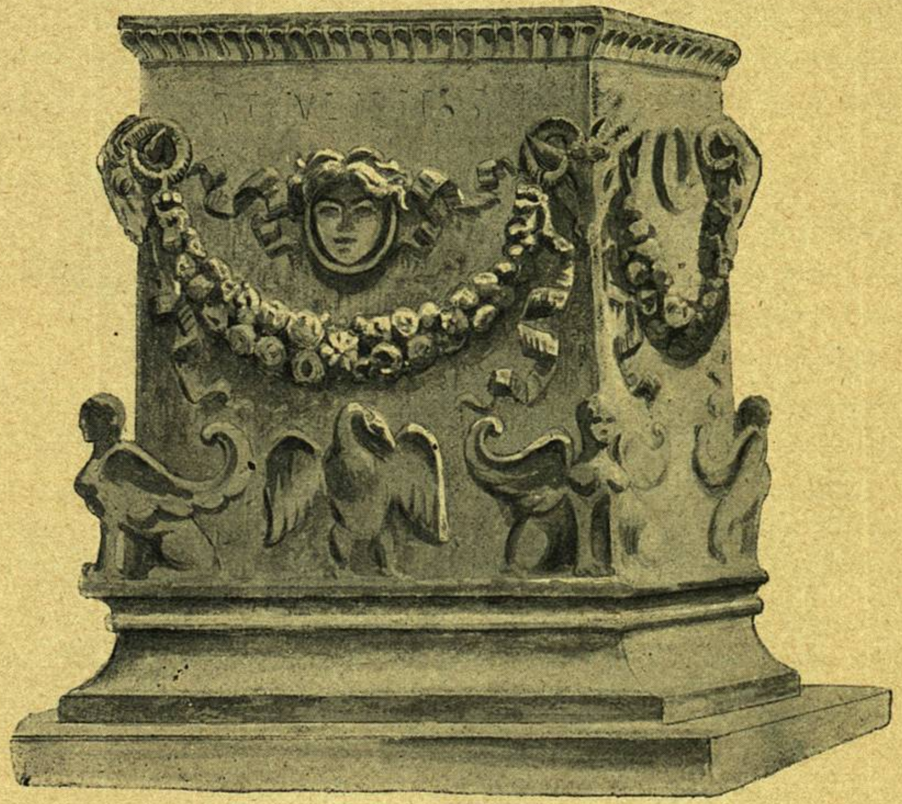
Dibujo de G. Roux, según una fotografía.

matar un enemigo, ó un negro ó un amarillo de cualquier país desconocido? El Dayak se alaba de tener un puñal por antepasado[1]. Así tam-

[1] De Backer, *Archipel Indien.*

bién es un gran honor en nuestras modernas sociedades ser tenido por descendiente de hombres que se han ilustrado por el uso del hacha de armas, del cuchillo ó del arcabuz.

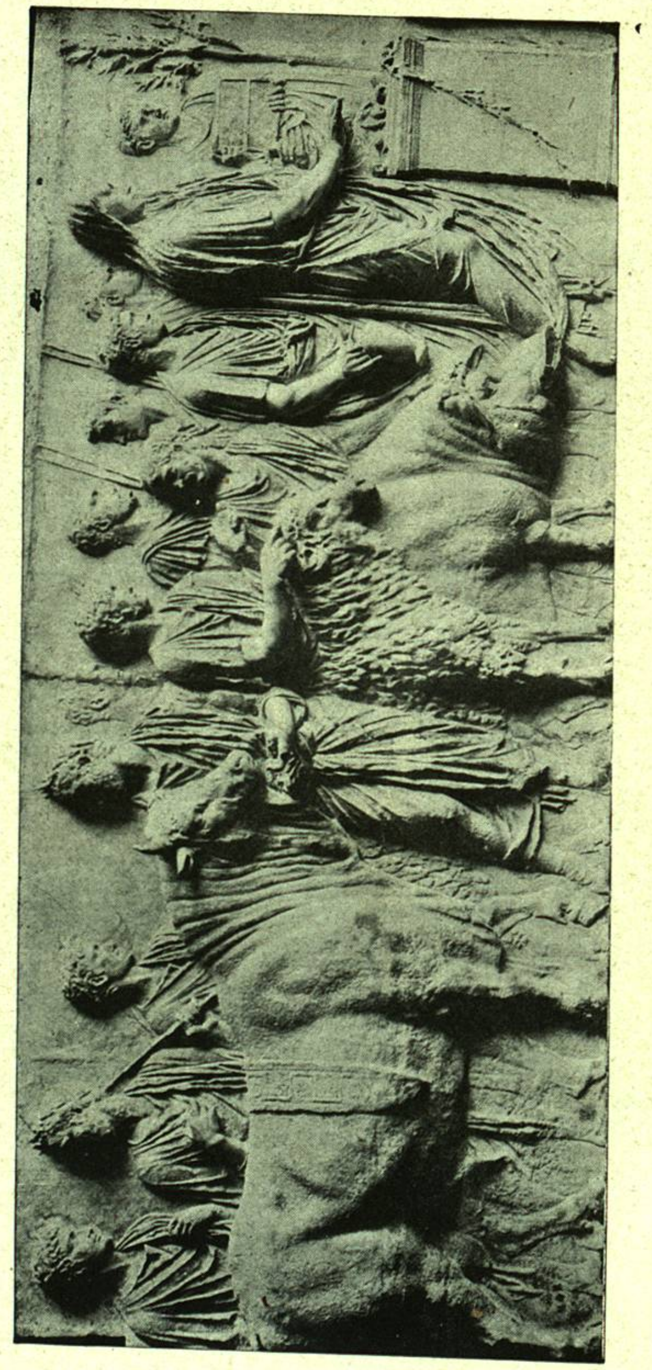
El asesinato religioso, inspirado y arreglado en sus detalles por la magia, en muchas ocasiones debía ser acompañado de comidas antropofágicas. Es cierto que el canibalismo puede tener entre los fugitivos



ALTAR ERIGIDO EN HONOR DE DIANA

(Museo del Louvre).

como primera causa el hambre, como le ha causado tantas veces durante el período histórico en las ciudades sitiadas, en las balsas de náufragos perdidas en el mar, en las expediciones aventureras en medio de los hielos, de las nieves ó de los bosques vírgenes; pero entre los hombres, lo mismo que entre los animales, esos hechos son excepcionales; se producen, no obstante, en el Africa nigeriana, donde la ciudad de Ibadan tenía aún no hace veinte años, sus mercados siempre abastecidos de



ROMA. — PROCESIÓN RELIGIOSA. — SACRIFICIO DE LOS SUOVETAURILIA Cl. Giraldon.

Según un bajo-relieve del Palacio San Marcos en Roma y de la biblioteca de San Marcos en Venecia.

carne humana, considerada como simple vianda de matadero. Por el contrario, las comidas en que el hombre se nutre con su semejante por acto religioso son siempre ceremonias que tienen un carácter de nobleza y de gravedad. Si se trata por un guerrero de devorar el corazón ó el cerebro de un enemigo para incorporarse el valor y el pensamiento del adversario muerto en la pelea, el acto es importantísimo en la existencia del hombre que por él se dobla en energía física y en fuerza moral.

Pero la manducación de la carne presenta una significación mucho mayor cuando se trata de una víctima más que humana. Parece á primera vista que semejante hecho sea completamente imposible, puesto que los dioses son más poderosos que el hombre; sin embargo, éste, inspirado por la pasión frenética del yo, puede realizar milagros, gracias á la sutileza de los sacerdotes. Suele ocurrir que en los peligros supremos de una nación, las víctimas ordinarias de los sacrificios, buey ó cordero inmaculado, hermosas doncellas, bellos y perfectos mancebos, no basten á conjurar la cólera del dios, y en este caso ha sido preciso ofrecerle hijos de reyes, los reyes mismos y hasta hijos de Dios: los fieles condenados en principio sin posibilidad aparente deremisión, pudieron así renovar su carne y su sangre por la carne y la sangre de un dios, que muere, pues, para resucitar en seguida; que se da en sacrificio, pero que resurge como juez soberano de vivos y muertos.

Así todas las religiones actuales que se presentan bajo formas tan diversas y tan complicadas en apariencia, derivan por igual de esa primera necesidad que atormenta al primitivo: tiene sed de comprender, ó al menos de tener una explicación, verdadera ó falsa, de los fenómenos de la Naturaleza, de los problemas de la muerte y del más allá. En los espíritus sinceros esta necesidad de saber se presenta bajo una forma pura y da una gran nobleza á la evolución religiosa: la investigación de la verdad se une á la bondad del corazón y á la profundidad del pensamiento. En los antiguos tiempos como en nuestros días, quizá de una manera más vaga pero no menos apasionada, habría hombres que tendrían el sentimiento, aunque obscuro y lejano, de que existían causas generales determinantes de los innumerables hechos aislados y distintos [1]; en el caos de lo finito sentirían un infinito al que querrían dar nombre, y bajo cuyas

[1] Max Müller. *Origine et Développement de la Religion.*

carne humana, considerada como simple vianda de matadero. Por el contrario, las comidas en que el hombre se nutre con su semejante por acto religioso son siempre ceremonias que tienen un carácter de nobleza y de gravedad. Si se trata por un guerrero de devorar el corazón ó el cerebro de un enemigo para incorporarse el valor y el pensamiento del adversario muerto en la pelea, el acto es importantísimo en la existencia del hombre que por él se dobla en energía física y en fuerza moral.

Pero la manducación de la carne presenta una significación mucho mayor cuando se trata de una víctima más que humana. Parece á primera vista que semejante hecho sea completamente imposible, puesto que los dioses son más poderosos que el hombre; sin embargo, éste, inspirado por la pasión frenética del yo, puede realizar milagros, gracias á la sutileza de los sacerdotes. Suele ocurrir que en los peligros supremos de una nación, las víctimas ordinarias de los sacrificios, buey ó cordero inmaculado, hermosas doncellas, bellos y perfectos mancebos, no basten á conjurar la cólera del dios, y en este caso ha sido preciso ofrecerle hijos de reyes, los reyes mismos y hasta hijos de Dios: los fieles condenados en principio sin posibilidad aparente deremisión, pudieron así renovar su carne y su sangre por la carne y la sangre de un dios, que muere, pues, para resucitar en seguida; que se da en sacrificio, pero que resurge como juez soberano de vivos y muertos.

Así todas las religiones actuales que se presentan bajo formas tan diversas y tan complicadas en apariencia, derivan por igual de esa primera necesidad que atormenta al primitivo: tiene sed de comprender, ó al menos de tener una explicación, verdadera ó falsa, de los fenómenos de la Naturaleza, de los problemas de la muerte y del más allá. En los espíritus sinceros esta necesidad de saber se presenta bajo una forma pura y da una gran nobleza á la evolución religiosa: la investigación de la verdad se une á la bondad del corazón y á la profundidad del pensamiento. En los antiguos tiempos como en nuestros días, quizá de una manera más vaga pero no menos apasionada, habría hombres que tendrían el sentimiento, aunque obscuro y lejano, de que existían causas generales determinantes de los innumerables hechos aislados y distintos [1]; en el caos de lo finito sentirían un infinito al que querrían dar nombre, y bajo cuyas

[1] Max Müller. *Origine et Développement de la Religion.*

mil manifestaciones buscaban un lazo de unidad que constituyen una especie de monoteismo y de panteismo á la vez. Otra fuerza obraba aún en el hombre para hacer de él un ser religioso, el amor, que le inclinaba hacia todo ese mundo exterior que goza de una vida análoga á la suya, hacia los manantiales y los arroyos, los árboles y las rocas, los montes y las nubes, el cielo resplandeciente, la aurora, el crepúsculo, el amplio sol y todos los astros diseminados en el espacio.

La evolución religiosa debía, por el desarrollo mismo de sus causas, llevar al hombre á una singular ilusión. *A Jove principium,* dice el proverbio. Nada más falso. Son los hombres quienes han creado las divinidades haciendo de ellas los jefes y los sacerdotes, instituyendo jerarquías, subordinando los débiles á los fuertes, los pobres á los ricos, los cándidos á los astutos, pero armando también á los oprimidos con el sentimiento de la rebeldía. La sociedad imaginaria de los cielos corresponde á la sociedad real de la Tierra, y cuando las naciones tuvieron reyes que aspiraban á la monarquía universal, crearon al mismo tiempo el dios soberano que dominaba desde el empíreo á los hombres y á los genios. A todas las oscilaciones de la humanidad respondía un movimiento de la misma naturaleza en el mundo de los dioses: la elevación y la decadencia de los amos de la Tierra se doblaba en el espacio de la exaltación y del obscurecimiento de las divinidades de lo alto, porque la imaginación de los hombres se modela siempre sobre la realidad.

Mas por efecto de la persistencia de las instituciones, de la duración de las tradiciones, del hábito de las prácticas hereditarias, todos los que se beneficiaban por el antiguo estado de cosas trataban de prolongarle más allá del tiempo normal, y así se explica que reyes, sacerdotes y sus parásitos se hayan empeñado en conservar las imágenes que sus predecesores habían creado en los cielos, en perpetuar las ceremonias religiosas y todos los convencionalismos morales que de ello se derivaban.

El consentimiento unánime de millones y millones de hombres durante muchas generaciones sucesivas, acabó por dar á vanas representaciones solidez concreta, y, llegado el momento del peligro, cuando los amos recurren á los dioses, sus criaturas, el llamamiento de los poderosos de la tierra á los poderes del cielo no queda sin eco, porque el conjunto de toda la organización política y social á que los dioses pertenece

constituye un todo solidario que acciona y reacciona por todas partes, unas sobre otras: los reyes han entronizado los dioses, y éstos, en compensación, prolongan la duración de las monarquías y de las iglesias.

Toda religión se hace una ética para su uso, ó por mejor decir, toma del fondo común á todos los hombres las reglas de conducta que le conviene prescribir, de lo que resulta naturalmente que los intérpretes de todo culto se tengan por los creadores de la moral: y se lo imaginan con tanto más motivo, cuanto que brujos y magos, explicando á su antojo las voluntades de lo alto, se han atrevido también á constituirse en ejecutores de esas voluntades; después de haber sentenciado las penas, se complacen en aplicarlas ó en hacerlas aplicar por sus fieles: justicieros por las palabras, quieren serlo también por los actos. En los tiempos originarios de la vida de las naciones, antes que los fenómenos de diferenciación se realizasen en las funciones sociales primitivas, vemos comunmente confundirse las autoridades en la misma persona, sacerdote ó juez.

Pero aunque se imaginen por el pensamiento vivir como seres superiores, de naturaleza divina, fuera de la sociedad ambiente, los magos y los jueces no dejan de ser hombres como los demás, que toman ideas y preocupaciones de la herencia ancestral. Como castigo á los que quieren castigar, comienzan por aplicar la pena del talión, es decir, un sufrimiento ó una privación idéntica á la producida, herida por herida, enfermedad por enfermedad, muerte por muerte.

Existe muy acreditado el error de identificar el talión con la venganza: un castigo idéntico á la falta pareció muy equitativo al principio, y hasta en el mismo condenado pudo confundirse su idea con la de la penitencia: el pecador arrepentido halla justo castigarse ó ser castigado de la misma manera que pecó y en la medida de su falta[1].

La venganza, el «golpe por golpe» de los niños, no es el único punto de partida de la evolución penal. Según Tarde, este origen, aunque el más aparente, es de valor secundario: su génesis parece ser el castigo doméstico, correspondiente, por una parte, á la censura, por otra al remordimiento.

A esta pena del talión, relativamente aceptada como justa, porque no

[1] G. Tarde, *Les Transformations du Droit*, págs. 18, 21.

era comprendida, ¡cuántos otros castigos, hasta el tormento y la muerte, fueron infligidos por violaciones verdaderas ó supuestas de la moral por los detentadores del poder político y religioso!

El precepto fundamental del derecho imaginado por los que de él se beneficiaban, consistía en apropiarse virtualmente la verdad, la justicia, y, en recompensa, atribuirse la posesión real de los bienes terrestres. Tal es una de las principales causas de esa institución que se ha llamado el *tabu* en las islas oceánicas y que se designa bajo tantas otras denominaciones, especialmente leyes, deberes y convencionalismos en el resto del mundo. Prohibición absoluta al vulgo, á la turba de profanos y de súbditos, á veces á las mujeres y á los hijos, bajo pena de multa, de prisión, de suplicios, de tocar á las frutas y manjares reservados á la mesa de los superiores, de participar en los placeres de los grandes, de elevarse hasta el conocimiento de las revelaciones supremas. La desigualdad era el resultado humano de la apropiación de las riquezas, de la fuerza del poder; era preciso además darle una sanción divina, hacer de ella una de las fases del Universo.

En todo caso, la religión, la «revelación de lo alto», nada tiene que ver con el sentimiento innato de la justicia, derivada enteramente de la moral, concepción de las reglas que han de seguirse en las relaciones sociales.

Por efecto de esa ilusión de óptica que se produce lo mismo en el mundo moral que en el material, los hombres suelen equivocarse sobre el sentido real del movimiento cuando ellos mismos y el ambiente cambian de lugar en sentido inverso: se creen inmóviles é imaginan que la Naturaleza huye. Dan un carácter de permanencia dogmática á sus ilusiones religiosas contrastándolas con la conducta de la vida que suponen esencialmente incierta y desprovista de recta moral. Lo contrario es lo cierto: la moral existe por el hecho mismo de que esos individuos, animales ú hombres, viven en sociedad, mientras que las religiones, refiriéndose sólo á lo desconocido y no viviendo más que de alucinaciones é hipótesis, son un fenómeno secundario en el desarrollo general de los hombres.

Es muy cierto, no obstante, que en el curso de su duración las religiones reaccionan muy enérgicamente sobre la conducta de los hombres que las profesan: dirigen las pasiones humanas conforme á sus dogmas y á los intereses de su culto, y lo que llaman especialmente «moral» es la práctica de la vida que mejor les conviene.

Ahora bien, los actos del hombre varían infinitamente con el impulso de sus instintos y de sus atracciones; oscilan entre los extremos, teniendo por móviles, de una parte, el amor y el sacrificio ilimitado, de otra, el furor del odio y de la venganza. «¡Cuántos males ha podido suscitar la religión!» dijo el poeta. La religión añade ferocidad doble á la ferocidad primera, así como en ocasiones exalta la ternura hasta el delirio. Con las diversidades de los medios, de las condiciones, de las herencias de odio legadas por la guerra, contribuye á diferenciar las morales particulares de nación á nación: «¡Verdad aquí, error allá!»

Pero si se toma la palabra «moral» en el sentido restringido—el más usual—de conducta absolutamente conforme al altruismo, es cierto que la religión no ha podido ejercer sobre ella ninguna acción, como no sea para obscurecerla ó desnaturalizarla, perturbando las relaciones naturales entre los seres vivientes. Estas relaciones son primordiales: la moral altruista es tan antigua, más antigua aún, que la humanidad.

Verdad es que los animales no han podido repetirse las famosas reglas formuladas por Budha, Confucio ó Cristo: «No hagáis á otro lo que no querríais que se os hiciera» y: «Haced á otro lo que deseéis que se os haga». Pero si no tenían la palabra para predicarse esta moral los unos á los otros, han sabido practicarla. La adhesión absoluta, el sacrificio de la vida por el ser amado ó por la comunidad de parientes y amigos, se encuentran en la historia ordinaria de muchos grupos animales, desde el hormiguero al nido y desde la covada á las familias superiores. Como dice perfectamente un historiador filósofo, «la equidad y la bondad son las dos columnas del equilibrio moral; semejantes á aquel olivo con que Ulises hizo el pie de su tálamo nupcial, arraigaron cuando nació la primera tribu, y ninguna tempestad los desarraigará»[1].

Es incontestable que la ayuda mutua fué desde el origen uno de los más poderosos factores del progreso. ¿No es verdad también que en estas últimas décadas asistimos á la transformación del mundo antiguo en un mundo nuevo para cuya creación la Ciencia se asocia hasta los radiantes celestes y une á sus propias fuerzas las del Universo?

La ayuda mutua, en toda su amplitud, tal fué, en medio de los infinitos peligros de la existencia primitiva, la salvaguardia de los desgraciados

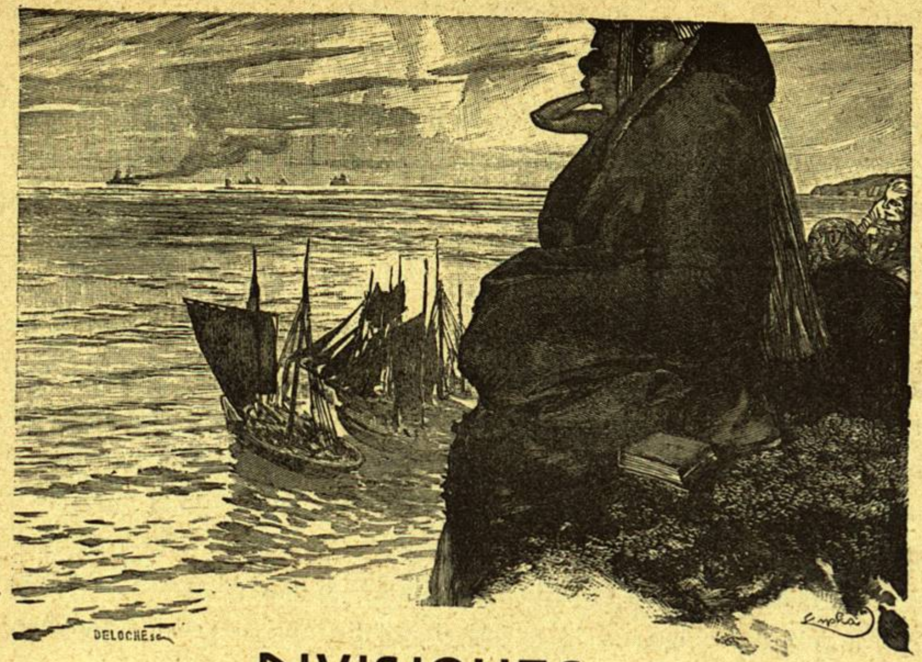
[1] André Lefèbre, *Religions et Mythologies comparées.*

y de la raza misma. De tal manera ha necesitado el hombre la ayuda mutua que, solitario, se crea dos personalidades que se interrogan y se responden. Vivos los unos para los otros, aunque sacando la fuerza inicial de nuestro propio individuo; pretensión cándida, infantil, ó quimera de desesperado fué siempre querer, cada uno por sí, bastarse á sí mismo. Puesto que las condiciones mismas de la vida lo exigen, la estrecha solidaridad de hombre á hombre, es decir, la moral humana en su esencia, fué practicada siempre, no sólo entre los que están en estrecho contacto, sino también entre los muertos y los vivos, entre los que recorren su carrera consciente y los que no existen aún.

¡Qué precepto moral puede exceder en fuerza y en amplitud al dicho recogido por Radloff entre las poblaciones salvajes del Altai: «¡Cuando vayas á morir, no tires tu pan; antes de abandonar un campo, siémbrale!» [1].

[1] H. Vambery, *Sittenbilder aus dem Morgenland*, pág. 314.





DIVISIONES Y RITMO DE LA HISTORIA

Cada estremecimiento terrestre corresponde á un balanceo de los cielos.

CAPÍTULO VI

El Sol levante y el Sol poniente.
Meridianos iniciales. — Convergencia y divergencia de las rutas.
Marcha de la civilización.

Remontando en el pasado tan lejos como nos lo permite la perspectiva de los acontecimientos conocidos ó descubiertos por los sabios modernos, se observa y se comprueba que, hasta una época reciente, la mayor parte de la superficie terrestre estaba dividida en áreas étnicas aisladas las unas de las otras, ó al menos bastante distintas para que la coherencia geográfica del territorio quedase ignorada de los mismos habitantes.

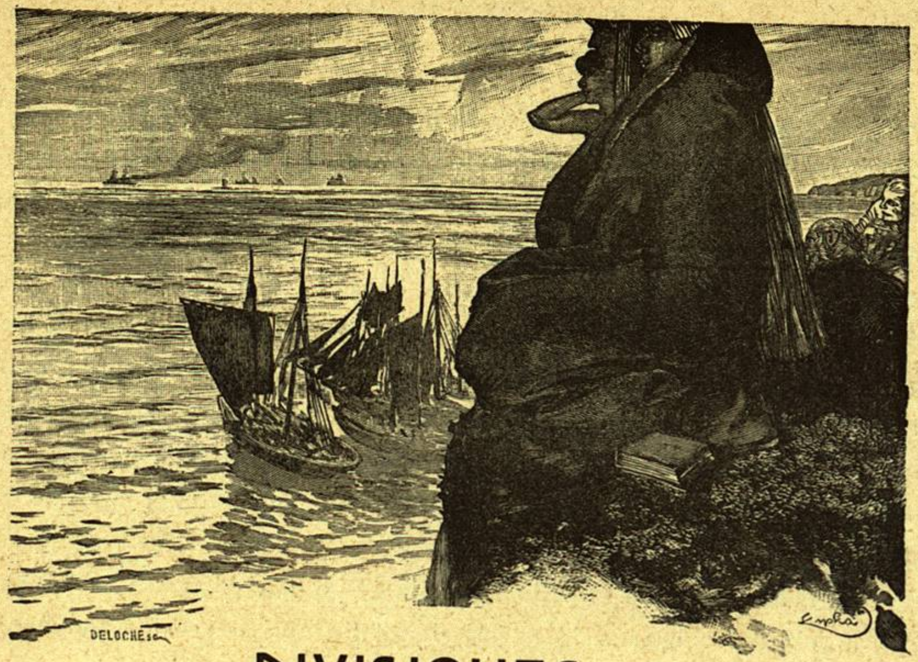
Ninguna tribu de la América del Norte tenía la concepción de un continente que se extiende desde el archipiélago polar hasta las tibias

y de la raza misma. De tal manera ha necesitado el hombre la ayuda mutua que, solitario, se crea dos personalidades que se interrogan y se responden. Vivos los unos para los otros, aunque sacando la fuerza inicial de nuestro propio individuo; pretensión cándida, infantil, ó quimera de desesperado fué siempre querer, cada uno por sí, bastarse á sí mismo. Puesto que las condiciones mismas de la vida lo exigen, la estrecha solidaridad de hombre á hombre, es decir, la moral humana en su esencia, fué practicada siempre, no sólo entre los que están en estrecho contacto, sino también entre los muertos y los vivos, entre los que recorren su carrera consciente y los que no existen aún.

¡Qué precepto moral puede exceder en fuerza y en amplitud al dicho recogido por Radloff entre las poblaciones salvajes del Altai: «¡Cuando vayas á morir, no tires tu pan; antes de abandonar un campo, siémbrale!» [1].

[1] H. Vambery, *Sittenbilder aus dem Morgenland*, pág. 314.





DIVISIONES Y RITMO DE LA HISTORIA

Cada estremecimiento terrestre corresponde á un balanceo de los cielos.

CAPÍTULO VI

El Sol levante y el Sol poniente.
Meridianos iniciales. — Convergencia y divergencia de las rutas.
Marcha de la civilización.

Remontando en el pasado tan lejos como nos lo permite la perspectiva de los acontecimientos conocidos ó descubiertos por los sabios modernos, se observa y se comprueba que, hasta una época reciente, la mayor parte de la superficie terrestre estaba dividida en áreas étnicas aisladas las unas de las otras, ó al menos bastante distintas para que la coherencia geográfica del territorio quedase ignorada de los mismos habitantes.

Ninguna tribu de la América del Norte tenía la concepción de un continente que se extiende desde el archipiélago polar hasta las tibias

aguas del mar de las Antillas; hasta las tribus, que en sus largas emigraciones habían recorrido el país de una á otra vertiente, no podían formarse sino una idea muy vaga de las regiones atravesadas, y sus huellas se habían perdido como la estela de un barco en el mar. Asimismo, en la América meridional, las tierras de escasa elevación, que forman la mayor extensión del gran cuerpo continental, y la mitad de las regiones montañosas pertenecían á tribus errantes ó sedentarias, que tenían un reducido horizonte geográfico. En cuanto á las naciones cultas de las mesetas, desde el Anahuac al Titicaca, estaban, por decirlo así, suspendidas en el inmenso espacio, sin relaciones con el resto de la humanidad.

La América entera se halló separada del mundo histórico hasta una época, solamente algunos siglos, anterior al descubrimiento de Guanahani por Cristóbal Colón; hasta pueden contarse muchas poblaciones americanas que permanecieron desconocidas largo tiempo después del descubrimiento del doble continente; no han sido unidas sino muy recientemente por los viajeros al conjunto del género humano.

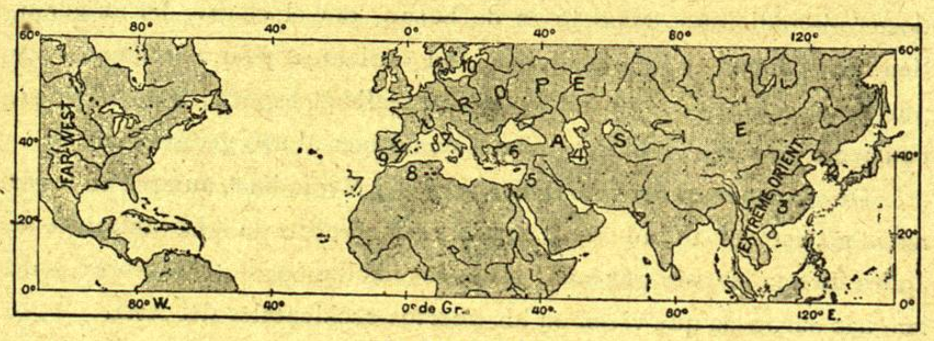
Si el Nuevo Mundo ha permanecido hasta los últimos siglos fuera del ciclo de la historia, el grupo de las masas continentales llamado «Mundo Antiguo» tampoco le pertenece por completo. Antes de Vasco de Gama, el Africa formó parte de él solamente por la cuenca del Nilo y por su litoral mediterráneo, Egipto, Cirenaica y Mauritania; inmensos espacios en la vasta extensión del Asia apenas habían entrado en el círculo del conocimiento humano, con las grandes tierras oceánicas y los grupos insulares del mar del Sud.

Los países que, en la lejana perspectiva de los tiempos, se nos presentan como surgiendo de la obscuridad de la noche para aclararse con luz crepuscular, se suceden desde el Atlántico al Pacífico, en grado diversamente luminoso y en límites desiguales. Los territorios que sintieron la influencia griega y romana, la meseta de Irán y los montes de Arabia, la India y la llanura que recorren los ríos chinos constituyen esta zona de la primera historia, cuyo sinuoso eje se marca al Oeste por la depresión del Mediterráneo, al Este por el diafragma de montañas llamado Immaus por los Antiguos (Himalaya). Quizá podrían añadirse las islas del Océano Índico que forman el séquito de las penínsulas gangéticas y la Insulinda propiamente dicha.

Esta zona de las tierras proto-históricas, de contornos muy indecisos, se divide naturalmente, según la forma de sus orillas y su relieve, lo mismo que por la repartición de los focos de civilización indígena, en cuerpos geográficos bien determinados: las islas Chipre, Rodas, Eubea,

N.º 41. Territorios del Sol levante al Sol poniente.

(Véase pág. 304)



1: 250 000 000

0 5000 10 000 15 000 kil.

1. Imperio del Sol levante, el Japón.
2. País del rocío matinal, la Corea.
3. Imperio del Medio, la China.
4. Mar Caspio, de Casispe — «iluminado por el Sol levante», — uno de los nombres del Demavend, cuya masa domina el mar.
5. Oriente. El nombre asirio de la Siria era Akkaru, que significa Occidente.
6. Anatolia, del griego Anatole — «salida del Sol». — Los países que costean el Mediterráneo oriental llevan también el nombre de Levante.
7. Hesperia, del griego Hesperos — «poniente». — Nombre dado sucesivamente por los griegos á Italia, por los romanos á España y á las islas del Atlántico oriental.
   Ausonia, nombre dado algunas veces á Italia; los Ausones eran los «orientales» de los egipcios (Andrés Lefèvre).
8. Mogreb. El país del poniente en árabe.
9. Reino de los Algarves — El Gharb, — igual nombre que el anterior.
10. Ost See — «mar oriental». — Nombre dado por los Alemanes al Báltico.
    Asia, de Assia, para los asirios, el país del Sol levante.
    Europa, de Ereb, para los Asirios, el país del Sol poniente.

En muchos países hay provincias y poblaciones designadas por su posición oriental ú occidental. Así en China, de *toung*, Este, y *nsi*, Oeste, se tiene Chan-tung, Chan-Nsi, Kwan-tung, Kwan-Nsi, Liao-tung, Kiang-Nsi; en Alemania, Westfalia; en Inglaterra, Essex, Middlesex, Wessex, Westminster; en Flandes, Ostende, Ostkerke, etc. No mencionamos los casos en que el calificativo es explícito (Pirineos Orientales).

El Norte y el Sud se utilizan mucho menos: mar del Norte, Suffolk, Norfolk, departamento del Norte, Normandía, Southerons (nombre dado á los ingleses por los escoceses), etc.

Sicilia; las penínsulas, Atica, Argólida, Italia; las cuencas fluviales, Nilo, Eufrates, Indus y Ganges, río Amarillo y río Azul; las mesetas y las montañas Anahuac y Tibet, Pirineos y Cáucaso. Esas diversas individualidades de la superficie planetaria se subdividen á su vez en cuerpos menores, y por otra parte se agrupan en vastas comarcas que presentan los mismos caracteres generales, rasgos comunes, frecuentes relaciones

mutuas; la proximidad territorial, las semejanzas y los choques de causa á efecto en el desarrollo histórico permiten reunir bajo una misma denominación países geográficamente distintos, habitados por pueblos diferentes.

Verdad es que se pueden designar las partes de la Tierra por su posición relativamente á los puntos cardinales; pero en este caso los términos empleados no pueden tener sino un sentido muy relativo: tomándose cada individuo, como lo es de hecho, por el centro del universo, tiene su «norte» y su «mediodía», su «oriente» y su «occidente»; y por pura concesión y abandono de la realidad especial á su persona, consiente en servirse de expresiones conformes al uso geográfico.

De ese modo el Provenzal dice ser «del Mediodía», aunque su lugar natal no esté ni al sud ni al norte, y el nombre de «Levantinos» se aplica de una manera general á todos los habitantes de costumbres y de lenguas europeas que viven en los puertos occidentales del Asia.

Sin embargo, á consecuencia del gradual cambio de residencia de los centros de civilización, sucede forzosamente que tal ó cual país recibe nombres que indican precisamente que la posición relativa de la comarca ha cambiado por completo. Por ejemplo, el Asia «anterior», que fué para los Asirios el Occidente por excelencia, se convirtió para los Bizantinos en la comarca del Sol levante, la Anatolia (Natolia, Nadolo); después, el «Imperio de Oriente», el heredero de Roma para una buena mitad del antiguo mundo ecuménico, abrazó en su extenso dominio el exarcado de Rávena, situado en esa misma península de Italia, llamada antes Hesperia, la «Tierra del Sol poniente».

Las palabras «Este» y «Oeste» cambian, pues, de sentido en el curso de las edades, y, para obtener más precisión en el significado real de estos términos, se ha debido, como en la botánica y en la zoología, añadir un calificativo al nombre de los países: «Oriente eslavo», «Oriente griego», «Oriente chino», «Extremo Oriente». Así, en los Estados Unidos, se distingue entre el «Este», el «Oeste» y el «Gran Oeste» (Far West). Los canadienses hablan también del «Gran Norte».

Se ha tratado, no obstante, de dar á los términos muy relativos que sirven para designar los puntos cardinales, un valor convencional definitivo, comprendido por todos los geógrafos. De este modo la palabra «Sud» ó «Mediodía», asociada casi siempre á la idea de calor excesivo

y de luz deslumbradora, se reservaría especialmente al Sahara y á los otros desiertos de la zona tórrida, de los dos lados del Ecuador [1], de donde resultaría en buena lógica que la palabra «Norte» habría de aplicarse á la vez á las tierras heladas del hemisferio boreal y á las del hemisferio austral; pero semejante convención sería demasiado contraria á todos los usos para tener la menor probabilidad de ser adoptada, y por consiguiente el término «Sud», conservando forzosamente una significación de geografía estricta, no se refiere sino á la posición de las tierras relativamente al polo ártico. De una manera general, conforme al lenguaje ordinario, el Ecuador limita el Norte y el Sud, pero, más especialmente y sin explicación necesaria, representa la división natural indicada por las mismas formas continentales: América se encuentra naturalmente dividida en Norte y Sud por el mar Caribe y el pedúnculo de los istmos; el Mediterráneo es otra zona de separación formada por la Naturaleza, entre Europa, continente septentrional, y Africa, continente meridional. Más al Este, la línea divisoria es menos clara; no obstante, el contraste de los climas del Norte y del Sud se marca perfectamente por las vertientes opuestas de las montañas que, bajo diversos nombres, se continúan del Cáucaso y del Demavend al Himalaya. Pero completamente al este del continente asiático, la línea de división entre Norte y Sud es difícil de trazar: se confunde con la raíz de la gran península indo-china.

Frecuentemente también se ha tratado de establecer una diferenciación precisa entre el Este y el Oeste, y ya, según las ideas dominantes y las diversas comarcas, los geógrafos han escogido líneas meridianas de partición, dividiendo el mundo en dos mitades, consideradas la una como oriental, la otra como occidental. El meridiano de París, el de Greenwich, que se ha adoptado ahora, salvo algunas excepciones sin importancia, por los marinos del mundo entero, no podrán tener más que un valor muy convencional para la facilidad de los cálculos astronómicos entre la ascensión y el descenso del Sol, entre el Oriente y el Poniente; pero no coinciden en nada con una línea de separación natural. Entre todos los meridianos que los astrónomos han llevado de polo á polo, uno solo, el que había de unir

1 Carl Ritter, *De la Configuration des Continents*, trad. de E. Reclus, «Revue Germanique», nov. 1859.

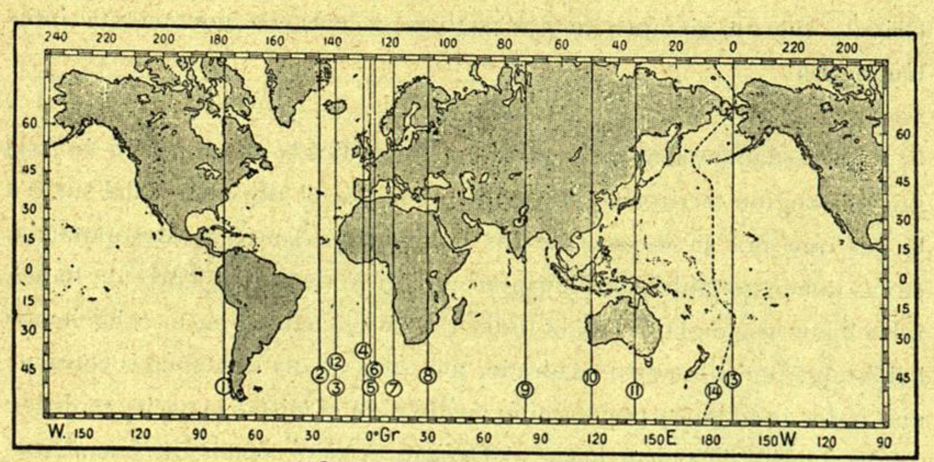
la Groenlandia á las tierras antárticas pasando por la isla de Hierro, parecía confundirse con una división geográfica, puesto que sigue en casi toda su longitud el foso del Atlántico entre el Antiguo y el Nuevo Mundo. La conservación de este meridiano habría acabado por fijar la significación de las palabras Este y Oeste, dándoles por sinónimos las expresiones Mundo Antiguo y Nuevo Mundo. Hasta cierto punto de vista, la cosa hubiera sido justa, puesto que la América, situada al Occidente de Europa, ha sido descubierta por navegantes que singlaban hacia el Oeste; pero estudiando el conjunto de las tierras que siguen su orden, se hace constar que la masa del doble triángulo americano continúa exactamente la curva del Asia alrededor de la gran depresión oceánica: desde el punto de vista de la génesis de las tierras, se encuentra, pues, al este del Mundo Antiguo, y la línea meridiana más lógica resulta la que pasa por el estrecho de Bering en la inmensidad del Pacífico.

Si hay empeño, como es conveniente, en escoger una línea de separación normal entre el Este y el Oeste, no sólo á causa de sus ventajas geográficas, sino especialmente en razón de la influencia que ese trazado de división ha determinado en la historia misma, se podrá fijar, hacia el principio de las edades entrevistas por la ciencia del pasado, en la zona media del Mundo Antiguo á cuyos dos lados los acontecimientos tomaron el carácter más original y distinto. Una primera división de ese género, muy justificada respecto á ciertas consideraciones, es la que dió sus nombres al Asia y á Europa: para los Asirios, el país de Asia, cuyo nombre se ha modificado diversamente después, era la región iluminada por los rayos del Sol levante; y el país de Ereb — Europa — comprendía todas las comarcas que se extienden hacia la púrpura de la tarde. Es cierto que la división geográfica entre los dos continentes, marcada por las ramificaciones orientales del Mediterráneo, corresponde á una diferencia considerable en el movimiento histórico de las comarcas ribereñas; sin embargo, los resultados generales de la historia comparada nos prueban que es preciso buscar mucho más al este de la costa de Siria el meridiano de división entre las dos mitades del mundo que mejor merecen los nombres convencionales de Este y Oeste, de Oriente y Occidente.

Parecería muy natural á primera vista fijar esta línea de separación en el límite de las cuencas fluviales que se inclinan de un lado hacia los mares de la India y de la China y de otro hacia el Atlántico por inter-

medio del Mediterráneo y de los otros mares interiores. Pero esta frontera, en gran parte artificial, especialmente en la travesía del Asia Menor, pasa por medio de poblaciones sujetas á las mismas influencias

N.º 42. Algunos meridianos iniciales.



Escala del Ecuador 1: 450 000 000

0 5000 10000 kil.

MERIDIANOS INICIALES	Greenwich (grados)	París (grados)	Bering (grados)
	POSICIONES CON RELACIÓN Á LOS DE		
1. Washington	77° 2′ 0″ W	79° 22′ 15″ W	178,6889
2. St. Michel (Açores) M. Chaucourtois	26° 9′ 45″ W	28° 30′ 0″ W	144,7750
3. Isla de Hierro (Ferro)	17° 39′ 45″ W	20° 0′ 0″ W	139,1083
4. San Fernando (España)	3° 42′ 0″ W	6° 2′ 15″ W	129,8000
5. Greenwich	0	2° 20′ 15″ W	127,3333
6. París	2° 20′ 15″ E	0	125,7750
7. (M. Bouthillier de Beaumont)	12° 20′ 15″ E	10° 0′ 0″ E	119,1083
8. Pulkowa (Petersburgo)	30° 19′ 15″ E	27° 59′ 0″ E	107,1194
9. Udjein	75° 52′ 0″ E	73° 31′ 45″ E	76,7556
10. Pekín (Observatorio imperial)	116° 28′ 49″ E	114° 8′ 34″ E	49,6798
11. Tokio	139° 46′ 15″ E	137° 26′ 0″ E	34,1528
12. Conical Hill (M. de Sarrauton)	17° 30′ 0″ W	19° 50′ 15″ W	139
13. Bering (E. Reclus)	169° 0′ 0″ W	171° 20′ 15″ W	0

14. Línea á cuyo paso se adelanta un día la fecha á bordo de los buques que van hacia el Oeste y se retrasa otro tanto á bordo de los barcos que van hacia el Este.

Las cifras del borde inferior del cuadro corresponden á la división del Ecuador en 360°, contados de 0° á 180° Este y de 0° á 180° Oeste de Greenwich; las cifras del borde superior corresponden á la división del Ecuador en 240 grados, contados en un solo sentido de Este á Oeste, á partir de un meridiano que atraviesa la isla Ratmanoff (Diomedes) y está identificado con el 169° W Greenwich.

La división de M. de Sarrauton está determinada por el faro del Cabo Verde, cuyo meridiano (unos 17° 30′ W Greenwich) está numerado 140; propone la división del Ecuador en 240 grados y el meridiano inicial corta entonces el continente americano cerca del Cabo del Príncipe de Gales á través de Conical Hill.

de suelo y de clima, participando en los mismos movimientos históricos y compuestas en gran parte de elementos de la misma procedencia étnica. Es necesario retroceder al verdadero límite entre el mundo occidental y

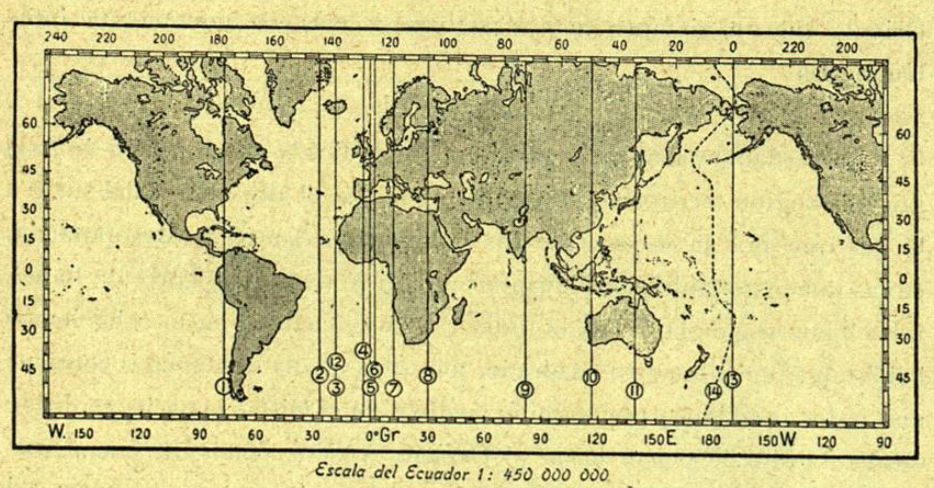
la Groenlandia á las tierras antárticas pasando por la isla de Hierro, parecía confundirse con una división geográfica, puesto que sigue en casi toda su longitud el foso del Atlántico entre el Antiguo y el Nuevo Mundo. La conservación de este meridiano habría acabado por fijar la significación de las palabras Este y Oeste, dándoles por sinónimos las expresiones Mundo Antiguo y Nuevo Mundo. Hasta cierto punto de vista, la cosa hubiera sido justa, puesto que la América, situada al Occidente de Europa, ha sido descubierta por navegantes que singlaban hacia el Oeste; pero estudiando el conjunto de las tierras que siguen su orden, se hace constar que la masa del doble triángulo americano continúa exactamente la curva del Asia alrededor de la gran depresión oceánica: desde el punto de vista de la génesis de las tierras, se encuentra, pues, al este del Mundo Antiguo, y la línea meridiana más lógica resulta la que pasa por el estrecho de Bering en la inmensidad del Pacífico.

Si hay empeño, como es conveniente, en escoger una línea de separación normal entre el Este y el Oeste, no sólo á causa de sus ventajas geográficas, sino especialmente en razón de la influencia que ese trazado de división ha determinado en la historia misma, se podrá fijar, hacia el principio de las edades entrevistas por la ciencia del pasado, en la zona media del Mundo Antiguo á cuyos dos lados los acontecimientos tomaron el carácter más original y distinto. Una primera división de ese género, muy justificada respecto á ciertas consideraciones, es la que dió sus nombres al Asia y á Europa: para los Asirios, el país de Asia, cuyo nombre se ha modificado diversamente después, era la región iluminada por los rayos del Sol levante; y el país de Ereb — Europa — comprendía todas las comarcas que se extienden hacia la púrpura de la tarde. Es cierto que la división geográfica entre los dos continentes, marcada por las ramificaciones orientales del Mediterráneo, corresponde á una diferencia considerable en el movimiento histórico de las comarcas ribereñas; sin embargo, los resultados generales de la historia comparada nos prueban que es preciso buscar mucho más al este de la costa de Siria el meridiano de división entre las dos mitades del mundo que mejor merecen los nombres convencionales de Este y Oeste, de Oriente y Occidente.

Parecería muy natural á primera vista fijar esta línea de separación en el límite de las cuencas fluviales que se inclinan de un lado hacia los mares de la India y de la China y de otro hacia el Atlántico por inter-

medio del Mediterráneo y de los otros mares interiores. Pero esta frontera, en gran parte artificial, especialmente en la travesía del Asia Menor, pasa por medio de poblaciones sujetas á las mismas influencias

N.º 42. Algunos meridianos iniciales.



	MERIDIANOS INICIALES	POSICIONES CON RELACIÓN Á LOS DE Greenwich (grados)	París (grados)	Bering (grados)
1.	Washington	77° 2′ 0″ W	79° 22′ 15″ W	178,6889
2.	St. Michel (Açores) M. Chaucourtois	26° 9′ 45″ W	28° 30′ 0″ W	144,7750
3.	Isla de Hierro (Ferro)	17° 39′ 45″ W	20° 0′ 0″ W	139,1083
4.	San Fernando (España)	3° 42′ 0″ W	6° 2′ 15″ W	129,8000
5.	Greenwich	0	2° 20′ 15″ W	127,3333
6.	París	2° 20′ 15″ E	0	125,7750
7.	(M. Bouthillier de Beaumont)	12° 20′ 15″ E	10° 0′ 0″ E	119,1083
8.	Pulkowa (Petersburgo)	30° 19′ 15″ E	27° 59′ 0″ E	107,1194
9.	Udjein	75° 52′ 0″ E	73° 31′ 45″ E	76,7556
10.	Pekín (Observatorio imperial)	116° 28′ 49″ E	114° 8′ 34″ E	49,6798
11.	Tokio	139° 46′ 15″ E	137° 26′ 0″ E	34,1528
12.	Conical Hill (M. de Sarrauton)	17° 30′ 0″ W	19° 50′ 15″ W	139
13.	Bering (E. Reclus)	169° 0′ 0″ W	171° 20′ 15″ W	0

14. Línea á cuyo paso se adelanta un día la fecha á bordo de los buques que van hacia el Oeste y se retrasa otro tanto á bordo de los barcos que van hacia el Este.

Las cifras del borde inferior del cuadro corresponden á la división del Ecuador en 360°, contados de 0° á 180° Este y de 0° á 180° Oeste de Greenwich; las cifras del borde superior corresponden á la división del Ecuador en 240 grados, contados en un solo sentido de Este á Oeste, á partir de un meridiano que atraviesa la isla Ratmanoff (Diomedes) y está identificado con el 169° W Greenwich.

La división de M. de Sarrauton está determinada por el faro del Cabo Verde, cuyo meridiano (unos 17° 30′ W Greenwich) está numerado 140; propone la división del Ecuador en 240 grados y el meridiano inicial corta entonces el continente americano cerca del Cabo del Príncipe de Gales á través de Conical Hill.

de suelo y de clima, participando en los mismos movimientos históricos y compuestas en gran parte de elementos de la misma procedencia étnica. Es necesario retroceder al verdadero límite entre el mundo occidental y

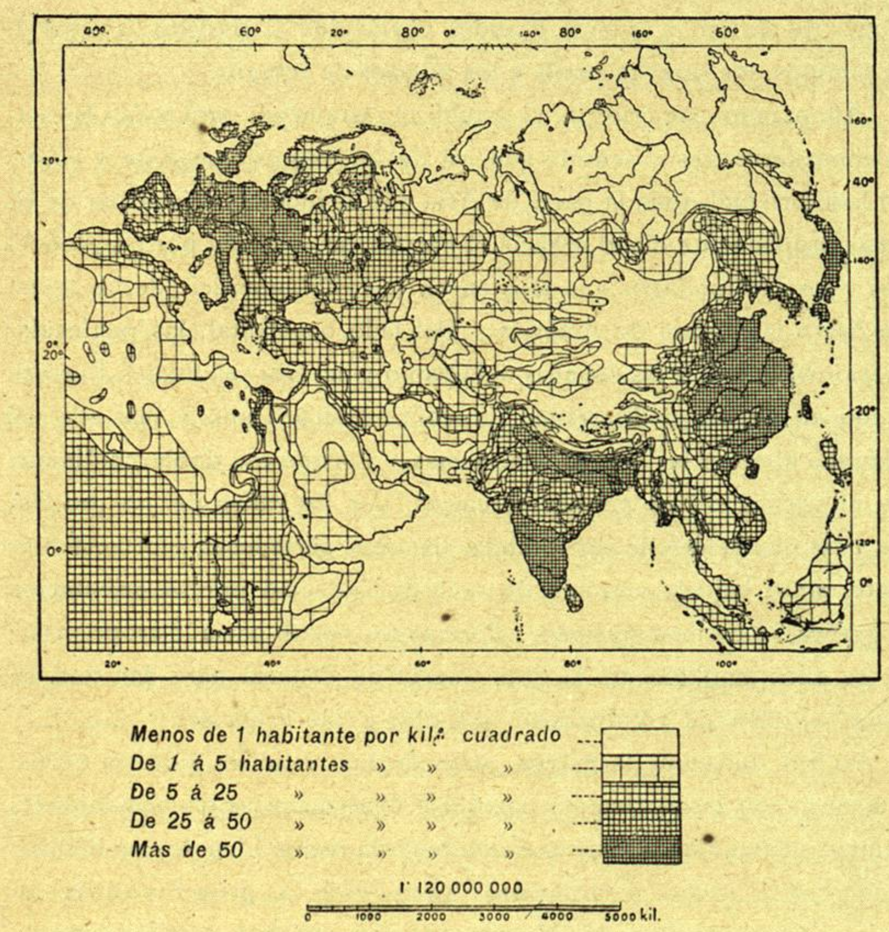
el mundo oriental de modo que se rechace del lado del Oeste toda la vertiente de los dos ríos gemelos, el Tigris y el Eufrates, lo mismo que las principales cimas del Irán. Esta región de Persia y de Media, de Asiria y de Caldea, está íntimamente asociada en su historia con los países del Mediterráneo, en tanto que sus relaciones con el mundo de Oriente fueron siempre menos activas y más frecuentemente interrumpidas.

La verdadera zona de separación está indicada en el centro de Asia por una región territorial que se distingue por el alto relieve del suelo á la vez que por la escasez de los habitantes. Entre la Mesopotamia, cuyas inmensas multitudes levantaron en otro tiempo la Torre de Babel, y las llanuras gangéticas de la India, donde se cuentan hasta ochocientos habitantes por kilómetro cuadrado, una zona media que apenas contiene uno ó dos individuos por término medio para el mismo espacio, se dirige desde el golfo de Omán hacia el Océano Artico; comienza inmediatamente al oeste de la cuenca del Indus en las regiones casi desiertas del Baluchistán, sembradas de escasos oasis, continuándose por los montes de Khirtar y Sulaiman-dagh y conteniendo en sus ásperos valles tribus de montañeses frecuentemente diezmados por la guerra. Al noroeste del Indostán, las altas cimas del Hindu-kuch y otras, inferiores sólo al Himalaya, marcan los límites de partición, prolongándose por las mesetas de tan difícil acceso, á las cuales se ha dado el nombre de «Tejado del Mundo», y que, flanqueadas al Norte por aristas paralelas, van á juntarse en el macizo de los «Montes Celestes». Al otro lado de esas potentes rocas con diadema de glaciares, la zona poco habitada continúa en la gran depresión siberiana hacia las riberas salinas del lago Balkach, después al norte de la cadena del Tarbagatai, hacia las estériles soledades de Semipalatinsk, la «Estepa del Hambre»; por último, el entredós casi desierto comprendido entre las cuencas del Obi y del Yenisei va á unirse á las tundras de suelo congelado. Las investigaciones de Gmelin y otros naturalistas han demostrado que, á lo menos respecto de la fauna, la verdadera separación entre Europa y Asia se halla en esas tierras bajas y áridas y no sobre las verdosas alturas de los Montes Urales.

El Mundo Antiguo está así dividido en dos mitades distintas, teniendo una masa continental casi de igual extensión. En toda su parte meridio-

nal y central, esta ancha banda de separación está formada de una serie de eminencias que comprende el nudo capital del sistema montañoso de la Eurasia y no está cortada sino á raros intervalos por pasos accesibles á los guerreros y á los mercaderes. Esas puertas difíciles eran las únicas

N.º 48. Zona de despoblación entre el Oriente y el Occidente.



que permitían comunicar las poblaciones de las dos vertientes, las civilizaciones respectivas del Occidente y del Oriente. Del mismo modo que un deslizamiento del suelo puede obstruir repentinamente la corriente de un río, la incursión de una tribu de montañeses podía cerrar completamente el tránsito entre el Este y el Oeste, cortando nuevamente el Mundo en dos. Y esto se produjo varias veces.

Afghanos y Turkmenos detuvieron frecuentemente el paso de los ejércitos; con más frecuencia aún no se aventuraron éstos más que á la entrada de las gargantas, temiendo el largo y áspero camino en temibles comarcas, sin albergues para reposar ni provisiones. Para atravesar esas formidables barreras, necesitaron los Daríos, los Alejandros, los Mahmud, los Baber y los Akhbar todos los recursos en hombres y en dinero de poderosos imperios. Aun en nuestros días, las regiones montañosas de la línea de partición oponen grandes obstáculos al tránsito, á pesar de los caminos, los caravanserails y los puertos de refugio.

Adoptando este criterio, se establece claramente para todas las extensiones terrestres el sentido general de las expresiones Este y Oeste. Del lado oriental, toda la parte de Asia que se inclina hacia el mar de las Indias propiamente dicho y hacia el Pacífico se continúa por las grandes islas y los archipiélagos que existen en la vasta superficie de las aguas casi hasta las costas de América. Del lado occidental, las penínsulas anteriores de Asia y las cuencas del Caspio y del Obi se juntan á Europa, á todo el mundo mediterráneo, al continente africano y más allá del Atlántico abrazan las tierras americanas. Porque ese doble continente que mira hacia el Este por sus estuarios, por los valles de sus grandes ríos y las pendientes de sus fecundas llanuras, pertenecen incontestablemente, tanto bajo la relación de su historia, como por su orientación geográfica, al cosmos europeo. Permanece vuelto hacia Europa, hasta que se abra ampliamente la gran puerta de Panamá para dar toda su iniciativa comercial á Valparaíso, al Callao y San Francisco.

No hay duda que la mayor parte de las naciones y de las tribus, permaneciendo largo tiempo separadas unas de otras en humanidades distintas, prosiguían su existencia sin tener la menor idea de esa diferenciación entre Oriente y Occidente; pero desde las primeras edades en que los grandes pueblos del Mundo Antiguo tuvieron conocimiento de su historia, conocieron el valor que tiene esa cumbre que separa las dos vertientes. La evolución humana se verifica de diferente modo en cada lado, y cada siglo aumentó la divergencia originaria de esta evolución, gravitando por un lado hacia el gran mar, y por otro hacia la cuenca del Mediterráneo. ¿Cuál de esas manifestaciones estaba destinada á producir más importantes consecuencias y á contribuir en mayor escala á la educación del género humano? Actualmente no cabe duda sobre este

punto: en la lucha por el poder, el Occidente obtuvo la ventaja hasta nuestros días; las naciones de esta vertiente acreditan á la vez más iniciativa progresiva y mayor potencia de regeneración. Y, sin embargo, todo parecía indicar que el Este fuese la mitad privilegiada del planeta: vistas en su conjunto, las naciones de la vertiente oriental tuvieron su período de superioridad real; hasta pudo preverse que la tomarían de nuevo y que, así como el Atlántico despojó al Mediterráneo de su posición suprema sobre la Tierra, gradualmente empequeñecida, el Gran Océano asumirá sobre el foso del Atlántico la preponderancia que le aseguran su extensión y el semicírculo de sus riberas, espina dorsal de todo el organismo continental.

Sin tratar de establecer aquí de qué comarcas partieron los primeros impulsos, es probable que la plaza material ocupada hace tres mil años por las naciones que ya tenían conciencia de su vida en la historia del mundo, era menor al occidente que al oriente del diafragma asiático. Los valles y las mesetas que poblaban los Medas y los Persas, las llanuras de la Asiria y de la Caldea, la comarca de los Hittites, de los hijos de Israel y de Ismael, las costas de los Fenicios, las de los Sabeos y de los Himiaritas, las orillas del Nilo, las islas de Chipre y de Creta, por último, las partes del Asia anterior donde germinó la civilización que después había de florecer tan maravillosamente en Grecia, al otro lado del mar Egeo, todas esas comarcas sólo formaban un estrecho territorio en comparación de las vastas extensiones del Asia sud-oriental, desde el Indus al río Amarillo, y hasta la Siberia meridional, tan rica en inscripciones de las edades desaparecidas. Y aun ha de añadirse á ese vasto territorio asiático una gran parte del archipiélago malayo, cuya civilización es ciertamente de fecha antiquísima. Finalmente, las tierras oceánicas, esparcidas sobre una extensión líquida tan grande como todas las masas continentales del Mundo Antiguo, parecen haber formado parte de un área cuyo desarrollo histórico era superior al de las poblaciones europeas en la época de los Pelasgos.

Es cierto que las tribus salvajes de Europa durante la edad de piedra se extendieron en todos sentidos y recorrieron comarcas muy distantes unas de otras; pero la condición política y social de esas tribus no ofrecía cohesión suficiente para que fuese posible fijar la memoria de todas sus

idas y venidas. Sus viajes permanecieron ignorados como si jamás hubieran tenido lugar, en tanto que las emigraciones también desconocidas de los insulares del Pacífico se encontraban al menos unidas, por el lazo de las navegaciones malayas, al mundo de la India insular y continental: de ese modo los orientales podían formarse una idea de ese mar inmenso, sembrado de una vía láctea de islas é islotes, que se extiende en la anchura de la costa de Asia á distancias grandísimas. En aquellas lejanas regiones no hubieran podido concebir el Océano, como lo hicieron los griegos, como un simple río que encerraba con su estrecha corriente las tierras continentales; el indio y el malayo le considerarían más bien como un espacio sin límites que iba á perderse en el infinito de los cielos.

El Este se encontraba así entonces grandemente adelantado sobre el Oeste, á la vez por la extensión de su dominio conocido y por la mayor cohesión de sus pueblos. Pero transcurridos treinta siglos, y sin que haya habido regresión por su parte, porque de una manera general la evolución se ha hecho en todo lugar en el sentido de lo mejor por el aumento de los conocimientos, ha sido singularmente distanciado. Hasta se ha emitido la idea que la precocidad de la civilización oriental podría haber sido la causa de esa detención del desenvolvimiento; porque demasiado apresuramiento en el esfuerzo trae siempre consigo más rápido cansancio [1]. Hay escritores que se entregan á fantasías místicas, y tomando por base de sus argumentos una especie de predestinación, han tratado de explicar el contraste entre el Este y el Oeste por una diferencia de raza original é indestructible. Los dos mundos, dicen, se diferencian en principio desde sus comienzos; el espíritu de los orientales es nebuloso y quimérico, inclinado á los refinamientos sutiles y á las ambigüedades contradictorias, y obra en sentido inverso de la inteligencia de los occidentales, que está dotada del genio de la observación, de una rectitud natural de pensamiento, de la comprensión de las cosas. El mito de la Serpiente en el Paraíso Terrestre, simbolizando á los ojos de esos escritores la influencia perniciosa del Oriente, dominaría todas las relaciones de un mundo á otro.

Concepción semejante, que daría á los occidentales una superioridad

[1] Gaëtan Delaunay, *Mémoire sur l'infériorité des Civilisations précoces.*

incontestable, sólo reposa evidentemente sobre el recuerdo del largo antagonismo existente entre poblaciones lanzadas unas contra otras por la guerra ó por los intereses comerciales en las diversas épocas de su vida política y social: en realidad la simple exposición de los hechos ha sido tomada por una explicación. Entre una civilización decadente y una sociedad en plena vida de crecimiento, las condiciones no son iguales: para juzgarlas con perfecta equidad, es preciso colocarse en períodos correspondientes de su vida colectiva. Sería injusto, por ejemplo, comparar los Estados Unidos en su triunfante juventud con la China en su edad senil. Separando, pues, esa supuesta diferencia esencial de las razas, han de estudiarse las condiciones telúricas del mundo oriental, buscando en ellas las causas del retraso de su desarrollo, comparado con los progresos del Occidente.

En primer lugar, el Gran Océano, con sus millares de islas, sólo tiene para su inmensa extensión líquida una corta proporción de tierras emergentes, aparte del árido continente australiano; los centros de civilización, tales como Samoa, Taiti, los grupos de Tonga y de Fidji, separados unos de otros por largas distancias y con escasa población, no podían ejercer influencia considerable, por ser los archipiélagos demasiado estrechos para dar nacimiento á un gran foco de irradiación intelectual. La Nueva Zelanda, bastante amplia para llegar á ser la residencia de una nación poderosa, se halla demasiado apartada de las vías históricas, en los solitarios mares del Sud; por lo demás, se ha colonizado tarde y apenas se han sucedido en su territorio treinta generaciones.

En cuanto á las islas ecuatoriales, desde Borneo á la Papuasia (Nueva Guinea), son grandes y están muy favorablemente situadas en el ángulo sud-oriental del continente de Asia, en el eje del movimiento general de la civilización; la riqueza misma de su vegetación forestal y las facilidades de la existencia permitieron á los aborígenes mantenerse en su aislamiento primitivo, y la mayor parte de esos archipiélagos magníficos quedaron así fuera de la marcha del progreso. Los aventureros malayos, lo mismo que los colonos de razas diferentes, se contentaron con ocupar las costas; el interior quedó inexplorado, y á veces se halló completamente cerrado por el espesor de los bosques, donde se ocultaban los «corta cabezas». Sólo dos grandes islas, las más próximas al continente asiático, Sumatra y Java, se unen al mundo civilizado del

idas y venidas. Sus viajes permanecieron ignorados como si jamás hubieran tenido lugar, en tanto que las emigraciones también desconocidas de los insulares del Pacífico se encontraban al menos unidas, por el lazo de las navegaciones malayas, al mundo de la India insular y continental: de ese modo los orientales podían formarse una idea de ese mar inmenso, sembrado de una vía láctea de islas é islotes, que se extiende en la anchura de la costa de Asia á distancias grandísimas. En aquellas lejanas regiones no hubieran podido concebir el Océano, como lo hicieron los griegos, como un simple río que encerraba con su estrecha corriente las tierras continentales; el indio y el malayo le considerarían más bien como un espacio sin límites que iba á perderse en el infinito de los cielos.

El Este se encontraba así entonces grandemente adelantado sobre el Oeste, á la vez por la extensión de su dominio conocido y por la mayor cohesión de sus pueblos. Pero transcurridos treinta siglos, y sin que haya habido regresión por su parte, porque de una manera general la evolución se ha hecho en todo lugar en el sentido de lo mejor por el aumento de los conocimientos, ha sido singularmente distanciado. Hasta se ha emitido la idea que la precocidad de la civilización oriental podría haber sido la causa de esa detención del desenvolvimiento; porque demasiado apresuramiento en el esfuerzo trae siempre consigo más rápido cansancio [1]. Hay escritores que se entregan á fantasías místicas, y tomando por base de sus argumentos una especie de predestinación, han tratado de explicar el contraste entre el Este y el Oeste por una diferencia de raza original é indestructible. Los dos mundos, dicen, se diferencian en principio desde sus comienzos; el espíritu de los orientales es nebuloso y quimérico, inclinado á los refinamientos sutiles y á las ambigüedades contradictorias, y obra en sentido inverso de la inteligencia de los occidentales, que está dotada del genio de la observación, de una rectitud natural de pensamiento, de la comprensión de las cosas. El mito de la Serpiente en el Paraíso Terrestre, simbolizando á los ojos de esos escritores la influencia perniciosa del Oriente, dominaría todas las relaciones de un mundo á otro.

Concepción semejante, que daría á los occidentales una superioridad

[1] Gaëtan Delaunay, *Mémoire sur l'infériorité des Civilisations précoces.*

incontestable, sólo reposa evidentemente sobre el recuerdo del largo antagonismo existente entre poblaciones lanzadas unas contra otras por la guerra ó por los intereses comerciales en las diversas épocas de su vida política y social: en realidad la simple exposición de los hechos ha sido tomada por una explicación. Entre una civilización decadente y una sociedad en plena vida de crecimiento, las condiciones no son iguales: para juzgarlas con perfecta equidad, es preciso colocarse en períodos correspondientes de su vida colectiva. Sería injusto, por ejemplo, comparar los Estados Unidos en su triunfante juventud con la China en su edad senil. Separando, pues, esa supuesta diferencia esencial de las razas, han de estudiarse las condiciones telúricas del mundo oriental, buscando en ellas las causas del retraso de su desarrollo, comparado con los progresos del Occidente.

En primer lugar, el Gran Océano, con sus millares de islas, sólo tiene para su inmensa extensión líquida una corta proporción de tierras emergentes, aparte del árido continente australiano; los centros de civilización, tales como Samoa, Taiti, los grupos de Tonga y de Fidji, separados unos de otros por largas distancias y con escasa población, no podían ejercer influencia considerable, por ser los archipiélagos demasiado estrechos para dar nacimiento á un gran foco de irradiación intelectual. La Nueva Zelanda, bastante amplia para llegar á ser la residencia de una nación poderosa, se halla demasiado apartada de las vías históricas, en los solitarios mares del Sud; por lo demás, se ha colonizado tarde y apenas se han sucedido en su territorio treinta generaciones.

En cuanto á las islas ecuatoriales, desde Borneo á la Papuasia (Nueva Guinea), son grandes y están muy favorablemente situadas en el ángulo sud-oriental del continente de Asia, en el eje del movimiento general de la civilización; la riqueza misma de su vegetación forestal y las facilidades de la existencia permitieron á los aborígenes mantenerse en su aislamiento primitivo, y la mayor parte de esos archipiélagos magníficos quedaron así fuera de la marcha del progreso. Los aventureros malayos, lo mismo que los colonos de razas diferentes, se contentaron con ocupar las costas; el interior quedó inexplorado, y á veces se halló completamente cerrado por el espesor de los bosques, donde se ocultaban los «corta cabezas». Sólo dos grandes islas, las más próximas al continente asiático, Sumatra y Java, se unen al mundo civilizado del

Asia oriental; la primera de una manera muy incompleta, puesto que los bosques del interior y las mesetas estaban aún ocupados por bárbaros, enemigos de todo comercio con el extranjero. Si Java goza por completo del privilegio de estar asociada al dominio de la cultura hinda, lo debe á la facilidad de acceso que ofrecen sus dos riberas y á su configuración geográfica.

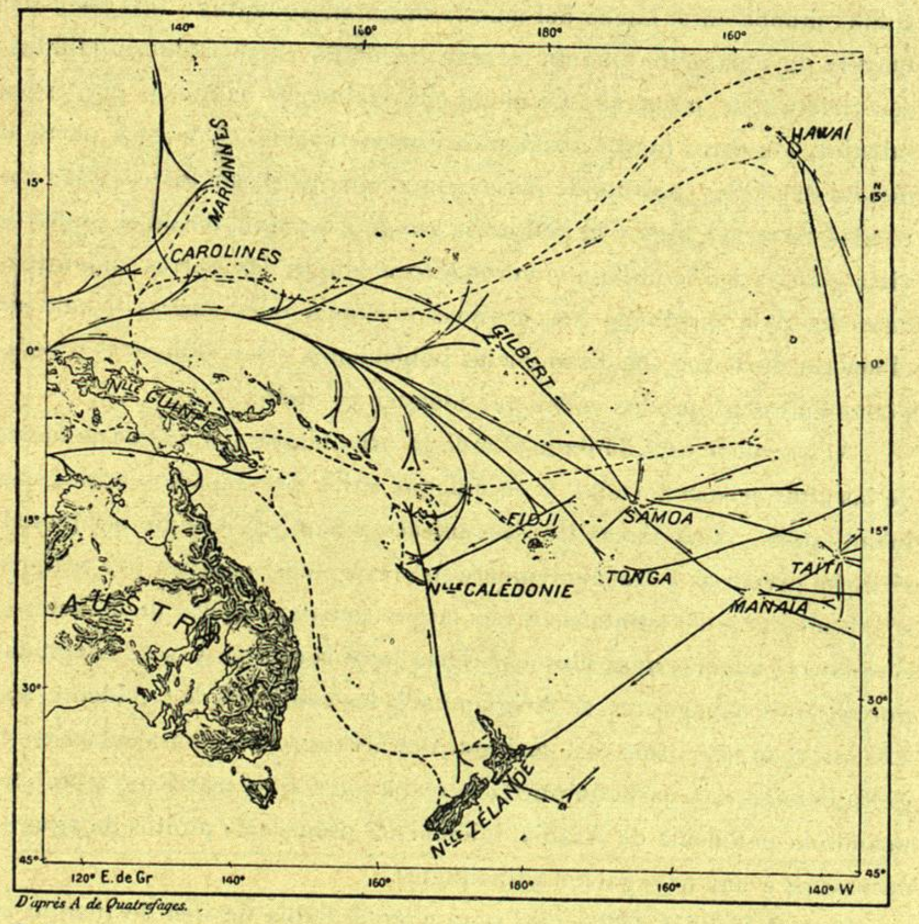
Pero esa tierra maravillosa, aumentada por algunos distritos de Sumatra y de un corto número de islas próximas, que participan de la misma civilización, no constituye, comparada con la inmensidad del Océano, un territorio bastante extenso para suministrar un foco de luz que ilumine el mundo insular del Extremo Oriente. Además, el grupo de las grandes islas, tomado en su conjunto, ha contribuído ciertamente, por la extensión misma de su laberinto, á impedir que se forme la unidad histórica de las regiones insulares. Borneo, Celebes, las principales tierras de las Filipinas, la Nueva Guinea — por sí misma casi continental — y la costa árida del continente vecino, la Australia, son otras tantas comarcas en las que el extranjero, marino náufrago ó colono aventurero, corría el riesgo de ser acogido como enemigo, quizá hasta como pieza de caza. Por último, el estrecho de Torres, la principal puerta oceánica entre la Insulinda y la Polinesia, está casi completamente cerrado por arrecifes madrepóricos.

Asimismo, no fué posible encontrar en tiempos pasados, sobre las riberas continentales, un centro común de civilización para el mundo oriental. Por notable que fuese el progreso del pensamiento en las comunidades que nacieron sobre las orillas del Indus y de la «Madre Ganga», en Ceylán, sobre las costas del Malabar y de Coromandel, en las cuencas de los ríos indo-chinos, en las llanuras floridas del Yangtse-Kiang y en la «Tierra Amarilla» de las «Cien Familias», esas diversas civilizaciones no se agruparon jamás en un todo político, y el lazo, harto relajado, que las unía sólo se mantuvo durante un corto período, bajo la influencia del proselitismo religioso. Las comunicaciones entre esas diversas comarcas fueron siempre escasas é inciertas. Tribus numerosas que habitaban en grupos independientes todas las regiones de las montañas, se repartían en fragmentos distintos el territorio de las naciones civilizadas. Si el Japón, gracias al vapor triunfante que reduce todas las distancias, ha tomado en estos últimos tiempos una posición política

y socialmente central, se sabe que no hace mucho se aislaba cuidadosamente, reuniendo sus fuerzas sobre sí mismo, como si hubiese constituído un mundo aparte.

N.° 44. Emigraciones oceánicas.

(Véase pág. 313)



D'après A. de Quatrefages.

Emigraciones melanésicas ------ Emigraciones indonésicas

1 : 60 000 000

El conjunto del espacio ocupado por los orientales cultos presenta casi la forma de un abanico; es este un hecho geográfico evidente. El eje de la cuenca del Indus, donde se cantaron y rezaron los primeros poemas védicos, apunta hacia el Sudoeste; las corrientes unidas del

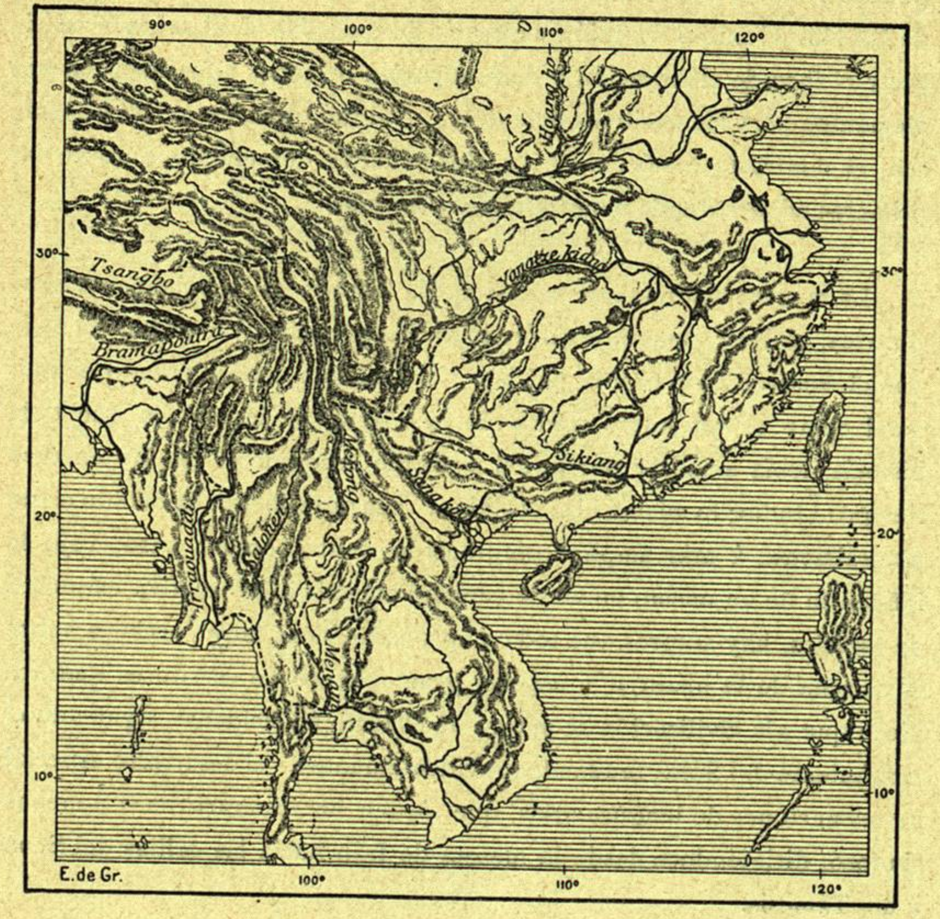
Ganges y del Brahmaputra se unen en el laberinto de su delta corriendo directamente hacia el Sud; los ríos de la Indo-China se dirigen hacia el Sudeste, en tanto que los ríos de la China, y con ellos el movimiento de la civilización, descienden hacia el mar oriental. Puede decirse que las diversas actividades de esas comarcas están animadas de una fuerza centrífuga: no tienen punto de foco natural; además, la península indochina, situada en el hueco del mundo oriental, constituye más bien una barrera de separación que un terreno de unión entre Chinos é Hindus: sus cadenas de montañas paralelas, parcialmente habitadas por tribus salvajes, son otros tantos obstáculos intermediarios. Por otra parte, la meseta del Tibet, por donde parece que deberían pasar los caminos naturales entre la China y la península gangética y que, desde el punto de vista geométrico, contiene el verdadero medio de las tierras sud-orientales del Asia, prolonga sus nevadas crestas á tales alturas y bajo un clima tan duro que sus diseminadas poblaciones están obligadas á refugiarse en los profundos valles que hienden el suelo.

Al Noroeste está limitado el mundo oriental por los rasgos de fuerza de las altas aristas nevadas, y en muchos sitios por espacios áridos casi inhabitables. Las líneas de comunicación con el mundo occidental, siempre precarias y frecuentemente interrumpidas, pasaban por peligrosos desfiladeros de montañas ó por largos rodeos á través de las estepas siberianas; además unas vías marítimas muy revueltas y sólo conocidas por algunos navegantes, se dirigían hacia las comarcas de Occidente, sea á lo largo de las costas casi desiertas del Mekran actual para entrar en el golfo Pérsico, sea pasando por la estrecha puerta del mar Rojo y contorneando la península de Arabia, igualmente pobre en «puntos de agua», necesarios á una navegación principiante.

Por tan tupidas redes, casi gota á gota, había de irse destilando la quintaesencia de la civilización antes que pudiera alcanzar el torrente de la cultura occidental; pero por un notable contraste, las venas por donde había de hacerse el derrame de un mundo á otro están dispuestas precisamente en sentido contrario de las vías históricas del Asia extrema. En tanto que éstas se extienden ampliamente y no tienen otra finalidad común que la inmensa cintura marítima, los caminos del Este convergen uniformemente, aunque por líneas curvas ó cortadas, hacia la cuenca del Mediterráneo helénico y romano.

La larga hendidura del mar Rojo, que unía el país de los Hymiaritas y la Etiopía al Egipto del delta, apunta directamente hacia el mar de Siria, de que la separaba una estrecha y arenosa playa; el serpenteado

N.º 45. Caminos divergentes del Extremo Oriente.



Caminos mayores — Caminos menores

1 : 32 000 000

0 500 1000 1500 Kil.

valle del Nilo se abre en la misma dirección; el golfo Pérsico, continuado al Noroeste por el curso del Eufrates, se dirige en línea recta hacia el ángulo del Mediterráneo, donde se halla la isla de Chipre. Más al Norte, todos los ríos, todos los caminos de comercio que descienden

de la Anatolia, del Asia anterior y de las llanuras sármatas al mar Negro se convierten en afluentes de los mares helénicos á través del Bósforo y del Helesponto. Hasta la gran península anatólica se divide en pequeñas penínsulas secundarias que encierran las depresiones todas que se dirigen hacia Grecia. Y tenemos que el maravilloso cosmos del Atica, del Peloponeso y de las tierras adyacentes vino á ser, gracias á la convergencia de las vías, el punto de unión necesario de todas las civilizaciones asiáticas y el foco de elaboración y de renovación de todos aquellos primeros elementos para las naciones helénicas. Tal fué, descrito en breves frases, el contraste histórico de las dos mitades del mundo durante las primeras edades donde penetra nuestra mirada.

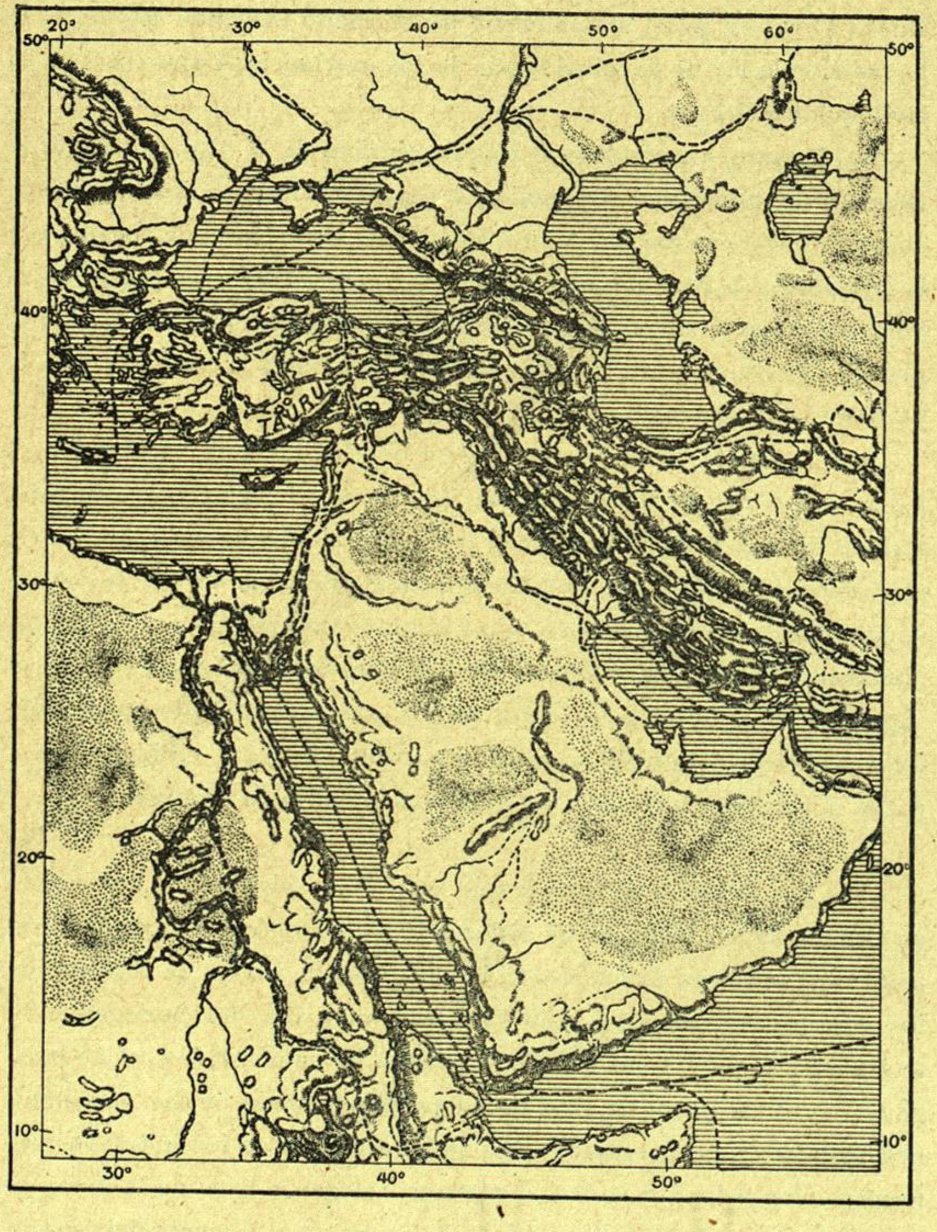
La manera corriente de considerar la historia es esencialmente egocéntrica, es decir, tiene por razón de ser la excepcional importancia dada por el escritor á su propia patria. Cada nación, considerando el país natal como el verdadero centro de la Tierra, se imaginaba que toda historia debía empezar por la del « pueblo escogido »: tal fué en otro tiempo el Judío; lo mismo hizo el Chino. Esa apreciación ha debido ceder naturalmente á más amplia comprensión de las cosas; pero, bajo la influencia de un mismo móvil de vanidad colectiva, de relativa estrechez de espíritu, hay autores que todavía profesan ideas muy parciales sobre la marcha de la historia, y así hay gran número de escritores que nos dicen que « la civilización se mueve de Oriente á Occidente siguiendo el movimiento del Sol », fundándose evidentemente en el desarrollo especial de las naciones de lenguas arias, que siguen un itinerario más ó menos sinuoso, dirigiéndose desde la meseta de Irán hacia las orillas del Sena y del Támesis.

Hasta se ha intentado dibujar en los mapas este eje del progreso y precisar en cifras las medidas de las etapas [1]. Sin embargo, los ejemplos abundan y sobreabundan para demostrar que la marcha de la civilización no está regulada con esa fatalidad, y que muy frecuentemente la historia se ha orientado en sentido inverso. Dada una región central con pendiente natural inclinada hacia todo el contorno del horizonte, lo cierto es que los progresos de la cultura se cumplirán en la dirección de

[1] R. Brück, *L'Humanité, son Développement et sa Durée.*

Oriente lo mismo que en la de Occidente, y, en muchas comarcas, allí, por ejemplo, donde el movimiento de los pueblos se ha propagado á lo

N.º 46. Convergencias de los caminos del Asia anterior.



1 : 30 000 000

0 500 1000 1500 kil.

largo de un río ó bien ha procedido de tierras poco fértiles y forzosa-

de la Anatolia, del Asia anterior y de las llanuras sármatas al mar Negro se convierten en afluentes de los mares helénicos á través del Bósforo y del Helesponto. Hasta la gran península anatólica se divide en pequeñas penínsulas secundarias que encierran las depresiones todas que se dirigen hacia Grecia. Y tenemos que el maravilloso cosmos del Atica, del Peloponeso y de las tierras adyacentes vino á ser, gracias á la convergencia de las vías, el punto de unión necesario de todas las civilizaciones asiáticas y el foco de elaboración y de renovación de todos aquellos primeros elementos para las naciones helénicas. Tal fué, descrito en breves frases, el contraste histórico de las dos mitades del mundo durante las primeras edades donde penetra nuestra mirada.

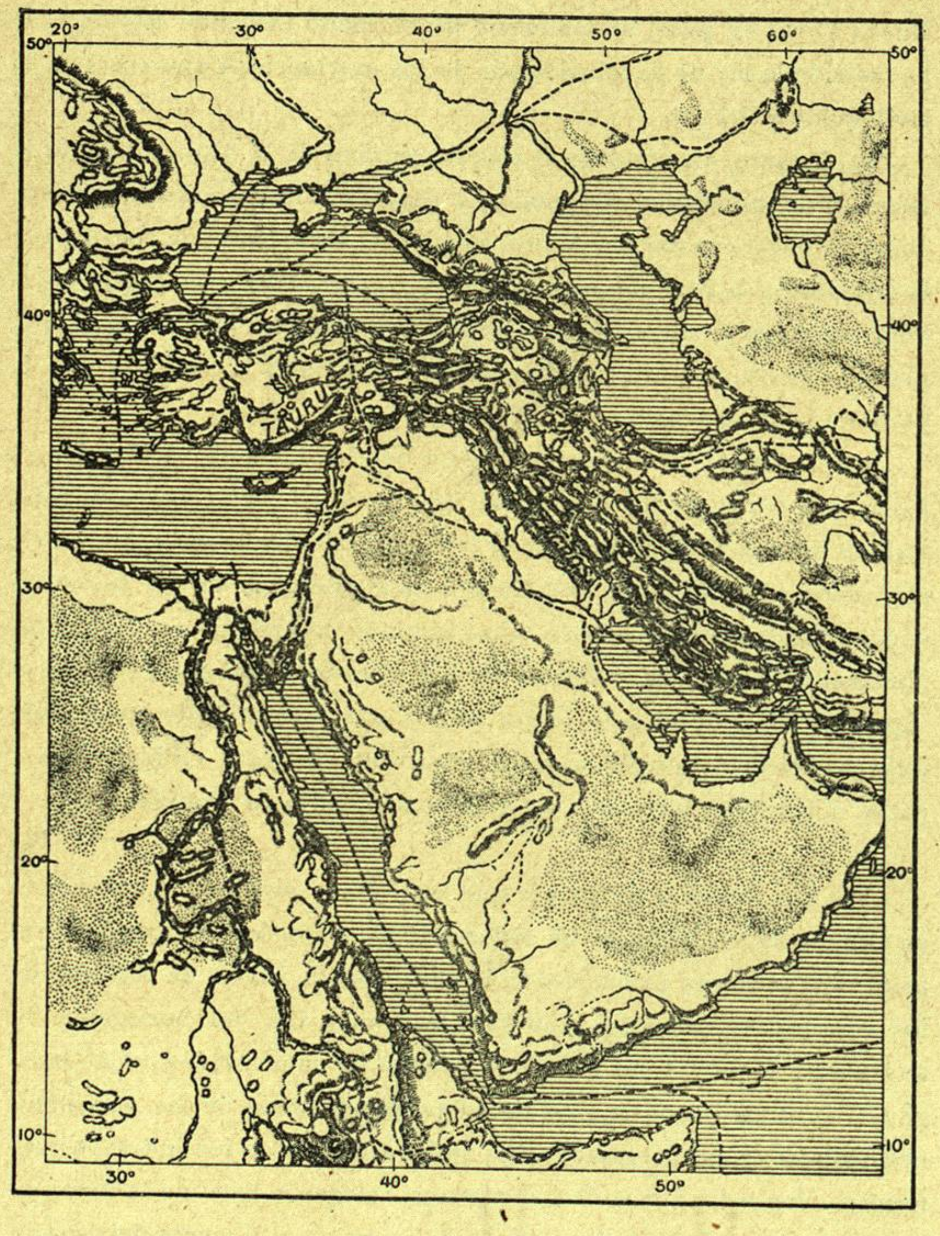
La manera corriente de considerar la historia es esencialmente egocéntrica, es decir, tiene por razón de ser la excepcional importancia dada por el escritor á su propia patria. Cada nación, considerando el país natal como el verdadero centro de la Tierra, se imaginaba que toda historia debía empezar por la del «pueblo escogido»: tal fué en otro tiempo el Judío; lo mismo hizo el Chino. Esa apreciación ha debido ceder naturalmente á más amplia comprensión de las cosas; pero, bajo la influencia de un mismo móvil de vanidad colectiva, de relativa estrechez de espíritu, hay autores que todavía profesan ideas muy parciales sobre la marcha de la historia, y así hay gran número de escritores que nos dicen que «la civilización se mueve de Oriente á Occidente siguiendo el movimiento del Sol», fundándose evidentemente en el desarrollo especial de las naciones de lenguas arias, que siguen un itinerario más ó menos sinuoso, dirigiéndose desde la meseta de Irán hacia las orillas del Sena y del Támesis.

Hasta se ha intentado dibujar en los mapas este eje del progreso y precisar en cifras las medidas de las etapas [1]. Sin embargo, los ejemplos abundan y sobreabundan para demostrar que la marcha de la civilización no está regulada con esa fatalidad, y que muy frecuentemente la historia se ha orientado en sentido inverso. Dada una región central con pendiente natural inclinada hacia todo el contorno del horizonte, lo cierto es que los progresos de la cultura se cumplirán en la dirección de

[1] R. Brück, *L'Humanité, son Développement et sa Durée.*

Oriente lo mismo que en la de Occidente, y, en muchas comarcas, allí, por ejemplo, donde el movimiento de los pueblos se ha propagado á lo

N.º 46. Convergencias de los caminos del Asia anterior.



largo de un río ó bien ha procedido de tierras poco fértiles y forzosa-

mente casi desiertas hacia llanuras fecundas en cosechas y en hombres, los progresos de toda clase se verifican siguiendo las condiciones del medio.

La historia del progreso en los diez mil años últimos, de Babilonia á Chicago, esa otra Babilonia, por Atenas, Roma, París, Londres y Nueva York, es, pues, un fenómeno de tal modo evidente, que de él se ha inferido la ley de la coincidencia de los movimientos aparentes de la civilización y del sol.

No obstante, ateniéndose al estudio estricto de la historia, especialmente la de los asiáticos orientales, y separando toda noción hipotética, conviene hacer constar que la propagación de las fuerzas que constituyen la civilización se hace de pueblo á pueblo á través del gran cuerpo de la humanidad, de la misma manera que en el organismo humano la vida se propaga de célula á célula, á la vez del centro hacia la periferia y de la periferia hacia el centro.

Por lo demás, el mundo actual, en que los focos de civilización se hallan á la vez sobre los puntos más opuestos del globo, desde la Australia á la Gran Bretaña y desde el Japón al Cabo de Buena Esperanza y al estuario del Plata, ¿no es la demostración perfecta de que la cultura se ha extendido libremente en todos sentidos? ¿Y cómo podría dividirse claramente la historia en cortes de duración, teniendo como trazado y superficie de aplicación la Tierra misma con todas sus desigualdades, todos sus elementos fundamentales repartidos sin orden visible, relieve, rocas, clima, flora y fauna? La vida no se recorta en fórmulas.

Por una ilusión análoga á la que hace ver la civilización caminando de Oriente á Occidente, en un orden inferior de fenómenos, los hombres primitivos creyeron fácilmente en la existencia de islas ó de regiones de los muertos, situadas del lado del Oeste más allá del horizonte. Si se trazaran mapas de ese género siguiendo las indicaciones de los indígenas, se demostraría la grandísima preponderancia de las posiciones occidentales en los presuntos sitios de las glorias y de los infiernos misteriosos, donde las almas de los muertos, relegadas lejos de la tierra de los vivos, al otro lado de los montes, de los mares ó al menos del espacio visible, vuelven á la vida de las sombras [1]. ¿No hemos soñado todos

[1] Fr. Ratzel, *Mythen und Einfälle über den Ursprung der Völker*, «Globus», 14 Julio 1900; Johannes Zemmrich, *Internationale Archiv für Ethnologie*, 1891.

CIVILIZACIONES SUCESIVAS Y SUS ÁREAS DE INFLUENCIA



Civilizaciones de hace 7000 años; caminos y áreas de influe

Civilizaciones de hace 4500 años; caminos y áreas de influen

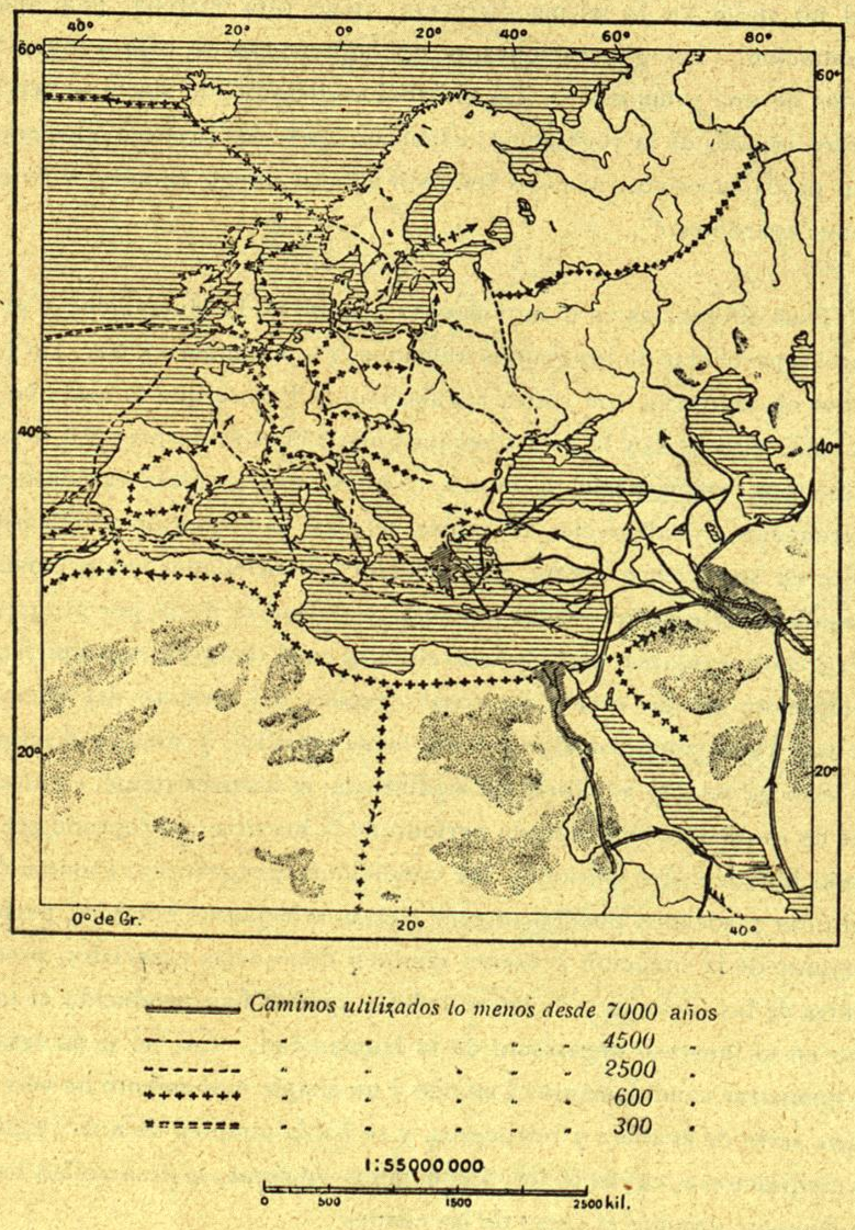
Civilizaciones de hace 2500 años; caminos y áreas de influencia

Civilizaciones de hace 600 años; caminos y áreas de influencia

ESCALA 1:125,000.000. 0 5000 10000 kil.

haber sido transportados á lo lejos, hacia el Sol poniente, viéndonos envueltos en plena luz en los cambiantes paños de oro y de púrpura?

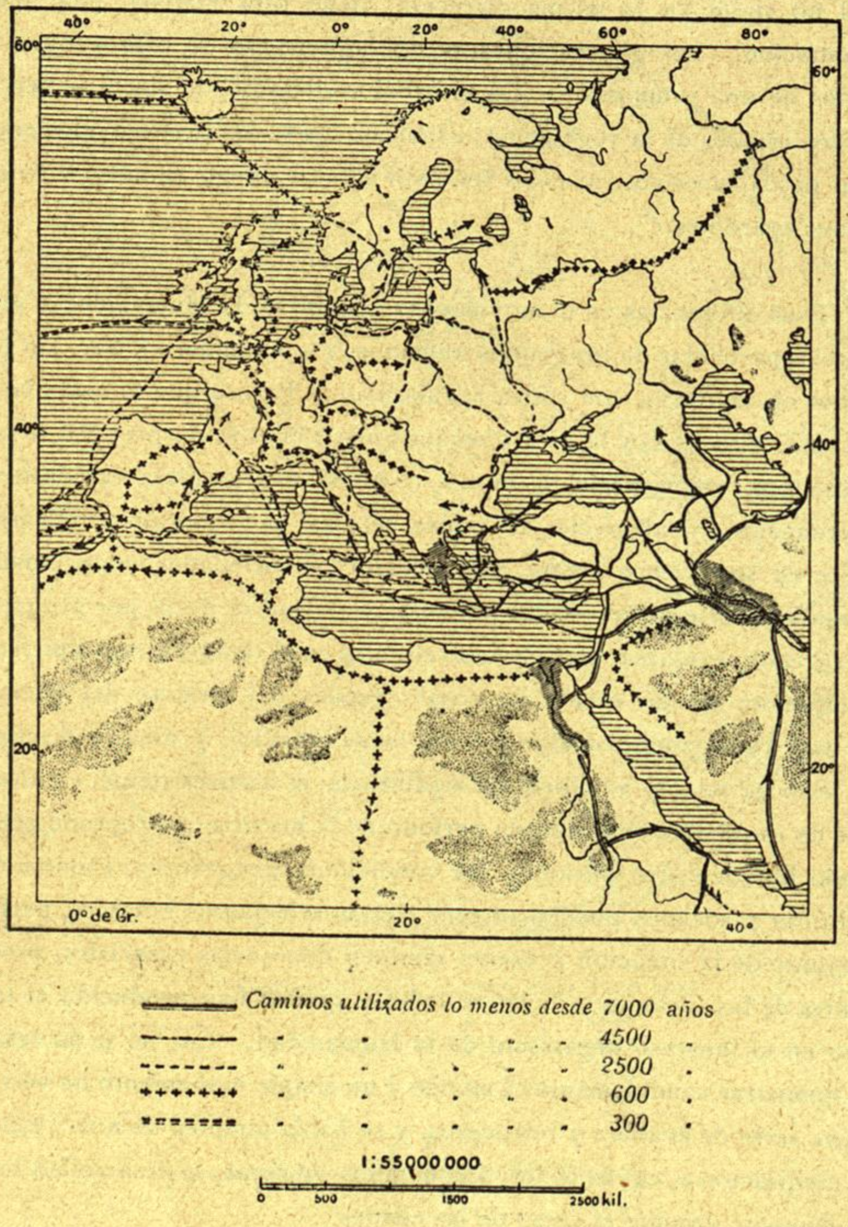
N.° 47. Algunos caminos de la civilización eurasiática.



Las generaciones se suceden de una manera continua, cada instante se lleva células gastadas y trae células nuevas, nacen individuos que

haber sido transportados á lo lejos, hacia el Sol poniente, viéndonos envueltos en plena luz en los cambiantes paños de oro y de púrpura?

N.º 47. Algunos caminos de la civilización eurasiática.



Las generaciones se suceden de una manera continua, cada instante se lleva células gastadas y trae células nuevas, nacen individuos que

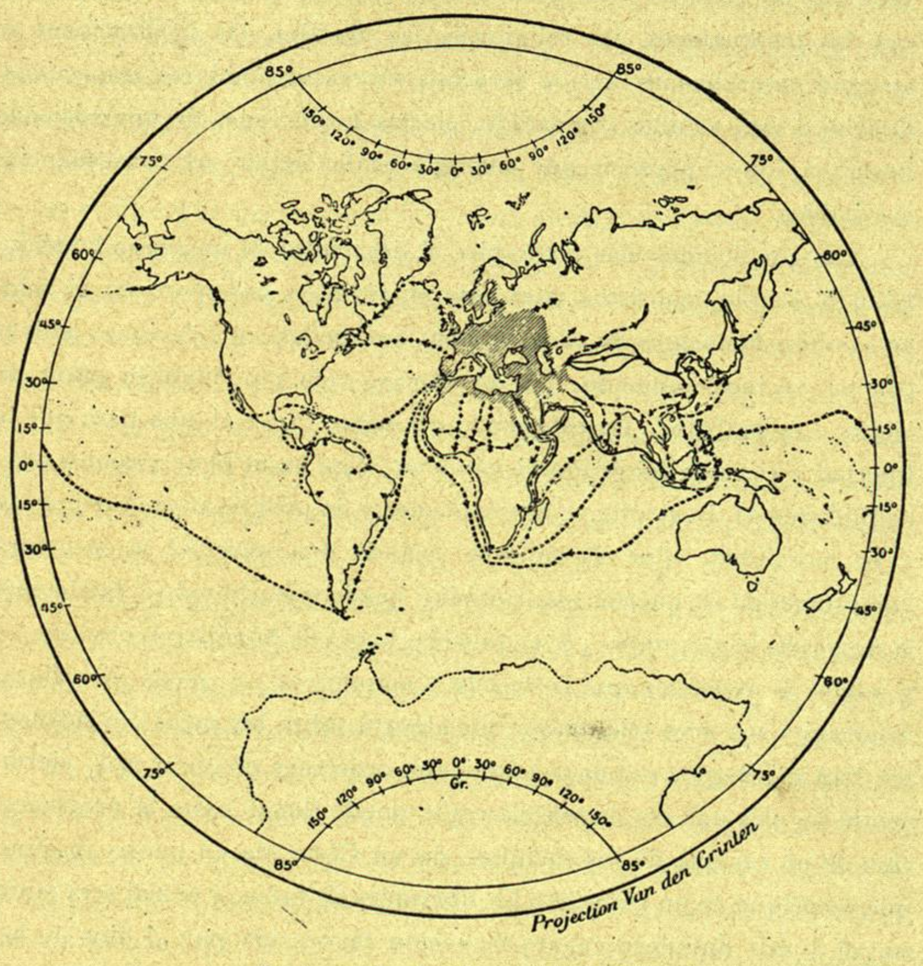
reemplazan á los muertos. Los movimientos de evolución se producen, pues, de una manera insensible, pero cuando se les estudia á intervalos de años, de décadas, de siglos, se notan contrastes, se distinguen fisonomías diferentes en el conjunto de los individuos y de sus ideas: la sociedad no sigue ya la misma dirección, tiene otra marcha, una nueva orientación. Las generaciones se distinguen una de otra «como los nudos de una gramínea». En el árbol cortado por la sierra se ven los brotes anuales de la vegetación; asimismo los siglos transcurridos muestran pasos sucesivos, avances lentos ó súbitos, luego retrasos y detenciones aparentes.

Esas diferencias en el movimiento general de la Humanidad y en la marcha particular de los grupos humanos, ¿se cumplen al azar, sin ley, ó, por el contrario, con cierta regularidad? Parece que la sucesión de las ideas directivas y la de los hechos que de ellas se desprenden se producen con una especie de ritmo, como si una péndola regulase sus alternancias, y al efecto diferentes teorías han querido explicarlas. Vico, en su *Scienza Nuova*, nos muestra las sociedades evolucionando durante la serie de las edades por *corsi* y *ricorsi*, es decir, por progresos y regresos regulares, describiendo círculos en el tiempo y reproduciendo siempre un mismo estado de cosas después del término del circuito. Es esta una concepción algo infantil en su sencillez, y ningún discípulo de Vico ha podido admitirla sin modificarla: es harto evidente, en efecto, que no es posible citar ningún período de la historia que reprodujese de modo idéntico otro período: las condiciones geográficas, económicas, políticas y sociales pueden ofrecer ciertas semejanzas notables, pero el conjunto de la situación presenta también diferencias esenciales, procedentes de las acciones y de las reacciones que se han producido al infinito en el inmenso organismo de la Humanidad. Así, no se ha cesado de comparar cándidamente el mundo á un simple movimiento de vaivén, á una serie de avances y retrocesos, y se habla también de una «espiral de civilización», cuyos ciclos, aumentados sin cesar, se desarrollan indefinidamente durante el curso de las edades.

Sin embargo, hay que reconocer que esa espiral es de forma bien poco geométrica y que cada acontecimiento viene á torcer la curva. Sucede también que, en los períodos locales de retroceso hacia la barbarie se

estrechan en vez de ganar en amplitud. El ritmo de los acontecimientos se conforma, pues, á leyes muy complejas, y resulta que por una simple

N.º 48. Algunos caminos de la civilización mundial hasta el viaje de Magallanes-Del Cano.



———	*Caminos utilizados al menos desde*	7000 años
———	» » » »	4500 »
- - - -	» » » »	2500 »
++++++	» » » »	600 »
······	» » » »	300 »

Escala al Ecuador 1 : 360 000 000

0 5000 10000 20000 Kil.

figura del lenguaje podemos permitirnos asimilarla á una oscilación ó modo regular de girar. Lo que es cierto es que desde muchos puntos de

vista los diversos grupos de hombres, tribus, naciones, Estados, presentan fenómenos de vida como los animales y las plantas: nacen, se fortifican, declinan y mueren, y el estudio profundo indica para todos esos fenómenos causas que pueden clasificarse en categorías de una manera general, bien que las diversas sociedades se entremezclan las unas en las otras y que las instituciones, las religiones, las morales, las civilizaciones se arrogan naturalmente ciertos derechos sobre sus dominios respectivos. Gracias á este estudio comparado, ciertas evoluciones de una sociedad permiten, pues, predecir por analogía cuáles serán sus consecuencias inevitables.

Las condiciones más favorables al desarrollo de un grupo humano, tribu ó pueblo, consisten para éste en vivir en paz, pero no aislado, en cambios frecuentes de visita con sus huéspedes, en relaciones activas con sus vecinos, teniendo, por lo demás, cada individuo su parte de tierra y de trabajo. De este modo no existe razón alguna para que la libertad y el valor del grupo disminuyan; éste hasta tiene grandes probabilidades de desarrollarse normalmente y de progresar en inteligencia y en moralidad. Por el contrario, cuando una sociedad se encuentra comprometida en guerras encarnizadas, puede temerlo todo y fatalmente la desgracia le alcanzará. Si es vencida, habrá de humillarse, envilecerse y adular al vencedor que la diezma y empobrece; si queda victoriosa, aclamará á sus jefes triunfantes, los elevará sobre los otros ciudadanos, les dará privilegios y, por consiguiente, ocasiones de obrar mal: ciertamente seguirá una era de reacción que puede llegar hasta la proclamación de un cacique de los caciques, de un César, de un dueño absoluto que confisque en su provecho las libertades de todos, y el mal será tanto mayor y más duradero cuanto la nación favorecida por el dios de las batallas aumente la superficie de su territorio, sea por conquistas inmediatas, sea por colonias, y se haga dueña de poblaciones reputadas como inferiores ó hasta reducidas á esclavitud. Aunque la anexión por la fuerza sea de pequeña ó grande extensión, aldea, poblado ó reino, ese robo á mano armada no dejará de tener consecuencias funestas para el inicuo detentador; no podrá conservar su conquista sino á fuerza de crímenes propios de un conquistador: brutalidad, injusticia, violencia y asesinato.

Pero no es necesario que una sociedad haga la guerra de invasión ó

se apodere de un territorio extranjero para que se exponga á caer en estado de decadencia moral: basta que en su propio seno se produzcan escisiones permanentes que conduzcan á la formación de clases enemigas, de castas hereditariamente hostiles, y entonces, tanto si muchos se reparten el poder como si le detenta uno solo; que unos «aristócratas» convertidos en mejores por la fuerza de las armas, por un privilegio de nacimiento ó por el prestigio de la fortuna, se hayan arrogado el derecho de mandar á la multitud; ó también que unos sacerdotes, entre todos los más ávidos de autoridad, se propongan la doble posesión de las almas y de los cuerpos, lo cierto es que la guerra, sorda ó declarada, reina entre las diversas partes de la sociedad, y que, por tanto, poderosos elementos de regresión tratan de sobreponerse á todas las causas de progreso. Á veces triunfan, y entonces se observa un paralelismo histórico entre ese acontecimiento y otros que se produjeron en otro país en circunstancias análogas. Hasta puede tener el fenómeno su semejante al lado opuesto del mundo; en Oriente y en Occidente situaciones correspondientes se desenlazan naturalmente de la misma manera, de tal modo, que un historiador filósofo, Ferrari, ha querido erigir en ley las semejanzas de aspecto que presentan la China y Europa; tan cierto es, que á pesar de las diferencias esenciales procedentes del contraste entre los medios, las oscilaciones generales de las dos civilizaciones se marcan por curvas de periodicidad notablemente similares.

El estudio profundo de las civilizaciones permite discernir diferentes tipos de evolución característicos. Así como hay naciones que aparecen súbitamente, por decirlo así, en el horizonte de la historia y forman de golpe parte de la civilización mundial, otras pasan de la vida á la muerte por un proceso que puede ser lento ó rápido, tranquilo ó acompañado de sobresaltos.

De los Potamianos, cuyo orgulloso desarrollo nos muestran recientes descubrimientos, no quedan más que tumbas en las vastas soledades que se denominaron Babilonia y Ninive. ¿No han reemplazado rápidamente la Inquisición y la opresión hermosas ciudades españolas, que se habían desarrollado maravillosamente bajo la influencia de los Moros, por extensiones deshabitadas, por los despoblados y las dehesas? Los Tasmanios, todavía en número de 7,000 cuando el primer viaje de Cook en 1770, fueron sistemáticamente suprimidos en un cente-

nar de años: el último hombre de esta nación se extinguía en 1869 y en 1876 la última mujer: esa es la muerte violenta, como la que sufren actualmente los Armenios. Estamos reducidos al trabajo reciente de la inducción histórica en cuanto al número de las poblaciones que elevaron monumentos esparcidos desde las islas del Gran Océano hasta el continente africano, desde la isla de Pascua á las Carolinas y á Zimbabué. ¡Cuántas otras civilizaciones no se ofrecen á nuestra consideración más que por vagos indicios!

La evolución se produjo también por el paso de la salud relativa á la enfermedad. Egipto no está muerta ciertamente, pero ¡qué cambios sucesivos y fases dolorosas en su existencia, desde que la vemos aparecer ya poderosa hija de los dioses! Grecia, China, India no son ya naciones iniciadoras como lo fueron en ciertas fases de su historia, y, sin embargo, los elementos vivaces no faltan allá como en otras partes. ¡Qué diremos de un país que, habiendo perdido su libertad, ve aumentar rápidamente su población!

Un tercer proceso en la marcha de la historia nos muestra el paso de una forma de evolución á otra. Así la irradiación de la Roma actual es de un orden muy diferente que la acción exterior ejercida sucesivamente por la Roma antigua, la Roma imperial y la Roma papal. Aquí tenemos un ejemplo típico de la vitalidad de un organismo que retiene elementos de salud en su grave enfermedad, y que renace de nuevo después de parecer que ha estado en la agonía.

Hay, por último, intervolución, es decir, que por la fuerza de las cosas, ciertos pueblos sufren hoy fatalmente una interpenetración recíproca, que, por decirlo así, les insufla una nueva vida. De ese modo, los pueblos latinos, respecto de los cuales es de buen tono deplorar la decadencia, aunque fuesen realmente decaídos, no podrían menos de hallar el equilibrio del hombre sano por la sola cohesión con sus vecinos reputados superiores. La civilización europea recibe la infusión de sangre nueva por el acceso de los japoneses á su manera de obrar; los últimos Pieles Rojas son absorbidos por la circulación americana; todos los pueblos «entran en la danza», y sus elementos mejores se adiestran por ello poderosamente. En lo sucesivo la cuestión de progreso abarca toda la Tierra.

Por lo demás, los vaivenes, la serie de las acciones y reacciones, de los progresos y los retrocesos que constituyen la historia, han de concordar con las grandes oscilaciones del planeta, influído él mismo por los astros, y principalmente por el Sol, el gran foco de la luz, del calor y del magnetismo terrestres. El período marcado por el crecimiento y decrecimiento alternativos de las manchas del Sol es uno de esos reguladores cosmogónicos con que los sabios, astrónomos, geógrafos, economistas, han tratado de determinar la acción sobre el clima, las cosechas, la serie de años abundantes y de años escasos, de los tiempos de prosperidad material y de los de malestar. Se ha creído encontrar así un ritmo de unos once años, que resulta tan poco definido como la alternación de las manchas solares. Bruckner ha hecho constar también, á lo menos para las comarcas de la Europa occidental, la existencia de triple duración, que comprende alternativamente una serie de años más ó menos húmedos, que, por contraposición, dan á las sociedades un ritmo económico y político correspondiente.

Independientemente de esos períodos cuya duración ni siquiera alcanza la de una vida humana ordinaria, se piensa en hacer constar extensos balanceos terrestres y celestes, cuya influencia repercutiría necesariamente sobre la historia de la humanidad; ¿no parece evidente que los grandes ciclos cósmicos han de acompañarse de fenómenos que repercutan en la vida de los hombres subordinados á la Naturaleza? No puede dudarse respecto de las alternativas que producen el aumento de los hielos de un polo y el deshielo del otro; y puede creerse con ciertos matemáticos [1] que las oscilaciones seculares de la corriente magnética á derecha é izquierda del polo corresponden también á un «año grande» en el desarrollo del género humano. Pero ¿cuál es la duración exacta de la revolución completa de la aguja imantada al este y al oeste del polo boreal de la Tierra? Todavía no se sabe con exactitud, puesto que las primeras observaciones no se hicieron con el rigor necesario: los anales del magnetismo terrestre son en gran parte hipotéticos, y las evaluaciones finales á que han llegado los diversos sabios presentan aún grandes vacíos. Según Chazallon [2], la brújula apuntaba hacia el Norte verdadero en el año 1663, y, después de haber declinado constantemente hacia

[1] R. Brück, *L'Humanité, son Développement, sa Durée.*
[2] *Annales du Bureau des Longitudes.*

nar de años: el último hombre de esta nación se extinguía en 1869 y en 1876 la última mujer: esa es la muerte violenta, como la que sufren actualmente los Armenios. Estamos reducidos al trabajo reciente de la inducción histórica en cuanto al número de las poblaciones que elevaron monumentos esparcidos desde las islas del Gran Océano hasta el continente africano, desde la isla de Pascua á las Carolinas y á Zimbabué. ¡Cuántas otras civilizaciones no se ofrecen á nuestra consideración más que por vagos indicios!

La evolución se produjo también por el paso de la salud relativa á la enfermedad. Egipto no está muerta ciertamente, pero ¡qué cambios sucesivos y fases dolorosas en su existencia, desde que la vemos aparecer ya poderosa hija de los dioses! Grecia, China, India no son ya naciones iniciadoras como lo fueron en ciertas fases de su historia, y, sin embargo, los elementos vivaces no faltan allá como en otras partes. ¡Qué diremos de un país que, habiendo perdido su libertad, ve aumentar rápidamente su población!

Un tercer proceso en la marcha de la historia nos muestra el paso de una forma de evolución á otra. Así la irradiación de la Roma actual es de un orden muy diferente que la acción exterior ejercida sucesivamente por la Roma antigua, la Roma imperial y la Roma papal. Aquí tenemos un ejemplo típico de la vitalidad de un organismo que retiene elementos de salud en su grave enfermedad, y que renace de nuevo después de parecer que ha estado en la agonía.

Hay, por último, intervolución, es decir, que por la fuerza de las cosas, ciertos pueblos sufren hoy fatalmente una interpenetración recíproca, que, por decirlo así, les insufla una nueva vida. De ese modo, los pueblos latinos, respecto de los cuales es de buen tono deplorar la decadencia, aunque fuesen realmente decaídos, no podrían menos de hallar el equilibrio del hombre sano por la sola cohesión con sus vecinos reputados superiores. La civilización europea recibe la infusión de sangre nueva por el acceso de los japoneses á su manera de obrar; los últimos Pieles Rojas son absorbidos por la circulación americana; todos los pueblos «entran en la danza», y sus elementos mejores se adiestran por ello poderosamente. En lo sucesivo la cuestión de progreso abarca toda la Tierra.

Por lo demás, los vaivenes, la serie de las acciones y reacciones, de los progresos y los retrocesos que constituyen la historia, han de concordar con las grandes oscilaciones del planeta, influído él mismo por los astros, y principalmente por el Sol, el gran foco de la luz, del calor y del magnetismo terrestres. El período marcado por el crecimiento y decrecimiento alternativos de las manchas del Sol es uno de esos reguladores cosmogónicos con que los sabios, astrónomos, geógrafos, economistas, han tratado de determinar la acción sobre el clima, las cosechas, la serie de años abundantes y de años escasos, de los tiempos de prosperidad material y de los de malestar. Se ha creído encontrar así un ritmo de unos once años, que resulta tan poco definido como la alternación de las manchas solares. Bruckner ha hecho constar también, á lo menos para las comarcas de la Europa occidental, la existencia de triple duración, que comprende alternativamente una serie de años más ó menos húmedos, que, por contraposición, dan á las sociedades un ritmo económico y político correspondiente.

Independientemente de esos períodos cuya duración ni siquiera alcanza la de una vida humana ordinaria, se piensa en hacer constar extensos balanceos terrestres y celestes, cuya influencia repercutiría necesariamente sobre la historia de la humanidad; ¿no parece evidente que los grandes ciclos cósmicos han de acompañarse de fenómenos que repercutan en la vida de los hombres subordinados á la Naturaleza? No puede dudarse respecto de las alternativas que producen el aumento de los hielos de un polo y el deshielo del otro; y puede creerse con ciertos matemáticos [1] que las oscilaciones seculares de la corriente magnética á derecha é izquierda del polo corresponden también á un «año grande» en el desarrollo del género humano. Pero ¿cuál es la duración exacta de la revolución completa de la aguja imantada al este y al oeste del polo boreal de la Tierra? Todavía no se sabe con exactitud, puesto que las primeras observaciones no se hicieron con el rigor necesario: los anales del magnetismo terrestre son en gran parte hipotéticos, y las evaluaciones finales á que han llegado los diversos sabios presentan aún grandes vacíos. Según Chazallon [2], la brújula apuntaba hacia el Norte verdadero en el año 1663, y, después de haber declinado constantemente hacia

[1] R. Brück, *L'Humanité, son Développement, sa Durée.*
[2] *Annales du Bureau des Longitudes.*

el Oeste hasta 1814, época en que el ángulo de declinación formado con el meridiano terrestre excedía 22 $^{1}/_{2}$ grados, vuelve hacia este meridiano para coincidir con él en el año 2151. El período total, ó, por mejor decir, el semiperíodo, porque habría también que tener en cuenta el curso de la aguja durante su declinación hacia el Este, sería, pues, de 488 años. Brück da otra evaluación: 517 años [1]. Por último, John Parker, añadiendo más de un siglo al resultado del precedente cálculo, fija la duración del año magnético en 645 años, y piensa que este año se confunde con la revolución del planeta alrededor del centro de la órbita solar [2].

Como se ve, es temeraria la pretensión del conocimiento del período de oscilación magnética: la aguja imantada, incesantemente flotante, tiene en apariencia el aspecto más caprichoso; su movimiento varía de año en año, de minuto en minuto, de segundo en segundo. Sería más imprudente aún arriesgar un plan de concordancia regular entre las oscilaciones del magnetismo terrestre y las de la historia de los hombres. La tentativa de este género hecha por el matemático Brück condujo á las afirmaciones más extrañas: habiendo fijado en 22702 años — ni uno más, ni uno menos — la duración total de la humanidad, el autor divide la historia en 44 períodos magnéticos, los dos primeros comprendidos entre la creación del mundo y el diluvio. En 1900 cumplió exactamente el género humano 5924 años, lo que representa para él el principio de la edad madura, y diez pueblos-jefes se han sucedido á su cabeza; más de otros treinta seguirán hasta que una revolución geológica destruya la corteza terrestre y, con ella, los que la habitan. En la exposición de esta hipótesis se ha supuesto que ciertas fechas marcaban otras tantas explosiones sociales: 493, 1009, 1523, y, no obstante, el autor se ve obligado á explicar al admirado lector la significación de esas fechas fulgurantes que indican respectivamente el « nacimiento de la idea cristiana », el « aniquilamiento de las ideas paganas », la emancipación de la idea cristiana, « verdadera ante todas las cosas ». Es decir, que el ritmo de la historia no tendría otra regla que la fantasía del escritor.

Á cada fase de la sociedad corresponde una concepción particular de la historia. La teocracia tiene sus historiadores que ven las cosas y

[1] *Annales du Bureau des Longitudes*, p. V.
[2] *Journal of the American geographical and statistical Society*, 1870.



DESFILADERO Y GARGANTAS

juzgan los hombres á su manera, abandonándose á lo que creen ser la inspiración divina; la monarquía tiene también sus escritores que comprenden los acontecimientos según su educación y su comprensión propia, y que pintan la vida de la humanidad sujeta como una sombra que contrasta con el glorioso esplendor del soberano; las aristocracias diversas, la burguesía moderna poseen también intérpretes especiales que ven, oyen y piensan por los sentidos y según los intereses y las preocupaciones de sus amos. Por último, en cada nación, en cada ciudad, en cada pequeño clan de civilizados, cada institución se hace representar en la historia por una imagen concebida desde su punto de vista propio, rechazando á último término todo el resto del mundo. Compárense dos relaciones de forma imparcial debidas á escritores honrados, pero de patriotismos rivales, que expliquen una batalla realizada á la plena luz de este siglo y que apoyen sus discursos en documentos detallados, en estadísticas reputadas como exactas, ¡qué diferencia entre las dos versiones! y ¿qué pensar entonces de la historia de los tiempos, sobre los cuales no poseemos más que libros ó simples fragmentos escritos, sin el examen ni la comprobación de ninguna crítica, por los representantes de un solo pueblo ó hasta de una sola casta, en vista del interés de un pequeño grupo ó de un solo individuo? Evidentemente, los hechos materiales relatados por los antepasados no pueden inspirar la menor confianza, puesto que no son ilustrados por la discusión de testimonios contradictorios: los detalles no tienen más interés que el de la anécdota. En la investigación de la verdad histórica, hay que limitarse á considerar como adquiridos los fenómenos generales, los grandes movimientos de vaivén que hace constar la marcha de la civilización tomada en su conjunto.

Pero no basta conocer la incertidumbre de los anales y leyendas reunidas bajo el nombre de historia; lo que hemos aprendido una vez continúa obsesionando nuestro cerebro, y, á pesar nuestro, toda clase de errores y mentiras toman en nuestros recuerdos el lugar de verdades. Sin hablar de las narraciones bíblicas, reconocidas por todos como mitos, todavía referidas en las escuelas bajo la misma forma que los acontecimientos verdaderos, ¿no es verdad que la enseñanza de la historia ha conservado su carácter autoritario y despótico? Los personajes dominantes, aquellos ante los cuales se hacen desfilar los siglos, son los

hombres funestos que suscitaron el odio entre los pueblos y fundaron su gloria sobre el choque y el destrozo de los ejércitos: Sesostris, ese matón que vivió para hacerse reproducir en escultura colosal ante todos los templos, ese fanfarrón que hizo grabar sus hazañas, verdaderas ó falsas, en todas las paredes [1]; Alejandro el Macedonio, bárbaro que triunfó de los persas merced al genio de Grecia y que empeñó su orgullo en que se le divinizara como dios de Asia [2]; César, que representaba en Roma la democracia victoriosa y que, coronándola, la privó en lo sucesivo de toda libertad; Napoleón, «la Revolución con botas y espuelas», que legó un siglo de venganza á las naciones vencidas.

Purificar la historia de la influencia ejercida por esos errores es, pues, la tarea por excelencia de los escritores que se colocan en un punto de vista verdaderamente humano, superior á todos los odios de razas, de naciones y de partidos. Hombres estudiosos en gran número se han dedicado á esta obra, y, gracias á ellos, puede decirse que la historia cambia de alma; se renueva por el sentido moderno, infinitamente más amplio, que da á su enseñanza; no se atiene á un solo pueblo, como la *Historia* pretendida *universal* de Bossuet, ni á una sola clase, como la mayor parte de las obras que se ponen en manos de los niños y de los jóvenes; estudiando la Humanidad entera en su masa profunda; comparando el desarrollo sucesivo, paralelo ó entrecruzado de los pueblos, con sus mitos, sus intereses y sus pasiones, renueva el mundo en vista del bien de todos. Así como el hombre hizo antiguamente sus dioses á su imagen, el historiador reconstruye nuestra experiencia, desprendiendo de la multitud indistinta de los hechos el ideal que en todo tiempo, aunque inconscientemente, nos dirigió hasta una época próxima. El armazón de los hechos generales que sirvió á los historiadores antiguos nos queda aún y hasta se engrandece constantemente por las adquisiciones de los investigadores; el edificio mismo se reconstruye en proporciones más amplias, siguiendo otro plan, con ordenación más lógica, sin las capillas ni salas de honor anteriormente reservadas. Vico nos dijo que la historia se descompone en tres épocas, de los Dioses, de los Héroes y de los Hombres: se querría retenernos aún por fuerza en

[1] Fr. Lenormand, *Les Premières Civilisations*.
[2] J. Michelet, *La Bible de l'Humanité*.

la una ó la otra de las dos edades ya transcurridas; pero hemos entrado resueltamente en la de los Hombres.

Más pronto ó más tarde, la historia se dividirá en dos períodos: el del Azar y de la bárbara Ignorancia, el de la Ciencia ó de la Razón, como ya decían los Enciclopedistas. Ha habido demasiado apresuramiento en hacer remontar la historia moderna al advenimiento de la Reforma [1], período en que los que pretendían estar en posesión de la verdad querían también imponerla por la fuerza. «La humanidad no acaba por andar derecha hasta después de haber probado todas las maneras de andar torcida» (Spencer).

En ese nuevo cosmos, puramente humano, el estudio de la historia no admite ya, como en otros tiempos, la intervención divina del milagro, cambiando á capricho la sucesión de los acontecimientos, ni la apoteosis de algunos personajes legendarios, colocados fuera de los simples mortales y dispensados por su genio de someterse al curso ordinario de las cosas: en lo sucesivo la ciencia del desarrollo humano está bajo la dependencia de los mismos métodos que las otras disciplinas intelectuales; no progresa sino por la observación rigurosa, la comparación estricta é imparcial, y la clasificación de los hechos, cuidadosamente ordenada en el espacio y en el tiempo.

Cualesquiera que sean las leyes ó á lo menos las apreciaciones generales á que este largo trabajo conduzca á los historiadores, éstos hacen constar ya, sin excepción alguna, que la serie de los acontecimientos se cumple por una alternación de impulso y de reposo, por una serie de acciones y de reacciones, ó de flujo y de reflujo, de « cours y de recours » como decía Vico. Hombres y pueblos «dan una vuelta y se van», pero se van para volver en un círculo siempre mayor.

Desde los orígenes de los tiempos históricos no ha cesado de aumentar la amplitud de las oscilaciones, y los mil pequeños ritmos locales se han mezclado poco á poco en un ritmo más amplio: á las ínfimas alternaciones de la vida de las ciudades suceden las oscilaciones más generales de las naciones, después el gran balanceo mundial, haciendo vibrar toda la Tierra y sus pueblos en un mismo movimiento. Y en tanto que

[1] Elie Reclus, *Notas manuscritas*.

hombres funestos que suscitaron el odio entre los pueblos y fundaron su gloria sobre el choque y el destrozo de los ejércitos: Sesostris, ese matón que vivió para hacerse reproducir en escultura colosal ante todos los templos, ese fanfarrón que hizo grabar sus hazañas, verdaderas ó falsas, en todas las paredes [1]; Alejandro el Macedonio, bárbaro que triunfó de los persas merced al genio de Grecia y que empeñó su orgullo en que se le divinizara como dios de Asia [2]; César, que representaba en Roma la democracia victoriosa y que, coronándola, la privó en lo sucesivo de toda libertad; Napoleón, «la Revolución con botas y espuelas», que legó un siglo de venganza á las naciones vencidas.

Purificar la historia de la influencia ejercida por esos errores es, pues, la tarea por excelencia de los escritores que se colocan en un punto de vista verdaderamente humano, superior á todos los odios de razas, de naciones y de partidos. Hombres estudiosos en gran número se han dedicado á esta obra, y, gracias á ellos, puede decirse que la historia cambia de alma; se renueva por el sentido moderno, infinitamente más amplio, que da á su enseñanza; no se atiene á un solo pueblo, como la *Historia* pretendida *universal* de Bossuet, ni á una sola clase, como la mayor parte de las obras que se ponen en manos de los niños y de los jóvenes; estudiando la Humanidad entera en su masa profunda; comparando el desarrollo sucesivo, paralelo ó entrecruzado de los pueblos, con sus mitos, sus intereses y sus pasiones, renueva el mundo en vista del bien de todos. Así como el hombre hizo antiguamente sus dioses á su imagen, el historiador reconstruye nuestra experiencia, desprendiendo de la multitud indistinta de los hechos el ideal que en todo tiempo, aunque inconscientemente, nos dirigió hasta una época próxima. El armazón de los hechos generales que sirvió á los historiadores antiguos nos queda aún y hasta se engrandece constantemente por las adquisiciones de los investigadores; el edificio mismo se reconstruye en proporciones más amplias, siguiendo otro plan, con ordenación más lógica, sin las capillas ni salas de honor anteriormente reservadas. Vico nos dijo que la historia se descompone en tres épocas, de los Dioses, de los Héroes y de los Hombres: se querría retenernos aún por fuerza en

[1] Fr. Lenormand, *Les Premières Civilisations.*
[2] J. Michelet, *La Bible de l'Humanité.*

la una ó la otra de las dos edades ya transcurridas; pero hemos entrado resueltamente en la de los Hombres.

Más pronto ó más tarde, la historia se dividirá en dos períodos: el del Azar y de la bárbara Ignorancia, el de la Ciencia ó de la Razón, como ya decían los Enciclopedistas. Ha habido demasiado apresuramiento en hacer remontar la historia moderna al advenimiento de la Reforma [1], período en que los que pretendían estar en posesión de la verdad querían también imponerla por la fuerza. «La humanidad no acaba por andar derecha hasta después de haber probado todas las maneras de andar torcida» (Spencer).

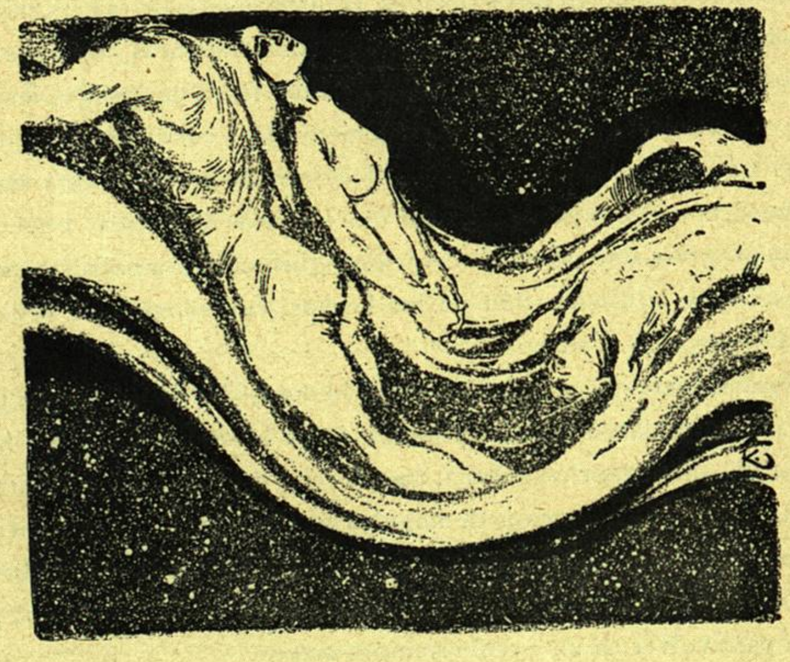
En ese nuevo cosmos, puramente humano, el estudio de la historia no admite ya, como en otros tiempos, la intervención divina del milagro, cambiando á capricho la sucesión de los acontecimientos, ni la apoteosis de algunos personajes legendarios, colocados fuera de los simples mortales y dispensados por su genio de someterse al curso ordinario de las cosas: en lo sucesivo la ciencia del desarrollo humano está bajo la dependencia de los mismos métodos que las otras disciplinas intelectuales; no progresa sino por la observación rigurosa, la comparación estricta é imparcial, y la clasificación de los hechos, cuidadosamente ordenada en el espacio y en el tiempo.

Cualesquiera que sean las leyes ó á lo menos las apreciaciones generales á que este largo trabajo conduzca á los historiadores, éstos hacen constar ya, sin excepción alguna, que la serie de los acontecimientos se cumple por una alternación de impulso y de reposo, por una serie de acciones y de reacciones, ó de flujo y de reflujo, de «cours y de recours» como decía Vico. Hombres y pueblos «dan una vuelta y se van», pero se van para volver en un círculo siempre mayor.

Desde los orígenes de los tiempos históricos no ha cesado de aumentar la amplitud de las oscilaciones, y los mil pequeños ritmos locales se han mezclado poco á poco en un ritmo más amplio: á las ínfimas alternaciones de la vida de las ciudades suceden las oscilaciones más generales de las naciones, después el gran balanceo mundial, haciendo vibrar toda la Tierra y sus pueblos en un mismo movimiento. Y en tanto que

[1] Elie Reclus, *Notas manuscritas.*

las vueltas y revueltas aumentan su amplitud, otra palpitación se cumple en sentido inverso, tomando cada individuo por centro de llamada y arreglando más armónicamente su vida con los círculos más extensos de las ciudades, de las naciones y del mundo. La sociedad es el «Gigante» de innumerables sentidos de que habla Aristóteles, pero ese mismo gigante no se comprende sino por los mil análisis del hombre individual, por «la apreciación delicada» (Gobineau) de cada minuto del presente.

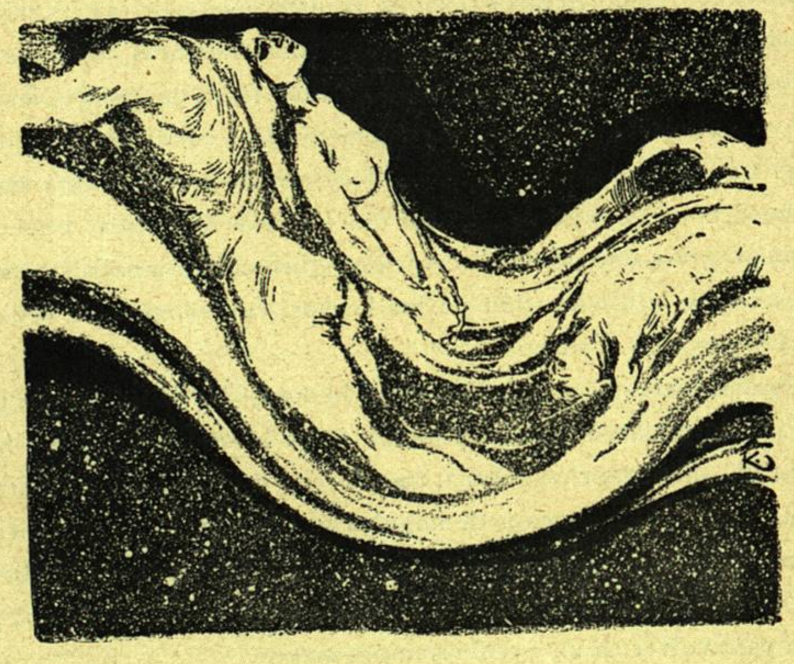


LIBRO SEGUNDO



HISTORIA ANTIGUA

las vueltas y revueltas aumentan su amplitud, otra palpitación se cumple en sentido inverso, tomando cada individuo por centro de llamada y arreglando más armónicamente su vida con los círculos más extensos de las ciudades, de las naciones y del mundo. La sociedad es el «Gigante» de innumerables sentidos de que habla Aristóteles, pero ese mismo gigante no se comprende sino por los mil análisis del hombre individual, por «la apreciación delicada» (Gobineau) de cada minuto del presente.



LIBRO SEGUNDO



HISTORIA ANTIGUA

LIBRO SEGUNDO

HISTORIA ANTIGUA

Irania. - Caucasia. - Potamia. - Fenicia.
Palestina. - Egipto. - Libia. - Grecia.
Islas y costas helénicas. - Roma. - Oriente chino.
India. - Mundos lejanos.

LIBRO SEGUNDO

PREFACIO

A la cabeza de cada uno de nuestros estudios históricos, habría de colocarse un cuadro de la cronología correspondiente, establecida según las investigaciones de los sabios más autorizados; pero las primeras edades de Irania, hasta sus grandes conflictos con los reyes y los pueblos de Babilonia, del Asia Anterior y de Grecia sólo nos son conocidos en sus grandes líneas, y no hay documento alguno que permita aún aventurar fechas exactas.

Preciso es limitarse á decir con Morgan que la primera aurora histórica de esas comarcas aparece, en el infinito del pasado, hace unos diez mil años. Puede evaluarse, según el mismo autor y Terrien de la Couperie, en cuarenta ó cincuenta siglos antes que nosotros la época de la gran potencia elamita, cuando los reyes de la meseta descendieron como dueños á las llanuras de la Mesopotamia y sus pueblos emigraban á la Bactriana, y más allá de los montes, á la China lejana. Los nombres propios no se hacen numerosos y los personajes no se muestran con su genealogía probable, y la época plausible de su obra, sino en las edades mismas en que la sucesión de los acontecimientos comienza también á contarse por los años de eras distintas, en Babilonia desde Nabonasar, en Grecia desde la institución de las Olimpiadas, en Roma desde la fundación de la «Ciudad». Así Kur, nuestro Ciro, que salió el primero de

la leyenda irania para entrar poderosamente en los destinos conscientes del mundo, figura ya en los cuadros de la cronología comparada. Según Oppert, ese conquistador subió al trono de los persas y de los medas hace 2460 años (en 1900 de la era llamada cristiana) y su advenimiento coincidió con las tres fechas sincrónicas:

Año 216 de la era de las Olimpiadas.
Año 193 de la fundación de Roma.
Año 187 de la era de Nabonasar.

Á Kur sucedió Kambises; después vinieron los Akheménidas, quienes, desde Darío I á Darío III, reinaron cerca de doscientos años, siendo el último vencido por Alejandro de Macedonia. La individualidad política de Irán se detiene en ese conquistador en un primer ciclo de la historia.

He aquí, según M. de Maspero, la fecha del advenimiento y de la muerte de los principales reyes asirios y de los miembros de las dinastías meda y persa.

	Era de Nabonasar	Olimpiadas	Era cristiana, antes de J. C.
Reyes asirios			
Assurnazirpal	»	»	— 885, — 860
Salmanasar III	»	»	— 860, — 825
Tugultipalesharra II	» 20	26, 49	— 745, — 727
Sargón II	25, 42	54, 71	— 722, — 705
Sennacherib	42, 66	71, 95	— 705, — 681
Esarhaddon	66, 80	95, 109	— 681, — 667
Assurbanipal	80, 122	109, 151	— 667, — 625
Reyes medas			
Kyaxares	114, 163	144, 192	— 633, — 584
Astyages	163, 198	192, 227	— 584, — 549
Reyes persas			
Ciro	187, 218	216, 247	— 560, — 529
Kambises	218, 225	247, 254	— 529, — 522
Darío I	226, 262	255, 291	— 521, — 485
Xerxes	262, 282	291, 311	— 485, — 465
Artaxerxes I	282, 323	311, 352	— 465, — 424
Darío II	324, 342	353, 371	— 423, — 405
Artaxerxes II	342, 388	371, 417	— 405, — 361
Artaxerxes III	388, 409	417 438	— 359, — 338
Darío III	411, 417	440, 446	— 336, — 330



IRANIA

« ¡ Todo era informe y vacío ! »
Pero el agente ordenador fué el emigrante descendido de la montaña.

CAPÍTULO PRIMERO

ASIA ANTERIOR É IRANIA. — ARIANISMO. — MESETA, MONTAÑAS Y VÍAS NATURALES. — BACTRIANA, ARACOSIA, GEDROSIA. IRÁN Y TURÁN. — HISTORIA DEL ELAM. ZOHAK Y KAUEH. — COSTUMBRES Y CREENCIAS. — MEDAS Y PERSAS. PERSAS Y GRIEGOS.

PARECE arbitrario comenzar por Irania la descripción de la Tierra y de los Pueblos. Sin embargo, ciertas consideraciones nos muestran que es bien lógico obrar así, y que para nosotros, la historia propiamente dicha ha de partir de esa meseta central, desde donde los acontecimientos se han desarrollado de una parte hacia el Oriente, de otra hacia el Occidente.

Procediendo por eliminación, es natural que se separen en primer término de las primeras investigaciones los dos continentes del Nuevo

la leyenda irania para entrar poderosamente en los destinos conscientes del mundo, figura ya en los cuadros de la cronología comparada. Según Oppert, ese conquistador subió al trono de los persas y de los medas hace 2460 años (en 1900 de la era llamada cristiana) y su advenimiento coincidió con las tres fechas sincrónicas:

Año 216 de la era de las Olimpiadas.
Año 193 de la fundación de Roma.
Año 187 de la era de Nabonasar.

Á Kur sucedió Kambises; después vinieron los Akheménidas, quienes, desde Darío I á Darío III, reinaron cerca de doscientos años, siendo el último vencido por Alejandro de Macedonia. La individualidad política de Irán se detiene en ese conquistador en un primer ciclo de la historia.

He aquí, según M. de Maspero, la fecha del advenimiento y de la muerte de los principales reyes asirios y de los miembros de las dinastías meda y persa.

Reyes asirios	Era de Nabonasar —	Olimpiadas —	Era cristiana, antes de J. C.
Assurnazirpal	»	»	— 885, — 860
Salmanasar III	»	»	— 860, — 825
Tugultipalesharra II	» 20	26, 49	— 745, — 727
Sargón II	25, 42	54, 71	— 722, — 705
Sennacherib	42, 66	71, 95	— 705, — 681
Esarhaddon	66, 80	95, 109	— 681, — 667
Assurbanipal	80, 122	109, 151	— 667, — 625
Reyes medas			
Kyaxares	114, 163	144, 192	— 633, — 584
Astyages	163, 198	192, 227	— 584, — 549
Reyes persas			
Ciro	187, 218	216, 247	— 560, — 529
Kambises	218, 225	247, 254	— 529, — 522
Darío I	226, 262	255, 291	— 521, — 485
Xerxes	262, 282	291, 311	— 485, — 465
Artaxerxes I	282, 323	311, 352	— 465, — 424
Darío II	324, 342	353, 371	— 423, — 405
Artaxerxes II	342, 388	371, 417	— 405, — 361
Artaxerxes III	388, 409	417 438	— 359, — 338
Darío III	411, 417	440, 446	— 336, — 330



IRANIA

« ¡ Todo era informe y vacío ! »
Pero el agente ordenador fué el emigrante descendido de la montaña.

CAPÍTULO PRIMERO

Asia anterior é Irania. — Arianismo. — Meseta, montañas y vías naturales. — Bactriana, Aracosia, Gedrosia. Irán y Turán. — Historia del Elam. Zohak y Kaueh. — Costumbres y creencias. — Medas y Persas. Persas y Griegos.

Parece arbitrario comenzar por Irania la descripción de la Tierra y de los Pueblos. Sin embargo, ciertas consideraciones nos muestran que es bien lógico obrar así, y que para nosotros, la historia propiamente dicha ha de partir de esa meseta central, desde donde los acontecimientos se han desarrollado de una parte hacia el Oriente, de otra hacia el Occidente.

Procediendo por eliminación, es natural que se separen en primer término de las primeras investigaciones los dos continentes del Nuevo

Mundo, descubiertos tan tarde, lo mismo que el África continental, donde tantos pueblos han quedado sin cohesión, y las islas de la Oceanía dispersadas á lo lejos sobre un espacio ilimitado. Conviene evidentemente proceder en primer lugar al estudio de una parte del Mundo Antiguo, que es doblemente central, á la vez por la geografía y por la historia. Ahora bien, esta región es indudablemente la que abraza en un conjunto los Pamir, es decir, el gran macizo de irradiación de las montañas y de las aguas, y las llanuras de la Mesopotamia, donde el Tigris y el Eufrates se juntan, se entrecruzan, se vivifican con sus corrientes y con sus civilizaciones diversas.

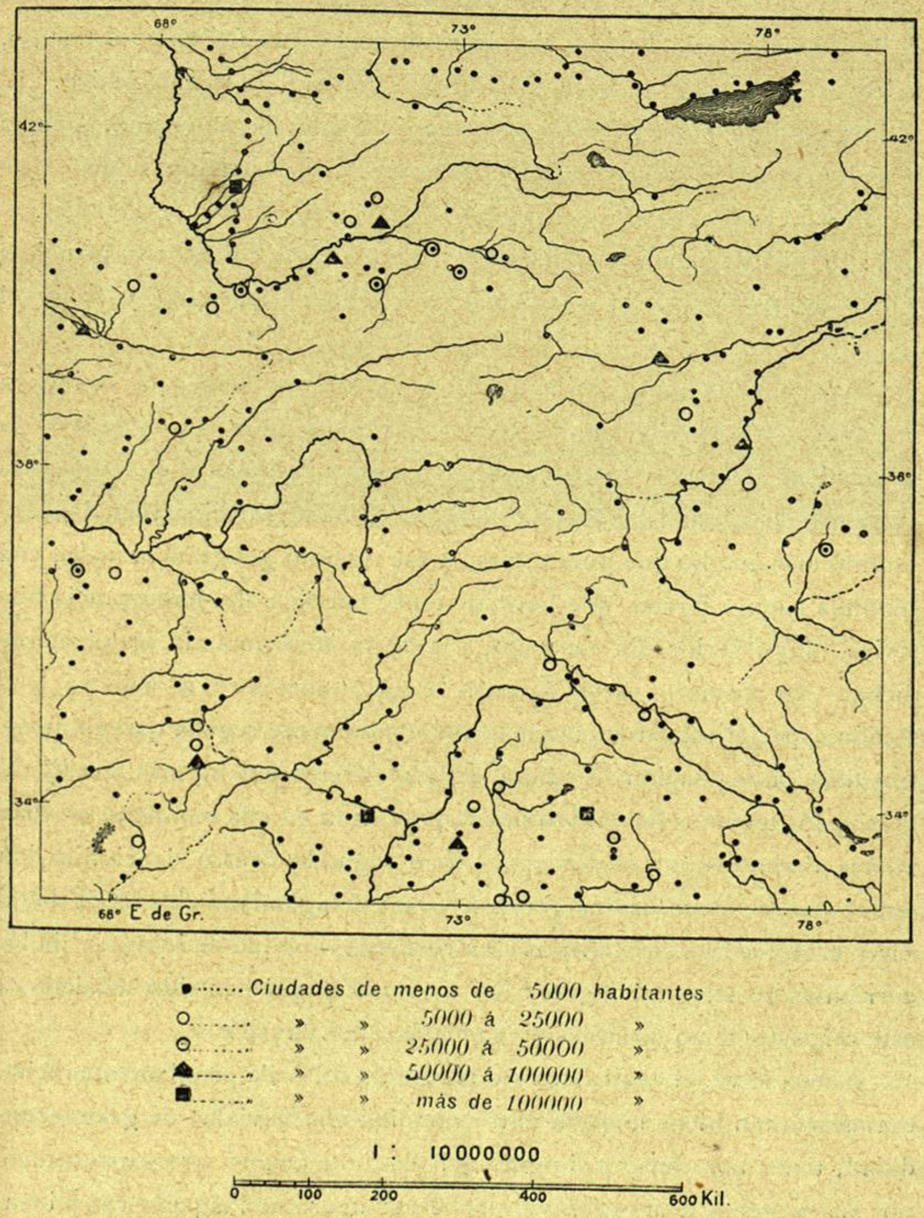
Estos dos focos geográficos, tan distintos por la función, forman el contraste mayor en la región intermediaria del Oriente al Occidente, siendo la Irania el punto de paso y unión natural. Respecto del relieve, de la dispersión de las aguas, del movimiento de los aires, de los fenómenos del clima, los Pamir de la gran meseta y los macizos que en ella se apoyan constituyen de una manera evidente la clave de bóveda de la arquitectura continental. Pero este punto absolutamente central, materialmente considerado, era por naturaleza hostil al hombre; es un centro de repulsión; los pueblos en marcha y los viajeros se ven obligados á hacer grandes rodeos para evitarle; en tanto que al Oeste, el otro centro, al que puede darse el nombre de «potamiano» á causa de sus dos ríos, fué un punto de cita de las naciones y un gran foco de civilización. De ese modo se han diferenciado en el Asia occidental dos unidades geográficas que se hallan frente á frente en contraste absoluto: la primera ha venido á ser para el hombre un «polo negativo», según la expresión de Elie de Beaumont, aplicado á la Overnia y á las tierras centrales de Francia [1]; la otra, regada diametralmente por el Tigris y el Eufrates, es, por el contrario, el «polo positivo», un lugar de atracción y vida, el verdadero corazón de todo el grupo continental.

Esta comarca del Asia Anterior, que se une por el pedúnculo estrecho de la Persia del norte, á lo largo del Elburz y del Cáucaso de los Turkmenes á todos los caminos del Asia oriental, pasando al norte y al sud de los Pamir, es á la vez región continental y región marítima por excelencia. En efecto, ocupa casi el medio geométrico del Mundo Antiguo,

[1] *Introduction à la Carte géologique.*

y el contorno exterior de las riberas oceánicas se dibuja á miles de kilómetros; mas por otra parte cinco mares penetran por sus extremidades

N.° 49. Meseta de Pamir, centro de repulsión.



avanzadas hasta esas masas telúricas y les aportan á la vez las ventajas del clima oceánico, de las lluvias, de la vegetación y las facilidades de

acceso: estos mares son otros tantos caminos, sea directamente por sus láminas de agua, sea por sus playas, que han seguido los pueblos más diversos, los representantes de los tipos de toda raza y de toda lengua. En parte alguna se encuentra situación análoga á la del Asia Anterior, á cuyo rededor convergen el golfo Pérsico, el mar Rojo, el Mediterráneo, el Ponto Euxino, el Caspio, simple resto de lo que fué en otro tiempo, á través de la Siberia occidental, una avanzada del Océano Artico. El Asia anatólica y persa estaba, pues, indicada de antemano, por el hecho mismo de su construcción geográfica, á ser el lugar por excelencia para la preparación al trabajo, para la enseñanza de la humanidad: lo que llamamos «civilización» tuvo en esa comarca su principal punto de partida, á la vez hacia el Occidente europeo y hacia el Oriente chino.

Aparte de la maravillosa cuenca de la Mesopotamia, que se inclina hacia el golfo Pérsico donde vierte sus aguas, pero que, gracias á la proximidad de otros cuatro mares, comunica fácilmente con todas las vertientes marítimas del Mundo Antiguo, el Asia Anterior, tomada en el sentido más amplio que pueda darse á ese término geográfico, posee una segunda cuenca fluvial, que hubo de tener también alta importancia histórica, muy inferior, sin embargo, á la de la Mesopotamia propiamente dicha. No obstante, varias decenas de siglos anteriores al nuestro, esta región especial estaba mucho más abundantemente regada que en nuestros días, la vegetación la cubría en extensiones mucho más considerables, y los terrenos de cultivo por la población en ella residente estaban menos limitados por el desierto. Este segundo centro de civilización era el que recorren los dos grandes cursos de agua llamados en el día el Sir y el Amu, ríos cuya disposición recuerda, aunque de lejos, la de las corrientes gemelas del Tigris y del Eufrates, y que han sido señalados á este respecto como ejemplos de «gemelaridad fluvial»[1].

Como se ve, el cuadrilátero de la Irania ó Persia propiamente dicha, esa meseta tan bien encajada entre dos llanuras fluviales de gran fecundidad, tiene tanta mayor importancia natural cuanto que corresponde por sus orígenes á la región donde se ven aparecer los primeros alineamientos de la historia de los pueblos que más antiguamente llegaron

[1] Carl Ritter, *Configuration des continents.*



VISTA TOMADA Á VISTA DE PÁJARO DEL TAKLA-MAKAN AL ORIENTE DEL PAMIR

Según una fotografía de Sven Hedin.

á tener conciencia de sí mismos. Las vastas comarcas que, al otro lado del Cáucaso y el mar Negro, se prolongaban en espacios inexplorados donde soplaba el viento y se arremolinaban las nieves, no existían en el conocimiento de los hombres que escribían anales en tablillas de arcilla. Asimismo, al Oriente, las naciones de ultramontaña quedaban ignoradas; unas poblaciones bárbaras se encontraban allí prácticamente aisladas: la horda, la tribu ó quizá hasta la nación vivían aparte, constituyendo organismos distintos, siendo otros tantos microcosmos, que no conocían y no querían conocer el vago parentesco que les unía. Pero la región central del mundo Antiguo de que el Irán formaba parte con Egipto, el Asia Anterior, Potamia, Arabia y Bactriana estaban ya en relación íntima para los cambios de ideas y formaban una especie de unidad primaria entre la multitud de los hombres que poblaban el mundo: ha de verse allí como una especie de ecumeno, anterior algunos miles de años al que formó hace dos mil el mundo romano-griego; sus represen-

tantes eran los que, en la leyenda caldea, se habían reunido para erigir la torre de Babel á su gloria común.

Y no es eso todo: la Irania, tan importante en la historia del Mundo Antiguo como hecho natural de contacto y de unión entre las naciones del Asia occidental ya conscientes de su solidaridad, lo ha llegado á ser más aún por su posición particular como lugar de expansión de los pueblos que, hacia el Este y hacia el Oeste, se sirven igualmente de lenguas derivadas del hablar primitivo llamado «ario», y cuyo genio ha tomado actualmente la dirección general del pensamiento en el conjunto de la humanidad. En Irania se halla el lazo de unión entre los lenguajes europeos y los de la India septentrional: ambos grupos glosológicos, á los que ahora hay que añadir las lenguas europeas introducidas en el Nuevo Mundo y en todos los países de colonización, comprenden ochocientos millones de hombres, exactamente la mitad de los que se ha supuesto existen sobre la Tierra, y esta mitad parece deber cambiarse pronto en una proporción muy superior, gracias á la fuerza de iniciativa que pertenece incontestablemente á los pueblos de lenguas arias: en todas partes se aprende á hablar y á pensar como ellos.

Sin duda ha pasado ya el tiempo en que se profesaba como dogma histórico que las civilizaciones y las razas de Europa habían tenido Irania por cuna común y única. La evolución que se cumple hoy á nuestra vista, la adopción de idiomas arios como lenguajes de uso para tantos pueblos diversos, blancos como los Bascos, rojos como los Iroqueses y negros como los Haitianos, demuestra que el empleo de una lengua no implica en modo alguno parentesco de raza, y que el dominio del ario, tan extenso actualmente, ha podido ser muy mínimo: se aumentó en otro tiempo como se aumenta en nuestros días, por el ascendiente de pueblos civilizadores y por la acción de esos viajeros francos, gentes que atravesaban pacíficamente el mundo llevando objetos preciosos, remedios, recetas mágicas y diciendo «la buena ventura». Pueden contarse esos profesores trashumantes, de quienes los Tziganes son los descendientes ó imitadores poco considerados, entre los propagadores de lenguas actualmente invasoras.

Pregúntase, pues, dónde residieron los primeros profesores de las formas verbales que emplean ó deletrean mil millones de hombres.

Como el patriotismo es todavía una de esas pasiones á que se obedece ciegamente, el lugar de nacimiento de la lengua aria suele ser designado por los sabios rusos como habiendo tenido alguna participación las llanuras sármatas; los alemanes, un distrito germánico, y los escandinavos, parte de la Suecia actual. No es posible pronunciarse aún, pero una cosa es cierta: la palabra «ario» que sirve al conjunto de los len-

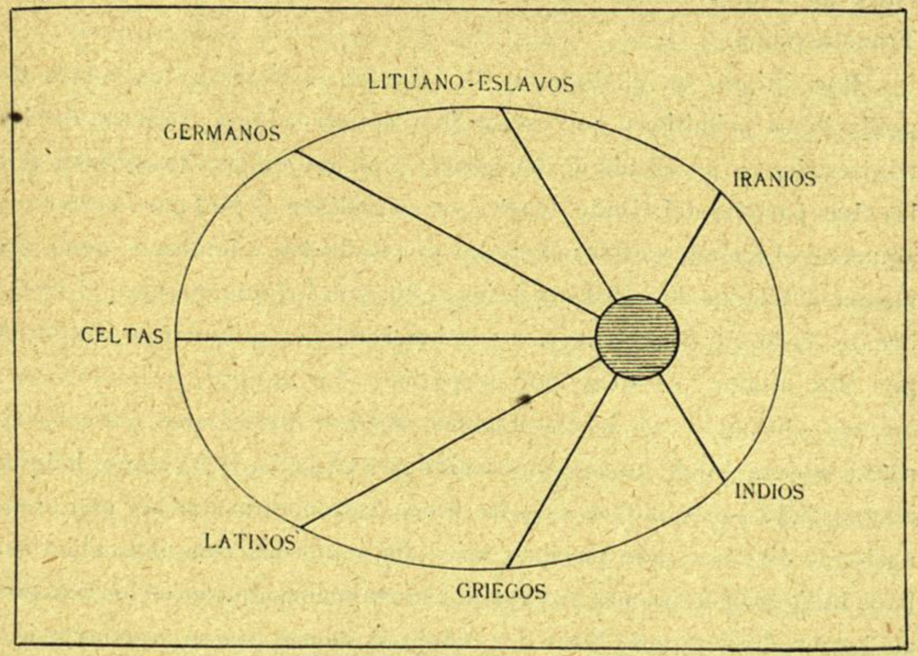


DIAGRAMA DE PICTET

guajes europeos y asiáticos de un mismo origen, es de segura procedencia iraniana y sanscrita: significa «noble», y el nombre moderno de Persia «Irán» es por todos considerado como un derivado [1].

Quizá sea la meseta irania el punto de partida de la dispersión de las primeras tribus arias hacia todos los puntos del espacio: un diagrama famoso de Pictet [2] compara la importancia de las modificaciones sufridas por las lenguas arias, desde su origen común, con la longitud de un camino que hubieron de recorrer los pueblos que las hablan. Además,

[1] Otto Schrader, *Sprachvergleichung und Urgeschichte*. — Salomon Reinach, *L'Origine des Aryens*.
[2] *Les Origines Indo-Européennes*.

un pasaje del *Zend-Avesta* dice textualmente que el pueblo iranio tuvo que retirarse ante una invasión del frío, y hay conformidad general en considerar las llanuras situadas al norte de la cuenca del Amu como la comarca abandonada.

Los elementos semíticos (Hehn) y tártaros (Tomaschek) tomados en gran número por las lenguas arias nos vuelven aún por el pensamiento á la meseta de Irania, es decir, á Persia, situada precisamente entre la llanura semítica de la Caldea y las estepas turánicas de la Transcaspiana.

Por último, en el dominio de Irán se encuentran los restos de poblaciones primitivas que mejor han conservado el carácter de las tribus arias en su estado de barbarie. Los montañeses encerrados por las altas paredes del Hindu-Kuch, que se inclinan al Sud para verter sus aguas en el Kabul, son considerados por todos los etimólogos como los menos mezclados de todos los Arias: ellos son los que merecen el nombre de *Aristoi* ó de «Arias por excelencia», si la etimología propuesta por Brunnhofer [1] se tiene por aceptable. La naturaleza circundante, montes soberbios casi infranqueables, ásperos desfiladeros, cascadas y rocas, maleza donde no se penetra sino con el hacha en la mano, habrán resguardado á esos montañeses de todo cruzamiento con las gentes de naciones diversas, que pasaban más abajo por las campiñas abiertas. Esos indígenas, á quienes sus vecinos musulmanes dieron en los tiempos modernos el nombre de Kafir ó «Infieles», menos por su no conversión que á causa de su indomable espíritu de independencia, se parecen más á los europeos que ningún otro pueblo de Asia: hasta los hay con ojos azules y cabellera rubia. Su lengua, ciertamente aria, se aproxima al sanscrito, y su culto, muy respetuoso del fuego, recuerda las ceremonias descritas en los Vedas hindus: ningún soplo impuro debe extinguir la llama. Sus instrumentos, muebles, diversas costumbres, la manera de contar por veintenas, hablan también en favor del parentesco que une estos Kafir del Hindu-Kuch á los Arias del Asia y de Europa [2].

Así también, cuando los rusos llegaron á la Turkmenia, descubrieron, en medio de un caos de poblaciones más ó menos mezcladas, grupos estrictamente arios refugiados hacia los altos valles, sobre la vertiente

[1] *Vom Aral bis zur Gangâ*, p. 14.
[2] Raverty; — Theobald; — Masson; — Vignes; — Biddulph.

occidental de los Pamir, en el Karategin, el Darvaz y el Badakchan. ¿Cuántos son esos Galtcha y Yagnaub? Algunos miles apenas, conservando el tipo, el idioma y, si no la religión, á lo menos las prácticas religiosas de los antepasados, la reverencia del hogar doméstico. Por lo demás, los Galtcha tienen perfecta conciencia de la nobleza de su raza; por eso designan como su ascendiente á aquel cuyo nombre resuena con mayor prestigio en el mayor número de bocas: ellos, los pobres montañeses que se comparan con los cuervos hambrientos que escarvan las nieves para picotear entre ellas algunas semillas, se dicen descendientes de Alejandro, el vencedor de Asia. Un hecho de lo más interesante desde el punto de vista antropológico coloca á los Galtcha, cuya figura corresponde á lo que tenemos por el más perfecto tipo de belleza, entre los hombres más braquicéfalos, es decir, que tienen una cabeza relativamente muy ancha, mientras que los fanáticos del arianismo «germánico» consideran las cabezas largas como indicio de incontestable superioridad [1].

La Persia propiamente dicha, de población indudablemente aria en gran parte, pero muy mezclada por los cruzamientos, no aparece en la historia en siglos tan remotos como las llanuras regadas por el Tigris y el Eufrates; la comarca aria es, pues, inferior en apariencia á la comarca semítica por la antigüedad de la cultura; pero eso no puede ser sino una ilusión, porque, por la inclinación misma del relieve, por las condiciones geográficas del medio, la Persia es anterior, por decirlo así, á la Mesopotamia: es imposible que aquélla no haya suministrado los hombres. En efecto, los pantanos fétidos en que se extienden los ríos desbordados y que se secan al sol cuando las aguas vuelven á su cauce, fueron completamente inhabitables; el cultivo que se hizo por grados, rechazando ante sí la maleza y los cenagales, descendió gradualmente de los valles persas. Los colonos siguiendo la pendiente del suelo por las saludables campiñas que bordean los torrentes, fueron los primeros elementos étnicos de las llanuras bajas; á ellos corresponde el mérito de haber regularizado los ríos y las corrientes, de haber transformado las malezas en vergeles y en campos, de haber creado un foco de progreso en un

[1] Vacher de Lapouge, *L'Aryen*, p. 26.

lugar caótico y mortífero para el hombre. Quizá á ese estado de cosas alude la antigua leyenda caldea, apropiada después por los Hebreos: «¡Todo estaba informe y vacío!» Pero el agente ordenador fué el emigrante descendido de la montaña.

La parte occidental de la meseta de Irania, la que, en el lenguaje moderno, ha tomado el nombre de Persia, es de forma más regular y más «una» que la parte oriental: su historia debía, en consecuencia, desarrollarse de una manera más igual y majestuosa.

En las épocas primitivas, cuando las poblaciones constituídas en medios geográficos próximos conservaban su existencia independiente, algunas partes del territorio iranio escapaban á esta unidad histórica. Pero no considerando sino la meseta propiamente dicha, se observa que, en su conjunto, está admirablemente dispuesta para formar un todo político muy sólido. Al Noroeste, varios macizos montañosos vigilan, como otras tantas ciudadelas, los desfiladeros, las gargantas y los altos valles por los cuales hubieran podido deslizarse los invasores procedentes de las regiones caucásicas. Sobre toda la longitud del frente occidental se alinean, en un ancho reborde, los pliegues de los montes que dominan las llanuras de la Mesopotamia. Otras cadenas limítrofes que parten del ángulo sud-oriental de la Caspiana limitan la Persia al Nordeste y la separan de las arenas y de las tierras de aluvión que riega el Oxu, en una estrecha cinta de cultivos. Por la parte del Este, vastas soledades, inhabitables en una gran parte de su extensión, separan el triángulo occidental de la Persia y el laberinto de los valles orientales que pueblan los Afghanos. Por último, dos mares bañan los cimientos de la meseta: al Norte, la cuenca profunda de la Caspiana, que se prolonga hacia las frialdades boreales hasta espacios tan lejanos que en otro tiempo pudieron parecer infinitos; al Sud, el golfo en semicírculo que reune el Océano de las Indias á las riberas mucho tiempo desconocidas. Muy poderosas para el ataque, las poblaciones que ocupaban las altas tierras del Irán y guardaban sus puertas por el lado del Eufrates, tenían, por otra parte, la inmensa ventaja de ser casi inabordables sobre una gran parte de su muro de recinto: por todas partes había obstáculos, paredes inaccesibles, arenas abrasadoras, bahías rodeadas de áridas rocas. Si piratas extranjeros desembarcasen en multitud sobre las costas meridionales,



CASCADAS DE TOP-E-KAZAB EN LAS MONTAÑAS DE BAKHTYARI

De una fotografía de J. de Morgan (Misión arqueológica en Persia).

ante ellos se elevaban unos montes escarpados en pisos sucesivos; cuando penetraban por el Norte bandidos nómadas en cortas cuadrillas sobre las alturas de la meseta, pronto chocaban contra espesas masas de hombres y emprendían apresuradamente el camino de la llanura. Antes de Alejandro, ningún conquistador venido de Occidente había logrado instalarse como dueño más allá del borde de la meseta.

Ese rígido aislamiento geográfico había de hacer del Irán la residencia de imperios muy sólidamente constituídos. Allí nació, después de otros Estados que no menciona la historia, el imperio de los Elamitas dominados por sus poderosos Nakhontes; después se vió surgir de allí el reino de los Medas, el más grandioso aún de Ciro y de sus sucesores

los Akheménidas; allí fué también donde después de las expediciones triunfantes de Alejandro el Macedonio se agruparon los Partos en una nación muy vigorosa que hizo frente á los Romanos; después se formó allí la dinastía de los Sassanidas, ante los cuales vino á eclipsarse por completo la fortuna de Roma. Después de la invasión de los Mahometanos, se fundaron otras dinastías sobre la meseta de Irán, y, aun en nuestros días, el reino iranio, conocido con el nombre de Persia, según una de sus provincias, ha conservado sus fronteras naturales, aunque en el tiempo actual en que la ciencia militar está tan poderosamente servida por las fuerzas industriales, hayan decaído singularmente de su importancia las antiguas condiciones del relieve y del clima, y que ese territorio, relativamente empequeñecido en el inmenso torbellino de la historia humana, no sea más que un motivo de apuesta entre Inglaterra y Rusia.

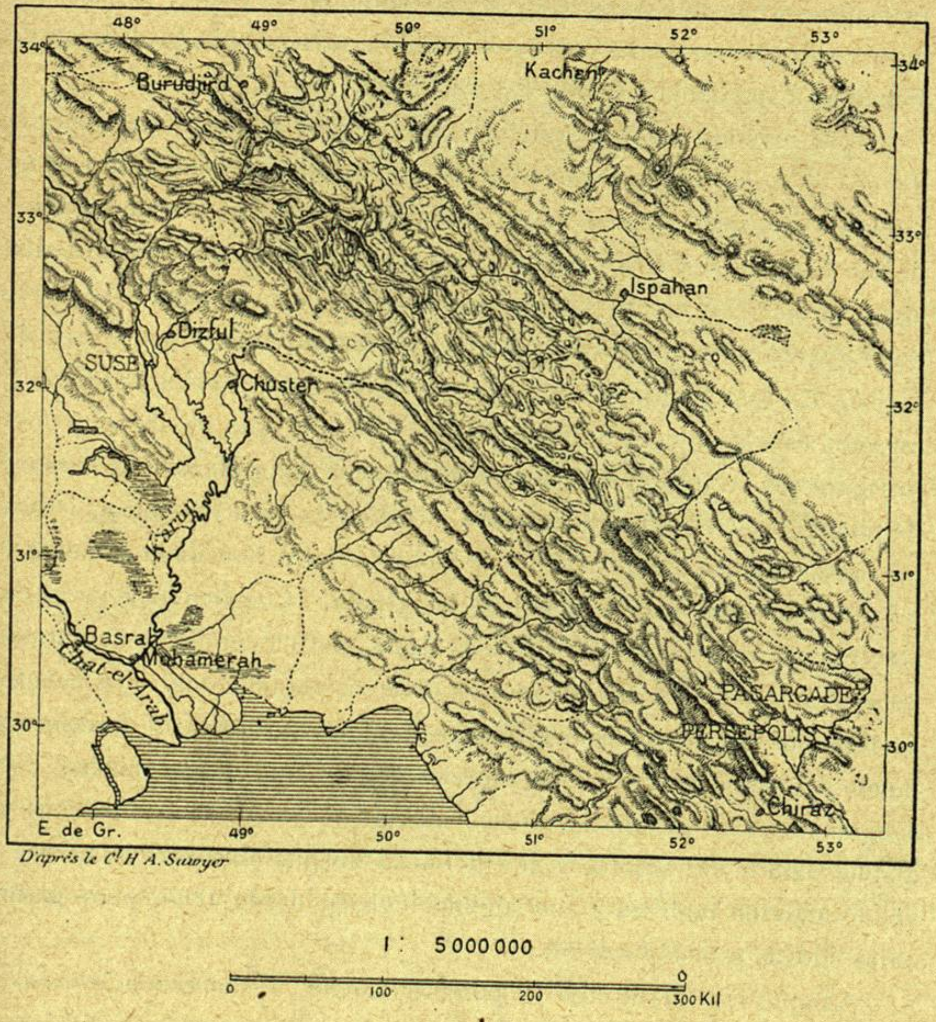
La Irania fué también una de las comarcas donde en parte se prepararon los más preciosos elementos de nuestro haber intelectual y nuestros progresos futuros. Recuérdese la influencia de la Persia en la evolución religiosa por la religión del fuego, por la de Zardoucht ó Zoroastro, por los Maniqueos, el mahometismo quiite y los Babis; su carácter en el movimiento lírico del pensamiento con los Saadis, los Hafiz y los Firduzis; su gran actividad en las artes, todavía preponderantes en todo el Oriente, desde la India á Turquía.

Las montañas que se perfilan en aristas paralelas á lo largo del reborde sud-occidental del Irán constituyen otras tantas murallas difíciles de atravesar; los ríos nacidos en el interior del laberinto escapan á su prisión por una serie de estrechos desfiladeros, de «esclusas» que se suceden por cortes bruscos en ángulo recto, inaccesibles en su mayor parte: las sendas de escalo pasan casi todas por las brechas de los altos muros; para ir de un lugar de las tierras elevadas hacia una parte de la llanura inferior, situada no obstante en una misma cuenca fluvial, los pastores llegan á tener que hacer veinte ascensiones y otros tantos descensos. Por lo demás, nadie más que los montañeses podrían aventurarse en semejantes comarcas, por encima de las crestas que exceden en algunos sitios de la altura de cuatro mil metros. El nombre de Zagros que se da todavía á esas montañas, viene, dicen, del árabe

Zaghar, que significa «desfiladero estrecho entre altas montañas en la frontera de un país enemigo».

Resulta de ello que los habitantes de la áspera región, los Bakhtyaris, permanecieron prácticamente independientes durante todo el período

N.° 50. Alineaciones montañosas de los Bakhtyaris.



D'après le Col H. A. Sawyer

histórico; lo serían probablemente también en épocas anteriores como lo son todavía en la actualidad. En ese Oriente que se dice dominado por el espíritu monárquico hereditario, se ve la existencia de repúblicas

los Akheménidas; allí fué también donde después de las expediciones triunfantes de Alejandro el Macedonio se agruparon los Partos en una nación muy vigorosa que hizo frente á los Romanos; después se formó allí la dinastía de los Sassanidas, ante los cuales vino á eclipsarse por completo la fortuna de Roma. Después de la invasión de los Mahometanos, se fundaron otras dinastías sobre la meseta de Irán, y, aun en nuestros días, el reino iranio, conocido con el nombre de Persia, según una de sus provincias, ha conservado sus fronteras naturales, aunque en el tiempo actual en que la ciencia militar está tan poderosamente servida por las fuerzas industriales, hayan decaído singularmente de su importancia las antiguas condiciones del relieve y del clima, y que ese territorio, relativamente empequeñecido en el inmenso torbellino de la historia humana, no sea más que un motivo de apuesta entre Inglaterra y Rusia.

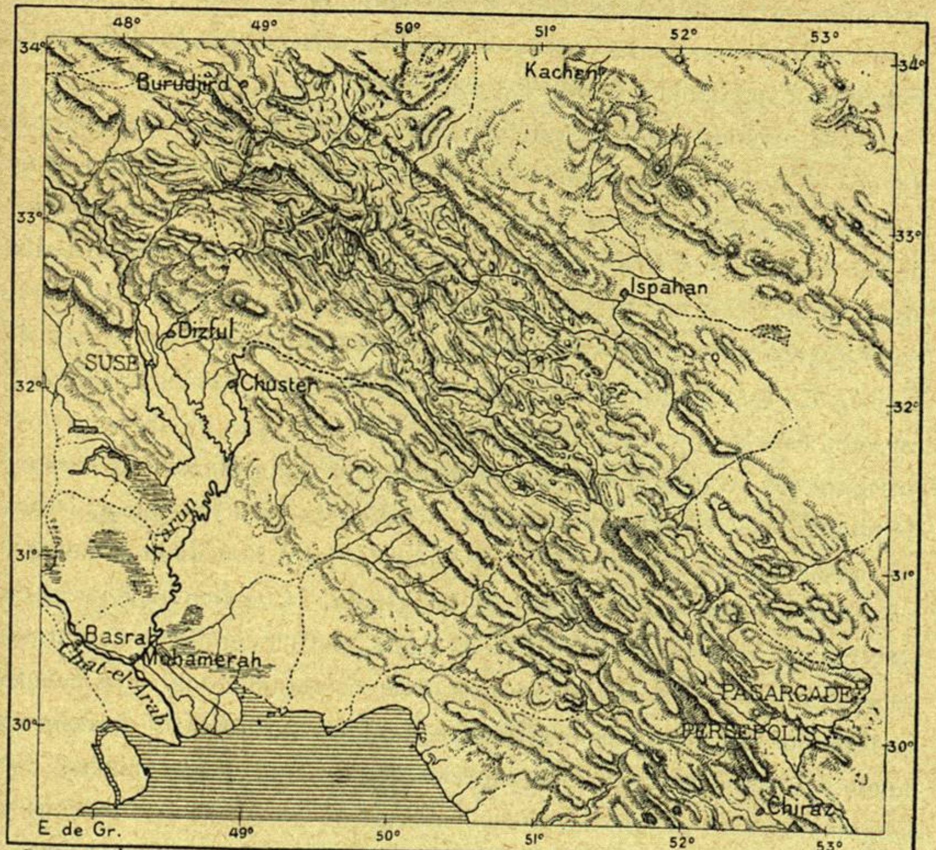
La Irania fué también una de las comarcas donde en parte se prepararon los más preciosos elementos de nuestro haber intelectual y nuestros progresos futuros. Recuérdese la influencia de la Persia en la evolución religiosa por la religión del fuego, por la de Zardoucht ó Zoroastro, por los Maniqueos, el mahometismo quiite y los Babis; su carácter en el movimiento lírico del pensamiento con los Saadis, los Hafiz y los Firduzis; su gran actividad en las artes, todavía preponderantes en todo el Oriente, desde la India á Turquía.

Las montañas que se perfilan en aristas paralelas á lo largo del reborde sud-occidental del Irán constituyen otras tantas murallas difíciles de atravesar; los ríos nacidos en el interior del laberinto escapan á su prisión por una serie de estrechos desfiladeros, de «esclusas» que se suceden por cortes bruscos en ángulo recto, inaccesibles en su mayor parte: las sendas de escalo pasan casi todas por las brechas de los altos muros; para ir de un lugar de las tierras elevadas hacia una parte de la llanura inferior, situada no obstante en una misma cuenca fluvial, los pastores llegan á tener que hacer veinte ascensiones y otros tantos descensos. Por lo demás, nadie más que los montañeses podrían aventurarse en semejantes comarcas, por encima de las crestas que exceden en algunos sitios de la altura de cuatro mil metros. El nombre de Zagros que se da todavía á esas montañas, viene, dicen, del árabe

Zaghar, que significa «desfiladero estrecho entre altas montañas en la frontera de un país enemigo».

Resulta de ello que los habitantes de la áspera región, los Bakhtyaris, permanecieron prácticamente independientes durante todo el período

N.° 50. Alineaciones montañosas de los Bakhtyaris.



D'après le Cel H. A. Sawyer

1 : 5000000

0 100 200 300 Kil.

histórico; lo serían probablemente también en épocas anteriores como lo son todavía en la actualidad. En ese Oriente que se dice dominado por el espíritu monárquico hereditario, se ve la existencia de repúblicas

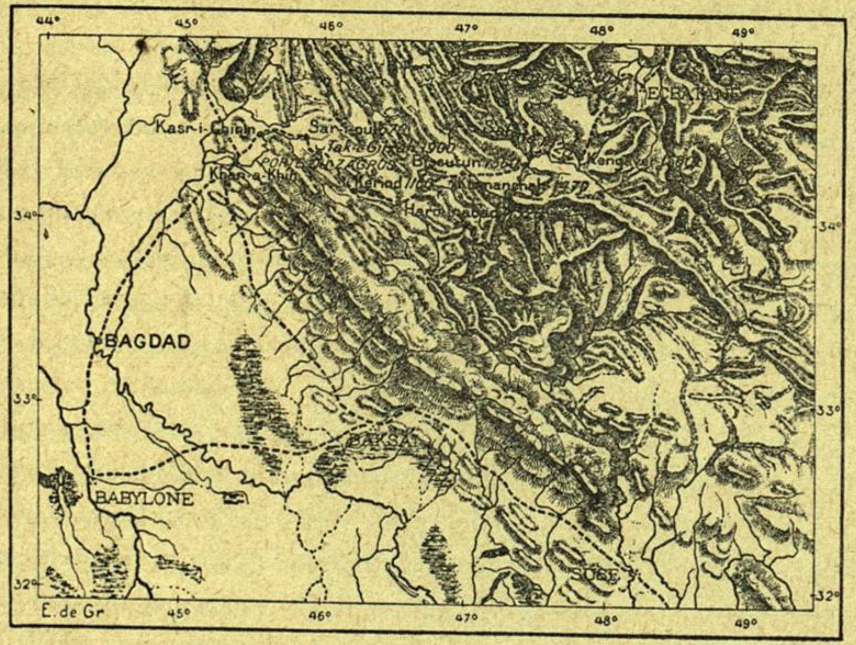
federales que se conservan de siglo en siglo [1]. Es cierto que los anales mencionan los Lurs y los Bakhtyaris como avasallados, ora por los Caldeos, ora por los Asirios, los Elamitas ó por los Persas; pero algunas ofrendas aportadas con grande y respetuosa ceremonia bastaban á la vanidad de los dominadores, y éstos, satisfechos del homenaje, se guardaban bien de atacar á los Bakhtyaris en sus múltiples fortalezas de grandes murallas y de desfiladeros impracticables. Por el contrario, los príncipes akheménidas, en todo el esplendor de su poder, pagaban un derecho de pasaje á los Coreanos ó Bakhtyaris cuando se dirigían de Ecbatana á Babilonia ó de Persópolis á Suse [2].

Esos temidos montañeses, con tanta mayor facilidad permanecen dueños de su territorio cuanta mayor movilidad han conservado en su modo de ser, siendo sucesivamente nómadas como pastores de rebaños, después sedentarios como agricultores; transhuman la montaña de arriba abajo varias veces al año, según las estaciones, y en ocasiones se agrupan en multitudes ó se dispersan como cabras monteses entre los precipicios. En este género de vida han ganado un gran espíritu de libertad, un fiero sentimiento de independencia igualitaria que les llevan á despreciar á sus vecinos menos favorecidos por la Naturaleza. Su nombre de pueblo, que significa «dichoso», «valiente», «invencible», indica las causas que les han producido la libertad y les han dado su noble y orgulloso aspecto y la claridad de la mirada. Consienten á veces en servir como voluntarios en el ejército persa, pero á condición de permanecer juntos y no ser diseminados en diversos regimientos. En cuanto se lesionan sus derechos hereditarios, se insurreccionan, y frecuentemente descendieron como vengadores sobre las ciudades próximas. No acogen ningún funcionario en sus montañas, pero son bondadosos y afables para el extranjero, y de esa buena hospitalidad se han aprovechado algunos ingleses y aun alguna inglesa, desde 1890, para pasar entre ellos la estación estival.

Aunque los Bakhtyaris se parecen mucho, á consecuencia de las condiciones del clima y del género de vida impuesto por la Naturaleza, aunque se les encuentra «como un aire de familia», pertenecen de grupos étnicos diferentes, y aun se explican esas diferencias por el relieve orográfico de la comarca. Se encuentran cuatro nacionalidades distintas entre los Suizos: Alemanes, Franceses, Italianos, Romanches; otras tantas á lo menos existen entre los Bakhtyaris. Los unos parecen ser Arias puros, otros son indudablemente de origen semítico; la mayor parte son considerados como de sangre turca, por último, los hay que

1 Carl Ritter, *West-Asien*, vol. IX, p. 216.
2 Strabon, según Néarque, lib. XI, c. XIII, 6; Arrien, *Anabase*, VII, 15; Perrot y Chipiez, V. 499.

N.º 51. Camino de Babilonia á Ecbatana.



1 : 4 500 000

0 50 100 200 Kil

presentan más bien el tipo del mongol, y numerosas subvariedades indican la mezcla en proporciones variables. Pero esos pueblos de origen múltiple hablan todos dialectos de tipo persa, gracias al genio iranio que les ha civilizado. La gran variedad de las poblaciones en el país de los Bakhtyaris se explica por el movimiento de las guerras producidas alrededor de sus macizos. Según las vicisitudes de victorias y derrotas, unas tribus y unos ejércitos de nacionalidades muy diferentes fueron rechazados de las antemontañas ó de las mesetas y se acantonaron en esas fortalezas naturales del país de Elam: hay tradiciones locales que

refieren la venida de esos grupos originariamente distintos y frecuentemente superpuestos en señores y en vasallos de una manera feudal. La inducción histórica aproxima ahora los términos Bakhtyari, Bactriana y la familia de los Bak que penetra en China, pero las inscripciones de los conquistadores mencionan rara vez esos habitantes de altos valles cerrados que no buscaban la vida más fácil de las llanuras y que evitaban también los horrores de la guerra. Los anales de los grandes imperios elamita, babilonio, asirio, meda y persa ignoran la existencia de esos residuos humanos que viven sin pena ni gloria.

Aparte de esas poblaciones y algunas otras menos considerables, á las cuales permite el relieve de la comarca mantenerse en un aislamiento relativo, los habitantes de las altas tierras iranias, por la facilidad de los contactos y de los cruzamientos, debían unirse fácilmente en un solo cuerpo de nación. Pero esta unidad política correspondiente á la unidad geográfica de la meseta no implica en manera alguna la unidad de razas entre los elementos étnicos reunidos espontáneamente ó traídos de las diversas regiones del contorno. Al contrario, esos elementos presentaban originariamente grandísimos contrastes, y no podía ser de otra manera, puesto que las comarcas próximas difieren mucho por el suelo y el clima; montañas de la Armenia y llanuras bajas de la Caldea, valles áridos del Mekran y riberas ardientes del golfo Pérsico, regiones arenosas por donde corre el Oxus y estepas de la Caspiana, otros tantos países de naturalezas opuestas que tienen por habitantes aquí agricultores, allá nómadas, acullá bandidos, gentes las más diversas por el lenguaje, las tradiciones y las costumbres, negros y Semitas, Arias y Turanios.

Pero esos habitantes de toda procedencia, que los acontecimientos complejos de la humanidad han hecho encontrarse sobre la meseta de la Irania occidental, han sufrido allí una transformación más ó menos rápida de su primera naturaleza, y toda la masa humana formada de esos elementos diversos ha sido amasada en una nueva pasta. Los montañeses descendidos de los altos valles nevados, los ribereños del litoral árido y abrasador, unos y otros, aunque en sentido inverso, se han acomodado al clima, nuevo para ellos, de esas tierras oreadas por un céfiro suave.

En su conjunto, Persia se halla comprendida en la zona llamada templada, aunque ciertas partes de sus costas, á lo largo de los mares indios, deban una temperatura abrasadora á la dirección de los vientos, á la falta de las lluvias y á su exposición á los ardores del Mediodía. Según el trazado, en gran parte hipotético, de las líneas isotermas, la temperatura media de Persia sería casi la misma de Francia, situada, no obstante, mucho más al Norte, pero con menor altitud y hallándose bien expuesta á las corrientes aéreas y oceánicas del Sudoeste. Mas esta temperatura media, con el balanceo anual de fuertes oscilaciones estacionales del frío al calor, es de aquellas que la experiencia de la humanidad indica como una de las más saludables y favorables al desarrollo intelectual de las poblaciones. Estas condiciones físicas del medio, presidiendo á la mezcla de los elementos étnicos distintos que venían á entrechocar y á unirse sobre las altas tierras del Irán, contribuyeron á determinar ese bello tipo persa, uno de los que, con el de los Georgianos y Circasianos, se acerca más á la belleza, tal como la comprendemos: las mismas cau-



TIPO DE BAKHTYARI NÓMADA

Dibujo de G. Roux, según una fotografía.

sas modelaron también el genio iranio, tan notable por la flexibilidad y la claridad de la comprensión. Los niños de las escuelas, agrupados sobre las esterillas, admiran al viajero europeo: sus ojos brillan con un ardor inteligente; sacuden su cabecita rizada y dan á su rostro la expresión más graciosa y encantadora.

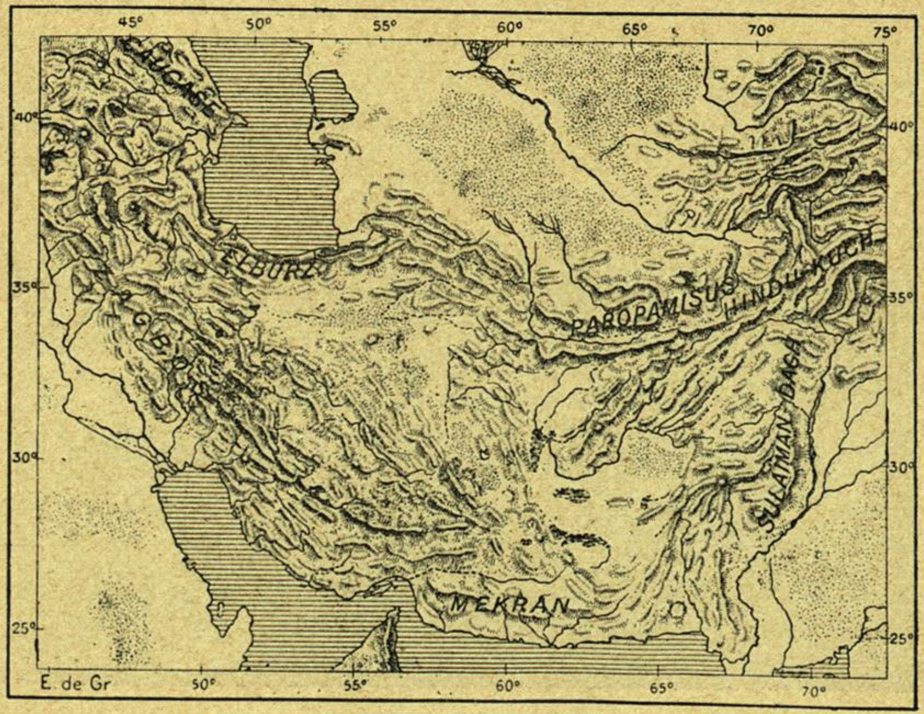
El espacio trapezoide de Persia, comprendido entre las murallas desiguales de los montes, no está bien preparado por la Naturaleza para la feliz floración de la «planta hombre». Lejos de ello, gran parte de esas altas tierras consiste en extensiones rocosas, arcillosas, areniscas ó salinas completamente inhabitables: la meseta se abre hacia su centro formando una concavidad de suaves pendientes que descienden hasta dejar tras sí una altura de 300 (140?) metros solamente sobre el nivel del mar. Algunos ríos corrían en otro tiempo hacia esta depresión central; un mar interior ó á lo menos un extenso lago llenaba la cavidad; pero la desecación general del clima ha evaporado aquellas sábanas de agua, ha agotado los ríos, ha esterilizado esos espacios por las eflorescencias salinas, y la población ha debido limitarse á la ocupación de los valles herbosos y de las zonas fértiles que se extienden á lo largo de la base de los montes. Hasta entre las aristas paralelas de varias cadenas montañosas que se suceden en la parte sud-occidental de la meseta, existen espacios diseminados sin agua donde el hombre no ha podido establecerse. Si el molino de viento es de origen persa, como lo afirman los indígenas, su causa es el soplo constante que barre violentamente los vastos espacios desiertos y los picos aislados en medio de los terrenos que fueron mares.

Estudiando los contornos de esas regiones forzosamente estériles del Irán, se ve que en su conjunto ocupan con sus anejos las tierras más bajas, que afectan una forma casi triangular hacia el centro, el sud y el este del país. Por otra parte, las regiones fértiles que invitan al hombre á la residencia y á la agricultura, están dispuestas en dos bandas que se encuentran bajo un ángulo agudo en la parte noroccidental de la meseta.

Este territorio penetra un espacio de más de 500 kilómetros entre dos filas de altas montañas; poderosos macizos lo limitan también al norte; los conos de volcanes aislados se levantan aquí y allá, hallándose

uno de ellos completamente rodeado por las aguas del lago de Urmiah; gran número de pasajes divergen del Azerbeidjan hacia todos los países circundantes; al Este hacia las costas del Caspio, al Norte hacia el valle del Araxa, al Oeste hacia el lago de Van, al Sudoeste hacia el Tigris y el Eufrates. Así los pescadores ribereños del mar, los agricultores y los

N.º 52. Mapa físico de Persia.



1 : 25 000 000

0 1000 2000 Kil

pastores de las comarcas transcaucásicas, los montañeses karducos y armenios de los macizos occidentales tenían frecuentes ocasiones de mezclarse y rozarse con los habitantes del Atropateno y con los emigrantes procedentes de las comarcas meridionales ú orientales del Irán siguiendo la base de las montañas. La yuxtaposición de las dos bandas de cultura y de población que se unen en esta comarca no podía menos de darle una vitalidad poderosa, comparable á las llamas vivas que brotan al

sas modelaron también el genio iranio, tan notable por la flexibilidad y la claridad de la comprensión. Los niños de las escuelas, agrupados sobre las esterillas, admiran al viajero europeo: sus ojos brillan con un ardor inteligente; sacuden su cabecita rizada y dan á su rostro la expresión más graciosa y encantadora.

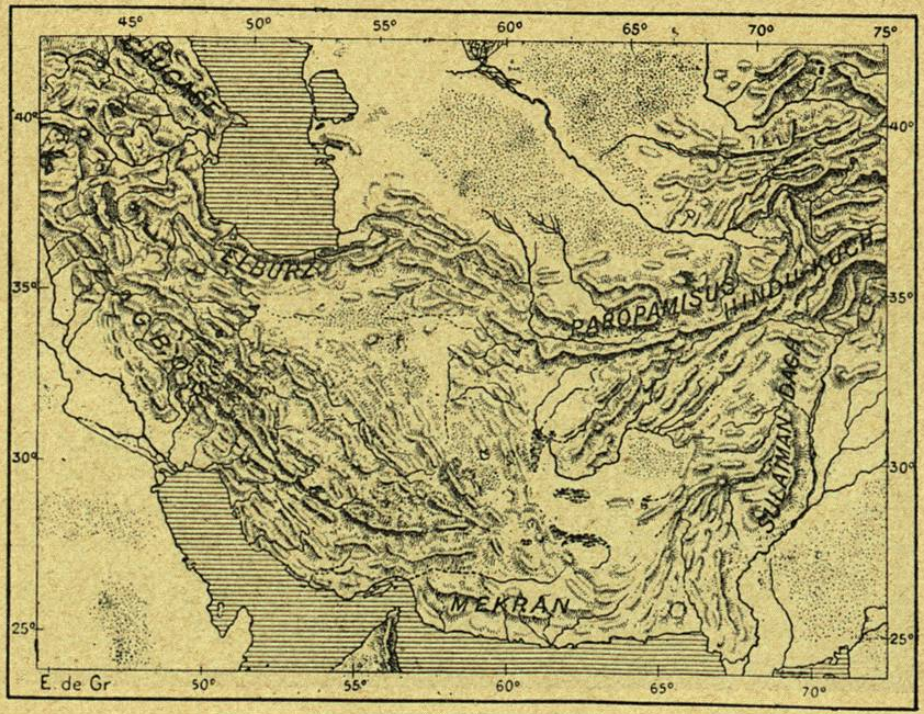
El espacio trapezoide de Persia, comprendido entre las murallas desiguales de los montes, no está bien preparado por la Naturaleza para la feliz floración de la «planta hombre». Lejos de ello, gran parte de esas altas tierras consiste en extensiones rocosas, arcillosas, areniscas ó salinas completamente inhabitables: la meseta se abre hacia su centro formando una concavidad de suaves pendientes que descienden hasta dejar tras sí una altura de 300 (140?) metros solamente sobre el nivel del mar. Algunos ríos corrían en otro tiempo hacia esta depresión central; un mar interior ó á lo menos un extenso lago llenaba la cavidad; pero la desecación general del clima ha evaporado aquellas sábanas de agua, ha agotado los ríos, ha esterilizado esos espacios por las eflorescencias salinas, y la población ha debido limitarse á la ocupación de los valles herbosos y de las zonas fértiles que se extienden á lo largo de la base de los montes. Hasta entre las aristas paralelas de varias cadenas montañosas que se suceden en la parte sud-occidental de la meseta, existen espacios diseminados sin agua donde el hombre no ha podido establecerse. Si el molino de viento es de origen persa, como lo afirman los indígenas, su causa es el soplo constante que barre violentamente los vastos espacios desiertos y los picos aislados en medio de los terrenos que fueron mares.

Estudiando los contornos de esas regiones forzosamente estériles del Irán, se ve que en su conjunto ocupan con sus anejos las tierras más bajas, que afectan una forma casi triangular hacia el centro, el sud y el este del país. Por otra parte, las regiones fértiles que invitan al hombre á la residencia y á la agricultura, están dispuestas en dos bandas que se encuentran bajo un ángulo agudo en la parte noroccidental de la meseta.

Este territorio penetra un espacio de más de 500 kilómetros entre dos filas de altas montañas; poderosos macizos lo limitan también al norte; los conos de volcanes aislados se levantan aquí y allá, hallándose

uno de ellos completamente rodeado por las aguas del lago de Urmiah; gran número de pasajes divergen del Azerbeidjan hacia todos los países circundantes; al Este hacia las costas del Caspio, al Norte hacia el valle del Araxa, al Oeste hacia el lago de Van, al Sudoeste hacia el Tigris y el Eufrates. Así los pescadores ribereños del mar, los agricultores y los

N.º 52. Mapa físico de Persia.

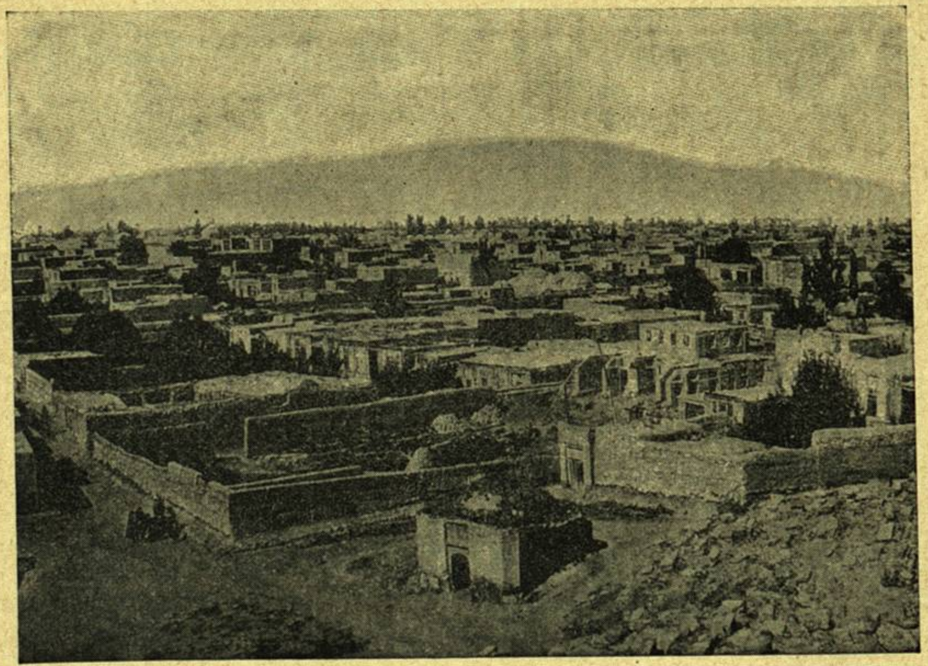


1 : 25 000 000

0 1000 2000 Kil

pastores de las comarcas transcaucásicas, los montañeses karducos y armenios de los macizos occidentales tenían frecuentes ocasiones de mezclarse y rozarse con los habitantes del Atropateno y con los emigrantes procedentes de las comarcas meridionales ú orientales del Irán siguiendo la base de las montañas. La yuxtaposición de las dos bandas de cultura y de población que se unen en esta comarca no podía menos de darle una vitalidad poderosa, comparable á las llamas vivas que brotan al

contacto de dos brasas. Además, la diversidad de los elementos étnicos reunidos en la avenida de las montañas, entre las cimas «divinas», Demavend, Elvend, Savalan, Ararat, había de facilitar el nacimiento de una gran civilización. Allá, en el triángulo Teherán, Tabris, Hamadan, se encuentra el centro de gravedad de todo el mundo médico y persa que se había instalado sobre la meseta de Irán, y allí permanece aún.



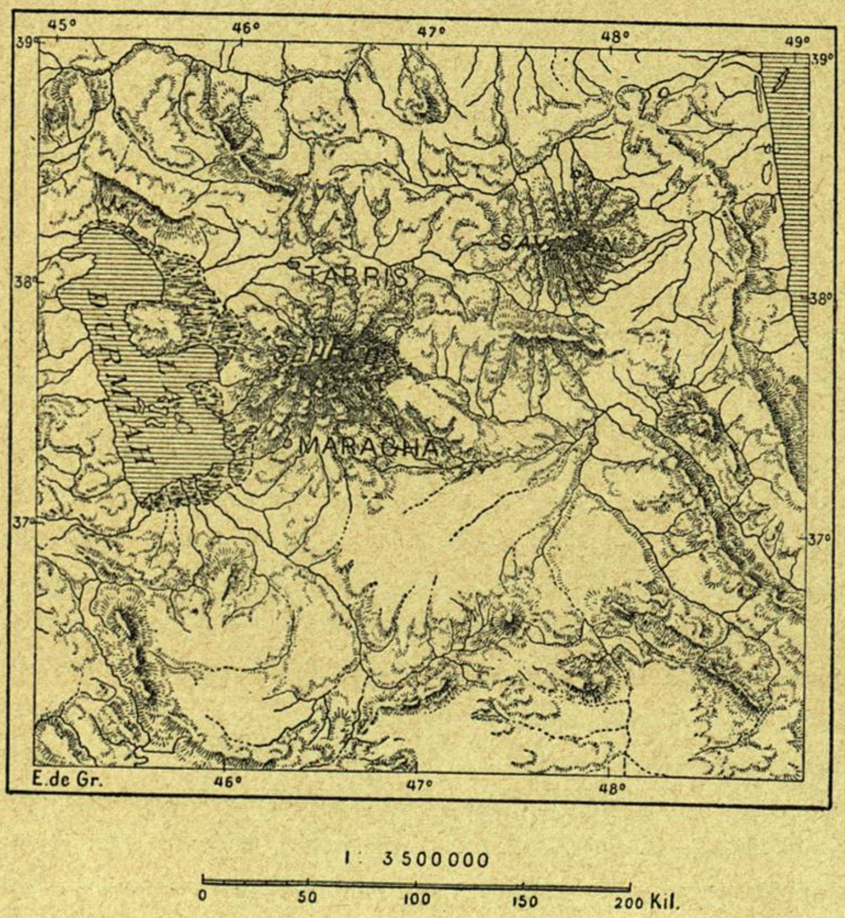
VISTA DE LA VILLA DE MARAGHA AL PIE DEL SEHEND (AZERBEIDJAN)

Según una fotografía de J. de Morgan (Misión arqueológica en Persia).

Brunnhofer, gracias á sus descubrimientos sobre la orientación geográfica de los nombres citados en los Vedas, se creyó en el caso de afirmar que los Arias que cantaron los antiguos himnos habitaban precisamente esas regiones del Atropateno y las comarcas vecinas, al Oeste hacia la Armenia, al Este hacia el Khorassan. El volcán extinguido que actualmente se llama Savalan es el único monte desde el cual pueda verse á la vez el mar — el Caspio, — el curso del río Rasa — el Araxa, — y las gloriosas cimas nevadas del Himavat — el Albordj ó Elburz. El

Savalan es el Açnavanta, donde se hizo la revelación divina para los fieles de Zoroastro [1]; fué una montaña más santa aún que el Demavend y el Ararat, ó por mejor decir la santidad, como una llama, viajaba de cima en cima al mismo tiempo que los portadores de antorchas que caminaban por sus bases.

N.º 53. Azerbeidjan.



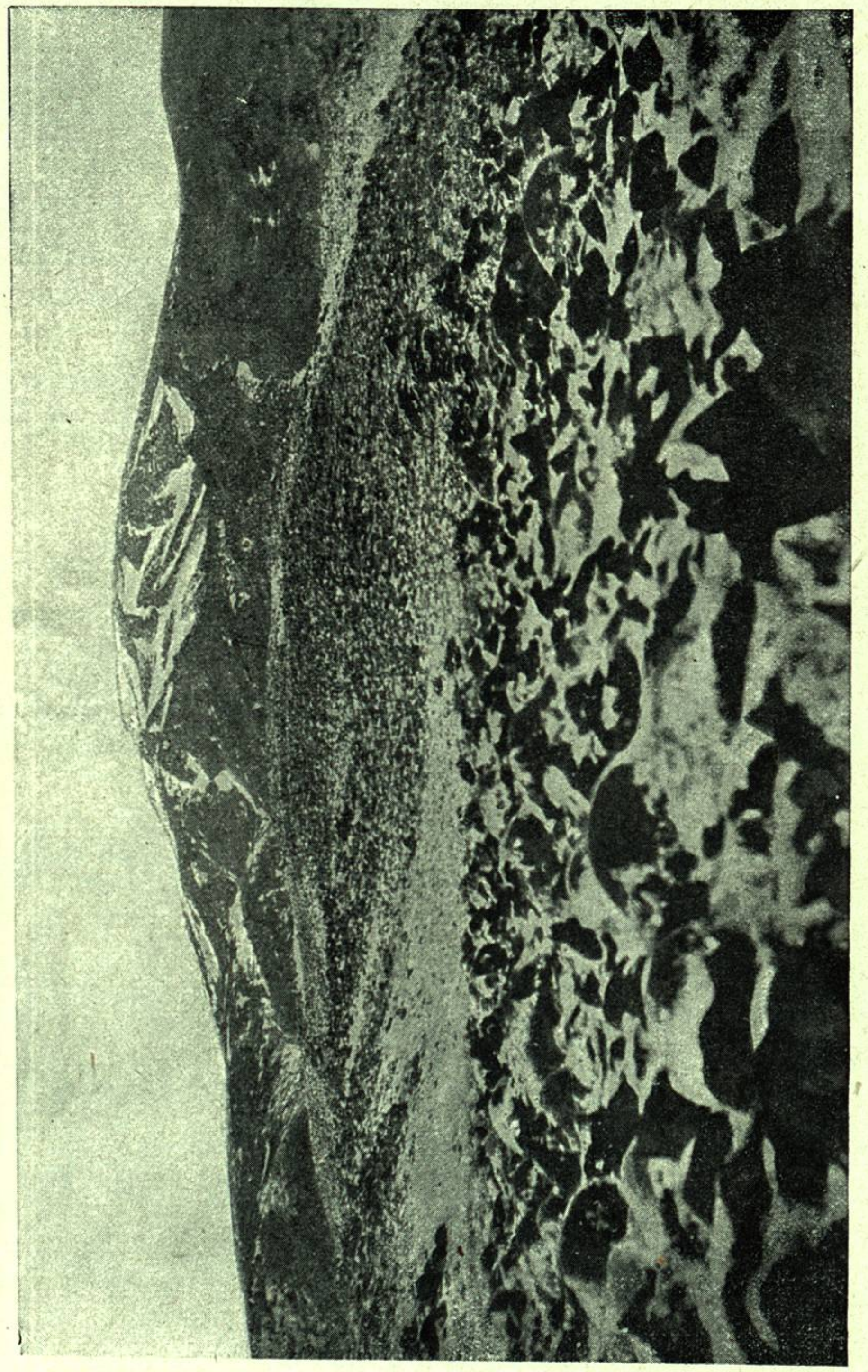
De las dos zonas iránicas que convergen hacia el ángulo del Atropateno, una, la que de Este á Oeste sigue la base meridional del Cáucaso iránico y del Elburz, ha adquirido en la historia una importancia de

[1] Hermann Brunnhofer, *Vom Aral bis zur Gangâ*, p. 11.

primer orden, gracias á las vías naturales que la continúan, de un lado hasta las extremidades de Asia, de otro hacia Europa y África. La zona occidental, que se extiende á lo largo de las montañas limítrofes en la dirección del Sud, debe ciertamente su gran valor histórico á las relaciones que establece entre las diversas provincias del Irán, sobre todo entre la Media y la Persia propiamente dichas; pero la ruta natural acaba por perderse á medias en las regiones casi desiertas que se inclinan hacia el mar Índico, y unas vías laterales que descienden en ángulo recto á través de las montañas del lado de la Caldea desvían al Oeste el movimiento de los pueblos y de las ideas.

Una de esas vías laterales, utilizando una brecha muy ancha de los montes occidentales, rodea el Elvend por el Norte en una especie de escalera que ha debido practicarse desde tiempo inmemorial, porque la diferencia de los productos y de las civilizaciones entre las dos comarcas adyacentes, de la altura y de la llanura, hace las comunicaciones indispensables: de la meseta descendían gentes en gran número, y por su parte los de abajo ascendían á los altos terraplenes.

Acampados sobre la grada superior de aquella entrada, los ejércitos de Persia ocupaban una posición casi inexpugnable; mas, por otra parte, habían de sentir deseos de descender para conquistar la llanura. La historia nos enseña que los soberanos de Persia tomaron casi siempre la ofensiva, y que frecuentemente, lanzando sus ejércitos como avalanchas, invadieron las campiñas bajas, no sólo hasta el Eufrates, sino hasta el Mediterráneo y el Archipiélago. El reflujo de las poblaciones vencidas volvía los Persas hacia sus montañas, y las batallas decisivas se libraron siempre en los pasos del Tigris ó del Eufrates ó en las puertas occidentales de los montes Zagros. Las tradiciones nos hablan de los grandes conflictos que surgieron á la entrada de las llanuras entre los Elamitas, es decir, los Persas de aquel tiempo, y los Caldeos ó Asirios. Los reyes del Irán cometieron la imprudencia de aventurarse en la llanura para sostener el choque de sus adversarios, corriendo el riesgo de ser vencidos con mucha mayor facilidad que en los desfiladeros de sus montañas: así vino Darío á hacerse derrotar por Alejandro en los campos de Arbelles; después, en esa misma región fué donde los ejércitos romanos de Craso, de Valeriano y de Juliano el Filósofo quedaron arrollados por los Persas, y la «batalla de las batallas», que dió la



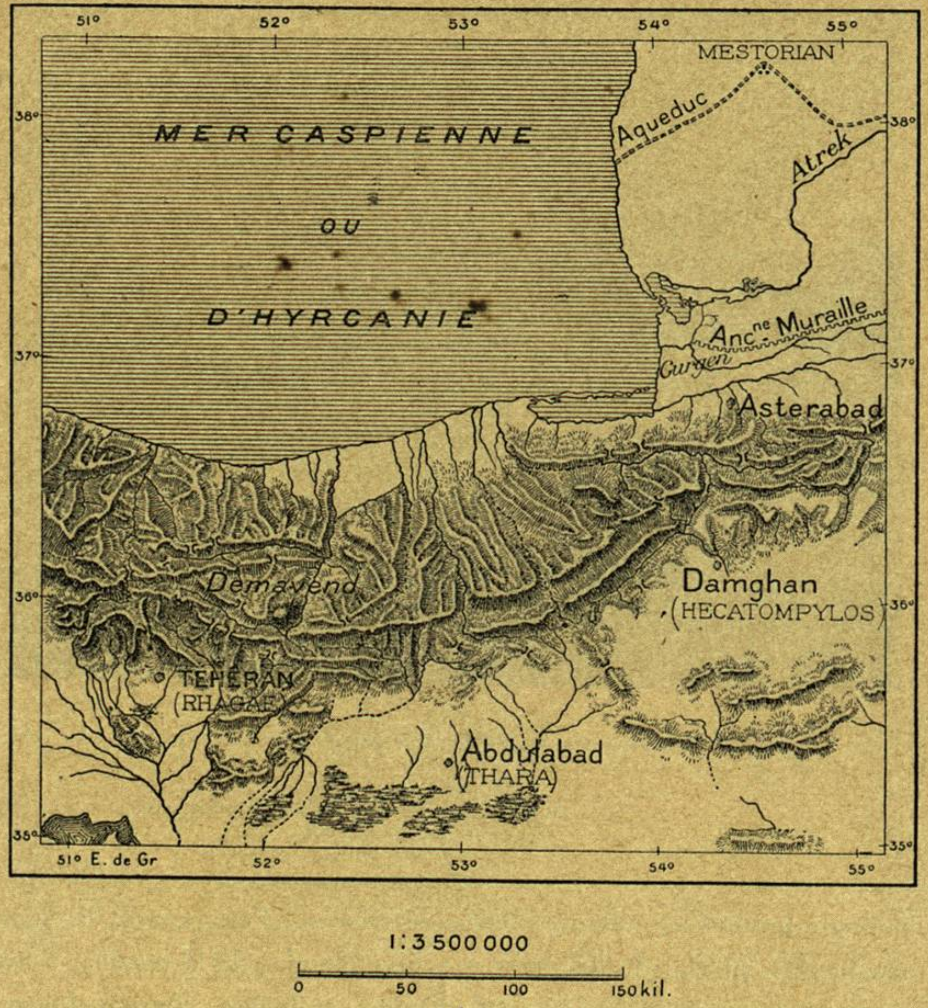
LA CIMA DEL DEMAVEND (Vista tomada á 4500 metros de altura)
De una fotografía de J. Morgan (Misión arqueológica en Persia).

Persia á los Mahometanos, se libró también en las tierras bajas entre el río y los canales del Tigris.

La gran vía histórica del norte del Irán conserva la misma dirección que el diafragma asiático formado por la serie de altas aristas que se

N.º 54. Elburz oriental, Mazanderan.

(Véanse págs. 362 y 364)



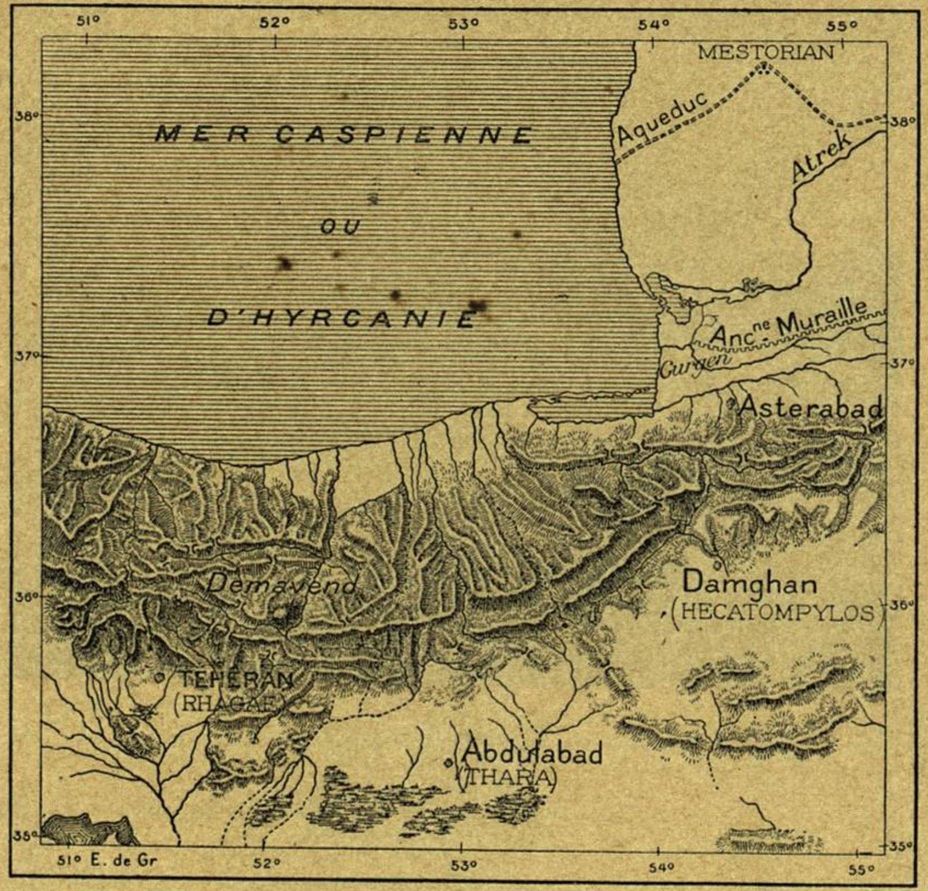
continúa hasta el Immaus ó Himalaya. La parte occidental de esta vía está trazada con precisión por la Naturaleza: la arista del Elburz, el antiguo Albordj, que llevaba ya este nombre en los primitivos tiempos

Persia á los Mahometanos, se libró también en las tierras bajas entre el río y los canales del Tigris.

La gran vía histórica del norte del Irán conserva la misma dirección que el diafragma asiático formado por la serie de altas aristas que se

N.º 54. Elburz oriental, Mazanderan.

(Véanse págs. 362 y 364)

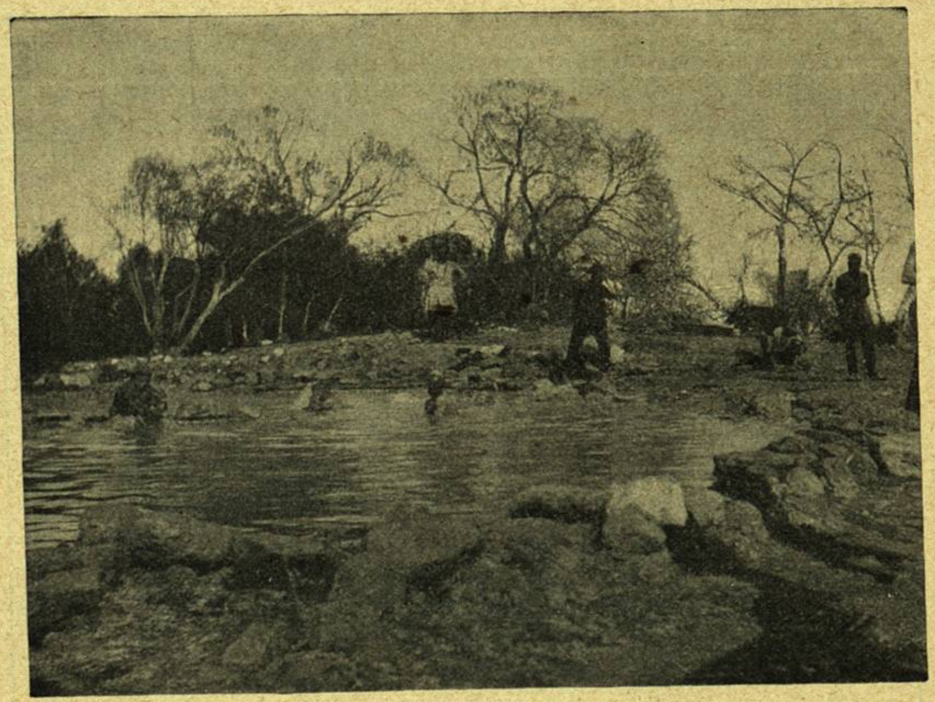


1:3 500 000

0 50 100 150 kil.

continúa hasta el Immaus ó Himalaya. La parte occidental de esta vía está trazada con precisión por la Naturaleza: la arista del Elburz, el antiguo Albordj, que llevaba ya este nombre en los primitivos tiempos

históricos, se perfila en el cielo paralelamente á la ruta que sigue la base meridional de los montes. Según los libros sagrados de los Iranios, el Albordj es la primera montaña que salió de las manos de Ormuzd, y el dios le confió el deber de verter las aguas y de hacer nacer los hombres. La religión iraniana ve en el Albordj el país de las siete partes simétricas de la Tierra, que corresponde á los siete cielos de los planetas y á



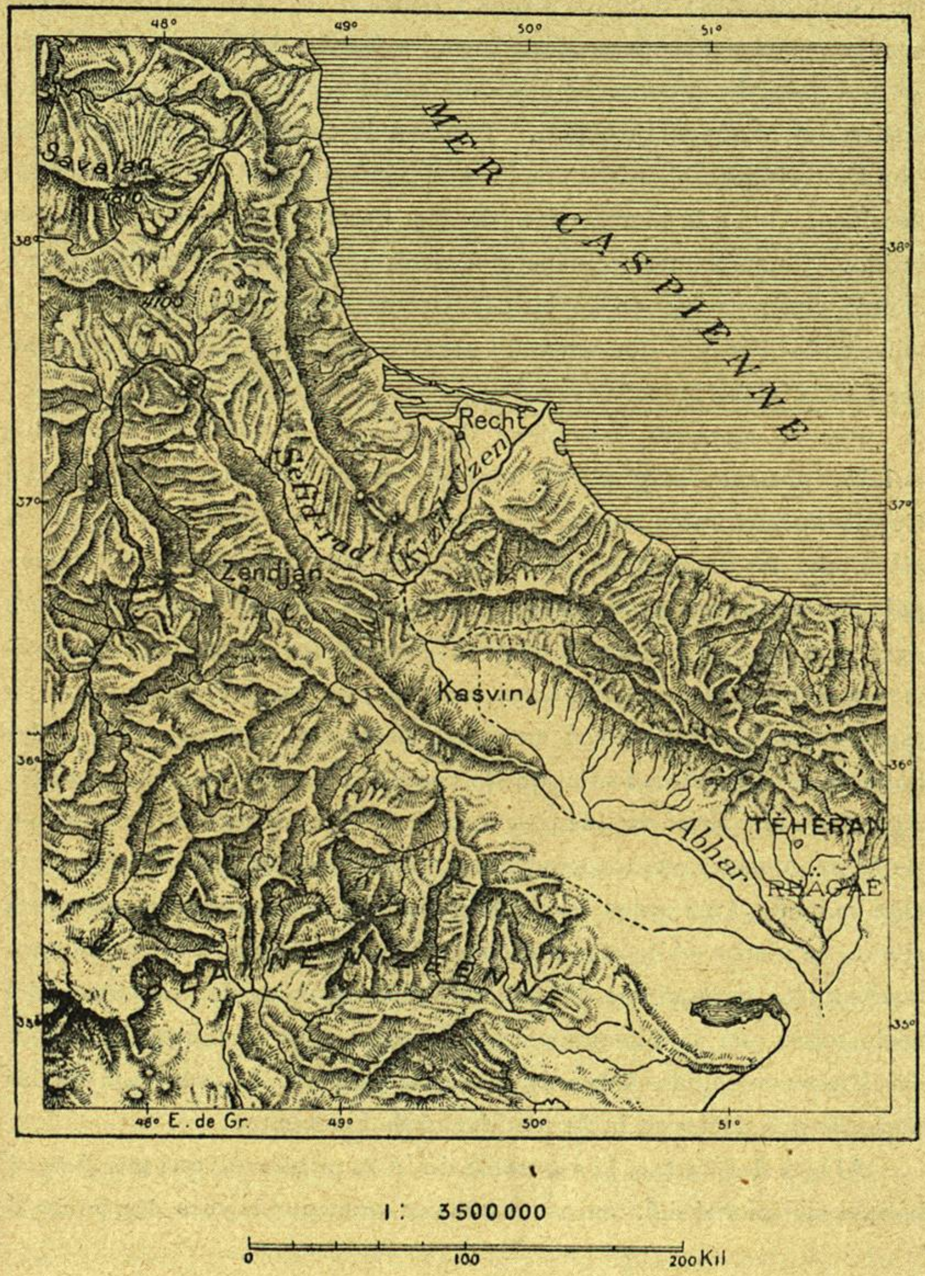
MANANTIAL DE AGUA CALIENTE EN TUNEKABUM (MAZANDERAN)

De una fotografía de J. de Morgan (Misión arqueológica en Persia).

los siete círculos del infierno, á los siete colores del arco iris, á los siete metales del interior de las rocas y á los siete días de la semana, á los siete pecados capitales y á las siete virtudes cardinales. Porque el hombre tuvo en todo tiempo la idea del número, del ritmo y de la armonía; pero, en su puerilidad primitiva, buscó las leyes en la repetición idéntica de los hechos y en groseras analogías, no en la correspondencia íntima de las causas y de los efectos. El «Monte de los Genios» ó Demavend

daba al conjunto del Albordj una personalidad divina, gracias, quizá, á erupciones de lava, y seguramente á sus nieves, á sus columnas de vapo-

N.º 55. Elburz occidental, Ghilan.



res, á sus diluvios repentinos, á sus manantiales y surtidores de aguas

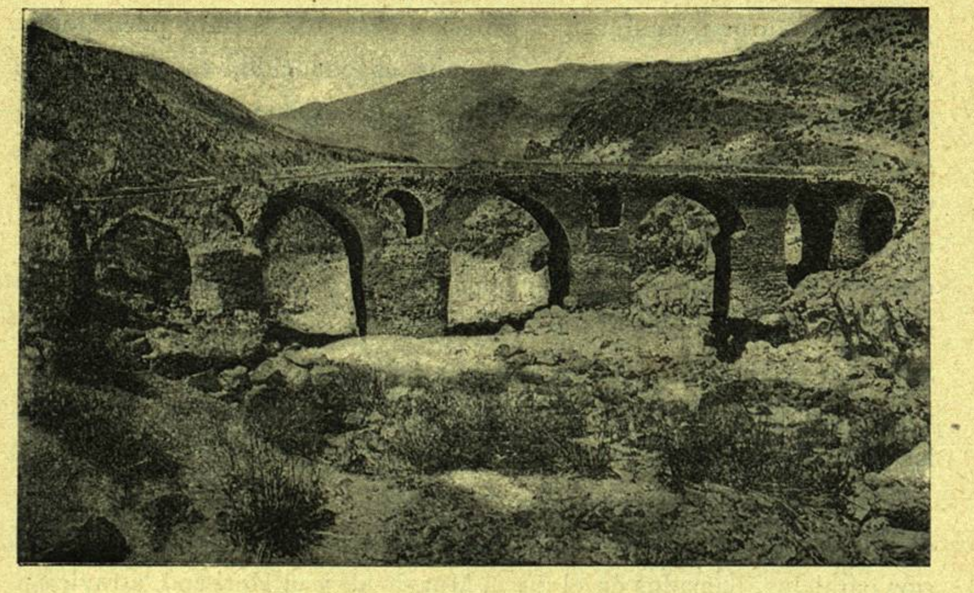
termales. Es el antiguo monte del Kaçyapa *(kaspion oros)*, «al que primero ilumina el sol», cuyo nombre se comunica al mar «Caspio», extendido en su base.

Al este del Demavend existen numerosas brechas: es la región de las «Cien Puertas» ó de los «Cien *Pylônes*», los *Hekatompylos*, donde centenares de sendas descienden hacia los bordes del Caspio, ofreciendo en esta parte de su contorno una zona bastante amplia de campiñas muy fértiles, el Mazanderan actual. También la ciudad de Hekatompylos, que De Gobineau identifica con la moderna Damghan [1], fué en distintas ocasiones, bajo la dominación de los Partos, la capital del mundo iranio. Comerciantes, colonos y agricultores se agruparon allí en un centro vital, ya famoso en la más remota antigüedad, puesto que la tribu de los Parnios, que tenía allí sus factorías, se le señala como riquísima en la lejana India [2].

Por el contrario, la cadena del Elburz, al oeste del formidable volcán, presenta muy pocas brechas: sobre el estrecho litoral del Caspio apenas había camino; de esa parte, la avenida costeña que se abría ante los viajeros estaba cortada por torrentes rápidos, interrumpida por vastos promontorios de difícil acceso, habitada por poblaciones guerreras muy dispuestas á exigir tributos á los pasajeros. Prácticamente, esta serie de desfiladeros sinuosos que se prolongan sobre un espacio de 800 kilómetros entre los desiertos transcaspianos y las llanuras de la Transcaucasia, queda cerrada á las emigraciones étnicas: á pesar de la apariencia que esta cornisa del litoral toma sobre el mapa, no ha de considerársele como formando una vía histórica de significación mayor. Casi todos los extranjeros que se aventuraron sobre esta ribera, se vieron obligados á detenerse en su camino, unas veces para combatir los montañeses del país de Ghilan y tratar de apoderarse del suelo sobre que se habían aventurado, otras para franquear la cadena del Elburz y seguir, sobre la vertiente opuesta, la gran ruta de las naciones que prolonga la faz meridional de los montes.

Al este del Caspio, la vía media del Asia se bifurca: una mitad sigue la base meridional del Cáucaso iranio, en tanto que la otra desciende al

[1] *Histoire des Perses*, t. I, p. 149.
[2] Hermann Brunnhofer, *Urgeschichte der Aryer in Vorder und Central-Asien*, «Erster Band», p. 131.



PUENTE DE LEIS SOBRE EL KIZIL-UZEN (GHILAN)

De una fotografía de J. de Morgan (Misión arqueológica en Persia).

Norte en las llanuras. En este punto, las cortaduras de los montes dan acceso á varios senderos que se dirigen hacia el ángulo sud-oriental del mar y hacia el curso inferior del río Gurgen. El punto geográfico ocupado actualmente por la «Ciudad de las Estrellas» ó la «Ciudad de las Mulas», — Astrabad ó Asterabad, — es un sitio histórico por excelencia, donde había de nacer una estación de caravanas y renacer inmediatamente después del pasaje destructor de un conquistador. Se trató, como es consiguiente, de fortificar la entrada de la escalera de los montes, y se vieron además al otro lado del Gurgen los restos de una muralla que, partiendo de las orillas del Caspio, se prolonga á lo lejos en el desierto y que los indígenas atribuyen al héroe legendario, Alejandro el de los dos Cuernos. La persistencia misma de ese nombre de Gurgen ó «de los Lobos» aplicado á un escaso curso de agua, con frecuencia casi agotado, prueba la importancia capital que tuvieron esos puntos estratégicos, porque el Gurgen no es sino el Hirkhan, cuyo nombre fué dado á toda la Hircania (Hyrkania), es decir, á las regiones que se extienden desde la India al Caspio ó «mar de Hircania».

Sin embargo, las puertas históricas abiertas á través de esta parte

del diafragma del Asia no tienen más que un valor secundario. Los pasos del Gurgen conducen á espacios desiertos ó muy poco poblados que, durante el período que nos es conocido, estuvieron casi siempre ocupados por bandidos. Los caminos laterales á derecha é izquierda son peligrosos ó á lo menos difíciles de recorrer: á derecha, es decir, hacia el Este, se perfilan las montañas del Cáucaso de los Turkmenios en varias aristas paralelas, que han de contornearse al Norte por una sucesión de etapas que coinciden con los oasis ó al menos con las tierras húmedas situadas á la extremidad septentrional de los valles. Semejante viaje era mucho más largo y peligroso que el recorrido de la ruta meridional que prolonga sobre la meseta de Irán la base de las aristas circundantes.

El punto de paso por excelencia entre las dos vertientes del diafragma asiático debía encontrarse, pues, en el sitio donde los dos ríos paralelos, llamados en el día el Murgh-ab y el Heri-rud, atraviesan de parte á parte las aristas del Paropamisus: allí hay valles fértiles que ocupan las dos vertientes, y pudieron nacer dos ciudades que después se contaron entre las más populosas de la Tierra, de una parte Herat, de la otra Merv; las travesías de arenas estériles son mucho más cortas que en las otras regiones limítrofes de la Irania, y hasta se puede, dirigiéndose al Noroeste, ganar el curso del Oxus y sus campiñas ribereñas por comarcas que riegan torrentes abundantes que descienden de las montañas próximas. En este punto todo el sistema del relieve asiático se halla escotado como por un extenso golfo en el que las poblaciones se han reunido en gran número y donde, de tiempo en tiempo, la presión de las emigraciones y de los conquistadores ha rechazado á los habitantes al otro lado de las montañas: allí se dibuja la gran curva de camino natural del Asia media.

El estudio del Mundo antiguo, en su conjunto relativamente al Irán, muestra de una manera evidente la importancia capital de esta ruta histórica de Persia como tronco común de las principales vías geográficas que vamos á enumerar.

El continente de Africa no tenía antiguamente relaciones con Asia sino por sus costas nord-orientales y por el país de los Hymiaritas á la entrada del mar Rojo: la influencia africana debía, pues, propagarse por

el istmo de Suez ó por el estrecho de Bab-el-Mandeb, hasta el Irán, pasando por la cuenca del Eufrates. Las comarcas mediterráneas, prolongando su eje hacia la isla de Chipre y el golfo de Alexandrette, apuntaban también hacia el alto Eufrates y las mesetas iránicas. El mar Negro, donde venían á parar las vías de toda Europa por el Don, el

N.° 56. Caminos de la meseta de Irania.



Caminos mayores — Caminos menores

1 : 20 000 000

0 100 500 1000 Kil.

D'neper, el D'nester y el Danubio, estaba bordeado de caminos cuya línea de convergencia alcanza el zócalo persa por la Transcaucasia y los pasos vecinos del Ararat. Por último, hay caminos que irradian desde Persia hacia todas las comarcas de Oriente: uno contorneando la base oriental de las grandes mesetas pamirianas para ganar la puerta de la Dzungaria y todas las demás por los desfiladeros y las faldas de las altas

del diafragma del Asia no tienen más que un valor secundario. Los pasos del Gurgen conducen á espacios desiertos ó muy poco poblados que, durante el período que nos es conocido, estuvieron casi siempre ocupados por bandidos. Los caminos laterales á derecha é izquierda son peligrosos ó á lo menos difíciles de recorrer: á derecha, es decir, hacia el Este, se perfilan las montañas del Cáucaso de los Turkmenios en varias aristas paralelas, que han de contornearse al Norte por una sucesión de etapas que coinciden con los oasis ó al menos con las tierras húmedas situadas á la extremidad septentrional de los valles. Semejante viaje era mucho más largo y peligroso que el recorrido de la ruta meridional que prolonga sobre la meseta de Irán la base de las aristas circundantes.

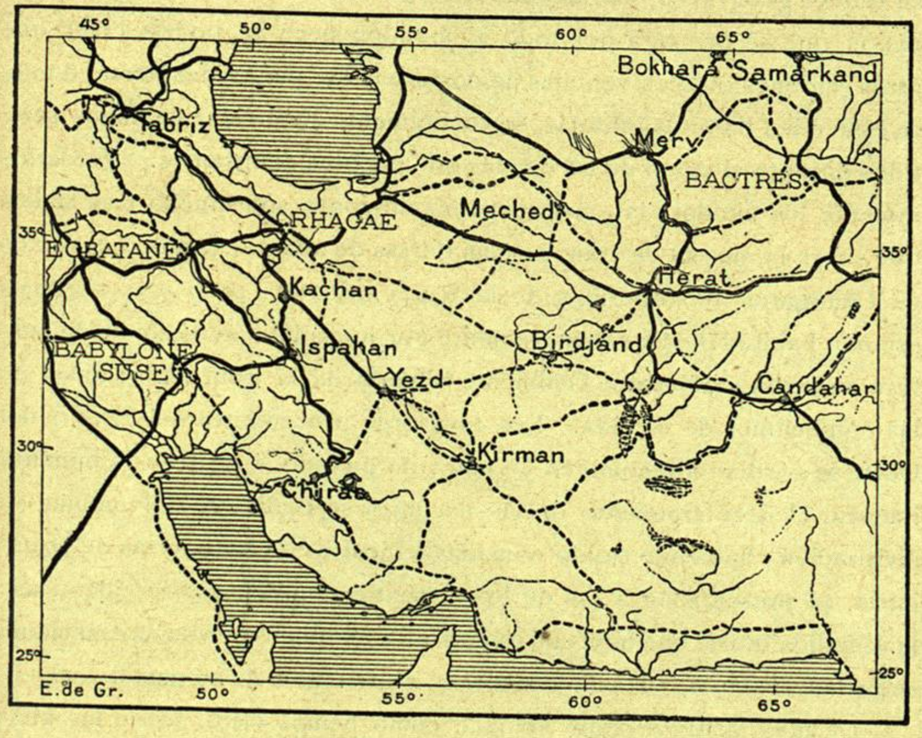
El punto de paso por excelencia entre las dos vertientes del diafragma asiático debía encontrarse, pues, en el sitio donde los dos ríos paralelos, llamados en el día el Murgh-ab y el Heri-rud, atraviesan de parte á parte las aristas del Paropamisus: allí hay valles fértiles que ocupan las dos vertientes, y pudieron nacer dos ciudades que después se contaron entre las más populosas de la Tierra, de una parte Herat, de la otra Merv; las travesías de arenas estériles son mucho más cortas que en las otras regiones limítrofes de la Irania, y hasta se puede, dirigiéndose al Noroeste, ganar el curso del Oxus y sus campiñas ribereñas por comarcas que riegan torrentes abundantes que descienden de las montañas próximas. En este punto todo el sistema del relieve asiático se halla escotado como por un extenso golfo en el que las poblaciones se han reunido en gran número y donde, de tiempo en tiempo, la presión de las emigraciones y de los conquistadores ha rechazado á los habitantes al otro lado de las montañas: allí se dibuja la gran curva de camino natural del Asia media.

El estudio del Mundo antiguo, en su conjunto relativamente al Irán, muestra de una manera evidente la importancia capital de esta ruta histórica de Persia como tronco común de las principales vías geográficas que vamos á enumerar.

El continente de Africa no tenía antiguamente relaciones con Asia sino por sus costas nord-orientales y por el país de los Hymiaritas á la entrada del mar Rojo: la influencia africana debía, pues, propagarse por

el istmo de Suez ó por el estrecho de Bab-el-Mandeb, hasta el Irán, pasando por la cuenca del Eufrates. Las comarcas mediterráneas, prolongando su eje hacia la isla de Chipre y el golfo de Alexandrette, apuntaban también hacia el alto Eufrates y las mesetas iránicas. El mar Negro, donde venían á parar las vías de toda Europa por el Don, el

N.º 56. Caminos de la meseta de Irania.



Caminos mayores — Caminos menores

1 : 20 000 000

0 100 500 1000 Kil.

D'neper, el D'nester y el Danubio, estaba bordeado de caminos cuya línea de convergencia alcanza el zócalo persa por la Transcaucasia y los pasos vecinos del Ararat. Por último, hay caminos que irradian desde Persia hacia todas las comarcas de Oriente: uno contorneando la base oriental de las grandes mesetas pamirianas para ganar la puerta de la Dzungaria y todas las demás por los desfiladeros y las faldas de las altas

tierras del Asia central: son los caminos por donde desde la más remota antigüedad se hizo el precioso tráfico del jade y de otras substancias de gran valor y escaso volumen con el Extremo Oriente. Y toda esa inmensa ramificación de las vías históricas, desarrollándose de Este á Oeste á través del mundo, tenía un pasaje común siguiendo como un hilo conductor la vertiente meridional de los montes del Caspio, sobre el zócalo iránico.

Como se ve, las tierras de la meseta persa, por el hecho mismo de su relieve geográfico, han llegado á ser un camino necesario de la civilización que se propaga por todo el mundo; pero se podría creer que otras regiones ofrecen ventajas análogas en los países del Norte, donde se extienden llanuras infinitas, frecuentemente recorridas en todos sentidos durante el curso de las edades por pueblos emigrantes. Verdaderamente los éxodos, las magníficas excursiones son mucho más fáciles que sobre la meseta de Irán, por las tierras de abajo, estepas ó desiertos de Dzungaria, de Siberia y de la Rusia oriental; pero esas regiones estaban habitadas casi exclusivamente por nómadas cuyo estado de cultura no podía modificarse fácilmente á causa de la gran uniformidad de las condiciones de la vida. Los invasores procedentes del Este ó del Oeste se perdían allí como en un mar; de un lado á otro de la inmensa llanura, el desplazamiento de las naciones se realizaba sin cambiar su civilización; habiendo salido nómadas é incultos de las puertas de Dzungaria, se presentaban á las de los Carpatos con costumbres idénticas: la sacudida moral que había de operar una revolución en su existencia no se producía sino á miles de kilómetros de distancia de su país de origen.

De muy distinto modo ocurría, como hemos visto, sobre las altas tierras del Irán, gracias al contraste que presenta este país con todas las regiones circunvecinas. Tanto si los emigrantes venían de las llanuras de la Mesopotamia, como si procedían de los valles caucásicos, de los arenales del Turkestán ó de la cuenca del Indus, se encontraban por ello mismo transportados á un medio completamente nuevo, y el camino que les estaba trazado de antemano les ofrecía la ocasión de aprender y aun de transformarse bajo la influencia de una civilización diferente de la suya. Se puede comparar la vía septentrional de Persia, entre Meched y Hamadan, á una especie de laminador en el que las poblaciones han sometido sus ideas y sus costumbres, como metales dúctiles, á una nueva elaboración, de modo que habiendo entrado bárbaros en el país,

salían iniciados en un grado superior de civilización. ¡De ahí la importancia capital de Persia en el conjunto de la historia humana! No sin razón todos los pueblos occidentales y orientales, europeos, americanos,

N.° 57. Pais de los Turkmenios.



hindus y chinos consideran las comarcas del Irán como un país de antepasados: las leyendas que muestran los primeros hombres descendiendo de aquellos montes tienen un fondo de verdad.

Al Norte del diafragma que une el Elburz al Pamir, cuyos eslabones intermediarios llevan nombres diferentes: Cáucaso iránico, umbral de

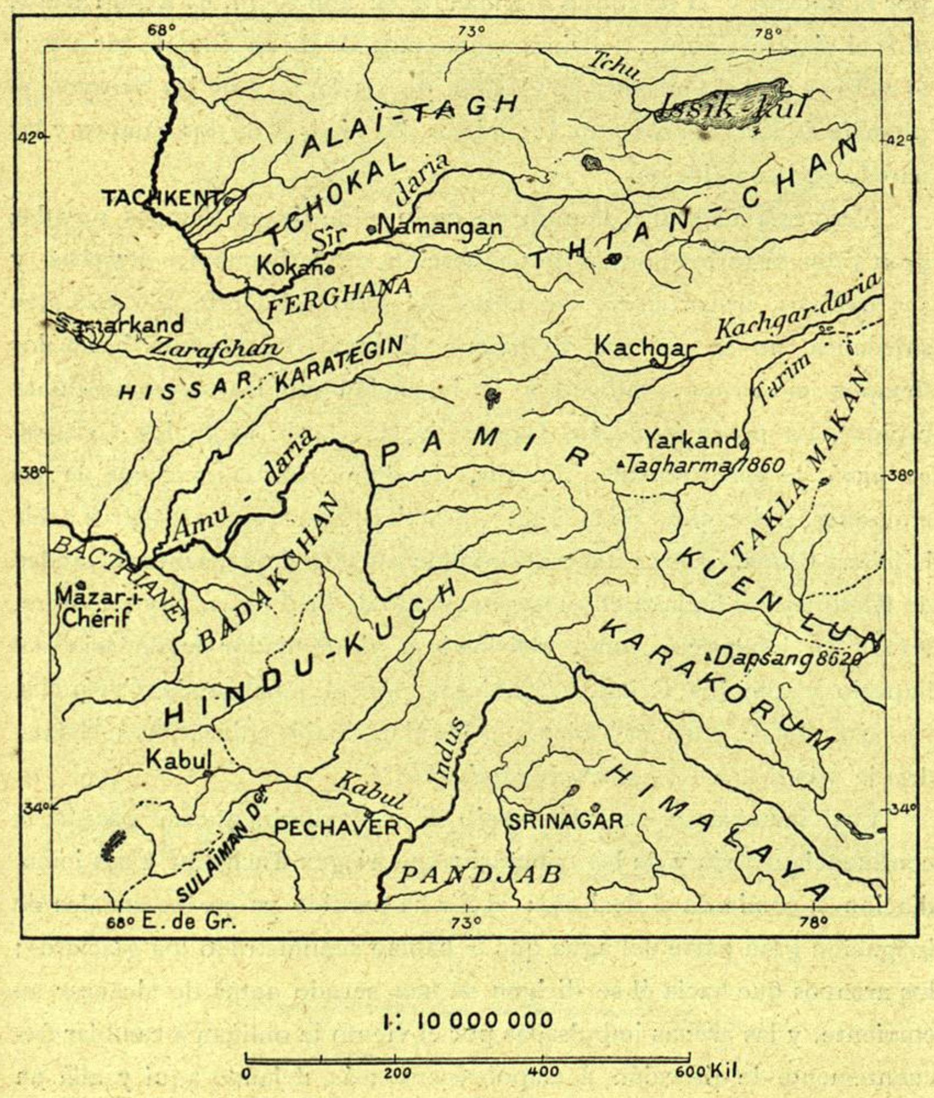
los Turkmenios, montañas del Khorassan, Paropamisus é Hindu-Kuch, las cuencas fluviales que forman los hielos y las aguas descendidas de la vertiente occidental de los enormes macizos, mesetas y montañas del Thian-Chañ y de los Pamir, constituyen las comarcas más avanzadas hacia el Este que por esa parte del mundo hayan recibido poblaciones civilizadas. Hasta en la época en que el agua era allí más abundante, podría decirse que esos territorios quedaban «imperfectos» en comparación de la Mesopotamia; hasta cierto punto eran esbozos incompletos de la Naturaleza, puesto que había montañas y desiertos que les privaban de sus relaciones normales con el resto del Mundo Antiguo. Limitadas al Norte, al Nordeste y al Oeste por las regiones arenosas ó arcillosas de recorrido difícil, esas comarcas se unen, sin embargo, á las campiñas del Sud por los valles herbosos de los montes intermedios, pudiendo considerarse como ganglios que se suceden sobre un filete nervioso que se desarrolla en sinuosidades en la base de las mesetas, atravesando el diafragma montañoso del Asia para pasar unas llanuras siberianas en la depresión de la Persia septentrional y descender al Oeste hacia la cuenca común del Tigris y del Eufrates. Es cierto que las tierras que riegan el Sir y el Amu no son un centro de convergencia para las vías históricas como lo es Babilonia, por ejemplo, adonde van á parar las vías de Arabia y de Africa, de Fenicia y del Asia Menor, de los países del Mediterráneo y del mar Negro, del Cáucaso y de todas las comarcas de la lejana Hircania, del Irán y de la India; pero no obstante, se reconocen allí lazos y ramificaciones secundarias, que tienen grandísima importancia en la economía general del mundo, puesto que esos valles están atravesados por caminos de comercio que ponen el Oriente en comunicación con el Occidente.

Una primera cuenca fluvial muy septentrional, la de Tchu, contiene la plenitud del Issik-kul, ó «lago Caliente», que apenas merece ser mencionado como sitio de residencia, no siendo, por decirlo así, sino una indicación geográfica, un punto de espera; sus aguas son bebidas por las arenas, y el desierto penetra allí, no dejando á los agricultores, es decir, á los civilizados, más que un espacio demasiado estrecho.

La zona de población no comienza hasta el Iaxartes de los Griegos, el Silis de los antiguos Scitas, conocido en nuestros días bajo el nombre de Sir ó Sir-daria. Este primer río es menos rico que su rival del Sud en

relaciones naturales con el resto del continente. Nacido en el corazón mismo del Thian-chañ, recorre por sus afluentes superiores pequeños valles nevados y desfiladeros salvajes: la comarca pertenece á un clima

N.º 58. Montañas y territorios del Asia central.



demasiado riguroso para que la población no sea muy diseminada y pueda tener otra industria que el cuidado de los rebaños. La agricultura, condición primera de la civilización, sólo es posible en la llanura de Ferghana, antiguo lago de aluviones horizontales, perfectamente regado por las

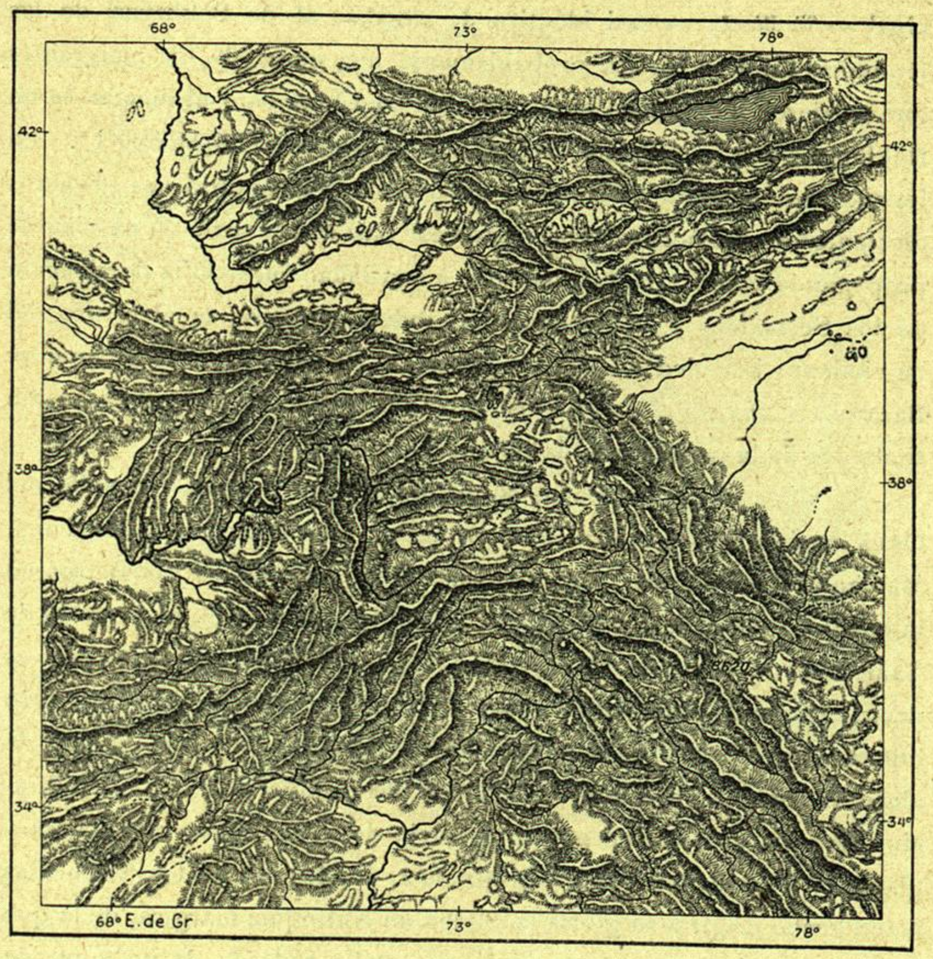
abundantes aguas del Sir y de sus numerosos afluentes. Esa cuenca es otra Lombardía por la belleza y variedad de sus cultivos, por la magnificencia de sus horizontes de montañas que limitan los cultivos al Norte y al Sud, como otros Alpes y otros Apeninos; el país, uno de los más hermosos del Mundo, famoso en las comarcas de la civilización iránica por la dulzura y la tranquila claridad de su atmósfera, es «todo azul», dice el viajero Ujfalvy, deliciosamente matizado de un tinte de turquesa: el cielo es azul, lo mismo que el agua de los lagos y de los arroyos, el plumaje de los cuervos y de los mirlos, las piedras de los campos y las paredes de los edificios.

Pero esta magnífica llanura no pudo adquirir en tiempos pasados gran valor histórico por ser de proporciones relativamente estrechas, y sus cultivos, bruscamente detenidos del lado del Oeste por extensas soledades, no se unieron fácilmente al resto del Mundo hasta los tiempos modernos, merced á la invención de las comunicaciones rápidas. La potencia de los Iranios, y más tarde la de los Griegos, no pasó de ese alto valle del Sir, de donde partía á través de las montañas, «el camino de la Seda», practicado por los mercaderes hacia la lejana China. Cerca del punto donde se eleva actualmente la ciudad de Khodjend se hallaba el puesto avanzado de los Persas, cuyo nombre, Kyra, se interpretó como refiriéndose al fundador legendario del imperio y que los Griegos tradujeron por el nombre de Cyrópolis. No lejos de allí, pero más adelante, los Macedonios edificaron «Alejandría la más lejana» — *Alexandria é eskhaté*.

Casi inmediatamente más abajo de este punto, apenas pasado la confluencia del río y de los tributarios que riegan Tachkent y sus inmediaciones, comienza el desierto: el Sir ha perdido ya en los canales de irrigación gran parte del agua que le habían suministrado los glaciares; los arroyos que hacia él se dirigen se han secado antes de alcanzar su corriente, y las arenas impulsadas por el viento le obligan á cambiar frecuentemente de dirección, á empobrecerse más, dejando aquí y allá en las llanuras charcos pantanosos. Al otro lado, el río, que serpentea al Noroeste hasta el mar de Aral, no podría regar á derecha é izquierda más que una estrecha cinta de verdura, zona insuficiente para que en ella establecieran poblaciones agrícolas un muro viviente, impenetrable á los bandidos turkmenios de la estepa: así es como la bella Lombardía

asiática ha estado privada de toda relación directa con las comarcas de ultra-Caspio y la civilización se ha visto atrofiada sobre el terreno por falta de cambios intelectuales.

N.° 59. Relieve del Asia central.



1 : 10000000

0 100 200 400 600 Kil.

La cuenca del Oxus ó Amu-daria, situada bajo un clima más meridional y más generoso, á quinientos ó seiscientos kilómetros más cerca del ecuador, mucho más rica en aguas vivas y teniendo á su disposición comunicaciones naturales más directas con la India y el Irán por las gargantas del Paropamisus, tuvo, por consecuencia, una historia más activa,

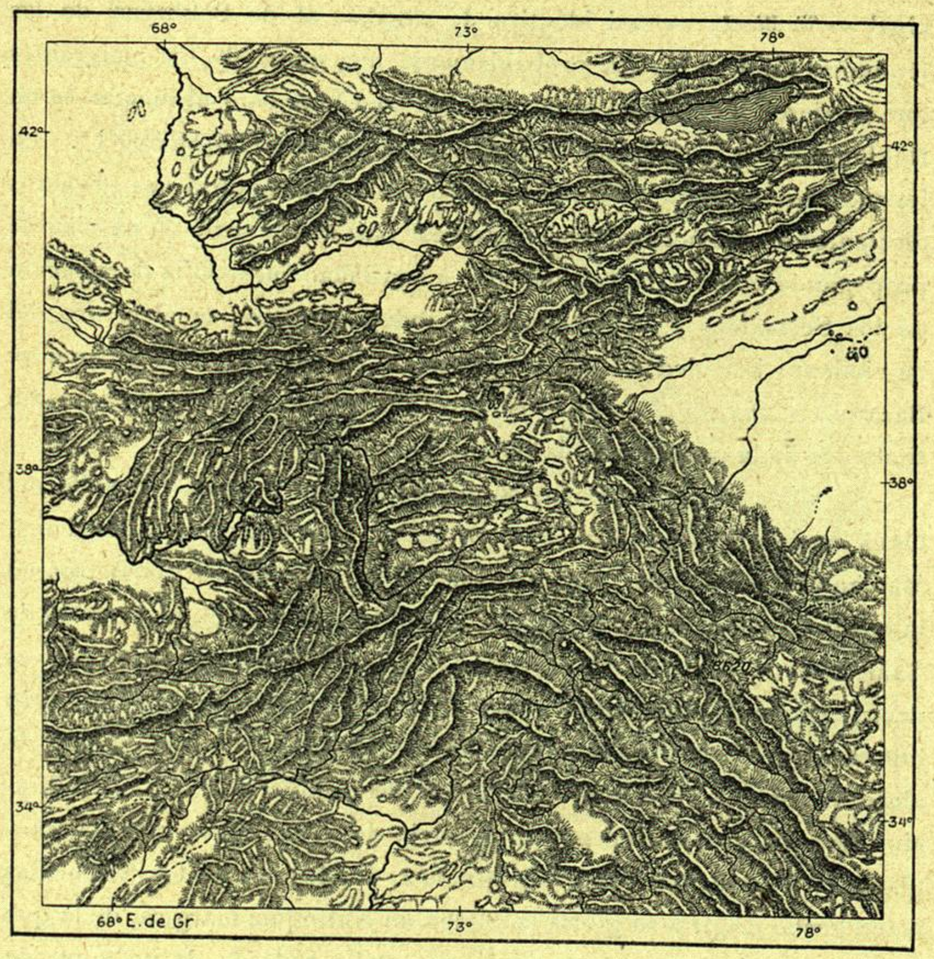
abundantes aguas del Sir y de sus numerosos afluentes. Esa cuenca es otra Lombardía por la belleza y variedad de sus cultivos, por la magnificencia de sus horizontes de montañas que limitan los cultivos al Norte y al Sud, como otros Alpes y otros Apeninos; el país, uno de los más hermosos del Mundo, famoso en las comarcas de la civilización iránica por la dulzura y la tranquila claridad de su atmósfera, es «todo azul», dice el viajero Ujfalvy, deliciosamente matizado de un tinte de turquesa: el cielo es azul, lo mismo que el agua de los lagos y de los arroyos, el plumaje de los cuervos y de los mirlos, las piedras de los campos y las paredes de los edificios.

Pero esta magnífica llanura no pudo adquirir en tiempos pasados gran valor histórico por ser de proporciones relativamente estrechas, y sus cultivos, bruscamente detenidos del lado del Oeste por extensas soledades, no se unieron fácilmente al resto del Mundo hasta los tiempos modernos, merced á la invención de las comunicaciones rápidas. La potencia de los Iranios, y más tarde la de los Griegos, no pasó de ese alto valle del Sir, de donde partía á través de las montañas, «el camino de la Seda», practicado por los mercaderes hacia la lejana China. Cerca del punto donde se eleva actualmente la ciudad de Khodjend se hallaba el puesto avanzado de los Persas, cuyo nombre, Kyra, se interpretó como refiriéndose al fundador legendario del imperio y que los Griegos tradujeron por el nombre de Cyrópolis. No lejos de allí, pero más adelante, los Macedonios edificaron «Alejandría la más lejana» — *Alexandria é eskhaté*.

Casi inmediatamente más abajo de este punto, apenas pasado la confluencia del río y de los tributarios que riegan Tachkent y sus inmediaciones, comienza el desierto: el Sir ha perdido ya en los canales de irrigación gran parte del agua que le habían suministrado los glaciares; los arroyos que hacia él se dirigen se han secado antes de alcanzar su corriente, y las arenas impulsadas por el viento le obligan á cambiar frecuentemente de dirección, á empobrecerse más, dejando aquí y allá en las llanuras charcos pantanosos. Al otro lado, el río, que serpentea al Noroeste hasta el mar de Aral, no podría regar á derecha é izquierda más que una estrecha cinta de verdura, zona insuficiente para que en ella establecieran poblaciones agrícolas un muro viviente, impenetrable á los bandidos turkmenios de la estepa: así es como la bella Lombardía

asiática ha estado privada de toda relación directa con las comarcas de ultra-Caspio y la civilización se ha visto atrofiada sobre el terreno por falta de cambios intelectuales.

N.° 59. Relieve del Asia central.



1 : 10000000

0 100 200 400 600 Kil.

La cuenca del Oxus ó Amu-daria, situada bajo un clima más meridional y más generoso, á quinientos ó seiscientos kilómetros más cerca del ecuador, mucho más rica en aguas vivas y teniendo á su disposición comunicaciones naturales más directas con la India y el Irán por las gargantas del Paropamisus, tuvo, por consecuencia, una historia más activa,

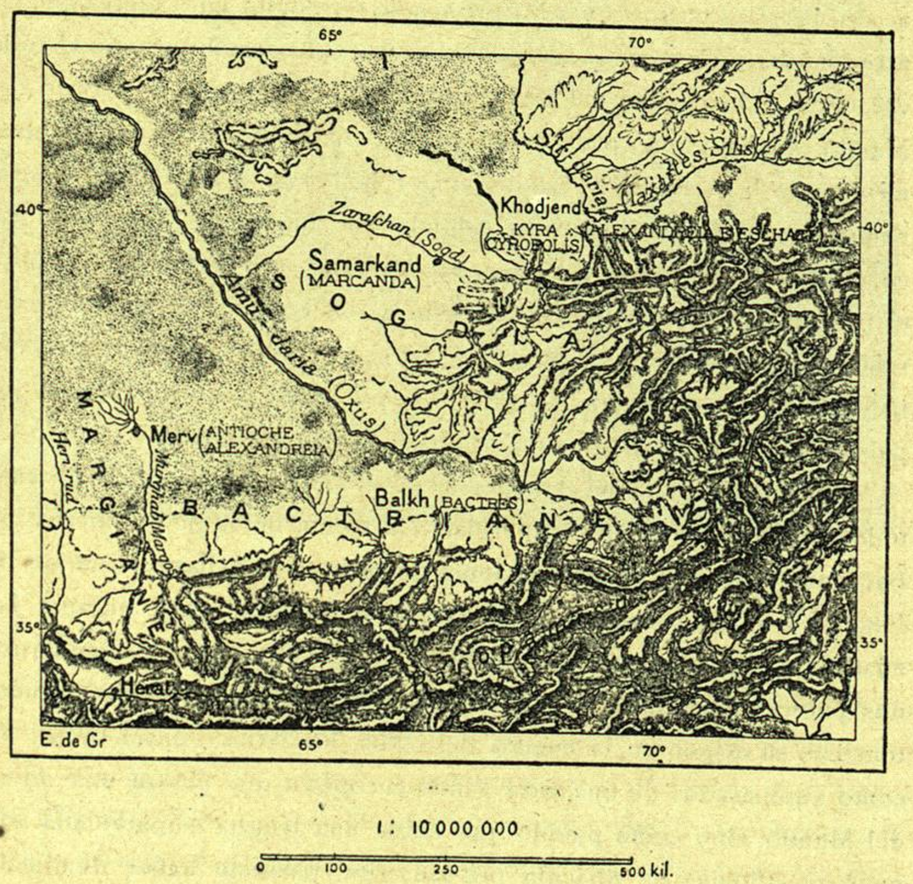
una vida más intensa que el país de Ferghana. Decenas de millones de hombres podrían vivir cómodamente en esa amplia cuenca perfectamente regada en toda su extensión, y, según las leyendas y las tradiciones, la población fué en extremo densa en esta región. La parte más rica de este territorio constituía la famosa Bactriana, cuya ciudad principal — Τὰ Βάκτρα, — casi idéntica de nombre al de Bakhtyari de las montañas iránicas, indica probablemente una etapa de los emigrantes que partieron de ese país para colonizar la China bajo el mando de un Nakhonta, que se cree fué después el emperador Chi-Hoangti [1]. La leyenda nos muestra al fabuloso Zoroastro predicando á sus primeros discípulos en la Bactriana; más tarde ese país se convirtió en un foco de propaganda búdica, para convertirse á continuación, bajo la dominación de los Seleucidas y de sus sucesores independientes, en el centro del movimiento helénico en el Asia central. En el *Vendidâd*, el nombre Bactres, *Bâkhdi*, «el país de los Altos Estandartes», es una expresión simbólica de la realeza y de la potencia guerrera [2].

Al norte de la Bactriana, sobre la vertiente opuesta del valle del Oxus, nacieron otras ciudades importantes: tales como, en la Sogdiana, Marcanda (Samarkand), á la que rodeaba un muro de 13 kilómetros en la época de Alejandro y que había de ser un día la suntuosa capital de Tamerlan; al oeste de la Bactriana y de la Sogdiana, la Margiana, es decir, el fecundo valle del Margos ó Murghab, y la Kharezmia, por otro nombre los «Países Bajos», que forma el delta del Oxus, habían de alcanzar también gran importancia por sus productos y por su civilización, gracias á su extremada abundancia de agua; sobre todo la Margiana, la «tierra más fértil del Mundo», donde uno de los Seleucidas había hecho erigir á su gloria la ciudad de Antioquía márgica, de la que se dice que, incluyendo sus jardines, estaba rodeada de un muro de 275 kilómetros en circunferencia, ciudad que adquirió considerable valor en la economía del antiguo Irán, por el hecho de su posición en la escotadura del Paropamisus, en un sitio que es á la vez un punto de cita para el comercio y para los pueblos en marcha. El río que riega los cultivos de esta Antioquía antigua, el Merv moderno, proviene de una brecha baja de los montes, y, más al Oeste, otro río paralelo al primero

[1] Terrien de la Couperie, *Oriental and Babylonian Record*.
[2] Fr. Lenormant, *Les Origines de l'Histoire*, t. II, p. 509.

atraviesa completamente la cadena, abriendo así como una gran puerta, donde los Macedonios no podían menos de edificar una Alejandría, ciudad militar que es hace mucho tiempo famosa bajo el nombre de Herat y que se designa frecuentemente como la «llave de la India».

N.º 60. Irania exterior.



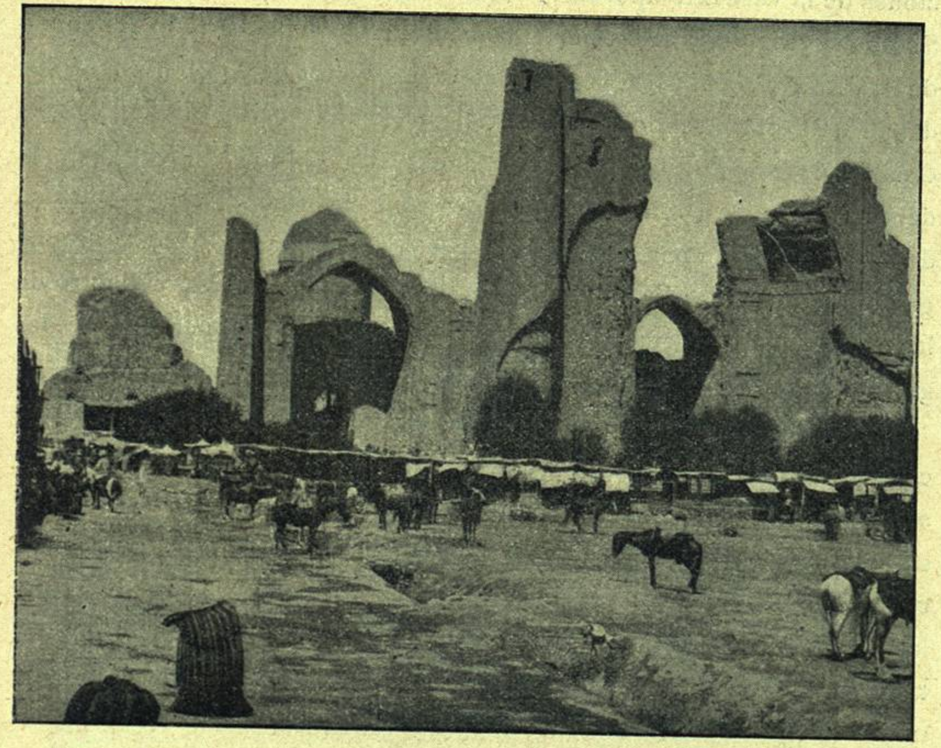
El antiguo nombre Alexandreia unido á Merv debería hallarse en aposicióg á Herat.

Y sin embargo, esas regiones que tuvieron su período de gran prosperidad se han convertido en soledades en casi toda su extensión. Verdaderamente «la guerra ha pasado por allí»; pero la comarca hubiera podido florecer nuevamente como tantas otras regiones devastadas, si las comarcas del alto Iaxartes, del alto Oxus, del Sogd y del Margos no hubieran estado, por decirlo así, «en el aire», aventuradas

en medio de nómadas, enemigos hereditarios de la agricultura, entre montañas y mesetas difíciles de franquear y soledades más terribles aún, puesto que interrumpen toda comunicación con otros países civilizados. Del lado de Oriente, la Bactriana, dominada por las escarpas de los Pamir, no puede comunicar durante algunos meses del año con las vertientes de la Kachgaria más que por gargantas nevadas, solamente accesibles á los pastores y á los grupos de intrépidos mercaderes que les acompañan. Al Oeste y al Sud, la única vía natural que une el valle del Oxus y los países del Irán exterior al Irán interior y al resto del Mundo es la ruta que, pasando al sud del diafragma asiático ó Paropamisus, une la Armenia y Babilonia por la Persia y la Media. Podría compararse esta vía á un hilo delgado que uniera la Bactriana á las costas del Mediterráneo y á Europa. Mientras este hilo era respetado, el Irán exterior y los países del Oxus y del Iaxartes se mantenían en relaciones de cultura y de progreso con el mundo occidental; pero cortado el hilo por hechos de guerra ó por otros acontecimientos, los países exteriores recaían en un estado de barbarie relativa.

En efecto, resulta del estudio comparado de los pueblos que, durante todos los períodos de su prosperidad ó al menos de su poder político, la Bactriana estuvo en libres relaciones de comercio, ó hasta en unión de Estado, con las comarcas de la vertiente opuesta. Así, durante las edades de la proto-historia, cuando la fe y el culto que á los modernos nos parecen constituir la religión aria por excelencia, el mazdeismo, tomaban su origen en la cuenca del Oxus, los Arias, considerados, no como antepasados de una raza «indo-europea» que abraza una mitad del Mundo, sino como pueblo que habla una lengua emparentada con nuestros idiomas de filiación pre-sanscrita, parecían haber dominado sobre las altas tierras del Asia, desde las pendientes del Thian-chañ y de los Pamir hasta las del Azerbeidjan. «El corazón del Irán original era Balkh», dice Gobineau [1]. Después de este período, durante el cual Bactres ejerció quizá cierta hegemonía sobre las poblaciones de la misma raza que habitaban el reverso meridional de los montes, les quedó mucho tiempo asociada en la fortuna y en la adversidad, puesto que cayó sucesivamente bajo la dominación de los Medas, de los Persas, de

[1] *Histoire des Perses*, t. I, p. 11.



VISTA DE SAMARKANDA

De una fotografía.

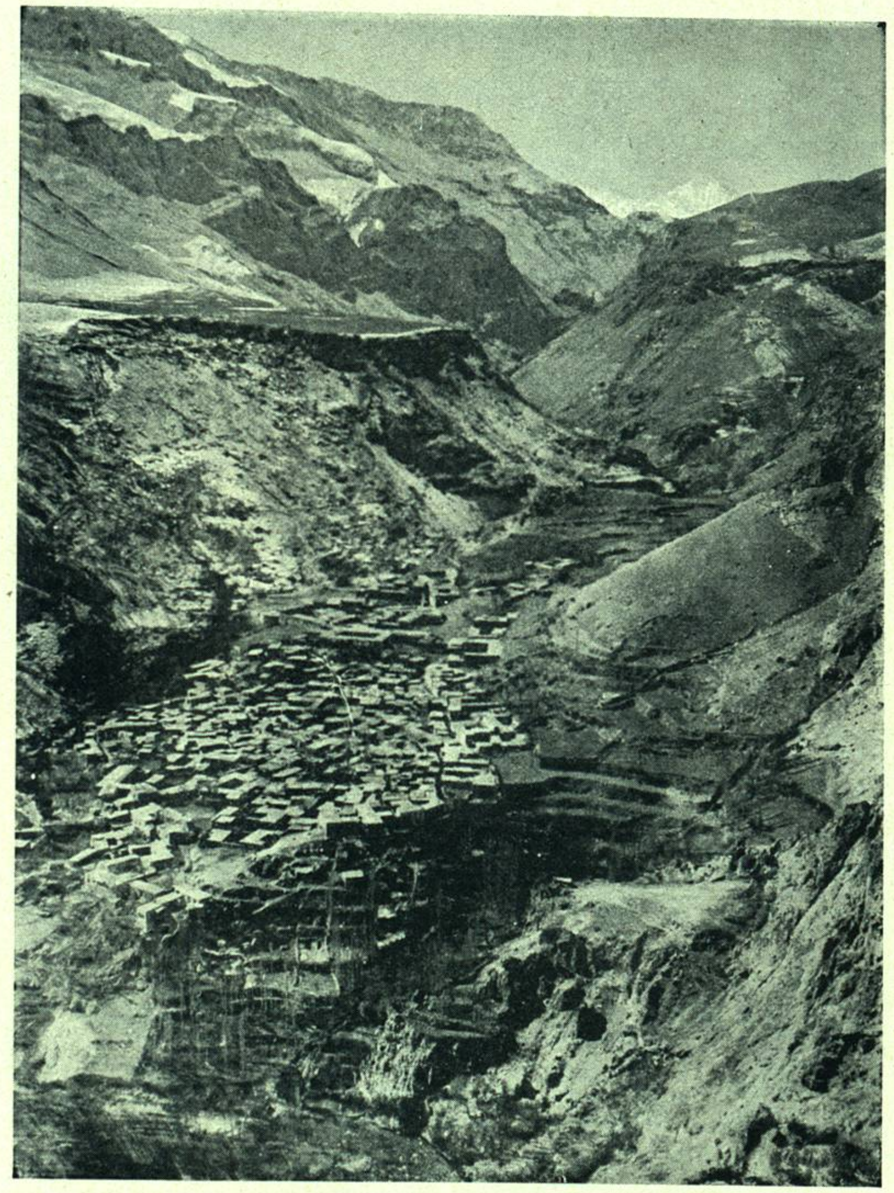
los Macedonios y de los Griegos seleucidas. Después, cuando la fuerza inicial que tenía su punto de apoyo en las riberas del Mediterráneo se hubo casi enteramente gastado, y que los sucesores directos de Alejandro hubieron de abandonar las provincias orientales de su imperio, el Estado griego independiente que se constituyó en la Bactriana continuó estando en relaciones con los Partos del Sud y hasta con los habitantes de la India: uno de los monarcas de la comarca, Demetrio, que vivía hace unos veintiún siglos, fué conocido bajo el título de «rey de los Indios».

Además, la fuerza de impulsión dada á la Bactriana por las poblaciones civilizadas venidas de Occidente había hecho de este país un lugar de etapa entre el Mediterráneo y el río Amarillo. En la época en que la Bactriana helenizada se había convertido en el centro de la cultura en el Asia central, los Chinos, que habían recibido sus ciencias y sus artes de emigrantes venidos anteriormente del mismo país, se hallaban en comunicaciones frecuentes á través del continente con las pobla-

ciones de la vertiente opuesta [1]. Las dos provincias de Bactriana y de Sogdiana eran designadas por ellos con el nombre de Grande Yavania ó de «Gran Grecia», semejante al que los Romanos de los mismos siglos daban á la parte meridional de Italia. Hasta ocurrió, durante cierto espacio de tiempo, que esa cuenca del alto Oxus, conocida por la denominación de Tchin ó Samokien — es decir, Samarkand, — fué una dependencia del Imperio del Medio. Á la sazón era un foco de propaganda búdica, como lo había sido, más de mil años antes, el centro de las misiones mazdeistas, y como ella vino á ser después una de las grandes escuelas del mahometismo.

El aislamiento que se hizo en la Bactriana entre los tiempos helénicos y los siglos del Islam, proviene, no tanto de la Naturaleza, que, no obstante, había levantado la muralla del Paropamisus, como de las invasiones étnicas vomitadas por las regiones septentrionales. Ampliamente abiertas por el lado del Norte y del Noroeste por las estepas de los nómadas, las campiñas del Iaxartes y del Oxus debían considerarse tanto más amenazadas cuanto mejor estuvieran cultivadas y más cubiertas de ciudades ricas. Las hordas de bandidos, acechando en las inmediaciones de las colonias avanzadas y en los desfiladeros de las montañas, aprovechaban la primera ocasión para lanzarse sobre las colonias, que les entregaba, sea la guerra intestina, sea la traición de un ambicioso, sea cualquier otro acontecimiento. Cuanto más se repetían las incursiones y más cambiaba la proporción de las razas, los invasores tomaban en muchos puntos el lugar de los antiguos residentes, quienes eran exterminados ó rechazados hacia los altos valles. Al fin, el elemento ario, demasiado debilitado para resistir, se halló roto en muchos sitios, á lo largo de las pendientes del Hindu-Kuch, ó no pudo conservarse en ciertas ciudades más que tolerado, servil, frecuentemente á condición de abandonar su lengua y sus dioses. Así Turcos y Mongoles, conocidos bajo diversos nombres: Turkmenios ó Turcomanos, Kirghiz, Kara-Kalpak, Kaizak, Burut, Uzbeg, ocupan la mayor parte de la doble cuenca del Iaxartes y del Oxus, mezclados á los Sartos, es decir, á las gentes de raza cruzada, entre los cuales se halla el elemento ario todavía representado. Los únicos parientes cercanos de los Iranios de la meseta

[1] Terrien de la Couperie, *Oriental and Babylonian Record.*



LA ALDEA DEL ASK Y EL VALLE DEL LAR

Tipo de aldea persa de las montañas. Vista tomada desde la meseta de Rehne.

Según una fotografía de J. Morgan (Misión arqueológica en Persia).

meridional son los Tadjik, es decir, los «Coronados» de las ciudades de la Bactriana oriental, en la proximidad de los montes, y todavía su tipo es bastante impuro y su lenguaje muy mezclado de palabras y de giros turcos y mongoles. Á la llegada de los Rusos á la Turkmenia, ya no había grupo estrictamente ario más que en los pequeños valles de las altas montañas, sobre la vertiente occidental de los Pamir, en el Karategin, el Darvaz y el Badakchan.

Los pueblos nómadas venidos de las regiones septentrionales, por sus invasiones en las tierras arias de los dos ríos aralo-cáspicos, habían contribuído doblemente á transformar la naturaleza de la comarca respecto del suelo y del clima, primero por la devastación brutal, la destrucción de los jardines, arboledas y bosques; después por el cambio de régimen, por la sustitución de las costumbres pastorales á las agrícolas. Cegaron los canales, ó cuando no los dejaron obstruirse; en vez de regular el curso de los ríos, contribuyeron, por el pataleo de los ganados en las orillas, á la formación de una continuidad de pantanos y de regueros irregulares, y de ese modo ensancharon le estepa ayudados por las variaciones del clima, dando un sentido geográfico más preciso á ese nombre de «Turán», que, desde la antigüedad más remota, se quiere oponer al de Irán. Entre las dos regiones que separa la cadena del diafragma asiático, al este del Caspio, en todas partes se sostiene la oposición de la llanura y de la meseta, y, en mayor extensión, la de los pueblos sedentarios y pacíficos de las hordas nómadas y guerreras.

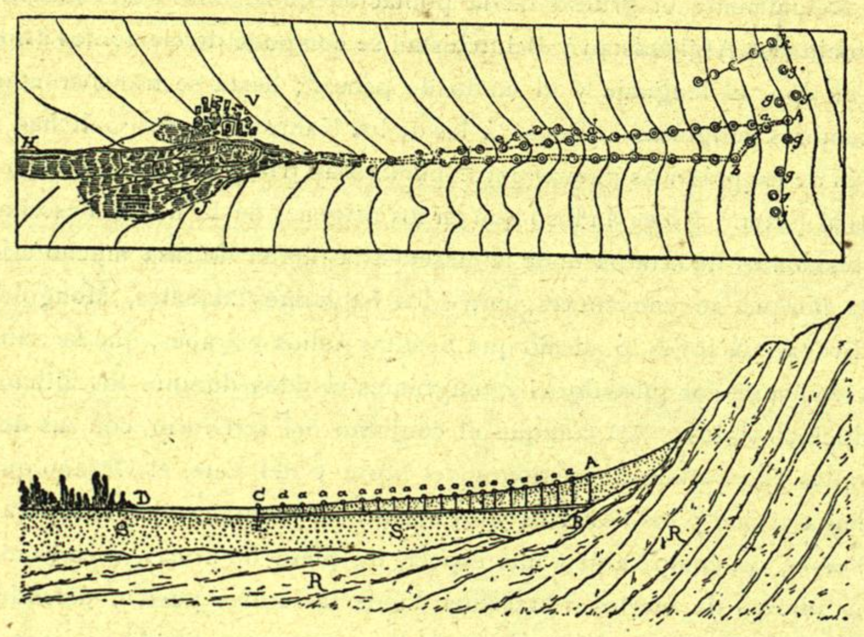
La meseta del Irán, que las diversas cadenas y macizos del Cáucaso índico y de sus prolongaciones occidentales separan de la Bactriana, de la Margiana, de las soledades del Turán y del Caspio ó mar de Hircania, se descompone en dos grandes regiones naturales: al Oeste, la Irania propiamente dicha; al Este, las diversas comarcas que en otro tiempo se denominaron Aracosia, Drangiana, Gedrosia, y que actualmente se designan con los nombres de Afghanistan y Balutchistan. La región oriental, cuyos valles se entrecruzan con los de la Bactriana, tiene casi la misma extensión que la del Occidente, pero difiere de ella por la naturaleza del suelo, que presenta en su conjunto una variedad de relieve mucho más considerable, una estructura más compleja, y por consiguiente, más favorable á la conservación de las diversidades étnicas.

Estas dos mitades de la meseta iránica presentan cierta analogía de rasgos: una y otra están rodeadas de montañas limítrofes, con numerosos macizos, con murallas divergentes ó paralelas; ambas están excavadas hacia el medio en una cavidad adonde se dirigen ó se dirigían las aguas de la vertiente interior antes de la desecación parcial de la comarca. Existe, no obstante, un contraste en la orientación de las pendientes: en tanto que la inclinación general de la meseta occidental está en el sentido de Noroeste á Sudeste, la de la región oriental lo está de Noreste á Sudoeste.

Los recintos de las montañas y la disposición geográfica de sus pendientes, inclinándose extensamente hacia un recipiente central, debían determinar una semejanza correspondiente en la vida de las poblaciones residentes. Algunas de ellas se encontraban completamente encerradas, y las que por la naturaleza tenían libres comunicaciones con el exterior eran arrastradas en gran parte por la inclinación del suelo y la dirección de las aguas hacia el interior del país: la formación de tribus distintas, de nacionalidades de límites étnicos precisos, fué favorecida de ese modo; países de contornos bien determinados son la condición primera del patriotismo primitivo.

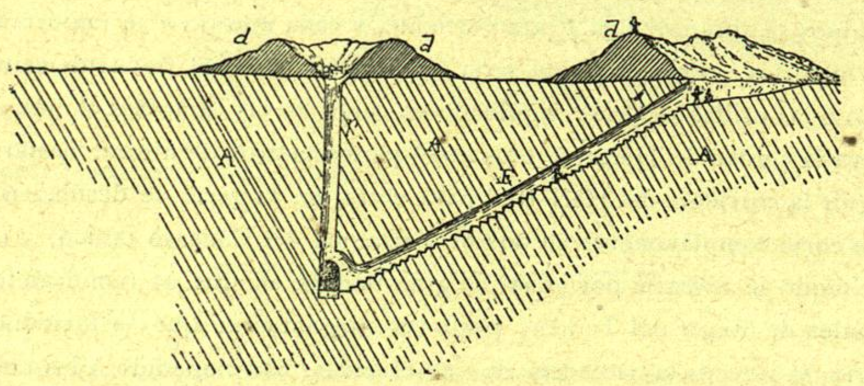
La escasez de las lluvias y de las aguas corrientes ha hecho á los habitantes de la comarca en extremo industriosos para la busca y conservación de aguas subterráneas. En ninguna región de la Irania se es más hábil para la adivinación de manantiales profundos y para la construcción de *karez*, esos canales llamados *kanât* en la Persia propiamente dicha, que se continúan á lo largo de las pendientes á algunos metros bajo el suelo, con el declive hecho perfectamente para facilitar el curso del agua sin que una excesiva velocidad de la corriente produzca erosiones. Ciudades y villas se alinean á lo largo de esas vivificantes arterias. Ciertos karez han sido abiertos formando galería en la roca viva; otros pasan en sifón bajo torrenteras: uno de esos canales, en el valle del Bori, del Belutchistan actual, ha sido cavado bajo el lecho de un torrente de 90 metros de ancho, por donde baja la corriente después de las lluvias en una sábana de metro y medio de profundidad y con una velocidad de 9 kilómetros por hora [1].

[1] A. C. Yate, *Loralai*, «Scottish Geographical Magazine». Julio 1897, p. 360.



CANALES DE RIEGO (PLANO Y CORTE)

A, *a*, *b*, *d*, *e*, *f*, *g*, *k*. Pozos.
C, E. Orificio del canal.
D, J, H. Suelo regado.
B, R, S. Roca y buen suelo.



ESCALERA SUBTERRÁNEA AL PASO DE UN CAMINO

d. Tierras amontonadas por los trabajos de excavación.
p. Pozos.
E. Escalera.

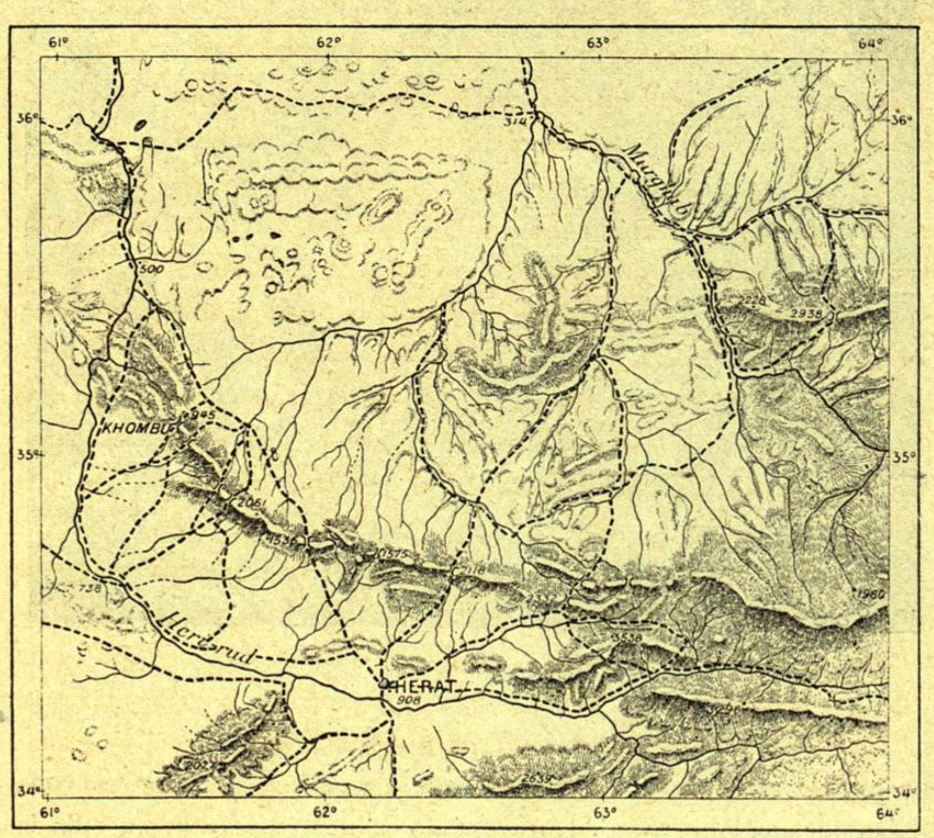
Según un trazado hecho en Azerbeidjan por J. de Morgan (Misión arqueológica en Persia).

Actualmente el grueso de la población que habita las comarcas denominadas Afghanistan y Balutchistan se compone de elementos arios por el tipo, el lenguaje y el modo de pensar; hasta se transparentan costumbres religiosas análogas á las de los Kafires y de los Galtchas á través de las prácticas nuevas entre numerosas tribus afghanes convertidas al Islam. No es dudoso que en los orígenes de la historia escrita, los residentes de esta parte de la meseta aria fueran de raza mucho más pura porque se encuentran, entre los habitantes actuales, Mongoles de diversas naciones lo mismo que Semitas judíos y árabes, que se sabe descienden de conquistadores y emigrantes venidos durante los últimos veinticinco siglos. Así, aunque el conjunto del territorio, con sus dos murallas guarnecidas de bastiones del Norte y del Este, el Océano que le limita al Sud y los desiertos y los resaltos de montañas que le separan de Persia, sea comparable á una especie de plaza de armas, encerrando gran número de fuertes destacados donde las tribus pueden defender mucho tiempo su independencia, existen, no obstante, brechas anchas y profundas que dejan penetrar sobre la meseta á los que se van presentando.

La más importante de estas aberturas es la que comunica el ángulo noroccidental del Afghanistan actual, es decir, el valle del Heri-Rud, con las llanuras situadas al norte del Paropamisus, en cuya región varios caminos se abren de una á otra vertiente, y cada uno tuvo su importancia histórica. Primeramente sería fácil seguir el cauce frecuentemente seco ó las orillas del río: siguiendo su curso en las campiñas donde se eleva la ciudad de Herat, á unos novecientos metros de altura, bastaría seguir la corriente del Heri-Rud para entrar en la serie de desfiladeros que corta completamente en dos el diafragma del Cáucaso índico, y de ese modo se acabaría por ganar la gran llanura en que se ramifican los canales de riego del Tedjen; pero las gargantas en que se introduce el río, y á veces la violencia de sus crecidas, han impedido á los emigrantes y mercaderes seguir este camino y prefieren siempre franquear más al Este una de las brechas que se abren á través de la prolongación del Paropamisus. Otra vía, que une por la línea más recta las dos cuencas de Merv y de Herat, se eleva á 1536 metros, escasa altura en comparación de todas las que se suceden más al Este á través del Hindu-Kuch, hasta miles de kilómetros. Pero entre este camino directo y el

valle del Heri-Rud, á través de las montañas llamadas actualmente de Barkhut, que continúan el gran Paropamisus, los viajeros conocen varios pasajes fáciles, y uno de ellos, el paso de Khombu, de 945 metros

N.° 61. Brechas que conducen á Herat.



Según los mapas del Ejército de las Indias.

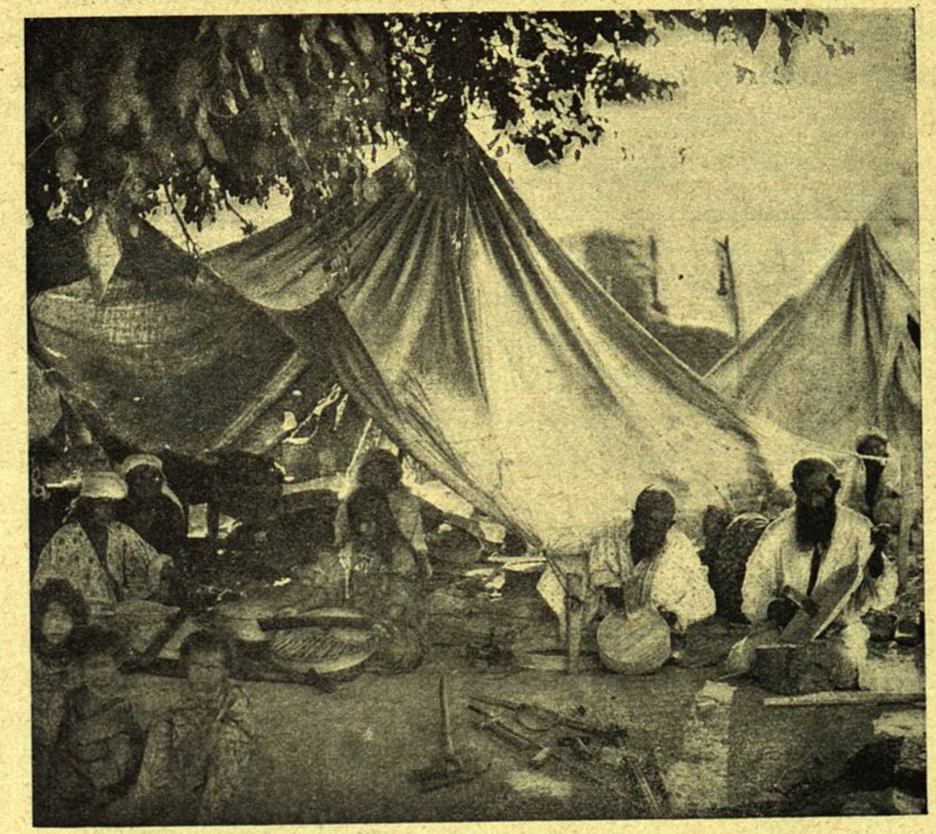
1 : 2 500 000

50 100 150 Kil

de altura, apenas tiene 300 metros de elevación sobre las llanuras subyacentes al Norte y al Sud [1].

Las comunicaciones naturales son, pues, fáciles de una á otra vertiente del Paropamisus. Pero lo que da á las numerosas puertas de la montaña una importancia excepcional en la historia de las naciones, es

[1] Lessar, *Geographical Journal*, Enero 1883.



CAMPAMENTO TURCOMANO EN LAS INMEDIACIONES DE SAMARKAND

De una fotografía.

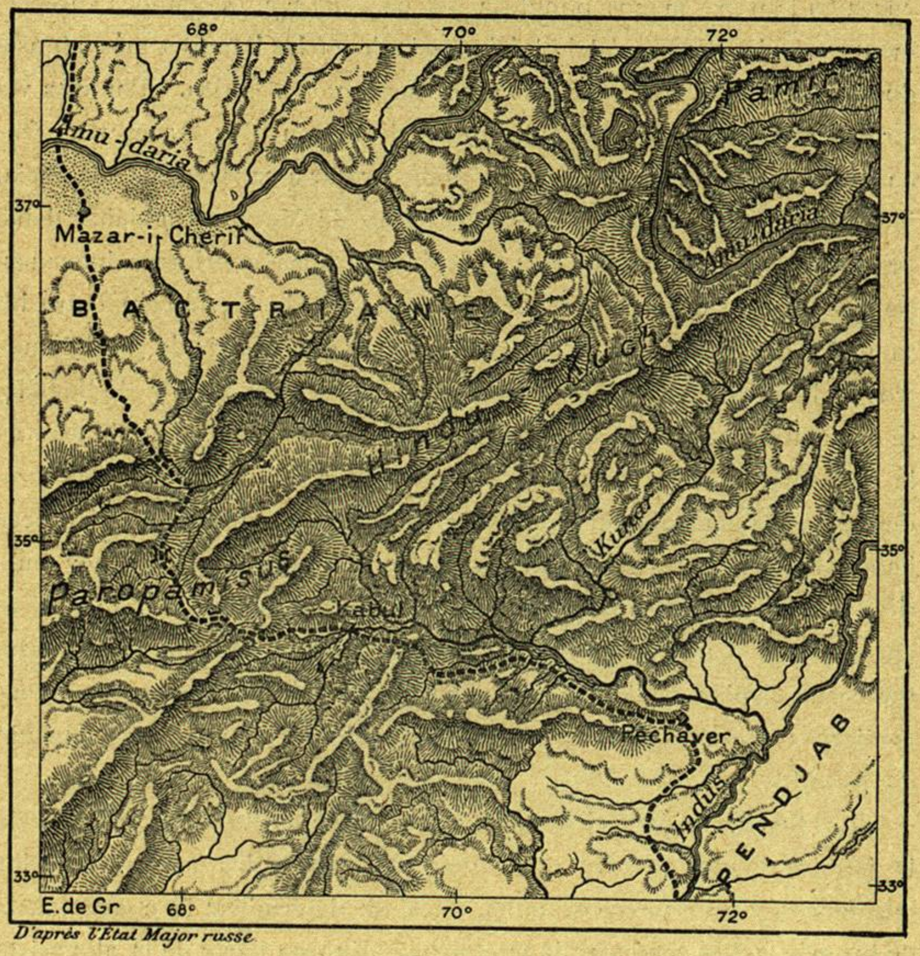
que esos diversos caminos, convergiendo á la cuenca del Herat, se continúan por una larga avenida atravesando en una extensa curva toda la Ariania oriental para poner en relaciones geográficas las llanuras del Oxus y las que atraviesan los Siete Ríos. Verdad es que directamente al sud de Herat se perfila una cordillera cuyas brechas tienen aún 2000 metros de elevación, pero hacia el Oeste esa arista desciende rápidamente y puede rodearse y dirigirse al Sud á través de una región de suaves ondulaciones de terreno que se mantienen á 1000 ó á 1200 metros de altura, por donde podría viajarse fácilmente en coche de cuatro caballos [1].

Este camino natural, siguiendo en casi toda su extensión unos valles

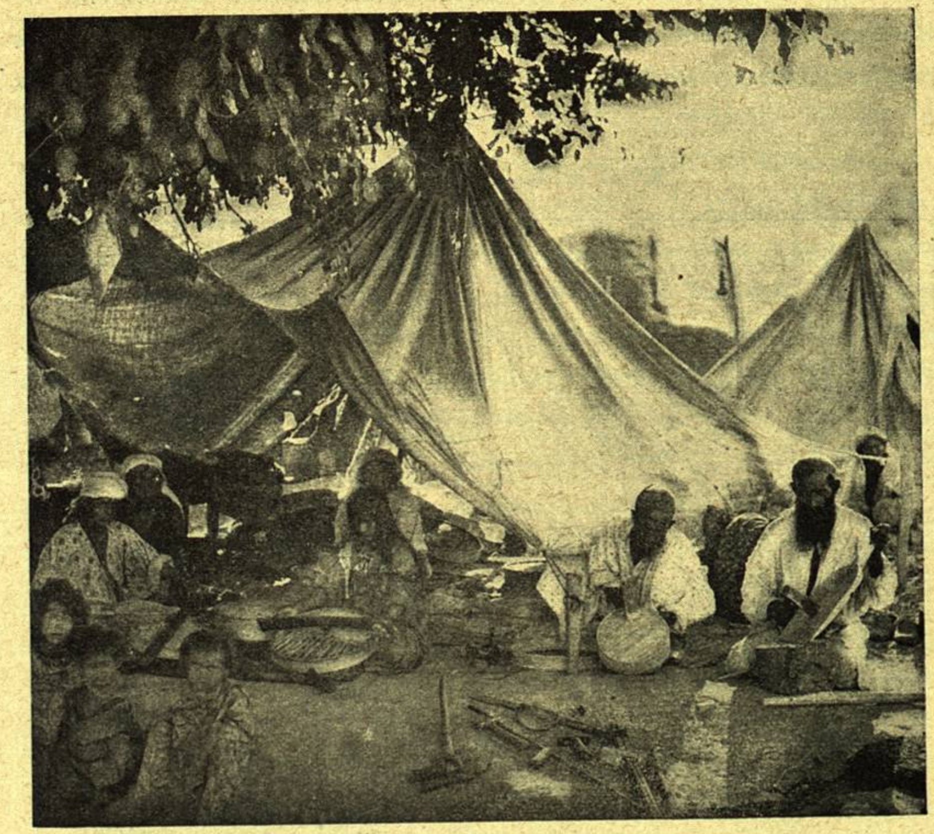
[1] Henry Rawlinson, *Geographical Journal*, 1893, p. 17.

cuyas aguas se vierten en la profunda depresión del Drangiana, el Seistan actual, desemboca, cerca de las montañas que dominan las llanuras del Indus, en un centro de vida análogo al de Herat: es el punto donde en el día se eleva la ciudad de Kandahar, cuya leyenda, como la de

N.° 62. Diafragma montañoso entre la Bactriana y el Pendjab.



Herat y de otras muchas ciudades asiáticas, refiere que fué fundada, sea por el primer hombre, sea por uno de los suyos. El verdadero sentido de esta relación es que en esos puntos en que se reunen forzosamente grandes corrientes históricas, hubieron de formarse aglomera-



CAMPAMENTO TURCOMANO EN LAS INMEDIACIONES DE SAMARKAND

De una fotografía.

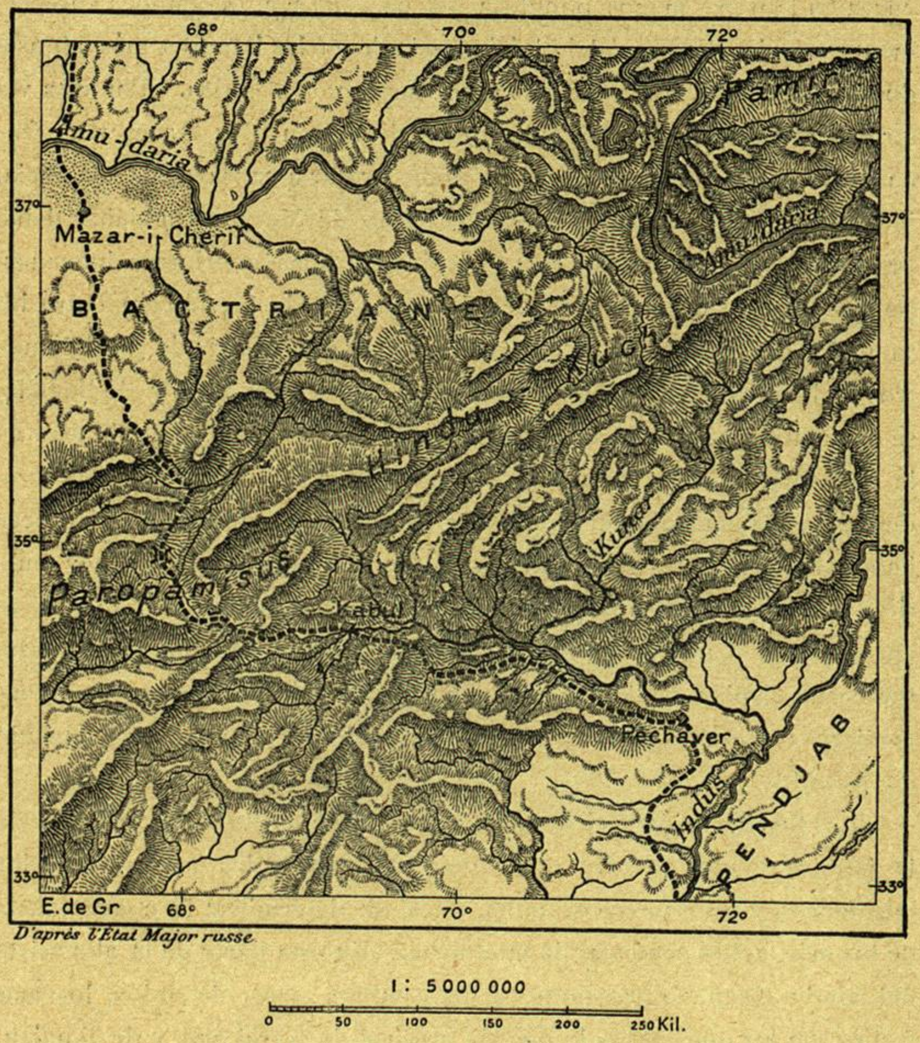
que esos diversos caminos, convergiendo á la cuenca del Herat, se continúan por una larga avenida atravesando en una extensa curva toda la Ariania oriental para poner en relaciones geográficas las llanuras del Oxus y las que atraviesan los Siete Ríos. Verdad es que directamente al sud de Herat se perfila una cordillera cuyas brechas tienen aún 2000 metros de elevación, pero hacia el Oeste esa arista desciende rápidamente y puede rodearse y dirigirse al Sud á través de una región de suaves ondulaciones de terreno que se mantienen á 1000 ó á 1200 metros de altura, por donde podría viajarse fácilmente en coche de cuatro caballos [1].

Este camino natural, siguiendo en casi toda su extensión unos valles

[1] Henry Rawlinson, *Geographical Journal*, 1893, p. 17.

cuyas aguas se vierten en la profunda depresión del Drangiana, el Seistan actual, desemboca, cerca de las montañas que dominan las llanuras del Indus, en un centro de vida análogo al de Herat: es el punto donde en el día se eleva la ciudad de Kandahar, cuya leyenda, como la de

N.º 62. Diafragma montañoso entre la Bactriana y el Pendjab.



Herat y de otras muchas ciudades asiáticas, refiere que fué fundada, sea por el primer hombre, sea por uno de los suyos. El verdadero sentido de esta relación es que en esos puntos en que se reunen forzosamente grandes corrientes históricas, hubieron de formarse aglomera-

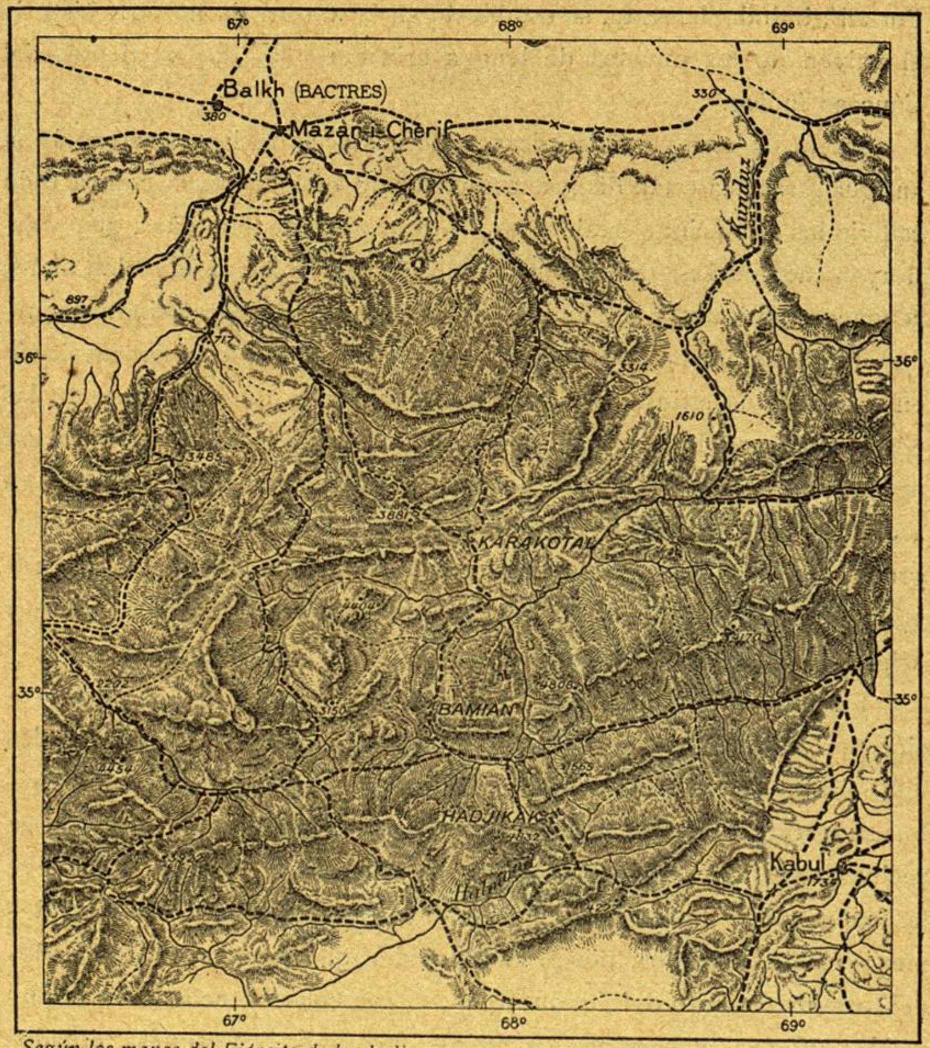
ciones urbanas en gran número en cuanto las naciones se pusieron en movimiento.

Pero ese camino tan cómodo, abierto desde las orillas caspias hasta las del mar de las Indias, tiene por punto de partida á su extremidad septentrional la región casi desierta que recorren los nómadas alrededor de los oasis de la Margiana; luego, después de haber descrito su enorme curva en la parte menos populosa del país afghan, desemboca directamente por las brechas del Sulaiman-dagh en las llanuras más abrasadoras y menos habitadas de las en que serpentea el Indus. Por esta vía larga y tortuosa la atracción recíproca de los pueblos era escasa; frecuentemente la chispa eléctrica no podía brotar á causa de la distancia. Mucho más al este y al norte del camino de Merv á Kandahar debía producirse la aproximación más enérgica entre las multitudes humanas, porque en este lugar la anchura de la meseta de separación entre las campiñas del Oxus y las de los Siete Ríos apenas excede de 300 kilómetros en línea recta, y los dos puntos extremos, de partida y de llegada, se encuentran en comarcas populosas. En otro tiempo se agolpaban en la Bactriana millones de hombres; por otra parte, el ángulo noroccidental de la península del Hindostán contiene una población que parece haber sido siempre bastante densa y que se continúa al Este por multitudes agrícolas en número prodigioso; por último, un valle que se ensancha de distancia en distancia para formar pequeñas depresiones ofrece un camino fácil sobre gran parte del espacio montañoso intermediario: es el del antiguo Cophen, el río actualmente llamado de Kabul.

Las fuerzas de atracción que las dos comarcas de la Bactriana y de la llanura hindu ejercían una sobre otra, sobre los mercaderes, los misioneros y los guerreros, había, pues, de determinar la concurrencia de los más fáciles senderos de montañas. En esta parte de la alta arista del Hindu-Kuch, se presentan varios caminos, pero, de todos, los más fáciles son los que, pasando por las brechas de Karakotal y de Bamian, franquean la gran cordillera á diversas alturas entre 3000 y 4000 metros, sea para descender directamente por el valle de un afluente del Kabul, sea para ganar este mismo río en su largo cauce granítico. Otra garganta de la misma ruptura de los montes permite tomar un camino lateral que se dirige al Sudoeste hacia el Seistan y la Persia: es la

horquilla llamada actualmente Hadji-kak ó «Paso de los Peregrinos», nombre que recuerda las caravanas de musulmanes en marcha hacia las

N.° 63. Garganta de Bamian.



Según los mapas del Ejército de las Indias.

1 : 2 500 000

0 50 100 150 Kil.

Casi no es necesario indicar las divergencias que presentan las cartas n.° 62 y n.° 63, trazadas según documentos diferentes.

ciudades santas de la Mesopotamia y del litoral del mar Rojo. De ese modo ese conjunto de brechas constituye un centro vital de la más alta

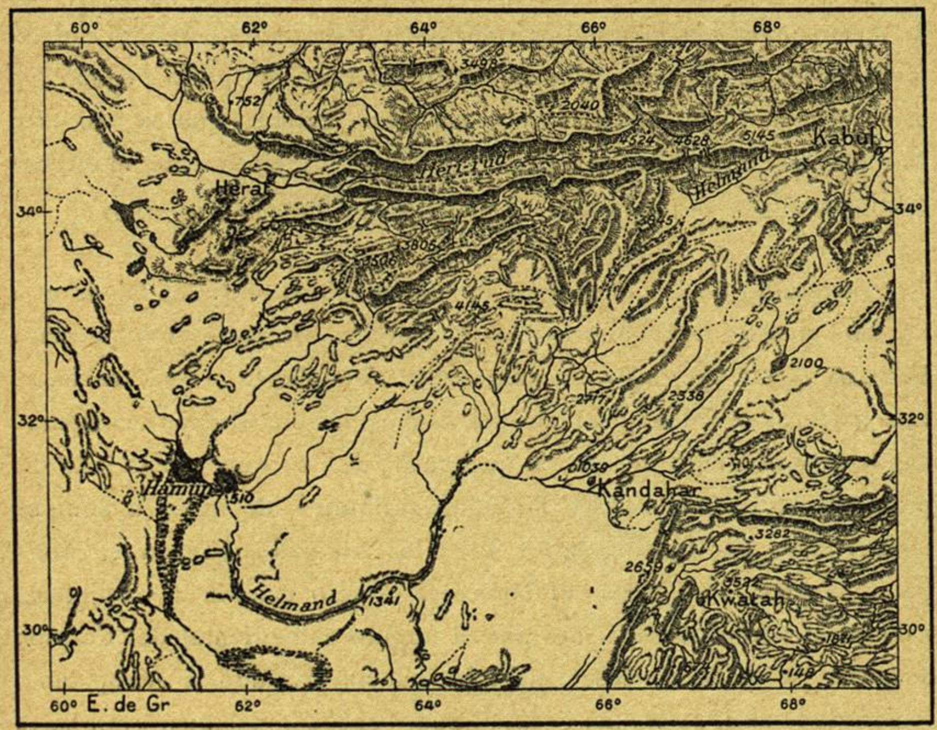
importancia histórica; quizá no haya en el mundo otro que pueda compararsele. Como es consiguiente, no podía menos de fundarse ciudades poderosas en las inmediaciones de esos pasajes utilizados en todo tiempo por los viajeros pacíficos y ambicionados por los conquistadores. Por allí, indudablemente, se estableció en la aurora de nuestra historia el vaivén de los pueblos de lengua aria entre las dos vertientes del Cáucaso índico.

Fuera de esas vías históricas y de sus accesos, las comarcas de la antigua Aracosia están dispuestas de manera que protegen contra todo cambio las poblaciones residentes. Los macizos de montañas, que constituyen cada cual un dominio separado, favorecen la conservación de los regímenes antiguos y el mantenimiento de las costumbres primitivas; no hay duda que muchas poblaciones de lugares apartados permanecieron en los mismos sitios, en idénticas condiciones de vida, durante las edades antiguas, lo mismo que en los siglos posteriores á la expedición de Alejandro. La Drangiana, equidistante de la montaña y de la llanura ardiente, es un lugar de reposo, donde, á pesar de la proximidad de los grandes caminos de paso y de los centros de civilización, hubo de permitirse la penetración de la cultura y su desarrollo bajo una forma original. La historia antigua de ese país ha de estudiarse aún.

En las regiones meridionales que se extienden al sud de la depresión por donde corre el río Helmand y donde duermen los lagos salados del Seistan, otras regiones montuosas están habitadas también por tribus sedentarias, que se hallan protegidas por las ásperas rocas de su recinto, semejantes á las murallas de una ciudadela. Pero ahí se detiene la semejanza de los medios: primeramente esos macizos son notablemente menos elevados, por término medio, que los montes destacados del formidable muro del Hindu-Kuch, y, por consecuencia de su orientación, ofrecen muchos menos retiros favorables. Después, situados bajo un clima diferente, muy seco, de lluvias irregulares y rara vez suficientes, esos montes no dejan germinar vegetación bastante abundante para que los habitantes de la comarca puedan contar sobre cosechas anuales, y con frecuencia la falta de recursos suficientes les obliga á la emigración parcial ó colectiva, pacífica ó guerrera. Por otra parte, el ataque de sus reductos se facilita por la existencia de numerosas llanuras intermedias que se ramifican en anchas avenidas á través de todo el

territorio del antiguo Kadru, «el país de los Morenos», así llamado por el color de sus habitantes, los Brahnis, los «Etiopes» de Herodoto [1]. Los Griegos cambiaron el nombre de Kadru por el de Gedrosia: es el Balutchistan actual.

N.° 64. Seistan ó Drangiana.



Según los mapas del Ejército de las Indias.

1 : 8 000 000

0 100 200 300 400 500 Kil.

La forma y la extensión de los lagos salados donde desembocan el Helmand y los otros ríos del Seistan están sometidos á variaciones continuas.

Es natural que los ribereños del mar de las Indias y del golfo Pérsico trataran de establecer un tráfico regular y comunicaciones frecuentes á lo largo del litoral. Esta vía, la historia lo denuncia, fué practicada, en efecto, no sólo por débiles caravanas sino también por

[1] Hermann Brunnhofer, *Urgeschichte der Arier in Vorder-und Central-Asien*, Erster Band, p. 109.

ejércitos: sin embargo, la falta de agua en los arroyos de la costa, el corto número de habitantes y los peligros de la sed y del hambre alejaron frecuentemente á los mercaderes y á los guerreros de este camino natural, que por otra parte no presenta obstáculos materiales; no son las rocas, sino las áridas arenas lo que hace de la Gedrosia una región de sufrimiento y de espanto para los viajeros. Las incursiones de bandidos, que suelen aparecer de repente como bandadas de cuervos, han de temerse también en aquel país abrasado. En todo tiempo, el camino marítimo de los puertos vecinos del Indus á los del golfo Pérsico fué más frecuentado que el de tierra, y las pocas ciudades que se muestran de distancia en distancia sobre la costa deben principalmente su importancia relativa y su población á la visita de los barcos de cabotaje.

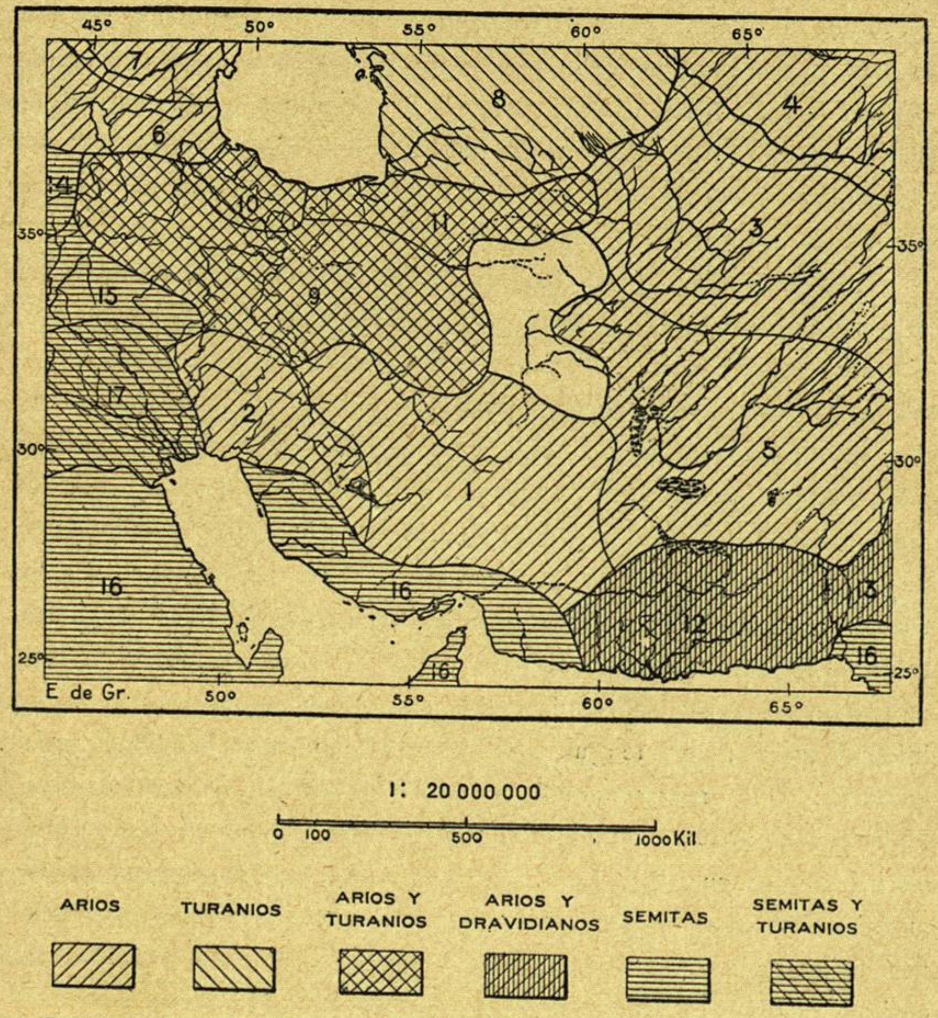
El estudio de los elementos étnicos reunidos entre los Pamir y la Potamia muestra desde el origen de la historia tres razas yuxtapuestas: Semitas, Arias y — ardiente controversia lingüística [1] — «Turanios». Los primeros se detenían al pie del Zagros, los dos últimos se disputaban la posesión de la meseta sin que pueda decirse que habían sido sus primeros ocupantes. «Los Turanios antiguos» de quienes aquí se trata y cuyo parentesco con los Turanios Altayanos (Tártaros, Mongoles, Turcos, Húngaros, Finlandeses) es sólo materia de conjetura, habían entrado probablemente por el ángulo sud-oriental del Caspio; después, escalando la meseta de Irán, habían invadido la Atropatena, región de la antigua Media. Más al Sud, ocupaban también gran parte de los valles de la alta Suciana. Por último, los Akkads ó «montañeses», del mismo origen, habían descendido á las llanuras de la Mesopotamia, donde encontraron poblaciones de diferentes procedencias, venidas quizá del Sud y del Sudoeste y compuestas principalmente de Semitas más ó menos modificadas por otros elementos.

Sobre las altas tierras de la Irania, los rivales y combatientes pertenecían en gran mayoría á las dos razas aria y turania, que buscaban ya el equilibrio en la agrupación de sus naciones respectivas; el sud y el este de la meseta, desde la Aracosia hasta la provincia de Persia (Perside) estaban ocupados por poblaciones arias, su preponderancia dismi-

[1] *Question sumérienne.* J. d'Oppert, J. de Morgan, Hommel, etc. — Halévy, Guyard, etc.

nuía en la dirección del Noreste. Un pasaje célebre de Herodoto (I, 101) enumera las seis tribus *(genea)* de los Medas, y de la interpretación de

N.º 65. Poblaciones de Irania.



1. Persas propiamente dichos.
2. Elamitas.
3. Bactrianos.
4. Sogdianos.
5. Pactianos.
6. Alarodios.
7. Albanios del Cáucaso.
8. Turkmenios.
9. Medas.
10. Raghianos.
11. Hircanios.
12. Brahni (Etiopes).
13. Indios.
14. Semitas propiamente dichos.
15. Asirios.
16. Árabes.
17. Caldeos.

Se notará cierta divergencia entre el texto y las indicaciones del mapa; aquí son considerados los Elamitas como arianizados.

sus nombres, intentada por Oppert y Lenormant, parece resultar que dos tribus, una especialmente designada como la «raza de los Arias» y

ejércitos: sin embargo, la falta de agua en los arroyos de la costa, el corto número de habitantes y los peligros de la sed y del hambre alejaron frecuentemente á los mercaderes y á los guerreros de este camino natural, que por otra parte no presenta obstáculos materiales; no son las rocas, sino las áridas arenas lo que hace de la Gedrosia una región de sufrimiento y de espanto para los viajeros. Las incursiones de bandidos, que suelen aparecer de repente como bandadas de cuervos, han de temerse también en aquel país abrasado. En todo tiempo, el camino marítimo de los puertos vecinos del Indus á los del golfo Pérsico fué más frecuentado que el de tierra, y las pocas ciudades que se muestran de distancia en distancia sobre la costa deben principalmente su importancia relativa y su población á la visita de los barcos de cabotaje.

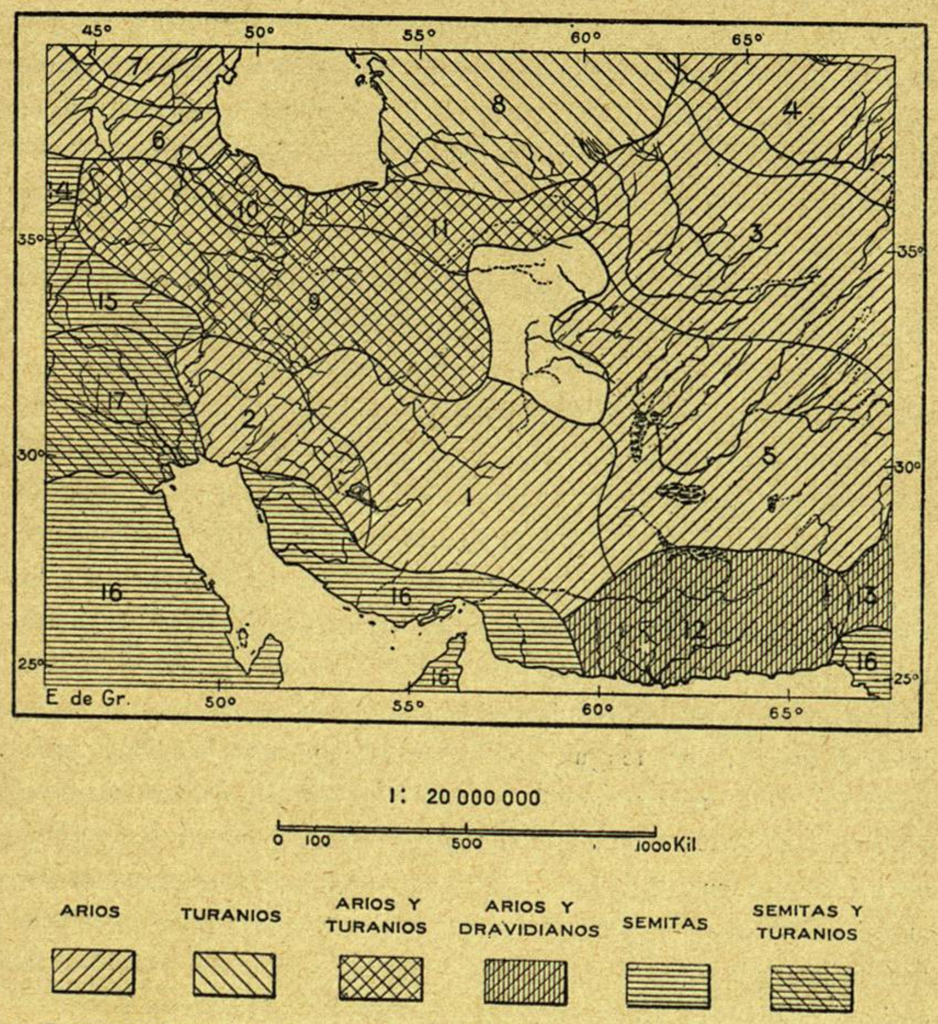
El estudio de los elementos étnicos reunidos entre los Pamir y la Potamia muestra desde el origen de la historia tres razas yuxtapuestas: Semitas, Arias y — ardiente controversia lingüística [1] — «Turanios». Los primeros se detenían al pie del Zagros, los dos últimos se disputaban la posesión de la meseta sin que pueda decirse que habían sido sus primeros ocupantes. «Los Turanios antiguos» de quienes aquí se trata y cuyo parentesco con los Turanios Altayanos (Tártaros, Mongoles, Turcos, Húngaros, Finlandeses) es sólo materia de conjetura, habían entrado probablemente por el ángulo sud-oriental del Caspio; después, escalando la meseta de Irán, habían invadido la Atropatena, región de la antigua Media. Más al Sud, ocupaban también gran parte de los valles de la alta Suciana. Por último, los Akkads ó «montañeses», del mismo origen, habían descendido á las llanuras de la Mesopotamia, donde encontraron poblaciones de diferentes procedencias, venidas quizá del Sud y del Sudoeste y compuestas principalmente de Semitas más ó menos modificadas por otros elementos.

Sobre las altas tierras de la Irania, los rivales y combatientes pertenecían en gran mayoría á las dos razas aria y turania, que buscaban ya el equilibrio en la agrupación de sus naciones respectivas; el sud y el este de la meseta, desde la Aracosia hasta la provincia de Persia (Perside) estaban ocupados por poblaciones arias, su preponderancia dismi-

[1] *Question sumérienne.* J. d'Oppert, J. de Morgan, Hommel, etc. — Halévy, Guyard, etc.

nuía en la dirección del Noreste. Un pasaje célebre de Herodoto (I, 101) enumera las seis tribus *(genea)* de los Medas, y de la interpretación de

N.° 65. **Poblaciones de Irania.**



1. Persas propiamente dichos.
2. Elamitas.
3. Bactrianos.
4. Sogdianos.
5. Pactianos.
6. Alarodios.
7. Albanios del Cáucaso.
8. Turkmenios.
9. Medas.
10. Raghianos.
11. Hircanios.
12. Brahni (Etiopes).
13. Indios.
14. Semitas propiamente dichos.
15. Asirios.
16. Árabes.
17. Caldeos.

Se notará cierta divergencia entre el texto y las indicaciones del mapa; aquí son considerados los Elamitas como arianizados.

sus nombres, intentada por Oppert y Lenormant, parece resultar que dos tribus, una especialmente designada como la «raza de los Arias» y

otra como la de los Magos ó de los «Mejores», eran del mismo origen que el pueblo persa; pero las otras cuatro divisiones étnicas constituían quizá el fondo «turanio» de la población rural, dividida en dos grupos, agricultores sedentarios y pastores nómadas [1]. Hace veintiséis siglos, la región de las altas tierras, comprendida entre la vertiente del Araxa y la meseta de Irán, estaba todavía habitada por poblaciones no mezcladas con los Arias. Hasta cierto punto puede simbolizarse el antagonismo de los Turanios y de los Arias que habitaban la meseta existente entre el Caspio y el mar de Omán por la lucha secular entre esas dos fracciones de una misma familia, Medas y Persas.

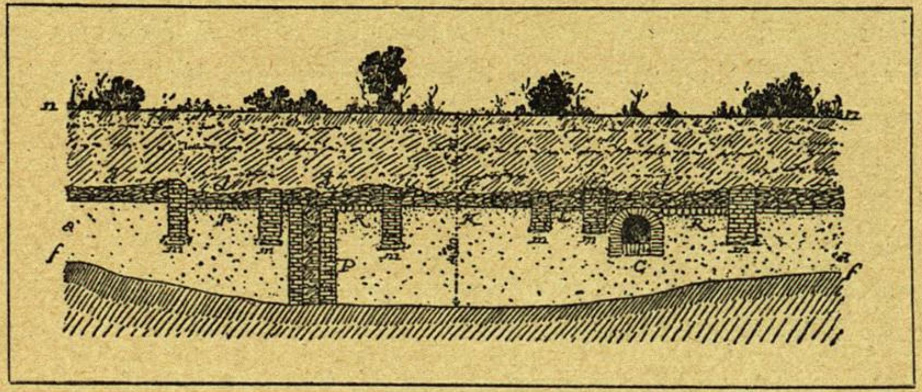
En la versión médica de las inscripciones grabadas por orden de los soberanos akheménidas, todas las palabras del lenguaje político y administrativo están tomadas directamente del idioma ario de las clases superiores, es decir, del *persa* (que no ha de confundirse con el *persa* del día, impregnado de árabe desde la conquista mahometana); pero la masa del pueblo dominado al noroeste de la meseta de Irán, continuó mucho tiempo hablando la lengua no aria, y los reyes de Persia hubieron de adoptarla como una de las lenguas oficiales del imperio. En los textos trilingües que vemos aún sobre las superficies lisas de ciertas rocas, el segundo lugar, después del persa, le ocupa una lengua aglutinativa en que ciertos especialistas creen reconocer un parentesco con los idiomas turcos: esta lengua era el lenguaje popular (¿meda? ¿neo-anzanita?) que, representando la tradición, recibió, en consecuencia, un rango honorífico ante el babilonio, seguido á su vez del egipcio en los edictos cuatrilingües [2]. En dos puntos de la antigua Media, mencionados por Spiegel [3], los exploradores han señalado inscripciones en una sola lengua, seguramente turania, dicen, que hablaban los antiguos habitantes del país dominado por los conquistadores arios.

Los sabios no pueden aventurarse aún á asegurar en qué proporción se hallaban representados esos dos elementos étnicos en la mezcla de las poblaciones de la Media, aunque el hecho de la comunidad de origen entre nuestras lenguas de la Europa occidental y el lenguaje ario de los Persas nos conduzca, por instinto natural de

[1] Fr. Lenormant, *Les Origines de l'Histoire*, t. II, p. 489 y sig.
[2] Oppert, *Le Peuple et la langue des Mèdes*; Lenormant, passim; J. Halévy, *La prétendue langue d'Accad*; *Les prétendus mots sumériens*, J. de Morgan.
[3] *Erân*, p. 34.

egoísmo, á dar á los Arias del Irán una misión preponderante desde el punto de vista numérico lo mismo que político, inclinándose á colocar en primer término los Persas propiamente dichos.

Por lo demás, terminada la lucha entre los pueblos, después entre las lenguas, continuó en otro terreno y particularmente en cuanto al modo de pensar y de obrar entre la religión dualista de los Arias y el *magismo* ó chamanismo de los Turanios [1]; pero esta oposición fué sorda



CORTE DE LOS ALUVIONES QUE CONTIENEN LAS RUINAS DE LA ANTIGUA CIUDAD DE AMOL

Según una fotografía de J. de Morgan (Misión arqueológica en Persia).

a. Terreno de antiguos aluviones sobre el cual fué construída la ciudad.
f. Suelo firme.
m, *p*, C, P, R. Cimientos, empedrado, alcantarillado.
d. Altura de las ruinas.
n. Altura actual de los aluviones.

é inconsciente, y no impidió la manifestación de otro antagonismo que, en cierto modo, ha subsistido hasta nuestros días.

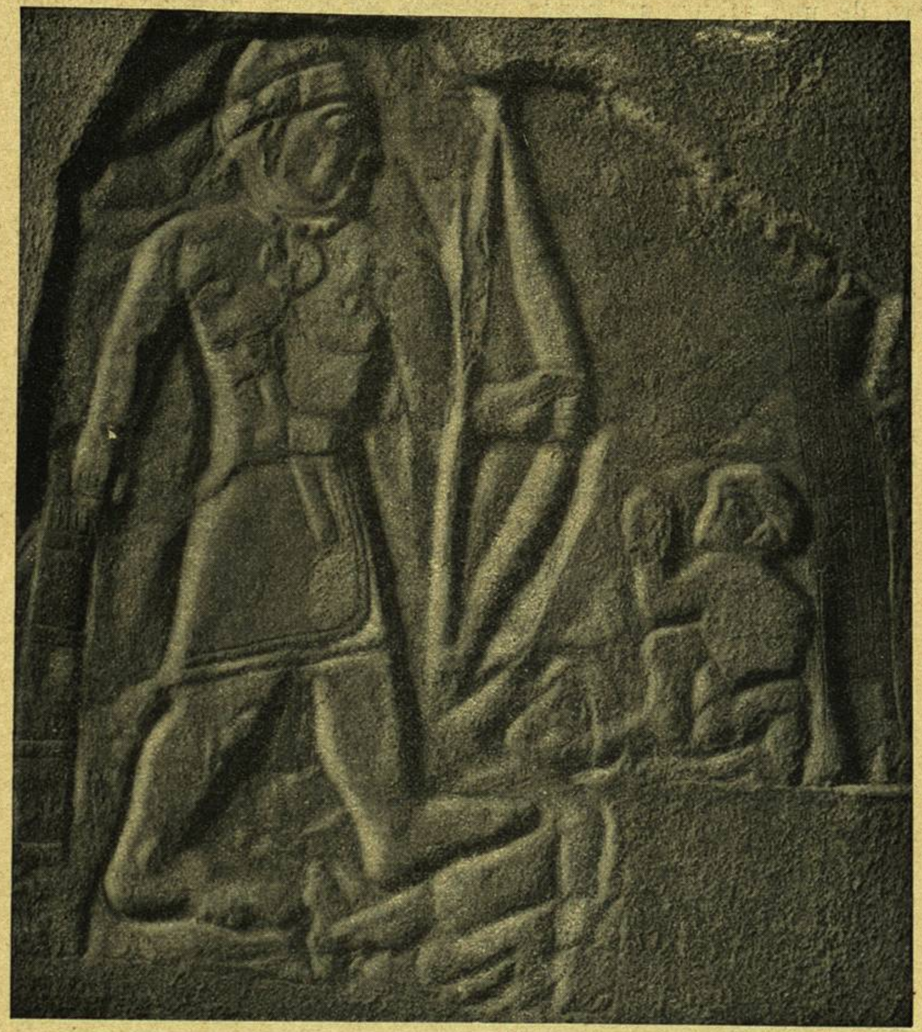
Los indígenas del Irán, inclinados naturalmente, como los otros pueblos, á darse un valor de primer orden entre los grupos étnicos, no se engañaron cuando reivindicaron para su país una influencia preponderante, comparándole con las regiones circundantes, frecuentemente designadas bajo el nombre de Turán. Esa palabra, pronunciada muchas veces por los Iranios con expresión de odio y de desprecio, análoga

[1] Fr. Lenormant, *Les premières Civilisations*.

á la que manifestaban los Chinos respecto de los «diablos extranjeros», se aplicaba especialmente á las poblaciones errantes que recorrían las vastas llanuras situadas al norte del Paropamisus, entre las fajas de verdura que bordean el Oxus y el Iaxartes. Por extensión, el término Turán comprendió todos los territorios del Norte asiático hasta el Océano Glacial y el mar de Bering: en realidad, los Persas, lo mismo que los Judíos y los Helenos, se habían considerado como formando la humanidad única por excelencia, un pueblo divino, considerando todo el resto como montón informe de seres indignos, casi sin derecho al nombre de hombres. En su conjunto, el *Libro de los Reyes*, de Firduzi, no es sino la historia de la guerra santa entre los héroes y los monstruos, entre los genios buenos y malos, entre el Irán, que representa el bien, y el Turán, símbolo de todo lo malo. Por lo demás, la denominación de Turanios, adoptada por toda una escuela de antropólogos para designar las poblaciones no arias del norte del Asia, prueba que la ciencia moderna sufre todavía la influencia de las pasiones y de las ideas que animaban á los antiguos habitantes de la Irania. Como ellos, y por una especie de instinto de raza ó de lengua, aceptamos la herencia de orgullo y parécenos que esos Turanios, nacidos fuera de nuestro mundo de elección, son en todo nuestros inferiores. El contraste entre «Arya y Tura» y después entre Irán y Turán[1] estaba tan claramente indicado por la Naturaleza, que se ha perpetuado entre nosotros tras miles de años y miles de kilómetros del tiempo y del lugar en que tuvo origen.

El territorio del Elam, en la acepción primitiva de ese nombre, lo formaban los primeros resaltos del Zagros que dominan de lejos la Mesopotamia y la ribera marítima que redondea su curva entre el Irán y la Arabia; pero en el curso de las edades el término englobó hacia el Este toda la muralla montañosa hasta el reborde de la meseta, y hacia el Oeste la Suciana, que, en el sentido primero de la palabra, no era más que el valle bajo del Karun; poco á poco los dos términos, Elam y Suciana, se emplearon el uno por el otro. Así se explica que Suza, que, aislada, pertenecería geográficamente á la Potamia, forma parte

[1] Fr. Lenormant, *obra citada*.



LÁPIDA DE HOURIN-CHEIHK-KHAN

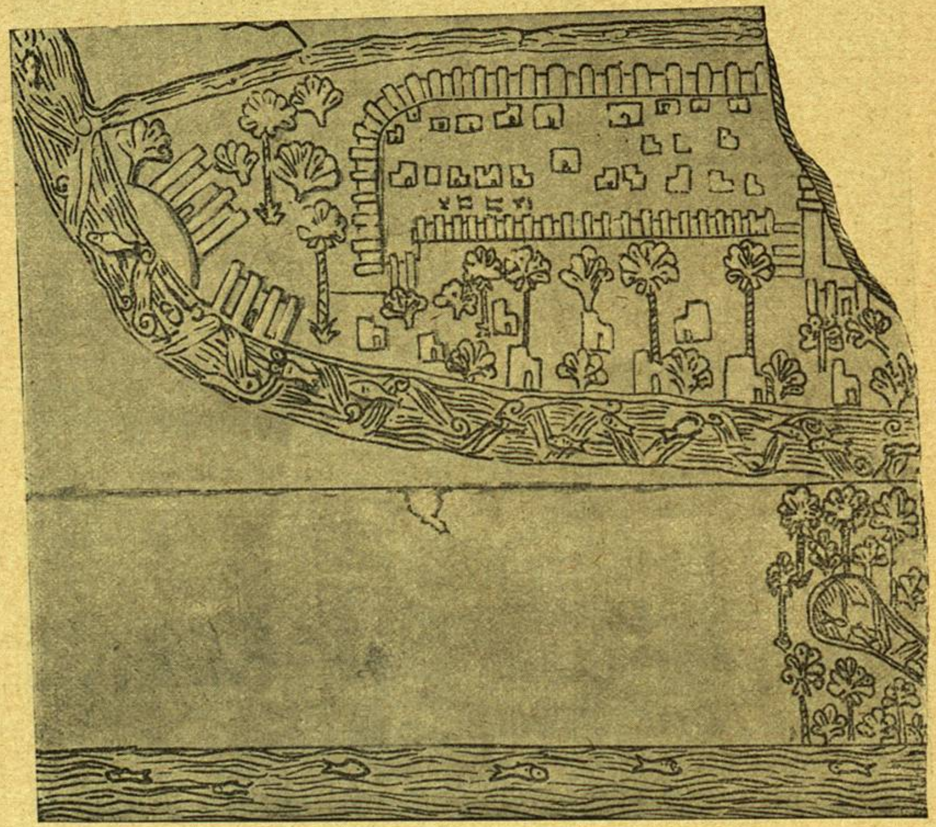
Según una fotografía de J. de Morgan (Misión arqueológica en Persia).

La inscripción cuneiforme de la derecha del relieve es posterior á éste. Léese en ella: «Tardonnis, prefecto, hijo de Sin-ipsah (sin consuelo), ha repuesto esta imagen cuando se caía; la ha restaurado. Shamash y Adad aniquilen el nombre y la raza de quien la destruya».

¿Qué pensar de la antigüedad de esta lápida cuya restauración data de una época á lo menos contemporánea de Goudea? (J. de Morgan), de Goudea, que vivía 56 siglos antes que nosotros. Esta lápida se encuentra á corta distancia de Kalman, mapa n.º 69.

del conjunto iranio. En los primeros tiempos de la historia reconstituída, en la época en que los pueblos civilizadores de Caldea eran conocidos bajo el nombre de Akkadianos y de Sumerianos, los Elami-

tas, de una cultura no menos avanzada sin duda, miraban desdeñosamente á sus rivales de la llanura y sostenían su capital en una posición avanzada hacia el enemigo hereditario; otro París ante otra meseta central.



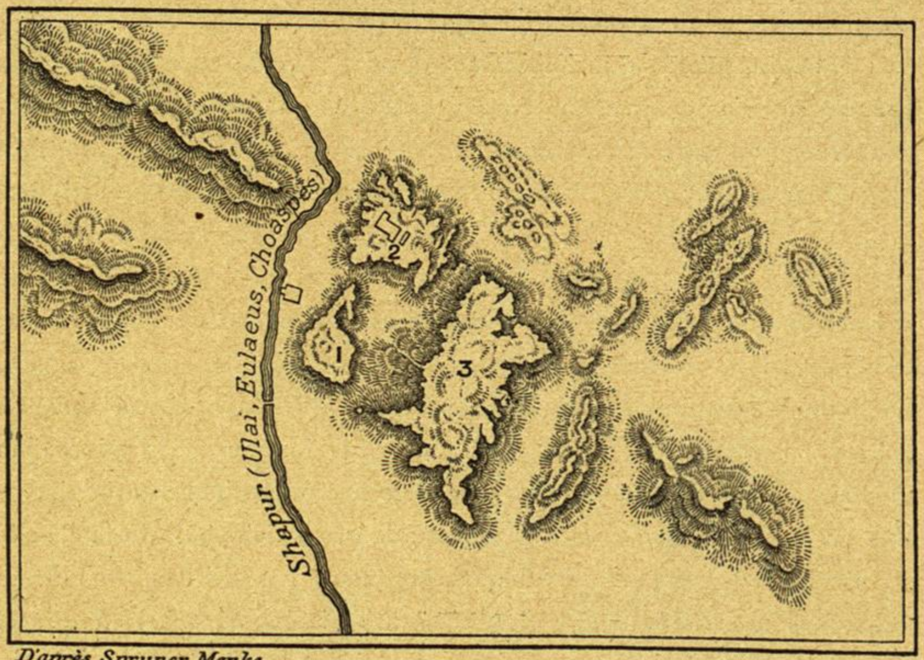
FRAGMENTO DE UN BAJO-RELIEVE ENCONTRADO EN 1857, QUE REPRESENTA EL PLANO DE SUZA

Los vislumbres más remotos que arrojan las investigaciones recientes sobre ese país, se remontan, según Morgan [1], á un centenar de siglos. En aquel tiempo el golfo Pérsico avanzaba más al Norte en las tierras, y el elefante, el rinoceronte, el león y el antílope recorrían las llanuras pantanosas al pie de los montes: las huellas de esos animales se encuentran hoy á veinte metros bajo tierra; piedras talladas y restos

[1] *Histoire de l'Élam.*

de cacharros atestiguan la presencia del hombre. Los sabios investigadores han descubierto tabletas de tierra cruda cubiertas de signos que no han sido completamente descifrados aún, pero que representan indudablemente piezas de contabilidad que datan de unos 6000 años. El

N.º 66. Plano de Suza.



D'après Spruner Menke.

1 : 25 000

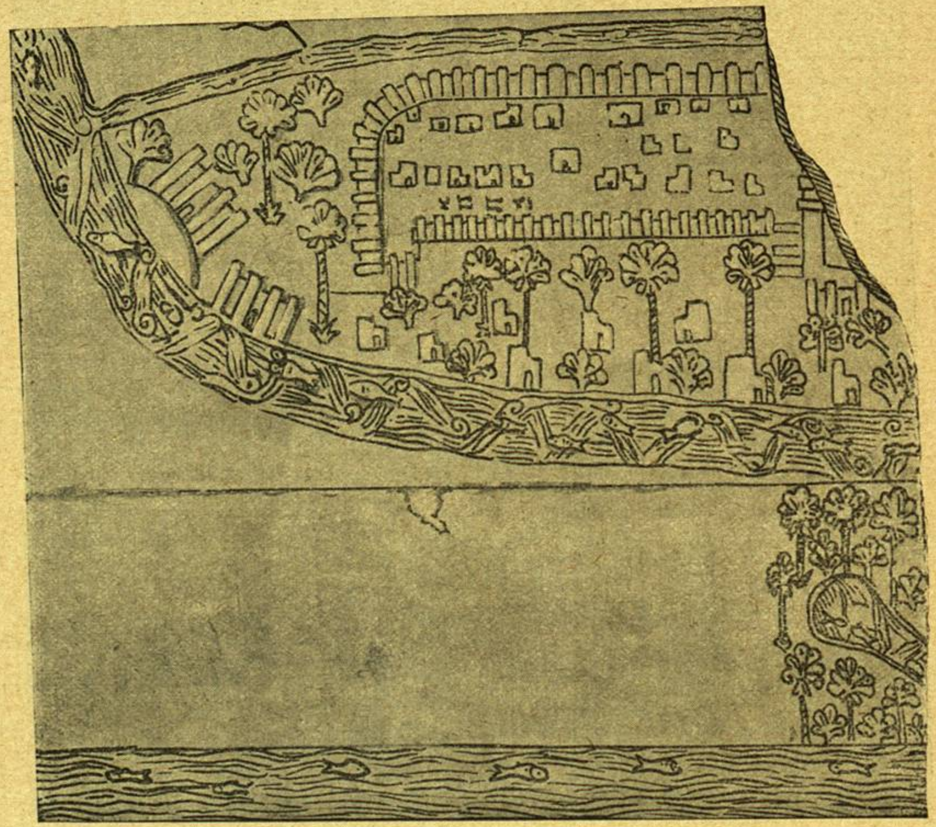
0 200 400 600 800 1000 Mètres.

1. Ciudadela.
2. Palacio de Darío (Apadana).
3. Acrópolis real.

nombre del rey más antiguo que se ha encontrado se remonta casi á la misma época.

Desde esos primeros indicios históricos hasta la destrucción de Suza por los Arios, es decir, durante un período de más de tres mil años, la reconstitución de la historia del Elam no es sino la narración del antagonismo incesante que existió entre los príncipes de Suza y los de las ciudades de Caldea. Las inscripciones dan fe de ello: la lengua

tas, de una cultura no menos avanzada sin duda, miraban desdeñosamente á sus rivales de la llanura y sostenían su capital en una posición avanzada hacia el enemigo hereditario; otro París ante otra meseta central.



FRAGMENTO DE UN BAJO-RELIEVE ENCONTRADO EN 1857, QUE REPRESENTA EL PLANO DE SUZA

Los vislumbres más remotos que arrojan las investigaciones recientes sobre ese país, se remontan, según Morgan [1], á un centenar de siglos. En aquel tiempo el golfo Pérsico avanzaba más al Norte en las tierras, y el elefante, el rinoceronte, el león y el antílope recorrían las llanuras pantanosas al pie de los montes: las huellas de esos animales se encuentran hoy á veinte metros bajo tierra; piedras talladas y restos

[1] *Histoire de l'Élam.*

de cacharros atestiguan la presencia del hombre. Los sabios investigadores han descubierto tabletas de tierra cruda cubiertas de signos que no han sido completamente descifrados aún, pero que representan indudablemente piezas de contabilidad que datan de unos 6000 años. El

N.º 66. Plano de Suza.



1. Ciudadela.
2. Palacio de Darío (Apadana).
3. Acrópolis real.

nombre del rey más antiguo que se ha encontrado se remonta casi á la misma época.

Desde esos primeros indicios históricos hasta la destrucción de Suza por los Arios, es decir, durante un período de más de tres mil años, la reconstitución de la historia del Elam no es sino la narración del antagonismo incesante que existió entre los príncipes de Suza y los de las ciudades de Caldea. Las inscripciones dan fe de ello: la lengua

oficial de la Suciana era alternativamente semítica (ó babilónica) y turania (más especialmente anzanita), según que el vencedor reinaba en Babilonia ó en Suza.

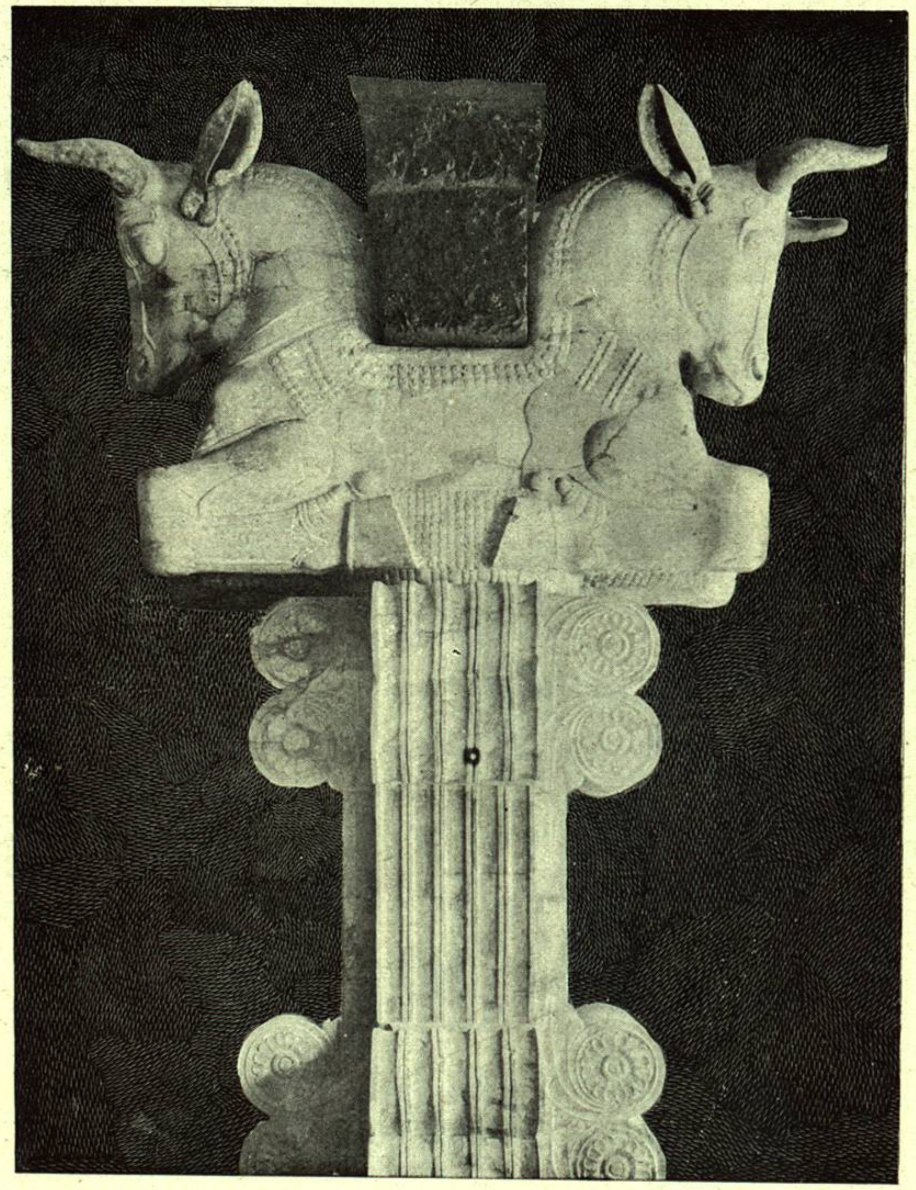
Las guerras no impedían, sin embargo, el establecimiento de las relaciones de comercio entre los habitantes de Caldea, Semitas ó semitizados, y los Turanios apoyados en la muralla iránica.

Los Elamitas pertenecían á una era de cultura muy antigua; hasta puede decirse que era más antigua que la de los ribereños de los grandes ríos de abajo, puesto que habitaban ya su territorio cuando la llanura apenas emergía del agua, lo que sería causa de que los Babilonios denominasen aquel país *la antigua tierra* de Elam. Tenían una industria muy desarrollada; sabían labrar la tierra y sembrar el mijo y el trigo, y fué en su país donde, viniendo de la India por el golfo Pérsico, se había introducido desde los tiempos prehistóricos, el cultivo de la caña de azúcar, lo que valió á aquellas comarcas el nombre de Khuz (Suza) «País del azúcar» [1].

Sabían aparejar dos caballos de frente para el tiro de su carro de guerra; se servían de catapultas para derribar las murallas; adornaban su cerámica con formas variadas y fundían los metales, el oro, la plata y el cobre. Como astrónomos y matemáticos, participaban de la ciencia de los Caldeos, practicaban cálculos, predecían los eclipses y conocían «el áureo número», ó sea el período de diecinueve años en que el Sol y la Luna coinciden en la misma situación con relación á la Tierra. Dividían el tiempo en años, meses, semanas y días, exactamente como sus vecinos potamios; por último, poseían la escritura, tesoro de los tesoros.

El período glorioso de la potencia elamita se remonta á cuarenta y dos siglos antes de nosotros. En aquella época reinaban en Suza unos reyes bajo el nombre de Nakhonte ó Nakhunta, cuya dominación se extendía hacia el Oeste hasta el Mediterráneo, sin que podamos decir qué relación de causa á efecto une esta extensión á la invasión de Egipto por los Pastores que, un siglo más ó menos, parece de la misma fecha, pero pertenece ciertamente al mismo ciclo de conmoción de los

[1] Carl Ritter, *Asien*, vol. IX, ps. 229 y sig.



CORONAMIENTO DE LAS COLUMNAS DE LA APADANA DE ARTAXERXES

(SUZA DE LOS REYES AKHEMÉNIDAS)

Museo del Louvre.

pueblos. Su expansión hacia el Oriente fué tal, que, más allá de la Bactriana, la China recibió el choque inicial: los habitantes de las montañas de los Bakhtyaris hicieron brotar la chispa que produjo la civilización china [1].

Aquel vasto imperio elamita duró poco; encontramos hace treinta y nueve ó cuarenta siglos, al célebre Hammurabi, rey de Babilonia, dominando en Suza. Después, tras dos siglos de luchas, cuyas fases están aún en la penumbra, reyes poderosos tienen su corte en la capital de la Suciana, y entre ellos, un tal Chinchinak, hijo de Chutruk Nakhonte, miembro de esta dinastía, constructor y arqueólogo, reconstruyó más de veinte templos, exhumó y restauró las antiguas estelas, transcribiendo religiosamente el texto en lengua semítica, á veces viejo de dos mil años, y añadiendo en lengua turania su nombre, el de su mujer y los de sus hijos [2].

Hasta entonces la meseta permanecía sin historia; los habitantes de Irán no hicieron uso de la escritura antes de la época de los Akheménidas, y los vagos indicios que se descubren actualmente demuestran que poco á poco la imantación del mundo persa cambiaba del Sud al Norte, en el mismo sentido que el centro del poder en la cuenca de los dos ríos. Á la gran influencia de Caldea en el mundo oriental sucedió la de Asiria, y aun, de ese lado, el reborde de la meseta fué anexionada al imperio de los Sars conquistadores, y, por consiguiente, una ciudad ribereña del Tigris, Nínive, se hizo la poderosa rival de Suza.

Los pueblos de entre Caspio y golfo Pérsico, á partir de la constitución de la potencia asiria, parecieron poseídos de una furia de destrucción y de matanza. Las guerras se sucedieron sin interrupción, pero se complicaron singularmente por la incursión de nuevos pueblos venidos del Norte: los Kimerianos que, viniendo de las llanuras sármatas, habían invadido el Asia Menor y la Armenia por el occidente del Ponto Euxino; después los Scitas procedentes de la cuenca del mar de Aral.

El Elam fué devastado varias veces por Sargón y Sennacherib, hasta que por último, hace 2530 años según unos, 2546 según otros,

[1] Terrien de la Couperie, *Babylonian and Oriental Record*.
[2] Capitan, *Histoire de l'Élam*, «Revue de l'École de Anthropologie».

Suza, la capital milenaria, fué arrasada por Assurbanipal. «Abrí sus tesoros, tomé el oro y la plata, sus riquezas... Me apoderé de Chuchinak, el dios que habita los bosques y cuya divina imagen no había visto aún persona alguna... Destrocé los leones alados y los toros que velaban guardando los templos». El vencedor se embriaga con su canto de destrucción, y ningún interés podían tener para él las tabletas de arcilla cocida que componían los archivos de la administración; mas para nosotros, los restos que dejaron los bárbaros conquistadores tienen más valor que el oro de que tan ávidos se muestran [1]. Después de la caída de Suza, el Elam, «el más antiguo de los Estados del Asia anterior», desapareció de la escena del mundo [2].

Unos treinta años después de la caída de Suza, Nínive, la capital de los orgullosos Sars, sucumbió á su vez bajo los golpes de los Medas, unos cincuenta años antes que Ciro, el rey de los reyes, subiese al trono persa.

El hecho más antiguo de la historia iránica, conservado como un diamante en barro impuro, nos muestra, en medio del fárrago legendario de las crónicas contradictorias, que los antiguos Persas, destinados á sufrir la dura opresión de los reyes, tuvieron también sus días de noble reivindicación: el acontecimiento permanece envuelto en la sombra de un período desconocido y no se sabe qué personajes se habían arrogado el imperio, pero la tenaz memoria del pueblo y la precisión de la narración, tal como la transmite la epopeya persa, no permite duda acerca de esta revolución de los antiguos tiempos [3], encajada en la extraña fábula del monstruoso Zohak, que llevaba sobre sus hombros dos enormes serpientes que sólo se alimentaban de cerebros humanos. Diecisiete hijos del herrero Kaueh habían sido ya trepanados por las serpientes reales y no le quedaba más que uno, designado por el tirano para sufrir el mismo destino. Entonces Kaueh enarbolando su mandil de herrero en un palo y seguido de otros trabajadores blandiendo sus herramientas, se precipitó sobre Zohak: el monstruo, acobardado, huyó hacia el Demavend, donde el héroe Feridun le clavó sobre un peñasco del volcán. Durante miles de años el mandil de Kaueh fué

[1] J. de Morgan, *Mission archéologique en Perse*, prefacio.
[2] G. Maspero, *Histoire ancienne des peuples de l'Orient*, p. 470.
[3] Mohl, *Livre des Rois*.

el estandarte protector de Persia; pero desgraciadamente los herreros no conservaron su custodia: se la quitaron los soberanos para cubrirle de púrpura y de brocado, para adornarle con diamantes y zafiros, rubíes y turquesas; le pusieron en una urna que para ser transportada necesitaba el esfuerzo de muchos hombres, y el pueblo la desconoció. La historia nos dice que la capilla portátil cayó en manos de los Musulmanes cuando el formidable choque de Kadesieh, y que los vencedores se repartieron los restos; pero «no era aquélla la bandera verdadera», se dicen los Persas en secreto, y todos confían en que se encontrará un día el mandil del herrero. Bajo una forma diferente, también lo esperamos nosotros.

Antes de haber sufrido el yugo de los grandes imperios conquistadores, las numerosas tribus de los montes y de la meseta, que gozaban



CARACTERES CUNEIFORMES COPIADOS EN PERSÉPOLIS EN 1621

todavía de su autonomía política, se encontrarían en una situación análoga á la de los Bakhtyaris de nuestros días, y, como ellos, llevarían una existencia muy sencilla y pura, alternando sus ocupaciones entre el cuidado de sus grutas y la cría de sus ganados en los altos prados.

Una antigua leyenda de la historia de los Medas, referida por Herodoto, enseña que, únicos entre todos los pueblos, los habitantes de esas altas mesetas no obedecían las leyes de la guerra y no conocían sino las de la justicia. Noble y recta sería en su origen una nación en que la educación de la infancia consistía en tres cosas: «montar á caballo, tirar el arco y decir la verdad», y en que la costumbre prohibía decir lo que no era permitido hacer [1]. Se recuerda la excla-

[1] *Histoires d'Herodote*, lib. I, ps. 136, 138.

Suza, la capital milenaria, fué arrasada por Assurbanipal. «Abrí sus tesoros, tomé el oro y la plata, sus riquezas... Me apoderé de Chuchinak, el dios que habita los bosques y cuya divina imagen no había visto aún persona alguna... Destrocé los leones alados y los toros que velaban guardando los templos». El vencedor se embriaga con su canto de destrucción, y ningún interés podían tener para él las tabletas de arcilla cocida que componían los archivos de la administración; mas para nosotros, los restos que dejaron los bárbaros conquistadores tienen más valor que el oro de que tan ávidos se muestran [1]. Después de la caída de Suza, el Elam, «el más antiguo de los Estados del Asia anterior», desapareció de la escena del mundo [2].

Unos treinta años después de la caída de Suza, Nínive, la capital de los orgullosos Sars, sucumbió á su vez bajo los golpes de los Medas, unos cincuenta años antes que Ciro, el rey de los reyes, subiese al trono persa.

El hecho más antiguo de la historia iránica, conservado como un diamante en barro impuro, nos muestra, en medio del fárrago legendario de las crónicas contradictorias, que los antiguos Persas, destinados á sufrir la dura opresión de los reyes, tuvieron también sus días de noble reivindicación: el acontecimiento permanece envuelto en la sombra de un período desconocido y no se sabe qué personajes se habían arrogado el imperio, pero la tenaz memoria del pueblo y la precisión de la narración, tal como la transmite la epopeya persa, no permite duda acerca de esta revolución de los antiguos tiempos [3], encajada en la extraña fábula del monstruoso Zohak, que llevaba sobre sus hombros dos enormes serpientes que sólo se alimentaban de cerebros humanos. Diecisiete hijos del herrero Kaueh habían sido ya trepanados por las serpientes reales y no le quedaba más que uno, designado por el tirano para sufrir el mismo destino. Entonces Kaueh enarbolando su mandil de herrero en un palo y seguido de otros trabajadores blandiendo sus herramientas, se precipitó sobre Zohak: el monstruo, acobardado, huyó hacia el Demavend, donde el héroe Feridun le clavó sobre un peñasco del volcán. Durante miles de años el mandil de Kaueh fué

[1] J. de Morgan, *Mission archéologique en Perse*, prefacio.
[2] G. Maspero, *Histoire ancienne des peuples de l'Orient*, p. 470.
[3] Mohl, *Livre des Rois*.

el estandarte protector de Persia; pero desgraciadamente los herreros no conservaron su custodia: se la quitaron los soberanos para cubrirle de púrpura y de brocado, para adornarle con diamantes y zafiros, rubíes y turquesas; le pusieron en una urna que para ser transportada necesitaba el esfuerzo de muchos hombres, y el pueblo la desconoció. La historia nos dice que la capilla portátil cayó en manos de los Musulmanes cuando el formidable choque de Kadesieh, y que los vencedores se repartieron los restos; pero «no era aquélla la bandera verdadera», se dicen los Persas en secreto, y todos confían en que se encontrará un día el mandil del herrero. Bajo una forma diferente, también lo esperamos nosotros.

Antes de haber sufrido el yugo de los grandes imperios conquistadores, las numerosas tribus de los montes y de la meseta, que gozaban



CARACTERES CUNEIFORMES COPIADOS EN PERSÉPOLIS EN 1621

todavía de su autonomía política, se encontrarían en una situación análoga á la de los Bakhtyaris de nuestros días, y, como ellos, llevarían una existencia muy sencilla y pura, alternando sus ocupaciones entre el cuidado de sus grutas y la cría de sus ganados en los altos prados.

Una antigua leyenda de la historia de los Medas, referida por Herodoto, enseña que, únicos entre todos los pueblos, los habitantes de esas altas mesetas no obedecían las leyes de la guerra y no conocían sino las de la justicia. Noble y recta sería en su origen una nación en que la educación de la infancia consistía en tres cosas: «montar á caballo, tirar el arco y decir la verdad», y en que la costumbre prohibía decir lo que no era permitido hacer [1]. Se recuerda la excla-

[1] *Histoires d'Herodote*, lib. I, ps. 136, 138.

mación del gran rey meda Astyages, á punto de ser vencido por el principillo persa Ciro: «¡Cómo tienen tanto valor esos comedores de pistachos!»[1]

Una particularidad del lenguaje primitivo de los Arias, tal como se nos ha revelado por el estudio de los diversos dialectos derivados de aquél, supone grandes cualidades pacíficas en las primeras poblaciones de la raza. En efecto, las palabras relativas á ocupaciones tranquilas se parecen en su mayor parte ó proceden de un tronco común; asimismo, los términos que designan los animales domésticos son parientes en los lenguajes arias del Oriente y del Occidente, en tanto que las palabras referentes á cosas de la guerra, de la caza y á los animales silvestres, pertenecen casi todas á las lenguas de origen posterior; indicando así que en todos los países de inmigración, á un período de gran tranquilidad primitiva sucedieron siempre épocas de perturbación[2].

Según el «Libro de los Reyes», los primeros Iranios no comían aún la carne de los animales y no conocían otro alimento que las raíces, las semillas y las frutas. Firduzi refiere cómo se logró transformar Zohak, joven príncipe dulce y bueno, en un monstruo de maldad: se le hizo tomar un huevo, después muchos; se le habituó gradualmente á comer carne, asada primero, después cruda, y se acabó por convertirle en aquel abominable caníbal de quien triunfó el herrero Kaueh llevando como estandarte su mandil de cuero. Esa educación sangrienta es un símbolo: la revolución producida en las costumbres por la nueva alimentación carnívora coincidió probablemente con grandes guerras entre los habitantes de la meseta iránica y las gentes de la llanura baja.

Los documentos dejados por la historia primitiva son insuficientes para enumerar todas las partes de la inmensa herencia legada á la humanidad por el mundo iránico: descubrimientos y oficios, concepciones filosóficas, poemas, mitos y narraciones. Pero es muy probable que la parte de esos antepasados en nuestro saber actual sea muy superior al conocimiento que tenemos de ellos.

Créese que les somos deudores de los primeros procedimientos que permitieron la elaboración de las matemáticas. Entre los Iranios, y á

[1] Nicolás de Damas, citado por Dieulafoy, *L'Art antique de la Perse*, p. 23.
[2] Max Müller, *Essais de Mythologie comparée*, trad. C. Perrot, ps. 53, 54.

juzgar por la próxima parentela de los términos que designan las unidades, las decenas y las centenas, se introdujo el sistema de numeración que, desprendiéndose completamente del uso de las metáforas y de los sinónimos, fijó definitivamente para cada número términos de sentido concreto, lo que fué una de las revoluciones más importantes de la historia humana. Esta serie de las cifras primitivas se detenía inclusivamente en las centenas, porque los nombres de «mil» difieren en los dialectos indo-europeos[1]; sin embargo, contenía en germen la teoría del sistema de numeración, sin el cual no podría concebirse el desarrollo científico del mundo moderno.



REY ACOMPAÑADO DE SUS SERVIDORES

Grupo sobre el que se halla el *feruer*. (Véase página 428).

Según un bajo-relieve de Persépolis.

Por último, surge la duda de si los Persas habían descubierto el arte de representar la Tierra bajo la forma de una bola. ¿Qué era sino aquella copa maravillosa que consulta Ciro y sobre la cual estaban grabados los contornos de las

[1] Max Müller, *Essais de Mythologie comparée*, trad. Perrot, ps. 65 y 67.

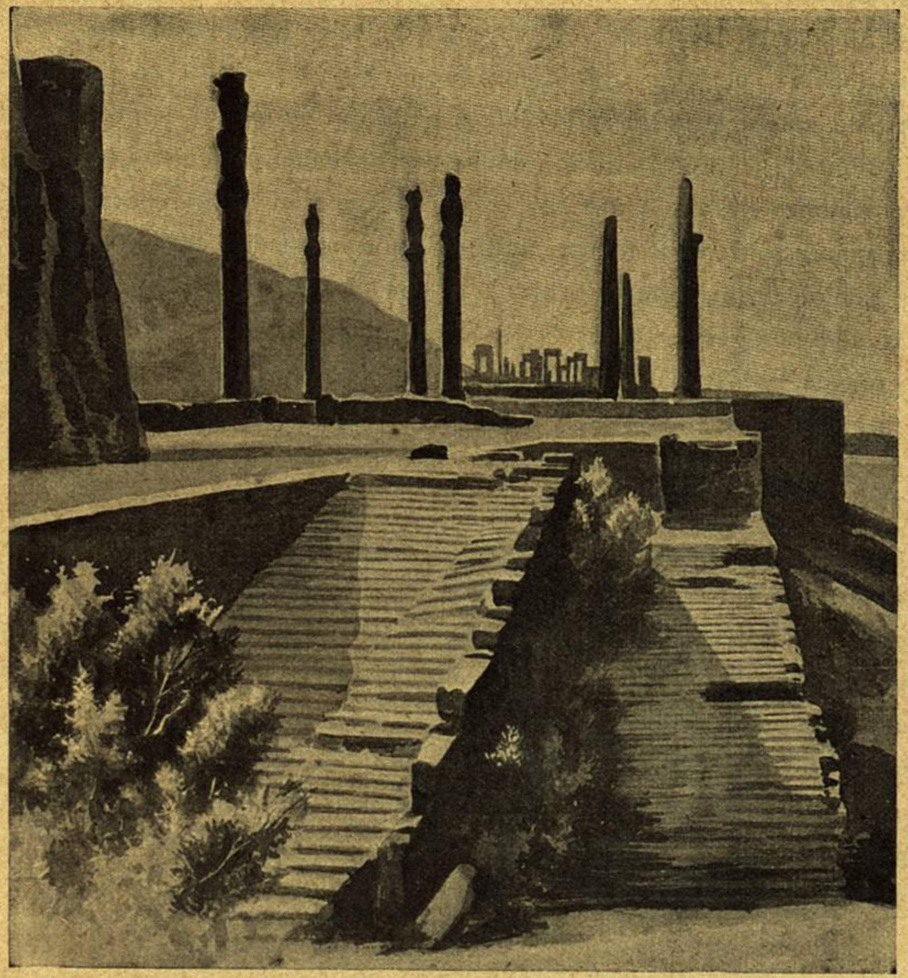
siete partes del mundo? ¿Puede verse en ella otra cosa que un ensayo de figuración del globo?

Los cultos primitivos, que se mezclaron con otros elementos para constituir después el mazdeismo y valieron á las regiones de Irania el nombre de «comarcas puras», parecen haber sido el de la labranza, que hace colaborar al Hombre con la Tierra, y el de la llama purificante; esta doble adoración quedó mucho tiempo encerrada en el círculo estrecho de las familias, sin la temible intervención de una casta sacerdotal.

El culto del Fuego es ciertamente de todos el más sencillo, el más normal y fácil de comprender y de justificar científicamente. En cuanto el hombre, libre del terror primitivo, comenzó á reflexionar sobre los efectos y las causas en el inmenso universo que le rodea, hallaría natural adorar el gran astro de donde, para la Tierra y sus habitantes, procede toda vida. Antes del alba hace frío, todo está triste, el hombre permanece inquieto por los sueños de la noche; mas apenas el sol redondea sobre el horizonte su curva centellante, la Naturaleza se estremece de amor, las flores se entreabren, los pájaros cantan, los hombres, dichosos por el despertar, se ponen á trabajar con alegría. Después, cuando el astro, habiendo recorrido su carrera, se oculta rojo y suntuoso en su lecho de nubes, cuando el ancho disco se ha sumergido en el Océano, todos van al reposo, y el sueño entorpece los seres, preparándolos para el renuevo del día siguiente. La fuerza del Sol pasa al fuego, reflejo terrestre, chispa del sublime hogar, que penetra en la savia de los árboles, en la sangre de los animales y de los hombres, en nuestros músculos y en nuestros cerebros. Que el Sol cese de brillar, y sobre la Tierra todo desaparecería al mismo tiempo. Que el calor disminuya á consecuencia de un viaje excéntrico en el infinito, entraríamos en «el gran invierno» [1], y nuestra civilización tan decantada se volvería bárbara; los glaciares que habían retrocedido hacia el polo emprenderían nuevamente su curso para descender del círculo glacial y arrasar otra vez las campiñas y todas las obras del hombre.

Es, pues, plausible que de todas las raíces que elevaron el gran

[1] James Croll, *Climate and Time*.



RUINAS DE PERSÉPOLIS, GRAN ESCALERA DE HONOR

Dibujo de G. Roux, según una fotografía.

árbol de la religión mazdeista, la más antigua sea el culto del Sol y de su representante en la Tierra la Llama deslumbrante, que arde y purifica. Esa religión primera, cuyas huellas ha borrado parcialmente la evolución general de la humanidad, conservaba en el iranismo caracteres tan vivos y precisos que respecto de él los pueblos se encontraban todavía en su estado de emoción primitiva.

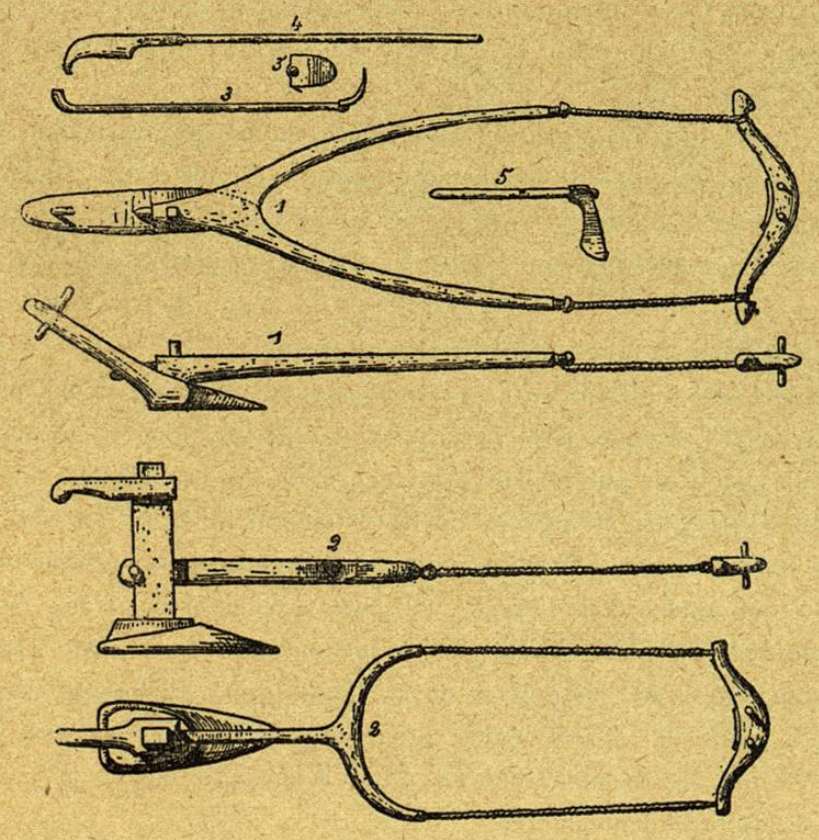
Verdad es que en todo tiempo el animal y el hombre habían conocido el fuego, sea en los cráteres de los volcanes, sea en los árboles

encendidos por el rayo, sea también en el choque de los fragmentos del sílex ó en las ramas de diferentes especies que se encienden por la fricción; ¡pero cuán prodigioso fué el descubrimiento que enseñó el arte de conservar la brasa ó la llama, y, lo que es mejor, de producirles á voluntad! En comparación de ese descubrimiento primero, todas las invenciones de que tanto nos enorgullecemos son poca cosa, simples transmutaciones de la fuerza inicial que nos fué dada cuando, merced á su genio, vió un hombre brillar la chispa ante sus ojos: desde entonces existieron en germen todas las industrias. Había nacido la más noble figura de la historia mítica y de la historia real, la de Prometeo, «el raptor del Fuego».

Comprëndese que las primeras prácticas de la creación del fuego hayan sido consideradas como santas y que los jefes de familia hayan considerado como un deber producir el fuego según el antiguo procedimiento, por el frote de un palito puntiagudo de madera fuerte girando sobre el agujero otro palo de madera blanda. El fuego doméstico quedó, durante miles de años, rodeado de todos los signos exteriores de una veneración profunda; y es curioso que las mismas ceremonias se hallan idénticas entre los panteístas y los politeístas arios de la India, entre los dualistas iránicos y los fetichistas de Africa y del Nuevo Mundo; prueba de que el culto del Fuego había precedido entre unos y otros á las evoluciones religiosas y al dogma propiamente dicho.

Ese culto primitivo que respondía á una conquista de la mayor importancia, realizable en todas partes y casi independiente de las condiciones geográficas, fué, de todas las religiones, la que pudo pasarse más tiempo sin ceremonial sacerdotal: la conservación del fuego era el oficio natural de la madre de familia, de la que conserva la vida en el hogar. Ahora mismo, después de miles de años, quizá diez mil, quizá cien mil, ese culto suele expresarse sin palabras, pero con solemne reverencia, en innumerables habitaciones: entre los Gatchas, por ejemplo, pueblo pamirio primitivo que no tiene sacerdotes, la brasa se despoja religiosamente cada mañana de las cenizas que la cubren; y es tal el respeto que inspira su calor, que es al mismo tiempo luz, que se guardarían mucho de tocar el carbón flameante con objetos impuros, ni siquiera con el aliento, porque desde los orígenes comprendió el hombre que el soplo, tomado de la pura atmósfera, se carga á cada expiración

de un veneno sutil; para extinguir respetuosamente la llama se ha de agitar la mano según los ritos prescritos. La brasa es, sobre la piedra del hogar, lo que para el Universo es el Sol triunfante que preside cada día la obra del trabajo.



INSTRUMENTOS ARATORIOS DEL MAZANDERAN

1 y 2. Arado. — 3. Herramienta para el cultivo del arroz. — 4. Podadera de mango largo. 5. Hacha.

Según una fotografía de J. de Morgan (Misión arqueológica en Persia).

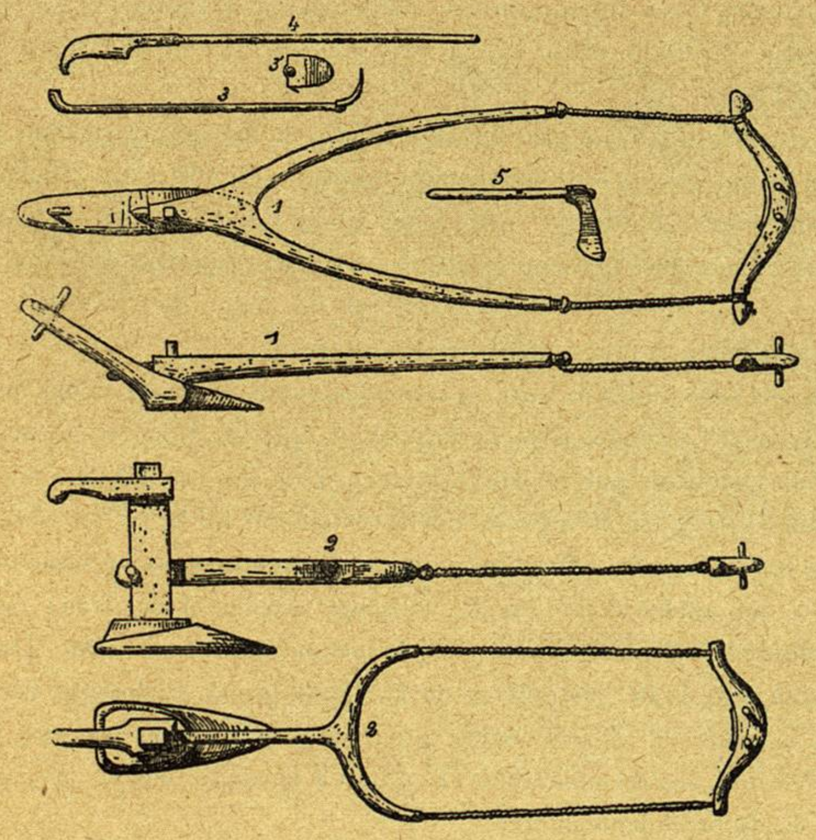
Esta religión primitiva de la llama vivificante ha persistido en todo tiempo, penetrando las otras religiones, aun aquellas que nacieron del espanto de la muerte: no hay iglesia en que no brille una pequeña llama inextinguible, y donde no haya vírgenes que simbolicen la duración de la vida nacional por la adoración perpetua, encargadas de conservar el

encendidos por el rayo, sea también en el choque de los fragmentos del sílex ó en las ramas de diferentes especies que se encienden por la fricción; ¡pero cuán prodigioso fué el descubrimiento que enseñó el arte de conservar la brasa ó la llama, y, lo que es mejor, de producirles á voluntad! En comparación de ese descubrimiento primero, todas las invenciones de que tanto nos enorgullecemos son poca cosa, simples transmutaciones de la fuerza inicial que nos fué dada cuando, merced á su genio, vió un hombre brillar la chispa ante sus ojos: desde entonces existieron en germen todas las industrias. Había nacido la más noble figura de la historia mítica y de la historia real, la de Prometeo, «el raptor del Fuego».

Comprèndese que las primeras prácticas de la creación del fuego hayan sido consideradas como santas y que los jefes de familia hayan considerado como un deber producir el fuego según el antiguo procedimiento, por el frote de un palito puntiagudo de madera fuerte girando sobre el agujero otro palo de madera blanda. El fuego doméstico quedó, durante miles de años, rodeado de todos los signos exteriores de una veneración profunda; y es curioso que las mismas ceremonias se hallan idénticas entre los panteístas y los politeístas arios de la India, entre los dualistas iránicos y los fetichistas de Africa y del Nuevo Mundo; prueba de que el culto del Fuego había precedido entre unos y otros á las evoluciones religiosas y al dogma propiamente dicho.

Ese culto primitivo que respondía á una conquista de la mayor importancia, realizable en todas partes y casi independiente de las condiciones geográficas, fué, de todas las religiones, la que pudo pasarse más tiempo sin ceremonial sacerdotal: la conservación del fuego era el oficio natural de la madre de familia, de la que conserva la vida en el hogar. Ahora mismo, después de miles de años, quizá diez mil, quizá cien mil, ese culto suele expresarse sin palabras, pero con solemne reverencia, en innumerables habitaciones: entre los Gatchas, por ejemplo, pueblo pamirio primitivo que no tiene sacerdotes, la brasa se despoja religiosamente cada mañana de las cenizas que la cubren; y es tal el respeto que inspira su calor, que es al mismo tiempo luz, que se guardarían mucho de tocar el carbón flameante con objetos impuros, ni siquiera con el aliento, porque desde los orígenes comprendió el hombre que el soplo, tomado de la pura atmósfera, se carga á cada expiración

de un veneno sutil; para extinguir respetuosamente la llama se ha de agitar la mano según los ritos prescritos. La brasa es, sobre la piedra del hogar, lo que para el Universo es el Sol triunfante que preside cada día la obra del trabajo.



INSTRUMENTOS ARATORIOS DEL MAZANDERAN

1 y 2. Arado. — 3. Herramienta para el cultivo del arroz. — 4. Podadera de mango largo. 5. Hacha.

Según una fotografía de J. de Morgan (Misión arqueológica en Persia).

Esta religión primitiva de la llama vivificante ha persistido en todo tiempo, penetrando las otras religiones, aun aquellas que nacieron del espanto de la muerte: no hay iglesia en que no brille una pequeña llama inextinguible, y donde no haya vírgenes que simbolicen la duración de la vida nacional por la adoración perpetua, encargadas de conservar el

fuego continuo de la brasa ó de la llama. Pero en los cultos confiados á la gerencia de los sacerdotes, el simbolismo ha reemplazado á la realidad concreta, y la fe ha dejado de ser viva, como lo es todavía en las montañas de Irania y en muchas villas de Europa, donde las mujeres cubren cuidadosamente el fuego de la noche, para encontrar á la mañana los carbones vivos que transmiten el ardor oculto al sarmiento que chisporrotea. En todo tiempo fueron esas mujeres las verdaderas sacerdotisas del fuego.

Otra religión nació para los antepasados de los Iranios cuando uno de los inventores de esos tiempos antiguos imaginó fijar un palo puntiagudo ó un cuchillo de sílex á un arado primitivo arrastrado por bueyes domésticos, que eran los animales más respetados después del perro, el que, dicho sea de paso, era ya un amigo y se le nombraba inmediatamente después de los hombres libres [1].

No se sabe dónde se hizo ese descubrimiento de la aereación metódica del suelo fecundo, pero la veneración que los Arias orientales de los Vedas profesan por la labranza, demuestra que esa práctica les era hereditaria, y guía el ingenio del investigador hacia las mesetas de donde habían bajado. Por otra parte, se encuentra también el conocimiento del arado al pie de la vertiente occidental del Irán; en la Mesopotamia, en una época que es á lo menos de siete mil años. Desde esas comarcas de la Cis-Irania y de la Trans-Irania, el descubrimiento de la labranza se esparció sobre gran parte del Mundo Antiguo, sea directamente, sea reemplazando al cultivo á la azada, mucho más sencillo, usado precedentemente.

La revolución cumplida en la sociedad, y, por consecuencia, en el mundo del pensamiento, por efecto de la reja del arado, es de aquellas que profundizaron más en la vida de las naciones y las impulsaron más hacia vías nuevas. De ese modo, la forma del labrado, convertida en esos tiempos modernos en símbolo del espíritu conservador por excelencia, fué en cierta época un acontecimiento revolucionario. Además, ese cambio en las prácticas del labrador tuvo, según parece, por consecuencia producir la substitución de un alimento por otro en la nutrición de las poblaciones iránicas. El cereal que hasta entonces había sumi-

[1] De Gobineau, *Histoire des Perses*, t. I, p. 24.



CARRETA DE LABRADOR EN KNOSROVAH

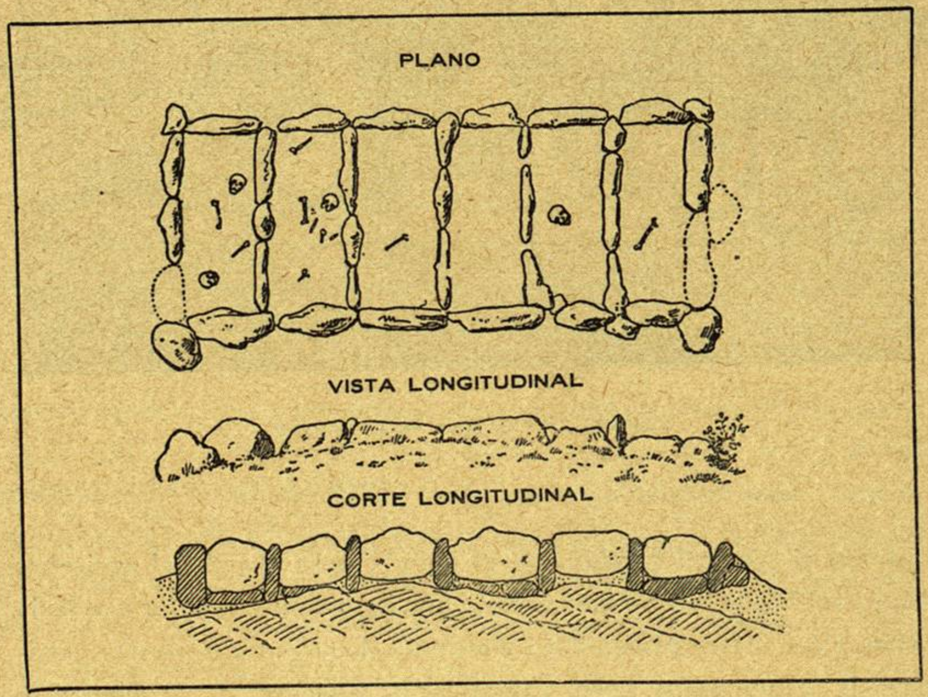
Dibujo de G. Dambuyant, de una fotografía.

nistrado el pan del hombre era el mijo [1]; pero cuando el agricultor tuvo á su disposición un instrumento que le permitió remover más fácilmente y con mayor profundidad y anchura el suelo, otras plantas nutritivas le reemplazaron poco á poco en la alimentación, el trigo y la cebada, cuya patria buscan los botánicos en las montañas del Irán y del Asia Menor.

La perspectiva de las edades aproxima los acontecimientos realizados en una época lejana, y, por consecuencia, el historiador arriesga engañarse viendo en un mismo cuadro, cuyos planos se confunden, los descubrimientos sucesivos efectuados en tiempos lejanos. Pero si es verdad, como suele admitirse, que la utilización de los animales domésticos y la invención de la rueda hayan casi coincidido con el perfeccionamiento de la labranza y la adquisición de un alimento más rico, el

[1] Hahn, *Demeter und Baubo, Die Haustiere und ihre Beziehungen zur Wirtschaft des Menschen.*

hombre del mundo ario se habría visto envuelto en un ciclo maravilloso de progreso en las artes, la ciencia y el pensamiento. Se comprende que nuestros antepasados, poseídos de cándido entusiasmo por las victorias que acababan de obtener sobre el destino, hayan forjado en su cerebro una religión nueva, la de la Agricultura, con sus fiestas del Trabajo, de la Siembra y de la Siega: «¿Cuál es la buena obediencia á la verdadera fe?» pregunta un pasaje del Avesta. «La vigorosa



COMPARTIMENTOS MAZDEISTAS DE EXPOSICIÓN DE LOS CUERPOS

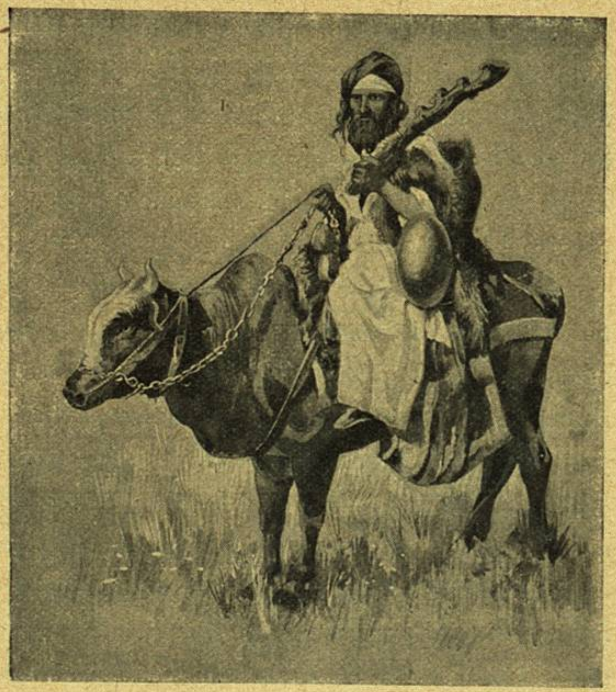
De una fotografía de J. de Morgan (Misión arqueológica en Persia).

cultura del trigo», responde Ormuzd. «Cuando brota el trigo, los demonios se asustan; cuando se le siega, gritan de espanto; cuando se le muele, desaparecen».

El culto primitivo del Fuego, del Trabajo, del Arado, de los Bueyes domésticos y del Pan vivificante nació del sentimiento de la gratitud, al mismo tiempo que una admiración bien justificada, y esta veneración primera no contribuiría en manera alguna al rebajamiento intelectual

del individuo: en las prácticas de esas religiones nada podía degradar al fiel. La corrupción y el embrutecimiento no se hicieron sentir sino con la observación forzada de los ritos y la necia repetición de las fórmulas; el culto no se convirtió en causa de regresión mental hasta el momento en que cayó bajo la dirección de los sacerdotes conservadores, quienes, en pago, se hicieron conceder el diezmo, el quinto ó el tercio de los bienes.

Á esas creencias de los iránicos primitivos, que se descubren de una manera muy clara en el Avesta y en los otros libros litúrgicos de Persia, se mezclaron naturalmente todas las religiones del naturismo y del animismo: admiración del cielo y de las nubes; veneración del agua vivificante, que brota de la roca y que se agotará pronto al sol si no se ocultase en canales subterráneos; temor de los malos genios que nacen de las emociones irracionales del hombre, todos esos sentimientos formaban parte de la religión iránica ántes de que se formulase el mazdeismo, adoración del «Altísimo», del «Sapientísimo», que adquirió gran importancia en Irania y en la historia del pensamiento humano y que, englobando todas las formas religiosas precedentes, les añadió la noción del antagonismo absoluto entre el Bien y el Mal.



MENDIGO VIAJERO (PERSIA)

Dibujo de G. Roux, de una fotografía.

Poco importa que el fundador, un Zaratvastra, Zarathustra, Zadutch ó Zoroastro cualquiera haya sido un personaje positivo, nacido en la

Bactriana, en Rhagae ó en la Atropatena, ó bien un tipo legendario, creado posteriormente: ¿era, según una etimología plausible, aunque incierta, «el buen labrador?»[1] ¿Á qué título se le consideraba como el primer sacerdote, el primer guerrero, el primer labrador, es decir, como el representante de todas las clases victoriosas y sumisas? No sabemos: basta que su nombre simbolice la religión esencialmente dualista del Irán.

Si las religiones primitivas del Fuego, del Trabajo, de la Naturaleza y de los Genios no están, en los fenómenos de su nacimiento y de su desarrollo, necesariamente unidas á condiciones geográficas especiales, no sucede lo mismo respecto del mazdeismo, tal como lo proclama Zoroastro. Ese culto debe ciertamente en gran parte su carácter tan preciso á la naturaleza del Irán.

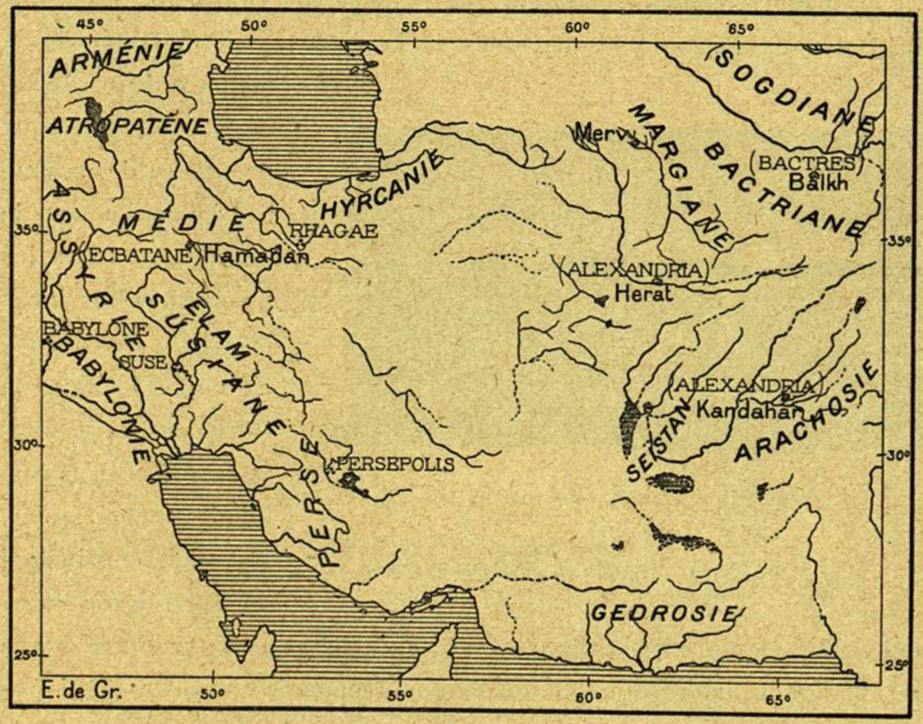
No hay duda que la conciencia de un combate eterno de dos fuerzas no tiene nada de especial á Persia, y cada nación, cada individuo, lo encuentra en sí. Vemos sin cesar en nosotros y alrededor nuestro el ritmo de todas las cosas y de sus contrarias: luz y tinieblas, salud y enfermedad, alegría y tristeza, risas y lágrimas, amor y odio, vida y muerte. Del mismo modo el hombre se desdobla en espíritu y materia, aunque la unidad de su naturaleza le sea demostrada de una manera evidente por su vida misma; se habla también de los sexos como si fueran principios opuestos, y, por último, desde el punto de vista político y moral, todas las sociedades se descomponen en partidos y en *çof*, en amigos y enemigos, en ciudadanos y extranjeros, en Griegos y Bárbaros, hasta en hijos del cielo y diablos del infierno.

Pero Persia nos presenta, fuera del individuo, esa lucha de los dos principios bajo formas materiales que habían de recordarle incesantemente á los fieles. En primer lugar el gran hecho geográfico del contraste preciso entre la alta meseta y las llanuras bajas: estepas turkmenas de un lado y campiñas de la Mesopotamia de otro, contraste que acentuarían más las costumbres hostiles de las naciones en contacto, aquí de los Iranios, allá de los Turanios. En fin, sobre la misma meseta se produce la oposición brusca entre los jardines de las ciudades y los arenales ó las salinas. En diferentes comarcas del Irán cada ciudad se

[1] Según A. V. Williams Jackson — *Zoroaster, the Prophet of Ancient Iran* — Zar-uchtra significa «el camello salvaje», palabras difíciles de explicar simbólicamente.

rodea de una zona ondulante que ha de proteger por medio de una muralla de piedra para detener las dunas. Tales son las condiciones que simbolizan los personajes épicos de Rustem el Iranio y de Afrasiab el Turanio, de Feridun el rey bueno y de Zohak el tirano, en cuyas espaldas se yerguen serpientes ávidas de cerebros humanos.

N.° 67. Imperios y Centros.



1: 20 000 000

0 100 500 1000 Kil.

Y en el mito religioso, el contraste se continúa por la creación de dos gemelos divinos, nacidos en la misma matriz, iguales en poder y ambos servidos por innumerables ejércitos de genios. Uno de estos dioses es Ahura Mazda ú Ormuzd, es decir, el Señor sapientísimo, el Mazda por excelencia; el otro es Angro-Maïnu, Ahriman, es decir, el Espíritu autoritario, de servidumbre, el malo. Entre los dos se

Bactriana, en Rhagae ó en la Atropatena, ó bien un tipo legendario, creado posteriormente: ¿era, según una etimología plausible, aunque incierta, «el buen labrador?»[1] ¿Á qué título se le consideraba como el primer sacerdote, el primer guerrero, el primer labrador, es decir, como el representante de todas las clases victoriosas y sumisas? No sabemos: basta que su nombre simbolice la religión esencialmente dualista del Irán.

Si las religiones primitivas del Fuego, del Trabajo, de la Naturaleza y de los Genios no están, en los fenómenos de su nacimiento y de su desarrollo, necesariamente unidas á condiciones geográficas especiales, no sucede lo mismo respecto del mazdeismo, tal como lo proclama Zoroastro. Ese culto debe ciertamente en gran parte su carácter tan preciso á la naturaleza del Irán.

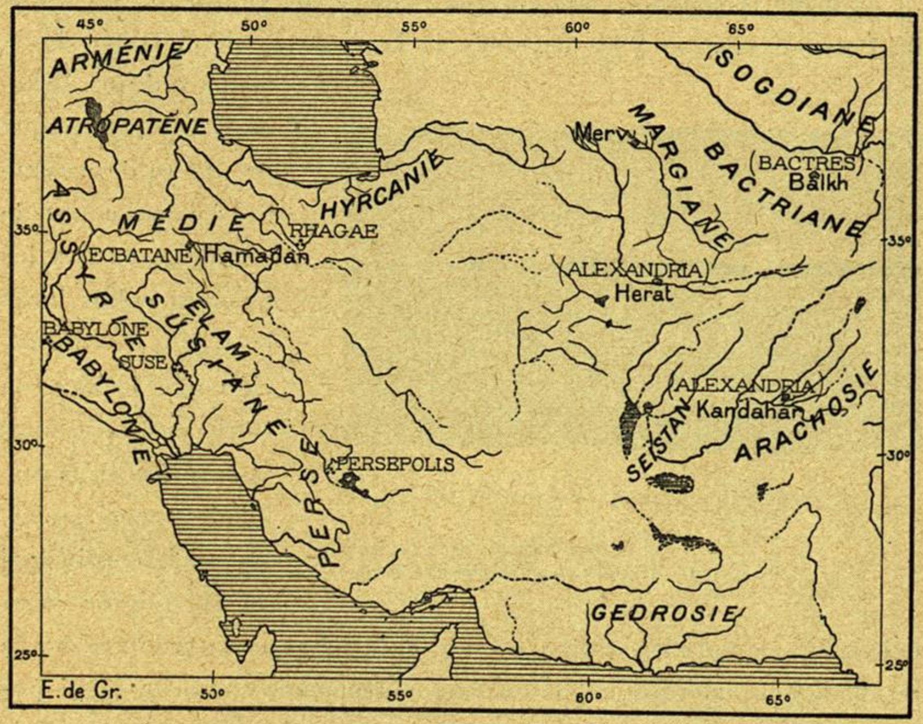
No hay duda que la conciencia de un combate eterno de dos fuerzas no tiene nada de especial á Persia, y cada nación, cada individuo, lo encuentra en sí. Vemos sin cesar en nosotros y alrededor nuestro el ritmo de todas las cosas y de sus contrarias: luz y tinieblas, salud y enfermedad, alegría y tristeza, risas y lágrimas, amor y odio, vida y muerte. Del mismo modo el hombre se desdobla en espíritu y materia, aunque la unidad de su naturaleza le sea demostrada de una manera evidente por su vida misma; se habla también de los sexos como si fueran principios opuestos, y, por último, desde el punto de vista político y moral, todas las sociedades se descomponen en partidos y en *çof*, en amigos y enemigos, en ciudadanos y extranjeros, en Griegos y Bárbaros, hasta en hijos del cielo y diablos del infierno.

Pero Persia nos presenta, fuera del individuo, esa lucha de los dos principios bajo formas materiales que habían de recordarle incesantemente á los fieles. En primer lugar el gran hecho geográfico del contraste preciso entre la alta meseta y las llanuras bajas: estepas turkmenas de un lado y campiñas de la Mesopotamia de otro, contraste que acentuarían más las costumbres hostiles de las naciones en contacto, aquí de los Iranios, allá de los Turanios. En fin, sobre la misma meseta se produce la oposición brusca entre los jardines de las ciudades y los arenales ó las salinas. En diferentes comarcas del Irán cada ciudad se

[1] Según A. V. Williams Jackson — *Zoroaster, the Prophet of Ancient Iran* — Zar-uchtra significa «el camello salvaje», palabras difíciles de explicar simbólicamente.

rodea de una zona ondulante que ha de proteger por medio de una muralla de piedra para detener las dunas. Tales son las condiciones que simbolizan los personajes épicos de Rustem el Iranio y de Afrasiab el Turanio, de Feridun el rey bueno y de Zohak el tirano, en cuyas espaldas se yerguen serpientes ávidas de cerebros humanos.

N.º 67. Imperios y Centros.



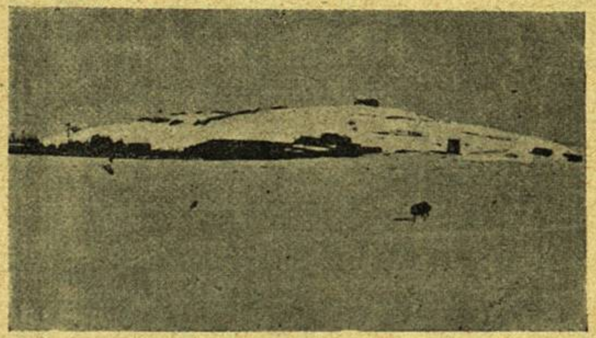
1: 20 000 000

0 100 500 1000 Kil.

Y en el mito religioso, el contraste se continúa por la creación de dos gemelos divinos, nacidos en la misma matriz, iguales en poder y ambos servidos por innumerables ejércitos de genios. Uno de estos dioses es Ahura Mazda ú Ormuzd, es decir, el Señor sapientísimo, el Mazda por excelencia; el otro es Angro-Maïnu, Ahriman, es decir, el Espíritu autoritario, de servidumbre, el malo. Entre los dos se

debate incesantemente la suerte del mundo: cada uno de nosotros es como una ficha en el juego entre esos prodigiosos luchadores. Sin embargo, el hombre no ha de abandonarse completamente en ese conflicto á que se entregan sobre su cabeza las divinidades de lo alto: si inclina constantemente su fuerza del lado del bien, logrará, después de siete mil siglos de espera, hacer que triunfe Ormuzd, y de la manera más noble, por la conversión de Ahriman, convertido también en dios de justicia y de amor universal.

Tal fué la religión, muy elevada respecto de ciertos aspectos, que los Persas enseñaron á las naciones de las llanuras circundantes desde la época de los Akheménidas [1], pero que pronto se desnaturalizó á consecuencia de cruzamientos con los diversos cultos locales y de la transformación que le hicieron sufrir sus sacerdotes interesados en la utilidad y en el poder. El núcleo principal de la religión mazdeista fué siempre la Atropatena, «el País del gran Sacerdote», donde residía aquel poderoso jefe de los magos, respetado como un igual por los soberanos del Irán. Aquellos pontífices nos legaron toda una serie de bellas monedas de plata que representan al gran sacerdote adorando el fuego con su legendario estandarte de Kaueh, el herrero. Pretendiendo interpretar la voluntad suprema, ejercieron indudablemente una profunda influencia; pero el culto doméstico, que hacía del jefe de familia el verdadero sacerdote, se sostuvo á lo menos hasta la época de los Sasanidas [2].



LA COLINA DE LAS RUINAS DEL PALACIO DE ECBATANA

De una fotografía de J. de Morgan (Misión arqueológica en Persia).

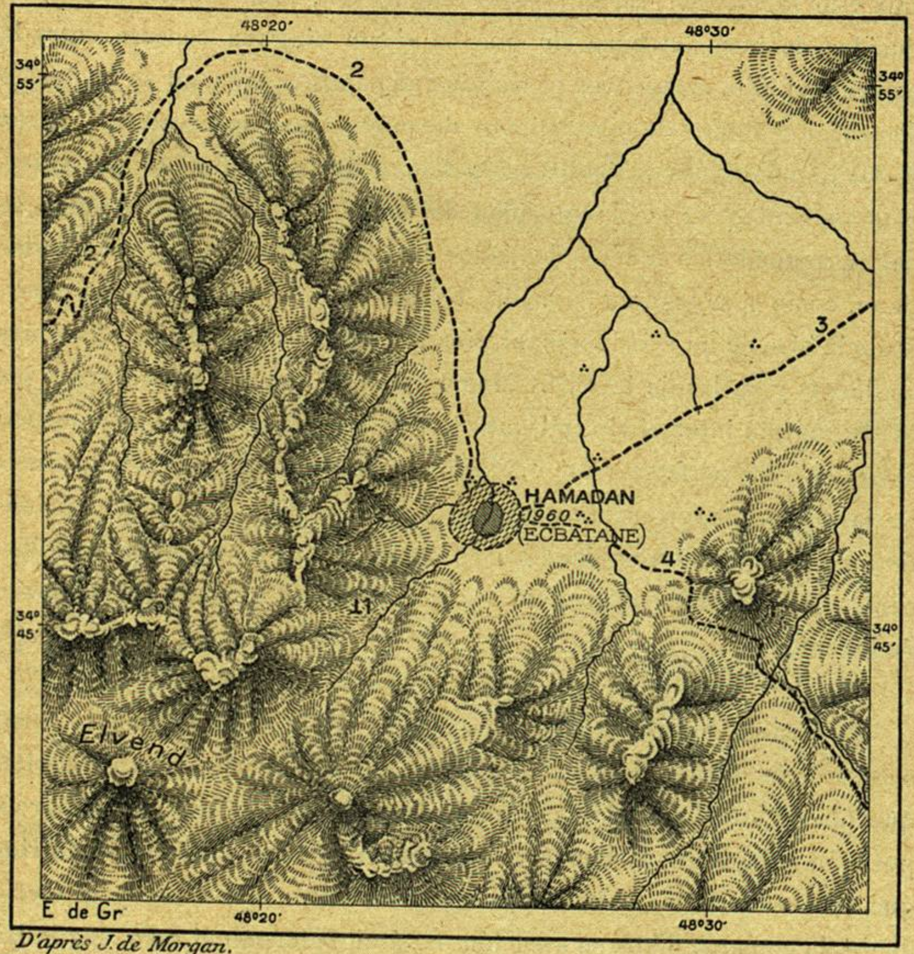
No hay duda que el Avesta, tal como le poseemos actualmente, ha sido refundido por los magos en el país de los Medas en el siglo III de la

[1] De Gobineau, *Histoire des Perses*, passim.
[2] Id., t. I, p. 106.

era cristiana [1]: de ahí nos han venido los nuevos libros sagrados, formados probablemente por gran parte de restos de los antiguos.

N.º 68. Ecbatana y el Elvend.

(Véanse páginas 418 y siguientes)



D'après J. de Morgan.

1: 250000

0 5 10 15 Kil.

1. Inscripción trilingüe.
2. Camino hacia Bisutun y la Potamia.
3. Camino hacia Rhagae.
4. » » Persépolis.

Los libros rejuvenecidos envejecieron á su vez, y la religión maz-

[1] Darmesteter.

deista, bajo su forma antigua, se perdió casi por completo, en tanto que los cuentos populares, las fábulas, los enigmas, los proverbios, en su mayoría se han conservado textualmente, de modo que remontándose lo más lejos posible en el pasado hacia los orígenes iránicos, estas preciosas é ingenuas expresiones del pensamiento humano, se encuentran casi idénticos. En su misma composición, esas narraciones, reproducidas de boca en boca sin que se ejerza ninguna censura entre la madre y el hijo, conservan el carácter de antigüedad: no se ha hecho transmisión alguna de pensamiento de modo más conservador, á pesar de las innumerables variantes procedentes de la nación, de la civilización ambiente y de la personalidad del narrador. Del mismo modo se han perpetuado los cuentos de hadas casi sin cambio en el mundo cristiano, como si se legaran de madre á hija, sin que en ellos haya penetrado la idea de un Dios personal, siendo fácil reconocer en las relaciones modernas y en las de la Edad Media todo lo que los sacerdotes y los escritores han intercalado, porque el viejo fondo anterior al cristianismo existe en ellas perfectamente distinto, y pueden cumplirse revoluciones de la mayor importancia social sin que se modifique el estado primitivo de la fantasía popular: así es como en las numerosas recopilaciones de cuentos rusos apenas se encuentran huellas de la servidumbre de los mujiks [1].

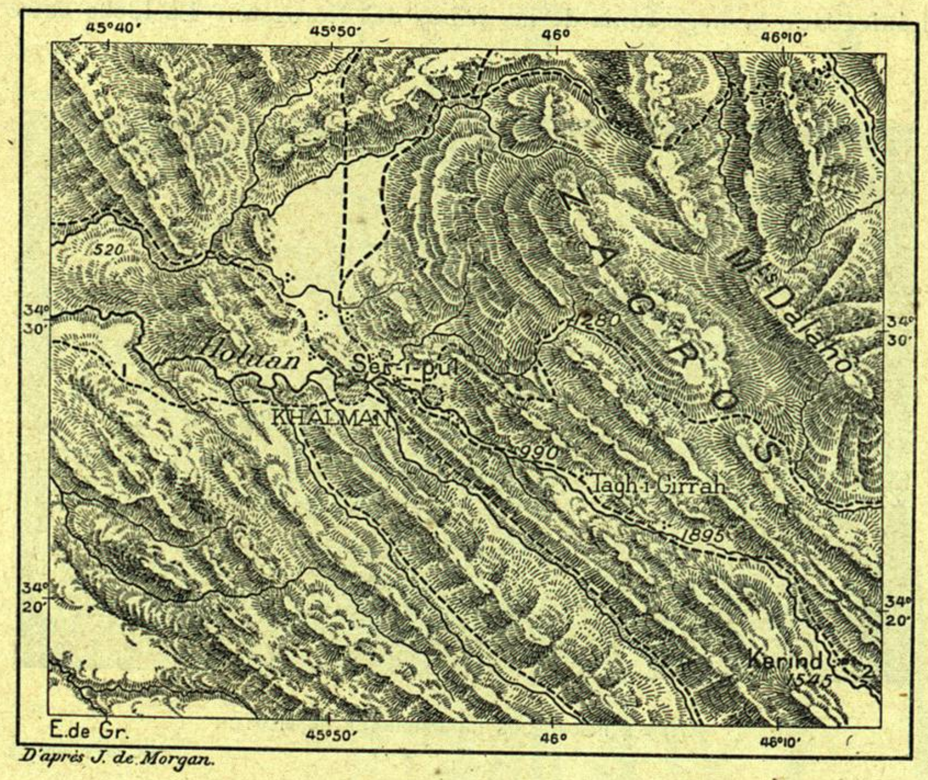
El cambio frecuentísimo de residencia de la ciudad escogida como centro de la nación para el ataque ó para la defensa — hecho capital que fija la atención del historiador de la Irania, — se explica por la posición geográfica de Persia. Atravesada por los caminos necesarios que debían tomar las poblaciones agrícolas entre el Oriente y el Occidente, la comarca fijaba su atención ora á un lado, ora al otro, según las sensaciones ó los peligros, cambiando, por consiguiente, el centro de gravedad del país de siglo en siglo, y frecuentemente de una manera repentina. La sólida y precisa individualidad geográfica del Irán, con su reborde de altas montañas, permite compararla á un luchador á quien combaten alternativamente varios adversarios: según los asaltos que sufre ha de cambiar de postura con frecuencia, hiriendo á derecha é

[1] Eugène Hins, *La Russie dévoilée au moyen de la Littérature populaire. L'Épopée animale*, ps. 8 y 9.

izquierda de punta ó de corte. Su esfuerzo se dirigía principalmente del lado del Oeste: en el país de los ríos se habían constituído grandes imperios, y era natural que el centro del poder del Irán cambiase paralelamente sobre el reborde de la meseta.

N.º 69. Pasaje del Zagros.

(Véase pág. 419)



D'après J. de Morgan.

1 : 500000

0 10 20 30 Kil.

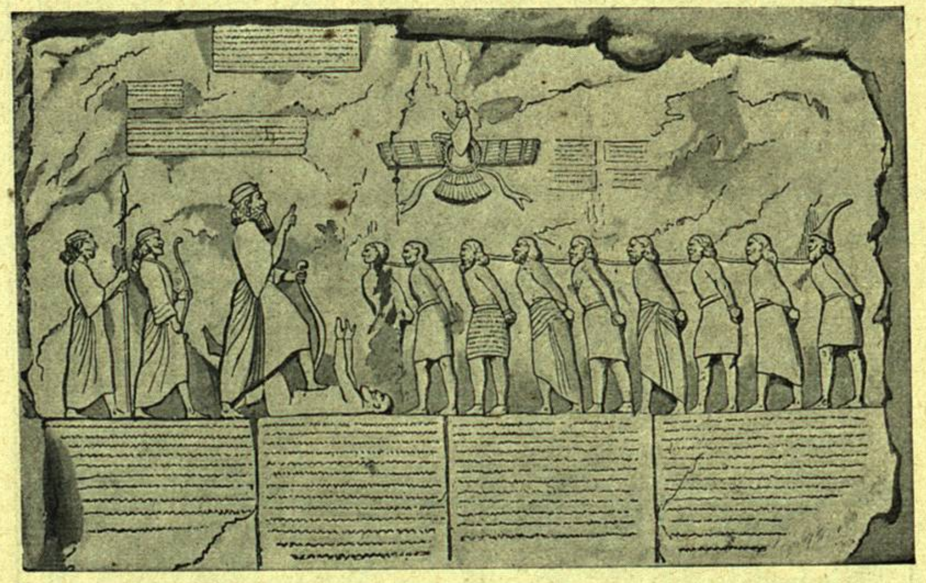
1. Camino hacia la Potamia. 2. Camino hacia Bisutun y Ecbatana.

Las inscripciones de Hurin-Cheikh-Khan se encuentran á una treintena de kilómetros al oeste de Khalman, fuera de los límites del mapa.

Cuando Babilonia ó alguna otra ciudad de la baja Mesopotamia era la gran dominadora de las llanuras, concentrábase la fuerza de los habitantes de la meseta en Suza, en Persépolis ó en otros lugares de la Persia meridional; cuando Nínive tomó lugar preferente en la región de

la Mesopotamia superior, fué Ecbatana el gran foco de dominación para las poblaciones de la Irania.

Hace veinticinco ó veintiséis siglos, cuando la historia de esta parte del Irán comenzó á precisarse, la preponderancia de los Medas existía probablemente desde muchas generaciones, pero no había sido dócilmente aceptada por las otras poblaciones de la meseta, y ese antagonismo debió tener por resultado disminuir la potencia de la confederación iránica bajo la hegemonía de las tribus del Noroeste. La lucha entre



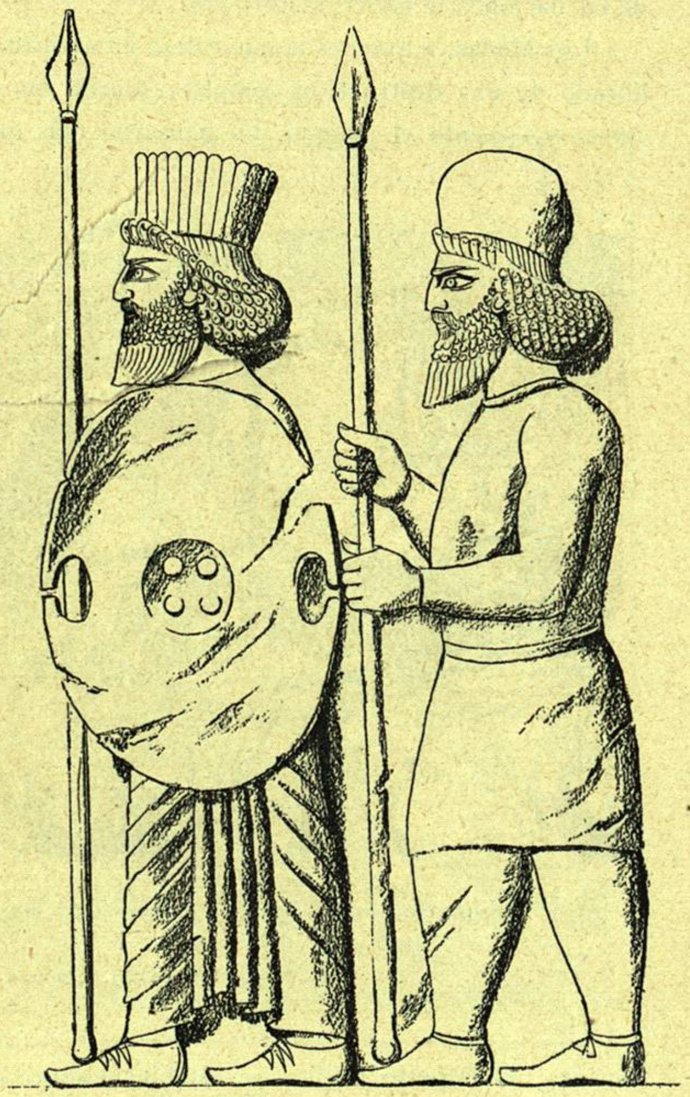
LÁPIDA É INSCRIPCIÓN CUADRILINGÜE DE BISUTUN

De una fotografía.

Medas y Asirios reemplazaba, pues, la que, durante miles de años, había existido entre Sucianos y Caldeos; pero la posición de los Iranios del norte, privilegiada por la posesión de la fortaleza natural de la Atropatena, era mucho más fuerte que la de los Elamitas, estando Suza, la capital, expuesta á los ataques en el valle bajo de los montes avanzados.

Muchas veces, durante más de dos siglos, las hordas guerreras de los reyes de Asiria se lanzaron al asalto de los desfiladeros, y con frecuencia lograron operar razzias felices y sumisiones temporales. Uno de los primeros Sars llegó hasta el lago de Urmiah; Salmanasar III

penetró en la garganta del Zagros y se acercó probablemente hasta el sitio en que se elevaba la ciudad naciente de Ecbatana; Sargón, observando un método constante, mudó de posición las poblaciones que sometió, y colonizó con elementos sirios y fenicios algunos valles de la Media; más de una vez fueron presentados caballos de las llanuras niseanas como tributo al vencedor, pero los dominadores ninivitas citan con tanta complacencia el menor éxito obtenido sobre sus vecinos, «los poderosos Medas», que se adivina: la nación no fué subyugada.



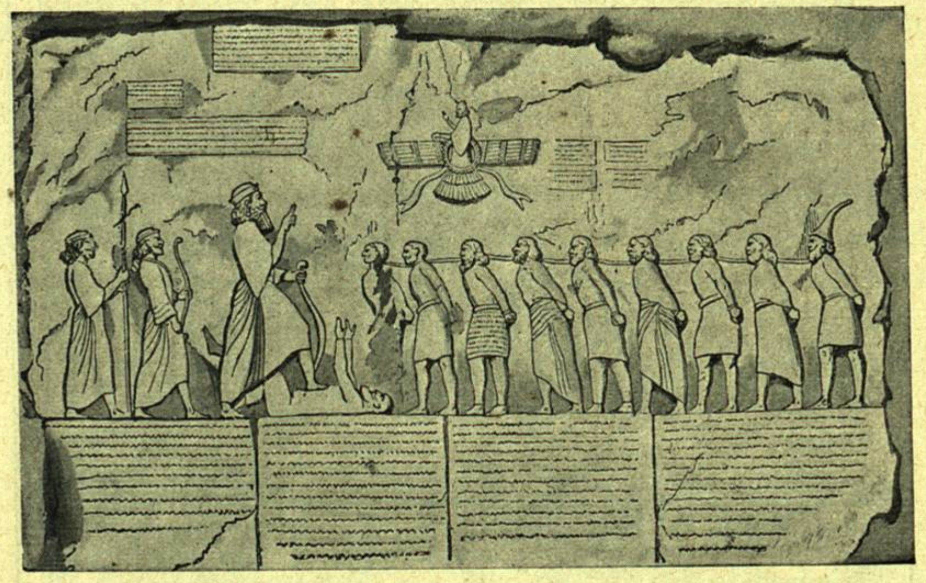
SOLDADOS DE INFANTERÍA MEDAS Y PERSAS

De un bajo-relieve del Museo del Louvre.

En el momento en que la potencia asiria alcanzaba su mayor extensión, una sacudida de los pueblos procedentes del Asia central puso nuevamente todo en tela de juicio. Los Sakes (Scitas) invadieron todo el Asia anterior, desde la Bactriana hasta la proximidad del delta nilótico; en siete ú ocho años, hacia el fin del reinado de Assurbanipal, saquearon

la Mesopotamia superior, fué Ecbatana el gran foco de dominación para las poblaciones de la Irania.

Hace veinticinco ó veintiséis siglos, cuando la historia de esta parte del Irán comenzó á precisarse, la preponderancia de los Medas existía probablemente desde muchas generaciones, pero no había sido dócilmente aceptada por las otras poblaciones de la meseta, y ese antagonismo debió tener por resultado disminuir la potencia de la confederación iránica bajo la hegemonía de las tribus del Noroeste. La lucha entre



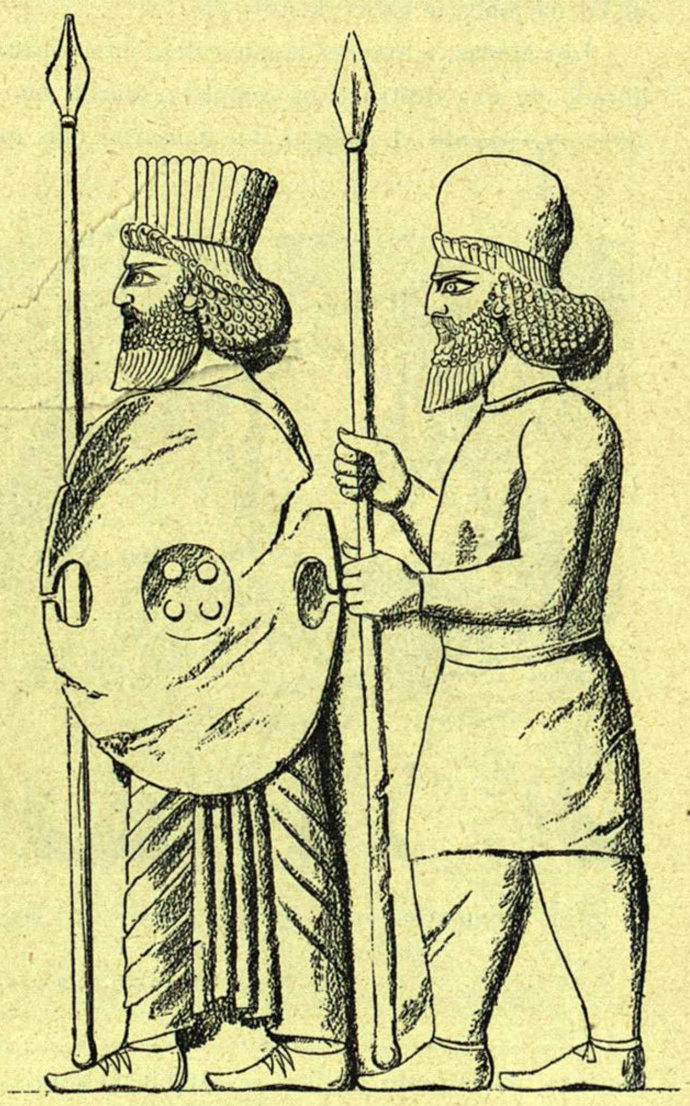
LÁPIDA É INSCRIPCIÓN CUADRILINGÜE DE BISUTUN

De una fotografía.

Medas y Asirios reemplazaba, pues, la que, durante miles de años, había existido entre Sucianos y Caldeos; pero la posición de los Iranios del norte, privilegiada por la posesión de la fortaleza natural de la Atropatena, era mucho más fuerte que la de los Elamitas, estando Suza, la capital, expuesta á los ataques en el valle bajo de los montes avanzados.

Muchas veces, durante más de dos siglos, las hordas guerreras de los reyes de Asiria se lanzaron al asalto de los desfiladeros, y con frecuencia lograron operar razzias felices y sumisiones temporales. Uno de los primeros Sars llegó hasta el lago de Urmiah; Salmanasar III

penetró en la garganta del Zagros y se acercó probablemente hasta el sitio en que se elevaba la ciudad naciente de Ecbatana; Sargón, observando un método constante, mudó de posición las poblaciones que sometió, y colonizó con elementos sirios y fenicios algunos valles de la Media; más de una vez fueron presentados caballos de las llanuras niseanas como tributo al vencedor, pero los dominadores ninivitas citan con tanta complacencia el menor éxito obtenido sobre sus vecinos, «los poderosos Medas», que se adivina: la nación no fué subyugada.



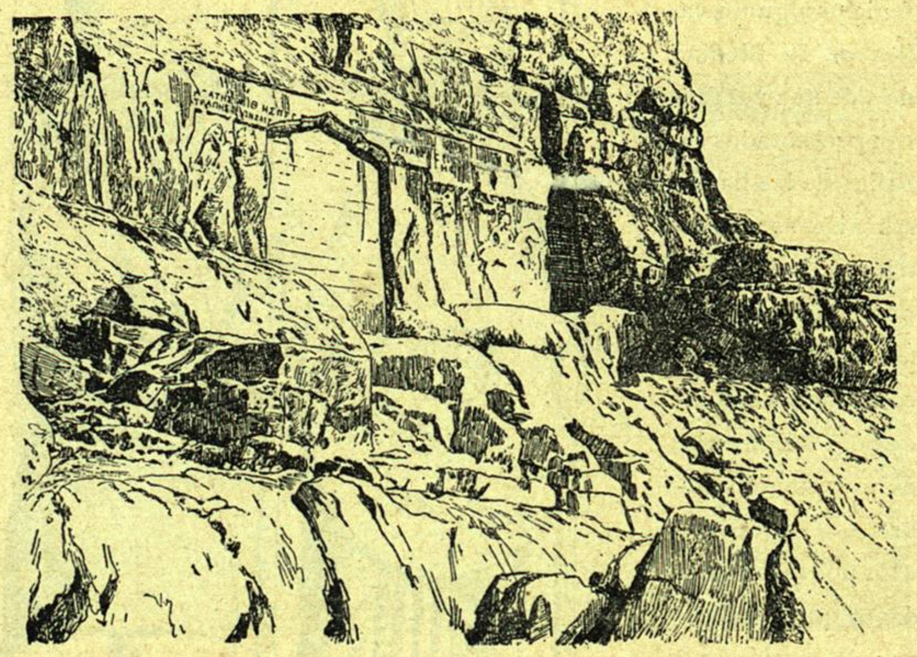
SOLDADOS DE INFANTERÍA MEDAS Y PERSAS

De un bajo-relieve del Museo del Louvre.

En el momento en que la potencia asiria alcanzaba su mayor extensión, una sacudida de los pueblos procedentes del Asia central puso nuevamente todo en tela de juicio. Los Sakes (Scitas) invadieron todo el Asia anterior, desde la Bactriana hasta la proximidad del delta nilótico; en siete ú ocho años, hacia el fin del reinado de Assurbanipal, saquearon

la Media, Asiria, Armenia, Babilonia, Palestina y Fenicia, y después desaparecieron sumergidos en el número de las poblaciones vencidas. La ola devastadora no había hecho más que pasar, pero el equilibrio de las naciones se había trastornado.

Los Medas, á quienes la naturaleza montañosa de su comarca había librado de una destrucción completa, fueron los primeros en restablecerse, y, pasado el peligro, no pensaron más que en acabar con los



INSCRIPCIONES DE LOS PARTOS É INSCRIPCIONES PERSAS EN BISUTUN

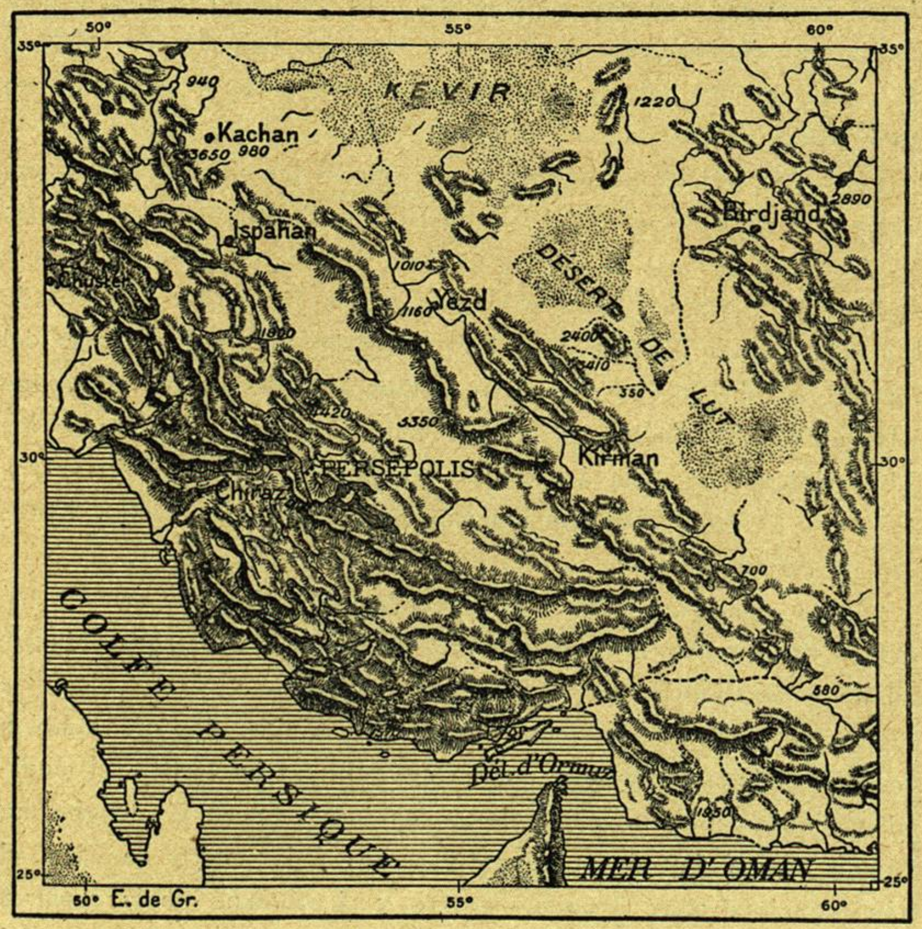
De una fotografía de J. de Morgan (Misión arqueológica en Persia).

Asirios. El imperio médico se estableció sobre las ruinas del imperio ninivita, la capital fué arrasada y su nombre no aparece más en la historia.

El imperio de los Medas extendió rápidamente su dominio desde las costas del golfo Pérsico á las del Ponto Euxino, y desde el valle del Helmand al del Halys en Asia Menor, pero fué una potencia relativamente pacífica. Al día siguiente de las hazañas de los Sargón y de los Assurbanipal, admira que se hable de períodos de paz y de tratados de

alianza. La Mesopotamia había ayudado á la Media á derrotar á Nínive: el pacto de amistad, sellado entre Nabupalussur, rey de Babilonia, y Kyaxares, rey de Ecbatana, fué observado por sus sucesores Nabukudurussur (Nabucodonosor) por una parte y Astiages por otra.

N.º 70. País de los Persas.



1: 10 000 000

0 100 200 300 400 500 Kil.

La Lidia había resistido á los primeros ataques de los Iranios; sintiéndose de fuerza igual, los combatientes hicieron la paz, que duró tanto como el imperio meda; pero un jefe persa tomó las armas contra su señor; Astiages fué vencido por Kur, personaje más ó menos

legendario, y el imperio de los Medas y de los Persas cedió el puesto al de los Persas y de los Medas.

Apenas elevado al trono, Ciro reunió en una sola potencia agresiva todos los elementos étnicos, antes hostiles, que se hallaban en su imperio, y, como tantos otros déspotas antes y después que él, trató de reconciliar los partidos opuestos lanzándoles como devastadores sobre las comarcas extranjeras. De ese modo comenzó, para continuar bajo los Akheménidas, ese largo período de conquistas y de anexiones que subyugó tantas naciones diversas y las reunió en un inmenso rebaño militar.

Bajo tan formidable impulso, casi todo el mundo conocido acabó por entrar en los límites del imperio de los Persas y de los Medas: la Mesopotamia y la Armenia, el Asia Menor, la Siria, el mismo Egipto, la Cirenaica hasta el Jardín de las Hespérides, el país de los Scitas hasta las estepas del Norte y las montañas heladas del Imaus, por último, las regiones nord-occidentales de la India, que Alejandro el Macedónico reivindicó más tarde como sucesor de los Akheménidas: de Este á Oeste, el territorio sometido á los reyes persas se extendió sobre un espacio de cuatro á cinco mil kilómetros en distancia lineal.

En aquella gran época, Persia era lo que el imperio romano fué siete ú ochocientos años después: el sueño de la monarquía universal no estuvo jamás tan cerca de su realización. Y no solamente sobresalía Persia por la extensión de sus dominios, sino que también ocupaba el lugar preferente por su gran cultura intelectual, el movimiento filosófico y la tolerancia de las ideas. Pero el peligro era grande para el jefe de semejante imperio: á la muerte de Ciro, el Irán parecía abrazar el mundo entero y el soberano de la comarca estaba colocado tan alto en su omnipotencia, que la «embriaguez del harto, del muy pesado extraviando su razón» hizo de él, lo que nos describe la historia, un Kaus, un Kambises [1].

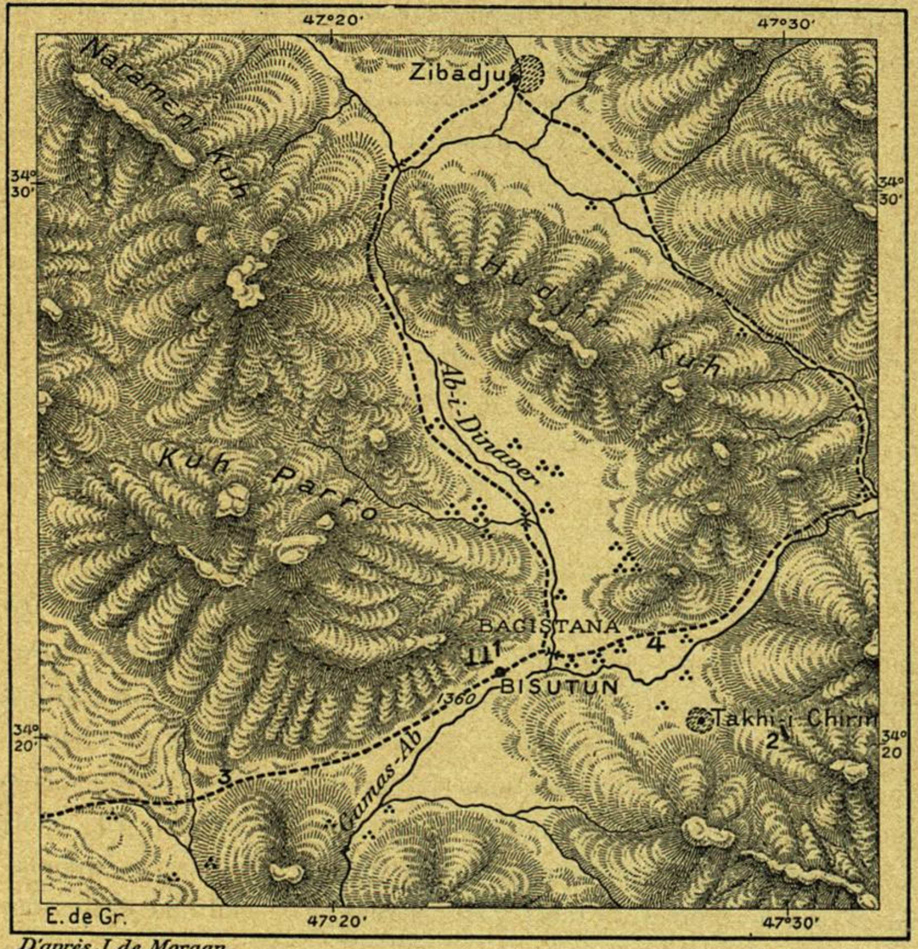
El centro de gravedad del inmenso imperio iba á sufrir nuevo cambio bajo la influencia de los acontecimientos. Primeramente los Persas, antes poco cuidadosos de tener una capital, considerada la

[1] De Gobineau, *Histoire des Perses*, t. I, p. 520.

organización feudad de sus principados, dieron el primer lugar á una ciudad de su territorio cuando llegaron á ser el pueblo dominador,

N.º 71. Bisutun y sus inmediaciones.

(Véase pág. 424)



D'après J. de Morgan.

1 : 250000

0 5 10 15 Kil.

1. Inscripciones de Bisutun.
2. » de Takht-i-Chirin.
3. Camino hacia el paso del Zagros.
4. » » Ecbatana.

y Persépolis, situada en el centro de la Persia propiamente dicha, se elevó sobre todas las ciudades por su majestad; sin embargo, las sedes ordinarias del imperio fueron Ecbatana como residencia de estío

y, como residencia de invierno, una nueva Suza reconstruída sobre las ruinas de la antigua. Estas dos ciudades poseían la ventaja de hallarse no lejos de los puntos de ataque del mundo occidental que los Iranios tenían que combatir. De esos lugares de avanzada, los reyes de los reyes, prontos á dirigir sus armas sobre uno ú otro de los puntos amenazados, vigilaban los pueblos de la Mesopotamia y los ribereños del Mediterráneo desde Egipto al Ponto Euxino. A título de advertencia á las naciones de Occidente, Darío, hijo de Hystaspes, hizo grabar entre Ecbatana y el paso del Zagros, sobre la pared de una roca calcárea compacta, las magníficas inscripciones trilingües — persa, anzanita y asiria, — de Behistun, Bisutun ó Bagistana, «la mansión de los dioses». «Yo, Darío, el Gran Rey, el Rey de los Reyes, el Rey de Persia, el Rey de las Provincias, el hijo de Hystaspes, el nieto de Arsames, el Akheménida...», así comienza la orgullosa relación.

En la época en que Darío celebraba así su propia gloria en esos términos enfáticos, que frecuentemente son la prueba cierta de la decadencia moral y bien pronto de la decadencia material de las naciones, casi todos los países civilizados del Asia occidental se encontraban yuxtapuestos en la unidad de su vasto imperio.

La conquista realizada por los Medas y los Persas no era tan opresiva en su esencia como lo son en el día las anexiones «patrióticas» que imponen á los vencidos un cambio de idioma y de cultura; cada pueblo conservaba sus leyes, sus costumbres, hasta su administración indígena bajo el dominio del gran rey: los súbditos sólo quedaban sujetos á los impuestos y al servicio militar. El señor, dominando una multitud de naciones, pequeñas y grandes, se complacía en esa diversidad de razas y de lenguas en la multitud de los dominados, y no tenía idea alguna de la constitución posible de un estado político en que todos los miembros formasen un solo organismo nacional y no tuvieran más que una sola manera de pensar: le bastaba con ser el dominador incontestable, con imponer su voluntad absoluta á todo un mundo de sátrapas dóciles y de hacerla ejecutar por millones de soldados adiestrados á latigazos. Respecto de los príncipes feudales de Persia, el «rey de los reyes» era poco más que el «primero entre sus pares», mas para los vencidos del extranjero era un dueño absoluto. Evidentemente, el efecto de esta

doble forma de mando había de desarrollarse en provecho del poder autocrático; sin embargo, los historiadores griegos, sin tratar de comprender la mentalidad de los reyes persas, se ven obligados á hacer constar que, á diferencia de los asirios, los persas trataban bien á los enemigos vencidos y ni aun se creían con derecho de maltratar á los esclavos [1]. Ciro y luego Darío se abstuvieron de exterminar las naciones conquistadas; conservaban, de los antiguos Persas, el respeto á la vida humana.



BAJO-RELIEVE DEL PALACIO DE DARÍO

De una fotografía.

Entre los pueblos que el «Gran Rey» cita como dominados y pagándole tributo, se comete la imprudencia de nombrar Esparta y la Jonia, es decir, Atenas: se olvida de Maratón. Entonces, como en nuestros días, la historia referida patrióticamente finge ignorar las derrotas y las reemplaza en los documentos oficiales por victorias dudosas. Además, el soberano, rodeado de cortesanos, podía imaginar muy bien que unas batallas libradas á un extremo tan

[1] De Gobineau, *Histoire des Perses*, t. I, p. 403.

y, como residencia de invierno, una nueva Suza reconstruída sobre las ruinas de la antigua. Estas dos ciudades poseían la ventaja de hallarse no lejos de los puntos de ataque del mundo occidental que los Iranios tenían que combatir. De esos lugares de avanzada, los reyes de los reyes, prontos á dirigir sus armas sobre uno ú otro de los puntos amenazados, vigilaban los pueblos de la Mesopotamia y los ribereños del Mediterráneo desde Egipto al Ponto Euxino. A título de advertencia á las naciones de Occidente, Darío, hijo de Hystaspes, hizo grabar entre Ecbatana y el paso del Zagros, sobre la pared de una roca calcárea compacta, las magníficas inscripciones trilingües — persa, anzanita y asiria, — de Behistun, Bisutun ó Bagistana, «la mansión de los dioses». «Yo, Darío, el Gran Rey, el Rey de los Reyes, el Rey de Persia, el Rey de las Provincias, el hijo de Hystaspes, el nieto de Arsames, el Akheménida...», así comienza la orgullosa relación.

En la época en que Darío celebraba así su propia gloria en esos términos enfáticos, que frecuentemente son la prueba cierta de la decadencia moral y bien pronto de la decadencia material de las naciones, casi todos los países civilizados del Asia occidental se encontraban yuxtapuestos en la unidad de su vasto imperio.

La conquista realizada por los Medas y los Persas no era tan opresiva en su esencia como lo son en el día las anexiones «patrióticas» que imponen á los vencidos un cambio de idioma y de cultura; cada pueblo conservaba sus leyes, sus costumbres, hasta su administración indígena bajo el dominio del gran rey: los súbditos sólo quedaban sujetos á los impuestos y al servicio militar. El señor, dominando una multitud de naciones, pequeñas y grandes, se complacía en esa diversidad de razas y de lenguas en la multitud de los dominados, y no tenía idea alguna de la constitución posible de un estado político en que todos los miembros formasen un solo organismo nacional y no tuvieran más que una sola manera de pensar: le bastaba con ser el dominador incontestable, con imponer su voluntad absoluta á todo un mundo de sátrapas dóciles y de hacerla ejecutar por millones de soldados adiestrados á latigazos. Respecto de los príncipes feudales de Persia, el «rey de los reyes» era poco más que el «primero entre sus pares», mas para los vencidos del extranjero era un dueño absoluto. Evidentemente, el efecto de esta

doble forma de mando había de desarrollarse en provecho del poder autocrático; sin embargo, los historiadores griegos, sin tratar de comprender la mentalidad de los reyes persas, se ven obligados á hacer constar que, á diferencia de los asirios, los persas trataban bien á los enemigos vencidos y ni aun se creían con derecho de maltratar á los esclavos [1]. Ciro y luego Darío se abstuvieron de exterminar las naciones conquistadas; conservaban, de los antiguos Persas, el respeto á la vida humana.



BAJO-RELIEVE DEL PALACIO DE DARÍO

De una fotografía.

Entre los pueblos que el «Gran Rey» cita como dominados y pagándole tributo, se comete la imprudencia de nombrar Esparta y la Jonia, es decir, Atenas: se olvida de Maratón. Entonces, como en nuestros días, la historia referida patrióticamente finge ignorar las derrotas y las reemplaza en los documentos oficiales por victorias dudosas. Además, el soberano, rodeado de cortesanos, podía imaginar muy bien que unas batallas libradas á un extremo tan

[1] De Gobineau, *Histoire des Perses*, t. I, p. 403.

lejano de su poderoso imperio habían terminado como convenía á su gloria, y no dudaba del sentido profundo que la posteridad habría de dar á sus conflictos con el pequeño pueblo griego. Ha de reconocerse también, aunque las victorias de Milciades y de Temístocles nos llenan de orgullo y simbolizan á nuestros ojos el trabajo del pensamiento libre y de la iniciativa personal, que la victoria, por el mismo brazo de Alejandro, correspondió á los Persas.

Pero mucho antes de las batallas decisivas que fijaron la situación entre los Helenos y los Iranios, incesantes contactos y relaciones comerciales muy activas habían puesto en comunicación las dos civilizaciones. Esta evolución se realizó desde luego por intermedio de los pueblos del Asia Menor, unos emparentados con los Griegos, otros más ó menos helenizados; después por aventureros del Atica y de las islas del Peloponeso, antepasados de los buscadores de fortuna que emigran hoy en tan gran número, que iban á su vez á enseñar sus artes y oficios.

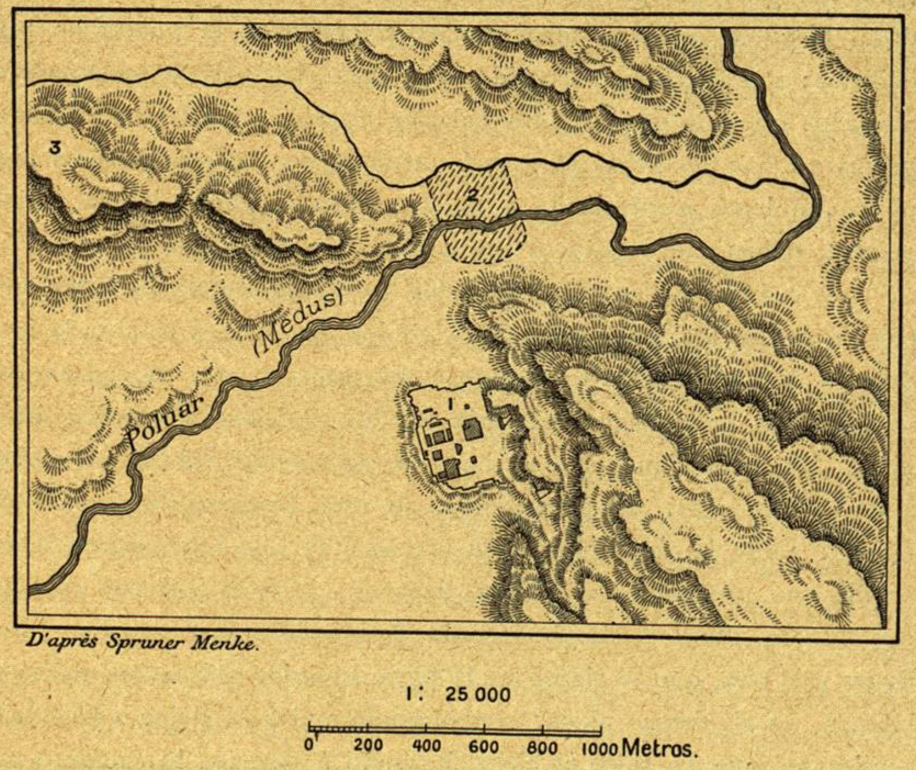
Una prueba incontestable de la influencia griega se ve en las ruinas de Persépolis, que llevan el nombre colectivo de «trono de Djemchid», personaje legendario asimilado por los Persas á Darío, hijo de Hystaspes. Es evidente que esas prodigiosas construcciones, erigidas en la época en que los Akheménidas vencedores lanzaban sus victoriosos ejércitos sobre todas las comarcas adyacentes, son en gran parte obras de imitación. Los soberanos de Persia, asombrados por las gigantescas construcciones que habían sitiado y conquistado en sus viajes, quisieron erigir en su país palacios tan bellos como los del extranjero, y seguramente llevaron consigo hábiles artesanos de Egipto, de Fenicia, del Asia anterior, de la Europa helénica; en prueba de ello, se ven letras griegas sobre las piedras numeradas, y Plinio habla de un tal Telephanio, de Fócea, como de un gran artista que vivió en la corte de Darío.

Los historiadores especialistas [1] han emprendido la tarea de determinar la parte de los diversos elementos que se unieron en la grandiosa arquitectura de Persépolis, y, gracias á ellos, se ha acabado por reconocer que los constructores persas no fueron únicamente

[1] Coste y Flandin, Perrot y Chipiez, Dieulafoy.

imitadores, sino que dieron á sus obras un carácter particular correspondiente á su genio propio, á los materiales que empleaban y á las condiciones especiales en que se realizaba su trabajo. Lo que es bien suyo son las soberbias terrazas y las maravillosas escaleras que permitían á las procesiones solemnes, peatones, jinetes y carros desarrollarse con amplitud extraordinaria; lo son también las columnas diez ó doce veces más altas que anchas, con sus pesados capiteles compuestos de parejas de animales postrados, toros, cabras ó unicornios. La luz del sol, cortada por sombras negras, penetraba por el ancho orificio del techo entre las vigas de cedro, iluminando el trono de oro y de marfil, los pavimentos de baldosas esmaltadas y las cortinas de púrpura guarnecidas con franjas de oro.

N.º 72. Persépolis.



1. Trono de Djemchid. 2. Ciudad baja de Istaker.
3. Colinas de Istaker.

El conjunto ofrecía seguramente un carácter especial que no se encuentra fuera de la meseta de Irán y apenas presenta un vago parentesco con el estilo de las construcciones helénicas: el principal contraste proviene de que la arquitectura griega nació en todas partes del suelo por la iniciativa local, mientras que sobre las altas tierras de Irania se desarrolló principalmente para satisfacer á la majestad real y no se continuó en obras vivas en el arte nacional de Persia.

Los arquitectos iránicos imitaron también á los asirios y caldeos, pero con gran independencia de concepción y verdadera originalidad. Júzguese por sus toros alados colocados á la puerta de los edificios: son mayores, esculpidos con más elegancia y están mejor acabados que los toros de los palacios asirios; además, los artistas persas no han recurrido al extraño artificio de sus predecesores ninivitas, quienes obedeciendo á un sentimiento grosero de la perspectiva, daban cinco patas á sus monstruosos animales.

Las tumbas reales son, de todos los monumentos de la arquitectura persa, los más originales y en los que menos se nota la influencia de los modelos extranjeros. Es probable que en sus obras, se respetara parcialmente el estilo de los antiguos trogloditas iránicos: las habitaciones subterráneas de los muertos debían parecerse á las de los vivos. El plan general de esos hipogeos es siempre el mismo: sobre la abertura que da acceso á la sala funeraria se desarrolla una procesión de estatuas llevando el pavés sobre el cual el rey difunto adora el fuego sagrado flameando sobre un altar. La figura más alta, que se cierne en la parte superior del cuadro de roca labrada, es el *feruer* alado, simbolizando quizá el mejor «yo» del suplicante, que ya sube al cielo, llevando á Ormuzd los actos ó al menos las buenas intenciones del que vivió.

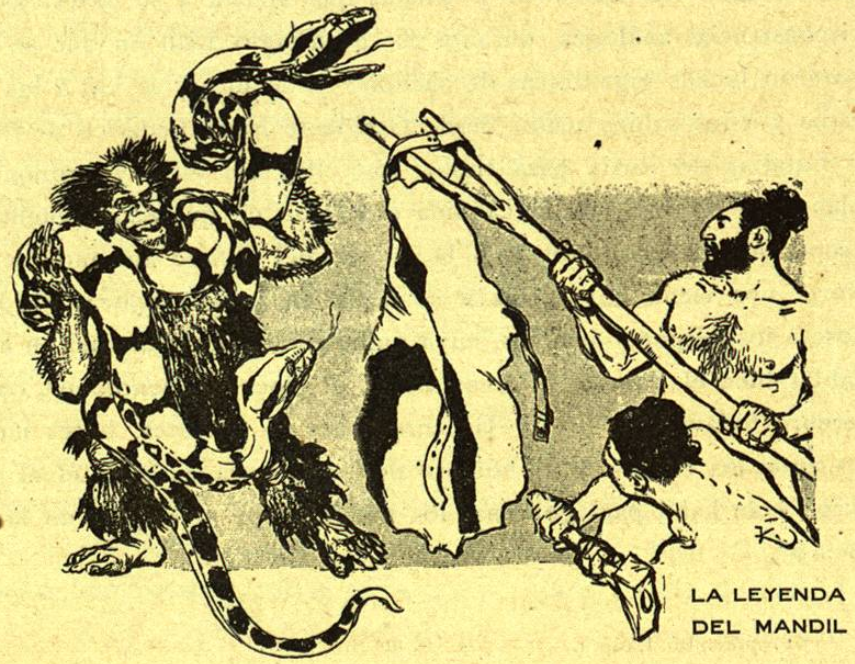
A la influencia del helenismo sobre los Iranios correspondía la de la monarquía de los Akheménidas sobre las pequeñas repúblicas de Grecia. Las relaciones de los mercaderes, las descripciones referidas por artistas y artesanos, la magnificencia de los embajadores y de su séquito causaban impresión grandísima sobre la viva imaginación de los Helenos, y los partidos en lucha en cada una de las pequeñas comunidades, por la fuerza de las cosas, habían de tener la vista fija en el coloso que proyectaba su sombra hacia el Occidente.

Unos, ciudadanos libres, recordaban con orgullo que todo el poder de Darío y de Xerxes había venido á romperse contra sus lanzas, y se sentían llenos de desprecio por el mundo pululante de los «Bárbaros», los esclavos del «Gran Rey»; los otros, aspirando á la dominación en su misma patria, hallaban que el poder incontestable de un amo cuya palabra era obedecida desde las regiones tórridas del desierto á las estepas glaciales del Norte, presentaba un espectáculo de admirable grandeza, y soñaban un orden de cosas en que Grecia tendría también amos que pronunciaran juicios recibidos por todos con reverencia y docilidad. El monarca disponía además de la fuerza vergonzosa que da la corrupción: dinero, telas preciosas, la carga de un barco bien vendida tenían frecuentemente el poder de cambiar convicciones que parecían inquebrantables. ¿No se vió á Temístocles, el vencedor de Salamina, convertirse en Sátrapa de Persia y gobernador de ciudades griegas por la raza, la lengua y las costumbres en nombre del «Rey de los Reyes?»

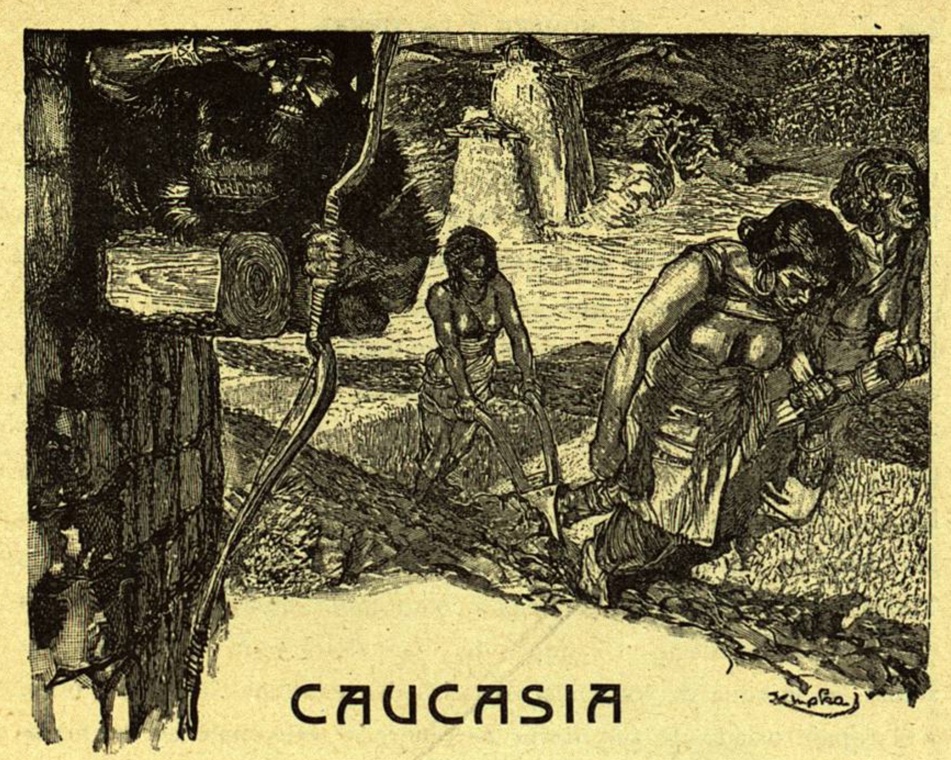
Uno de los personajes de la familia de los Akheménidas, Ciro el joven, que trató en vano de arrancar el imperio á su hermano Artaxerxes Mnemon, aparece en la historia como una especie de semigriego, con la exterioridad de la cultura helénica y muy hábil para seducir los escritores y artistas que venían á su corte; así, en circunstancias análogas, durante ese gran siglo XVIII en que se prepararon luchas gigantescas de naciones y de ideas, se vió á los literatos y á los sabios acudir desde Occidente hacia Federico de Prusia y Catalina de Rusia para tratar con ellos del ideal y proponerles planes de reforma con la cándida esperanza de que esos potentados aceptarían sus proyectos para la mejora del género humano. «¡Del Norte nos viene hoy la luz!» se decía en aquella época, dirigiéndose á los déspotas amables, cuya única civilización consistía en saber hablar bien el francés. De ese modo, el elocuente Jenofonte, con el cerebro todavía repleto de las enseñanzas de Sócrates, busca modelos entre los Persas, y el hombre por excelencia es para él el gran Ciro, «tan hábil para gobernar los hombres con el empleo de la astucia»[1].

[1] *Cyropédie*, lib. I, cap. I.

Así se preparaba la unión: los Persas se hacían Griegos y éstos se volvían Persas. Cuando Alejandro, vengador de las guerras médicas, fué llevado al corazón de Asia, con el reflujo de los Griegos y de los Macedonios, no se anunció en manera alguna como civilizador helénico deseoso de educar los bárbaros: no trató sino de hacerse Persa él mismo y de sustituir á Darío como «rey de Asia», de tomar por límites exactos de su imperio los mismos que habían tenido los dominios del soberano con cuya hija se casó. De sus capitales, una, Suza, era especialmente persa, mientras la otra, Babilonia, tenía la ventaja de mandar naturalmente al mundo oriental, como centro de las grandes vías de comunicación de toda el Asia anterior. Y cosa curiosa, la memoria de Alejandro «el de los dos cuernos» es mucho más popular entre los pueblos del Asia que en el mundo griego: se le tomó realmente por lo que deseaba ser, por un conquistador asiático. Sin embargo, su advenimiento indica bien un punto de división entre dos eras: desde aquel momento el país de los Helenos y la Irania pertenecían á un mismo mundo ecuménico; esas comarcas, que constituían antes dominios enteramente distintos, se hacían solidarias en sus movimientos; la humanidad consciente se había doblado.



LA LEYENDA DEL MANDIL



CAUCASIA

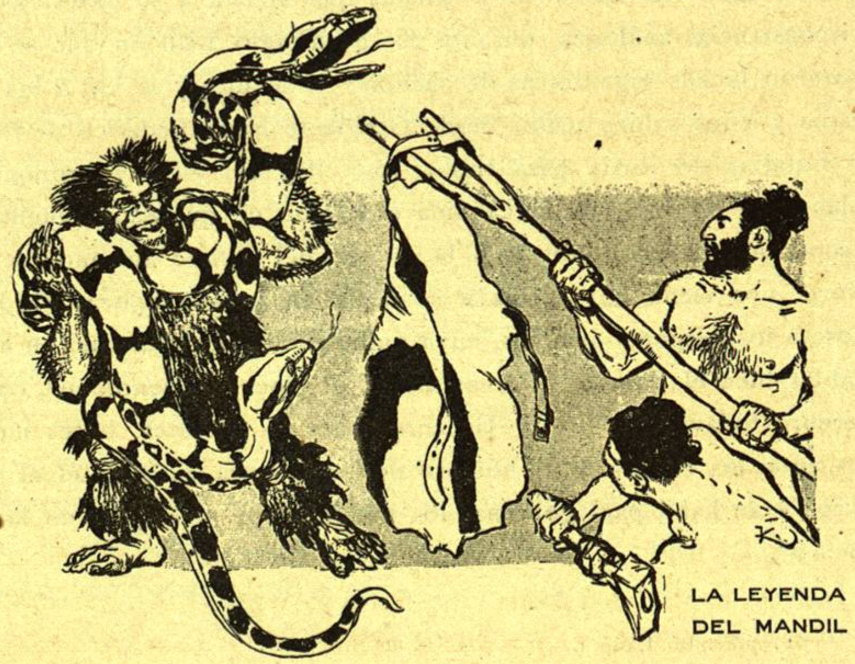
Las leyendas viajan con los pueblos, de montaña en montaña.

CAPÍTULO II

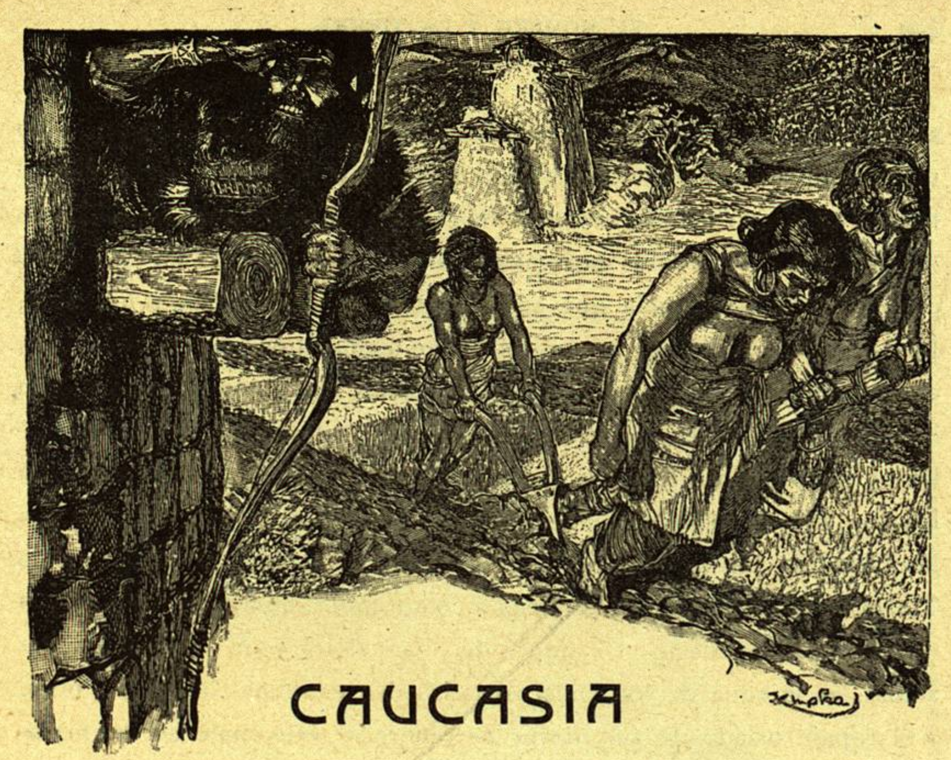
CÁUCASO: RELIEVE, VERTIENTES, PASOS. — DAGHESTAN Y MINGRELIA. POBLACIONES. — ANTI-CÁUCASO: RELIEVE Y CAMINOS. ARMENIOS Y KURDOS. — HISTORIA.

El Cáucaso pertenece al mundo antiguo, más por su misterio que por su historia. Era tan poco conocido, que ordinariamente se le denominaba el «Monte» por excelencia, tomándole indiferentemente por un extenso conjunto de montañas, por un pico solitario ó por un macizo aislado, comparable al monte Argeo ó al monte Ararat. Por contraste, algunos se imaginaban que la región montuosa del Cáucaso se extendía hasta los límites del mundo, hasta los espacios helados donde reina la noche eterna. Sin embargo, numerosos mitos referidos de diversos modos por los pueblos, desde la me-

Así se preparaba la unión: los Persas se hacían Griegos y éstos se volvían Persas. Cuando Alejandro, vengador de las guerras médicas, fué llevado al corazón de Asia, con el reflujo de los Griegos y de los Macedonios, no se anunció en manera alguna como civilizador helénico deseoso de educar los bárbaros: no trató sino de hacerse Persa él mismo y de sustituir á Darío como «rey de Asia», de tomar por límites exactos de su imperio los mismos que habían tenido los dominios del soberano con cuya hija se casó. De sus capitales, una, Suza, era especialmente persa, mientras la otra, Babilonia, tenía la ventaja de mandar naturalmente al mundo oriental, como centro de las grandes vías de comunicación de toda el Asia anterior. Y cosa curiosa, la memoria de Alejandro «el de los dos cuernos» es mucho más popular entre los pueblos del Asia que en el mundo griego: se le tomó realmente por lo que deseaba ser, por un conquistador asiático. Sin embargo, su advenimiento indica bien un punto de división entre dos eras: desde aquel momento el país de los Helenos y la Irania pertenecían á un mismo mundo ecuménico; esas comarcas, que constituían antes dominios enteramente distintos, se hacían solidarias en sus movimientos; la humanidad consciente se había doblado.



LA LEYENDA DEL MANDIL



Las leyendas viajan con los pueblos, de montaña en montaña.

CAPÍTULO II

CÁUCASO: RELIEVE, VERTIENTES, PASOS. — DAGHESTAN Y MINGRELIA. POBLACIONES. — ANTI-CÁUCASO: RELIEVE Y CAMINOS. ARMENIOS Y KURDOS. — HISTORIA.

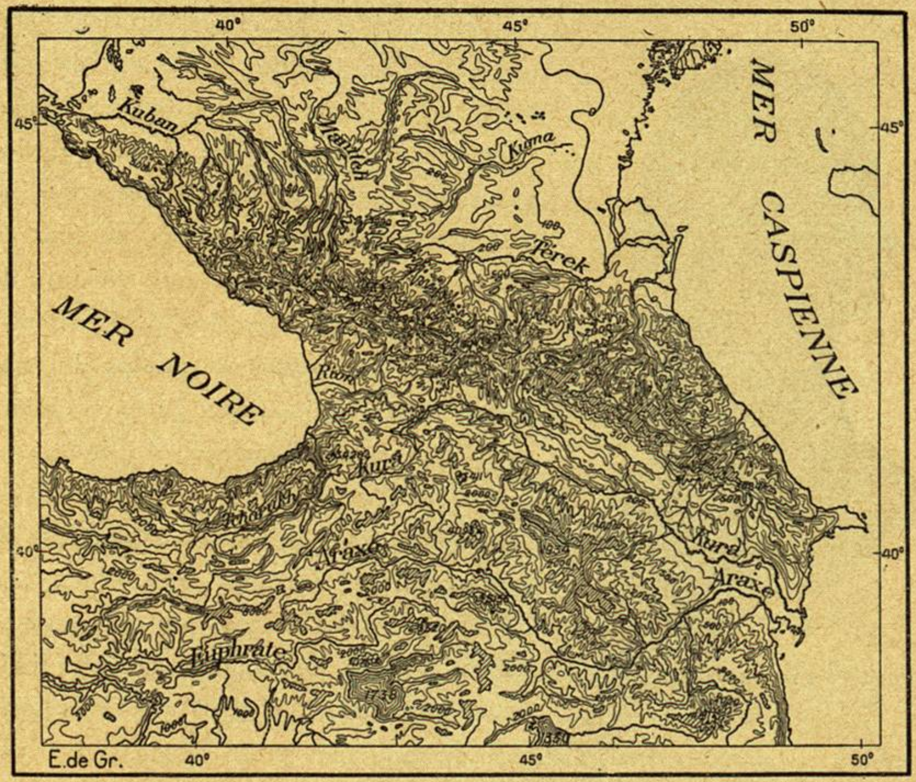
El Cáucaso pertenece al mundo antiguo, más por su misterio que por su historia. Era tan poco conocido, que ordinariamente se le denominaba el «Monte» por excelencia, tomándole indiferentemente por un extenso conjunto de montañas, por un pico solitario ó por un macizo aislado, comparable al monte Argeo ó al monte Ararat. Por contraste, algunos se imaginaban que la región montuosa del Cáucaso se extendía hasta los límites del mundo, hasta los espacios helados donde reina la noche eterna. Sin embargo, numerosos mitos referidos de diversos modos por los pueblos, desde la me-

seta de Irán hasta las riberas mediterráneas, señalan esos montes como una región donde tenían su origen pueblos poderosos y en la cual se habían realizado acontecimientos de la mayor importancia en el destino del hombre. Pero «los extremos se tocan», mucho más en el mundo caótico de la ignorancia que en el conflicto de las pasiones humanas. Los mismos prodigios, los mismos acontecimientos que se señalaban como habiendo tenido lugar sobre las cimas del monte Cáucaso, eran los que se habían cumplido para los Hindus sobre los picos del Himalaya y para los Iranios sobre el Elvend ó el Demavend; eran igualmente los que, del otro lado del Mundo Antiguo, habían de producirse sobre las cimas de los montes occidentales. El Atlas lleva el Cielo — ó la Tierra, — lo que la lógica se niega á comprender, aunque para la fábula es un juego; asimismo el «monte de punta doble», es decir, el Elburz actual, es la cuna de los Dioscuros, las dos estrellas Castor y Polux, y el ropaje orlado de sus nieves se refiere al velo inmenso del firmamento. Según la leyenda helénica, herencia de naciones más antiguas, un Titán, «ladrón de fuego», fué clavado sobre el monte Cáucaso por envidia de los dioses; pero antes que él, muchos otros Prometeos habían sido fijados en la cima de una montaña y aplastados bajo el peso de las rocas. Así gritaba en vano Zohak en una caverna del Demavend, y después Encelade tendía sus músculos impotentes para derribar la masa del Etna. Las leyendas viajan con los pueblos de cima en cima.

Por poco conocido que fuese el monte Cáucaso como orientación, forma y relieve, á lo menos estaba designado muy justamente como un límite entre dos mundos. El Cáucaso es un fragmento del «diafragma» que separa el continente del Asia en dos vertientes, del Norte y del Sud, y que se continúa en Europa por crestas interrumpidas, montes de la Tauride, Alpes, Pirineos y montes Cántabros; pero de toda esa sucesión de aristas, ninguna es más clara y más francamente recortada que la del Cáucaso propiamente dicha, que se perfila desde el mar Caspio hasta el mar Negro; la continuidad del resalto terrestre está bien marcada de una parte y de otra. La extremidad occidental de la muralla caucásica se aguza en forma de punta de lanza hacia la península de Taman para reaparecer, tras una corta interrupción, en las montañas de Crimea; los macizos orientales parecen bruscamente limi-

tados por las aguas del Caspio, pero una arista submarina se prolonga de Oeste á Este entre dos depresiones profundas del mar interior y va á unirse sobre la orilla transcaspiana la cordillera ribereña á que

N.º 73. Relieve del Cáucaso y de los montes de Armenia.



Curvas de nivel de 0.100.200.500.1000. 2000.3000.4000 et 5000 metros.

1 : 10 000 000

0 200 400 600 kil.

se da á veces el nombre de «Cáucaso de los Turkmenios», y que, bajo diversas denominaciones vulgares, limita al Nordeste la meseta de Irán por eslabones paralelos para ir á fundirse en las altas murallas de Hindu-Kuch.

Las dos vertientes del Cáucaso, al Norte y al Sud, contrastan de

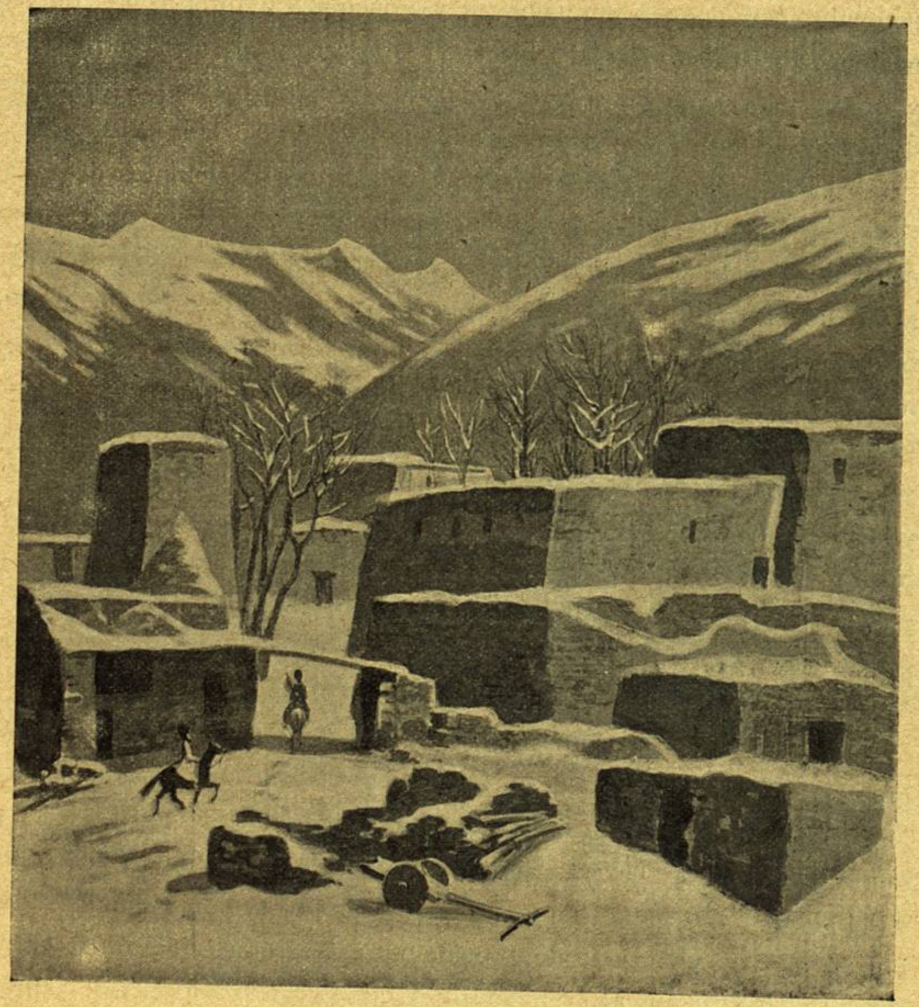
una manera absoluta. Hacia al Septentrión las montañas descienden por grados, sea por macizos laterales, sea por «pequeños Cáucasos» ó aristas secundarias alineadas paralelamente á la gran cadena, siguiendo un orden decreciente de altura; pero en el conjunto la pendiente es rápida, y los jinetes, galopando en el polvo de la estepa, distinguen en pleno cielo, sobre los bosques sombríos y los hielos resplandecientes, las cimas vaporosas más elevadas. La llanura baja circunda por todas partes el pie de los montes, á la manera de un mar que bate la base de los acantilados. Por otra parte esa extensión casi horizontal fué, en efecto, un mar en una época geológica no muy distante de nosotros: en esa depresión de las tierras se unieron los golfos avanzados del mar Negro y del Caspio, y aun queda esa admirable depresión del Manitch de doble vertiente, que, desde el punto de vista de la geografía física, es incontestablemente el foso que divide Europa y Asia.



TIPO DE OSETA

La cara del Cáucaso que da frente al sol no domina sino llanuras fluviales limitadas por montes visibles desde la gran cresta y se une á otros sistemas de montañas y de mesetas. Un alto eslabón transversal de cerca de un millar de metros, en su arista más baja, sub-franqueado por el ferrocarril de Tiflis á Batum, reune los macizos más elevados del Cáucaso al conjunto de los montes que se han designado alguna vez con el nombre de Anti-Cáucaso. Al sud de los valles del Kura y del Rion, todo el espacio comprendido entre los dos mares está ocupado por unas alturas que en varios sitios pasan de la zona donde puede residir el hombre. Algunas cimas altísimas, conos de antiguos volcanes, el Alagoz, el Ararat, el Bingoldagh, dominan la región con sus puntas nevadas. De distancia en distancia se levantan cimas soberbias, desde donde se ve el caos aparente de las cadenas que se perfilan, de un lado hacia la meseta de Irán, de otro hacia el gran cuadrilátero del Asia Menor y la costa de Siria.

Ese contraste físico entre las dos vertientes caucásicas se refleja en la historia de las naciones. Evidentemente los hombres de la estepa, caminando hacia adelante sin hallar otros obstáculos que montículos de movediza arena, bajas salinas, pantanos sin profundidad, han de tener



ALDEA OSETA (VÉASE PÁG. 438)

Dibujo de G. Roux, según una fotografía.

otras costumbres y una evolución política y social diferente de la de los montañeses, rodeados por todas partes de valles profundos por donde los habitantes comunican difícilmente con otras patrias. Por una parte, la población tendrá tendencias á la vida instable y nómada;

primeramente hará su aparición, después, rechazada por otros emigrantes, abandonará el país sin dejar huellas en él. Por otra, los pueblos acantonados en su macizo de montañas ó encerrados en su valle de cultivo, estrechamente limitados, estarán compuestos de pastores y de agricultores residentes acostumbrados á un género de vida estable, teniendo instituciones permanentes y relaciones determinadas con las naciones limítrofes. La historia suele abarcarles en sus descripciones y en sus relatos, en tanto que permanece por largo tiempo ignorante de las hordas fugitivas y lejanas que se agitan al otro lado del Cáucaso.

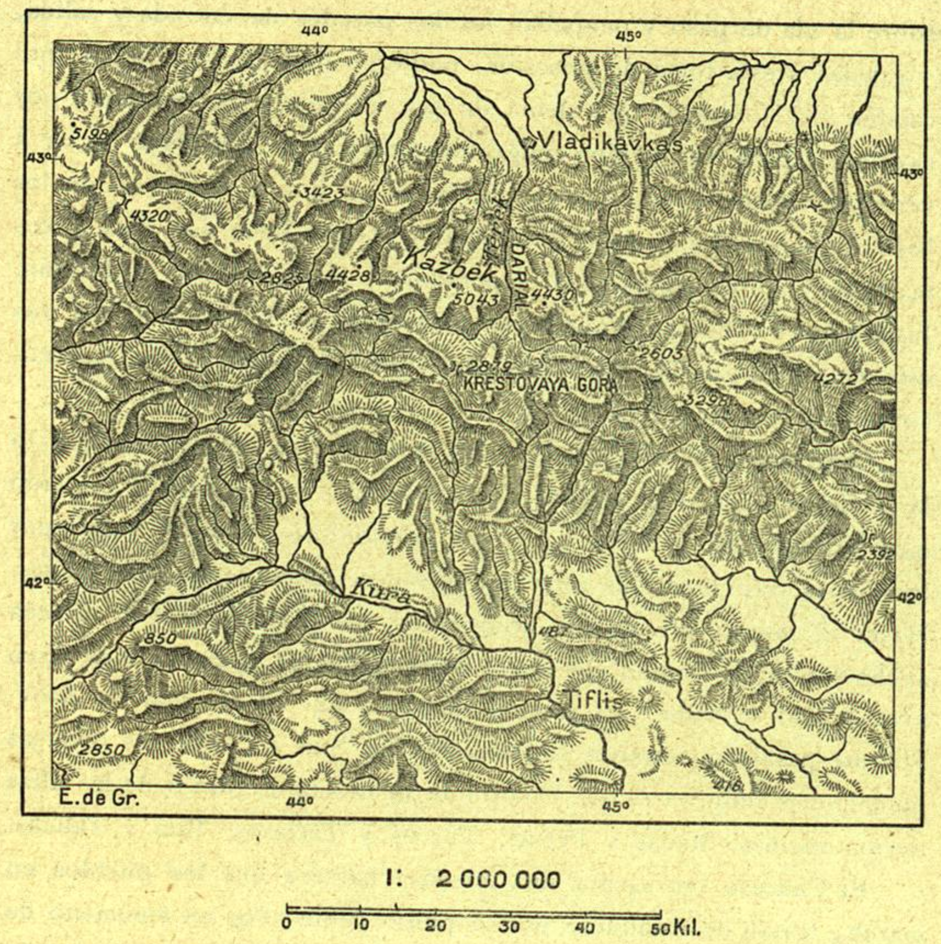
En los orígenes de la humanidad consciente, los montes de entre Caspio y Ponto Euxino presentan, pues, dos fases de carácter bien distinto: el lado de la civilización relativa y el de la barbarie; la luz al Mediodía, y la sombra sobre la vertiente del Norte. Sin embargo, podían sobrevenir cambios de una á otra región, pero más aún por vías indirectas que por los pasos directos de las montañas. Se ha demostrado, durante el curso de los siglos, que los movimientos de emigración y de conquista se han hecho muy frecuentemente desde el Asia anterior y las llanuras sármatas — la Rusia meridional — propagándose al Oeste, por la Tracia europea, á lo largo de las orillas del mar Negro. En otro tiempo los Kimerianos y los Scitas, lo mismo que los Turcos en época más reciente, hicieron así el gran circuíto siguiendo las costas, de conformidad con la «ley del menor esfuerzo».

Sin embargo, por áspero que sea el acceso, por dificultades que presente la múltiple muralla del Cáucaso, colocado oblicuamente entre los dos mares, sobre una longitud de un millar de kilómetros y separando una de otra comarcas muy diferentes por la naturaleza del suelo y del clima, hubo pueblos que, aterrorizados por la huída ó impulsados por entusiasmo victorioso de expediciones guerreras, vinieron frecuentemente á chocar contra esos montes é intentaron franquearlos. Hubo ocasiones muy excepcionales, épocas de grandes trastornos nacionales, en que por escotaduras favorables en las altas aristas, se presentaban bandas armadas tratando de forzar un paso, ó bien se produjo un movimiento de emigración lenta.

La primera de esas puertas naturales se abre hacia la mitad del istmo, medido de Este á Oeste, en el lugar más estrecho, donde se cuentan unos 500 kilómetros de mar á mar. De ambos lados, de la

Cis-Caucasia á la Trans-Caucasia, se levanta hacia el punto débil de la cadena por un ancho valle, al Norte el del Terek, al Sud el del Kura, los dos ríos más caudalosos del Cáucaso; los alineamientos de las montañas no presentan en la región de la arista baja sino una centena de kilómetros de espesor. El punto más elevado de la garganta,

N.º 74. Paso del Darial.



llamada hoy el «monte de la Cruz» — Krestovaya Gora — (2263 metros), no alcanza el límite de las nieves persistentes que, en ciertas partes del Cáucaso, no se halla sino á 3500 y hasta 4000 metros de altura. El camino que ha de seguirse para atravesar la montaña en este sitio está tanto mejor indicada cuanto que la cordillera del Norte, prolongación de la arista mayor del Cáucaso occidental, está comple-

primeramente hará su aparición, después, rechazada por otros emigrantes, abandonará el país sin dejar huellas en él. Por otra, los pueblos acantonados en su macizo de montañas ó encerrados en su valle de cultivo, estrechamente limitados, estarán compuestos de pastores y de agricultores residentes acostumbrados á un género de vida estable, teniendo instituciones permanentes y relaciones determinadas con las naciones limítrofes. La historia suele abarcarles en sus descripciones y en sus relatos, en tanto que permanece por largo tiempo ignorante de las hordas fugitivas y lejanas que se agitan al otro lado del Cáucaso.

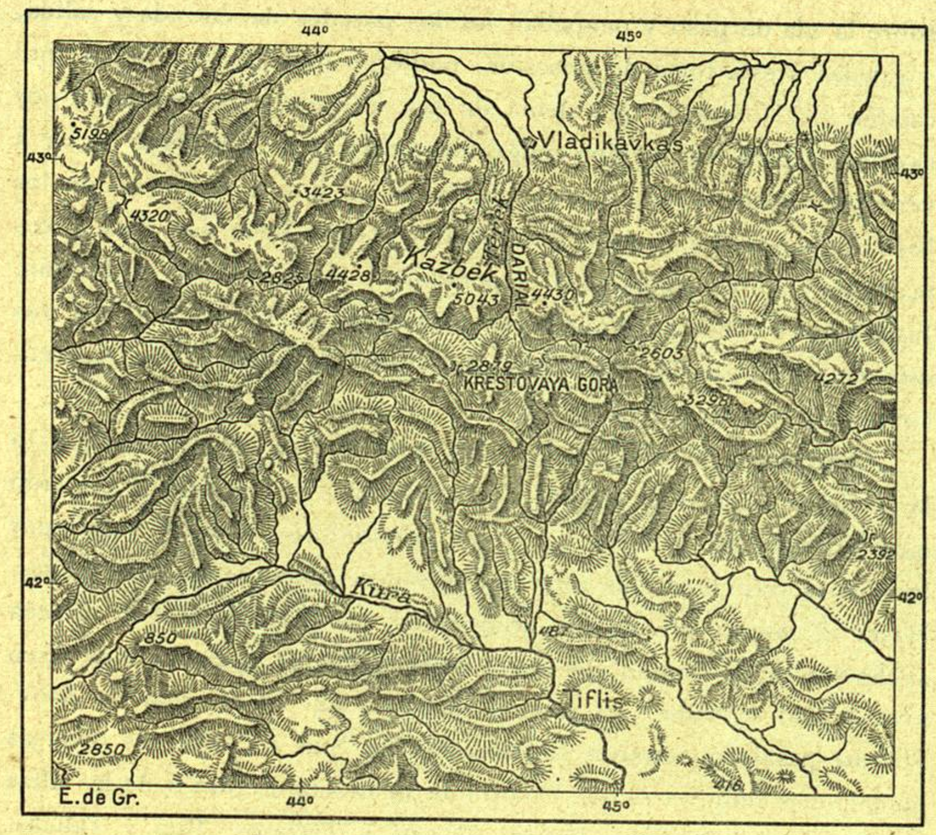
En los orígenes de la humanidad consciente, los montes de entre Caspio y Ponto Euxino presentan, pues, dos fases de carácter bien distinto: el lado de la civilización relativa y el de la barbarie; la luz al Mediodía, y la sombra sobre la vertiente del Norte. Sin embargo, podían sobrevenir cambios de una á otra región, pero más aún por vías indirectas que por los pasos directos de las montañas. Se ha demostrado, durante el curso de los siglos, que los movimientos de emigración y de conquista se han hecho muy frecuentemente desde el Asia anterior y las llanuras sármatas — la Rusia meridional — propagándose al Oeste, por la Tracia europea, á lo largo de las orillas del mar Negro. En otro tiempo los Kimerianos y los Scitas, lo mismo que los Turcos en época más reciente, hicieron así el gran circuíto siguiendo las costas, de conformidad con la «ley del menor esfuerzo».

Sin embargo, por áspero que sea el acceso, por dificultades que presente la múltiple muralla del Cáucaso, colocado oblicuamente entre los dos mares, sobre una longitud de un millar de kilómetros y separando una de otra comarcas muy diferentes por la naturaleza del suelo y del clima, hubo pueblos que, aterrorizados por la huída ó impulsados por entusiasmo victorioso de expediciones guerreras, vinieron frecuentemente á chocar contra esos montes é intentaron franquearlos. Hubo ocasiones muy excepcionales, épocas de grandes trastornos nacionales, en que por escotaduras favorables en las altas aristas, se presentaban bandas armadas tratando de forzar un paso, ó bien se produjo un movimiento de emigración lenta.

La primera de esas puertas naturales se abre hacia la mitad del istmo, medido de Este á Oeste, en el lugar más estrecho, donde se cuentan unos 500 kilómetros de mar á mar. De ambos lados, de la

Cis-Caucasia á la Trans-Caucasia, se levanta hacia el punto débil de la cadena por un ancho valle, al Norte el del Terek, al Sud el del Kura, los dos ríos más caudalosos del Cáucaso; los alineamientos de las montañas no presentan en la región de la arista baja sino una centena de kilómetros de espesor. El punto más elevado de la garganta,

N.º 74. Paso del Darial.



1: 2 000 000

0 10 20 30 40 50 Kil.

llamada hoy el «monte de la Cruz» — Krestovaya Gora — (2263 metros), no alcanza el límite de las nieves persistentes que, en ciertas partes del Cáucaso, no se halla sino á 3500 y hasta 4000 metros de altura. El camino que ha de seguirse para atravesar la montaña en este sitio está tanto mejor indicada cuanto que la cordillera del Norte, prolongación de la arista mayor del Cáucaso occidental, está comple-

tamente cortada por las aguas del Terek; sólo hay una cresta que atravesar y el viajero que ha remontado por gargantas y valles el curso del río y contorneado el enorme macizo del Kazbek, franquea un estrecho muro y desciende al valle de un afluente del Kura.

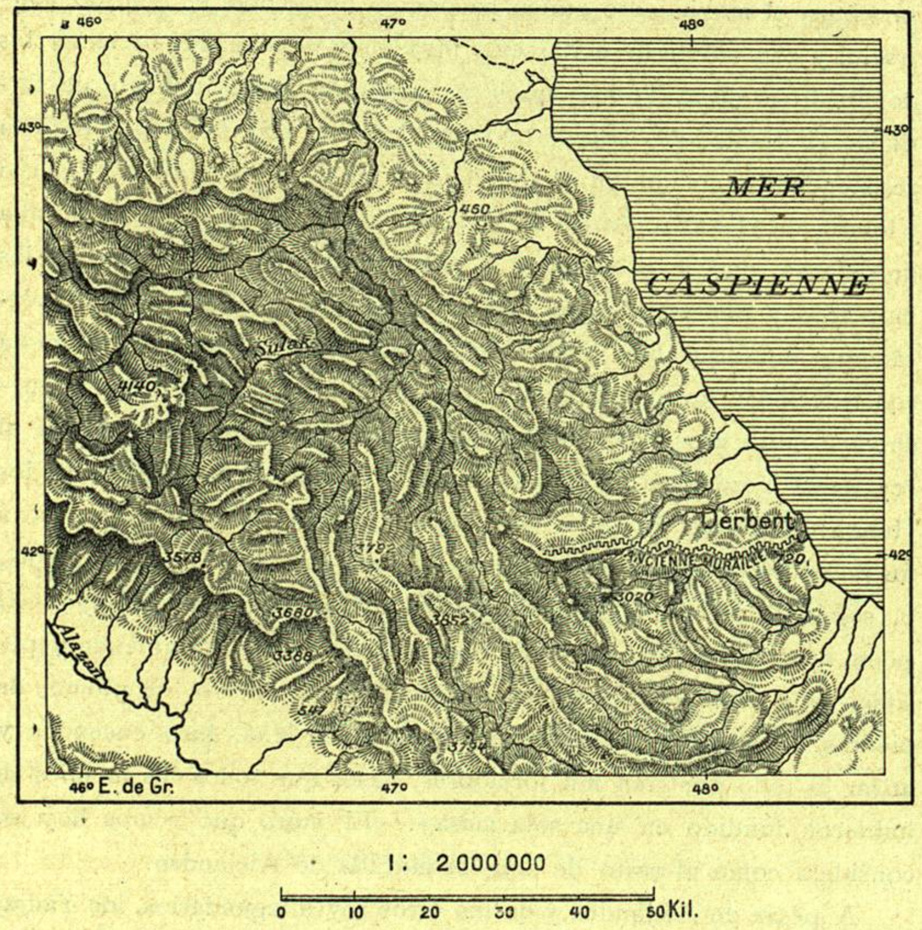
Ahora bien, desde los orígenes de la historia se comprueba que poblaciones de procedencia iránica, los Osses ú Ossetas, que á sí mismos se dan el nombre de Iron, se habían establecido sólidamente sobre la vía de paso y ocupaban las dos paredes de entrada y salida, y gracias á esta toma de posesión, pudieron defender ese importante camino del Cáucaso, que debía de ser un centro de atracción por excelencia para los pueblos emigrantes; pero el peligro hubo de ser á veces gravísimo, sobre todo en la época en que la irrupción de los bárbaros descendía hacia el Mediodía, y á él se debe que hará próximamente catorce siglos, dos emperadores, el de Rum y el de Irán, Justiniano y Chosrav Anurchivan (Chosroas el Justo), unieron sus esfuerzos para guardar las puertas del Darial, en el desfiladero central, contra los invasores Khasar.

Otra puerta natural del Cáucaso es la que se abre al Este, á lo largo de las costas del Caspio. Las montañas se inclinan de ese lado muy bruscamente y dejan entre sus promontorios amplios valles por los cuales serpentean los torrentes que descienden de las altas nieves. Hasta el mismo pie de los acantilados, las playas del mar ofrecen ancho y cómodo camino, debido al descenso de las aguas marinas, cuyo nivel actual se halla á 27 metros más bajo que el del mar de Azov. Por ese pasaje penetraron en dirección de Sud á Norte las diversas poblaciones emigrantes que bajaron de la meseta de Irán ó de las altas tierras vecinas, Medas y Persas, Turcos y Tártaros, Tats y Talichs.

El Cáucaso representa una inmensa barrera que los pueblos en marcha tratan de franquear por su punto débil. Por un fenómeno de empuje etnológico perfectamente análogo al movimiento producido por las aguas en un estanque, los emigrantes chocan contra el muro, y no pueden atravesarle, puesto que la única puerta de esclusa abierta en el espesor del muro es aquella en que están establecidos los Osses, apoyados sobre las obras de defensa construídas en la garganta de Darial: no tienen, pues, más recurso que deslizarse hacia la derecha en una larga vena por el pasaje que sigue el litoral del Caspio. Fuera

de la brecha, la ola móvil de los emigrantes habrá de replegarse, girando en las llanuras como un inmenso remolino, proyectando hasta su cresta el reflujo en alguna depresión del reverso de la montaña. Eso mismo, en efecto, es lo que se produce: inundación de las aguas, inundación de los hombres obedeciendo á las mismas leyes. Así vemos

N.° 75. Daghestan, Puertas de Hierro.



los Tats y los Talichs de la cuenca del Kura penetrar á lo lejos en estrecho pasadizo de las «Puertas de Hierro»; del mismo modo el territorio de los Tártaros Azerbeidjani se continúa al Norte por el de los Tártaros Rumïk, y éstos tienen por vecinos en las llanuras de la Cis-Caucasia, sus antecesores, los Tártaros Nogai, mientras que otros Tártaros aún, los Karatchai, fueron empujados por la fuerza de la emi-

gración hasta los valles caucásicos de la vertiente septentrional. Pero la corriente de esos pueblos procedentes del Sud por el paso de la ribera caspia se encuentra en las llanuras bajas con una inundación de otras poblaciones turanias que llegaron por la ancha abertura practicada entre los montes Urales y el mar Caspio.

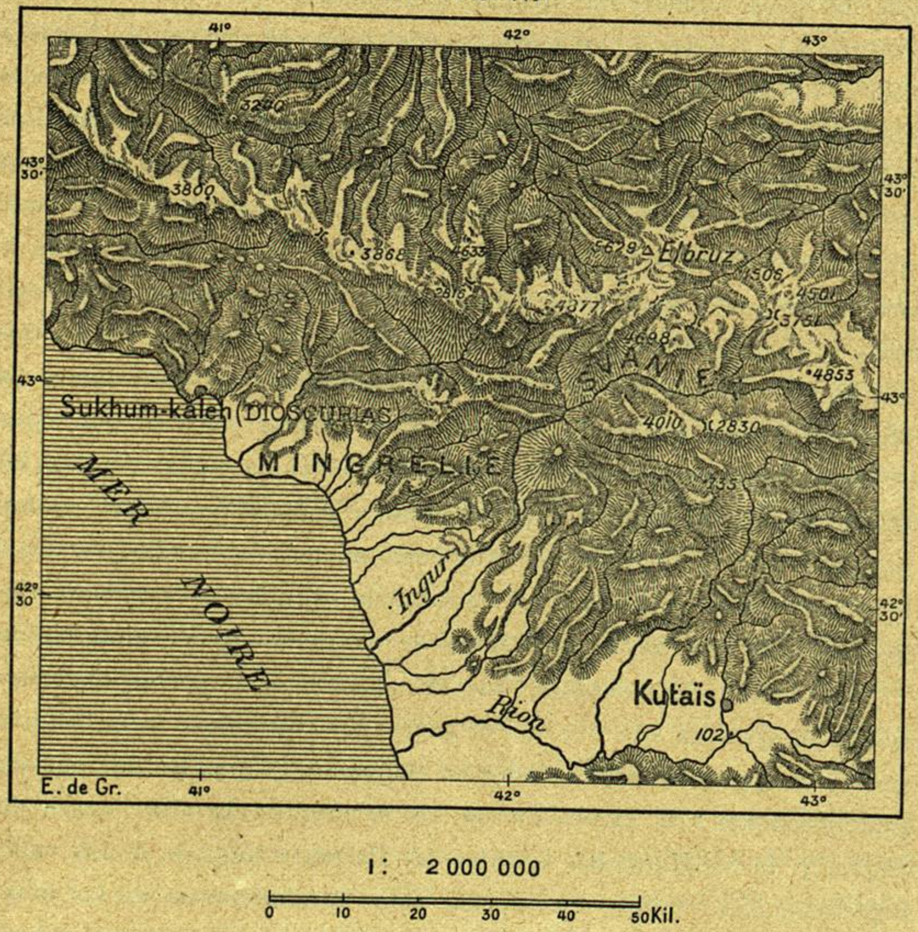
Si los emigrantes del Sud han seguido en distintas ocasiones la ribera occidental del Caspio para extenderse al Norte en las llanuras sármatas, el movimiento étnico ha podido producirse en séntido contrario, y con objeto de evitar esas invasiones de nómadas bárbaros, los dominadores de la Transcaucasia se ocuparon frecuentemente de fortificar el desfiladero, sobre todo en el punto más favorable para la resistencia, conocido en el día bajo el nombre turco de Dervent ó «Puerta de Hierro». Antes de la invención de la artillería, la muralla de defensa, que se prolongaba á una treintena de kilómetros en las montañas y penetraba en el mar por una alta escollera, era verdaderamente infranqueable. Firduzi, en el *Libro de los Reyes,* atribuye su construcción al gran macedonio, y la reedificación, á Chosrav Anurchivan: entre esos dos edificadores, la crónica menciona también al rey persa Yezdegerd II, que vivía en el tiempo de la invasión de los Hunos; el objeto de todos esos reyes consistía en cerrar el paso á los pueblos «monstruosos» del Norte, á los «terribles Gogs y Magogs», ó, según la terminología mahometana, á los Yadjuj y Madjuj [1]. El poeta describe de este modo la obra de Alejandro: «Habiendo depositado por capas sucesivas lechos de cobres, de hierro, de plomo, de piedras, de troncos de árboles y de haces de leña, hizo encender y atizar el todo por cien mil forjadores, hasta que todos los metales se hubieron fundido en una sola masa». El muro que vemos hoy se considera como el resto de aquella muralla de Alejandro.

Á pesar de Alejandro y de los otros reyes legendarios, los Yadjuj y los Madjuj, es decir, los invasores de todas las razas del Norte, pasaron por el camino fatal, que por lo demás no estaba obstruído en la parte septentrional. En esta región del Cáucaso, denominada actualmente el Daghestan ó «País de las Montañas», entre la punta de Apcheron y el valle del Sulak, los valles irradian hacia el Este,

[1] D'Ohsson, *Voyage d'Abou el Cassim.*

el Nordeste y el Norte, y así es como sucesivamente pudieron deslizarse hacia el interior del macizo las multitudes de esos fugitivos y conquistadores que, con los emigrantes de la vertiente meridional, se reunen en una admirable Babel de naciones heterogéneas.

N.º 76. Valles cerrados del Cáucaso occidental.
(Véase pág. 443)



Toda la parte occidental del Cáucaso, comprendida entre el Darial y el Bósforo cimeriano (kimeriano), presenta una grandísima unidad en sus elementos étnicos, unidad que corresponde de manera notable con la sencillez de su formación orográfica. En primer lugar, la cadena occidental, muy regular en su orientación hacia el Noroeste, se presenta realmente como una muralla inaccesible sobre su desarrollo de unos 200 kilómetros, desde el Kazbek al Elbruz ó Minghi-Taou;

además, el escaso espesor de la cordillera, que no dejaba al interior más que un corto número de cuencas favorables á la colonización, obligaba á detener su marcha ó replegarse lateralmente en dirección al mar á aquellos emigrantes á quienes la lucha por la existencia había conducido al pie del Cáucaso ó de sus cordilleras paralelas al Norte ó al Sud. La montaña no les ofrecía en esta parte de su arista más que un corto número de brechas transversales que invitaban á los viajeros á la ascensión; los muros paralelos que se suceden de Norte á Sud son muy difíciles de franquear, los más bajos á causa de sus rocas abruptas y de sus bosques continuos y casi impenetrables, los más altos por sus nieves. En cuanto á intentar un viaje circular para rodear de una á otra vertiente la extremidad del Cáucaso occidental, casi quimérico hubiera sido emprenderlo, porque los promontorios de la orilla meridional, todos fáciles de defender por corto número de hombres, se sumergen á centenares en las olas del mar Negro. Hace dos mil años se instaló un ejército de trabajadores, bajo las órdenes de Mitrídates, para trazar allí un camino en cornisa como el que sigue el Mediterráneo entre Niza y Spezia: era el único medio de unir las dos mitades de su inmenso imperio, al norte y al sud del Ponto Euxino; pero este camino duró solamente un corto número de décadas, porque ni los emperadores de Roma ni los de Bizancio se cuidaron de conservarle; los Rusos le restablecieron después de un abandono de veinte siglos.

Al macizo de montañas, uno en su formación, corresponde una población que sea una por sus orígenes, sus costumbres y su historia, pero á la que el acantonamiento en pequeños grupos ha diferenciado poderosamente. Á excepción de los Svanes de la alta cuenca del Ingur, y de los Karatchai «gentes del Torrente Negro», de los valles septentrionales vecinos del Elbruz, todos los habitantes de las montañas del Oeste pertenecían al grupo de las naciones más ó menos mezcladas que en otro tiempo se designaban bajo el nombre genérico de Tcherkesses ó Circasianas. Verdad es que los Kabardes (Kabardin, Kabertai) del Este, los Adighé del Nordeste, los Abazes ó Abkhazes de la vertiente meridional presentaban entre sí notables diferencias, procedentes del suelo, del clima y de las relaciones de comercio, pero constituían un grupo étnico perfectamente diferenciado. Tal era, de una manera general, la distribución de los pueblos

en el Cáucaso antes de la llegada de los Rusos, y puede decirse con toda certidumbre que en la época antehistórica, las condiciones del medio, análogas á las de nuestros días, determinaban una agrupación de la misma naturaleza entre los escasos habitantes.

Cualquiera que fuese el origen de tal ó cual tribu de las montañas, la manera de ser de la comarca condenaba á la mayor parte de los indígenas á una existencia completamente aislada. Los valles del Cáucaso, no ofreciendo más que una puerta del lado de la llanura, y hallándose limitados por todas partes por las nieves y los glaciares inaccesibles, constituían otros tantos dominios distintos, á veces hasta verdaderas prisiones, trampas inmensas en que se veían encerrados ciertos pueblos, que conservaban su individualidad particular. Había valle de la Svanecia (Suanecia, Svania) ó del Daghestan que era un mundo verdaderamente cercado, donde alguna familia aprisionada vivía desconocida de las naciones del exterior, formando por sí sola una pequeña humanidad que ignoraba la existencia de la gran humanidad del extenso mundo. En ninguna otra región montañosa de Europa y de Asia se observa la existencia de tantos grupos humanos que se distingan claramente unos de otros y se nieguen á reconocer lazos de parentesco que, no obstante, son incontestables; debido á que en ninguna otra comarca como el Cáucaso presenta al mismo tiempo y en el mismo grado caracteres de orden más diferente, ni ejerce, por la riqueza natural de su flora y la dulzura de su clima, un poder tan grande de atracción, ni posee, por la forma de sus cuencas de difícil salida, tan poderosa fuerza de fijación.

Un pasaje de la *Geografía* de Strabon, citado muy frecuentemente (libro XI, c. II, p. 16), refiere que, según las relaciones de los mercaderes «trescientos pueblos» se encontraban á veces sobre el mercado de Dioscurias, la Sukhum-Kaleh actual. El geógrafo griego, protestando contra esta exageración, evalúa, sin embargo, en setenta el número de las poblaciones diversas de distintas lenguas cuyos representantes cambiaban sus géneros en la ciudad de Dioscurias: estos datos precisos los debía sin duda Strabon á Moapherne, tío paterno de su madre, que había sido gobernador de la Cólquide (lib. XI, c. II, p. 18), y puede tanto más creerse en su verdad aproximativa, cuanto que, sólo para la Transcaucasia, el censo de 1891 enumera

además, el escaso espesor de la cordillera, que no dejaba al interior más que un corto número de cuencas favorables á la colonización, obligaba á detener su marcha ó replegarse lateralmente en dirección al mar á aquellos emigrantes á quienes la lucha por la existencia había conducido al pie del Cáucaso ó de sus cordilleras paralelas al Norte ó al Sud. La montaña no les ofrecía en esta parte de su arista más que un corto número de brechas transversales que invitaban á los viajeros á la ascensión; los muros paralelos que se suceden de Norte á Sud son muy difíciles de franquear, los más bajos á causa de sus rocas abruptas y de sus bosques continuos y casi impenetrables, los más altos por sus nieves. En cuanto á intentar un viaje circular para rodear de una á otra vertiente la extremidad del Cáucaso occidental, casi quimérico hubiera sido emprenderlo, porque los promontorios de la orilla meridional, todos fáciles de defender por corto número de hombres, se sumergen á centenares en las olas del mar Negro. Hace dos mil años se instaló un ejército de trabajadores, bajo las órdenes de Mitrídates, para trazar allí un camino en cornisa como el que sigue el Mediterráneo entre Niza y Spezia: era el único medio de unir las dos mitades de su inmenso imperio, al norte y al sud del Ponto Euxino; pero este camino duró solamente un corto número de décadas, porque ni los emperadores de Roma ni los de Bizancio se cuidaron de conservarle; los Rusos le restablecieron después de un abandono de veinte siglos.

Al macizo de montañas, uno en su formación, corresponde una población que sea una por sus orígenes, sus costumbres y su historia, pero á la que el acantonamiento en pequeños grupos ha diferenciado poderosamente. Á excepción de los Svanes de la alta cuenca del Ingur, y de los Karatchai «gentes del Torrente Negro», de los valles septentrionales vecinos del Elbruz, todos los habitantes de las montañas del Oeste pertenecían al grupo de las naciones más ó menos mezcladas que en otro tiempo se designaban bajo el nombre genérico de Tcherkesses ó Circasianas. Verdad es que los Kabardes (Kabardin, Kabertai) del Este, los Adighé del Nordeste, los Abazes ó Abkhazes de la vertiente meridional presentaban entre sí notables diferencias, procedentes del suelo, del clima y de las relaciones de comercio, pero constituían un grupo étnico perfectamente diferenciado. Tal era, de una manera general, la distribución de los pueblos

en el Cáucaso antes de la llegada de los Rusos, y puede decirse con toda certidumbre que en la época antehistórica, las condiciones del medio, análogas á las de nuestros días, determinaban una agrupación de la misma naturaleza entre los escasos habitantes.

Cualquiera que fuese el origen de tal ó cual tribu de las montañas, la manera de ser de la comarca condenaba á la mayor parte de los indígenas á una existencia completamente aislada. Los valles del Cáucaso, no ofreciendo más que una puerta del lado de la llanura, y hallándose limitados por todas partes por las nieves y los glaciares inaccesibles, constituían otros tantos dominios distintos, á veces hasta verdaderas prisiones, trampas inmensas en que se veían encerrados ciertos pueblos, que conservaban su individualidad particular. Había valle de la Svanecia (Suanecia, Svania) ó del Daghestan que era un mundo verdaderamente cercado, donde alguna familia aprisionada vivía desconocida de las naciones del exterior, formando por sí sola una pequeña humanidad que ignoraba la existencia de la gran humanidad del extenso mundo. En ninguna otra región montañosa de Europa y de Asia se observa la existencia de tantos grupos humanos que se distingan claramente unos de otros y se nieguen á reconocer lazos de parentesco que, no obstante, son incontestables; debido á que en ninguna otra comarca como el Cáucaso presenta al mismo tiempo y en el mismo grado caracteres de orden más diferente, ni ejerce, por la riqueza natural de su flora y la dulzura de su clima, un poder tan grande de atracción, ni posee, por la forma de sus cuencas de difícil salida, tan poderosa fuerza de fijación.

Un pasaje de la *Geografía* de Strabon, citado muy frecuentemente (libro XI, c. II, p. 16), refiere que, según las relaciones de los mercaderes «trescientos pueblos» se encontraban á veces sobre el mercado de Dioscurias, la Sukhum-Kaleh actual. El geógrafo griego, protestando contra esta exageración, evalúa, sin embargo, en setenta el número de las poblaciones diversas de distintas lenguas cuyos representantes cambiaban sus géneros en la ciudad de Dioscurias: estos datos precisos los debía sin duda Strabon á Moapherne, tío paterno de su madre, que había sido gobernador de la Cólquide (lib. XI, c. II, p. 18), y puede tanto más creerse en su verdad aproximativa, cuanto que, sólo para la Transcaucasia, el censo de 1891 enumera

sesenta y seis pueblos diferentes, y que se cuentan poco más de ochenta para el conjunto del Cáucaso. Hay, pues, coincidencia á mil ochocientos años de intervalo entre lo dicho por Strabon y los datos precisos suministrados en nuestros días por los etnólogos y los estadísticos; la historia atestigua que, á pesar de las emigraciones y los cambios de residencia, el fondo étnico ha quedado el mismo: muchos pueblos, ejemplo los Svanes, están acantonados inmutablemente en la ciudadela de montañas que habitaban sus abuelos. Por lo demás, Strabon da una explicación completamente errónea, más bien absurda, de esta prodigiosa variedad de los Caucasianos: «Sería preciso atribuirla, dice, á la vida errante que llevan esos pueblos»; cuando la verdad es todo lo contrario. Esta variedad proviene del semicierre de los valles caucásicos en los cuales las tribus están forzosamente aisladas, sin poder entremezclar sus vidas, y no conociéndose más que por los encuentros con los mercaderes en los apartados lugares de feria.

Así dividida en dominios numerosos, la Caucasia no podía constituir un imperio, un Estado homogéneo: á lo sumo unos bandidos descendidos de la montaña dominaban temporalmente las poblaciones aterrorizadas de las llanuras adyacentes, ó bien unos conquistadores de la campiña abierta penetraban en algún valle tributario; pero las facilidades de la defensa y las dificultades del ataque, juntos á la casi imposibilidad de los transportes, habían de conservar durante siglos el equilibrio primero de las numerosas pequeñas nacionalidades yuxtapuestas. Los conquistadores llegaron fatalmente del exterior, y no pudieron sostenerse allí sino hasta una época en que las llanuras del Norte, ocupadas por una población muy considerable, les suministrabán, por la industria y la riqueza, un enorme poder de ataque. Estas condiciones no se han satisfecho hasta el corriente del siglo último, que vió nacer el poder de Rusia en aquellos sitios.

Sin embargo, las cien nacioncitas aisladas debían de traficar unas con otras, y por contacto individual se estableció un movimiento comercial que ya fué considerable en los tiempos míticos, como nos lo refiere la leyenda del Toisón de oro. Los Griegos navegaban directamente hacia las bocas del Phase, el Rion actual, pero recibían sobre todo por intermediarios los metales y otros objetos de valor procedentes de la región del Cáucaso. En la división natural del trabajo que

se opera entre los pueblos, conforme á las condiciones especiales de su medio, ciertas tribus se encargaron del transporte, y gracias á su oficio pacífico, necesario á todos, adquirieron en todas partes el derecho de hospitalidad. De este modo se tienen muy serios indicios para admitir la existencia de un comercio establecido regularmente entre el Cáucaso y las orillas del mar Báltico por mediación de los Osses, acaso también por el de los Ases inmigrados en Escandinavia y que estaban unidos por lazos de parentesco á la población que ocupaba entonces y ocupa todavía las dos vertientes del paso del Darial [1].

Comparados á la muralla que se levanta oblicuamente entre los dos mares — Ponto Euxino y Caspio, — los diversos macizos á que se da alguna vez el nombre de Anti-Cáucaso, no tienen regularidad alguna en su distribución y presentan varios centros de formación y resistencia, complicados con roturas y pliegues que atestiguan una historia geológica muy accidentada. En ese dédalo pueden reconocerse varias alineaciones de montañas, pero en ninguna parte se ven largas aristas continuas como el muro caucásico. Las cadenas están recortadas sin orden aparente en varios fragmentos secundarios por los torrentes y los ríos: aquí el Rion y el Tchorukh, allá el Araxa y el Kura; al Oeste y al Sudoeste los diversos afluentes del Eufrates; al Sudeste los del Tigris han despojado un cubo enorme de escombros para distribuirle en aluviones en el mar Negro, el Caspio y el golfo Pérsico. Esos grandiosos fenómenos de erosión dieron por resultado vaciar la mayor parte de las extensiones de agua que antes ocupaban las cavidades de esas altas tierras, de las cuales aun queda cierto número, grandes y pequeñas. Menos elevado por término medio y de dimensiones más extensas, el Anti-Cáucaso ofrece pendientes forzosamente menos rápidas que las de los montes caucásicos, y por consecuencia debe retener sus cuencas lacustres más tiempo antes de ser vaciadas por los profundos cortes de los cauces fluviales.

Los montes Armenios, que elevan sus escarpas al sud de las campiñas transcaucásicas, reposan sobre una base uniforme de unos 2000 metros surcada en diferentes direcciones por los torrentes, dominando

[1] Champeaux, *Science sociale.* — Vivien de St.-Martin, *Recherches sur les Populations primitives du Caucase.*

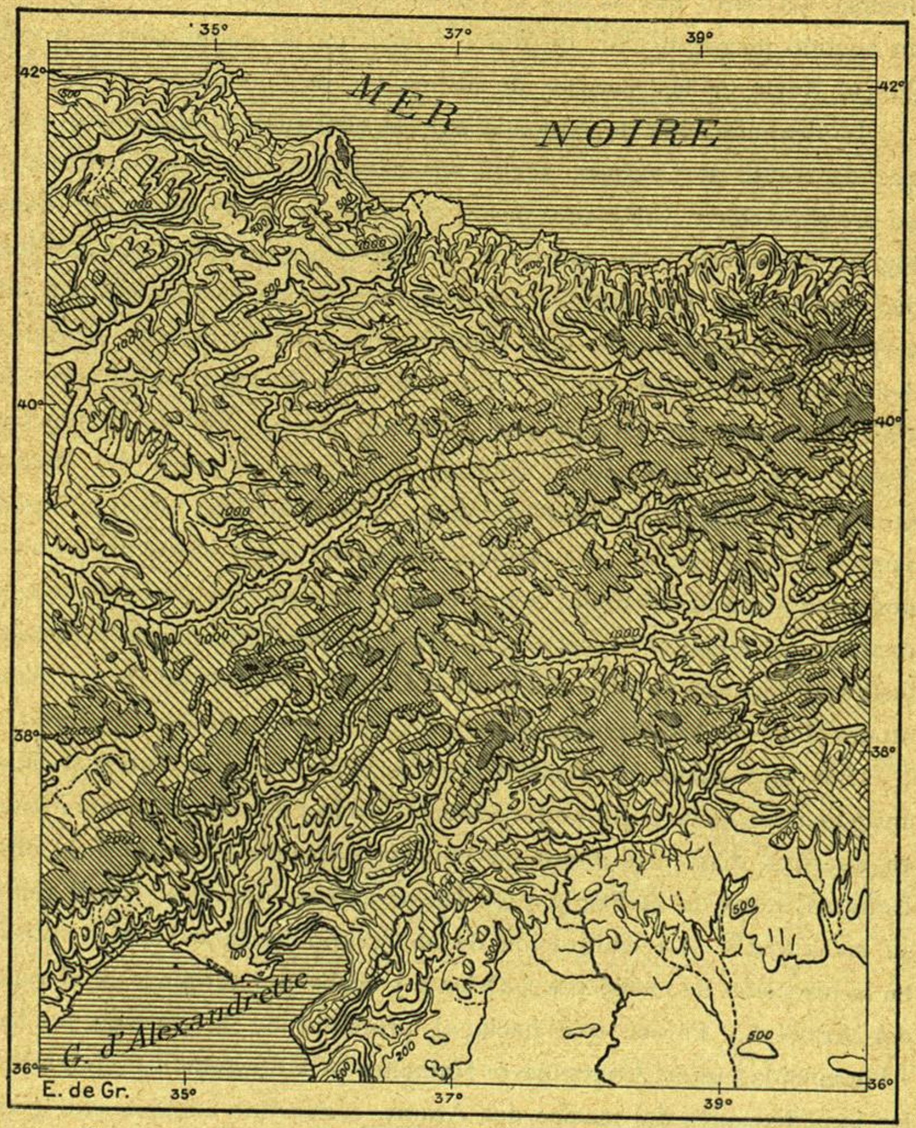
acá y acullá la base de la meseta desierta ó los profundos valles cortados en su base. De la cortadura del Eufrates á la del Araxa y de la llanura del Kura á la vertiente de los montes vueltos hacia el Tigris, el viajero recorre una comarca desigual, donde sobre espacios de centenares de kilómetros de longitud se ve desde todas partes un círculo de horizonte dentellado de montañas, y en el cual, gigantes como el volcán Alagöz ó «Monte Abigarrado» y como el Masis, más conocido en el mundo occidental con el nombre de Ararat, dominan ese caos aparente, pero en parte alguna de manera á limitar completamente un dominio geográfico sin fácil salida hacia el exterior. El país presenta por todas partes obstáculos, que por todas partes también se pueden franquear ó sortear. De ahí resulta algo de vago é indeterminado en el aspecto de la comarca: no se sabe qué nombre darle, porque carece de límites naturales y también á causa de que por todos lados termina por zonas de transición. Al Oeste, la línea de separación entre el Asia Menor y el Anti-Cáucaso se halla marcada, mucho menos por el curso del Alto Eufrates ó Kara-su, «el Agua Negra», que por la depresión general de la comarca en todo el largo del meridiano que continúa al Norte la parte más occidental del valle del río.

Á la proximidad del golfo de Alexandreta, la llanura donde se encuentran en nuestros días Biredjik y Marach, se continúa al Norte hacia la curva muy prolongada de la costa sud-oriental del Ponto Euxino por mesetas de acceso relativamente fácil: el conjunto de la región constituye una cortadura bastante clara de uno á otro mar, y puede ser considerada como formando la raíz de la península de Anatolia. Sin embargo, un muro de montañas oculta al Sud esta comarca de transición entre la Armenia y el Asia Menor, y el Eufrates mismo, varios de sus afluentes, y, finalmente, el Djihun, que corre hacia el Mediterráneo, han de atravesar ese obstáculo por ásperos desfiladeros. Al Norte, sobre la vertiente del mar Negro, existen otras gargantas estrechas donde murmuran los ríos correspondientes á las de la irregular serie de las murallas meridionales.

En sus altos valles, las diversas ramas dominantes del Eufrates forman parte de una área geográfica completamente diferente de la de las llanuras de abajo. La unidad aparente, dada por el curso de las aguas entre las regiones montañosas de los torrentes superiores

y el curso sinuoso de los ríos propiamente dichos, es puramente ilusoria. La misma dirección que toman los dos ríos Muhrad-su y Kara-su

N.º 77. Raíz de la península de Anatolia.



Curvas de nivel de 100, 200, 500, 1000, 2000, 3000 y 4000 metros

1 : 5 000 000

0 100 200 300 400 Kil.

para formar el alto Eufrates, es la de Oriente á Occidente y se refiere históricamente mucho más al valle del antiguo Halys de Capadocia,

el moderno Kizil Irmak, que á la de los ríos de la Mesopotamia. En las regiones septentrionales, el movimiento de las naciones se hacía de Este á Oeste, de la Armenia hacia el Asia Menor, ó á la inversa, en tanto que al Sud el vaivén de los hombres tenía lugar en un sentido perpendicular, de Norte á Sud, en las emigraciones, y del Sud al Norte en las marchas de invasión y de conquista.

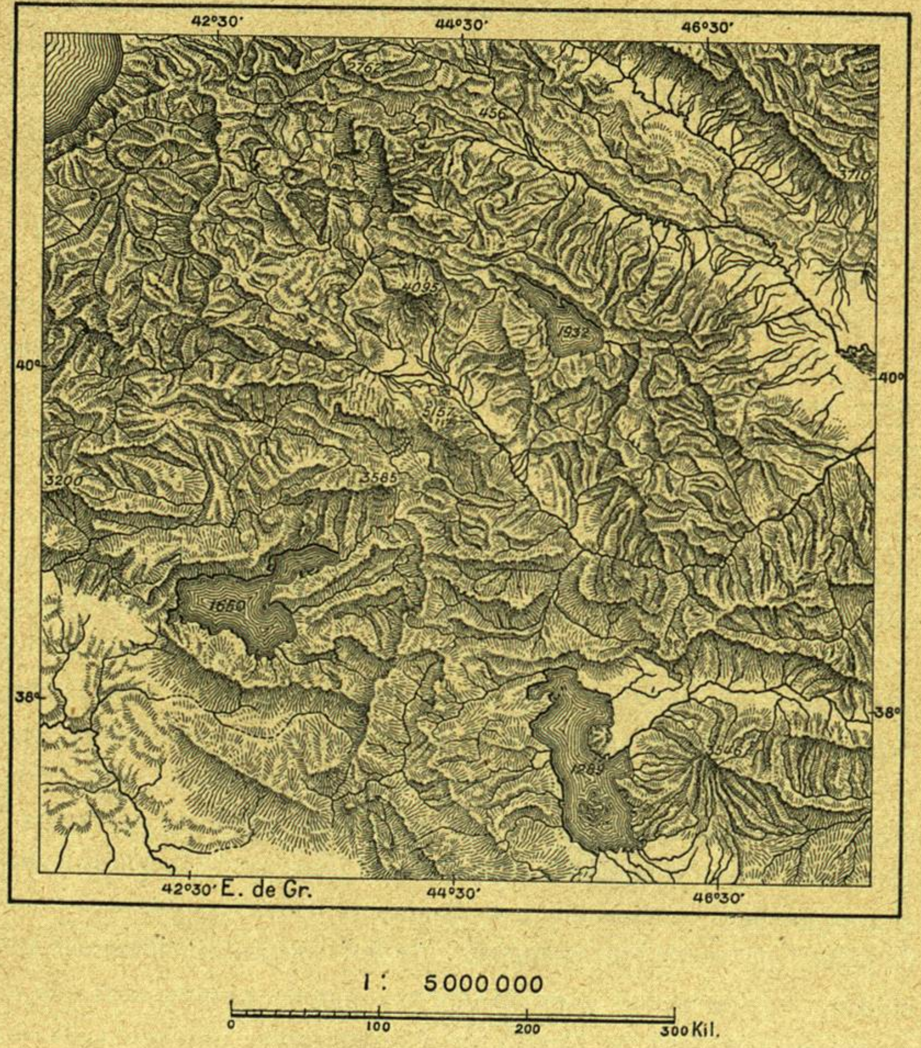
La denominación de Armenia bajo la cual suele designarse el país que da frente al Cáucaso, según sus habitantes los más civilizados, no presenta cierto valor sino desde el punto de vista puramente etnológico, y además, aun antes de las matanzas, no eran muchos los distritos en que los representantes de esta nación se encontraban en mayoría; frecuentemente los Armenios han debido cambiar de residencia en diversas direcciones bajo la presión de los pueblos vecinos. Hasta los nombres locales han cambiado muchas veces: el nombre Ararat, hoy exclusivamente aplicado á la gran montaña del Masis, tenía antiguamente una significación mucho más amplia. Bajo la forma asiria Urartu ó Arartu, ese término designaba constantemente la parte nor-oriental de la Armenia, sobre todo la llanura del Araxa: todavía para San Jerónimo el Ararat era, no el volcán soberbio, sino la extensa y fértil campiña que se extiende hacia el Caspio. En una palabra, el Ararat era el país de los Alarodios (ó Araracios) mencionado por Herodoto [1].

Por otra parte, el nombre de «Armenia» parece haberse dado antiguamente á la parte sud-occidental de la comarca así denominada en nuestros días. Herodoto no conocía Armenios sino sobre el alto Eufrates, cerca de la Frigia y en las montañas, donde el Halys tiene su manantial [2]. La emigración de ese grupo humano se hizo, pues, en la dirección de Occidente á Oriente y acaba por terminar en el valle del Araxa [3]. Parece que hacia el principio de la dinastía de los Akheménidas unos Armenios ó Haikanes — «Ascanios» — poblaron las inmediaciones del macizo del Ararat, convertido en el centro geográfico de su dominio, encontrándose un recuerdo de la antigua estancia en el nombre de Achkenaz, antigua denominación de los Frigios. Según gran número de filólogos, el mar antiguamente conocido con

[1] Libro III, 94; Fr. Lenormant, *Les Origines de l'Histoire*, t. II, ps. 2, 3 y siguientes.
[2] Libro I, 72, 194; VII, 73.
[3] Moisés de Khorène; Fr. Lenormant, *loc. cit.*, t. II, ps. 372 y siguientes.

el nombre de Pontos Axenos ó Axeinos se designó así á causa de los Ascanios de sus riberas: después los marinos griegos modificarían esa palabra para darle en su lengua un sentido de buen augurio.

N.° 78. Relieve de los montes de Armenia.



Basta comparar los macizos irregulares del Anti-Cáucaso y de los montes vagamente llamados Taurus armenio, con la larga cadena del Cáucaso, estrecha, difícilmente abordable, para comprender cuán diferente había de ser el movimiento de la historia en las dos regiones: los montes y las mesetas del distrito meridional, cortados por caminos de travesía, son mucho más fáciles de franquear que la formi-

dable muralla septentrional, que cerraba el camino á pueblos en marcha.

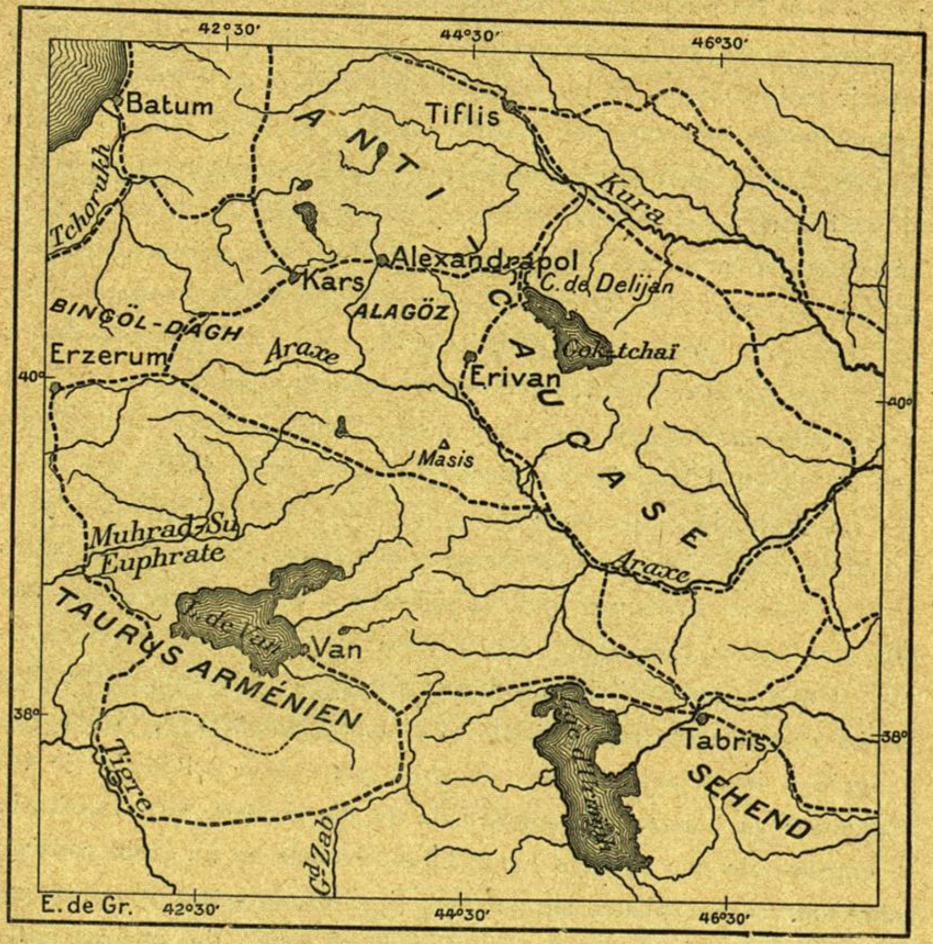
Las altas tierras de la Armenia — cuya parte más maciza y continuada da frente directamente al Cáucaso y perfila sus cadenas paralelas ó ramificadas entre la meseta del Irán y el curso superior del Eufrates, — no pueden considerarse como un cuerpo geográfico en posesión de un carácter real de unidad, pero se comprende bien que una nación dominante por el número, por la fuerza ó por el valor relativo de su civilización, haya intentado formar allí un imperio, hasta un imperio conquistador, y subyugar las poblaciones de las llanuras circundantes. Sin embargo, hay que observar también que esta región es atacable sobre todos los puntos de su extensa circunferencia: por todas partes se abren brechas en el muro de la ciudadela.

De ese modo las poblaciones encerradas en las cuencas del Kura y del Rion, es decir, en la amplia avenida transcaucásica, podían sobre muchos puntos buscar una salida para sí mismas ó para el excedente de sus hombres jóvenes. Una primera puerta fácil tenían abierta al Sud por el valle del Araxa; los que la remontaban, en bastante número y asaz valientes para rechazar á los aborígenes, recorrían el contorno de toda la mitad oriental del Anti-Cáucaso y penetraban sin escalo hasta el maravilloso jardín de Erivan, entre las dos cuencas del Alagöz y del Masis, donde podían escoger, hacia los cien manantiales del Eufrates, el paso que les pareciese más bajo y peor defendido. Para los habitantes de las campiñas transcaucásicas, que se hallan hacia el centro del istmo, el camino de ataque más favorable era el que toma actualmente el camino carretero, por la garganta de Delijan y la orilla occidental del Gok-tchai; llegados á esas alturas, podían, ó descender á la llanura de Erivan, ó ganar al Oeste la región que divide las pendientes, de que los Rusos modernos han cuidado de apoderarse para utilizar sus puntos estratégicos: allí se elevan las fortalezas de Kars y de Alexandropol. El alto valle del Kura ofrece un cuarto paso, y, por el litoral del mar Negro, en el Lazistan, otros pueblos ganan los senderos que irradian sobre los pastos alrededor de la cuenca del Tchorukh.

La relativa facilidad de acceso que presentaban á los pueblos emigrantes los montes del Anti-Cáucaso y del Taurus, explica las guerras incesantes que han ensangrentado esas comarcas y los numerosos des-

plazamientos de poblaciones que allí se han verificado. Los habitantes, acosados por diversos lados, mezclados, fragmentados, se han limitado, en consecuencia, de una manera menos precisa que sus vecinos del Cáucaso; los territorios de habitación han cambiado mucho más fre-

N.º 79. Caminos del Anti-Cáucaso.



1 : 5000000

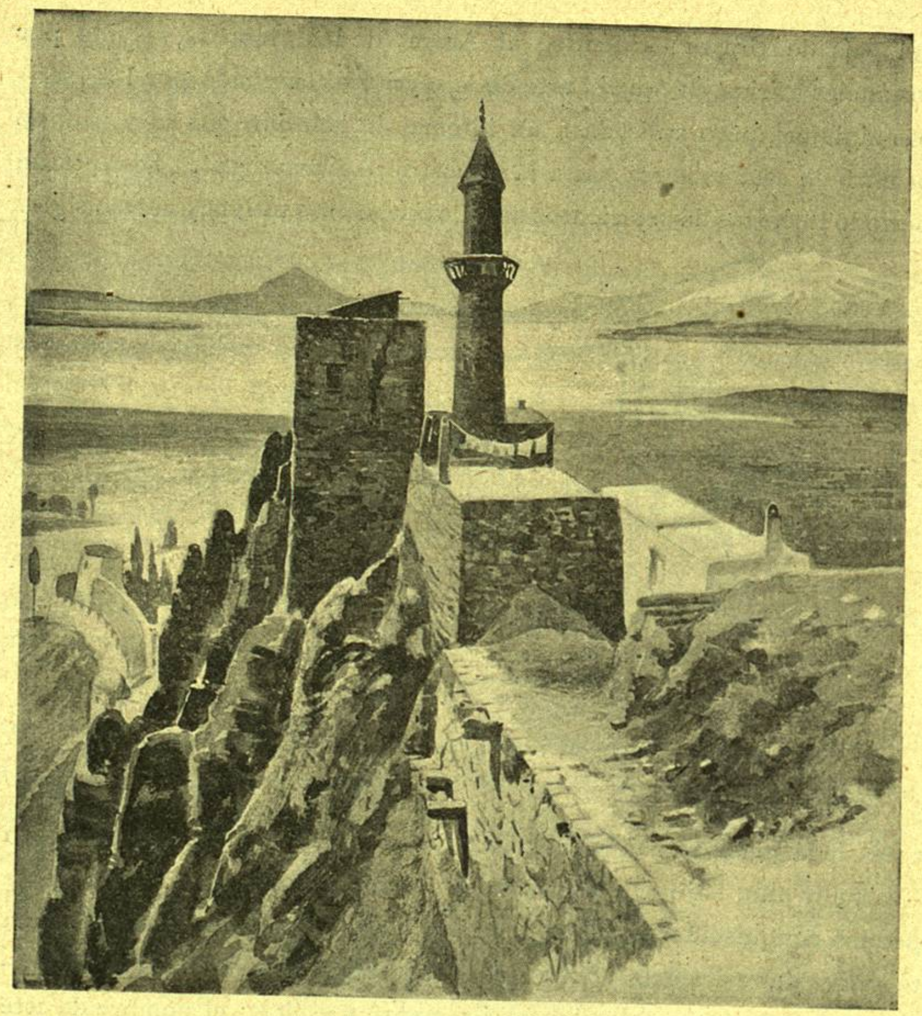
0 100 200 300 Kil.

cuentemente; han tenido lugar emigraciones en todos sentidos; las lenguas, las razas, las tradiciones se han mezclado: hay supuestos Turcos de origen griego, Judíos ó Kurdos que se llaman Armenios. Los Kurdos son, por lo demás, los que, desde los orígenes de la historia, parecen haber guardado mejor el tipo, lo que se comprende, porque

habitan los distritos montañosos más elevados y abruptos: los invasores, buscando caminos fáciles para ir á sus conquistas, se han separado prudentemente de las escarpas áridas y de los valles superiores frecuentemente obstruídos por las nieves.

Á la diversidad de las razas del Anti-Cáucaso y del Taurus corresponde la de las religiones, y el motivo de esta gran variedad de cultos reaparece en las condiciones geográficas del medio, no como era grato repetir antiguamente, en los «misteriosos decretos de la Providencia». Las montañas limítrofes del Asia Menor están situadas hacia el centro de gravedad de las comarcas donde nacieron el mazdeismo, el judaismo, el cristianismo, y el conflicto de esas diversas creencias, de esas fuerzas encerradas en un mismo circo, había de producir necesariamente religiones mixtas, especialmente aquellas que, bajo diferentes formas, recibieron el nombre genérico de «gnosticismo». Después todos esos cultos fueron condenados á nuevas evoluciones cuando el Islam apareció á su vez en la escena del Asia anterior y mediterránea. Esos son fenómenos que se refieren al dominio de la mecánica social y se amoldan á sus leyes.

Los Armenios, esparcidos sobre las pendientes de los montes y en los altos valles alrededor del Ararat, no hallaron jamás en sus países natales recursos suficientes para su sustento, y como tantos otros pueblos montañeses, hubieron de ir á ganarse la vida en comarcas extranjeras; pero lo que les distinguía de otros emigrantes, es que entre ellos estaba grandemente representado el elemento intelectual. Un hecho geográfico importante explica en gran parte este privilegio de los Haikanes: su patria, comparada á la de los Kurdos, cuyo territorio se entremezcla con el suyo como hilos diversos en un tapiz, consiste sobre todo en terraplenes ampliamente aireados, en vastas campiñas que bordean riberas lacustres ó que rellenan el fondo de cuencas antiguamente inundadas, en tanto que en la vecindad inmediata, unos macizos abruptos de montañas, cortadas por desfiladeros y gargantas difíciles, dan asilo á pastores, que viven allá arriba, en las nieves, llevando una existencia áspera y peligrosa. El contraste de la Naturaleza se presenta sobre mil puntos en toda esta región atormentada, y una oposición correspondiente se manifiesta en las costumbres y las cualidades hereditarias de las poblaciones respectivas. Gracias al medio, las unas se dedicaron principalmente á la agricultura, asociada á



EL LAGO Y LA CIUDADELA DE VAN (VÉASE PÁG. 454)

Dibujo de G. Roux, según una fotografía.

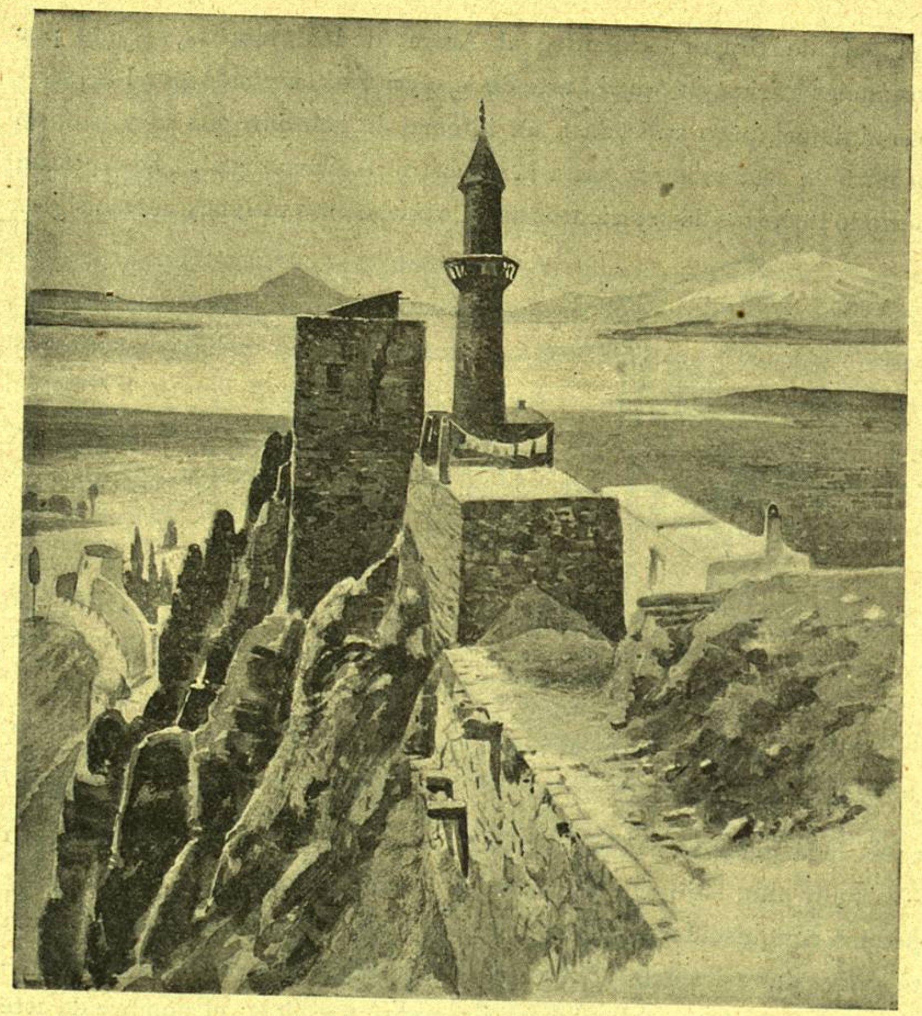
un comercio de emigración periódica, las otras se limitaron á la cría de rebaños, completada, en tiempo y lugar oportunos, por expediciones de bandidaje.

Como quiera que sea, los habitantes del Anti-Cáucaso no gozaron frecuentemente de la dicha de ser independientes, ni aun durante la existencia del reino llamado de Van: tal ó cual conjunto de valles no podía constituir un grupo autónomo sino en las épocas durante las cuales no se habían constituído grandes imperios invasores en el Mediodía. No conocemos, por lo demás, la historia de la región montañosa que se extiende desde el lago de Van al lago de Urmiah, es decir,

habitan los distritos montañosos más elevados y abruptos: los invasores, buscando caminos fáciles para ir á sus conquistas, se han separado prudentemente de las escarpas áridas y de los valles superiores frecuentemente obstruídos por las nieves.

Á la diversidad de las razas del Anti-Cáucaso y del Taurus corresponde la de las religiones, y el motivo de esta gran variedad de cultos reaparece en las condiciones geográficas del medio, no como era grato repetir antiguamente, en los «misteriosos decretos de la Providencia». Las montañas limítrofes del Asia Menor están situadas hacia el centro de gravedad de las comarcas donde nacieron el mazdeismo, el judaismo, el cristianismo, y el conflicto de esas diversas creencias, de esas fuerzas encerradas en un mismo circo, había de producir necesariamente religiones mixtas, especialmente aquellas que, bajo diferentes formas, recibieron el nombre genérico de «gnosticismo». Después todos esos cultos fueron condenados á nuevas evoluciones cuando el Islam apareció á su vez en la escena del Asia anterior y mediterránea. Esos son fenómenos que se refieren al dominio de la mecánica social y se amoldan á sus leyes.

Los Armenios, esparcidos sobre las pendientes de los montes y en los altos valles alrededor del Ararat, no hallaron jamás en sus países natales recursos suficientes para su sustento, y como tantos otros pueblos montañeses, hubieron de ir á ganarse la vida en comarcas extranjeras; pero lo que les distinguía de otros emigrantes, es que entre ellos estaba grandemente representado el elemento intelectual. Un hecho geográfico importante explica en gran parte este privilegio de los Haikanes: su patria, comparada á la de los Kurdos, cuyo territorio se entremezcla con el suyo como hilos diversos en un tapiz, consiste sobre todo en terraplenes ampliamente aireados, en vastas campiñas que bordean riberas lacustres ó que rellenan el fondo de cuencas antiguamente inundadas, en tanto que en la vecindad inmediata, unos macizos abruptos de montañas, cortadas por desfiladeros y gargantas difíciles, dan asilo á pastores, que viven allá arriba, en las nieves, llevando una existencia áspera y peligrosa. El contraste de la Naturaleza se presenta sobre mil puntos en toda esta región atormentada, y una oposición correspondiente se manifiesta en las costumbres y las cualidades hereditarias de las poblaciones respectivas. Gracias al medio, las unas se dedicaron principalmente á la agricultura, asociada á



EL LAGO Y LA CIUDADELA DE VAN (VÉASE PÁG. 454)

Dibujo de G. Roux, según una fotografía.

un comercio de emigración periódica, las otras se limitaron á la cría de rebaños, completada, en tiempo y lugar oportunos, por expediciones de bandidaje.

Como quiera que sea, los habitantes del Anti-Cáucaso no gozaron frecuentemente de la dicha de ser independientes, ni aun durante la existencia del reino llamado de Van: tal ó cual conjunto de valles no podía constituir un grupo autónomo sino en las épocas durante las cuales no se habían constituído grandes imperios invasores en el Mediodía. No conocemos, por lo demás, la historia de la región montañosa que se extiende desde el lago de Van al lago de Urmiah, es decir,

del país de Urartu — idéntico al Ararat de los Hebreos, — sino por los anales asirios, porque el arte de la escritura, enseñada por los escribas ninivitas, pero aplicada á un idioma sin relación con el asirio, no penetró en esta comarca hasta la época de Assurnazirpal. Durante un período lo menos de setecientos años, comenzando treinta y cuatro siglos



ESCITAS ARMADOS DE LANZAS, SEGÚN EL VASO DE KUL-OBA

(Museo del Hermitage, en San Petersburgo)

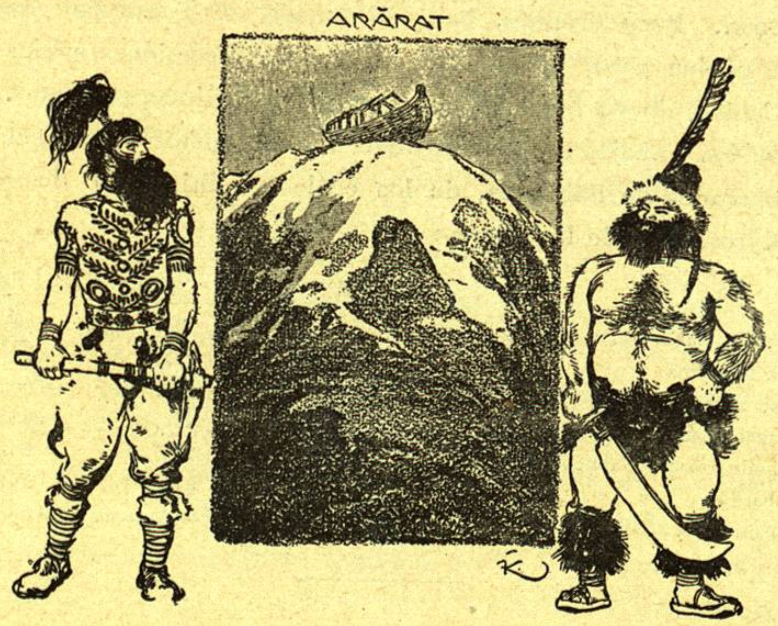
antes de la época actual, la influencia de los Asirios fué preponderante en Urartu, y aun, bajo el rey Sargón, la dominación ejercida directamente por los conquistadores del Sud parece haber sido aceptada sin ninguna tentativa de resistencia, siendo, á decir verdad, más de una vez violentamente turbada por invasiones kimerianas y escitas; el nombre de este último pueblo se encuentra hasta en el de Sacaseno, provincia del Alto Araxa, citado por Strabon. Algunos documentos señalan guerras entre los príncipes de Van y los Héteos, establecidos en la Siria del norte [1].

Sobre el territorio de Armenia, perteneciente actualmente al imperio ruso, Nikolski y otros arqueólogos, hasta el año 1895, han descubierto veintitrés grandes inscripciones cuneiformes, y se conocen todo un centenar en el conjunto del país armenio, que se prolonga al Sud y al Este, hasta en el Azerbeidjan; es verdad que no se han descifrado aún todas, porque hay modificaciones de los signos asirios que hacen muy difícil la lectura de esos documentos petrográficos. De todos esos monumentos escritos, el más notable es el que cubre

[1] A. H. Sayce, *Les Hétéens, Annales du Musée Guimet*, p. 50.

con sus quinientas líneas una de las paredes del pedestal de rocas que tiene la ciudadela de Van, atribuída por la leyenda á la fabulosa Semíramis: refiere los altos hechos de un rey Argichtis I, quien, durante un eclipse de la potencia asiria anterior al reinado de Tiglatphalazar II (Tugultipalesharra), llevó sus conquistas hasta el Mediterráneo sirio. El orden geográfico de esas inscripciones, muestra la dirección de las vías históricas: por la misma forma de las mesetas y de los macizos de montañas, estaba ya indicada y no ha cambiado desde aquella época. La civilización de aquellas comarcas bajo la influencia asiria debió ser superior á la de las poblaciones actuales, puesto que existían canales de irrigación en los flancos de todas las colinas, sobre todos los valles, que se intenta hoy restablecer á toda costa. Mucho ha de hacerse para restaurar la red de canales de riego en toda la antigua Armenia; la prolongada sujeción del pueblo le ha privado de la energía necesaria para el bello arreglo de su dominio.

Tras de los Asirios vinieron los reyes Medas, de los que fué tributaria la Armenia; luego suplantó Ciro á los soberanos de la Media, para ensanchar su imperio y sujetar más estrechamente á su poder la nación de los Haikanes; por último, al cesar la dominación persa, Armenia tuvo la misma suerte que todas las comarcas conquistadas por Alejandro. El país del Ararat formó parte desde entonces del mundo sujeto al Occidente.



POTAMIA: NOTICIA HISTÓRICA

Todavía no es posible trazar un cuadro cronológico de los hechos relativos á la Potamia. Á consecuencia de excavaciones recientes, sólo disponemos de los nombres de algunos soberanos, y aun en muchos casos la dominación de éstos no se extendía más allá de las murallas de sus ciudades: Nippur, Agade, Kich, Larsam, Ur, sin hablar de Suza y de Babilonia, por lo cual nos limitamos á citar los nombres más conocidos, los inscritos en los pedestales de las estatuas de nuestros museos.

Las excavaciones de Nippur suministran un primer ciclo. Los nombres de Mullil, de Lugal, de Ensagna, cuentan una antigüedad de 8000 años, pero quizá designen ficciones mitológicas.

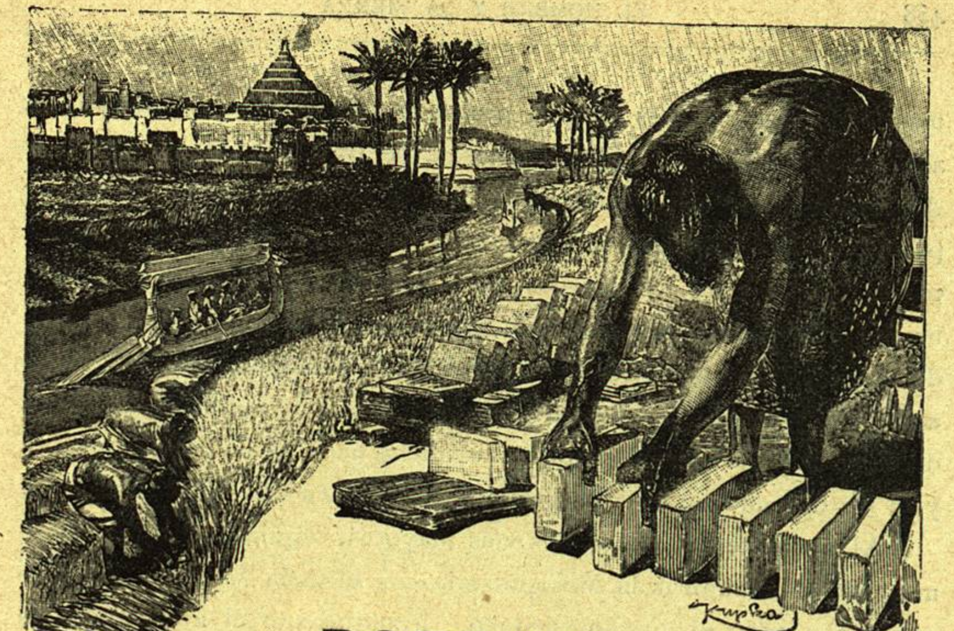
En una época que dista de nosotros de cincuenta y seis á sesenta siglos, puede citarse á Chargina y su hijo Naram-Sin, rey de Agade, Urbagu, y Dungi, reyes de Ur; Gudea, su vasallo, señor de Sirpula; Khumbaba y Karibu-cha-Chuchinak, reyes de Suza.

Khammurabi (Hammurabi), rey de Babilonia, extendió su dominación sobre toda la Caldea hace unos 3950 años.

Algunos siglos después reinó en Mesopotamia una dinastía, de origen desconocido, llamada cassite. Uno de los últimos representantes de esos reyes, Kurigalzu, vivía treinta y un siglos antes que nosotros... Poco después, bajo el reinado de Tugultipalesharra II (véase página 338), comienza la era de las incursiones asirias en la baja Caldea, donde llegan á ser raros los reyes independientes.

De los trabajos de Pinches tomamos los nombres de algunos de los soberanos de Babilonia, de los cuales el último fué destronado por Kyros, Rey de los Reyes:

	Era de Nabonasar	Olimpiadas	Era vulgar
Nabu nazir (Nabonasar)	0, 14	29, 43	— 747, — 733
Marduk bali dina	26, 38	55, 67	— 721, — 709
Samassu mukin	80, 100	109, 129	— 667, — 647
Nabu apal utzur (Nabopolasar)	122, 143	151, 172	— 625, — 604
Nabu kudu russur (Nabucodonosor)	143, 186	172, 215	— 604, — 561
Amil marduk	186, 188	215, 217	— 561, — 559
Nabu nahid	191, 209	220, 238	— 556, — 538



POTAMIA

El origen de la civilización es doble en el país de los ríos; ha de buscarse á la vez en la agricultura y en el comercio.

CAPÍTULO III

CIRCO POTÁMICO. — VÍAS HISTÓRICAS. — CIVILIZACIÓN TURANIA. LLEGADA DE LOS SEMITAS. — PARAÍSO TERRESTE, MONTES SAGRADOS, NAVEGACIÓN, LEYENDA DEL DILUVIO. — CAÍN Y ABEL. AGRICULTURA, INDUSTRIA, CONSTRUCCIONES, ASTRONOMÍA, ESCRITURA, CIUDADES É IMPERIOS CALDEOS Y ASIRIOS.

Al sud de los bruscos declives del alto país de Armenia, los rasgos geográficos del territorio en que se desarrollan las corrientes del Tigris y del Eufrates determinaron el curso de su historia. Á la vista del inmenso circo rodeado de montes en anfiteatro y atravesado por anchas puertas por las cuales pudieron llegar en multitud los inmigrantes, se comprende que en aquel circo han debido realizarse grandes cosas. En primer lugar allí viene á desembocar, por uno ú otro camino de Persia, aquella vía

POTAMIA: NOTICIA HISTÓRICA

Todavía no es posible trazar un cuadro cronológico de los hechos relativos á la Potamia. Á consecuencia de excavaciones recientes, sólo disponemos de los nombres de algunos soberanos, y aun en muchos casos la dominación de éstos no se extendía más allá de las murallas de sus ciudades: Nippur, Agade, Kich, Larsam, Ur, sin hablar de Suza y de Babilonia, por lo cual nos limitamos á citar los nombres más conocidos, los inscritos en los pedestales de las estatuas de nuestros museos.

Las excavaciones de Nippur suministran un primer ciclo. Los nombres de Mullil, de Lugal, de Ensagna, cuentan una antigüedad de 8000 años, pero quizá designen ficciones mitológicas.

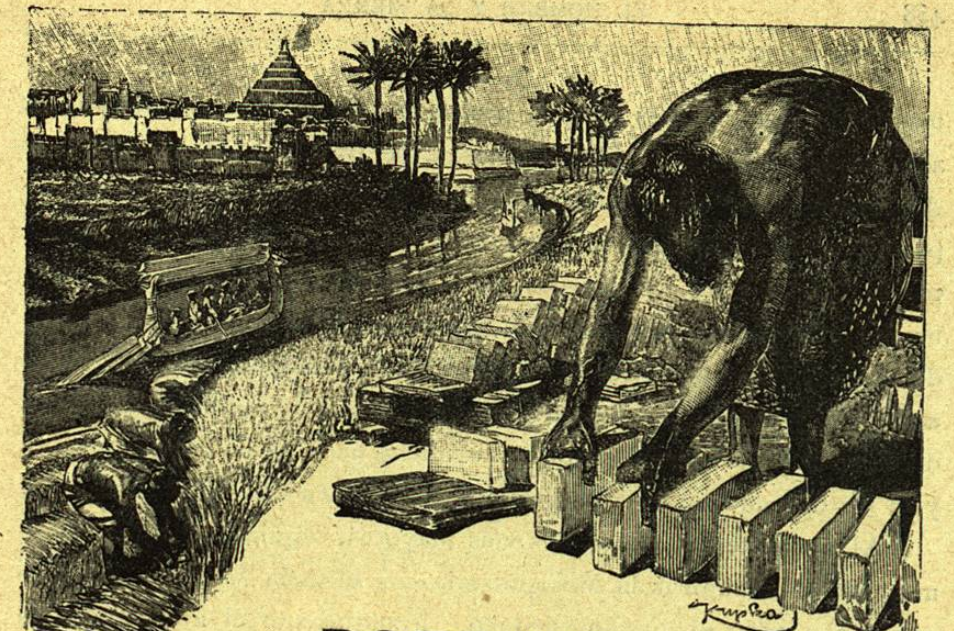
En una época que dista de nosotros de cincuenta y seis á sesenta siglos, puede citarse á Chargina y su hijo Naram-Sin, rey de Agade, Urbagu, y Dungi, reyes de Ur; Gudea, su vasallo, señor de Sirpula; Khumbaba y Karibu-cha-Chuchinak, reyes de Suza.

Khammurabi (Hammurabi), rey de Babilonia, extendió su dominación sobre toda la Caldea hace unos 3950 años.

Algunos siglos después reinó en Mesopotamia una dinastía, de origen desconocido, llamada cassite. Uno de los últimos representantes de esos reyes, Kurigalzu, vivía treinta y un siglos antes que nosotros... Poco después, bajo el reinado de Tugultipalesharra II (véase página 338), comienza la era de las incursiones asirias en la baja Caldea, donde llegan á ser raros los reyes independientes.

De los trabajos de Pinches tomamos los nombres de algunos de los soberanos de Babilonia, de los cuales el último fué destronado por Kyros, Rey de los Reyes:

	Era de Nabonasar	Olimpiadas	Era vulgar
Nabu nazir (Nabonasar)	0, 14	29, 43	— 747, — 733
Marduk bali dina	26, 38	55, 67	— 721, — 709
Samassu mukin	80, 100	109, 129	— 667, — 647
Nabu apal utzur (Nabopolasar)	122, 143	151, 172	— 625, — 604
Nabu kudu russur (Nabucodonosor)	143, 186	172, 215	— 604, — 561
Amil marduk	186, 188	215, 217	— 561, — 559
Nabu nahid	191, 209	220, 238	— 556, — 538



POTAMIA

El origen de la civilización es doble en el país de los ríos; ha de buscarse á la vez en la agricultura y en el comercio.

CAPÍTULO III

CIRCO POTÁMICO. — VÍAS HISTÓRICAS. — CIVILIZACIÓN TURANIA. LLEGADA DE LOS SEMITAS. — PARAÍSO TERRESTE, MONTES SAGRADOS, NAVEGACIÓN, LEYENDA DEL DILUVIO. — CAÍN Y ABEL. AGRICULTURA, INDUSTRIA, CONSTRUCCIONES, ASTRONOMÍA, ESCRITURA, CIUDADES É IMPERIOS CALDEOS Y ASIRIOS.

Al sud de los bruscos declives del alto país de Armenia, los rasgos geográficos del territorio en que se desarrollan las corrientes del Tigris y del Eufrates determinaron el curso de su historia. Á la vista del inmenso circo rodeado de montes en anfiteatro y atravesado por anchas puertas por las cuales pudieron llegar en multitud los inmigrantes, se comprende que en aquel circo han debido realizarse grandes cosas. En primer lugar allí viene á desembocar, por uno ú otro camino de Persia, aquella vía

mayor de las naciones que se prolonga por la base del diafragma asiático para bifurcarse sobre la meseta de Irán, por un lado hacia el Azerbeidjan, por otro hacia Hamadan y el pie del Elvend. El primer paso permite descender al confluente del gran Zab y del Tigris á través del país de los Kurdos para ganar la llanura; el segundo, mucho más famoso en la historia, pasando por Bisutun y la garganta del Zagros, alcanza el corazón mismo de la Mesopotamia en su parte más fértil y populosa. Después se abren otras puertas al Sud, las que descienden de la Persia propiamente dicha hacia la Kerkha, el Karun y el distrito en que los ríos gemelos se unen en una misma corriente.

Al noroeste del circo, dos vías mayores, seguidas por las naciones, hacen comunicar la Mesopotamia con el Asia Menor y mediatamente con todo el mundo europeo. Franqueando el umbral de las montañas que forman los bordes, una desemboca en la gran llanura, lacustre en tiempos anteriores, donde el Tokma-su viene á juntarse con el Eufrates; es la principal etapa intermedia entre Bagdad y Constantinopla; la otra es el camino que, atravesando el Eufrates en su recodo más occidental, apunta en la dirección de la brecha del Taurus, conocida especialmente con el nombre de «Puerta Cilicia».

Por último, las alturas del litoral mediterráneo, sobre todo la costa de Palestina y de Siria, que por lo demás no presentan en parte alguna resaltos infranqueables, están cortados de distancia en distancia por gargantas abiertas sobre escalas que unen toda la orilla del mar á la cuenca de los ríos gemelos, el Tigris y el Eufrates. De ese modo, el gran anfiteatro entre Líbano, Taurus y Zagros podía ser fácilmente visitado, y lo fué, en efecto, por gentes de todo clima, de toda raza, de toda lengua y de toda civilización. Un solo mar, la larga lengua donde desembocan los dos ríos reunidos, baña directamente las playas del circo de Mesopotamia; pero á distancia otros mares se hallan próximos á esta región, aportando también su tributo de mercancías, de viajeros y de ideas. Desde este punto de vista, ya hemos hecho notar que el Asia anterior, al oeste de Persia, ocupa una posición geográfica sin igual.

Sin embargo, la llanura eufrática se divide en dos partes bien distintas, una que fué viva y bien viva, la Mesopotamia propiamente dicha, y otra que se puede calificar de muerta, porque está ocupada

por lavas, rocas y arenas áridas; solamente da asilo á Beduínos nómadas que se desplazan rápidamente de un lugar á otro para que pasten sus rebaños la pobre hierba de los fondos ó las hojas esparcidas de

N.° 80. Circo potámico [1].



1. Garganta del Zagros. 2. Puerta Cilicia.

los arbustos. La línea media que separa las dos mitades del circo en el curso del Eufrates, trazado oblicuamente de su revuelta occidental hacia el golfo Pérsico. Este límite del desierto debía ser al mismo tiempo la gran vía de tráfico entre el mar de las Indias y el Medi-

[1] Conviene observar que en este mapa el nombre Liban se halla más al N. de su verdadera posición.

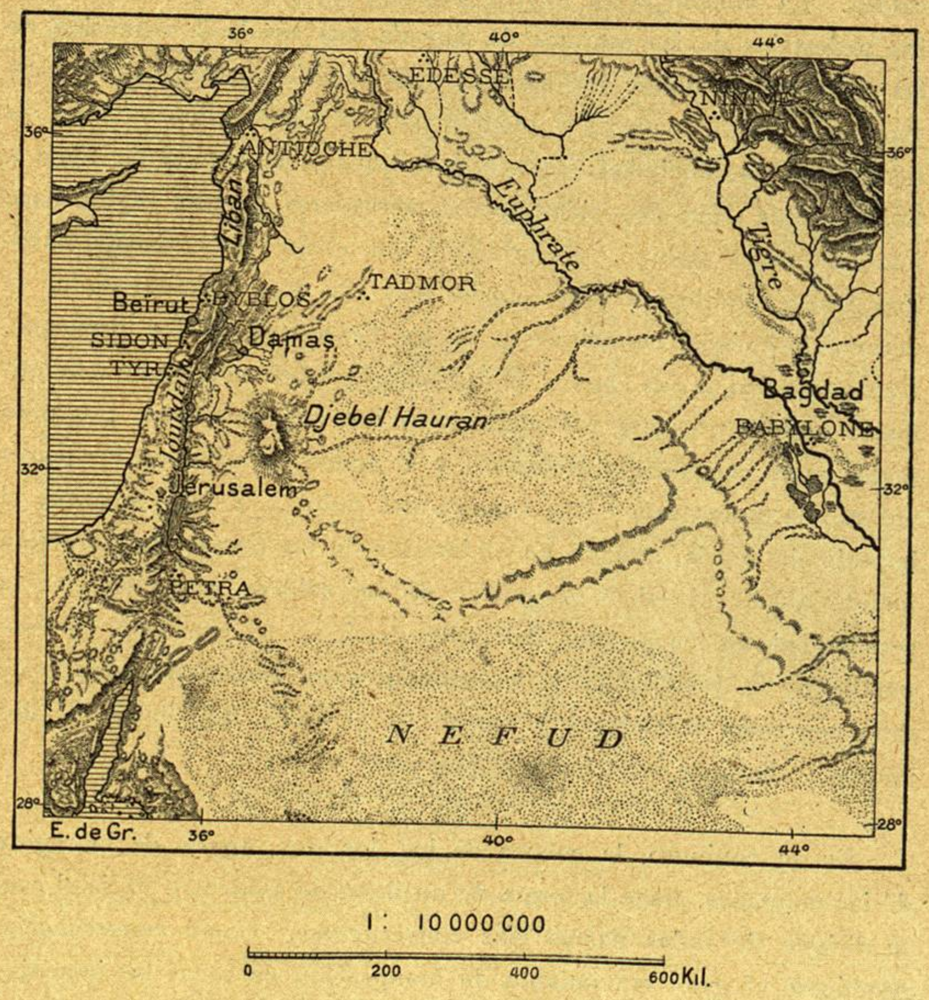
terráneo: desde los orígenes de la civilización, sin duda se hicieron por allí los cambios del oro, de las perlas, de los diamantes y de las telas de algodón y de seda con los géneros de Occidente.

El Eufrates, continuando directamente el eje del golfo Pérsico hacia el golfo de Isos, era una vía natural más útil y mejor situada que otro camino hecho, el valle del Nilo. Sin embargo, este último, casi paralelo al mar Rojo en la mitad inferior de su curso, y comunicando con este golfo prolongado por cierto número de caminos laterales de fácil acceso, debía adquirir también capital importancia en el tráfico de mundo á mundo, y, por consecuencia, nació seguramente una concurrencia muy ruda y ardiente entre los imperios ribereños de los dos ríos. Los modernos se inclinan á creer que las guerras de rivalidad comercial son de origen reciente, y que únicamente desde hace poco las potencias se disputan los mercados lejanos; pero lo expuesto es un ejemplo memorable de lo contrario. Los Sesostris, los Assurbanipal y los Kambyses eran los representantes coronados de la banca y de los monopolios de la época, como lo fueron en la India, en el siglo anterior, los Dupleix y los Clive, como lo son en este siglo las potencias que se reparten el África.

Sobre las dos grandes vías naturales del Tigris y del Eufrates, había algunos puntos designados por la Naturaleza para venir á ser lugares históricos por excelencia. Tales son los pasos del Tigris cerca del confluente del gran Zab y del solar en que antiguamente se elevaba la ciudad de Nínive, no lejos de los campos en que se libraron tantas batallas, entre otras la de Arbelles, que dió el imperio persa á los Macedonios. Tal es también la región de los ríos gemelos, donde las corrientes se aproximan y viene á terminar el ancho valle del Diyalah. En este sitio, donde las dos líneas vitales están en contacto, por decirlo así, y en que los canales se entremezclan en un laberinto inmenso, se encuentran las ruinas de la antigua Babilonia; las de Seleucia, capital de los sucesores de Alejandro; de Ctesiphon, residencia de la dinastía persa de los Sasanidas, y la actual ciudad de Bagdad. Allí es el verdadero centro de gravedad de toda la Mesopotamia, pudiéndose reconocer también de una mirada cuáles fueron los puntos vitales del Eufrates medio. Allí comenzaban los caminos entre el río y el Mediterráneo donde acaba el desierto.

El golfo Pérsico, prolongación del valle del Tigris-Eufrates, se abre maravillosamente hacia el océano Indico como una ría interior, preparando los marineros á los viajes sobre el gran mar. Ya los

N.° 81. Desiertos al oeste de la Mesopotamia [1].



Caldeos daban á ese golfo el nombre de «río» *Nâr Marratu* [2]. Constituyó una ventaja capital para el desarrollo de la civilización babilónica, porque este mar casi cerrado poseía en sus archipiélagos, y al abrigo de sus islas costeras, fondeaderos favorables que

[1] En este mapa el nombre LIBAN está al N. de su posición verdadera.
[2] Alfred Loisy, *Les Mythes babyloniens*, p. 189.

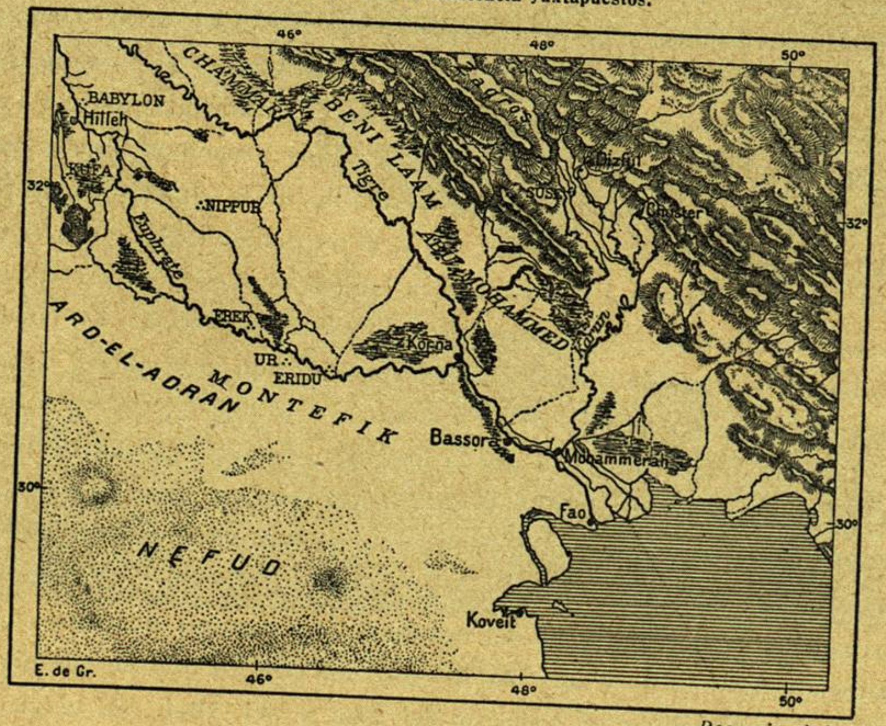
ofrecían á los bateleros del río como una especie de extensión del estuario, y á los marinos propiamente dichos, como un vestíbulo, una antecámara del Océano. Así, gracias al mar y á los ríos que en él desaguan, el área geográfica del mundo que conocían los hombres civilizados debía de ser ya considerable al principio de la historia caldea. La nomenclatura de los nombres de países grabados sobre los pedestales de las estatuas de Sirpula nos revela la extensión de las comarcas de donde los barcos importaban los materiales de toda especie, metales, maderas y piedras para la construcción y el embellecimiento de la ciudad: Egipto á Occidente, la meseta de Elam á Oriente eran bien conocidos de los mercaderes de esta región hace unos cincuenta siglos [1]. Es probable que el área de extensión babilónica se extendiese al Este mucho más allá de los límites donde se detuvo después el conocimiento de los Griegos y de los Romanos. Un texto asirio al que Oppert da una antigüedad de veintiocho ó veintinueve siglos, presenta los mercaderes del rey de Nínive pescando perlas en el mar de los Monzones y el ámbar amarillo en los mares en que la Polar está en la cumbre del cielo [2]. Y sin embargo, el imperio de Asiria, situado en el interior de las tierras nada hubiera podido añadir al saber geográfico de los caldeos que vivían en la proximidad de los puertos del golfo Pérsico. Al contrario, correspondiendo la dominación de los soberanos de Assur á un período de gran regresión intelectual y moral, es probable que entre las dos épocas se hubiera estrechado el horizonte mundial.

En su conjunto, la cuenca de los dos ríos, aparte de la región de las montañas, tiene la forma de un inmenso anfiteatro hacia el cual se dirigen de todas partes vías convergentes. Como consecuencia, prodúcese un gran movimiento de inmigración en todas las inmediaciones hacia la gran campiña: cada valle se despoja del exceso de sus habitantes siguiendo el curso del río; todos los tipos se hallan representados en las ciudades donde se mezclan las poblaciones: la llanura se puebla por contacto, aquí por pastores que caminan con sus rebaños

[1] Léon Heuzey, *Découvertes en Chaldée par E. de Sarzec*, p. 130.
[2] *Recueil des Travaux relatifs à la Philologie et à l'Archéologie égyptiennes et assyriennes*, ps. 33 y siguientes.

en las regiones herbosas, allá por agricultores que utilizan directamente el agua fluvial para el riego de sus campos. Sin embargo, ciertas partes de la comarca baja que recorren el Tigris y el Eufrates quedarían durante mucho tiempo inaccesibles á las inmigraciones de

N.° 82. Modos de existencia yuxtapuestos.



Bosquejo cónico.

1 : 5500 000.

0 25 150 300 kil.

Koveit, comercio marítimo, exportación.
Bassora, comercio fluvial y palmerales.
Fao, Mohammerah, comercio fluvial y marítimo.
Nefud, desierto arenoso
Ard-el-Adran, país de los Uadis.
Zagros, cultivos y transhumancia.
Meseta de Irania, cultivos y jardinería, adormideras y rosas.

Al pie de las montañas, región de agricultura, arruinada por la destrucción de los canales y entregada casi por completo á las hierbas.

los contornos; tales son las tierras aluviales donde el agua se extendía en lagos y pantanos llenos de cañas, rodeados de una vegetación frondosa. Las fiebres se juntaban á las dificultades del suelo para defender las cercanías de esas extensiones parcialmente inundadas que fueron luego las tierras más fecundas de la maravillosa Caldea. Fué

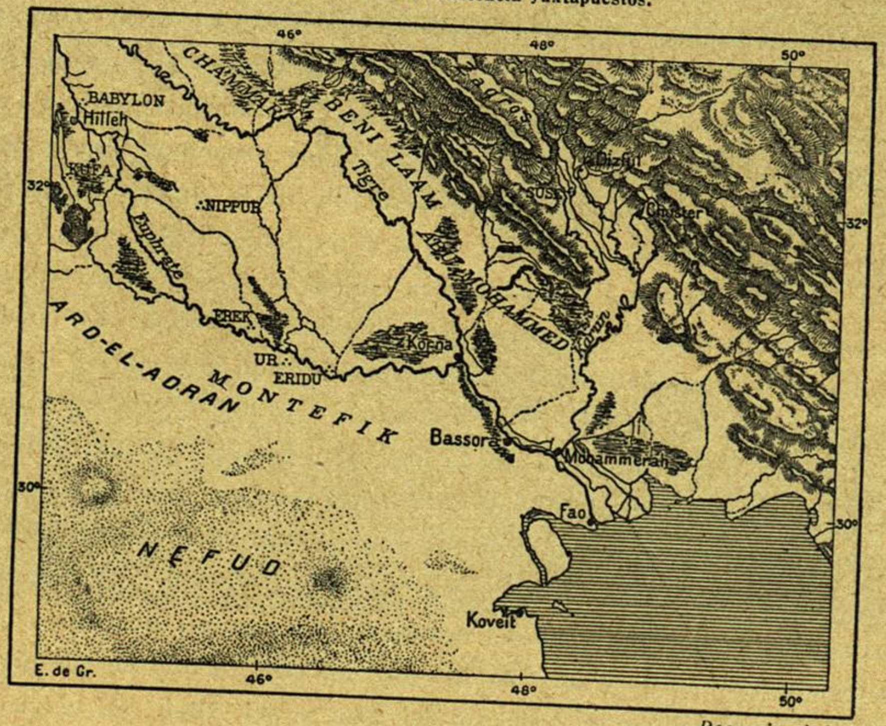
ofrecían á los bateleros del río como una especie de extensión del estuario, y á los marinos propiamente dichos, como un vestíbulo, una antecámara del Océano. Así, gracias al mar y á los ríos que en él desaguan, el área geográfica del mundo que conocían los hombres civilizados debía de ser ya considerable al principio de la historia caldea. La nomenclatura de los nombres de países grabados sobre los pedestales de las estatuas de Sirpula nos revela la extensión de las comarcas de donde los barcos importaban los materiales de toda especie, metales, maderas y piedras para la construcción y el embellecimiento de la ciudad: Egipto á Occidente, la meseta de Elam á Oriente eran bien conocidos de los mercaderes de esta región hace unos cincuenta siglos [1]. Es probable que el área de extensión babilónica se extendiese al Este mucho más allá de los límites donde se detuvo después el conocimiento de los Griegos y de los Romanos. Un texto asirio al que Oppert da una antigüedad de veintiocho ó veintinueve siglos, presenta los mercaderes del rey de Nínive pescando perlas en el mar de los Monzones y el ámbar amarillo en los mares en que la Polar está en la cumbre del cielo [2]. Y sin embargo, el imperio de Asiria, situado en el interior de las tierras nada hubiera podido añadir al saber geográfico de los caldeos que vivían en la proximidad de los puertos del golfo Pérsico. Al contrario, correspondiendo la dominación de los soberanos de Assur á un período de gran regresión intelectual y moral, es probable que entre las dos épocas se hubiera estrechado el horizonte mundial.

En su conjunto, la cuenca de los dos ríos, aparte de la región de las montañas, tiene la forma de un inmenso anfiteatro hacia el cual se dirigen de todas partes vías convergentes. Como consecuencia, prodúcese un gran movimiento de inmigración en todas las inmediaciones hacia la gran campiña: cada valle se despoja del exceso de sus habitantes siguiendo el curso del río; todos los tipos se hallan representados en las ciudades donde se mezclan las poblaciones: la llanura se puebla por contacto, aquí por pastores que caminan con sus rebaños

[1] Léon Heuzey, *Découvertes en Chaldée par E. de Sarzec*, p. 130.
[2] *Recueil des Travaux relatifs à la Philologie et à l'Archéologie égyptiennes et assyriennes*, ps. 33 y siguientes.

en las regiones herbosas, allá por agricultores que utilizan directamente el agua fluvial para el riego de sus campos. Sin embargo, ciertas partes de la comarca baja que recorren el Tigris y el Eufrates quedarían durante mucho tiempo inaccesibles á las inmigraciones de

N.° 82. Modos de existencia yuxtapuestos.



Bosquejo cónico.

1 : 5 500 000.

0 25 150 300 kil.

Koveit, comercio marítimo, exportación.
Bassora, comercio fluvial y palmerales.
Fao, Mohammerah, comercio fluvial y marítimo.
Nefud, desierto arenoso

Ard-el-Adran, país de los Uadis.
Zagros, cultivos y transhumancia.
Meseta de Irania, cultivos y jardinería, adormideras y rosas.

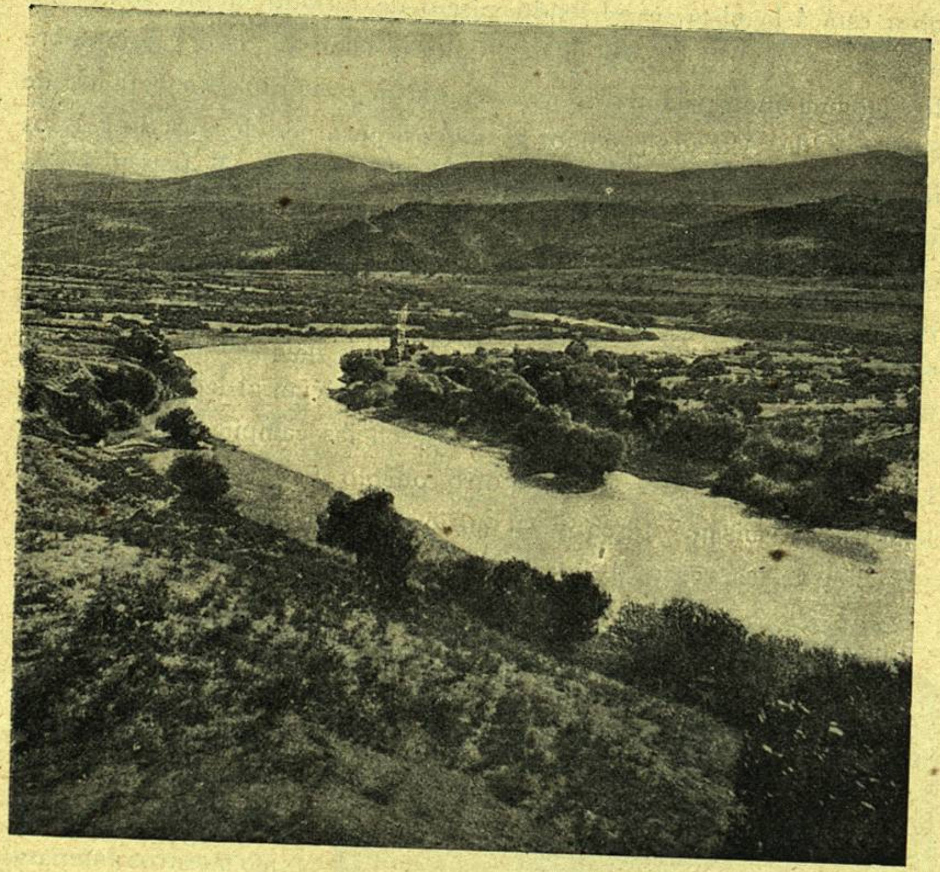
Al pie de las montañas, región de agricultura, arruinada por la destrucción de los canales y entregada casi por completo á las hierbas.

los contornos; tales son las tierras aluviales donde el agua se extendía en lagos y pantanos llenos de cañas, rodeados de una vegetación frondosa. Las fiebres se juntaban á las dificultades del suelo para defender las cercanías de esas extensiones parcialmente inundadas que fueron luego las tierras más fecundas de la maravillosa Caldea. Fué

necesaria toda una larga sucesión de siglos para que ese prodigioso trabajo de apropiación del suelo de la Mesopotamia se cumpliera; mas cuando los primeros albores de la historia aparecen en ese país hallábase ya transformado en jardines de cultivo por el trabajo del hombre. Una de las más antiguas inscripciones conocidas, que data de más de sesenta siglos, da á la Babilonia de esta época el nombre de Kengi «país de los canales y de los rosales»[1]. El mérito de haber iniciado el cultivo de tierras que han llegado á ser famosas por su fecundidad, pertenece probablemente á las diversas razas descendidas de las mesetas y de los valles del anfiteatro; pero entre los elementos étnicos de origen diverso que colaboraron al desarrollo de la civilización en la baja Mesopotamia, los más útiles, según el testimonio de las inscripciones, no pertenecieron á la raza ó á la lengua de las cuales pretenden descender los Ários verdaderos ó supuestos de Europa: no puede atribuirse á tribus de idioma indo-europeo la gran importancia alcanzada en la cuenca meridional de los dos ríos.

Los asiriólogos, influídos por la impresión primera que da siempre el rango supremo al tipo ario, se admiraron de su descubrimiento. Reconocieron con asombro en las más antiguas inscripciones cuneiformes la reproducción de una lengua que no parece tener ninguno de los caracteres del iranio ni del semítico, y á algunos de entre ellos parecía emparentada de una manera estrecha con los idiomas turanios, tales como los diversos dialectos del Ural y del Altai. El lenguaje figurado por esos primeros signos es del tipo aglutinante, sin flexiones, y corresponde en su conjunto á un modo de hablar completamente diferente del de los habitantes que inmigraron después en Mesopotamia. Los sonidos guturales, que ocupan lugar tan grande en el lenguaje de los Semitas, faltan en él en absoluto y los silbantes son escasos. Por último, lo que manifiesta de una manera evidente el origen turanio de esta escritura, es que, según Oppert, las formas elementales de los 180 primeros signos figurativos conocidos recuerdan seres ú objetos pertenecientes á un clima diferente del de Caldea; procedían de una comarca en que la fauna y la flora presentaba un aspecto más boreal, donde no había leones ni leopardos, sino osos y lobos, no se conocía el

[1] J. P. Peters, *Nippur*. Expédition de l'Université de Pensylvania, 1890.



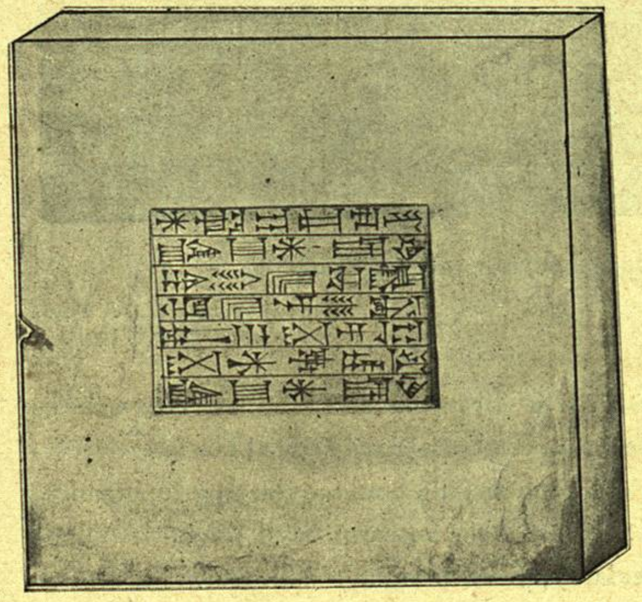
VALLE DEL PEQUEÑO ZAB EN BECHAST

Según una fotografía de J. de Morgan (Misión arqueológica en Persia).

camello de una sola giba, pero sí el camello de dos gibas, y en que las plantas cultivadas características no eran la palmera ni la viña, sino las coníferas. La patria de esta lengua y de esta escritura mesopotámica, venidas por la vía de la Suciana, debe buscarse en el Elam. Algunos sabios (Wahrmund, Dieulafoy, J. de Morgan) han creído encontrar en esta región hombres del tipo negrito; otros, A. Bloch entre ellos, ven en el habitante que precedió al Semita en Caldea, un hombre de tipo negro venido del Sud, pero no perteneciendo á la raza negra.

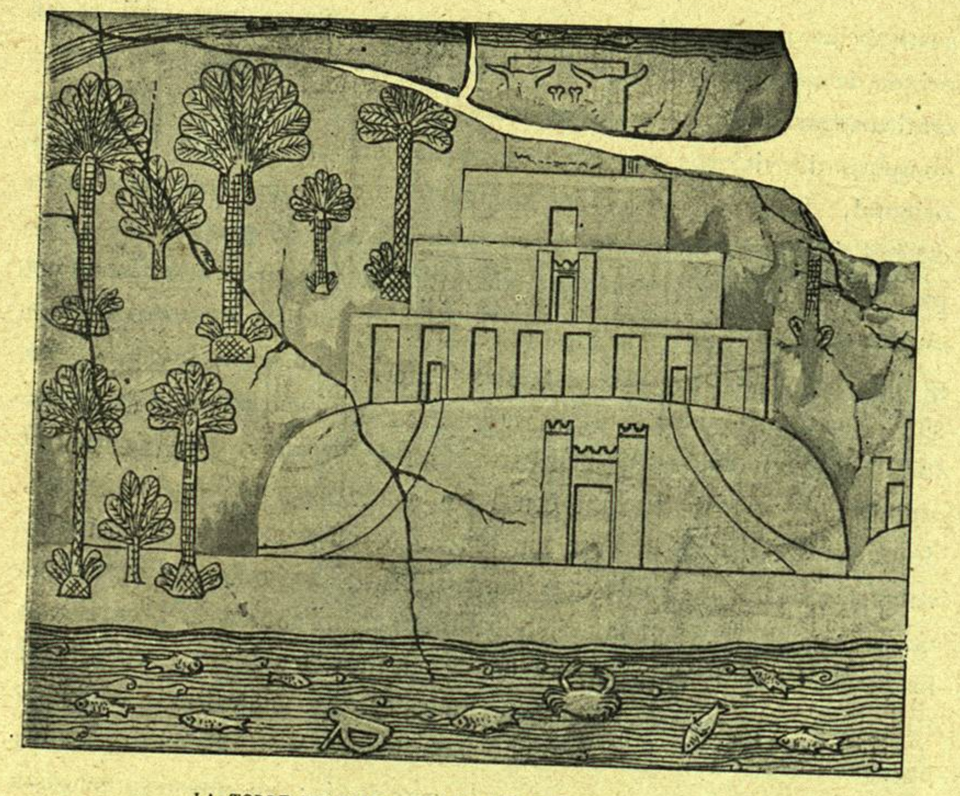
Ese pueblo de Oriente, grupo de emigrantes, que debió sus progresos, que han llegado á ser los nuestros, á etapas sucesivas á través de un medio cambiante, siempre felizmente modificado por el trabajo, no nos ha legado su nombre de una manera precisa, pero su gran

obra está á la vista, es el fondo mismo de nuestra civilización. Los antiguos reyes de Ur, en la baja Caldea, celebrando su gloria sobre los monumentos primitivos, se designaban como los «soberanos de Sumir y de Akkad»; como la mayor parte de los escritores los interpretan, esos dos nombres se aplicaban á las «gentes de la llanura» y á las «gentes de la montaña», — otros sabios descifradores de los signos cuneiformes leen «gentes del sud» y «gentes del norte» —, pero en la época en que esas primeras inscripciones fueron grabadas sobre el ladrillo, los montañeses ó Akkadios habían terminado ya su movimiento de emigración hacia la llanura: vivían al lado, sobre todo al norte, de los Sumirios ó Sumerios, en las campiñas bañadas por los dos grandes ríos. Uno y otro pueblo parecen haber hablado lenguas del mismo origen y su misión era preponderante en comparación de las gentes de otra raza, de los Semitas, por ejemplo, que habitaban entonces la comarca. Son, pues, los Akkadios, para comprenderlos bajo un solo nombre, á quienes debemos mirar como nuestros antepasados intelectuales para las adquisiciones del saber que se sucedieron en las campiñas de la Mesopotamia y se transmitieron, por una parte, al valle del Nilo (Maspero, Hommel y otros autores), y por otra á los valles del Hoang y del Yangtze (Terrien de la Couperie).



LADRILLO BABILÓNICO CON INSCRIPCIÓN GRABADA

Un testimonio de la antigua hegemonía de los Akkadios nos la suministra la nomenclatura geográfica: á ellos se atribuye la mayor parte de los nombres de lugares en la toponimia antigua, y muy especialmente los de los dos grandes ríos. El Eufrates no es más que el



LA TORRE DE BABEL, SEGÚN UN BAJO-RELIEVE ASIRIO

Purâtu, que tiene en akkad el sentido de «lecho fluvial». La palabra que designa el Tigris, Iddigla, transformado por los Asirios en Diglat, que se encuentra aún en nuestros días en el Dijeil, canal de irrigación, y por los Israelitas en Hid-degel, tenía en la akkadia una significación análoga [1]. Pero cualquiera que fuera el ascendiente intelectual y moral de aquellos primeros civilizados, que por eso mismo eran civilizadores, debían constituir la minoría numérica en la población del país, ó bien perdieron su preponderancia á consecuencia de una inmigración semítica cada vez más considerable, ó quizá decayeron y perecieron á causa de sus mismos privilegios, porque poco á poco se les veía disminuir y extinguirse en medio del elemento semítico invasor. Una nueva fuerza étnica, formada por los Kaldi ó Caldeos — los Kasdim de la Biblia, — viene á añadirse, aumentando por grados, á las poblaciones akkadias y sumerias, y acabó por ejercer una influencia suficiente para

[1] Fried. Delitzsch, *Wo lag das Paradies*, ps. 169, 171; Fr. Lenormant, *Les Origines de l'Histoire*, t. II, ps. 535, 536.

sustituir su nombre al de sus predecesores. No se sabe cuál es el origen de ese elemento nacional; quizá no fuese sino una clase aristocrática separada de la masa de los súbditos; pero más se cree que se compuso de viajeros procedentes en su mayor parte de la Arabia oriental. Llegando en grupos compactos unos cuatro mil años antes de los tiempos actuales, fundaron gran número de principados en la parte meridional de la Mesopotamia y después llegaron á ser los amos en la Babilonia propiamente dicha [1]. Siendo semitas como otros inmigrantes venidos del Norte y del Noroeste, impusieron poco á poco su lengua á los residentes de la comarca. El idioma akkadio se transformó gradualmente en un lenguaje sagrado, hierático, que se continuó empleando en los misterios religiosos, como nuestro latín de iglesia, después de cientos y miles de años de haber cesado de hablarse vulgarmente por los habitantes del país. ¿No son las fórmulas místicas tanto más poderosas cuanto son menos comprendidas? ¿No tienen los amuletos tanta mayor virtud cuanto menos se adivinan sus signos? El akkad era lo menos diez siglos después una lengua muerta que se enseñaba todavía en los seminarios de Babilonia [2]. Usábase para las oraciones, para la magia y para la astrología; en nuestras lenguas se conservan, en cierto número, palabras akkadias, lo mismo que en nuestra mitología han quedado múltiples huellas de su concepción del universo. En cuanto al nombre de Caldeos, se ha perpetuado igualmente, pero fuera de su sentido primitivo, se le aplica históricamente á las poblaciones de la Mesopotamia; en tiempo de los Romanos no tenía otra significación que la de «astrólogo» ó «mago»; ahora se le reserva, en un sentido especial, á una secta cristiana de origen semítico, de la cual existen algunos restos sobre las mesetas del Azerbeidjan y en las montañas de los kurdos.

La notabilísima leyenda de la confusión de las lenguas que se produjo entre los constructores de la Torre de Babel, basta para demostrar cuántos inmigrantes de toda raza se habían reunido en las tierras ribereñas del bajo Eufrates en aquellas épocas lejanas; pero esos elementos étnicos diferentes, sometidos á la influencia preponderante de los Semitas, acabaron por «semitizarse» por completo, como

[1] Hugo Winckler, *Die Völker Vorderasiens*, p. 11.
[2] Fr. Lenormant, *Les Premières Civilisations*, t. II, ps. 151, 152.

debieron hacerlo los Akkadios, que sin embargo habían gozado durante un largo período de la dominación política y de la iniciativa intelectual. A lo menos seis mil años después, las poblaciones de las riberas del Tigris, en el país de Assur, y los habitantes de la Mesopotamia septentrional se identifican con esta raza de Semitas que acabó por ocupar por completo toda la comarca comprendida entre el país de Irán y el Mediterráneo, entre los montes de Armenia y el océano Indico [1].



HEBREOS EN TRABAJOS DE SERVIDUMBRE

De un bajo-relieve de Kujundchik.

Hace cuarenta y cinco siglos eran especialmente Semitas del grupo «cananeo» quienes dominaban en Babilonia, escogida por ellos como capital de toda la comarca. Los nombres de los reyes no dejan ninguna duda á este respecto [2]. Pero antes que los «Cananeos», otros Semitas vinieron á chocar contra las poblaciones de la Mesopotamia, sin haber conquistado el país: fueron simplemente bandidos, y su nombre Khabiru, en el que se reconoce el de los Hebreos mencionados por la Biblia como los antepasados de los Judíos, parece haber sido sinónimo de «Beduinos». Los Hebreos de aquel tiempo eran pastores nómadas y,

[1] Hugo Winckler, *Die Völker Vorderasiens*, p. 8.
[2] Id., *loc. cit.*, p. 12.

sustituir su nombre al de sus predecesores. No se sabe cuál es el origen de ese elemento nacional; quizá no fuese sino una clase aristocrática separada de la masa de los súbditos; pero más se cree que se compuso de viajeros procedentes en su mayor parte de la Arabia oriental. Llegando en grupos compactos unos cuatro mil años antes de los tiempos actuales, fundaron gran número de principados en la parte meridional de la Mesopotamia y después llegaron á ser los amos en la Babilonia propiamente dicha [1]. Siendo semitas como otros inmigrantes venidos del Norte y del Noroeste, impusieron poco á poco su lengua á los residentes de la comarca. El idioma akkadio se transformó gradualmente en un lenguaje sagrado, hierático, que se continuó empleando en los misterios religiosos, como nuestro latín de iglesia, después de cientos y miles de años de haber cesado de hablarse vulgarmente por los habitantes del país. ¿No son las fórmulas místicas tanto más poderosas cuanto son menos comprendidas? ¿No tienen los amuletos tanta mayor virtud cuanto menos se adivinan sus signos? El akkad era lo menos diez siglos después una lengua muerta que se enseñaba todavía en los seminarios de Babilonia [2]. Usábase para las oraciones, para la magia y para la astrología; en nuestras lenguas se conservan, en cierto número, palabras akkadias, lo mismo que en nuestra mitología han quedado múltiples huellas de su concepción del universo. En cuanto al nombre de Caldeos, se ha perpetuado igualmente, pero fuera de su sentido primitivo, se le aplica históricamente á las poblaciones de la Mesopotamia; en tiempo de los Romanos no tenía otra significación que la de «astrólogo» ó «mago»; ahora se le reserva, en un sentido especial, á una secta cristiana de origen semítico, de la cual existen algunos restos sobre las mesetas del Azerbeidjan y en las montañas de los kurdos.

La notabilísima leyenda de la confusión de las lenguas que se produjo entre los constructores de la Torre de Babel, basta para demostrar cuántos inmigrantes de toda raza se habían reunido en las tierras ribereñas del bajo Eufrates en aquellas épocas lejanas; pero esos elementos étnicos diferentes, sometidos á la influencia preponderante de los Semitas, acabaron por «semitizarse» por completo, como

[1] Hugo Winckler, *Die Völker Vorderasiens*, p. 11.
[2] Fr. Lenormant, *Les Premières Civilisations*, t. II, ps. 151, 152.

debieron hacerlo los Akkadios, que sin embargo habían gozado durante un largo período de la dominación política y de la iniciativa intelectual. A lo menos seis mil años después, las poblaciones de las riberas del Tigris, en el país de Assur, y los habitantes de la Mesopotamia septentrional se identifican con esta raza de Semitas que acabó por ocupar por completo toda la comarca comprendida entre el país de Irán y el Mediterráneo, entre los montes de Armenia y el océano Indico [1].



HEBREOS EN TRABAJOS DE SERVIDUMBRE

De un bajo-relieve de Kujundchik.

Hace cuarenta y cinco siglos eran especialmente Semitas del grupo «cananeo» quienes dominaban en Babilonia, escogida por ellos como capital de toda la comarca. Los nombres de los reyes no dejan ninguna duda á este respecto [2]. Pero antes que los «Cananeos», otros Semitas vinieron á chocar contra las poblaciones de la Mesopotamia, sin haber conquistado el país: fueron simplemente bandidos, y su nombre Khabiru, en el que se reconoce el de los Hebreos mencionados por la Biblia como los antepasados de los Judíos, parece haber sido sinónimo de «Beduinos». Los Hebreos de aquel tiempo eran pastores nómadas y,

[1] Hugo Winckler, *Die Völker Vorderasiens*, p. 8.
[2] Id., *loc. cit.*, p. 12.

como los que les sucedieron en la región y que por otra parte pertenecen á la misma raza, hacían rápidas incursiones en las comarcas ricas y fértiles de la Potamia cuando se les presentaba ocasión favorable. Á la época en que los anales caldeos hablan de esos molestos vecinos, la semitización de los habitantes estaba ya hecha; unas tribus de lengua emparentada con la de los Kabires se habían establecido como dueñas y con residencia fija en el país.

¿De dónde provienen, pues, esos pueblos de Sem que constituían el gran imperio de Nínive y de Babilonia? Acaso este problema sea insoluble, ya que se ignora si los Semitas constituyen realmente una raza única, ó si provienen de troncos diferentes, porque nada permite afirmar que los Asirios del alto Tigris, por ejemplo, y los Árabes del mar Rojo y de la extrema Arabia tengan los mismos antepasados; pero admitiendo que la agrupación de las naciones sea desde el punto de vista genealógico lo que es actualmente respecto del parentesco de los lenguajes, se tiene el derecho de preguntarse de dónde han venido á Mesopotamia los elementos más activos de población y de renovación. Según Sprenger, los Arabes son los Semitas por excelencia y de su península emigraron sucesivamente las diversas agrupaciones, de donde se originaron Asirios y Caldeos, Fenicios y Judíos: ve en todos los representantes de la raza «otros tantos sedimentos árabes separados capa tras capa» [1]. Renan, Schrader, Gesenius y de Sarzec exponen en otros términos la misma hipótesis.

Sin embargo, puede también preguntarse si el grueso de las naciones semíticas desciende de la región de los ante-montes y quizá de las montañas de Armenia al norte de las llanuras que recorren los grandes ríos; ¿no es natural buscar un centro de natividad humana en un país rico en manantiales, en terrenos fértiles, en plantas y en animales, mejor que en el árido desierto donde el hombre ha de penar tanto para sostener su existencia? Hasta se ha aventurado una etimología del nombre de Sem, según la cual esta apelación se debería al país de Sim, parte oriental del Taurus armenio, que está realmente habitado por Semitas emigrantes. Esta filiación de términos no está quizá justificada, porque la explicación ordinaria que ve en el nombre

[1] *Die alte Geographie Arabiens*, p. 293.

de Semitas, como en el de tantos otros pueblos, el efecto de un orgullo colectivo de nación es igualmente plausible; en virtud de esta interpretación, los Semitas serían las gentes de la «gloria» [1], los hombres por excelencia que brillan entre todos los demás como los mejores, los más inteligentes y los más bellos; su nombre sería idéntico al de «Slava», que designa también toda una raza, la que puebla el oriente europeo.

N.º 83. Algunos Paraísos, montañas del Arca, etc.



Bosquejo homalográfico.

1:325000000

0 — 5000 — 10000 — 15000 kil.

1. Polo Norte.
2. Isla de Praslin, Seyquelles.
3. Fuzi-yama, Nippon.
4. Monte Omi, Setchuen.
5. Khan-Tengri, Montes Celestes.
6. Meru, Himalaya.
7. Pico de Adam, Ceylan.
8. Ciudad de los Césares, Patagonia.
9. ¿Algún pico de la América del Norte?
10. Islas Afortunadas, Canarias.
11. Eldorado, Nueva Granada.
12. Hadjar Taus, lago Tzâdé.

(El mapa n.º 84 completa las indicaciones del presente).

Cualquiera que sea el origen del nombre, es indudable que las leyendas y las plegarias de los Semitas se dirigen hacia el Norte como patria de los abuelos. El mito que en todo tiempo excitó más las imaginaciones, el del Paraíso, presenta también el mismo sentido para los que estudian su génesis primitivo. Naturalmente, la multitud de los comentadores, á quienes una palabra, un signo, interpretado conforme

[1] Genesius, Bohlen, Fr. Lenormant, etc.

al deseo del exégeta, basta á veces para deducir toda una teoría, se ha acogido á esta leyenda del Paraíso para explicarla de mil maneras diferentes. El mapa de Asia representa el sitio del jardín paradisíaco en los más diferentes lugares, sea para satisfacer alguna vanidad nacional, sea para acomodarse más fácilmente á ciertas concepciones históricas ó religiosas.

Hasta se ha supuesto que el polo Norte pudiera ser el verdadero lugar del famoso jardín: siendo la región de los hielos la que se enfrió antes que todas las otras, debió de ser necesariamente, según el inglés E. S. Martín, la residencia de nuestros primeros padres. Mas, sin ir á buscar el paraíso tan lejos de las campiñas de la Mesopotamia, no es menos cierto que las tradiciones míticas mencionan una «montaña del septentrión», mansión del señor de las luces, del padre de los genios celestes, manantial de las aguas, eje sobre el cual giran los cielos.

Los templos piramidales de Caldea y de las otras comarcas «potámicas» habían tomado por modelo el «alto lugar» por excelencia, es decir, la montaña sagrada del Norte, y, como ella, tenían la pretensión de elevarse hasta el cielo sobre las nubes. Al principio, cuando la leyenda tomó cuerpo, la montaña era ciertamente un pico bien conocido, una punta venerada, una personalidad terrestre, sagrada entre todas; pero alejándose de la cima protectora que habían visto erigirse sobre su cuna, los pueblos olvidaron su sitio, y en sus viajes de emigración, transfirieron sucesivamente su adoración de cima en cima. Habiendo desaparecido de su horizonte y aun de su recuerdo los países lejanos, se vieron obligados á situar en sus contornos el sitio de su adoración, y aun á crearle completamente por su constante trabajo. El Demavend, el Elvend ó cualquier otro monte del oriente iranio fué en un principio el «Padre de las comarcas». ¿Y de qué cumbre habla el profeta Isaías [1] glorificando el «trono de la asamblea que se eleva sobre las estrellas del Dios Fuerte hacia el Septentrión?» Quizá del Ararat ó del Cáucaso, poco importa, porque la superficie de la Tierra está erizada de montes sagrados, y hasta en las extensas llanuras se construyen cimas artificiales. Es, pues, una tentativa vana la pretensión de identificar tal ó cual montaña como habiendo sido el templo de todas las naciones á la vez, ó hasta el de un solo pueblo como los Caldeos ó los Judíos.

[1] Cap. XIV, vers. 13.

Así las pirámides escalonadas, y lo que de traducción en traducción, y de cambio en equivocación, ha llegado á ser, en la historia de las visiones antiguas, la famosa «escala de Jacob», no eran otra cosa, en la forma primera de la leyenda, sino montañas artificiales, tramos de pisos en gradación por donde subían los ángeles llevando su adoración á los dioses. Esos montes, construídos por los hombres, eran otros tantos símbolos de la divina cumbre; pirámides de las siete puertas, consagradas á los siete planetas. Y los «jardines suspendidos» de los reyes babilónicos ¿no eran también paraísos artificiales, que se sobreponían en terraplenes á grandes alturas sobre pisos abovedados que recibían aguas abundantes elevadas por poderosas máquinas hidráulicas? Ese curso de las aguas simbolizaba los ríos sagrados nacidos sobre las altas cumbres de los montes [1].

Por lo demás, parece probable que los reyes babilónicos aprovechasen la veneración del pueblo hacia los templos escalonados para hacerse enterrar en ellos, lo mismo que sus colegas de Egipto se hacían enterrar en las Pirámides [2].

El término persa «paraíso», de origen probablemente reciente, á lo más de unos cuatro mil años, no se aplicaba primeramente más que á los parques de caza, «pairi-daiza», sitio cercado de paredes, y no se refería en manera alguna á sitios de felicidad perfecta tales como se les concibe en el sentido actual de la palabra; sin embargo, esos bosques reservados de los reyes persas, situados en las cercanías del Elvend ó de otro monte grandioso, serían agradabilísimos por la pureza del aire, la frescura de las aguas, la esplendidez de la vegetación y la abundancia de la caza, toda vez que ese nombre de «paraíso» ha llegado, en nuestras lenguas occidentales, á ser sinónimo de «jardín delicioso», y hasta de «beatitud eterna»; no obstante, entre los Iranios, conservó siempre significación profana: la palabra destinada á expresar el lugar místico de felicidad pura es *vara* [3], análoga á la de «Edén», empleada en los libros sagrados de los Hebreos, con la significación de «lugar de la alegría» ó de la «voluptuosidad».

Todos los paraísos hubieron de tener para el hombre, además de

[1] Oppert, *Expédition en Mésopotamie*, t. III, ps. 56 y siguientes; Ch. y F. Lenormant.
[2] Alfred Jeremías, *Hölle und Paradies bei den Babyloniern.*
[3] Dillman, C. de Harlez, Fr. Lenormant, *Les Origines de l'Histoire*, ps. 64 y siguientes.

su belleza propia, un elemento que les embelleciese al infinito, el de un recuerdo de dolorosas penas. Los que les nombraban recordaban haberse visto forzados á abandonarles huyendo de alguna invasión de bandas enemigas, de algún diluvio ó de temblores de tierra: veían paraísos en aquellos lugares, sobre todo porque eran perdidos; pero la esperanza se mezcla de diversos modos á las amarguras del pasado, y en todos tiempos hubo también paraísos del deseo, «tierras de promisión». Los antepasados habían sido dichosos, ¿por qué no habrían de serlo igualmente sus descendientes? Allá arriba, sobre las montañas blancas ó vaporosas; ó más lejos aún, al otro lado del horizonte, hacia aquellas misteriosas regiones donde sale el sol; ó en dirección de aquellos otros lugares donde el astro se ponía en la púrpura de las nubes; ó quizá en los espacios desconocidos adonde se dirigían las aves en sus largas emigraciones, ¿no encontraría acaso la humanidad el país de sus ensueños, el lugar sagrado donde no habría de sufrir hambre ni sed, cansancio, servidumbre ni muerte?

Cada raza, cada pueblo, cada tribu tuvo también sus paraísos, y la historia geográfica nos los muestra á centenares, brillando como clavos de oro sobre la circunferencia del planeta, desde las montañas del Nippon hasta la ciudad de los Césares, en los valles de la Patagonia septentrional. Hasta puede preguntarse si entre las grandes cimas de penoso acceso se hallará una sola que no haya sido considerada como un «paraíso», como un «Olimpo», por los pueblos que las contemplaban desde su base. Los «Montes Celestes» ó Thian-Chan, al este del Irán, toman su nombre de la suposición ó de la creencia que en ellos existe un mundo superior, y ¡cuántos otros macizos ó picos aislados deben nombres análogos á un sentimiento de la misma índole! Tal es el Mustagh-ata, aquel grandioso monte de 7500 metros de altura que Sven-Hedin trató en vano de escalar por cuatro veces hasta la cima: dícese que allá arriba existe un valle delicioso, donde serpentea un río bajo árboles frondosos, que

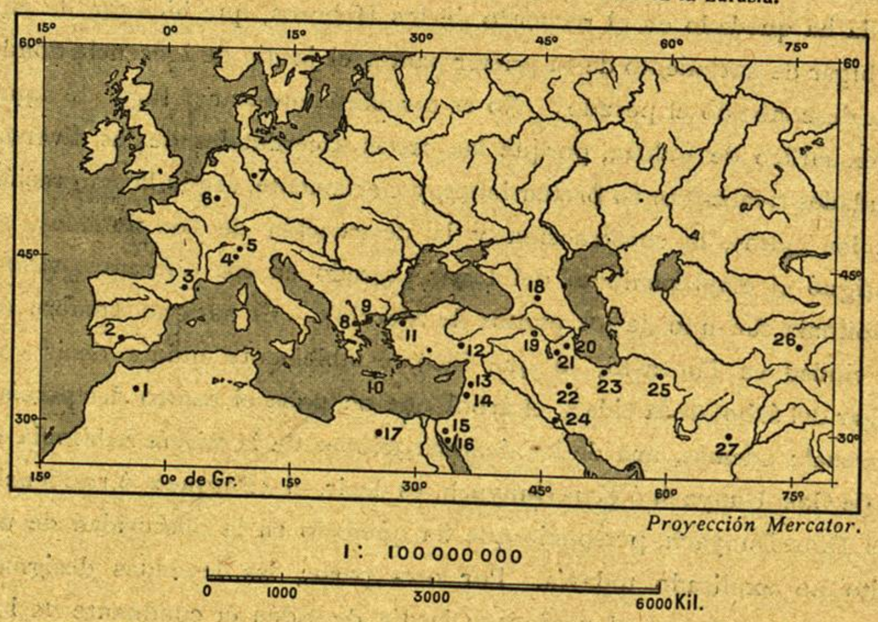


ADÁN Y EVA

De un bajo-relieve recogido por G. Smith y reproducido por Delitzsch.

llena un lago cuyas aguas jamás agitan las tempestades; blancos camellos pacen el espeso césped, y bellos ancianos de luenga barba vestidos de blanco conversan á la sombra de frutales cargados de frutas. Desde hace miles de siglos, una ciudad, Janaidar, habitada por

N.º 84. Algunas montañas sagradas y valles paradisiacos en la Eurasia.



1. Atlas y Hespérides de Mauritania.
2. Hespérides del Betis.
3. Canigó; pico de Brigue, montes sagrados.
4. Paradiso, monte sagrado.
5. Mont Rose, valle paradisíaco.
6. Sierck, colina del Arca.
7. Brocken, monte del Arca.
8. Olimpo de Tesalia, mansión de los dioses.
9. Athos, monte sagrado.
10. Ida, » »
11. Olimpo de Bitinia, monte sagrado.
12. Argeo, monte sagrado.
13. Siria baja, valle paradisíaco.
14. Hermón, monte sagrado.
15. Horeb, » »
16. Sinaí, » »
17. Amenti, (mansión de los muertos) y Hespérides de Cirenaica.
18. Kazbeck, monte sagrado.
19. Ararat, » »
20. Savalan, » »
21. Sehend, » »
22. Elvend, » »
23. Demavend, » »
24. Baja Caldea, paraíso terrenal.
25. Valle paradisíaco de Khorassan.
26. Tagharma ó Mustagh-ata.
27. Sulaiman-dagh, montes sagrados.

inmortales, siempre dichosos y sonrientes, refleja sus edificios en el agua pura. Una leyenda casi idéntica se cuenta en el Valais sobre el valle perdido que algunos buscan todavía en el macizo del monte Rose [1].

[1] Javelle, *Souvenirs d'un Alpiniste*.

su belleza propia, un elemento que les embelleciese al infinito, el de un recuerdo de dolorosas penas. Los que les nombraban recordaban haberse visto forzados á abandonarles huyendo de alguna invasión de bandas enemigas, de algún diluvio ó de temblores de tierra: veían paraísos en aquellos lugares, sobre todo porque eran perdidos; pero la esperanza se mezcla de diversos modos á las amarguras del pasado, y en todos tiempos hubo también paraísos del deseo, «tierras de promisión». Los antepasados habían sido dichosos, ¿por qué no habrían de serlo igualmente sus descendientes? Allá arriba, sobre las montañas blancas ó vaporosas; ó más lejos aún, al otro lado del horizonte, hacia aquellas misteriosas regiones donde sale el sol; ó en dirección de aquellos otros lugares donde el astro se ponía en la púrpura de las nubes; ó quizá en los espacios desconocidos adonde se dirigían las aves en sus largas emigraciones, ¿no encontraría acaso la humanidad el país de sus ensueños, el lugar sagrado donde no habría de sufrir hambre ni sed, cansancio, servidumbre ni muerte?

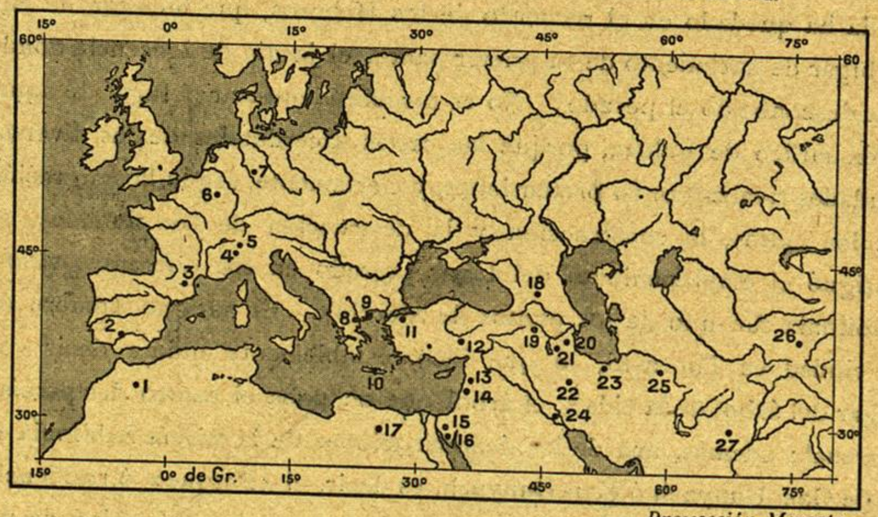
Cada raza, cada pueblo, cada tribu tuvo también sus paraísos, y la historia geográfica nos los muestra á centenares, brillando como clavos de oro sobre la circunferencia del planeta, desde las montañas del Nippon hasta la ciudad de los Césares, en los valles de la Patagonia septentrional. Hasta puede preguntarse si entre las grandes cimas de penoso acceso se hallará una sola que no haya sido considerada como un «paraíso», como un «Olimpo», por los pueblos que las contemplaban desde su base. Los «Montes Celestes» ó Thian-Chan, al este del Irán, toman su nombre de la suposición ó de la creencia que en ellos existe un mundo superior, y ¡cuántos otros macizos ó picos aislados deben nombres análogos á un sentimiento de la misma índole! Tal es el Mustagh-ata, aquel grandioso monte de 7500 metros de altura que Sven-Hedin trató en vano de escalar por cuatro veces hasta la cima: dícese que allá arriba existe un valle delicioso, donde serpentea un río bajo árboles frondosos, que



ADÁN Y EVA
De un bajo-relieve recogido por G. Smith y reproducido por Delitzsch.

llena un lago cuyas aguas jamás agitan las tempestades; blancos camellos pacen el espeso césped, y bellos ancianos de luenga barba vestidos de blanco conversan á la sombra de frutales cargados de frutas. Desde hace miles de siglos, una ciudad, Janaidar, habitada por

N.º 84. Algunas montañas sagradas y valles paradisiacos en la Eurasia.



Proyección Mercator.

1 : 100 000 000
0 1000 3000 6000 Kil.

1. Atlas y Hespérides de Mauritania.
2. Hespérides del Betis.
3. Canigó; pico de Brigue, montes sagrados.
4. Paradiso, monte sagrado.
5. Mont Rose, valle paradisíaco.
6. Sierck, colina del Arca.
7. Brocken, monte del Arca.
8. Olimpo de Tesalia, mansión de los dioses.
9. Athos, monte sagrado.
10. Ida, » »
11. Olimpo de Bitinia, monte sagrado.
12. Argeo, monte sagrado.
13. Siria baja, valle paradisíaco.
14. Hermón, monte sagrado.
15. Horeb, » »
16. Sinaí, » »
17. Amenti, (mansión de los muertos) y Hespérides de Cirenaica.
18. Kazbeck, monte sagrado.
19. Ararat, » »
20. Savalan, » »
21. Sehend, » »
22. Elvend, » »
23. Demavend, » »
24. Baja Caldea, paraíso terrenal.
25. Valle paradisíaco de Khorassan.
26. Tagharma ó Mustagh-ata.
27. Sulaiman-dagh, montes sagrados.

inmortales, siempre dichosos y sonrientes, refleja sus edificios en el agua pura. Una leyenda casi idéntica se cuenta en el Valais sobre el valle perdido que algunos buscan todavía en el macizo del monte Rose [1].

[1] Javelle, *Souvenirs d'un Alpiniste*.

Colocados en el Irán ó en la Armenia por los habitantes de la Mesopotamia, los paraísos se localizaron pronto en la cuenca del Eufrates por los Semitas occidentales, y uno de esos jardines de la llanura fué el que, debido á los libros sagrados de los Judíos, dejó su ilusión más largamente continuada por la imaginación de los hombres. ¿Dónde se encontraba exactamente esta admirable campiña que tan bella ha quedado en el recuerdo de los Hebreos, que hicieron de ella el lugar de nacimiento de su primer padre, el jardín de inocencia donde era desconocido el pecado? No es posible identificar el lugar de aquel edén mítico de Caldea, porque las castas sacerdotales de las diversas ciudades rivalizaban en pretensiones, y ciertamente, según la emigración de los cultos, la construcción y la destrucción de las ciudades, se designó el emplazamiento del lugar sagrado en los diferentes sitios. Babilonia fué uno de los puntos de elección. El antiguo nombre de la ciudad es Tin-tir-ki, lo que incontestablemente quiere decir «el lugar del árbol de la vida», el árbol que ocupaba el centro del paraíso terrenal; además, una de las denominaciones de la misma Babilonia es la de Gan-Dunyach ó Kar-Dunyach, es decir, el «Parque» ó residencia del Dios Dunyach, personaje que ha quedado en la obscuridad de un mito no explicado todavía. Por otra parte, las leyendas designan expresamente como el verdadero jardín de Edén el confluente de los ríos sagrados el Tigris y el Eufrates [1]. Un grupo de palmeras existente en la punta de Korna, sobre el encuentro de las dos corrientes, señala, según los ribereños, el sitio mismo donde se elevaba el árbol del fruto temible que nos dió el conocimiento del bien y del mal. Las ruinas de Eridu, la «ciudad del buen Dios», quizá la ciudad más antigua de Caldea, se extienden por las inmediaciones de la confluencia, sobre la orilla izquierda del Eufrates. Según la leyenda de los Musulmanes, probablemente legada por los Israelitas, el cuerpo de Adán, el antepasado universal, nacido de la tierra roja, es decir, del limo del Eufrates, reposa en las ruinas de Kufa, al sud de Babilonia, no lejos de las puertas del antiguo «jardín de la voluptuosidad» de donde le había desterrado la espada del querubín.

Así como el mito del paraíso terrenal descendió originariamente

[1] Henri Rawlinson, Schrader, Lenormant, etc.

de las altas montañas de Oriente hacia las llanuras de Caldea, del mismo modo continuó su marcha, de campiña en campiña, hacia Occidente con los pueblos y sus cultos. Así se imaginó otro Edén ó paraíso entre el Líbano y el Anti-Líbano, en un valle que, según Ptolomeo, era una mansión de «felicidades». Y más lejos hacia el Oeste, en el mundo helénico ó más allá todavía, ¿qué fueron los diversos jardines de las Hespérides, el de la Cirenaica, los de la Mauritania, del Betis y de las islas Afortunadas, sino otros paraísos, lugares de esperanza que reemplazaban á los países del dolor? Después, en aquella maravillosa época en que se vió surgir el Nuevo Mundo sobre la otra orilla del Atlántico, ¿no declaró el mismo Colón que el gran río cuyas aguas se vierten en el golfo Triste desciende del Paraíso terrenal, y no buscó ese paraíso bajo mil formas en mil sitios para ver si en él encontraba, sea la fuente de Juvencia, sea los incomparables tesoros del Eldorado, «el Hombre dorado?» Aun se buscaría ese paraíso si la geografía no hubiese al fin formado el inventario del planeta y reconocido la unidad de las leyes en todos sus fenómenos.

De las múltiples suposiciones relativas al paraíso, la más extraña quizá es la de Gordon, el vencedor de Tai-Ping y el héroe de Khartum. Este soldado fanático nos describe la isla de Praslin, en las Seyquelles, como habiendo sido el Edén bíblico. Es cierto que no corren alrededor del jardín insular los «cuatro ríos» de que habla la antigua escritura, pero no importa, corrieron antiguamente: la isla estaba unida al continente. El Tigris y el Eufrates, que recorren el espacio convertido en nuestros días en el golfo Pérsico y el mar de Oman, desaguaban en el Océano próximo, en tanto que el Nilo y el Gihon, el torrente actual de Jerusalén, se reunían en el valle que llena en nuestros días el mar Rojo, y, rodeando Socotora, iban á juntarse con los dos ríos de Caldea. Todas las otras partes del texto se explicaban por Gordon de una manera análoga: el árbol de vida sería el árbol del pan, el maravilloso nutricio de los insulares, y habría de verse el árbol de la ciencia del bien y del mal en el famoso cocotero de mar ó *Lodoicea Secheyllarum* [1]. Un escritor de más amplias miras en su vista del conjunto geográfico, no va á buscar el jardín de

[1] J. v. Zaffauk von Orion, *Mitteilungen der geographischen Gesellschaft, in Wien*, número 5, 1900.

vida en un estrecho cercado, en un islote de los mares, y se pregunta si no ha de identificarse ese lugar paradisíaco con el mundo conocido que regaban los cuatro grandes ríos: el Tigris, el Eufrates, el Indus y el Nilo. Las leyendas, que confunden fácilmente el cielo, la tierra y el infierno, no se cuidan ni remotamente de la precisión de los detalles. Los cuatro poderosos cursos de agua eran probablemente los que más habían fijado la imaginación de los hombres: era, pues, muy fácil que se les asociase en un mismo cuadro [1].



INFLANDO LOS ODRES
De un bajo-relieve de Khorsabad

La existencia de las grandes corrientes fluviales, que modificó tan poderosamente la idea primera del paraíso — imaginado en primer término como una montaña del Septentrión, — debió obrar con la misma eficacia sobre el conjunto de las costumbres y de las ideas generales. Así la labor en las tierras grasas, formadas de aluviones fluviales, tomó un carácter muy diferente del de la agricultura en los valles del contorno iránico: en las tierras bajas, en los límites del desierto y, no obstante, en pleno suelo fangoso, «con la cabeza en el fuego y los pies en el agua», fué como los agricultores potámicos

[1] Alfred Loisy, *Les Mythes babyloniens.*

aprendieron á cultivar la palmera, planta que ha llegado á ser esencialmente humana, puesto que ya no tiene existencia espontánea: pura obra del hombre, de la cual éste hizo un dios [1]. Del mismo modo el arte de la navegación debió nacer á la orilla de los grandes cursos de agua de la llanura, cuando sobre las altas tierras de la Irania los pueblos primitivos no habían tenido ocasión alguna de aprender esta industria. Los arroyos y los ríos de la meseta son hilos de agua sin profundidad, prontamente absorbidos por la arena del desierto ó la



ALMADÍA CON ODRES INFLADOS
De un bajo-relieve de Khorsabad.

sequedad del viento; los lagos escasos, llenos de bancos y pantanos, que ofrecían vados á jinetes y peatones, no podían tampoco dar nacimiento á la profesión de los bateleros en aquellas épocas lejanas. En el Tigris y en el Eufrates, por el contrario, los ribereños tuvieron todo género de facilidades para hacerse hábiles navegantes. Aun en los sitios donde los dos ríos se deslizaban en sus desfiladeros con una corriente muy rápida, veíanse troncos de árboles que descendían al nivel del agua, y no faltaba más que juntarlos formando almadías para tener vehículos al servicio de las personas y de los productos.

[1] De Sarzec. — Rivières, *Bulletin de la Société de Géographie* de Argel, 2.° trim., 1903.

Más abajo, en la región de los bosques, los pueblos de las orillas aumentaron la facilidad del flote de esas almadías sosteniéndolas con los pellejos de sus animales convertidos en odres.

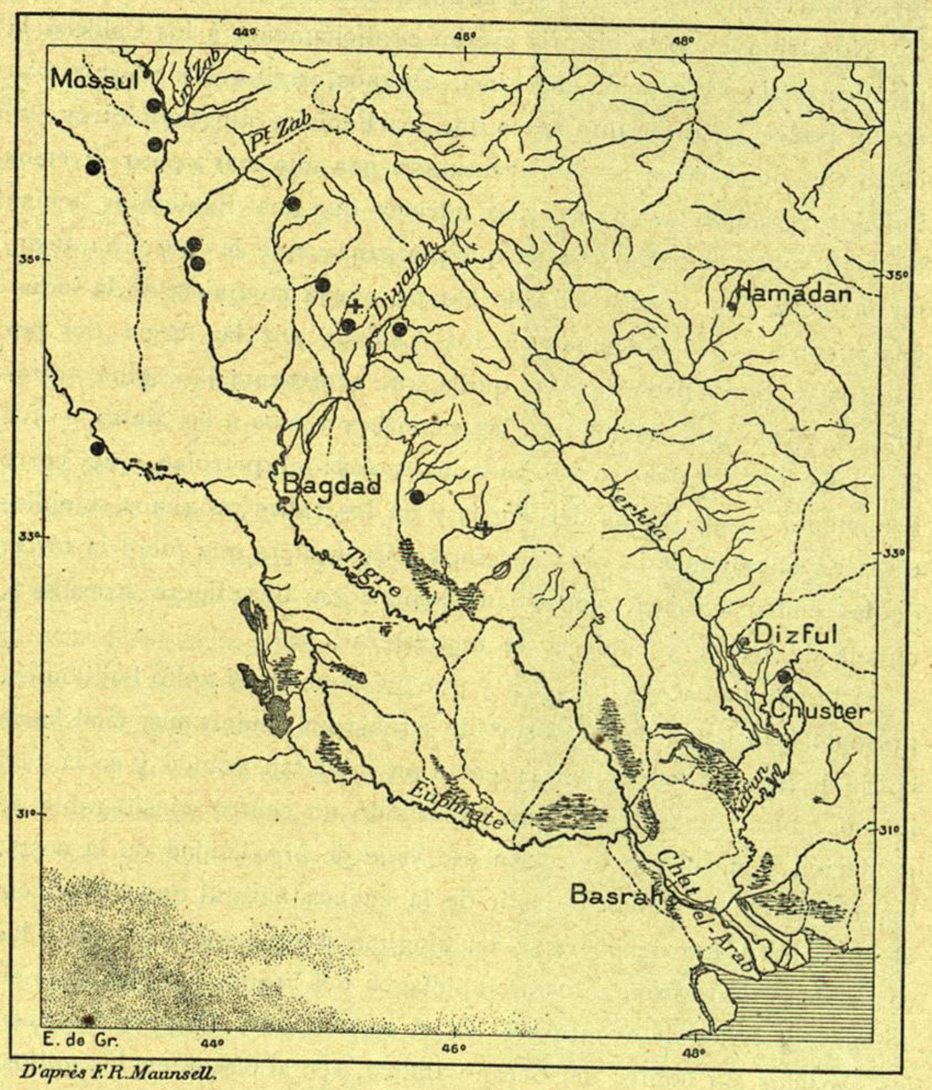
Este último medio, empleado por los ribereños de los grandes ríos de Asiria y de Caldea para atravesar las corrientes, nos prueba que, aun en la misma época en que el Tigris y el Eufrates estaban bordeados de una zona de cultivo, había poblaciones de pastores que vivían en la inmediata vecindad de las aguas; el uso de los odres nació naturalmente en el país de las estepas, donde escasean los árboles y las plantas de crecimiento espontáneo no tienen frutos que puedan servir de recipientes ni existen bejucos que se entretejan formando canastillos. En esas regiones se aprendió á reemplazar los vasos naturales por pieles de animales degollados, á emplearlas para todas las necesidades domésticas y á utilizarlas también para la travesía de los ríos. La piel de un carnero bien inflada de aire bastaba para transportar un hombre, y aun en los sitios en que el Tigris tiene más de un kilómetro de ancho y la corriente tiene gran violencia, el ribereño no vacila en arriesgarse solo sobre un odre para atravesar el río, sujetando su embarcación con los dos brazos y dirigiéndose con el movimiento de los pies. Ejércitos enteros atravesaron así los cursos de agua, no sólo en la Mesopotamia, sino también en otras comarcas habitadas por pueblos pastores que habían aprendido espontáneamente ó habían sido enseñados por extranjeros á servirse de los mismos medios: Alejandro y los Macedonios, que vieron atravesar el Tigris á los habitantes de Mesopotamia, pasaron el Oxus por el mismo procedimiento, como lo habían hecho antes que ellos y lo hicieron después muchos conquistadores.

Ese modo de navegación todavía se usa en todo país civilizado, principalmente en los puertos de Holanda, donde se emplean flotadores, es decir, cajas de aire, que se amarran al costado de los buques cargados y se levantan sobre su línea normal de flotación. Los trenes de madera, que descienden hacia París de los ríos altos del Morvan, se sostienen por flotadores de la misma especie; la madera de encina recién cortada, que tiene un peso específico superior al del agua, necesita, para mantener la balsa en la superficie de la corriente, que se sujeten en sus contornos cierto número de barricas vacías herméticamente cerradas [1].

[1] Olivier Beauregard, *En Asie, Kachmir et Tibet*, p. 7.

Llegados á las ciudades de la parte inferior de la corriente, donde la carga se vendía con beneficio, los bateleros de la Mesopotamia se

N.º 85. Manantiales de petróleo en Caldea.
(Véase pág. 482)



D'après F.R. Maunsell.

● Manantiales de petróleo. ✚ Yacimiento de yeso. Rápido.

1 : 6 000 000

0 50 100 200 300 Kil.

desembarazaban también de todas las partes de sus embarcaciones: los odres podían emplearse como recipientes de líquidos, ó como sostenes

Más abajo, en la región de los bosques, los pueblos de las orillas aumentaron la facilidad del flote de esas almadías sosteniéndolas con los pellejos de sus animales convertidos en odres.

Este último medio, empleado por los ribereños de los grandes ríos de Asiria y de Caldea para atravesar las corrientes, nos prueba que, aun en la misma época en que el Tigris y el Eufrates estaban bordeados de una zona de cultivo, había poblaciones de pastores que vivían en la inmediata vecindad de las aguas; el uso de los odres nació naturalmente en el país de las estepas, donde escasean los árboles y las plantas de crecimiento espontáneo no tienen frutos que puedan servir de recipientes ni existen bejucos que se entretejan formando canastillos. En esas regiones se aprendió á reemplazar los vasos naturales por pieles de animales degollados, á emplearlas para todas las necesidades domésticas y á utilizarlas también para la travesía de los ríos. La piel de un carnero bien inflada de aire bastaba para transportar un hombre, y aun en los sitios en que el Tigris tiene más de un kilómetro de ancho y la corriente tiene gran violencia, el ribereño no vacila en arriesgarse solo sobre un odre para atravesar el río, sujetando su embarcación con los dos brazos y dirigiéndose con el movimiento de los pies. Ejércitos enteros atravesaron así los cursos de agua, no sólo en la Mesopotamia, sino también en otras comarcas habitadas por pueblos pastores que habían aprendido espontáneamente ó habían sido enseñados por extranjeros á servirse de los mismos medios: Alejandro y los Macedonios, que vieron atravesar el Tigris á los habitantes de Mesopotamia, pasaron el Oxus por el mismo procedimiento, como lo habían hecho antes que ellos y lo hicieron después muchos conquistadores.

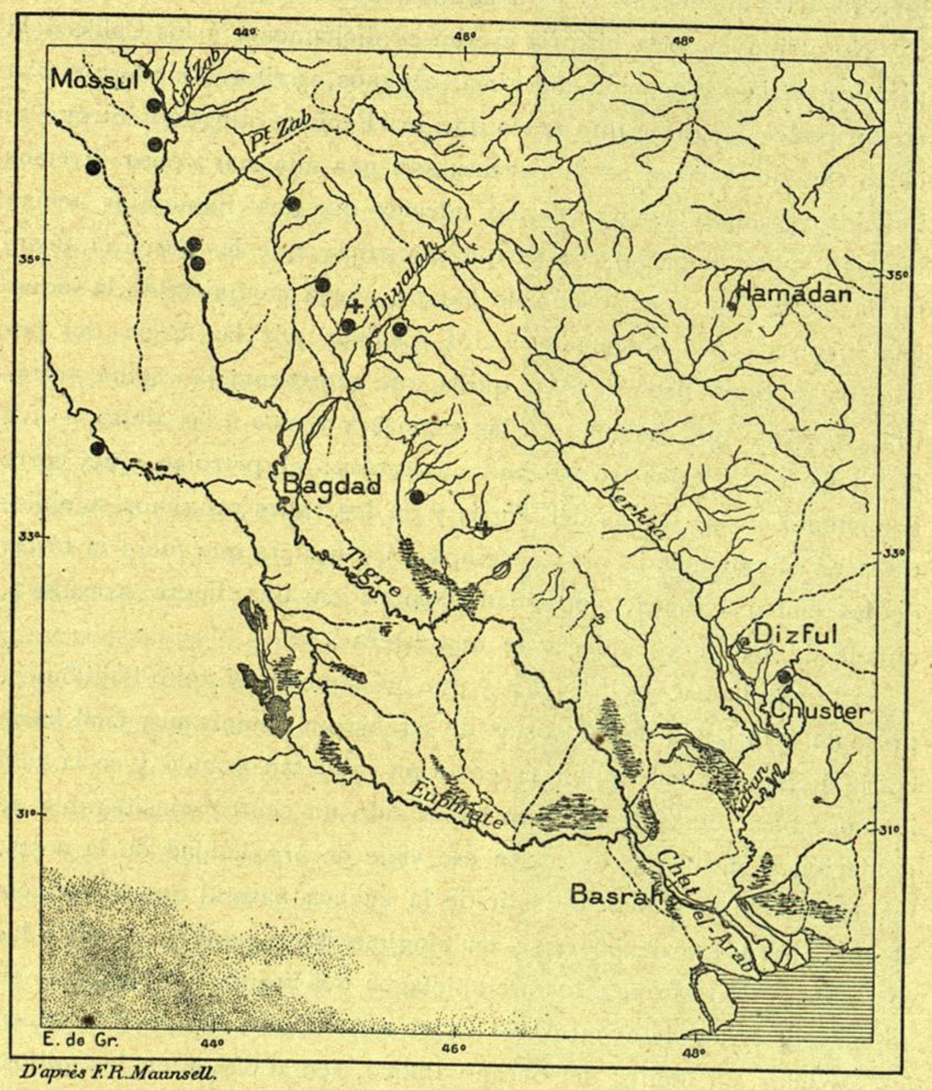
Ese modo de navegación todavía se usa en todo país civilizado, principalmente en los puertos de Holanda, donde se emplean flotadores, es decir, cajas de aire, que se amarran al costado de los buques cargados y se levantan sobre su línea normal de flotación. Los trenes de madera, que descienden hacia París de los ríos altos del Morvan, se sostienen por flotadores de la misma especie; la madera de encina recién cortada, que tiene un peso específico superior al del agua, necesita, para mantener la balsa en la superficie de la corriente, que se sujeten en sus contornos cierto número de barricas vacías herméticamente cerradas [1].

[1] Olivier Beauregard, *En Asie, Kachmir et Tibet*, p. 7.

Llegados á las ciudades de la parte inferior de la corriente, donde la carga se vendía con beneficio, los bateleros de la Mesopotamia se

N.° 85. Manantiales de petróleo en Caldea.

(Véase pág. 482)



D'après F.R. Maunsell.

● Manantiales de petróleo. ✚ Yacimiento de yeso. Rápido.

1 : 6 000 000

0 50 100 200 300 Kil.

desembarazaban también de todas las partes de sus embarcaciones: los odres podían emplearse como recipientes de líquidos, ó como sostenes

de nadadores para la travesía del río; en cuanto á la madera, en aquellas comarcas cuyos habitantes habían transformado todo el suelo en tierras laborables, no dejando más que palmeras en las inmediaciones de sus ciudades y aldeas, era muy apreciada, y la utilizaban para los diversos usos domésticos ó para la construcción de verdaderos barcos.

No atribuyendo la historia escrita explícitamente á los Caldeos la práctica de la navegación marítima, algunos escritores modernos han creído poder asegurar que antes que los Fenicios ningunos otros Occidentales de Asia se habían aventurado por alta mar; pero diversos indicios permiten á von Ihering afirmar que los Babilonios tenían también sobre el pecho esa «triple campana» que les permitía afrontar las olas. La construcción de barcos, nueva conquista de la industria inspirada probablemente á los Caldeos por la forma del pez — proa y popa prolongadas, quilla que representa la espina vertebral, armazón que reemplaza á las espinas y remos á las aletas, — fué facilitada por ciertas condiciones naturales: el petróleo que corre lentamente en las orillas del Tigris y en los valles próximos suministraba en abundancia la brea necesaria. Cualquiera que fuera la forma de las embarcaciones, consistían siempre en una ligera armadura, untada de betún y cubierta de una estera [1].

El golfo llamado «Pérsico» y que fué también el golfo Babilónico, presenta á lo largo de las costas de Arabia un camino muy fácil hacia la isla de Bahrein, cuyas perlas tenían un valor tan grande y en la cual innumerables ruinas demuestran haber sido un centro considerable de población y de comercio [2]. En ese viaje de proximidad de la costa, los marineros no habían de salir de la cuenca natural que les ofrecía el golfo bordeado de puertos; en ninguna parte perdían de vista las costas de la tierra firme ó los archipiélagos del litoral, y así hicieron su aprendizaje antes de aventurarse en el amplio mar, sea al Sudeste, en los espacios sin límites del océano Índico, sea al Oeste, en los golfos, estrechos y parajes limitados de las aguas fenicias, chipriotas y cretenses. Como campo de evolución, el mar Pérsico era hace ocho mil años más prolongado que en la actualidad: el golfo penetraba mucho más en

[1] R. von Ihering, *Les Indo-Européens avant l'histoire;* — Frédéric Houssay, *Annales de Géographie.*
[2] Stiffe; — Loftus; — A. de Gerlache, *Notas manuscritas.*

el interior de las tierras; el Eufrates, el Tigris y el Karun no se unían en un mismo delta, y para ir de Suza á Nínive ó á Babilonia era necesario aventurarse por el mar. Sábese por inscripciones cuneiformes que Sennacherib, después de Assurbanipal, tuvieron que luchar contra las olas para conducir expediciones de guerra al país de Elam. En aquella época, menos de treinta siglos antes que nosotros, la playa marítima de Caldea estaba lo menos 100 kilómetros más al Norte; desde hace cien años se evalúa el progreso anual de los aluviones en algo más de 50 metros [1].



EL DIOS PEZ

De un bajo-relieve de Kalach.

La leyenda del diluvio describe el barco de Sitnapichtim (Zisuthros, Chassisadra, Atrachasis, Noé) como un barco de mar y le da un piloto, circunstancia que no podría explicarse si los habitantes de la comarca no hubieran conocido la gran navegación y si la necesidad del timón para dirigir la marcha de un barco no hubiera sido bien comprendida: en efecto, sobre el Tigris ó el Eufrates, todo buen marinero hubiera sido un piloto suficiente, y sobre una extensión inundada el barco hubiera flotado sin dificultad. El hecho de soltar una paloma, cuando la baja de las aguas del diluvio, demuestra también que los marinos de Caldea, lo mismo que los Fenicios, tenían la costumbre, cuando se encontraban en alta mar y se creían cerca de la costa, de

[1] Loftus, Ainsworth, Lyell, Carl Ritter, de Morgan, etc.

soltar palomas que se elevaban á gran altura y después dirigían el rumbo á la costa más próxima, indicando así la dirección que habían de seguir: la paloma era su brújula [1]. Según la leyenda babilónica, el gran dios pez Ea ó Oanes, había amarrado á sus cuernos el barco de salvamento, esperanza de la humanidad segunda, para remolcarle hacia la cima de un monte á través de la inmensidad de las aguas desbordadas. El símbolo tiene ciertamente una significación de grandísimo alcance: el pez divino no se limita á salvar los hombres guiando sus barcos sobre la amplia extensión de las aguas donde desembocan los dos ríos; los hace aventurarse á lo lejos para que vayan á buscar los productos útiles en cambio de las mercancías de su propio país. Los hombres aprenden á conocerse y se ayudan mutuamente cambiando los productos de su trabajo y las ideas de su cerebro.

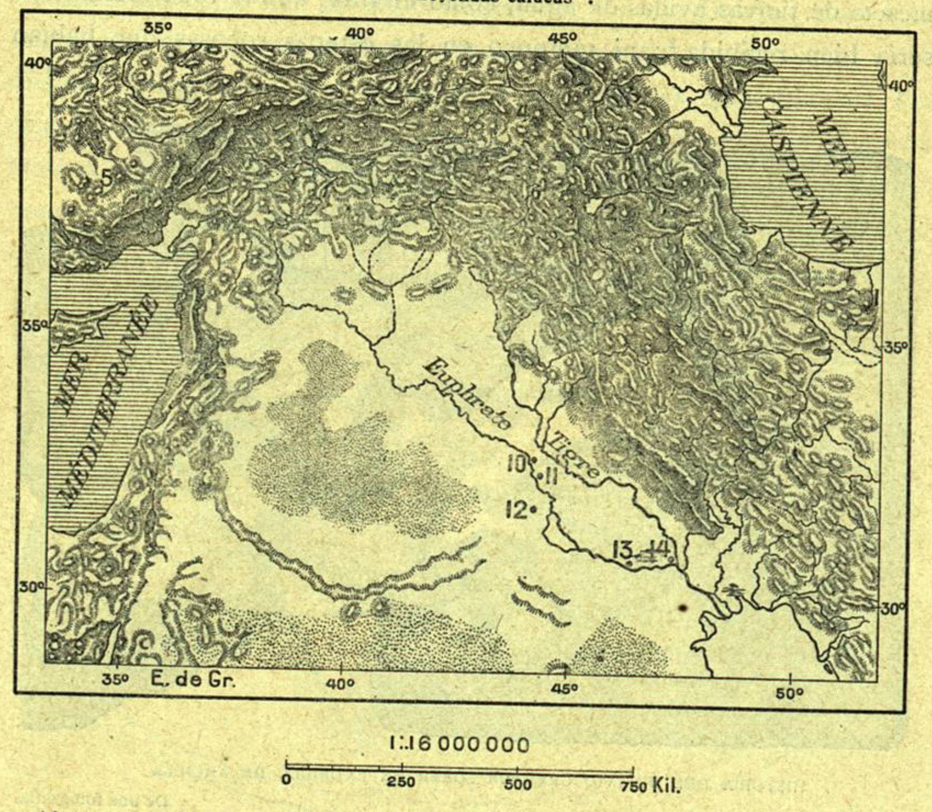
Tanta fué la importancia del pez simbólico, es decir, de la navegación y del comercio en la historia económica y social del mundo babilónico, que la leyenda le atribuye todo lo que se hizo de grande en la comarca: enseñó á los hombres la práctica de las letras, de las ciencias y de las artes de toda clase, las reglas de la fundación de las ciudades y de la construcción de los templos, los principios de las leyes y la geometría; les mostró las semillas y los frutos; en una palabra, dió á los hombres todo lo que contribuye á la dulzura de la vida: «Desde su tiempo, nada excelente se ha inventado» [2]. La leyenda nos dice también que Oanes era anfibio, á la vez pez y hombre, con la cabeza de hombre sobre la de pez y los pies humanos bajo su cola; cada día empleaba su tiempo sobre la tierra, pero á la postura del sol se sumergía en el mar y salía de él á la resurrección del astro. El sentido de este símbolo no es sólo que el origen de la civilización es doble en los países de los ríos, sino que ha de buscarse á la vez en la tierra y en el mar, en la agricultura y en el comercio [3].

La leyenda del diluvio, de que no hace mucho se había llegado á hacer un mito esencialmente hebreo, porque se le había encontrado únicamente en los libros sagrados de los Judíos, ha quedado definiti-

[1] R. von Ihering, obra citada.
[2] *Fragments* de Beroso, citados por Lenormant, Maspero, etc.
[3] R. C. d'Ablaing van Giessenburg. *Évolution des Idées religieuses dans la Mésopotamie* páginas 88, 89.

vamente clasificada, sin la menor duda, entre las producciones míticas de origen caldeo. La tableta de la biblioteca de Nínive especifica la

N.º 86. Leyendas caldeas [1].

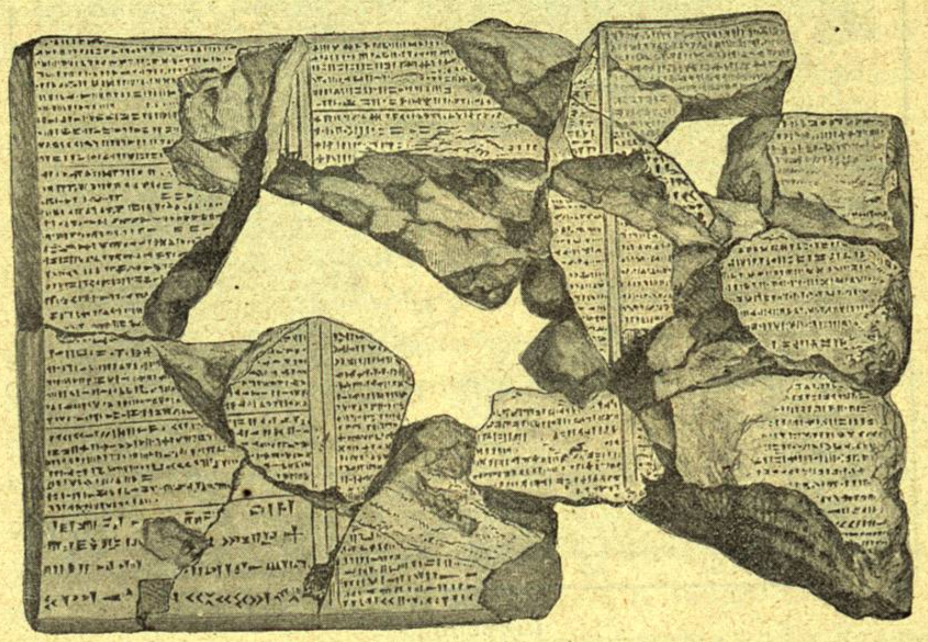


Algunos montes sagrados de la región: 1. Demavend; 2. Sehend; 3. Savalan; 4. Ararat; 5. Argeo; 7. Hermon; 8. Horeb; 9. Sinaí.
6. Valle paradisíaco, aldea de Paradisus.
10. Sippar, en la leyenda de Beroso esta ciudad representa el papel asignado á la antigua Churippak del documento ninivita, «acaso porque se habrá visto, con razón ó sin ella, en Churippak el antiguo nombre de Sippar». (A. Loisy.)
11. Tin-tir-ki, «el lugar del Arbol de la Vida».
12. Kufa, sepultura de Adán.
13. Eridu; la historia de la Creación comienza por la fundación de Eridu.
14. Korna, verdadero lugar del Arbol del Bien y del Mai.

ciudad que ha de ser sumergida: «Churippak, la ciudad que tú sabes, que estaba situada á la orilla del Eufrates... y los grandes dioses,

[1] Hay numerosos olvidos en este mapa: el Elvend, el Casius, el Djanatabad, junto al Ararat, son otros tantos montes sagrados; de Damas se tomó la tierra para modelar el primer hombre; en Kadech se enseña el arroyo de donde, según la fe musulmana, brotaron las aguas del Diluvio; en Mobog, la grieta de la roca por la que corrieron, etc.
Churripak no puede confundirse con Sippar; este es un punto bien fijado (P. Thureau, Dangin, A. Loisy, *Nota manuscrita*). Una expedición le ha identificado con Tell de Fara (véase *Mitteilungen der deutschen Oriental Gesellschaft*, n.º 16), pero la pobreza de nuestras bibliotecas públicas no ha permitido hasta hoy especificar bien el emplazamiento.

su corazón les llevó á hacer el diluvio» [1]. Lo que los documentos establecen ahora, la Naturaleza lo indicó de antemano, porque es evidente que semejante mito no hubiera podido originarse sobre una meseta de tierras ávidas de agua, como el Irán, donde toda inundación sería bien recibida [2]; ni tampoco en las estepas rocosas que habían



HISTORIA DEL DILUVIO GRABADA SOBRE UN LADRILLO DE ARCILLA

De una fotografía.

Una de las doce placas que refieren la epopeya de Gilgames, de la cual el diluvio es un incidente. La historia de la creación ocupa siete ladrillos semejantes. (Biblioteca de Assurbanipal, documento descifrado por G. Smith en 1875).

atravesado los pastores hebreos, ni en las regiones montañosas del Cáucaso. El origen de esa tradición no podía tener lugar sino en campiñas bajas donde las lluvias forman grandes extensiones de agua y donde los ríos se desbordan con frecuencia, recubriendo la inmensidad de las llanuras, inundando los sembrados y arrasando las ciudades.

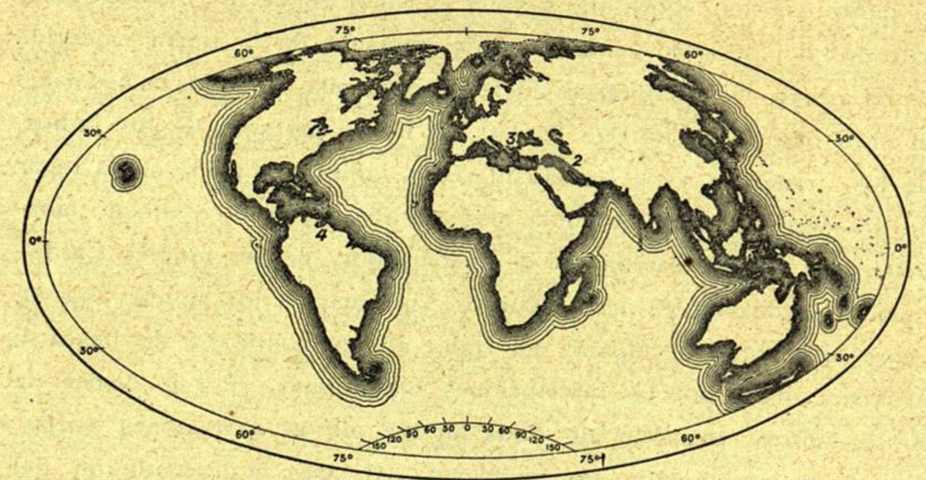
En el Génesis se refiere torpemente esta historia del diluvio: el nombre del arca, *tebah*, significa «cofre» y no «barco»; no se trata allí de lanzar al agua una embarcación; no se ha sabido reproducir

1 Jastrow, *Religion of Babylonia and Assyria*.
2 F. R. Spiegel, *Ausland*, n.º 10, 1872.

la leyenda caldea que habla del piloto, de la dirección del barco y de las cosas del mar [1].

Sin embargo, no es solamente en la doble cuenca del Tigris y del Eufrates donde se han formado tradiciones de un diluvio; sino que también se produjeron en otras comarcas sometidas á las mismas condiciones geográficas, por ejemplo en las regiones que recorren los grandes ríos chinos Hoang y Yangtze. Así se repitieron en diversos lugares esas relaciones á que los misioneros cristianos dieron tanta importancia, considerándolas como pruebas de ese supuesto diluvio universal de que habla la Biblia. Esas historias, relatadas en comar-

N.º 87. Leyendas del Diluvio.



Bosquejo homalográfico.

1 : 325000000

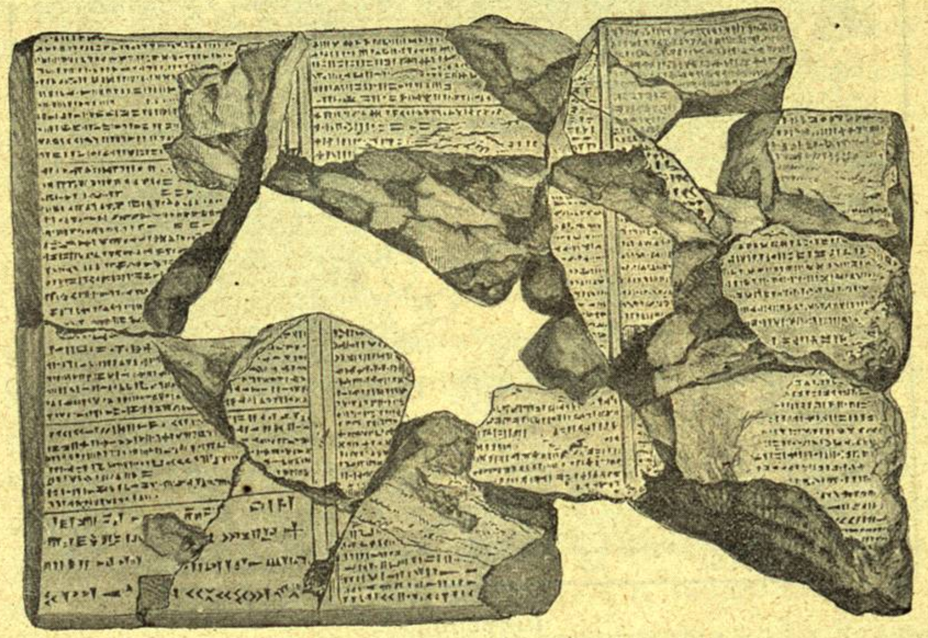
0 5000 10000 15000 kil.

1. Llanura baja de China.
2. Potamia.
3. Tesalia, leyenda de Deucalión, reconstitución de la humanidad por las piedras.
4. Venezuela, valle bajo del Orinoco; la segunda humanidad nace de los frutos del *Mauricia flexuosa*.

cas muy distantes entre sí, debían, no obstante, semejarse por los detalles que resultan del acontecimiento mismo: las grandes lluvias, la embarcación de salvamento, su choque contra una roca ó una montaña, la primera rama verde ó la primera flor que se encuentra después de la navegación peligrosa, la reconstitución de la sociedad de los hombres después de la gran catástrofe. Pero la leyenda no existía

1 Fr. Lenormant, *Les premières Civilisations*, t. II, p. 53.

su corazón les llevó á hacer el diluvio»[1]. Lo que los documentos establecen ahora, la Naturaleza lo indicó de antemano, porque es evidente que semejante mito no hubiera podido originarse sobre una meseta de tierras ávidas de agua, como el Irán, donde toda inundación sería bien recibida[2]; ni tampoco en las estepas rocosas que habían



HISTORIA DEL DILUVIO GRABADA SOBRE UN LADRILLO DE ARCILLA

De una fotografía.

Una de las doce placas que refieren la epopeya de Gilgames, de la cual el diluvio es un incidente. La historia de la creación ocupa siete ladrillos semejantes. (Biblioteca de Assurbanipal, documento descifrado por G. Smith en 1875).

atravesado los pastores hebreos, ni en las regiones montañosas del Cáucaso. El origen de esa tradición no podía tener lugar sino en campiñas bajas donde las lluvias forman grandes extensiones de agua y donde los ríos se desbordan con frecuencia, recubriendo la inmensidad de las llanuras, inundando los sembrados y arrasando las ciudades.

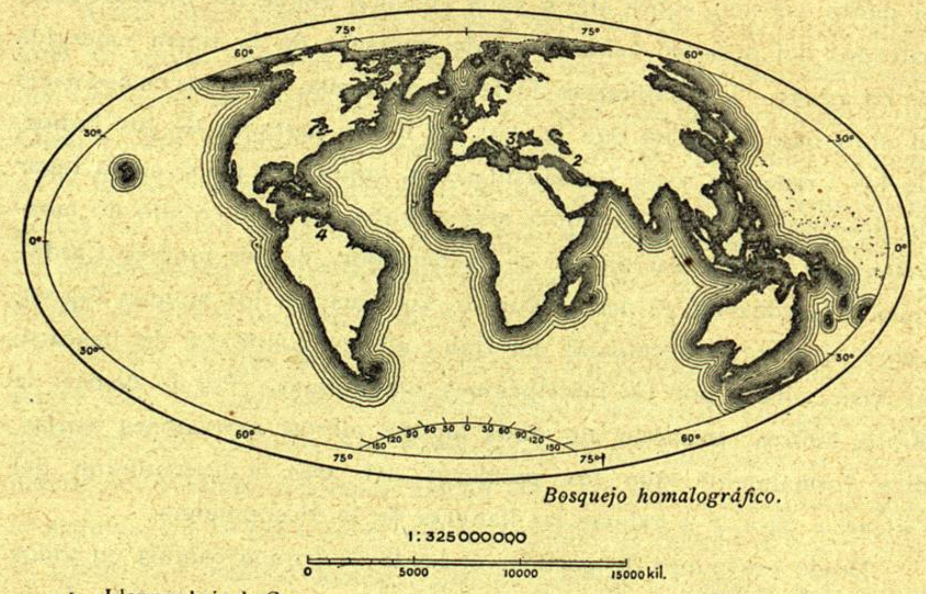
En el Génesis se refiere torpemente esta historia del diluvio: el nombre del arca, *tebah*, significa «cofre» y no «barco»; no se trata allí de lanzar al agua una embarcación; no se ha sabido reproducir

[1] Jastrow, *Religion of Babylonia and Assyria*.
[2] F. R. Spiegel, *Ausland*, n.º 10, 1872.

la leyenda caldea que habla del piloto, de la dirección del barco y de las cosas del mar[1].

Sin embargo, no es solamente en la doble cuenca del Tigris y del Eufrates donde se han formado tradiciones de un diluvio; sino que también se produjeron en otras comarcas sometidas á las mismas condiciones geográficas, por ejemplo en las regiones que recorren los grandes ríos chinos Hoang y Yangtze. Así se repitieron en diversos lugares esas relaciones á que los misioneros cristianos dieron tanta importancia, considerándolas como pruebas de ese supuesto diluvio universal de que habla la Biblia. Esas historias, relatadas en comar-

N.º 87. Leyendas del Diluvio.



Bosquejo homalográfico.

1. Llanura baja de China.
2. Potamia.
3. Tesalia, leyenda de Deucalión, reconstitución de la humanidad por las piedras.
4. Venezuela, valle bajo del Orinoco; la segunda humanidad nace de los frutos del *Mauricia flexuosa*.

cas muy distantes entre sí, debían, no obstante, semejarse por los detalles que resultan del acontecimiento mismo: las grandes lluvias, la embarcación de salvamento, su choque contra una roca ó una montaña, la primera rama verde ó la primera flor que se encuentra después de la navegación peligrosa, la reconstitución de la sociedad de los hombres después de la gran catástrofe. Pero la leyenda no existía

[1] Fr. Lenormant, *Les premières Civilisations*, t. II, p. 53.

en los países donde jamás han tenido lugar inundaciones generales, donde los únicos efectos temibles son las trombas, los ciclones ó las explosiones volcánicas. Esa es la causa de que, con gran admiración de los comentadores de los libros judaicos, no hagan mención alguna de un diluvio los más antiguos documentos iránicos. Semejante fenómeno, desconocido para aquellos habitantes, no podía engrandecerse á sus ojos hasta constituir un cataclismo como el que describe el Génesis.

Todas las naciones en las que se formó la leyenda ó en que ésta fué acogida, tanto por una especie de patriotismo como por la necesidad natural de localizar de una manera visible el teatro de sus narraciones, debían necesariamente de buscar en los límites de su horizonte el punto sagrado, sobre algún valle elevado, donde los escasos justos salvados del desastre habían tomado posesión de la tierra emergida de las aguas. Los habitantes de la Mesopotamia, entre los cuales nació el mito bajo la forma que le dan los libros sagrados de los Judíos, de los Cristianos y de los Musulmanes, indicaban, pues, como lugar de descenso del arca, la punta más elevada del semi-círculo de montañas que veían desarrollarse en su derredor, de los montes Carduques ó Gordeanos, es decir, Kurdos, las cimas de los montes Zagros, sobre el reborde occidental del Irán: allí es donde ha de buscarse el Nisir, citado por las inscripciones cuneiformes. Por lo demás, la Biblia hebrea, tomando sin duda alguna ciertas narraciones asirias, dice formalmente que los pasajeros del arca «descendieron del Oriente» para ir á habitar las llanuras de la Mesopotamia [1].

Desde ese punto de partida, el lugar de parada cambia en todos sentidos, según la marcha de los pueblos y la propagación de la leyenda. Hacia el Este los Iranios designaron el Elvend, diversas cimas del Albordj ó Elburz y el Demavend, como otras tantas «montañas de Noé». El Afghanistan, el país de Bokhara tienen también sus «descensos» del arca, y cerca del Meru del Himalaya se levanta el Naubendhanam, el «Amarre del barco» donde Manú Vaivasvata amarró su esquife cuando la inundación universal. En una palabra, todas las montañas que fijaron suficientemente la imaginación de los pueblos para que el mito hiciera de ellas la residencia de los dioses

[1] Génesis, cap. XI, vers. 2.

ó el paraíso primitivo del hombre, fueron además designadas como los lugares sagrados donde la humanidad, purificada por las aguas, nació una segunda vez. En otra dirección, el Cáucaso, y de una manera especialísima, el Masis ó Ararat se convirtieron también en «montes del arca» para las poblaciones de los valles inferiores. Después, con la emigración de los pueblos y de todo su bagaje de historias y leyendas, continuó hacia el Oeste la procesión de los picos sagrados [1], ocultándose siempre los relieves lejanos tras los macizos más próximos. El Argeo es una de esas «montañas de etapa»; lo mismo que el Olimpo de Bitinia y el de Tesalia. Hasta en nuestros Pirineos, el pico de Brigue y el Canigó, según los pastores rosellonenses, ostentan aún en sus cimas los anillos de hierro que retuvieron el arca sagrada.

África posee también sus Ararats en el Hadjar Taus, roca recortada en agujas extrañas, que se levanta cerca de la orilla meridional del Tzâdé, en las fecundas llanuras aluviales que ha depositado el río Chari [2]. Por último, los Americanos del Norte, constantes lectores de la Biblia y muy envidiosos del Mundo Antiguo, han querido interpretar los libros sagrados en su propio favor, y en algún periódico ha podido leerse que el verdadero Ararat sobre el cual se detuvo el «cofre de Noé», fué una montaña de su patria.

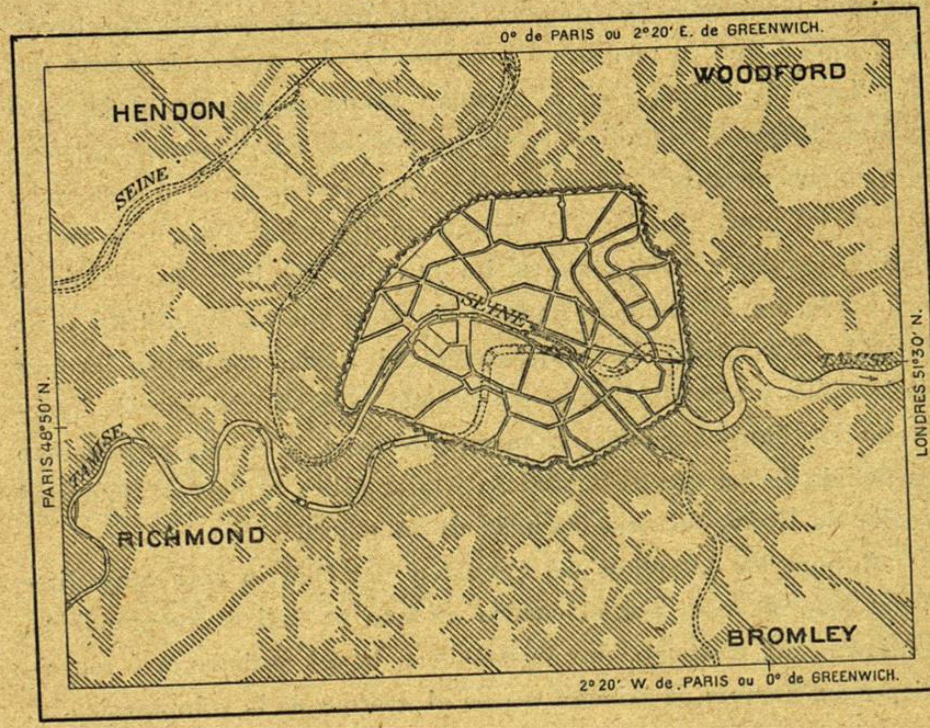
Aunque los dos mitos del Paraíso y del Diluvio sean muy diferentes uno de otro por el cuadro en que se hallan comprendidos, contienen, sin embargo, una misma idea, la del nacimiento ó renacimiento del hombre, la primera vez en el «jardín de la voluptuosidad», la segunda en la cima de la montaña donde se detuvo el arca. Por lo mismo han tendido naturalmente los pueblos á localizar esos mitos en un mismo punto [3], añadiéndole la estancia terrestre de los dioses.

La leyenda referida en la Biblia [4] acerca de los dos hijos de Adán, el labrador y el pastor, expone, bajo una forma transparente, la evolución que produjo la agricultura babilónica en el conjunto del

[1] Obry, *Du Berceau de l'Espèce humaine*; Fr. Lenormant, *L'Ararat et l'Eden. Les Origines de l'Histoire*, t. II.
[2] Denham and Clapperton, *Wanderings and Discoveries* (véanse los mapas 83 y 84, páginas 471 y 475).
[3] Fr. Lenormant, *Les Origines de l'Histoire*, t. II, ps. 45 y siguientes.
[4] Génesis, cap. IV.

saber humano; porque indudablemente el mito contenido en esa borrosa relación no es de origen hebreo: es demasiado contradictorio para que se le pueda explicar de otro modo que despojándole de las falsedades evidentes, introducidas por un copista torpe, probablemente un escriba del templo judío. En efecto, aunque los Israelitas

N.º 88. Las Babilonias modernas.



1: 250 000

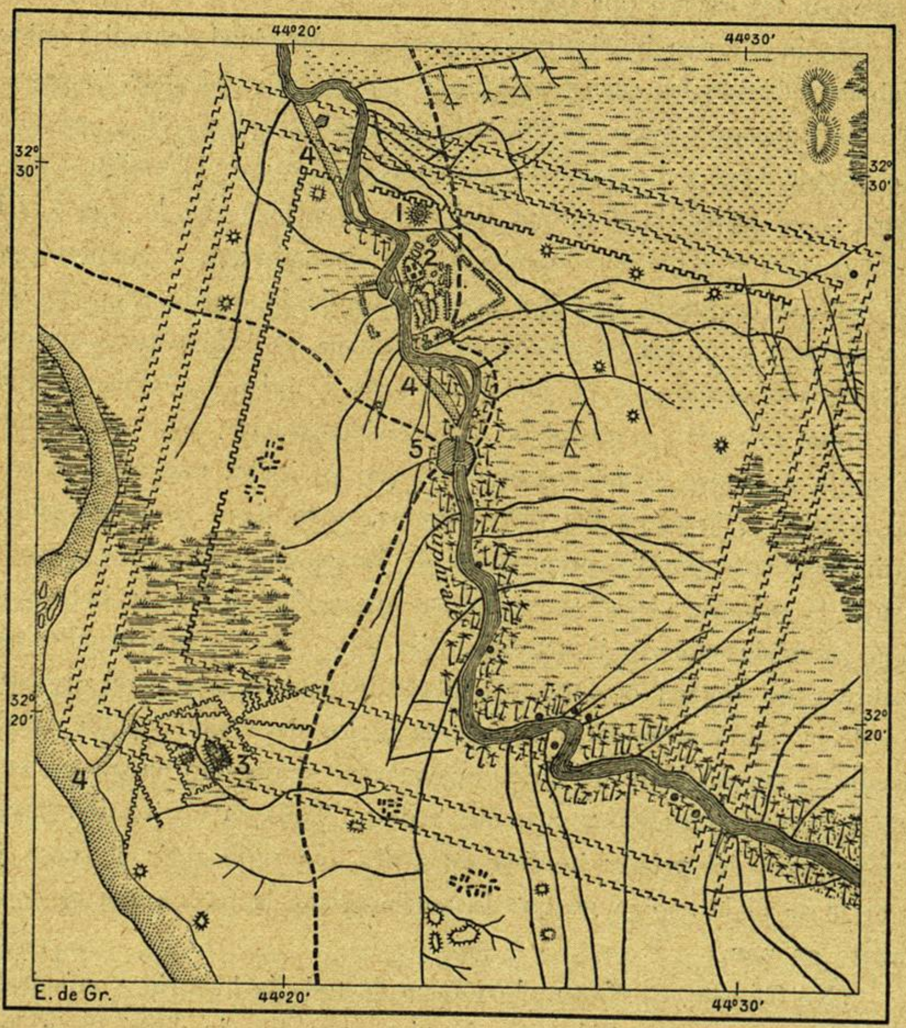
0 5 10 15 20 Kil.

Los planos de París y de Londres — esta segunda ciudad representada por la superficie rayada en derredor del de París — están superpuestos de manera que el Hotel de Ville coincide con Mansion House. Estos planos están á la misma escala que el de Babilonia, página 491.

conocían perfectamente la agricultura en la época en que fué reproducido por ellos el documento relativo á los dos hermanos Caín y Abel, los recuerdos de la antigua sociedad patriarcal les mostraban en el estado de pastor la verdadera edad de oro de su raza: á sus ojos, la condición de pastor, la de los antepasados Abraham, Isaac

N.º 89. Plano de la antigua Babilonia.

(Véase pág. 500)



PALMERALES — TIERRAS CULTIVADAS — PASTOS — PANTANOS

Antiguas murallas todavía existentes — *Sitio que ocuparon antiguas murallas.*

Localidades actuales. — *Caminos.*

1: 250 000

0 5 10 15 20 Kil.

1. Mudchelibeh (Maklubeh, Babil).
2. Palacio de Nabucodonosor.
3. Birs Nimrud ó Torre de Borsippa.
4. Antiguos cauces del Eufrates.
5. Hillah.

y Jacob era la que un deber piadoso les obligaba á glorificar sobre todo. De ahí esa sustitución del pastor al labrador como ser especialmente favorecido por Dios.

Según la forma judaica de la leyenda, la divinidad sensual á quien habían seducido las carnes suculentas asadas sobre el altar, empapadas en humeante grasa, recibió con especial complacencia la ofrenda del pastor Abel y rechazó los frutos presentados por el humilde labrador. Esta injusticia flagrante del dios carnívoro fué la causa del primer odio y del primer homicidio. Y sin embargo, el conjunto de la historia evidencia que las bendiciones de la inteligencia, de las invenciones y de los progresos de toda clase se dirigen precisamente al hermano maldito; á él, al labrador, es á quien la leyenda, bajo su forma primitiva y completa, debía evidentemente favorecer. Caín tiene la categoría de primogénito, lo que ya indica una idea de superioridad en la intención del narrador, pero tiene la superioridad principalmente por la comprensión de las cosas, porque Caín construyó la primera ciudad; uno de los suyos fué el primer industrial por haber descubierto el arte de forjar toda clase de instrumentos de cobre y de hierro; otro de sus nietos inventó el arpa y el órgano, es decir, los instrumentos de cuerda y los de viento. ¡Qué más! hasta un descendiente de Caín, nuevamente convertido en pastor, enseñó á otros pastores el arte del tejido. Toda la civilización procede, pues, del primer hombre de genio que supo abrir el surco y retirar de él la espiga de que la muela extrae la harina que se convierte en pan.

¿No fué este, en efecto, el resumen de toda la historia económica? Si nos colocamos en el punto de vista que fué sin duda el de los Caldeos, redactores originarios de la leyenda, Caín es, pues, un personaje muy diferente del que nos representa nuestra imaginación, influída por la copia infiel del documento, y el primer asesinato atribuído al labrador no debe imputársele en manera alguna, porque no coincide con la verdad social. Históricamente, en los conflictos de pueblo á pueblo, el ataque no viene del labrador pacífico, sino del nómada que va en busca de tierras nuevas. Por lo demás, la idea del asesinato había de nacer más fácilmente en el hombre que degüella y desuella animales que en el que se ingenia para construir el arado

de madera. La historia del primer asesinato, referida bajo la forma judía, es en realidad la primera calumnia.

Como lugar de nacimiento de nuestras principales leyendas, la región de los dos grandes ríos nos transmite también la mayor parte de nuestra herencia de civilización material: la abundancia de los productos indígenas, la variedad de los géneros y de las mercancías importadas de lejos, la convergencia de las vías históricas seguidas por los emigrantes, el gran número de extranjeros venidos de todas partes, diferentes todos entre sí por las costumbres, las lenguas y las ideas, dieron á la vida babilónica tal intensidad, que ciertamente debe datarse de aquella época los descubrimientos fundamentales ó al menos las mejoras más importantes que han hecho pasar la humanidad de la barbarie primitiva á la civilización consciente de sí misma. La agricultura, en primer lugar, hizo allí maravillosos progresos, y si no nació allí, puesto que existió en todo tiempo y en todas partes bajo sus formas rudimentarias, á lo menos allí adquirió el desarrollo que hizo de ella la principal sustentadora del hombre. Herodoto consigna la riqueza agrícola de Babilonia en términos, no ya de admiración, sino casi de estupor [1].

El sistema potámico de riego — condición esencial del cultivo intensivo y el más enérgico factor de esta civilización, — atestigua poderosos medios de acción y de un gran valor técnico y moral: por miles de kilómetros se extendían sobre el suelo, entre el curso del Eufrates y el valle bajo del Karun, los hilos artificiales de agua, cuyos trabajos eran anteriores á la historia fechada. Las aguas del Nerkha regaban las inmediaciones de Suza desde la época de Karibu, gracias á vastas redes de canales cuyas huellas se encuentran, «no sólo en los textos, sino también en el suelo» [2]. La muralla médica era probablemente el cauce de un canal [3]. El Dijeil tomaba el agua del Tigris para regar la ribera derecha. Pero el más prodigioso trabajo de riego emprendido por los Caldeos era el que proveía de agua 12000 kilómetros cuadrados sobre la orilla izquierda del Tigris, pa-

[1] Libro I, Clio v, 193.
[2] J. de Morgan, *Travaux de la Délégation en Perse.*
[3] W. Willcoks, *Ancient Irrigation Works on the Tigris.*

y Jacob era la que un deber piadoso les obligaba á glorificar sobre todo. De ahí esa sustitución del pastor al labrador como ser especialmente favorecido por Dios.

Según la forma judaica de la leyenda, la divinidad sensual á quien habían seducido las carnes suculentas asadas sobre el altar, empapadas en humeante grasa, recibió con especial complacencia la ofrenda del pastor Abel y rechazó los frutos presentados por el humilde labrador. Esta injusticia flagrante del dios carnívoro fué la causa del primer odio y del primer homicidio. Y sin embargo, el conjunto de la historia evidencia que las bendiciones de la inteligencia, de las invenciones y de los progresos de toda clase se dirigen precisamente al hermano maldito; á él, al labrador, es á quien la leyenda, bajo su forma primitiva y completa, debía evidentemente favorecer. Caín tiene la categoría de primogénito, lo que ya indica una idea de superioridad en la intención del narrador, pero tiene la superioridad principalmente por la comprensión de las cosas, porque Caín construyó la primera ciudad; uno de los suyos fué el primer industrial por haber descubierto el arte de forjar toda clase de instrumentos de cobre y de hierro; otro de sus nietos inventó el arpa y el órgano, es decir, los instrumentos de cuerda y los de viento. ¡Qué más! hasta un descendiente de Caín, nuevamente convertido en pastor, enseñó á otros pastores el arte del tejido. Toda la civilización procede, pues, del primer hombre de genio que supo abrir el surco y retirar de él la espiga de que la muela extrae la harina que se convierte en pan.

¿No fué este, en efecto, el resumen de toda la historia económica? Si nos colocamos en el punto de vista que fué sin duda el de los Caldeos, redactores originarios de la leyenda, Caín es, pues, un personaje muy diferente del que nos representa nuestra imaginación, influída por la copia infiel del documento, y el primer asesinato atribuído al labrador no debe imputársele en manera alguna, porque no coincide con la verdad social. Históricamente, en los conflictos de pueblo á pueblo, el ataque no viene del labrador pacífico, sino del nómada que va en busca de tierras nuevas. Por lo demás, la idea del asesinato habría de nacer más fácilmente en el hombre que degüella y desuella animales que en el que se ingenia para construir el arado

de madera. La historia del primer asesinato, referida bajo la forma judía, es en realidad la primera calumnia.

Como lugar de nacimiento de nuestras principales leyendas, la región de los dos grandes ríos nos transmite también la mayor parte de nuestra herencia de civilización material: la abundancia de los productos indígenas, la variedad de los géneros y de las mercancías importadas de lejos, la convergencia de las vías históricas seguidas por los emigrantes, el gran número de extranjeros venidos de todas partes, diferentes todos entre sí por las costumbres, las lenguas y las ideas, dieron á la vida babilónica tal intensidad, que ciertamente debe datarse de aquella época los descubrimientos fundamentales ó al menos las mejoras más importantes que han hecho pasar la humanidad de la barbarie primitiva á la civilización consciente de sí misma. La agricultura, en primer lugar, hizo allí maravillosos progresos, y si no nació allí, puesto que existió en todo tiempo y en todas partes bajo sus formas rudimentarias, á lo menos allí adquirió el desarrollo que hizo de ella la principal sustentadora del hombre. Herodoto consigna la riqueza agrícola de Babilonia en términos, no ya de admiración, sino casi de estupor [1].

El sistema potámico de riego — condición esencial del cultivo intensivo y el más enérgico factor de esta civilización, — atestigua poderosos medios de acción y de un gran valor técnico y moral: por miles de kilómetros se extendían sobre el suelo, entre el curso del Eufrates y el valle bajo del Karun, los hilos artificiales de agua, cuyos trabajos eran anteriores á la historia fechada. Las aguas del Nerkha regaban las inmediaciones de Suza desde la época de Karibu, gracias á vastas redes de canales cuyas huellas se encuentran, «no sólo en los textos, sino también en el suelo» [2]. La muralla médica era probablemente el cauce de un canal [3]. El Dijeil tomaba el agua del Tigris para regar la ribera derecha. Pero el más prodigioso trabajo de riego emprendido por los Caldeos era el que proveía de agua 12000 kilómetros cuadrados sobre la orilla izquierda del Tigris, pa-

[1] Libro I, Clio v, 193.
[2] J. de Morgan, *Travaux de la Délégation en Perse.*
[3] W. Willcoks, *Ancient Irrigation Works on the Tigris.*

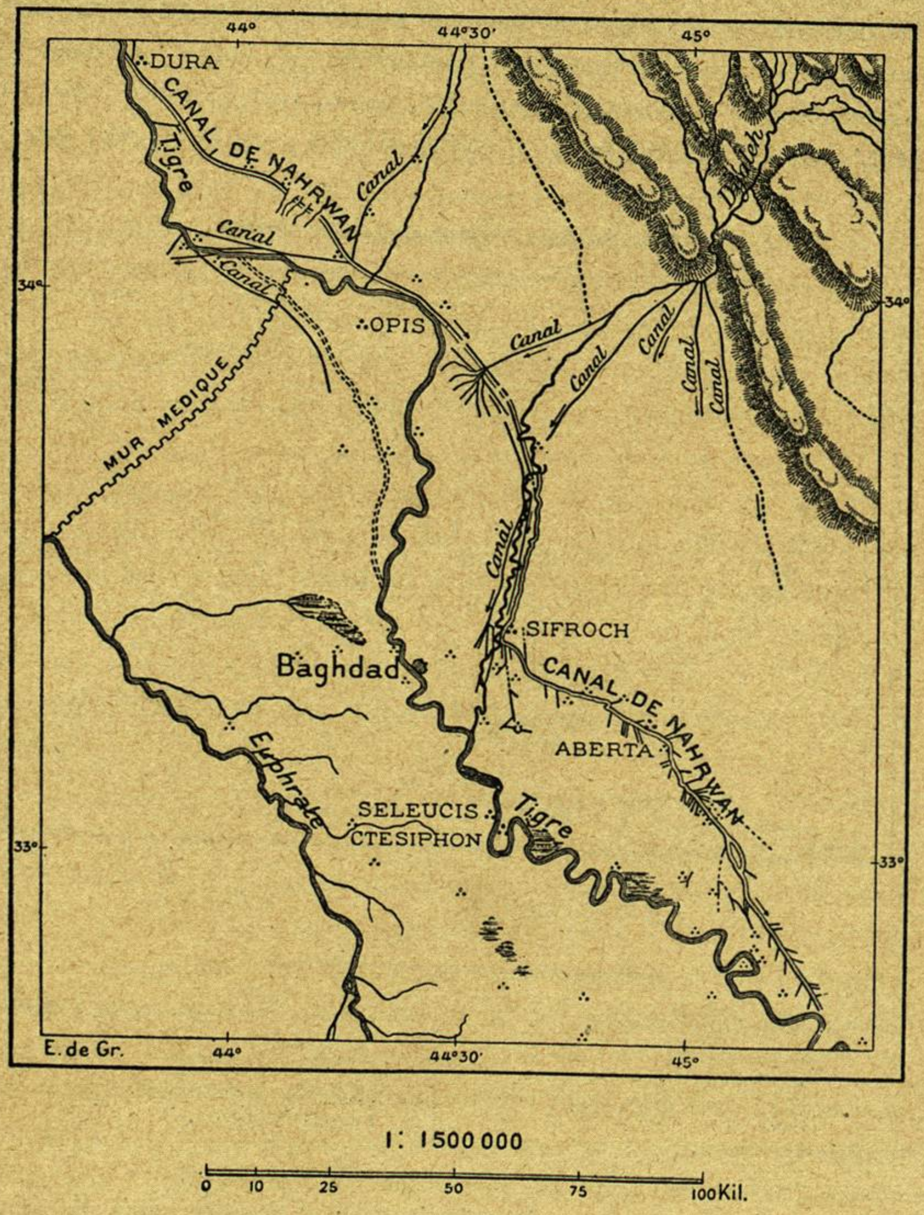
sando entonces al occidente de Opis, y aseguraba de ese modo la existencia de varios millones de hombres. La rama principal era el canal de Nahrwan «el Nutricio», que se desarrollaba sobre 400 kilómetros de longitud, de los cuales 70, desde Dura á la travesía del Adhim, estaban cortados en el conglomerado. La sección era tal, que en aquella época en que las montañas frondosas del Azerbeidjan y del Zagros aseguraban al río un caudal más elevado — el Eufrates no se desbordaba ya como en tiempo de Strabon, — el Tigris todo entero podía contenerse en el canal artificial. Las presas y tomas de agua, los reguladores y la sabia repartición de las corrientes denotan un gran dominio de los conocimientos hidráulicos.

El riego llenó su objeto durante miles de años; Nabucodonosor restauró la presa de Dura, que las tropas de Alejandro destruyeron en parte. Los Persas Sassanidas y después los Árabes Abassidas conservaron el sistema de riegos, sin conseguir, no obstante, hacer frente á los embalses crecientes: el Tigris, cambiando de cauce, destruyó «el Nutricio» al este de Opis é hizo que la comarca quedara desierta.

Los animales domésticos que el hombre tiene actualmente por compañeros en la Mesopotamia, estaban ya ligados á su suerte desde los tiempos históricos más remotos, y el mismo primer capítulo del Génesis (vers. 24, etc.), menciona los animales domesticados como habiéndolo sido siempre. El caballo estaba en el número de esos asociados del agricultor en el País de los Ríos, pero el nombre que se le daba en akkad, *paikurra*, ó «cargador del Oriente», prueba que este animal había sido domesticado sobre las mesetas del Este [1], quizá en las estepas que recorre aún en nuestros días el *Æquus Prejvalskiy*, capturado por Groum Grjmailo y por Klementz [2]. Uno de los lugares de etapa de la raza fueron indudablemente las famosas campiñas «niseanas» que alimentaban los más bellos caballos de Persia. Búscase hoy aquel antiguo paraíso del mundo iránico [3], sea en Media, entre Hamadan y Teheran, sea en las inmediaciones de la ciudad de Nichapur.

[1] Fr. Lenormant, *Les premières Civilisations.*
[2] *Geographical Journal*, Junio 1896, p. 657.
[3] Herodoto, *Historia*, lib. VII, n.º 40.

N.º 90. Canal de Nahrwan y muralla médica [1].

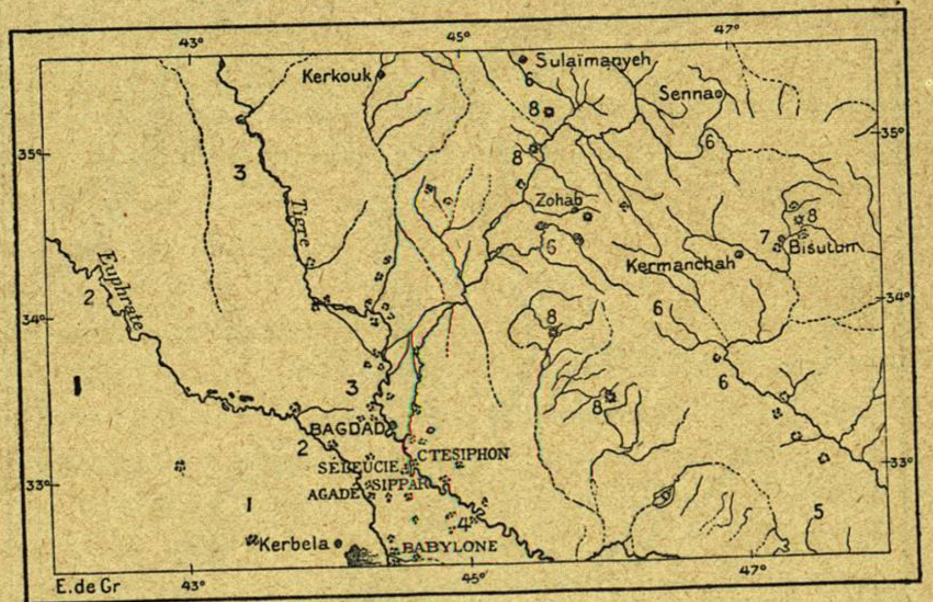


Los habitantes primitivos de las llanuras de aluviones recorridas por el Tigris y el Eufrates, tuvieron, durante el período de roturación, los árboles de la llanura y las balsas naturales formadas por los troncos desarraigados que bajaba la corriente para hacerse con

[1] La muralla médica debía terminar en el antiguo cauce del Eufrates y no en el cauce que señala este mapa, cuya posición data sólo de la Edad Media.

ellos habitaciones; pero cambiando el suelo en tierra arable, cuando los cultivos cubrieron por completo el país, las poblaciones agrícolas no pudieron construirse otras habitaciones que chozas ó casas de barro amasado y secado al sol: cañas, betún, barro pisado, como en el Lionesado, adobes, como en Nuevo México y en la Argelia meri-

N.º 91. Materiales de construcción en Mesopotamia.



⁂ Ciudades muertas. ⌂ Fortalezas.

1 : 5 000 000

0 50 150 300 Kil.

1. Tiendas de cuero ó de pelo.
2. Chozas de boñigas con capas de cañas asfaltadas.
3. Casas de adobes, monumentos de ladrillos.
4. Chozas de cañas.
5. Grutas en el conglomerado y casas de guijarros.
6. Reductos de piedras.
7. Monumentos de mármol.
8. Fuertes de piedras.

dional, tales eran los materiales indicados; el hombre había de elevar su casa por medio de la arcilla que extraía del suelo. Ese género de construcción tan poco sólido, no tardó en derrumbarse y en transformarse en cabañas de tierra herbosa en cuanto cesa de conservarse en buen estado; pero esa pequeña casa de arcilla fué, no obstante, el tipo inicial de nuestras casas modernas, para las cuales, sucesivamente ó al mismo tiempo, según los lugares y materiales disponi-

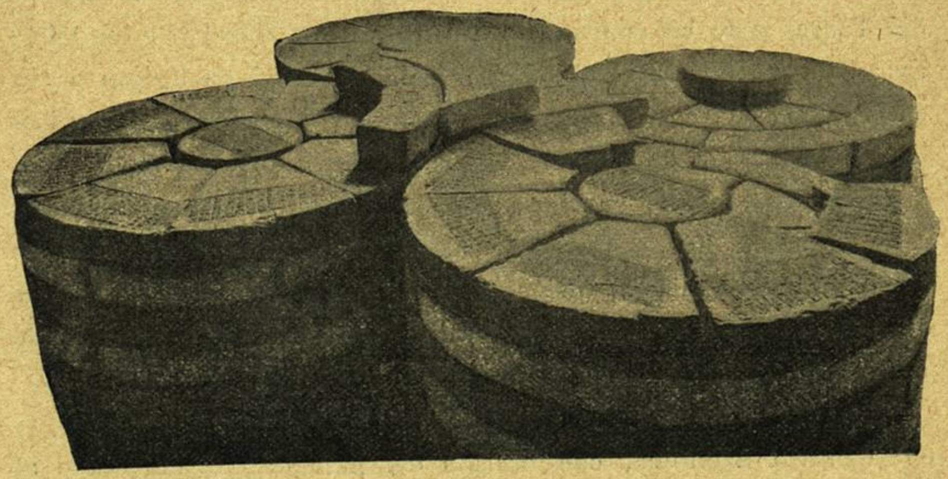
bles, las modas y los estilos arquitectónicos, se ha empleado la madera, la piedra artificial ó natural, los cantos rodados por el torrente, los mármoles, los pórfidos tallados y el hierro.

El País de los Ríos, muy adelantado en industria metalúrgica, fabricaba objetos de cobre, de bronce, de hierro y de oro desde los tiempos prehistóricos: en las sepulturas más antiguas de Warka y de Mugheir, en Suza, se encuentran esos metales trabajados al lado de instrumentos y de armas de piedra; sólo faltaba la plata[1]. El hierro era de un uso muy extendido, sobre todo en Asiria, gracias evidentemente á la proximidad de las regiones mineras del Zagros, del Taurus y de las montañas del Ponto, donde trabajaban los mineros chalibes. En parte alguna, ni en Caldea, ni en Egipto se ha encontrado nada comparable al conjunto de instrumentos que Place ha descubierto en un almacén del palacio de Khorsabad: todos esos instrumentos, garfios, ganchos, cadenas, martillos, picos, azadones, rejas de arado, hoces, aros de ruedas de excelente metal, formaban un muro tal de hierro, que se emplearon tres días en trasladarlos de lugar para abrir una zanja, y cuyo peso se evaluó en más de 160 toneladas.

La principal evolución en el arte de la edificación tuvo lugar en la misma Babilonia, con ocasión del paso del ladrillo crudo al ladrillo cocido. Ese descubrimiento debió hacerse muchas veces antes de ser utilizado: el fuego doméstico encendido sobre adobes é impulsado vivamente á causa de algún incidente, ó hasta de un incendio, bastaría muchas veces para transformar los cuadros de arcilla pulverulenta en verdaderas piedras, más duras y más sólidas que los fragmentos de rocas desprendidos de las montañas lejanas. El endurecimiento de los ladrillos por el fuego, permaneció quizá durante siglos como un simple hecho de observación, que no daría lugar á ningún cambio en el modo de construcción con ladrillos crudos, adaptado el modo de ser de una sociedad rudimentaria; pero llegó el día en que algún constructor ingenioso tuvo la idea de emplear las piedras cocidas al fuego en todo ó parte de su edificio, que deseaba hacer más duradero ó más bello, y entonces, como dice von Ihering[2],

[1] Alfred Ditte, *Revue Scientifique*, 25 Noviembre 1899.
[2] *Les Indo-Européens avant l'Histoire*, trad. de Meulenaere.

«la cocción del primer ladrillo puede ser considerado como uno de los hechos más fecundos en consecuencias de todas clases que se hayan realizado sobre la tierra: sería difícil poder hallar otro que poder compararsele por el alcance civilizador», porque del ladrillo nació la ciudad; mientras que el arado aumenta solamente la cantidad de alimento, la piedra artificial agrupó los hombres en sociedades, les unió por el trabajo, por el edificio, les dió la conciencia de la superioridad de su cultura, de su nación, de su fijeza, é hizo nacer por la disciplina intelectual que necesitaba la construcción,



CUÁDRUPLE COLUMNA BABILÓNICA DE LADRILLOS

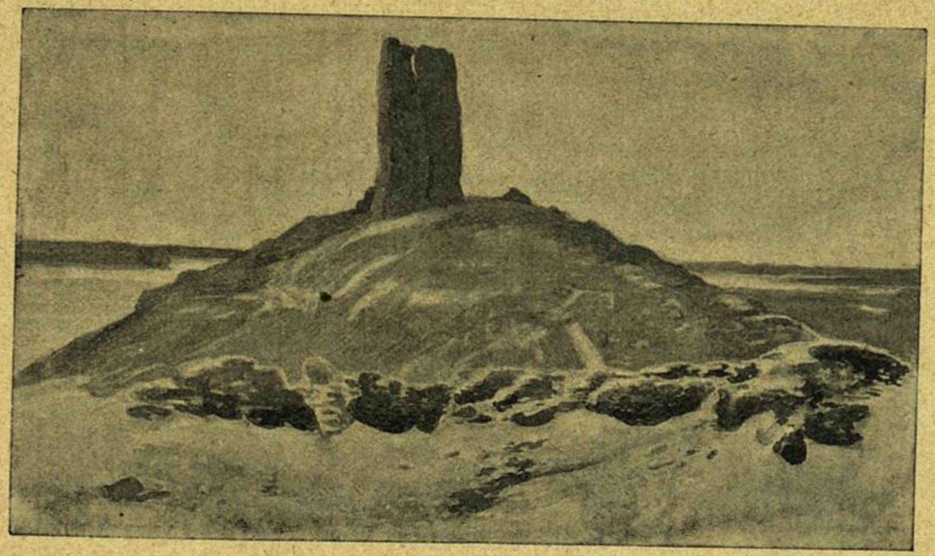
(Museo del Louvre).

Cada ladrillo lleva marcada una inscripción (invisible al exterior) que se estampó antes de la cocción. Es una fórmula cabalística, un talismán que asegura la eternidad de los monumentos, librándoles de los enemigos, así materiales como inmateriales. (Gobineau.)

toda una serie de investigaciones y de ciencias que lanzaron la humanidad por una nueva vía de civilización. Según Peters, el primer ladrillo cocido de fecha conocida, pertenece al templo de Sargón de Agade (Chargina) y no cuenta menos de 5700 años.

Las montañas artificiales que erigieron los Caldeos, para colocar sobre el zócalo terminal la residencia de sus dioses, no fueron obra de arquitectos inconscientes, sino que dieron origen á verdaderos constructores muy sabios en el arte de medir el suelo, de poner los materiales y de calcular su resistencia; se desarrolló toda una ciencia geométrica con gran detalles de problemas y de soluciones. Según

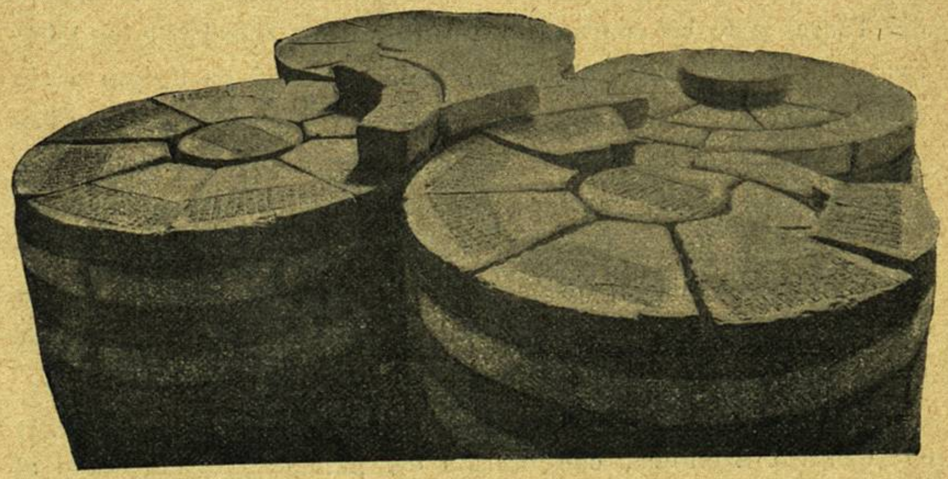
von Ihering, los Caldeos son también deudores á esos inmensos trabajos de arquitectura de haberles iniciado en la división del tiempo. Para tales obras era necesario indicar las horas del trabajo y las de descanso, así como también escoger un día para el cese completo de los esfuerzos musculares y la reconstitución de la energía: ese día fué el *sabatu* «sabat», que se consagró sencillamente en un principio á la recuperación de las fuerzas, y que después, entre los judíos y muy especialmente entre los cristianos fanáticos, llegó á ser transformado en día de rezo, de maceración y de mortal aburrimiento.



BIRS-NIMRUD, RUINAS DE LA TORRE DE BABEL

Las necesidades del trabajo habían regulado tan bien la vida entre los Caldeos, que los mismos dioses se vieron obligados á descansar el séptimo día. Así el mundo fué creado en seis días, y el séptimo descansó Dios de su obra, considerándola terminada. Del mismo modo, según la leyenda babilónica, no reproducida exactamente, á este respecto, por los libros hebreos, el diluvio terminó en el día del sabbat, después de estar abiertas seis días las «cataratas celestes»: las nubes, trabajadoras obedientes, tenían también derecho á reparar sus fuerzas. El mito creador de la divinidad no podía menos de darle las mismas costumbres del hombre.

«la cocción del primer ladrillo puede ser considerado como uno de los hechos más fecundos en consecuencias de todas clases que se hayan realizado sobre la tierra: sería difícil poder hallar otro que poder comparársele por el alcance civilizador», porque del ladrillo nació la ciudad; mientras que el arado aumenta solamente la cantidad de alimento, la piedra artificial agrupó los hombres en sociedades, les unió por el trabajo, por el edificio, les dió la conciencia de la superioridad de su cultura, de su nación, de su fijeza, é hizo nacer por la disciplina intelectual que necesitaba la construcción,



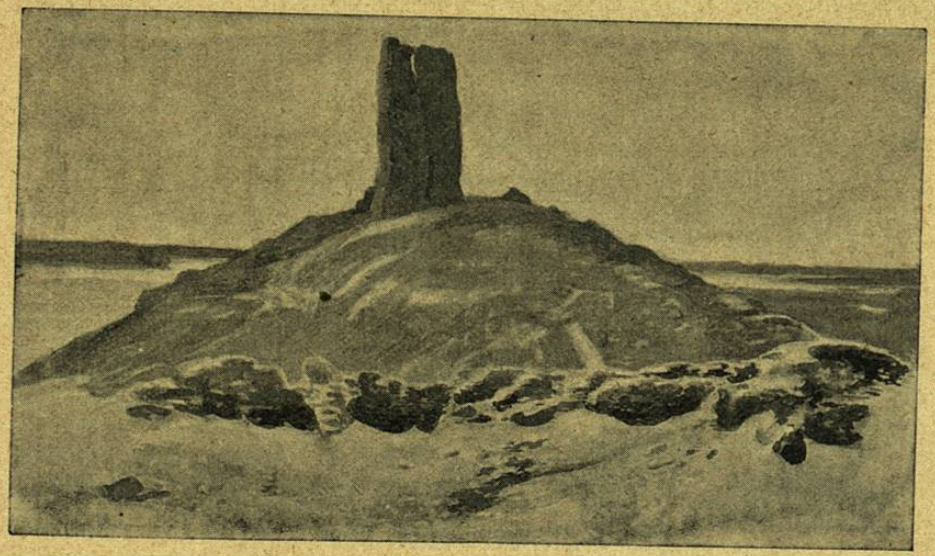
CUÁDRUPLE COLUMNA BABILÓNICA DE LADRILLOS
(Museo del Louvre).

Cada ladrillo lleva marcada una inscripción (invisible al exterior) que se estampó antes de la cocción. Es una fórmula cabalística, un talismán que asegura la eternidad de los monumentos, librándoles de los enemigos, así materiales como inmateriales. (Gobineau.)

toda una serie de investigaciones y de ciencias que lanzaron la humanidad por una nueva vía de civilización. Según Peters, el primer ladrillo cocido de fecha conocida, pertenece al templo de Sargón de Agade (Chargina) y no cuenta menos de 5700 años.

Las montañas artificiales que erigieron los Caldeos, para colocar sobre el zócalo terminal la residencia de sus dioses, no fueron obra de arquitectos inconscientes, sino que dieron origen á verdaderos constructores muy sabios en el arte de medir el suelo, de poner los materiales y de calcular su resistencia; se desarrolló toda una ciencia geométrica con gran detalles de problemas y de soluciones. Según

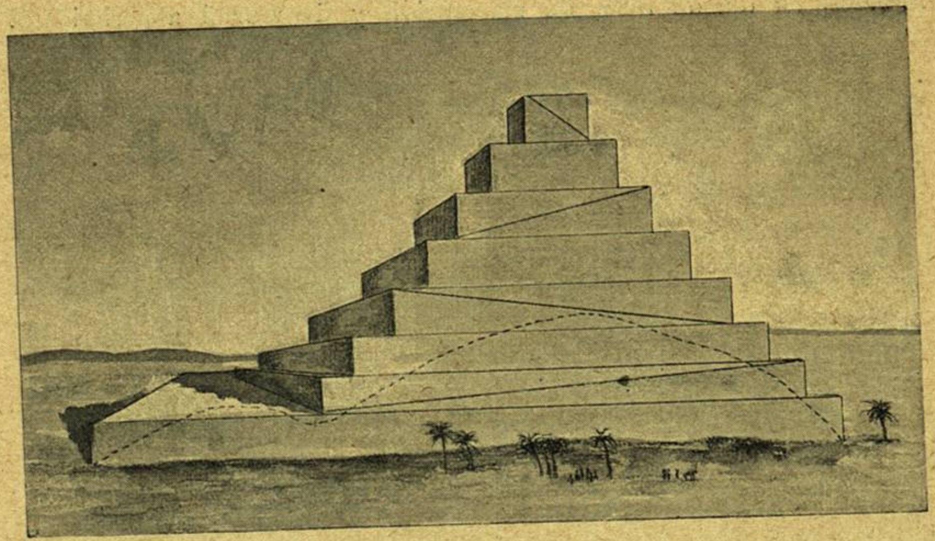
von Ihering, los Caldeos son también deudores á esos inmensos trabajos de arquitectura de haberles iniciado en la división del tiempo. Para tales obras era necesario indicar las horas del trabajo y las de descanso, así como también escoger un día para el cese completo de los esfuerzos musculares y la reconstitución de la energía: ese día fué el *sabatu* «sabat», que se consagró sencillamente en un principio á la recuperación de las fuerzas, y que después, entre los judíos y muy especialmente entre los cristianos fanáticos, llegó á ser transformado en día de rezo, de maceración y de mortal aburrimiento.



BIRS-NIMRUD, RUINAS DE LA TORRE DE BABEL

Las necesidades del trabajo habían regulado tan bien la vida entre los Caldeos, que los mismos dioses se vieron obligados á descansar el séptimo día. Así el mundo fué creado en seis días, y el séptimo descansó Dios de su obra, considerándola terminada. Del mismo modo, según la leyenda babilónica, no reproducida exactamente, á este respecto, por los libros hebreos, el diluvio terminó en el día del sabbat, después de estar abiertas seis días las «cataratas celestes»: las nubes, trabajadoras obedientes, tenían también derecho á reparar sus fuerzas. El mito creador de la divinidad no podía menos de darle las mismas costumbres del hombre.

Con su cortejo de conocimientos y de nociones exactas sobre la división del espacio y del tiempo, el arte de remover la tierra y de amontonar los ladrillos en que los Caldeos habían adelantado tanto, les inspiró un gran orgullo; el Génesis, reflejando ese estado de su ánimo, refiere que los constructores de Babel elevando sus torres hasta los cielos, tenían la ambición por móvil principal: querían que su nombre fuese repetido por toda la Tierra, y lo fué en efecto,



RECONSTITUCIÓN DE LA TORRE DE BABEL

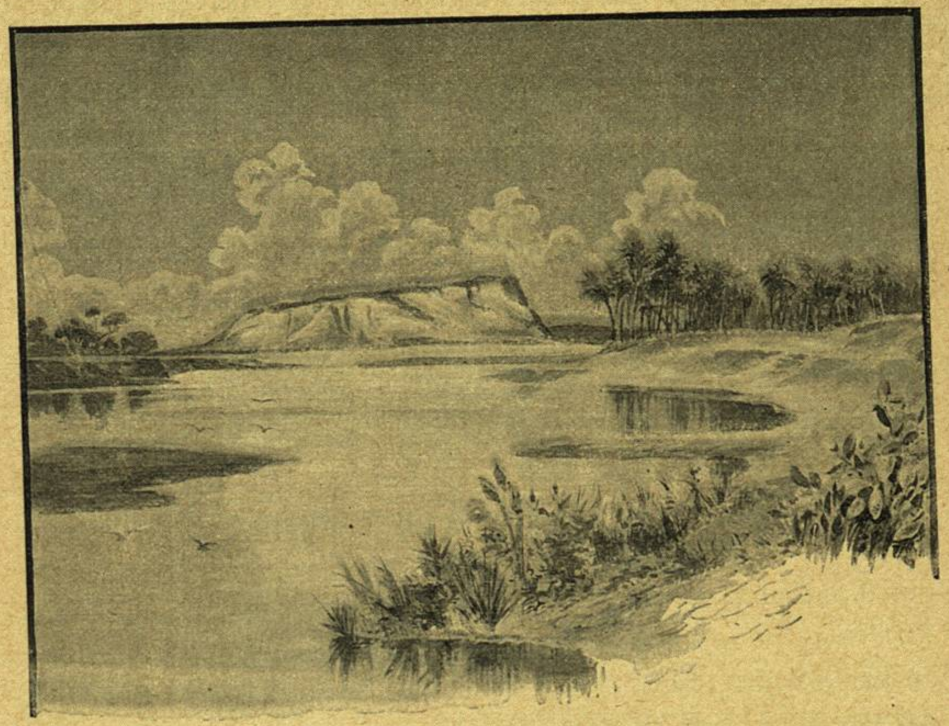
Según la descripción de Herodoto, el templo de Bel se elevaba sobre la séptima plataforma de la Torre de las Lenguas, á 189 metros de altura sobre la llanura. El actual montón de ruinas representado en la página 499 forma un cerro de 710 metros de circunferencia y 65 de altura, dominado por un pilar de ladrillos, de una decena de metros, que es el ángulo de una de las terrazas primitivas. (Fr. Kaulen.)

porque el Creador envidioso de su gloria, descendió expresamente del cielo para confundir sus lenguajes y hacer que cesara el buen acuerdo.

Rivales de Dios, puesto que querían elevar sus torres hasta las mansiones eternas, los Babilonios excedieron en todo caso á la humanidad entera por las proporciones de murallas de defensa: parece que ni aún en nuestros días, en nuestros pueblos militares que disponen de un enorme presupuesto, de un personal tan grande de soldados y de una industria tan poderosa, pueda hallarse una sola ciudad fortificada con recintos que puedan compararse, por sus dimensiones, á las de Babilonia. Imagínese, en efecto, una muralla exterior de unos 90 kilómetros de desarrollo, una altura de 10 metros con un espesor de 30, y 250 torres dominando el parapeto del muro. Al Norte cerraba las inmediaciones de Babilonia un primer obstáculo bajo la forma de una muralla y de su foso, cortando por completo la península en una anchura de más de 100 kilómetros entre los dos ríos. En el interior del espacio urbano y de sus campiñas, bastante extensas para suministrar el alimento de los habitantes durante el sitio, se desarrollaban otros recintos paralelamente á los del exterior y hacían que la ciudad fuera absolutamente inexpugnable: en efecto, no fué jamás tomada más que por traición ó á consecuencia del absoluto descuido de sus habitantes, que demasiado seguros de la imposibilidad de un ataque no vigilaban por el lado del río. Asegurados contra enemigos exteriores por las prodigiosas murallas de Babilonia, los reyes estaban también garantidos contra todo ataque de sus súbditos por la ciudadela interior que tocaba las dos orillas del río, y que por un túnel podía lanzar su guarnición sobre la una ó sobre la otra de ambas orillas. Ciertamente que Babilonia, ni más ni menos que las otras ciudades, no pudo evitar su destino; pero los anales no citan ninguna insurrección del pueblo, y, durante siglos, los enemigos extranjeros se detuvieron ante sus muros. Todo ello fué obra del ladrillo, y, como dice von Ihering, « El ladrillo es la piedra angular del mundo babilónico ».

El arte de edificar y el de cavar, con sus consecuencias científicas tan importantes: medida del suelo, es decir, geometría, y medida del tiempo regulada por las horas de trabajo y los días de descanso, halló su complemento en el arte de la navegación, no menos creador en los anales del saber, puesto que se le deben casi por completo los conocimientos astronómicos.

En la época en que se admitía que cada nación, creada especialmente por un dios para un destino particular, nacía con cualidades originales independientes del medio, se decía que los Caldeos habían llegado á ser más hábiles que todos los otros pueblos en el arte de observar las estrellas. Después, cuando se sintió la necesidad de in-



BABIL (PUERTA DE DIOS) SOBRE EL EUFRATES
Dibujo de G. Roux, de una fotografía.

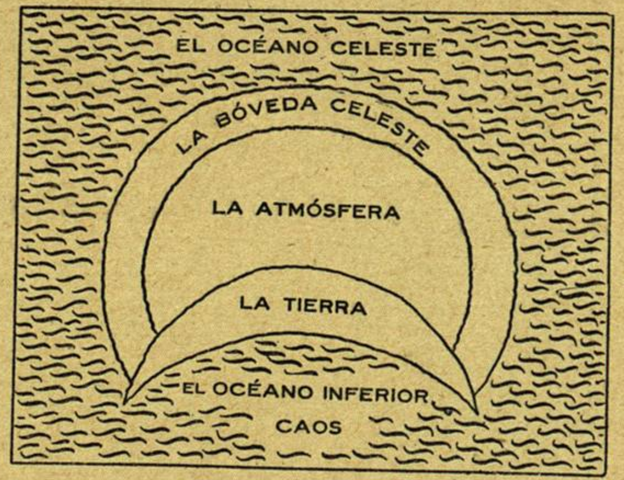
Macizo de ladrillos de 180 metros de lado y de 45 de alto; resto probable de los jardines suspendidos, construídos por Nabucodonosor. (Fr. Kaulen.)

vestigar la causa de ese notable privilegio, pretendió hallarse en el estado social de las poblaciones caldeas: se dijo que los pastores de la región de los ríos, que pasaban la noche bajo un cielo claro y frecuentemente tibio, al lado de sus rebaños, tenían muchas ocasiones de estudiar la cúpula celeste, y que de ello se habían aprovechado para leer en ella los signos indicadores del cambio de las estaciones.

Pero el argumento no está de acuerdo con la verdad histórica: los Caldeos civilizados, agrupados en ciudades populosas, no eran pastores y debían su desarrollo intelectual á sus costumbres agrícolas y sedentarias. Los pueblos de sus inmediaciones, Árabes y Turanios, que eran pastores nómadas, hubieran sido en ese caso mucho más favorecidos en sus estudios del cielo; pero no, la necesidad es la madre de la industria en la más alta acepción de la palabra;

es madre de la ciencia, y, á causa de que los marinos de Babilonia tenían la más urgente necesidad de hallar un punto fijo en el cielo, descubrieron el polo celeste, observaron la rotación aparente de la bóveda estrellada con sus diversas constelaciones guardando siempre sus distancias relativas, y aprendieron á conocer los planetas ó astros errantes; se hicieron astrónomos porque eran marinos, y los Fenicios fueron sus discípulos. Es verdad que después, cuando la opresión hubo aniquilado toda iniciativa en las poblaciones de la Mesopotamia, los discípulos, que habían emigrado desde el archipiélago de Bahrein hacia las costas de Siria y tomado por campo de acción el más extenso de los cinco mares que conocían, se convirtieron en maestros; unos reyes de Asiria y el conquistador Alejandro hicieron equipar barcos por marinos de Tiro y de Sidón [1]; pero la misma marcha de la civilización en la cuenca del Mediterráneo cambiaba forzosamente de lugar los centros de actividad mental y material.

CÓMO COMPRENDÍAN EL MUNDO LOS ANTIGUOS



Según Hommel.

Por lo demás, los documentos están á la vista. Según las investigaciones de Oppert sobre las inscripciones asirias, puede afirmarse que los astrónomos de la Caldea habían hecho observaciones seguidas sobre la luna, el sol y las estrellas errantes durante un espacio de tiempo considerable y habían consignado la repetición de los eclipses por grupos regulares. Conocían muy bien el período de 223 lunaciones, — 18 años 11 días, el *Saros* y hasta habían observado uno cien veces mayor 1805 años ó 22325 lunaciones, como la

[1] Friedrich Delitzsch, *Wo lag das Paradies?* p. 76.

medida de la vuelta normal de los eclipses al mismo orden. El eclipse escogido como punto inicial de uno de esos ciclos, especialmente mencionado, nos retrotrae á 13442 años antes del año 1900

N.º 92. Los cinco Mares.



de la era usual de los cristianos, y se admite que esta fecha corresponde á una coincidencia entre un eclipse solar y la aparición de la estrella Sirio [1].

Como quiera que sea, no puede dudarse que la ciencia caldea

[1] Jules Oppert, *Académie de Inscriptions et Belles-Lettres*, sesión del 12 Septiembre de 1884.

se haya anticipado á los conocimientos de todos los otros pueblos relativamente á las divisiones del tiempo, seguidas por el movimiento de los astros. El trayecto medio diario de la luna sobre la circunferencia de la esfera celeste, regularmente calculado, coincidía exactamente con el de 13° 10′ 35″ que han hallado los matemáticos modernos [1].

El año era conocido en su verdadera duración, y aunque la división anual comprendiese solamente 360 días, no se descuidaba intercalar un mes suplementario en las épocas necesarias para restablecer el equilibrio medio. Los astrónomos caldeos describían las manchas del sol y hablaban del crecimiento y del decrecimiento de la luz observados en los planetas; observaban los astros de núcleo y de cola y poseían esferas sobre las cuales habían grabado las estrellas por grupos y constelaciones, escribiendo así sobre el cielo en caracteres que les parecían inmutables [2]. Habían inventado los signos del zodíaco; y la identidad de formas, la analogía de los símbolos que se revelan sin ninguna especie de contestación posible en todos los zodíacos de las otras comarcas, de Egipto y de los países europeos, lo mismo que de la India, de Camboya y de la China, prueban que las observaciones astronómicas hechas por los sabios de Caldea constituyen el elemento primitivo de todos los círculos de signos zodiacales existentes en el Mundo Antiguo. El estudio de esos documentos establece también que en la época en que fueron construídos los primeros zodíacos, el sol se hallaba en el signo del Toro en el equinoccio de primavera, puesto que la constelación de ese nombre ocupaba el primer lugar. Hace, pues, 61 siglos que el sol entró en ese signo y 40 que pasó al signo siguiente: conclúyese naturalmente que la cintura simbólica había sido imaginada en su conjunto por los Caldeos á lo menos cuatro mil años antes de nuestros días, lo que supone además que hubieron de preceder largos períodos de preparación científica [3].

Las investigaciones de esta importancia exigían un personal considerable, por lo que cada ciudad tenía su observatorio y publicaba

[1] Fr. Kaulen, *Assyrien und Babylonien*, p. 174.
[2] Hommel, *Aufsætze und Abhandlungen*.
[3] Adhémar Leclère, *Revue Scientifique*, 16, X, 1897, p. 481.

sus efemérides, como lo hacen en la actualidad los grandes establecimientos científicos. No hay duda que las combinaciones de la astrología para la predicción de la buena ó mala suerte acabaron por entrar en gran parte en la tarea de los observadores, pero la ciencia propiamente dicha sacó de ella elementos de progreso: los problemas de geometría encontraban su solución y los prácticos se aventuraban á la construcción de mapas y planos, documentos venerables cuyos restos se encuentran todavía en nuestros museos. Provista de esas enormes adquisiciones científicas, parece que Caldea hubiera debido conservar el privilegio de suministrar á la historia la fecha inicial para la medida de las edades de la humanidad. Una de esas eras, la de Nabonasar, según la cual el año vulgar 1901 llevaría el número de orden 2648, se menciona siempre en los calendarios usuales.

Los habitantes de la Potamia regulaban las divisiones de su tiempo por doce y por siete, como lo atestiguan los meses y las semanas, pero conocían también la división por diez, y á ellos, no á los Árabes, que sólo fueron simples vulgarizadores, hay que remontar el «sistema decimal». Un abaco ó tabla decimal conservada por un erudito del Renacimiento, Valeriano Bolsani, en su libro *De sacris Ægyptiorum litteris*, sólo contiene signos en todo semejantes á los caracteres cuneiformes de las inscripciones ninivitas y babilónicas; preciso es ver en él un verdadero monumento caldeo, y hasta puede preguntarse si acaso la tablita cuadrada que reposa sobre las rodillas de la estatua del rey Gudea, teniendo en sus manos una regla y un compás, representa aquel antiguo abaco de numeración decimal, que es la más preciada herencia científica legada por los antiguos [1]. En cuanto al signo de la coma, todavía utilizado en nuestro sistema de numeración, es un carácter puramente cuneiforme no modificado.

Las felices condiciones del medio, suelo, clima, aguas corrientes, mar navegable y vientos regulares, que dieron al país de los ríos tantas y tan variadas ventajas, entre otras el impulso del espíritu científico, hicieron también de Babilonia el mercado central de las

[1] R. Astier, *Congrès des Sociétés savantes*, Tolosa, 1899; *Revue scientifique*, 12 Abril 1899, ps. 501 y 502.

naciones para una extensión muy considerable del Mundo Antiguo. Por el código de Hammurabi vemos que el comercio estaba en manos de ricos capitalistas ó banqueros que, lo mismo que en nuestros días, dirigían desde arriba sus operaciones y dejaban el detalle de las mismas á la discreción de agentes. Los comerciantes acudían desde muy lejos, de comarcas á donde se llegaba tras meses ó años de viaje, y había transacciones que no se terminaban sino después de idas y venidas entre los dos países, de origen y de consumo. El régimen del cambio debía, pues, desarrollarse en medio de esos hombres de toda lengua y de toda raza, ofreciendo á todos garantías positivas desde el punto de vista jurídico. Todas las instituciones de derecho que nuestras sociedades modernas imaginan haber inventado, eran ya conocidas por los Caldeos: celebraban contratos de sociedad y de matrimonios, practicaban las hipotecas y las fianzas, utilizaban los metales como medio de cambio, y sabían reemplazarles por una orden de pago, frecuentemente muy pesado, pero de transporte mucho menos peligroso, en caso de robo, cual la *siparta* ó poder, que era una placa de arcilla sobre la cual se escribía con un estilo la orden de pago y después se endurecía al horno.



OBELISCO DEL REY MANICHTUSU
Título de propiedad que data de 57 siglos.
(Museo del Louvre).

Todos esos medios de cambio se hallaban singularmente facilitados por el gran descubrimiento de la escritura, materialización directa y libre comunicación del pensamiento. Los Akkadios, esos Turanios que fundaron las primeras ciudades en la llanura baja de la Mesopotamia, grababan ya sus inscripciones setenta siglos antes de la época actual. La leyenda del diluvio, tal como la refiere Beroso, atestigua el respeto que los Babilonios profesaban ya á los libros en los orígenes de la historia. La primera recomendación hecha á Zisuthros en previsión del gran cataclismo, fué que tomara el principio, el medio y el fin de todo lo que había sido consignado por escrito y lo enterrara bajo la ciudad del Sol, Sippara. En tanto que la misma leyenda de la inundación universal, reproducida por los Hebreos, sólo menciona las precauciones necesarias para la perpetuación de las especies animales, el relato de Beroso señala ante todo la solicitud del Dios salvador para la preservación de los tesoros del pensamiento. Por lo demás, el mismo mito de la creación implicaba entre los Babilonios el nacimiento de los libros como necesario al del hombre. Eridu fué edificada en toda su bella ordenación de riqueza, es decir, con sus observatorios y sus colecciones de tablillas antes de que «fuese sembrada en ella la semilla de la humanidad»[1]. Fué tan largo el período de desarrollo científico antes de los tiempos en que la historia comienza á precisarse para nosotros, que no podía entonces imaginarse una época anterior á la de los libros. Cada ciudad rivalizaba con orgullo como centro literario. Uruk ó Warka en Caldea — el Erekh de la Biblia y el Orchoé de los geógrafos Griegos, — fué también, como Sippara, una «ciudad de los libros»; Chargina había fundado una biblioteca en Nippur; allí fué donde Assurbanipal hizo copiar la mayor parte de los textos destinados á los anales del palacio de Nínive, y cuyo contenido cubriría más de 500 volúmenes de 500 páginas en 4.º de la forma de los libros modernos[2].

Cuanto más lejos nos remontamos en el pasado, mayor es la antigüedad que los documentos indican para el origen de la escri-

[1] A. Loisy, *Les Mythes babyloniens*, p. 63, *passim*.
[2] Fr. Lenormant, *Les premières Civilisations*, t. II. — Hilprecht, *Fouilles de Nippur*. — E. Nys, *Revue de Droit international et de Législation comparée*.

tura, y los sabios esperan confiadamente el día en que las antiguas bibliotecas de la Potamia sean suficientemente exploradas y compulsadas para que la historia de esas comarcas les sea conocida, cincuenta siglos antes de nuestros días, en todos sus detalles y más claramente que la de Grecia de antes de las guerras médicas y que la de Roma anterior á Scipion[1].

La primera forma de los caracteres trazados, estampados ó grabados sobre los diversos materiales conservados en las bibliotecas de las ciudades caldeas, fué ciertamente una reproducción ideal de los objetos, análoga á los jeroglíficos, y mientras ese modo de escritura sirvió para la traducción de las ideas á los individuos, sacerdotes, funcionarios ú otros pertenecientes á una misma nación y que hablaban la misma lengua, no pareció necesario cambiarle; pero no tardarían en darse cuenta que de pueblo á pueblo, de Akkadios á Semitas, la traducción de las figuras se hacía en cada lengua por palabras diferentes, y que la reproducción hablada de los nombres propios y de las formas litúrgicas se hacía imposible por esa causa: fué preciso, pues, añadir á los jeroglíficos signos complementarios para expresar sílabas, letras ó hasta sustituir á la antigua escritura un nuevo modo de figuración enteramente silábica ó alfabética. Esas modificaciones se introdujeron, en efecto, sucesiva-



CÓDIGO DE LEYES DEL REY HAMMURABI
Data de cerca de 40 siglos.
(Museo del Louvre).

[1] Hugo Winckler, *Die Vœlker Vorder-Asiens.*

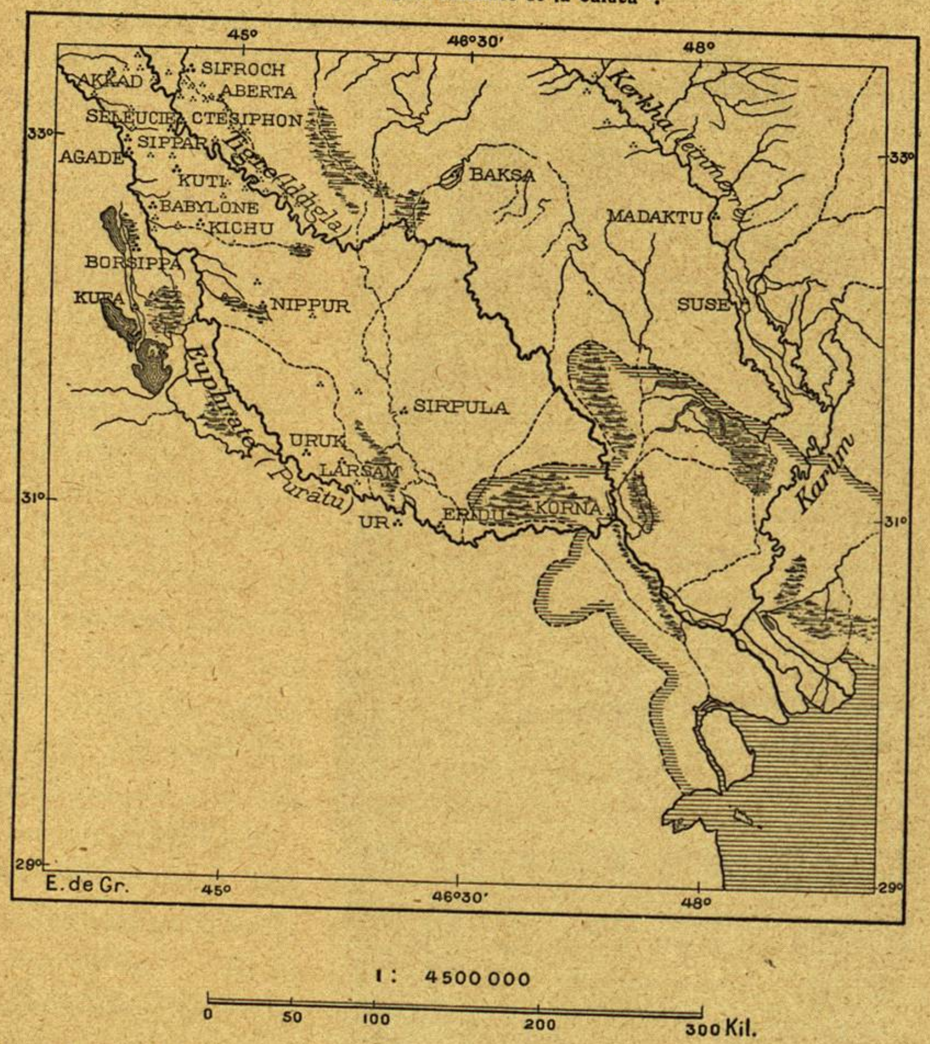
mente en los caracteres caldeos durante los siglos posteriores á la civilización akkadia, á través de las edades babilónicas, asirias y persas.

Los materiales empleados como tablillas y los modos de escritura cambiaron también durante el curso del tiempo. Quizá se dibujaron ó se pintaron las letras sobre madera; en todo caso hubo un tiempo en que se les imprimía sobre arcilla fresca, y Loftus encontró en las excavaciones de Uruk dos tablillas con la misma inscripción, una estampada y otra grabada [1]. Este último método fué el predominante, y todos los documentos escritos de aquellas antiguas épocas que poseen nuestros museos contienen caracteres grabados en forma de clavos por estilos que habían mordido profundamente en el ladrillo duro. Una vez más son los materiales los que determinan el modo de ejecución: la escritura de los Babilonios tomó esta rara aparencia cuneiforme porque el ladrillo era el único objeto cómodo que se tuvo á mano y porque hubiera sido difícil grabar en él curvas, siendo la raya firme y recta que se fija bruscamente en la pasta el rasgo más cómodo que podía hacerse.

Debido á maravillas de investigación, de sabia industria y sagacidad, los Grotefend, los Rawlinson, los Oppert, los Smith y otros han logrado descifrar las inscripciones cuneiformes de los Akkadios y de los Asirios, de los Medas y de los Persas, y el mérito de esos hombres nos parece tanto mayor cuanto que los escribas de Nabucodonosor y de Darío tropezarían con grandes dificultades para hallar el sentido de las antiguas cartas. En miles de años, durante los cuales la nación cambió de lengua y se sucedieron sobre el mismo trono las dinastías de familias enemigas, la redacción primitiva de los anales hubiera llegado á ser incomprensible si los redactores dedicados al servicio de las bibliotecas no se hubieran cuidado de hacer su traducción en las formas semíticas modernas, aun conservando acá y acullá arcaismos de carácter religioso. Sin embargo, los documentos no traducidos agregados á aquellos en que los sacerdotes, en vista del ejercicio misterioso de su poder, trataban de expresarse en un lenguaje ignorado del vulgo, constituían tales montones en los palacios

[1] Loftus; Fr. Kaulen, *Assyrien und Babylonien*, ps. 89 y 108.

N.º 93. Antiguas ciudades de la Caldea [1].



Agade y Sippar, la Sefarvaim bíblica.
Akkad, Durkurgalzu, actualmente Aberkuf.
Eridu, Ea Nunki, actualmente Abu Chabrein.
Kuti, actualmente Tell Ibrahim.
Larsam, Sinear, actualmente Senkereh.
Nippur, Nophar, actualmente Niffer.
Sirpula, Sirtella, Sirgula, Zerghub (?), actualmente Tell Loh.
Ur, Sin, actualmente Mugheir.
Uruk, Unu, Erekh, Orchoe, Warka.

Según Hommel, Eridu sería la ciudad más antigua, madre de Memphis en Egipto, Sirpula y Girzu (?) formarían un segundo ciclo antes que Agade y Nippur, precediendo estas mismas á Ur, Larsam, Babilonia, etc.

El litoral del golfo Pérsico se halla trazado aproximadamente según J. de Morgan.

de los soberanos, que amenazaban hundirlos. Fué necesario crear todo un arsenal de gramáticas, de léxicos, de cuadros para la interpretación

[1] En este mapa, en vez de Kerkha (Ieïnmerre), debe leerse Kerkha (Seïnmerre).

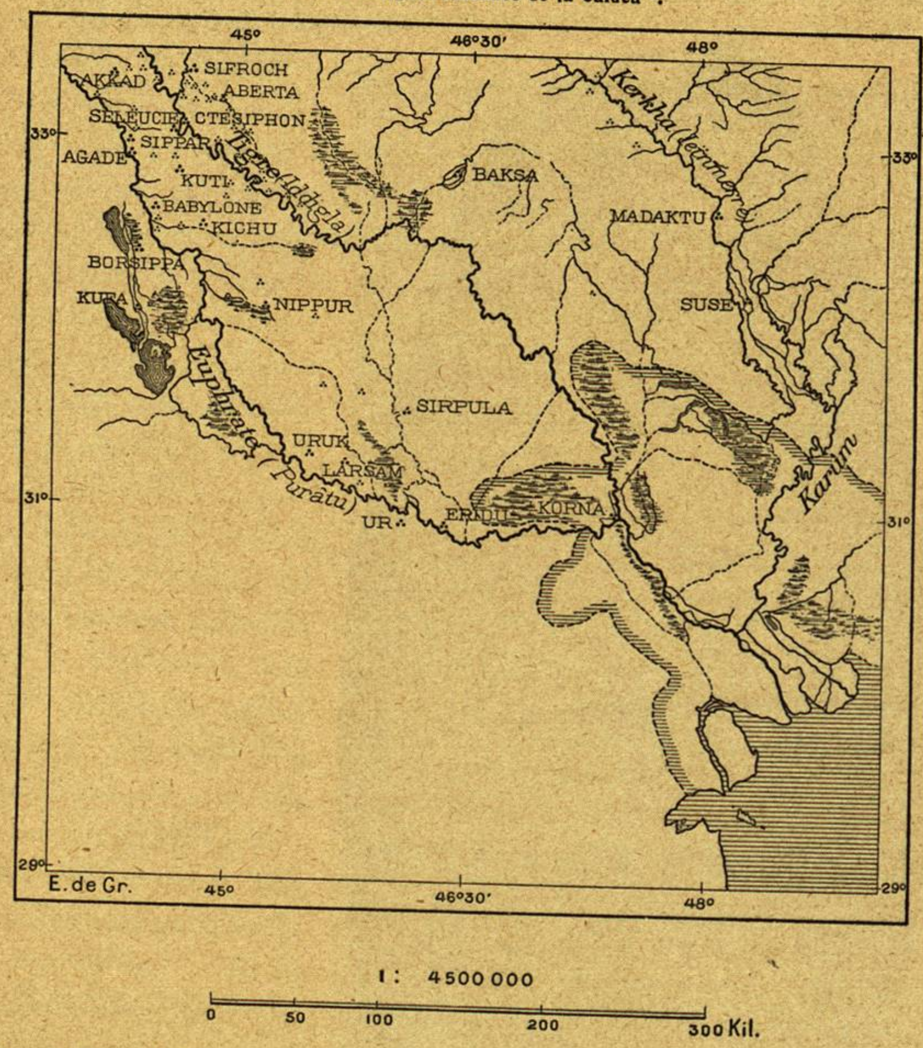
mente en los caracteres caldeos durante los siglos posteriores á la civilización akkadia, á través de las edades babilónicas, asirias y persas.

Los materiales empleados como tablillas y los modos de escritura cambiaron también durante el curso del tiempo. Quizá se dibujaron ó se pintaron las letras sobre madera; en todo caso hubo un tiempo en que se les imprimía sobre arcilla fresca, y Loftus encontró en las excavaciones de Uruk dos tablillas con la misma inscripción, una estampada y otra grabada [1]. Este último método fué el predominante, y todos los documentos escritos de aquellas antiguas épocas que poseen nuestros museos contienen caracteres grabados en forma de clavos por estilos que habían mordido profundamente en el ladrillo duro. Una vez más son los materiales los que determinan el modo de ejecución: la escritura de los Babilonios tomó esta rara aparencia cuneiforme porque el ladrillo era el único objeto cómodo que se tuvo á mano y porque hubiera sido difícil grabar en él curvas, siendo la raya firme y recta que se fija bruscamente en la pasta el rasgo más cómodo que podía hacerse.

Debido á maravillas de investigación, de sabia industria y sagacidad, los Grotefend, los Rawlinson, los Oppert, los Smith y otros han logrado descifrar las inscripciones cuneiformes de los Akkadios y de los Asirios, de los Medas y de los Persas, y el mérito de esos hombres nos parece tanto mayor cuanto que los escribas de Nabucodonosor y de Darío tropezarían con grandes dificultades para hallar el sentido de las antiguas cartas. En miles de años, durante los cuales la nación cambió de lengua y se sucedieron sobre el mismo trono las dinastías de familias enemigas, la redacción primitiva de los anales hubiera llegado á ser incomprensible si los redactores dedicados al servicio de las bibliotecas no se hubieran cuidado de hacer su traducción en las formas semíticas modernas, aun conservando acá y acullá arcaismos de carácter religioso. Sin embargo, los documentos no traducidos agregados á aquellos en que los sacerdotes, en vista del ejercicio misterioso de su poder, trataban de expresarse en un lenguaje ignorado del vulgo, constituían tales montones en los palacios

[1] Loftus; Fr. Kaulen, *Assyrien und Babylonien*, ps. 89 y 108.

N.º 93. Antiguas ciudades de la Caldea [1].



AGADE y SIPPAR, la Sefarvaim bíblica.
AKKAD, Durkurgalzu, actualmente Aberkuf.
ERIDU, Ea Nunki, actualmente Abu Chabrein.
KUTI, actualmente Tell Ibrahim.
LARSAM, Sinear, actualmente Senkereh.
NIPPUR, Nophar, actualmente Niffer.
SIRPULA, Sirtella, Sirgula, Zerghub (?), actualmente Tell Loh.
UR, Sin, actualmente Mugheir.
URUK, Unu, Erekh, Orchoe, Warka.

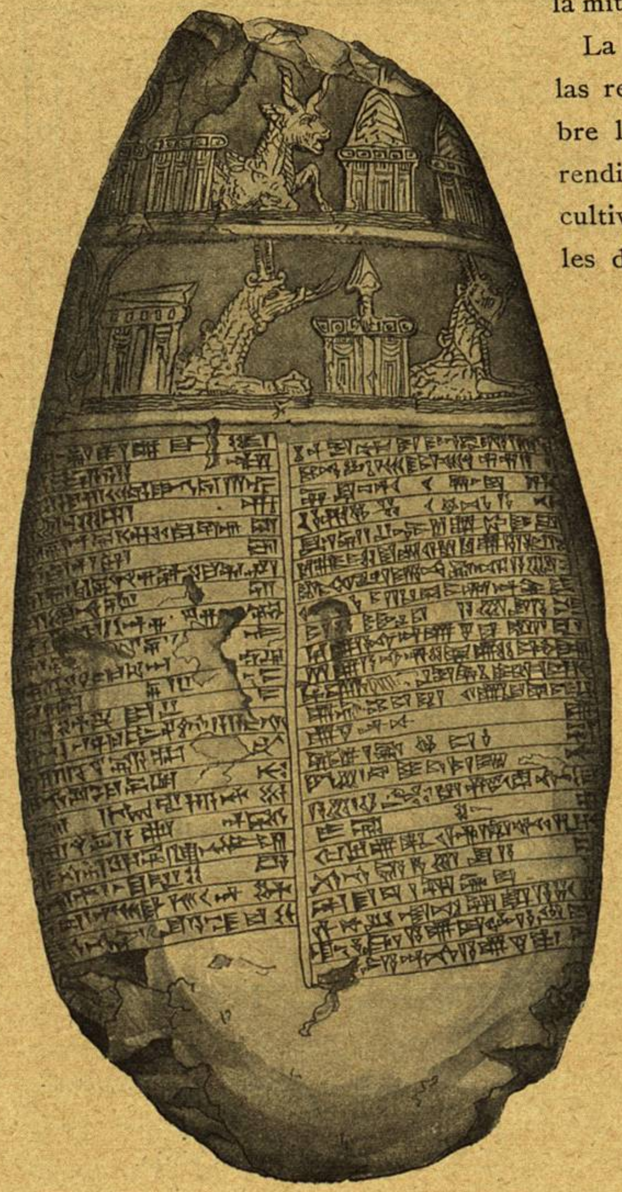
Según Hommel, Eridu sería la ciudad más antigua, madre de Memphis en Egipto, Sirpula y Girzu (?) formarían un segundo ciclo antes que Agade y Nippur, precediendo estas mismas á Ur, Larsam, Babilonia, etc.

El litoral del golfo Pérsico se halla trazado aproximadamente según J. de Morgan.

de los soberanos, que amenazaban hundirlos. Fué necesario crear todo un arsenal de gramáticas, de léxicos, de cuadros para la interpretación

[1] En este mapa, en vez de Kerkha (Ieïnmerre), debe leerse Kerkha (Seïnmerre).

de las escrituras antiguas: esta clase de obras explicativas constituye la mitad de la literatura asiria.



LA PIEDRA DE TAK-KERSA

Descubierta á una jornada de Ninive.

La estadística del catastro, las relaciones detalladas sobre la extensión y sobre los rendimientos de las tierras cultivadas, los estados anuales del ganado y otros elementos del impuesto constituyen una parte considerable de esos prodigiosos montones de libros, que ocupaban más sitio en los palacios que los mismos habitantes. La manía del libro mágico oficial roía ya el Estado babilónico, siglos antes que comenzase la acción de Grecia.

El código de Hammurabi proyecta viva luz sobre la sociedad caldea. Es cierto que las prescripciones penales son en él severas: admite el derecho del talión, castiga con la muerte simples ofensas, inflige la mutilación para ciertos crímenes especiales; la prueba por el agua fría decide en él entre el inocente y el culpable. Sin embargo, parece humano comparado con algunas de nuestras legislaciones modernas: la situación del esclavo hebreo era mucho menos dura, hace 4000 años, que la del negro antes de la guerra de Secesión. También la mujer estaba mucho

más protegida que lo está aún en diferentes países; su independencia estaba garantida en cierto número de casos; su ajuar, cuando se casaba, era el precio por el que renunciaba á la sucesión paterna [1]. Por último, la teología no existía en la recopilación de Hammurabi, muy diferente en esto de las prescripciones judaicas dictadas algunos centenares de años después, aunque claramente inspiradas en las leyes babilónicas [2].



EL VASO DE XERXES

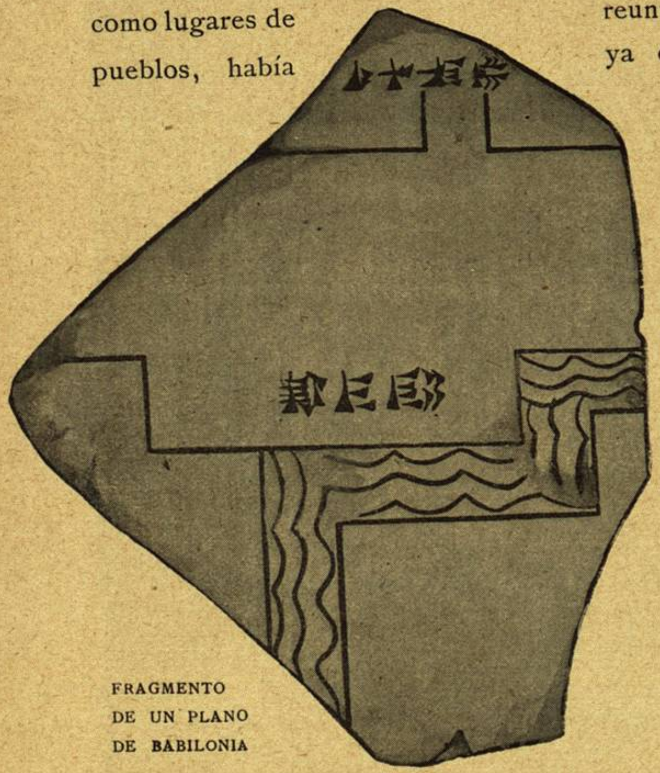
Vaso de alabastro del Gabinete de Francia (Gabinete de las Medallas). Los trabajos de Grotefend permitieron descifrar la inscripción persa: *Xerxes puro y poderoso*. Champollión el joven llegó con el jeroglífico egipcio al mismo resultado. La prueba era decisiva para el estudio de las escrituras cuneiformes.

Por contravenciones comerciales el código caldeo castigaba al patrón dos veces más que al dependiente; en caso de golpes y heridas la indemnización que había que pagar al artesano era más elevada que la que la ley concedía al noble. La misión del médico estaba prevista, también las del arquitecto, del barquero y hasta la de la «sacerdotisa no clausurada».

[1] Dareste, *Journal des Savants*.
[2] Chilperic Edwards, *The Hammurabi Code and the Sinaitic Legislation*.

Estas leyes, que seguramente existirían como costumbres antes de haber sido promulgadas, suponen una gran población sedentaria para la que la escritura era de uso corriente, entre la que el arte de edificar y la navegación tenían gran importancia y en la que, finalmente, la agricultura estaba basada sobre un amplio sistema de riegos.

En esas comarcas de tierras fecundas, tan felizmente dispuestas como lugares de reunión y de cambio entre los pueblos, había ya comenzado la era de los grandísimos imperios en el tiempo de los orígenes de la protohistoria.



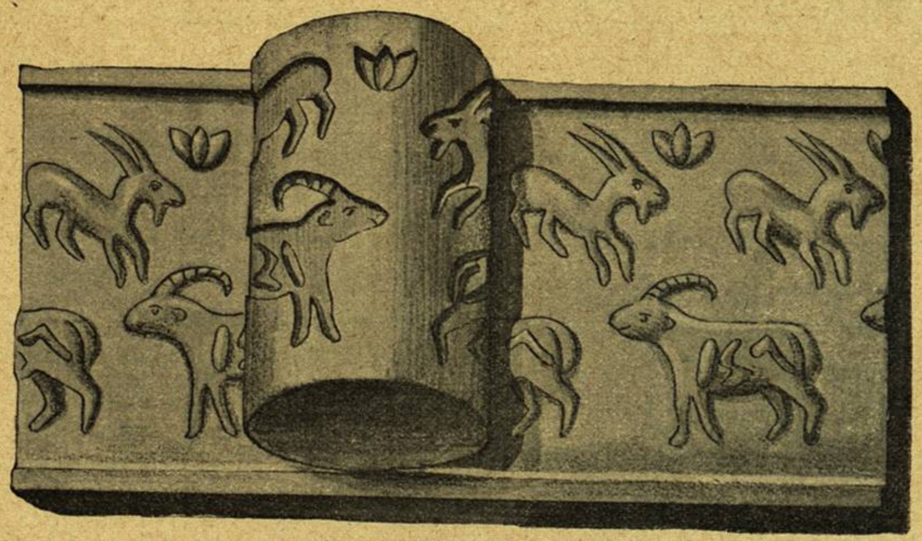
FRAGMENTO DE UN PLANO DE BABILONIA

Una inscripción de un templo de Nipper, á la que los sabios americanos que estudian aquellas ruinas atribuyen 80 y hasta 90 siglos, nos dice que «Millel, el rey del universo, había investido á Lugal del gobierno de la tierra... desde la salida del sol hasta su ocaso, desde el golfo Pérsico hasta el mar superior, en la que el globo de fuego desciende para su reposo». En plena mar, la isla de Chipre había llegado á ser provincia de ese imperio donde Lugal tenía «poder sobre todas las cosas para hacer vivir todos los pueblos en paz» [1].

Desde la llanura meridional donde se elevaban, próximas las unas á las otras, las poderosas ciudades de Nipper, Ur, Erekh, Eridu y Sippar, cada una de las cuales tenía su dios ó su diosa [2], quienes á semejanza de los reyes, pretendían vivir independientes de todos los

[1] *National Society of Geography*, 1897, p. 172.
[2] P. Jensen, *Assyrisch-Babylonische Mythen und Epen*, p. 290. — A. Loisy, *Les Mythes babyloniens*, p. 3.

dioses vecinos, el centro de cultura subió poco á poco hacia el Norte y halló su punto de mayor estabilidad en el sitio donde los dos ríos, Tigris y Eufrates, aproximan sus corrientes y entremezclan sus canales. Allí se edificó aquella Babel, que, entre todas las ciudades del mundo, conservó por más tiempo el dominio político sobre vastos imperios. Sin embargo, durante las numerosas generaciones que se sucedieron bajo el poder de los soberanos de Babilonia, la poderosa metrópoli tuvo ciertamente que sufrir grandes vicisitudes á consecuencia de guerras y revoluciones, puesto que hacia la época



SELLO CILÍNDRICO

en que nació el imperio de Assur, hace más de treinta y seis siglos, el más sorprendente monumento de Babel, la famosa torre de pisos de Borsippa, designada por la tradición bajo el nombre de «Torre de las Lenguas», no era ya más que una ruina. He aquí cómo, á este respecto, se expresa un himno, en lengua akkadia, traducido por Lenormant: «El templo de las Siete Luces fué construído por el rey más antiguo, pero no le puso la techumbre... Las lluvias y las tempestades hicieron estallar la construcción de adobes, los revestimientos de ladrillos se agrietaron, los macizos se derrumbaron en colinas». Más deteriorada aún estaba la famosa pirámide cuando Nabucodonosor emprendió la restauración de la torre, destinada á derrumbarse

de nuevo, aunque permaneciendo como un testigo prodigioso de las civilizaciones antiguas.

Hasta cesando de ser capital de la región de los ríos, Babilonia continuó conservando durante siglos, la supremacía virtual como ciudad por excelencia de la industria y del comercio. Cuando el centro del poder militar cambió de lugar dirigiéndose hacia el Norte para fijarse en la confluencia del Tigris, y del gran Zab, la ciudad central de la Mesopotamia no por eso dejó de ejercer su potencia de fascinación sobre los pueblos y los reyes; algunos soberanos de Assur establecieron allí la sede del imperio, y con frecuencia hubo revueltas, unas reprimidas y otras victoriosas, que se apoyaron sobre la ciudad fuerte, fundada por Nemrod, el semidiós legendario. Cuando el ejército de Ciro, después de haber desviado el curso del Eufrates, entró en Babilonia como por un camino real, penetrando en el cauce seco del río, la ciudad era capital de un reino independiente. Ni aun los Persas conquistadores despojaron de su corona á la ciudad conquistada, y la colocaron, con Persépolis y Suza, en el rango de las capitales. Después Alejandro, convertido en dueño del mundo explorado, desde el mar Jónico y del oasis de Júpiter Ammon á las desembocaduras del Indus, escogió este sitio como centro de su poder y punto de cita para todos los pueblos civilizados. Es verdad que la ruina comenzó poco tiempo después, cuando la residencia de los soberanos fué transferida á alguna distancia, en la ciudad nueva de Seleucia; pero ese cambio de lugar sólo tuvo importancia local, habiendo quedado hasta nuestros días, el medio geográfico de la Mesopotamia y de todas las comarcas que de ella dependen, el centro de las tierras aluviales donde se entremezclan las corrientes de los ríos gemelos. El nombre de «Babilonia» se cierne aún sobre toda la comarca, en tanto que desde el punto de vista simbólico designa todas las ciudades poderosas donde vienen á amontonarse los millones de hombres, que traen consigo la fiebre del saber pero también el contagio del vicio.

Comparado al de la Mesopotamia propiamente dicha, el centro de civilización donde nació el imperio de Asiria, falto casi completamente de originalidad, puesto que lo ha recibido todo de las regio-

nes del Mediodía: la escritura, la industria, las artes y las ciencias. Pero el poder monárquico se constituyó allí de una manera tan formidable, que los sar de Asiria llegaron á ser los representantes por excelencia de la monarquía absoluta. Las tribus de montañeses que descienden de los valles inmediatos se componen de Kurdos, que ganan penosamente su vida como pastores y agricultores y están siempre dispuestos al pillaje cuando se presenta ocasión favorable: un jefe de cuadrilla encuentra allí fácilmente degolladores que le acompañen en sus expediciones guerreras; un soberano recluta tantos mercenarios sin escrúpulos como hombres válidos haya en la comarca. De esos elementos se valieron los reyes de Asiria para organizar ejércitos crueles, dispuestos á la matanza y al incendio. Pues en esta región ninivita, donde cada valle convergente suministraba el material de guerra en carne y hueso, una potencia militar como lo fué Assur, habría podido disponer igualmente de todos los recursos científicos é industriales que le llegaban del Mediodía; pero no parece que los Asirios hayan añadido mucho al tesoro de descubrimientos importados de Caldea.

Las construcciones de los reyes asirios no tuvieron otro objeto que la prosecución de la guerra ó la glorificación de su persona; las preocupaciones de ciencia y de religión entraron como



ESTATUA DEL REY ASSUR-BAN-I-PAL
(Museo Británico).

de nuevo, aunque permaneciendo como un testigo prodigioso de las civilizaciones antiguas.

Hasta cesando de ser capital de la región de los ríos, Babilonia continuó conservando durante siglos, la supremacía virtual como ciudad por excelencia de la industria y del comercio. Cuando el centro del poder militar cambió de lugar dirigiéndose hacia el Norte para fijarse en la confluencia del Tigris, y del gran Zab, la ciudad central de la Mesopotamia no por eso dejó de ejercer su potencia de fascinación sobre los pueblos y los reyes; algunos soberanos de Assur establecieron allí la sede del imperio, y con frecuencia hubo revueltas, unas reprimidas y otras victoriosas, que se apoyaron sobre la ciudad fuerte, fundada por Nemrod, el semidiós legendario. Cuando el ejército de Ciro, después de haber desviado el curso del Eufrates, entró en Babilonia como por un camino real, penetrando en el cauce seco del río, la ciudad era capital de un reino independiente. Ni aun los Persas conquistadores despojaron de su corona á la ciudad conquistada, y la colocaron, con Persépolis y Suza, en el rango de las capitales. Después Alejandro, convertido en dueño del mundo explorado, desde el mar Jónico y del oasis de Júpiter Ammon á las desembocaduras del Indus, escogió este sitio como centro de su poder y punto de cita para todos los pueblos civilizados. Es verdad que la ruina comenzó poco tiempo después, cuando la residencia de los soberanos fué transferida á alguna distancia, en la ciudad nueva de Seleucia; pero ese cambio de lugar sólo tuvo importancia local, habiendo quedado hasta nuestros días, el medio geográfico de la Mesopotamia y de todas las comarcas que de ella dependen, el centro de las tierras aluviales donde se entremezclan las corrientes de los ríos gemelos. El nombre de « Babilonia » se cierne aún sobre toda la comarca, en tanto que desde el punto de vista simbólico designa todas las ciudades poderosas donde vienen á amontonarse los millones de hombres, que traen consigo la fiebre del saber pero también el contagio del vicio.

Comparado al de la Mesopotamia propiamente dicha, el centro de civilización donde nació el imperio de Asiria, falto casi completamente de originalidad, puesto que lo ha recibido todo de las regio-

nes del Mediodía: la escritura, la industria, las artes y las ciencias. Pero el poder monárquico se constituyó allí de una manera tan formidable, que los sar de Asiria llegaron á ser los representantes por excelencia de la monarquía absoluta. Las tribus de montañeses que descienden de los valles inmediatos se componen de Kurdos, que ganan penosamente su vida como pastores y agricultores y están siempre dispuestos al pillaje cuando se presenta ocasión favorable: un jefe de cuadrilla encuentra allí fácilmente degolladores que le acompañen en sus expediciones guerreras; un soberano recluta tantos mercenarios sin escrúpulos como hombres válidos haya en la comarca. De esos elementos se valieron los reyes de Asiria para organizar ejércitos crueles, dispuestos á la matanza y al incendio. Pues en esta región ninivita, donde cada valle convergente suministraba el material de guerra en carne y hueso, una potencia militar como lo fué Assur, habría podido disponer igualmente de todos los recursos científicos é industriales que le llegaban del Mediodía; pero no parece que los Asirios hayan añadido mucho al tesoro de descubrimientos importados de Caldea.

Las construcciones de los reyes asirios no tuvieron otro objeto que la prosecución de la guerra ó la glorificación de su persona; las preocupaciones de ciencia y de religión entraron como



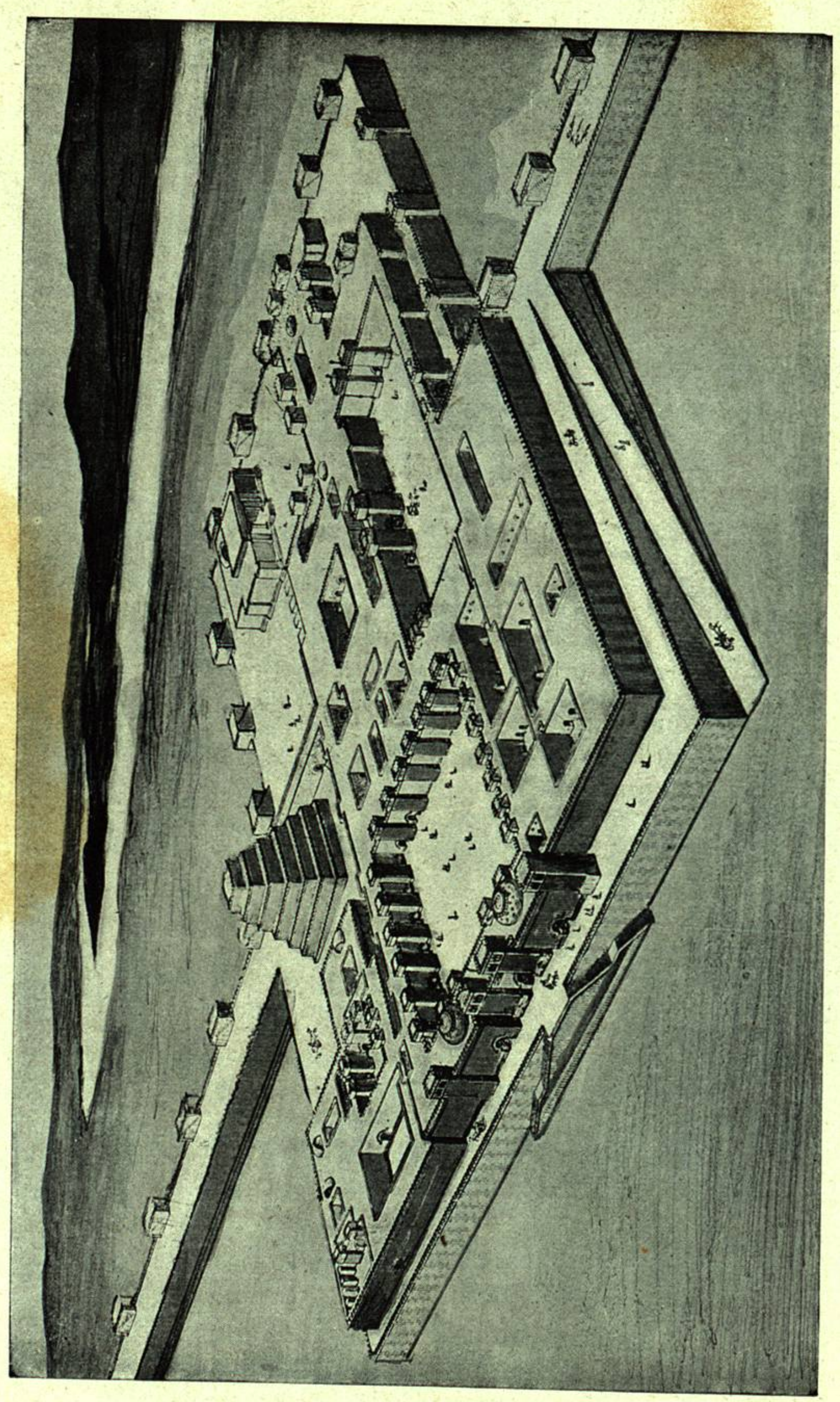
ESTATUA DEL REY ASSUR-BAN-I-PAL

(Museo Británico).

parte mínima en su arquitectura. Las reconstituciones del palacio de Sargon, tales como las dan Place y Chipiez, muestran la prodigiosa cantidad de trabajo á que fueron sometidas las poblaciones para edificar á sus amos verdaderas ciudades, bastante grandes para contener ejércitos de servidores y de soldados. La extensión de las terrazas, la soberbia perspectiva de las escaleras, la majestad de las puertas y la altura de las torres debían inspirar á las gentes del exterior una santa admiración, mezclada de terror, hacia el habitante supremo de esos palacios, y esta impresión se aumentaba aún por el aspecto grandioso y terrible de las estatuas colosales de hombres y de animales que guardaban las entradas. Para esculpir esos monstruos formidables, los artistas asirios tenían á su disposición los alabastros y los basaltos de las montañas próximas, y podían así asegurar la duración de sus obras, aun en medio del montón inmenso de ladrillos derribados por un asalto ó cambiados en polvo por el tiempo. Los pintores y decoradores de los palacios de Asiria poseían también colores muy duraderos, sales de plomo y de cobre, que se creía ser de reciente descubrimiento antes que los arqueólogos hubiesen excavado el suelo de Nínive.

El lugar preciso del centro del imperio asirio fué probablemente indicado por la Naturaleza en el punto donde los grandes barcos descendentes debían interrumpir la navegación y donde las balsas traídas por el curso ascendente eran aligeradas de su carga y deshechas. Las inscripciones cuneiformes han revelado la antigua existencia de una ciudad de Achour ó Assur, situada sobre la orilla derecha del Tigris, por bajo de la confluencia de este río con el gran Zab. Esta ciudad existía sin duda en una época muy lejana, puesto que su mismo nombre estaba casi olvidado en las edades en que la nación persa entra en la historia, y ella fué probablemente en Asiria el primer centro de la cultura babilónica y la capital de la comarca designada después con este nombre [1]. Pasado cierto tiempo, el movimiento central del tráfico se trasladó un poco más al Norte, hacia la península formada por la reunión del Tigris y del gran Zab. Allí se elevó la ciudad de Kalach, segunda residencia imperial, atribuída actualmente por la leyenda á Nemrod como la mayor parte de las ruinas de la doble

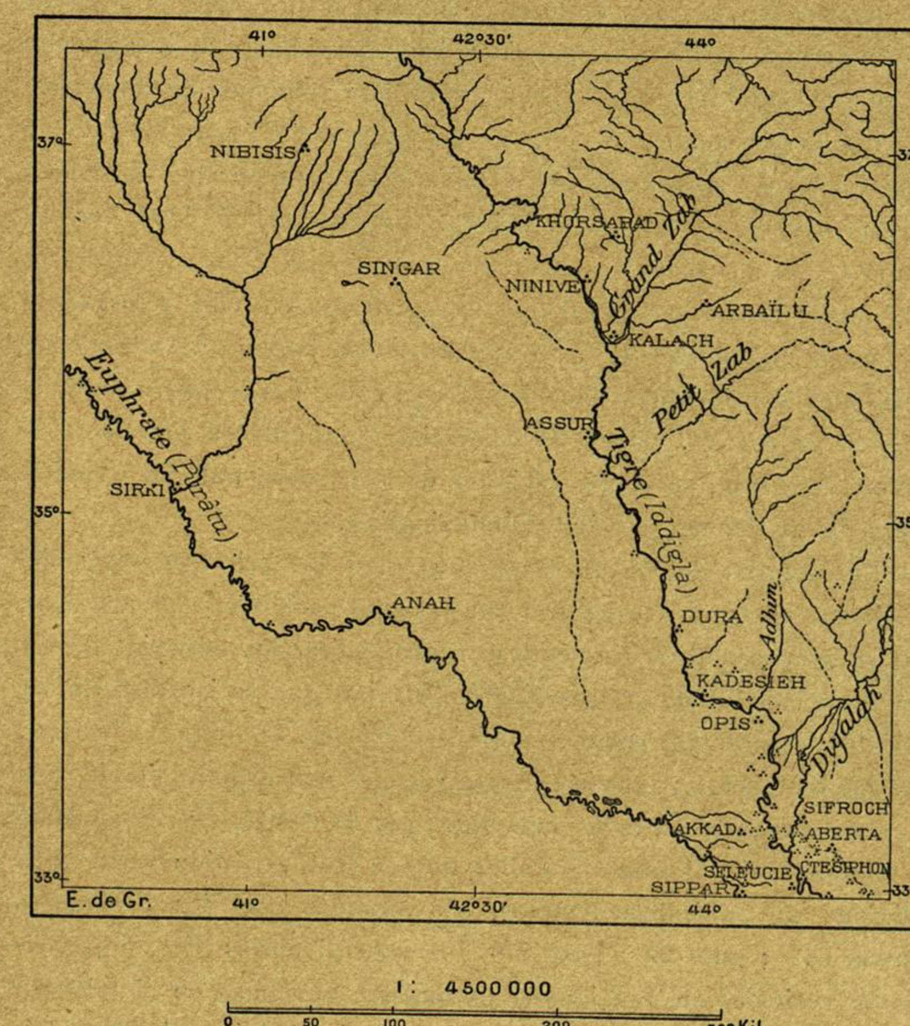
[1] Fr. Lenormant, *Les premières Civilisations*, t. II, p. 84.



RECONSTITUCIÓN DEL PALACIO DE SARGON EN DUR-CHARUKIN, SEGÚN PLACE

cuenca fluvial pero que habían tenido como huéspedes famosísimos los Salmanasar y los Assurnazirpal. Kalach decayó á su vez, siendo reemplazada por Nínive, cuya colina hace frente á la moderna ciudad

N.º 94. Antiguas ciudades de Asiria.



de Mossult; sin embargo, cada uno de los soberanos, celoso de su divinidad, se complacía en fundar una morada que le perteneciese en propiedad, y veintiséis siglos antes de la época presente, Sargon construía su prodigioso palacio una veintena de kilómetros más al Norte: Dur-Charukin recuerda el nombre del fundador Khorsabad,

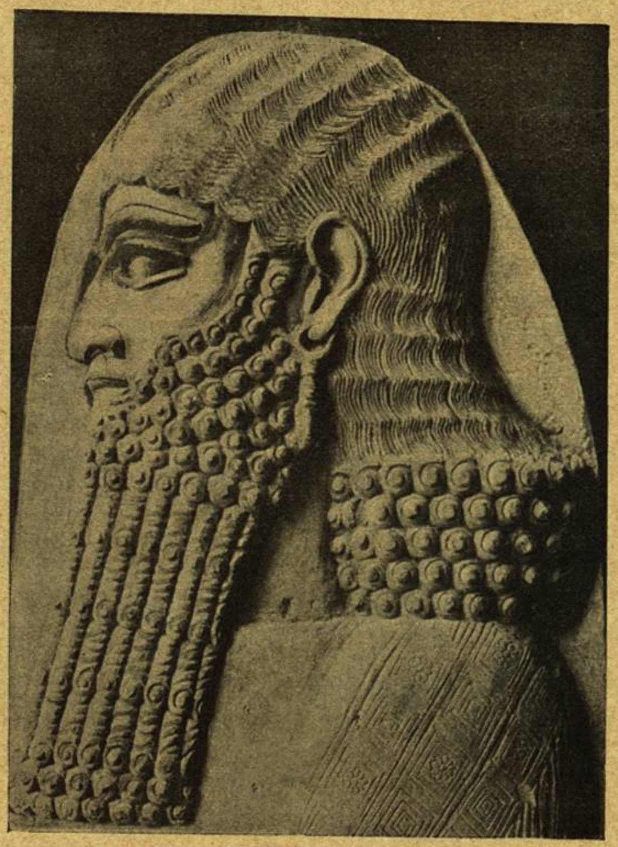
denominación más usual, proviene de la dinastía persa de los Chosrav. Sennacherib retrotrajo el centro del imperio á Nínive, la tercera capital de la Asiria propiamente dicha.

Nínive, tan admirablemente colocada en la reunión de dos importantes valles, en el punto del río donde se operaba el transbordo de las mercancías, en medio de la gran vía natural que reune el golfo de Alexandreta á las elevadas campiñas del Azerbeidjan y al mar Caspio, y hacia el ángulo extremo de un grandísimo anfiteatro de montañas, debía adquirir fácilmente una gran importancia como mercado y depósito central; sin embargo, el terreno ocupado por los escombros de esta ciudad y que está delimitado con bastante claridad por los restos de las murallas, no puede evaluarse á más de diez kilómetros cuadrados; este espacio, del que una gran parte estaba reservada á los enormes palacios reales, no hubiera, pues, bastado á contener las multitudes considerables mencionadas por un pasaje obscuro de la leyenda de Jonás [1]. Mas por comercial é industriosa que fuese la capital de Assur, sus reyes hicieron de ella sobre todo la «madriguera de los leones, la ciudad sanguinaria».

Los dueños del Norte no eran, como los primeros reyes del Mediodía, como el «padre Orkham», seres pacíficos y bondadosos, que se ocupasen principalmente de «profundizar los misterios de los ríos para la felicidad de sus súbditos»; sino que se jactaban de ser terribles, espantosos, como su divinidad misma, El-Ilon, el «fuerte», «el que da miedo»; referían sus atrocidades con orgullo simple, con la calma tranquila del deber cumplido; por lo demás, ese dios mismo se confundía de tal modo con ellos que se les ha podido negar toda religión; no edificaban templos, sus moradas eran los verdaderos santuarios [2]; sus *Te Deum* no son supervivencias de un pasado lejano, recitadas en una lengua extranjera, envueltas en el misterio de la música, son proclamaciones de una claridad imperiosa: «¡Yo he tomado las ciudades por asalto, exclama Sanherib, y he hecho de ellas montones de cenizas... Yo he barrido la comarca como con una escoba, y la he convertido en un desierto!» — ¿Y qué no dice el documento conocido con el nombre de cilindro de Teylor? — «Mis

[1] Cap. III, v. 3; cap. IV, v. 11.
[2] Ernest Renan, *Histoire du Peuple d'Israel*, t. II, p. 457.

carros de guerra, aplastando hombres y animales, molían los cuerpos de los enemigos. Yo me he erigido trofeos con montones de cadáveres de los cuales se cortaban las extremidades. A todos los que caían vivos en mi poder, les hacía cortar las manos». Assurbanipal celebra también su regocijada ferocidad: «Cayó vivo en mis manos y vivo le hice desollar. Hice arrancar los ojos á su hijo, pero en lugar de echarle á los perros, le emparedé en la puerta del Sol en Nínive». Esos altos hechos no bastaban aún al «servidor de Assur»: era preciso que engachase á su carro los reyes vencidos y se hiciese conducir por ellos, á latigazos, ante los altares de los grandes dioses para ofrecerles sus acciones de gracias, en recuerdo de los cuerpos mutilados, de las ciudades incendiadas, de las poblaciones aniquiladas.



C. Giraudon.

CABEZA DE OFICIAL ASIRIO

(Museo del Louvre).

La idea de la fuerza opresiva se manifiesta en todos los miembros fabulosamente vigorosos, orgullosamente extendidos... ¡Pero la cabeza!... La cabeza es nula, helada, impasible. (Gobineau.)

La rabia de los sar se ejercía hasta contra los muertos: «Yo transporté sus osamentas, dice Assurbanipal hablando de los reyes de Elam, impuse la inquietud á su sombra y les privé de libaciones». Los reyes vencidos, encerrados en Nínive en jaulas de hierro, estaban condenados á romper y á reducir á polvo los esqueletos de sus antepasados para divertir á los ociosos.

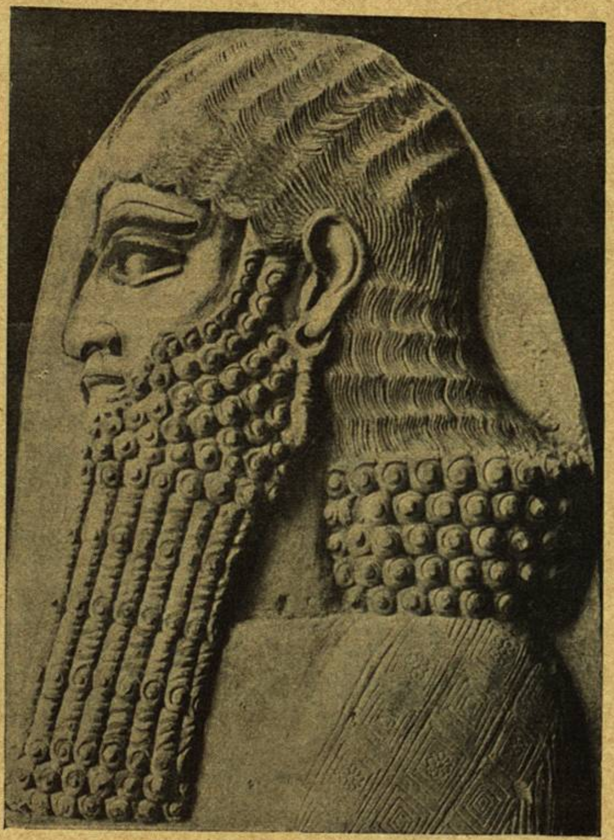
denominación más usual, proviene de la dinastía persa de los Chosrav. Sennacherib retrotrajo el centro del imperio á Nínive, la tercera capital de la Asiria propiamente dicha.

Nínive, tan admirablemente colocada en la reunión de dos importantes valles, en el punto del río donde se operaba el transbordo de las mercancías, en medio de la gran vía natural que reune el golfo de Alexandreta á las elevadas campiñas del Azerbeidjan y al mar Caspio, y hacia el ángulo extremo de un grandísimo anfiteatro de montañas, debía adquirir fácilmente una gran importancia como mercado y depósito central; sin embargo, el terreno ocupado por los escombros de esta ciudad y que está delimitado con bastante claridad por los restos de las murallas, no puede evaluarse á más de diez kilómetros cuadrados; este espacio, del que una gran parte estaba reservada á los enormes palacios reales, no hubiera, pues, bastado á contener las multitudes considerables mencionadas por un pasaje obscuro de la leyenda de Jonás [1]. Mas por comercial é industriosa que fuese la capital de Assur, sus reyes hicieron de ella sobre todo la «madriguera de los leones, la ciudad sanguinaria».

Los dueños del Norte no eran, como los primeros reyes del Mediodía, como el «padre Orkham», seres pacíficos y bondadosos, que se ocupasen principalmente de «profundizar los misterios de los ríos para la felicidad de sus súbditos»; sino que se jactaban de ser terribles, espantosos, como su divinidad misma, El-Ilon, el «fuerte», «el que da miedo»; referían sus atrocidades con orgullo simple, con la calma tranquila del deber cumplido; por lo demás, ese dios mismo se confundía de tal modo con ellos que se les ha podido negar toda religión; no edificaban templos, sus moradas eran los verdaderos santuarios [2]; sus *Te Deum* no son supervivencias de un pasado lejano, recitadas en una lengua extranjera, envueltas en el misterio de la música, son proclamaciones de una claridad imperiosa: «¡Yo he tomado las ciudades por asalto, exclama Sanherib, y he hecho de ellas montones de cenizas... Yo he barrido la comarca como con una escoba, y la he convertido en un desierto!» — ¿Y qué no dice el documento conocido con el nombre de cilindro de Teylor? — «Mis

[1] Cap. III, v. 3; cap. IV, v. 11.
[2] Ernest Renan, *Histoire du Peuple d'Israel*, t. II, p. 457.

carros de guerra, aplastando hombres y animales, molían los cuerpos de los enemigos. Yo me he erigido trofeos con montones de cadáveres de los cuales se cortaban las extremidades. A todos los que caían vivos en mi poder, les hacía cortar las manos». Assurbanipal celebra también su regocijada ferocidad: «Cayó vivo en mis manos y vivo le hice desollar. Hice arrancar los ojos á su hijo, pero en lugar de echarle á los perros, le emparedé en la puerta del Sol en Nínive». Esos altos hechos no bastaban aún al «servidor de Assur»: era preciso que engachase á su carro los reyes vencidos y se hiciese conducir por ellos, á latigazos, ante los altares de los grandes dioses para ofrecerles sus acciones de gracias, en recuerdo de los cuerpos mutilados, de las ciudades incendiadas, de las poblaciones aniquiladas.



C. Giraudon.

CABEZA DE OFICIAL ASIRIO

(Museo del Louvre).

La idea de la fuerza opresiva se manifiesta en todos los miembros fabulosamente vigorosos, orgullosamente extendidos... ¡Pero la cabeza!... La cabeza es nula, helada, impasible. (Gobineau.)

La rabia de los sar se ejercía hasta contra los muertos: «Yo transporté sus osamentas, dice Assurbanipal hablando de los reyes de Elam, impuse la inquietud á su sombra y les privé de libaciones». Los reyes vencidos, encerrados en Nínive en jaulas de hierro, estaban condenados á romper y á reducir á polvo los esqueletos de sus antepasados para divertir á los ociosos.

Ocurre preguntar si no ha de atribuirse á la costumbre de derramar sangre, de atormentar y de matar, la superioridad incontestable de los artistas asirios en la representación de los hombres y de los animales moribundos; la obra maestra del arte ninivita es la leona herida que se defiende todavía con las fauces y las patas delanteras, mientras que la parte trasera del cuerpo, ya paralizada, se arrastra estirada sobre el suelo.



LA LEONA HERIDA

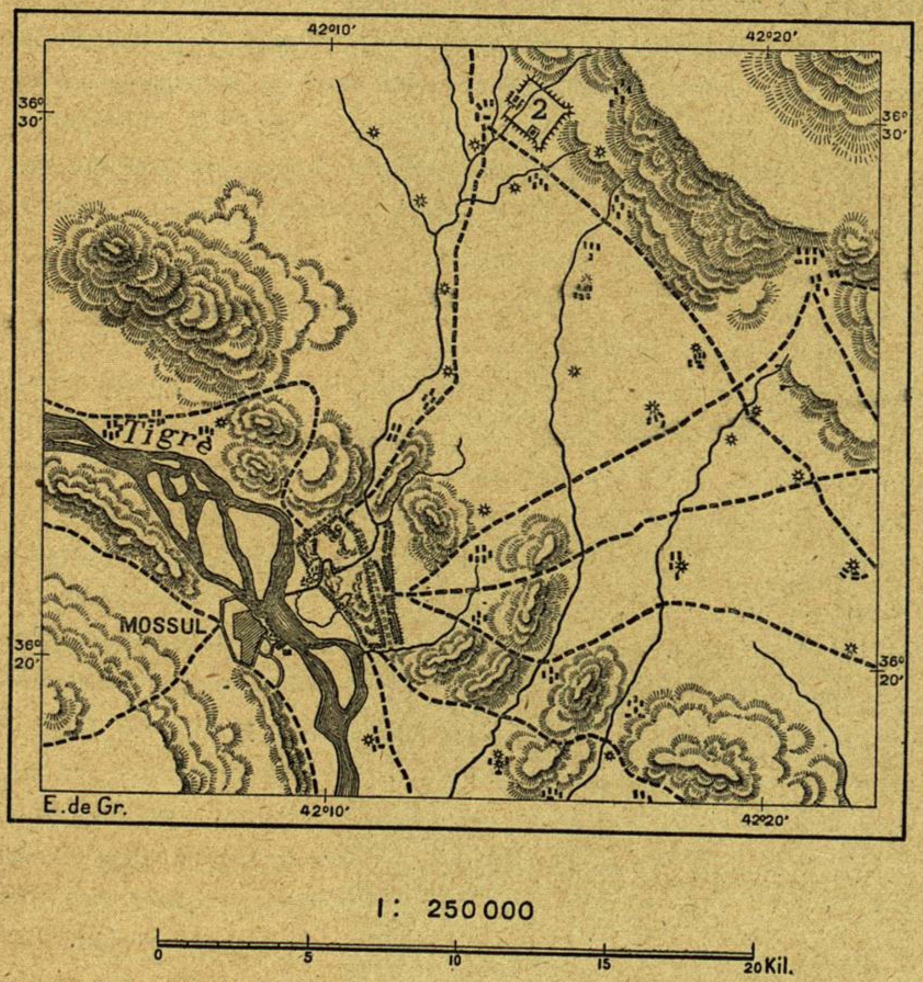
Bajo-relieve de Kujundchik.

La «Madriguera de los Leones» cayó en la soledad sin que la historia precise los detalles de su ruina, sea en la época de una invasión de los Scitas, sea, poco después, por una victoria de los Medas, hace unos 2500 años. Casi en seguida fué olvidada: Xenofonte, que pasó doscientos años después por la proximidad de las ruinas, no cita siquiera el nombre de Nínive, y nombra, no obstante, ciudades como Larissa y Mespila, que habían surgido en medio de los restos grandiosos de murallas y de pirámides [1]. Se comprende, por otra parte, que en el momento crítico en que Xenofonte, perse-

[1] *Retraite des Dix Mille*, t. III, c. IV.

guido por los enemigos, acababa de aceptar el mando de los Griegos y tomaba las primeras disposiciones para su famosa retirada, no se hallase bien dispuesto á discurrir sobre la gloria de la antigua Asiria y las ironías del destino.

N.º 95. Ninive y Khorsabad.



1. Nínive; la colina situada al Noroeste del recinto es llamada Kujundchik por los Turcos; contiene las ruinas del palacio de Sennacherib.
2. Dur-Charukin ó Khorsabad, palacio de Sargon.

Al presente, la historia de esas comarcas del Tigris y del Eufrates, antiguamente tan populosas, resucita del suelo donde estaba enterrada. Removiendo los montones de escombros, se han visto surgir las figuras augustas de los antiguos dioses, y, descendientes de sus

adoradores ninivitas, los espectadores árabes se sintieron repentinamente poseídos de una admiración mezclada de espanto y aun de terror religioso. Además, los montones derrumbados de ladrillos nos han conservado miles de tablillas escritas en las que los eruditos modernos descifran lentamente los antiguos mitos y encuentran los orígenes de nuestras ciencias. Pero si el precioso contenido de los palacios nos ha quedado, las construcciones que lo cobijaban no han durado. Por grandiosas que fuesen por las dimensiones, esas construcciones de ladrillos crudos ó cocidos no tenían la eternidad en su favor, al menos bajo su forma primitiva; habían de derrumbarse, amontonarse en colinas como la de Birs Nimrud, como las innumerables *tell*, que están diseminados en las llanuras de Babilonia y y de la Suciana; sólo la piedra ha resistido. Del mismo modo que las antiguas torres de Babel, las sucesivas capitales de Assur, y las ciudades más antiguas aún de la Akkadia, las de la Pequeña Mesopotamia que forman al Este del Tigris los afluentes del Karum, se han convertido en cerros de tierra grisácea: las guerras, los incendios y el tiempo las han destruído fácilmente.

De las dos Suzas que se han sucedido en esta región durante cuatro mil años quizá, la capital del Elam y la residencia de los reyes Akheménidas, no han quedado más que objetos de escaso volumen, bloques de diorita, piezas de bronce, vasijas esmaltadas azules, blancas, verdes, amarillas, ladrillos estampados y diversos objetos informes; pero es tal el conjunto de tierra cocida amontonada con motivo de los incendios y de los derrumbamientos, que solamente para la Acrópolis, el más pequeño de los tres cerros, Morgan evalúa el cubo á 1500000 metros; ese *tell* de 35 metros de altura está formado de escombros casi hasta el nivel de la llanura vecina. En Nippur han observado los exploradores americanos, sobre una altura análoga, la superposición de 21 estratos correspondientes á otras tantas ciudades, de las cuales seis tienen más de 6000 años de antigüedad.

Semejante demolición no ha tenido lugar respecto de los monumentos del «Trono de Djemchid», en Persépolis, gracias al empleo más liberal de la piedra y á la escasa altura relativa de las paredes propiamente dichas; el mármol y el pórfido de las escaleras y de las

terrazas, de las puertas y de las columnas subsisten, aunque los ladrillos hayan caído pulverizados [1].

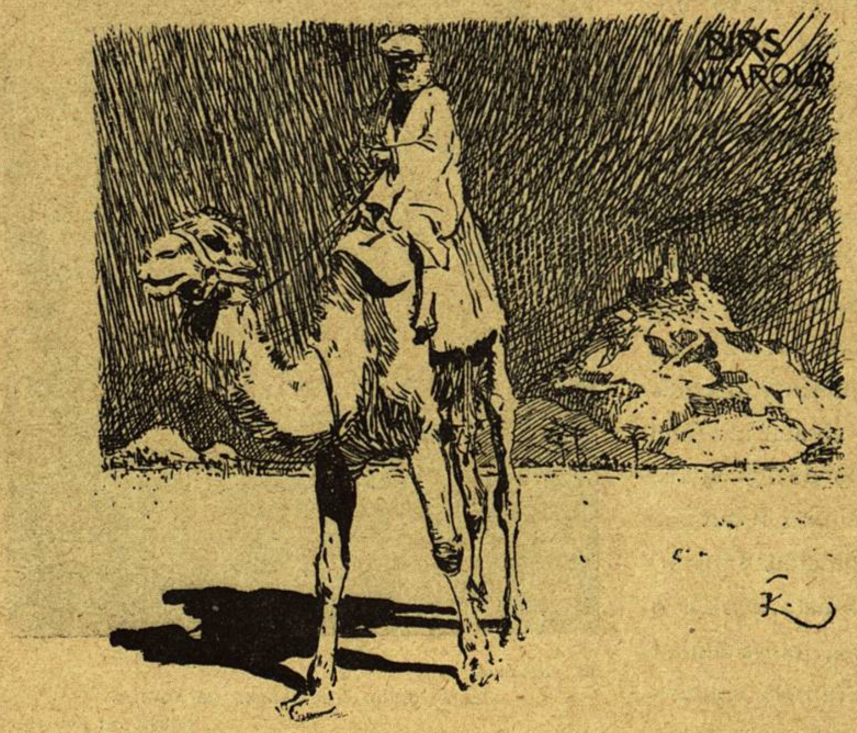


Cl. Giraudon.
ASIRIA, GENIO CON CABEZA DE ÁGUILA
(Museo del Louvre).

Pero la imaginación de los hombres no quiere admitir la cesación de la vida. Una gran ciudad donde vivieron millones de hombres, parece viviente siempre, aunque sea poblada de espíritus y de fantasmas. ¡Por eso veneramos el suelo hoy desierto y en tiempos remotos hollado por el paso de tantos hombres! Ciudad hubo, hacia la cual los inmigrantes se dirigían en multitudes, que ha sido transformada en cementerio, y los cadáveres siguen ahora el camino de los vivos. Ya cuando Babilonia era una ciudad joven, su abuela Erekh ó Warka, la «ciudad de los libros» caldeos era tenida por la ciudad santa por excelencia, como lugar de sepultura y esta gloria le ha

[1] J. de Morgan, Hilprecht, Dieulafoy.

quedado. El solar de la ciudad antigua está rodeado de necrópolis que se extienden á leguas de distancia. En los antiguos días, los ribereños de la parte superior arrojaban sus cadáveres á las aguas santas del Eufrates; después, en Erekh manos piadosas los retiraban de ellas para depositarlos en tierra consagrada: asimismo, durante nuestra Edad Media, se entregaban los cuerpos á la corriente del Ródano, que los llevaba á las redes de los Arlesienses, cerca de Aliscamps ó Campos Elíseos, lugar del último reposo. A ejemplo de Erekh, ¡cuántas otras ciudades de Mesopotamia, consagradas á su vez por grandes recuerdos, se han convertido también en cementerios, y, como tales, en lugares de peregrinación venerados en todo el mundo islámico!



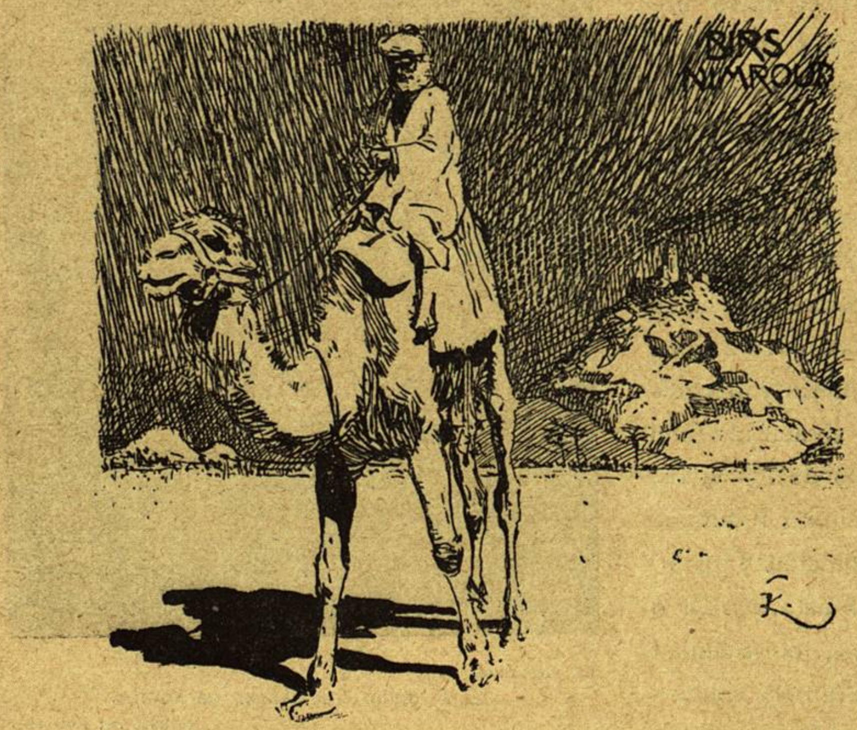
ÍNDICES

ALFABÉTICO

DE LOS MAPAS

Y DE LAS MATERIAS DEL PRIMER TOMO

quedado. El solar de la ciudad antigua está rodeado de necrópolis que se extienden á leguas de distancia. En los antiguos días, los ribereños de la parte superior arrojaban sus cadáveres á las aguas santas del Eufrates; después, en Erekh manos piadosas los retiraban de ellas para depositarlos en tierra consagrada: asimismo, durante nuestra Edad Media, se entregaban los cuerpos á la corriente del Ródano, que los llevaba á las redes de los Arlesienses, cerca de Aliscamps ó Campos Elíseos, lugar del último reposo. A ejemplo de Erekh, ¡cuántas otras ciudades de Mesopotamia, consagradas á su vez por grandes recuerdos, se han convertido también en cementerios, y, como tales, en lugares de peregrinación venerados en todo el mundo islámico!



ÍNDICES

ALFABÉTICO

DE LOS MAPAS

Y DE LAS MATERIAS DEL PRIMER TOMO

ÍNDICE ALFABÉTICO

de nombres propios contenidos en el tomo I

Los nombres de los pueblos están en **carácter negro**; los de autores, personajes históricos, etc., en *cursiva*; los países, montañas, ciudades, ríos, etc., en carácter común ó redondo.

Las cifras rectas se refieren al texto; las inclinadas indican que el número correspondiente se halla en un mapa en la página señalada. — l. s. quiere decir lámina suelta.

A

B

C

F

G

H

I

J

K

L

M

N

O

P

Q

R

S

LISTA DE LOS MAPAS

Mapas sueltos

PAUTA

para la colocación de las láminas sueltas

CORRECCIONES Y ADICIONES

Página 20 N.° 28 del cuadro: *en vez de* Sthipka, *léase* Schipka.
» 20 N.° 29: *en vez de* Podbaha, *léase* Podbaba.
» 41 Mapa n.° 6: *en vez de* Glefiei, *léase* Inglefield Land.
» 113 2.ª línea del título: *en vez de* discusiones, *léase* disensiones.
» 177 Mapa n.° 25, leyenda: *en vez de* Turicum lacustre, *léase* Villa lacustre.
» 196 15.ª línea: *en vez de* Cere, *léase* Cèce.
» 197 Título del grabado: *en vez de* Osinche, *léase* Binche.
» 397 en la 8.ª línea: *en vez de* Arios, *léase* Asirios.
» 493 En la línea 26: *en vez de* Nerkha, *léase* Kerkha.
» 511 Mapa n.° 93: *en vez de* Kerkha (Ieïnmerre), *léase* Kerkha (Seïnmerre).

ÍNDICE DE LAS MATERIAS

del Tomo primero

Capítulo V

FAMILIAS, CLASES, POBLADOS

Capítulo VI

DIVISIONES Y RITMO DE LA HISTORIA

LIBRO SEGUNDO: Historia Antigua

Capítulo I

IRANIA

Capítulo II

CAUCASIA

Capítulo III

POTAMIA